La Forja de un Rebelde

ARTURO BAREA

ESPA EBOOK

La forja de un rebelde, de Arturo Barea, se compone de tres novelas autobiográficas: *La forja*, *La ruta* y *La llama*. El primer tomo cubre su infancia y juventud; el segundo, sus primeras experiencias literarias y, sobre todo, su servicio militar en Marruecos; el tercer tomo, por último, trata del período justamente anterior a la guerra civil y de la misma. Caracterizada por su estilo directo, su recreación casi fotográfica de los lugares, acontecimientos y sentimientos, su lenguaje coloquial, sus conocimientos locales y, quizá sobre todo, su gran honestidad y falta de rencor, La forja de un rebelde ha sido aclamada como una "obra maestra". Muchos consideran la trilogía como el retrato de primera mano más vivo y estremecedor sobre la guerra civil y sus antecedentes. Un crítico inglés llegó al punto de exclamar: "Es tan esencial para entender la España del siglo XX, como indispensable es la lectura de Tolstói para comprender la Rusia del siglo XIX. " Sin duda, *La forja de un rebelde* se mantiene como una de las contribuciones más importantes para la comprensión de la mayor tragedia de la España del siglo XX.

Arturo Barea

La forja de un rebelde

ePUB v1.0

más libros en espaebook.com

Bercebus 13.04.12

Prólogo por Luis Antonio de Villena

El caso de Arturo Barea (1897-1957) es singular y raro. Hasta la Guerra Civil fue un perfecto desconocido. Un hombre de origen popular —extremeño que, desde muy niño, vivió en Madrid— y que ejerció diversos oficios, algunos con fortuna. Aunque autodidacto, en la adolescencia acudió a cafés literarios, con un amigo, Alfredo Cabanillas, que luego seria periodista... Pero el carácter independiente, anarquizante y, al parecer, algo hosco de Barea, no estaba hecho para aquella vida de café. En 1920 fue llamado a filas y participó en la guerra de Marruecos —en cierto modo, la última guerra colonial española—. Dejó el ejército en 1924, como oficial en la reserva. De ideas izquierdistas, aunque poco amigo de partidos y sindicaciones —pasó fugazmente por la UGT—, el propio Barea dijo que fueron los bombardeos a la Telefónica (en el Madrid asediado de fines de 1936) los que lo lanzaron a escribir. Con el apoyo del PCE —del que concluiría distanciándose— Barea entró a trabajar, en agosto de 1936, en la Oficina de Censura de Prensa Extranjera, situada en el edificio de la Telefónica. Allí conocería a la que sería su segunda mujer y en verdad, la mujer de su vida: Iba Kulcsar, una socialista austríaca, bajita, inteligente, judía, gran activista política y con una gran facilidad para las lenguas... Presa de desengaños y crisis nerviosas, los Barea (fieles siempre a la República que ya veían perdida) se marcharon de España, casados, a mediados de 1938. Arturo se había hecho un famoso locutor (a instancias del general Miaja) como *La voz incógnita de Madrid* en charlas en las que mezclaba literatura y propaganda. En ese tiempo escribió un libro de cuentos, *Valor y miedo*, que se publicaría en Barcelona, en 1938, cuando los Barea habían abandonado ya España. Es hoy una gran rareza bibliográfica, pues se editó —finalizando ese año— poco antes de que los nacionales entraran en Barcelona.

Tras pasar por París, Arturo Barea y su mujer llegan a Inglaterra (donde vivirán ya siempre) en marzo de 1939. Alto, cenceño, de rasgos afilados y muy típicamente españoles, Barea (que vivió en diferentes pueblos ingleses, algo protegido por lord Faringdon, al que conoció durante la guerra de España) se adaptó perfectamente bien a la vida británica y, a pesar de su regular inglés, frecuentaba los pubs y charlaba con la gente más popular. (Esa otra Inglaterra, tan poco conocida en el Continente.) Desde 1940 hasta su muerte, Barea trabajó para los servicios de la BBC en español, singularmente con destino a América Latina, donde la voz de Barea (sus charlas escritas hablando de Inglaterra, de libros, de vida y, sólo indirectamente, de política) llegó a ser muy famosa. Aunque escribió artículos, cuentos y otra novela posterior, *La raíz rota*, la gran obra de Arturo Barea son las tres novelas que redactó en Inglaterra entre 1940 y 1945, y que al publicarse juntas se titularon *La forja de un rebelde*. Totalmente desconocido en España, y tenido por las autoridades franquistas (que conocían su trabajo en la BBC) como el inglés Arturo Beria, en alusión al secretario de Stalin y al pasado comunista del escritor, *La forja de un rebelde (The Forging of a Rebel)* se publicó —como casi toda la obra de Barea— primero en inglés, magníficamente traducida por Ilsa, su mujer. *La forja* —la primera de las tres novelas— se editó en 1941. Las otras fueron *La ruta* (1943) y *La llama* (1946). Las tres formaron *La forja de un rebelde* que, en castellano, se publicó por primera vez en Buenos Aires, en 1951. El éxito de la obra en inglés fue enorme, hasta el punto de que se pensó en Barea —a fines de los cuarenta— para el premio Nobel. Y lo cierto es que muchas de las traducciones que se hicieron de la novela provenían de la versión inglesa. Es decir, de la prosa de Ilsa Barea, cuyo inglés —según Gerald Brenan— era maravilloso. Más clásico, desde luego, que el estilo directo, más duro, más real, y acaso más emocional, que el español del propio Barea. *La forja de un rebelde* no se publicó en España hasta 1978, y la mejor edición es la realizada en el 2000 por

Nigel Townson, que publicó también ese año las imprescindibles *Palabras recobradas*, buena muestra de la hasta ahí casi inédita obra dispersa de nuestro autor.

Con *La forja de un rebelde* en inglés, Arturo Barea se hizo célebre en Inglaterra, en los Estados Unidos o en Dinamarca, donde le homenajearon. Más tarde —y ya con la edición en español— también en la Argentina, adonde viajó, con gran éxito y con pasaporte británico, en 1956. Pues desde 1948 los Barea (Arturo e Ilsa) habían adquirido esa nacionalidad.

La forja de un rebelde (autobiografía, pero que según el propio Barea retrata más lo colectivo que lo individual) narra en el primer tomo la niñez y adolescencia de un chico del pueblo, cuya madre es lavandera en el Manzanares. El segundo tomo (para algunos el menos logrado, dentro de la alta calidad del conjunto) habla de la guerra en Marruecos, y el tercero se dedica a la Guerra Civil. La idea de Arturo Barea era explicar narrativa y novelísticamente cómo se había llegado a esa guerra fatídica, tras la miseria, la dictadura y el caos... Un Baroja que no es Baroja y un Sender que tampoco es Sender, Arturo Barea logró un libro único, en un estilo directo, fibroso, realista, fuerte, melancólico, que no evita las palabras coloquiales y hasta el madrileñismo... En cierto modo *La forja de un rebelde* es la obra excepcional de alguien que luchó por un mundo mejor, que no llegó a conocer. Arturo Barea murió de un infarto, en Inglaterra, en diciembre de 1957. Ilsa —que volvió a Viena— murió en 1972. Hablando de él no se le debe olvidar a ella, que tanto le apoyó y ayudó. En el prólogo a una edición inglesa de *La forja* dice Barea: «Después de todo, la España que quiero enseñar al lector británico ha de ser un día parte de la paz mayor». Un destino insólito y una gran novela personal.

La forja

A dos mujeres:

la señora Leonor (mi madre)
e Ilsa (mi mujer)

Primera parte

Capítulo 1

Los doscientos pantalones se llenan de viento y se inflan. Me parecen hombres gordos sin cabeza, que se balancean colgados de las cuerdas del tendedero. Los chicos corremos entre las hileras de pantalones blancos y repartimos azotazos sobre los traseros hinchados. La señora Encarna corre detrás de nosotros con la pala de madera con que golpea la ropa sucia para que escurra la pringue. Nos refugiamos en el laberinto de calles que forman las cuatrocientas sábanas húmedas. A veces consigue alcanzar a alguno; los demás comenzamos a tirar pellas de barro a los pantalones. Les quedan manchas, como si se hubieran ensuciado en ellos, y pensamos en los azotes que le van a dar por cochino al dueño.

Por la tarde, cuando los pantalones están secos, ayudamos a contarlos en montones de diez hasta completar los doscientos. Los chicos de las lavanderas nos reunimos con la señora Encarna en el piso más alto de la casa del lavadero. Es una nave que tiene encima el tejado doblado en dos. La señora Encarna cabe en medio de pie y casi da con el moño en la viga central. Nosotros nos quedamos a los lados y damos con la cabeza en el techo. Al lado de la señora Encarna está el montón de pantalones, de sábanas, de calzoncillos y de camisas. Al final están

las fundas de las almohadas. Cada prenda tiene un número, y la señora Encarna los va cantando y tirándolas al chico que tiene aquella docena a su cargo. Cada uno de nosotros tenemos a nuestro lado dos o tres montones, donde están los «veintes», los «treintas» o los «sesentas». Cada prenda la dejamos caer en su montón correspondiente. Después, en cada funda de almohada, como si fuera un saco, metemos un pantalón, dos sábanas, un par de calzoncillos y una camisa, que tienen todos el mismo número. Los jueves baja el carro grande, con cuatro caballos, que carga los doscientos talegos de ropa limpia y deja otros doscientos de ropa sucia.

Son los equipos de los soldados de la Escolta Real, los únicos soldados que tienen sábanas para dormir.

Todas las mañanas pasan por el puente del Rey los soldados de la escolta, a caballo, rodeando un coche abierto, donde va el príncipe y a veces la reina. Primero sale del túnel un caballerizo que avisa a los guardias del puente y éstos echan a la gente. Después pasa el coche con la escolta, cuando el puente ya está vacío. Como somos chicos y no podemos ser anarquistas, los guardias nos dejan en el puente cuando pasan. No nos asustan los soldados de la escolta a caballo, porque estamos hartos de ver sus pantalones.

El príncipe es un niño rubio con ojos azules, que nos mira y se ríe, poniendo cara de bobo. Dicen que es mudo y que se pasea en la Casa de Campo entre un cura y un general con bigotes blancos, que le acompañan todos los días. Estaría mejor aquí, en el río, jugando con nosotros. Además, le veríamos en pelota cuando nos bañamos, y sabríamos cómo es un príncipe por dentro. Pero parece que no le dejan. Una vez se lo dijimos al tío Granizo, el dueño del lavadero, porque él tiene confianza con el guarda mayor de la Casa de Campo que a veces habla con el príncipe. El tío Granizo nos lo prometió y luego nos dijo que el general no le dejaba.

Estos militarotes son todos igual. A casa de mi tío José va un general que estuvo en las Filipinas. Se trajo de allí a un chino muy viejo que me quiere mucho, un bastón de una madera de color rosa, que él dice que es la espina de un pescado que llaman manatí y mata a quien dan un palo con ella, y una cruz que no es una cruz, es una estrella verde con muchos rayos. La lleva en todas partes: bordada en el chaleco y en la camisa, y además en un botón de esmalte en la solapa de la americana.

El general, cuando va a casa, gruñe carraspeando y me pregunta «si soy un hombrecito». En seguida me empieza a regañar: «Niño, estáte quieto, los hombrecitos no hacen esto». «Niño, deja el gato, ya eres un hombre.» Me suelo sentar entre las piernas de mi tío y ellos charlan de política y de la guerra de los rusos y los japoneses. La guerra acabó hace años, pero al general le gusta hablar de ella, porque ha estado en China y en el Japón. Cuando hablan de esto, los escucho, y cada vez que oigo cómo los japoneses les zumbaban a los rusos, me alegro. Tengo una rabia loca a los rusos. Tienen un rey muy bestia que es el zar, y un jefe de policía que se llama Petroff, «el capitán Petroff», y es un bárbaro que lleva a la gente a latigazos. Todos los domingos, mi tío me compra las *Aventuras del capitán Petroff*. Le tiran muchas bombas, pero no le matan.

Cuando no hablan de la guerra, me aburro y me pongo a jugar, tumbado en la alfombra del comedor.

Este general que va con el príncipe debe de ser igual. Es el que le va a enseñar a hacer la guerra cuando sea rey, porque todos los reyes necesitan saber cómo hacer la guerra. El cura le enseña a hablar. Esto no lo entiendo, porque si es mudo, no sé cómo va a hablar; puede que hable por ser príncipe, porque de los mudos que yo conozco ninguno habla más que por señas y no será por falta de curas.

Me estoy aburriendo porque no baja ninguna pelota y nos hace falta una para jugar esta tarde. Es muy sencillo pescar una pelota.

Delante de la casa del tío Granizo hay un puentecillo de madera, hecho con dos rieles del tren atravesados y cubiertos de tablones, con su barandilla y todo, pintado de verde. Allí pasa un río negro que sale de un túnel debajo del puente del Rey; este túnel y este río son la alcantarilla de Madrid. Todas las pelotas que pierden los chicos en las calles de Madrid, porque se les cuelan por las bocas de las alcantarillas, bajan flotando, y nosotros, desde lo alto del puente, las pescamos con una manga hecha de un palo largo y la alambrera vieja de un brasero. Una vez cogí una de goma pintada de colorado. Al otro día, en el colegio, me la quitó Cerdeño y, como es mayor que yo, me tuve que callar. Ahora que le costó caro: le metí una pedrada desde lo alto de la corrala; ha llevado una venda tres días y le han tenido que coser los sesos con hilo. Claro que no sabe quién ha sido; pero, por si se entera, llevo siempre una piedra de puntas en el bolsillo, y como me quiera pegar, le van a coser otra vez.

Antonio, el cojito, se cayó una vez desde el puentecillo y por poco se ahoga. Le sacó el señor Manuel, el mozo del lavadero, y le apretó la tripa con las dos manos. Comenzó a echar agua sucia por la boca; luego le dieron té y aguardiente. El señor Manuel, como es un borrachín, se bebió un trago grande de la misma botella, porque se había mojado los pantalones y decía que tenía frío.

Nada, que no baja ninguna pelota; me voy a comer, que me está llamando mi madre. Hoy comeremos al sol sobre la hierba. Esto me gusta más que los días que no hay sol y hace frío; entonces comemos dentro de la casa del tío Granizo. Es una taberna con un mostrador de estaño y unas mesas redondas que todas están cojas: se cae la sopa y además el brasero da un tufo inaguantable. No es un brasero, es un anafre muy grande, con una lumbre en medio y con los pucheros de todas las lavanderas alrededor. El puchero de mi madre es pequeño, porque no somos más que dos, pero el puchero de la señora Encarna parece una tinaja. Son nueve y tienen por plato una palangana pequeña.

Se sientan todos alrededor y van metiendo la cuchara por turnos. Cuando llueve y comen dentro, se sientan en dos mesas y reparten la comida entre la palangana y una cazuela de barro muy grande que el tío Granizo tiene para guisar caracoles los domingos. Porque los domingos no hay lavadero y el tío Granizo guisa caracoles; por la tarde bajan hombres y mujeres a bailar aquí y meriendan caracoles y vino. Un domingo nos convidó a mi madre y a mí, y yo me hinché de comer. Los caracoles se cogen aquí mismo entre la hierba, sobre todo después que ha llovido, cuando salen a tomar el sol. Nosotros, los chicos, los cogemos, les pintamos la cáscara de colores y jugamos con ellos a las carreras de caballos.

El cocido sabe aquí mejor que en casa: se pica una sopa de pan muy delgadita y luego se vierte encima el caldo del cocido, amarillo de azafrán. Se come uno la sopa, luego los garbanzos, y por último la carne, con tomates cortados por la mitad, espolvoreados de sal. De postre, la ensalada: unas lechugas jugosas con un cogollo muy tierno, como no las hay en Madrid. Las cría el tío Granizo aquí, al lado de la alcantarilla, porque dice que con el agua de la alcantarilla crecen mejor; y es verdad. Esto parece que es una porquería, pero también se echa la basura en los campos y las gallinas se la comen. Sin embargo, el pan y las gallinas están muy ricos.

Las gallinas y los patos conocen la hora de la comida. En cuanto han visto que mi madre volcaba la banca han comenzado a venir. Debajo de la banca había una lombriz muy grande y muy larga, y un pato la ha visto en seguida. Se la ha comido igual que me como yo los fideos gordos: la ha dejado colgando del pico y después la ha sorbido, haciendo «paff» y ¡adentro! Después se ha picoteado las plumas del cuello como si le hubieran quedado migas y ha esperado a que le eche un cacho de pan. No se lo doy en la mano, porque es muy bruto: pica los dedos y, como tiene el pico muy duro, hace daño.

Con la banca boca abajo como mesa, comemos los dos, mi madre y yo, sentados en el suelo. Mi madre tiene las manos muy pequeñitas; y como toda la mañana desde que salió el sol ha estado lavando, los dedos se le han quedado arrugaditos como la piel de las viejas, con las uñas muy brillantes. Algunas veces las yemas se le llenan de las picaduras de la lejía que quema. En el invierno se le cortan las manos, porque cuando las tiene mojadas y las saca al aire, se hiela el agua y se llenan de cristalitos. Le salta la sangre como si la hubiera arañado el gato. Entonces se da glicerina en ellas y se curan en seguida.

Cuando acabemos de comer vamos a hacer la carrera de autos París—Madrid con las carretillas de llevar la ropa. Le hemos quitado cuatro al señor Manuel, sin que se entere, y las tenemos escondidas en la Pradera. No quiere que juguemos con ellas, porque pesan mucho y dice que nos vamos a romper una pierna; pero es muy divertido. Tienen una rueda de hierro delante que chirría al rodar; uno de nosotros se monta encima y otro empuja a todo correr, hasta que se cansa; entonces vuelca de repente la carretilla y el que va encima se cae. Una vez hicimos así el choque de trenes y el cojito se machacó un dedo. El pobre es un desgraciado: su padre le dio un palo y le dejó cojo; como he dicho, se cayó de la alcantarilla; como es cojo y no desgasta más que una bota, su madre le hace ponerse las dos botas del mismo par, una cada día, para que las desgaste por igual. Cuando le toca la del pie izquierdo, que es el que le falta, se queda cojo de los dos pies y tiene mucha gracia verle correr colgado de las muletas.

Yo he visto la carrera París—Madrid en la calle del Arenal, en la esquina de la calle donde vive mi tío. Habían puesto muchos guardias para que no atropellaran a la gente, pero no los dejaron llegar corriendo hasta la Puerta del Sol como ellos querían. La meta estaba en el puente de los Franceses, y allí se espachurraron cuatro o cinco autos. Yo no había visto nunca un auto de carrera, porque los que hay en Madrid parecen coches sin caballos; pero éstos son diferentes. Son muy bajitos

y muy largos y el hombre va metido dentro, tumbado, y sólo se le ve la cabeza, con una gorra de pelos y unas gafas grandes con cristales, como las de los buzos. Los autos llevan unos tubos muy grandes y por allí van soltando explosiones como cañonazos, con mucho humo que huele muy mal. Los periódicos decían que habían corrido a noventa kilómetros por hora. El tren a Mentrida, que no está más que a treinta y siete kilómetros de Madrid, tarda desde las seis de la mañana hasta las once, así que no tiene nada de extraño que se hayan saltado los sesos en el camino.

A mí me gusta correr así. En el barrio tenemos los chicos un auto. Es un cajón con cuatro ruedas y las dos de delante tienen un guía con una cuerda. En él bajamos corriendo la cuesta de la calle de Lepanto, que es muy larga. Cuando llegamos abajo, con la velocidad seguimos corriendo por el asfalto de la plaza de Oriente. El único peligro es que abajo, en la esquina, hay un farol; Manolo, el chico del tabernero, se pegó un día contra este farol y se rompió un brazo. Pegaba muchos gritos, pero no debió de ser una cosa muy grave, porque le pusieron el brazo en escayola y sigue montando en el auto. Sólo que ahora tiene miedo: cuando llega al final de la cuesta, frena con el pie contra la acera.

La pradera donde hacemos la carrera de autos se llama el paseo de la Virgen del Puerto. Es una pradera toda llena de hierba, con muchos álamos y castaños de Indias. A los álamos les arrancamos la corteza y debajo les queda una mancha verde clara que parece que suda; los castaños dan unas bolas llenas de pinchos que tienen dentro las castañas, pero no se pueden comer, porque duelen las tripas. Nosotros, cuando cogemos algunas, las escondemos en el bolsillo, y cuando vemos que otro está agachado se la tiramos al trasero. Los pinchos se le clavan y le hacen saltar. Una vez partimos una por la mitad y metimos la cáscara, partida en dos, debajo del rabo de un burro que estaba

comiendo hierba en la pradera. El burro corría por todas partes soltando coces y no se dejaba coger ni por el amo.

No sé por qué llaman a esto la Virgen del Puerto. Claro que hay una virgen en una ermita pequeñita. Vive allí un cura muy gordo que algunas veces viene a pasear por la alameda y se sienta debajo de un árbol. Vive con una muchacha muy guapa que las lavanderas dicen riendo que es su hija, pero que él dice es su sobrina. Un día le he preguntado al cura por qué se llama la Virgen del Puerto y me ha dicho que por ser la virgen de los pescadores, y cuando éstos naufragan, rezan y se salvan; o si se ahogan, van al cielo. No sé por qué la tienen en Madrid y no la llevan a San Sebastián, donde hay mar y pescadores. Yo los he visto hace dos años cuando me llevó el tío en el verano. Aquí en el Manzanares no hay lanchas, ni pescadores, ni se puede ahogar nadie, porque el agua llega a mi cintura en lo más hondo.

Parece que la virgen la tienen aquí para todos los gallegos que hay en Madrid. En agosto, los gallegos y los asturianos vienen a la Pradera y cantan y bailan al son de las gaitas; meriendan y se emborrachan. Sacan la virgen en procesión por la Pradera y van detrás tocando sus gaitas. Los chicos del hospicio bajan también y tocan la música en la procesión. Éstos son unos chicos sin padre ni madre; los tienen allí asilados y les enseñan a tocar música. Cuando no tocan bien la trompeta, el que les enseña les da un puñetazo en ella y les rompe todos los dientes. He visto a uno que no los tenía, pero que tocaba muy bien el cornetín; sabía hasta tocar las coplas de la jota solo. Se callaban todos los demás y entonces él, con la trompeta, cantaba la jota y la gente aplaudía. Saludaba y luego las mujeres y algunos hombres le daban perras a escondidas, para que el director de la banda no lo viera y se las quitara. Cuando tocan así en las procesiones, les pagan. Los cuartos se los guarda el profesor, y a ellos no les dan más que las sopas de ajo del hospicio. Además tienen piojos, y los ojos con una enfermedad que se

llama tracoma, que es como si se los hubieran untado con grasa de salchicha; algunos tienen calvas de tiña en la cabeza.

A muchos de ellos les echó su madre a la Inclusa cuando eran de pecho. Ésta es una de las cosas por que yo quiero mucho a mi madre. Cuando murió mi padre, éramos cuatro hermanos y yo tenía dos meses. Le aconsejaban a mi madre —según me ha contado— que nos echara a la Inclusa, porque con los cuatro no iba a poder vivir. Mi madre se marchó al río a lavar ropa. Los tíos nos recogieron a mí y a ella; los días que no lava en el río hace de criada en casa de los tíos y guisa, friega y lava para ellos; por la noche se va a la buhardilla donde vive con mi hermana Concha.

A mi hermano José —el mayor— le daban de comer en la Escuela Pía. Cuando tuvo once años se lo llevó a trabajar a Córdoba el hermano mayor de mi madre, que tiene allí una tienda. A mi hermana le dan de comer en el colegio de monjas, y mi otro hermano, Rafael, está interno en el Colegio de San Ildefonso, que es para los chicos huérfanos que han nacido en Madrid.

Yo voy a la buhardilla dos días por semana, porque mi tío dice que tengo que ser como mis hermanos y no creerme el señorito de la casa. No me importa; me divierto más que en casa de mis tíos, porque aunque mi tío es muy bueno, mi tía es una vieja beata muy gruñona que no me deja en paz. Por las tardes me hace ir al rosario con ella a la iglesia de Santiago y esto es ya demasiado rezo. Yo creo en Dios y en la Virgen, pero me paso el día rezando: a las siete de la mañana, todos los días, la misa en el colegio. Antes de la clase, a rezar; después, la clase de religión y moral; antes de salir de clase, a rezar otra vez. Por la tarde, al volver a clase, y al salir, vuelta a rezar y después, cuando estoy tan contento jugando en la calle, me llama la tía y me hace ir al rosario; también me hace rezar por la noche y por la mañana, al acostarme y al levantarme. Cuando voy a la buhardilla, ni voy al rosario ni rezo por la mañana ni por la noche.

Ahora en el verano, como no hay colegio, estoy en la buhardilla los lunes y los martes, que son los días que mi madre baja al río, y me voy con ella para pasar el día en el campo.

Cuando mi madre acabe de recoger la ropa, nos iremos a casa por la Cuesta de la Vega. Me gusta el camino, pues pasamos bajo el Viaducto, un puente de hierro muy grande que cruza por encima de la calle de Segovia. Desde allá arriba se tira la gente para matarse. Yo sé dónde hay una losa en la acera de la calle de Segovia que está partida en cuatro pedazos, porque se tiró uno y pegó con la cabeza. La cabeza se hizo una torta y la piedra se rompió. Han grabado una cruz pequeñita para que se sepa. Cuando paso por debajo del Viaducto, miro a lo alto por si se tira alguno, porque no tendría gracia que nos aplastara a mi madre y a mí. Todavía si cayera encima del talego que lleva el señor Manuel, no se haría mucho daño, porque es un talego muy grande, más grande que un hombre. Como yo hago la cuenta de la ropa con mi madre, sé lo que cabe: veinte sábanas, seis manteles, quince camisas, doce camisones, diez pares de calzoncillos, en fin, una enormidad de cosas. El señor Manuel, el pobre, cuando llega a lo alto de la buhardilla, se tiene que agachar para entrar por la puerta. Deja caer el saco despacito para que no estalle, y se queda arrimado a la pared respirando muy de prisa y cayéndole el sudor por la cara. Mi madre le da siempre un vaso de vino muy lleno y le dice que se siente. Si bebiera agua, se moriría, porque se le cortaría el sudor. Se bebe el vaso de vino y luego saca un montón de colillas del bolsillo y un librillo de papel de fumar de hojas muy grandes, y se hace con las colillas un cigarrillo muy gordo y muy mal hecho. Una vez le robé a mi tío un puro con sortija y se lo traje. Él le contó a mi madre y ésta me regañó. Luego mi madre se lo contó a mi tío y éste también me regañó, porque no se deben robar las cosas; después me dio un beso y me llevó al cine, porque dijo que tenía buenos sentimientos; y en realidad no sé si he hecho bien o mal dándole el puro al señor Manuel. Aunque creo que he hecho bien, porque el hombre se

alegró mucho; se lo fumó un día, después de comer, y luego se guardó la colilla; la picó y se hizo cigarrillos con ella. Ahora, algunas veces, el tío me da alguno de sus cigarros para que se los dé al señor Manuel. Antes, no me los daba.

El Viaducto está hecho todo en hierro, igual que la torre Eiffel de París, pero claro que no es tan alto. La torre Eiffel es una torre de hierro muy grande, que hizo un ingeniero francés en París, para una exposición que hubo allí cuando yo nací. De esto estoy muy bien enterado, porque mi tío tiene *La Ilustración* y allí está la torre y el retrato del ingeniero, un señor con una barba muy grande como todos los franceses. Luego, parece que cuando se acabó la exposición no pudieron desatornillar la torre, y la han dejado allí hasta que se hunda. El día que se hunda, se caerá sobre el Sena, el río que pasa por París, y hundirá muchas casas. Parece que las gentes de París tienen mucho miedo y algunos se han mudado para que no les aplaste.

Al Viaducto, el mejor día le pasa lo mismo y se hunde, porque cuando pasan los soldados a caballo por él, les hacen ir al paso y aun así se mueve el piso del puente. Se pone uno en medio y sube y baja como si hubiera un terremoto. Mi tío dice que si no se cimbreara así, se hundiría: pero es claro que si se cimbrea demasiado se romperá, y esto es lo que va a pasar cualquier día. No me gustaría que me pillara debajo, porque al que pille le mata, pero sería bonito verlo hundirse. El año pasado el Día de Inocentes, el *ABC*, que trae unas fotos muy buenas, trajo una con el Viaducto hundido. Era una broma de inocentes, pero mucha gente fue a verlo, porque como estaba retratado creyeron que era verdad. Se enfadaron mucho con el periódico, pero creo que les pasó lo que a mí, que se enfadaron porque no era verdad.

Arriba, a lo largo de la barandilla de cada lado, se pasea una pareja de guardias para que la gente no se tire. Así, cuando alguno se quiere tirar, tiene que esperar a que sea de noche y muy tarde; y cuando los guardias están dormidos, se tira. Hasta que se duermen los guardias, los

pobres deben aburrirse horriblemente, dando vueltas por las calles sin poderse matar. Luego tienen que gatear por la barandilla. Los viejos no se pueden tirar por el Viaducto, porque no pueden gatear. Se ahorcan o se tiran al estanque grande del Retiro. De aquí los sacan casi siempre y les aprietan la tripa, como al cojito, para que echen el agua y no se ahoguen.

Mi madre dice que se matan porque no tienen dinero para comer, pero yo no me mataría. Robaría un pan y saldría corriendo. Como soy un chico no me pueden llevar a la cárcel. Y si no, ¡que trabajen! ¿No trabaja mi madre y es una mujer? El señor Manuel, que ya es muy viejecillo, trabaja también subiendo los sacos de ropa, a pesar de que tiene una quebradura por la que se le salen las tripas. Una vez llevó a casa un talego y, cuando llegó arriba, se puso muy malo. Mi madre le echó en la cama y le bajó los pantalones; estaba muy asustada y llamó a la señora Pascuala la portera—, y entre las dos, muy de prisa, le quitaron del todo los pantalones y las bragas. Tiene una tripa muy negra llena de pelos casi todos blancos, y en sus partes le salía un bulto como el de los bueyes. Mi madre y la señora Pascuala, con los puños, le metieron el bulto dentro de la tripa y encima le pusieron el braguero, un cinturón que tiene una almohada para tapar el agujero por donde se salen las tripas, y se lo apretaron muy bien. Luego, el señor Manuel se vistió y se tomó una taza de té con una copita de aguardiente. La señora Pascuala me dio un par de cachetes porque había estado mirando sin que ellas se dieran cuenta, y me dijo que estas cosas no deben verlas los niños. Pero yo me alegro, pues si un día se le salen las tripas al señor Manuel y estoy yo solo, ya sé cómo metérselas. Lo malo es si un día se le salen en la calle, porque entonces se muere.

Pues bien, el señor Manuel, con su tripa rota y fumando colillas, no quiere morirse. Está siempre tan alegre, juega conmigo, me lleva a caballo y me dice que tiene unos nietos como yo en Galicia. Fuma colillas para poder ir a verlos todos los años. Mi tío le proporciona un

billete que llaman de caridad, y va sin pagar casi nada. Cuando vuelve, le trae a mi tío manteca en una tripa redonda que es la vejiga de la orina de los cerdos. Una manteca muy rica que luego meriendo yo, untada en pan y espolvoreada con azúcar. Una vez le he preguntado por qué no se suicidaba, y me ha dicho que se quiere morir allí, en Galicia. No sé si algún verano se suicidará allí, pero no lo creo. Además, me dijo que todos los que se suicidan van al infierno; y esto también lo dicen todos.

La buhardilla está en la calle de las Urosas, en una casa muy grande. Abajo están las cocheras donde hay más de cien coches de lujo y todos los caballos. El jefe de las cocheras es un viejo que tiene una nariz aplastada muy rara; mi madre dice que tenía el vicio de hurgarse las narices como yo, y una vez, por andarse con las uñas sucias, se le pudrió la punta de la nariz. Tuvieron que cortársela y del trasero le sacaron un cacho de carne y se la cosieron allí. Una vez, para hacerle rabiar, le pregunté si era verdad que llevaba el trasero cosido a la nariz, y me tiró un calzo de los coches, que es un tarugo de madera muy grande que ponen bajo las ruedas para que los coches no se vayan cuesta abajo. Pero el calzo no me dio y se coló por la ventana en la imprenta de enfrente. Dio en uno de esos armaritos donde tienen los cajones con las letras y tiró un cajón entero. Se mezclaron las *A* y las *T* y todos los chicos de la vecindad nos sentamos allí a separarlas en montoncitos.

El portal de la casa es tan grande que podemos jugar en él al paso y a las bolas, cuando no está la señora Pascuala. La portería es muy pequeñita, debajo de la escalera, y la escalera es tan grande como el portal. Tiene ciento un escalones y yo los bajo de tres en tres. Algunas veces bajo montado en la barandilla, pero una vez se me fue la cabeza y me quedé colgando por la parte de afuera en el piso segundo. No se enteró nadie, pero me dio un susto que parecía que se me iba a romper el corazón y me temblaban las piernas. Si me caigo, me hubiera pasado lo que al botijo.

En la buhardilla no hay fuente y hay que bajar por el agua a la cochera. Mi madre había comprado un botijo muy grande, y cuando yo bajaba por el agua, me pesaba mucho; tenía que subir parándome en todos los descansillos. Un día, desde el segundo, lo dejé caer al portal y explotó como una bomba. Desde aquel mismo sitio por poco me caigo yo. Ahora, cuando paso, me separo de la barandilla.

Arriba hay una ventana redonda muy grande, con cristales, como esas ventanas grandes de las iglesias. Cuando estalló el polvorín en Carabanchel todos los cristales se cayeron rotos escalera abajo. Era muy pequeño, pero me acuerdo que mi madre me bajó en brazos a la calle corriendo, porque no sabía lo que pasaba. La gente estaba por entonces muy asustada, porque hacía muy pocos años que había caído un gran bólido cerca de Madrid. Luego hubo una erupción enorme en un volcán que hay en Italia, que se llama el Vesubio, y además vino el cometa Halley. Luego hubo un terremoto en San Francisco de California, un pueblo mucho mayor que Madrid, y otro terremoto en Messina. Mucha gente creía que, al acabarse el siglo XIX, se tenía que acabar el mundo. Yo he visto el cometa Halley, pero no me daba miedo; al contrario, era muy bonito. Desde la plaza de Palacio le veíamos el tío y yo, como una bola de fuego que corría muy de prisa en el cielo con una cola de chispas. Mi tía no venía, porque le daba mucho miedo. Tenía encendidas todas las velas de una virgen que guarda en casa, y todas las noches rezaba allí; al acostarnos, cerraba muy bien las maderas de los balcones y mi tío le preguntaba si tenía miedo de que entrara allí el cometa. También había explotado en Santander un barco cargado de dinamita, el *Machichaco*, que voló media población. Una viga de hierro atravesó dos casas y se quedó clavada. El *Sucesos* publicó un dibujo en colores de la explosión, donde se veían los trozos del barco y las piernas y los brazos por el aire.

Enfrente de esta ventana grande de la escalera empieza el pasillo donde están todas las buhardillas. La primera es la de la señora

Pascuala, la portera, que es también la más grande, pues tiene siete habitaciones; después, la de la señora Paca, y enfrente la de la señora Francisca, que no tiene más que una habitación, como todas las demás. Paca y Francisca es el mismo nombre, pero una cosa es la señora Paca y otra la señora Francisca; la señora Francisca es una señora muy vieja que se quedó viuda hace muchos años; como no tenía dinero, se puso a vender cosas para los chicos en la plaza del Congreso: cacahuetes, avellanas, cajas de sorpresas, bengalas, en fin, un montón de cosas de cinco y diez céntimos, pero a pesar de esto sigue siendo una señora. La otra, la señora Paca, es una mujerona gruesa que siempre anda en chambra por la que se le transparentan los pechos con unos botones muy negros. Un día he visto que le salían unos pelos largos a través de la tela de la chambra, y desde entonces, cuando veo los pelos del tocino me acuerdo de ella. No me importa mucho, porque no me gusta el tocino; si no, me daría asco comerlo. Siempre anda pegando voces, y la señora Pascuala, que también sabe chillar, le ha dicho que va a echarla a la calle. Es también lavandera, pero no va al lavadero del tío Granizo, sino a unos lavaderos que hay en la ronda de Atocha, donde no hay río y se lava en unas pilas de cemento que llenan de agua con grifo. Una vez he estado allí, no me gustó; parecía una fábrica con las pilas llenas de la colada, el humo flotando por encima y las mujeres apelotonadas, unas al lado de otras, chillando como locas. Además, no había sol ni hierba y la ropa olía que apestaba. El tendedero, que es donde están las cuerdas para colgar las ropas lavadas, es un solar que hay detrás de las pilas. Los golfos saltan la valla del solar y roban las ropas. Claro que en el río también se la llevan a veces, pero como es campo, tienen miedo, porque las mujeres los corren a pedradas y siempre los cogen. Total, en el río, frente a la Casa de Campo, hay lavanderas decentes; desde el puente de Toledo abajo y en los lavaderos de las Rondas las lavanderas son unas tías.

El pasillo da la vuelta y viene un trozo muy largo que tiene treinta y siete metros. Los he medido yo con el metro de goma de mi madre, uno por uno. En el rincón hay una ventanita pequeña por la que entra el sol, y en medio otra grande, en el techo. Cuando llueve entra agua por la grande; si hace mucho aire y da de cara, también entra la lluvia por la pequeña, y así, cuando llueve, se forman dos charcos en el pasillo. En las buhardillas también, cuando falta una teja; entonces el agua cala el techo y se forman goteras. Cuando esto pasa, ponemos un cacharro para que caigan las gotas allí. El piso es de ladrillos, igual que en las buhardillas; mejor dicho, son unas baldosas de barro de ladrillo, pero más grandes. En el invierno son muy frías, pero nuestra buhardilla tiene una estera rellena de paja debajo y se puede jugar en el suelo.

En el pasillo está la buhardilla nuestra que tiene el número 9; al lado está la buhardilla de la polvorista, una mujer que hace cohetes y garbanzos de pega para los chicos. Los vecinos dicen que sabe fabricar bombas y que es una anarquista. Tiene muchos libros y es muy buena. Una noche vino la policía y se marchó sin detenerla; aunque a nosotros nos despertaron, porque le registraron la casa y lo tiraban todo.

En la buhardilla siguiente viven la señora Rosa y su marido. Él es guarnicionero y ella es muy miope; no ve a siete en un burro. Son los dos muy pequeñitos y muy delgados y se quieren mucho. Siempre hablan en voz muy baja y apenas se les siente. Querrían mucho tener un niño y su casa siempre es el refugio de todos nosotros cuando hay golpes. La señora Rosa se pone en la puerta y no deja entrar a nadie ni nos deja salir a nosotros hasta que no le han prometido que ya no nos pegan. Es una mujer con una cara muy pequeñita y muy blanca; tiene los ojos azules muy claros, con unas pestañas rubias que casi no se le ven. Lleva unas gafas de cristales gordos, y mi madre dice que ve muy bien en la oscuridad. Cuando le mira a uno, sus ojos parecen los ojillos de un pájaro.

Después hay una buhardilla, la más pequeña de todas. Allí vive una mujer vieja que se llama Antonia y nadie sabe nada de ella, porque nadie la trata. Pide limosna por las calles y vuelve a las once de la noche, un poquito antes de que cierren el portal. Siempre viene hablando sola, borracha de aguardiente. Se encierra y empieza a hablar con su gata. Una vez vomitó en la escalera y la señora Pascuala se la hizo fregar de arriba abajo.

Al final del pasillo vive la cigarrera. Trabajan ella y su hija juntas y hacen los cigarrillos para la reina Victoria. Unos cigarrillos muy largos con una boquilla de cartón que meten dentro, pegada con un pincelito untado de goma que mojan en un tarro lleno de polvo. Esto luego lo chupa la reina. Es un tarro de cristal verde. A fuerza de escurrir el pincel en el borde, se caen las gotas de goma por fuera y se quedan duras, como las gotas de cera de los cirios de la iglesia. Cuando se acaba la goma en el tarro, la señora María rasca los pegotes de goma de fuera, los mete dentro y echa un poco de agua caliente; un día que no tenía agua caliente, echó caldo del puchero y tuvo que tirar todo, porque se le manchaban de grasa los pitillos.

Luego, en un rincón, está el retrete; un cuarto donde me da miedo ir de noche, porque hay unas cucarachas gordas que salen de allí y se van por el pasillo a comer en los cubos de la basura que todas las vecinas dejan en la puerta de la buhardilla. En el verano, cuando están las puertas abiertas, se las siente andar por el pasillo, haciendo un ruidito como cuando se estrujan papeles. En casa no entran porque mi madre ha clavado en el borde de la puerta una tira de linóleo —eso que usan para los suelos en las casas ricas— y no pueden pasar. Pero en casa de la señora Antonia, la borracha, entran muchas, porque su puerta está al lado del retrete y no tiene linóleo; su gata se las come y es una cosa que da asco. Al masticarlas suena como cuando se parten los cacahuetes.

De la cochera suben ratas muy gordas por la escalera y a veces llegan hasta las buhardillas. En la cochera tienen muchas ratoneras y

perros de los que llaman ratoneros. Por las mañanas sacan las ratoneras a la calle; a veces, con cuatro o cinco ratas. Unas veces abren las ratoneras en medio de un corro que hacemos los chicos y los vecinos, y sueltan los perros, que las cazan y las matan. Otras veces las rocían con petróleo y las queman dentro de las ratoneras que son de alambre, pero esto lo hacen pocas veces porque la calle se llena de muy mal olor con el humo de los pelos quemados. Una vez, una rata mordió a un perro en el hocico y se escapó; al perro desde entonces le falta un cacho de nariz. Es el perro del señor Paco, el que tiene el trasero cosido a la nariz. Ahora, como los dos están iguales, los obreros de la imprenta los llaman «los chatos».

Hemos llegado a casa y mi madre está muy cansada. Abajo, en la lechería, le dan un cacharro para subir la leche y que no tenga que volver a bajar, y en cuanto llegamos a la buhardilla se pone a hacer la cena. Vamos a comer patatas fritas con sardinas y un huevo, y luego un poco de café, yo con leche, mi madre puro y abrasando; no sé cómo lo puede tomar así. Mientras ella hace la cena, me siento a leer *Los hijos del capitán Grant*, de Julio Verne. De vez en cuando me levanto de la silla y quito a mi madre unas patatas de las que ha acabado de freír. Después fríe las sardinas que huelen muy bien; pero no me deja robarle una, porque hay pocas.

Capítulo 2

El café español

Cuando mis tíos llegan al portal desde el tercer piso, yo he bajado ya, corriendo, las escaleras, he dado un portazo a la vidriera, contestado con una blasfemia del portero; he llegado, corriendo, hasta la puerta del Café Español, le he anunciado a Ángel que bajo en seguida, y he regresado a tiempo para que mi tía me coja de la mano, y recorro con ellos, muy modoso, el mismo camino.

Encima del portal hay un farol de gas, de llama libre, que parece una raja de melón chiquita. En la acera, un poco más abajo, una boca de riego, sin tapa, desborda su agua. Le doy un pisotón, ajustando la suela del zapato a la boca circular. El agua revienta en chispas que salpican las medias de mi tía y la ponen furiosa. Es una noche clara, con una luna de hoja de lata pulida que alumbra las calles de blanco y negro. En la calle del Arenal hay nuevos faroles de gas con mechero de camisa, y es como si toda la calle estuviera llena de luna. En nuestra calle, los antiguos faroles se ven en la acera blanca de luna como cerillas amarillentas; en la acera sin luna, como rincones temblorosos de luz.

Cuando llegamos a la esquina, Ángel deja de gritar sus periódicos con su voz ronca y se acerca a nosotros para dar las «buenas noches» a mis tíos, la gorra en la mano, al aire la cabeza apepinada de pelos largos y lacios, haciendo gestos de viejo. Da el periódico a mi tío que, como siempre, le regala la perra chica de vuelta. Ángel y yo nos guiñamos los ojos: estamos de acuerdo en cómo y cuándo nos reuniremos para jugar.

A mi tía le irrita que juegue con Ángel, y a su madre le molesta durante las horas de venta, porque deja de vocear los periódicos. Nuestros mejores ratos son las noches que bajo al café antes de que salga el *Heraldo*. Cuando llega el periódico húmedo y oliente de la imprenta, ya he arrancado a mi tía el permiso de acompañar a Ángel, después de haberla llevado al último grado del mal humor. Mi tío termina la discusión diciéndole invariablemente: «Deja al chico que corra por ahí». Yo salgo corriendo, mientras ella le gruñe a mi tío todos sus temores de que me atropelle un coche o me pierda, y toda su repugnancia de que me vean con un chiquillo vendedor de periódicos, que, al fin y al cabo, es un chico de la calle, un golfo, que sabe Dios qué cosas me podrá enseñar.

Ángel coge el mazo de periódicos, y mientras su madre se queda voceando en la puerta del café, nosotros emprendemos la excursión a través de las calles del barrio, casi solitarias. Vamos corriendo porque ha de aprovecharse el tiempo y vocearle antes de que los competidores lleguen. De los portales van saliendo criadas que nos gritan en la noche: «¡Aquí, el *Heraldo*!», y Ángel y yo corremos, cruzando las calles de pared a pared y volviendo veinte veces sobre nuestros pasos. Los clientes fijos esperan el periódico en sus casas. Ángel penetra en los portales y sube corriendo las escaleras, mientras yo espero abajo. De otros portales siguen saliendo criadas que llaman al *Heraldo* y entonces voy yo, que me he quedado con el brazado de periódicos. Si yo tuviera que vender periódicos, me daría vergüenza, pero como no soy yo quien vende, esto me divierte. La mayoría de las criadas me conocen y saben

nuestra amistad, pero las nuevas me ponen una cara asustada al encontrarse con un vendedor de periódicos con cuello almidonado, chalina de seda, blusita de marinero con bordados de oro y zapatos brillantes de charol. Este es el traje obligado por mi tía para bajar al café, donde todos los que se reúnen son señores, y es uno de los motivos de su oposición a que vaya con Ángel. Durante el día, cuando bajo a la calle a jugar, vestido con el delantal de dril y las alpargatas, no le enfada que juegue con Ángel, vestido con su americana grande, una americana vieja de hombre, arreglada, que le regaló un cliente, de bolsillos caídos por el peso de la calderilla, que arrastran por el suelo cuando se agacha.

La vuelta al barrio por la noche es una aventura. Cuando vamos corriendo, saltan de pronto los gatos que atraviesan la calle como balas, asustados de nuestra carrera y de las palmadas que damos para hacerlos correr más. Gatean por la pared y se cuelan de cabeza en sus casas por las ventanas. En las esquinas hay montones de basura, y alrededor de ellos perros flaquísimos que nos miran, regruñen y nos hacen desviarnos. A veces salen corriendo detrás de nosotros y nos tenemos que parar y asustarlos a pedradas. En la escalera de piedra de la iglesia de Santiago los golfos preparan su alcoba: los chicos van trayendo los carteles de los teatros, arrancados de las vallas, que les sirven de colchón. Los hombres están sentados en los escalones esperando que los chicos hagan la cama. A veces forman un corro apretado y en cada esquina se pone uno de los chicos de guardia. Están jugando a las cartas, y los chicos les avisan si vienen los guardias o el sereno. Otras veces tienen en el suelo un periódico lleno de comida que les han dado en alguna casa, y se la comen entre todos, metiendo los dedos o cucharas de rabo corto, de cárcel o de cuartel. En invierno encienden una hoguera con paja y con tablas que arrancan de las vallas de los solares. Se sientan alrededor, y muchas veces el sereno o la pareja de guardias viene a calentarse un rato. Cuando llueve mucho, alguien les

abre la verja de la iglesia y duermen en el atrio. Nosotros no nos paramos nunca con ellos, porque muchas veces roban chicos.

Los lecheros pasan al galope de su caballo, sonando los cántaros de leche. Y nos parecen los vaqueros americanos de los cuentos. A veces, nos encontramos con el viático. Delante va el cura con la capa bordada, y al lado el sacristán con un gran farol cuadrado. Detrás, una hilera de vecinos, siempre muchas viejas, con una vela encendida en la mano. También van los golfos que estaban en la puerta de la iglesia. Luego se guardan el cacho de vela que les han dado y lo venden al cerero de enfrente de la iglesia, para gastárselo en vino. Así que, cuando alguno se está muriendo en el barrio, ellos se alegran mucho. También roban la madera de la valla de los solares. La arrancan y la llevan a un horno de bollos que hay en la calle del Espejo. El dueño la aprovecha para encender el horno y les da montones de «escorza», que son todos los bollos y bizcochos que se rompen. Como todo el mundo sabe que son los golfos quienes se llevan la madera de las vallas, los chicos del barrio la arrancamos también y la llevamos al mismo horno. Luego ellos son los que se llevan la culpa.

Hoy ya ha salido el *Heraldo* y no hay aventuras. Es una lástima, porque la noche está hermosísima.

Entre la puerta de entrada del café y la segunda puerta interior que da al salón, hay un espacio cuadrado de unos dos metros de lado. Contra una de las paredes, un armario rojo con vidrieras, lleno de cajas de cerillas, de cigarros puros, de cajetillas y de mazos de palillos. En la parte baja hay dos tableros, donde se amontonan los periódicos. Los cristales de la puerta de entrada están cubiertos de periódicos ilustrados y de cuadernos de novelas para chicos. La señora Isabel, la madre de Ángel, se sienta en una sillita baja, entre el armario y la puerta exterior. En aquel rincón prepara la comida con una lamparilla de alcohol, remienda los pantalones de Ángel o las camisas de ella, cuenta los periódicos y fabrica los palillos, desgastando, una a una, astillitas de

madera con una navaja muy afilada que saca unas virutas pequeñitas como queso rallado. Aunque no cabe apenas en el rincón, cuando vienen a verla su hija mayor y su yerno, con un niño de pecho y dos de la mano, se meten todos allí para no estorbar el paso. Y caben. Es un manojo de nervios la madre de Ángel, y cuando está sola, no para de hacer gestos, de hablar consigo misma y de blasfemar. Cuando se pone furiosa, parece un gato rabioso, y entonces Ángel no entra por allí, para evitarse una paliza.

Cuando pasamos ante ella, nos saluda y me da un montón de cajas de cerillas, con fototipia, para mi colección. En nuestra mesa —una mesa de mármol blanco, circular, alrededor de la cual pueden sentarse doce personas— está ya la mayoría de la tertulia. Don Rafael, el arquitecto, que tiene la manía de limpiar sus lentes con un pañuelo que lleva en el bolsillo del pecho de la americana. Cuando discute, el pañuelo y las gafas están constantemente entre su bolsillo, su nariz y sus manos. Don Ricardo —el maestro Villa—, director de la Banda Municipal de Madrid, bajito y tripudo y siempre alegre; todos toman café con leche menos él, que bebe cerveza. Don Sebastián, el padre de Esperancita, una niña que juega con Ángel y conmigo. Don Emilio, el párroco de la iglesia de Santiago, un señor gordo lleno de pelos —en los dedos de las manos le hacen ricitos que parecen manchas de tinta—, que me pincha los carrillos cuando me da un beso. Doña Isabel y su hermana doña Gertrudis: su criada, porque cuando se quedó viuda, su hermana la recogió en su casa y la mantiene. Doña Isabel se viste con trajes de seda de colores y lleva siempre un boa de piel o de pluma. Su hermana va vestida de luto. Doña Gertrudis grande con unas plumas de colores, que las llaman «lloronas». Cuando habla y mueve la cabeza, las plumas bailan como las de un plumero. La cara de doña Isabel es redonda, llena de bolsas de pellejo. Se da muchos polvos blancos y encima colorete, y se pinta también los labios y los ojos. Tiene un escote redondo muy grande con la pechuga al aire; y la garganta la

forma un saco como el buche de las palomas. Doña Gertrudis tiene la cara como un cirio, larga y amarilla. Las dos viven en el mismo piso que mis tíos. Y por último, Modesto y Ramiro, el pianista y el violinista del café, los dos ciegos. Tocan muy bien y les han dado un premio en el Conservatorio. En el café les pagan un duro diario, la cena y el café con leche. El más inteligente de los dos es Ramiro, el violinista. Sabe andar entre las mesas sin guiarse con el bastón, y cuando va hasta el piano, nadie diría que es ciego. Conoce a todo el mundo por la voz y por la manera de andar, y con los dedos distingue las monedas falsas. Yo le quiero mucho, pero cuando se quita las gafas negras me da miedo, porque tiene los ojos como la clara del huevo, sin niñas. Claro que lleva las gafas para no asustar a la gente. Tiene unas manos pequeñas y regordetas que parece le registran a uno. Algunas veces me llama y me pasea las manos por la cabeza, por la cara y por el cuerpo. Y con las yemas de los dedos, me toca las pestañas, la nariz, los labios, las orejas, el cuello, el pelo, y me da la impresión de que tiene en la punta de los dedos ojos pequeñitos que me van mirando la piel de cerca. Después me dice muy convencido que soy muy guapo, y le creo porque no se equivoca nunca. Yo tengo dos chalinas de seda iguales, una es azul y otra roja, las dos con redondelitos blancos; pues Ramiro sabe con los dedos cuándo llevo una u otra.

Modesto tiene los ojos vacíos y lleva dos ojos de cristal que, cuando le miran a uno, molestan porque no se mueven. Es muy serio, mientras que Ramiro es muy alegre. Es alto y delgado. Y parecen un don Quijote y un Sancho Panza ciegos. Me acaricia muchas veces, pero nunca me mira con las manos.

Mi tía se sienta al lado de don Emilio, el cura, y empieza a hablarle de la Iglesia. Los demás hombres están hablando de política y mi tía no deja a don Emilio hablar con ellos. A todas las cosas que le dice le contesta: «Sí, doña Baldomera; no, doña Baldomera», hasta que al fin mi tía le deja y se pone a hablar con doña Isabel de las vecinas de la

casa. Mientras, prepara mi taza de café. Ésta es una combinación de mi tía para ahorrarse los cuartos. El camarero pone un vaso a mi tío y otro a mi tía, y dos copas para agua. A mí me pone una taza muy gorda de las que se usan para el chocolate. Luego viene Manolo, el echador, con sus cafeteras grandes, y llena los vasos de mi tío y de mi tía. A mi tío le echa café solo y a mi tía leche sola. Después, en las copas del agua echa un poco de café y un poco de leche en cada una. Y mi tía le da una perra gorda. En seguida mi tía, con las dos copas y los dos vasos, se pone a mezclarlo todo, y cuando está por igual, llena mi taza de café con leche y les quedan a ellos los vasos llenos.

Cuando acaba de hacer la mezcla, me tomo de un trago el café y me voy con Esperancita, que está ya detrás de mi silla, tirándome pellizcos para que nos vayamos a jugar. Nos disparamos a través del laberinto de veladores, de sillas y de divanes. Unos divanes de terciopelo rojo, puestos a lo largo de la pared, sobre los que nos gusta correr a cuatro patas en la calle que forman su respaldo y el borde de la mesa. Algunas veces nos damos con una mesa y nos hacemos un chichón. Nos ponemos de pie en los divanes y asomamos la cara a los espejos de la pared. Después se queda marcada en los divanes la suela de nuestros zapatos, y el señor Pepe, el camarero, viene a regañarnos. Empezamos a dar palmadas para quitar las manchas y salen nubes de polvo, y en el terciopelo rojo las manos se quedan marcadas en colorado con el blanco del polvo alrededor. El señor Pepe se enfada más y quita el polvo con el paño, sin golpear. Otras veces pasamos las uñas a contrapelo y dibujamos letreros y caras que luego se borran alisando el pelo con la palma de la mano. Al dibujar, los pelillos raspan el dedo como si le lamiera un gato; al borrar se convierten en el lomo del gato.

Cuando no nos mira el amo del café que está detrás del mostrador nos filtramos por la escalerilla que lleva a los billares. Abrimos la puerta de paño verde y entramos despacito en el salón. Veo hoy la escena con ojos que entonces no tenía. El salón enorme, lleno de

ventanales en tres de sus lados, con sus arcos voltaicos, deslumbrantes en su globo de cristal alambrado, con su chisporrotear de carbones y el chirriar de sus mecanismos, susto de mariposas; y la luz amarilla de los viejos faroles de gas de la calle de Vergara, con sus llamas de raja de melón y su soplo silbante. Las ocho mesas macizas de sombras cuadradas, espesas, bailoteantes a los reflejos cambiados de las luces, chispeantes de barniz, dormidas en el verde secante de sus tableros forrados de paño. Las sombras largas de los ventanales con sus cruces negras, de ángulos rotos, tendidas por el suelo, reptantes por las mesas y las paredes. Todo dormido, en el silencio. Tan sonoro que, al hablar en voz baja, se levantaba el murmullo de sus rincones. Nos sobrecogíamos un momento, temerosos, en el umbral de la puerta de paño que se cerraba blandamente a nuestras espaldas. Y oíamos, en el fondo del inmenso salón, las blandas patas que huían. La visión de las bolas de la mesa más cercana, brillantes en su cajón abierto a un costado, nos animaba a proseguir la aventura. El sonido de las primeras cogidas rompía la pesadez del ambiente y diluía nuestra tensión. Arrebatábamos las bolas de los bolsillos triples de las mesas y las volcábamos entre risas en la mesa central, la más grande, la madre de todas las mesas. Corríamos alrededor de ella, agarrando al pasar sus patas de elefante, las manos perdidas en el mar vivo de bolas que corrían sobre el tapete verde con reflejos blancos y rojos y sonar de huesos de sus cabezas calvas.

El incendio de todos los focos del salón encendidos de golpe; la mancha negra, espesa, de los bigotes gordos y puntiagudos del dueño nos sorprendía encaramados en lo alto de la pradera verde. Nos inmovilizaba, mientras las bolas terminaban sus carreras chocando con las vecinas, cuando nosotros quisiéramos hacerlas callar y que se estuvieran tan quietas como nosotros. Saltábamos de la mesa como monos huidos. Bajábamos de tres en tres la estrecha escalera que

habíamos subido de puntillas, perseguidos por los denuestos del ogro. Caíamos en el salón con la cara roja de la excitación y del miedo.

Ha venido mi madre. Cuando vamos hacia nuestra mesa, Esperancita echa a correr y se esconde detrás de la cortina roja que tapa la vidriera de entrada. Yo entro detrás de ella a prenderla y, a través de los cristales, veo a mi madre hablando con la madre de Ángel y con el señor Pepe. Como Esperancita está también en el secreto de las cosas, nos ponemos rápidamente de acuerdo: salimos de detrás de la cortina, ella delante, corriendo en dirección a la otra puerta del café que está allá abajo, al lado del mostrador. Esperancita desaparece detrás de esta otra cortina y yo también, pero en vez de quedarnos allí salimos corriendo a la calle y volvemos por el exterior a la entrada donde están los periódicos. Todavía está mi madre allí. Nos besamos y nos abrazamos y le cuento atropelladamente la astucia de que nos hemos valido para venir a darle un beso, sin que lo vea mi tía. Y nos volvemos otra vez corriendo por el mismo camino, para seguir correteando por el salón, como si no hubiera pasado nada.

Una vez más le explico a Esperancita:

—¿Tú sabes? Mi tía se enfada mucho cuando me ve besar a mi madre, porque quiere que sólo la bese a ella y que no quiera a mi madre. Cuando se enfada, me dice que soy un desgraciado, porque es ella quien me mantiene, y después regaña a mi madre, diciéndole que parece que tiene miedo de que me roben. Así que mi madre y yo, cuando nos queremos besar, nos escondemos.

Entretanto mi madre ha entrado y se ha sentado al lado de mi tía. Pepe ha traído un vaso y su platillo de azúcar y entonces voy a la mesa, nada más que para darle un golpecito en el hombro, decirle «¡hola!» y robarle un terrón de azúcar. Inmediatamente me marcho de nuevo a jugar. Mi tía se queda satisfecha.

En una mesa cercana hemos encontrado un juego de dominó y nos ponemos a hacer construcciones con las fichas. Desde aquí veo a mi

madre tomando su café silenciosamente y a mi tía discutiendo con doña Isabel, seguramente aún sus chismes de vecinos. Mi madre es una mujer pequeñita, un poquito redonda, rápida en sus movimientos. La piel muy blanca, los ojos grises, como los gatos, y el pelo castaño, con muy pocas canas en las sienes, disimula sus cincuenta años y pico. Viste una falda negra, una blusa de percal gris, y lleva un pañuelo de rayas en la cabeza y un delantal también de rayas en la cintura. Mi tía es una señora de sesenta años, vestida con un traje negro de flores bordadas, cubierto el pelo, completamente blanco, con un velo negro. Tiene una cara de vieja como de porcelana fina y presume del color de sus carrillos, que es natural, y de la finura de sus manos que parecen de seda. Pero mi madre tiene las manos tan finas como ella y aún más pequeñitas. Esto algunas veces le da rabia a mi tía, que se unta crema en las manos y se da limón y glicerina, y le dice a mi madre que no comprende cómo, trabajando, puede tener las manos así. Mi tía es la señora y mi madre la criada, igual que doña Isabel y su hermana. Ahora viene a tomar café con nosotros, después de recoger la mesa de la cena en casa de los tíos, ha fregado los cacharros y ha barrido el comedor y la cocina. Algunas veces interviene en la conversación de los demás, porque todos la quieren mucho y le hacen preguntas, pero en general se queda callada y busca la ocasión de irse a charlar con la madre de Ángel y el señor Pepe.

A las once de la noche se deshace la reunión, y nos volvemos a casa, mi tía y yo delante, mi tío y mi madre detrás. Se ha adelantado la marcha y nos hemos quedado sin jugar con Ángel, que termina a esta hora su venta y nos mira marcharnos con la cara triste, porque ahora se queda solo hasta que cierren el café.

Mañana tenemos que madrugar mucho, pues por la tarde mis tíos y yo nos vamos al pueblo a pasar el verano. Aunque el coche no sale hasta la tarde, mi tía necesita preparar todas sus maletas y la merienda antes del mediodía. No nos dejará parar en toda la mañana con sus

impaciencias. Claro que, como siempre, mi madre es la que tendrá que aguantarla, porque mi tío me llevará a ver la parada y no volveremos hasta la hora de comer. Éste es el sistema que tiene los domingos para no oírla.

Cuando llegamos a casa mi gato y yo nos tomamos juntos mi leche en la mesa del comedor, como todas las noches. Mi tío se sienta enfrente de nosotros, mientras mi tía anda en la alcoba inmediata al comedor, arreglando la lamparilla que servirá para tener luz toda la noche y a la vez para alumbrar a la Virgen que tiene allí. Entonces se me ocurre decirle a mi tío:

—Como nos vamos mañana, esta noche yo quiero dormir con mi madre.

Mi tío me contesta:

—Bueno, acuéstate con ella.

Mi tía estalla, saliendo de la alcoba:

—El niño se acostará en su cama como todas las noches.

—Pero ¡mujer! —dice mi tío.

—No hay mujer, ni hay pero. El niño duerme mejor solo.

—Pero si el chico se va mañana y quiere dormir con su madre, ¿por qué no le has de dejar? ¿No duerme otras veces con nosotros porque se te antoja a ti? Y me parece que dormirá peor con dos que con uno —responde mi tío.

Mi tía se encrespa y empieza a chillar:

—Pues, he dicho que no, y que no. Al niño no se le ocurre dormir con su madre; eso son cosas de ella, que ya lo habrá aleccionado.

Y agrega, llamando a mi madre a voces:

—¡Leonor, Leonor! El niño duerme en su cama, porque ¡lo mando yo! Son ya muchos mimos y este niño está demasiado consentido.

Mi madre, que ignora la causa de estas voces, se le queda mirando asombrada, y responde:

—Bueno, ya tiene la cama preparada.

Mi tía, ante el tono tranquilo de mi madre, se deja caer en una silla. Se pone a llorar copiosamente sobre la mesa:

—Os habéis propuesto matarme a disgustos. Estáis todos de acuerdo para hacerme sufrir. Hasta tú —se vuelve a mi tío—. Eres cómplice de ellos. Claro, tú dices que sí y ya la cosa no tiene remedio. Os habéis puesto de acuerdo los tres y, mientras, una tiene que aguantarse y callar.

Mi madre me coge de un brazo, nerviosa de rabia, y me dice:

—Anda, despídete de los tíos hasta mañana y vete a la cama.

Mi tía vuelve a estallar:

—Eso, ¡ya está todo arreglado! Pues el niño no se va a la cama. Hoy se acuesta conmigo.

Mi tío suelta un puñetazo en la mesa y se levanta furioso:

—¡Esta mujer está loca y nos va a volver locos a todos!

Yo reacciono violentamente y me agarro a las faldas de mi madre chillando:

—¡Yo me quiero acostar con mi madre esta noche!

El llanto y los gritos de mi tía recrudecen y por último se sale con la suya, ayudada de mi madre, que me empuja hacia ella, conteniendo su excitación.

Ya en la alcoba, yo lloro, abandonado de mi madre y odiando a mi tía, que se empeña en desnudarme entre lágrimas y pellizcos, alternando explosiones de cariño que me llenan la cara de babas y lágrimas, con arrebatos de furia en los que me zarandea. Mi tío acaba de perder la poca paciencia que le queda y le manda callarse enérgicamente. Nos metemos en la cama, yo entre los dos, y allí empieza mi tía a rezar el rosario y yo tengo que acompañarla. Mi tío lee el *Heraldo* a la luz de una vela sobre la mesilla de noche. Como siempre, antes de llegar al segundo diez del rosario, mi tía se queda dormida con la boca entreabierta, dejando ver el agujero de los dos dientes de arriba que le faltan, y que están en un vaso en la mesilla de noche. Al cabo de un ratito, me vuelvo despacio hacia mi tío y le digo en voz baja:

—Ya se ha dormido. Yo me quiero ir con mi madre.

Mi tío se pone un dedo en la boca y me dice, también bajito, que me espere. Apaga la luz y nos quedamos los dos despiertos en la semioscuridad de la lamparilla que hace unas sombras miedosas en el lecho. Al cabo de un rato grande, mi tío me coge con mucho cuidado, me deja en el suelo, y me da un beso y me dice que me vaya sin meter ruido.

Me voy despacio por el pasillo a la alcoba de mi madre que está al lado de la cocina, y entro allí a oscuras, tocando la ropa de la cama y diciéndole que soy yo, para que no se asuste. Me dice muy nerviosa que me vuelva. Pero yo le cuento cómo me ha ayudado el tío a salir, y entonces me deja un sitio en la cama. Y yo me quedo, hecho una bola, de espaldas a ella, en el hueco de sus brazos. El gato salta y empuja con la cabeza el embozo para meterse dentro como todas las noches. Los tres nos quedamos así, muy callados para dormirnos.

Sobre el cogote me cae una gota, y el gato me lame la cara.

Capítulo 3

Rutas de Castilla

Hoy nos vamos al pueblo. Todos los años, cuando llegan mis vacaciones, vamos al pueblo, mejor dicho, a los pueblos. Primero vamos a Brunete, mis tíos y yo, porque ellos han nacido allí. También mi padre era de allí. Estamos quince días o cosa así, y después mis tíos me acompañan a Méntrida, de donde es mi madre. Me quedo con mi abuela y los hermanos de mi madre un mes. Después mi madre va dos o tres días para ver a su familia y me recoge. Tomamos el tren para Madrid, pero yo me quedo en Navalcarnero, donde mi otra abuela, la de mi padre, me espera en la estación. Mi madre sigue a Madrid pero yo me quedo en Navalcarnero unos quince días. Después, mi abuela me lleva a Madrid. Llegamos a finales de septiembre y al día siguiente, o dos días después, vuelvo al colegio. Éste es mi veraneo, menos una vez que fui con mis tíos a San Sebastián.

Para ir a Brunete no hay tren. Se va en un coche como las diligencias antiguas; un coche con seis mulas pintado de amarillo y rojo. Delante va el cochero y el mozo de mulas y a su lado caben dos personas más. Algunas veces van tres, y entonces el mozo se monta en una de las mulas de delante. Detrás del pescante va el coche propiamente dicho, donde caben ocho personas. Los chicos como yo pagan la mitad y no tienen derecho a sentarse. Han de ir en las rodillas de los de su familia, hasta que en alguno de los pueblos por donde pasa el coche queda un sitio libre. Esto ocurre casi siempre en Villaviciosa. Arriba van los equipajes y ocho asientos de madera, numerados, en dos bancos, que se llaman la «baca». También llevan un saco con los colores nacionales donde van las cartas para estos pueblos.

El coche sale de la Cava Baja, de una posada muy antigua que se llama de San Andrés.

La Cava Baja es como una calle del siglo XVII que se hubiera quedado enquistada en la ciudad. Comienza en la plaza de Puerta

Cerrada, donde como único recuerdo de los tiempos viejos queda una cruz de piedra monumental, cuyo origen se ignora, pero que la tradición afirma se levantó en memoria de los miles que allí fueron ahorcados, en uno de aquellos patíbulos de la Edad Media. Y termina en la plaza de la Morería, entre varias cárceles del Santo Oficio y el antiguo patíbulo de la plaza de la Cebada, donde quemaron a millares de herejes y ahorcaron a hombres célebres en la historia, como Riego. Sin embargo, la calle es alegre y encierra dentro de sí un mundo.

Se multiplican en ella las posadas centenarias con sus portalones grandes de vigas de madera, sus patios enormes para los carros y sus techados para las mulas, llenos de estiércol, de tiestos de flores y de gallinas desvergonzadas; con sus escalerillas de madera, pulidas por el pasar de las manos de diez generaciones; con sus tabernitas al lado del portal, donde se beben los vinos directamente de los pellejos tripudos, tumbados en un tablero y atadas sus bocas con una lía de esparto, cuyo otro extremo se sujeta a una escarpia de la pared, para que la boca del pellejo quede siempre alta y no rezume el vino. Sus parroquianos, carreteros y campesinos, saben desbocar los pellejos y beber a chorro en ellos los vinos broncos de 15 y 18 grados, que dejan la garganta seca de tanino y los labios morados de color. Son sus clientes pueblerinos, mujeres de sayas incontables y pomposas, muchachas quemadas del sol de las eras, con sus trajes de fiesta en sedas de colores rabiosos, y hombres cachazudos, con pantalón de pana que cruje al andar y zamarra de paño gordo con vueltas de piel de oveja; sobre la camisa deslumbrante de blanca, la faja negra, bolsillo que guarda un pañuelo verde, grande como vela de barco, una navaja ancha y corva como cuerno de toro, un pedernal, un eslabón y un cordel gordo de yesca, que con la petaca mugrienta y el librillo de papel de fumar como un breviario, constituyen los utensilios de fumar. En la punta interior de la faja hay un nudo que encierra el bolsillo que guarda las monedas de plata del viaje; un bolsillo de lana de colores, a punto de media, que

cierra un cordel más largo que el hombre, que ata y reata la boca del saco y se enrolla sobre ella misma convirtiéndose en ovillo.

Cuando yo era niño, era para mí motivo de asombro ver estos labriegos, sentados a la mesa de encina, con el jarro de flores azules de Talavera lleno de vino, desliarse la faja y dejar sus calzones caídos, desatar el nudo que encerraba el tesoro, deshacer las vueltas del cordel, y arrancar con sus uñas los nudos finales para volcar sobre la mesa el importe de la transacción.

El huésped desliaba su faja múltiples veces, sin salir de la calle, porque allí se encuentran todas las industrias que surten los pueblos:

El almacén de hierro, de techo agobiante, donde se compra el hierro en barras para forjar herraduras y la reja de arado en bruto, que luego se aguza en la fragua a golpes de macho.

El fabricante de harneros, con sus tambores de agujeros para simientes de todos los tamaños, que fabrica en su misma tienda con un arte heredado.

El tonelero con sus puertas abiertas, en mangas de camisa, ajustando las duelas a golpe de mazo y con su fogata encendida en mitad de la calle para cerrar un tonel.

El pastelero, que conserva el arte misterioso de los caramelos pegajosos, de rojos, azules y verdes de veneno, las tortas macizas y negras de puro tostadas, las galletas diminutas que entran centenas en un kilo, y los turrones de almendra y de miel que arrancan los dientes de las encías.

El comerciante de cuadros con marcos y flores dorados y cromos de santos y purísimas con caras dulzonas y trajes azules y rojos; con paisajes maravillosos que contienen el río, el bosque, la montaña con nieve, el molino de viento, la carreta de bueyes, la casita con chimenea humeante y un senderito donde suele haber un niño con una cesta que viene hacia el espectador.

La tienda de loza, con sus potes vidriados y sus decoraciones barrocas e ingenuas de flores policromas y formas rebuscadas; con floreros, azucareros y vasos de cristal bañados en purpurina, con líneas azules y rojas y leyendas de «Recuerdo» en góticas viejas, contrahechas.

El botero, que fabrica las botas de vino con pieles de gato y los pellejos con pieles de cabra, y que aparece tripudo en la puerta de su taller, sudando, entre sus piernas la panza negra de un pellejo inflado que rasca con una cuchilla para arrancarle los pelos, sus brazos membrudos tatuados de la pez que usa para bañar las tripas del pellejo.

El cordelero, con su tienda olorosa de cáñamo, donde flota un polvillo que hace llorar los ojos y carraspear, y donde el patrón, hombre seco, de pulmones roídos, termina siempre sus tratos en la taberna de enfrente, para arrancar de su garganta los pelillos de la mercancía que le dan sed eterna.

El talabartero, con su arte primitivo de guarnicionero, trenzando la paja para formar los collarones para burros y muías, alegres de campanillas de bronce diminutas o de cascabeles gordos como nueces doradas; cosiendo los cueros sujetos en las tenazas de palo que oprime con las rodillas, en un movimiento rítmico de sus brazos que se abren en cruz, anudando los hilos cruzados de la costura; o tejiendo las cinchas de cuerda, de colores vivos, o los cabezales con floripondios de lana roja que agitarán orgullosos los animales.

El tendero en su tienda menuda, abarrotada de bacalao seco y de sardinas prensadas, sardinas en cuba, que forman círculos plateados en toda la tienda, que huele a cala de barco pesquero.

El lencero, que vende los paños gordos y las sábanas tiesas de lino crudo, que se vuelven blancas con los años y el sol, y que vende las blusas de seda baratas, con brillos de acero, y las faldas de flores chillonas, las pellizas con mangas y cuello de «caracul» de oveja, los mantones de lana pesados y peludos, que abrigan a las mujeres y a sus

crías, las camisetas y los calzoncillos de paño amarillo que protegen al hombre en los duros inviernos de Castilla.

De la calle salían los coches a los pueblos limítrofes de Madrid, mediada la tarde, para terminar su viaje en el último pueblo del trayecto, a la luz de la luna. Y en la hora de las despedidas, la calle se llenaba de labriegos cargados de fardos y herramientas y rodeados de sus deudos: las hijas —criadas de servir en Madrid— y los hijos —soldados—. Era un mundo de risas de la gente moza y de llantos de chicos y viejos, en un coro de blasfemias y de picardías como sólo ya se podían encontrar allí, o en los libros tan viejos como la calle. Los padres compraban al hijo mozo su primer cigarro puro por ser soldado —es decir, ya hombre— y le regalaban la petaca profunda que su abuelo les dio en ocasión semejante. Había alguna criadita con el vientre inflado que aguantaba en un rincón de la taberna de la posada las iras desatadas de la madre y la mano dura del padre ante la «deshonra». Se enseñaban unos a otros, con miedo y con murmullos de voz, el portalón de piedra de la casa del Santo Oficio: un dintel de la puerta de tres bloques de granito, dos de pie y el tercero atravesado sobre ellos como un monumento druídico, con una leyenda en el frontispicio de saludo al Ave María, un anagrama primitivo y una fecha en números arábigos —1642— y una caja de portal de losas cuadradas grandes como ruedas de molino, entre las cuales, de pie en el muro, se habían encontrado incrustadas dos momias de mujeres en hábito monjil. Como vieja hidrópica, la casa había abombado sus muros y se esperaba verla estallar de un momento a otro y parir sus muertos en mitad de la calle.

Una hora antes de que salga el coche, estamos ya en la posada mis tíos y yo, sentados en un rincón de la taberna, con dos maletas y una cesta al lado. La cesta lleva la merienda y una provisión de agua, porque, luego, no hay en el camino más que agua de pozo. Mi tío ha

sacado del bolsillo su grueso reloj de plata que tiene una llavecita diminuta, y ha mostrado la hora a mi tía.

—¿Ves cómo eres una testaruda? Falta aún cerca de una hora.

—Bueno, pero yo ya estoy tranquila.

Yo me he ido a la puerta de la posada donde está el coche, aún sin las mulas, con sus ruedas llenas de pegotes de barro de la carretera. En la acera, arrimados a la pared, están ya esperando la mayoría de los viajeros, con sus cestas y sus alforjas repletas de paquetes. Todos son gente de pueblo: un hombre gordo al que las alforjas hacen más gordo aún; una viejecita renegrida; una mujerona gorda y además preñada, con una muchacha y una niña; y unos cuantos hombres y mujeres. No puedo saber cuáles van al coche y cuáles han bajado a despedir a sus parientes. Por el portalón de la posada van sacando las mulas dos a dos y enganchándolas al coche. Las de varas entran a reculones en su sitio y quedan sujetas con una gran cantidad de correas a la lanza del coche. Es curioso ver la dificultad que todos los animales tienen para andar hacia atrás.

En cuanto las mulas están enganchadas, el techo se llena de todas las maletas y de todos los paquetes, y la gente empieza a entrar en el coche. Como es natural, mi tía es de los primeros y quiere que subamos también mi tío y yo. Mi tío acaba dejándola allí dentro que gruña, y nos vamos a la pastelería a comprar caramelos para mis primos del pueblo. Compramos muchos caramelos de menta, verdes, que destiñen y manchan los dedos como si fueran pintura y que escuecen en la boca de fuertes que son. Pero a la gente del pueblo son los que más le gustan. Compramos también un kilo de «paciencias», unas galletas redondas, pequeñitas, del tamaño de una peseta, de las que entran muchísimas en un kilo; nos dan una bolsa grande llena. Llevamos a mi tía los paquetes y vuelve a gruñimos para que nos metamos dentro, de miedo que el coche se vaya y nosotros nos quedemos en Madrid. Mi tío no le hace caso y nos volvemos a la taberna a beber cerveza con limón.

Entre toda la gente que hay allí, mi tío es el único señor de Madrid. Todo el mundo viste traje de campo menos nosotros: mi tío lleva su traje de alpaca negra, su camisa de cuello y pechera duros y su sombrero hongo. La tía lleva su traje bordado y su mantilla negra. Yo, mi traje marinero. Mi tío ha tenido una bronca esta mañana con mi tía por los trajes. Él quería llevarse una americana y un pantalón viejos que tiene e irse con una gorra y unas zapatillas en el coche, y que yo llevara mi delantal y mis alpargatas. Pero ella ha empezado a protestar y a decir que «gracias a Dios no somos unos pordioseros». Como siempre, se ha salido con la suya. Mi tío está gordo y se ha tenido ya que meter un pañuelo de seda, para que el sudor no le moleste con el cuello duro. De vez en cuando se quita el sombrero y se limpia el sudor de la calva. Con los puños duros de la camisa, la pechera también dura, y además el cuello, reniega de lo que él llama «las estupideces de tu tía». La verdad es que, si yo fuera él, iría como me diera la gana y si se enfadaba, ya se contentaría. Pero él es un buenazo que, por no disgustarla, le aguanta todas sus exigencias.

Por último, montamos en el coche. Acoplarse dentro es un problema. Los asientos están ya llenos, menos el sitio de mi tío, y tenemos que pasar entre medio de todos para llegar allí. Yo me quedo entre las piernas de él y esperamos que el coche se ponga en marcha. Dentro, el calor es inaguantable, todos apretados en el coche, tan bajo que las cabezas de las personas sentadas dan en el techo. Arriba, están atando los bultos y cargando los que faltan, y cada pisotón del mozo nos llena de polvo y parece que se van a hundir las tablas.

El coche va lleno y el mozo de mulas ha tenido que montarse en la primera mula de la izquierda, porque el cochero lleva a su lado a tres mujeres apretadas como sardinas. Además, en el estribo se han puesto de pie dos hombres, que van hasta Campamento y que han pagado dos reales por ir allí.

Bajamos la cuesta de la calle de Segovia, chirriando el coche: la cuesta es tan pina que los frenos aprietan hasta que no ruedan las ruedas, y aun así el coche se echa encima de las mulas. Algunas veces ha volcado en mitad de la calle y no se ha podido hacer el viaje. Al final cruzamos el puente de Segovia y empezamos a subir la carretera de Extremadura que también es muy pendiente. En el puente de Segovia termina Madrid y empieza el campo. Esto del campo es una manera de decir, porque no hay más, a los lados de la carretera, que unos arbolitos secos, sin hojas, llenos de polvo, unos campos de hierba amarilla con manchones negros de lumbres, y unas cuantas casitas de traperos, hechas de chapa, con montones de basura a la puerta que huelen hasta la misma carretera.

Dentro del coche, mi tía ha hecho lo de siempre. Cuando el coche ha empezado a andar, se ha persignado y ha comenzado a rezar el rosario. Tiene un rosario de madera de olivo, de Palestina, del Huerto de los Olivos, bendecido por el Papa; tiene otro que es de plata; y otro aún de una piedra que se llama ágata. Éste lo trajo una vez que fue a Lourdes, en Francia, y tiene una cruz con un cristal en medio, que se mira por él y se ve la virgen en la caverna.

La carretera está llena de baches y de polvo; así que el coche da barquinazos y el polvo que entra por las ventanillas forma una nube dentro. Cuando se mueven los dientes, se mastica la arena. Pero el sol da de lleno y no se pueden cerrar las ventanillas, porque entonces nos ahogaríamos. Una de las mujeres se ha mareado ya y se ha puesto de rodillas en el asiento, para sacar la cabeza por la ventanilla y vomitar. Cuando no vomita, la cabeza le baila en la ventanilla como si fuera la cabeza de un pelele. Cuando lleguemos, habrá echado fuera el forro de las tripas, porque no hace veinte minutos que hemos salido de Madrid y aún tenemos viaje para más de cuatro horas. Yo empiezo a tener hambre, porque no he merendado con la prisa de llegar al coche y no tener asiento. Se lo digo a la tía, y se enfada. Me dice que me espere a

que termine el rosario; y le falta más de la mitad. Enfrente de mí va el hombre gordo. Ha sacado una libreta con una tortilla dentro que huele muy bien. Va cortando trozos con la navaja y se los va comiendo, y a mí, de verle, me entra un hambre feroz. De buena gana le pediría un cacho. Vuelvo a pedir la merienda a mi tía, pero ahora en voz alta. Si no me da de merendar, seguro que este hombre me da un cacho de tortilla. Quiero enfadarla y que no me dé la merienda, porque lleva pan y chocolate y lo que yo quiero es tortilla. Mi tía se enfada, me da un pellizco en el muslo, y no me da de merendar. El hombre gordo corta una rebanada de pan muy grande y un cacho de tortilla que parece medio ladrillo, y me los da. Mi tío deja que los coja y, además, le regaña a mi tía. «Siempre tienes que hacer el ridículo.» Entonces mi tía saca el pan y el chocolate, pero ahora no los quiero. La tortilla está estupenda y el hombre me da además unas rajas de chorizo. Me sabe mejor porque me he salido con la mía, y además me ha dado la razón mi tío. Mi tío saca la bota del vino que llevamos para la cena, coge también un cacho de tortilla, y comemos y bebemos los tres. Los dos hombres se ponen a hablar de mí. El hombre cree que mi tío es mi padre.

Nos cuenta que tiene un hijo mayor que yo, que está estudiando en Madrid para abogado, pero que no ha aprobado en los exámenes y ha tenido que quedarse estudiando para volver a examinarse en septiembre. Mi tío le cuenta que yo soy muy buen estudiante, y el hombre replica que su chico es un golfo que le cuesta todo el dinero que gana labrando el campo. Entonces comienzan los dos a hablar de la cosecha del año. El hombre tiene muchas tierras en un pueblo cerca de Brunete y conoce a todos los de mi familia y conoció al padre y a los abuelos de mi tío.

Con el enfado de la merienda, mi tía ha empezado a contar a la mujer que va enfrente con la niña los disgustos que yo le doy. No quiero escuchar, porque entonces yo tendría que contestarle y contar las latas que me da ella a mí. Estamos bajando la cuesta del río Guadarrama, un río que le pasa lo que al Manzanares, que no tiene

agua, nada más que arena y un arroyito entre juncos. La cuesta baja dando vueltas desde Móstoles hasta el río y luego hay que cruzar un puente de madera muy viejo, donde la gente tiene que apearse para que el coche no pese y el puente no se hunda. Después viene otra cuesta larga que termina en Navalcarnero.

Cuando se pasa por Móstoles, se encuentra en la plaza un monumento en construcción, lleno de andamios y tapado con una tela blanca. Es una estatua que están haciendo al alcalde de Móstoles para inaugurarla el año que viene, que es el centenario de la guerra de la Independencia. El alcalde de Móstoles fue un alcalde que había cuando Napoleón quiso apoderarse de España. Era un tío viejo con una capa de paño de color café, con esclavinas, un sombrero grande de alas redondas y una vara muy alta. Cuando se enteró que los franceses estaban en Madrid, llamó al pregonero y le dio un bando para que se lo leyera a los del pueblo. En este bando él —el alcalde de Móstoles— declaraba la guerra «al Napoleón». Claro que era una tontería que un pueblo tan pequeñito quisiera hacer la guerra con los ejércitos de Napoleón. Pero si Napoleón hubiera ido a Móstoles y el alcalde le hubiera cogido por su cuenta, seguro que le mata a palos con su vara de alcalde.

En mi *Historia de España* hay un dibujo de él leyendo el bando, y también un retrato de Napoleón con su casaca de militar, con las solapas blancas, el pantalón también blanco y la mano metida entre los botones de la casaca. El padre Joaquín, un vasco muy grande, que es mi profesor de historia, nos cuenta que Napoleón no pudo apoderarse de España porque hubo mucha gente como el alcalde de Móstoles, que no le tuvo miedo: en Madrid fueron dos tenientes de artillería, Daoiz y Velarde, que cogieron un cañón y se pusieron a la cabeza del pueblo. En Zaragoza fue una mujer, Agustina de Aragón, que empezó a animar a los hombres y a tirar cañonazos contra los franceses. En Bailen se reunieron todos los garrochistas, que son los pastores que guardan los

toros bravos y que van a caballo con una garrocha, y se fueron a buscar a los coraceros que llevaban lanzas muy grandes de hierro. Además, llevaban una coraza de hierro plateado y un casco, también de hierro, con muchas plumas. Los vaqueros no llevaban más que la chaqueta puesta y los sombreros cordobeses, y eran muchos menos. Bueno, pues les dieron una paliza a los coraceros de Napoleón, que un inglés que vino a España a ayudarnos, y que se llamaba Wellington, se asustó y luego no le creían en su tierra cuando lo contaba.

Mi abuela, la madre de mi madre, era muy pequeñita cuando las tropas de Napoleón anduvieron por estos pueblos. Para que no la mataran, porque los franceses mataban a los chicos con las bayonetas, clavándoselas en el trasero, la metieron en una cesta y la bajaron al pozo de la casa que tiene dentro una mina. La dejaron allí y su madre bajaba a darle de mamar cuando no la veían. Mi abuela tiene ahora más de 99 años. Nosotros, yo y mis hermanos, le llamamos «la abuela chica», porque es una viejecita arrugada, con la cara y las manos llenas de manchas color café. A la otra abuela la llamamos «la abuela grande», porque es mucho más alta que un hombre y muy grande. Ahora la encontraremos en Navalcarnero.

Cuando llegamos a Navalcarnero, mi abuela Inés nos está esperando. Hay allí una posada y el coche cambia las mulas. Mientras, la gente cena en la posada, bien las cosas que lleva o bien la comida que hacen allí. Nosotros tenemos merluza frita rebozada y chuletas empanadas con pimientos fritos, y como nos hemos comido la tortilla del hombre gordo, mi tío le invita. Tenemos también café puro que ha traído mi tío en una botella envuelta en muchos periódicos y que todavía está caliente.

Mi abuela se sienta con nosotros, teniéndome a mí en sus rodillas. Se está allí como en un sillón. Mi tía y ella se ponen a hablar. Y como siempre, acaban regañando, porque las dos son contrarias. Cuando eran chicas, han jugado juntas en el pueblo, y se llaman de tú y se dicen lo

que les viene a la boca. Mi tía es una beata y mi abuela es atea. Cuando las dos eran chicas, de doce años o así, sus padres las mandaron a Madrid a ser criadas de servir. Mi abuela estuvo en muchas casas hasta que se casó. Mi tía, en una sola. Mi tía come pizquitas y mi abuela traga como está tragando el hombre gordo, que no parece se haya comido la tortilla y la libreta. Mientras tanto discuten de mí.

—Buena falta le hace al chico tomar un poco el aire y salir de tus faldas. Con tanto cura y tanto rezo, le estáis atontando. Mírale la cara de gilí que tiene. Menos mal que estará conmigo unos días y yo le espabilaré —dice mi abuela.

—Pues al niño no le falta nada —se encrespa mi tía—. Lo que tiene son muchas picardías y por eso no engorda. Porque en la educación no sé qué puedes decir. Claro que tú quisieras que el chico fuera un descreído como tú. Más valía que pensaras que eres una vieja, como yo, y que si sigues así irás al infierno.

—Mejor, más caliente. Además, mira: al infierno va toda la gente de buen humor y al cielo todas las beatas aburridas como tú. Y francamente, prefiero la gente divertida. Tú no hueles más que a cera.

—¡Jesús, Jesús! Tú siempre dices blasfemias y acabarás muy mal.

—¡Recorcho! Las blasfemias sólo las digo cuando me pisan un callo o me pillo un dedo contra una puerta, porque, al fin y al cabo, una es una mujer y no un carretero. Lo que no soy ni quiero que sea el chico es un espiritado como tú, que no sabes salir de las faldas de curas y sacristanes.

A mi tía le entra el hipo y entonces mi abuela se siente completamente feliz. Acaban haciendo las paces y mi abuela le dice finalmente:

—Mira, Baldomera, yo sé que tú eres muy buena y que el chico está muy bien con vosotros. Pero le estáis volviendo idiota. Tú reza lo que quieras, pero déjale al chico que juegue. ¡Verdad —agrega dirigiéndose a mí— que tú lo que quieres es jugar!

Para no disgustar más a mi tía, le digo que me gusta mucho la iglesia. Y entonces ella explota:

—¡Tú lo que eres es un marica! —y me zarandea entre sus brazos y sus pechos, como si estuviera en un colchón que me fuera a aplastar. Me callo, dolorido, pero se me caen dos lagrimones. Entonces mi abuela pierde la cabeza, me coge en brazos, me besa, me estruja y me sacude como un muñeco. Por último, me hace prometer que iré a Navalcarnero en septiembre y que no me he enfadado con ella.

Me lleva al mostrador de la taberna, me llena los bolsillos de alcahueses y torrados, me abruma con sus preguntas rápidas, y sólo se calma cuando le afirmo repetidas veces que no me he enfadado, pero que yo no soy un marica. Y que, si vuelve a llamármelo, no iré más a Navalcarnero.

Llegamos a Brunete a las diez de la noche, yo completamente rendido y con ganas de acostarme.

El pueblo es un grupo de casas que hacen unas sombras muy negras con la luna, o paredes muy blancas que brillan con la misma luz de la luna. En las puertas de las casas están las gentes tumbadas en el suelo, tomando el fresco, algunos charlando y la mayoría durmiendo. Cuando salimos del coche y vamos a través del pueblo hasta la casa del tío Hilario —el hermano de mi tío José—, las gentes se levantan a saludarnos y algunos nos dan bollos de aceite y aguardiente. Yo no tengo gana, lo único que tengo es sueño. El sereno del pueblo viene, saluda a mi tío dándole un cachete en la espalda, y me acaricia diciendo:

—¡Está ya hecho un hombre!

Después se empina como los gallos, se pone una mano al lado de la boca y grita:

—¡La once... y serenoooo...!

Capítulo 4

Tierras de pan

Encima de la cabecera hay una ventanita cuadrada por la que entra un chorro de sol lleno de moscas. La habitación huele a pueblo: un olor de granos secos del sol, que viene del granero abierto frente a mi cuarto, de retamas quemadas en la cocina, de estiércol de la cuadra, del vaho pegajoso del gallinero, y de las paredes de adobes de la casa, retostadas del sol y cubiertas de una blanca capa de cal. Me visto y bajo la escalera maciza, de troncos labrados con la azuela.

La planta baja de la casa es una sala enorme, empedrada de pequeños cantos de río. Al lado del portalón están las aguaderas de madera, con sus ocho cántaros panzudos, de barro blanco, sudoso, cubiertos con una cortina de tela blanca que tiene en medio iniciales de un palmo de altas, bordadas en hilo rojo. En el centro de la sala, la mesa, de tablones completos, blanca de fregarla con arena. Alrededor de ella pueden comer toda la familia y todos los criados, unos veinte. En su tablero se vierten las semillas para escogerlas. Y otras veces sobre una manta, que sólo cubre una esquina, la tía Braulia plancha la ropa de la casa. A lo largo de las paredes hay una multitud de sillas de paja trenzada, una cómoda pesada, de caoba, y un arcón de cubierta redonda, forrado de piel con pelo rubio y grandes clavos dorados, con una cerradura que parece el aldabón de una puerta. Sobre el arcón, colgado en la pared, el reloj de cuco, sus pesas de latón colgando de las cadenas doradas, su péndola corriendo de un lado a otro sin tropezar nunca con la pared, su esfera de madera con sus cuatro esquinas llenas de ramitos de flores, y encima la ventanita del cuco, un pajarito de madera que canta las horas y las medias. Cuando la manilla va a llegar a las horas, se para y parece que encuentra una china en el camino. De repente da un brinco sobre la esfera, y entonces se cae de golpe una de las pesas, que baja muy de prisa hacia el suelo y hace rodar toda la maquinaria, que suena como una caja de clavos. El cuco se asusta del ruido, abre la

puerta de su casita y empieza a cantar, haciendo reverencias y asomando la cabeza para ver si la pesa se estrellará contra el suelo. Cuando ha cantado la hora, se mete dentro y cierra su puerta hasta la media, en que sale una vez sólo, a dar un solo grito, con bastante mala gana, como si le molestaran para una cosa que no tiene importancia.

El reloj de cuco me recuerda siempre al sereno del pueblo y el sereno del pueblo al reloj de cuco. Durante toda la noche se pasea el sereno por las calles del pueblo con un farol, mirando al reloj de la torre de la iglesia y al cielo. Cada vez que el reloj da la hora, él la canta y dice el tiempo que hace: «¡Las dos y... sereno! ¡Las dos y... nublado! ¡Las dos y... lloviendo!». Cuando hay sequía y las gentes del pueblo temen perder la cosecha, si el sereno canta la hora y llueve, los vecinos se despiertan unos a otros y se asoman a los portalones para mojarse ellos también. Algunos se van a sus campos, para ver si es verdad que en ellos cae el agua y no sólo en los de los vecinos.

En el fondo de la sala está el hogar, con su despensa a un lado y la puerta de la cuadra al otro. Es un redondel de losas con los bancos de piedra a los lados y una chimenea de campana encima, tapizada de humo, con un agujero arriba por el que se ve el cielo. En la pared están colgados los cacharros, unos antiguos cacharros de cobre y de hierro, las jarras de Talavera blancas y azules y los hierros de la cocina. El reborde de la chimenea es un vasar ancho lleno de platos, escudillas y cazuelas, con una gran fuente redonda puesta de canto en medio, que parece un sol. Es una fuente de barro amarillo verdoso, con flores de un azul sucio y un reborde azul metálico ancho como un dedo. Es el cacharro más viejo de la cocina, y en el culo tiene un signo raro como un tatuaje y en letras viejas, azules, dice: «Talavera 1742». Las cosas de metal las limpia la tía Braulia con ceniza de estiércol que hace lejía, y el hierro parece de plata y el cobre de oro. La lumbre es un montón muy grande de estiércol encendido por dentro, de día y de noche. Si se mete dentro la badila, se ve una bola de fuego, roja como una granada... Se

sopla en ella con un fuelle grande, metiendo allí dentro su pico de hierro, y sale una llama. Encima se echa retama que arde con la llama y sobre ella se coloca la sartén de tres patas para hacer los guisos. Después, se cierra el agujero con la badila y queda sólo el montón amarillo de estiércol, humeante, con los pucheros alrededor donde se cuece la olla lentamente. Dentro de la campana de la chimenea están colgados los chorizos rojos y las morcillas negras, que así se resecan y se curan al humo.

Cuando bajo, la tía Braulia está sola, sentada en una silla baja al lado del fuego. Lo primero que hace es afirmar que tengo hambre y que me va a preparar el desayuno en seguida. Ésta es una manía de todos cuando vengo al pueblo. Se empeñan en que tengo que comer mucho y tengo que engordar. Pero en Brunete hay muchas menos cosas que en Madrid. No hay más fruta que las uvas de parra, que aún no se pueden comer. Carne no hay más que de cordero y la de cerdo de la matanza conservada en adobo y curada al humo. Así que la comida me la sé de memoria: por la mañana el desayuno de huevos fritos, a mediodía la olla con garbanzos, tocino, chorizo y carne de carnero, y por la noche las patatas guisadas con carne y bacalao. Viene algunas veces un hombre con un burro que trae de Madrid dos o tres cajas de sardinas y de merluza. Pero en el verano no puede venir porque el pescado se pudre en el camino. El único pescado que hay son las sardinas de cuba de la tienda, unas sardinas resecas, con los ojos y la panza amarillos de aceite, y el bacalao. Verduras no hay. Porque Brunete está en una llanura seca, sin árboles y sin agua, donde no crece más que trigo, cebada, garbanzos y algarroba. Hay que ir a buscar el agua con burros a tres kilómetros del pueblo, a un barranco —que es una grieta en el campo— que se pierde a lo lejos, camino de la sierra.

Para comer, prefiero Méntrida y Navalcarnero, pero más Méntrida. En Méntrida hay muchos árboles frutales y muchas huertas. Hay también caza —perdices y conejos—, y en un río cercano, el Alberche,

se pescan peces muy ricos y anguilas. De Madrid trae pescado el tren y en el pueblo hay siempre uvas muy buenas, tomates riquísimos, pepinos, lechugas; y además hay un sitio que se llama Valdehiguera, donde se encuentran cientos de higueras muy antiguas que dan unos higos gordos con la carne encarnada, que se llaman melares y son como miel. Cada familia tiene dos o tres higueras, y, cuando yo voy allí, en todas las casas me invitan a ir a coger los higos por la mañana temprano, que es cuando están fríos de la noche. Todas estas cosas las hay en Méntrida, porque el pueblo está en un valle por el que corre un arroyo que va al Alberche. Hay además una alameda llena de álamos y de huertas a lo largo de todo el arroyo. Aquí, en Brunete, los pocos pozos que hay son muy hondos y dan un agua salada. En Méntrida hay pozos en todas las casas y en muchas de ellas tienen que hacer una reguera desde el pozo a la calle, porque en invierno el agua se sale por encima del brocal. Además, el agua es muy fría y muy buena.

Navalcarnero es aún diferente. Está en lo alto de un cerro y en el pueblo realmente no hay nada, pero los campos, como caen todos a la orilla del Guadarrama, producen también uvas, frutas y cosas de huerta. Además, como está muy cerca de Madrid, hay casi todas las cosas que se encuentran allí.

Sin embargo, quien más presume con la comida es la tía Braulia. En Brunete la mayoría de la gente sólo come una cebolla con pan por las mañanas cuando se van al campo, un gazpacho a mediodía y la olla por la noche, pero hecha sólo con garbanzos y un cacho de tocino. El tío Hilario, que es el marido de la tía Braulia y el hermano mayor de mi tío José, es ahora uno de los más ricos del pueblo.

Eran seis hermanos y todos se libraron de ser soldados, menos el más pequeño que era mi tío José. Entonces los soldados estaban ocho años en el cuartel. Cuando se marchó de quinto era, como todos, un patán que no sabía leer ni escribir. Como eran muchos hermanos, la familia era muy pobre y no comía más que los garbanzos con tocino, y

éstos, los peores, porque los otros, los escogidos, se pagaban más. En el cuartel aprendió a leer y escribir; y mientras tanto se murieron sus padres y los hermanos trabajaron las tierras todos juntos y se casaron. Con las mujeres y los chicos, que empezaron a nacer en seguida, aunque el tío José les había dejado su parte de tierra, estaban todos muertos de hambre. En aquel tiempo, algunas veces, por no tener dinero para alquilar mulas y burros para la labranza, tiraban del arado los hombres y las mujeres. La tía Braulia ha tirado muchas veces. Mientras tanto, mi tío José que no pensaba volver a arar, se había hecho sargento y, cuando se licenció, se colocó en el Ministerio de la Guerra, porque tenía muy buena letra y sabía muchas cuentas. Empezó a ahorrar dinero para prestarlo a sus hermanos, que ya no tuvieron que pedir dinero prestado al usurero del pueblo, pagándole una peseta por cinco. Cuando recolectaban el trigo tampoco se lo vendían al usurero, sino que mi tío se encargaba de vendérselo en Madrid. Las ganancias se las repartían entre todos. Así pudieron comprar mulas y ya vivían bien. Después, cuando la guerra de Cuba, mi tío había prestado algún dinero a otros del pueblo y un día se presentó allí, reunió a todos los parientes y a los más viejos del pueblo, y les dijo que si le dejaban el trigo él se lo vendía a todos en Madrid para el ejército, mucho más caro que como se lo pagaba el usurero. Entonces se hicieron ricos y mi tío les dio dinero suficiente para que se compraran más tierras y más mulas. Así, la mitad de las tierras del pueblo eran de los hermanos de mi tío. Todos trabajaban bajo las órdenes del tío Hilario, pero mi tío era el que mandaba. La otra mitad de las tierras del pueblo eran de la otra gente del pueblo que estaba entrampada con el usurero.

El usurero es un pariente lejano, don Luis Bahía, que se marchó de niño del pueblo y después se hizo millonario con los jesuitas. Era su administrador y mi tío decía que él no tenía dinero, y que lo que prestaba era dinero de los jesuítas, que así se apoderaban de las tierras del pueblo.[1]

Yo le conozco de Madrid, porque se trata con mi tío José, y algunas veces he ido a su despacho, pero es un hombre que me da miedo. Es un viejo calvo, con una cabeza grande y una nariz de pico de loro muy carnosa, que le mira a uno frío. La piel la tiene completamente amarilla, de cera, y viste siempre trajes negros, con unos manguitos también negros hasta por encima del codo, y un gorro redondo de seda con una borla. El despacho está empapelado en verde oscuro y el balcón tiene visillos de crochet también verdes, de manera que, como todo está oscuro, su cara parece la cabeza de un bicho en un rincón. En Méntrida vi un sapo muy grande entre las hierbas del arroyo y me acordé de él.

Me como los huevos fritos y la longaniza que me ha preparado la tía Braulia para desayunar y me voy a las eras. El pueblo es una calle única por la que pasa la carretera. Los campos, segados ya, están amarillos de la raíz seca de las espigas, y en un sitio donde sube un poco la tierra están las eras. Son unas plazoletas empedradas con cantos redondos que se barren muy bien antes de echar sobre ellas las espigas.

Sobre la alfombra circular de espigas da vueltas, arrastrado por una mula, el trillo, una tabla gorda llena de pedernales cortantes, que pasa sobre el trigo y separa el grano de la paja. Los chicos se montan sobre la tabla del trillo, uno para conducir y todos para jugar. Nos empujamos unos a otros para hacernos perder el equilibrio sobre la plancha en movimiento y caer en el colchón de espigas. El único peligro es caer por la parte delantera de la tabla y que el trillo le pase a uno por el cuerpo. A uno de mis primillos le pasó esto y tiene la espalda llena de rayas, como si fuera un tatuaje de los indios. Más allá, los hombres voltean la paja y el trigo triturados, lanzándolos contra el aire para que éste se lleve la paja y quede sólo el grano. Los chicos pasamos corriendo a través de la nube de paja, manoteando con los ojos cerrados, para llenarnos de agujas pequeñitas que se clavan en la piel y no dejan dormir. Después nos revolvemos en los montones de trigo limpio y se nos llenan los oídos, la boca y las narices de los granos duros que se

meten también entre los calcetines y en los bolsillos. Claro que estas cosas no me ocurren más que a mí, porque mis primos tienen la piel curtida del aire y el sol y el polvo, y las pajas no les hacen ningún efecto. Tampoco tienen calcetines, ni alpargatas, porque casi todos van descalzos, y menos aún bolsillos en el delantal como yo. Llevan una camisa y un pantalón atado con un cordel, y el pantalón es de los de «trampa». Pero lo que más me molesta es el sol. Los primeros días, la piel se me pone roja y se me pelan la nariz y los carrillos y voy cambiando pellejos como las culebras, hasta que, cuando vuelvo a Madrid, estoy casi tan negro como mis primos. Pero nunca como el tío Hilario.

El tío Hilario es un viejo alto y reseco, de huesos muy grandes. Tiene una cabeza completamente calva, llena de jorobas, con un lobanillo en todo lo alto que parece una ciruela, pero la piel de la calva es tan oscura que no se le nota la falta de pelo. En el cogote la piel es gorda y seca y está dividida en arrugas profundas que parecen cortadas por un cuchillo. Se afeita los jueves y los domingos, como los curas, y entonces, la parte que le han afeitado parece que se la han frotado con papel de lija, porque está mucho más blanca que el resto de la cabeza. Algunas veces coge una de mis manos —que son muy finas y delgadas— y la pone sobre una de las suyas que son grandes y anchas, con las uñas aplastadas, y se asombra. Suele apretarme la mano entre las dos suyas, y entonces pienso que, con los callos que tiene en las palmas, si se frotara sus manos, me despellejaría completamente la mía. El mango del arado tiene la madera reluciente como el pasamanos barnizado de la escalera de casa, y esto lo ha hecho el tío Hilario a fuerza de frotar sus callos sobre el mango.

A las doce suena la campana de la iglesia avisando el mediodía. Entonces nos volvemos todos a la casa a comer. Cuando llegamos, la tía Braulia ha puesto ya la mesa con una fuente muy honda en medio en la que vierte la olla, un puchero de hierro que tiene más de cien años. A

fuerza de quemarse en la lumbre, parece enteramente de barro negro. A cada lado de la mesa hay un porrón grande de vino y sólo a mis tíos y a mí nos han puesto vasos. Los demás beben en los porrones a chorro. Igual hacen con la comida; a los chicos les ponen una fuente para los seis que son, y allí van metiendo la cuchara. Las personas mayores comen todas en la fuente grande, pero como estamos nosotros, han puesto platos para nosotros tres y para el tío Hilario y la tía Braulia. Sus hijos y los criados comen lo que hemos dejado después de servirnos.

Después de comer no se puede trabajar por el calor que hace, y todos se echan un rato a dormir la siesta. Unos se tumban simplemente en las piedras del portal que está muy fresco, porque las puertas de la calle y de la cuadra están cubiertas con una cortina gorda que no deja pasar el sol, pero sí una corriente de aire. Aunque parezca mentira, un sitio fresco son los bancos de piedra al lado de la lumbre. Por el agujero de la chimenea sale una corriente de aire muy fuerte, y alrededor de la lumbre parece que hay un ventilador. A las dos, los hombres vuelven al campo, pero a mí me dejan en la casa porque hace demasiado sol y yo no estoy acostumbrado. Así que no me despiertan hasta las cinco, que me despierto yo solo.

En el portal están mis tías y tres mujeres más, contándose todas las historias del pueblo desde que ellas eran chicas. Me gustaría poder irme a jugar, pero mis primos ahora están trabajando y además da miedo salir a la calle. Como no hay ningún árbol en el pueblo y las casas son todas blancas, la calle es un horno y no se puede ni tocar las piedras. Así que me dedico a recorrer toda la casa.

En el granero, que aquí llaman «sobrado», hay tres montones de trigo, de cebada y de algarroba, que llegan hasta las vigas del techo. Hay unas telarañas grandes y espesas, y durante un rato me entretengo cazando moscas. Después de arrancarles las alas, las echo en las telas de araña. La mosca se enreda en la tela, y entonces la araña asoma la cabeza en su agujero. Al cabo de un momento sale corriendo, con su

cuerpo como un garbanzo negro, sostenido en el aire por las patas que parecen alambres doblados. Rodea la mosca con todas las patas y se la lleva. Cuando sale corriendo por la tela, me parece que va a saltar sobre mí y me va a morder. Entonces, me da asco y miedo y con una escoba empiezo a romper las telas de araña. De una de ellas cae al suelo una araña grande, amarilla, con el cuerpo como una almeja cocida, que se pone a correr por las tablas y por último viene hacia mis pies. La aplasto de un pisotón y bajo corriendo la escalera del sobrado. Abajo, froto la suela del zapato contra las piedras del hogar y todavía salen cachos de patas peludas que se mueven.

En el portal, en las vigas del techo, hay nidos de golondrinas. Me subo en una silla puesta sobre el arcón, para ver de cerca uno de estos nidos. No comprendo cómo se los pueden comer los chinos, porque son como un pucherito de barro muy duro. Dentro está lleno de pajitas de trigo. A las golondrinas no se les hace daño, porque se comen los bichos del campo, y porque cuando crucificaron a Cristo fueron a quitarle las espinas de la cabeza con el pico. En el invierno se van al África y vuelven en el verano. Un año mi tío cogió una y le puso un hilito de plata en una pata, y al año siguiente volvió. Después no volvió más. Debió de morirse, porque las golondrinas viven poco tiempo. Pero las cigüeñas viven mucho. Esto de la golondrina lo hizo mi tío por la historia de la cigüeña del pueblo.

En lo alto de la iglesia hay un nido de cigüeñas que parece un montón de leña. Una vez, un cura muy viejo que había en el pueblo, y que coleccionaba insectos del campo, cogió una cigüeña y le puso en una pata un anillo grande de cobre con un letrero que decía «España». Al año siguiente, la cigüeña trajo otro anillo de plata en la otra pata, con un letrero que nadie sabía leer, pero que, según un profesor que vino de Madrid a verlo, era árabe y decía «Estambul», que es una provincia de Turquía. Después, el cura cada año ataba al anillo una cintita con los colores nacionales y la cigüeña volvía con una cintita roja. La cigüeña

murió en Brunete y el cura guardó en la sacristía los dos anillos y siete cintitas coloradas.

Pero hay también en Brunete otros pájaros, aunque ninguno de ellos se come. Hay maricas, que son unos pájaros blancos y negros que gustan de salir y pasear por la carretera y andan como si fueran mujercitas. Y hay grajos, que son unos cuervos pequeños que vienen en bandadas, dando unos gritos: «¡ca—ca—ca!». Vienen cuando han tirado alguna mula muerta al barranco y se la comen. Porque en el pueblo, cuando se muere alguna mula o algún burro, le llevan al barranco de la fuente y le tiran en un sitio que está hondo. Está muy lejos de la fuente del pueblo, pero una vez he ido allí y está lleno de esqueletos blancos de burros y mulas. Los grajos se quedan alrededor del barranco y charlan. Parecen viejas criticonas. Cuando se acerca alguien allí, se levantan volando y se ponen a dar vueltas por encima de la cabeza de uno, dando gritos hasta que se marchan. Son pájaros de mal agüero.

Los otros pájaros que hay son los murciélagos. Vienen al atardecer y empiezan a volar por las calles del pueblo y a tropezar con las paredes porque son blancas. Los chicos los cazamos con un mantel, o con un trapo blanco atado entre dos palos que se extienden por encima de la cabeza. Los murciélagos pegan contra la tela y entonces se juntan los dos palos y se les coge dentro. Después, se les clava por las alas a la pared. Tienen unas alas como una tela de paraguas peluda, que se rompe sin echar sangre, como un pingajo, y el cuerpo parece el de un ratón, pero con un hociquillo de cerdo y orejas puntiagudas como las del demonio. Cuando se arropan en sus alas, parecen viejas envueltas en su mantón, y cuando duermen colgados de las vigas, parecen los niños pequeñitos que traen las cigüeñas en el pico. Cuando los han clavado en la pared, los hombres encienden un pitillo y los hacen fumar. El murciélago se emborracha con el humo y hace gestos raros con la nariz y con la tripa, y los ojillos se les llenan de agua. Nos reímos mucho.

Pero cuando los veo así, clavados en la pared, borrachos de humo, me dan lástima y les encuentro algo de niño colgando de las mantillas con la tripilla al aire. Una vez les quise explicar lo que en el colegio me habían enseñado: que los murciélagos se comían los insectos del campo; pero se rieron mucho y me contaron que eran unos bichos muy malos que, cuando la gente está dormida, le chupan la sangre, mordiéndola detrás de la oreja. Una muchacha se murió así; bueno, no se murió. Se fue quedando blanca, blanca, sin sangre, y nadie sabía lo que tenía, hasta que una noche le encontraron un murciélago en la cama y en la oreja una gotita de sangre. Quemaron el murciélago y las cenizas se las dieron a la chica en ayunas, mezcladas con vino. Y se puso buena. Por eso matan todos los murciélagos que pueden.

Pero después, cuando se cansaron de martirizarle, un mozo le arrancó de la pared de un manotón y el pobre bicho se quedó caído en la reguerita de piedras, moviendo las alas de trapo, rotas, y haciendo gestos con su hociquillo, y yo no pude creer que fuera capaz de matar a nadie.

Brunete es un pueblo aburrido. No hay campos con árboles, ni con frutas, ni con flores, ni con pájaros, y los hombres y los chicos son callados y brutos. Sólo ahora, cuando han cogido el trigo y han ganado dinero, se divierten con las fiestas. Pero, aun así, son las fiestas más pobres que yo conozco. En la plaza se ponen unos feriantes con puestos de cosas de perra gorda, alumbrados con farolitos de aceite o con velas. Y como la gente no compra, todo lo rifan a perra chica, que es la única manera de vender sus cacharros. Viene un polvorista que desde el atrio de la iglesia tira todas las noches, desde las diez hasta las doce, quince o veinte cohetes; y sólo el último día quema unos «árboles», cinco o seis, como final. Lo único que les divierte son los toros.

Y en esto demuestran lo brutos que son.

La plaza del pueblo es casi cuadrada, con piso de tierra, lleno de baches; en medio, una farola de hierro sobre un pedestal de piedra.

Alrededor de la plaza instalan los carros de todos, las varas del uno a caballo en el piso del otro, y atados con cuerdas para que no se separen. Queda así una barrera que rodea la plaza y un pasillo con el piso desigual de todos los carros. El pasillo se llena de gente. Los mozos y los chicos se meten debajo entre las ruedas, donde a veces penetra la cabeza del toro, y desde allí salen a torearle o miran.

En la plaza hay un callejón sin salida, donde se abre la puerta del corral del carnicero del pueblo, y allí se encierran los toros. Lo llaman «el callejón del Cristo».

La fiesta comienza el primer día de feria con lo que llaman el «toro del aguardiente», porque le sueltan casi al amanecer, cuando la gente se toma la copita de aguardiente de la mañana. Los carros se llenan de mujeres, de viejos y de chicos que gritan pidiendo la salida del toro, un choto que sirve para que le toreen los muchachos.

Al principio el animalito embiste y revuelca a los mozos. Pero después, como es tan chico, los mozos le sujetan de los cuernos, le tiran al suelo, le pegan con las botas gordas y con las varas, y a las once de la mañana el animal se tambalea sobre sus patas y ya no embiste; huye de la banda de mozos y chicos, que ya se atreven a bajar todos a la plaza, y se acula contra las ruedas de los carros. Entonces, allí le pinchan con las navajas y los viejos le acercan la lumbre del puro al culo, para que el bicho embista ciego de rabia. Así, hasta las doce. Nosotros estamos en el balcón del Ayuntamiento con el alcalde, el médico, el boticario y el cura. El alcalde y el cura, que son dos hombres gordos, se ríen a carcajadas y se golpean los hombros uno al otro, llamándose la atención sobre los detalles.

A las cuatro de la tarde empiezan los toros de verdad. Primero, los mozos del pueblo torean dos novillos, corridos ya en otros pueblos, resabiados, que tiran a la gente contra los carros como si quisieran vengar al becerro de por la mañana. Los tienen mucho tiempo en la plaza, hasta que ya no hay más mozos que se atrevan a torearlos, y

entonces los vuelven a meter en el corral y sueltan al toro de muerte. Para matarle, ha venido una cuadrilla de muletillas, que son los aprendices de torero que van toreando por los pueblos, muertos de hambre. Como no son del pueblo, el Ayuntamiento ha comprado un toro grande y viejo con unos cuernos enormes, que tiene la cabeza más alta que ninguno de los «maletas». Cuando sale a la plaza, los pobres se asustan de ver aquella mole. Y entonces la gente del pueblo comienza a gritar y algunos mozos saltan al ruedo armados de varas, amenazándoles.

Es triste ver a los muchachos vestidos con trajes de luces incompletos y remendados, descoloridos, saltadas las lentejuelas doradas, dar carreritas cortas hasta la cabeza del toro y sacudirle en los morros con la capa para salir huyendo y trepar a la farola, porque de las ruedas de los carros les echan a palos. Pero esto no tiene importancia. El cornetín de la banda de música toca a banderillas y entonces la gente ruge de alegría. Aquí no cabe dar carreritas al toro, hay que clavarle las banderillas y para ello llegar a los cuernos del toro. Además, los maletas saben que la ganancia está allí y en la suerte de matar.

Es costumbre brindar cada par de banderillas a uno de los ricos del pueblo. Si se ponen bien, es decir, si se clavan en lo alto del morrillo del toro, el rico se suelta dos y a veces cinco duros, y la gente llena de perras gordas y alguna que otra peseta la capa que pasean delante de los carros para hacer la colecta. Si no las clava, no hay dinero, y si todos los banderilleros fallan, suele haber piedras en lugar de monedas.

La figura flaca y hambrienta del torerillo se sitúa en el otro extremo de la plaza, con la cara pálida, mirando con recelo a sus espaldas donde están las varas de los mozos, algunas de ellas con clavos y aun con navajas en la punta, y con pánico delante de él, a la fiera hasta cuyos cuernos ha de llegar, para allí levantar los brazos, sacar el vientre y el pecho en un estirón, y clavar los palitroques, sin que los cuernos le claven a él.

Y queda la suerte de matar: el «maestro» suele ser un chaval de diecisiete o dieciocho años, más suicida que sus compañeros, con cara de iluminado. Ha de poseer toda una ciencia infusa para torear en los pueblos. Si matara al toro de una estocada seca y le hiciera rodar sin puntilla, la gente se consideraría estafada. Debe torear al toro con la muleta largo rato, y después entrar a matar varias veces, muchas veces, pero con ciencia y valor. No dando pinchazos en las costillas o en los brazos del toro, sino volcándose sobre los cuernos; y cuando ya ha demostrado perfectamente su valor y ha hecho gritar de miedo diez veces a las mujeres, entonces debe coger la estocada, hasta la mano si puede ser, hiriendo al toro en los pulmones para que se quede allí en la plaza, de pie sobre sus cuatro patas abiertas, vomitando chorros de sangre negra en golpetones bruscos, para derrumbarse por último con la tripa al aire y las patas agitándose en el vacío.

Entonces la gente se vuelve loca de entusiasmo y llueven las monedas de plata y los cigarros puros y los cachos de longaniza y las botas de vino destapadas, que vomitan vino sobre la gente, a sacudidas como el toro su sangre, y que el maletilla está obligado a beber para calmar su sed y para hacer volver el color a su cara.

Para cuando el toro taladra la carne joven, hay una puerta pequeña en la casa del Ayuntamiento con un letrero que dice: «Enfermería». Dentro hay una mesa de pino fregada con arena y lejía, y unos barreños con agua caliente. En un rincón sobre una silla de paja, la maleta del médico con unos cuantos hierros viejos, y por si acaso, las cuchillas y la sierra del carnicero. Sobre la mesa de pino se deja en pelota al mozo y se le cura como se puede, taponando la herida con pelotones de algodón, empapados en yodo como bizcochos y comprimidos con los dedos, y se cose el desgarro con agujas gordas e hilos de seda de ovillo, trenzados, gruesos, que fabrican las viejas del pueblo, igual que los cordoncillos para los partos. Después se tiende al herido en un colchón

sobre un carro y se le envía a Madrid, a través del camino lleno de sol y de polvo.

De niño, callado, subido en la silla donde estaba la caja del médico, yo he visto una vez una cura atroz, de éstas, a un muchachito con la cabeza colgando fuera de la mesa, los ojos vidriados y el pelo goteando sudor, cuyo traje de luces se había rasgado a punta de navaja para operar un boquete en el muslo donde cabía la mano del médico.

Cuando acaban los toros, se baila y se bebe.

Capítulo 5

Tierras de vino

El eje es una barra cuadrada de hierro que atraviesa el carro de lado a lado. Como no tiene ballestas, todos los baches y todos los cantos de la carretera son golpes secos que sacuden los huesos. El tío José y el tío Hilario van en los dos extremos de delante y se cambian las riendas de la mula de vez en cuando. En los dos asientos de detrás vamos mi tía y yo. El carro es una tartana pequeña con dos asientos laterales de madera, forrados con una estera de esparto, y un techo curvado de cañas, cubierto por fuera de lona blanca. Delante y detrás lleva cortinas, también de lona. Vamos hasta Méntrida. El tío Hilario se volverá hoy mismo con el carro para dormir en Brunete.

Cuando se llega a lo alto de la cuesta, se encuentra la casilla de peones camineros y al lado un pozo cubierto de un techo cónico. En la pared blanqueada de cal se abre una ventana con una verja de hierro. Dentro está el cubo con la cadena, y el pozo sirve para que beban todos los que pasan por el camino. Después comienza la cuesta abajo. Desde allí, desde lo alto, se ve el pueblo. Detrás, quedan los campos amarillos y grises de terrones secos, sin árboles y sin agua; y allí comienza la tierra verde. Desde los montes del Escorial que se ven morados allá a lo lejos, hasta los montes de Toledo, que terminan la media herradura de montañas del fondo, la tierra es completamente verde. Verde de árboles y verde de huertas. Las tierras de trigo ponen manchas amarillas y las de viñas manchas blancas moteadas de verde: la tierra de las viñas es más blanca y más arenosa que la tierra de trigo. Entre las cepas, en muchos campos, hay olivos, que son como macetas grandes de un verde pálido entre el verde vivo de la viña.

Méntrida está rodeada de cerros, todos ellos agujereados, que forman las bodegas. Porque Méntrida, al contrario de Brunete que es tierra de pan, es tierra de vino. Cuando se miran los cerros desde lejos, parecen llenos de agujeros negros. Cada agujero tiene una puertecita de

encina con un candado y en la puerta una ventanilla cuadrada, pequeña, con dos hierros cruzados por la que respira el vino que está dentro de tinajas tripudas, metidas en nichos en la pared. Cuando se acerca la nariz a una de estas ventanas, el cerro huele a borracho.

Las calles del pueblo están en la ladera de los cerros. En medio se forma un barranco que atraviesa el pueblo y sirve de alcantarilla. Dentro del pueblo hay un cerro y en lo alto está la iglesia. Se llega hasta allí por una calle que no pueden subir los carros. Cuando se termina la cuesta, se desemboca en una plaza que es el atrio de la iglesia. Allí está la casa de mi abuela, y para llegar hasta ella tenemos que rodear casi todo el pueblo. Es una casita que, vista desde la plaza, tiene un piso; y vista desde la cuesta, tiene dos. Si entráis por la puerta de la plaza, la casa tiene sótano. Si se entra por la puerta de la cuesta, la casa tiene dos pisos. Así que nunca se sabe cuál es el piso de encima. La puerta de la cuesta está siempre cerrada, y la puerta de la plazoleta es una puerta de trampilla, encima de la cual, atravesado en la pared, hay un letrero, con una bota de mujer muy alta, con muchos botones, que dice: «Zapatero».

El zapatero es mi tío Sebastián, un viejecillo pequeño y arrugado —pero no tanto como mi abuela—, que está casado con la tía Aquilina, la hermana de mi madre. El tío Sebastián se dedica a hacer y a componer calzado, aunque ya el pobre trabaja muy poco, padece fatiga. Con ellos viven mi abuela y la hija de los tíos, mi prima Elvira, con su marido Andrés y sus dos niños, mucho más pequeños que yo. Ahora viven también allí mis dos hermanos, Rafael y Concha.

Cuando el carro para en la plazoleta delante de la puerta, salen todos: mis dos hermanos corriendo a ver a los tíos y a ver qué les traen de Madrid. Los dos primillos pataleando, como dos bichos raros; uno de ellos es un chico que se llama Fidel, muy flaco, tripudo y cabezota, amarillo, con unas orejas sin sangre, que parecen de cera; y el otro, una chica que se llama Angelita, haciendo sonar en chirridos las articulaciones de las botas y el corsé de hierro que lleva puesto. Sus

padres: él un hombre fuerte, y ella una mujer siempre enferma, que cojea por una úlcera que tiene en una pierna. La tía Aquilina y el tío Sebastián salen cogidos del brazo, dos viejecitos alegres, siempre contentos. Y por último la abuela Eustaquia con su traje negro, su garrota nudosa, sus ojos grises, su nariz y su barbilla casi tocándose, con la piel de pergamino oscuro arrugada como un higo seco. El año que viene cumplirá cien años, si no se muere antes. Pero seguramente enterrará a todos. A las cinco de la mañana ya está barriendo la casa, haciendo la lumbre y preparando el desayuno. No puede estar quieta un momento y zascandilea de un piso a otro, haciendo sonar el tacón de su garrota y no dejando dormir a nadie. En cuanto ve que tenemos los ojos abiertos, nos echa de la cama, llamándonos holgazanes y diciendo que la cama se ha hecho sólo para dormir. Hay que levantarse de prisa y corriendo, porque si no se corre el riesgo de que le dé a uno un trastazo con la garrota.

Mis tíos dormirán hoy aquí, y mañana a las seis de la mañana irán en el tren a Madrid. Como se les considera unos señores de Madrid, hoy el día es aburridísimo. No salimos de casa. Mis hermanos están vestidos de limpio y la tarde entera se la pasan las personas mayores mandándonos por turno que nos estemos quietos y que no demos guerra. Nosotros estamos deseando echar a correr y desaparecer de allí. Como no podemos, estallan entre nosotros cuatro o cinco broncas que se terminan dándoles unos cachetes a mis hermanos, porque claro es que tienen ellos la culpa. Nadie se atrevería a pegarme delante de mi tía. Pero mi hermana me da un pellizco y me dice muy bajito:

—Mañana te voy a hinchar los morros. Ahora te puedes aprovechar de que está aquí tu tiíta.

Yo me aprovecho contando en voz alta la amenaza, lo que le vale unos cachetes más a mi hermana. Por último acaban por echar a los dos a la calle, para que nos dejen en paz. Yo me quedo en la casa muy

enfadado por no haber podido ir con ellos y a la vez contento de que todo el mundo me defienda.

Andrés es maestro albañil, y le cuenta a mi tío el desarrollo que va tomando su trabajo. Mi tío Sebastián está sentado en su banquillo de zapatero y no hace más que toser y gruñir. Como me quiere mucho y yo le quiero mucho a él, me voy a su lado y le pregunto qué le pasa:

—Esta maldita tos me ahoga —me dice entre dos hipos—, y tu tía se empeña en no dejarme fumar, que es lo único que me calma la tos. —Y agrega—: ¡Como si para los años que le quedan a uno de vida importara mucho!

Me voy al tío José y le digo:

—Dame un pitillo para el tío Sebastián.

Protestan todos, pero les convenzo de que los pitillos del tío, que son unos pitillos muy suaves de Cuba, no le pueden hacer daño, y le dejan fumar. Se le calma la tos y entonces me tienen que dar la razón. El tío José le da un paquete de cigarrillos. Se los va fumando con hambre uno detrás de otro, y a la caída de la tarde le da un ataque violentísimo de tos, no sé si porque se le han acabado ya los pitillos y quiere más, o porque se los ha fumado tan de prisa.

A la mañana siguiente bajamos a la estación a despedir a los tíos. La estación está a una legua del pueblo, y vamos en la tartana del tío Neira, que es el encargado del correo y de llevar y traer a los viajeros a la estación. Tiene también una posada y carros para llevar vinos a Madrid. Tenemos que levantarnos casi de noche, porque el tren pasa a las seis y media, así que el viaje a la estación lo hacemos amaneciendo.

Verdaderamente, tengo ya ganas de que se marchen los tíos. Me gustaría que se quedara el tío solo, pero la tía es inaguantable. Al mismo tiempo tengo miedo, porque mis hermanos se van a cobrar los golpes de ayer. A última hora, mi tía nos comienza a hacer recomendaciones a mí y a la tía Aquilina: sobre la comida del «niño», lo que le gusta al «niño», lo que le sienta mal, la ropa que se tiene que

poner, que vaya a misa los domingos, que rece por las noches y por las mañanas, que tenga mucho cuidado que no me aplaste un carro, que no me muerda un perro... Yo creo que cuando el tren se va se quedan todos tan contentos de verla perderse, todavía dando recomendaciones desde la ventanilla del vagón.

Cuando volvemos al pueblo, el tío Neira nos para en la carretera al lado de una huerta que tiene, y nos trae un montón de pepinos, tomates y cebollas dulces, moradas. De las alforjas del carro saca pan, longaniza y una bota de vino. Desayunamos allí en la huerta. Los pepinos y los tomates están fríos de la madrugada y da gusto comerles, espolvoreados de sal. Si mi tía me viera, pondría el grito en el cielo, porque ya me he comido cinco o seis pepinos y creería que me iba a morir de repente.

Apenas hemos vuelto a la casa, cuando entra mi tía Rogelia, la otra hermana de mi madre, muy excitada:

—¡Parece mentira que no hayáis ido por casa! Una cosa es que usted no pueda ver a Luis —dice, encarándose con su madre— y otra que no le dejen al chico ir a ver a su tía.

Le explican que la culpa no es de ellos. Que mis tíos no han salido en toda la tarde de casa y que acabamos de despedirlos para Madrid; yo hubiera ido hoy mismo a ver a toda la familia. Mi tía Rogelia, que es una mujer regordeta, fuerte y enérgica, me coge de la mano y dice imperativamente:

—Bueno, pues entonces, se viene a comer conmigo.

La tía Aquilina protesta, diciendo que ya tiene preparada la comida, pero no valen razones. Yo me alegro, porque la casa del tío Luis es maravillosa. Nos vamos trotando a través del pueblo, parándonos en cada casa, para exhibirme mi tía a no sé cuántos parientes y no sé cuántas vecinas. Cuando llegamos a la casa, el tío Luis está rodeado de mozos del pueblo, aguzando rejas de arado, y no interrumpe el trabajo. Tenemos que dar la vuelta al corro de hombres, con cuidado de que no nos dé en la cabeza uno de los martillos que cada uno tiene. Entramos

en la casita que está en el fondo. Allí no hay más que mis dos primas que están arreglando la casa y que me abrazan y me besan. Mi tía saca unos bollos y después de comerme un par, me escapo a la fragua.

El tío Luis con sus dos hijos, Aquilino que tiene diecinueve años y Feliciano que tiene dieciséis, es el herrero del pueblo. Un hombretón alto y gordo, con un mandil de cuero y los brazos remangados, muy blancos de piel, pero siempre tiznados de negro. En una mano las tenazas largas con el hierro al rojo, cogido en la punta, y en la otra el martillo pequeño, con el que lleva el compás de los machos que manejan Aquilino y los mozos y con el que, de vez en cuando, golpea él solo el hierro caliente y le transforma. Esto era para mí lo maravilloso.

Metía en la fragua un trozo de hierro, y Feliciano y yo tirábamos a compás de la cadena del fuelle —un fuelle en el que cabíamos los dos— que soplaba en el carbón y hacía salir el trozo de hierro encendido, blanco, echando chispitas a los lados. Colocaba el hierro sobre el yunque; y entonces, los mozos golpeaban con los machos pesados, uno tras otro, aplastando y estirando el hierro que hacía saltar trozos encendidos y se ponía primero rojo y después morado. El tío Luis movía las tenazas para ponerlo en el punto exacto. De repente daba unos golpecitos en el pico del yunque que sonaba como una campana, y empezaba a martillar él solo el trozo de hierro que cambiaba de forma, se curvaba, se afinaba por las puntas y se convertía en una herradura. Al final, en la curva de la herradura sacaba un pellizco de hierro que se convertía en el reborde para el casco que llaman «callo». Con otras tenazas cogía el punzón y, entonces, Aquilino de cada golpe de macho hacía un agujero para los clavos. Siempre hacía siete agujeros, porque decía que encontrarse una herradura con siete agujeros era la fortuna; y el tío Luis quería repartir la fortuna a todo el mundo.

El tío Luis pertenecía a una raza de hombres que casi ha desaparecido: era artesano y señor. Enamorado de su oficio, para él el hierro era algo vivo y humano; a veces le hablaba. Le encargaron una

vez la verja y las rejas del palacio —así llamaban a la casa de los más ricos hacendados del pueblo—. En medio de la fachada, sobre la puerta, había de colocarse la obra maestra, una verja volada para un ventanal grande como un balcón. Aquella reja no la cobró, para tener el derecho de soltar su fantasía sobre el martillo y labrarla a su gusto. Volcó en ella toda una teoría de hojas y lanzas enroscadas a los barrotes redondos, tal vez bajo la influencia de sus visitas a la reja de la catedral de Toledo, que conocía en todos sus detalles.

En lo físico era castellano viejo, de estómago de bronce. Se levantaba con el alba y «mataba el gusanillo» con un vasito de aguardiente hecho por él mismo, en una alquitara de cobre llena de remiendos, con el orujo de sus uvas, con las que se hacía su vino. Y se ponía a trabajar. A las siete desayunaba, en general un conejo guisado, dos palomas o algo así por el estilo, y una gran fuente de ensalada. Seguía machacando hierro hasta el mediodía y cuando sonaban las campanadas de las doce, aunque el hierro estuviera recién salido de la fragua, paraba el trabajo para comer.

O bien era el cocido castellano, empedrado de tocino, chorizo, jamón, trozos de gallina, huesos de vaca con tuétano ancho y grasiento, o los guisos copiosos de carne y patatas en que se encontraban más tajadas que otra cosa. Su medio melón de postre —y en Méntrida el melón corriente es de dos kilos— o su kilo de uvas o su fuente de tomates abiertos. A las cinco merendaba, una merienda tan sólida como el desayuno, tal vez para abrir el hambre a la cena, tan copiosa como la comida. Durante el día, la cuartilla de vino rojo y espumoso estaba al lado del yunque y evitaba a su dueño probar el agua, que, según su decir, «criaba ranas».

Tenía una tierra de trigo, un trozo de huerta, un trozo de viña y seis higueras. En el curso del año, encontraba tiempo y manera de labrar sus tierras, moler su trigo, hacer su vino y secar higos al sol para el invierno. La casa siempre era una despensa enorme. Para aumentar sus

riquezas y regalarse el paladar, solía salir de noche y regresar en las primeras horas del día con dos o tres conejos en el zurrón o con la cesta de mimbres llena de peces aún vivos del Alberche.

Se casó con tía Rogelia en contra de la opinión de las dos familias, porque entonces era un semimuerto de hambre. Se pusieron los dos a trabajar como burros para convertirse en los de posición más desahogada de la familia. La mujer, pequeña de estatura pero fuerte de cuerpo, hizo frente, con una actividad y una alegría inagotable, a la tarea que le había caído encima. Sólo preparar la comida para él, parecía un milagro. Pero ella atendía la comida y la casa, las gallinas y los cerdos, el amasar el pan y cuidar los cuatro chicos que, para no perder el tiempo en parirlos, nacían todos en un rato. Nunca se acostó mi tía para parir. Cuando su vientre avanzaba, seguía como siempre lavando, fregando y guisando, incansable. De repente le decía al marido: «Tú, ya está eso aquí». Se echaba en la cama, mientras él salía a llamar a una vecina que entendía de esas cosas. Al día siguiente, un chocolate y un buen caldo de gallina, espeso como si tuviera harina, la ponían de pie y seguía guisando y fregando como si tal cosa.

Era una pareja feliz que nunca tuvo problemas. Ella se bastó siempre para calmar las exigencias del macho forzudo; y en sus años mozos, cuando los dos solos levantaron a pulso la herrería, no era raro que se cerrara la puerta y la pareja se hiciera sorda a las llamadas de los clientes. Cuando volvían a abrir él encuadraba la puerta con su figura maciza y se sonreía socarronamente de las bromas de los vecinos. Solía plantar su manaza ancha en el hombro redondo de ella, en un cachete rudo, y guiñando un ojo decía a su interlocutor: «Mírala, tan pequeña y redonda, pero ¡tal como la pimienta!».

Cuando salgo a la fragua, el corro de hombres sigue golpeando la ancha hoja de hierro del arado y Feliciano tira sin cesar de la cadena del fuelle, para que una segunda reja esté a punto cuando acaben con aquélla. Como sé que ahora no existo para nadie, me agarro yo también

a la cadena, acompasando mis tirones a los de Feliciano, que con la mano libre me da un cachete y me dice: «¡Hola, madrileño!». No habla más, porque creo que en su cabeza no caben tres palabras juntas. Es el más bruto de toda la familia.

Cuando acaban con la reja que hemos calentado, mi tío empuña con una mano la cuartilla de vino y llena un vaso gordo y grande con el que corre la ronda a todos los mozos, que se van secando los labios uno detrás de otro con el dorso de la mano sucia. Por último bebe él y después llena el vaso para largármelo a mí:

—¡Ven acá, gorrión! —Es su primer saludo. Me levanta con una mano sobre el yunque—. Toma, bebe, que lo que te hace falta es un poco de sangre —dirigiéndose a los mozos, agrega—: No sé qué leche les dan a los chicos en Madrid que están espiritados. Mirad qué pantorrillas tiene. —Me coge entre el pulgar y el índice una pierna que yo creo que se va a chascar—. Debías pasar las vacaciones de aprendiz aquí en la fragua. Y menos faldas. Entre viejas y curas van a convertirte en una marica constipada.

Me bebo entero el vaso de vino, como un hombre. Un vino seco y fuerte que hace subir el calor. Aquilino, en un alarde cariñoso, me baja del yunque haciéndome voltear sobre su cabeza como un pelele. Me deja en el suelo sofocado del susto y del vaso de vino.

—Esta tarde —me dice— voy a comprarte una cocota de peón y te voy a hacer una punta retorneada.

Éste es uno de los orgullos de Aquilino: hacer puntas de peón; y todos los chicos del pueblo andan detrás de él. De un cachito de hierro hace una punta que, por un lado, tiene una espiga cuadrada muy larga que se hunde al rojo en la madera, y por el otro queda la punta del peón. Las hace en forma de bellota y retorneadas, que son cilindricas con gargantas trazadas con la lima. No es tan fácil hacer una punta de peón. Ha de clavarse en la madera exactamente en el centro para que el peón,

cuando baile, se quede «dormido». Si no, «escarabajea» y cuando se le coge en la mano, agujerea la palma.

En casa del tío Luis no me aburro nunca. Al lado de la puerta tiene el banco con su tornillo de hierro para sujetar las piezas y una pared llena de herramientas. El suelo está lleno de recortes de hierro y basta coger uno, sujetarse en el banco y ponerse a limar. Me gusta mucho la mecánica y cuando sea mayor seré ingeniero. Me pongo a limar para hacer una rueda, después de haber dibujado una circunferencia en un cacho de chapa con el compás de puntas de hierro. Entonces llegan mis hermanos. Entran en la casa a saludar a mi tía y en busca del bollo que nunca falta; y salen casi en seguida para cogerme mi hermana del brazo y decirme:

—Anda, vente con nosotros que nos vamos a jugar. Ya se lo he dicho a la tía.

La herrería está en el límite del pueblo. Desde allí se salva la cuesta pina de un barranco diminuto y se encuentra uno en pleno campo. La Concha emprende la ascensión y yo detrás. Está flacucha, con el pelo recogido en un moño chiquitín sobre el cogote. Las faldillas dejan ver las piernas tostadas que se estiran en cuerdas por el esfuerzo. Detrás de mí viene Rafael, silencioso y torvo. Cuando llegamos a lo alto, seguimos la linde de un campo segado que bordea el barranco, separado de él por una muralla de zarzas.

Yo conozco a mis hermanos mejor de lo que ellos creen. La tormenta va a venir sobre mí y la Concha me gritará y me zarandeará a su gusto. Si contesto, entonces acabaremos a golpes y saldré perdiendo. Soy el más pequeño y el más flojo. Si la dejo que se desahogue, no me pegará a sangre fría. Así pasa. Cuando llegamos a la explanada, donde está el grupito de árboles viejos y el pocilio del manantial que corre por el arroyo abajo a través de todo el pueblo, la Concha se vuelve y me coge del brazo:

—¡Bueno! Ya está aquí el niño mimado. Pero ahora se acabaron las tías y los sobrinos. Aquí no hay faldas para esconderse. Tú. ¿Te has creído que porque nosotros estamos en la buhardilla y tú en la casa de tus tíos, vestido de señorito, somos menos que tú? Pues, para que te enteres, no eres más que nosotros. El hijo de la señora Leonor la lavandera, y te voy a hinchar los morros para que lo aprendas.

Me sacude como un trapo y me asa los brazos a pellizcos. Yo me callo con la cabeza baja. Rafael, con las manos en los bolsillos, nos contempla a los dos. La Concha se excita más aún.

—Mírale, como una gallina —bueno, como lo que es—. Ahora chillas poco, ¿no? Ahora eres la mosquita muerta. Razón tiene la abuela Inés que dice que eres un jesuita falso. ¡Anda, atrévete a pegarme! Yo soy una chica. ¡Anda, atrévete!

Y me mete los puños cerrados a la altura de los ojos.

—¿Le sacudo? —pregunta Rafael.

La Concha me mira de arriba abajo con desprecio.

—¿Para qué? ¿No ves que es un marica?

El insulto cae sobre el insulto de la abuela que aún no he olvidado, y entonces lo veo todo rojo. Los tres rodamos por el suelo a patadas, a puñetazos y a mordiscos. Al cabo de un rato nos separa a manotazos un hombre que nos sujeta a mi hermana y a mí uno de cada lado, mientras nos cambiamos patadas detrás de él. Rafael se ha quedado tan tranquilo y mira al hombre rencorosamente. La Concha le da un pisotón en el pie calzado con alpargatas, y el hombre suelta una blasfemia y le pega un cachete en los sesos. Momentáneamente he encontrado un aliado, y yo le doy a Concha una patada en las espinillas. Los dos nos soltamos del hombre y nos agarramos otra vez: yo de su pelo, ella de mi cuello. Me lleno los dedos de pelos, mientras ella me clava las uñas.

Uno debajo de cada brazo, pateando en el aire, el hombre nos lleva a la herrería. Rafael detrás, sin abrir la boca. Entramos todos, y el hombre explica a mi tío:

—Toma, ahí te traigo a estos dos gatos rabiosos.

El tío Luis nos mira cachazudo. Tenemos los dos la cara y las piernas llenas de arañazos y nos miramos rabiosamente, con los ojos bajos.

—¡Os habéis puesto guapos! —se vuelve a Rafael y agrega—. Y tú, ¿qué dices, pasmao?

—Yo nada.

—Ya lo veo que no dices nada. Los dos contra el más pequeño, ¿no? ¡Sois unos valientes!

—¡Y él es un asqueroso! —exclama mi hermana.

—Éstos lo que tienen es envidia, porque estoy con los tíos.

—Bueno, esto lo arreglo yo —dice el tío Luis—. Ahora mismo estáis haciendo las paces. Ya os habéis calentado y estáis en paz. La primera vez que os peguéis, os voy a sacudir un azotazo a cada uno que vais a andar cojos una semana.

En el pilón del agua, donde se templa el hierro, nos lavamos la cara. El tío Luis me coge una pierna y sobre el desgarrón de la rodilla me pega una telaraña espesa:

—Esto chupa la sangre y cura, déjala.

Y queda allí la plasta de tejido, llena de polvo y de sangre que se espesa como el barro.

Comemos todos juntos un guiso de conejos, con salsa oscura y fuerte de ajos y de laurel, cocidos con vino, y la comida es la paz. De allí salimos todos amigos, yo el amo, porque tengo un duro en el bolsillo, y la plaza y las calles de alrededor están llenas de puestos. Un duro son muchas perras gordas y todo lo que allí se vende no cuesta más que diez céntimos. Además, como mucha gente del pueblo me conoce y sabe que he venido de Madrid, me llaman y me compran cacahuetes, avellanas y torraos y me llenan los bolsillos del delantal y del pantalón. La Concha quiere zarzamoras y se llena la boca y las manos de manchas moradas. Después, se queda como una tonta con las

manos pringadas, abiertos los dedos, sin poder sacar el pañuelo del bolsillo para limpiarse, por miedo de manchar el trajecillo blanco que lleva. Por último, se lava en un charco de agua que hay al lado de la plaza y se seca con el pañuelo. Rafael se hincha de nueces frescas que se venden con la cáscara verde, para que pesen más y puedan dar menos; y yo como unas peras pequeñitas que se llaman «de San Juan». Pero los dos tenemos una idea, para la cual nos estorba la Concha: queremos fumar cigarrillos de anís y de cacao, igual que hacen los hombres con el tabaco. Si se lo decimos a la Concha, se lo contará después a la tía Aquilina y ésta nos regañará. Por último tengo una solución, después de haber pensado en dar esquinazo a esta antipática que no nos deja en paz. Venden unos petardos pequeñitos que explotan muy fuerte, y dan cincuenta por diez céntimos. Propongo comprar un ciento y a la Concha le parece muy bien. Nos iremos a dar sustos a la gente encendiéndolos en la calle y tirándolos dentro de los portales de las casas. Pero, claro, después de comprarlos hay que encenderlos para que estallen. Cada petardo tiene una mecha que es un trozo de cuerda empapado de pólvora. Si compramos cerillas, hay que comprar varias cajas; entonces, yo propongo, inocentemente, comprar pitillos de anís y encender los petardos con la lumbre del pitillo. Compramos una cajetilla que tiene diez pitillos, y Rafael le pide lumbre a un mozo que se la da, riéndose de él. Después encendemos nosotros en el cigarrillo de Rafael, porque, como la Concha también quiere tirar petardos, ha encendido un cigarrillo, mejor dicho, se lo he encendido yo y después ella lo lleva escondido en la mano y de vez en cuando chupa, de cara a la pared para que no la vean. El anís pica en la garganta y en los ojos y hace toser, pero nosotros fumamos como los hombres. Empezamos a tirar petardos dentro de los portales. En algunos, donde Rafael o la Concha, que conocen a la gente, dicen que vive una «tía tal», encendemos los tres juntos y tiramos dentro los tres a la vez. Cuando estalla el primero, salen las mujeres corriendo a ver qué es lo que pasa,

y entonces estallan los otros dos y se asustan más. Nosotros nos reímos detrás de la primera esquina, dispuestos a salir corriendo si vienen detrás de nosotros.

Pero las chicas son siempre idiotas. Porque hemos pasado por una calle donde no había nadie, la Concha se ha puesto el pitillo en la boca, y cuando iba echando más humo, ha salido una tía cotilla y nos ha visto a los tres. Le ha dado un manotón a Concha que ha tirado el pitillo, ha armado un escándalo, llamándola cochina, guarra, golfa y yo no sé cuántas cosas más, y la ha agarrado del brazo, para llevarla a casa y contárselo a la tía Aquilina. La tía metijona lleva a la Concha llorando y queriendo soltarse, y nos llama a nosotros para que vayamos con ella. También nos insulta y nos dice que somos unos golfos indecentes. Al pasar por las casas se lo cuenta a las mujeres que se encuentra, y todas se ponen a chillar y a sacudir a la Concha y a gritarnos a nosotros. Rafael va pensando en meterle un cascotazo en la cabeza a la tía bruja y descalabrarla. Cuando llegan a casa de la tía se meten dentro y nosotros oímos desde la placita cómo chilla la Concha, pero no entramos. Después sale la tía Aquilina y nos manda entrar. No queremos, pero tenemos que entrar, y la arma con nosotros. La tía Aquilina empieza a pescozones, sobre todo con Rafael y con la Concha, porque dice que ellos tienen la culpa. De repente ve los bolsillos de Rafael llenos de cosas y le dice:

—¿Dónde tienes los pitillos? Ya estás sacando todo lo que tienes en los bolsillos, que lo vea yo.

Rafael, que a veces tiene muy mala idea, mete mano a los bolsillos y empieza a sacar avellanas, torraos y nueces; y cuando la tía se pone a chillar:

—¡Los pitillos, los pitillos! ¿Dónde están los pitillos?

Saca un puñado de pitillos, mezclados con un puñado de petardos, y los tira sobre la lumbre. Mi tía no se entera de lo que es y le grita:

—¡Todos! ¡Tíralos todos!

Y Rafael tira todos los petardos en la lumbre, y yo también. Mi tía, indignada sigue chillando:

—¡Esta noche os vais a quedar sin ver los fuegos artificiales!

Mientras tanto se prenden las mechas de los petardos y ¡se arma una horrorosa!

Empiezan a sonar estampidos y a saltar la ceniza y la paja encendida por toda la habitación. La abuela sale corriendo de su sillita baja, tirando un ovillo de lana, con el que está haciendo unos calcetines.

Una sartén que está en la lumbre se llena de ceniza. Las chispas caen sobre las sillas y sobre las cortinillas del vasar y la tía no sabe lo que pasa. Se quedan las dos mujeres pegando gritos, el tío Sebastián que se ha dado cuenta, riéndose a carcajadas detrás de la mesita de zapatero, y nosotros salimos corriendo de la casa. Hasta la noche no volvemos.

Está la mesa puesta para cenar y todo el mundo muy serio. Nadie nos dice una palabra: sólo la «abuela chica» da vueltas gruñendo, y nosotros la miramos de reojo, por si nos sacude con la garrota. Nos sentamos a la mesa y mi tía saca la cena:

—Para los golfos no hay cena esta noche —dice. Y nos alarga un cacho de pan a cada uno, agregando—: ésta es vuestra cena.

Nos quedamos muy callados los tres. Yo tengo una rabia loca. Nunca me han dejado sin comer, y se me llenan los ojos de lágrimas de rabia. Pero no quiero llorar. Las lágrimas se me caen por la cara abajo, y entonces la tía Aquilina, que me mira cómo se me caen las lágrimas, comienza a echarme en el plato albondiguillas.

—Por esta vez pase; es la fiesta del pueblo y no tengo ganas de enfadarme, pero... —Y nos suelta un sermón mientras nos va llenando los platos.

El tío Sebastián se ríe, y dice:

—En medio de todo, los chicos han tenido gracia.

Las dos, la tía y la abuela, se vuelven como avispas a él:

—Eso es, ¡defiéndelos todavía!

Y se arma una bronca violenta contra el pobre tío que no sabe dónde meterse con el chaparrón de las dos. Mientras, nosotros acabamos de cenar y nos vamos. Los tres de acuerdo, le compramos al tío Sebastián una cajetilla de dieciocho céntimos y un librillo de papel de fumar. Cuando empieza la pólvora, como todos han bajado a la barandilla de piedra que da sobre la plaza, se la damos a escondidas. Me siento en sus rodillas y me da un beso, mientras miramos estallar los cohetes en el cielo. De repente, le dice a la tía:

—Ten cuidado del niño, que me voy al retrete.

Cuando vuelve, vuelve con su cigarrillo en la boca diciendo que se lo han dado unos amigos y que un día es un día. La tía gruñe, pero le deja en paz. La brillan los ojillos de alegría al viejo y nos mira, guiñándonos y riéndose a espaldas de la tía.

La plaza está llena de mozos bailando, y en la plazoleta de la iglesia, donde estamos nosotros, está el polvorista, un valenciano gordo, con su blusa negra, su sombrero redondo y un cigarrillo puro en la boca. Con la mano izquierda coge un cohete, gordo como una vela, y le aplica la brasa del cigarrillo con la derecha. Sale un chorro de chispas y de pronto abre los dedos y el cohete sube pitando. Todos los chicos que hacemos corro alrededor de él miramos al cielo y le vemos estallar allá arriba, en bengalas de colores. El cohete, ya vacío, cae, echando las últimas chispas, y rebota sobre las casas del pueblo. Un año, una se prendió fuego así.

Hoy es el día de la virgen, y desde por la mañana temprano la tía nos está poniendo a todos los trajes de fiesta. Claro es que yo tengo el traje más bonito del pueblo, porque todos tienen trajes de Madrid, pero es un traje barato que les han comprado hecho y que les sienta muy mal. Además la tela está tiesa, y no saben moverse dentro de él. La Concha tiene también un traje barato de Madrid, muy tieso de almidón, y con una trenza y su lazo azul grande, está verdaderamente ridicula. Tienen

unos zapatos gordos, los de Rafael con una puntera de metal dorado, que les cuesta trabajo andar con ellos, y los dos miran con envidia mi traje azul de marinero y mis zapatos de charol. La Concha me llama «señorito» y se las arregla para darme un pisotón, que me araña todo el zapato. Yo le tiro de la trenza y le deshago el lazo de seda y armamos una bronca. Después salimos todos con el tío Sebastián a ver la subasta de las andas de la virgen.

De la iglesia sacan la virgen con un manto de terciopelo bordado y muchas luces alrededor, sobre unas andas de madera, llena de cabezas de angelitos pintadas con colores de verdad. En la puerta de la iglesia paran la virgen y entonces el alcalde, con su capa y su vara de puño de oro, dice:

—Como todos los años, se van a subastar las andas de Nuestra Señora. El que ofrece más dinero, coge uno de los seis sitios que hay para llevar la virgen a hombros hasta la ermita que está en Berciana, un monte a una legua del pueblo. Todos los ricos del pueblo, y los que han hecho una promesa, empiezan a pujar. Lo más interesante son los puestos delanteros. Uno grita:

—¡Cuarenta reales!

—¡Cincuenta! —grita otro en seguida.

Después, cuando ya no quedan más que dos o tres, el alcalde va diciendo:

—Dan ciento cincuenta reales. ¿No hay quien dé más?

A las dos o tres veces que lo dice, otro ofrece ciento setenta y cinco, y así van subiendo despacio, hasta que no quedan más que dos que se empeñan en llevar la virgen. Entonces toda la gente está pendiente de ellos, a ver cuál se siente el más importante del pueblo.

—Doscientos cincuenta reales —dice uno muy orgulloso.

—Trescientos —contesta el otro de golpe.

—¡Puñales! ¡Trescientos cincuenta! ¡Si crees que te la vas a llevar tú! —replica el primero.

Al final se pelean por llevar la virgen, soltando blasfemias e insultándose furiosos. Luego el cura se guarda los cuartos.

Cuando han terminado la subasta, empieza la procesión a Berciana, la virgen delante y el cura detrás revestido con una capa de oro y rezando en latín. Detrás del cura van el alcalde, el juez, el médico, el maestro y en dos hileras todos los vecinos del pueblo que quieren llevar una vela encendida. Detrás, todos los restantes del pueblo en grupo, los hombres con el sombrero en la mano, las mujeres con el pañuelo en la cabeza. Los hombres y las mujeres van con sus mejores trajes, la mayoría con el traje de boda que a unos se les ha quedado pequeño y a otros un poco grande. Lo más divertido son los chicos y las chicas. A los chicos los han vestido de hombres con trajes de pana y camisa de cuello con una chalina; un sombrero de paja en la cabeza y zapatones gordos en los pies. Las chicas llevan vestidos de colores chillones, todos muy almidonados, dejando ver debajo las enaguas muy blancas y también muy tiesas de almidón y las puntillas de las bragas que les llegan a las rodillas; en la cabeza un lazo de seda también de color vivo y en los pies medias hechas a punto de aguja, muy gordas, y zapatones de puntera metálica. Ni unos ni otros pueden moverse, acostumbrados a ir con un delantalito o con unos calzones cortos, y descalzos o con alpargatas. Así que a mitad del camino a la mayoría de los chicos van tirándoles de la mano sus padres y tropezando con las piedras del camino.

Cuando se llega al arroyo Berciana, la procesión cruza por el agua en lugar de pasar por el puentecillo de madera, no sé si porque tienen miedo de que se hunda o por sacrificio hacia la virgen. Se van descalzando todos y remangándose los pantalones y las faldas. La mayoría de los chicos no se vuelven a calzar y muchas personas mayores tampoco. Siguen a la procesión con el par de botas en la mano, la vela en la otra. Algunos dicen que van descalzos porque han hecho la

promesa de subir así hasta la ermita, pero la verdad es que les aprietan las botas.

La ermita está en lo alto de un cerro al que se sube desde el arroyo, y abajo es todo un prado de hierba corta lleno de encinas. Mientras dicen la misa dentro de la ermita, con la mayoría de la gente fuera porque no cabe, comienzan a llegar del pueblo carros, mulas y burros cargados, y se instalan en la pradera. La gente que viene dentro descarga, y de los carros, o de los serones, salen sartenes y cazuelas, conejos, gallinas, corderos, pichones... Uno ha traído un ternerito atado a la zaga del carro con la piel color canela y el morro blanco, que no quiere andar y tira de la cuerda que lleva atada a los cuernos. Algunos se han traído hasta sillas y las van poniendo en corro sobre la hierba. Los mejores sitios son a la sombra de las encinas; y entre los árboles atan una cuerda y cuelgan una manta para tener sombra. Fuera de los árboles comienzan a instalar las cocinas, con cazuelas de barro, los platos, los vasos y la sartén. Los pellejos y las botas de vino se quedan recostados a la sombra de los árboles para que no se calienten y algunos hacen hoyos en el suelo para enterrarlos cerca del arroyo y que estén más frescos.

Cuando acaba la misa, se vuelca la gente sobre la pradera. Lo primero que hacen es catar el vino de todos, bebiendo a chorro en las botas o llenando jarras de los pellejos, y después se dedican, chicos y grandes, a recoger leña entre los encinares. Los hombres y las mujeres cortan ramas con hachas pequeñas y los chicos llevamos los brazados de leña cada uno a su lumbre. Al poco tiempo hay cien hogueras ardiendo en el campo y por todas partes se ven volar plumas de gallinas o de pichón. En las ramas de los árboles hay colgados corderos y conejos que los hombres, en mangas de camisa, desuellan. Sobre los manteles se han puesto platos con rajas de salchichón y longaniza, con aceitunas y pepinillos, con tomates cortados por la mitad llenos de sal y aceite, y todos van picando y bebiendo tragos de vino. Los chicos nos

metemos por todas las «mesas» y vamos cogiendo aquí y allá lo que más nos gusta, y bebiendo a escondidas en las jarras. Pronto, todo el valle huele a carne asada y a humo de tomillo y de retama, y la gente empieza a tener hambre y a meter prisa a los cocineros.

Yo me acuerdo de la descripción de las bodas de Camacho el rico, en *Don Quijote de la Mancha*, y me parece que de pronto va a aparecer en lo alto de uno de los cerros, a caballo, en Rocinante, con Sancho Panza detrás relamiéndose al olor. Los chicos del polvorista van vendiendo cohetes que estallan como tiros en lo alto. De Madrid han venido algunos barquilleros —muchachitos gallegos que hacen el viaje a pie— y la gente hace corro alrededor de ellos, jugando y dando cachetes a los chicos que queremos también tirar a la rueda.

Los perros parece que se han enterado también de la fiesta, y se les encuentra por todas partes. Perros de pueblo, con la cabeza baja y la cola metida entre las piernas, que se arriman cautelosamente a las fogatas. En un sitio les echan un hueso y en otro les dan un cantazo o un palo. Dan una huida y se acercan a otro grupo. A veces se reúnen dos o tres al lado de una lumbre y se sientan muy tiesos con los hocicos levantados, sin perder de vista las manos de la mujer que guisa. Cuando les echan algo, lo coge el más listo y los otros le gruñen.

La «abuela chica» ha venido en el carro con el tío Luis y estamos reunidas las dos familias. En total somos quince y la abuela se pone a contarnos que un año se reunieron todos sus hijos y algunos ya con sus nietos. Había más de cien personas. La abuela ha tenido dieciocho hijos, de los que viven catorce. El hijo mayor tiene ya biznietos y vino de Córdoba a la fiesta con más de veinte personas. Mi abuela estaba casada con un sastre, y como no ganaban bastante dinero para mantener a todos, los fueron mandando por el mundo a medida que crecían. Las chicas a Madrid a servir. Los chicos, unos a Madrid y otros a Andalucía. Uno se fue a Barcelona y otro a América, pero ninguno de éstos ha vuelto al pueblo nunca y nadie los conoce más que por retratos.

El de Barcelona es un hombre con una barba negra muy grande y un sombrero hongo, que parece un agente de policía secreta, y el de América es un hombre seco, con la cara afeitada, que parece un cura. La abuela no ha salido nunca del pueblo más allá de Madrid, y para eso, cuando ha ido, no ha querido montar en el tren y ha habido que llevarla en un carro. El tren dice que es cosa de los demonios y se morirá sin subir a él. Aquilino ha montado un columpio entre dos árboles y muchos han puesto columpios igual. Las mozas suben a ellos y los mozos las empujan para que suban a lo más alto, pegando gritos y enseñando las pantorrillas. Los mozos se divierten viéndoselas y se dan unos a otros codazos en los costados, guiñándose los ojos y diciéndose: «¿Has visto? Está güena la moza, ¿no?». Se ríen mucho y a veces las pellizcan en las piernas y en el trasero. Unas se ríen y chillan y otras se enfadan. Después de comer, cuando todos tienen la tripa llena y han bebido bastante, las pellizcan más y ellas se enfadan menos. De aquí salen los noviazgos y también las broncas. A media tarde, todo el mundo está un poco bebido. Los hombres maduros se han tumbado a dormir la siesta, con el pantalón desabrochado a medias, y los mozos se tumban al lado de las mozas que están sentadas a su lado, pero no se duermen; ellas les acarician la cabeza y a veces les dan una bofetada, porque ellos les han tocado las piernas o un pecho. Cuando se les empieza a pasar la pesadez de la digestión, comienza el baile, y bailan hasta la noche. Muchas parejas se van a pasear detrás de los cerros.

Andrés le grita a una pareja que se va, muy agarrados de la cintura, que no beban agua del arroyo ¡que se hincha la tripa! y se ríen todos.

El tío Luis ha dormido su siesta y se despierta con la boca seca, según dice. Para refrescarla se come una fuente de ensalada y media docena de bollos de aceite, macizos y harinosos. Con la ensalada y los bollos se bebe dos jarras grandes de vino. Después me coge debajo del brazo como si fuera un pelele y nos vamos a dar una vuelta.

Remontamos los cerros. El valle con toda la romería se pierde de vista y los campos están solos. A lo lejos se ve la sierra de Guadarrama, con sus crestas blancas de nieve, y las torres del Monasterio del Escorial. De pronto el tío Luis, que viene detrás de mí, lanza un grito salvaje:

—¡Huh, huh, huuuuh!

Me vuelvo asustado. De un barranco sale una pareja corriendo, ella con la blusa desabrochada, él con la americana colgando de una mano. El tío Luis se ríe, las manos en los costados, moviéndose la tripa con la risa. Me coge a caballo en sus hombros y se lanza a correr por los barrancos, dando aullidos. De los rincones y de las matas salen parejas, huyendo hacia el valle, perseguidos por nuestros gritos y nuestras risas.

Cuando volvemos al corro, el tío Luis me baja de sus hombros, empuña una jarra llena y vuelve a estallar en su risa, que salpica de vino. Todos se han vuelto hacia él. Entonces coge en sus brazos la figura redonda de la tía Rogelia y la espachurra un beso en la cara. Después la levanta en el aire, estirado, con sus manos en alto, como si la fuera a tirar a lo lejos.

—¡Huh, huh, huuuuuh! —grita y retumban su pecho y sus hombros.

Al grito se calla todo el valle, y el eco responde detrás de los cerros, ya oscuros.

Capítulo 6

Antesala de Madrid

¡Qué bien se está aquí! La cabeza entre las rodillas de mi madre. En la blandura de los muslos a través de la tela suave del delantal de hilo, mirando las llamas que hacen figuritas en el aire. Mi madre pela patatas al lado de la lumbre y habla con la abuela. Le va contando su vida en casa de los tíos, sus apuros y sus trabajos, los celos de mi tía con ella por mí. Y yo le miro la cara de abajo arriba sin que ella me vea. La cara alumbrada del rojo de las llamas. La cara cansada de trabajo y de pena. Entierro la cabeza entre el delantal como los gatos. Quisiera ser gato. Saltaría encima de las faldas y me haría una bola. Estoy cansado de todos: cansado de mi tía, cansado del colegio, cansado de las gentes estúpidas que no ven en mí más que el niño; y yo sé que soy más que ellos, y veo las cosas, y me las trago, y me las aguanto. Subir encima de las faldas, hacerse una bola, dormitar, oyendo hablar a mi madre sin escucharla sintiendo su valor y el calorcillo de las llamas y el olor de la retama. Quedarme allí, quieto, ¡muy quieto!

—¡Este niño es un aburrido! Anda, vete a jugar con tus hermanos.

—No tengo gana.

Me enrosco más sobre mí mismo, buscando más contacto aún. Mi madre me acaricia los pelos revueltos, el remolino de «malo» de la coronilla; sus dedos distraídos me acarician la cabeza, pero yo los siento dentro. Cuando para la mano, la cojo y la miro. Tan pequeñita, tan fina, desgastada por agua del río, con sus deditos afilados y sus yemas picadas de la lejía y sus venas azules torcidas, nerviosas y vivas. Vivas de calor y de sangre, vivas de movimiento, rápidas, dispuestas a correr y a saltar, a frotar enérgicas, a acariciar suaves. Me gusta pegarlas a mis carrillos y frotarme contra ellas, me gusta besar la punta de sus dedos y mordisquearlas, aquí, que no tengo que esconderme detrás de una puerta para dar un beso a mi madre, mientras mi tía me grita:

—Niño, ¿dónde estás?

—Aquí en la cocina.

—¿Qué haces?

—He venido a orinar.

Y mi madre, mientras, hace sonar los cacharros y yo doy un portazo a la puerta del retrete.

¿Qué derechos tiene ella sobre mí? Si me mantiene, mi madre es su criada. ¿Por qué no ha tenido hijos? Lo que tiene es envidia de que ella no tiene hijos, y quisiera quitarme a mi madre. Mi tío, no. Mi tío me quiere, pero no me quisiera quitar a mi madre. ¿Por qué no será él mi padre? Una vez lo dijo en broma, pero yo creo que es verdad. También él está harto de mi tía, con sus rezos y sus rarezas. Una vez dijo mi tía enfadada:

—¡Qué ganas tengo ya de morirme, a ver si os dejo en paz!

—Bueno —contestó mi tío—, si te mueres, nos casamos, Leonor, y yo me hago el papá del niño. ¿Qué te parece, Leonor, aceptas mi blanca mano?

Esto se lo dijo riendo a mi madre y mi madre contestó riendo:

—Bueno, lo iré pensando para cuando llegue el día.

¡Señor! ¡La que se armó! Mi tía llorando a lágrima viva abrazada a mí; yo llorando también. Mi tío furioso por la estupidez de mi tía. Mi madre tratando de calmarla y soportando los insultos de ella:

—¡Desagradecida! ¡Ése es el pago que me dais todos! Eso quisierais, que reventara para quedaros a gusto los tres —y cosas por el estilo. Nos quedamos sin cenar, no fuimos al café. Y nos acostamos antes de las diez. Al día siguiente todos estábamos de morros.

Ahora aquí, en el pueblo, estamos solos. A veces la cojo y la lleno de besos furiosos. «Déjame, zalamero», me dice; y me empuja para separarme de ella. Pero yo veo que es feliz y que todo lo que aguanta a mi tía es por mí, para que yo esté bien y sea el día de mañana ingeniero, porque el tío me pagará la carrera y yo quiero ser ingeniero; todo le parece poco para mí, porque yo la beso y yo la quiero y ella me besa y

¡me quiere más que a nadie! Cuando yo sea hombre, no bajará más al río y seré rico para que ella esté bien y tenga todos sus gustos, y se haga una abuelita como la abuela chica, una abuelita chiquitita y arrugada con un traje negro, de vieja, donde yo meteré la cabeza cuando esté cansado de trabajar.

Poco dura lo bueno. Mi madre ha venido anteayer y mañana nos vamos, yo a Navalcarnero y ella a Madrid a seguir trabajando.

Como el tren para un cuarto de hora en la estación arrastro a mi madre a ver la locomotora. Es una locomotora belga pequeñita, pintada de verde, casi cuadrada. No vale nada. Yo he ido en una locomotora grande. El tío José tiene un primo que es maquinista en la estación del Norte y lleva el expreso de París. Un día nos llevó al tío y a mí en una máquina sola hasta Segovia. Una máquina tan grande que me tuvieron que subir en brazos para llegar arriba, donde van el maquinista y el fogonero. Y desde allí salimos corriendo solos con el ténder, sin pararnos en ninguna estación. El fogonero echaba carbón por la boca abierta del hogar, que soltaba llamas, y atravesábamos el campo con la vía delante y detrás libre, sin nadie, brincando sobre los rieles, y a veces, corriendo sobre ellos, sin sentirlos, como si fuéramos por el aire. Mi tío contaba que, una vez, un maquinista, para no chocar contra otro tren, le dio vueltas a la manivela tan fuerte que se metió la manivela por la tripa. Salvó el tren, pero se quedó muerto, clavado allí en el freno. Hay también termómetros y manómetros y tubos de nivel con grifos pequeñitos y la cadena de pito, una cadena de hierro que se tira de ella y el vapor silba que se queda uno sordo del ruido. Todos los grifos escurren agua o aceite. Había uno que goteaba mucho y yo le quise cerrar. Salió un abanico de aceite caliente que nos manchó a todos. Cuando cruzábamos un puente de hierro, todo bailaba: la vía, el puente y la máquina; y yo quería que corriera más para que pasáramos el puente antes de que se hundiera. Después volvimos en un tren, pero me aburrió el viaje dentro del vagón.

El tren es también pequeñito, como la máquina. Los vagones son «cajas de cerillas» con asientos de madera sucios, llenos de gente de los pueblos que lleva alforjas, cestas, gallinas atadas por las patas a las que tiran debajo de los bancos. Llevan a veces conejos, con la tripa abierta, enseñando los ríñones morados, y barrilitos de vino o cestas llenas de huevos metidos en paja. A veces, cuando llegamos a una estación, vemos por el camino que viene del pueblo a los viajeros corriendo por la carretera y haciendo señas para que espere el tren. Y el jefe de la estación les espera. Entran con los bultos y se dejan caer en los asientos, sudando de la carrera, con sus cestas y sus alforjas.

Navalcarnero es la estación más importante de la línea. Tiene un muelle con el techo de cinc y tres vías para hacer maniobras. Al lado de la estación está la fábrica de harinas, y un trozo de vía sale de la estación y se mete en la fábrica, haciendo una curva y pasando por debajo de la puerta de hierro. Cuando la puerta está cerrada, hace un efecto raro. Si se equivocaran de aguja, nosotros entraríamos con el tren y todo a través de la verja y nos meteríamos en la fábrica.

La abuela Inés está en la estación esperándonos. Hemos venido la Concha, mi madre y yo. Hasta fin de mes mi hermana y yo nos quedaremos aquí. Cuando se va el tren con mi madre, mi abuela nos coge a cada uno a un lado, nos pasa un brazo por encima de los hombros, de manera que su mano cae delante de nuestro pecho y así, pegados a ella, nos vamos hacia el pueblo. Las manos de mi abuela son grandes como las de un hombre y su brazo es una mole. Con razón la llamamos la «abuela grande». Pesa más de cien kilos y es más alta que casi todos los hombres. Tiene una fuerza enorme y come y bebe como un gañán. Cada vez que va a Madrid, mi tía la invita a comer y ella dice que no. Se va sola, o con uno de nosotros, a casa de Botín, que es un restaurante muy antiguo de Madrid, y manda asar un cochinillo. Se lo come —si no vamos nosotros— ella sola, con una fuente grande de lechuga y un litro de vino. Con el tío Luis haría una gran pareja.

Navalcarnero es distinto de los otros pueblos. Está muy cerca de Madrid y además es cabeza de partido. Así que en el pueblo hay muchos señoritos. Son señoritos que no pueden ser señoritos en Madrid, pero que son señoritos en el pueblo. El pueblo está dividido en dos gentes: unos que visten como en Madrid y otros que van con blusa y pantalón de pana. Hay mujeres con sombreros y con mantilla, y luego, las mujeres del pueblo con refajos, delantal y pañuelo en la cabeza. Hay también un casino de pobres que es una taberna muy grande llena de moscas, y un casino de ricos, que es una especie de café con mesas de mármol. En la iglesia, en medio, hay dos hileras de bancos, y delante de ellas un grupo de sillas.

En los bancos se sientan los señoritos y en las sillas las señoras. En el resto de la iglesia se colocan los demás, los labradores y los pobres. Sobre las losas de piedra, los labradores que tienen dinero colocan una estera redonda de esparto y en ella una silla con asiento de paja, para la mujer. Los pobres se arrodillan sobre las piedras.

Estas cosas las sé, porque aunque mi abuela no me lleva nunca a la iglesia, yo voy algunas veces. Los domingos me dice la abuela:

—¿Qué, quieres ir a misa?

Le suelo contestar que sí por dos cosas: una porque si no fuera sería un pecado, y otra, porque ir solo me causa una sensación rara. La misa en Navalcarnero es distinta a todas las demás: en el colegio, la oímos juntos todos los chicos y llenamos la iglesia; con mi tía estoy esclavo de ella y de sus caprichos y se pasa el tiempo diciéndome que me esté quieto, que me arrodille, que me levante, que no tosa, que no estornude, que esté con las manos quietas, que la distraigo en su devoción.

Aquí es otra cosa. Me voy solo, aunque algunas veces hay vecinas de mi abuela que quieren que vaya con ellas, pero ya sé lo que son las viejas. Me quedo ante la puerta de la iglesia, un patio con verja, y veo entrar a la gente. Cuando ya han entrado todos, entro yo solo. Toda la gente está agrupada al lado del altar mayor, y yo entro despacito y me

quedo detrás, en la parte última de la iglesia, entre las columnas. Tengo siempre miedo de que me llame alguna de las viejas y me haga arrodillarme a su lado. La iglesia tiene el piso, las columnas y el principio de las paredes de piedra, y el resto blanqueado de cal. En medio hay una araña en forma de pera, llena de cristales que, cuando entra el sol, brillan como si fueran diamantes. No sé por qué, la araña que cuelga de una cuerda muy larga, en medio de la media naranja, casi siempre se balancea muy despacio de un lado a otro; y me divierte verla moverse y llenarse de chispas de colores, cuando cruza delante del chorro de sol que entra por las ventanas de la cúpula. En la entrada de la iglesia hay un Cristo desnudo, muy flaco, amarillo, casi verde. Las manchas de sangre son ya negras porque hace muchos años que no lo han vuelto a pintar. Sus partes las tiene tapadas con un delantalito de terciopelo morado con el fleco de oro. Hay gentes que miran por debajo. Los pies tienen los dedos pelados de besuquearlos las mu—jeres, y se ven los nudos de la madera. Tiene un nudo negro en el dedo gordo del pie izquierdo que parece un callo. La cabeza la tiene caída, como si le hubieran roto el cuello, y tiene una barba sucia de color chocolate, con telarañas entre los pelos y la garganta. De los ojos le caen unas lágrimas que parecen churretones de cera de una vela. Lo único bonito son los ojos, unos ojos azules de cristal que siempre están mirando la punta pelada de los pies.

Al lado está la pila de agua bendita, con un charco debajo en el que los patanes meten las alpargatas haciendo ¡plof... ! y las señoritas tienen mucho cuidado de no pisar y se empinan desde el borde para meter los dedos en la pila. La gente fina mete la punta de dos dedos y los campesinos meten la mano entera. De eso se forma el charco.

Hay una virgen de plata maciza. Tiene tamaño natural y abajo una luna, muchas nubes y muchas cabezas de angelitos con alas de pichón. Dicen que pesa cuatrocientas arrobas. Una vez he visto a dos viejas untando con Sidol a la virgen y sacándole brillo con un trapo. Le habían

dejado los carrillos y la barbilla brillantes como el cristal pero en los ojos y en la boca se había quedado el blanco del Sidol y la vieja se empeñaba en limpiarlo escupiendo en un pañuelo y frotándole los ojos a la virgen igual que se les quitan las legañas a los chicos. La otra vieja frotaba las cabezas de los angelitos con rabia, como si quisiera darles azotes. Pero no tenían trasero.

Arriba, en el coro, hay un órgano con el teclado en una caja de madera muy vieja, que parece uno de los organillos que tocan por las calles. Debajo de las teclas tiene dos fuelles, como dos libros viejos abiertos, sobre los que pedalea el organista. A veces, pisa uno de los libros a destiempo y cuando aprieta la tecla con los dedos, en lugar de sonar el órgano, suena el aire, como en las tripas de las mulas. De repente se corta el soplo y entonces una de las flautas del órgano da un maullido desafinado.

Aparte de esto, la iglesia es un caserón frío donde sólo se está cómodo en el verano. Además, tiene calaveras de verdad. Cuando se muere alguien, se dice la misa de difuntos, y entonces, en medio de la iglesia, ponen un túmulo cubierto con un paño, ponen una calavera y dos tibias enlazadas. La calavera y las tibias son de verdad. En la sacristía hay un arcón muy viejo y muy grande y dentro un montón de calaveras y huesos que ya no pesan nada de apolillados que están. Parecen de cartón. Y cuando hay misa de difuntos se escoge un cráneo y dos huesos largos. Cuando se ha muerto un rico, la calavera la escoge el cura; el sacristán le raspa la tapa de los sesos y la unta de aceite para que brille. Cuando se rompe alguna, la arreglan con un pegote de cera. Cuando no hay misas de difuntos y no están el cura ni el sacristán, los chicos, que somos amigos de los monaguillos, jugamos con los huesos en el jardincito que hay detrás de la iglesia.

Navalcarnero es un pueblo que a mí me gusta menos que Méntrida. Está en lo alto de un cerro y tiene una calle ancha que le atraviesa, que es la carretera que va de Madrid a Extremadura. A un lado, la carretera

baja en cuesta en dirección a Madrid y al otro, baja también en cuesta en dirección a Valmojado. Cuando se ha bajado una de las dos cuestas se encuentran árboles, pero en todo el cerro donde está Navalcarnero no hay más árboles que los del paseo de la estación, que son pequeños y flacuchos, muchos de ellos rotos. Las laderas están llenas de campos de trigo que ahora están pelados y secos, y de viñas de racimos negros. El trigo ya está recogido y las uvas las están recogiendo ahora para hacer el vino. Por el mismo paseo de la estación vienen los carros, grandes y pesados, cargados con cestos de uvas tan altos como un hombre. Las uvas del fondo se espachurran y los carros van goteando manchas rojas, gordas, que con el polvo de la carretera se hacen bolas moradas. El vino se hace pisando las uvas en el lagar, que es un pilón redondo de piedra o de cemento, con un agujero por el que cae el mosto a la cueva. Hay dos o tres casas donde se usan prensas a brazo y una casa donde las uvas se prensan con una prensa hidráulica; y todos los del pueblo van a verla.

Cuando llegamos a casa de mi abuela, nos está esperando su hermana, la tía Anastasia, que es tan grande como ella, pero mucho más pesada, porque tiene más años y las piernas hinchadas del reuma. Son dos hermanas inseparables, que no pueden estar nunca juntas, porque las dos son unas mandonas. La tía Anastasia vive en el piso de encima y la abuela en el piso bajo. Cuando regañan, la tía sube la escalera recta, de madera, haciéndola crujir con su peso, da un portazo que retiembla toda la casa y caen abajo cachitos de cal del techo; y en dos o tres días no se hablan. Después, o la abuela sube y aporrea la puerta gritando a su hermana que se ha terminado la bronca, o su hermana baja y entra en la sala, diciéndole que no tiene vergüenza de no haber subido en tres días, y que aunque se muriera no se le movería la conciencia para subir a darle un vaso de agua. Así es que para hacer las paces tienen que regañar primero media hora.

También están dos pupilos de mi abuela. Cuando se murió mi padre, que era el último vivo de los veinticinco hijos que había tenido, y mi

madre se quedó en casa de mis tíos, la abuela se fue de ama de gobierno de un propietario de Navalcarnero, el señor Molina, que se había quedado viudo con cuatro chicos. Como ella también estaba viuda hacía muchos años, allí se quedó. Y cuando se murió el viudo, la nombró en el testamento tutora de los chicos. Los cuatro son una calamidad. El mayor, Fernando, tiene veinte años y no sale en todo el día del Casino. Tiene una querida en el pueblo y está medio tísico. El siguiente, Rogelio, tiene quince años y es un vicioso. No sabe más que hablar de las chicas y hacer cochinerías. A pesar de eso, se le ha metido en la cabeza que se va a hacer fraile en el Monasterio del Escorial y se pasa el día con el cura del pueblo. Antonio, el pequeño, está encanijado y parece que tiene joroba de tan metida que tiene la cabeza entre los hombros. Los ojos los tiene pequeñitos y ribeteados de rojo y siempre con alguna pomada amarilla untada en ellos. La chica, Asunción, tuvo la viruela de niña y tiene la cara roída. Los bordes de las ventanillas de la nariz parece que se los han picado los pájaros.

Lo primero que hace la abuela cuando llegamos a casa es señalarnos a cada uno su cuarto: la Concha dormirá en la misma cama que Asunción y yo en la misma cama que Rogelio. La casa de mi abuela es la casa de las camas. En cada cuarto hay una cama de hierro muy grande con dos o tres colchones encima y para subir a ellas hay que montarse en una silla. Cuando mi abuela se acuesta en la suya, la Asunción y mi hermana la empujan de atrás y yo me río de verla en camisa blanca, tan grande como es, que parece un colchón más. Cuando cae en la cama, chirrían todos los muelles. Son unos muelles en espiral más estrechos por en medio, que se aplastan chillando.

Después nos vamos todos a la casa que tenía el señor Molina, donde ahora están pisando la uva. Hay una rueda de hombres y mujeres con los pies descalzos que van dando vueltas en el lagar pataleando los racimos y salpicándose las pantorrillas de mosto. Nosotros nos metemos

también, pero yo salgo en seguida porque me pinchan en los pies los rabos de las uvas. Los otros se quedan allí y yo me voy con la abuela.

Atravesamos el pueblo y salimos al camino de Valmojado. La abuela anda con pasos largos y hasta que no salimos fuera de las casas no comienza a andar despacio. La carretera se hunde entre dos paredes de tierra, y nos sentamos allá en lo alto, viendo pasar debajo de nosotros los carros de uvas. Entonces la abuela comienza a hablar sola:

—Ya me voy haciendo vieja, y éstos —«éstos» son los chicos del señor Molina— no me interesan. Mi hermana se tiene que morir antes que yo y entonces no quedaréis más que vosotros. Seréis propietarios. Como tú sabes, hay dos casas mías en el pueblo y os pasará lo que a mí, tendréis que poner tejas nuevas todos los años y no os pagarán el alquiler. ¡Luego dicen que hay Dios! ¡Lo que hay es una m... !

Se vuelve a mí y se echa a reír:

—¡Le estoy pervirtiendo al angelito! Si me oyera tu tía, nos pegábamos. Pero, mira, por mucho que te digan tu tía y todos los curas de alrededor, Dios no existe más que en el cepillo de las iglesias. Pero, bueno, ya lo verás, porque no podrás desmentir la sangre. Tu padre fue uno de los sargentos de Villacampa y no le fusilaron por milagro. Y yo una vez eché escaleras abajo a un cura que se empeñaba en rematar al único tío que te quedaba. Cuando tu madre se quedó viuda, lo único que Dios hizo por ella fue dejarla en un hotel con dos duros en el bolsillo y tu padre fiambre en la cama. Después se conoce que le dio lástima y la convirtió en criada y en lavandera; le proporcionó una buhardilla y unos curas y unas monjas que les dieran la sopa a tus hermanos. ¡Y todavía hay que dar gracias a Dios!

Cuando habla tan seria, la abuela me da tristeza. Yo quiero creer en Dios y en la Virgen pero las cosas que dice son verdad. Si Dios todo lo puede ha podido tratarnos mejor, porque mi madre es muy buena. Verdaderamente que a mi abuela debía haberla tratado peor, porque

siempre está renegando; sin embargo es rica y no le falta nada. La abuela se ha callado y cambia la conversación.

—Tú a lo que has venido aquí es a divertirte y no a oír sermones. Pero no olvides nunca que los curas son unos sinvergüenzas.

Me vuelve a coger de la mano y regresamos al pueblo, ella dando zancadas y yo trotando detrás. En la plaza, me da dos pesetas y me dice:

—Vete por ahí; cuando oigas dar las doce, te vienes a casa a comer.

Y se va por la calle abajo, por en medio del arroyo, tiesa, regruñendo —blasfemando— yo creo.

Aquí, en la plaza de Navalcarnero, hay una casa que es mía. Mejor dicho, que lo será cuando se muera la abuela. Tiene tres pisos y abajo forma soportales con vigas gordas de madera, sebosas de apoyarse en ellas los mozos. Cada viga tiene abajo una base de piedra cuadrada y el techo de los soportales es también de vigas ahumadas. El carnicero tiene allí su tienda con una vaca destripada, cubierta a medias por un paño blanco con manchas de sangre; y en unas escalerillas de mármol que salen en la acera tiene trozos de carne, de hígado y de bofe en fuentes de porcelana blanca. En una de ellas está entero el corazón de la vaca. La chica del carnicero espanta las moscas con un plumero de tiras largas de papel de colores y en el fondo de la tienda hay un cerdo entero colgado cabeza abajo, con un cubo de hojalata enganchado en los colmillos en el que gotea la sangre de los morros. Me llama el carnicero:

—¿Qué hay, madrileño; has venido a la vendimia?

Cuando entro en la tienda, tropiezo con el cerdo que se bambolea pesado en el gancho y me da con su lomo grasiento. Le empujo con la mano y me da asco su carne de tocino.

—Entra, entra, que te voy a dar algo para que te lo fría la abuela.

Y me da tres morcillas gordas, negras, relucientes de grasa, que manchan el papel de periódico en que las envuelve, haciendo que se vean las letras de dentro. Me llevo el paquete blanducho, caliente, que

me da repugnancia oprimir con la mano, y aún tengo que soportar un beso del carnicero y otro de la mujer, los dos tan gordos y tan pringosos como el cerdo y las morcillas. La chica que está en la puerta y que es una muchacha muy guapa, con la cara muy fina, me acaricia la cabeza, pero no me da un beso. Me voy de la carnicería como si estuviera lleno de grasa por todas partes.

Al lado está la taberna y allí me convidan a caramelos y a un refresco de menta. La taberna huele a vino, a la pez de los pellejos y al sudor y al tabaco de los hombres que están bebiendo en el mostrador de estaño. Los que me conocen aclaran a los demás que soy el nieto de la tía «Inés». Uno de ellos no sabe quién es, y el tabernero dice:

—¡Puah, cuando tenía veinte años, buena moza que era! Andábamos todos detrás de ella y ella andaba a torniscones con todos nosotros. Ninguno puede decir que la pellizcó nunca un pecho. Antes que alargaras la mano, te había soltado una bofetada de cuello vuelto que te quedabas atontado. Se casó con el tío Vicente, que tenía un taller de carros aquí en la carretera. Era un buenazo, pequeñín, que le gustaban las buenas carnes y tirar poco del cepillo. Cuando se casaron la Inés se plantó en el taller y Vicente trabajaba como si estuviera a jornal. No es que le dijera nada, pero se sentaba en una silla a coser y el tío Vicente no levantaba la cabeza de sus tarugos. Así es que el taller comenzó a subir como la espuma. Pero todo era poco. La Inés se lió a parir un chico cada año, mejor dicho, cada diez meses, y menos mal que se le fueron muriendo uno detrás de otro, porque si no, llena el pueblo. ¡Buena coneja! Cuando empezaban a hacerse viejos, Vicente se murió como un pajarico, yo creo que porque ya no podía con tanta mujer.

La campana de la iglesia da el toque de mediodía y los hombres se van cada uno por su lado a comer. El viejo me da recuerdos para la abuela y me repite su cantinela:

—¡Buena estaba la moza!

Después de la siesta, la Concha se va con la Asunción a ver a las amigas y yo me voy con Rogelio. Salimos a través del pueblo y bajamos por en medio de los campos segados, siguiendo las veredas de las lindes, hacia el arroyo Guadarrama. Rogelio me dice:

—Verás cómo nos vamos a divertir. Todos los chicos nos reunimos en el río.

Cuando llegamos al arroyo, donde el agua no llega a los tobillos, nos encontramos siete u ocho muchachos, como los parió su madre, revolcándose en la arena que abrasa y chapoteando en los charcos de agua. Están todos negros como tizones del sol y nos reciben salpicándonos de agua y de tierra. Nos desnudamos Rogelio y yo mezclándonos entre los demás. Yo debo ser una cosa rara con el cuerpo tan blanco entre todos estos negritos. Rogelio es el mayor de todos y tiene ya el vientre con vello negro. Entre los demás chicos hay algunos a los que ya comienza a salirles el vello y se muestran muy orgullosos de tener pelos como los hombres.

Cuando nos cansamos de jugar y de correr, Rogelio los reúne a todos en un corro y saca de la americana la fotografía de una mujer desnuda que me enseña antes que a los demás, diciéndome:

—Me la ha regalado Fernando. Dice que ha sido una novia suya, pero yo no le creo porque es un mentiroso.

Yo tampoco lo creo, porque la fotografía es la de una artista desnuda como se ven muchas en Madrid, con un pie encima de una banqueta, para enseñar los muslos, una camisa bordada, medias negras y un moño en lo alto de la cabeza. La fotografía corre de mano en mano entre todos los chicos y miramos a Rogelio que se le ha hinchado su miembro y se lo acaricia con una mano. Los mayores se ponen igual. A mí no me hace ningún efecto y a los otros chicos tampoco. Pero nos parece ridículo no ser como los mayores y nos manoseamos como ellos. Nos reímos, pero estamos nerviosos y nos miramos unos a otros para ver lo que le pasa a cada uno. Cuando los mayores llegan al final, se

burlan de nosotros que no podemos hacer como los hombres. Cuando nos vestimos, estamos todos muy cansados y muy tristes.

De regreso al pueblo, los chicos nos juramentamos unos con otros para no decírselo a nadie y Rogelio afirma que le romperá la cara al que diga algo. Al mismo tiempo nos explica lo que es la mujer y a mí me suben golpes de sangre a la cara de vergüenza y de sofoco. Ya en las calles del pueblo, cuando los chicos se van separando uno a uno, Rogelio me confía:

—Esta noche nos vamos a divertir nosotros solos.

Tengo una mezcla tremenda de vergüenza de lo ocurrido esta tarde y de miedo y de curiosidad de lo que Rogelio quiere hacer esta noche. Estoy distraído y no me atrevo a mirar a nadie a la cara y menos a la abuela. Mientras cenamos, se da cuenta y me pregunta si estoy malo. Le digo que no, pero me he debido poner terriblemente encarnado, porque me arde la cara. Ella se levanta, me pone una mano en la frente y dice:

—Tienes mucho calor. En cuanto pase un rato te vas a la cama, porque debes de estar muy cansado del viaje.

Cuando acabamos de cenar, Fernando, el mayor, dice que se va al Casino y la abuela arma una bronca. Para calmarla nos coge a Rogelio y a mí y dice que nos va a llevar con él, porque no va más que a tomar café y que volveremos en seguida. Como es muy temprano la abuela nos deja, y nos explica su combinación:

—Vosotros venís conmigo y tomáis lo que queráis. Luego yo me iré a ver a la novia y vosotros le decís a Inés que me ha venido a buscar el tío Paco y que me he ido con él para arreglar lo de las uvas.

Yo creía que íbamos a tomar café en el salón de las mesas de mármol, pero Fernando sigue hasta el fondo y comienza a subir una escalerilla empinada de madera. Me explica, antes de que yo le pregunte:

—El salón es el bar para el público. Los socios tenemos otro salón arriba.

El salón de arriba es tan grande como el salón de abajo y hay en él dos mesas de billar con los paños remendados, varios veladores redondos de mármol y unas mesas cuadradas con un tapete verde, donde juegan algunos a las cartas. En el fondo del salón hay un grupo grande de gente agrupada alrededor de una mesa sobre la que hay dos lámparas con pantallas verdes, colgadas del techo, y en la que suena ruido de dinero. Fernando va derecho allí.

La mesa tiene también un tapete verde y hay dos hombres sentados uno a cada lado sobre asientos altos. Uno tiene una baraja y otro unos montones muy grandes de dinero y de billetes delante de él. Rogelio me explica:

—Están jugando al monte. Ése de la baraja es el banquero y éste de los cuartos el que paga. Verás. El banquero tiene cuatro cartas sobre la mesa y cada uno apuesta lo que quiere a una carta. Después, la primera de las cuatro cartas que sale de la baraja ha ganado y los demás han perdido.

El banquero extiende las cuatro cartas y dice:

—¡Juego!

Todos se apresuran a poner pesetas y duros al lado de cada carta. Después dice:

—¡No va más!

Y empieza a sacar cartas de la baraja hasta que sale una de las cuatro. Entonces, el otro recoge casi todos los cuartos y da a los que tenían su dinero en aquella carta tantas monedas como han puesto. Fernando ha perdido dos duros. Cuando el banquero vuelve a poner cartas encima de la mesa, pone otros dos. Y sigue así, perdiendo duros. De pronto se vuelve a nosotros y nos dice que tomemos café. Rogelio llama al camarero y nos dan unos vasos de café muy malo. Fernando sigue perdiendo y Rogelio le dice que deje de jugar, pero él no le hace caso. De repente me llama:

—Tú, madrileño. ¡Ven aquí!

Me pone delante un montón de dinero, me sienta en sus rodillas y cuando vuelven a poner las cartas sobre la mesa, me dice:

—Coge el dinero que quieras y ponlo al lado de la carta que más te guste.

Hay un caballo de espadas y yo cojo una peseta y la pongo en una esquina. Fernando me dice:

—No tengas miedo, pon duros, todo lo que te dé la gana.

Y entonces cojo el montón de duros, cuatro o cinco, y lo pongo al lado del caballo. Toda la mesa me mira, pero yo sé que el caballo va a salir. Muchos que ya habían jugado quitan su dinero de las cartas elegidas y lo ponen al lado del mío. El banquero dice de mala gana:

—¿Hemos terminado? ¡No va más!

Vuelve la baraja y hay un caballo. A Fernando le pagan tres veces lo que ha puesto y el banquero tiene que pagar a todo el mundo de muy mal humor. Entonces se vuelve a Fernando:

—Mira, los niños no pueden jugar.

Todos protestan, pero el hombre se empeña en que yo no puedo jugar o que retira las cartas y deja que los demás sigan jugando. Nos quedamos en una mesita aparte Rogelio y yo, aburridos.

Al cabo de un rato muy largo vienen a nuestra mesa Fernando y un hombre gordo que no conozco. Se ponen a hablar de tierras, de viñas y de pagarés. El hombre gordo le dice a Fernando que le ha dado mucho dinero ya y que es un menor. Fernando le dice:

—Pero ¿a usted qué le importa? Si yo le firmo a usted con una fecha en la que ya soy mayor de edad, no hay engaño.

El hombre gordo replica:

—Y si te mueres antes, ¿qué pasa? Porque tienes una cara de tísico que no hay por dónde cogerte.

—No tenga usted cuidado, que no me muero. Bicho malo nunca muere —agrega riéndose.

El gordo saca del bolsillo unos billetes y un papel sellado. Fernando firma y el gordo le da los billetes. A mí me choca que el papel no tiene nada escrito. Fernando le dice al hombre:

—Me fío en su palabra, ¿eh?

—¿Cuándo te he engañado yo?

Fernando vuelve a la mesa de juego y el hombre se pone a explicarnos:

—Tú eres el nieto de Inés, ¿no? Estás hecho un hombre. Toma para que te compres algo —y me da un duro—. ¿Te da envidia? —agrega, dirigiéndose a Rogelio—. Toma, otro para ti. Fernando es un buen chico. Teníamos que arreglar esto de las uvas y ya está arreglado. Su padre era una buena persona —le pone una mano en el hombro a Rogelio—. Buenos duros hemos ganado tu padre y yo, chaval; pero, cuando se llevó a la Inés a su casa, se acabó. Me tomó hincha, porque tu abuela me ha tenido siempre rabia —me dice a mí— y acabamos regañando tu padre y yo. Le tenía bien cogido el pan.

Rogelio se le queda mirando a la cara:

—Deme usted cinco duros —le dice de pronto.

Yo le miro asustado.

—¿Para qué quieres tú cinco duros, mocoso?

—Me da usted cinco duros o se lo cuento a la Inés que usted le da dinero a Fernando. Yo no soy como éste —dice mirándome a mí—. O me da usted los cuartos o se lo digo a la Inés. Todo el mundo sabe que presta usted dinero y luego se queda con las tierras.

—Niño, estas cosas no se dicen. Hay que respetar a las personas mayores. Toma, toma otro duro y cállate. Y tú también —me dice a mí—. Toma un duro y no le cuentes nada a la abuela.

Se levanta de mal humor y le arranca a Fernando de la mesa. Comienzan a discutir, primero en voz baja, después alzando la voz:

—¡El que con niños se acuesta, ensuciado amanece! —dice el hombre—. Si no hubieras traído los mocosos aquí. Sobre todo el

nietecito. Tu hermano al fin y al cabo se le da un duro y se calla, pero de la sanguijuela esa no me fío. En cuanto llegue a su casa se lo contará a su abuela y tendremos bronca.

Fernando dice:

—No tenga usted cuidado. Él, ¿qué sabe?

Vuelve a nosotros y nos manda a casa: —Ya sabéis, me he quedado comprando uvas.

Cuando salimos a la calle Rogelio me dice:

—Al tío éste siempre le saco un duro. Es un truco. Pero no le digas nada a Inés, porque entonces nos quita los cuartos.

Yo le prometo callarme y atamos los duros en el pañuelo para que no suenen. Cuando llegamos a casa, la abuela refunfuña porque Fernando no ha venido y nos vamos a acostar.

Tenemos una alcoba enjalbegada de cal, con vigas cruzadas en el techo. Una cama enorme, un orinal tan grande como la cama debajo de ella, dos sillas y un arcón curvado. Hay una ventana grande a la calle con reja de hierros llena de hojas. El cuarto está frío y las sábanas, húmedas. El piso es de losas de tierra y está helado, chorreando agua. Nos desnudamos de prisa y gateamos a la cama, tan alta como nosotros. Dentro de las sábanas nos vamos calentando. Después de un rato, el calor de la manta es insoportable. Rogelio me pregunta:

—¿Tienes calor?

—Estoy casi sudando —respondo.

—Vamos a quitarnos la ropa —y se quita el calzoncillo y la camiseta, quedándose en cueros.

A mí me da vergüenza, pero si nos hemos bañado en cueros, ¿por qué no desnudarme ahora? Nos quedamos los dos desnudos dentro de la cama. Rogelio se arrima a mí. Le arde la piel. Me pasa la mano por el cuerpo y me dice:

—Estás fresco.

Y comienza a acariciarme el sexo. Le quito la mano, pero insiste.

—Anda, hombre, no seas tonto, verás cómo te gusta.

Me dejo hacer, aturdido de vergüenza, ardiendo. De repente no sé lo que me pasa. Me vuelvo loco de rabia y comienzo a pegarle en los costados furiosamente, mientras él, excitadísimo, continúa sin soltarme. Salto de la cama. A los pies he dejado la correa, colgada de los hierros, y con ella le golpeo furioso en la cabeza, en los ríñones, en los muslos, en la tripa. Chilla y se revuelca en la cama. Encima de un ojo le cae un hilito de sangre. La abuela viene en camisa con una palmatoria en la mano, unas zapatillas grandes en los pies. Nos pilla, él revolcándose en la cama, yo pegando ciego de ira, de rabia y de asco. Me da dos bofetadas la abuela y me caigo en un rincón llorando.

Después, ella en camisa, nosotros en cueros, vienen las explicaciones. Rogelio calla sentado en una silla. Yo hablo, hablo mezclando las cosas:

—Mira, abuela, éste es un guarro. Me ha tocado y quiere hacer cochinerías. Y su hermano juega. Y todos los chicos del pueblo hacen cochinerías. Tiene una tarjeta postal de una mujer en cueros...

Lloro y saco los duros del bolsillo de mi pantalón que voy a buscar a tientas a la alcoba, hipando. La abuela coge los cuartos y me lleva a su cama, me arropa, me mete en el hueco de su tripa y me duermo. A Rogelio le ha dado un puntapié en las nalgas desnudas y la zapatilla ha salido volando por el aire. Yo me he reído entre mis lágrimas.

Me despierta el ruido de la puerta. Vuelve Fernando. Está amaneciendo y la abuela le chilla desde la cama. Fernando viene borracho.

—Bueno, bueno, Inés. Déjame en paz. Lo que tengo es sueño.

Se sienta en la mesa del comedor, se bebe una copa de aguardiente y se duerme sobre el tablero. La abuela se levanta en camisa, le coge en brazos y le lleva a su alcoba. Es una cosa rara, a la media luz de la mañana, ver a mi abuela, tan grande, en camisa blanca hasta los pies, llevando a Fernando en los brazos como un pelele. Le oigo caer en la

cama como un costal y después ronca que se le oye en toda la casa. Por la calle pasa un carro que hace temblar los vidrios de las ventanas. El carretero va cantando y mi abuela vuelve a la cama, me coge entre sus brazos, apoya mi cabeza en su pecho y comienza ella también a canturrear.

Capítulo 7

Madrid

Madrid huele mejor. No huele a mulas, ni a sudor, ni a humos, ni a corrales sucios con el olor caliente del estiércol y de las gallinas. Madrid huele a sol por las mañanas. El gato se queda en una esquina del balcón encima de un cuadrado de alfombra, asoma la cabeza a la calle por encima del borde de la tabla puesta de canto contra la barandilla y después se sienta y se duerme. De vez en cuando, entreabre los ojos de oro y me mira. Los vuelve a cerrar y sigue durmiendo. Dormido, mueve las ventanillas de la nariz, oliendo las cosas.

Cuando riegan la calle sube hasta el balcón el olor fresco de la tierra mojada, como cuando llueve. Cuando sopla el aire del norte, huelen los árboles de la Casa de Campo. Cuando no hay aire y el barrio está quieto, entonces huelen las maderas y los yesos de las casas viejas, las ropas limpias tendidas en los balcones, los tiestos de albahaca. Los muebles viejos de nogal y de caoba sudan la cera y se les huele por los balcones abiertos, mientras las mujeres limpian. Debajo de casa hay una cochera de lujo y por las mañanas sacan los coches de charol a las calles y los riegan y los cepillan, y huelen. Los caballos blancos y castaños, color canela, salen a pasear tapados con una manta y huelen a pelo caliente.

Al lado de casa está la plaza de Oriente con su caballo de bronce en medio y sus reyes de piedra alrededor. Con sus dos pilones de mármol llenos de agua y de ranas, de sapos cabezotas y de peces. Y a los lados hay dos jardines. La plaza entera huele a árbol, a agua, a piedra y a bronce. Más allá, enfrente, está el palacio con su explanada cuadrada —la plaza de Armas— tapizada de arena y desnuda de árboles, con sus hileras de balcones. Dentro de la plaza reina el sol desde que sale hasta que se pone, y es como una playa sin mar. Dos cañones miran al campo y un soldado se pasea entre ellos, de día y de noche, con su correaje blanco y sus cartucheras barnizadas. Los balcones están en una galería

de bóvedas de piedras espesas, y después de cruzar la llanura de la plaza llena de sol, se siente en ellas el frío de las cuevas. El aire fresco del Campo del Moro y de la Casa de Campo entra soplando por los balcones para refrescar la arena de la plaza.

Asomado al balcón todo es verde. De espaldas al balcón, todo es amarillo. Verdes los campos y los bosques, amarillos los granos de arena y los bloques de piedra. Hay un reloj, tan viejo que sólo tiene una manilla, porque, cuando le hicieron, los hombres no contaban aún los minutos. Encima un campanil pequeñito con la sonería del reloj y sus martillos colgados al aire, dispuestos siempre a golpear las horas. Debajo del reloj, las garitas de piedra gruesa con rendijas por ventanas y su techo como un colador. Las tres puertas grandes por las cuales no pasa nadie. Sólo entran a veces los embajadores y los reyes de fuera. Entonces, los soldados que están en las garitas para que no pase nadie, los dejan entrar y presentan el fusil recto.

Sobre la cabeza de los centinelas charlotean las golondrinas. Hay millares. Todos los rincones de las cien ventanas de la fachada tienen un nido, dos o tres, pegados unos a otros, con su agujerito, como si fueran bolsos. Tantos hay que las golondrinas que vinieron más tarde, porque nacieron después, tuvieron que amasar sus nidos en las bóvedas de las dos galerías de piedra. En las tardes de verano, cuando cae el sol, aturden con su vuelo rápido de vaivén. Vuelven mil veces al nido donde también chillan las crías con las cabezas fuera del agujero de la bolsa esperando, con el pico abierto, el pasar de la madre que les deja el insecto como si fuera un beso.

Una vez al día, a las once en punto, entran los soldados atravesando la plaza a paso lento, todos de gala. Los de infantería con sus cuatro gastadores delante, las palas y los picos niquelados a la espalda, después los tambores, las cornetas y la banda de cobres dorados brillantes al sol y su jefe en medio, tieso, a caballo, con sus cruces y su espada, la bandera detrás. La caballería con sus corazas de metal

plateado o sus dolmanes de piel; sus cascos de metal o sus gorros de pelo con una calavera en medio. Los últimos los dos cañones con sus ocho caballos de ancas cuadradas, sus carritos de hierro cargados de balas y sus bocas tapadas con una mordaza de cuero lustrado con betún. Enfrente, están las hileras de los soldados que salen. Las dos banderas se reverencian a través de la plaza vacía y los jefes a caballo cruzan lentos para reunirse en medio, emparejarse y contarse al oído el secreto de los que pueden entrar y salir de palacio. Se saludan con sus espadas desnudas llevadas a la frente y bajadas a los pies llenando de relámpagos la plaza. Después, los que salen de guardia cruzan de nuevo la plaza como lo hicieron los que entran, y se pierde en las calles el ruido de sus cornetas. Las gentes vuelven a llenar la plaza, y los soldados juegan con las niñeras y con los chicos.

De noche se queda la plaza vacía, se cierran chirriando las puertas pesadas de hierro, se duermen los pájaros y todo se vuelve blanco con la luz de la luna. Desde fuera de la verja, a través de la plaza inmensa se oyen los pasos de los centinelas en las losas de piedra de las puertas. Fuera, en las anchas aceras de la calle de Bailén, los focos deslumhran a los centenares de mariposas que suben de los jardines.

Nuestro barrio —porque éste es nuestro barrio— se extiende aún por un dédalo de callejas antiguas hasta la calle Mayor. Son calles estrechas y retorcidas, como las hacían, no sé por qué, nuestros abuelos. Tienen nombres pintorescos: primero los santos, Santa Clara, Santiago; después nombres heroicos, Luzón, Lepanto, Independencia; finalmente los de fantasía: Espejo, Reloj, Escalinata. Estas calles son las más viejas y las más retorcidas, las que sirven mejor para jugar a «justicias y ladrones». Tienen solares con vallas rotas y ruinas dentro, casas viejas con portales vacíos, patios de piedra con árboles solitarios, placitas más pequeñas que la calle. Se retuercen y se enroscan favorables al escondite y a la huida.

En ella jugamos al «te veo». El que se queda espera a oír el grito de la banda que se dispersa por las callejas:

—¡Te veooo!

Echa a correr y detrás de él van surgiendo de los portales los chicos agazapados en los rincones:

—¡Traspasado, no visto y salvo!

Sigue corriendo, husmeando como perro de caza todos los huecos hasta que encuentra alguno, sorprendido en cuclillas o detrás de alguna puerta carcomida:

—¡Visto!

A veces los dos gritos coinciden y surge la discusión que acaba a trompazos entre los dos.

Tenemos nuestro barrio y nuestra ley. A veces invade nuestro terreno la banda de un barrio vecino y entonces se defiende el terreno a pedradas que rebotan en las esquinas. La guerra suele durar días y cuesta chichones y escalabraduras. Después, los atacantes se cansan y nos dejan en paz. Otras veces somos nosotros los que atacamos un barrio vecino, porque son unos cobardes o porque han pegado a uno de los nuestros que ha pasado por ahí. Lo que hay en nuestro barrio es nuestro.

Son nuestros los agujeros de la calle donde se juega a las bolas. La barandilla de la plaza donde se juega a la parva. Las ranas y los sapos —«cabezotas» los llamamos— del estanque de la plaza de Oriente. El derecho sobre las tablas de las vallas de los solares que nos cambian por bizcochos rotos en el horno de la pastelería de la calle del Espejo. Es nuestro el derecho de cazar mariposas en los focos de la calle del Arenal, el de romper farolas a pedradas y el de saltar los escalones de la escalinata de la iglesia de Santiago o hacer fogatas en la plaza de Ramales.

Ésta es la ley.

Los consejos se celebran en la puerta de la yesería. Pablito es el hijo del yesero y el amo de la puerta. Nos sentamos allí todos y nos pintamos los pantalones de blanco del yeso caído de los sacos. Pablito es muy rubio, muy flaco, muy chico. Pero es el peor de todos. Eladio, el chico del tabernero de la calle de la Independencia, es el más fuerte y el más bruto. Entre los dos suelen resolver todos nuestros problemas y organizar los juegos o las travesuras. A veces se anulan el uno al otro.

En la calle de Lemus hay un solar con la valla rota. Dentro están las cuevas de una casa derribada de las que nadie se cuida. Un día, Eladio nos desafía a todos:

—Yo me meto dentro. Para vencerme me tengo que dar por vencido. Pero si le escalabro a alguno, ¡que no se queje! También me podéis escalabrar a mí.

Pasa la valla por uno de sus rotos y se pierde entre las cuevas en las que crece la hierba y se amontonan los ladrillos y la basura de los que se meten a ensuciar allí. Y nosotros planeamos el asalto. Él es el «Vivillo»,[2] nosotros la Guardia Civil.

Cuando intentamos entrar por los huecos de la valla, nos recibe el diluvio de piedras de Eladio, que golpean las tablas, y retrocedemos para aprovisionarnos de cascotes. La gente se cruza de acera con miedo de recibir una pedrada y nos chilla. Eladio se defiende heroicamente en sus agujeros, y cada vez que entramos en el solar tenemos que volver a salir porque tira a dar, con todas sus tuerzas de hijo de tabernero gallego o asturiano.

Pablito se sienta detrás de la valla y se pone a pensar. Las aventuras de Dick Navarro le dan la solución. Encendemos a toda prisa una fogata en la calle y envolvemos piedras en papeles. Cuando arden bien las tiramos a Eladio que nos llama cobardes para incitarrnos a entrar. El solar está lleno de papeles, de trapos, de paja, de basuras que los vecinos tiran allí, y pronto empieza a haber hogueras por todas partes. Unos tiramos piedras con papeles encendidos y otros solamente piedras

en un diluvio que contesta Eladio, rabioso, a ladrillazos, saltando entre las llamas.

Por último entramos en grupo cerrado, los bolsillos llenos de piedras, con tablas de la valla encendidas.

Eladio se rinde y los vecinos nos echan a puntapiés. Las ruinas comienzan a incendiarse y el carnicero, el carbonero, el lechero y el tabernero sacan cubos de agua y los vuelcan de prisa. Tenemos agujeros de chispas en los delantales. Eladio chilla en la esquina a los vecinos:

—¡Calzonazos! ¡Hijos de zorra!

Todas las piedras que llevamos en los bolsillos granizan sobre los vecinos y el barrio entero se convierte en un escándalo de abrir y cerrar puertas y balcones, persiguiéndonos. El panadero francés de la calle del Espejo nos persigue con una garrota y le da un palo a «Antoñeja», el más infeliz de todos.

Al día siguiente, las ruinas están llenas de barro y de humos. Los panes del francés reciben una carga de boñigas de caballo. Con las manos llenas de estiércol cogidas en las cuadras de la casa donde yo vivo, hemos llegado en pandilla y las hemos volcado sobre los panecillos amontonados en el mostrador.

El francés coge a un chico y le da una paliza con una vara de retama de las que usa para cocer el pan. Entonces la madre arma un escándalo terrible y baja con un cuchillo para matar al francés. Todas las mujeres del barrio, y algunos hombres, quieren asaltar la panadería.

—¡Un gabacho! ¡Se atreve a pegar a mi hijo!

Los chicos apedreamos furiosamente la tienda. La gente nos aplaude. Ya nadie se acuerda del solar. Una vieja le dice a un hombre:

—¿Sabe usted? Me contaba mi padre, que en gloria esté el pobre, que los franceses clavaban a los chicos del colegio con la bayoneta en la tripa y los paseaban así por la calle.

No perdió la parroquia, porque hacía el mejor pan del barrio. Pero durante semanas tuvo que aguantar el manoseo de los panecillos.

—¡Jesús! ¡Este pan está crudo! ¡Está quemado! Yo quiero un pan bien cocido.

La paz vino con una carreta cargada de retama para el horno. La retama está llena de bellotitas que bailan como perinolas. Los chicos asaltamos el carro de retamas olientes y pegajosas y elegimos varas y nos llenamos los bolsillos de bellotas resinosas. El hombre nos dejó hacer pacientemente y los chicos volvimos a comprar los panecillos calientes de la merienda y a reconocer nuestra culpa.

Faltan unos días para que empiecen las clases y estos días los paso enteros con el tío José. Por la mañana coge su bastón de puño de plata —tiene otro de puño de oro—, cepilla su sombrero hongo de fieltro sedoso con un cepillo chiquito, de cerdas muy finas, pasándole suavemente por la copa abombada y por las alas duras y curvadas en el borde. Nos vamos despacio por el sol calle de Campomanes arriba y hablamos. Me cuenta historias de cuando él era niño. Para mí es imposible imaginármelo como niño y creo que siempre debió ser tal como le veo hoy.

—Cuando yo era como tú ya me ganaba el pan. A los ocho años yo era como esos niños que has visto en Brunete. Gateaba a las ancas de un burro y bajaba por agua a la fuente. Llevaba la comida a mi padre y a mis hermanos mayores, allá, a las tierras donde estaban labrando, y me ocupaba de que el botijo tuviera siempre agua fresca. No podía, claro es, llevar el arado, pero llevaba el trillo en la era, y arrancaba las hierbas del campo con una escarda. Segaba y ataba los haces de espigas que me dejaban en montón los hombres. En la noche me levantaba a la luz de las estrellas y salía al corral. El caldero del pozo era tan grande que casi podía yo sentarme dentro de él y estaba siempre sobre el brocal. Yo le dejaba caer dentro y luego le subía dando contra las paredes. Pesaba tanto que a veces temía que la cuerda me levantara en el aire y me metiera en el pozo. Cuando llegaba el caldero a la altura del brocal, tiraba de él para sentarle en el borde y desde allí, inclinándolo, llenaba

los cubos de agua para las bestias que volvían la cabeza dentro de la cuadra esperándome. Cuando hacía mucho frío, recogía mi manta de las piedras del hogar y me tumbaba al lado de las mulas hasta el amanecer.

Cuando yo le escuchaba me parecía esta vida una vida maravillosa de niño, un juego. Sabía hablar de los hombres y de las cosas despacio, con la lentitud inexorable del castellano viejo acostumbrado a ver pasar las horas con la tierra plana delante de él y forzado a buscar la ciencia en la hierba que se mueve, en el insecto que salta.

—Cuando todavía era niño, ya trabajaba como hombre. Comíamos mal, éramos muchos y el padre separaba los garbanzos amarillos de ictericia y los negros para comer. Para sembrar quedaban los buenos y de ellos salían garbanzos rosados con el pellejo como la piel seca de un hombre. La mejor comida era el gazpacho fresco en el verano y las patatas cocidas de la cena. Ninguno de mis hermanos fue soldado, pero yo sí y entonces, a los veinte años, empecé a hacer lo que ahora haces tú: empecé a estudiar. Tenía los dedos gordos y duros de callos y lloraba de rabia de no poder escribir. Se me escapaban de los dedos los manguilleros hasta que me hice uno para mí. Entonces aún no se usaban manguilleros como tú los conoces, más que entre las gentes ricas. Se hacían las plumas de plumas de ave que había que aprender a cortar con la navaja; y con ellas yo no podía escribir. También escribíamos con cañas cortadas como plumas. De una caña gorda me hice una pluma que no se me escapaba ya de los dedos. Pero aunque estudié mucho, nunca he podido llegar a saber ni la mitad de lo que tú sabes hoy. Aprendí los números, pero nunca hubiera podido aprender el álgebra —agregando como para sí mismo—: ¿Cómo se pueden sumar las letras?

—Es muy fácil, tío —contesto—. Igual que se suman los números se suman las letras. —Y comienzo, orgulloso, a darle una lección de álgebra elemental. Me escucha, pero no me comprende. Hace esfuerzos para seguir mis razonamientos y yo casi me enfado de que no

comprenda cosas tan sencillas. Me suelta la mano y lleva la suya a mi hombro, acariciándome el cuello:

—Es inútil. Contra esto no podemos nada, ni tú ni yo. Lo que no se aprende de muchacho, no se aprende de machucho. Parece como si los sesos se endurecieran.

La plaza del Callao está llena de puestos de libros. Todos los años, cuando van a empezar las clases, hay feria de libros y Madrid se llena de puestos. Donde más hay es aquí, que es el barrio de los libreros, y en la Puerta de Atocha. Aquí llenan la plaza y en la Puerta de Atocha, el paseo del Prado. A mi tío y a mí nos gusta recorrer los puestos y buscar gangas. Cuando no hay ferias, entramos en las librerías de la calle de Mesonero Romanos, de la Luna y de la Abada. La mayoría son barracones de madera en los solares. En la esquina de la calle de la Luna y de la calle de la Abada está la librería mayor. Es una barraca de madera, pintada de verde, tan grande como una cochera. El dueño, un viejo, es amigo de mi tío y, como él, fue labrador; se lían a hablar de sus tiempos y de la tierra. Yo, mientras, revuelvo todos los libros y hago un montón con los que me gustan. Son baratos. La mayoría valen diez o quince céntimos. Cuando mi tío ve el montón se enfada siempre, pero yo sé que el librero no me dejará que me vaya sin ellos, ni dejará que mi tío separe la mitad. Si no me los compra, él me los regala. Lo único que hace a veces es quitar libros que no debo leer, según dice. Lo malo es que luego estos libros no puedo vendérselos. Cuando los he leído se los llevamos y se los dejamos gratis. También compro yo libros en la calle de Atocha, pero éstos me los vuelven a comprar por la mitad de lo que me cuestan.

Hay un escritor valenciano que se llama Blasco Ibáñez, que ha hecho todos estos libros. Los curas de mi colegio dicen que es un anarquista muy malo, pero yo no lo creo. Un día dijo que en España no se leía porque la gente no tenía bastante dinero para comprar libros. Debe de ser verdad, porque los libros del colegio cuestan muy caros.

Entonces dijo: «Yo voy a dar de leer a los españoles». Y en la calle de Mesonero Romanos puso una tienda y empezó a hacer libros. Pero no los libros de él, porque dice que eso no le interesa a nadie, sino los libros mejores que se encuentran en el mundo. Y todos valen, nuevos, treinta y cinco céntimos. La gente los compra a millares y cuando los ha leído los vende a los puestos de libros viejos, y allí los compramos los chicos y los pobres. Así yo he leído ya a Dickens y a Tolstoi, a Dostoievsky, a Dumas, a Víctor Hugo, a muchos otros.

En seguida le han imitado: la Casa Calleja, que hace todos los libros de colegio y todos los cuentos de niños, ha hecho otra colección que se llama *La Novela de Ahora*, enfrente de la de Blasco que se llama *La Novela Ilustrada*. En esta colección han publicado muchas cosas de aventuras de Mayne Reid, de Salgari y también de los clásicos españoles. Y se hacen la competencia los dos, pero la mayoría de la gente compra todas las semanas las dos colecciones. A los catalanes les ha dado envidia y la casa Sopena ha empezado a hacer unos tomos muy gordos con papel muy malo, pero con una portada con muchos colorines. La gente los compra menos, porque hay pocos que puedan gastarse una peseta que cuestan. Los albañiles, que son los que más ganan ahora, por la huelga que ha hecho Pablo Iglesias, que es otro revolucionario como Blasco, ganan sólo cuatro pesetas el que más, es decir, los oficiales, y siete reales los peones. Así que claro, muchos compran libros en los puestos de viejo, pero sólo los de quince céntimos.

Como el camino de casa al colegio es largo, yo llevo siempre dos o tres novelas para leer y para cambiarlas con los otros chicos. Pero tenemos que tener cuidado con los curas del colegio. Cuando nos cogen alguna *Novela Ilustrada* nos la rompen. Sólo podemos llevar las *Novelas de Ahora* y los cuadernos de aventuras de diez céntimos. Con esto me ha pasado una cosa muy graciosa:

En las dos colecciones se ha publicado la misma obra de Balzac, pero en *La Novela Ilustrada* se titulaba *Eugenia Grandet* y en la de *Ahora*, *Los avaros de provincias*. Se las llevé al padre Vesga, que es el más carca de todos los curas nuestros, y le dije si también tenía que romper aquella *Novela Ilustrada* que era la misma que la otra. Se puso conmigo hecho una fiera, me castigó y se quedó con los dos libros. Después se puso de pie en la tarima y, dando puñetazos en la mesa y en los dos libros, nos explicó:

—Aquí tienen ustedes cómo envenenan a los niños. Sí, señores, para que la gente confunda la edición de la Casa Calleja, que todos ustedes conocen como una casa cristiana que nunca se permite publicar porquerías como Blasco Ibáñez en su Novelita Ilustrada que el Santo Padre ha excomulgado, se atreve a copiar la misma obra cambiándola de nombre. ¡No, señores! No se puede comprar un solo libro de *La Novela Ilustrada*, sea el que sea, porque es dar armas a Satanás. Y si desgraciadamente en su casa ven ustedes libros como éste, deben decírselo a sus padres y deben romperlos. Aun cuando sus padres se enfaden.

En este momento, el cura se transformó en furia y yo creo que si Blasco Ibáñez hubiera estado allí, le hubiera matado. Habló de él como de un ser terrorífico que asesinaba a las gentes. Después se volvió hacia mí:

—Usted —el usted sólo lo empleaba el padre Vesga cuando estaba muy irritado— estará quince días de rodillas en la clase. Eso le enseñará a no leer estos libros.

Después vamos a la oficina de mi tío que está en la iglesia de San Martín, en la misma calle de la Luna. Antes esta iglesia tenía un cementerio en Amaniel, en el que se enterraba a los que pertenecían a la cofradía de San Martín. Después, el Estado acordó cerrar este cementerio y no permitir más enterramientos porque ya estaba lleno. Entonces muchas gentes que tenían allí sus muertos empezaron a

sacarlos y a llevárselos a otros cementerios, para que el día que se murieran ellos les pudieran enterrar juntos. Mi tío lleva la oficina del cementerio y allí van a pedir que les dejen sacar a su padre o a su madre o a su abuelo y llevárselos a otra parte. Esto cuesta mucho dinero, porque en cuanto se quiere tocar a un muerto, todo el mundo cobra. Hay que pagar derechos al Estado, al Ayuntamiento de Madrid, los derechos del cementerio de donde se saca y los del a donde se lleva, los derechos de la parroquia de San Martín, los de la parroquia donde vivan los que quieren sacar y cada una de las parroquias por las que pasen los restos, el entierro, el médico forense que va a ver abrir la sepultura, y además la propiedad de la nueva sepultura. Así que para sacar un cuerpo hay que gastarse más de mil duros. Al tío José, para que arregle de prisa el montón de papeles que hay que reunir, le dan propinas hasta de quinientas pesetas. Luego él se encarga de ir al Ayuntamiento, a los cementerios y a las parroquias para arreglarlo todo.

Cuando no hay colegio yo le acompaño y oigo muchas conversaciones que me llaman la atención. La mayoría de los traslados se hacen a los cementerios de San Isidro y San Lorenzo. En el cementerio de San Lorenzo hay un capellán muy gordo y muy alegre que siempre que llegamos nos dice:

—Qué hay, Pepe, ¿cuántos inquilinos nuevos me traes?

Después saca una botella de vino rancio y unas galletas:

—Vamos a echar un trago a la salud de los difuntos. —Se llena su vaso primero, se lo bebe, chasca la lengua y le da un manotón en la espalda a mi tío, agregando—: Del bueno, ¿eh? Del que uso yo para decir misa. Aquí nunca faltan viejas locas que se lo regalen a uno. Se sacuden las tres pesetas del responso y para que tenga más eficacia la recomendación del difunto se traen unas botellitas de vez en cuando.

Cuando nos vamos, la botella está vacía, aun cuando mi tío y yo sólo nos hemos bebido un vasito.

La oficina de mi tío está en el fondo de un pasillo muy oscuro que hay en la iglesia y que da a un jardín abandonado hace muchos años. Está lleno de plantas raras que nacen entre la hierba y se enredan en los pies. Algunas se han subido a los árboles y a las paredes, así que los árboles y las paredes están llenos de hojas. En medio hay un pilón redondo que debió de ser una fuente. El agua de lluvia se queda allí en la taza y ha podrido la piedra. De dentro de la taza salen plantas que caen por los bordes y llegan al suelo. Y del suelo, algunas plantas se han agarrado a éstas y han subido hasta la taza. Así que no se sabe cuáles son las que van de la tierra a la taza o de la taza a la tierra. En la primavera se llena de flores por todas partes. En las paredes, en los árboles y en la taza salen campanillas blancas y moradas con pistilos amarillos. Salen amapolas rojas y naranja. Nacen unas rosas de un rojo muy fuerte pero que son muy difíciles de coger porque tienen pinchos como cuernos. Cuando llueve, se llena el jardín de caracoles. Salen millares. Nunca he comprendido de dónde salen y dónde se meten. Hay lagartos verdes de un palmo de largo y desde la ventana de la oficina vemos cruzar las ratas del tamaño de garitos. La iglesia está llena de ratas. Ahora, en el otoño, los árboles se empiezan a poner amarillos y las hojas se amontonan en el jardín. Cuando se anda por él suenan como papeles. Después, cuando llueve, se pudren y el piso del jardín está siempre blando como una alfombra. Los árboles son muy viejos y muy grandes y tienen pájaros a cientos. Todos los pájaros del barrio, porque aquí no entran los chicos. Sólo entro yo y un cura muy viejo que lleva muchos años en la iglesia y al que le gusta sentarse en el jardín a rezar en su breviario. En el invierno se sienta al sol y muchas veces se duerme. Como la tela negra se pone muy caliente, las lagartijas se le suben a veces a las rodillas. Cuando se despierta y las ve, las acaricia y ellas levantan la cabeza como si le miraran a la cara.

Una vez hubo un nuevo cura párroco que quiso arreglar el jardín y el cura viejo daba voces en la sacristía y levantaba su garrota en el aire:

—¡Puñales! —gritaba—, como me toque el jardín lo muelo a palos.

Como era tan viejo le dejaron el jardín como él quería. Siempre que me ve a mí, me llama y me cuenta la historia.

—Estúpidos —dice—, que creen que lo van a hacer mejor que Dios. Estaría esto bonito con unas vereditas de chinas y unos arbolitos con el pelo cortado, como si viniera el barbero por las mañanas. Porque todos estos jardineros no quieren más que enmendar la plana al Señor. Y cortan las hojas de los árboles para que parezcan tartas de confitería. A ti, ¿qué te parece? —me pregunta a mí.

—Para mí es el mejor jardín del mundo, ¿sabe usted?, padre Cesáreo. Aquí puedo andar por la hierba y coger las flores que me da la gana. Pero en el Retiro, donde hay árboles cortados como usted dice, no se puede pisar la hierba ni coger una flor, porque si va uno solo el guarda le da un palo en las costillas, y si va con una persona mayor, a ésta le cuesta un duro de multa. Además, hay alambres de espino que en cuanto se distrae uno, se le clavan en las pantorrillas. Por eso sólo me gusta ir al campo en la Moncloa, que puede correr por a hierba y hay flores y piñas, y venir aquí al jardín éste.

Pero no todos los curas son como éste. En la sacristía regañan por las misas y por ver a quién le toca salir al confesonario. Hay un cura muy grande que tiene muy mal genio y que le gusta tanto jugar a las cartas, que los días que le toca su guardia se mete en la oficina de mi tío a jugar al tresillo. Siempre anda dando cachetes a los monaguillos y regañando con todo el mundo. Hasta regaña con las mujeres que entran en la sacristía, a llevar velas: si la vela es delgada, la coge con la punta de los dedos y dice:

—Señora, esto es un fideo. O hay poca devoción o hay pocos cuartos. Aunque siempre será poca devoción; porque para perifollos y polvos, para eso no falta.

Si la vela es gorda, se enfada lo mismo:

—¿Dónde quiere usted que metamos esta estaca? Claro, compran ustedes un cirio gordo para que dure muchos días en el altar luego enseñárselo a todas las vecinas: ¿ve usted aquel cirio que está tan alto y los demás tan chiquitines? Pues es mío. Y así se dan ustedes postín y cotillean un poco. Lo que se gastan ustedes en cera lo podían dejar para la iglesia que buena falta le hace.

Lo más gracioso es que de esta manera saca cuartos a todo el mundo. Después enseña el duro o las dos pesetas a los otros curas les grita:

—¿Ven lo idiotas que son ustedes? A esta gente hay que tratarla a patadas. Ustedes mucho «doña fulana» por aquí y «doña fulana» por allá, mucho besuqueo de manos, pero dinero poco. Para ordeñar a las vacas hay que apretarles las ubres.

Después se guarda él el dinero y los demás curas no se atreven a decirle nada. Don Rafael, que es un cura muy pequeñito y muy tímido, se atrevió un día a decirle que una de esas limosnas debía ser para el dinero de todos. Lo miró de arriba abajo como si le fuera a pegar y sacó el duro de la sotana. Lo enseñó en la palma de la mano y dijo:

—Este duro me lo he ganado yo y el que quiera duros que los gane. No estaría mal que yo les llenara los bolsillos a ustedes. ¡Nequaquam! —agregó y se volvió a guardar el duro en la sotana. En la iglesia hay un sillero que sirve de portero y de guarda de la sacristía y de las oficinas; durante las misas recorre la iglesia entre la gente con un cepillo para que cada uno eche en él la perra chica de la silla. Es un buen oficio. Mucha gente le da diez céntimos para que le guarde una silla con reclinatorio y otros le dan recados y cartas para las novias y la propina es entonces una o dos pesetas. Él coge la carta, y cuando viene la novia a oír misa, va a cobrarle la silla, le guiña un ojo y se la da. Ella le da otra propina. El dinero lo sacan los curas del cepillo en la sacristía abriendo un candado que tiene, pero el sillero sisa siempre. Tiene una ballena de corsé y le pone un pegotito de pez caliente en la punta. Le

mete por la ranura del cepillo y deja que se enfríe dentro la pez. Así se pegan las monedas y las va sacando una a una.

Por la tarde, cuando el tío sale de la oficina, vamos al cine del Callao. Este cine es una barraca muy grande de madera y de lona. En la puerta tiene un órgano con muchos tambores, flautas y cornetas, y unas figuras vestidas de pajes, que dan vueltas sobre un pie, hacen una reverencia con la cabeza y tocan un instrumento con las manos. Una tiene un tambor, otra una lira de timbres y otra una pandereta. Encima de todas hay otra con una batuta que dirige la música. Detrás está la maquinaria con un cajón muy alto en el que está una tira de papel muy grande, llena de agujeros, que va pasando por un peine y cayendo en otro cajón que hay al lado. Cuando pasa por el peine, que también está lleno de agujeros, el aire entra por el agujero del papel y hace sonar un instrumento del órgano.

Dentro está lleno de bancos de madera y en el fondo está el telón y el explicador. El explicador es un hombre muy gracioso que va explicando la película y que hace chistes con las cosas que aparecen en la pantalla. La gente le aplaude mucho, sobre todo con las películas de Toribio. Toribio le llama la gente, pero es un francés que se llama André Deed y que siempre hace cosas de risa. También hay películas de Pathé de animales y de flores, donde se ve cómo viven los bichos y cómo crecen las flores. Una vez he visto un huevo de gallina, con su clara y su yema muy grandes que llenaban el telón. Se empezaba a mover despacito y a cambiar de forma. Primero salía como un ojo y luego se iba formando el pollito, hasta que ya estaba formado y picaba el huevo, lo rompía y salía con un cacho de cascara pegado atrás. También se ve a los reyes en las carreras de caballos y otras películas de los reyes que hay en el extranjero y de otras personas.

El dueño del cine, que ya nos conoce, es un hombre muy bueno que ha estado muchos años en Francia. Se llama Gimeno y a los chicos les cobra, los jueves por la tarde que no hay colegio, cinco céntimos por

entrar. Cuando ve que algún chico da vueltas alrededor del órgano sin entrar, le pregunta:

—¿Por qué no entras?

—No tengo cuartos —dice el chico.

Lo mira y si no es un golfillo le dice:

—Anda, pasa.

Otros chicos que no tienen cuartos se los piden a la gente que pasa por allí, y muchos por una perra chica les compran el billete de entrada. Así que los jueves se llena el cine de chicos; los pasillos también, donde se ponen de pie los que ya no caben en los bancos. Las personas mayores no quieren ir los jueves por el escándalo que se arma, porque todos los chicos chillan y alborotan. Pero el señor Gimeno es el día que más disfruta. Lo mismo le pasa al explicador, los jueves es el día que hace más chistes y cuenta más historias disparatadas.

Vamos también, a veces, a otros sitios de Madrid: al Retiro cuando hay música o a los jardines del Buen Retiro que están delante del Retiro. Allí también hay música y casi todos los veranos viene un circo de fieras. Hay un domador español que dicen es el mejor del mundo; se llama Malleu y tiene un león que nadie se atreve a entrar en su jaula. En el circo de Parish había otro domador y Malleu le ofreció mil pesetas si entraba en la jaula de su león. No se atrevió a entrar y todo el mundo iba a ver a Malleu. También vamos al circo de Parish, pero sólo cuando no hay cosas peligrosas, porque una vez se mató una muchacha que se llamaba Mina–Alis que daba la vuelta en un círculo de madera montada en un automóvil y mi tío no quiere que vaya a ver matarse a nadie.

Es difícil volver atrás.

Si se mira al cielo, se ven cabalgatas de nubes que amasa el aire, sin cansarse de darles forma. O se ve sólo un fanal azul que vibra con el sol. De noche es igual, aunque el sol se ha escondido y son las estrellas y la luna las únicas que alumbran: invisibles, de día y de noche, en este cielo cabalgan las ondas.

De toda la tierra se tiran voces y canciones al aire, a voleo, mezcladas, amasadas como las nubes por el viento. Un hilo de cobre tendido sobre el tejado de una casa los recoge todos, y se estremece su cuerpecillo delgado de alambre al choque. Hay un ánodo y un cátodo. Se tiran uno a otro estas voces y estos cantos tal como vienen, mezclados en oleadas, y la mano paciente del que escucha va regulando el saltar loco de los electrones para aislar una voz o una partitura. Pero siempre hay un fondo de ruido que domina a todos. Una onda más tenaz que las demás que se oye siempre.

Madrid viejo, mi Madrid de niño, es una oleada de nubes o de ondas. No sé. Pero, sobre todos los blancos y los azules, sobre todos los cantos, sobre todos los sones, sobre todas las ondas, hay un leit motiv*:*

AVAPIÉS

Madrid terminaba allí entonces. Era el fin de Madrid y el fin del mundo. Con ese espíritu crítico del pueblo que encuentra la justa palabra, que ya hace dos mil años se llamaba la voz de Dios —*Vox populi, vox Dei*—, el pueblo había bautizado los confines del barrio. Había las «Américas» y había además el «Mundo Nuevo». Y efectivamente, aquél era otro mundo. Hasta allá navegaba la civilización, llegaba la ciudad. Y allí se acababa.

Allí empezaba el mundo de las cosas y de los seres absurdos. La ciudad tiraba sus cenizas y su espuma allí. La nación también. Era un reflujo de la cocción de Madrid del centro a la periferia y un reflujo de la cocción de España, de la periferia al centro. Las dos olas se encontraban y formaban un anillo que abrazaba la ciudad. En aquella barrera viva sólo entraban los iniciados, la Guardia Civil y nosotros, los chicos. Barrancos y laderas de espigas eternamente amarillas, siempre secas y siempre ásperas. Humos de fábrica y regueros de establos malolientes. Pegujales de tierra aterronada, negra y podrida, arroyos sucios y grietas resecas, árboles epilépticos y espinos y cardos hostiles,

perros flacos de costillas en punta, palos de telégrafo polvorientos, con las tazas de cristal rotas, cabras comedoras de papel viejo, botes de conserva vacíos y roñosos, chozas hundidas de rodillas en la tierra. Gitanos con las patillas en hacha, gitanas de faldas de colorines manchadas de mugre, mendigos de barbas y piojos espesos, chiquillos todo trasero y todo tripa con los cagajones chorreando en los muslos y el botón del ombligo saliente en la bomba morena de la panza. Se llamaba el Barrio de las Injurias.

Era el punto más bajo de la escala social que empezaba en la plaza de Oriente, en el palacio con sus puertas abiertas a los cascos de plumas y a los escotes embrillantados, y terminaba en Avapiés, que escupía el detritus final al otro mundo, a las Américas, al Mundo Nuevo.

Avapiés era, por tanto, el fiel de la balanza, el punto crucial entre el ser y el no ser. Al Avapiés se llegaba de arriba o de abajo. El que llegaba de arriba había bajado el último escalón que le quedaba antes de hundirse del todo. El que llegaba de abajo había subido el primer escalón para llegar a todo. Millonarios han pasado por el Avapiés antes de cruzar la Ronda y convertirse en mendigos borrachos. Traperos, cogedores de colillas y de papeles sucios de gargajos y de pisotones, subieron el escalón del Avapiés y llegaron a millonarios. Así que en Avapiés se encuentran todos los orgullos: el de haber sido todo y no querer ser nada, el de no haber sido nada y querer ser todo.

En este choque de fuerzas tremendas y absurdamente crueles la vida no sería posible. Pero las dos olas no llegan nunca a estrellarse. Entre ellas se interpone una playa compacta y serena que absorbe los dos choques y los convierte en corrientes que fluyen y refluyen. El Avapiés entero es un bloque de trabajo.

En sus casas construidas como galerías de cárcel, con sus pasillos abiertos al aire y su retrete común, una puerta y una ventana por celda, viven el albañil, el herrero, el carpintero, el vendedor de periódicos, el ciego de la esquina, el arruinado, el trapero y el poeta. Y en el patio

empedrado de cantos redondos, con una fuente goteante en medio, se cruzan todas las lenguas del mismo idioma: la atildada del señor, la desgarrada del chulo, el argot del ladrón y el mendigo, la rebuscada del escritor en cierne. Se oyen las blasfemias más horribles y las frases más delicadas.

Todos los días, durante muchos años de mi vida de niño, he bajado desde las puertas del Palacio Real a las puertas del Mundo Nuevo y he subido a la inversa. A veces he entrado en el palacio y he visto en las galerías de mármol flanqueadas de alabarderos el desfile de los reyes y príncipes y grandes de España. Y a veces he entrado en los confines del mundo de nadie, más allá del Mundo Nuevo, y he visto a los gitanos en cueros al sol matando sus piojos arrancados, uno a uno, de sus pelos por los dedos negros de la madre o de la hermana; a los traperos separando del montón de basura el montón de comida para ellos y para sus bestias y los restos vendibles que proporcionaban unos céntimos de ganancia.

Y me he batido a pedradas con las crías de gitanos y traperos o he jugado ceremonioso al marro y a las cuatro esquinas con los niños de blusas bordadas, pelos rizados y cuellos blancos con chalina de seda.

Si resuena el Avapiés en mí, como fondo sobre todas las resonancias de mi vida, es por dos razones:

Allí aprendí todo lo que sé, lo bueno y lo malo. A rezar a Dios y a maldecirle. A odiar y a querer. A ver la vida cruda y desnuda, tal como es. Y a sentir el ansia infinita de subir y ayudar a subir a todos el escalón de más arriba. Ésta es una razón.

La otra razón es que allí vivió mi madre. Pero esta razón es mía.

Capítulo 8

El Colegio

A las siete en punto de la mañana empieza la misa. Se pasa lista desde las siete menos cuarto a las siete y los chicos vamos entrando en la iglesia en los minutos intermedios. Cuando sólo faltan dos minutos, un minuto, treinta segundos, entramos en aluvión. El reloj de la torre, tan grande, nos deja ver cuál es el último momento en que hay que suspender el juego y entrar. En el invierno, entramos antes, porque en la corrala las piedras están cubiertas de hielo y la fuente tiene carámbanos alrededor.

Dentro de la iglesia, a partir del último escalón del altar mayor y de su barandilla de hierro con pasamanos de bronce, se forman las filas. A medida que vamos entrando, cada uno se coloca en el último sitio y el cura que está al lado de cada fila, le hace una cruz en la lista. De izquierda a derecha del altar, se forman primero las filas de los niños pobres por clases: «Carteles», «segunda de leer», «tercera de leer», «primera, segunda y tercera de escribir». Seis clases que reúnen seiscientos chicos. Después, por una puerta lateral de la iglesia sale otra fila de chicos, los de paga, que se van dividiendo también en hileras de clases: las seis clases de los seis años del bachillerato y dos clases de párvulos, unos internos y otro medio pensionistas que comen en el colegio pero duermen en sus casas. En total catorce filas y catorce curas para guardarlas. Mil doscientos o mil quinientos niños.

A las seis de la mañana los ochenta curas del colegio oyen misa en su capilla y salen de allí en fila de a dos. Cuando se acaba la misa de los chicos, entramos todos en el colegio en filas de a dos y así entramos en cada clase. A media mañana y a media tarde formamos filas de a dos y salimos a los patios a jugar. Después de jugar volvemos a formar en filas dobles y a volver a la clase. Cuando se acaban las clases, en el claustro se forman filas por calles y salimos del colegio de dos en dos, cada calle con un cura, que no nos suelta hasta que estamos lejos del

edificio. Después los curas vuelven al colegio por las calles del Avapiés y se reúnen en una fila de dos para comer. Por la noche cenan así y después rezan en la capilla antes de acostarse.

Se prohibe adelantarse unos a otros en la fila. Los amigos que se encuentran separados porque no llegaron a misa a la misma hora tienen que ir corriendo puestos con la complicidad de todos y si los ve el cura les da un cachete y los manda al último puesto. Tampoco los curas pueden saltar puestos: los más viejos forman los primeros y los últimos son los que aún no han cantado misa y sólo sirven para enseñar a leer a los niños pobres, más chicos y más torpes, que todavía se ensucian en la clase.

En la parada en el Palacio Real es lo mismo: los soldados van en las filas, delante el capitán, los sargentos y los cabos. Los primeros son los gastadores, los soldados más viejos y por último los quintos que no saben llevar el paso y a los que ya no llega la música, a los que ya no mira la gente. En la cárcel Modelo de Madrid, salen a pasear los presos y a comer y a oír misa en filas de a dos. Y primero van los más viejos, los últimos los chicos, los «micos» como los llaman ellos. En las procesiones van primero en las dos hileras los canónigos gordos de bonete morado, después los de bonete azul y por último los simples curas de bonete negro. Detrás, los señores de las cofradías más gordos y más viejos con sus escapularios y sus velas. Después los jóvenes, luego las beatas viejas y después las jóvenes, detrás los niños y las niñas que tienen uniforme, y por último los de las escuelas pobres con sus delantales limpios, sus lazos y sus velas rotas.

En la taquilla del Teatro Real, se forma la cola de uno en uno y los que tienen dinero compran los primeros puestos y se quedan delante. Si alguien intenta ganar puestos, lo impiden los guardias, igual que en la procesión los curas que recorren las filas impiden que se adelanten los niños, y los sargentos y los capitanes impiden que un soldado avance medio paso más que otro.

Lo primero que se aprende es a estar en fila, en silencio: ¡Orden! ¡Silencio!, gritan en todas las filas curas, capitanes y carceleros. El puesto adquirido en la fila es un privilegio. El número uno, sea el cabo de gastadores, el canónigo de sotana morada y cruz de amatistas, el ladrón veterano y el chico espabilado, se siente orgulloso y va con la cabeza alta mirando a la gente de la calle y de los balcones. Los últimos, el curilla que acaba de lograr un puesto en una parroquia humilde de Madrid, el recluta que forma por primera vez con el regimiento, el último de la clase, el aprendiz de ladrón que cogieron robando un pañuelo, van en la cola con la cabeza gacha contemplando la espalda del penúltimo, seguros de que nadie los ve, porque ellos no ven a nadie.

Antes que aprender la letra *a* se aprende a estar en fila, callado. Luego se aprende a leer. Tan estúpidamente como se leen las muestras de las tiendas al pasar por la calle, o los anuncios luminosos mecánicamente, sin saber lo que dicen, enterándose de ello no obstante, y sometiéndose a ir donde el anuncio indica cuándo hacen falta las pastillas para la tos o la entrada del cine, igual, se coge un puesto en la fila de la vida y mecánicamente se sigue detrás de los que van delante y delante de los que van detrás sin rebelarse. Pobres de los que intentan ganar puestos. El orden que todos los demás mamaron en la escuela, en la iglesia, en el cuartel, en la cárcel y en la tienda de comestibles donde compran las salchichas, estalla. Todos se sienten cura, furriel, carcelero y guardia, y a empujones y patadas le vuelven a su sitio en nombre del orden. Como soy el primero de la clase, soy el primero en las filas. Le veo al cura decir la misa y le oigo todos sus latines. Pero para no perder el privilegio tengo que entrar antes que ninguno y jugar menos que ninguno. Cuando me entretengo me recibe el cura con la cara fosca y me regaña:

—¿No te da vergüenza venir ahora?

Me apunta en el cuaderno el número catorce o quince de la fila y en vez de entrar en la clase con el número uno entro con el catorce y tengo que disputar a los trece de adelante el puesto, porque el puesto en la iglesia se cuenta igual que el saber en la clase. Así, aunque yo fuera tan listo como soy, si llegara el último a misa sería siempre el último en clase.

Pero ahora estoy en una condición excepcional. Mejor dicho: estamos tres, Cerdeño, Sastre y yo. No tenemos fila. Nos quedamos detrás de todos en un grupito donde nadie nos ve ni nos mira y donde podemos hablar de rodillas, sentándonos sobre los talones de las botas, con los mil chicos delante y los catorce curas de pie, sobresaliendo con sus sotanas negras sobre las cabezas de los chicos.

Los tres somos niños pobres. Los tres hemos ganado matrículas de honor en el Instituto de San Isidro y el colegio nos seguirá enseñando el bachillerato gratuitamente. Como sólo hay clases de bachillerato para los niños ricos, estamos en las mismas clases que ellos, pero como los niños pobres no se pueden mezclar con los ricos porque sería mal ejemplo y como tampoco podemos ya mezclarnos con los pobres porque no pertenecemos a sus clases, y además los pobres y los ricos están en pisos distintos del colegio, no tenemos fila ni puesto en las filas. Oímos la misa aparte y salimos a la calle solos. A la hora del recreo, los niños ricos no juegan con nosotros y jugamos solos los tres.

En la clase somos los tres primeros por el derecho de las matrículas y nadie puede quitarnos de allí, aunque todos están contra nosotros; pero nosotros estamos contra todos. Cuando uno de nosotros se ve en un apuro, los otros dos, con la cabeza baja leyendo el libro, le apuntan bajito o le escriben en un papel la respuesta. Le basta bajar los ojos y leer o escuchar. Cerdeño, que es también hijo de una viuda, sigue comiendo la comida que el colegio da a los niños pobres. Pero los chicos pobres que comen en el colegio se burlan y ha dejado de bajar a comer. El padre Joaquín que está de semana para dar la comida ha

notado las faltas y le ha preguntado por qué no va. Entonces nos enteramos que lleva tres días sin comer, y el padre Joaquín acuerda que le den a él solo la comida en la cocina. Sale ganando porque el cocinero le da también un puchero lleno de comida para su casa.

Ya no podemos jugar más en la corrala. Los chicos pobres nos consideran de otra casta, nos rechazan en sus juegos. Aun a veces han intentado pegar a alguno de nosotros, pero como siempre vamos tres nos defendemos. Lo peor es para Cerdeño y para Sastre; yo no vivo en el barrio como ellos. No sólo no les dejan jugar los chicos de su calle, sino que hasta sus madres tienen broncas con las vecinas porque las otras dicen que se han vuelto señoritos. Algunas comadres agregan «qué sabe Dios por qué estará el niño con los niños ricos». De los tres soy el que menos siente el cambio y el que antes hace contacto con los de paga.

El primero que viene a mí es un chico fuerte, el más fuerte de la clase y el más torpe. Es hijo de un dueño de minas asturiano. Su padre quiere que sea médico. Pero el pobre no puede aprender nada. Viene hacia nosotros tres en el recreo y me llama a un lado:

—Mira, yo necesito saber cómo te las arreglas tú para estudiar. Estoy harto de que me castiguen y necesito saberlo. En cambio nadie se meterá contigo y jugarás con nosotros, porque yo haré que te dejen los demás.

Yo le contesto la verdad: —Pues mira, no te lo puedo decir, porque yo no estudio.

Abre los ojos y se pone encarnado de rabia, porque cree que me burlo de él y tengo que explicárselo:

—Es verdad, yo no necesito estudiar. Si leo un libro o una leccción una sola vez, se me queda en la cabeza y ya no se me vuelve a olvidar. Cuando el padre Pinilla explica la lección de matemáticas para mañana», la comprendo y no necesito coger el libro. Yo creo que esto de aprender o no, es como nacer jorobado, que no tiene remedio.

—Tienes razón. Mi padre se empeña en que yo sea médico y por eso me ha metido aquí interno. Tenemos dos horas de estudio por la mañana y dos por la noche y yo me leo veinte veces la lección y me la escribo y llego a aprendérmela de memoria con puntos y comas. Pero no entiendo una sola palabra. Verás —y me dice de memoria sin equivocarse en una frase la lección completa sobre las ecuaciones de primer grado. Cuando acaba, agrega mitad triste y mitad orgulloso—: Ves, me la sé toda, pero no sé absolutamente nada, porque no comprendo qué quieren decir estas letras. Y claro, luego ponen los problemas y no sé cómo resolverlos. Igual me pasa con todo. Después, a fin de curso me dan suspenso y viene mi padre y me pega en la sala de visitas y me deja aquí sin llevarme al pueblo. En el colegio, como tú sabes, me quedo casi siempre sin postre en la comida y sin recreo. Y yo no tengo la culpa.

Por él empezamos los tres a jugar con todos. Yo le enseño geografia dibujándole los mapas y geometría cortándole en cartulina los sólidos. Tiene mucha habilidad en las manos y aprende así fácilmente.

El colegio está al final de la calle de Mesón de Paredes en el Avapiés. Es un antiguo convento de frailes que hace cincuenta años se quedó vacío porque hubo una revolución y a todos los frailes les cortaron el pescuezo. Después vinieron los escolapios y pusieron allí el colegio que se llama Escuela Pía de San Fernando. No son frailes como los demás. Son curas que viven juntos y se dedican a la enseñanza, pero cada uno puede entrar y salir sin dar cuentas a nadie. Lo único que hacen es no dejar entrar a las mujeres en los claustros donde viven.

Cada cura tiene un cuarto con una ventana, dividido en un despacho y una alcoba y amueblado a su gusto. Los hay muy religiosos como el padre Vesga que duerme en una tarima de madera con un banco chiquitito de almohada y se pone un traje de saco y un cilicio para dormir. Los hay presumidos como el padre Fidel que tiene muebles de caoba y un reloj grande de péndulo con esfera luminosa.

El padre Joaquín tiene el despacho casi desnudo de cosas; no tiene más que la mesa, los libros en una estantería de pino y un atril para el papel de música, porque le gusta tocar el oboe. Tiene abierta la ventana de día y de noche y ha acostumbrado a los pájaros a que entren y salgan. Les da de comer en el cuarto y a veces le ensucian los papeles de la mesa hasta cuando está escribiendo. Pero no se enfada nunca. Cuando se pone a tocar el oboe vienen los pájaros y las palomas y se ponen en el marco de la ventana a escuchar. No le gustan más que los bichos y los libros y cuando no está en el colegio se le encuentra siempre en los puestos de libros viejos del Prado o en la casa de fieras. Es un vasco muy grande con la cabeza pequeñita, como todos los vascos, y un cuerpo gigante. Cuando pega a algún chico le da con la punta de los dedos en la cabeza y es como si le diera con los nudillos. Es nuestro profesor de geografía y de historia. Los chicos lo queremos mucho porque es muy bueno y además en el recreo juega siempre con nosotros en lugar de pasearse con los otros curas o de rezar en el breviario. Se quita la sotana, se queda en mangas de camisa y se pone a jugar a la pelota o a tirar a la cuerda. Entre todos los chicos de la clase no podemos muchas veces arrastrarle a él solo. Cuando volvemos a la clase vuelve muy colorado, sudando; se sienta a la mesa y dice:

—Bueno, ahora se han acabado los juegos.

Y nos cuenta la historia del rey que se murió por jugar a la pelota y beberse un vaso de agua fría. Así que con él se aprende sin enterarse, porque todo lo explica como si fueran cuentos.

El padre Pinilla es el profesor de matemáticas. Pero ha aprendido las matemáticas cuando yo. Cuando un cura de los que quieren ser escolapios está a punto de cantar misa o acaba de cantarla, le mandan a uno de los colegios y allí empieza a dar clase a los párvulos para enseñarles a leer. Cuando ya ha terminado sus estudios de la carrera de cura, se pone a estudiar para enseñar otras cosas y a medida que aprende le van pasando de clase hasta que llega a las últimas. Cuando al

padre Pinilla le hicieron profesor de matemáticas, estudiaba en su cuarto los mismos libros que nosotros para poder darnos la lección. Los curas no necesitan ser maestros para enseñar. Así que el rector manda a un cura que se encargue de la clase de matemáticas o de otra y él se las compone como puede. Por esto, una vez ha ocurrido que yo, que tengo mucha facilidad para las matemáticas, sabía resolver un problema que él no podía resolver. Entonces, le dio mucha rabia y estuvo enfadado conmigo cuatro o cinco días.

El padre Vesga es un pobre tipo pequeñito, delgado, con la cabeza cana rapada siempre al cero. Todo en él es pequeñito; tiene un cuaderno de notas en papel cuadriculado del tamaño más pequeño que hay, con un lapicero chiquitín que acaba en una punta como un alfiler y siempre está anotando cosas. Tiene un reloj de bolsillo, que es un reloj pequeño de señora, de plata. Lleva unas gafas antiguas de cristales ovalados también pequeñitos y anda a pasitos cortos sin meter nunca ruido. Por las mañanas se levanta al amanecer y recorre los claustros buscando trozos de papel, colillas o rincones de polvo para regañar a los criados que hay en el cole—gio. Después se va a la iglesia y hace lo mismo con los monaguillos. Por último, se suele estar confesando viejas beatas que son las únicas que se confiesan con él. Siempre anda solo porque los chicos no queremos subir a su cuarto y los demás curas tampoco van a verle ni quieren tener conversaciones con él. Dicen que es jesuíta y que muchas tardes va a la iglesia de los jesuítas de la calle de la Flor, donde tienen el convento, y allí cuenta todo lo que se hace en el colegio.

Las confesiones suyas son siempre muy largas y muchas veces le oímos hablar en voz baja muy de prisa, aunque no se le entiende, como si regañara. A una de las viejas que confiesa, le oímos decir un día muy enfadado:

—Hoy no le doy a usted la comunión y besará usted cien veces las piedras del altar mayor.

La pobre vieja estuvo delante de todos los chicos subiendo y bajando, dando besos a los tres escalones del altar mayor más de media hora y se marchó llorando porque no podía comulgar.

Esto de hacer las cosas por cientos de veces es una de sus manías. Es el profesor de religión y nos hace aprender de memoria las lecciones sin olvidar una palabra. Cuando nos toma la lección, abre el libro y va leyendo lo que decimos; cuando nos saltamos una palabra, nos la manda escribir cien veces. Cuando nos saltamos más de tres, nos hace escribir cien veces la lección. Se empeñó en que teníamos que aprender el credo en latín. Al día siguiente nos equivocamos todos y nos mandó escribirlo cincuenta veces. Los chicos acordamos no hacerlo. Cuando vio al día siguiente que no le llevábamos escrito ninguno, nos puso en fila y nos tuvo en el claustro escribiendo en el suelo a gatas, hasta que casi de noche vino el padre prefecto y nos encontró allí a todos tirados por las piedras. Nos mandó a casa y le soltó una bronca formidable.

Al hijo del tabernero de la calle de Mesón de Paredes le pegó su padre una paliza, porque creyó que se había ido a las pedreas del Mundo Nuevo. De rabia se trajo tres chinches gordas de dibujo de las que emplea su padre para clavar los carteles de toros en la taberna y se las puso en el sillón al padre Vesga. Cuando se sentó pegó un brinco y se tuvo que arrancar las tres tachuelas. Se puso morado de rabia, que no podía hablar, y preguntó luego quién había sido. Nos callamos todos, pero el chico se levantó muy serio y le dijo:

—He sido yo.

—Tú, tú, ¿y por qué? —y le zarandeaba como un muñeco.

El chico le contestó también muy rabioso:

—Porque es usted un tío ladrón; por culpa suya me ha dado ayer mi padre una paliza. Como me toque usted, le juro, por éstas, que le pego una pedrada que le mato, en cuanto le vea en la calle.

El padre Vesga llamó al tabernero. En la sala de visitas el tabernero le dio una mano de bofetadas al chico, diciéndole al padre Vesga que si

quería le podía matar a palos, porque era un golfo que no podía hacer carrera de él.

El padre Vesga volvió con el chico a la clase y todos estábamos muy asustados. Tenía el chico los carrillos y las orejas muy coloradas y un labio roto, saliéndole la sangre. Le dejó al lado de la tarima y nos soltó un discurso:

—Ahí tienen ustedes al réprobo, que su propio padre tiene que repudiar como la mala semilla. Un verdadero hijo de Satanás, indigno de estar entre los seres humanos... —Y así siguió media hora.

Se quedó pensando qué iba a hacer con él y todos nosotros en silencio, callados de miedo. De repente, se levantó y cogió dos carteras de las más grandes que encontró entre los chicos y las llenó de libros. Le puso los brazos en cruz y en cada mano le colgó una de las carteras. Se quitó un alfiler de la sotana y se puso detrás de él. Como las carteras pesaban mucho, el chico bajaba los brazos y cada vez que los bajaba el cura le pinchaba con el alfiler en los sobacos. El chico se puso a llorar y acabó por tirar las carteras y decir que no le daba la gana de cogerlas. Entonces el padre Vesga cogió el puntero y empezó como loco a darle palos. Se abrió la puerta y entró el padre prefecto. Vio todo aquello y preguntó a los chicos qué pasaba. Se puso muy serio y se sentó en la mesa del profesor. Cuando se enteró de todo, nos mandó salir al patio y se encerró con el cura. No hubo clase aquel día y al día siguiente el padre Vesga no decía una palabra. Estaba con cara de malas pulgas. En cuanto uno se equivocaba en la lección, decía muy frío:

—Para mañana escrita doscientas veces —y lo anotaba en su librito.

Después, los criados les contaron a los mayores que el padre prefecto le había castigado a hacer penitencia en la iglesia, solo, de rodillas en medio del altar con los brazos en cruz y que le había dicho que si no estaba conforme, podía pedir el traslado a otro colegio, porque él estaba harto de jesuítas.

Al padre prefecto le quieren todos los chicos y todo el barrio. Es un viejecito muy tieso con el pelo blanco rizado en caracoles. Las mujeres del barrio vienen a contarle todos sus apuros. Unas para que le den la comida en el colegio al chico, porque no tienen dinero. Otras para que le den ropa. Algunas le cuentan en confesión sus disgustos con el marido y, entonces, él se va por la tarde a visitarlos en las casas de vecindad y les suelta un sermón a los maridos, porque se emborrachan o porque le pegan a la mujer. Casi todos los disgustos son porque el marido se gasta el jornal en la taberna y pega a la mujer y a los hijos. También porque las hijas jóvenes se escapan con el novio. Entonces los coge a los dos muchachos y los casa. Así que cuando va por la calle del Avapiés, le saluda todo el mundo y hasta las verduleras que siempre están blasfemando, vienen a besarle la mano. Y se queda sin los cuartos que lleva porque todos vienen a pedirle algo.

El padre Fidel es el profesor de gramática y de filosofía. Es un hombre muy joven y muy cariñoso, pero muy nervioso. A veces parece que le dan venas de loco: coge a un chico y le acaricia y le besa. Otras se queda mirando sin ver y durante media clase no hacemos nada. Nos dice:

—A estudiar —y se queda con los codos en la mesa sin saberse qué piensa.

Una temporada le dio por darse unos paseos tremendos y otra por encerrarse en su cuarto con llave. Algunas veces he subido yo y parecía que había llorado. Cuando se pone así le tiemblan el labio inferior y las manos, que las tiene muy largas y muy finas. Muchas veces tiene fiebres que le queman. Hablando un día el portero con uno de los criados, decía éste:

—El padre Fidel está loco. Ahora le ha dado por dormir sin colchón de lana y duerme sobre el colchón de muelles.

—No está loco, lo que pasa es que necesita una buena tía. En cuanto haga lo que el padre Pinilla, se le quita eso.

El padre Pinilla salía algunas veces vestido de cura y en otra casa se vestía de paisano y decían que se iba de juerga por las noches.

La verdad es que la mayoría de los curas parece que están algo locos. Hay dos o tres muy jóvenes que parecen atontados y no saben ni hablar, porque tartamudean y se ponen colorados. El año pasado tuvieron que quitarle a uno los hábitos porque tocaba sus partes a los chicos. Al padre Joaquín le da la manía de los animales. Al padre Fulgencio con el órgano. Coge dos o tres chicos para que subamos a darle a los fuelles del órgano y se pasa horas enteras tocando, unas veces cosas tristes muy largas y otras como si se pegara con las teclas. Entonces, los chicos nos asomamos a la puerta del cuarto de los fuelles y le vemos dando brincos en la banqueta del órgano, sudando, con los pelos alborotados. De repente se levanta, da un portazo y se va por los claustros andando muy de prisa y hablando solo.

En la entrada de la calle de Mesón de Paredes vive la señora Segunda. Casi todas las mañanas, cuando yo bajo al colegio, está desayunando en el cafetín del Manco. Cuando entro a darle los buenos días, todos los parroquianos me miran con extrañeza de que la salude y la bese. Porque la señora Segunda es una pobre de pedir limosna y además le falta la nariz por un cáncer que se la ha comido y se le ven los huesos de dentro de la cabeza. En el cafetín no entran los chicos vestidos como yo, porque es el café de los mendigos. Se abre a la caída de la tarde y se cierra hacia las diez de la mañana. Tienen allí mismo también una fábrica de churros donde compra todo el barrio y las churreras que luego los revenden por las esquinas. Está lleno de veladores de mármol con bancos de madera y tiene dos cafeteras grandes para la leche y el café. El café, que llaman «recuelo», lo hacen con los posos de los cafés de Madrid que compran para eso y la leche no sé con qué la harán, pero desde luego no debe de ser leche. Venden también baratos los churros que se rompen y bollos rotos de la pastelería de más arriba. Llenan el mostrador de platos, cada uno con

una ración de cachos de churro que llaman «puntas» o con cachos de bollo que se llaman «escorza». A la caída de la tarde empiezan a entrar los mendigos y algunos gallegos de la plaza de la Cebada que se ganan la vida subiendo los serones de fruta a hombros a las fruterías de Madrid. Para poder ganarse la vida así, lo hacen más barato que los carros que cobran dos reales. Y por un real o treinta céntimos van corriendo y atropellando a la gente por las calles, con uno o dos serones que pesa cada uno cincuenta kilos, a veces hasta el barrio de Salamanca. La gente no se enfada cuando tropiezan a alguien, porque los pobres van reventando con el peso y la prisa y no ven. Además, van corriendo y no se pueden parar porque tienen una manera de llevar el peso tan grande que les hace andar de prisa y sentir menos la carga. Allí en el cafetín cenan un vaso de recuelo con puntas que les cuesta diez céntimos. Luego, sobre las mesas de mármol cuentan las perras que han ganado en el día, y hacen montones de colillas a las que van quitando el papel para dejar el tabaco solo. Los que no tienen casa se toman una o dos copitas de aguardiente de cinco céntimos que llaman «petróleo» y el amo les deja que se duerman sobre el mármol de la mesa. A las diez de la noche en el invierno, como no pueden dormir en los portales, porque llueve o hace mucho frío, está lleno todo el café, pegados unos a otros y durmiendo sobre los hombros o sobre las mesas. De vez en cuando la policía entra y registra a todos, pero casi nunca se lleva a nadie detenido, porque ni el Manco ni los pobres dejan que se meta allí ningún ladrón.

La señora Segunda algunas veces me convida a un vaso de recuelo, y aunque no me gusta lo tomo por no disgustarla. Ella tiene cuidado de la Concha, mi hermana, que va al colegio de monjas que está en la misma calle más abajo que el mío. Como mi madre está en el río o en casa de mis tíos, a mediodía la Concha se queda sola. Mi madre muchos días le da a la señora Segunda para que haga la comida para ella y para mi hermana, y así comen las dos y mi hermana no anda por la calle. Mi

madre también le guarda a la señora Segunda cosas de comer para que ella pueda cenar y vivir, porque, aunque pide limosna, como a la gente le da repugnancia acercarse a ella, saca muy poco y no lo suficiente para comer. Vive allí mismo al lado del cafetín, en una casa muy grande, donde le han dejado una habitación que es el hueco que hace el primer tramo de la escalera en el portal. Allí no cabe más que la cama y una hornilla de barro donde guisa.

Sin embargo es muy buena y a todos nosotros nos quiere mucho. Como tiene la nariz así, le da reparo darnos besos y se pone muy contenta cuando entramos en su casa y la besamos nosotros. A mí no me importa besarla en un carrillo pero me da asco que me bese ella. Cuando lo hace me aguanto, porque, si no, le da mucha pena y se pone a llorar. Tiene la monomanía de la limpieza y a pesar de que la ropa que tiene es muy mala, porque son ropas viejas que le dan, las cose muy despacito con puntadas pequeñas y con remiendos que no se ven, y luego la lava y la plancha casi todos los días. Las sábanas que tiene son de cachos de trapos que ella recoge por las calles, cosidos unos a otros, pero las tiene siempre azules de puro blancas.

Es religiosa pero va a la iglesia de protestantes que hay en la misma casa. No es que sea protestante, porque ella va a rezar a la iglesia, pero dice que le gusta subir allí, porque Dios está en todas partes y además el cura protestante que hay la socorre de vez en cuando, aunque no mucho, porque los protestantes no tienen dinero. Yo tengo curiosidad de ver una iglesia protestante que además no comprendo que esté en un piso. La señora Segunda me sube y presenta al cura.

Voy con miedo, porque los curas de mi colegio hablan muy mal del colegio protestante y dicen que el que entra allí se condena; allí no van más que los hijos de los anarquistas, que luego salen anarquistas ellos también y tiran bombas como se la tiraron al rey. Esto no lo entiendo, porque, según la geografía, en Alemania y en Inglaterra y en otros países, todos son protestantes. Arriba hay un salón con bancos y con

pupitres donde dan clase gratuita a los niños, y en este mismo salón rezan los domingos, tocando un órgano pequeñito que tienen al lado de la mesa del cura. El cura es un señor viejo con barba blanca, vestido de paisano, pero con un cuello duro como el de los curas. Me da unos caramelos y me enseña una historia natural con láminas en colores muy bonitas. Como tengo mucha curiosidad le pregunto:

—¿Es verdad que ustedes no creen en la virgen ni en los santos?

Se sonríe y me dice que soy muy pequeño para explicarme estas cosas.

Después me da un montón de estampitas con dibujos de la vida de Cristo y los Evangelios de san Juan, san Mateo y san Lucas. Me da muchas y me dice que puedo repartírselas a los amiguitos.

Les cuento a los amigos del colegio que he estado en el colegio protestante y nos repartimos las estampas entre todos. Cuando Cerdeño está leyendo una, dentro de las hojas de un libro, viene por detrás el padre Vesga, de puntillas sin que se le oiga. Alarga la mano de pronto, coge la estampa y se pone a leerla.

¡Dios mío, la que se arma! Se le ponen los labios blancos y temblando de rabia, se pone morado y patalea en la tarima. No puede hablar y tartamudea. Esto le pasa siempre que tiene rabia por algo:

—¿Quién le ha dado a usted esta porquería? —pregunta.

—Me la ha dado Barea, padre —contesta Cerdeño.

—Venga usted aquí, Barea —lo dice muy despacio, masticando las palabras—. ¿Quién le ha dado a usted esto?

—Un señor en la calle —respondo. No quiero decir que he estado en la iglesia protestante porque sé lo que va a pasar.

—¡Un señor, un señor! ¡Me supongo que no se las habrá dado un burro! Pregunto, ¿quién, cuándo, cómo, dónde?

Entonces se me ocurre una mentira, mitad verdad. Yo sé que los domingos en la escuela protestante hay unos hombres y unas mujeres

que en la calle reparten estampitas como éstas y venden libritos con los Evangelios y la Biblia.

—Me las ha dado en la calle de Mesón de Paredes un señor que las repartía, y como he visto que eran los Evangelios, las he guardado.

—¡Esto son esos canallas de protestantes! ¡Los Evangelios! ¿A esto llamas tú los Evangelios?

—Sí, señor; ahí dice: Evangelio de san Lucas, de san Mateo.

—¡Esto no son los Evangelios! —y daba puñetazos en la mesa—. Esto son escritos de Satanás. Es una vergüenza que esto se tolere en España. Bueno, tú no tienes la culpa, pero de hoy en adelante, cuando os den una estampita de éstas —¡estampita del diablo!— me la traéis sin leerla. ¿Eh? ¡Sin leerla! Y al que yo le pille una estampita lo voy a echar del colegio; vengan todas las estampitas que tengan ustedes.

Una a una van saliendo las estampas y la rabia del padre es cada vez mayor. Cada chico tiene dos o tres. Pero como ninguno se atreve a decir que se las he dado yo, todos cuentan lo mismo, menos los internos que dicen que se las hemos dado nosotros; el padre reúne un montón de estampas en la mesa y se echa las manos a la cabeza:

—¡Señor, Señor! Hay que atajar el mal de raíz.

Al día siguiente, vemos que el padre Vesga se ha encargado de la fila de Mesón de Paredes. Cuando llegamos a Cabestreros, donde se rompe la fila, sigue en dirección a la plaza del Progreso siempre formados y hasta la esquina de la plaza no manda romper filas. Así sigue un día y otro, hasta que sin que ninguno nos demos cuenta, un día empieza a llenarse la cola de hojitas.

Un jorobado, con la cabeza acalabazada, se ha metido entre la fila y las va repartiendo a los chicos. El padre Vesga se da cuenta de pronto, cuando empieza a ver papelitos en las manos de todos y coge al jorobado del pescuezo. De un manotón le tira las hojas al suelo, le pega una bofetada y le insulta a gritos. Se arremolina la gente y los guardias que hay en la calle de la Encomienda vienen corriendo. Unos dan la

razón al cura y otros al jorobado. Empiezan a insultarse y a pegarse y al padre Vesga y al jorobado también les quieren pegar. Los guardias cogen al padre en medio de ellos y así le acompañan hasta el colegio.

Al día siguiente, la fila tuerce en la calle de Cabestreros y no pasamos por el colegio protestante. Ahora, la lleva el padre Joaquín. Pero el domingo, cuando salimos de misa, en las mismas puertas del colegio, hay cinco hombres jóvenes repartiendo hojitas entre las filas y a las personas que pasan. Uno de ellos se llega al padre Joaquín y le da un montón diciéndole con guasa:

—Para los niños, padre, son palabras de Jesús.

El padre Joaquín se lía a cachetes con él y entonces, como siguen saliendo chicos de la iglesia, se rompen todas las filas; vienen más curas y se pegan los curas y los protestantes. Los chicos empezamos a pedradas con ellos, y por último salen los cinco corriendo por la cuesta arriba. El carnicero de enfrente va detrás de ellos con un cuchillo en la mano.

—¡Hijos de tal! ¡Venir aquí a meteros con unos pobres curas y con los chicos! ¡Meteos con los hombres, canalla!

Su hijo está interno en la misma clase mía y es uno de los más brutos pero tiene un uniforme de paño de seda y bordados de oro de verdad. El carnicero vuelve soplando, con el cuchillo en la mano y el delantal sucio de sangre:

—Pasen ustedes, padres, pasen ustedes. ¡Estos salvajes! Siéntense que les daré una copita de coñac por el susto. ¡De buena se han librado! ¡Si pillo a uno, le rajo las tripas! ¡Meterse con unos pobres curas que no pueden defenderse!

El padre Joaquín, que es un guasón, le da unas palmadas en la espalda gorda que suena a tocino y le dice:

—Hermano, hermano, repórtese. Está usted blasfemando, y aunque Dios se lo perdonará por la buena intención, están los niños delante. Además no somos tan pobrecitos, también sabemos defendernos.

Con su manaza le da otro cachete que le tambalea,

—Perdone, padre, perdone. ¡La indignación! ¡Que Dios me perdone!

Quisieron quitar el colegio protestante. Pero un político de los socialistas, Azcárate, lo impidió. No volvieron a dar más hojitas en la calle y pusieron dos guardias en el portal cada vez que ellos decían su misa los domingos. La reina madre, María Cristina, y el Nuncio de Su Santidad, hicieron todo lo posible por cerrar la escuela, pero como la reina era inglesa y María Cristina ya no era reina, parece que hubo unos ingleses que protestaron y no la cerraron.

Los curas nos miran los libros, hoja por hoja, para encontrar las estampas de los protestantes; los chicos nos las vendemos a cincuenta «güitos»[3] cada una o a diez bolas.

De los tres, el que ha conseguido hacer más amistad con los demás chicos de la clase —con los chicos ricos— he sido yo. Tengo mejores ropas que Sastre y Cerdeño, aunque a ellos, desde que han subido a las clases de arriba, los mandan de casa mejor vestidos. Además, ellos viven en el Avapiés en casas de corredor, y yo vivo en un barrio rico y conozco muchas cosas que ellos no conocen. Algunas veces me echan en cara que me separo de ellos para estar con los otros. Y esto no es verdad. Lo que pasa es que, en realidad, yo puedo alternar con los chicos ricos y ellos no, porque siguen siendo golfillos de calle de barrios bajos. Tratando con los chicos ricos, me encuentro más entre los de mi igual. Cuando traato con ellos dos, me molesta siempre que no se dan cuenta que ya no estamos en las clases de abajo y que no se puede hablar ni hacer las mismas cosas.

Se presentan con los bolsillos llenos de espigas verdes y se ponen a comerlas en clase, contando que han estado ayer en la pedrea con los de la Ronda, contra los chicos del Mundo Nuevo. Que vino la Guardia Civil a caballo y que entonces se unieron todos los chicos, que eran más de doscientos, y apedrearon a la Guardia Civil. Otro día Cerdeño se

presenta con las manos negras y el padre Joaquín le dice que por qué no se las había lavado. Entonces explica que el día antes, que fue domingo, ha estado en la estación de las Pulgas en la rebusca. La estación de las Pulgas es una estación que hay en la línea de circunvalación, donde se unen los trenes de la estación del Norte con los del Mediodía. Los chicos del barrio y las mujeres bajan allí a los depósitos de carbón con cestillos y buscan entre la escoria de las locomotoras los trozos de carbón que no han ardido. También roban los que pueden, y después los emplean en casa o los venden. Cerdeño va allí porque le divierte.

A lo mejor, para comer algo a las once, los dos se traen unas gallinejas que son las tripas de vaca, que fríen con sebo en puestos de la calle, metidas en un cacho de pan. Cuando se ponen a comer apestan con el olor de la grasa. Tampoco hay quienes les quite el vicio de hablar como en el Avapiés y sueltan toda clase de palabrotas.

Para mí es muy difícil, porque cuando estoy con ellos, me encuentro más a gusto, pero ellos me miran ya como distinto; y cuando estoy con los otros, me encuentro más agradablemente, pero éstos saben que no soy como ellos y que soy el hijo de una lavandera; que estoy con ellos sólo porque he sacado los premios y los curas me pagan los estudios gratis. Así es que para insultarme, me ha ocurrido que los ricos me han llamado el hijo de lavandera y los pobres me han llamado el señorito.

Lo más gracioso es que hay muchos chicos pobres que no son pobres y muchos chicos ricos que no son ricos. En las clases gratuitas se encuentran hijos de tenderos del barrio cuyos padres tienen negocios muy buenos y en las clases de arriba hay hijos de empleados del Estado que para que ellos puedan estar en el colegio presumiendo con los ricos, los padres se quedan casi sin comer. Estos son los que más presumen de pobres y de ricos.

Es domingo y, cuando se ha acabado la misa, he subido con el padre Joaquín a su cuarto para recoger unos libros que me va a dejar. Después bajamos a los claustros del primer piso donde se reúnen las familias de

los internos después de la misa para venir a verlos hasta la hora de comer. Le toca hoy al padre Joaquín recibir a las familias y darles cuenta de lo que cada uno hace.

Nieto, el chico asturiano, está con su padre, un hombre ancho y fuerte con cara de perro pachón. Nieto me llama y nos acercamos el padre Joaquín y yo a los dos.

—Mira, papá —dice—, éste es Barea.

Su padre me mira de arriba abajo con unos ojillos grises que chispean detrás de las cejas peludas:

—¡Ah! Sí, éste es el hijo de la lavandera de que me has hablado. ¡Podías aprender de él, que buenos cuartos me cuestas, para que luego seas más burro que el hijo de la lavandera!

Nieto se queda completamente pálido y yo siento que me pongo rojo. El padre Joaquín me pone una mano encima de la cabeza y le empuja de un brazo a Nieto, diciéndonos a los dos:

—Andad, idos un poco por ahí.

Se vuelve muy serio al padre de Nieto y le dice:

—Aquí, son los dos iguales, mejor dicho, aquí el hijo de la lavandera es más que el hijo de un dueño de minas que paga trescientas pesetas al mes.

Da media vuelta y se marcha tranquilamente sin volver la cabeza. El viejo se queda mirándole y después llama a su hijo. Se ponen los dos a discutir en el banco.

Yo paso por delante de ellos y le digo al chico:

—Hasta mañana, Nieto. —Y sigo andando sin saludar a su padre. En la puerta está el padre Joaquín que no me dice nada. Yo tampoco: le beso la mano y me voy.

Cuando bajo las escaleras del portal no las veo, porque se me llenan los ojos de agua. Lo que ha hecho el padre Joaquín es contra la regla del colegio, donde no se puede tratar mal a la gente de dinero. Si lo

supieran se quedaría solo contra todos los curas. Por ser así, toca el oboe para los pájaros y les habla.

Yo también me quedo solo como él. Porque somos distintos de los demás.

Capítulo 9

El Teatro Real

Don Enrique está pintando, pero no puede verse lo que pinta. Tiene un blusón que le llega hasta los pies, unas alpargatas y los pelos blancos revueltos, alborotados; parece que se ha vuelto loco. Tiene una hilera de cubos, de los que usan los albañiles para llevar el agua, llenos de pinturas de todos los colores, como leche teñida, menos uno que está lleno de leche, que es el color blanco. En cada cubo, una brocha que parece una escoba y unos pinceles largos que parecen los hijos de la brocha alrededor de la madre. En el suelo hay una tela enorme clavada en la tierra con clavos gordos y tirante de cola. Don Enrique saca la brocha de uno de los cubos y en la tela tendida deja unos manchones largos o sacude la brocha llenándola de borrones. Después la tela, con unas tablas clavadas detrás, es un castillo o un bosque. Esto nosotros ya lo sabemos: cuando están llenos de chocolate y de pimentón, un castillo. Cuando hay mucho blanco y mucho azul, el mar.

Mientras él pinta, nosotros jugamos en el escenario, haciendo resonar las tablas huecas. En el escenario se puede correr, saltar y jugar a la pelota. Más allá del borde de terciopelo rojo con la concha del apuntador en medio también en rojo, con sus letras bordadas, está el teatro. Como no tiene ventanas, el teatro es un agujero negro lleno de rayas redondas que se pierde allá arriba en el fondo, donde hay dos cuadraditos de luz que parecen dos ojos.

Nicasio, el chico del conserje, por cuya amistad entramos en el teatro como en nuestra casa, salta sobre el borde de la concha y grita a la sala:

—¡Eh!

La sala responde con su voz hueca:

—«¡Eh!» —Nos echamos a reír a carcajadas y la sala se ríe con nosotros, mandándonos las carcajadas del fondo de los palcos o de debajo de las butacas; allá arriba, en el techo, pintado, se ríe bajito.

Nadie sabe como nosotros de qué manera resuena el teatro. Allá en los agujeros de la entrada general, a la altura del tejado, tan lejos del escenario, que las personas se ven chiquitas, se oyen los ruidos más pequeños. Cuando el teatro está lleno de gente, entonces se calla para que la gente pueda oír y ya no se ríe con nuestras carcajadas. Ni se burla del maestro de coros como en los ensayos repitiendo sus grititos de italiano chiquitín. Porque el maestro de coros es un viejecillo, de voz cascada, que se encarama en una banqueta cuadrada que tiene el órgano colocado detrás de bastidores, se entierra detrás del librote de la partitura y allí, como los monos de las barracas, comienza a gesticular y a chillar:

—¡Uno, dos, tres! ¡Ahora! —Y abre los brazos y los cierra con una palmada, sacudiendo la cabeza a riesgo de que se le caigan las gafas. Cuando el coro desafina, se vuelve loco. Brinca en el asiento, hasta casi ponerse de pie; se le sale la nuez del cuello flaco como el de un pájaro pelado:

—¡No! ¡Noooooo! ¡Puñeta!

Algún corista se queda con la boca abierta, tragándose la nota a mitad de camino.

—¡Otra vez! ¡Atención! ¡Uno, dos, tres! —¡Plaffl, suena la palmada.

Arriba, en el techo, se ríe el teatro devolviendo una cascada de palmas. Cuando acaba el ensayo, recoge su sombrerito hongo, un sombrero de niño, le pasa la manga por la copa para abrillantarle la grasa que tiene, se estira los faldones de la americana que siempre son largos, porque los sastres no saben hacer americanas tan pequeñas, y sale trotando por los pasillos como un muñequín a quien se le ha dado toda la cuerda. Agustín el carpintero, que corre en los entreactos con su martillo grande y la boca llena de clavos, le empuja y le grita:

—¡Quítese! ¡Algún día le voy a pisar sin querer y le espachurro!

Una vez contestó de malas pulgas:

—¡Soy tan hombre como usted!

Agustín le cogió con una mano por la entrepierna y lo levantó por encima de su cabeza, así, a caballo sobre su mano. Arriba bailoteaba el maestro y las chicas del coro y del cuerpo de baile se reían a gritos, haciendo bailotear los pechos y la tripa debajo de la malla. Porque desde el público parece que van en cueros, pero van metidas dentro de mallas de algodón. La primera bailarina las tiene de seda. Algunas que tienen poco pecho tienen dos almohaditas de algodón en la malla, y cuando están colgadas en el cuarto de las coristas, estas mallas parecen cuerpos de mujer escurridos a los que hubieran dejado los pechos sin retorcer.

Cuando se visten se tienen que quedar desnudas para meterse la malla y por eso hay un letrero que prohibe la entrada allí. Pero las noches de función van señorones con sombreros de copa y éstos entran al cuarto de las coristas aunque estén desnudas. Luego, cuando se acaba la función, se las llevan a cenar. Una vez, uno se casó con una de ellas.

Todos los pasillos están en una rotonda como los radios de una rueda. La rotonda tiene un diván de terciopelo en medio y un tiesto grande lleno de flores. Allí están los cuartos de los mejores artistas. Cuando hay función regia a veces viene el rey a verlos y entonces la rotonda se llena de policías que miran de mala manera a todo el mundo y de militares en traje de gala que vienen detrás del rey.

A Anselmi, como es muy elegante, le alegran mucho estas visitas, pero a Titta Ruffo, que dicen fue carretero, le enfadan. Una noche llegaron los policías y empezaron todos a decir: «¡Que viene el rey!». Echaron a todo el mundo, menos a las coristas y a las visitas que eran duques o cosa así y tenían sombrero de copa. Y todos se quedaron muy callados esperando la llegada del rey. Conque, va Titta Ruffo y con el vozarrón que tiene y. la puerta del cuarto abierta empieza a cantar:

—¡Mierda! ¡Miieerda! ¡Miieerda! ¡Mierdaaaa!

Nadie se atrevía a decirle nada y él venga a cantar todo lo fuerte que podía. Al rey no le debió de gustar, porque después el comisario regio que tiene el teatro le preguntó si no podía cantar otra cosa.

—Sabe usted —le dijo Titta Ruffo—, es una palabra que va muy bien para ensayar la voz. Tiene el *mi*, el *re* y el *la*.

Y desde entonces, antes de salir a cantar llenaba de «mierdas» todos los pasillos del Real. Cuantos más sombreros de copa había, más «mierdas» soltaba.

Porque a todos los que tienen sombrero de copa les toma el pelo. Le llenan el cuarto, le llaman maestro, le llevan flores, le piden retratos y no le dejan ni a sol ni a sombra. Ahora ha hecho una cosa con mucha gracia: aunque vive en el Hotel de Rusia, no le gusta la comida del hotel y un día el maestro de coros le llevó a la taberna del padre de Eladio, que se llama Eladio también. La mujer guisa muy bien para los cocheros de punto y Titta Ruffo se metió allí y se hinchó de los guisos de los cocheros. Desde entonces se iba a comer allí. Los señores de sombrero de copa le invitaron un día a comer donde él quisiera y los metió a todos en casa de Eladio a comer cocido. Vinieron muchos autos y coches con corona de marqués y de duque en la puerta y se metieron en la taberna con los cocheros y los coristas. La madre de Eladio y su padre no sabían qué hacer con toda aquella gente. Todos los del barrio hicieron un corro alrededor de la puerta de la taberna, y fue una juerga verles comer cocido a todos los señorones, haciendo ascos, con los frascos de vino tinto encima de las mesas.

Cuando canta Titta Ruffo, nosotros nos metemos detrás de uno de los bastidores, sentados en el suelo, sin movernos para que no nos echen, y le oímos cantar el *Rigoletto, Payasos*, el *Hamlet*. En *Rigoletto* sale de jorobado con una peluca blanca y la cara de viejo y nadie le podría reconocer, porque parece que ha sido jorobado toda su vida. Los *Payasos* lo canta con la cara pintada como los *clowns* y en el *Hamlet* es un rey de Dinamarca con un manto de armiño de verdad, lleno de

colitas negras. Este traje se lo compró para darle en los morros a la gente.

La primera vez que cantó *Payasos*, salió al escenario con un traje de tela barata, hecha de remiendos de colores. El director le llamó la atención. Todo el mundo sacaba trajes de seda magníficos. Los artistas de su fama no podían escatimar los cuartos para vestirse. Titta Ruffo le dijo:

—La obra son unos payasos de pueblo y no creo que llevaran trajes de seda. Yo no soy un figurín de modas, sino un artista y visto mi papel.

Pero empezaron todos a decir que era un tacaño y un miserable.

—Al fin y al cabo, un carretero —dijo uno un día y Titta Ruffo se enfadó.

Cuando cantó el *Hamlet*, sacó el manto de piel a la rotonda y todos se apretujaban para verle y tocar la piel. De pronto salió Titta Ruffo y dijo:

—¿Qué? ¿Les gusta la capa del carretero? —Y se la puso encima del traje de terciopelo con encajes y bordados y la cadena de oro macizo. Desde entonces nadie volvió a decir una palabra y él seguía cantando *Payasos* con su traje de percal lleno de remiendos.

Es un efecto tremendo oír cantar al lado de uno. Conforme estoy sentado detrás del bastidor, los cantantes vienen a veces y desde allí cantan lo que en el teatro llaman canciones internas. Los veo de abajo arriba, con sus trajes de seda, cantando y mirando al director de orquesta a través de una rendija en la decoración. La voz vibra de tal manera que se ven todas las carnes del cantante bailotear y quedarse temblando en las notas agudas. Hay dos excepciones: Titta Ruffo y Massini Pieralli. Cuando cantan no vibran ellos, vibra todo lo que hay al lado de ellos. Vibro yo y si pongo una mano en la madera de la armadura de la decoración, también la madera está vibrando. Les sale y les entra el aire en el pecho como en un fuelle de fragua, y es sólo la garganta lo que suena. Al lado de ellos, se les mira la boca y no se oye

salir de ella ningún sonido, pero después suena todo, así que se les ve articular las palabras con los labios, con la lengua y con los dientes y quien las pronuncia es el escenario, la decoración, los telares, la orquesta, el público, la sala, el teatro todo, hasta la luz de la batería parece que suena. Esto lo llaman en el teatro emisión de voz.

Una vez Titta Ruffo, hablando de esto, se fue al fondo del escenario y desde allí pegó un grito que dicen es el grito que dan los pastores de los Alpes. Le veíamos todos abrir la boca de par en par y chillar. Le veíamos, pero no le oíamos. Después, el teatro entero, que estaba vacío, se puso a chillar y parecía que se iba a partir el techo y las columnas y a caerse la lámpara del centro. Cuando ya no se oía nada, todavía el teatro sonaba. Otro día en el Café Español cogió una cucharilla y golpeó una hilera de copas. Lo repitió y al mismo tiempo que pasaba la cucharilla por las copas, como una uña por los dientes de un peine, pegó un grito. Todas las copas repitieron el grito y se les rompió el cuello. Se cayeron los conos de cristal sobre el mármol del mostrador con sonidos de campanas.

Anselmi, el tenor, es lo contrario de Titta Ruffo. Éste es bajo y cuadrado con pelo negro y fuerte, las manos recias; aquél es más bien alto y todo él es redondo como una mujer. Tiene la voz dulce, tan dulce que a veces no se sabe si canta él o si sólo toca la orquesta. Y es como las mujeres, guapo, el pelo rizado; se unta cremas y pastas en la cara y sus trajes parecen trajes de señora. Dicen en el teatro que las mujeres de la aristocracia le escriben cartas para que vaya a verlas, pero dicen también que él no quiere nada con las mujeres porque se pierde la voz. Vive pendiente de su garganta, siempre arropado en una bufanda y siempre haciendo gárgaras y lavándosela con un pulverizador. Cuando sale a cantar, todo el mundo está pendiente de que no haya puertas abiertas que hagan corriente de aire.

Esto es también curioso. En el teatro no se mueve un pelo de aire. Cuando se levanta el telón con la sala llena, entonces la boca del

escenario es un huracán. Todo el frío del escenario, de los telares y de los cuatro focos, se mete de golpe en la sala. Las noches de gala en que las butacas están llenas de señoras con el escote muy abierto, se les ve ponerse las manos en los pechos porque se hielan. Por las puertas de la plaza de Isabel II que están en el fondo del escenario entra el frío de la noche y sale el calor de la sala. Los pobres que duermen allí se agrupan para recibir este aire caliente.

Las noches de función los mendigos esperan que se acabe la representación para abrir las portezuelas de los coches y pedir diez céntimos. Salen los señores de frac y chistera con la pechera de la camisa llena de botones de brillantes y las mujeres con sus capas de piel, sus trajes de seda con la cola recogida con la mano izquierda y sus zapatos de raso plateado. El mendigo con las barbas piojosas les tiene abierta la puerta del coche con una mano y con la otra les hace la reverencia con un pingajo que es la gorra o la boina pringosa. Cuando se paran a hablar en la misma puerta del coche, el mendigo con la cabeza al aire, sin gabán, se muere de frío, y patalea con sus alpargatas las piedras de la acera. Después, los mendigos se reúnen todos debajo de los arcos inmensos de la plaza de Isabel II, donde ya tienen preparadas sus camas de periódicos y paja. Cuentan sus perras gordas y a veces se las juegan a la luz de las farolas cuadradas de hierro del teatro.

Hay un mendigo célebre entre todos. Es un viejo seco, de pelo y barbas blancas envuelto en un gabán largo, raído en los bordes,

los zapatones torcidos en las puntas, que se abren como la boca de un pez, dejando asomar los dedos. Él no abre portezuelas de coche. Se coloca lejos de la puerta de salida en lo oscuro y espera a las parejas que no van en coche, porque viven cerca o porque quieren tomar algo en el café antes de irse a acostar. Nadie le ve. De pronto sale del hueco negro donde está escondido y agarra del brazo al señor:

—Caballero, deme usted un duro que no he comido. —Lo dice con una voz hueca que parece salirle del estómago vacío, como de una caja.

A veces, muy pocas, le dan el duro o una peseta. Si le dan el duro hace una reverencia con su sombrero hongo que casi barre el suelo y sigue a la pareja un buen trecho deseándole toda clase de felicidades. Si le dan una peseta o, lo que es más frecuente, diez céntimos, extiende la mano derecha con la moneda en la palma y dice orgullosamente:

—¡Una peseta! Caballero, usted se ha equivocado. Con una peseta no puede comer un hombre. Se habrá gastado usted doce duros en una butaca, habrá pagado reventa, y pretende usted que yo coma con una peseta.

Se golpea el pecho con la mano izquierda y como lo tiene lleno de huesos retumba como un tabique. Así, a veces le dan más y otras le echan con mal humor. Entonces se pone a chillar mostrando a todos cómo son los caballeros:

—¿Esto es un caballero? —grita—. ¡Mucha chistera y mucha señora y una peseta para que coma uno judías y reviente! ¡Pues yo también soy un caballero!

Cuando no le dan nada, sigue detrás tirando del brazo y de los faldones del gabán del hombre, bajando la tasa. Del duro pasa a las dos pesetas, de las dos pesetas a una, de allí a los dos reales, al real y a la perra gorda. Y cuando todo es inútil, porque el hombre calla y sigue, o a lo más le dice: «Perdone por Dios, hermano», entonces suelta su último recurso. Después de un rato de silencio, lejos ya del teatro, de repente para al hombre, se quita el sombrero y dice:

—Caballero, hace un rato que le he suplicado lo menos que un hombre puede pedir para cenar. No ha creído usted oportuno darme nada y, ¡qué vamos a hacerle! ¡Paciencia! No es la primera noche que no ceno. Pero... un pitillo, un pitillo, no me lo negará usted.

Le dan el pitillo, y a veces consigue en este último momento la peseta que no ha logrado antes. En la alcoba de los arcos del Teatro

Real le llaman el Marqués, y él afirma que lo fue. Cuando está borracho, cuenta historias y le escuchan los mendigos, los chicos de la calle y la gente que pasa. Los bomberos, que tienen un puestecillo de socorro allí mismo, le convidan a vino o a café caliente y a veces le emborrachan sólo por oírle sus historias.

Las columnas de piedra que sustentan los arcos tienen pedestales anchos, en cuyos ángulos se puede uno sentar. Allí se sienta el Marqués y empieza su historia. Le han dado los restos de la cena los bomberos de guardia, ha bebido unos tragos de vino, un vaso de café y los cocheros le han convidado a una copa de aguardiente. Tiene los ojos llorosos y la nariz roja de frío y de vino.

—Cuando me casé, hice el viaje de novios a Venecia. Me casé con una gran mujer. No voy a decirles cómo se llamaba, porque los nombres no hacen el cuento. Entonces se viajaba en diligencia y tardamos dos meses de Madrid a Italia. Todavía no había en el mundo esta porquería de los autos soltando truenos y oliendo a demonios. Buenos caballos y malos caminos. Pero se vivía.

Y cuenta durante una hora su viaje a Italia y sus amores. Los mendigos se sientan a los pies de él, y, detrás los cocheros en pie, le escuchan bebiendo sorbos de café en el pitorro de las cafeteras.

Es un arte beber café como lo hacen los cocheros. Y el café sabe distinto. En una bandeja de metal blanco les trae el camarero dos cafeteras, una llena de café puro y otra de leche, una grande y otra pequeña, abrasando porque si no, no estaría bien. Y sobre la bandeja van echando café a la leche y leche al café pasándole de una a otra cafetera por el pitorro que cada una de ellas tiene, hasta que el líquido de las dos tiene el mismo color. Entonces se lo van bebiendo a sorbitos por el pitorro, poniendo los labios en él, chupando y pasándoselo uno a otro.

El señor Encinas es un viejo de pelo y bigotes blancos, con la cara redonda roja y llena de venitas moradas que en los carrillos parece que

le van a estallar. Todas las noches que hay función llega a las nueve a la taberna del señor Manolo, se toma dos vasos de vino tinto y luego cruza al Café Español, pasando entre las mesas, con sus pasitos de hombre gordo de piernas cortas. Es el número uno de la claque del teatro. Oyó cantar a Gayarre y a la Patti y se emociona cuando habla de ello. Cuenta muchas veces la historia de la avispa:

Una noche, cantaban Gayarre y la Patti un dúo al lado de la concha y Gayarre estaba con la boca abierta soltando notas. La Patti le miraba y se reía sin poder contener la risa y el público miraba a todas partes buscando de qué se reía la cantante. De pronto Gayarre hizo un gesto muy raro, cortó la nota, tosió y escupió en el escenario, y empezó también a reírse. Hubo que parar la función. La mitad del público se reía y la otra mitad pateaba. Entonces la Patti se fue a la boca del escenario y explicó lo que había ocurrido. Una avispa se había metido entre los dos y, cada vez que Gayarre abría la boca, la avispa parecía que iba a meterse dentro hasta que una de las veces que Gayarre respiró se tragó la avispa.

Le gusta tanto la música al señor Encinas que a los cuarenta años —como él decía— tomó clases de solfeo. Y después siempre va con un rollo de papel de música que compra de viejo en la calle de la Montera y sigue las óperas con sus papeles encima de las rodillas, moviendo la mano derecha como si dirigiera la orquesta.

La claque se reúne en la tertulia del Café Español. El jefe de la claque es un italiano, antiguo cantante, ya sin voz a fuerza de beber y fumar, que se llama Gurius. Tiene la cara arrugada de las pinturas y todo el mundo dice de él que es capaz de sacar leche de un ladrillo, porque a todo el mundo saca dinero. No sólo dinero, sino todo lo que necesita para vivir. Tiene una manera especial de pedir las cosas. Coge a un cantante en la calle y le abraza y le besa ruidosamente: *«¡Mio caro, carissimo!»*. Y se pone a hablar en italiano a toda velocidad sin dejarle

al otro abrir la boca. De repente se separa dos pasos de él, le mira de arriba abajo y le dice:

—Chico, ¿sabes que tenemos la misma estatura y el mismo cuerpo?

—Sí —contesta el otro.

—Entonces, seguro que tienes algún traje para mí, que no esté muy estropeado, porque uno tiene que ir decente.

Al día siguiente tiene el traje, porque es el jefe de la claque y puede estropear a un artista. De esta manera se hace con botas, sombreros, camisas. Cuando tiene sed, es mucho más sencillo.

Hay una colección de muchachos que esperan todos los días para ver si pueden entrar por la claque y Gurius, claro es que los conoce a todos, elige al más inocente y le da unas palmaditas en la espalda.

—¿Qué hay, muchacho?

El muchacho se siente orgulloso de que haya reparado en él y contesta, a veces con la cara colorada:

—Ya ve usted, señor Gurius, esperándole a usted, a ver si queda algún sitio y puedo entrar.

—Bueno, bueno, vamos a ver si queda alguna tarjeta esta noche. Voy a tomar un refresco a casa de Manolo y vengo en seguida —le coge del brazo y le dice—: ¿Oyó usted anteanoche el *Rigoletto*. — y se lo lleva con él a la taberna. Cuando se ha hartado de beber le deja pagar y no vuelve a acordarse de él en toda la noche. Sin embargo, gana mucho dinero. Los cantantes le pagan para que no les estropee sus canciones. Cuando no se encuentran bien o cuando tienen miedo a una nota, se ponen de acuerdo con Gurius. Entonces Gurius coloca a uno de confianza en una buena localidad y, cuando el cantante está subiendo la nota y llega al agudo y se va a ahogar, el otro se levanta del asiento y suelta un ¡bravo! formidable y toda la claque estalla en una tempestad de aplausos. Nunca se sabe si el cantante ha dado la nota o no.

La gente que no tiene dinero y le gusta la música, paga dos pesetas al mes por ser de la claque. Gurius ha arreglado dos turnos para los dos

abonos. Como todos los sitios los tiene siempre suscritos, ha hecho otros dos turnos de aspirantes que también pagan sus dos pesetas y entran por turno en lugar de los que faltan de los fijos. Después ha hecho otros dos grupos de suplentes, que entran cuando no hay bastantes fijos ni aspirantes. También pagan sus dos pesetas.

Cuando canta un artista de fama, vienen los seis grupos a ver si pueden entrar, y entonces los que tienen cinco duros entran, aunque no sean de ninguno de los grupos. En la taberna de Manolo hay un ayudante de Gurius que cobra los cinco duros y uno más de propina para él. Entonces le da una tarjeta escrita al hombre y le dice al oído lo que tiene que hacer. El hombre entra en el Café Español y se abre paso entre los ciento que hay alrededor de Gurius.

—¿El señor Gurius?—pregunta. Gurius se levanta muy atento de detrás de la mesa de mármol donde está pasando lista y cobrando los cuartos.

—*¡Servitore!* —Le traigo a usted esta tarjeta de parte de don Manuel.

—Con permiso. Siéntese usted un momento. ¿Cómo está don Manuel?

Cuando tiene sed, que es casi siempre, agrega:

—¿Quiere usted tomar algo? —Y se vuelve al camarero—: Pepe, tráeme una copita de coñac. Y al señor lo que quiera.

Se pone a leer la tarjeta calándose las gafas y dando tiempo a que el camarero vuelva. Entonces echa mano al bolsillo y se pone a buscar los cuartos, mientras el otro paga.

—Caramba, no se moleste usted, esto es cuenta mía. Lo que siento es que no sé si le voy a poder servir a don Manuel, porque es usted el tercero que viene esta noche. Claro, las noches de gala tengo recomendaciones hasta de ministros. En fin, a don Manuel no me puedo negar.

Después vienen el recomendado de don Antonio, de don Juan, de don Pedro y se repite la misma escena. Las tarjetas que quedan se las reparte a los veteranos de la claque. Cuando alguno protesta, le dice:

—Haga usted lo que éstos, busque usted algún amigo diputado o senador y le dará una tarjeta, porque usted comprenderá que yo tengo que estar a bien con todo el mundo.

Esta noche hay entradas para todos. Es una función de relleno con artistas de segunda categoría y sólo la mitad de la orquesta, pero el señor Encinas no falta. Esta noche trae un tambor. Un tambor de llaves de aros niquelados, lo que se llama redoblante. lo trae debajo de la capa y lo deja sobre uno de los veladores del café.

—Lo prometido es deuda —dice—. Me he traído el tambor y corno esta noche hay sesión «infantil» van ustedes a oír un concierto.

La tertulia se llena de parroquianos. Hay artistas del Real que hoy no trabajan, hay policías de servicio, cocheros de los abonados, parroquianos de los habituales, camareros y hasta el cocinero con su gorro blanco como un merengue. En medio de todos se coloca el señor Encinas pasándose por el hombro la correa ancha con el gancho que sujeta el tambor que le sale de la tripa como una mesita pequeña, haciendo redobles y filigranas. Todos aplauden y él repite, sin cansarse. Cuando acaba se limpia la cabeza redonda con un pañuelo verde, enorme, y limpia también los dos palillos, como si sudaran de haber golpeado el parche. Después se pone a aflojar los tornillos del tambor, uno por uno, explicando:

—Hay que aflojarle, porque estos instrumentos son muy delicados. Aquí en el café hace un aire muy seco y en la calle mucha niebla. Si se les saca del calor a la humedad, se corre el riesgo de que se rompa el parche.

Modesto, el pianista ciego, le pregunta al señor Encinas:

—Pero ¿cómo le ha dado a usted por aprender a tocar el tambor y no otro instrumento cualquiera?

—¡La técnica, amigo mío, la técnica! —contesta el señor Encinas—. Yo nací para la música, pero como usted sabe, no he podido aprender música hasta que no he sido viejo y me he podido permitir el lujo de pagarme unas lecciones. Mientras tanto he estado chupando tinta toda mi vida. Cuando he aprendido música, ya había echado panza de estar todo el día sentado en una silla haciendo facturas y ahora se me ha planteado el problema. Me hubiera gustado tocar el violín, pero mire usted mis manos —y enseña dos manos que son dos bolsas con cinco morcillitas cortas—. Tampoco podía aprender el piano, porque no llego a la octava. Así que sólo me quedaban los instrumentos de viento, pero para esto hace falta embocadura. Esto tampoco lo podía ya aprender, porque se me saldrían las muelas —y con un gesto rápido se saca la dentadura postiza de la boca—, así que me decidí por el tambor. Ahora estoy ahorrando para comprarme un xilofón que se toca lo mismo. Algunos salen de la tertulia riéndose y a mí me dan ganas de pegarles. Yo quiero mucho al señor Encinas. Sabe hacer con hojas de papel ranas y pájaros y saltamontes, camellos, mariposas y matracas. Nos coge a los chicos y en un momento nos llena la mesa del café de figuritas y nos cuenta cuentos. No sé por qué si el pobre tiene su manía con el tambor se han de reír de él.

Entre los que se ríen está el comisario jefe de la policía de escolta del rey. Es un tío bruto que conocemos todo el barrio. Lleva siempre un bastón de cartas. Con las barajas viejas se hacen estos bastones: con un sacabocados se cortan redondeles de las cartas a martillazos y se les hace un agujero en medio para pasarles un alambre de acero. Así se hace una barra que es el bastón. Luego, con papel de lija llena de rayitas. Estos bastones cimbrean mucho y pueden matar a uno.

El comisario una vez mató un perro con su bastón y por esto le tenemos odio todo el barrio. Iba una mañana con su puro en la boca y su sombrero hongo de medio lado, muy chulo como va siempre. Iba dando con la punta del bastón a los pobres que estaban durmiendo en los

bancos de la plaza de Oriente. Se despertaban y salían corriendo para que no los detuviera o les diera un bastonazo como hacía a veces. Había una señora que había bajado su perrito a la plaza a mear por la mañana. El perro se conoce que se asustó de ver a aquel hombre pegando a la gente y le ladró furioso. Y entonces el comisario le dio un palo. La mujer empezó a chillar el perro le ladró más y le quiso morder. El tío se volvió loco y empezó a palos con el perro y a insultar a la mujer. Como el perro era un perrito blanco, pequeño, le mató. Luego se subió encima y le pateó las tripas. El pobre perro se quedó allí, con la boca abierta llena de sangre negra y la tripa manchada de barro de los zapatones; y la pobre mujer lloraba y le besaba. Dicen que es capitán, y si lo es, debe andar siempre a palos con los soldados, como cuenta mi tío que hacía con ellos un sargentón muy malo que tenían.

También ha estado oyendo al señor Encinas Titta Ruffo, que hoy no canta y ha venido al café con unos amigos. Cuando salimos todos de la tertulia, Ramiro y Modesto se van a tocar. Y todo el mundo se sienta en su mesa para escucharlos. Titta Ruffo va de una mesa a otra saludando a los conocidos. Yo me subo a la tarima del piano, porque me divierte ver los martillitos golpear las cuerdas. Es un piano de cola muy grande, con la tapa levantada y las tripas al aire. Ramiro abre la caja de su violín y se coloca en el hombro el instrumento, metiendo entre él y la barbilla un pañuelo de seda blanco doblado, que tiene para eso y que de tanto usarlo tiene ya un hoyo como una almohadilla. Deja el violín sujeto con la barba y el hombro y unta el arco de resina. Titta Ruffo viene a mi lado y mira el papel de música, en tipos Braille, que Modesto está repasando con la punta de los dedos. Ramiro no necesita repasar los papeles porque tiene buena memoria.

Empiezan a tocar el prólogo de *Payasos*. En el Café Español se tocan muchas óperas, porque todos los parroquianos van al Real. Entonces Titta Ruffo se sube a la tarima, al lado de Modesto. Y Modesto dice, sin dejar de tocar.

—Buenas noches, don José.

Porque mi tío José tiene a veces la costumbre de subirse a la tarima cuando está tocando.

De repente, Titta Ruffo, que se ha sonreído y no ha contestado a Modesto, abre la boca y se pone a cantar:

lo sono il prologo...

Como cuando apagan la luz en el teatro, el café queda en silencio. Modesto y Ramiro han puesto cara de asombro y parece que los dos ciegos quieren mirar. Saben quién es, pero quisieran verle la cara. Siguen tocando, escuchándose a sí mismos para no equivocarse y escuchando el trueno de voz de Titta Ruffo que hace bailar las copas, las cucharillas, los espejos y los globos de luz. Ha puesto una mano encima del teclado y con la otra se ha deshecho el nudo de la corbata y ha saltado el botón del cuello duro. Muy tieso, sigue cantando, y en la calle las ventanas se llenan de caras con la nariz aplastada contra el cristal, formando redondeles blancuzcos. Algunos abren la puerta y entran de puntillas, y se van colocando de pie al lado de las mesas, donde no estorban. La mayoría son cocheros. La pareja de guardias del teatro también ha entrado y está al lado de la puerta con sus capotes azules y el casco en la mano.

Los parroquianos están en las mesas, todos muy quietos. Unos con la cabeza entre las manos, otros con la copa de café en el aire y hasta las parejas de novios se han quedado mirando, con las caras serias, recostados en los divanes, con el brazo pasado por la espalda. Cuando Titta Ruffo llega al final, verdaderamente es como si se hubiera corrido el telón. Suena todo, los aplausos y los gritos de la gente, las copas y las cucharillas, las conversaciones y el patalear de los camareros que ahora corren para llegar a donde iban cuando se quedaron parados.

Ramiro y Modesto no saben qué hacer. Le buscan las manos a tientas y cada uno le coge una, sacudiéndosela con las dos suyas. Los ojos serenos de Modesto parece que van a llorar, Titta Ruffo baja de la tarima, atraviesa entre las mesas, levantándose la gente al paso y, lleno de vergüenza, se sienta en la mesa nuestra al lado del maestro Villa, para no tener que atravesar el café hasta su mesa, que está allá en el fondo.

Francamente, a mí no me ha gustado Titta Ruffo cantando en el café. Tiene una voz tan aguda que me hacía daño en los oídos y lo prefiero en el escenario del Real que es tan grande. Pero Modesto y Ramiro, que no pueden ir al Real porque no tienen dinero y además porque tienen que trabajar aquí todas las noches para no perder su duro, están tan contentos que, como yo les quiero tanto, de buena gana le besaba a Titta Ruffo.

Después, durante muchos días, cuando Titta Ruffo está tomando café en su mesa, al lado del mostrador, la gente mira por las ventanas, le ve, entra y llena el café. Y todos se quedan mirando esperando que vuelva a cantar.

No saben que él había cantado aquella noche sólo para los dos ciegos.

Capítulo 10

La Iglesia

Una vez al mes, todos los que hemos hecho ya la primera comunión confesamos y comulgamos. Los curas se reparten por la iglesia, y los mil chicos nos repartimos entre los curas, según nuestro gusto, porque nadie nos puede obligar a confesar con el cura que no queremos. Hay curas como el padre Joaquín y el padre Fidel que forman las colas más grandes, así que se puede ver cuáles son los curas que más quieren los chicos, con sólo mirar el tamaño de las filas. A medida que se van confesando se van agrupando en el altar mayor en las filas por clases, para rezar la penitencia y después oír la misa y comulgar. La iglesia está llena de chicos que van a un lado y otro y llena de murmullos de los rezos y de las suelas de los zapatos. El padre prefecto se pasea por la iglesia para poner orden.

Todos los meses ocurre lo mismo; el padre Vesga se queda sólo con seis u ocho chicos a los que ha comprometido para que se confiesen con él; aunque confiesa más despacio que ningún otro de los curas, se queda solo antes que los demás terminen. Entonces el padre prefecto empieza a recorrer las filas y a preguntar quién quiere ir allí. Como todos le queremos mucho, va recogiendo chicos que forman una nueva fila con el padre Vesga. Hoy lo ha hecho conmigo, como me da igual, voy.

El padre Vesga me pasa un brazo por el hombro y acerca su cabeza a la mía. Comenzamos la confesión. Van desfilando preguntas sobre los mandamientos y yo estoy orgulloso de poder contestar a todo.

—¿Amas a Dios? ¿Vas a misa los domingos? ¿Quieres a tus padres? ¿Mientes?

Llegamos al sexto mandamiento. Todos los padres preguntan si hacemos cosas feas o no. Como todos sabemos lo que son cosas feas, decimos sí o no, casi siempre sí, porque todos las hacemos o creemos hacerlas.

—Mira, hijo, eso no se hace. Es un pecado y además es muy malo. Los niños se vuelven tísicos y se mueren.

Nos mandan rezar unos padrenuestros de penitencia y en paz.

Pero el padre Vesga es distinto:

—¿Tú sabes lo que dice el sexto mandamiento, hijo mío?

—Sí, padre. El sexto no fornicar.

—Explícame lo que es fornicar.

—No sé y no puedo explicarlo. Sé que es una cosa mala entre hombres y mujeres, pero no sé más. —El padre Vesga comienza a ponerse serio.

—No se puede mentir en el santo tribunal de la penitencia. Me dices que sabes lo que es el sexto mandamiento y ahora te desdices, diciendo que no sabes lo que es fornicar.

—Fornicar, padre, es... cosas que hacen los hombres y las mujeres y que son pecado.

—¡Hola, hola! Cosas que hacen los hombres y las mujeres. ¿Y qué hacen los hombres y las mujeres, sinvergüenza?

—No lo sé, padre, yo no he fornicado nunca.

—¡Estaría bonito, mocoso! No te pregunto si has fornicado o no, pregunto si sabes lo que es fornicar.

—No lo sé. Los chicos dicen que fornicar es hacer hijos los hombres a las mujeres. Cuando están casados no es pecado; cuando no están casados sí lo es.

—Pero yo, lo que necesito saber es que me digas cómo hacen los hijos los hombres y las mujeres.

—¡Yo qué sé! Se casan, duermen juntos y tienen hijos. Pero yo no sé más.

—No sabes más, ¿eh? El niño es un inocentón, no sabe más. Pero sí sabrás tocarte tus partes.

—Algunas veces, padre.

—Pues eso es fornicar. —Sigue un discurso del que no entiendo una palabra, mejor dicho, que me arma un lío horroroso. Las mujeres son el pecado. Por una mujer se perdió el género humano y todos los santos sufrieron tentaciones del malo. Les aparecían las mujeres desnudas, con los senos al aire, moviéndose lúbricamente. Y ya el demonio no perdona ni a los niños. Viene a quitarles el sueño y a enseñarles mujeres desnudas que les turban su pureza.

Sigue y sigue durante media hora y me habla de pelos sueltos, de senos temblantes, de caderas lascivas, del rey Salomón, de bailes obscenos, de las mujeres de las esquinas, en un torrente de palabras furiosas del que resulta que la mujer es un saco de porquería y de maldad y que los hombres se acuestan con ellas y van al infierno. Cuando me separo del cura para rezar la penitencia, no puedo rezar. Tengo la cabeza llena de mujeres desnudas y de curio sidad por saber lo que hacen con los hombres.

Pero nadie lo sabe. Pregunto a mi madre, a mi tío, a la tía y me contestan con cosas raras a mis preguntas: ¿qué es fornicar? ¿Cómo se hacen los niños? ¿Por qué se quedan preñadas las mujeres? Unos me dicen que los niños no pueden hablar de eso y otros que es pecado. Algunos me llaman sinvergüenza.

En los puestos de libros de la calle de Atocha encuentro un libro que me lo explica todo. Cuenta cómo se acostaban un hombre y una mujer y todas las cosas que hacían. El libro da la vuelta a la clase y todos lo leen. Para que no los vea el cura, se van al retrete a leerlo y a ver las estampas, donde están el hombre y la mujer juntos, fornicando. Yo leo el libro muchas veces y me da placer. Cuando veo tarjetas de mujeres desnudas me pasa lo mismo.

Ahora ya sé por qué la Virgen tuvo al niño Jesús sin hacer cochinerías con san José. Sin hacerlas, el Espíritu Santo la dejó preñada. Pero como mi padre y mi madre se acostaban juntos, me tuvieron a mí y por eso mi madre no es virgen. Lo que no sé es por qué mis tíos no

tienen niños. Porque se acuestan juntos; pero, puede ser que como la tía es tan beata, no hagan cochinerías y por eso no los tengan. Sin embargo ellos dicen que hubieran querido tenerlos. Por otra parte Dios dijo: «Creced y multiplicaos». Esto ya no lo entiendo.

El padre Vesga dice que es pecado acercarse a las mujeres. En la iglesia de San Martín, don Juan, que es un cura muy bueno que hay allí, estaba un día en la sacristía con una mujer. La tenía sentada encima de él y las manos metidas en la blusa. Cuando entré yo se pusieron muy colorados los dos y el cura vino a decirme quebme marchara que la estaba confesando. Se lo conté al tío José y me dijo que los niños no hablaban de esas cosas y que no se me ocurriera contárselo a la tía.

Los hombres dicen cosas a las mujeres en la calle y hay mujeres que llaman a los hombres en las esquinas para que se acuesten con ellas y les paguen. Yo me armo un lío tremendo y no sé lo que es bueno y lo que es malo.

Aparte de esto hay otras cosas que no entiendo. La iglesia de San Martín está llena, como todas, de cepillos donde dice: «Para las ánimas del purgatorio», «Para el culto», «Para los pobres». Los curas abren todas las tardes los cepillos, sacan los cuartos, hacen cartuchos de un duro con las perras gordas y de medio duro con las perras chicas, se los reparten y se ponen a jugar al julepe o al tresillo en la sacristía. Un día don Tomás perdió todos los cuartos que le habían tocado y cinco duros suyos que sacó de debajo de la sotana. Cuando se levantó de la mesa dijo:

—¡Hoy las ánimas benditas me han hecho la santísima!

Cogió la botella del vino de consagrar y se bebió un vaso grande de vino rancio.

—Hay que pasar la vida a tragos —dijo y se marchó.

Los muertos son sagrados y el cementerio es tierra bendita. En el cementerio de San Martín, los muros de los nichos están en ruinas y se salen las cajas con los huesos. El capellán y los guardas cogen las tablas

podridas y encienden lumbres. Muchas veces echan los huesos también, porque arden como madera de apolillados que están. Luego, cuando vienen a desenterrar un cadáver para trasladarlo, el cura se pone la capa bordada y va con el hisopo y los sepultureros cavan con mucho cuidado para no romper la caja. Sacan los huesos, los ponen en un paño blanco cariñosamente, el cura empieza a leer latines y el sacristán a contestarle. Rocía los huesos con agua bendita y se los llevan a enterrar a otra parte, Todo porque los parientes de aquel difunto han tenido dinero para sacarle de allí. Los demás sirven para hacer fogatas y les parten los huesos a martillazos para echarlos al fuego.

Hay días que se muere más gente que otros. Llegan las mujeres a la sacristía para que les digan una misa por el alma de su marido y de su padre, y les apuntan en un libro y les cobran las tres pesetas de la misa.

—Mañana a las once —dice.

Después vienen otros a encargar otra misa; la anota el cura, cobra las tres pesetas:

—Mañana a las once —dice.

A veces se reúnen tres o cuatro familias, cada una en un rincón, a escuchar la misa que han pagado para su difunto. Cuando el cura hace la ofrenda, saca un papelito donde están los nombres de los tres difuntos y los lee uno detrás de otro, para que se repartan la misa.

Encargaron un día una misa de funeral que valía doscientas cincuenta pesetas. La decían tres curas, un túmulo negro en medio de la iglesia, y dio la casualidad de que aquel mismo día vinieron a encargar tres misas de difuntos a la misma hora.

—Mañana a las diez —dijo el cura a todos.

A las diez se llenó la iglesia de gente y todos oyeron la misa de difuntos cantada. Después, en vista de que no salían las misas rezadas, las tres familias fueron entrando una por una en la sacristía a preguntar. El cura les contestaba:

—¿Han asistido ustedes a la misa de funeral?

—Sí, señor —contestaron todos.

—Pues ésta era la misa por su difunto. Dio la casualidad de que se reunieron ustedes varias familias a la misma hora y como no disponíamos de sacerdotes para dar gusto a todos, acordamos decir una misa solemne para todas las familias. Con esto han salido ustedes ganando.

Las gentes se iban tan contentas por el pasillo de la sacristía.

—¿Quién se lo iba a decir al pobre Juanito? Ya ves, hija, hasta después de muerto ha tenido la suerte de que le dijeran un funeral por tres pesetas.

¡Misterios! ¡Todos son misterios en la religión! Se paseaba un santo por la orilla del mar y estaba un niño en la playa. Tenía una concha, la llenaba de agua del mar y la vertía en un hoyo en la arena.

—Niño, ¿qué haces? —preguntó el santo.

—Voy a verter el mar en este hoyo —contestó el niño.

—Eso es imposible —le dijo el santo—, ¿cómo quieres que quepa el agua del mar en un hoyo tan pequeño? Es imposible.

—Más imposible es averiguar por qué Dios es uno y trino —contestó el niño—, y tú te empeñas en averiguarlo.

En esto comprendió el santo que hablaba con un ángel que le había enviado el Señor.

A mí no me interesa por qué Dios es uno y tres a la vez. Pero me pregunto qué necesidad tiene de ser tres y uno para ser Dios. Sólo sirve para darnos a nosotros la lata. —¿Cuántos dioses hay? —pregunta el profesor.

—Uno.

—Sí, uno, pero no es eso.

—Tres.

—Sí, tres..., pero tampoco es eso.

Únicamente se puede contestar que hay «tres dioses, Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero un solo Dios verdadero». Con esto se queda

contento el profesor, pero yo no sé cuál es el Dios verdadero, ni ellos tampoco.

Mi tía quería tener la bendición del Papa. Por diez pesetas le dieron una bendición que servía para ella; la colocó en un cuadro. Y unos años más tarde, por cien pesetas le dieron otra que servía para ella y para todos los miembros de su familia hasta la quinta generación. Quitaron la vieja del cuadro y la tiraron a la basura. Pusieron la nueva en el marco, y ahora yo estoy bendito por León XIII.

Cuanto más estudio religión más problemas tengo. Lo peor es que no puedo hablar con nadie de ellos, porque los profesores se enfadan y me castigan. Un día, dando la lección de historia sagrada llegamos a la historia de Josué que detuvo la marcha del Sol hasta terminar la batalla; yo pregunté al padre Vesga cómo podía ser aquello. Según el profesor de geografía, el Sol está quieto y la Tierra anda, y por lo tanto no se podía parar el Sol. El padre Vesga me contestó de mal humor:

—No debe usted hacer preguntas indiscretas. Esto está en los libros santos y debe bastarle. La fe mueve las montañas y detiene el Sol. Si tuviera usted fe comprendería estas cosas que son claras como la luz del día.

Después le pregunté al padre Joaquín. Me puso una mano en la cabeza y me dijo muy risueño:

—¿Qué quieres que yo te diga, hijo? En los tiempos antiguos pasaban cosas muy raras. Tú sabes que antes hablaban los animales y todo el mundo les entendía. Seguramente el Sol andaba en la época de Josué.

El padre Fidel fue más claro.

—Mira —me dijo—, no se paró el Sol, se paró la Tierra. Pero parecía que se había parado el Sol, igual que cuando vas en el tren parece que andan y que se paran los palos del telégrafo. Cuando se escribió la Biblia los hombres todavía no sabían que era la Tierra la que

andaba y veían andar al Sol, como le vemos nosotros. Por eso pusieron que fue el Sol el que se paró, pero se paró la Tierra.

—Pero, padre, la Tierra según la física no puede pararse, porque todos saldríamos disparados y la Tierra ardería si se parara de golpe.

Se me quedó mirando muy serio y agregó:

—¡Hombre! ¿Tú crees que se paró de golpe? Se paró poco a poco, como se para un tranvía. Anda, déjame que tengo mucho trabajo.

Poco a poco voy viendo que no soy yo sólo el que quiere saber la verdad de Dios y de la religión. Los libros que voy leyendo hacen las mismas preguntas. La Iglesia los excomulga, pero no les contesta. Sobre estos libros sólo puedo hablar con el padre Joaquín que no se enfada ni me los quita. Discutimos muchas veces. Una sola vez me ha convencido. Estaba yo sentado en su mesa y él estaba delante del atril, con el oboe en la mano y los pájaros en el alero de la ventana. Se puso a mirar afuera, al patio y al cielo, como si no mirara a nadie, y empezó a hablar, no conmigo, como si hablara solo.

—Ninguno sabemos nada de nada. Lo único cierto es que existimos. Que existen la Tierra y el Sol y la Luna y las estrellas y los pájaros y los peces y las plantas y todo, y que todo vive y muere. Una vez tuvo que ser la primera, nació la primera gallina o el primer huevo; no lo sé. El primer árbol y el primer pájaro. Alguien los hizo. Después todo marcha con una ley. Los mundos se mueven por un camino trazado siglos y siglos y los hombres y todos los seres nacen y mueren unos detrás de otros con una ley. A esto llamo yo Dios, en el que creo; el que ordena esto. Después de Dios sólo creo en la bondad.

Se calló y me dio un libro para que lo leyera:

—Toma, lee esto. Y cree en lo que te dé la gana. Aunque no creyeras en Dios, si eres bueno es como si creyeras.

Me dio la vida de san Francisco de Asís.

Tengo una caja de zapatos con agujeros en la tapa para que respiren los gusanos que hay dentro. Son gusanos de seda. Los tengo chinos, que

tienen el cuerpo con manchas café oscuro, y blancos. Cuando les echo las hojas de morera se quedan tapados. Después empiezan a trepar y roen los bordes de la hoja haciendo curvas con las patas agarradas al canto de la hoja, moviendo la cabeza de arriba abajo y cortando con los dos dientes morenos que tienen en la punta de la cabeza. A medida que comen, sueltan pelotillas cilindricas. De vez en cuando arrugan la frente entre los dos ojillos negros, y una línea azulada que tienen a lo largo del cuerpo ondula como si pasara por ella un río de sangre, del rabo a la cabeza. Entonces cambian de postura y buscan otro sitio en la hoja donde roen. A veces, royendo se encuentran dos, hocico frente a hocico. Levantan la cabeza y parece que se miran y se dicen algo. Uno de ellos mueve las arrugas de su frente y cambia de sitio. Yo los cojo con la mano. Están blandos y templados. Se me enroscan al dedo con sus patas peludas y parece que curiosean mi piel llenos de extrañeza de que haya hojas de árbol así. Ven la caja debajo, se hacen una bola y se dejan caer para seguir comiendo.

Si les dejo una hoja de otro árbol entre las hojas de morera la dejan sin morder. Pasan por ella y se van a las otras. La conocen, la huelen y la ven. Entonces, ¿me conocen, me ven y me huelen a mí? ¿Saben quién soy, y cómo soy? Cuando los miro en la caja y levantan la cabeza, parece que me están mirando. Entonces cojo uno, le pongo a lo largo del dedo y le paso la punta de otro dedo por el cuerpo tan blando y tan suave. Se estira y levanta la cabeza y las patas de delante. Arruga su frente muy deprisa. Le dejo en la caja y se pone de nuevo a comer. De vez en cuando levanta la cabeza para mirarme.

Después se meten en un rincón de la caja, se agarran con sus patas al cartón y empiezan a dar vueltas a su cabeza, soltando un hilito de baba por la boca. Se van quedando pequeñitos, y la seda los va envolviendo hasta que ya no se les ve más que como una sombra que sigue moviendo la cabeza dentro del huevecillo del capullo. Por último se queda el capullo, amarillo o blanco, allí, agarrado al rincón de la caja.

He roto cada día un capullo para verlos dentro. La piel se les ha puesto dura y parecen de cuerno, de color moreno, como un hueso de aceituna, llenos de anillos, con el hocico y sus dos dientes negros. Dormidos completamente, sin despertar. Moviendo tan sólo un poquitín los anillos. Después les salen patas de verdad, una cabeza y alas. Se vuelven blancos, con unos cuernecitos peludos en la cabeza, como medias lunas de seda. Hacen un agujero en el capullo y salen al paño blanco que les tengo preparado en el fondo de la caja. Las hembras agitan las alas muy deprisa y dan vueltas. El macho viene, y los dos se unen por la cola. Se quedan pegados horas. Se llena el vientre de la hembra como una bola y riega el paño blanco de huevecitos diminutos, amarillos, casi dorados, que se vuelven negros. Y se mueren, las mariposas. Se quedan en la caja, secas, las alas pegadas al cuerpecito, como si hubieran sudado antes de morirse.

Debajo de los montones de sábanas guardo el paño blanco, lleno de millares de huevecitos. La tía mete entre la ropa blanca manzanas que se secan y arrugan como cara de vieja. Al año siguiente, el paño blanco huele a manzanas y de cada huevecito sale un pelo negro que se convierte en un gusano.

Me siento en el balcón con la caja de zapatos al sol, para que los gusanos estén calientes. Tengo al lado un montón de libros y los voy cogiendo uno a uno para repasarlos. Está cerca junio y tengo que examinarme a la vez de dos cursos de bachillerato. Luego, hacer oposiciones a las matrículas de honor. Todos me empujaban.

Los curas del colegio me fuerzan y casi se ocupan exclusivamente de mí en la clase, preguntándome todo de mil maneras distintas. El tío me promete la carrera de ingeniero si termino el bachillerato así. Mi madre, la pobre, me acaricia la cabeza y me ruega que haga un esfuerzo. Ella no puede hacer nada por mí, pero los tíos lo harán todo si yo soy bueno. La tía me viste con traje de fiesta y me lleva de visitas. Me

enseña a los amigos como un fenómeno, y los señores de cabeza calva y las viejas como ella me hacen preguntas idiotas:

—Muy bien, muy bien, Arturito. Cuéntanos qué estudias.

Un día me dio tanta rabia doña Isabel, con preguntas de éstas, que comencé a hablar muy de prisa de los logaritmos, del binomio de Newton, de las curvas parabólicas, y a mezclar fórmulas de álgebra en camelo, llenas de «aes» y de «zetas» y de signos y de cifras fantásticas. Doña Isabel me miraba con los ojos abiertos y la boca caída. Me paré de repente y le dije muy serio:

—¡No sé más!

—Qué maravilla, doña Baldomera, ¡qué maravilla de niño! Igual que mi marido. Cuando el pobre se ponía a hacer números, era algo maravilloso. De memoria sumaba, ¿sabe usted? ¡Sumaba de memoria! Este niño llegará lejos. Como hubiera llegado el pobre Juan si hubiera vivido.

Me hubiera puesto a llamarla estúpida, vieja cerda, zorra, animal, no sé cuantas cosas. Le hubiera arrancado la cola de pelo postizo que se ponía por moño y le hubiera frotado la cara llena de crema color manteca amasada con polvos con un estropajo de agua de fregar.

¡El porvenir! Seré ingeniero, para que todos estén contentos, pero sobre todo para que mi madre no lave y no sea más la criada de nadie. Todos son muy buenos conmigo; y todos hacen conmigo la caridad. A cambio de eso, yo me siento cansado, sin ganas de comer ni de jugar. Sólo quiero ver, ver las cosas y los seres, como los veía san Francisco.

El gato se sienta encima de mis piernas. Mira a la caja de gusanos, a los libros, me mira a mí, con sus ojos dorados. Los entorna, y se hace una bola entre sus patas con el rabo azotándole el hocico y ronronea. Creo que me entiende y sabe todas las cosas. Yo le entiendo también, pero cuando se queda así mirándome y mirando las cosas, no sé lo que va a decir. No dice nada, pero se ve en sus ojos que tiene la cabeza llena de ideas como yo. Para no pensar se duerme. Igual me pasa a mí, que

muchas veces me entra un sueño invencible y me duermo en la alfombra del comedor o en el balcón a lo largo.

Los dos perros de la cochera son blancos y muy vivos. Los he visto recién nacidos, cuando eran como un puño y ellos me conocen y me quieren. Cuando bajo a la calle, vienen a mí, meneando la cola, ladrando y saltando. En el café les recojo en cuclillas y meten su hocico negro en los bolsillos del delantal para sacar el azúcar. El gato se ha asomado al balcón y entre los hierros me ve jugando con los perros. Cuando subo, el gato no quiere jugar conmigo. Está enfadado. Entonces abro el aparador y saco la bolsa de galletas. Comemos los dos juntos, yo sentado en el suelo y él entre mis rodillas. Hacemos las paces. Luego mi tía se enfada, pero no tiene razón, la tenemos el gato y yo.

La gente se asombra de lo que hace Malleu con sus leones, en los jardines del Buen Retiro, pero yo no. Tiene una jaula de hierro redonda muy grande y llena de taburetes de madera. Salen todos los leones y cada uno se sienta en su taburete con la cabeza alta, mirándole. Malleu es un hombre alto, seco, con los ojos verdes y el pelo rizado como si fuera un cubano. Les habla y los leones le entienden. Rugen y la gente cree que le van a morder. Pero Malleu sabe, y yo también, que es que los leones le contestan. Después trabajan saltando y corriendo por la jaula. El más grande abre la boca y Malleu mete la cabeza dentro. Parece que le van a comer, porque saltan a él y alargan las patas de dedos gordos con uñas torcidas. Pero es que quieren jugar. Porque Malleu no les pega.

Yo le he visto darles de comer. Les da de comer él mismo. Un mozo lleva una carretilla con trozos de carne y él va entrando en las jaulas. Coge un trozo de carne en la punta de un tenedor muy grande y se lo da. Después les rasca la melena encima de los ojos, y les da puñetazos suaves en la cabeza. Los leones rugen bajito y a veces se tiran panza arriba al suelo. Entonces les rasca la tripa. Cuando no hace caricias a un

león —yo lo he visto—, el león viene rugiendo detrás de él, regañándole porque le ha olvidado.

Después, cuando Malleu sale de la jaula, acaricia a los niños y nos pregunta si nos gustan los leones. Nos lleva a ver unos leoncitos pequeños que tiene, como pellos de lanas. Le mordisquean las manos y le arañan. Algunos chicos metemos las manos entre los hierros y les acariciamos. No nos hacen nada, pero se enfadan cuando un hombre quiere tocarlos. Enseñan los dientes, gruñen y sacan las uñas.

—¡Hermano lobo! ¡Hermana piedra! —dice san Francisco...

He plantado en un pote vacío de pimientos, judías, y en otro, garbanzos. Los quiero ver crecer y revuelvo la tierra todos los días para sacarlos y los vuelvo a meter. Se han abierto y han sacado un tallo como un cuerpecito blanco. Luego les empiezan a crecer raicillas y, por último, les salen hojas verdes. Crecen como si me entendieran y quisieran darme gusto enseñándome cómo son y cómo crecen. Doy martillazos a un cacho de hierro y se pone caliente, como si le doliera.

Cuando se acaban los exámenes y tengo las matrículas de honor, me llevan al médico. Estoy flaco, no tengo apetito. Sólo quiero leer y dormir y ver los bichos. El médico me escucha el pecho y dice:

—No tiene nada. La edad. Está en el crecimiento. Lo mejor sería mandarle a un pueblo y darle un reconstituyente.

Voy a Méntrida, a correr por la alameda y a tomar cucharadas de aceite de hígado de bacalao, negro y espeso, que me hacen vomitar tanto que dejan de dármelo. Tengo uno de los prospectos del colegio donde dice que la enseñanza es tan buena que en el curso final del año, el colegio ha obtenido tantas y tantas matrículas de honor. La tía Aquilina se lo enseña a las vecinas del pueblo. —Es mi sobrino, ¿sabe usted? El hijo de Leonor que ha salido muy listo.

Las mujeres me llenan de bollos y de vasitos de vino rancio para que me ponga fuerte.

Pero los mejores médicos son el tío Luis, el maestro del pueblo y san Francisco.

El tío Luis, cuando le cuentan mis estudios me coge, pone su manaza en mi hombro, y dice:

—Bueno y ¿qué? ¿Has venido a tirar del fuelle? Porque a ti lo que te hace falta son buenas tajadas y moverte. Vente mañana y te enseñaré el oficio.

Tiró de la cadena del fuelle, machaco y limo trozos de hierro en el tornillo del banco. Me tizno la cara y las manos de negro, voy de caza con el tío a la caída de la tarde. Me atiborra de comida y de tragos de vino, pero me da rabia y casi lloro, porque con mis brazos flacos no puedo levantar el martillo más pequeño.

—¡Puñales! —dice el tío Luis—. A este chico lo que le hace falta es menos colegio y más jugar. Se va a quedar tísico y entonces veremos para qué sirve tanto estudio y tanta leche.

Después se va a cazar perdices y conejos para mí. Cuando no los hay mata un pichón. La tía Rogelia hace un caldo con él y luego me lo como yo solo. Tengo mucho apetito y el tío Luis se divierte viéndome comer. Los conejos y las perdices saben a hierba del monte.

La tía Aquilina me llevó al maestro del pueblo. Es un viejecillo muy simpático y muy alegre. La tía le comenzó a explicar. Él la escuchaba y leyó el anuncio del colegio. Después me puso la mano en la cabeza.

—¡Pobrecillo, pobrecillo! Y a ti, ¿qué te gusta?

Le conté que iba a ser ingeniero. Que me gustaban mucho los bichos y las plantas. Le hablé de san Francisco y se sonrió. Me daba mucha confianza hablar con él, porque me escuchaba muy atento, sin hablar, mirándome y mirándome, como si quisiera saber lo que tenía dentro. Cuando acabé de hablar me dijo:

—Mañana me vienes a buscar por la mañana. Nos vamos a ir a cazar mariposas.

Aquí estamos, en la alameda, el maestro y yo. Yo no sé cazar las mariposas, pero él con la manga de gasa en la punta de un palo corre detrás de ellas y las coge al vuelo. Después las saca con la punta de los dedos, con mucho cuidado, y las mete en una caja redonda de hojalata. Luego me enseña los lagartos, los galápagos y los camaleones. Nos quedamos mirando cómo las cigarras verdes se secan al sol y se escapan de la «camisa» volando, dejando en el suelo la envoltura con el dibujo de las patas, de las alas y de la cabeza.

Me va explicando los bichos uno a uno. Coge un lagarto y me explica cómo son, lo que comen y cómo viven; después, cuando yo creo que le va a meter en la caja de hojalata, le pasa un dedo por la cabeza. El lagarto cierra los ojillos, como si le diera placer. Luego abre la mano y le suelta. El lagarto se queda allí, brillando verde al sol y, en lugar de saltar al suelo, se sube por la manga y se agarra al hombro, meneando el rabo largo como un látigo. El maestro sigue con el lagarto encima, que a veces le mete el hocico en el pelo del cogote.

Cuando nos volvemos al pueblo, en la linde de la alameda, el maestro coge al lagarto con la mano, le pone en el suelo, le rasca el lomo y le dice:

—Anda, márchate, que nos vamos. A tu casa.

El lagarto se queda inmóvil en la hierba y después se va despacito con la cabeza levantada sobre sus patas de delante. Como con el maestro un cocido pobre, con un cacho de carne, otro de tocino, sin chorizo y sin principio, en unas cazuelas amarillas y verdes de barro viejo. Muy bien guisado. La escuela tiene un corral y las migas de la comida las sacude allí la mujer del maestro, una viejecita callada y limpia. Se las comen las gallinas y los pájaros que conocen ya la hora y vienen todos los días.

El cura del pueblo da una lección de doctrina a los mozos y a las mozas los domingos por la tarde y tienen todos que ir, porque si no se enfada el cura, y luego todo son dificultades con el alcalde y con las

casas que les dan trabajo para segar y vendimiar. El maestro quiso abrir una escuela para los mozos y las mozas por la tarde, todos los días, para que aprendieran a leer y a escribir, porque casi ninguno de ellos sabe. El cura se enfadó mucho y el alcalde le cerró la escuela.

El maestro quedó sólo para enseñar a leer a los niños. Es lo único que puede hacer, porque de los siete a los nueve años ya se los llevan a trabajar al campo; en la época del verano se llevan hasta a los chiquitines de cinco y seis años a coger espigas, de las que se caen al suelo, y a arrancar cebollas en las matas. Se dedica a coger bichos en la alameda y tiene una colección de cajas llenas de mariposas y de insectos y algunos pájaros disecados. Los vecinos le traen sus canarios y sus reclamos de perdiz cuando están malos o se les rompe una pata y él los cura.

Le he llevado la historia de san Francisco. La había leído ya. Lo único que me ha dicho es que por haber sido así, le hicieron santo. Pero que los santos ya se han acabado.

Cuando voy a la alameda solo, me siento en la hierba y miro. Después de esta un rato quieto, todos los animales se mueven como si yo no existiera y me divierto en verlos jugar o trabajar mientras pienso.

Hasta ahora he creído en Dios, tal como me lo han enseñado todos. Los curas y la familia. Como un señor muy bueno que todo lo mira y todo lo resuelve bien. La virgen y los santos le van recordando y pidiendo cosas para los que rezan a ellos en sus necesidades. Pero ahora ya no puedo evitar el comparar todas las cosas que veo con esta idea de un Dios absolutamente justo, y me asusto de no encontrar su justicia por ninguna parte. Indudablemente es muy bueno el que yo esté con los tíos y pueda llegar a ser ingeniero, pero mi madre tiene que lavar en el río, ser la criada de mis tíos y además dejar a mi hermana con la señora Segunda y a mi hermano interno en un colegio de caridad, porque si no, ni aun trabajando como trabaja podría mantener a todos. Hubiera sido mucho más sencillo que no hubiera muerto mi padre. A mí me dan

carrera, a cambio de que me vuelva loco con los libros y saque matrículas de honor para los anuncios del colegio, porque si no las sacara, no me enseñarían gratis. Entonces sería como todos los demás chicos.

Dios premia a los buenos. El pobre Ángel se levanta a las cinco de la mañana con las alpargatas rotas a vender periódicos y después duerme en la puerta del teatro desde las doce de la noche que acaba la venta, para poder vender el primer puesto de la cola. El y su madre no ganan apenas para comer trabajando todo el día. En cambio, don Luis Bahía se ha quedado con la mitad de Brunete, echando de las tierras que eran suyas a los pobres a quienes había prestado. No sólo no le castiga Dios sino que, cuando va a San Martín, todos los curas le quieren mucho y le consideran como una buenísima persona porque encarga misas y novenas. Lo que a mí me ocurre en el colegio, pasa en todas partes. Los únicos buenos son los que tienen dinero y todos los demás son malos. Cuando protestan les dicen que tengan paciencia, que ganarán el cielo y que no importa nada lo malo que se pasa en esta vida. Al contrario, que es un mérito, y son dignos de envidia; pero yo no veo que, para ganar el cielo, los ricos se metan a pobres.

Quiero saber, saber mucho más, porque es la única posibilidad de llegar a ser rico y, cuando se es rico, se tiene todo, hasta el cielo.

Pagando, los curas dicen misas y dan millones y millones de indulgencias. Si se muere un pobre y Dios le condena al Purgatorio a cien mil años y su viuda no puede pagar más que una misa de tres pesetas, no tiene más que dos o tres mil días de indulgencia. Pero si se muere un rico y paga un funeral de primera clase, aunque Dios le condene a millones de años de Purgatorio, se reúnen tres curas, le dicen una misa cantada con órgano y todo y le dan una indulgencia plenaria. Al día siguiente de morirse ya está en el cielo. El que tiene miles de pesetas para ir a Lourdes, puede ser que esté cojo y vuelva andando.

Pero si no puede ir a Lourdes, entonces se queda cojo toda la vida, porque la virgen no hace milagros más que con los que van allí.

Cuando los pobres van con las ropas rotas enseñando la carne porque no tienen otras, no les dejan entrar en la iglesia a rezar, y si se empeñan, llaman a los guardias y les llevan detenidos. Luego tienen los arcones en la sacristía llenos de ropas buenas para los santos y de alhajas y visten a las imágenes de madera y les ponen brillantes y terciopelos. Todos los curas salen como en el Teatro Real con sus trajes de oro y plata, las luces encendidas, sonando el órgano y cantando los coros; mientras cantan, los sacristanes pasan los cepillos. Cuando acaban, cierran la iglesia y los pobres se quedan a dormir en la puerta en cueros. Dentro está la virgen, todavía con la corona de oro y el manto de terciopelo, bien calentita porque la iglesia está alfombrada y las estufas aún encendidas. El Niño Jesús tiene unas bragas bordadas con oro y un manto también de terciopelo, con su corona de brillantes. En la puerta hay una pobre a quien mi madre le compró una vez diez céntimos de leche caliente, porque nos enseñaba el pecho arrugado sin leche, y el niño llorando con las nalgas al aire. Se sentó allí, en la puerta de la iglesia de Santiago en una cama de papeles y le decía a mi madre:
—Dios se lo pague, mujer.

Mi madre subió a la casa y le bajó un mantón viejo que ella se ataba a la cintura para lavar en el invierno, y con él hizo la mujer un paquete al niño, porque iban a dormir allí toda la noche. La mujer se taparía con los carteles de los teatros.

Al día siguiente me llevó a la novena mi tía y me decía que la virgen estaba muy hermosa con el manto, la corona y las luces. Yo me acordaba de la pobre de la noche antes. Cuando salimos, se lo conté a mí tía.

—Hijo —me dijo—, hay muchos desgraciados. Pero Dios sabe por qué lo hace. A lo mejor era una mala mujer. Seguramente no tendrá teta porque se emborrachará.

La novena era en honor de Nuestra Señora la Santísima Virgen de la Leche y del Buen Parto.

La alameda está llena de animales que han ido viniendo despacito mientras pienso y no hacen caso de mí. Hay dos lagartos que juegan al sol, en la hierba, moviendo sus colas y sacándose la lengua. Hay ranas que saltan en el arroyo y se persiguen unas a otras. Hay un camino negro de hormigas que van y vienen llevando granitos al hormiguero. Los escarabajos han rodeado una boñiga y están haciendo bolas. Cada macho y cada hembra van juntos empujando su bola, que a veces se les cae encima. Todos juegan y todos trabajan igual.

Quisiera ser como ellos y que todas las personas fueran como ellos. Pretendo hablar de estas cosas con el tío Luis y me escucha tratando de comprenderme. Cuando acabo de explicarle, me dice:

—Mira, todo eso son monsergas que te han metido en la cabeza. Dios se dedicó a hacer el mundo. Cada vez que hacía una bolita con la tierra y la sacaba ardiendo del horno, le daba un papirotazo y la echaba al aire a rodar. De vez en cuando se entretenía en hacer personas y bichos; apagaba una bolita y los dejaba encima para que crecieran. Se quedaba mirando crecer a todos los bichos y los enseñaba a vivir. Un día se cansó de todos estos mundos, entre ellos la Tierra, los cogió y de un puntapié los tiró al aire. Después se echó a dormir y nadie ha vuelto a saber de él una palabra.

Claro que esto lo dice para burlarse de mí. Pero yo me disgusto, porque él no comprende que a mí me hace falta Dios.

Regreso a Madrid, sigo yendo a la iglesia en el colegio y con mi tía. Pero ya no puedo rezar.

Segunda parte

Capítulo 1

La muerte

Por la mañana el tío tiene la costumbre de afeitarse. En camiseta, cuelga un espejo en un clavo hundido en la madera del balcón. En el cierre de la falleba ata el ojal del cuero de suavizar y sobre la mesa del comedor pone la bacinilla del agua caliente, la brocha, las navajas y unas hojas de papel cortado en cuadraditos, para quitar la espuma de jabón. Tiene unas navajas alemanas, grabadas en la hoja, con tres muñecos cogidos de la mano, como si cantaran en un coro. Las hojas están curvadas hacia adentro —vaciadas— y bailan en las cachas de cuero, tan delgadas que parece van a romperse. De las hojas sale un rabito curvado, como rabo de perro, en el que se apoya el dedo, dejando que el mango quede al aire, tieso.

Se llena la cara de jabón, un jabón que raspa él mismo de un bloque grande, y después coge la navaja en ángulo y comienza a afeitarse. La navaja suena en los pelos duros del cuello, y en la curva de la hoja se van amontonando las oleadas de espuma en rizos blancos, manchados de las rayitas negras de los pelos cortados. Cuando el montón es demasiado grande, limpia la hoja con un trozo de papel. Como por las mañanas entra el sol por el balcón, a veces da sobre el papel; y las burbujas de la espuma, de blancas se convierten en nácar. Me entretengo en arrancar las hojas de los dos o tres calendarios —aún con la fecha del día antes— que hay en la casa, y cuando da el sol en la espuma, hago un tubo con la hoja arrancada, lo hundo en la espuma y soplo despacito. Sube una catarata de pompas que se inflan y temblotean. Levanto una en la punta del tubo. Se pone azul, roja, morada, verde y naranja con la luz del sol. Hasta que estalla y me escupe en la nariz sus gotitas. A veces, en lo alto de la esfera hay un pelillo de barba que desde allí resbala hasta abajo, como si se cayera.

Le miro afeitarse, empinado el cuello muy serio ante el espejo. Me parecen un misterio sus pelos. ¿Por qué le salen pelos? ¿Por qué no

tienen pelos las mujeres? A mí me saldrán un día pelos como ésos, pero a mi hermana no. A las chicas no les salen pelos. En camiseta, con los brazosn arremangados, se desprende del tío un olor. Es el olor del hombre.

Está el tío José con la cabeza echada hacia atrás, la garganta tirante, mirando con el fondo del ojo. La navaja va de abajo arriba, cortando pelos y sonando. ¡Riss! ¡Riss! Se corta el ruido un momento y salta la sangre, brillante, por encima de la espuma blanca. Corre por el cuello abajo y forma un río con arroyitos en la cami—seta. El tío se queda con la mano caída, la navaja colgando como rota, y con la otra mano se toca la herida. Un corte como una boca pequeñita. Se le ve el ruido del vómito: ¡Glú! ¡Glú! y salen bultitos de sangre de los labios que se convierten en un chorrito que cae por entre el vello canoso y la camiseta. El tío José deja la navaja en la mesa y se sienta en la mecedora. Se deja caer y entonces, por primera vez, veo cuánto pesa. Tiene la cara amarilla, de color de cera de iglesia, el pelo pegado a las sienes, la calva llena de gotitas, el bigote caído, los labios morados.

Llama a tu madre —me dice.

Mi madre se asusta de la cara amarilla y del arroyito rojo que ha llenado la camiseta de estrías. Mi tía está en misa.

—No te asustes, mujer, no es nada. Me he cortado y la vista de la sangre me ha mareado.

Le lava mi madre. Le saca la camiseta a través de los brazos flojos y se queda con el pelo, velludo y canoso, al aire. En el surco del pecho hay un brillo de sudor que se convierte en gotas. Un vaso de coñac. El tío se queda en la mecedora, respirando despacio, la boca entreabierta, acariciando mi cabeza, yo sentado en el brazo curvado del asiento. Estas mecedoras las hacen en Viena con ramas de árbol metidas en agua hirviendo. Cuando la madera cuece, se ablanda y la doblan, dándole todas las formas que quieren.

El té hirviendo y el coñac le reaniman y yo le veo en la cara y en la calva volver las gotitas de sangre que ponen la piel roja. Una tira de tafetán tapa el corte que ya no sangra, y nada se ve. Cuando vuelve la tía, el tío le cuenta el corte que se ha hecho, como una cosa sin importancia.

Me voy a la cocina y le pregunto bajito a mi madre:

—Madre, ¿se morirá el tío?

—Tonto, ¿no ves que no ha sido nada? Mucha gente se marea cuando ve la sangre y el tío se ha mareado.

Pero yo sé que está muerto. No sé lo que es morirse, pero sé que está muerto. Mi gato, el *Conejo*, también sabe que está muerto. Le he mirado y se lo he dicho. Ha maullado muy bajito, como un quejido, abriendo la boca despacio, como si fuera a bostezar. Le he apretado la cabeza contra mí y me ha mirado con sus ojos amarillos. Después se ha ido al balcón, se ha sentado en las patas de atrás y, tieso, ha comenzado a mirar a lo lejos con los ojos entornados.

El tío se ha ido a la oficina, como todos los días, y yo me he quedado en el balcón, porque hoy es fiesta y no voy al colegio. El gato está conmigo, en un cuadradito de alfombra, hecho la rosca. De vez en cuando levanta la cabeza, y huele el aire y mira como si esperara. Dentro de la casa, mi madre y mi tía limpian y se oye sonar de cacharros. Hasta el balcón llega el olor de comida.

Por la esquina de la calle da vuelta un coche de punto y el gato y yo nos levantamos a mirar. El caballo sube el trozo de cuesta despacio y se para en la puerta de la casa. Salen un hombre y un cura. Entran en el portal de prisa. Salen con el señor Gumersindo, el portero, y el cochero baja del pescante. Entre los cuatro sacan del coche al tío José. El techo negro del coche se inclina con el peso de todos y parece un espejo negro al sol, dándome reflejos en la cara. Entre los cuatro, le meten dentro y yo abro la puerta y me tiro escaleras abajo.

Voy mirando y subiendo de espaldas los escalones delante del grupo. ¡Cómo pesa el tío! Doblada la barriga y las piernas, la cabeza colgando, los brazos caídos, la camisa desabrochada y llena de sudor, la boca entreabierta con un poquito de espuma. Ronca, soplando la espuma como si subiera él a los cuatro a cuestas, en vez de ser ellos los que le suben. Los ojos entreabiertos, blancos a medias, con la niña escondida en los sesos.

Arriba ya, le echan en la cama —¡cómo pesa!—. La tía chilla y llora, mi madre corre a la cocina por agua caliente, por té, por yo no sé qué. Yo le cojo una mano que se dobla entre las mías como un guante vacío. El gato está contra mis piernas, dando vueltas, inquieto. Le sacan las botas entre todos. Y los pantalones, la chaqueta, el chaleco, la camisa; y cuando le han sacado los calcetines le van levantando para sacar la ropa de debajo de él y dejarle sobre la sábana de abajo en calzoncillos y camiseta. Después le tapan hasta el cuello y allí se queda la cabeza, como la cabeza de san Pedro, con su calva y sus pelos canos alrededor, sudando y roncando. El gato salta a los pies de la cama y se sienta mirándole serio. Así se queda, sin que nadie se atreva a echarle de allí. Yo le voy a echar y me mira. Le dejo. Mi madre le quiere echar y, sin volverse, eriza los pelos y bufa bajito, como si no quisiera despertar al tío. Enseña los colmillos y la lengua roja.

¿Qué es una angina de pecho? Nadie lo sabe o no lo quiere decir.

Por la tarde, cuando se va el sol y aún no se ha encendido la lámpara en la sala, se reúnen las vecinas, sentadas en corro, calladas.

—Porque Dios le devuelva la salud, o lo que más le convenga —dice una.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Vamos rezando todos bajito para que no nos oiga, mientras la tía, hundida en el sillón, deja caer las lágrimas por su cara. Yo rezo. Pero, ¡cómo rezo! ¡Me tienen que oír Dios y la Virgen y los santos todos!

Cuando se callan las vecinas, yo sigo rezando bajito a escondidas, para que no me vean. ¡Me tiene que oír Dios!

Se llena la alcoba de olores fuertes de botica, de pisadas de puntillas, de ruido de tazas y frascos contra el mármol de la mesilla. Don Tomás, el médico, sale y dice en voz baja, a todos y a nadie:

—¡Qué hombre! Es de hierro. Otro se hubiera muerto ya.

Después se queda agarrado a la muñeca del tío, tomándole el pulso. El tío comienza a abrir los ojos, a mirarnos a todos y alarga una mano y la pasa por encima de mi cuello. Nos pasamos la noche así. Él dormido respirando hondo, con su fuerte mano en mi cuello y yo resistiendo. Si me duermo, se muere, me repito. Como no consiguen quitarme de allí, mi madre me da café espeso y un poquito de aguardiente. Cuando me despierto, estoy de pie, caído sobre la almohada, envuelto en una manta, la mano del tío sobre el cuello. Mi madre está sentada a los pies de la cama en una silla baja y mi tía dormida en el sillón. Por el balcón entra la luz del amanecer. Me duelen todos los huesos y mi madre me coge arropado en la manta y me tumba en mi cama. Comienza a quitarme los zapatos, pero no sé si me los llega a quitar, porque me hundo en lo negro.

Después vienen los días mejores. El tío José se levanta de la cama y anda por la casa despacito, en zapatillas. Pero los tres sabemos, el gato, él y yo: está muerto.

Un día comenzó a andar en la cómoda y me llamó:

—Toma —me dijo—. Mi reloj de plata con las dos llavecitas. Te las he atado con un cordel para que no se pierdan. Los gemelos, el bastón de puño de oro, la sortija. —Se la sacó del dedo, donde bailaba, porque se había quedado muy flaco—. Dáselo a tu madre y que lo guarde para ti. —Después me dio un beso.

Se lo llevé a mi madre.

—¿Por qué te ha dado esto el tío? —me preguntó.

—No sé. Me ha dicho que lo guardes para mí, para cuando sea mayor. —Yo no quería decirle que estaba muerto. Ella fue a mi tío.

—¿Por qué le ha dado usted esto al niño?

—Mira, Leonor, a ti te lo puedo decir. Nunca más lo llevaré. Lo sé. Estoy muerto. —Y lo decía serenamente, con sus ojos grises mirándonos a mi madre, a mí y al gato. Como avergonzado de morirse.

—No diga usted tonterías. Se repondrá usted pronto, porque es muy fuerte y está muy sano.

—Tal vez me quieres engañar o no lo ves, como no lo ve el médico. Pero, es verdad. Yo sé que me quedan muy pocos días de vida. Lo siento aquí. —Se golpeaba el pecho suavemente—. Mira, el niño también lo sabe, ¿verdad? —y me miró a mí. Cuando el gato levantó la cabeza mirándole, agregó—: Y el gato también. Los niños y los animales sienten lo que no sentimos nosotros.

Por la noche, bajé por la leche y en la cochera aullaba un perro, como aúllan cuando hay muerto. El señor Pedro le apretaba la boca para que no se le oyera.

—Cállate, ¡condenado!

Volvía con el cacharro de la leche acordándome de lo que había dicho el tío. También los perros lo sabían. Estaba ya en la cama y se tomó el vaso de leche caliente, con las gotas de medicina que olían tan fuerte. Me senté en la cama, y me habló sin que yo supiera lo que me decía. Después de cenar solo, bajo la lámpara que se reflejaba en el hule de la mesa como un sol amarillo, me acostaron y antes le di muchos besos en la cara que pinchaba de pelos de barba. Le habían dejado en mi cama para que pudiera estar tranquilo y yo dormía en la habitación del fondo, al lado, en una cama improvisada.

El gato se subió a la cama conmigo, abrió el embozo de las sábanas y se durmió ronroneando. Nos dormimos los dos.

Me despertó el gato, desperezándose dentro de la cama y maullando bajito. Por debajo de la puerta de la alcoba del tío entraba una tira de luz

y todo estaba en silencio. El gato y yo escuchamos. De repente se llenó la casa de gritos.

Alrededor de la mesa del comedor se han sentado todos los parientes directos. Preside mi tía y yo al lado de ella. Están: el tío Hilario con su calva caoba y su tomate maduro en medio de la calva. La tía Braulia, con sus catorce sayas verdes, amarillas y negras de los trajes de fiesta. El tío Basilio, hermano del tío, con su cabezota y su corpachón metido en un traje de paño negro, espeso, que huele a naftalina. La tía Basilia, hermana de mi tía, viejecilla arrugada, chiquitita y gruñona, de bigote canoso de pelos sueltos, como los bigotes recortados de un gato, y su marido, el tío Anastasio, imponente en su traje negro, con tipo de capitán retirado, de bigotes embetunados y cejas gordas también charoladas. La abuela Inés, por voluntad expresa de mi tía que la ha mandado llamar, para que la ayude, porque ella entiende de estas cosas, ya que es la administradora de los bienes del señor Molina. Por último, el padre Dimas, como consejero espiritual de mi tía y último confesor del tío.

Mi abuela y el cura están codo a codo. Los dos gordos y los dos grandes. El cura pertenece a la raza de gordos blanduchos llenos de rollos de grasa en todas partes: en las múltiples barbillas, en las bolsas de los ojos, en las muñecas, en el pecho, en el estómago y en la panza enorme que le mantiene tirante la sotana, como un globo hinchado. Mi abuela pertenece a la raza de gordos de huesos grandes, macizos, que nunca se llenan de carne, con su mandíbula pesada, su nariz ancha y larga, sus brazos enormes, en la muñeca y en el codo los nudos de los huesos, que se salen de la piel. El cura es todo untuosidad y la abuela es agria y pincha como los erizos. Don Dimas no la conoce aún, ni puede imaginar que en una familia tan cristiana exista un enemigo tan irreconciliable de las sotanas.

El tío Hilario coloca sobre la mesa su mano martirizada de tierra y pregunta:

—Bueno, mujer, y tú, ¿qué piensas ahora?

—Para eso os he reunido. Para que me aconsejéis. Yo tengo una idea.

—Me choca —interrumpe mi abuela que está desazonada con la compañía del cura y no sabe cómo estallar.

—Déjame hablar, Inés —y prosigue—. Como afortunadamente el pobre Pepe ha dejado lo suficiente para que no me falte nada y yo no tengo a nadie en el mundo, fuera del niño —me da tres o cuatro besos rociados de lágrimas—, he pensado retirarme a una Santa Casa donde las hermanas recogen señoras como yo de pensionistas, y el niño que entre en un colegio.

El padre Dimas se mira cariñosamente las uñas de sus manos cruzadas sobre la barriga. Los paletos se miran unos a otros sin acabar de comprender muy bien lo que ha dicho. El tío Anastasio se retuerce nervioso el bigote. La abuela Inés se levanta pesadamente de su silla y desde allá arriba, donde tiene los ojos, mira las cabezas de todos y se encara con su víctima, la tía:

—Mira, Baldomera. Antes he dicho que me chocaba que tuvieras una idea y ahora lo repito. ¿De dónde te ha venido a ti esa idea?

—Es un consejo del padre Dimas —contesta la tía con la cabeza baja.

—¡Ah! ¡Vamos! ¿Con que ésas tenemos, padre Morcilla?

—Señora... —comienza el padre, rojo por el insulto.

—¡Qué señora, ni qué cuernos! A mí no me venga usted con ungüentos de esos que le sobran. Usted cree que yo me mamo el dedo. Mira, Baldomera, tú no sabes quién es esta gentuza y yo sí. Te metes en el convento, te tratan muy bien; el reverendo padre, que ves aquí, te visitará todos los días piadosamente. Al niño le cuidarán muy bien en el colegio, que por lo que dices no es el colegio donde está. ¿Verdad?

—No. Había pensado llevarle al colegio de Areneros.

—Exacto. El padre Morcilla «había pensado» llevarle al colegio de Areneros y ya está toda la combinación: al niño se le convierte en jesuita y a la tía se le hace que deje un testamento a favor del niño como heredero único. Después, todo se queda en casa, ¿verdad, padre Morcilla?

El cura se levanta a su vez, chispeándole sus ojillos de cerdo.

—Doña Baldomera, yo me retiro. Esto es intolerable. Mi sagrado ministerio me impide discutir con una mujerzuela. Ignoraba que en esta casa cristianísima hubiera personas semejantes.

Mi abuela le agarra de un brazo al padre y se lo tritura con sus dedazos:

—Pues claro que su Reverencia Ilustrísima se había creído que aquí no había más que idiotas, como esta pobre. Pero se ha equivocado, estoy yo. El chico no va al colegio de jesuitas, porque yo soy su abuela y no me da la gana. Baldomera se irá al convento si quiere, porque yo no soy su abuela ni su madre, que si lo fuera, con todas las canas que tiene le daba unos buenos azotes. Y lo de «mujerzuela», padre «embutido», es la primera y única vez que se lo permito, y esto por respeto al difunto. Porque la próxima vez, le pongo a usted los carrillos de doble tamaño.

La parentela ha comprendido perfectamente que se trata de captar a la tía y de que desherede a todos. Por la fama de don Luis Bahía conocen ya lo que son los jesuitas, y todos apoyan a la abuela calurosamente, mientras el padre Dimas se envuelve en su manteo que llena la habitación de remolinos de viento. La abuela le abre cuidadosamente la puerta. Cuando va bajando la escalera, no puede contener su rabia:

—¡Hala, hala! ¡Vete a tu agujero, cucaracha!

Y pega un portazo que bailan las copas del aparador sonando como campanitas.

Mi tía está asustada:

—Pero ¡mujer! ¿Qué has hecho?

—¿Que qué he hecho? Pues mira, aguantarme las ganas de liarme a bofetadas con el tío ese. Bueno, se acabó. Ahora se puede hablar en familia, sin padres postizos.

—Vosotros, ¿qué me aconsejáis? —pregunta mi tía.

El tío Hilario, cachazudo, toma la palabra el primero:

—Yo creo, salvo el mejor parecer de todos —«todos» es mi abuela que le está mirando muy seria—, que lo que debías hacer era venirte una temporada con nosotros al pueblo hasta que se te pase la pena. Luego, te puedes quedar allí, tranquilamente. De nada tienes que preocuparte. Las chicas te harán de todo y estarás como una reina. El Arturo, pues si es tu gusto, que siga estudiando y los veranos puede ir a verte.

El tío Anastasio deja de retorcer su bigote, apoya una mano en el borde de la mesa, cruza una pierna sobre la otra rígida y comienza a acariciarse la barbilla:

—Difiero de extremo a extremo con esa opinión. Claro que tú necesitas calor y cariño alrededor de ti. Pero tú no puedes meterte en un pueblo. Tú necesitas distracciones, moverte, salir, ver la gente. Con nadie mejor que con tu hermana y tu sobrina, que es tu ahijada —recalca—. Entre nosotros, ya sabes cómo vas a estar. A Arturo, le das a su madre lo que sea para que siga estudiando y a casa puede ir siempre que quiera. No digo que duerma allí, por que no hay comodidades, pero el día entero lo puede pasar contigo, si es tu gusto.

La abuela se calla, mirando a unos y a otros, y todos quedan en silencio. La tía espera que la abuela hable, y como no lo hace, se vuelve a ella, tímidamente, y le dice: —Y tú, ¿qué me aconsejas, mujer?

—¿Yo? ¿Que qué te aconsejo yo? Pues mira, te lo voy a decir, porque si no lo digo reviento. Y al que le pique que se rasque. Lo que te aconsejo es que no seas idiota. El difunto te ha dejado cuartos para que vivas bien. Te estás en tu casita con el chico, como has estado toda la

vida, tienes a Leonor que te hará las cosas, y haces lo que te dé la gana sin dar cuentas a nadie. ¿Es que eres tan estúpida que no comprendes lo que quiere toda esta gentuza? El cura, aislarte del chico y de la familia. La familia, aislarte del chico y de los otros parientes, y todos, entérate bien, todos, sacarte los cuartos. El coro de voces protesta:

—¡Inés! ¡Que nosotros lo que queremos es su bien! —¡Vosotros lo que queréis son los cuartos! Si el difunto la hubiera dejado con un trapo alante y otro atrás, veríamos quién era el guapo que la metía en casa, vieja, beata y gruñona como es. De todos los que estamos aquí, pueda ser que la única que la cogiera fuera yo, que todavía me sobra un cacho de pan para repartirlo con ella. Mira —agregó, volviéndose a mi tía—, déjate de consejos de familia. La familia y los trastos viejos, lejos. Aconséjate de quien no tenga nada que ver contigo y verás lo que te dice: que te estés en tu casa y que eches los cordones a la bolsa contra los pedigüeños que te van a caer encima como las moscas a la miel. ¿Tú sabes lo que es ser una buenaza como tú, que de puro buena eres tonta, con treinta mil duros, en una familia de hambrientos? Ya lo sabrás, ya.

El tío Hilario protesta muy digno:

—Aquí nadie ha pretendido quitarle nada.

—Sí, ¿verdad? ¿Cuánto le debes tú a Pepe? Porque ya le deberás más de los mil duros. Y claro, en cuanto te has enterado de la muerte de tu hermano, has venido con los cuartos, por si le hacían falta a Baldomera de momento. Por eso le he tenido yo que dar ayer mil pesetas para que pagara gastos sin preocuparse de nada.

El tío Hilario se sienta confuso, gruñendo:

—Así no se puede discutir.

—Pues claro que no. Así lo único que se puede hacer, si se tiene vergüenza, es coger la puerta y marcharse.

—Eso es faltar —contesta el tío Hilario.

—Pues aguantarse. La verdad siempre duele. Y la verdad es que todos habéis venido, como los cuervos, al olor del muerto, a ver la tajada que os lleváis.

La tía Baldomera ha roto a llorar y a gritar y la abuela termina la discusión con la mejor receta:

—Bueno, se acabó la cuestión. Y tú deja de llorar ya, que el difunto no va a volver porque llores. Vamos a rezar un padrenuestro, por si le aprovecha —y también le rezaré, aunque no creo en esas cosas—, y cada mochuelo a su olivo.

La tía comienza el padrenuestro, mitad riendo, mitad llorando. Cuando se quedan solas las dos viejas, se abrazan llorando. De repente la abuela se separa de ella, abre el balcón de par en par y dice:

—Que entre aire. Aquí huele a podrido.

Las oleadas de aire fresco se llevan el olor de sudores y el humo frío de los cigarros en nubes lentas, azules a la luz de la lámpara, que se estiran al salir.

La vida diaria es monótona. Por la mañana temprano, mi tía, aguzada su religiosidad, se va a la iglesia y no vuelve hasta las once o cosa así. Mi madre arregla las cosas de la casa y por la tarde se marcha a la buhardilla. Mi tía y yo nos quedamos solos. Yo leyendo en la mesa del comedor, ella dormitando en la mecedora, con el gato en la falda. Allá a las once o las doce se despierta sobresaltada, mira el reloj y nos acostamos juntos los tres: mi tía, el gato y yo.

Se ha recrudecido su cariño hacia mí y sus celos hacia mi madre. No nos deja solos un momento. Los jueves y los domingos, para que no me vaya con ella, sale conmigo a la plaza de Oriente o a la plaza de Palacio, se sienta en un banco y siempre encuentra una vieja a quien contar la historia del tío y soltarle unas lágrimas. En una de las buhardillas de casa vive la señora Manuela, que tiene un puesto de refrescos en la plaza de Oriente y muchas veces vamos allí. Mi tía se toma un refresco y cambia con la señora Manuela el recuerdo de sus maridos respectivos.

Desde que se ha muerto el tío, los parientes sienten un cariño ciego por la tía. Los de Brunete vienen casi todos los meses. La tía les ha roto todos los recibos de las deudas con el tío José. ¡El año ha sido tan malo para ellos! Cuando vienen, le traen unas gallinas y unas docenas de huevos gordos y frescos. Cuando se van se llevan cincuenta o cien duros. Su hermana viene a hacerle compañía muchas tardes y otras viene su hija, Baldomerita, la ahijada de mi tía, que la llena de besos y de abrazos. Como ella no los volverá a llevar, porque el luto no se lo quitará «hasta que el Señor se la lleve con Pepe», un día le regala los pendientes de oro y brillantes, otro la cadena de oro. Otro el alfiler de pecho. Otro las sortijas. Así van desapareciendo las alhajas, las peinetas de concha de carey altas, las mantillas nudosas de bordado espeso, el mantón de Manila de chinos de marfil, los trajes de seda bordada. Cuando llega su santo o una fiesta, siempre están mal de dinero y no pueden celebrarlo, y la tía saca un billete grande que mete a la sobrina en el escote, dobladito en dobleces pequeños. A la caída de la tarde, cuando mi madre se ha marchado o está a punto de marcharse, vienen la tía Eulogia y su hija Carmen, sobrinas de mi tía en el mismo grado que mi madre y yo. Siempre encuentran algo que arreglar en la casa, algo que coser, algo que planchar. Van sacándole los billetes de cien pesetas, uno a uno, entre halagos y mimos.

Todos se dedican a lo mismo: a mimarme y a acariciarme y a desprestigiar a mi madre, fomentando la fobia de mi tía. La situación entre mi madre, mi tía y yo es cada vez más tensa. Los motivos más mínimos producen discusiones tan punzantes como agudas. La tía llora en el comedor y mi madre llora en la cocina. Un día se acaba todo:

—Mire usted, tía, esto no puede seguir así. Usted y yo no nos entendemos. Ha sido usted muy buena con nosotros, pero esto se ha terminado. Yo me voy a la buhardilla; usted tiene ahora quien la sirva con mucho gusto y todos viviremos en paz.

—¿Y el niño? ¿Qué vas a hacer del niño?

—De eso, usted verá lo que dispone.

Yo no pinto nada en esta discusión y ninguna de las dos pregunta mi parecer.

—Si tú no quieres estar en casa, yo no te voy a obligar. El niño se puede quedar para que termine el preparatorio y luego veremos, si Dios me da salud, que haga la carrera como quería su tío.

—Entendidas —dice mi madre—. Usted busca a quien quiera y cuando me avise, dejo la casa.

Por la tarde, la tía Eulogia y Carmen se disponen a venir desde el día siguiente:

—Pues no faltaba más, mujer. Ya verás cómo estás atendida por nosotras. Ni al niño ni a ti os faltará nada.

La tía Basilia habla con la tía seriamente:

—¿Cómo se te ocurre, mujer? Salir de Málaga y entrar en Malagón. Echas a Leonor y tomas a Eulogia. No has escarmentado bastante. Ésas vienen a chupar. Tú lo que debes hacer es vivir con nosotros, que al fin y al cabo soy tu hermana. Si es por el chico, como no tenemos casa bastante y esta casa es muy grande, podemos venir a vivir nosotros contigo.

Pero mi tía no quiere tener en casa al tío Anastasio y se resuelve por la tía Eulogia. La Carmen dormirá en la casa y su madre vendrá por las mañanas y se irá por las noches.,

Todas las conversaciones son delante de mí. Nadie se recata para hablar. ¿Por qué? Mi tía me va a hacer ingeniero. ¿Qué más quiero? Tampoco les preocupo yo. Una vez dentro de casa, ellas se las arreglarán para echarme, más tarde o más temprano.

Mi madre recoge todas sus ropas y el señor Manuel viene por el baúl grande, pesado. Cuando se va escalera abajo, mi madre entra en el comedor.

—Bueno, tía, me marcho. Que lo pase usted muy bien. Cuando necesite usted algo, me llama por el niño.

Entonces yo, estallándome las lágrimas por dentro, digo: —Por mí no podrá avisarte, porque yo me voy contigo. —Me vuelvo a mi tía furioso—: Mi madre no se queda aquí y yo tampoco. Me voy a la buhardilla y se guarda usted los cuartos y la carrera, que yo sé trabajar. Si no ha tenido usted hijos, se aguanta, pero yo no dejo a mi madre. Usted se queda con su Baldomerita y su Carmencita y les da usted todo lo que quiera, las mantillas y los cuartos, porque es usted una tía egoísta. Mi madre ha sido la criada de usted doce años. Eso es lo que ha sido, para que usted se llene la boca de que la ha mantenido a ella y a mí de limosna, porque estábamos muertos de hambre. Y ahora vienen estas piojosas y les da el dinero, que lo he visto yo, y las alhajas y los trajes y todo porque le dan coba y la besuquean.

Hay en mí todas las iras; la de ver despreciada a mi madre, la de perder la carrera, la de ver gentes extrañas saquear la casa, y nadie puede hacerme callar.

—Cuente usted los cuartos. Sí —agrego mirando a mi tía—, los cuartos que tiene usted en la cartera del armario. Donde tiene usted las cinco mil pesetas y los resguardos del banco. Cuéntelos usted y verá que le falta. Luego dirán que se lo ha llevado mi madre, pero yo sé quién los ha cogido.

En la cocina meten ruido con los cacharros la tía Eulogia y su hija. Mi tía, descompuesta, va al armario. Faltan quinientas pesetas.

—¿Lo ve usted? Tenía razón mi abuela que es usted una estúpida. ¿Sabe usted quién se los ha quitado?

Me traigo de la cocina a la Carmen, agarrada del brazo: —¡Ésta, ésta se los ha llevado ayer! Lo he visto yo, aquí escondido —me meto detrás de una cortina—. Y su madre estaba mirando a ver si se movía usted de la butaca. ¡Anda, di que es mentira!. Carmen, que es poco mayor que yo, una niña también, rompe a llorar.

—¿Has sido tú? —pregunta mi tía.

—Sí, señora. Yo no sabía; me lo ha dicho mi madre.

Yo cojo a mi madre del brazo:

—¡Vamonos! ¡Ahí se queda usted bien enterada!

Nos vamos, mi madre asombrada, yo temblando de rabia y de excitación, cayéndoseme las lágrimas. En la calle ya, mi madre me va besando. La tía llama desde el balcón:

—¡Leonor! ¡Leonor! ¡Arturito!

Doblamos la primera esquina de la calle de la Amnistía y nos vamos despacio, sin hablarnos, por las calles llenas de sol, hasta la buhardilla. Allí mi madre se pone a arreglar las ropas del baúl. Yo la miro, sentado, sin decir nada. Se interrumpe y me dice suavemente:

—Habrá que ir a casa de la tía por tu ropa.

—Que se la meta donde le quepa —contesto furioso.

Y me tumbo en la cama grande de hierro donde duerme mi madre, llorando, con la cara metida en las almohadas que se mojan, sacudido de espasmos. Mi madre tiene que cogerme y darme cachetes, porque no puedo hablar. La señora Pascuala, la portera, me da una taza de tila con aguardiente; y me quedo allí tumbado como un fardo.

—Lo mejor es acostarle —dice la señora Pascuala.

Y entre las dos me van desnudando. Me dejo hacer, mirando el cuadrado de sol que entra por la ventana. Después me quedo dormido.

Mi madre baja conmigo al colegio, para despedirme de los padres. Van viniendo uno a uno y hablando con ella. El último es el padre rector, que se une al padre prefecto y a nosotros.

—Es una lástima —dice—. Este niño está particularmente dotado. Mire usted, nosotros comprendemos su situación. Le daremos al chico los estudios y la comida, porque a nosotros también nos conviene, y es una lástima que se pierda.

—Pero hay que vestirle, padre —dice mi madre.

—Mujer, ya arreglaremos eso. No le va a faltar ropa al chico.

Mi madre está inclinada a dejarme en el colegio. Ha aguantado a mi tía tantos años, que ¿qué no haría ella por mí? El padre rector corta la discusión:

—Mire usted. Al chico le tomamos nosotros como un interno más. Donde comen ciento, comen ciento uno. La ropa y los libros, ya lo arreglaremos. No se preocupe usted.

¿Y yo? ¿Yo no soy nadie? ¿Dispone todo el mundo de mí a su antojo? Todos quieren hacer conmigo la limosna y luego aprovecharse. Me tengo que meter en el colegio, estudiar como un burro, para que luego los curas hagan sus anuncios para atraer a los padres como el de Nieto, que me llamarán hijo de lavandera. —Yo quiero trabajar —digo de repente. —Bueno, bueno —dice el padre rector—. Tú no te preocupes de nada, que nada te va a faltar.

—¡No quiero más limosnas! ¿Cree usted que no lo sé? Llorando me salen las palabras a chorro: ya sé lo que es ser el hijo de la lavandera; sé lo que es que le recuerden a uno la caridad; sé lo que son los anuncios del colegio y lo que es fregar mi madre el suelo en casa de mi tía, sin cobrar sueldo. Sé lo que son los ricos y los pobres. Sé que soy un pobre y no quiero nada de los ricos. De la cocina del colegio me suben una taza de té y el padre rector me da de palmaditas en la espalda. Me tienen que dejar tumbado un largo rato en uno de los divanes de terciopelo de la sala de visitas. Los padres van viniendo a verme y a hacerme una caricia. El padre Joaquín se sienta a mi lado, me levanta y comienza a preguntarme qué me pasa. Le respondo exaltado y entonces me da cachetes en las manos y me dice:

—No, no. Despacito, como si te estuvieras confesando. El padre rector empuja a mi madre al otro extremo de la sala y quedamos allí los dos solos. Le cuento todo al cura que tiene mis manos entre sus manos grandes y me sigue dando en ellas golpecitos cariñosos, que me incitan a seguir. Cuando acabo, me dice:

—Tienes razón. —Se vuelve al padre rector y a mi madre.

Agrega muy serio—: No se puede hacer nada. A este niño le han estropeado entre unos y otros. Lo mejor es dejarle que vea la vida.

Cuando nos vamos, me machaca la mano entre la suya, en un apretón como el de los hombres, y me dice:

—A ser valiente, ¿eh? Que ya eres un hombre.

Subimos la cuesta de Mesón de Paredes, mi madre pensativa, yo orgulloso; ¡tengo razón! Lo ha dicho el padre Joaquín.

Por la tarde viene a la buhardilla la tía Basilia a ver a mi madre:

—Baldomera quiere ver al chico —le dice.

Antes que conteste mi madre, replico yo:

—Le dice usted que no me da la gana. Y además, aquí a la buhardilla no tiene usted que venir. Ya se ha salido con la suya de echarnos. Aquí no es la casa de la tía. Aquí es mi casa y no quiero que entre usted ni nadie. Le dice usted a la tía Baldomera que no voy porque no quiero. Que hay la misma distancia de aquí a allí que de allí a aquí. ¡Si el pobre tío José levantara la cabeza! —Me ciega otra vez la rabia y la cojo del brazo—: ¡Hala, hala! ¡A la calle, tía bruja, cotilla, lameculos! ¡Hala! A sacar a su hermana las joyas y el dinero y las ropas hasta que la deje en cueros. ¡Ladrona!

Pretende empezar a chillar. Pero la señora Pascuala, que está enterada de todo y ha venido al ruido de las voces, la coge del brazo:

—¡Márchese! El chico tiene razón, sí, señora, mucha razón. Lo mejor que puede usted hacer es marcharse. Y no me conteste usted, porque aquí soy yo la portera y no tolero escándalos. ¿Se entera? ¡Tía hambrienta! ¡Lo que tienen ustedes los señoritingos es hambre! ¡Pues no faltaba más! ¡Hala! ¡A la calle!

Y la lleva delante de ella a lo largo del pasillo de las buhardillas, sin que la tía Basilia se haya atrevido a decir una palabra. Si la dice, la señora Pascuala le pega. ¡Con las ganas que tiene ella de coger por su cuenta una señorona de éstas!

Entre mi madre y la señora Pascuala acuerdan que debo entrar de chico en una buena tienda. Con lo que sé, en cuanto pase el aprendizaje, seré un buen comerciante y haré carrera. Dos días después, mi madre me lleva a una tienda de bisutería de la calle del Carmen: La Mina de Oro. El dueño, don Arsenio, bonachón, bajito y tripudo concierta con mi madre las condiciones:

—Trabajar, hay que trabajar, pero el chico comerá como un príncipe. En mi casa se come mejor que en la de muchos marqueses. Tendrá la comida, ropa limpia y la cama. Diez pesetas al mes y las propinas.

Capítulo 2

Iniciación al hombre

Cuando el sereno se retira a dormir, a las seis y media de la mañana, da unos palos con el chuzo en el cierre metálico de la tienda. Arnulfo y yo nos despertamos. En el pasillo que forman las dos camas juntas, agachados, porque de pie damos con la cabeza en el techo, nos metemos los pantalones y nos lavamos uno detrás del otro en la palangana que hay a los pies de las camas. Bajamos, abrimos la puerta de entrada y barremos la tienda y las trastiendas. Después yo cojo un cubo de agua y una escalera. Voy limpiando los cristales uno tras otro. Hay cinco escaparates con cristales por dentro y por fuera. Cuatro espejos dentro de la tienda. Dos en la puerta de entrada. Una columna cuadrada forrada de espejos. Un mostrador, que es vitrina, forrado de cristal. La tienda entera es de cristal. En el cristal de los escaparates hay dedos marcados, manchones de nariz de miope, polvo, rozaduras, todas las porquerías que la calle tira durante el día contra las vidrieras. En los cristales del mostrador hay las mismas manchas y además manchas del tarro de goma de pegar las etiquetas, rayaduras de lápiz y de botones de bocamanga, manchones coloreados de las cajas puestas encima.

Todo tiene que quedar como un diamante. A las ocho don Arsenio baja, restregándose los labios grasientos, con su primer puro recién encendido y comienza a inspeccionar los cristales uno por uno, sin que ni una sola vez los encuentre bien. Después, bajo su inspección, mientras da chupadas al puro, de pie en la acera, contemplando su tienda, con una esponja lavo la portada de madera barnizada. Mientras tanto, viene Rafael que es el dependiente mayor, y cuando acabo de lavar la portada, don Arsenio nos manda a desayunar.

Arnulfo y yo subimos al último piso de la casa, donde vive don Arsenio, y, allí, su esposa doña Emilia y la criada nos sirven el desayuno, en la terraza si hace buen tiempo o en el comedor si el tiempo es malo. En general el desayuno consiste en un par de huevos fritos o en un filete o en un chorizo y un huevo frito, con un tazón de café con leche.

Comer bien es el orgullo de don Arsenio y a la vez la compensación del hambre que ha pasado toda su vida, hasta que ha llegado a ser independiente. Todos sabemos ya su historia, contada casi diariamente:

A los cinco años era pastor en las montañas de León y se alimentaba de sopas de ajo y leche agria. A los once, llegó a Madrid por la carretera, un pie tras otro, agarrado a la mano de su hermano, para entrar los dos como dependientes sin sueldo en La Palma —un establecimiento de la misma clase, el mejor de Madrid, aún existente—, cuyo dueño era paisano y reclutaba el personal entre los de su pueblo.

Las sopas de ajo de León las cambió por garbanzos duros con tocino y patatas con bacalao, régimen imperante en la alimentación de la dependencia de La Palma y la libertad de los montes por el encierro de la trastienda de donde sólo tenía derecho a salir una vez cada dos meses, para pasar una tarde de domingo con una peseta en el bolsillo, máxima cantidad que el dueño autorizaba como gasto de los chicos.

Veinte años estuvo allí encerrado. Siguiendo la tradición del comercio, entonces patriarcal, su amo le liquidó los ahorros y le avaló

un crédito. Así puso esta tienda que se había convertido en una mina de oro, con arreglo a su título pomposo que era éste. Entonces se casó con doña Emilia, una cocinera conocida tras el mostrador de La Palma, y los dos se dedicaron a engordar, cebándose de lo más sabroso que encontraba en el mercado la experiencia de su mujer.

Así, cada comida es una sorpresa en la que lo único seguro es no encontrar garbanzos, ni judías, ni bacalao. Abundan los filetes cubiertos de patatas fritas doradas, las rajas gordas de merluza, los conejos en salsa espesa, el cordero y el cochinillo asados, las lonchas de jamón crudo, cocido o frito, los pollos y las langostas. Cada comida tiene necesariamente tres platos y dos postres. Doña Emilia baja a veces a la tienda a media tarde o a media mañana y habla al oído de su esposo. A éste se le ilumina la cara redonda y cuando nos quedamos solos, se encara conmigo:

—A mediodía te vas a hinchar —me dice—. A ver si acabas de ser una lagartija. No te digo lo que vas a comer, pero luego me dirás qué te ha parecido.

A la media hora, vuelve a la carga, inquieto:

—¿Tú sabes lo que vas a comer hoy?

—Yo no, señor.

—Ya lo sabrás, hombre, ya lo sabrás. Ten un poco de paciencia hasta la una. ¿Tienes ya apetito?

—Un poquillo, don Arsenio.

—Pues prepárate; sobre todo no bebas agua ahora, que hincha el estómago y quita las ganas de comer. ¡Hala! Muévete, arregla esas cajas. Trabajando viene el hambre.

Baja de comer él con sus ojillos chispeantes y la cara enrojecida.

—Chicos, a comer, que se enfría; luego me diréis —y nos guiña un ojo golpeándose la tripa redonda—. ¡Cosa buena, ya veréis, ya veréis!

Arriba nos espera un pollo entero para Arnulfo y para mí, media langosta, una fuente de fruta cara y media tarta enorme llena de crema.

Una botella de vino, una taza de café. Arnulfo, que también ha venido medio muerto de hambre de un pueblecillo de Valladolid y yo que tengo buen apetito, nos comemos todo y bajamos congestionados. Nos metemos detrás del mostrador sin decir nada, porque la regla de la casa es no hablar al amo si éste no le habla a uno, salvo para las cosas del negocio.

Don Arsenio, en esta hora en que no vienen clientes, está sentado en una silla, envuelto en la masa de humo de su cigarro puro que se consume por las dos puntas: por la que arde con una brasa que casi es llama por la constancia con que chupa, y por la que tiene en la boca que los dientes van royendo en briznas que don Arsenio escupe, con saliva color café. Don Arsenio nos mira escrutador, para ver en nuestra cara el efecto de la comida.

—¿Qué, sanguijuela —yo no soy más que «el chico», «la sanguijuela» o «la lagartija»—, qué tal has comido?

—Muy bien, don Arsenio.

—Muy bien, muy bien. ¿Ya está todo dicho, no? Comerse un pollo como el que os habéis comido, doradito, relleno de picado de jamón, y media langosta con un tazón de mayonesa y la fruta y... el copón, ¿a eso lo llamas tú «muy bien»? Vamos a ver, ¿dónde has comido tú así hasta que has venido a casa?

—En ninguna parte.

—Pues ¡porra!, si no has comido así en tu vida, ¿por qué no decirlo?

Un día ha venido su hermano que es el dueño de una tienda igual en la calle del Pez y se ha interesado por mí.

—Un poquito flaco está —dice don Arsenio—, pero ya le cambiaremos. Que te cuente cómo come, porque a pesar de estar tan flaco, es un sabañón que creo come más que yo.

Como tengo mucha facilidad para hablar, me pilla de humor y hago una descripción fantástica de la comida, como nunca la ha oído don

Arsenio ni nunca podría hacerla. Primero me oye con asombro, y después se entusiasma.

—Este chico tiene un pico de oro. Oyéndole se le abren a uno las ganas de comer. Te voy a apuntar un duro en la libreta. Un duro que te regalo yo.

Saca solemnemente de la caja la libreta de sueldos y propinas y me anota cinco pesetas. Después, durante días me obliga a repetir a los amigos el discurso y hasta yo creo que los trae a casa con este único fin.

Rafael ha tenido que oírlo diez o doce veces, siempre con el mismo comentario:

—Vea usted, Rafael, lo que se ha perdido. No puede uno enamorarse. Eso de «contigo pan y cebollas» es un cuento. El domingo se vienen su mujer y usted a comer a casa. Ya le diré yo a Emilia que prepare algo bueno.

El domingo, Rafael y su mujer, una mujercita muy guapa, comen con nosotros. Comen con verdadera hambre, y como estamos solos en la terraza, la mujer va llenando el bolso, que ya trae vacío para eso, con todo lo que puede: trozos de carne, de pescado, frutas, queso, galletas. Invariablemente, al final de la comida doña Emilia sale con un paquete:

—María, ahí le he puesto unas cosillas para cenar.

El lunes Rafael soporta los comentarios de don Arsenio y al final, cuando nos quedamos los tres solos, se queja:

—Si este hombre me aumentara el sueldo con sólo lo que se gasta en convidarme, me solucionaba el problema.

Porque Rafael, el dependiente mayor, gana doce pesetas al mes, para vivir él, su mujer y lo que venga, que ya está en camino. Así que el pobre, para no gastar, se deja la barba que es negra, muy bonita, y se peina el pelo algo en melena. Su mujer le recorta el pelo y la barba, y sólo va a la barbería cada dos o tres meses, una vez. Para fumar, le guardamos las colillas de la tienda y luego las lava con vinagre y las

pone a secar al sol. Sin embargo, es un hombre muy cariñoso que siempre está contento con todo el mundo. Sólo los ojos los tiene tristes.

El negocio de la tienda son, principalmente, los velos y los adornos de cabeza. Además, vendemos cosas de mercería como botones, imperdibles, alfileres, gemelos, cintas de seda y una enormidad de cosas. Lo que más se vende son velos y unos botones nuevos que se llaman «a presión» que se cose la mitad a cada lado del traje y luego se unen apretándolos uno contra otro. Se venden a millares, pero don Arsenio está renegado porque tenía una gran cantidad de corchetes que ya no los quiere nadie. Lo que más trabajo da son los velos.

Están en cajas grandes, con treinta o cuarenta rollos, clasificados por dibujos, y el día entero se lo pasa uno sacando y metiendo cajas, que son casi tan grandes como yo y pesan mucho, y enrollando velos; porque las mujeres son inaguantables. Tenemos unos libros con cantos de metal y en cada hoja un modelo de velo. Pues las mujeres no pueden ver los velos en estos muestrarios. Hay que sacar cajas y más cajas, desenrollar un trozo de cada rollo y dejarlo colgando delante del mostrador. Cogen el rollo que más les gusta después de sobar el velo y se van delante del espejo a ponérselo delante de la cara, para ver si les va bien el dibujo y el color. Y así, con otro y con otro. Muchas salen de su casa a lo que llaman ir de compras y miran y remiran, para no comprar al final.

Don Arsenio y Rafael ya las conocen a la mayoría de ellas y las tratan lo peor que pueden, dejándolas solas sin atenderlas, hasta que se aburren y se van. Casi toda la clientela de velos es gente rica del barrio de Salamanca, a quien hay que llevar el velo a casa. De esto saco bastantes propinas que me recoge don Arsenio y apunta en el libro de mi cuenta. Después, de la cuenta compro lo que me hace falta para vestir y los domingos que salgo de paseo me da dos pesetas para que me divierta.

La clientela de adornos de cabeza está compuesta de todas las mujeres del barrio, la mayoría mujeres de mala vida que llenan la calle poniéndose en las esquinas del Carmen, de Mesonero Romanos, de la Abada y de Preciados en cuanto es de noche y aun a veces de día. Cuando vienen los guardias, para que no las lleven detenidas, corren y se avisan unas a otras. Así que no es raro ver de pronto doce o quince mujeres corriendo y metiéndose en los portales, porque viene *«la bofia»*. Pero yo creo que no tienen muchas ganas de cogerlas, porque después de un rato que han salido corriendo, viene una pareja de guardias y un policía con ellos, andando tranquilamente, sin molestarse en correr.

Éstas no vienen nunca a comprar a la caída de la tarde que es la hora en que vienen las otras dientas, porque si viene alguna, don Arsenio la echa sin ninguna consideración. Vienen por la mañana o después de comer, a veces desnudas con sólo una bata. Don Arsenio, que a esta hora está por la parte de afuera del mostrador, las toca el trasero y las pellizca. Rafael les toca los pechos y a veces mete la mano por el escote, y cuando hay más de una se aprovecha Arnulfo. Ellas se dejan hacer, porque así don Arsenio les rebaja los precios, pero lo que no saben es que siempre les pide más caro por lo mismo. Cuando baja doña Emilia y nos pilla en una de estas juergas, don Arsenio le da unos besos sonoros, la abraza y le dice que no se enfade, porque hay que hacer así el negocio.

Arnulfo, que tiene diecisiete años, está loco con las mujeres. Cuando nos vamos a acostar, me cuenta todas sus aventuras con las golfas del barrio y luego la mayoría de las noches se masturba. Tiene la cara amarilla y una tosecilla seca, y don Arsenio, algunas veces, le mira cuando tose y le dice que se va a quedar tísico de tanto «tocar a misa».

Además del comer, don Arsenio tiene la pasión del gramófono.

Una vez estuvo en París con doña Emilia y de allí se trajeron un gramófono Pathé, con una bocina muy grande de madera y otra de

metal y una caja llena de columnas y guirnaldas de bronce. Es el gramófono más grande que he visto en mi vida y en él se pueden tocar discos de medio metro de diámetro que tienen óperas enteras. Cuando cerramos la tienda, a las diez de la noche, monta el gramófono en el mostrador y saca las cajas de discos. Tiene cientos de discos de todas clases. Como la puerta de la tienda se ha quedado abierta y doña Emilia no baja, porque se acuesta temprano, van viniendo los amigos que son los comerciantes de al lado; el dueño de la tienda de alfombras, el tendero, el relojero, el juguetero, y se sientan todos a escuchar. A las once o por ahí, que ya pasa poca gente por la calle, las golfas se van agrupando en la puerta para oír y a la vez llaman a los que pasan. Algunas veces le dicen al hombre que se espere a que termine la pieza.

A mí me gusta oír el gramófono aunque nos acostamos tarde, pero lo malo es el sábado. Como al otro día no se abre la tienda, el sábado se reúnen todos los amigos y se ponen a jugar al tresillo o al julepe. Arnulfo y yo nos quedamos detrás del mostrador mirándoles. A mí me mandan por tabaco, por café, por bocadillos o pastas, por cerveza, por coñac. Así se están hasta las cinco o las seis de la mañana. Después de la una ya no me puedo tener de sueño. De madrugada, suelen entrar el sereno y los guardias a que les den un café o una copa y también entran las golfas que son clientes; gastan bromas con todos, se dejan sobar y se comen las pastas y los bocadillos a cambio. El domingo no tenemos obligación de levantarnos hasta la hora de comer. Comemos y nos vamos de paseo hasta las nueve de la noche, que venimos a cenar y a acostarnos. Los domingos me voy a la buhardilla con mi madre. Rafael está también en una tienda de comestibles al lado de casa y la Concha está sirviendo en la misma calle. Muchos domingos nos reunimos todos, y nos vamos juntos a merendar al campo. Otras veces no sale mi madre, y Rafael y yo nos vamos al teatro o al cine. Rafael fuma ya y yo fumo alguno que otro pitillo cuando voy con él, pero no me gusta el tabaco y además estoy tan delgado que me da miedo que me dañe el pecho.

Mi tía Baldomera, a los pocos días de empezar yo a trabajar, estuvo en la buhardilla. Cuando se enteró que estaba en una tienda de chico, empezó a llorar. Mi madre y ella hicieron las paces y muchos domingos va a la buhardilla. Los domingos que no va, vamos Rafael y yo a su casa. Rafael me espera abajo, porque mi tía no quiere que vaya con él. Yo estoy un rato con ella y le saco un duro para ir al cine. Me lo da siempre a condición de que no vaya con Rafael. Siempre llora y quiere que salga de la tienda y vuelva a vivir con ella. Pero yo le digo que eso se ha terminado, que no necesito nada y que estoy muy contento de trabajar. Ella no quiere que sea chico de tienda y que friegue los cristales. Mientras esté allí la tía Eulogia, yo no vuelvo.

Cuando voy este domingo a casa, hay una novedad. Ha venido la tía a decir a mi madre que ha echado a la tía Eulogia porque estaba ya harta de que la robara, y que volviéramos a casa mi madre y yo. Mi madre le ha contestado que ella irá todos los días a hacerle la casa y la comida como antes y que yo, ella no se mete en nada y me deja en libertad de hacer lo que quiera. Nos pasamos la tarde hablando mi madre y yo, y no voy a ver a mi tía, porque no sé qué decirle.

El lunes por la mañana, mi tía se presenta en la tienda. Don Arsenio cree que es un cliente, porque no está enterado de la historia, y cuando le pregunta lo que desea, se echa a llorar, se sienta en una silla y dice:

—Vengo a por el niño.

Don Arsenio se queda de piedra y cree que se le ha metido una loca en la casa.

—¿A por el niño? —pregunta.

—Sí, señor, a por el niño. Sabe usted, ha sido una locura. Afortunadamente, el niño no lo necesita, porque en casa no le falta nada.

—Sí, señora, sí, tiene usted razón. Cálmese, eso no será nada. Veremos de arreglarlo lo mejor posible.

—¿Dónde esta el niño?. ¿Es que ha salido?

Don Arsenio pierde la paciencia:

—Pero ¿qué niño, ni qué ocho cuartos, señora?

Cuando bajo de desayunar me encuentro a don Arsenio furioso, escuchando la historia de mi tía, y a mi tía llena de lagrimeos. Rafael y Arnulfo se están divirtiendo a cuenta de los dos detrás del mostrador y yo me siento completamente ridículo. Le doy un beso.

—¿A qué ha venido usted aquí? —le pregunto.

—¿Esta señora es tu tía? —me pregunta don Arsenio.

—Sí, señor. —Comienzo a contarle la historia a grandes rasgos pero me interrumpe.

—Bueno, ya lo sé. Me lo ha contado ella tres veces ya. Ahora, ¿qué pasa? Porque las visitas al personal —dice pomposo. — están prohibidas en las horas de trabajo salvo casos urgentes.

—¿Qué quiere usted que yo le haga? Ella es así. Yo no sé a qué ha venido.

Mi tía se serena entonces:

—Mira, hijo, he0venido a por ti. Ya te habrá contado tu madre que hemos hecho las paces. Ya se ha marchado Eulogia, que bien harta estaba de ella; y lo que me ha robado, hijo, ¡lo que me ha robado! Si siguen más en casa, no dejan ni los clavos. Ahora te vienes conmigo y si quieres trabajar ya te buscaremos una cosa buena. Todo menos ser tendero. Anda, coge tus cosas, despídete de estos señores y vámonos, que salgamos de aquí. ¡Señor! ¡Señor! ¡Pobrecillo, lo que habrá padecido!

Don Arsenio estalla al verse tratado despectivamente: —Oiga usted, señora... ¡o lo que sea! El ser tendero, como usted dice, es una profesión muy honrada. Y aquí no nos comemos a los chicos. Seguramente que, con todo su postín, no le dará usted de comer como come en mi casa.

—Habrá que ver lo que da usted de comer a la dependencia. —¡Mejor que le daría usted, señora! ¡Hemos terminado! Entérese bien de lo que voy a decir. El chico lo ha traído aquí su madre y a mí no me

importan las historias de familia. El chico no sale de aquí mientras su madre no venga a por él y él quiera marcharse. Yo no sé quién es usted ni me importa, pero el chico es un menor que está a mi cuidado y aquí mando yo. De manera, señora, que por la puerta se va a la calle.

Sigue una escena de abrazos, sollozos y besos. Mi tía mete mano al bolsillo y saca un billete de cinco duros.

—Toma, hijo, para que te compres lo que te haga falta. Don Arsenio le devuelve el billete:

—El chico no necesita nada, señora. Tiene él su dinero ahorrado y no le hacen falta limosnas para engatusarle. Y márchese usted ya porque yo no necesito que vengan clientes y encuentren aquí plañideras.

Cuando se marcha, consigo calmar a don Arsenio, asegurándole una y otra vez que mi tía está chiflada y que yo no me quiero ir de la tienda para volver otra vez a su casa. Mi afirmación de que en su casa se come mejor que en casa de mi tía le deja completamente satisfecho. El domingo le digo a mi tía que sigo en la tienda porque estoy bien y me gusta.

Se pasan unas semanas tremendas. Cuando salgo por la mañana a limpiar los cristales de la tienda, se presenta mi tía con dos o tres churros en la mano, con mucho miedo de encontrarse con don Arsenio. Me da muchos besos, me da la lata con volver a casa y se queda allí al pie de la escalera gritándome a cada momento que me voy a caer y me voy a matar, que me van a salir sabañones del agua fría, que podía estar aún durmiendo en mi cama tranquilamente, que comeré poco, que me acostaré tarde, que tal y que cual. Como todos los chicos de todas las tiendas están a esta hora limpiando como yo, todo el mundo me toma el pelo. Acabo por decírselo a don Arsenio y el hombre baja una mañana temprano, le arma un escándalo y la echa. No vuelve, pero a los dos o tres días, cuando voy a llevar un velo a la calle de Ferraz, me la encuentro en la esquina. Desde entonces, se pasa los días detrás de las esquinas y cuando menos lo espero está a mi lado. Llega a convertirse

en una verdadera pesadilla. Al mismo tiempo me da lástima y también quisiera dejar la tienda por otra cosa mejor. En la tienda se han enterado de que viene a buscarme y todos me gastan bromas, hasta las golfas de la calle que, como siempre están en las esquinas, ya la conocen.

El gramófono resuelve la cuestión:

Don Arsenio ha organizado un concierto en la terraza de su casa para esta noche, y, después de comer, nos dice a Arnulfo y a mí:

—Subidnos el gramófono. Tú —le dice a Arnulfo—, subes la caja; y tú —a mí—, la bocina. Pero con mucho cuidado que no se os caiga por la escalera.

Cuando salgo por la estrecha puerta de la tienda, la bocina tropieza con la luna del escaparate. No pasa nada, pero don Arsenio que está de mal humor, no sé por qué, viene a mí hecho una fiera; me da un cachete en el cogote y grita:

—¡Estúpido! ¡Hijo de zorra! —Es una palabra que dice muchas veces—. ¿No tienes ojos en la cara?

Me revuelvo al cachete y al insulto. Entro de nuevo en la tienda y, furioso, le grito en la cara:

—A mí no me pega usted, ¡cerdo cebado! ¡El hijo de zorra lo es usted y toda su familia! ¡Métase el gramófono donde le quepa! —Y tiro contra el suelo la bocina.

A los cinco minutos estoy en la calle perseguido por las voces de don Arsenio.

Me quedan dos caminos: ir a casa, a la buhardilla, contar a mi madre lo que me ha pasado y buscar otra tienda. O marcharme a casa de la tía, pero esto sería claudicar. Son las tres y media. A esta hora mi madre está en casa de la tía. Me voy allí. La tía se pone contentísima de verme y cree que he ido a algún recado cerca y he subido a verla. No le digo nada. Me meto en la cocina con mi madre y le cuento lo que ha pasado:

—Bueno, no te apures, buscaremos otra tienda.

Pero, claro es, mi madre tiene que contárselo a mi tía.

Aquella noche me quedo a dormir con ella. Tumbado en mi cama dorada, miro el techo plano, brillante de estuco, tan alto sobre mi cabeza. En la buhardilla, los pies de mi cama rozan el techo inclinado de yeso que mancha de blanco las barras verde sucio.

Capítulo 3

Retorno al colegio

El alto armario de roble está todavía lleno de las ropas del otro. Los dos trajes de marinero, el azul y el blanco, en sus perchas curvadas. Los pantalones cortos cerrados en la rodilla por una goma que deja la huella roja en la piel. La hilera de delantales de dril rayados en cuadraditos diminutos. Las pecheras de piqué color crema. Los cuellos almidonados planos. Las chalinas de seda. Las gorras escocesas y la boina de bajar a la calle. La cartera roja del colegio.

La tía va sacando prendas y colocándolas sobre la cama. Las conozco todas una a una, como se conocen las cosas que hemos llevado sobre el cuerpo, pero me parecen cosas ajenas, cosas de otro.

—¿Qué hacemos con todo esto? —me pregunta mi tía.

Desde la superioridad de mi traje de «hombre» a medida, impecable, sin más arruga que el bulto del reloj de plata del tío, amarrado a una cadena de oro barbada, le contesto:

—¡Bah! No faltará algún chico que lo necesite.

La tía va doblando las prendas una por una y metiéndolas en el cajón de abajo del armario, prodigando las bolas de naftalina entre pliegue y pliegue.

—Lo guardaremos. Por si hace falta —dice mi tía.

¿Creerá que voy a volver a ponerme estas ropas? Me miro en el espejo grande de la sala, un espejo que llega al techo, de marco dorado, ligeramente inclinado en reverencia hacia el suelo. Con el sombrero flexible, tengo más estatura que muchos hombres, solamente estoy muy delgado y la cara es de niño.

—Me voy —digo a mi tía.

—A ver dónde vas y lo que haces. No tardes.

—Voy a ver a los amigos y vengo pronto.

Comienzo a bajar la escalera silbando a pleno pulmón, como siempre. En el piso siguiente me callo. ¿Está bien que baje silbando y

dando brincos, como cuando bajaba a jugar a la calle con el pan de la merienda en la mano? El señor Gumersindo, el portero, me coge en el portal y me para.

—Está muy guapo el señorito.

Se acabó el «Arturito» que era yo para el portero. Ahora soy el señorito. Calle arriba, busco a mis amigos de la calle. Están en la plaza de Ramales en un grupo, jugando al paso, discutiendo si uno de ellos —Pablito el yesero— ha pisado o no la raya y debe quedarse. Mi llegada corta la discusión. Tengo que contar mis aventuras de dependiente de la tienda y mi próxima entrada en un banco como empleado. Todos los chicos me escuchan entusiasmados. Cuando se cansan, el que se quedaba en el juego coge una china y lleva sus dos manos a la espalda; después de unos manejos a es condidas, me presenta los dos puños cerrados:

—¿Juegas? —me dice.

De buena gana jugaría. Pero ¿cómo se puede jugar dentro de un traje de hombre, con un reloj de plata en el bolsillo y una cadena de oro cruzada sobre el chaleco?

—No —le contesto. Después agrego, suavizando la negati—va—: Con esta ropa, no se puede saltar al paso.

Me quedo un rato mirándoles brincar, un poco azorado, sintiéndome ridículo y acabo por marcharme con un «hasta luego», que en realidad es «hasta nunca». Bajo a la plaza de Oriente, llena de sol, y me meto en la plaza de la Armería. La cruzo entera hasta los balcones de la Casa de Campo. En la plaza juegan chicos mucho mayores que yo, con sus pantorrillas al aire, sus blusas y sus delantales. Pero yo ya no puedo jugar. Soy ya un hombre y debo tener seriedad. Dentro de unos meses estaré trabajando en un banco. Porque las oposiciones, no tengo ninguna duda que las ganaré.

Está todo arreglado: don Julián, el empleado del banco que va al Café Español, me recomienda a los directores. Él es uno de los jefes de

Bolsa y lleva treinta años en el banco. Los directores le quieren mucho y basta que yo haga bien el examen de ingreso. Para esto me falta aprender algunas cosas de contabilidad muy fáciles y esto está también arreglado. La Escuela Pía tiene una clase de comercio para los chicos pobres y desde el lunes voy a ir a ella.

Con la tía, las cosas se han arreglado como si no hubiera pasado nada. Mi madre va por la mañana y se marcha por la noche. Podría dormir en casa de la tía porque la Concha y Rafael están trabajando internos, pero no quiere. Dice que tiene su cama y que no la deja otra vez, y yo creo que tiene razón.

Digo que no ha pasado nada y han pasado muchas cosas. Ahora soy yo el que manda. Cuando quiero salir a la calle, no tengo que preguntar si puedo ir a jugar. Cojo el sombrero y digo:

—Me voy.

No tengo que abrir el aparador a escondidas para comerme las galletas y luego dejar la puerta abierta con migas en el suelo, para que crea la tía que la ha abierto el gato y se las ha comido. Ahora abro el aparador, pongo tres o cuatro galletas en un plato y me las como. Después me echo un vasito de vino rancio y me lo bebo. La tía me mira entusiasmada. Cuando salgo a la calle me pregunta si llevo algún dinero por si me hace falta algo, y siempre tengo dos o tres pesetas en el chaleco. Antes, para sacarle una peseta había que contarle una historia.

Voy a ver a Ángel. Aquí en los balcones de Palacio no hago nada contemplando como un tonto el Campo del Moro y la Casa de Campo. Es la hora de calma en el café. Ángel está solo sentado en el rincón de la entrada, preparando el papel no vendido del día anterior para devolverlo a los corredores. Cuando me ve, parece que se pone triste.

—Hola, Arturo, ¿qué haces? —me pregunta.

Tengo prisa por contarle toda la historia de lo que me ha pasado. La tienda, mi tía, el banco, don Julián. Me escucha callado, con su mueca

de vejete. Cuando acabo, me golpea el hombro con su mano, negra de la calderilla y de la tinta de los periódicos.

—Ya no vocearemos más el Heraldo por la noche.

Del fondo del armario saca un montón de novelas y me las alarga.

—Escoge las que no hayas leído.

Voy pasando los cuadernos de Novelas Ilustradas y apartando los que no tengo. Ángel no hace más que mirarme.

—Bueno. Mira. Me voy a llevar éstas. Luego subes a casa y escoges las que tú quieras de las mías.

—Yo no subo a tu casa, porque a tu tía no le va a parecer bien. —Sí, tonto, verás —le digo—. Desde esta noche subes a casa el periódico porque te lo he mandado yo. Y te quedas un rato conmigo. Ya lo arreglaré yo con la tía. Sale Pepe el camarero y se asombra al verme:

—¡Caramba, Arturito! Cuánto tiempo sin verte. Pero ya estás hecho un hombre. —Me mira de arriba abajo—. Y doña Baldomera, ¿cómo está?

—Bien. La pobre, siempre con su tristeza por la muerte del tío. —Pobre don José. Era muy buena persona su tío. ¡Cómo pasa el tiempo! Cuando vino usted por primera vez al café, era de mantillas y yo no tenía canas. Claro que ya no volverán ustedes por aquí, pero tú sí vendrás a saludar a los viejos amigos. Manuel, mi chico, ya le conoces, está tan hombre como usted. Él solo, con su madre, defiende ya la tabernita.

—Pero hombre, Pepe —le digo mitad alegre y mitad avergonzado—, ¿cómo me va usted a llamar, de tú o de usted?

—No sé, sabe usted. La costumbre. Claro, uno está acostumbrado a ver al Arturito y así de pronto, no se hace uno a la idea.

—Pero yo sigo siendo el mismo. Y quiero que me siga llamando de tú.

El viejo me da un abrazo, besándome en la boca con su bigote cano, como todas las noches cuando venía con mi tío, pero mucho más

cariñosamente. Después se ha sentado en la banqueta de Ángel, y con el paño blanco que lleva en el brazo se ha restregado los ojos.

Me marcho con mis novelas bajo el brazo. No quiero ir a casa aún. Quiero ver el barrio, los chicos, y... ¿por qué no decirlo? Quiero jugar.

Desde la plaza de Isabel II me vuelvo a casa despacio.

—¿Qué te pasa, hijo? —me pregunta la tía—. Tienes cara disgustada.

—Nada, no me pasa nada.

Me siento en una silla a leer una de las novelas. El gato está en su cuadrado de alfombra, sentado, mirándome. El resto del balcón está vacío. No puedo seguir la lectura. Me levanto y me voy a mi alcoba. Del cajón de abajo del armario saco unos pantalones cortos. Me desnudo y me los pongo; me quedo en mangas de camisa y salgo así al comedor, notando en las pantorrillas la frescura del aire.

—Me he quitado el traje para no arrugarle —explico a mi tía.

Y me tumbo a lo largo en el balcón, el libro entre el gato y yo. Mis pelos rozando la cabeza del gato que alarga la pata y golpea rápido la hoja del libro cuando la vuelvo. Tiene ganas de jugar y se tumba, con su panza blanca al aire. Entre sus cuatro patas meto mi cabeza y me alborota todos los pelos que le hacen cosquillas.

Del balcón de enfrente, me llama doña Emilia:

—¡Arturito! ¿Ya has vuelto, rico?

El gato salta y se escapa. Y a mí me da vergüenza de mis juegos de niño. Le contesto rápidamente, me meto dentro y cierro el balcón. Después, lentamente, me vuelvo a vestir el traje de hombre y sigo leyendo, sentado en la mesa del comedor, sin enterarme de lo que dice el libro.

La dase de comercio dura desde las diez de la mañana hasta las once y media, y por la tarde hay otra hora de taquigrafía. La clase de la mañana la da el padre Joaquín, la de la tarde un taquígrafo del Senado. Voy antes de las diez y busco al padre Joaquín en su cuarto, abierto

como siempre a los cuatro vientos con su atril y sus pájaros alrededor de la ventana. Está leyendo.

—Entra —contesta a mis golpecitos en la puerta—. ¡Ah! ¿Eres tú? —Se levanta y me da un abrazo—. Qué, ¿tienes muchas ganas de estudiar otra vez? Eso no te será difícil. En un par de meses estás al corriente. Vas a bajar a clase para que sigas a los demás, pero yo te enseñaré todo esto fuera de las horas de clase, de una manera mucho más rápida que a los chicos. Y luego a trabajar y a ganar la vida. Porque ya eres un hombre, ¿eh?

Bajamos juntos a clase. Cuando entramos, los chicos, como siempre, se ponen de pie.

—Sentarse —dice el padre Joaquín.

Vamos hasta la tarima y allí, dirigiéndose a todos, les dice:

—Desde hoy tenéis un nuevo compañero que muchos de vosotros ya conocéis. Viene con nosotros un poco de tiempo para estudiar la contabilidad, porque ya está trabajando y lo necesita. Correrse todos un puesto para que pueda sentarse aquí. Como sabéis, en esta clase no hay primero ni último, pero hay que dejarle el primer puesto porque se lo merece.

Quedo allí, en el extremo del primer banco, y comienza la lección. Una lección casi enteramente dedicada a ponerme al corriente de la marcha del curso, para que pueda seguir a los demás. Me es muy fácil coger el hilo general, hojeando el método que me ha dado el padre Joaquín. Los chicos me miran y cuchichean entre ellos. Muchos miran el sombrero colgado en la percha con las gorras y las boinas de los demás. Ninguno me habla. Son todos chicos pobres del barrio. A algunos los conozco, pero cuando intento hablar con ellos, se cierran como las almejas y me contestan con un ¡hola! y con «síes» y «noes».

Cuando acaba la clase, subo con el padre Joaquín a su cuarto y charlamos un poco.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

—¿Qué quiere usted que le diga? —Me cuesta trabajo hablar. Estoy de pie al otro lado de la mesa, con mi sombrero entre las manos. El padre Joaquín se levanta, da la vuelta a la mesa, me pone una mano en el hombro y me atrae suavemente hacia él. —Vamos a ver, cuéntame. ¿Qué te pasa?

—No lo sé. Es una cosa muy rara. Todo me parece distinto. Hasta las piedras del claustro que las conozco una a una. Todos me parecen otros: los chicos, usted, el colegio. Hasta la calle de Mesón de Paredes. Cuando he bajado esta mañana era una calle distinta. Veo a los hombres, a las mujeres, a los chicos, las casas, todo, absolutamente todo, distinto. No sé cómo. No sé explicarlo.

Entonces el padre Joaquín se me queda mirando un poco, de frente, en los ojos.

—Pues claro, hombre, claro que ves todo distinto. Pero todo es igual. El que es distinto eres tú. Mírate. ¿Qué llevas en los bolsillos? A ver, enséñamelo. —Insiste ante mi extrañeza—. Sí, hombre, sí, enséñame todo lo que llevas en los bolsillos.

Voy sacando, confuso, el pañuelito de seda del bolsillo del pecho, la cartera de piel nuevecita, el reloj de plata, el pañuelo doblado, dos pesetas, un lápiz automático, un cuadernito de apuntaciones. No hay más.

—¿No llevas más?

—No, señor.

—¡Caramba! ¿Y qué has hecho de las bolas y del peón? ¿No llevas chapas, ni cajas de cerillas, ni fototipias, ni cordeles para jugar a justicias y ladrones? ¿No llevas ningún bolsillo roto, ni te faltan botones, ni llevas manchas de tinta en las manos?

Debo de tener una cara muy ridicula. Él va recogiendo burlón todas las cosas, una por una, me las va metiendo en los bolsillos:

—El pañuelito de seda para estar guapo. ¿Qué, ya miras a las chicas? La cartera para guardar los cuartos. Todavía no hay billetes

dentro, pero ya vendrán. Tiempo requieren las cosas. El reloj de plata, para saber la hora. Ya no hace falta mirar los relojes de las tiendas y bajar corriendo la calle porque se hace tarde. Ni esperar la campanada de la torre.

Me pone las dos manos en los hombros, sus dos manos grandes de hombrón vasco, y me mira otra vez, cara a cara.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado ya?

—Sí, señor —le digo.

—Si vas a ver al padre Vesga —agrega burlón—, te dirá que has perdido el estado de pureza. Yo te digo simplemente que has dejado ya de ser niño.

En la compañía de mi tía y de mi madre, el padre Joaquín se convierte en la única persona con la que puedo hablar y discutir. De lo que menos hablamos es de contabilidad, que me resulta una cosa sencillísima. Muchas veces salimos juntos a rebuscar libros en el Prado o a ver los museos y hablamos; hablamos como si fuéramos un padre y un hijo carnales. Un día me dice el padre Joaquín:

—Mañana hay comunión. Tú, ¿has dejado ya la costumbre de comulgar todos los meses?

—Sí, señor.

—Claro, es lógico. De todas maneras, si quieres, puedes comulgar mañana.

Al día siguiente voy al colegio y bajo a la iglesia con el padre Joaquín.

—¿Qué has pensado? —me dice.

—Voy a comulgar —le contesto.

—Si quieres, espérame allí para confesarte.

Cuando me coge en el confesonario me dice:

—Bueno, cuéntame tus pecados.

—¿Qué voy a contarle a usted?

¿Qué voy a contarle a este hombre que conoce mis últimos pensamientos, como no los conoce mi madre, ni aun yo mismo, porque muchas veces es él quien me los aclara?

—También es verdad —contesta—. Vamos a rezar los dos un padrenuestro por el alma de tu tío.

Después desayunamos en su cuarto un chocolate espeso con bollos y un vaso de limonada.

Cuando vuelvo a casa, todo está lleno de luz.

A excepción del padre Joaquín, me encuentro aislado de todos los demás. Es una cosa que veo claramente. Todos los conocidos han dejado de tratarme como niño, pero ninguno quiere tratarme como hombre. Yo comprendo que hay muchas cosas de las que no pueden hablar conmigo, pero yo necesito hablar y que me hablen, enterarme de las cosas. Los mayores no se enteran de que, conmigo, hacen el ridículo. Si llego yo cuando están hablando de mujeres, se callan y cambian de conversación, para que yo no me entere porque soy un chico. No saben que estoy enterado de todo lo que pueden contar. Arnulfo me contaba en la trastienda, con todos los detalles, hasta los más mínimos, sus relaciones con todas las golfas del barrio y sé más de esto que muchos que se callan cuando llego. La gente es toda ella hipócrita o bruta. ¿No lo ven que estoy solo? Necesito jugar. He comprado un montón de herramientas y estoy construyendo una máquina de vapor pequeñita. Me hago mis dibujos y mis piezas en chapa de latón. He comprado un tratado de máquinas de vapor y copio los dibujos. Es un libro antiguo y las máquinas son de hace treinta años. Pero me basta porque lo que yo quiero hacer es una máquina muy sencilla. La tía se enfada conmigo porque me mancho las manos y le ensucio la casa. Los domingos me voy al Rastro a comprar las piezas que me hacen falta.

El Rastro está en el barrio del colegio. Desde la plaza de Cascorro hasta el Mundo Nuevo, hay una cuesta muy empinada que se llama la

Ribera de Curtidores. Muy cerca está el matadero y las pieles de todas las reses que se comen en Madrid vienen a parar aquí a las fábricas de curtidos. A ambos lados de la calle hay fábricas de éstas, que son unas construcciones de cuatro y cinco pisos de vigas de madera, abiertas por todos los lados. En las vigas cuelgan las pieles a secar por el aire y el sol que entra por todas partes Hay en el barrio un olor acre de la carne podrida de las pieles, que se agarra a la garganta. En las aceras de la calle se ponen los vendedores de cosas viejas y allí se encuentra de todo, menos lo que se busca.

Todas las cosas viejas que se desechan de las casas, allí se venden. Hay ropas usadas de hace cincuenta años, faldas con su miriñaque de mimbre, ya podrido, dentro. Uniformes de la época de Fernando VII, muebles, cuadros, alfombras, tapices, instrumentos de música abollados, cacharros de todas clases, estuches de cirugía roñosos, bicicletas viejas con las ruedas torcidas, relojes absurdos, verjas de hierro, lápidas de sepulturas con el nombre carcomido, coches viejos con las ruedas rotas o un agujero en el techo por el que cae el sol sobre el resto de terciopelo del asiento, gatos, perros y loros disecados, saliéndoseles las tripas de paja, anteojos de larga vista de un metro de largo que se cierran como un acordeón, brújulas de barco, armas de Filipinas, decoraciones y cruces viejas del pecho de algún general, libros, papeles, tinteros de cristal gordo o de barro vidriado. Hierro viejo, mucho, mucho hierro viejo: barras retorcidas que nadie sabrá decir qué fueron, aros, tubos, piezas de máquinas pesadas, ruedas dentadas descomunales que dan escalofrío de pensar en la mano triturada por sus dientes, yunques con la nariz rota, rollos de alambre llenos de ocre de la roña, herramientas: limas desgastadas con los dientes embotados de limaduras, martillos de formas inverosímiles, tenazas de labios carcomidos, alicates con la pata rota, escoplos desbocados, cinceles, taladros, barrenas, escuadras. Hay alimentos: chorizos cubiertos de moho, galletas apolilladas, tocino vivo, quesos

acartonados, dulces que lloran goterones de miel como pus, gallinejas que se fríen en sartenes llenas de sebo, churros resecos, chocolates torcidos ablandados por el calor, mariscos, cangrejos de río pataleando cieno, bollos barnizados, manzanas bañadas en caramelo rojo como sangre viva. Centenares de puestos. Millares de personas a ver y a comprar; Madrid entero se pasea en el Rastro, los domingos por la mañana.

Allá abajo, en la Ronda, entre las Américas y el Mundo Nuevo, están los puestos más miserables, los puestos donde compran los miserables. La Flor de Cuba se llama un puesto: es un tablero de dos metros de largo y uno de ancho. En medio hay un montón enorme de tabaco. Tabaco negruzco y maloliente obtenido de las colillas de Madrid. A los lados del montón hay, a la derecha, hileras de paquetes de cigarrillos liados en papel grueso, con una cintura verde chillón. A la izquierda, en hileras simétricas, docenas de colillas de puros, con su faja puesta, clasificados por tamaño y por calidades. Los precios son varios: una buena colilla de caruncho, con su faja acreditando su procedencia auténtica, puede valer hasta cincuenta céntimos. Detrás del puesto está un gitano, viejo, ochentón, con patillas de plata en la cara, y a su lado tres mujeres en cuclillas que lían cigarrillos con una rapidez pasmosa. El tabaco del montón se vende al peso: dos reales el cuarterón. El establecimiento está siempre lleno por la parte de delante de compradores, por la de atrás de vendedores, golfillos de Madrid que llegan con su bote con su saco lleno de colillas, ya limpias de papel —requisito obligado para la compra—, a vendérselas al viejo. Con sus manos, que no se distinguen entre el tabaco por tener el mismo color, pesa cuarterones a unos y a otros. A unos les paga un real por cuarterón, a otros les cobra dos por la misma cantidad. Los botes se vacían en la cúspide del montón y le mantienen siempre pleno.

Entre tanta porquería me siento feliz, porque el Rastro es un museo inmenso de cosas y de gentes absurdas. De aquí va saliendo poco a poco mi máquina de vapor.

Los jueves me voy al cine solo. Los domingos, con Rafael. Los libros, el cine, la máquina de vapor, el padre Joaquín y la clase constituyen todo mi mundo. A mi tía la acompaño algunas veces a dar un paseo y una vez al mes, en coche, al cementerio a renovar las flores de la tumba del tío y a rezar allí un rosario con ella. Ya no hay disgustos con mi madre, pero la tía va perdiendo poco a poco la cabeza, y la memoria. Se va volviendo tonta.

A fin del verano serán los exámenes en el banco. Don Julián viene de vez en cuando a casa y me explica cosas que luego me preguntarán. Lo que he aprendido en el colegio no me sirve para nula. En el banco tienen formas distintas de hacer las cuentas para abreviar y todo se vuelven trucos y combinaciones que nada tienen que ver con la regla de tres y con la de interés. Pero todo son cosas sencillas y si todo es así, en cuanto esté en el banco y vean cómo puedo calcular me pondrán un buen sueldo. Entonces, mi madre no bajará más al río.

A las seis y media me presento en el banco. Un ordenanza viejo que está allí sentado llama a don Julián, y con él subo una escalera alfombrada de rojo, con varillas doradas sujetando la alfombra. Arriba hay un pasillo con linóleo encerado en el que se escurren los pies y unas barreras de madera gruesa a los lados. Detrás de las barreras hay unos empleados a cual más raro. Tipos como yo no los he visto en mi vida. Uno muy rubio, con el pelo casi ceniza, una pipa en los labios, oliendo a tabaco inglés, un monóculo clavado en el ojo derecho que le levanta la ceja sobre la otra. Un tipo bajito, con el pelo entrecano y una calva en la entrada de la cabeza, bigote negro que se ve es teñido y una perilla a la francesa. Una señora vieja, delgada, de muñecas finísimas, que escribe a máquina con una rapidez increíble. Un ordenanza impecable con las iniciales C. E. bordadas en oro sobre el uniforme azul. El ordenanza nos

mete en uno de los recintos que forman las barreras de madera: un recinto donde hay seis o siete mesas, cada una con su máquina de escribir encima.

Después viene un señor con redingote color café, gafas de oro pendientes de una cinta de seda atada al ojal, perilla francesa cana y una pipa de ámbar larga en la que arde un cigarrillo. Don Julián y él se saludan y hablan en francés muy de prisa. El señor viene a mí y me pregunta cuál de las máquinas que hay allí conozco mejor. Me decido por una Underwood. Entonces, coge el borde de la mesa, da un tirón de él y la máquina se vuelca, se cae para atrás y se hunde. A la vez, sale un tablero y la mesa queda completamente plana. La máquina ha desaparecido como en un juego de prestidigitación. Debajo hay un tablero inclinado y de la máquina ya no se ve nada.

Entonces aprendo la primera palabra francesa que ya me perseguirá toda la vida: dossier. El señor de la perilla y los lentes de oro coge una carpeta amarilla, llena de hojas dentro, y dice en mal español:

—Vamos a hacer el dossier.

Nombre, apellidos, padre, madre, estudios, fecha de nacimiento, *etc.* Después, más hojas con los problemas que he de resolver escritos a máquina con un espacio debajo para las operaciones. Me quedo solo allí haciendo números. Don Julián y el francés que, luego me entero, es el jefe del negociado de Acreditados, se pasean por el pasillo de linóleo. Después me dictan un párrafo en la máquina de escribir. Después, otro párrafo a mano. Luego me dan una hoja llena de anotaciones que es un informe comercial de una casa de Lugo. Se trata de redactar con estas notas un informe completo.

Cuando acabo, don Julián viene conmigo hasta casa. En el camino me da palmaditas en el hombro.

—Les has gustado mucho, sólo la letra no es muy buena; pero esto se puede arreglar pronto.

En la Puerta del Sol tomamos un vermut. Pica el agua de seltz. Me la bebo con ansia, porque tengo la boca seca y estoy aún deslumhrado de aquellos salones y aquellos globos de luz lechosa. Allí voy a trabajar yo? Me siento lleno de orgullo.

Cuando llegamos a casa, don Julián afirma a mi tía que puedo contar con la plaza.

Tres días después, recibo una carta —la primera carta— comunicándome la dirección del banco —Crédit Étranger, capital 50. 000. 000 de francos— que don Arturo Barea pasará a prestar sus servicios el próximo 1 de agosto de 1911.

Me faltan aún tres meses para cumplir catorce años, pero soy ya empleado de una de las primeras casas de banca del mundo.

Capítulo 4

Trabajo

De pie alrededor de la mesa, vamos clasificando rápidamente la correspondencia con arreglo a las iniciales en rojo que marcan el negociado a que va destinada cada carta. De vez en cuando, Medrano se vuelve hacia la mesa de los jefes y un nuevo montón de cartas sustituye al ya clasificado. Está prohibido hablar, pero de todas formas hablamos bajito los tres, Gros, Medrano y yo. Nadie puede saber si hablamos del trabajo.

—¿Por quién has entrado aquí? —me pregunta Medrano.

—Por el jefe de la Bolsa —contesto.

—A mí me ha recomendado el cajero, que es amigo de casa hace muchos años. ¿Dónde has estudiado?

—Yo en la Escuela Pía. ¿Y tú?

—Casi igual. En los salesianos de la Ronda. Por lo menos aquí no nos dan la lata con sus misas y sus rosarios. Aunque el señor Zabala, el jefe de correspondencia —el que está en medio de los tres—, es un jesuita. Lleva un escapulario debajo de la camisa y todos los domingos va a la misa de la calle de Cedaceros, donde tienen la residencia los jesuítas. El otro es igual, el señor Riñón, el chiquitín, ése que está a la derecha y que es el jefe de la sección española. Al único que se puede tratar es al otro, al jefe de extranjero, el señor Berzotas. Claro, como ha viajado mucho, ya no hace caso de curas ni de frailes.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—El señor Berzotas. Sabe jugar al tenis. Los sábados y los domingos se va a un campo que tienen los ingleses. Quiere hacer una sociedad deportiva con los empleados.

En este momento, el señor Berzotas me llama:

—Mande usted, señor Berzotas —le digo atentamente. Se pone instantáneamente rojo y se me queda mirando muy serio. Los

empleados que hay más cerca se sonríen y yo me azoro. —¿Con que Berzotas, eh? ¿Quién te ha dicho a ti que yo me llamo Berzotas?

La costumbre del colegio de no denunciar a nadie, me obliga a replicar en el acto:

—Nadie. Se lo he oído a los empleados.

—Aquí —me dice muy serio— no hay ningún berzotas, porque cuando hay alguno se le pone en la calle y en paz. Yo me llamo Manuel Berzosa.

Cuando ve mi azoramiento, y que casi se me saltan las lágrimas, me golpea el hombro.

—Bueno, no te apures. Berzosa tiene también algo de coliflor. Mira, este señor, Mister Ciernan, me llama «Birchosas» desde el primer día y no hay manera de hacerle cambiar.

Me da un paquete de cartas para repartir y vuelvo a la mesa malhumorado con Medrano.

—No te lo tomes tan en serio. Aquí nos gastamos bromas todo el día. Ya verás. Y el que se cabrea, peor.

La segunda broma viene mediada la tarde. Gros me dice mientras manipula con los copiadores de cartas y con el montón de paños húmedos para copiar:

—Vete al váter y tráete llenos dos cubos que hay allí. Vuelvo del váter con dos cubos de agua rebosantes que me salpican el pantalón, porque pesan más que yo. Gros se lava las manos minuciosamente en uno y Medrano en el otro. Después me dice:

—Te los puedes llevar ya. —Y los dos se echan a reír.

Yo hago de tripas corazón, cojo los cubos otra vez y al pasar al lado de Gros hago oscilar uno de ellos. Le lleno de agua el pantalón desde más arriba de la rodilla. Se vuelve furioso. —Perdona, ha sido una broma —le contesto—. Y si te cabreas, peor.

Acabamos los tres riendo a carcajadas que provocan la salida de las barbas sucias del señor Zabala, que nos regaña con su voz atiplada.

Después me enseñan la técnica de copiar cartas. Se pone una hoja de tela gruesa y tupida, húmeda, se vuelve encima una hoja del papel de seda del copiador y después se coloca la carta encima. La humedad pasa a través del papel, bajo la presión de las prensas de bolas doradas que llenan las mesas de copiar, y la carta queda copiada. Muy sencillo, pero hay que aprender la técnica. Cuando el paño está muy húmedo, la carta se convierte en un borrón; cuando está muy seco, no se copia. Además, con las cartas escritas a máquina el punto de humedad es distinto de las cartas a mano.

Después de quince días es todo lo que he aprendido: el grado de humedad necesario para que una carta se copie.

Estoy verdaderamente desilusionado. El día que vine a trabajar por primera vez, mientras esperaba al jefe de personal que había de destinarme, pensaba que dentro de pocos minutos estaría sentado en una de aquellas mesas, escribiendo a máquina o haciendo cálculos. Estos cálculos maravillosos que se hacen en un banco. Por si acaso, me cercioraba de que me había traído media docena de plumas de pata de gallo. Son las plumas con que escribo mejor, aunque a veces dejan caer borrones. Don Julián vino a verme y me dijo:

—Te van a llevar a la sección correspondencia. Estarás muy bien. Así que, a trabajar y a ver cómo nos portamos.

¡A la sección correspondencia! ¡A escribir cartas del banco! Seguro que me darán una máquina de escribir. La mayoría de las que veo son Underwood o Yost. Las dos las conozco muy bien. Ya verán cómo soy capaz de escribir. Tengo uno de los campeonatos de velocidad de la casa Yost en máquina ciega de doble teclado.

Cuando vino el jefe de personal, un señor imponente, con su chaqueta de trencilla, sus botines de paño blanco, su barba entrecana y sus gafas de oro, le seguí orgulloso. Me presentó al señor Zabala:

—Ahí tienes un nuevo —le dijo.

El señor Zabala llamó a Gros:

—Tú enséñale a éste para que os ayude.

Me cogieron entre Gros y Medrano. Los tres estamos de pie al lado de una mesa de pino pintada de negro, llena de desconchones y cortaduras, de manchas de tinta y de goma, armados cada uno de una plegadera, cortando sobres, sacando las cartas de dentro y colocándolas en un montón que pasa a la mesa del señor Zabala.

—Ten cuidado —me dijo Gros— de no romper ninguna carta al cortar el sobre. El Barbas se pone furioso.

—¿Le llamáis el Barbas?

—Se lo llama todo el mundo. Además, le da más rabia que si le llamaran hijo de mala madre.

Después, emparejado con uno o con otro, me pasé el día subiendo y bajando escaleras. En cada negociado dejábamos la correspondencia y recogíamos la que estaba contestada. Todo el día subiendo y bajando escalones de cuatro en cuatro. ¡Todo era urgente! Por la tarde, a copiar los cientos de cartas escritas por todos los negociados de la casa. Después, a meter las cartas en sus sobres, cerrarlos, lacrar los certificados y marcharnos a cenar. Eran las diez menos cuarto de la noche. No cené apenas, me dejé caer en la cama como un plomo. La tía me decía:

—Está cansado. ¡Pobrecillo! Hala, acuéstate.

En quince días me he convertido en un técnico de la copia y en el corredor más ágil del banco. Somos en el banco unos sesenta chicos, todos meritorios sin sueldo. Estamos sin sueldo un año y después pasamos a ser empleados. Pero para llegar a empleado hay que hacer méritos. Cada año hay sólo dos o tres plazas de empleado entre las trescientas de la casa. Cincuenta y siete meritorios van a la calle en el curso del año, mientras van entrando, uno a uno, otros cincuenta y siete que los sustituyen para cumplir su año de meritorio. Los otros tres se quedan ya con plaza fija. Mi única manera de hacer méritos es ser el más rápido de los meritorios, cosa fácil con mis piernas largas, y ser

simpático a todo el mundo. Además, copio las cartas maravillosamente. En esto ya se han fijado los tres jefes y cada vez que hay una carta importante, me llaman para que la copie sin hacer ningún borrón, ni ninguna sombra del paño húmedo. Salen en las hojas del copiador como si estuvieran impresas allí. Gros y Medrano me envidian esta facilidad.

De todas formas no se puede uno distraer ni un momento. A un chico lo puede poner en la calle cualquiera, hasta un empleado de alguna categoría. Por otra parte, como necesitan despedir cincuenta y siete en el año, el jefe de personal, el señor Corachán, se dedica a la caza de los chicos y de los empleados que fuman en los retretes. Parece un fantasma. Sale de detrás de los rincones. Se esconde en los váteres y surge de repente, sorprendiendo a los empleados. Anda con suelas de goma y se para en silencio detrás de uno, escuchando. De pronto le pone la mano en el hombro y le dice:

—Suba usted a verme a mi despacho.

Le llamamos la Mosca, y cuando aparece por un pasillo los empleados se corren en voz baja la voz de alarma unos a otros:

—¡Ahí va esa mosca!

Los que están hablando se callan y comienzan a escribir muy de prisa. Los que leen el periódico a escondidas, doblado dentro de una carpeta, tosen, cierran la carpeta con aire indiferente, la meten en el cajón y se ponen a escribir. Pero como todos los departamentos están sólo separados por barreras de madera de un metro de altas y por mamparas de cristal, desde todas partes espía a la gente. A veces viene a Correspondencia, que está en el primer piso y tiene una barandilla que cae sobre el hall donde están los negociados del piso bajo, y desde allí se pone a mirar a los empleados uno por uno. Luego baja, saca los periódicos de los cajones y distribuye las broncas. Cuando está inclinado sobre la barandilla, dan ganas de darle un empujón para que se caiga de cabeza abajo.

Pero a quien persigue con ensañamiento es al pobre Pla. Cuando desde arriba ve su silla vacía, baja de prisa, se sienta en ella, saca el reloj de oro y le pone encima de la mesa. Cuando vuelve Pla, se lo encuentra allí.

—Señor Pla —le dice con voz campanuda, para que todos le oigan—, hace doce minutos justos de este reloj que estoy sentado esperándole. Y vaya usted a saber cuánto tiempo hacía que faltaba usted de su puesto.

—Señor Corachán, he ido un momento al váter.

—¿A esto llama usted un momento? Un cuarto de hora de trabajo perdido. Además, aquí se viene con todas las necesidades hechas. Pero usted toma el váter por un jardín para recrearse. Viene usted apestando a tabaco. —Después se levanta, se estira el chaqué, cierra la tapa del reloj de oro con un ¡clac! seco y agrega—: Siéntese y que no vuelva a ocurrir. Esto es intolerable.

Pla le mira con sus ojillos de miope, brillantes detrás de los ladrillos de las gafas, balbuceando, porque Pla, además de miope, cuando está enfadado o azorado tartamudea terriblemente. Sus manos como bolas en el extremo de sus brazos cortos, unas manos que no saben dónde estar, se apoyan en su tripa, porque todo Pla es una bola sudosa, y sus excusas salpican de saliva los papeles de la mesa. Cuando cae una de estas gotas de lluvia sobre un impreso en tinta de copiar, se forma un redondelito morado.

Aunque Pla se queda todas las noches hasta las nueve o las diez, abrumado de trabajo porque tiene a su cargo atender a todos los clientes del mundo que juegan a la lotería española, el señor Corachán le vigila a la hora de entrada y viene a restregarle el reloj por las narices y a insultarle.

La mayoría de los empleados no se tratan con Pla más que para burlarse de su ceguera y de su tartamudez, y los grandes amigos suyos

somos los chicos. A mí, como a todos, me larga el discurso que es su obsesión:

—Tú eres nuevo, ¿verdad? ¿Cómo te llamas? Bueno, bueno —agrega sin esperar a que le conteste—, ve aprendiendo. Aquí tienes tu porvenir. Fíjate: un año sin sueldo, sesenta chicos como tú, tres plazas al año y a los doce años de estar en la casa, noventa pesetas al mes como gano yo.

Otras veces hace cálculos fantásticos:

—Hay en Madrid veinte bancos; a cincuenta meritorios cada uno son un millar. En España habrá un promedio de doscientos bancos con veinte meritorios cada uno, son cuatro mil chicos; hay millares de casas de comercio que tienen meritorios sin sueldo; así que hay millares de chicos que trabajan, no ganan nada y además quitan de trabajar a los hombres.

—Pero, Pla —le digo yo—, es el aprendizaje. —¿Es aprendizaje? Es la explotación sistemática del chico. Está muy bien estudiada. Cuando lleves aquí siete u ocho meses, un día te pondrán en la calle; si entonces vas a otro banco y cuentas que has estado aquí ocho meses y te han despedido, no te admiten. Si te callas, tienes que estar otro año de meritorio, para correr el riesgo de que te despidan a los ocho meses. Y te encuentras en la misma situación. Si buscas trabajo en una oficina particular, te dirán que aquel negocio no es un negocio de banco y que si quieres puedes entrar de meritorio, para que aprendas sus particularidades. La única posibilidad de romper este círculo vicioso es aprovechar ahora y pedir trabajo mientras estás trabajando en el banco. Así sí es fácil encontrar una casa que te dé cinco o seis duros de sueldo al mes.

—Pero yo quiero ser empleado de banco.

—Bueno. Pues entonces prepárate a tener paciencia.

Todos tenemos la misma ilusión de llegar a ser empleados del banco y alcanzar un puesto bueno. Vemos a los altos empleados y nos

conocemos su historia: don Julián es hoy el jefe de Bolsa y gana cerca de mil pesetas al mes. Entró como yo, de meritorio. El cajero, que lleva treinta años en la casa, igual, y así otros varios. Pero la mayoría de los que tienen sueldos mejores son precisamente los que no han sido meritorios, sino que han entrado ya de empleados. Ahora, que todos tienen una especialidad. Unos saben idiomas y otros son técnicos que saben cómo emplear el dinero del banco para que produzca intereses y beneficios. Así, por ejemplo, el señor Tejada.

El señor Tejada es el apoderado de Bolsa y está por encima de don Julián. Es el único que puede dar órdenes en Bolsa, y don Julián lo único que hace es cumplirlas y luego ocuparse de la correspondencia de los clientes. El señor Tejada gana millones para el banco y le pagan muy bien. Es uno de los que ganan más, casi tanto como el director. Yo puedo llegar a ser como él, porque es muy sencillo. Una vez don Julián me explicó cómo se hacen las especulaciones y el juego de Bolsa. El banco no puede nunca perder. Los que pierden son los bolsistas que tienen poco dinero y los clientes. Además, al banco le dan aviso de las cosas antes de que nadie las sepa, en telegramas cifrados que traduce don Julián.

El juego de Bolsa consiste en apostar si el valor de unas acciones o del papel del Estado va a subir o a bajar a fin de mes. Esto es muy sencillo cuando el banco tiene muchas acciones en su cartera, porque entonces es él el que gana siempre. Acepta todas las ofertas que le hacen, sean al alza o a la baja, y cuando llega al fin de mes, mira las compras que ha hecho. Si le conviene que suban los valores, pide comprar más, ofreciendo un precio mayor. Como la mayoría lo tiene en sus cajas o ya comprometido, en Bolsa hay muy pocos valores, y los mismos bolsistas se encargan de comprarlo para revendérselo al banco. Así que a fin de mes el precio está mucho más alto y al banco tiene que darle, el que compró a principio de mes, mucho más barato a la fuerza o pagarle la diferencia. Entonces el papel baja, pero como el banco ya lo

tiene vendido a un precio más alto, se guarda la diferencia. Así se arruina mucha gente, pero el banco gana dinero.

Hay otro negocio que es mucho mejor. Este negocio lo hace mucho el Banco Urquijo, que es de los jesuítas, y el Banco de Vizcaya, que parece lo es también. Unos industriales piensan montar una fábrica. Necesitan cinco millones, pero no tienen este dinero. Entonces, si al banco le parece bueno el negocio, adelanta el dinero y se hace una emisión de acciones que el mismo banco pone a la venta al público. Si el público cubre la emisión, el banco se guarda la comisión del préstamo y el corretaje de la emisión. Si no se cubre, el banco se guarda las acciones que no se han vendido y cuando la fábrica está ya en marcha, entonces hace subir las acciones y la gente las compra. El banco se guarda la diferencia. Muchas veces ocurre que el negocio es malo, y cuando el banco ya ha vendido sus acciones, el negocio se hunde y los accionistas no ven un céntimo, porque los bancos ya saben que aquellas acciones no pueden comprarse. De esta manera parece que estos dos bancos son los dueños de los servicios públicos de Madrid y de casi todas las industrias de Bilbao.

El otro negocio grande es la cartera. Hay mucha gente que para no tener el dinero en casa lo lleva al banco, que lo guarda en seguridad y paga un interés pequeño al año. Con este dinero que no es del banco, el banco hace préstamos a los comerciantes; las letras de cambio que tienen las llevan al banco para que se las cobre y por esto pagan una comisión. Pero como el banco no les paga hasta que no se ha cobrado la letra y ellos necesitan el dinero en seguida, cuando llevan las letras piden el descuento de ellas. Entonces el banco les cobra el descuento y además el corretaje. Como el descuento es el cuatro por ciento y el dinero que emplea no es suyo, resulta que por cada cien pesetas por las que paga tres años, cobra cuatro pesetas cada vez que le llevan una letra de cien a descontar. En el año le llevan millares de ellas.

Para esto tienen un servicio de informes y saben el crédito que necesitq cada comerciante. En el negociado de informes tienen trabajando a señoritas que copian los informes a máquina y hacen cientos de ellos todos los días. Les pagan dos pesetas diarias y muchos días trabajan hasta doce horas, sin levantar la vista de la máquina de escribir. Hay también señoritas en el negociado de títulos, pero éstas están mucho peor, aunque ganan lo mismo. Como yo llevo la correspondencia a todos los negociados, las veo todos los días. A veces me dan caramelos.

Abajo, en los sótanos, hay unas habitaciones que son todo en acero. Las paredes, el techo y el suelo. Las mesas y las sillas. Las puertas son unas verjas de hierro, y por las noches cierran otra puerta gruesa de acero que tiene muchos cerrojos y muchos botones con números que hay que combinar para que la puerta se abra. No hay ventanas y sólo se puede trabajar con luz artificial. Allí estan las señoritas. Trabajan guardando y ordenando los títulos que depositan los clientes. Además, cortan los cupones de todos los títulos cuando llega su vencimiento para cobrarlos, y preparan las facturas para el cobro de todos los cupones que se pagan en España. Así que pasan el día con las tijeras en la mano o contando paquetes de cien cupones y relacionándolos uno por uno en las facturas de cobro. Como no hay aire y todo es de hierro, la atmósfera es sofocante. Las chicas están todas pálidas y a la señorita Magdalena, que es la que lleva más años allí, le tienen que dar todos los meses tres o cuatro días de permiso. El único hombre que hay es el jefe, el señor Perahíta, un hombre gordo, muy gordo y muy bonachón. Pero a éste parece que no le hace efecto trabajar allí, porque cada vez está más gordo y más colorado. En la puerta de entrada al negociado hay un motor de ascensor, y el olor de la grasa entra en la habitación y se agarra a la garganta.

Además de éste, hay otros negociados especiales; están las cajas de alquiler, otra habitación de acero con una puerta muy gruesa. Dentro

está lleno de cajas como armarios y cada cliente tiene la llave de uno de los cajones de estos armarios. La mayoría son joyeros de alrededor, porque este es el barrio de las joyerías. Por la noche vienen con los estuches llenos de joyas y las guardan allí. Pero hay también otros clientes que guardan allí sus joyas, sus títulos y su dinero. Hay uno que tiene muchas barras de oro y muchas monedas también de oro. Cuando abre la caja, toda ella brilla por dentro de amarillo. Las monedas y las barras están en pilas. Una vez nos dejó ver una barra que había venido de China y estaba llena de letras chinas en relieve. Pesaba, lo menos, un cuarto de kilo. Viene también una señora vieja que tiene allí sus billetes, y que todas las mañanas a las diez viene por el dinero que le hace falta para el día. Abre su caja y mira a todos lados para que nadie sepa el dinero que tiene. Cuando hay alguien al lado abriendo otra caja, se espera a que se marche. Una vez el cajero del banco le dijo que por qué no daba el dinero al banco y así podría ella retirar el que le hiciera falta siempre que quisiera y que, además de ahorrarse el gasto de la caja, ganaría el interés. Le contestó que todos los bancos quiebran un día u otro y no hubo manera de convencerla. Siempre le pide a Antonio, el jefe de los ordenanzas, que la acompañe, porque tiene miedo de que pueda haber alguien en el sótano que la robe y la mate cuando abra la caja.

Este Antonio es peor aún que el señor Corachán. Siempre está detrás de los ordenanzas, que son chicos como nosotros, y además nos espía a nosotros y se lo cuenta al señor Corachán. Así que le tenemos todos verdadero asco, hasta los empleados, porque como ellos han sido meritorios, saben que es un tiralevitas. Delante de él nadie habla y él tiene odio a todos los empleados. A veces un ordenanza o un cobrador se examina y logra entrar como empleado en el banco. Entonces Antonio no vuelve a dirigirle la palabra. Vive en el mismo banco, y por las noches vigila a los serenos hasta las doce o la una, paseándose por los pasillos en silencio, con zapatos con suela de goma como el señor

Corachán. Como a los serenos los tiene hartos, un día le han gastado una broma que por poco se muere del susto:

Uno de los serenos, el señor Juan, se ha escondido en un rincón y, cuando ha pasado Antonio, de puntillas para que no le oyeran, de repente ha hecho funcionar los timbres de alarma y le ha apuntado con el revólver a Antonio, que estaba en el fondo del pasillo oscuro.

—¡Alto o disparo! —le gritaba—. ¡Los brazos arriba! —Antonio estaba de espaldas y se quería volver—. ¡No se vuelva o hago fuego!

—Pero, Juan —gritaba Antonio lleno de miedo—, que soy yo, Antonio.

—Cállese o le pego un tiro.

Como todos estaban compinchados, le tuvieron de cara a la pared con los brazos en alto más de media hora, hasta que vinieron los otros serenos con los guardias de la calle de Alcalá, que también traían el revólver en la mano. Nosotros estábamos velando y nos corrimos una juerga viéndole salir lleno de miedo, rodeado de todos con el revólver en la mano. El señor Juan le decía muy serio:

—Pues se ha salvado usted de un tiro por milagro. Yo que veo una sombra negra que va despacito sin meter ruido, me dije, ladrón tenemos. Si llega usted a correr o a hacer un movimiento extraño, lo dejo seco.

Al día siguiente se reía todo el banco de él, hasta en la dirección. El señor Carreras, el subdirector, que es muy guasón, le pidió explicaciones delante de todos para reírse.

Poco a poco van desapareciendo todos los chicos que entraron cuando nosotros, y nos vamos quedando sólo los tres. Es una coincidencia que seamos tres como en la escuela Pía, y tengo la superstición que los tres vamos a ser empleados. Se va acercando Navidad y entonces sabremos cómo marcha la cosa. Tenemos buenas esperanzas porque nos han puesto dos chicos nuevos para que les enseñemos el trabajo, y ahora somos cinco. Esto significa que a dos de

nosotros nos van a trasladar de negociado. Si nos fueran a echar, lo habrían hecho y no estaríamos preparando a otros dos. Ahora que, como sólo enseñamos a dos, indudablemente a uno de los tres o le dejan allí o le echan. Así que los tres tenemos miedo. Cada uno hemos preguntado a los que nos han recomendado al banco y todos nos han dado buenas esperanzas, pero ¡vaya usted a saber lo que harán!

El día de Nochebuena estamos todos pendientes de los sobres que han traído a las mesas de los jefes de negociado. Unos sobres amarillos, dentro de los cuales va la gratificación de Nochebuena, el sueldo del mes y, en algunos casos, el papelito donde constan las dos cantidades: tiene una nota escrita que puede ser el ascenso, o un aviso de la dirección de no estar satisfechos con el empleado. Así que todo el mundo está impaciente y nervioso por ver su suerte.

El señor Zabala va llamando a los empleados uno por uno, con su voz campanuda. A algunos les felicita antes de que abran el sobre. Todos le dan las gracias a él y le felicitan las Pascuas. Van abriendo los sobres y se reúnen en grupos a comentar, unos contentos porque les han hecho un buen aguinaldo o el ascenso, otros disgustados.

Recalde se ha puesto a dar puñetazos en la mesa y a decir barbaridades. El señor Zabala se levanta de la silla y grita:

—¿Qué pasa, señor Recalde? Venga usted aquí.

Viene Recalde con el sombrero encasquetado en la cabeza y sigue dando puñetazos en la mesa de Zabala:

—¡Esto es una mala faena! Es el tercer año que se hace esto conmigo. No lo aguanto más. ¡Se pueden ir al diablo el banco y todos los jesuitas como usted! Yo trabajo aquí y nadie puede decir nada de mi trabajo; pero claro, ¡al reverendo padre capuchino se le ha puesto en las barbas que yo no puedo tener querida! ¡Yo tengo lo que me da la gana!

El señor Zabala, encarnado de rabia y tirándose nerviosamente de la barba, grita:

—¡Cállese usted, o será peor! ¡Cállese, le digo!

—¡No me da la gana! ¡Chillo porque quiero y porque me voy de esta pocilga!

Sale dando zancadas y portazos por el pasillo adelante. Un grupo de empleados rodea al señor Zabala y le consuela, dándole coba. Otro grupo, los descontentos, comentan en una mesa y dan la razón a Recalde.

Los últimos somos nosotros. A los tres nos han dado cinco duros de gratificación para cada uno, y en la nota nos destinan, a Gros y a mí al archivo, a Medrano como auxiliar de corresponsal. Los tres estamos locos de alegría porque esto es ya la segundad de llegar a empleados y acordamos ir a tomar un vermut a la taberna del Portugués, que está en la calle de la Cruz.

Allí está Pla. Un Pla desconocido. Tartamudo como nunca, con los ojillos medio llorosos detrás de las gafas, convidando a todo el mundo, mostrando a todos su papel y los billetes que le han dado. Un Pla feliz que nos abraza a los tres.

—Tomad lo que queráis, pago yo. Tú, chico —dirigiéndose al del mostrador—, da de beber a éstos y a todo el que quiera. —Después comienza a contar otra vez su suerte para que lo oigamos nosotros:

—La abuela se va a poner loca de alegría. —La abuela es su madre, una viejecita muy simpática que a veces viene a buscarlo—·. Yo que abro el sobre con la mala gana de todos los años, diciéndome: «Como siempre, no se habrán acordado de ti», y voy y me encuentro dentro un montón de billetes y la nota que dice: «Desde el 1 de enero, jefe del archivo con 175 pesetas al mes». El doble de lo que gano, menos un duro.

—Nosotros vamos al archivo con usted —le decimos, enseñándole nuestras notas.

Vuelven los abrazos y vuelve otro convite. Luego le convidamos nosotros. Han entrado más empleados del Crédit y Pla tiene delante una hilera de copas. Todo el mundo le convida y él convida a todo el

mundo. Acabará borracho perdido con la alegría. No sotros nos vamos a casa. Pla me ha emocionado. Yo también quiero ver la cara de alegría que pondrá la «abuela», como él dice, y la tía, cuando reciban la noticia.

Todos los que estamos en el archivo tenemos nuestra ilusión Pla es feliz, Gros y yo somos felices. Antonio Álvarez, el otro chico que hay en el archivo, es también feliz: le han dado cien pesetas de gratificación y ya gana quince duros al mes. Lleva sólo cuatro años en el banco. El porvenir es nuestro. Trabajamos como bestias de día y de noche.

Al anterior jefe del archivo le han despedido porque hacía «nidos». Es decir, cogía los montones de correspondencia y, en vez de clasificarla y meter cada carta en su dossier, la escondía por los rincones. Luego faltaban las cartas. Un día cogieron un nido y le pusieron en la calle. Cuando entramos nosotros hay millares de cartas sin clasificar. Cada día encontramos un nuevo nido. Hay que poner aquello al corriente y archivar la correspondencia del día. Trabajamos desde las siete de todas las noches. Cuando nos vamos a casa, tenemos los dedos pelados del polvillo del papel, estriado de tinta seca en granos microscópicos.

¿A quién se le puede haber ocurrido nombrar a Pla jefe del archivo? ¡Seguramente a Corachán! Aquí está el pobre miope con sus gafas como ladrillos, los cristales llenos de redondelitos de luz de la bombilla encendida de día y de noche encima de su cabeza, tumbado sobre el mostrador. Con la nariz rozando el montón de cartas descifra firmas y membretes, horas y horas. Luego le dan unos dolores de cabeza horribles. A media noche nos suben el café y Pla se lo bebe puro con ansia. Un café espeso lleno de achicoria y de cola de pescado que deja manchas negras en el mostrador del archivo. Del bolsillo saca una botellita pequeña llena de coñac barato. Esto le quita el dolor de cabeza. Después no duerme, y por las mañanas da vueltas como un buho atontado, hasta que a las once el bocadillo de quince céntimos de queso y un traguito de vino le reaniman. Trabajamos todos ciegamente y Pla

nos quiere como si fuéramos hijos suyos. Tenemos que coger un cachito de su queso, un sorbo de vino, una chupada de su cigarrillo que siempre tiene encendido debajo del mostrador del archivo. Su figurilla redonda se esconde allí, da una chupada muy honda, manotea en el aire para que el humo no salga y surge con una cara muy seria de chico malo, que ha hecho una travesura.

El mostrador se tiende a todo lo largo del archivo, más de treinta metros, y allí vienen durante todo el día empleados de todos los negociados del banco a buscar antecedentes. Así que además de archivar tenemos que atender todas las peticiones. La dirección y el negociado de acreditados son los únicos a quienes hay que llevar los dossieres cuando los necesitan. El negociado de acreditados es la aristocracia del banco. Allí van todos los extranjeros ricos que traen cartas de crédito, y también los clientes millonarios que no deben guardar cola para cobrar un cheque, como los tenderos y otros cuentacorrentistas. El negociado tiene una escalera aparte para él solo, una escalera con una alfombra gruesa en lugar de linóleo como las otras, con una barandilla toda dorada. Los empleados llevan todos chaqueta y hay un salón de revistas extranjeras, con sillones enormes de cuero. A veces el salón está lleno de millonarios. Hay un empleado que es inglés, con su monóculo clavado en el ojo, que fuma constantemente tabaco rubio que huele de una manera especial. Porque en este negociado dejan fumar a los empleados, que la mayoría son extranjeros, y si no los dejaran fumar no vendrían a trabajar a Madrid y se quedarían en París o en Londres.

Así que resulta que hasta en las gentes que tienen dinero hay categorías. Y no es porque no haya cuentacorrentistas que tienen mucho dinero. Es simplemente por categoría social. Así, hay un Juan Pérez que tiene dos millones de pesetas y cobra guardando cola abajo en el hall; y un excelentísimo señor marqués de X, que apenas si tiene cien mil pesetas en cuenta corriente, que figura en acreditados y viene con

muchas ínfulas a cobrar un cheque de quinientas pesetas y a fumarse los puros que hay en el salón. Mientras todos le llaman señor marqués por arriba, señor marqués por abajo, Juan Pérez está sentado en un banco de madera al lado de la caja, esperando a que el pagador llame su número: el 524.

Y aún hay clientes que son más: son los directores de las grandes sociedades de España o del extranjero. A éstos los reciben, en los salones de la dirección, el propio señor Michaud, el director, o el señor Carreras. Hay uno, el señor Mazorra, que es uno de los mejores bolsistas de España. Siempre gana. El banco trató durante mucho tiempo de sacarle los cuartos como a otros, pero cuando se convenció de que no sólo no podía, sino que a veces era él quien engañaba al banco, se pusieron de acuerdo. El banco le avisa cuando hay buenos negocios a la vista y don Carlos avisa al banco cuando tiene noticias él. A veces el señor Tejada y él plantean un negocio juntos, por millones, y luego se reparten las ganancias. Asi ha pasado en el negocio del Banco Hispano.

El Banco Hispano; en poco tiempo, se ha llevado casi toda la clientela de los demás bancos. Un día resolvieron hundirle y se pusieron de acuerdo todos los bancos, hasta en el extranjero, para hacer bajar las acciones y provocar pánico. Efectivamente, hubo un pánico tal que la gente hacía cola para retirar su dinero a todo lo largo de la calle de Sevilla. Cuando no tuvo más dinero para pagar, recurrió a los otros bancos, y éstos, hasta el Banco de España, se negaron a prestarle sobre los valores que tenía en cartera. Así que a las once de la mañana tuvo que suspender pagos. La gente que pudo retirar el dinero se metía en el Crédit y abría cuenta allí. Pero el Hispano tenía dinero de sobra para pagar y no quebró. Muchos se arruinaron en la baja, pero don Carlos y el Crédit, que habían aprovechado para comprar acciones a bajo precio, se hincharon.

El 1 de agosto, al año justo, me nombraron empleado con sueldo: veinticinco pesetas al mes. Es muy poco, pero ya no tengo miedo de que me echen a la calle. Portándome bien, iré ascendiendo poco a poco y llegaré a tener un buen puesto. Al mismo tiempo, me destinan al negociado de cupones, con Perahíta como jefe, y voy a estar muy bien. El banco se ha convencido de que en las cajas no se puede trabajar, porque todos se ponen malos, y ha cubierto un patio interior con una montera de cristales para convertirle en habitación. Allí van a poner el negociado con las señoritas, tres empleados y Perahíta como jefe.

Hasta que esté convertido el patio en habitación, trabajo en las cajas de hierro. La escalerilla que conduce al departamento termina precisamente en la puerta del patio, donde los albañiles ponen el techo de hierro y cristal y pintan las paredes de color crema. Cuando subimos de la cueva metálica tan fría y siempre alumbrada por bombillas, asomamos la cabeza al nuevo cuarto; es la esperanza de todos. Con su techo y su piso de cristal, con sus paredes claras, con el sol en lo alto a mediodía, es un contraste violento con la cueva, y nos sentimos felices pensando que vamos a trabajar allí. Les preguntamos a los albañiles y a los pintores:

—¿Falta mucho?

—Dos o tres días y el tiempo de secarse la pintura —responden.

Todos están muy contentos, menos yo. Los dos cuartos me han llenado de reflexiones: si me hubieran destinado a este negociado hace un año, me hubiera pasado este año entre sus paredes de hierro. Seguramente no lo hubiera podido resistir. Ahora, en estos pocos días, noto una opresión en el pecho, y cuando salgo a la calle de Alcalá me parece el aire distinto; a veces casi me marea. Los puntitos rojos de las bombillas me duran mucho tiempo delante de la vista y veo bailotear manchas cuando salgo a la luz del día. Durante este año no hubiera cobrado nada, y si me hubiese puesto enfermo, me habrían despedido. Ahora, después de un año de meritorio, tragando polvo en el archivo y

corriendo por las escaleras, gano cinco duros al mes, menos de una peseta diaria. Me espera así otro año y luego seguiré la marcha de todos: al otro año me subirán a 37, 50 pesetas al mes, un año más tarde a cincuenta. Cuando tenga veinte años, si tengo suerte, ganaré cien pesetas al mes y seré soldado. Mientras, mi madre tendrá que seguir lavando ropa en el río para poder vivir.

Uno de los primeros días que estamos en el nuevo negociado, llega un ordenanza y dice:

—Señor Barea. Lo llaman a la dirección. El señor Corachán.

Me miran todos asustados y yo me asusto también. Estas llamadas son siempre de mal agüero. Subo al último piso con una flojedad de piernas y un acelerar del corazón. Lo más malo que puede pasar es que me despidan no sé por qué. Pero no se pierde gran cosa; total, cinco duros al mes. Entro en el salón enorme de sillones de cuero profundos y mesas de ministro con carpetas de piel y tinteros de ágata. Al lado de una ventana está el señor Corachán leyendo unos papeles. Veo claramente que no hace nada, ni aun lee; solamente se da importancia. Por fin levanta la cabeza, me mira, coge un dossier, lo hojea y me pregunta pomposamente:

—¿Usted es el empleado don Arturo Barea, del negociado de cupones?

—Sí, señor —respondo.

—Bien. Pues mire usted —pausa—, la dirección ha acordado —pausa—, claro es, en vista de sus buenos antecedentes que constan en el dossier —pausa—, no e—char—le a us—ted a la ca—lle —deletrea las sílabas dando golpecitos con el lápiz en la palma de la mano.

—¿Por qué? —pregunto.

—¡Tiene usted —estalla iracundo— una letra infame! ¡Esto es intolerable! ¿Usted cree que se puede estar en un banco, ser empleado de un banco, escribiendo patas de araña como usted hace? ¡Debería darle vergüenza! ¡La dirección no puede tolerar esto un día más! Ya lo

sabe usted: tiene usted un mes de plazo, únicamente un mes, para reformar su letra. De lo contrario, está usted despedido. Bien entendido que como le aviso a usted con un mes de anticipación, el banco se considera desligado desde ahora mismo de la obligación de pagarle el mes de indemnización que establece el Código en caso de despido. ¡Puede usted retirarse!

—Pero, ¡don Antonio... !

—¡Ni media palabra más! ¡La dirección no puede discutir con usted ¡Cállese y márchese!

Me dan ganas de pegar a la bestia barbuda que tengo delante, con la barbilla temblona de ira y los ojos desorbitados tras los lentes de oro que le bailotean en la nariz.

Mientras mi madre pela en la cocina las patatas para la cena —la tía está en el rosario— le voy contando lo ocurrido. Lloro de rabia. Los dedos suaves dejan de pelar patatas y se pierden entre mis pelos.

Capítulo 5

El testamento

El despacho de don Primo, el notario, con sus paredes de madera moldurada, impresiona a todos los parientes pueblerinos que se van sentando en círculo alrededor de la amplia mesa del notario. Muchos de ellos se sientan en el mismo borde de la silla. El sombrero redondo en las manos sobre las piernas, los hombres; las mujeres, con sus dos manos extendidas sobre la falda, cogiendo puñaditos de tela por el nerviosismo. He venido tantas veces a este despacho y he hablado con don Primo en tantas ocasiones, que no me intimida ni el despacho, ni la figura severa del notario con su traje negro, sus gafas de oro, su cabeza aristocrática. Cuando he llegado con mi madre y con la abuela Inés, me ha acariciado.

No sé por qué, todos los que han venido a oír la lectura del testamento, se miran con odio. Se han dividido en grupos: el tío Hilario con su mujer y las chicas; el tío Basilio con la suya y los suyos; la tía Basilisa con el tío Anastasio, que no se atreve a fumar y mast ¡ca la punta de una colilla de puro que huele que apesta; Baldomera al lado con su cara de monja boba. La tía Eulogia y la Carmen; el tío Julián —un sobrino segundo como yo— con su mujer y tres chicos pequeños agarrados a ellos. ¿Para qué habrán traído a los chicos?

Están todos con el cuello alargado oyendo leer a don Primo. Cada vez que suena el nombre de alguno, se cambia su cara, con la satisfacción de que no le han olvidado. Los otros le miran de medio lado, con la rabia de que es uno más a repartir.

El blanco de las iras soy yo: resulta que los tíos hicieron un testamento en vida de los dos, dejando toda su fortuna al que quedara, para que pudiera disponer libremente de ella, y, a la vez, repartiendo lo que quedara a la muerte del segundo en dos partes iguales. De cada una de estas partes había dispuesto cada uno de ellos como mejor le pareció a favor de sus parientes, y así resulta que soy yo el único que figura en

los dos testamentos. Los parientes del tío heredan de su mitad y los de la tía de la mitad suya.

Todos consideran que como eran sus hermanos o sus sobrinos directos, tienen más derecho que yo que soy su sobrino segundo Así, cuando aparezco en el segundo testamento, el murmullo de todos interrumpe la lectura. Don Primo se les queda mirando in terrogante:

—¿Tienen ustedes alguna observación que hacer?

Se levantó el tío Hilario:

—Si yo no he entendido mal, ese mocoso hereda dos veces.

—Exactamente —contestó don Primo—. Una por José y otra por Baldomera.

—Pues a eso no hay derecho, ¡porra! Porque uno es el hermano de los difuntos, de su propia sangre, y no hay derecho a que venga un extraño y se lleve los cuartos.

El tío Anastasio, con su puro girando en los labios, intervino:

—¡Eso es! ¡Y no lo consentiremos! ¡Se recurrirá a la justicia!

Don Primo se sonrió:

—Me parece que Pepe les conocía muy bien a todos ustedes Cuando se hicieron estos testamentos, por indicación suya, se agregó una cláusula que voy a leerles:

«Es nuestra voluntad que aquel de los herederos que pretendiera promover pleitos con motivo de este nuestro testamento, pie da, por sólo este hecho, todo derecho a la herencia, que pasará a engrosar proporcionalmente las partes de los demás herederos.

La abuela Inés se levanta muy seria de su silla, se encara con los dos y dice:

—¿Qué, ponemos pleito?

—A usted nadie le ha dado vela en este entierro —dice severo el «comandante».

—Claro que no, hombre. Ha sido al «mocoso» a quien le han dado dos cirios. Y como da la casualidad que soy su abuela, le sostengo las manitas para que no se le caigan. ¿Pasa algo?

Aparte de mí, todos se sienten vejados por el testamento. Resulta que herederos no hay más que los parientes directos —los hermanos— y yo. Pero después han dejado mandas a todos los sobrinos y, claro es, los que tienen más chicos más recogen. El tío Anastasio, que no tiene más que a Baldomera, y la tía Eulogia con solo la Carmen y la Esperanza, se enfadan con el tío Hilario, éste con el tío Basilio que tiene cuatro chicos, y todos con el tío Julián, que no es heredero pero tiene mandas él, su mujer y sus cinco chicos y se lleva más que alguno de los herederos. De casa del notario salimos todos enemigos.

Las llaves de la casa de los tíos las tiene mi madre y, con la desconfianza de que se lleve algo, todos vienen detrás de nosotros y allí nos reunimos. La puerta ha quedado abierta y van entrando por grupos.

La habitación donde estuvo expuesto el cadáver de la tía sigue desnuda, oliendo aún a flores y a cadaverina en un olorcillo sutil y pegajoso. En los baldosines hay algunas manchas de cera. Parece que de un momento a otro va a salir de la alcoba su figurilla de porcelana andando a pasitos menudos.

Se van sentando todos alrededor de la mesa. Absolutamente todos. Parece que si no se sentaran allí perderían su derecho. La abuela Inés se incrusta en la mecedora, debajo del reloj. Para hacer entrar su trasero entre los dos brazos curvados ha de hacer fuerza. Cuando por fin alcanza el asiento de paja trenzada, suspira de satisfacción. Mi madre se sienta a su lado en la silla baja donde cosía la tía al lado del balcón hasta que se acababa la luz del día. Yo me tumbo en el suelo sobre la alfombra. Me repugna sentarme en la mesa al lado de los otros. Así, a lo largo en el suelo, mirando a todos de abajo arriba, me siento mejor. Don Julián ha hablado con Corachán, y el banco me ha dado diez días de permiso.

Parece que el banco no existe. Aquí tumbado a la larga me vuelvo a sentir niño y acabo metiendo la cabeza entre los muslos de mi madre. Tiene una falda negra que huele al apresto de tela nuevo y que cruje a cada movimiento de mi cabeza. Habla uno de los albaceas y explica de lo que se trata. Hay que hacer el inventario de todo lo que hay en la casa, darle un valor, todos de acuerdo, y dividirlo después en lotes para repartirlo entre los herederos. Hay once lotes. Nueve herederos a un lote cada uno y yo tengo dos. Aquí empiezan las disputas. Como los lotes han de ser por la suma del valor en pesetas es difícil ponerse de acuerdo sobre los muebles grandes. Al fin, como nadie sabe a quién le van a tocar las cosas, los precios bajan a cantidades ridiculas para pagar poco a Hacienda. Pero de pronto Fuencisla dice:

—Yo tengo capricho por llevarme la virgen.

Carmen contesta inmediatamente:

—Eso mismo pensaba yo.

—No hay dificultad —dice el albacea—; si todos están conformes, se valora la virgen y se adjudica a una de ustedes, descontándola de su lote.

La virgen pasa a la mesa del comedor. Está dentro de una caja de madera, con su puerta detrás y su llavecita de plata. Delante, un cristal. La figura es de un medio metro, con el Niño en brazos, las dos con unas llamitas doradas clavadas en el pelo. La virgen con una capa bordada y el Niño dejando colgar otra capita de terciopelo con flecos de oro.

—Bueno —dice el albacea—, ¿en cuánto tasamos esto?

Se callan todos.

—¿Les parece bien cincuenta pesetas?

Asienten todos despacio, como un grave problema. El tío Anastasio, con la colilla de su puro ya encendida, calla, se llega a la mesa, abre la puertecita de detrás y apoya un dedo en la cara de madera de la virgen. Chupetea el puro mientras cierra la puerta y todos le miran extrañados. Se vuelve al albacea muy serio:

—¿Y dice usted que el valor de la virgen se descontará del lote de una de estas dos?

—Claro —contesta—, si los demás están conformes en que sea para ella.

—Yo no me opongo a que se les adjudique la virgen —dice engoladamente el tío Anastasio—, pero no puedo tolerar que una talla del siglo XII, bueno, o del que sea —rectifica viendo la cara de asombro del albacea—, se adjudique por diez duros. Esta virgen vale lo menos quinientas pesetas y me quedo corto. Porque no me van ustedes a negar que es una talla en madera.

Vuelve a abrir la puertecita y da golpecitos con los nudillos a la cara de la virgen, que suena como un tarugo.

—Madera, sí señores, madera policromada, ¡auténtica! ¡De estas vírgenes se encuentran ya pocas!

La abuela Inés, desde el respaldo de su butaca, regruñe:

—¡Y de las otras también!

—Yo —dice el albacea—, nada tengo que oponer. Si quieren ustedes que la virgen valga quinientas pesetas, como si quieren que valga mil. Lo que hay que aclarar primero es a cuál de las dos —titubea antes de adjudicar títulos— señoritas se le va a dar.

Las dos contestan a la vez disputándose la virgen, pero protestando del precio. Quinientas pesetas son cien duros. Durante un rato hay una algarabía de voces. Por último el albacea impone silencio, proponiendo una solución:

—Vamos a poner la virgen en subasta entre estas dos señoritas ahora le sale la palabra de golpe—. Cuando lleguemos al final, la que gane se queda con la virgen si los demás están conformes. Si no, pasa al inventario en un lote y al que le toque se la lleva.

Fuencisla no puede contenerse:

—Yo, los diez duros que decía usted los doy, aunque no sea mas que por la memoria de la pobre tía que la tenía en tanta estima.

—¡Claro! ¡En diez duros te la vas a llevar! —replica Carmen—. ¡Veinte doy yo, señor!

Están las dos en pie alrededor de la mesa, como dos gatas furiosas, la virgen en medio con su sonrisa boba. Se tiran a la cara las as como pedradas. Congestionada, roja de rabia, Carmen da el golpe final:

—Ochocientas pesetas —brama.

Fuencisla rompe a llorar. La tía Braulia la pellizca un brazo fuiunamente para que no suba la tasa. Carmen pasea sus miradas por todos:

—Sí, señor. ¡Ochocientas pesetas y no me vuelvo atrás! —Chilla en jarras, como una chula del Avapiés, como lo que es.

La abuela Inés rompe a reír a carcajadas, meneándosele los pechos y la tripa que desborda los brazos de la mecedora. Carmen se encara con ella:

—¿Qué pasa? ¿Le molesta a usted? Porque yo hago de mi dinero lo que me da la gana.

La abuela se ríe a carcajadas y no puede contestar. Tose, hipa, lagrimea. Cuando se calma, aún entre risas, le dice:

—No, hija, no. No me cabreo. Te puedes llevar la virgen y decirle misas. Te vas a ensuciar en ella más veces que le vas a rezar. Y para que te consueles, te diré que, cuando aún no habías nacido tú, Pepe la compró en el Rastro un domingo por dos duros y aun se la subieron a casa.

Al día siguiente comienza la disolución de la casa. Los parientes de Brunete llegan con sus carros de labor, las mulas uncidas con un yugo de madera al cuello, la lanza del carro sobresaliendo entre ellas. Los carros tienen todavía restos de paja en su suelo y las mallas de esparto que sirven para sujetar la paja. Van cargando muebles y rompiendo porcelanas en la escalera. El tío Julián viene con sus chicos y dos carros de mano. Cuando echan a andar ya cargados, los carritos se bambolean perdido el equilibrio. Nosotros somos los últimos. Los muebles grandes

los hemos vendido porque en la buhardilla no caben. Nos hemos quedado con mi cama, tres colchones de lana, unos cubiertos y las ropas que nos han tocado. El resto son unos billetes que mi madre ha guardado en su bolsillo negro de ir a la compra. El tío Anastasio ha vendido todo. Se ha guardado los billetes y le ha dicho a su mujer y a Baldomerita:

—Andando.

En la esquina las ha dejado solas y las dos han venido con nosotros, escoltando un carrito que empuja el señor Manuel. Viven al lado nuestro en la plaza del Ángel. La tía Basilisa comienza a hablar:

—¡Una vergüenza, hija, una vergüenza! ¡Los hombres! ¿Y qué vas a hacer? Yo bien hubiera querido guardar algunas cosas de mi hermana. Pero ahí le tienes, se ha guardado los cuartos y se ha marchado. Después dirá que sus negocios, y no veremos un céntimo. Menos mal que una ha guardado algo, antes de que muriera Baldomera, que si no... Claro es que cuando se cobre el dinero de la herencia, no pasará esto. Quiera o no quiera, se meterá en el banco, para cuando se case la niña. —Hace una pausa larga mientras cruzamos la plaza Mayor, dando la vuelta al revés porque están arreglado el asfalto. Después vuelve a su tema: —Te digo, hija, que es un infierno esto. Gracias a la portería. Un mes con otro, son cuarenta o cincuenta duros. Pero él, desde que le jubilaron con sus doce duros al mes, se ha arreglado la vida. Por la mañana va a leer el periódico y a liar sus pitillos. Después de comer se va al café. Por la noche cena y se va a la taberna a jugarse los cuartos. A primeros de mes tengo que estar con cien ojos, para que no se lleve nada de los recibos de los inquilinos. De esto no veremos un céntimo. Y no protestes, porque entonces se vuelve loco, y comienza a aporrear los muebles y a gritar: «¡Treinta años de trabajo honrado y estas mujeres se enfadan porque uno se toma un vermut con los amigos! ¡Pero aquí soy yo el amo!». Ya le conoces, Leonor. Después se va con la criada por ahí. Porque aunque ya es viejo, se acuesta con la que puede. ¡Una

vergüenza, hija, una vergüenza! En la misma escalera las soba y las monta en el ascensor. Él se mete dentro con ellas, «porque no saben hacerle marchar». ¡Sí, sí, para tocarlas a gusto!

Cuando nos despedimos de ella, nos dice: —¡Bueno, que vengáis por casa! —y se va del brazo de Baldomera, renqueando con su reuma.

En la buhardilla, el señor Manuel va dejando la cama desarmada, los colchones, las ropas y los paquetes pequeños; la buhardilla se llena. La señora Pascuala ha venido a ver y va hundiendo las manos en la lana de los colchones, palpando las sábanas, sopesando los cubiertos de plata. Yo me pongo a armar mi cama de barras doradas que se burla de las otras dos camas de hierro pintadas de verde, con muelles chirriantes. Después, sólo después, me pongo a desarmar la cama vieja pequeña, llena de tornillos oxidados, que se queda allí en un rincón donde se junta el techo con el suelo, como un esqueleto verde. La cama de mi madre, su cama de matrimonio de hierros curvados en la cabecera y en los pies, con dos placas planas en cada una de las cuales hubo pintado un santo, recibe los dos colchones grandes. La mía, su colchón. Y en el rincón del techo y el suelo quedan los colchones de Pascuala.

—¿Qué va usted a hacer de eso? —pregunta la señora Pascuala.

—No sé. Habrá que dárselos a alguien.

El señor Manuel se rasca la calva y lía su pitillo de colillas gordo y torcido como troncos de árbol.

—¿Lo va usted a regalar, Leonor? —dice.

—Hombre, para venderlo no sirve.

Se vuelve a rascar la calva y rechupetea el cigarro que ha encendido con la serpiente de su yesca.

—Es que... ¡verá usted! Uno... —se le atragantan las palabras— hace ya años que... ¡Bueno! Usted sabe que tengo una patrona que me deja una habitación. Pero por diez reales al mes no se pueden pedir comodidades. Tengo un petate que me lo he arreglado yo, pero que no es un colchón. De cama ni hablar. Ni cuando voy al pueblo tengo cama.

Unos buenos montones de hojas de maíz y ¡tan a gusto! Pero, si lo va usted a tirar, a regalar, mejor dicho; antes yo. ¿No tengo razón, Leonor? Además —afirma de repente ya asegurado de sí mismo—, un convenio: yo me llevo la cama y los colchones y a cambio le subo a usted la ropa tres semanas a mitad de precio. No digo gratis porque si me quedo sin ese ingreso fijo, las cosas van a ir mal. ¿Qué le parece?

Se queda mirando a mi madre ansiosamente, esperando su respuesta. Mi madre se sonríe, como sabe ella sonreír a veces. Se vuelve a mí:

—Ahí tiene usted al heredero, que disponga él lo que quiera.

Y el señor Manuel me mira con los ojos de un perro que teme le abandone su amo. Yo soy ya un señorito empleado en un banco. Él hace ya muchos meses que no se atreve a besarme ni a llamarme de tú. Le infundo respeto y sé que habla de mí a todas las lavanderas como de un fenómeno: «El hijo de la Leonor, ¿sabe?, empleado de un banco, hecho un señorito». Chupetea el pitillo maloliente y me mira, me mira. ¡Cómo me mira!

—Señor Manuel —le digo muy serio—, vamos a hacer un trato. Le regalo la cama y el colchón, pero con la condición siguiente:

No me deja acabar:

—Diga, diga, lo que quiera. Uno, aunque viejo, está para servirle. Llevo con su madre quince años, los mismos que tiene usted, y que diga ella...

—Le regalo la cama, pero tiene que dejar de llamarme de usted.

Parece que al pronto no comprende lo que digo. Después me coge, me zarandea con sus manazas de gallego fuerte, me estruja, me besa la cara ruidosamente, quitándose el pitillo de la boca de un manotón; me pone las manos en los hombros, me encuadra delante de él y se pone a llorar.

Hay que darle una copita de aguardiente. Después hace dos viajes para llevarse los hierros viejos verdes y los colchones de borra, llenos

de remiendos. Nos quedamos mi madre y yo solos, arreglando la casa. De vez en cuando entra una vecina a enterarse y a ver la cama, que es una joya en la buhardilla. A la caída de la tarde viene la señora Segunda.

Mi madre va escogiendo en las ropas las prendas que no le valen y se las va dando una a una. A la luz de la lámpara de petróleo, la señora Segunda las va cogiendo y haciendo exclamaciones. Hay camisas de la tía, justillos, faldas, enaguas, refajos. Mi madre se reserva lo mejor y le da el resto. Coge una chaqueta de paño grueso, de invierno, color café oscuro, con un roto tremendo sobre el pecho.

—No sé para qué le valdrá esto, Segunda —dice mi madre sacando una mano por el agujero—. La tía lo guardaba todo.

La señora Segunda levanta en alto la chaqueta con su roto que deja pasar la luz:

—Para Toby, hija, para Toby. El pobrecillo tiene mucho frío en el invierno, cuando vamos a pedir. Le voy a hacer una manta. ¡Toby! ¡Toby!

El perro se levanta perezosamente de al lado del brasero, olfatea la prenda y menea el rabo. La señora Segunda se empeña en ponerle la chaqueta a Toby por encima del lomo, las mangas colgando a rastras por el suelo, y Toby se está quieto meneando su rabo por debajo de la tela. Le lame las manos y vuelve a tumbarse bajo la mesa al calor.

En la buhardilla, nuestra vida se ha normalizado. Mi madre sigue lavando los lunes y los martes. Yo voy al Crédit a mis horas. Los domingos vienen mis hermanos. Durante la semana yo leo y mi madre cose a la luz de la lámpara. Los domingos, a veces vamos al cine; por la tarde, porque a las ocho, Rafael y la Concha tienen que volver a la tienda y a la casa. Yo me he convertido en un personaje. La señora Pascuala me sigue tuteando pero me mira con un respeto en el que hay algo de envidia por su hijo Pepe que no logra servir para nada. Fuera, en todas partes, me llaman de usted. Me tomo mi vermut y me fumo mis

pitillos de vez en cuando. Dentro de poco cogeré unos miles de pesetas de la herencia de los tíos. Soy el amo y me siento el amo de la casa y de todos. Nos van llegando las noticias de los demás herederos: En Brunete, parece que las dos familias, la del tío Hilario y la del tío Basilio, andan a la greña. A la muerte del tío, los dos han querido coger el mando de la comunidad que él había establecido. El tío Hilario por más viejo, el tío Basilio por más joven con sus hijos varones. Han comenzado a regañar a causa de los muebles que cada uno ha llevado. A pesar de que el reparto fue por sorteo, con el valor que ellos mismos marcaron, ahora se echan en cara que un mueble vale más que otro y que a los dos los han estafado. La gente del pueblo visita las dos casas y en las dos dice que los muebles son mejores que los de la otra. Total, que acordaron no trabajar más juntos las tierras. Pero cuando ha llegado el momento de repartirse las tierras que habían comprado desde que el tío José se encargó de ellos, de repartirse las mulas y los aperos de labranza, la cosecha que había en el granero y hasta los cántaros de llevar el agua a los trabajadores, entonces ha estallado la bronca. Las mujeres se han tirado del pelo y los hombres se han dado de estacazos. Por último, han recurrido a pleitear sobre el derecho de cada uno a las tierras y han recurrido a don Luis Bahía, para que les preste dinero a cuenta de la herencia del tío, para los gastos del pleito.

El tío Julián es también un caso con gracia. Toda su vida ha sido un carpintero constructor de carros, trabajando en un taller de la Ronda de Toledo. Aprendió el oficio con mi abuelo y después vino a Madrid como oficial, a medias con el amo del taller. Viven él y sus chicos —siete— en una casa de corredor de la calle del Tribulete. Cuando se han repartido los muebles, le tocó el aparador y la mesa. Son dos muebles de encina tallada, grandes, pesados. Se los llevaron a la casa, una casa que tiene cuatro habitaciones pequeñas —un comedor, dos alcobas y una cocina, el retrete está en el pasillo para todos los vecinos del piso—, y claro es que ni el aparador ni la mesa cabían en aquella casa. Pero

los metieron, y para andar por la casa tienen que ir de costado entre la mesa y la pared. Al aparador le han quitado el cuerpo de arriba donde se ponían los vasos, las copas, las tazas y las bandejas. La parte de abajo la han metido en la alcoba del matrimonio. Y la de arriba la han colgado de unas escarpias en la cocina.

El tío Julián tiene dos hijas ya mayores, una de ellas a punto de casarse. Ésta pidió los dos muebles para su casa. La otra hermana protestó porque también tiene novio, y por último el tío Julián tuvo que coger a las dos, liarse a bofetadas y meter los muebles en su casa como ha podido.

La historia del tío Anastasio es más simple. Con el dinero de los muebles se fue a jugar a un club que llaman El Bilbaíno en la calle de Peligros. Y ganó. Ganó unos miles de pesetas. Se presentó en su casa con regalos para la tía Basilisa y para Baldomerita. Durante un mes o cosa así, han vivido todos tan a gusto en pleno lujo. Teatro, cine, caprichos, alhajas baratas. Después el tío Anastasio ha empezado a quedarse sin dinero. Ha empeñado las alhajas que había regalado a las dos mujeres. Después, las alhajas que la tía había regalado a Baldomera, el mantón de Manila, las mantillas, todo. Cuando se ha acabado, ha empezado a empeñar las cosas de la casa y todo ha terminado en que un día ha venido a casa la tía Basilisa, llorando, a pedirle a mi madre cinco duros.

El padre de la Carmen, el marido de la tía Eulogia, es un hombre que vino de niño de Galicia. Un verdadero gigante. Ganó dinero de joven y puso una carbonería en el Mundo Nuevo, donde ganaba mucho. Después empezó a beber. Como era tan fuerte no se emborrachaba nunca, y para emborracharse, porque le daba vergüenza que los amigos se emborracharan y él no, se bebía enteras las botellas de aguardiente. Se arruinó y tuvieron que cerrar la carbonería. Entonces, ya viejo, entró de mozo en una tienda de muebles de lujo, la mejor de Madrid, para llevar los muebles que compraban los clientes. Tenía un compañero tan

grande como él y a los dos les habían comprado unas libreas muy lujosas. En unas andas de terciopelo rojo llevaban los muebles a pulso, una correa ancha de cuero pasada por los hombros. La gente se volvía en las calles para mirar a aquellos dos hombretones, verdaderos gigantes, llevando muebles pesadísimos como si fueran plumas. Una vez llevaron así un piano y la gente se paraba en el borde de las aceras. Acompasaban el paso y el mueble iba balanceándose como en una cuna. Tenía un buen sueldo y buenas propinas, pero todo se lo gastaba en beber. Un día le llevaron a casa con un ataque de delirium tremens. No se murió por lo fuerte que era, pero quedó inútil en la cama, bailándole las manos sin parar. Para que no se muriera, el médico le daba todos los días tres copitas de aguardiente, porque decía que si se le cortaba el alcohol de golpe se moriría en seguida.

Cuando vio todos los muebles y todas las ropas que les habían tocado en la herencia, una mañana que la tía Eulogia se había marchado de la casa y se había quedado él solo, se tiró de la cama. Como vive en la calle del Peñón, a espaldas del Rastro, llamó a un vecino que es comerciante allí y le vendió todos los muebles y las ropas de la herencia y algunas de la casa. Luego llamó a un chico de la vecindad y le mandó subir un frasco grande de aguardiente —dos litros—, se metió en la cama y se lo bebió. Se volvió loco. La primera que vino fue Esperancita, la hermana menor de Carmen. Se lo encontró en cueros con una garrota en la mano rompiendo los muebles. La quiso matar y la chica salió dando gritos por los corredores de la casa. En aquel momento llegó la tía Eulogia. Le dio un estacazo en un hombro que casi le rompió un brazo. Y si le pilla la cabeza, la mata. Tuvieron que entrar todos los vecinos y atarle con cuerdas como un paquete. Tres días ha durado con la camisa de fuerza puesta, atado a la cama y echando espuma por la boca. Mi madre fue a verle un día antes de morirse. Yo fui al entierro. La casa está destrozada. Lo único que ha quedado intacto

es la virgen encima de la cómoda, con una lamparilla de aceite dentro que llenaba el cristal de vaho y hacía manchas de humo en el techo.

Hace un domingo espléndido y he querido bajar a la Escuela Pía a ver al padre Joaquín. Hemos estado charlando hasta la hora de comer y después he comido en el refectorio de los padres, con ellos. Cuando subía a media tarde la calle de Mesón de Paredes, he entrado a ver a la señora Segunda. Toby me ha recibido en el portal con sus patas sucias y su pelambrera de lana gris que me deja lleno el pantalón de pelos blancos. Está cómico con su manta de paño, rebordeada de una trencilla verde y atada al cuello y por debajo de la tripa. La señora Segunda se está vistiendo para salir a pedir y me enseña sus ropas con orgullo.

De una chaquetilla de la tía llena de abalorios negros se ha hecho una chaqueta. Ha descosido los abalorios y han quedado manchas simétricas que parecen un bordado. La falda es una vieja falda de seda rameada de fondo mate y flores brillantes, ya agrisada por los años. De una mantilla vieja se ha hecho un velustrín que le tapa casi toda la frente y parte de la nariz horrible. Así vestida, con su silla de tijera y el Toby con su manta, se sienta en la plaza del Progreso. Parece una señora venida a menos, y como no se le ven apenas los agujeros de la nariz, las gentes le dan mucha más limosna. Me va enseñando las prendas una a una y explicándome: —Gracias a tu madre, todo el mundo me mira de manera distinta. Con el velo y el traje de seda y como no se me ve la cara, la gente tiene lástima, más que antes, y ya no les doy asco. Al Toby le estoy enseñando a tener un platillo entre los dientes y estar sentado. Se está algunos ratos quieto, pero luego el pobre se cansa. Es una lástima. Para que se esté así, me tomo el café sin azúcar en el cafetín, y luego se la voy dando a él a cachitos. Pero el pobre es muy viejo y se cansa de estar con el platillo entre los dientes. Es lástima, porque cuando está así nos dan mucha más limosna. Hasta los hombres dejan una perra en el platillo y acarician al perro. Me enseña cuatro sábanas nuevas que ha hecho con los cachos de tela

blanca que mi madre le ha dado. Los trozos blancos están unidos unos a otros con puntas diminutas, todo blanco, todo planchado.

—Toca, toca —me dice—. Las he metido en lejía porque había unos cachos más blancos que otros. Pero ahora, gracias a la lejía y al añil, todos están igual y tan finos que da gusto dormir en ellos.

De los pares de medias viejas ha hecho medias enteras cortando trozos y uniéndolos a punto de media. De todos los recortes pequeñitos de telas ha hecho una manta para el perro, cosiéndolos como las hojas de las flores sobre un trozo de arpillera.

Y como era necesario alegrar la casa, ahora que tiene ropas nuevas y gana más dinero, ha pintado de azul la loncha de queso que es su cuarto debajo de la escalera. Un azul de yeso con añil que me llena las mangas de la americana para completar la obra de las patas de Toby en el pantalón.

Los lunes y los martes tomo el tranvía en la misma puerta del Crédit y bajo a comer al río. Me siento orgulloso de que me vean las lavanderas, y mi madre se pone muy contenta, también de orgullo. Para que no me manche la ropa, me pone un blusón del Laboratorio Municipal, porque lava las ropas del doctor Chicote y de todos los médicos del laboratorio. Así puedo sentarme a comer en la hierba con la banca patas arriba por mesa y sacarle lombrices al pato. Ahora ya no me da miedo su pico duro, y aun algunas veces se lo cojo entre los dedos y lo sujeto. Gruñe como un cerdo y bate las alas con rabia. Después sale corriendo, meneándose como una mujer gorda de piernas torcidas.

El señor Manuel se ha empeñado en que vaya a su casa: una chabola de madera y algunos ladrillos, donde vive una viuda que es la dueña y donde él tiene una alcoba de paredes de tablas con las rendijas tapadas con papel pegado con engrudo. En las paredes ha puesto hojas de revistas con retratos de políticos, de toreros y de bailarinas. El piso, que era de tierra, lo ha ido cubriendo de baldosines de los escombros y es un mosaico de todos los colores. Hay baldosines blancos de retrete, azules,

negros y blancos de mármol, ladrillos hidráulicos rojos y con florecitas y redondeles de todas clases.

—Lo que más trabajo me ha costado ha sido poner este piso plano —me dice—, pero en fin, ahora está decente. Sólo me faltan dos cachos grandes de cristal para la ventana.

La «ventana» es un agujero cuadrado en las tablas, en el que ha puesto el marco de un cuadro. Un marco dorado lleno de flores y hojas despintadas. Medio marco tiene dos trozos de cristal pegados uno a otro con masilla de vidriero. La otra mitad la tapa un papel engrasado. El. marco está montado sobre dos goznes y tiene un gancho que lo cierra. Cuando abre la ventana entra el sol. Cuando está cerrada entra sólo por la mitad del cristal, y el señor Manuel quiere la otra mitad para que el sol entre sin que tenga que abrir la ventana porque es muy friolero.

—Mira, la cama, tu cama —me dice.

La cama está desconocida. El señor Manuel la ha pintado de amarillo, un amarillo rabioso tirando a verde, lleno de churretones. Un amarillo que chilla en la habitación sobre la policromía de los baldosines. En la cabecera de la cama hay una estampa de la virgen del Perpetuo Socorro llena de llamas, rodeada de condenados que alargan los brazos para que los saque del infierno. Un cajón cubierto con una tela blanca es la mesilla de noche con una puertecita que es la tapa del cajón sujeta con dos tiras de cuero y un gancho como el de la ventana. Dentro, un orinal sin asa, grande, con flores verdes y en el fondo un ojo pintado y un letrero que dice con faltas de ortografía: «Te veo».

Encima de la cama, un colchón gordo con dos sábanas, una manta de piezas y una colcha también amarilla.

—Qué, ¿te gusta? —me dice el señor Manuel—. Cuando no estoy en casa, la señora —la dueña de la choza— se mete aquí y se tumba en la cama a dormir la siesta. La pobre con su reuma de vivir veinte años aquí, en la orilla del río en un camastro tendido en el suelo, me tiene envidia. Ya me ha dicho que cuando me muera la cama es para ella.

Pero se va a morir ella antes y me voy a quedar yo con la chabola. Todavía estoy fuerte, sólo esta maldita hernia. Pero no me atrevo a operarme. Bueno que se muera uno cuando le llegue la hora, pero no que le mate un matasanos.

Se calla y pasa la mano por encima de la colcha, como en una caricia.

—¿Sabes? Desde que tengo cama de señorito, trabajo más. Tengo una cosa para ti.

Del fondo del baúl lleno de trapos, de periódicos antiguos, de libros faltos de tapas y de hojas, recogidos sabe Dios dónde, saca un trapo blanco liado como una venda sucia. Lo desenvuelve sobre la mesilla de noche y del último pliegue saca una monedita de oro diminuta. Una moneda de oro de diez pesetas de cuando el rey era niño. Un centén. Pequeño y luciente como un céntimo nuevo.

—Para la cadena de tu reloj. Es lo único que me queda de tiempos mejores, cuando se ganaban onzas. Tenía el capricho de conservarla, pero ya ¿para qué le vale a uno?. Y tengo que llevarme el centén envuelto en un papel de fumar áspero de los que él gasta para hacerse sus estacas de colillas.

Cuando subo el paseo de San Vicente desenvuelvo la monedita de oro y la miro en detalle. Es tan pequeña que tendré que ponerle un arillo para poder colgarla de la cadena.

La verdad es que de todos los herederos, los más felices son los más pobres: nosotros, la señora Segunda y el señor Manuel. Claro que estos dos no eran herederos, pero les ha tocado parte de la herencia.

La Cuesta de San Vicente es medio kilómetro de verja de hierro sobre una base de piedra barroqueña. La verja del Campo del Moro, el jardín de Palacio, donde nadie puede entrar, porque los soldados que hay de centinela le pegarían un tiro al que entrara. Cuando yo era niño, aprovechaba el subir esta cuesta al lado de mi madre para hacer pitos con los «güitos». Es muy sencillo, se coge un hueso de albaricoque y se

frota sobre la piedra a la vez que se anda. Se va desgastando hasta que se hace un agujero de bordes planos en uno de los extremos del hueso. Entonces con un alfiler se saca la almendra y queda así el hueso vacío. Se sopla fuerte en los bordes del agujero y se produce un pitido que se oye muy lejos. Si frotara el centén sobre la piedra se desgastaría también el canto. Le paso un poco suavemente. No se nota el desgaste, pero allí en la piedra ha quedado una rayita muy fina. Una rayita de oro.

¿A quién se le ocurre frotar una moneda de oro contra las pie— dras? ¿Es que todavía soy un niño? ¡Una moneda de oro! Ya no las hay en España. Antes las llevaba la gente en el bolsillo, como ahora llevamos nosotros las pesetas. Después, sólo las tienen guardadas los ricos y también el Banco de España en unas cajas de acero bajo tierra. Las tiene allí para que la gente admita los billetes de banco. Dicen que por los cimientos del banco pasa un antiguo arroyo, que se llamaba el arroyo de San Lorenzo, y que las cajas del oro están debajo del agua. Si hubiera un fuego o un robo en el banco, los serenos abrirían unas puertas y el río entero se volcaría sobre las cajas. Pero nada de esto me interesa. Me gustaría más coger un martillo y machacar el centén para ver si es verdad que se puede hacer una hoja de muchos metros con cinco gramos de oro a fuerza de darle martillazos. Luego pegaría la hoja de oro en la pared y tendría una pared de oro en la buhardilla. Indudablemente soy un chico aún.

En la plaza de San Gil, que ahora se llama plaza de España, están jugando al peón y la gente ha formado un corro alrededor. Son cuatro muchachos, casi hombres, mucho mayores que yo: el que menos tendrá diecisiete años. Han hecho en la arena un redondel muy grande y en medio tiran cada uno una perra chica. Después, uno tras otro hacen bailar el peón, le cogen con la mano y tratan de sacar las perras fuera del círculo con la punta del peón. Como son ya hombres, el trompo baila con mucha fuerza. Bueno, no son hombres, son golfos, porque los hombres no juegan al peón y los chicos no se juegan los cuartos. Pero

tampoco son golfos: a un lado del redondel del juego hay un montón de libros. Son estudiantes de derecho de la Universidad que está aquí cerca de la calle Ancha. Son hombres, pero como están aún estudiando, tienen el derecho de ser chicos; el derecho de jugar al peón, de jugar al paso en esta misma explanada; de correr unos detrás de otros, chicos y chicas, ya hombres y mujeres, y jugar. La gente les mira y se divierte con ellos. «¡Bah! ¡Son estudiantes, tienen derecho!» Y los viejos de barba blanca que vienen a tomar el sol a la plaza forman el corro alrededor del peón o se ponen en fila a lo largo del juego del paso para celebrar sus habilidades. ¿Qué cara pondría Corachán si nosotros, Medrano, Gros y yo, nos pusiéramos a jugar al peón aquí y pasara él por la calle? Nos despediría. Nos diría con su voz campanuda que unos empleados del Crédit Étranger no son ni niños ni golfos para jugar al peón en la vía pública. Sin embargo, el hijo de Corachán estudia derecho en esta misma Universidad. Tiene ahora veinte años. ¿Vendrá aquí a jugar al peón?

Después de comer vienen la Concha y Rafael. La Concha está sirviendo en casa del doctor Chicote, Rafael está de chico en una tienda de la calle de Atocha. Como es además día 2, traen la paga. Ayer cobré yo. Sobre la mesa, mi madre pone todos los cuartos y empieza a hacer cuentas y montoncitos; ¡poco dinero hay! Los cinco duros míos, seis de Rafael, ocho de la Concha. Total, noventa y cinco pesetas.

—Nueve pesetas para el recibo de la casa. Dos pesetas para Pascuala.

Las once pesetas quedan en un montoncito. Éste es el dinero más sagrado para mi madre: pagar la casa.

—Cinco pesetas para la Sociedad.

Por estas cinco pesetas tenemos todos derecho a médico, botica y entierro.

—Diez pesetas para pagar la colada.

Mi madre se interrumpe y empieza a contar con los dedos sus deudas. Al final hace otro montoncito de catorce pesetas. Nosotros tres la miramos sin decir nada, esperando que acabe de disminuir el montón grande. Por último dice:

—Nos queda esto hasta el día 8 que cobre yo en el laboratorio.

Quedan treinta y una pesetas. Entonces empezamos nosotros. La Concha la primera:

—Yo necesito ropa. Un corsé, una camisa y unas medias.

—No eres tú nadie —exclama Rafael—. Yo necesito calzado y una blusa.

—Y yo zapatos —digo.

—Claro, el señorito necesita zapatos. Tiene dos pares ya, pero necesita otro.

—Claro, dos pares pero son de color y no puedo llevarlos con el luto de la tía.

—Te los tiñes.

—¡Eso! ¿Y tú presumiendo de tetitas con el corsé?

Nos enzarzamos los tres de palabras. Mi madre pretende calmarnos sin conseguirlo. Al final saca de su bolsillo una peseta, la une al montón y hace tres montoncitos de ocho pesetas cada uno. Y uno más para ella.

—¡Bueno! No hay más.

Rafael se embolsa sus ocho pesetas. La Concha se queda con ellas en la mano.

—¿Qué hago yo con esto?

—Mira —dice mi madre—, sacas unas pesetas del Monte y compras lo que te haga falta.

Los tres tenemos una libreta de ahorros en el Monte de Piedad y esto siempre es motivo de discusión. Rafael y yo la tenemos de una vez que nos dieron premios en el colegio. Pero no se puede sacar el dinero hasta que seamos mayores de edad. La Concha abrió una cuando empezó a trabajar y es la única que puede sacar los cuartos cuando

quiere. Mi libreta tiene ya más de mil pesetas con los ingresos que fue haciendo el tío José. La de Rafael tiene más de quinientas y la de la Concha, durante los primeros años que trabajó, como no se necesitaba su sueldo, subió a cerca de mil quinientas pesetas. Después, cada vez que en casa ha habido apuros se ha recurrido a su cartilla y a estas fechas tiene doscientas o trescientas pesetas nada más. Así que cada vez que se habla de tocar su cartilla, se pone hecha una fiera.

—¡Para eso se pasa una la vida trabajando! Para luego no poderse comprar lo que le hace falta. Pues no hay derecho. Ellos tienen sus cuartos bien seguros y yo tengo que hacer frente a todo. Desde la muerte del tío José no se ha hecho más que sacar dinero de mi cartilla para que ése sea un señorito chupatintas: y yo, mientras, fregando platos.

—¡Eso es envidia! —exclamo yo.

—¿Envidia? ¿De quién? ¿De ti? Si vas a ser más desgraciado que ninguno. Nosotros somos pobres y no nos da vergüenza. ¡Los hijos de la señora Leonor la lavandera! Pero tú eres el señorito que te da vergüenza decir que tu madre lava en el río y que vives en una buhardilla. ¿A que sí? Yo he traído aquí, a casa, a mis compañeras y a mis amigas, porque a mí no me da vergüenza que vengan a casa. Pero tú, ¿cuándo has traído a un amigo? ¿Un señorito del banco, a que sepan que vives en una buhardilla y que tu madre lava ropa?

Por lo mismo que tiene razón, me pongo furioso. Claro es , que en el Crédit no saben que soy hijo de una lavandera y que vivo en una buhardilla. Tal vez me echaran a la calle. Allí no quieren pobres. Se exige ir bien vestido y tener una casa decente. Las familias de los empleados son personas que visten con sombrero y gabán. ¡Estaría bonito que se presentaran allí la Concha con su traje de criada de casa grande, Rafael con su blusa de tendero, mi madre con un pañuelo a la cabeza y su delantal! Pero esto no lo comprende la Concha. Cuando hablo, tratando de hacerla ver el porvenir que me espera cuando sea un

empleado que gane mucho dinero y mi madre no baje al río y tengamos una casa con su lámpara de comedor en medio y luz eléctrica, se ríe en mis narices, me sacude por los hombros y me chilla:

—¡Idiota! Lo que serás tú es un muerto de hambre toda tu vida. Un chupatintas. Un señorito de pan pringado. —Se ríe a carcajadas. De pronto se pone seria y me grita—: ¡Un esclavo de cuello duro! ¡Eso es lo que vas a ser!

Y me vuelve la espalda, se sienta en una silla y se echa a llorar.

Rafael y yo vamos a la calle. Compramos una cajetilla de cincuenta y encendemos un pitillo. Tomamos café y una copa de coñac. Cogemos el tranvía y nos vamos a Cuatro Caminos a merendar cordero asado y beber vino tinto. Cuando volvemos a casa, nos hemos gastado las dieciséis pesetas de los dos. Rafael me dice:

—No importa. Tengo las propinas y mañana le pediré al amo un duro, pero no le digas nada a madre.

Al día siguiente, cuando me levanto por la mañana para ir al Crédit, la madre, que me ha cepillado la ropa, como todos los días, me da dos pesetas.

—Toma, para que lleves algo, por si tienes un compromiso.

No me pregunta qué he hecho de las ocho pesetas del domingo. Y bajo avergonzado las escaleras de casa.

Capítulo 6

Futuro

Tengo ansia de algo. ¿De qué? No lo sé. Ansia de correr, de saltar, de tirar piedras, de trepar a los árboles. De sentarme en una sombra y mirar, mirar, sin pensar en nada. Mirar a lo lejos. Llenarme la cabeza de campo. Llenármela de aquellos grupos de árboles, casi una mancha negra de puro verde, que se ve a lo lejos. Llenármela de amarillo, de aquellas praderas del Pardo que dicen utiliza el Rey de España para experimentar cultivos. Entre ellas hay un cuadrado árido y en medio un pozo artesiano que hace brincar el agua a diez metros. Llenarme esta cabeza mía de nieve y de piedras, de la nieve y de la piedra que se ven al fondo en la sierra de Guadarrama. Encerrarme en la buhardilla, solo, mi madre en el río o no importa dónde. Dar la vuelta a la llave para que no venga la señora Pascuala y me vea sin hacer nada. Llenarme la cabeza de nada.

Me meto entre los pinos de la Moncloa. Los pinos están en cuestas rápidas y sus agujas han tapizado el suelo. Las gentes prefieren el parque del Oeste, jardín inglés de hierba recortada y arena fina. Parece que cuidan la hierba barberos con máquinas de cortar el pelo, gigantes que rapan la tierra y le dejan patillas. Le han sacado la raya en medio: un riachuelo con lecho de cemento y bordes de trozos de roca llenos de agujeros como esponjas petrificadas; con cascadas que son escalones de escalera. El arroyo salta en los escalones y se ríe de las gentes que le miran estúpidamente desde lo alto —alto de dos metros— de los puentecillos rústicos. Una mamá dice a su niño que se asoma al barandal de palos cruzados: «Niño, no te asomes, te puedes caer y ahogarte». ¡Y hay diez centímetros de agua! De la mamá se ríe el niño, que quisiera mojarse los pies en el arroyo, se ríe el arroyo y se ríen los peces. El niño ve en el arroyo un caudal de agua donde chapotear y revolcarse, alargando la mano a los pececillos dormidos, a estos pececillos imbéciles del Retiro que han trasplantado al arroyo. Tan

tontos que no se atreven a seguir la corriente y marcharse río abajo al Manzanares, porque tienen miedo al agua. Tan tontos que se quedan en cada piso del riachuelo, girando en el cuadrado de cemento y comiendo las migas de pan que caen desde los puentecillos. La madre tiene visiones de Niágara desbordante: «Niño, te vas a ahogar». Se ríen el niño y el arroyo, pero al final se enfadan, porque quisieran jugar juntos.

Odio el parque del Oeste. Le odio. Le odio sus praderitas simétricas. Odio sus paseítos estrechos de arena y de piedrecitas pequeñas, redondas, con las que juegan las chicas a los cantillos. Odio las casitas rústicas, los puentecillos falsos de madera, las márgenes de roca, de cara feroz que yo podría arrancar y tirar al arroyo. Odio el arroyito, barnizada de cemento su tripa, con su fuente de origen, una boca de hierro fundido con un letrero en relieve que dice: «Canal de Isabel II».

Más allá está la Moncloa. Campo libre. Crece la hierba y las ortigas entre ella. Hay barrancos y fuentes, manantiales que tienen por caño una teja que debió clavar allí en la tierra algún pastor, y que ya los años y el agua han tapizado de verde, de un terciopelo verde donde al beber se hunden los labios. Hay fuentes donde el agua salta de la piedra como un borbotón de puchero que hierve. Donde hay que beber haciendo cuenco con la mano y sorbiendo el caldo del puchero de la tierra. Hay fuentes que son hoyos planos como un cristal. En el fondo sudan agua, el sudor de la tierra. Y el sudor desborda y sale del borde del hoyo y sigue entre la hierba, perdido, sin que nadie lo vea. Cuando se bebe en estos hoyos, la tierra se ofende y sus posos suben y manchan el cristal con el amarillo del cieno. Cuando dejas de beber se calma poco a poco y el cristal reaparece.

Hay un árbol aquí y otro allá. Millares de árboles sueltos. Unos en lo alto de los cerros con el cuerpo torcido a fuerza de aguantar el soplo del viento. Otros rectos y fuertes. Otros en el fondo de ba—rrancos, agarradas sus raíces a las cuestas para no caerse, sacando sus dedos fuera de la tierra, para hincar sus uñas en ellas. Hay matojos que son

brazadas de especias que llenan el aire de olor. Y hay la alfombra de agujas de pino blanda y escurridiza donde da placer sentarse, tumbarse, revolcarse. La suela de mis alpargatas es de cáñamo y el cáñamo se pule con las agujas de los pinos. Desde lo alto de la cuesta, como sobre patines, se desliza uno, escurriéndose sobre las agujas de los pinos, y corre cuesta abajo hasta que pierde el equilibrio y se sienta en las agujas que se clavan en las posaderas. Los pinos se ríen, tú también, y riéndote te frotas. Y te quedas allí, donde has caído, sentado entre los pinos de corteza acuarteronada. Los domingos, cuando salgo de casa a las seis de la mañana, tomo un café puro en la Puerta del Sol, donde hay un café que no cierra ni de día ni de noche. El café que me dan, negro, espeso, sabe a juerga. En el café se reúnen gentes distintas a las gentes que se ven durante el día en Madrid. Primero los juerguistas. Los hay borrachos de toda una noche de vino, con la boca seca y el cerebro febril de no dormir: «Un café puro, sin azúcar», dicen. Los hay serenos, apresurados. Han dormido con una mujer toda la noche y van a casa con los ojos hinchados de sueño y de fatiga. Tienen que lavarse de prisa y corriendo, cepillarse la ropa, rehacer el nudo de la corbata y marcharse a la oficina o al taller. Después, profesionales: el sereno, el repartidor de telegramas, el camarero, el vendedor de periódicos, el barrendero. Se beben el café y la copita de coñac o de aguardiente barato para «matar el gusanillo». Después, nosotros, los madrugadores. Muchos que van a coger un tren y llegan con sus maletas o se apean del coche que queda en la puerta para calentarse el cuerpo. Con ellos suelen llegar viejecitas, asustadas del viaje y de este Madrid de madrugada, que se beben su café a sorbitos porque quema, mirando impacientes el reloj. Otros que vienen en pandillas, chicos y chicas de mi edad o poco más. Van al Retiro, a la Moncloa, al parque del Oeste, a jugar y a pasar el día. Son novios y novias principiantes. Se beben el café, empujándose, gastándose bromas, riéndose de los borrachos muertos de sueño. Vienen frescos de acostarse temprano, la cara lavada. Los chicos empujan a las

chicas contra el mostrador y se les ven las ganas de estrujarlas allí mismo. Los menos son los solitarios, que son viejos o niños casi hombres, como yo.

Los viejos se irán despacio calle de Alcalá arriba hasta el Retiro, se sentarán en un banco y mirarán a los jóvenes jugar como bestezuelas libres. Hablarán con otro de su quinta y recordarán sus tiempos de juventud. O tejerán palabras con alguna viejecilla sola, que, como ellos, va a mirar divertirse a los jóvenes, a gozar con ello y a murmurar.

Los semihombres, seminiños, como yo, nos vamos más lejos: a los pinos de la Moncloa, con un paquetito en el bolsillo que es la merienda de media mañana, la tortilla de dos huevos en un panecillo, la chuleta empanada. Con una botella pequeña que cabe en el bolsillo de dentro de la americana y que contiene un vasito de vino para después; un libro en otro bolsillo para leer bajo los pinos. Luego, no leemos. Miramos. Miramos las bandadas de jóvenes que saltan, corren y se persiguen detrás de los árboles. Quisiéramos estar allí con ellos, besar y que nos besaran; pero nos da vergüenza. Y los despreciamos desde lo alto del trono de nuestro pino y de nuestro libro. Todavía no nos admite esta sociedad de chicos jóvenes. Los viejos sí; nos dan consejos, nos acarician la cabeza. Pero ¡los jóvenes! Los jóvenes se ríen de nosotros. Ellos nos llaman «mocosos», ellas nos rechazan porque somos «crios»; o bien nos acogen maternalmente y nos besuquean como falsas madres, para ponerse excitadas ellas, porque los jóvenes no las quieren y no quedamos más que nosotros, los semihombres, los seminiños.

Como no se puede leer con estas imágenes que turban, hay que pensar. Los domingos, en la Moncloa, me dedico a pensar. A veces odio tanto el pensar que al domingo siguiente no voy a la Moncloa. Bajo al colegio, busco al padre Joaquín y no sé qué decirle. Después, poco a poco, comienzo a hablar y todos los domingos repletos de ideas y de pensamientos se vuelcan allí. A veces se ríe el padre de las cosas que le cuento. A veces me manda callar y entonces coge el oboe. Suben las

palomas del corral y vienen los pájaros del tejado del colegio. Me manda callar cuando le hablo de mujeres; entonces se pone a tocar como si tuviera rabia, hasta que con los chillidos del oboe y los de los pájaros se calma. Cuando le hablo de la madre, escucha y escucha, horas enteras. Un día ha sa—cado de un cajón un retrato, el retrato de su madre. Una vasca nariguda, tiesa y seca, con un pañuelo anudado en punta de la cabeza. Detrás, el padre, más alto que ella, también seco, grande, con ojos chicos, un azadón bajo la mano derecha. Al fondo, una casita con un balcón corrido a lo largo de la pared.

—Ahora tienen una casona —me ha dicho. Después ha mirado la celda llena de libros y de pájaros, con el atril estirado como un esqueleto al sol; ha mirado como si le faltara algo.

—Tienen una casona. Y una vaca. Mi padre trabaja con sus setenta. Aquí más abajo. No se ve. Delante de la casa hay un valle. Allí planta maíz el viejo. Luego, la madre lo fríe en la sartén cuando yo voy a verles. —Se calla y mira sin ver—. Se abre el maíz como una flor blanca, con un estallido. Cuando vuelvo a Madrid, la madre me mete unas mazorcas en la maleta. ¿Dónde podría yo aquí hacer flores de maíz? —Y da la vuelta a la celda con la mirada.

Después se levanta pesadamente, con su corpachón de elefante, se va a la ventana y me arrastra, una mano en la espalda empujándome. Se asoma al patio inmenso del colegio, donde discuten las palomas y las gallinas.

—Pero tú serás un hombre —me dice. No sé qué tiene su frase de misterio, de figuras calladas, de casita, de padres y madres; de niños, de mujer. Algo que no es esto, la celda numerada con el patio por horizonte. Alguien que no es él con su sotana. Siento su envidia hacia mí, por algo que aún yo no sé. Salgo del colegio, triste por él y por mí, y en muchos domingos no vuelvo.

Un día me contó:

—Tú no sabes por qué soy cura. Los padres —los vascos dicen siempre «los padres», no «mis padres»— eran pobres. Cuatro hermanas tenía cuando nací. Parece que comía mucho, más que el padre. Salí listillo en la escuela y el cura del pueblo, que se fijó en mí, le dijo un día a mi madre: «¡Buen canónigo hará Joaquín!». Era yo un chico cuadrado que a los ocho años hacía astillas con el hacha del padre que se pesaría sus tres kilos. Sacos de castañas llevaba ya al hombro que pesarían un medio quintal. El cura meneaba la cabeza cada vez que el padre me llevaba al campo. «¿Joaquín —porque el padre también se llamaba Joaquín—, quieres que le hagamos curilla?» Y así fue. A los once años me mandaron a Deusto. Salí de allí a los veintitrés para cantar misa en el pueblo. La madre lloraba y el padre me abrazó cuando me quité la casulla. «Ya eres un hombre, como yo te quería», me dijo. Los padres de Deusto querían que me quedara con ellos para la enseñanza, pero me daban asco sus sotanas raídas y sus zapatones viejos. No podía ser jesuíta. Me vine con los escolapios. Aquí se puede vivir; es uno libre y hay chicos a quienes enseñar.

Le escuchaba y le veía rodeado de chicos, pero no como cura. De chicos que eran hijos suyos, pataleando en la tierra. A él le veía como a su padre, con un azadón. Con un traje de pana —¿por qué de pana?—, crujiendo al andar su corpachón de hombre fuerte y grande. Abrazando con un solo brazo —¿por qué un solo brazo?— a una mujer fuerte y colorada con un pañuelo rojo en la cabeza. Dando un manotón a un chico sucio de mocos. Se marchaba a cavar la tierra. ¡Uuuh! ¡Uuuh! Es el grito del tío Luis, yo a caballo en sus espaldas. ¡Qué bien gritaría el padre Joaquín! Si se asomara ahora a la ventana y gritara ¡uh! ¡uh! se llenarían las ventanas de cabezas de curas. El padre Vesga se quejaría al rector.

—¿Y si tuviera usted hijos, padre Joaquín?

Se lo he preguntado a bocajarro y le miro a la cara, para ver la cara que pone. Parece que le he dado un puñetazo. Tuerce la boca para

abajo. Se le caen las manos, pesadas, a lo largo de la sotana. Mira al atril, al oboe y a la ventana. Mira afuera, a la pared de enfrente. No. Más lejos. Mira allá, lejos, detrás de la pared, detrás de lo que hay detrás de la pared.

—¡Yo no puedo tener hijos!

A veces, los hombres parece que hablan hacia adentro. Las palabras no salen de la boca, suenan dentro. En el estómago, en el pecho, en la carne, en los huesos; y resuenan allí. Hablan para ellos, para ellos solos, pero no hablan ellos. Se les oye todo su cuerpo. Así hablaba el tío José cuando afirmaba a mi madre que se moría. Así hablaba ahora el padre Joaquín. Después, sigue:

—Pero tengo uno.

Se despierta:

—No me hagas caso. A veces... ¡está uno tan solo! Me refería al Niño Jesús. Cuando yo canté mi primera misa, estaba enamorado del Niño Jesús. Hasta le veía en sueños. Me ha durado toda la vida. Por eso... me he dedicado a la enseñanza.

Está mintiendo y, como no sabe mentir, al mirarle él sabe que yo comprendo su mentira y se calla.

De la corteza del pino se hacen piraguas. Se arranca un trozo, uno de esos trozos llenos de arrugas profundas, metiendo los dedos en lo hondo de la arruga y tirando. Son trozos de madera porosa, blanda, que se dejan trabajar con la navaja como un trozo de queso. Primero se corta en forma de cigarro puro, ancho en medio, afilado en las puntas. Después se saca la panza de la quilla, redonda o aguda con dos planos curvos, combados, unidos por una arista central. Por último, se ahueca la parte superior. Se dejan trozos de madera en medio que forman los bancos de remar y donde se sientan los indios desnudos con sus remos planos. Y la charca donde la barca flota se convierte en una selva del Brasil o del Canadá, con orillas verdes llenas de serpientes o con márgenes heladas donde aúllan los lobos. Yo he hecho barcas de éstas

en las mañanas de domingo y las he hecho flotar en una charca de la Moncloa o seguir el cauce de un arroyo de diez centímetros de ancho. Saltando en el «rápido» que formaban dos piedras en el cauce. Siempre venía un niño, surgido no sé de dónde, que seguía la barca en silencio.

—¿Me la das?

—Para ti.

Se quedaba con la barca. La seguía arroyo abajo. Llamaba a sus padres o a sus amiguitos para que la vieran.

—Me la ha dado un señor.

Me sentaba recostado contra un pino. Furioso contra el chico. ¿Por qué ha venido a reclamar su derecho de niño? ¿Por qué ha venido a avergonzarme de mi juego y a reclamar su derecho? «¿Me la das?» Se la tengo que dar, porque es suya. ¿Cómo podría yo seguir jugando con la barca de corteza de pino, si soy ya el «señor que regala barcas»?

¿El niño o el hombre? ¡Me gusta tanto jugar con las barcas! ¡Me gustan tanto las piernas de las muchachas que saltan a la comba delante de mí!

Un hombre, sí. Soy un hombre. Tengo ya una categoría. Empleado del Crédit. Mi madre trabaja en el río. Es necesario que deje de trabajar allí. No quiero verla más subir los lunes y los martes diciendo: «Anda, baja por leche, estoy cansada». No quiero oler más la ropa sucia que se amontona en casa durante la semana y que huele agria, como un vinagre de vino podrido, no quiero ver más al señor Manuel, pegado a la pared al lado de la puerta, con su frente chorreando sudor de los cien escalones, dejando escurrir el talego de dos metros para que no estalle. No quiero contar más las sábanas y los calzoncillos de don Fulano y arreglar las cuentas.

No quiero ir más con ella, por las tardes, a llevar los talegos de ropa limpia y recoger los de ropa sucia, esperando en el portal de las casas a que ella baje. «No me han pagado», me dice. Cuando entramos en la calle mi madre visita al panadero: «Juanito, deme un pan... mañana se

lo pagaré». Después, en la tienda de comestibles: «Antonio, deme dos kilos de patatas y un cuarto de bacalao... mañana se lo pagaré». Así se hace la cena. Los señores no han pagado su ropa sucia de sudor y de cagarrutas en los calzoncillos faltos de botones. La lavandera no ha pagado su cena. Mi madre está contenta porque le fían. Yo estoy rabioso porque tiene que pedir y porque los señorones no le han pagado. Ceno porque mi madre está tan alegre de que yo pueda cenar, aunque no le han pagado los señores, que no podría dejar de cenar. Después se hace su café. Su lujo. Un café hecho en un puchero culotado como pipa de viejo holandés, donde los posos se amontonan días y días. Mi madre echa una pulgarada de polvo nuevo y hierve el agua que se tiñe más con los posos viejos que con el café reciente. Se lo bebe abrasando, a sorbitos. A veces dice: «Sin mi poquito de café, no podría vivir». Lo bebe también en el río. Lleva café y té una mujer que, como ella, es viuda con hijos. Una mujer que baja en invierno y en verano a las siete de la mañana y abre la espita de la cafetera o de la tetera y por cinco céntimos da un vaso de cristal lleno de café hirviendo o de té, con un trocito de limón flotando. A veces las lavanderas le suelen decir: «Señora Luisa, mañana le pagaré». Se va tan contenta de que le deban. Perra chica a perra chica, un día se sienta en un montón de ropa sucia y dice: «Me deben diez duros». Yo veo la tragedia formidable de esta mujer que baja a las siete de la mañana cargada con sus cafeteras grandes como cubos, a quien se deben, perra chica a perra chica, ¡mil perras chicas! Pero a mi madre no le ha pagado don Fulano y también debe ella cuatro tazas de café. ¡Le han faltado veinte céntimos!

No gano más que cinco duros, pero ganaré más. Y ganarán Rafael y la Concha. Rafael no sé. La Concha sí. La Concha se siente como yo, esclava de una obligación. Se resigna a ser criada y a fregar platos y barrer salas. Quiere ser más y trabaja, trabaja como una burra. Rafael no. Rafael se siente rebelde contra todo y contra todos. Se ha marchado de la tienda y cuando mi madre le ha querido meter en otra ha salido de

casa y no ha vuelto. Sólo yo sé dónde está. Duerme en la calle, en los bancos del Prado. Un maricón le ha dado un día quince pesetas. Después de haber cogido el dinero, le ha pegado y ha salido corriendo. Por la noche, cuando he ido a buscarle, me ha dicho: «Vente a cenar conmigo». Hemos comido unas tajadas grandes de bacalao frito en una taberna de la calle de la Libertad. «Vente a casa», le he dicho yo. «Madre no hace más que llorar. » Se ha callado, ha mordido el bacalao y el panecillo, abriendo mucho la boca para coger más, con hambre, y me ha contestado: «No. No quiero ser tendero». Se ha marchado por la calle de Alcalá arriba y yo me he ido a casa. Con la tajada de bacalao, no tenía ganas de cenar. Mi madre ha cenado en silencio. Entre sorbo y sorbo de café, ha levantado la cabeza, la lámpara de petróleo en medio de los dos, y me ha preguntado: —¿Le has visto?

He inclinado la cabeza dentro de la taza. —Sí —le he dicho.

No he dicho más y ella no me ha preguntado más. ¿Cómo le puedo decir que tiene rota su blusa blanca de tendero que ya es color chocolate? ¿Cómo le puedo decir que esta noche ha cenado porque le ha sacado los cuartos a un maricón?

—Dice que no vuelve a casa porque no quiere ser tendero —le digo.

Se calla. Mira la llama de la lámpara. Se mira las manos, sus manos roídas por la lejía.

—Dile que venga. Si no quiere ser tendero que sea otra cosa. Todo menos que sea un golfo.

Se refugia de nuevo en la llama de la lámpara, blanca, roja, amarilla y negra de humo.

—¡Dile que venga! ¡Le perdono! Pero esto no se lo digas. Que venga como si no hubiera pasado nada.

Cuando vuelve Rafael, porque yo le traigo, se acuesta. Cuando viene mi madre, está dormido. Cuando se despierta, está la cena lista. Le llama mi madre suavemente.

—¡Rafael! ¡Rafael!

Abre unos ojos borrachos de cama blanda. Comemos en silencio los tres, y cuando se acaba la cena, Rafael se levanta el primero:

—Me voy —dice.

—No vuelvas tarde —dice mi madre. Y me guiña un ojo.

Me levanto y le digo:

—Me voy contigo.

Mi madre me da un duro junto con la llave de la casa.

—No vengáis tarde.

Tomamos café en la calle. Arriba en la buhardilla se ha quedado mi taza llena, por no abandonar a Rafael. Nos vamos al cine. Cuando salimos nos bebemos unos vasillos de vino en la calle de Preciados. Después tomamos el camino de casa. Rafael viene despacio, a remolque. En la calle de Carretas le digo:

—Ya llevará dormida un buen rato.

Y nos acostamos los dos juntos en mi cama de hierros dorados.

Se escapa de vez en cuando y se va por ahí, solo, dando vueltas a las esquinas, buscando algo. Después, el doctor Chicote le ha recomendado en la fábrica de cervezas del Águila. Como es verano trabaja ahora hasta las doce de la noche. Gana mucho, seis pesetas diarias. Trabaja como obrero moviendo barriles de un lado para otro. Llega a casa a las doce y media o la una, se cae en la cama a veces con el pantalón puesto, y se duerme, roncando fuerte, hasta las seis. Algunos días bajo con él a la fábrica que está en las afueras de Madrid, al lado de la estación de las Delicias. Vemos amanecer y tomamos una taza de té con aguardiente en la puerta de la fábrica. Después, cuando suena a las siete el pito de la fábrica, soltando un chorro de vapor blanco, él se mete dentro con los doscientos obreros como él. Yo subo despacio el paseo de las Delicias, haciendo tiempo hasta las nueve que entro en el banco. A veces voy a casa y desayuno allí. Mi madre me da el café con leche, con un trozo de mantequilla, y me pregunta:

—¿Y Rafael?

Como si no le hubiera visto desde hace días.

—Se ha quedado en la fábrica —le contesto.

—Parece que está más tranquilo. ¡Dios lo haga!

Desde que murió la tía, ninguna de sus relaciones ha seguido el trato con nosotros. Hasta don Julián ha dejado ya de tratarme como sobrino de doña Baldomera. He pasado a ser para él un empleado del Crédit, peligroso, porque se siente con la responsabilidad de mi conducta. Cuando he empezado a trabajar en el negociado de cupones, he ido a su despacho y le he dicho:

—Don Julián, me han destinado a cupones.

Me ha mirado desde detrás de las gafas y se ha rascado el bigotito.

—Bien, bien, a ver cómo se porta usted Espero que no me dejará en ridículo.

Es la primera vez que me ha llamado de usted. La primera y la definitiva. Desde entonces soy para él el señor Barea.

¡Le odio! ¡Es un cerdo! ¡Un tiralevitas! Con sus veinte años de banco tiembla delante de cada jefe. Le da vergüenza de mí. ¿Qué ha sido él? Un infeliz como yo, huérfano, muerto de hambre. Le recogió su abuela entre el canario, el loro y el cura que llenan su casa.

Todos los días va aún a casa de la abuela. En el bolsillo lleva bombones para el loro, y la abuela se ríe cuando el loro coge los bombones; le besa al nieto y le da un billete de vez en cuando. Cuando no está la abuela o el loro está solo en la cocina, don Julián se quita el alfiler negro de la solapa de la americana, le pincha al loro a través de los hierros de la jaula y le llama ladrón, el loro grita y ha aprendido la frase. Cuando don Julián entra en la casa y el loro está allí, le suele gritar con voz ronca:

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

Tiene razón el loro. ¡Ladrón, cornudo, cerdo, puerco, esclavo! ¡Todo, todo!

Pero no es él sólo. Es el Crédit entero. Aquel miedo de meritorio de que le echaran a uno a la calle antes de terminar el año de trabajo gratis, se aumenta entre los hombres, ya empleados hechos y derechos. Los hacen cobardes. Cuentan los pitillos que se fuma uno, si tiene alguna amiga, si va a misa o no, si llega tarde, si se equivoca en el trabajo, si va a la taberna del Portugués.

Se lo cuentan el empleado inferior al superior, éste al más alto, el otro al jefe, el jefe al señor Corachán, todos para hacer méritos. El señor Corachán un día llama a un empleado:

—Sabemos que va usted a la taberna.

El hombre baja las escaleras de la dirección con las piernas flojas. Aquella Nochebuena no habrá aumento de sueldo.

A Pla le llamó un día Corachán:

—La dirección está informada de que va usted a la taberna.

Pla se le quedó mirando con sus ojillos de miope y contestó:

—¡Claro! Hay dos razones.

—¿Dos razones para emborracharse? ¿Cuáles?

—Para emborracharme no, porque nunca me he emborrachado. Dos razones para que la dirección sepa que voy a la taberna. Una, que hay muchos tiralevitas que van con cuentos. Otra, que con lo que gano para mantenernos mi madre y yo sólo puedo beber vino de perra gorda. ¡Todavía no me llega para beber chatos de manzanilla en Villa Rosa como hace usted!. Corachán se tragó la alusión. En Nochebuena le subieron el sueldo a Pla. ¿Para que pudiera beber manzanilla o para que se callara?

Además, ¡las mujeres! En el negociado hay cuatro y somos dos hombres. A excepción de una, Enriqueta, que es una muchacha de veinte años, las otras son viejas y feas. Hay días que es un infierno. Antonio y yo somos los únicos que contamos, porque Perahíta es un hombre ya maduro y casado. ¡Pero nosotros! Hay días que nos miman las mujeres más que a chiquillos. Antonio les toca los muslos y los

pechos y se ríen. A mí vienen al lado y me dictan números. Se echan encima del pupitre, dejando los pechos sobre el tablero, se recuestan en mi hombro, me excitan y por último alargo las manos.

—¡Sinvergüenza! —me chillan.

Perahíta se ríe de ellas y de mí y pone paz. Yo tengo que dar excusas. Enriqueta huele fuertemente. Un día se ha levantado la blusilla por la manga semicorta y me ha dicho:

—¿Huele mucho? Pues me lavo todos los días. ¡Mire usted!

Me ha enseñado una axila llena de ricitos negros espesos, con un olor caliente. He metido la nariz dentro y he tocado con la punta de los dedos. Cuando he subido del retrete, me ha mirado con sus ojos rientes y se ha puesto colorada. Yo sentía también que me ponía colorado y no podía sumar.

Un día hemos bajado juntos a la caja de hierro donde estaba antes el negociado. Ibamos a recoger los cupones de la deuda. Hemos empezado a abrir cajas y a sacar paquetes. Estaba ella subida en una de las banquetas de hierro blanco, como de clínico. Olía y tenía las medias tirantes en las piernas. Le he acariciado una pantorrilla despacio y seguido hacia arriba. Nos hemos besado, ella en lo alto de la banqueta, yo abajo en el suelo, con las piernas blandas, la cara ardiendo. Hemos subido uno detrás de otro, juntos no hubiéramos podido subir de vergüenza. Después nos acariciamos mutuamente, hasta delante de los demás. Viene al lado del pupitre alto, donde yo escribo, y me dicta. Yo hundo mi mano bajo sus faldas. Me dicta números absurdos y yo hago como que escribo con la mano derecha.

Estas cosas me dan placer y me dan asco. Una vez le he dicho que venga conmigo, aquí a la Moncloa. Me ha contestado muy seria:

—Oiga usted, yo soy una muchacha decente.

¿Una muchacha decente, que un día hemos ido al cine y ha empleado el tiempo en tocarme de arriba abajo sin hartarse?

¿Por qué tienen que ser vírgenes las mujeres cuando se casan?

Porque ella misma me lo ha dicho. No podemos estar juntos sin que pierda su virginidad. Y tendrá que casarse un día. Esto que hacemos son cosas de chicos, juegos sin importancia ni peligro. «Y además —me ha dicho—, figúrate que me quedara preñada. Porque aunque eres un chico aún, ya puedes tener hijos. »

¿Qué voy a contestar a esto? Nada. Sólo puedo aprovecharme en los rincones donde ella viene a buscarme. He querido dejar de hacer estas cosas y se ha enfadado de tal manera que ha sido imposible.

Creo que Pla tiene razón. En el banco no puede esperarse nada hasta pasados muchos años, cuando ya se han convencido, no de que uno sabe trabajar, sino de que está sometido totalmente. ¡Trabajar! El trabajo en el banco está de tal manera estudiado que cualquier empleado puede ser despedido en el acto, sin ningún trastorno. Es trabajo de rutina: llenar impresos, siempre con las mismas palabras. Hacer mecánicamente los mismos descuentos y las mismas sumas. Ni Antonio ni yo sabemos francés, alemán o inglés. Sin embargo, todos los días abonamos a los clientes de Francia, de Alemania y de Inglaterra sus cupones, empleando sus idiomas para llenar los huecos de los impresos. El cliente pensará en la organización formidable del banco que puede escribirle en inglés, que tiene un empleado que sabe inglés, exclusivamente para escribirle a él. Medina sabe inglés. Ha estudiado en Inglaterra y ha vivido allí de niño. Se pasa el día en un taburete muy alto, copiando con una hermosa letra en las hojas de uno de los diarios del banco. Un trabajo estúpido de copiar que le lleva horas y horas. Su inglés le sirve para comprar revistas ilustradas en el quiosco de la Puerta del Sol y dejárnoslas ver para que sepamos que sabe inglés. Un día el director pasó por su mesa y vio una de estas revistas. La hojeó y le preguntó a Medina:

—¿Sabe usted inglés?

—Sí, señor director.

Se enzarzaron en una conversación en inglés. Cuando se marchó el director, Medina estaba muy contento.

—Ahora me trasladarán —decía. Tres días después le llamó Corachán.

—La dirección está informada de que pierde usted el tiempo de trabajo leyendo revistas inglesas. —Después agregó—: Teníamos previsto ascender a usted en junio, pero en estas condiciones es imposible.

Medina bajó tan rabioso que se le saltaban las lágrimas. Los empleados comenzaron a tomarle el pelo:

—Do you speak English? —le preguntaban todos.

Al cabo de unas semanas se quedó con el mote: «Spiquinglis», y los meritorios que entran nuevos el primer día le llaman el señor Piquingris, entre las risas de todos.

Se aguanta, como nos aguantamos todos.

—Si tuviera dinero para irme a Inglaterra —dice a veces.

¡Dinero! ¡Dinero! Es la clave de todo. Pero para mí no habrá esta preocupación. Don Primo está ya liquidando la herencia de los tíos y dentro de poco nos dará a cada uno nuestra parte. Me tocarán unas diez mil pesetas. Con esto se puede hacer lo que se quiera y puedo mandar a paseo al Crédit y al cerdo de Corachán sin preocuparme. Con este dinero podremos vivir. He hablado con mi madre de ello, porque quiero que deje de ir al río. Me ha dicho que cuando cojamos las pesetas, ya hablaremos de lo que se va a hacer. Tiene mucho miedo del dinero. Don Primo, como sabe que andamos muy mal, la llamó un día al despacho y le dijo que si quería dinero a cuenta, podía pedir lo que le hiciera falta. Pero ella no quiso. Los de Brunete vienen un día sí y otro no a pedirle dinero. El tío Anastasio ha ido ya varias veces a pedir quinientas pesetas y se las ha dado. Y todos los otros han ido cogiendo pellizcos a cuenta. Pero mi madre se ha negado rotundamente. Después ha dicho a don Primo que tenía que hablarle y ha hecho una cita con él una

mañana, mientras yo estaba trabajando. Cuando le he preguntado a qué había ido, me ha dicho que necesitaba preguntarle algunas cosas y no me ha dado más explicaciones.

Cuando cobre el dinero, yo la convenceré. Con diez mil pesetas podríamos vivir tres años sin que ella trabajara y yo podría estudiar. Mejor aún, podríamos tomar alguna tienda en traspaso y vivir de ella. Claro que se corre el riesgo de perder el dinero, pero hay muchas tiendas que son seguras. Trabajaríamos los tres hermanos en la tienda y yo podría estudiar y llegar a ser ingeniero. Entonces la lavandera va a pasar a ser doña Leonor y tendrá una criada para que le haga la casa.

Cuando vuelvo a casa entro en la Granja Agrícola, una granja de experimentación que tienen los ingenieros agrónomos en la Moncloa. Está llena de jaulas con conejos y gallinas, de establos con vacas y cerdos de todas las razas. Tienen un colmenar y un criadero de gusanos de seda. Me dan un paquete de hojas de morera frescas y cuando llego a casa me divierto viendo a mis gusanos asaltarlas. La Concha se ríe de mí por los gusanos, porque es cosa de chiquillos y yo soy ya un hombre. Me llego a avergonzar y estuve a punto de regalarlos. Pero después, en la granja me han convencido de lo contrario. No es cosa de chicos. La industria de la seda fue una de las mayores de España en tiempos y se perdió. Uno de los profesores me ha enseñado las razas que hay, cómo se cuidan las enfermedades que tienen, cómo se saca la seda. Me ha dado un folleto y tengo derecho a que me den «simiente» gratis y a que me compren los capullos al peso, antes de que se abran y salgan las mariposas. Tal vez fuera un buen negocio criar gusanos de seda y entonces sería yo quien se reiría de la Concha. Podríamos irnos a Méntrida, que hay morera en la alameda, y criar gusanos y gallinas. Esto con diez mil pesetas se puede hacer y sobra dinero para vivir un año. Cuando quisiéramos venir a Madrid, como está cerca, no habría ningún inconveniente.

Le cuento todas estas cosas al profesor de la escuela un domingo, cuando voy por la morera. Me escucha muy amable, me pide detalles sobre mi familia y cuando le he explicado todo me dice:

—Hijo mío. Todo eso es muy bonito, pero eres menor de edad y habrá que conformarse con lo que tu madre quiera. Y ella no querrá meterse en estos berenjenales que necesitan mucha experiencia y mucho dinero.

Entonces, ¿mi madre va a hacer del dinero lo que le dé la gana? Soy un menor. Cada vez que uno tiene algo suyo, es un menor. Pero los demás son siempre mayores y tienen el derecho de cogerle a uno lo que es suyo, porque es menor. Para trabajar uno es ya hombre. La familia tiene el derecho de cobrar lo que uno ha ganado, como le ha pasado a Gros que su padre se ha presentado en el banco para que no le pagaran a él, porque un mes se ha gastado algo de la paga. Hasta para comprar le miran a uno los años. Hace años me viste el mismo sastre. El último traje no quise hacérmelo allí y le dije a mi madre que me diera el dinero que yo me lo compraría. Fui a un sastre de la calle de la Victoria. El buen señor me miró de arriba abajo, me enseñó las telas y cuando le dije que me tomara medida, me rogó muy atento que les dijera a mi papá o a mi mamá que fuesen conmigo a la tienda.

—Sabe usted, no podemos servir a menores.

Volví con mi madre. El sastre se puso muy atento con nosotros, sacó la pieza de tela, se la enseñó a mi madre. Discutieron el precio entre ellos, como si yo no existiera. Al final mi madre me dijo:

—¿Te gusta?

—Sí —contesté.

—Bueno, tómele usted medida.

El sastre se armó del metro:

—¿Quiere usted hacer el favor de quitarse la americana?

—No me da la gana. Métase el traje donde le quepa. El único derecho que tengo como menor es éste: no hacerme el traje y mandarle a usted a paseo.

El disgusto de mi madre fue tremendo y luego lo sentí. Pero yo necesitaba decirle al tío aquel lo que me parecía.

Fui solo al sastre antiguo y me hice un traje a mi gusto.

Capítulo 7

Capitalista

Una de las cosas imperdonables en el banco son las faltas de asistencia. Le he dicho a Perahíta que necesitaba un día libre para ir a casa del notario, que nos ha citado para liquidar la herencia de los tíos. Al día siguiente me ha llamado Corachán:

—Su jefe me informa que necesita usted un día de permiso para asuntos personales.

—Sí, señor.

Me mira un ratito despacio como si quisiera estudiarme en detalle. Como salga con una de las suyas, me voy del banco. Estoy harto del tío este. Después vuelve a hablar, recalcando cada palabra:

—¿Y se puede saber qué «asuntos personales» le exigen al señor perder un día de trabajo? —Lo dice sílaba tras sílaba, acariciándose la barba con la mano semicerrada y mirándome con ojuelos entornados.

—Tengo que recoger una herencia. —También se lo digo yo silabeando.

—¡Ah! Una herencia. ¡Caramba! ¡Caramba... ! Entonces, ¿nos deja usted?

—¿Dejarles? ¿El qué? ¿El banco? No, señor. Seguiré trabajando.

—¡Ah! Vamos. Entonces es una herencia pequeña. ¿Cuánto va usted a cobrar?

—No lo sé exactamente. Dos, tres, cuatro o cinco mil duros.

—No está mal. No está mal. —Se acaricia de nuevo la barba—. Y para cobrar cinco mil duros, suponiendo que todo esto no sea un cuento, ¿necesita usted un día entero? ¿Es que le van a pagar a usted en calderilla?

Me azoro completamente. ¿Cómo le explico yo a este tío, alto jefe de un banco, donde se tiene la costumbre de manejar millones, que coger unos miles de pesetas y llevarlos a la buhardilla de una lavandera es un acontecimiento que impide trabajar durante el día? Aquí los

billetes de mil pesetas no me causan emoción alguna, pero pensar que mañana habrá en la buhardilla un paquetito de ellos y que tendremos que quedarnos allí los dos, mi madre y yo, para que no nos roben, hasta que acordemos lo que vamos a hacer, me produce una emoción intensa. Vendrá la señora Pascuala a mirar los billetes grandes a la luz de la lámpara. «Señora Leonor, déjeme usted ver uno. » Después irán viniendo las vecinas de las buhardillas, una a una, y mirarán el billete, cogiéndole con miedo con la punta de los dedos. Comienzo a indignarme contra este viejo gruñón que está aquí riéndose de mí.

—Supongo que no me pagarán en calderilla.

El tono de mi voz, áspero, le hace levantar la cabeza y mirarme la cara. Doctoralmente, fríamente, me dice:

—¿Y quién me demuestra a mí que todo esto no es una historia para marcharse mañana de juerga con los amiguitos o con una amiguita?

Saco la carta de cita de don Primo. La lee despacio. La dobla y me la devuelve.

—¡Bien! ¡Bien! Mañana a las diez en la calle de Campomanes. ¡Bueno! Vendrá usted a firmar y después se marcha. Tiene usted libre la mañana. Por la tarde comprobaré yo mismo si ha venido usted. Puede usted retirarse.

Le cuento a Perahíta la entrevista y se ríe de mi indignación. Se ríe con sus dos manos gordas, de uñas aplastadas, agarradas a la mesa, como si temiera que la bola de caucho de su cuerpo se escapara de la silla y se cayera. La risa le hace rebrincar en la silla y aprieta los dedos sobre el tablero, hasta que las uñas se le ponen blancas del esfuerzo. Después, me golpea la espalda:

—Bueno, hombre, no te apures. Mañana por la tarde no vienes.

—¿Me da usted el permiso? —pregunto.

—Yo no, hijo. ¡Cualquiera se pone frente de Corachán! Pero mañana es la Ascensión y no hay oficina.

Nos echamos a reír los dos y con nosotros todo el negociado.

Enriqueta viene con unos paquetes de cupones y se coloca a mi lado. Comenzamos a hablar:

—¿Hereda usted mucho? —Y me da un pellizco en un costado—. ¡Ladrón! —Dice en voz baja—: ¡Qué calladito lo tenías!

—¡Psch! Cuatro o cinco mil duros; tal vez seis mil.

Magdalena suspira a la cifra y me mira con rabia. Con rabia de solterona pobre y fea. Calzada deja de escribir facturas. «Treinta mil pesetas», dice. Los dos estamos en el secreto: es el hijo de un portero que remienda zapatos en un tugurio debajo de una escalera de casa pobre. Yo soy un hijo de lavandera. Se imagina lo que son para nosotros treinta mil pesetas, pensando en lo que serían treinta mil pesetas para él. Treinta mil pesetas debajo del quinqué donde trabaja su padre, machacando suela, con las gafas colgando en la punta de la nariz. Seguro que se lavaba las manos negras de polvo de suelas viejas antes de tocar un billete. Perahíta dice:

—Seis mil duros no es mucho, pero le hacen a uno independiente. Siempre es bueno tener algo cuando se queda uno sin trabajo o cuando viene una enfermedad. Nunca se sabe. Mil duros teníamos nosotros ahorrados y gracias a ello se pudo salvar la Eloísa. Tres mil pesetas me cobró el médico por operarla del riñon. Tan bien que ha quedado. No me pesa. Sin los mil duros, estaría viudo a estas horas.

¿Qué haría este hombre gordo sin la Eloísa que le cepilla la ropa y le plancha los pantalones? Continúa la historia:

—Después, otra vez hemos empezado a hacer el «gato». En dos años ya tenemos tres mil pesetas. ¡Cuesta trabajo reunir mil duros! Pero, en fin, algo es algo, para otra operación ya hay. Por lo menos estamos tranquilos.

Me echo a reír y me miran todos.

—Me río porque, como siga usted ahorrando, a ese paso se quedan su mujer y usted sin riñones en ocho años.

Y estallan las risas de todos.

Volvemos a reunimos —por última vez en la vida— todos los herederos. Don Primo va entregando a cada uno una hoja de papel con la liquidación para que firmen el «recibí» y después les da el dinero. No se marchan, se quedan allí a ver lo que los otros cobran por si el notario les engaña. A medida que van deletreando los papeles de la liquidación, van estallando las broncas. La primera es la tía Braulia. Se va a la mesa con la liquidación en la mano e interrumpe a don Primo que está pagando al tío Julián:

—Oiga usted, señor, ¿me quiere usted leer esto? Porque una no sabe de letras.

—Un momento, señora. —Don Primo termina con el tío Julián, coge la liquidación y comienza a leer—: Entregado a don Enrique González, a petición: 500 pesetas. Entregado a don Hilario González, a petición: 750 pesetas. Entregado... —Siguen así una hilera de peticiones hasta seis—. Liquidado: 1. 753 pesetas.

La tía Braulia escucha muy atenta. Cuando acaba el notario, dice:

—Bueno, en resumen, ¡la nada entre dos platos! Que éste —le fusila a su marido con un dedo negro— se ha ido comiendo los cuartos. Y mientras, una en la higuera. ¡Para eso querías venir a Madrid!

Se pone en jarras, aumentando el volumen de sus cuatro o cinco sayas y refajos y mira con desafío al tío Hilario.

—Bueno, mujer, yo te explicaré. Aquí no vas a dar un escándalo.

—Pues claro que lo voy a dar. ¡Hasta en el pueblo me van a oír desde aquí!

Esta bronca es la señal de todas las demás. Cada mujer se pone a revisar sus cuentas y cada una encuentra un desfalco de su marido. El tío Anastasio llega a la mesa y firma la liquidación de su mujer y de Baldomerita. El notario va extendiendo los billetes sobre la mesa, uno a uno; el tío alarga la mano muy digno:

—No se moleste en contar, no vale la pena.

Agarra el paquete de billetes de la mano de don Primo y se los mete en el bolsillo con la liquidación. La tía Basilisa protesta.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Pero vamos a ver!

El tío Anastasio se encrespa:

—¡Vamos a ver! ¡Vamos a ver! Aquí no se ve nada. En casa arreglaremos todo; o tú te crees que yo soy como éstos, que voy a dar escándalo en casa de este señor. ¡A Dios gracias no soy un gañán! Uno tiene su educación y sabe comportarse delante de la gente. ¡A casa!

La tía Braulia le corta el paso:

—¡Gañán! ¡Gañán! A mucha honra, señorito de mierda. Usted ha hecho lo que el mío, arramblar con los cuartos y ahora se pone muy chulo para que los demás no nos enteremos. ¡Usted es un sinvergüenza como todos los hombres! ¡Eso, eso es lo que es usted!

La tía Basilisa rompe a llorar, la tía Braulia también. Se abrazan llorando. El tío Hilario y el tío Basilio se miran con odio. Los chicos del tío Julián comienzan a llorar también. Don Primo se enfada y da un puñetazo en la mesa:

—¡Puñeta! ¡Que están ustedes en mi casa!

Se quedan todos en silencio y entonces nos llama a mi madre y a mí. Firmamos la liquidación los dos. Don Primo pone en la mesa un billete de cien pesetas, otro, otro, y cuenta hasta diez billetes. Miran todos a ver qué pasa y miro yo asombrado de ver que el notario ha dejado de poner billetes sobre la mesa. Después saca otra liquidación.

—Es lo mejor que hemos podido comprar. Aquí están las pólizas y la liquidación. Firme usted aquí. El niño no hace falta que firme, porque esto es bajo su responsabilidad de tutora.

Mi madre firma trabajosamente con sus patas de mosca. Después, don Primo le da un resguardo del Banco de España. Los conozco muy bien, porque los manejo todos los días.

—Aquí tiene usted el resguardo del depósito.

Mi madre mete los billetes en un portamonedas. Dobla el resguardo en pliegues y lo guarda en el pecho. Me coge de la mano.

—Despídete de don Primo —dice.

Igual, igual que cuando tenía ocho años y me llevaban de la manita. Me dan ganas de llorar. La tía Basilisa se acerca a mi madre:

—¿Qué has hecho, Leonor?

—Nada, me he aconsejado de don Primo y como yo no soy más que la tutora del chico, pues él se ha encargado de comprar papel del Estado. Me ha separado mil pesetas para arreglarnos un poco y lo demás para cuando sea hombre, que haga lo que quiera.

—¿Mucho, mucho? —pregunta el tío Anastasio.

—Al cambio que tiene ahora la Deuda Interior —dice don Primo—, le hemos podido comprar doce mil quinientas pesetas nominales.

Fuencisla, al oír doce mil pesetas, se vuelve hecha una furia:

—Entonces, ha hecho usted trampa, ¡tío ladrón! —le dice a don Primo.

Nos quedamos todos suspensos. El tío Anastasio planta una manaza en la mesa y dice:

—Hay que aclarar eso, ¿eh?

Don Primo, con su traje negro, sus gafas de oro y su barbita, los mira como si quisiera empezar a bofetadas:

—Señora —dice con la voz ronca—, le perdono a usted el insulto, porque al fin y al cabo nadie está obligado a saber. He dicho doce mil quinientas pesetas nominales y ustedes se asustan de la cantidad. El papel de la Deuda está a sesenta y nueve por ciento y la gente deseando vender, porque no es un papel de especulación.

Los paletos han hecho corro alrededor de la mesa y le miran con los ojos muy abiertos. «El papel», «la Deuda», «el sesenta y nueve por ciento». ¿Qué quiere decir este tío?

—Bueno, menos retórica —dice el tío Hilario—, las cosas claras. Este mocoso (así se te reviente el lobanillo, ¡tío ladrón!) se lleva más de dos mil duros y nosotros una miseria. ¿Por qué?

A las tres de la tarde salimos de la notaría, después de una explicación minuciosa de las particiones, de lo que es papel de la Deuda, de por qué sesenta y nueve pesetas valen cien. En la esquina de la calle nos decimos todos ¡adiós! Un adiós lleno de rencores. El grupo de los parientes de Brunete, con sus hombres en traje de pana, faja y sombrero redondo, sus mujeres de faldas pomposas y pañuelo de colorines a la cabeza y sus chicos pataleantes dentro de las botas duras, se va plaza adelante, discutiendo a gritos. La gente vuelve la cabeza para seguir mirándolos, después que los han rebasado.

Mi madre y yo nos vamos calle del Arenal arriba hacia la Puerta del Sol. Voy al lado de ella, pero separado de ella. No la he cogido del brazo, como siempre que vamos juntos por la calle. Voy a su altura a medio metro de distancia. Vamos callados los dos. Ella con sus pasos menudos de mujer pequeña y nerviosa; yo alargando las zancas de mis piernas largas, andando la mitad que ella en el mismo espacio. Voy lleno de resentimientos. Comienzan contra unos y otros y acaban contra mi madre. No se escapa nadie. Los parientes por su fiscalización desconfiada, minuciosa, contando los céntimos, comprobando las sumas, haciéndose explicar diez veces la diferencia entre sesenta y nueve y ciento. Manoseando los recibos, la póliza, el resguardo, con las caras contraídas de ira. Don Primo de acuerdo con mi madre, para hacer los dos lo que les ha dado la gana, sin contar conmigo y sin que yo sepa una palabra. No me parece mal que el dinero esté en el banco, me parece mal que se haya hecho a mis espaldas. «El niño no hace falta que firme. » ¿Para qué? El niño es un niño y ellos son personas mayores que hacen lo que quieren de los niños. Los hacen trabajar y se guardan los cuartos, compran papel de la Deuda o compran un traje y se quedan tan tranquilos. El niño ya será un hombre y cuando lo sea podrá protestar si

quiere. ¡No! ¡No! y ¡no! ¡En cuanto lleguemos a casa se va a armar la gorda! Le voy yo a decir a mi madre las cuatro verdades. Si soy un niño, que me manden al colegio, me eduquen y me mantengan. Si soy un hombre, que me traten como tal. Y si no soy ninguna de las dos cosas, entonces que se vayan todos al diablo, pero sin jugar conmigo como si fuera el gato.

Tengo deseos de fumarme un pitillo para matar la nerviosidad.

Llevo cigarrillos en el bolsillo, mi madre sabe que fumo, pero nunca he fumado delante de ella y no me atrevo a sacar uno. ¡Mejor! ¡Si se enfada, mejor! En la Puerta del Sol me decido, saco un pitillo y lo enciendo. Mi madre me mira y sigue marchando a pasitos cortos, como si no hubiera pasado nada. Comienzo a enfadarme de que no me diga nada. Podría regañarme y así podría yo estallar. Necesito chillar, discutir, echar fuera lo que llevo dentro.

En la calle de Carretas me pregunta, al fin:

—¿Qué vas pensando?

—Nada —le digo.

—Así te ahorras un trabajo —me contesta.

—Claro, cuando los demás piensan por uno, ¡para qué hay que pensar!

—¿Por qué dices eso?

—¿Por qué? Tan bien lo sabe usted como yo. —Me paro y me encaro con ella—. Que ya estoy harto de ser el «niño», ¿se entera usted?

Volvemos a caer en un silencio moroso y así llegamos a casa.

Como yo había supuesto, la señora Pascuala viene con nosotros a través del pasillo y entra en la buhardilla cuando abrimos la puerta:

—¿Qué? ¿Se ha arreglado todo bien, Leonor? Mi madre suspira, se quita el pañuelo negro de la cabeza, se sienta en una silla:

—Todo está arreglado. Ya tenía ganas de acabar con esta historia. Le digo a usted que si no fuera por el chico... Se vuelve la gente loca en cuanto ve un billete. Yo creía que se iban a pegar en la misma notaría.

¿Para qué? Para luego coger una miseria que no le saca a una de pobres. Ya ve usted, los hermanos del tío José han trabajado treinta años juntos. El tío José les ha vendido el trigo, les ha prestado el dinero para mulas y para tierras; y los hermanos y sus hijos se miran con ganas de darse de puñaladas. Los otros igual. Hasta éste —me señala a mí—, ahí le tiene usted furioso porque he hecho lo que me ha parecido mejor para él. Hasta los chicos ven un billete y se vuelven locos. Muchas fatigas he pasado para sacarlos adelante a los cuatro, usted lo sabe, Pascuala, pero prefiero mi cocido y mi café recolado. Así he vivido toda mi vida y así quisiera morirme; con que me dejen morir en mi cama tranquilamente, sin ir al hospital, me conformo. No es mucho pedir. —Yo no he dicho nada —contesto malhumorado. —Tú no has dicho nada. ¿Te crees que no tengo ojos en la cara? Vienes todo el camino como un monaguillo, separado de una. Luego, el «señorito» enciende un pitillo en la Puerta del Sol, con todo el descaro del mundo. ¿Qué creías, que iba a chillarte? No, hijo, no; puedes fumar todo lo que quieras. Ahora, vamos a ver, ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Pues eso; que estoy harto ya de ser el niño y el chiquillo y de que se disponga de lo mío sin contar conmigo. ¿Quién le ha mandado a usted comprar papel del Estado? Usted tendrá sus ideas sobre el dinero, pero yo también tengo las mías. Y al fin y al cabo el dinero es mío y de nadie más. —¿Y cuáles son tus ideas sobre el dinero? —Eso no le importa a nadie. Usted ha debido de coger el dinero, puesto que a mí no me lo dan por menor. Pero después los dos hubiéramos visto lo que se hacía con él. Y no que, sin contar con nadie, se pone usted de acuerdo con el notario, y compra papel del Estado. ¿Y usted qué sabe del papel del Estado? En todo caso lo puedo saber yo que estoy en un banco y precisamente en el negocio donde se manejan los títulos. ¡Papel de la deuda perpetua!

Tan siquiera hubiera usted comprado amortizable, podría uno tener la suerte de que saliera premiado un título. ¡Pero papel de la deuda

interior que nadie lo quiere! ¡Y todavía cree usted que soy un chiquillo que no entiende nada de nada!

—¡Pues claro que lo creo! ¡Tonto! —Y su mano me acaricia los pelos revueltos. Los dedos se van enredando en la cabeza y me van aflojando los nervios—. ¡Claro que lo creo! Mira: hasta que seas mayor de edad, yo soy tu tutora. Esto no es que tenga el derecho de hacer lo que me da la gana. Es que tengo la responsabilidad de administrar tus bienes y la obligación de darte cuenta de lo que he hecho el día que seas mayor de edad. Ahora no podemos gastar los cuartos en lo que tú quieras. Luego, cuando seas un hombre, vendrías a decirme: «¿Dónde esta mi dinero?». Cuando yo te dijera: «Te lo gastaste», me contestarías: «¿Yo? Yo no me lo podía gastar porque era un niño. Se lo habrá gastado usted que era la única que podía disponer de ello». Y hasta podrías llevarme a la cárcel por ladrona. ¡No! El dinero se quedará en el banco hasta que tú mismo puedas dar la orden de sacarlo y entonces te lo gastas en lo que quieras, en negocios o en mujeres. ¡Y buen provecho te haga! Yo nada necesito. Toda mi vida he sido pobre y me moriré pobre. Tú tienes una vida por delante, yo soy ya vieja.

Los dedos en el pelo, las últimas palabras, me disuelven todas las iras y los ojos se me llenan de agua.

—¿Ves cómo eres un chiquillo y un tonto? —me dice.

Me limpia la cara como cuando era niño, me da un beso en la frente. Saca un billete de cien pesetas. Me lo da:

—Toma, para que convides a los amigos y te compres lo que quieras, pero no hagas ninguna tontería.

La señora Pascuala suspira:

—¡Ay! ¡Los hijos, Leonor, los hijos! ¡Lo que padece una por ellos! ¿Y ahora qué van a hacer ustedes?

—¿Que qué vamos a hacer? Pues nada, seguir como siempre.

—Yo creí que se mudarían ustedes. Me había dicho, cuando el chico de la Leonor coja los cuartos se mudarán. Una lo siente porque al fin y al cabo son dieciséis años de vivir juntos, pared por medio.

—Pues claro que nos mudaremos —digo yo—. Yo no quiero seguir en la buhardilla.

—Mira, hijo. Vamos a ser razonables. Con este dinero —señala el resguardo—, no somos ni más ricos ni más pobres. Te renta un día con otro cinco reales. ¿Y tú crees que con cinco reales más o menos vamos a salir de apuros? ¡No! Aquí pagamos nueve pesetas al mes y no tenemos trampas. En un piso nos gastaríamos tu renta y algo más. Acabaríamos por entramparnos y luego, ¿qué? Cuando ganes más, cuando tus hermanos ganen más, entonces veremos a ver lo que se hace. Pero hoy, tú sabes que entre nosotros no ganamos más que lo justo para vivir como vivimos. Lo único que me gustaría sería si quedara vacía una buhardilla como la de la cigarrera o la de la señora Paca. La pediría para vosotros que ya vais siendo maypres, y si la Concha viene un día a casa, no podemos vivir en la misma habitación. Eso sí, porque en junto serían veinte pesetas al mes y las podemos pagar.

—Bueno —transijo—, pero yo quiero una cosa y ésa sí se hace.

—Tú dirás.

—Quiero instalar una luz eléctrica en la buhardilla. Ya estoy harto de quemarme las cejas con el quinqué para poder leer un rato.

Queda aprobada la instalación de la bombilla y yo me encargo de avisar a la compañía. Una bombilla clavada en medio del techo torcido de la buhardilla, con un cordón muy largo, para que pueda alumbrar encima de la mesa y que yo pueda enganchármela a la cabecera de la cama y leer acostado, con un casquillo con llave, para apagarla sin tener que levantarme.

Al día siguiente, en el banco, tengo que convidar a todos. El ordenanza nos trae a escondidas dos botellas de manzanilla y unos pasteles. Nos los comemos entre todos con la puerta del negociado

cerrada para que no nos vean. Después, la habitación huele a vino y tenemos que abrir la puerta y la montera de cristales del techo para que la corriente de aire se lleve el olor.

Perahíta me dice:

—¿Cuánto has cobrado por fin?

—No mucho. Un piquillo.

—Bueno, guarda el secreto. No te vamos a pedir nada. Aparte que no nos lo ibas a dar.

—Treinta mil pesetas —digo.

—¡Caramba! ¿A eso llamas tú un piquillo? ¡Seis mil duros! Ya estarás contento. Mira que si se muriera así un pariente todos los días.

—No estaría mal.

Claro que estaría mal que se me muriera un pariente así todos los días. Si el tío José no se hubiera muerto, yo no tendría el dine—ro, pero estaría mucho mejor. No estaría en la buhardilla. Ni estaría aquí por una miseria. Estaría estudiando y sería ingeniero. ¿Pero quién explica esto? Es necesario que todos vean que está uno contento, muy contento, que es rico, muy rico, y que se pueden ir muriendo todos los parientes y dejando herencias.

Al único que le cuento la verdad es a Pla. Nos tomamos los dos solos unos vasitos de manzanilla en casa del Portugués.

—Has hecho bien —me dice—. Veinte mil duros debías haber dicho que tenías de herencia. Te hubiera llamado el director, te hubieran felicitado y te hubieran subido el sueldo. Seguro. De todas maneras te lo subirán, verás. En cuanto sepan que tienes dinero, te darán un empujoncito.

No se equivoca Pla. Me suben el sueldo a doce duros y medio. Los compañeros rabian un poco. Antonio me dice muy triste, porque su sobre no tiene más que una gratificación pequeña, sin ningún aumento:

—¿Ves? Siempre lo mismo. Hemos hecho el mismo trabajo tú y yo todo el año. Yo llevo más tiempo que tú y tengo más derecho. Bueno, pues te suben el sueldo a ti que no lo necesitas.

Llego a la buhardilla tan contento con la noticia. Ahora sí nos podremos mudar. Está mi madre sola, cosiendo a la luz del quinqué al que le quedan pocas horas de lucir. Le doy la nota y muchos besos en la nuca que le hacen cosquillas. Me siento a sus pies en una silla baja y meto la cabeza en sus faldas. ¡Al fin comienzan a ir bien las cosas!

—Ahora nos podríamos mudar, madre.

Los dedos finos, pequeñitos, comienzan a revolverme el pelo.

—¿Sabes? A Rafael lo han despedido hoy. Pero todo se arreglará. El doctor Chicote me va a dar la ropa del servicio de desinfección. La señora Paca se viene de ayudante conmigo y entre las dos, a medias, lavaremos la ropa. Porque tú verás, no trabajando Rafael, son seis pesetas menos todos los días. Y sabe Dios cuándo encontrará trabajo, sin tener ningún oficio...

La escucho mirándola desde aquí, desde sus rodillas.

—Mañana a las diez vendrá el hombre de la luz —le digo.

Allí, donde está en el techo el redondel de humo de la lámpara, clavarán un taco de madera y de él colgará el flexible con la bombilla. El casquillo tendrá una llave, y cuando yo acabe de leer apagaré la luz.

Capítulo 8

Proletario

Rafael trabaja. Por fin ha empezado un oficio, el mismo que el mío. Empleado. Ha entrado en las oficinas del Fénix Agrícola, una compañía de seguros en la que están asegurados todos los caballos, todas las mulas y todos los burros que existen en España. Para colocarse ha servido de mucho la herencia. Con mil pesetas que separó mi madre, nos hemos comprado ropa de vestir y de cama que era lo que nos hacía más falta. Con su traje nuevo Rafael se ha presentado con una recomendación en las oficinas del Fénix y le han admitido. Allí no hay meritorios. Todo el mundo entra con seis duros de sueldo al mes. Una peseta diaria. Es la tasa invariable. De los seis duros que son treinta pesetas y de la hora de salida que son las seis y treinta, los empleados han hecho un chiste: le llaman la compañía de las seis treinta. Porque en las dos cosas tienen una seriedad inalterable. Treinta pesetas para todo el mundo. Las seis y treinta exactas para salir. A esa hora se vuelcan en la calle los cuatrocientos empleados de la casa. De ellos sólo unos veinte tienen sueldos mayores. Sin contar, claro es, los directores, que ganan miles de pesetas al año.

La compañía necesita empleados solamente para llenar formularios: formularios de pólizas, de reseñas de caballerías, de recibos a pagar, de cuotas a cobrar. Sólo exige que se sepa leer y escribir y calcular el tanto por ciento de las primas.

Cientos de miles de animales tienen marcado el lomo con el dibujo esquemático del Fénix. Los gitanos llaman al hierro la Palomita, y cuando van a robar una bestia, si está marcada con la palomita la dejan, porque saben que no podrían marchar diez kilómetros por la carretera sin encontrarse a la Guardia Civil que, ante un caballo que lleva en el lomo la palomita y dos gitanos que llevan al caballo, no puede pasarse sin la curiosidad de pedir la guía. Y ¡claro! Se puede robar un burro, un caballo o una mula, pero es mucho más difícil robar también la guía de

la maldita sociedad, que ha encontrado un truco para reventar a los pobres gitanos que se ganan la vida honradamente.

Porque es un truco. La compañía ha inventado «la palomita» y «el hierro». Cuando un propietario asegura una bestia, el agente de la compañía le estampa un hierro al rojo en las ancas con la palomita. Después extiende una filiación en la que consta desde la altura del animal hasta los dientes que le faltan, y ya no se puede comprar ni vender este bicho sin hacer constar en la guía el cambio de propietario. Ni tampoco se puede ir a lomos de él sin el riesgo de que la Guardia Civil exija la prueba de que es el propietario, la prueba que es la guía.

El odio de los gitanos a la Guardia Civil es tradicional. Pero el odio a la palomita es mucho mayor. Cuando en Sevilla o en Córdoba —tierras de ganado— se le menta a un gitano la palomita, toca madera y a veces se persigna:

—Compare, ¡no gaste usted bromas!

Pues para llenar guías, pólizas y recibos, la defensora del robo de animales ha montado un sistema administrativo perfecto: empleados a treinta pesetas al mes. Para tener agentes propagandistas, otro: el importe de la primera prima para ellos. ¡Y se acabó! Los altos jefes se encargarán de ir despidiendo a los empleados que se aburren de ganar treinta pesetas al cabo de dos o tres años y de ir admitiendo los nuevos empleados que vienen a ganar lo mismo. Eso sí, a los que despiden les pagan un mes de indemnización con arreglo al Código de Comercio artículo cuatrocientos y pico. Es una casa seria: se trabaja ocho horas justas y cumple el Código. Pero no paga más que treinta pesetas al mes.

Una peseta de Rafael, dos pesetas diez céntimos mías, una peseta veinticinco céntimos de renta del dinero de los tíos, dos pesetas cincuenta céntimos que viene a ganar mi madre con la ropa, trabajando ahora toda la semana, son nuestros ingresos. La Concha no cuenta, porque lo que gana lo precisa para ella.

Cuando mi madre se va al río por las mañanas, deja puesto el cocido en la hornilla de barro. La señora Pascuala viene de vez en cuando y le echa una mirada. Entre ella y Santa María de la Cabeza, «abogada del puchero» (en España hay santos abogados de cada actividad de la vida), se van cociendo los garbanzos, la carne y el tocino, amarillos de azafrán. A mediodía, Rafael y yo comemos juntos y solos. Los primeros días se ocupaba la señora Segunda. Un día dejó de venir y, como vivía cerca de casa, fuimos a ver qué le pasaba. Estaba echada en la cama, con las sábanas más blancas que nunca, con su camisa de noche cerrada por una cinta en el cuello rizado —herencia de la tía Baldomera—, con el Toby tumbado a los pies en la manta de trochos.

—¿Qué le pasa a usted?

Rafael y yo no cabíamos de pie en la habitación. Encima de la cabeza nuestra resonaban las pisadas de los que subían y bajaban la escalera.

—Nada, hijos, que me voy a morir.

—¿Por qué? ¿Qué tiene?

—Nada, no tengo nada.

—¿Ha venido el médico?

—Sí, ha venido el médico. Ha dicho que me lleven al hospital. Yo le he dicho que no. «Es que aquí no se puede usted curar. » Se ha callado y luego me ha dicho: «También es verdad». Quería venir todos los días, pero no hace falta.

Habla tan tranquilamente como si fuera a irse al teatro esta noche.

—Lo siento por Toby. Pero hay un ciego en el cafetín que le tomará para lazarillo y es un buen hombre. Tú, Arturo, le conoces: es el Pecoso, un hombre honrado, aunque sea pobre. Cuando me muera, dale el perro.

Por la noche volvimos con mi madre y estuvimos un rato con ella. Después nos fuimos Rafael y yo al cine y a las doce y media regresamos a recoger a mi madre.

—Marchaos a casa a dormir, yo me quedo —nos dijo.

Nos quedamos nosotros también. En el portal, porque los tres no cabíamos en el camaranchón. De vez en cuando salíamos a la calle de Mesón de Paredes y nos tomábamos una copita. A las cuatro de la mañana se murió.

Para que no fuera en el furgón municipal envuelta en una sábana, pagamos el entierro. Un entierro de tercera con dos caballos negros escuálidos y una caja pintada a brocha con negro de humo y cintas de algodón en los bordes de la tapa. Fuimos solos Rafael y yo hasta el Este. Al regreso, en las Ventas merendamos chuletas y morcillas asadas, con Toby atado con una cuerda a nuestro lado. Toby dejó de comer y se murió de pena unos días más tarde. El Pecoso no pudo obligarle a comer, aunque le llegó a comprar un fílete entero y a dárselo en el cafetín, delante de todos los mendigos que no comían carne, pero que le ayudaban a convencer al perro a comerla, sin conseguirlo. Por último frieron el filete en la sartén de los churros y se lo comieron partido en trocitos entre todos.

—¡Idiota! —dijo uno de ellos al perro—. ¡Con lo rico que está!

Por la noche, cuando venimos después de darnos un paseo por la calle de Alcalá para ver las chicas, mi madre está terminando la cena. Ella ha comido al mediodía otro cocido con la señora Paca. A veces la señora Paca cena con nosotros, porque se siente mejor en casa, alrededor de la mesa, los cuatro con la bombilla encima de la cabeza.

—Hija, se me cae la casa encima. Si me encierro allí sola, necesito beber un poquito para dormirme.

Aquí sólo se toma una copita de aguardiente después del café que hace mi madre. Bajo la amenaza de que nos vamos a la calle a tomar café la hemos convencido de que no recueza los posos y ahora hace café nuevo todos los días. Entre once y media y doce nos vamos a acostar. A veces, a mi madre y a la señora Paca les gusta que les lea algo y escuchan hasta que la señora Paca comienza a dar cabezadas. Mi madre

no se duerme nunca. Otras noches Rafael y yo nos vamos al cine o a dar un paseo y ellas se quedan charlando; suele venir la señora Pascuala y cuando volvemos las encontramos allí a las tres.

A la salida del banco y a la salida del Fénix nos reunimos con los amigos. Poco a poco hemos ido haciendo una selección. Del Crédit han quedado Calzada, Pla y Medrano. Del Fénix vienen Julián, un muchachote fuerte muy alegre, y Álvarez, un pequeñín que no puede estarse quieto. En el saloncillo de dentro de la taberna nos sentamos alrededor de dos mesas y charlamos, mientras nos comemos el pescado frito caliente, recién sacado de la sartén. Comentamos el sistema de empleados del Fénix y el sistema de meritorios de los bancos. Se van relatando casos.

A dos pasos de aquí vive un hombre que se ha hecho rico con los chicos. Montó en la calle de Alcalá un negocio que se llama Continental Express para llevar cartas y recados urgentes a domicilio. Y todo el negocio descansaba sobre unas docenas de chicos con una guerrera colorada y una gorra, colgada una carterita al hombro, que atravesaban Madrid de día y de noche. No les pagaba nada, sólo las propinas, pero los había que sacaban diez y doce pesetas de ellas. Para entrar de chico en el Continental había recomendaciones hasta de ministros. Cuando entraban les daban la americana y la gorra del que había dejado la plaza vacante y ¡a correr! Después el negocio vino a menos, porque casi todos los estancos lo copiaron y tomaron un chico o dos, al que no le pagan nada si el estanco tiene mucha clientela, o le pagan dos reales. Hoy Madrid está lleno de chicos de éstos, con su carterilla al hombro, montados en los topes de los tranvías o jugándose a las «chapas» las propinas en medio de la calle.

No ha sido el único. Un procurador estableció una agencia de informes comerciales y pronto se hizo una clientela formidable. Despachaba cientos de informes al día. Ponía anuncios en los periódicos: «Se desean meritorios que sepan escribir a máquina». Tenía

cerca de cincuenta chicos trabajando sin parar. Se paseaba entre ellos con las manos a la espalda como el maestro de una escuela y de vez en cuando repartía cachetes entre los chicos que no trabajaban lo de prisa que él quería. Después amplió «el negocio»: cuando admitía un chico, exigía una garantía de quinientas pesetas para responder de su honradez. Por último tuvo que intervenir la policía y cerrar la casa.

Con las chicas ocurre lo mismo y aún más. De poco tiempo a esta parte las chicas comienzan a trabajar en oficinas y en tiendas en una cantidad cada vez mayor. No se han atrevido a tomar chicas meritorias y en todas partes les dan sueldos pequeños de diez duros al mes. Pero con ellas sustituyeron a los empleados y a los dependientes. Porque con chicos solos no puede llenarse una oficina o una tienda, pero con mujeres y chicos sí. La dependencia de los bazares se ha visto poco a poco en la calle. Había dependientes que llevaban treinta años en la casa y ganaban cincuenta o sesenta duros al mes. Por término medio ganaban cuarenta duros y podían sostener una casa modesta. Ahora toda la dependencia es de muchachas. Muy guapas, con un uniforme negro de satén y un delantalito chiquitín, que venden cuatro veces más que los dependientes antiguos. La que más, cobra quince duros al mes. Del antiguo personal no queda más que un viejo con gorro negro que se pasea por las salas y aterroriza a las chicas despidiéndolas a la menor falta o las manosea cuando están sacando cajas de algún rincón, sin derecho a que protesten.

Como éste es un barrio lleno de oficinas, la taberna tiene una clientela casi exclusivamente compuesta de empleados y dependientes. Cada día es mayor el número de parroquianos que llega a contar a los conocidos que le han puesto en la calle. Si son jóvenes, todavía tienen esperanza, pero como tengan más de treinta años, pueden renunciar completamente a encontrar trabajo. Uno de ellos nos cuenta en medio del saloncillo:

—En los anuncios del Liberal venía hoy un buen anuncio. «Se necesita un contable. Empleo fijo. » Aunque ya sé que ninguna oficina se abre hasta las nueve por lo menos, me fui allí a las ocho y media. Estaban ya cinco antes que yo. Era un almacén de productos de cirugía de un alemán en la calle de las Infantas. A las diez había lo menos doscientos desde la puerta del primer piso hasta la mitad de la calle. Nos mandaron entrar a los diez primeros y nos sentamos en unos bancos en el recibimiento. Al lado hay una habitación con un mostrador en medio y allí se metió el dueño de la casa con el primero. Un alemán con la cabeza afeitada como el trasero de un niño. Le empezó a preguntar su nombre, dónde había trabajado, *etc.* El hombre contestaba en voz baja pero, aun así, le oíamos todo lo que decía. «Hable usted más alto», le dice el tío ladrón aquel. Después se sentó a una mesa y comenzó a dictarle cálculos, asientos de diario, problemas de interés compuesto, cambios de monedas, ¡la Biblia! El hombre trabajaba bien. Se veía que era un empleado que conocía el oficio. El alemán de vez en cuando le miraba lo escrito por encima del hombro. A la media hora, cuando acabó, le dijo:

—Bien, me gusta. Comprobaremos sus informes y, si son buenos, se quedará usted en casa. —AI otro se le alegraron los ojos. El alemán agregó—: ¿Cuánto quiere usted ganar?

—Lo que la casa tenga por costumbre pagar por el puesto.

—No, no, en mi casa no quiero empleados que estén a disgusto desde el primer día; usted diga cuáles son sus aspiraciones.

—Pues mire usted, como contable de una casa así, de la importancia de la suya, no estaría mal unos setenta duros al mes.

—¿Trescientas pesetas? ¡Usted está loco! ¡Trescientas pesetas! No, amigo mío, éste es un negocio modesto, no un banco que puede permitirse el lujo de tirar el dinero. Lo siento que no podamos llegar a un acuerdo. A ver el segundo.

—Señor, aunque fuera algo menos me podría quedar.

—No, no, de ninguna manera, no puedo tomarle a usted. Estaría usted a disgusto desde el primer día y no quiero gente descontenta. A los tres meses tendría que aumentarle el sueldo o se marcharía usted. Yo soy muy serio en mis tratos. El empleo es fijo pero no hay aumentos.

Se volvió al segundo con su risita:

—¿Usted también tendrá pretensiones?

—Con treinta duros me arreglaría: llevo sin trabajar tres meses.

Entonces el sexto, un muchacho muy fino con lentes de oro, se levantó:

—Yo soy perito mercantil y poseo el francés y el alemán, cosa que a usted puede interesarle. A Dios gracias no necesito el sueldo para vivir. Así que con tener para mis pequeños vicios, no preciso más.

El alemán le hizo un examen rapidísimo.

—La plaza está cubierta —nos dijo a todos—. Y usted desde mañana puede venir a trabajar. Le daré cien pesetas al mes y ya veremos más adelante cómo van las cosas.

El que llevaba tres meses sin trabajar, va y me dice al oído:

—A ese ladrón le parto yo la cara.

Conque, bajamos juntos las escaleras y cuando llegamos a la calle, va y le dice al perito mercantil que iba tan orgulloso:

—¿Conque usted es perito?

—Sí, señor.

—Usted lo que es, es un hijo de zorra —y con la frente le ha dado un cabezazo en medio de la nariz que le ha partido las gafas y le ha dejado tirado en el suelo echando sangre como un cerdo—. Lo que es tú, mañana no trabajas.

Ha salido a todo correr y al otro le han tenido que llevar a la casa de socorro. Si los demás hubiéramos tenido reaños, habríamos subido al almacén y hubiéramos tirado por la ventana al alemanote ese.

Enfrente del Banco Hispano están construyendo una casa y los albañiles vienen a comer a la taberna y a tomarse sus copas cuando

dejan el trabajo. Uno de ellos ha estado escuchando la historia y entonces ha dicho en voz alta:

—¡Muy bien hecho! ¡Les está a ustedes merecido por calzonazos! ¿A que no se atreve nuestro patrón a tomar un oficial por cuatro pesetas? Ni encuentra en Madrid un albañil que trabaje por ese jornal. Lo que pasa es que ustedes quieren ser señoritos y no quieren ser trabajadores. Les da a ustedes vergüenza decir que tienen hambre, porque visten como los señorones. Y luego el que más y el que menos no come en casa por llevar corbata. Claro que para poder comer, buenas huelgas nos ha costado y buenos palos de la policía y de los guardias. Pero ustedes los señoritos, ¿cómo van a declararse en huelga ni van a ir con el cuello planchado a que les den de palos en la Puerta del Sol? ¡Les está bien empleado, por calzonazos! ¡He dicho!

—Y muy bien dicho, sí, señor —exclama Pla—. Somos unos cabrones. —Se golpea el pecho furioso.

Yo creo que tiene un poco de vino sobrante. —Unos cabrones, pero yo no. Yo tengo mi carnet de la Casa del Pueblo, compañero. —Y saca un cuadernito rojo del bolsillo—. ¿Y para qué sirve? Somos muy pocos y además en cuanto se enteran los jefes que estamos afiliados a un sindicato, nos ponen en la calle. ¡No podemos ni hacer una sociedad! ¡Sí, señor! En Madrid, donde todo el mundo es empleado, tenemos que asociarnos en Oficios Varios, porque no somos bastantes para formar un sindicato. ¡Y cualquiera va a hacer propaganda con los tiralevitas que hay! A las veinticuatro horas a la calle; ¿y quién te defiende entonces? El sindicato no puede y los otros sindicatos no van a mantenerte.

Pla y el albañil se lían a discutir y a beberse copas de vino. Cuando nos vamos se quedan allí, acodados al mostrador.

Al día siguiente, cuando salimos a mediodía, nos vamos juntos Pla y yo. Él vive en la calle de Relatores, al lado de nuestra calle, y muchas veces coincidimos.

—Enséñame el carnet de la Casa del Pueblo —le digo.

—Estas cosas no se pueden contar a nadie —me dice.

Y saca de la cartera el carnet, un cuadernito pequeño lleno de cupones de dos pesetas. «UGT. Oficios Varios», dice el sello de caucho.

—No te creas que soy yo sólo. Estamos afiliados muchos. En el Crédit por lo menos diez, que yo sepa. Pero, claro, de todas maneras somos muy pocos. Todavía no somos bastantes para formar un sindicato separado y nos meten en Oficios Varios con todos los que no tienen oficios determinados o tienen un oficio del que hay muy poca gente. También hay dependientes de comercio. Realmente, por ahora, el único beneficio que sacamos es la sociedad de socorros.

Como le miro interrogante, prosigue:

—Es el único beneficio y además la excusa con los patronos. Algunas veces vale y otras no. Tenemos una Sociedad de Asistencia Médica que se llama Mutualidad Obrera, que es la mejor que hay en España. Te dan todo: los mejores médicos, la botica y el sanatorio para operarte. Hasta un socorro si pierdes el jornal por estar enfermo. Pero para ser socio tienes que estar afiliado a la UGT. Así, si se enteran que estoy afiliado, puedo decir que estoy para tener derecho a la sociedad de médico y botica. Pero ya llegaremos. Tarde o temprano, tendremos nuestra sociedad y entonces les vamos a arreglar las cuentas a estos tíos. Ya lo saben ellos. Para evitarlo han hecho una Sociedad Católica, pero no se afilia nadie. Aquí se afiliarían muchos, si no tuvieran tanto miedo. Porque en cuanto le pillan a uno el carnet, le ponen en la calle y no vuelve a encontrar trabajo. Cuando piden tus referencias, contestan que eres un buen empleado, pero que es un «socialero» y un rebelde afiliado a la Casa del Pueblo. Y con esto basta para que te mueras de hambre. Conozco un empleado de la casa Pallarés que le despidieron después de quince años de trabajo por ser afiliado al Sindicato. En otra casa donde pidió trabajo, le dijo el jefe:

—¿Conque usted es socialista?

—Yo, no, señor.

—Pues la casa Pallarés me dice que está usted afiliado a la Casa del Pueblo.

—Sí, señor, estoy afiliado porque... Y le iba a contar la historia de la Mutualidad. El otro le interrumpió:

—¡Basta! ¡Basta! No necesito explicaciones. ¿Usted cree que yo puedo tener en mi casa un empleado que no cree en Dios y que va por las calles con una bandera colorada dando gritos contra el Gobierno? ¡Mi casa no es nido de anarquistas! Métase usted a albañil y dediquese a poner bombas. Ésta es una casa decente.

Durante días he pensado sobre estas cosas. Claro que sé lo que son los socialistas. Pero todo esto son cuestiones de política que no me interesan. En el Congreso se pelean todos los días, Maura, Pablo Iglesias y Lerroux, y por las paredes de las casas se escribe con brea: «¡Maura no!». A veces, debajo, escriben con almagre: «¡Maura sí!». Los que escriben «no» son obreros. Los que escriben «sí», señoritos. A veces se encuentran los dos grupos con sus botes de pintura. Se los tiran a la cabeza y se dan de bofetadas. A la caída de la tarde, cuando la calle de Alcalá está llena de gente paseando, suele aparecer un grupo de señoritos que comienzan a gritar: «¡Maura sí!». En seguida se forma un grupo de obreros y de estudiantes que empieza a gritar: «¡Maura no!». La gente sale corriendo y muchos aprovechan para marcharse sin pagar de las terrazas de los cafés. Los guardias dan cargas, pero nunca pegan a los señoritos.

Lerroux tiene en la calle de Relatores, donde vive Pla, un círculo que le llaman de los Jóvenes Bárbaros, y aquí es donde más se grita. Los mauristas vienen a la puerta a chillar y salen a palos. Luego Lerroux va al círculo, echa un discurso y dice que hay que capar a los curas y preñar a las monjas. La gente se calienta con estos discursos y se va en manifestaciones a la Puerta del Sol. Nunca llegan allí. En la

calle de Carretas les esperan los guardias y a sablazo limpio los disuelven.

Los socialistas hacen huelgas todos los días. Unas veces son los panaderos, otra los albañiles, otra los tipógrafos. Los meten en la cárcel, les dan de palos, pero luego al final se salen con la suya. Son los únicos que trabajan ocho horas al día y los únicos que cobran el jornal que piden. Allí no hay meritorios y los chicos como yo que trabajan ganan desde el primer día 2, 50 pesetas diarias. A la cabeza de todos está Pablo Iglesias, un tipógrafo ya viejo, que dice todas las verdades que se le ocurren en el Congreso. Los obreros le llaman el Abuelo. Le han metido en la cárcel no sé cuántas veces, pero él sigue empeñado en que todos los obreros sean socialistas.

Yo sería socialista de buena gana, pero la cuestión es saber si soy un obrero o no. Esto parece muy sencillo, pero no lo es. Indudablemente, si cobro por trabajar, soy un obrero, pero no soy obrero más que en esto. Los mismos obreros nos llaman «señoritos» y no quieren nada con nosotros. Claro que tampoco podríamos nosotros ir por la calle con los obreros, ellos con su blusa y sus alpargatas y nosotros con nuestro traje a medida, las botas brillantes y el sombrero.

Le convenzo a Pla para que me lleve a la Casa del Pueblo, y un día que va a pagar la cuota, voy con él. Es un edificio todo lleno de habitaciones muy pequeñas que son las secretarías. Allí dentro hay uno o dos compañeros detrás de una mesa y un cobrador, con unas hojas de cupones y el taleguillo de los cuartos. Por todas partes se oye sonar dinero y los pasillos están llenos de obreros que en muchos sitios forman cola delante de la puerta de su secretaría y van entrando uno a uno a recoger sus cupones.

—Hoy es sábado —me dice Pla— y casi todas las sociedades cobran una cuota semanal. Hay sociedades muy fuertes. Los albañiles deben de tener millones. Con este dinero aguantan luego las huelgas, y ayudan a los otros cuando están en huelga. También ayudan a los que

no tienen trabajo, pero hay muy pocos, porque en la construcción no falta trabajo nunca.

Luego me lleva a ver los dos salones, el grande y el chico. En el grande hay una reunión de tipógrafos de Rivadeneyra, una casa editorial muy grande que hay en el paseo de San Vicente. Hay más de trescientos. Uno de los que están en la presidencia se levanta y sale al borde del estrado. El presidente hace sonar una campanilla y se callan todos.

—Compañeros —dice—, se pone a votación el ir o no a la huelga. Los que estén conformes con la huelga que se levanten.

En una ola de ruido de bancos y de pies, se levantan muchos de golpe. Después se levantan otros poco a poco. Por último quedan cuatro o cinco sentados. Los demás los miran y se van levantando. En el primer banco se queda uno sentado, solo.

—Queda aprobada la huelga por unanimidad.

—Pido la palabra —dice el que está sentado.

Sube al estrado y empieza a pegar gritos: él no está conforme con la huelga. Las huelgas no sirven para nada. Hay que obrar de otra manera; hay que ir a la acción directa. Hay que cargarse a unos cuantos patronos, hay que prender fuego a los talleres. Parece que se ha vuelto loco. Todos los demás están callados y cuando se levanta un murmullo, la campanilla lo calla. Hay un grupo que se siente arrastrado por el orador. Al final, todo rojo, dice «he terminado» y se bebe de golpe un vaso grande de agua.

Otro pide la palabra para responder.

—Aquí —dice— no somos anarquistas. Somos personas honradas que queremos trabajar honradamente. No necesitamos matar a nadie. En cuanto a romper las máquinas, las máquinas son de los trabajadores y son sagradas. —Se enardece de pronto y grita— Si yo le viera al compañero o a otro compañero levantar un martillo para romper mi Minerva, ¡le machacaba los sesos!

Los trescientos hombres empiezan a aplaudir y a gritar:

—¡Bravo!

El anarquista se queda en su banco regruñendo.

Después vamos a ver el teatro. La Casa del Pueblo tiene un teatro, donde dan funciones, hacen cine y tienen los mítines. Por los pasillos no tropezamos más que con blusas blancas y azules. Cuando nos abren la puertecilla que lleva al escenario del teatro, uno de la cola dice:

—¡Arrea, tenemos turistas!

Se ríen todos y yo me avergüenzo de mi traje a medida, de mis botas y de mi sombrero. Me vuelvo al que ha hablado y le chillo:

—¡Qué turistas ni qué cuernos! Trabajadores como tú, tal vez más que tú.

—Perdona, compañero —me dice—. Me he colado, pero como aquí no suelen venir «señoritos», mejor dicho, compañeros con traje de señoritos...

Entonces me dejo llevar de un impulso violento:

—Pues a pesar del traje y de las manos finas y de todo lo que queráis, ¡obreros! ¡Y qué obreros! Un año de meritorios, cinco duros al mes, doce, catorce horas de trabajo...

Y suelto un discurso lleno de todos los rencores. Cuando acabo, otro de la cola dice:

—¡Bien por el chaval!

—¡Qué chaval ni qué narices! ¡Tan hombre como tú o más!

Un viejo me golpea la espalda:

—No te cabrees. No han querido ofenderte. Desde el momento que trabajas eres un hombre.

Cuando deshacemos el laberinto de pasillos para salir a la calle, voy mirando con desafío a todas las blusas blancas y azules que encuentro. Quisiera que me volvieran a llamar «señorito» para meterles en el salón grande a todos y chillarles lo que somos nosotros, los «señoritos empleados», porque veo claramente que ellos no comprenden y nos

desprecian. Creen que el ser empleado es tener un sitio caliente en el invierno y un ventilador en el verano; leer el periódico y cobrar a fin de mes.

Antes de marcharme, me doy de alta en Oficios Varios.

Capítulo 9

Revisión de la infancia

¡Buena mujer! Si ando un poco más rápido, la alcanzo y le veré la cara. A lo mejor es fea. Pero de espaldas está bien. ¡Cómo se le marca bajo la falda! Tiene los muslos algo abombados por detrás. Se le nota al andar cuando una pierna se queda atrás y la otra va hacia adelante. ¡Bien mueve las caderas! ¡Claro, hombre, claro! ¡No seas imbécil! Es como la otra, igual que la otra. Y ésta que viene de frente, también. Dicen que cuando somos jóvenes nos gustan las mujeres gordas y debe de ser verdad. Por lo menos ayer no me equivoqué. Me gustaba más la Mafia que las otras, muchachitas más jóvenes, pero delgadas. Había una muy bonita, con unos ojos azules y cara de virgen. Le gustaba yo también, pero a mí me gustaba más la Maña. Un poco gruesa, no puedo negarlo, pero de carne dura y blanca. ¿Qué diría la tía Baldomera si viviese? Jesús! Jesús! Si alguien le contara que Arturito se había acostado con una mujer. Con una de esas mujeres malas. La Maña tiene una camisita corta de color de rosa que no llega a los muslos. El bordado de la camisa le monta sobre las ancas. Parecen las ancas de un caballito joven y gordo. ¡Pues no digo nada la cara del padre Vesga si lo

supiera! «Ha perdido usted la pureza», me diría. ¿La tenía él? Su manía con el sexto mandamiento... Yo creo que a veces no podía más en el tablero aquel que tenía por cama. Ahora me doy cuenta de por qué miraba así a las mujeres.

Iba a confesarse con él una tendera de la calle de Mesón de Paredes, alta y con un pecho formidable. Con lo chiquitín que era el padre Vesga, se debía sentir aplastado en el cajón del confesonario. Cuando acababan, ella se iba a rezar la penitencia al lado de las filas de los chicos, a la derecha del altar. El padre salía colorado del calor de dentro del cajón aquel y se ponía detrás de ella. Le miraba las caderas y los ricitos de la nuca. Daba vueltas entre las manos al bonete de cuatro puntas. ¡Plaff! Un bonetazo a un chico.

—Toma, para que hables.

La otra volvía la cabeza y sonreía.

—No sea usted malo —le decía.

El chico se quedaba llorando silenciosamente. Después era una lluvia de bonetazos a lo largo de la fila. Se levantaba la tía aquella y se iba despacio meneando las caderas.

—Adiós, padre —le decía bajito cuando pasaba al lado de él; y le besaba la mano.

—El Señor sea contigo, hija.

Miraba a la cola de la fila, para ver si los chicos oían la misa o jugaban y se sentaban sobre los talones. Pero la miraba a ella, tan alta meneando la grupa como una mula, a un lado y a otro. Después solía ponerse de rodillas al lado del altar y rezar y golpearse el pecho.

Se abría la sotana y se golpeaba la carne con el puño cerrado. Yo creo que a veces se arañaba, porque una vez tenía rota la cadena del reloj de señora.

¿Cómo hubiera estado el padre Vesga, con su sotana, entre los muslos de la Maña? Unos muslos fuertes de aragonesa. La tía ha visto que era la primera vez que estaba con una mujer y se ha aprovechado de

mí. Bueno, ¿qué importa? Pero sería curioso ver al padre Vesga, acostumbrado a dormir en las tablas, metidito en los muslos de la Maña, en la cama blanda de somier, frotándole ella los pechos por la cara, porque con lo chiquitín que era no llegaría más arriba. La Maña es muy alta, más alta que yo, y yo soy más alto que la mayoría de los hombres.

El tío José, si lo supiera, me diría muy serio:

—Hombre, yo no digo que no hagas esas cosas; todos las hemos hecho. Pero mira dónde te metes y sobre todo que no se entere tu tía.

Me daría un duro los domingos, me guiñaría un ojo y se reiría bajito. Cuando éramos niños —bueno, cuando yo era niño, porque él ya tenía la calva y el bigote blanco— venía de la oficina con El Imparcial, yo me tumbaba en la alfombra del comedor a leer y él se tumbaba al lado mío. Primero se sentaba en el suelo, después se tendía a lo largo.

—Pepe —gritaba la tía—, ¿estás loco? —Tú cállate, mujer.

Me enseñaba las letras de los titulares: la b y la a, ba. A las tres y media me decía:

—Vamos al cine, que empieza a las cuatro —y salía yo de la mano de él, todavía en falditas, con mi gabán de «ministro» lleno de botones de nácar grandes, llenos de iris. Así aprendí a leer.

Otro que no se enfadaría es el tío Luis. ¡Que no se enfadará! Porque él no se ha muerto aún. Cuando venga a Madrid tengo que contárselo. A lo mejor pega un ¡uh! de los suyos. Me dirá: «Aprovecha, hijo, aprovecha, que luego se hace uno viejo. Ya ves, yo ya tengo reuma y casi no me puedo mover. Cuando tenía tu edad. ¡Uh! Bien me aprovechaba de las mozas». ¡Buen punto! También Andrés. Como su mujer está mala, siempre con su pierna supurando, cuando viene a Madrid le dice a mi madre: «No me esperéis a dormir, duermo en la posada». ¿En la posada? En la «posada del amor». Tengo que ir a ver esa obra. La echan en el Eslava y salen mujeres desnudas. Es una posada donde todo el que entra se pone cachondo. Mira cómo van esos dos novios del brazo; ¡seguro que van cachondos los dos! ¡Y esto de

Enriqueta se ha acabado! Si quiere que se acueste conmigo, si no, hemos terminado. Con un duro tengo mujer. No quiero más cine. Claro, ahora me doy cuenta; bien se aprovechaba mi prima. Tenía yo entonces ocho o nueve años. Trabajaba ella como criada en una casa de la calle Vergara. Los señores se iban de paseo después de comer y se quedaba sola en la casa. Me guardaba dulces y bombones. Era una casa llena de bombones y dulces. ¿O los compraba mi prima para que yo fuera? Me daba también naranjas y plátanos. Subía yo allí sobre las cuatro de la tarde. Mi prima estaba siempre en camisa.

—Me has despertado —me decía. Me daba bombones y fruta y se volvía a echar.

—Siéntate aquí, estoy muy cansada. Quítate el delantal si quieres y échate un poco.

Jugábamos en la cama haciéndonos cosquillas los dos. Se ponía nerviosa y se frotaba contra mí. Después se tumbaba a lo largo, panza arriba, cansada.

Me gustaba el calor de su carne, su olor, tirarle de los ricillos del sobaco. Un día le tiré de los ricillos del sexo.

—Mete la mano aquí, verás qué calentito está —me dijo—. Las mujeres no somos como vosotros. ¿A ver cómo la tienes tú ya?

Aquel día, para hacerme cosquillas, me daba besos en el miembro. Se echó a reír a carcajadas.

—Mira cómo se pone.

Se puso a caballo sobre mí y se frotaba la tripa contra la mía. No fue más allá. Después se quedó caída encima de mí. Desde aquel día se divertía excitándome y frotándose después contra mí.

Éste es el secreto de todos. Ya he entrado yo en el secreto. ¡Ya no quiero más Enriqueta! Ahora podía venir mi prima a restregarse conmigo. ¡Guarra! Se aprovechaba de que yo era un niño. ¡Pero no! Tenía razón. No podía acostarse con nadie sin ser una zorra y se consolaba así. ¿Por qué no puede todo el mundo hacer lo que le da la

gana? Me gustaría acostarme con las chicas y a ellas les gustaría acostarse conmigo, pero no puede ser. Los hombres tienen las zorras para eso; las mujeres tienen que esperar a que las case el cura o meterse a zorras. Y claro, mientras, también se ponen excitadas. La que se excita mucho se tiene que echar a la calle. Sería mucho más bonito que todo el mundo se acostara con quien le diera la gana. ¿ Por qué no?

Claro que entonces yo no sabría quién es mi padre, y mi madre sería una que se habría acostado con todo el mundo.

Es curioso, nunca me he imaginado a mi madre así; como una mujer que se ha acostado con un hombre y ha hecho lo mismo que la Maña conmigo. Y sin embargo es indudable, si no se hubiera acostado con mi padre, yo no hubiera nacido, ni los otros hermanos: Rafael, la Concha, José. ¡José! Ya tiene veintidós años. Seguro que aún no se ha acostado con ninguna mujer. Entre todas las primas solteronas y beatas, no le dejan salir de casa más que para acompañarlas. Decía en la última carta que la prima Elvira se quería casar con él. Seguro que se restriegan en camisa. Elvira dirá que está mala y subirá José a verla a la alcoba.

—Pasa, pasa, tú, no importa —le dirá y se pondrán los dos cachondos.

Como ya no podrán aguantarse, ella le quiere cazar a él.

A lo mejor, con las ganas de mujer que él tendrá, lo consigue. Porque, ¿dónde va a ir? A él le falta el valor para ir a una casa de mujeres y coger una para acostarse con ella. Además, esto en Córdoba no puede hacerse como en Madrid. En Córdoba se conocen todos y al día siguiente todo el mundo sabría que José había estado en la casa de la fulana.

Me he metido a filósofo. Ya hablo de las cosas de la vida. ¿Por qué no tengo derecho a pensar en la vida? ¿Por qué aún no tengo veintiún años y no puedo disponer de mis bienes? ¡Mierda! ¿Qué es la vida? El obturador de una máquina fotográfica. Aprietas el disparador: ¡paf! ¡Instantánea! No has visto nada; un relampaguito que cruza. Como las

pantorrillas de ésta que sube al tranvía. ¡Un relámpago! ¿Las tiene feas o bonitas? No sé, pero hoy me gustan todas las pantorrillas. Bueno, vamos a dejar las mujeres. ¿Qué es la vida? Esto es más interesante.

Desde aquí arriba, desde la cuesta que hace la calle de Alcalá, veo la vida. Mañana de domingo. La iglesia de las Calatravas, con sus vendedores de periódicos católicos, sus ciegos, sus viejas mendicantes, sus chiquillos a la caza de coches para abrir la portezuela y pedir la perra chica. Con sus hileras de señoritas «bien» paseando al lado de los señoritos «bien» que se inclinan hacia ellas y les hablan detrás de los pelos rizados de las orejas. Cuando les dicen algo agradable, menean los pendientes que cuelgan como gotas, igual que los caballos menean las orejas cuando pasa un automóvil. Los tranvías con sus ¡tan! ¡tan! y sus panzas amarillas y rojas llenos de anuncios, las casas macizas de piedra con sus ventanas abiertas o cerradas. Las vías de hierro del tranvía entre los adoquines cuadrados con brillos de mica. Las aceras de asfalto negro, blanco o de polvo de suela de zapatos, moteado de colillas. Las mesas redondas de mármol, blancas como la leche o veteadas de negro. El reloj del Banco de España, señor grave que canta las horas, con una campana como un caldero. ¡Plam! ¡Plam!... La diosa Cibeles con su cara seria y sus leones aburridos, escupiendo agua por todas partes. Leones acuáticos. ¿Dónde está el Sahara para estos leones? Una noche, Pedro de Répide abrigó a la diosa Cibeles con su capa española de paño de color café bien tostado y así amaneció. En las narices, tenía la diosa carámbanos de hielo y sudaba bajo la capa. A Pedro de Répide le costó una multa. ¿Quién le manda a él abrigar a las estatuas? Y allá arriba, en la calle de Alcalá, los tres arcos y su inscripción latina: «Carolus Rex»... ¿Esto es la vida?

Claro que en París, en Londres, en Pekín, hay una calle como ésta y un hormiguero como éste que se pasea o va a misa. Dicen que los chinos, en sus templos, tienen muchos tejados puntiagudos y en cada punta una campanita de plata y aun de oro que suena con el aire.

Delante de la puerta, colgado sobre tres maderos, un gong de bronce, viejísimo, con más de mil años... Cuando van a decir la misa, la misa china claro está, el más viejo de los bonzos —los sacerdotes chinos se llaman «bonzos»— sale con su mazo de madera y golpea el gong. Suena a lo lejos como una cascada de ¡ploms! temblorosos. Los chinos vienen a pasitos cortos, saltando sobre la punta de los pies, con las manos metidas en las mangas y la bolita del gorro bailando, suben las escaleras del templo a saltitos menudos. Se arrodillan y doblan la tripa una y mil veces, delante del Buda serio de ombligo pulido. Luego queman papelitos que son las oraciones. Algo así como cuando el padre Vesga me mandaba escribir cien veces el credo. Los chinos se hacen viejos, con coletas retorcidas y bigotes largos que les caen a los lados de la cara en puntas lacias. Una cosa rara. En todos los dibujos que he visto y en las fotografías, he encontrado chinos que tenían bigote blanco y las barbas blancas, pero nunca un chino con la coleta blanca. Tampoco he visto chinas con el pelo blanco.

Después, hay muchas más cosas en el mundo. Los trenes salen a su hora en punto, con sus viajeros puntuales y sus maquinistas y sus jefes de estación también puntuales. El jefe toca el pito y el tren se marcha. Hay los puertos con sus barcos arrimados a las piedras y las gentes subiendo por una escalerita de madera, cargados con sus maletas y dando besos a los que no se embarcan. Suena una campana y retiran la escalera. Suena el pito del barco y echa a andar. Unos se quedan quietos en tierra agitando sus pañuelos y otros asomados a la barandilla del barco. Todo el mundo tiene un pañuelo limpio cuando sale un barco, un pañuelo sin mocos, porque la gente criticaría que se sacara un pañuelo lleno de mocos para despedir a uno que se va.

¿Es esto la vida?

Correr por la calle de Alcalá en Madrid, o por otra calle en París, en Londres o en China. Subir al tren, montar en barco. Oír misa o quemar papelitos en un altar delante de la Virgen o de la panza de Buda. Voltear

campanas grandes de catedral o golpear gongs de bronce con un mazo o dejar al viento agitar las campanitas.

¿La vida es esto?

Los viejos y las personas mayores enseñan a los niños lo que es la vida. Yo acabo de dejar de ser niño. Ya trabajo y ya me acuesto con las mujeres, pero aún tengo la escuela pegada al culo, como los pollos el cascarón del huevo. Nos sentaremos aquí en este banco, en el Retiro. Voy a repasar lo que me han enseñado los viejos sobre lo que es la vida. ¡Atrás, atrás! Piensa. Mira a lo lejos.

¿Qué pedís, gorriones? No tengo migas en el bolsillo. No deis vueltas alrededor de mí. Esto es serio y vosotros sois unos sinvergüenzas. Dejadme ver si me acuerdo de cuando era pequeñito como vosotros y así encuentro todo lo que los mayores me han enseñado sobre la vida.

Me decía mi abuela... Pero, no. ¡Antes de que te dijeran nada! ¿Dónde estabas tú? Antes de que supieras lo que te hablaban, ¿dónde estabas?

La primera vez era una mañana. Nevaba, copos gordos, como moscardones blancos que cayeran atontados de lo alto. Mi madre me vestía con falditas y medias de lana que se ataban a la cintura con cintas blancas, unas cintas llenas de nudos. Me ponía las botas, de muchos botones, y salíamos a la calle, yo en brazos abrigado en su mantón. Un mantón de pelos largos, como la piel de una oveja sin esquilar. Calentito, sacando la nariz del hueco del mantón. Por encima salía una columna de humo cada vez que yo echaba el aire por la boca. Me divertía soplar, y soplando hacía un cucurucho de aire gris que se perdía en la calle como el humo de un cigarro. El tranvía tenía en el trole unos churretones de hielo. En una puerta grande había dos soldados y un brasero muy grande lleno de carbón encendido. Un soldado pisaba el borde de una manta negra y otro había cogido el otro borde de la manta y la subía y la bajaba como un abanico. El aire daba en el brasero y el

carbón estallaba en un chorro de chispas que se llevaba el aire calle abajo y las estrellaba contra la nieve. Sonaban chirriantes, dando gritos contra el dolor del frío. Entonces, sentí frío en los pies. Porque una de las botas era negra y otra marrón. Mi madre miró las botas y se rió como yo. Nos quedamos un poco al calor del brasero y se reían los soldados, mi madre y yo, mientras las botas goteaban por la nieve derretida. Cuando acabaron de escurrir, mi madre hizo un paquete con los dos pies dentro del mantón y seguimos calle abajo, mientras nos daba la nieve en la cara.

Éste es mi primer recuerdo claro de la infancia. Luego, hay un agujero negro del que van saliendo todos, no sé cuándo, no sé cómo. Los tíos, los hermanos, la buhardilla, la señora Pascuala... Un día vinieron y se plantaron aquí en la vida, en mi vida. Entonces me llenaron la vida de «síes» y de «noes».

—No hagas esto —decía uno.

—No lo hagas —decía otro.

Una vez estábamos en un teatro, no sé cuál. No me acuerdo más que del terciopelo del asiento, igual que el de los divanes del Café Español, y del escenario encendido donde cantaban hombres y mujeres. Yo tenía ganas de mear.

—Tío, quiero mear.

Mi tío meneó la cabeza.

—Bueno, ven conmigo.

—¿Qué le pasa al niño? —preguntó mi tía.

—Quiere mear.

—Que se espere. Arturito, aguántate.

—Mujer, es un niño.

Me meé en la butaca de terciopelo rojo y con los zambombazos de la música no se oía el chorrito.

Cuando cayó el telón, me dijo mi tío:

—Vamos.

—Ya no hace falta —le contesté.

Me regañaron los dos durante muchos días.

Entonces, todos empezaron a enseñarme cuándo se debe y cuándo no se debe mear y lo otro. Cuándo se debe hablar; cuándo se debe estar callado.

—¡Los hombres no lloran! —me decían cuando lloraba.

Luego, cuando alguien se moría, venían llorando los hombres y las mujeres a contarlo a casa.

—¡No se chilla! ¡Los niños no blasfeman!

Luego las personas mayores se chillaban unas a otras y la mayoría blasfemaba contra Dios y la Virgen. El tío también hablaba mal y decía a veces cosas feas. Hasta los padres del colegio; el padre Fulgencio, el del órgano, era el profesor de química. Llenaba de fórmulas el encerado, tomaba unas probetas, mezclaba sales y ácido, explicaba la lección y al final decía:

—¿Se han enterado ustedes?

Resultaba que casi nadie se había enterado. Daba puñetazos en la mesa:

—¡Puñeta! Hay que enterarse. Para qué estoy yo aquí haciéndome la puñeta, enseñándoles a ustedes para que no se enteren.

Había un chico medio tonto en la clase, también hijo de un ricachón, no sé quién. Un día el padre Fulgencio se encaró con él.

—¿Se ha enterado usted? —le dijo.

—¡Puñeta! No, señor —contestó el muchacho.

El padre Fulgencio le dio una bofetada:

—¿Qué es esto de hablar mal? ¿Quién le ha enseñado a usted esa palabrota? ¡Puñeta con los niños éstos!

Subió un día al órgano y apretó una tecla sin que sonara el tubo. Paró de tocar y empezó a apretar la tecla. El órgano hacía ¡paff! con un soplo muy largo, pero nada más. Dejó de tocar y nos marchamos todos por el claustro: delante él, detrás nosotros. Se encontró a otro cura:

—¿Está usted de mal humor, hermano Fulgencio? —Sí —contestó—, un fa, una puta de tecla que no suena.

Con tinta china dibujamos en la amarilla tecla de marfil su nombre: puta. El padre Fulgencio se volvía loco de rabia:

—¿Quién ha hecho esto? Sinvergüenzas... —y aporreaba la tecla.

El tubo gordo como un brazo le contestaba: ¡paff!

Me enseñaron el catecismo y la historia sagrada, esto ante todo. Me enseñaron a leer y después me enseñaron que no debía leer más que lo que ellos me dejaran. Me enseñaron a contar, a sumar, a restar, a retorcer los números y las letras, a hacer signos de más y de menos, de menos—más y de más—menos, raíces, potencias, logaritmos. A dibujar letras, hermosas letras, letra inglesa la llaman, con sus gruesos y sus perfiles, dibujada despacito con la mano bien puesta, el brazo bien puesto, el cuerpo bien puesto, bien puesto en la silla, el papel bien puesto. Después en el Crédit: «¡Esta letra no vale! ¡El descuento se calcula así! ¡El interés se calcula así! ¡Las libras se calculan así!». Y las posturas para la letra inglesa y las reglas de tres no sirven para nada. La historia sagrada tampoco, el catecismo menos.

«Sé bueno —me decían todos—, no te pegues con los niños. » Un día subí a casa con un ojo negro de un puñetazo. Me cogió toda la familia. «¡Cagón! ¡Marica! ¡Te has dejado pegar! ¡Haberle saltado los sesos con una piedra! ¡Haberle pateado las tripas!» Cuando volví a la calle, busqué al chico. Me daba lástima porque era un pequeñajo y además me había pegado en el ojo jugando, casi sin querer. Me lié a puñetazos con él, en la cara, sobre todo en los ojos para que se le pusieran tan negros como el mío. Le caía un hilillo de sangre por la nariz. Le tiré al suelo y le pateé y le di patadas en las costillas y en los riñones. Gritaba, y vino el padre de Pablito el yesero y nos separó. Me dio una bofetada, me cogió del suelo y me subió a casa, el otro chico delante de mí sangrando, con el traje roto. ¡La que se armó! El tío José me dio una bofetada, la tía pellizcos, mi madre unos azotes formidables.

Me chillaban todos, llamándome salvaje y no sé cuántas cosas. Al chico le llenaron de dulces, de galletas y de perras. Se marchó riendo y llorando y yo hubiera pegado a todos.

—Ése es el que me ha hinchado el ojo. ¡Le he pegado porque vosotros me lo habéis dicho! Le he pateado las tripas y le he roto la cara porque me lo habéis mandado. ¡Ahora me pegáis a mí y le dais galletas a él! —Y lloraba tumbado en la alfombra del comedor.

El tío me dijo:

—Pero, hombre, ¡hay que pegar con medida!

Y así me han enseñado a respetar a las personas mayores. El señor Corachán es una persona mayor y un «señor». Un día me cogió de las orejas y me llamó golfo. Me callé, pero le hubiera pateado las tripas a él también.

Todos ellos me han enseñado a vivir. Nada de lo que me han enseñado sirve para vivir. ¡Nada! ¡Absolutamente nada! ¡Ni aun sus números y su historia sagrada! Me han engañado. La vida no es lo que enseñan ellos, es otra cosa. Me han engañado y ahora tengo yo que aprender, solo, lo que es la vida. Pla me ha enseñado más que todos ellos. El tío Luis con sus burradas, el señor Manuel con su inocencia de campesino, mi prima con sus cachonderías, la Maña con su camisita corta. Los otros, los que educan niños para hacerlos «hombres», ¿qué me han enseñado? Sólo el padre Joaquín una vez me dijo que creyera lo que me pareciera bien; y aun esto le costó trabajo, como si traicionara un secreto.

¿Para qué calentarse la cabeza?

Pero yo quisiera saber lo que es la vida. Mi madre, de niña no sé lo que fue. De joven, criada; después se casó y mi padre ganaba apenas para ir viviendo; se murió mi padre y fue peor con cuatro chicos. Sin los tíos tal vez nos hubiéramos muerto de hambre los cinco. ¡Hala! A lavar ropas al río, cagarrutas de ricos que pueden pagar una lavandera. ¡Los ricos! ¿Qué son los ricos?

Tú, gorrión, ¿sabes lo que son los ricos? Sí, seguramente los que te echan migas, no de pan, sino de bollos. Estos son los ricos para ti. En cuanto pase una mujer vendiendo bollos te voy a comprar uno y a echártelo en migas. Luego dirás que soy rico. Los ricos son los que echan migas de bollo a los pájaros como tú y migas de pan a los pobres como mi madre. ¿Sabes? Escucha, idiota, no te marches volando, el bollo vendrá después. El señor Dotti, el millonario a quien mi madre lava la ropa, está casado. Su mujer le decía a mi madre un día:

—Leonor, ¿sabe usted cuánto nos hemos gastado este año en juguetes para los niños? Tienen dos.

—No, señora —contestó mi madre.

—Veinticuatro mil reales, seis mil pesetas; y aún no están contentos, ya ve usted, Leonor. Mi madre le dijo:

—Señora, con ese dinero vivía yo un año sin tener que ir al río. Me dieron todos los juguetes del año anterior, tantos que tuve que tomar el tranvía tres veces para ir por ellos. Tuvimos juguetes todos: una locomotora que andaba, para mí. Tenía una lamparilla de alcohol por caldera: se le echaba agua y andaba como las de verdad. Soldados de plomo a cientos. Automóviles con portezuelas que se abrían y se cerraban, muñecas que decían «papá» y «mamá». La Concha vino de fregar platos y se llevó las muñecas. Ya trabajaba pero aún era una niña. En los ratos libres les hizo trajes de punto. ¿Para qué compraron muñecas a dos chicos? La señora Dotti le dijo a mi madre: «Se les han antojado y ¿qué va a hacer una?». Luego se aburrieron de ellas y las tiraron. Todavía están los juguetes en un rincón de la buhardilla, detrás de los libros. Pero no quiero jugar con ellos. Ya no soy un niño. A veces me divierte jugar con un giróscopo grande que tengo y hacerle girar en el borde de una copa o correr a lo largo de una cuerda que atraviesa la buhardilla.

Eso es ser rico. El señor Dotti tiene teléfono en su casa. Tiene dos casas, una en Madrid, otra en Barcelona. Todas las mañanas llama a

Barcelona cuando está en Madrid, a Madrid cuando está en Barcelona. Le contestan que no hay novedad y se va a la Bolsa. Gana unos miles de duros y se vuelve a casa. Se viste de chaqué o de levita y convida a la gente para que vengan a su casa a tomar el té. Los niños se lavan, se peinan y besan la mano a las señoras que vienen a la casa. A uno de ellos, a Alejandro, un día le han castigado a no comer en la mesa en una semana. Venía su padre de la Bolsa muy contento porque había ganado muchas pesetas. Abre la puerta con el llavín, se quita el sombrero y se le ocurre ir a la cocina. Alejandro estaba allí en el suelo con la perra al lado —una perra muy hermosa que tienen— y entre los dos se estaban comiendo el cocido de la perra. Porque allí en casa de Dotti les hacen a los perros un cocido cada día, con su carne, su chorizo y sus garbanzos. Alejandro se iba a la cocina todas las mañanas y se comía el cocido con la perra. Mi madre cuando se enteró le dijo a la suya:

—Déjele usted que se venga a la buhardilla; verá qué pronto se harta de cocido.

Esto les pasa a los ricos.

Un día en la plaza Mayor había unos albañiles comiendo bajo los soportales su cocido amarillo de azafrán, como el que hace mi madre en el río. Pasó un coche de lujo y se paró. Se apearon un señor y una señora muy elegantes y él le dijo a uno de los albañiles:

—Véndame su comida.

El albañil se le quedó mirando y le dijo:

—No me da la gana.

—Hombre —le dijo el otro—, mi señora está encinta y se le ha antojado comer cocido.

El albañil contestó:

—Pues que se aguante.

La mujer del albañil le hizo darles el cocido. Se llevaron al coche todos los cacharros con la comida y le dieron diez duros al albañil. Le decía el albañil a su mujer:

—Yo no se lo hubiera dado, a ver si le salía un chico con una olla en la barriga.

¿Es esto la vida? ¿Un rico que puede gastarse seis mil pesetas en juguetes, hablar con Barcelona por teléfono para saber si hay novedad, comprar el cocido de un albañil?

¡Quieto, gorrión! ¿De dónde han salido los granos de trigo? Mira las hormigas en hilera, andando de espaldas, tirando cada una de un grano. Y a ti, gorrión, ¿no te da vergüenza comerte el grano de trigo que llevan con tanto trabajo y tal vez comerte la hormiga que se quedará pegada al grano, agarrada con sus dientes negros y secos? ¿De dónde han sacado un grano de trigo, aquí en el Retiro? Tal vez de la comida de los patos. ¿Tengo o no tengo razón para quitarte el grano de trigo del piso? A lo mejor te espera el gorrioncito en el nido, para comerse la hormiga y el grano que tú le llevarías. En la plaza de Palacio yo he visto venir a las golondrinas con las moscas y los bichos que cazaban gritando como ellas gritan, y volcarlos en el pico abierto de los golondrinitos, un pico cuadrado, abierto de par en par, nunca lleno. Tal vez tienen razón y derecho al grano y a la hormiga. ¿Es esto la vida? ¿Quitarse la comida unos a otros? ¿Comerse unos a otros?

¡Anda, gorrión! Ahí tienes un niño con un bollo que quiere darte de comer. ¡Tonto! ¿Por qué corres y te vuelas? Así. Come así. Más cerca de él. Mira cómo se ríe, cogiendo las migas con las puntas de los dedos y queriendo que vengas a ellos a picar. Esa miga más gorda es para que te animes a ir por ella. ¿Es esto la vida, dar por el placer de dar? ¿Coger por el placer de coger?

Se pasean las gentes. Las niñeras con los chicos delante para que no se pierdan, gritándoles cuando se alejan. Los novios pegados a las novias. Las viejas haciendo calceta con sus agujas largas de acero que mueven ágiles con brillos de espadas. Cuando se levantan cojean del reuma, pero ahora hacen correr los dedos como prestidigitadores. Gritan los nietos que cogen paletadas de arena y las vuelcan en el cubo de

hojalata, pintado de colores brillantes. ¡Qué triste está ése en el carrito de ruedas de goma, levantando las manos y los pies, queriendo correr, caído en los colchoncitos que no le dejan gatear por la tierra! Ya llora. ¡Idiota, madre idiota! Sácale de ahí, de esa caja de hule negro con ruedas de alambre; tiéndele en el suelo, panza arriba o panza abajo; déjale que arañe la tierra y que coja hormigas con los dedos y que chapotee en el barro y se ensucie la cara con tiznones negruzcos. ¿No ves que llora por eso? Papá enciende un cigarro, lee el periódico:

—¿No puedes hacer callar a ese niño?

—¿Qué quieres que haga yo?

—Dale teta, verás cómo se calla.

Se sienta la señora en la silla de hierro calado que ha sudado perras gordas durante años y saca un pecho. Un pecho flacucho con un pezón negro y largo que desde aquí parece que tiene pelos. No lo quiere el chico. ¡Claro que no lo quiere! Quiere clavar los dedos en el barro y hacer pelotillas de mugre con la palma de la mano. Llora y llora y la madre no le entiende. ¡Bestia! ¡Animal! ¿Por qué le pegas, por qué le zarandeas? «Cállate, cállate. » ¿Y qué? ¿Crees que te entiende? ¡Basta! Le tiendes en el cochecillo como a un saco. Se te ve en la cara que, si pudieras, le tirarías contra el suelo, lejos, como se tira una rana muerta, agarrándola de una pata, estrellándole para no oírle llorar. «Ves cómo eres una estúpida», dice papá, y tiene razón. Pero tú eres tan estúpido como ella.

¿Es esto vivir?

El paseo que bordea el estanque está vacío de gente. Cae el sol y quema la arena. ¿Por qué no bañarse en el sol? ¿Por qué no ir por aquí por donde no marcha nadie? Hay lanchas en el estanque grande con gente remando en ellas, pero el vapor donde los niños van a dar vueltas al cuadrado de agua, está anclado. ¿Anclado? No, atado con unas maromas, ridiculamente anclado. Aquí no hay mareas. Ahora tiene sus banquitos limpios. Cuando se llena de chicos pueden sacar la mano

fuera y meterla en el agua sin temor a que les muerda ningún tiburón. Las mamas creen que están en el mar y se marean y se vomitan en sus mantillas negras. El mozo del embarcadero, el que grita los números de las barcas que llevan la media hora del alquiler, las coge del brazo, les da una taza de té, les saca una peseta de propina y presume andando de pie sobre las barcas, sin caerse, como un marino de verdad.

—Ve usted, señora, es sencillo, la costumbre, nada más que la costumbre.

Pero yo soy ya hombre y esto es la vida. Esto, todo esto. Bueno, ¡mejor! ¡Esto es la vida! ¡La vida es así! Un día echaré de comer a los peces o a los gorriones, otro vomitaré en un barco y otro pescaré peces o cazaré pájaros. Sí, señor, hay que gruñir a los niños pequeños para que no lloren. ¿Le dan un coche y llora? Un coche con ruedas de goma. Debía de ser rico el matrimonio aquel. Un día yo tendré un hijo; pero mi mujer no tendrá un pezón tan negro como el de esa mujer. ¿Cómo se puede casar un hombre rico con una mujer que tiene un pezón negro? A lo mejor, la rica es ella y entonces, claro, él tiene razón. ¿Qué importa un pezón negro, si se es rico? Porque lo único que cuenta es ser rico. ¡Ser rico! Esto es vivir.

Pero tal vez no. En la buhardilla no somos ricos, pero somos felices.

¡Hombre! Mira dónde viene el padre Joaquín. Habrá venido a pasear después de la misa. Verdaderamente es un tipo de hombre. Me gustaría ser así: alto, fuerte, cuadrado, como dicen que son todos los vascos. Le sienta bien la sotana, sin tripa, con el pecho abombado. A casi todos los curas, la hilera de botones de la sotana —¿cuántos botones, treinta o cuarenta?— les hace una curva que se hunde bajo la barba y sobresale sobre la tripa en puntos brillantes. A éste no. Le salen en el pecho y se hunden en la tripa, para seguir rectos hacia abajo, hasta las piernas que parecen querer romper la sotana al andar.

No sé quién viene con él. Una señora con un niño de la mano. No está mal el chico. Muy serio para su edad, pero fuerte, mucho más fuerte que yo.

Con mi sombrero en la mano ando al lado del padre Joaquín. La mujer y el niño van detrás de nosotros.

—¿Te paseas, Arturo? , —Sí. Me ha dado uno de mis arrechuchos. Pensaba.

—¿En qué pensabas?

—Psch. No sé. En tonterías. En la vida, en la muerte, en los bichos. Me he reído con un gorrión y con un chico en un cochecito con ruedas de goma. Yo qué sé. Mi madre dice que es el crecimiento. Yo no sé lo que es. Y además...

—¿Además... qué?

—Nada; no. Nada...

Me he puesto colorado. Lo siento en la cara. Pero cómo le digo que me he acostado con una mujer por primera vez en mi vida y que tenía una camisita corta...

El padre Joaquín me pasa la mano sobre la cabeza, como otras veces. Se vuelve a los otros, a la mujer y al niño, tan serios los dos.

—Acercaos —dice.

Coge a la mujer de la mano, tira de ella hacia mí. Coloca su otra mano ancha y grande, con pelitos rubios en los artejos, sobre el hombro del chico y tira de él. Los lleva delante de mí y los tres, ella, el chico y yo, estamos supensos, porque va a pasar algo. Algo tremendo.

—Mi mujer, mi hijo —dice simplemente—. Éste es Arturo.

Seguimos los cuatro a lo largo del estanque, todo el paseo lleno de sol, callados, sin decir una palabra, mirando las aguas cuadradas, para no ver que nos miramos unos a otros. Vamos despacio y el paseo es largo, interminable.

Al final me voy con un saludo torpe, tropezando conmigo mismo. Y no me atrevo a volver la cabeza, para no verlos a los tres mirándose, mirándome.

Capítulo 10

Rebelde

Está todo arreglado. Los cuatro hombres dormiremos aquí, en la vieja buhardilla. Rafael y yo, como otras veces, juntos en mi cama dorada. El tío Luis y Andrés en la cama de matrimonio de mi madre, con sus hierros pintados de verde y sus santos despintados a la cabecera y a los pies, en los dos óvalos de chapa roída de los años y de los insecticidas. Las mujeres, la Concha y mi madre, dormirán en la otra buhardilla, en la de la señora Francisca. La señora Francisca se murió y dejó unas sartenes negras, unos pucheros también negros, un cesto de mimbre con alcahueses, caramelos y bengalas de las que vendía a los chicos de la plaza del Progreso. Como su buhardilla estaba pared por medio de la nuestra, nos quedamos con ella y heredamos: un poco de ropa vieja, los cacharros de guisar, los de vender y un catre con un colchón de lana negra. Nadie se presentó a recoger «la herencia» y convertimos el catre en astillas y repartimos todo lo demás entre la comunidad de las buhardillas.

Rafael y yo dormimos en esta buhardilla. Durante el día sirve de cocina, porque en un rincón, debajo del tejado, hay un hornillo con chimenea. A la vez es el taller de la Concha. Se marchó de casa del doctor Chicote y, no queriendo ser más criada, ha aprendido, pagándoselo, el oficio de planchadora. Siendo la madre lavandera, es fácil tener clientela, y el día se lo pasa con sus planchas calientes en el rincón del tejado, frotando telas sobre una mesa de pino cuadrada, de más de tres metros de largo, que llena el centro de la buhardilla. Las mujeres duermen solas, nosotros también —aunque algunas veces no dormimos en casa, aprovechando la independencia—, y a la vez estamos todos juntos.

En la antigua buhardilla han quedado, además de las dos camas, la mesa redonda que construyó mi padre, los cacharros y las ropas. Toda nuestra riqueza. Hoy, por razones de las dimensiones de las camas,

Miguel y yo dormiremos en la antigua buhardilla y las mujeres en la nuestra.

Han venido el tío Luis y Andrés juntos, pero con finalidades distintas: Andrés viene para ir a Toledo a pasar tres días de vacaciones con su hijo Fidel que está allí de seminarista. Elvira, su mujer, se ha quedado en Méntrida, con su pierna supurante, tendida en la cama. El tío Luis ha venido como otras veces, a comprar hierro para hacer herraduras. Hierro en barras, negro, dulce, hierro que no ha probado el fuego desde que salió del crisol. Cuando el tío Luis compra hierro, siempre me recuerda cuando le veía probar el vino: entonces recorría las bodegas subterráneas de Méntrida y con un cacillo sacaba un poco de vino de la tinaja, lo suficiente para mediar el vaso recién lavado. Le miraba al trasluz, bebía un sorbito «para enjuagarse la boca», chascaba la lengua, se callaba, enjugaba el vaso y probaba otra tinaja. De repente cogía el vaso con los dedos y lo metía en la tinaja como si fuera el cacillo, le sacaba lleno hasta los bordes y se lo bebía de un golpe; y otra vez y otra. El dueño del vino le preguntaba:

—¿Qué te parece, Luis?

—Esta tinaja, sangre de Cristo; lo demás puedes tirarlo.

Con el hierro es lo mismo: en los almacenes de la Cava Baja entra agachando su corpachón y pide hierro, simplemente «hierro». Como todos le conocen, le sacan las barras largas de dos y cuatro metros. Las sopesa, les pasa la yema del dedo por encima, las golpea con un nudillo haciéndolas sonar y las deja caer en el montón; hasta que llega a un montón en el que se queda con la barra suspendida en el aire y dice: «¿Cuánto?». Cuando cierra el trato, con sus manos dobla las barras de un dedo de gruesas, hace un atado con ellas y se las lleva al hombro, como si fuera a ir directo de la Cava Baja a Méntrida a forjarlas. A veces, dice palmeando las barras: «¡Oro fino!».

Rafael y yo montamos el tablero intermedio de la mesa, para caber los seis. Mi madre saca uno de sus manteles blancos y prepara la mesa.

A las ocho vendrán los dos de sus negocios. Andrés llega cargado de paquetes. Golosinas y ropa para el chico. El tío Luis llega con un solo paquete que empuña como una maza. Golpea con él la mesa y se echa a reír:

—Suena duro, ¿eh?

Quita los papeles y sale un jamón seco, curado, duro como si fuera madera.

—Trae un cuchillo, Leonor.

Lo corta por la mitad, dejando al aire la carne casi morada, de la que saca una tira para cada uno. Mi madre protesta:

—¡Pero, hombre, déjelo para el pueblo!

—Mira, mira, come y calla, que mañana no sabemos lo que va a pasar.

Después se llena un vaso de vino hasta el borde y se lo bebe.

—¡Ahora, a cenar!

El principio de la cena es todo silencios por el hambre que ha despertado la loncha de jamón y por no saber cómo empezar. El tío Luis comienza, encarándose conmigo:

—Bueno, y tú, ¿qué?

—Trabajando.

—Éste ya ha solucionado la vida —dice Andrés—, ha tenido más suerte que mi chico, que tendrá que pasarse nueve años en el seminario.

El tío Luis chasca con los dientes una chuleta, se limpia los labios grasientos con el revés de la mano y se vuelve a Andrés:

—Mira que, si dentro de nueve años, el chico te colgara los hábitos y se marchara detrás de unas faldas, estaría gracioso.

—Si me hace eso el chico, le mato. Después que se ha pasado uno la vida sacrificándose por él, que me colgara los hábitos y se fuera de golfo, sin oficio ni beneficio a los veintiún años, le mataba.

—¡Ta, ta, ta! ¿A qué llamas tú sacrificios? Porque el seminario no te cuesta un céntimo. La carrera se la dan gratis con tal de tener un curita

más, porque los necesitan. Y tú te has quitado una boca de casa y ahora tienes hasta ahorros.

—Pero ¿y el sacrificio de separarse de un hijo once años para que pueda ser un hombre?

—¿Para que pueda ser un hombre? ¡Vamos, tú crees que yo soy idiota! Será para que sea un cura, pero no un hombre. Porque los curas, aunque sean hombres, no pueden funcionar como tales. Y eso es lo que has hecho tú. Cuando tu chico sea mayor, será hombre o será cura, pero lo que nunca será es cura y hombre.

—Bueno, Luis, contigo no se puede discutir.

—Claro que no, ¿no ves que yo soy muy bruto? Tan bruto que no me quedo con nada que me haga daño dentro del cuerpo. Yo al pan le llamo pan y al vino, vino.

Para apoyar la frase, rebaña el plato con un migote de pan que le llena la boca y se bebe otro vaso lleno de vino. Después, con el plato limpio, planta los dos codos en la mesa y prosigue:

—Mira: ni ésta —se encara con mi madre— ni tú tenéis razón. Os da la manía de todos los muertos de hambre que queréis que el chico sea un príncipe de la Real Casa. Ahí le tienes —me señala a mí con un dedo—, tan finito, tan guapo, con la cara tan blanca, con su cuello almidonado, su corbata de seda, su traje elegante, con dos pesetas de sueldo, viviendo en una buhardilla y su madre lavando ropa. Le han enseñado a que tenga vergüenza de que su madre es una lavandera.

—Yo no tengo vergüenza de que mi madre sea lavandera —respondo.

—¿Sí? ¿Cuántos amigos tuyos del banco vienen aquí, a casa, de visita?

Me pongo colorado y no contesto.

—¿Lo ves? —le dice a Andrés—. Igual que tú. ¿A que no dice tu chico en el seminario que es el hijo de un albañil, ni tú eres capaz de presentarte en Toledo con la blusa blanca? En Leonor, la cosa tiene

excusas porque es una mujer y por otras muchas cosas. Pero tú, que puedes decir que eres tan rico como yo, no tienes perdón de Dios, si es que ese tío existe. A cada uno lo suyo. Mis chicos machacan hierro y cuando sean hombres harán lo que les dé la gana, pero siempre tendrán con qué ganarse el pan sin avergonzarse de ser herreros como su padre. Y para ser ricos, ten por seguro que si no son idiotas, serán más ricos que tú y que tu hijo aunque llegue a canónigo.

—Precisamente, lo que yo no quiero —dice Andrés un poco ronco— es que mi hijo tenga que llevar cubos en una obra, amasar yeso y pintar paredes con cal a pleno sol. Yo lo hago por su bien y algún día me lo agradecerá.

—Y cuando pase una chica guapa y le entren ganas de mujer, se ensuciará en su padre por debajo del hábito.

—Mira, mira, el chico no es tonto y cuando tenga ganas de una mujer se acostará con ella.

—Eso, precisamente eso. Y lo que habrás hecho es un hipócrita o un desgraciado. Mi chico, Aquilino, que ya le gustan las mozas, está machacando hierro en la fragua y cuando pasa una le dice: «¡Güena estás!». Y si la otra se deja, lo más que pasa es que al otro día le pesa un poco más el macho. Pero luego trabaja con muchas más ganas y come como el diablo y va con la cabeza muy alta porque no tiene de qué avergonzarse. A éste —por mí—, afortunadamente, le pasará lo mismo. Pero será un señorito chupatintas que se casará con alguna tísica con sombrerito y rabiarán de hambre con treinta duros al mes.

—Entonces, según tú, no tiene uno que preocuparse de que los chicos lleguen a ser más que uno.

—Más que lo que es uno, sí. Pero no distintos a como uno es. Hoy yo tengo todo, tengo la mujer, los chicos y la fragua, todos con salud, gracias a Dios. Además tiene uno su cachito de tierra de trigo, su trozo de huerta, su cerdo, su vino y sus higos para postre. Pues todo eso ya lo tienen mis chicos, y después, que se lo aumenten con su trabajo como

me lo he aumentado yo. En mi casa no hay ni Dios, ni rey, ni Roque; allí no manda nadie más que yo y a mí no me manda nadie. ¿Y para qué quiero ser más rico, si no me manda nadie y tengo todo lo que necesito?

—Entonces, ¿qué debería haber hecho yo? —dice mi madre, que ha escuchado callada y quieta a los dos hombres.

—¿Tú? Bastante has hecho con sacarlos adelante y no hacerlos curas. Ahora son ellos los que te tienen que sacar a ti.

—Pues yo trabajo como una burra —dice la Concha.

—¿Y qué te has creído, rica? Yo trabajo como un caballo y eso es lo que nos toca en este mundo, trabajar como bestias. Pero, por lo menos, que le dejen a uno el derecho de dar coces de vez en cuando —dice el tío Luis.

Rafael levanta la cabeza, hasta ahora gacha, y dice:

—En total, que la única verdad es que a los pobres nos toca aguantarnos. Usted, como tiene todo solucionado, es feliz. Pero yo le ponía a hacer facturas en mi oficina y que a fin de mes le dieran seis duros.

—¿Y sabes lo que haría? Cogería la gorra y la puerta. Tú lo que te pasa es que te encuentras muy cómodo en tu oficina y no quieres trabajar. Vente conmigo a Méntrida a machacar con el macho y yo te enseño el oficio y te mantengo. Claro que te vas a poner negro, sin que te valga lavarte, y te van a salir callos en las manos.

Hasta ahora no he querido mezclarme en la discusión porque conozco que estoy a punto de estallar. Pero ahora, unos y otros plantean las cosas, para mí, mal; e intervengo:

—Yo creo que ninguno tiene razón. Usted, tío Luis, está enamorado de su oficio y ha vivido a gusto con él. Pero sus hijos no podrán vivir con el oficio suyo. Y usted lo sabe. Se acabaron las herraduras forjadas a mano y se acabaron las rejas hechas a martillo. Conmigo ha visto usted en la Cava Baja las herraduras hechas de acero estampado por medidas como los zapatos, que ya en el pueblo sólo le han dejado a los

viejos amigos como clientes. Pregúntele usted a Andrés, que ya es maestro de obras y ha construido casas, cuántas rejas le ha encargado a usted. Le dirá que las compra hechas en Madrid, más baratas que el hierro que usted compra para las herraduras.

—Donde estén unas herraduras forjadas puestas a fuego sobre el casco de un caballo, que se quite todo lo demás. Eso es como las botas a medida —exclama el tío Luis golpeando la mesa.

—Exacto —le respondo—. El tío Sebastián, cuando tenía treinta años, calzaba al pueblo entero. ¿Y hoy? Se conforma con poner medias suelas y gracias, porque cuestan menos unas alpar—gatas de goma y duran más que medias suelas a un zapato viejo.

—Eso es lo que digo yo —grita Andrés.

—No, no es eso lo que dices tú. Porque yo soy un chupatintas, pero al fin y al cabo es un trabajo. Pero tu hijo es un cura en cierne, y eso no es ningún oficio. Además que escribir se hará toda la vida, pero el ser cura se acabará muy pronto. Está la gente harta de mantener vagos que berrean en latín.

—Eso es insultar, pero aparte de ello, siempre habrá religión.

—¿Tú la tienes? —le pregunto directamente a Andrés.

—Hombre, yo te diré, a mí no me da ni frío ni calor. Y cuando se tercia soltar una palabrota, la suelto porque es un desahogo.

—Entonces, ¿por qué haces a tu hijo cura? Tú no crees en Dios o te tiene sin cuidado. Pero al chico le haces cura para que explote a los demás con ese Dios en que tú no crees. Y lo que es peor, le dejas sin oficio, y, como dice el tío Luis, le quitas de ser hombre. —Bueno, bueno, todo eso son retóricas. Cada uno hace lo que le parece mejor, y mi chico hará lo que me dé a mí la gana. Porque para eso soy su padre y tengo derecho.

—Tú no tienes ningún derecho. Los padres no tienen ningún derecho. —Andrés y el tío Luis me miraban asombrados. Mi madre se mira las manos. Rafael levanta la cabeza de nuevo y me mira de

costado. La Concha pone los puños sobre la mesa como si me fuera a pegar. Y entonces hablo a todos mirándolos circularmente: Sí. No me miréis todos. Los padres no tienen ningún derecho. Los hijos estamos aquí porque ellos nos han traído, por gusto suyo. Y deben aguantarse con lo que ha sido su gusto. Yo no he pedido a mi madre que me trajera al mundo y no puedo reconocerle ningún derecho sobre mí, como el que tú pides sobre tu hijo. Si yo tuviera padre y me dijera lo que tú has dicho, le mandaría a paseo. Cada uno reacciona a su manera. Andrés dice: —Eres un sinvergüenza. El tío Luis:

—Si fueras hijo mío, te rompería una pata para que anduvieras derecho.

La Concha:

—¿Entonces madre nos debía haber tirado a la Inclusa? Rafael: —¡Ele!

Después de todos, mi madre dice pausadamente: —Sí. Tener hijos es un placer que se paga bien caro. Entonces es la visión tumultuosa de la casa de los tíos, y de la ropa sucia, y de las manos picadas de lejía y de su aguantar callado y humilde, siempre con una sonrisa en la boca. Los besos en la cocina y tras las cortinas del Café Español. El pelear con los céntimos. El dejarse caer fatigada en una silla. El hundir sus dedos en mis pelos revueltos, mi cabeza en sus rodillas. Todo esto se viene de golpe y me quita la razón. No los gritos, ni las protestas de los otros que chillan y discuten. —Vámonos, Rafael.

Nos vamos escaleras abajo y, ya en la calle, Rafael me dice:

—Has estado bueno.

Me indigno y hablo, hablo sin parar, a lo largo de calles y calles. Convenciéndole de que no he tenido razón hacia mi madre y que él y yo y la Concha, los tres, tenemos la obligación de quitarla del río, del lavar ropa, del partir hielos, del tostarse al sol, del volver a casa fatigada. Aunque haya que romper el mundo.

Rafael me deja hablar y al final me dice:

—Pues nada. Mañana pedimos que nos suban el sueldo a los dos, a ti en el banco, a mí en el Fénix. Les hablamos a los directores de la «mamá» lavandera y verás cómo nos dan un buen sueldo para mantenerla...

La operación más simple de la aritmética es sumar y la más difícil también. Sumar diez o doce hojas llenas de columnas de cincuenta líneas de seis o siete cifras cada una es más difícil que manejar la regla de cálculo y la tabla de logaritmos. Al final, siempre falta o sobra un céntimo o un millar y ha de volverse a comenzar desde el principio. Así, sumando, yo no me entero de lo que dice el ordenanza y contesto: «Voy», mecánicamente. Al cabo de un rato vuelve, me da en el hombro y me dice:

—Le está a usted esperando Corachán. Se lo he dicho hace ya un rato y se le ha olvidado.

Con este sobresalto subo corriendo las escaleras, porque los empleados no tenemos derecho a usar el ascensor, que está reservado sólo para los clientes y los jefes. ¿Qué me querrá el tío éste? Me hace esperar el ordenanza un buen rato en la sala de visitas de la dirección. Lo aprovecho para calmar mi agitación y para pensar qué me querrá este hombre. Desde luego, nada bueno. Pero, en fin, sea lo que sea, pronto lo sabré. Estoy sentado en un sillón de cuero cuyo asiento se hunde y oscila. Me divierto un rato dejándome llevar de atrás a adelante, de adelante atrás, en un movimiento de vaivén. En la mesa barnizada en medio del salón hay una cajita de plata. La abro y está llena de cigarrillos rubios. Titubeo un momento y por último cojo un puñado de ellos y los guardo en el bolsillo de la americana. El ordenanza me abre la puerta del despacho y me anuncia.

Don Antonio, como siempre, está leyendo minuciosamente una carta y emplea en ello un montón de minutos. Finalmente la firma y se digna levantar la cabeza y mirarme detrás de las gafas:

—¿Usted es el empleado del negociado de cupones que ha roto una luna anteayer?

—Sí, señor —le contesto.

—Bien, bien. Por esta vez, vistos sus antecedentes, no se toma ninguna medida enérgica. La dirección ha acordado descontar el importe de la luna de su sueldo. Son 37, 50 pesetas. Puede usted retirarse.

Bajo las escaleras despacio y me meto en los váteres a fumarme uno de los cigarrillos rubios, pensando en la injusticia.

Hace menos de un mes que se cubrieron todas las mesas con lunas de cristal. Las mesas, en su mayoría, tienen un tablero central forrado de hule rojo o verde y un marco ancho de madera barnizada alrededor. Directamente sobre este marco pusieron las lunas y, claro, han quedado en hueco en el centro. Los cupones que mandamos fuera, a provincias o al extranjero, se sellan por el dorso con las iniciales de la sucursal para evitar que los roben y se puedan negociar. Sellamos millares de cupones con un sello de metal y hay días en que sólo se oye en el negociado el ruido del sello golpeando el tampón y los cupones. Cuando pusieron las lunas, pedí una plancha de goma, porque veía que la iba a romper. Me contestaron que no era necesario y seguía sellando sobre el cristal. Anteayer la luna se convirtió en una estrella. Pusieron una nueva y yo no me había vuelto a preocupar del asunto. Ahora sale este tío con que tengo que pagarla. Bueno, se pagará, pero no sello más cupones en tanto que no me den una plancha de goma.

Cuando bajo al negociado están todos pendientes de lo que ha ocurrido y la historia de la luna recorre inmediatamente todo el banco. Como el banco está lleno de lunas y de sellos, el malhumor es general, porque todos piensan que más tarde o más temprano les pasará a ellos lo mismo; Pla me llama a los retretes —«la tertulia»— y me lo encuentro allí rodeado de seis o siete, envueltos en el humo de los pitillos, uno de ellos de guardia en la escalera por si baja Corachán.

—Tú —me dice—, ven aquí y cuéntanos lo que ha pasado.

Refiero la historia de la entrevista y del descuento de la luna. Pla se indigna:

—Son unos ladrones. Tienen las lunas aseguradas y encima nos las cobran cuando se rompen. Hay que protestar de esto.

—Sí. ¿Pero cómo? —dice otro—. Porque no vamos a subir en comisión a la dirección a protestar, para que nos echen a la calle.

—Pues algo hay que hacer. Si les dejamos pasar ésta, podemos prepararnos a pagar cristales rotos. Además, a esta gentuza hay que enseñarle los dientes. Mira lo que ha pasado con el 1 de mayo. Se han aguantado y no han dicho media palabra.

Hacía ya años que se había reconocido la ley, la Fiesta del Trabajo, el 1 de mayo. Este día por la mañana se hacía una manifestación que atravesaba Madrid y llevaba a la presidencia del Consejo de Ministros un escrito con las reivindicaciones obreras. Los patronos consideraban esta fiesta como un insulto que se les hacía y recurrían a todos los medios para obligar a trabajar el día 1. El día 2 era fiesta nacional en conmemoración de la lucha del 2 de mayo de 1808 durante la guerra de la Independencia contra las tropas de Napoleón. Y oponían una fiesta a la otra para negar la primera. Así, solamente los oficios de jornaleros la celebraban, pero se trabajaba en todas las demás profesiones, particularmente en el comercio y en la banca.

Aquel año habíamos acordado que los sindicatos que había en cada banco no fueran a trabajar y se incorporaran a las manifestaciones, pasara lo que pasara. Seguramente nos echarían a la calle, pero entonces El Socialista haría una campaña intensa, puesto que estábamos dentro de la ley. Fuimos un centenar aproximadamente, de todos los bancos de Madrid, dándonos valor mutuamente y amenazándonos con represalias al que traicionara. Cuando la manifestación recorrió la calle de Alcalá, donde están los bancos, el grupo de señoritos de cuello duro que llamaba tanto la atención desapareció por las calles laterales. Sólo

cruzamos unos pocos, pero fue suficiente para que se supiera, y el día 3 fuimos todos a trabajar pensando en el despido inmediato.

Nadie dijo nada. Cabanillas —el que años más tarde llegaría a ser director del Heraldo de Madrid— tuvo que renunciar a publicar el artículo que tenía preparado contra el Crédit. Un artículo furioso en el que describía las iras del capitalismo francés, despidiendo a unos empleados que estaban dentro de la ley, por no ir a trabajar, y cerrando el banco el día 2 y llenando de colgaduras e iluminación los balcones para celebrar la derrota de Napoleón en una casa francesa.

Nos sentimos llenos de orgullo del éxito, de vergüenza por la deserción en la calle de Alcalá y de miedo latente a las represalias que vendrían más tarde, una a una, sobre todos. Para que nos fueran despidiendo uno a uno, poco a poco, valía más que nos hubiéramos decidido a atravesar todos la calle de Alcalá con la cabeza alta entre los trabajadores. Claro que, cuando se preguntaba a cada uno individualmente, resultaba que ninguno se había separado un instante de las filas, sólo para tomar un vermut o para hacer una necesidad urgente.

A los retretes van bajando empleados y el grupo se engrasa hasta casi llenar el espacio libre entre los urinarios y las cabinas. El cuerpecillo rechoncho de Pla está sumergido en medio, gritando cada vez más rabioso:

—¡Hay que hacer algo! ¡Tenemos que armar la gorda! ¡Si no, somos unos cobardes!

Uno de los moderados encuentra una solución:

—Es muy sencillo. Pagamos entre todos la luna y aquí no ha pasado nada. Así, cada vez que se rompa una luna, con pagar cada uno diez céntimos tenemos resuelta la cuestión. Nadie se va a arruinar.

—Tú lo que quieres es evitarte compromisos.

—Claro, hombre, bastante comprometidos estamos ya. Todavía si nos hubieran despedido a todos el 3 de mayo, nos mantendría la Casa

del Pueblo y hasta nos hubiera tenido que readmitir el banco. Pero ahora el primero que chille va a la calle; y ¿de qué va a comer?

—¡Lo que somos es unos cochinos! —exclama Pla. De repente dice—: ¡Ya está resuelto! —No hay manera de sacarle una explicación—. Esperadme un momento aquí —dice. Y sale corriendo escaleras arriba para volver con un pliego de papel blanco en el que ha escrito una cabecera a máquina: «Como el Crédit con 250. 000. 000 de francos no tiene dinero para pagar un cristal de seis duros, los empleados tienen el gusto de pagarle».

Contra la pared estampa su firma llena de curvas revueltas.

—¡El que no firme esto es un cabrón!

Se va llenando el pliego de firmas perezosamente. Uno pretende escurrir el bulto. Pla le coge de la americana:

—Tú, ¿dónde vas?

—Arriba.

—¿Has firmado?

—No. No he firmado.

—¿Y tú estás sindicado? Tú firmas. Firmas por encima de la cabeza de Dios. Los que no son compañeros nuestros no tienen la obligación de firmar, pero tú firmas o te quito el carnet a bofetadas. ¡Cabrón!

Firma el miedoso con letra temblona. Después, el pliego comienza a circular por los negociados a escondidas. Hasta que en el negociado de cartera, cuando ya tiene más de cien firmas, se apodera de él uno de los jefes y lo sube a la dirección. ¿Qué va a pasar aquí? Nos damos ánimos unos a otros: «A todos no nos van a echar a la calle», nos decimos. Se pasan las horas en tensión, pendientes todos de la escalera de la dirección cada vez que baja un ordenanza. Casi terminada la tarde, me mandan a subir a ver a Corachán. Esta vez no hay espera en el saloncillo. Entro directamente en el despacho. Está bajo la lámpara que hace brillar la luna de su mesa de ministro, hojeando un dossier, el mío probablemente. Me deja esperar un rato en pie delante de la mesa:

—¿Usted es el empleado del negociado de cupones que ha roto la luna?

—Sí, señor.

—La dirección del banco ha acordado no descontar a usted el importe de la luna, porque la casa, afortunadamente, no lo necesita. Pero como estas cosas no pueden quedar sin sanción, se le pondrá a usted una nota en el dossier.

—Una nota, ¿de qué?

—¿De qué va a ser? Una nota de mal empleado. Porque a mí no va usted a convencerme que una luna se rompe así, con un sello. Una luna que tiene casi un dedo de gruesa. —Y coge entre el pulgar y el índice el borde de la luna de su mesa—. Ésta sólo se rompe jugando, como la ha roto usted. Al fin y al cabo son ustedes unos crios todavía. Pero yo no soy tonto.

—Usted no es tonto —replico fuera de mí—. ¡Usted es imbécil! ¡Con la bola secante, que es de madera —cojo el secante y lo levanto sobre la luna de la mesa—, rompo yo la luna de su mesa, su cabeza y la de su puñetera madre! A usted lo que le ha molestado es esa lista. Pues sí, señor, es una vergüenza que el banco me quite la mitad de mi sueldo para pagar una luna que está asegurada. Son ustedes unos ladrones y unos canallas...

Carreras, el subdirector, me coge del brazo por detrás, suave, pero firme:

—¿Te has vuelto loco?

—Sí, me he vuelto loco de asco y de rabia y de desprecio. Este tío con su chaqué, que se esconde en los retretes para cazar empleados fumando y justifica así el sueldo que gana y el puesto en la dirección. ¡Este tío es un cerdo y el banco una pocilga!

Salgo dando portazos y gritando por las escaleras.

Ya en mi mesa, extiendo mi recibo del sueldo hasta el día y le exijo a Perahíta que pida un certificado de trabajo.

—Un certificado limpio, de mis tres años de trabajos forzados. Le dice usted a Corachán que si me lo niega me voy de aquí a la Casa del Pueblo, porque estoy sindicado. —Y agito delante de sus narices el carnet.

El cajero me coge el recibo:

—Yo no puedo pagar este recibo sin la visa de la dirección.

—Pues suba por él.

—Suba usted o no le pago.

—Mire usted —le digo con la voz concentrada y baja—, yo no quiero perjudicarle a usted. Llame usted a Corachán por teléfono, haga usted lo que quiera, pero pagúeme, porque o me paga o se va a armar aquí el escándalo más grande del mundo delante de todos los clientes que hay.

Se intimida el hombre y me paga medio mes: 37, 50 pesetas.

Perahíta baja conciliador:

—He hablado con Corachán. No hace falta que te marches. Basta que le presentes tus excusas y seguirás en la casa sin nota en el dossier.

—¿Pero usted ha creído que yo voy a subir de nuevo esa escalera a lamer la mano del tío ese? ¿Y para qué? ¿Para que mi madre siga lavando en el río? No, hombre, no. ¡Soy yo muy hombre para eso! Me guardo mi certificado de dimisionario y tomo el camino de la puerta. El inmenso hall del banco está lleno de mesas cubiertas de lunas que brillan como diamantes bajo los globos lechosos de la luz eléctrica.

La calle de Alcalá está llena de ruidos. Los vendedores de periódicos pasan con paquetes enormes bajo el brazo, gritando; la gente les arrebata el papel de las manos. Ha estallado la guerra europea.

En casa, mi madre me escucha sentada en su silla baja, la labor caída de las manos, las manos sobre la falda. Le voy contando con pesadumbre lo que ha pasado. Al final, trago saliva y termino:

—Me he marchado del Crédit.

Nos quedamos en silencio. Y sus dedos juguetean en mis cabellos enredándolos y desenredándolos. Al cabo de un ratito me dice:

—Ves como todavía eres un niño.

Notas [1]A la muerte de don Luis Bahía, se promovió un pleito ruidosísimo en España, por impugnación de su testamento, en el que legaba más de treinta millones a la Compañía de Jesús. (N. del A.) [2]Bandido célebre de principios de este siglo.

[3]Los huesos de los albaricoques que utilizan los niños en España para jugar

La ruta

Primera parte

Capítulo 1

Bajo la tienda

Estoy sentado sobre una piedra pulida por millones de gotas de agua de lluvia; pulida como un cráneo pelado. Es una piedra blancuzca llena de poros. Arde con el sol y suda con la humedad. Enfrente de mí, a treinta metros escasos, está la vieja higuera, con sus raíces retorcidas como venas de abuelo robusto, con sus ramas contorsionadas, repletas de hojas carnosas, tréboles carcomidos. Al otro lado del arroyo, salvando el barranco, trepando cuesta arriba, están los restos de la kábila.

Hace meses era un grupo de chozas de paja. Dentro, esterillas de paja trenzada. Una en la puerta, para dejar las babuchas al entrar. Otra dentro, para agruparse en cuclillas alrededor de las tazas de té. Otras más largas, adosadas a la pared, para dormir. La kábila era chozas de paja y esterillas de paja. El pan era tortas chamuscadas, cocidas sobre piedras calientes, hecho con el grano machacado entre piedras, barbudas de pajas enhiestas requemadas. Cuando coméis este pan, los pelos agudos de la hierba seca del trigo se os agarran al fondo de la garganta y os muerden allí con sus mil dientes.

La kábila despertaba en las montañas con el sol. Los hombres salían de las chozas apaleando el borriquillo mísero. Montaban en él y sus babuchas lamían la tierra. Tan pequeño era el burro. La mujer salía detrás, cargada, siempre cargada. Iban los tres a las tierras más llanas de la ladera y el hombre desmontaba; la mujer descargaba de sus hombros el primitivo arado de madera y uncía el burro al arado. Después, mansa, se uncía ella; y el hombre revisaba los nudos del atalaje del burro y de la mujer; empuñaba el arado, y la mujer y el burro marchaban a compás, lentos. El burro tirando de las cuerdas con su collarón sobre el cuello desollado, la mujer tirando de la cuerda cruzada sobre sus pechos fláccidos. Lentos los dos, clavando en tierra los pies, doblando las rodillas en el esfuerzo.

Los señores de la kábila amanecían a caballo, sobre un caballejo nervioso de crines espesas, el fusil en bandolera. Se perdían monte arriba, monte abajo. Quedaban en la kábila las gallinas, los corderos y los chicos con las viejas; todos juntos, revoloteando entre las chozas, picando, mordisqueando, revolcándose en el polvo. Todos sucios de mugre, de mocos, de polvo y de sol.

Hace meses, la kábila fue arrasada de la raíz de la tierra. A tan corta distancia que los telémetros no eran necesarios. El capitán de la batería había dicho:

—¿Para qué? Se tira a ojo, como se le tira una piedra a un perro.

Al primer cañonazo se derrumbó todo: la paja de las chozas saltó en briznas encendidas. Los chicos huyeron piedras arriba. Las gallinas y los corderos se dispersaron a donde su instinto los empujó. Las mujeres lanzaron chillidos agudos que repercutían en el valle. Los señores de la kábila caracoleaban en sus caballos, agitando en el aire el fusil. Después de los pocos cañonazos, la infantería subió la cuesta y se apoderó del poblado. Los soldados cazaban las gallinas huidas y los corderos extraviados que iban volviendo a la querencia al ponerse el sol. Encendieron fogatas y cenaron, el aire lleno de plumas de cuello de gallina, que revoloteaban lentas y a veces caían en el plato mansas. La operación había sido una cosa perfecta. A la caída de la tarde sólo quedaban unos montoncitos de paja humeantes y dos o tres chicos despanzurrados por el primer cañonazo. Plumas de gallinas volteando en el aire y pieles de cordero —festín de moscas— clavadas en palos cruzados. Donde estuvo la kábila, olía a yute de los mil y un sacos terreros que formaban el parapeto; olía a carne asada, a caballos y a soldado. Ese olor de soldado sudoroso con piojos en cada pliegue de su uniforme.

El general que conquistó la kábila estaba en su tienda delante de una mesa: un cabo de vela encendido, una bandeja y dos botellas de vino, rodeadas de varios vasos. Iban entrando los oficiales de cada una de las

armas que realizaron la conquista, con su lista de muertos y heridos. Cada oficial traía dos o tres muertos, diez o doce heridos. El ayudante del general apuntaba. El general invitaba a un vasito de vino. Los oficiales se iban soñando con las cruces que aquellos muertos les hincarían sobre la guerrera al lado del corazón. En la noche, luego, se oían los ronquidos del general, ronquidos de viejo borracho que duerme con la boca abierta, los dientes en el fondo de un vaso.

Al amanecer vinieron los caballeros de la kábila: traían un toro y le degollaron allí, delante del general que aún tenía los ojos inflamados de sueño y de vino. El toro mugía a todos los valles y a todas las piedras de la montaña. El general hizo un discurso, hambriento de sueño: «¿Por qué madruga tanto esta gentuza?», pensaba. Después, el ayudante dio a los caballeros un talego lleno de monedas de plata.

Hace meses de aquella batalla gloriosa, en que un ejército heroico logró una victoria inmensa sobre la kábila. La kábila ya no existe y sólo hay unos manchones negros por el humo. Ahora estoy yo aquí. El valle es un hormiguero. Cientos de hombres cavan la tierra y allanan un camino ancho que pasará al pie de la kábila y la kábila se beneficiará del camino. ¡Ah! No. No podrá beneficiarse, porque ya no existe.

Pero... dicen que la montaña tiene dentro hierro y carbón. Y aquí, donde estuvo la kábila, quizá se alce pronto una ciudad de mineros. Tal vez un alto horno. Al lado de la carretera correrá un tren cargado de mineral y de trozos de hulla. Volverán los moros de la vieja kábila. Comerán pan blanco sin pajas ásperas. Viajarán en las bateas del tren, sucios de polvo y carbón; irán a la ciudad y se divertirán en la feria: darán vueltas en el tiovivo y habrá una barraca con un negro que asoma la cabeza a un agujero de arpillera; por una moneda de cobre podrán tirarle una pelota a la cara y reír a carcajadas de los visajes del negro. Volverán felices a la mina.

En la montaña habrá una cama de cemento llena de soldados. Cuando los moros no sean felices con la mina y con el negro magullado a pelotazos, los soldados montarán sus ametralladoras.

Pero esto vendrá después y tal vez yo nunca lo vea. Ahora la carretera tiene que pasar por aquí, al pie de la kábila y a través de la vieja higuera. Como tiene raíces tan hondas, mañana la volaremos con medio cartucho de dinamita. Bajo su tronco estamos haciendo un taladro profundo que llegará hasta su mismo corazón.

Y hoy, nos hemos comido sus últimos higos que eran dulces como miel vieja.

Hasta el Zoco del Arbaa, Córcoles y yo fuimos en uno de los cuatro camiones cargados de material que conducíamos a Hámara. En el Zoco del Arbaa nos esperaba una sección de soldados al mando de Herrero, un sargento ya reenganchado, veterano de África, seco y huesudo, de facciones tostadas pero finas, bien humorado. Celebramos la amistad con unas botellas de cerveza alemana, más barata que la cerveza de España. Los veinte hombres de la sección comenzaron a descargar los camiones y a cargar la reata de mulos que había de llevar los materiales a la posición. Asombraba ver la cabida de los cuatro vehículos, conforme se iba amontonando en tierra yeso y cal, cemento y ladrillos, barras de hierro, madera en tablones, sacos terreros. Los soldados pasaban y repasaban y se apedreaban desde lo alto de los camiones en un ágil lanzarse los ladrillos unos a otros en una cadena; volvían la cabeza rápidos y me miraban.

Miraban al nuevo sargento, con sus galones de plata cosidos en la bocamanga, nuevos de quince días. «¿Quién será éste?», se cuchicheaban unos a otros.

Cuando estuvo cargado el primer convoy de mulos, Herrero se quedó con dos soldados al cuidado del resto y Córcoles y yo emprendimos la marcha con el convoy. Córcoles se puso en la cabeza y me indicó quedarme el último, por si alguno se rezagaba. Y así

marchaba detrás de todos, absolutamente aislado. Miraba curioso el paisaje. Delante, los hombres hablaban de mí; lo sentía como un tacto físico, pero no me producía ninguna reacción. Miraba el paisaje.

A la izquierda se sucedían las montañas de granito pelado sin vegetales, que se ven a lo largo de la costa desde la desembocadura del río Martín hasta Alhucemas. A la derecha se alineaban las montañas lejanas del yébel Alam—Yebala, verdes, plenas de vegetación. Caminábamos por un valle que no era más que el lecho , limpio de arena de una torrentera donde se vierten las aguas de las montañas en la época de las grandes lluvias. El Zoco quedaba atrás en alto, y enfrente se levantaban varios cerros que cortaban el fondo del arenal. Uno de aquellos cerros era Hámara.

Después de una marcha de dos horas, asfixiantes por el calor y el polvo que levantaban en la arena las patas de los mulos, llegamos al pie de Hámara. Un arroyo trazaba un semicírculo alrededor del cerro y allí, en el lecho mismo del arroyo, nacía una cuesta empinada. Un camino de herradura lleno de fango en el margen del arroyo; un barro amasado por pies de hombres y patas de caballos húmedos de cruzar el vado.

La cresta del cerro era plana, como si un cuchillo hubiera rebanado su cumbre; en esta llanura circular se encontraba la posición. Una circunferencia de piedra de un metro de alta, y, fuera, otra circunferencia de alambre de espino roñoso. Dentro, tiendas de lona sucias y dos pequeñas barracas de madera. Esta fue mi primera visión de Hámara.

Córcoles se quedó con los soldados que descargaban los mulos. Yo fui a presentarme al capitán. Desconocía el terreno y tropezaba con los vientos de las tiendas ocultos a medias entre las hierbas. Di dos o tres rodeos innecesarios que hicieron sonreír a espaldas mías a los soldados que me miraban curiosos; entré en la tienda del capitán un poco azorado.

—Bien —me dijo—. Váyase a su tienda y descanse hasta la hora de la comida. Entonces le presentaré a la compañía.

En la tienda había otro sargento. Nos saludamos: —Tú eres el nuevo, ¿no? —Sí. El nuevo. Llamó al machacante.

—¡Manzanares! Éste es el sargento Barea.

El machacante era un hombrecillo diminuto, rápido, lleno de gestos, como si tuviera la cara fabricada de goma blanda. Rompió a hablar en madrileño puro:

—Todo está arreglado. Ahí tiene usted su cama, que ni la de un rey. Y lo que le haga falta, me lo dice.

—Oye. ¿Y no hay nada para beber?

—¡Puff! Montones. Lo que quiera: vino, cerveza, aguardiente, coñac, de todo menos agua. El agua da las palúdicas. Prohibida. No sirve ni para lavarse.

—Bueno. Pues, tráete algo, lo que esté más fresco.

Trajo una botella de vino que se cubrió instantáneamente de una capa gris de vapor de agua condensado. El vino estaba casi helado.

—¿Tenéis hielo aquí?

—Ca, no, señor. Se refresca con el sol.

Me eché a reír ignorante. Aunque eran las cinco de la tarde el sol abrasaba y la tienda era un horno.

El sargento me hizo unas cuantas preguntas obligadas sobre el mundo exterior y yo le hice otras sobre aquel mundo en que entraba.

—¿Algo nuevo en Tetuán?

—No sé; he venido directo de Ceuta.

—Hace más de dos años que no he ido por allí. Aquí somos cuatro sargentos: Córcoles y Herrero, a quienes ya conoces, y Julián, que está en el tajo. Y por último yo. Esta semana estoy de servicio y además estoy de cocina este mes, así que bajo poco a la carretera. Me llamo Castillo. Comeremos a las seis.

El machacante vino a decirle que le llamaba el capitán y me quedé solo en la tienda que iba a ser mi hogar.

En medio, un mástil de unos cuatro metros de alto y alrededor de él colgaba la lona, extendiéndose en un cono que en la base tendría unos seis metros de diámetro. Apoyados en el mástil, los fusiles y las mochilas de los cuatro sargentos. Opuesta a la puerta —un roto en la lona—, una mesa portátil y media docena de asientos hechos de ramas de árbol. Adosados a la pared de lona, los pies hacia el centro y la cabecera tocando el techo de la tienda, siete camas, como los radios de una rueda. Cada cama estaba construida de seis ramas clavadas en tierra, cortadas en horquilla por arriba, y sobre las horquillas un marco de cuatro ramas en el que había clavada una tela de alambre. Sobre la tela de alambre, un jergón y una almohada de tela de saco rellena de paja. Dos sábanas y una manta. Al lado de cada cama, un cajón o una maleta con la propiedad de cada uno de los sargentos. Pero había siete camas y éramos cinco.

Tocaron a rancho. Me abotoné la guerrera y salí. Fuera, en la explanada, delante de la posición, había dos calderos enormes y a partir de ellos se formaba lenta una doble fila, los cabos en cabeza. Detrás de la fila había unas chozas de paja y un barracón de madera. El barracón se veía claramente que era un almacén de materiales. Las chozas de paja, no más altas de un metro y medio, estaban rodeadas de moros con chilabas mugrientas y raídas, que entraban y salían de ellas a gatas.

Herrero se colocó delante de la fila y comenzó a pasar lista. La respuesta «Presente» saltaba de un lado a otro a lo largo de los cien hombres. Cuando acabó, se quedó esperando. Salió el capitán Blanco con el alférez y el teniente a su lado.

Herrero gritó:

—¡Firmes! Sin novedad, mi capitán.

El capitán se enfrentó con la fila y me colocó a su lado:

—El sargento Barea, que ha sido destinado a la compañía, se ha incorporado hoy a ella. —Se volvió hacia mí—: Mándeles: «¡En su lugar, descanso!».

—¡En su lugar... anso!

La presentación estaba hecha. El capitán me presentó después al teniente y al alférez:

—El teniente Arriaga. El alférez Mayorga.

Córcoles presidía el reparto de la comida. Yo me uní a los otros sargentos. Córcoles me presentó a Julián, a quien aún no conocía. Hacían un contraste: Córcoles era alto, agitanado, con el pelo rizoso, nervioso y alegre. Julián era bajito, gordo todo él, redondo; la voz atiplada, la cara de manzana llena de carmines, el pelo lacio.

Los soldados iban recogiendo sus platos de comida y repartiéndose por la tierra. Cuando acabó la distribución surgió una fila de moros, unos con viejos platos de soldado roñosos y abollados, otros con latas vacías de conserva. El cocinero iba vertiendo un cazo a cada uno. Los moros se amontonaban alrededor de sus chozas y comían, muchos con los dedos, algunos, pocos, con cucharas cortas de soldado.

Les miraba a todos y ellos me miraban a mí. Cuchicheaban entre sí sus impresiones y creo que alguno hubiera sido capaz de venir a tocarme para cerciorarse. Me irritaba la mirada de aquella multitud; una mirada en la que se escondía un recelo. Cuando se acabó la comida, el capitán me llamó a su tienda:

—Desde mañana se encarga usted de las obras. Éstas son las instrucciones que tengo de Tetuán. Parece que usted conoce topografía, ¿no?

Me hablaba un poco altanero, mirándome con ojos estrábicos. El capitán era bizco, terriblemente bizco.

—Un poco, mi capitán.

—¿Y contabilidad?

—Sí, señor. Esto mejor.

—Bueno. Pues desde mañana corren de su cuenta los materiales y los jornales; y las obras. Claro que... como ayudante mío.

—Naturalmente, mi capitán.

—Puede usted retirarse.

—Pero, yo quisiera...

—Puede usted retirarse.

—A sus órdenes, mi capitán.

Salí de la tienda un poco aturdido. Hacía diez meses que estaba en Madrid, vestido de paisano. De entonces acá había sido soldado y después cabo; había pasado de una oficina civil a una oficina militar y había seguido trabajando entre papeles y números. De la noche a la mañana me veía en el corazón del Pequeño Atlas, en una posición de primera línea, encargado de las obras de una carretera que ni aun sabía por dónde pasaba y de la contabilidad de unas obras que no conocía. Además, era un sargento, es decir una vértebra de la espina dorsal de cualquier ejército del mundo. La pared donde se estrellan los golpes de arriba, la oficialidad, y los de abajo, los soldados.

En la vida civil se miden las dificultades y se lanza uno contra ellas, o se soslayan. Si se fracasa, mala suerte. Si se triunfa, mérito a uno. Si no se decide uno a luchar, se queda donde está y no pasa nada. Pero en el ejército es distinto: le colocan a uno frente a las dificultades y no hay más remedio que atacarlas; si se fracasa, le castigan a uno; si se triunfa, se ha cumplido con el deber. Jamás se me hubiera ocurrido a mí en la vida civil solicitar el puesto de encargado de la construcción de una carretera y contable de las obras. En la vida militar, mis «peros» me los había cortado el capitán: «Puede usted retirarse». ¿Qué demonios iba yo a hacer al día siguiente?

Me dirigí a nuestra tienda y el machacante vino detrás:

—¿Quiere usted comer algo? Los sargentos no cenan hasta las nueve.

—...Bueno. Tráete algo.

Entré en la tienda. Sobre una de las siete camas estaba tumbado un paisano que se incorporó a medias al entrar yo. Un hombre macizo, más bien gordo, la bragueta desabrochada, el pecho cubierto sólo por una camiseta de malla sin mangas, pleno de vello negro y espeso que se escapaba por la red. Unas manos cuadradas sobre la panza, los dedos amorcillados con manchones negros de vello en cada falange. Dos suelas claveteadas con clavos gordos de cabeza cuadrada. Calcetines rojos caídos. Me señaló una caja de botellas de cerveza al pie de la mesa:

—Sírvase. Aunque no está muy fresca.

Me serví un vaso de cerveza y me lo bebí de un trago. ¿Quién sería el tipo aquél? ¿Qué hacía, allí, en la tienda de los sargentos, un paisano? Se sentó completamente sobre la cama. El vientre le hacía tres fajas de grasa.

—Creo que nosotros no nos conocemos. Yo soy José Suárez. El señor Pepe me llaman todos. El contratista de la piedra. Creo que usted y yo nos entenderemos bien.

—Supongo que sí, que nos entenderemos. ¿Por qué no? —Le di mi nombre y apellido.

Pero el hombre era expansivo. Se salió de la cama, sujetándose la pretina de los pantalones con las dos manos, y se sentó enfrente de mí, la mesita plegable en medio; rebuscó en una petaca enorme y escogió un cigarro, después de hacer crujir dos o tres entre sus dedos.

—Fúmese éste. Es magnífico.

—Lo siento, pero sólo fumo cigarrillos.

—Yo también. Pero éstos son necesarios. —Se sonrió con una risilla cómplice. Encendimos los cigarrillos y quedamos en silencio, mirándonos. Al fin dijo:

—Supongo que ya estará usted al tanto de las cosas.

Me eché a reír un poco forzado.

—Hombre, no sé nada. Como dicen en Madrid: «Acabo de llegar del pueblo». Anteayer en Ceuta y hoy aquí, sin haber sido nunca sargento, y sin haber hecho, en mi vida, vida de compañía; menos con estos líos de hacer una carretera; y para colmo, sin conocer a nadie aquí. Así que no sé nada de nada.

Manzanares entró con la merienda y otra de sus botellas de vino tapizadas de vapor de agua. Tras la espalda del gordinflón me guiñó un ojo.

—Me lo figuraba. Por eso me alegro que estemos los dos solos. En cinco minutos nos ponemos de acuerdo. Como ya le he dicho, yo soy el contratista de la piedra. Tengo una punta de moros trabajando; unos hacen barrenos en la cantera y otros machacan la piedra. La compañía me da la dinamita que yo pago. Luego la compañía me paga cada metro cúbico de piedra. Usted tiene que anotar la dinamita que gasto y los metros cúbicos de piedra que les doy. A fin de mes, liquidamos cuentas. A veces, los moros que yo tengo les ayudan a ustedes a desmontar el terreno y entonces es lo mismo: tantos metros cúbicos de tierra, tantas pesetas.

—Pues, me parece que la cosa no es muy difícil; no creo que vayamos a tener discusiones.

—No, hombre. Hay para los dos. Yo acostumbro a dar una tercera parte de los beneficios.

—¿A quién?

Se me quedó mirando muy extrañado:

—¿A quién va a ser? En este caso a usted.

—¡Ah! Vamos. Usted pretende que las cuentas no sean claras, ¿no?

—Las cuentas son clarísimas. Ni Dios las puede tocar. Claro que para ello hace falta que usted lo apruebe. El capitán se lleva la otra tercera parte.

—¿Así, el capitán está en la combinación?

—Sin él no se podría hacer nada. Pregúntele.

—Yo no le pregunto nada. Si tiene algo que decirme, que me lo diga él.

Debí contestar muy agrio. El señor Pepe se calló y luego seguimos hablando de cosas indiferentes. Al cabo de un rato se abrochó los pantalones y se marchó: «A ver cómo se las arregla el chico», dijo. ¿Quién sería el chico? Diez minutos después me llamaba el capitán:

—A sus órdenes, mi capitán.

—Baje la cortina de la tienda y siéntese un poco. —Se me quedó mirando con cada uno de sus dos ojos alternativamente—. Supongo que se ha puesto usted de acuerdo con Pepe.

—Me ha hablado algo. Pero en realidad no le he entendido. Además, como usted sabe, yo no conozco nada aún.

—Bien, bien. Le he llamado por eso. Le voy a explicar cómo están las cosas. Usted sabrá que el Estado español realiza todas sus obras por uno de dos procedimientos: por contrata o por gestión directa. En las contratas se saca a subasta la obra a realizar y se paga lo convenido a un contratista. En la gestión directa, se calcula el importe y la administración lleva la dirección de las obras y paga los jornales y los materiales. Claro es que esta carretera no podría hacerse por contrata, a través de un territorio que es territorio enemigo. Así que se hace por gestión directa; nosotros pagamos los jornales y compramos los materiales. Trazamos el proyecto y llevamos a cabo las obras totalmente. Para esto está la Comandancia de Obras de Tetuán, que se encarga de la parte técnica y administrativa. Cada uno tiene su jornal: los soldados ganan 2,50 pesetas, usted seis, nosotros los oficiales doce. Éste es un gran beneficio para todos. A los soldados se les da 1,50 en dinero y el resto se les mejora en comida. Así, no hace falta robarles nada en el rancho ni en la ropa. Y lo demás, es sencillo... —Alargó una pausa y sacó de una caja una botella de coñac y dos copas—. No he querido llamar al ordenanza... —Ahora continuó—. Le voy a hablar claro, para que nos entendamos bien: la compañía tiene un fondo

particular, que se nutre de las economías que se realizan sobre lo presupuestado. Así, tenemos ciento once hombres, pero no todos trabajan; unos están enfermos, otros con permiso, otros tienen un destino, *etc*. Pero como el presupuesto son ciento once, los jornales son, naturalmente, ciento once. Pero como el que no trabaja no cobra, el sobrante de jornales pasa a la caja de la compañía. Con los moros es igual: el presupuesto son cuatrocientos, pero nunca se les puede tener completos; en realidad, son unos trescientos cincuenta. Pero como tienen que ser cuatrocientos, se agregan cincuenta nombres árabes y en paz. ¿Quién va a venir a contarlos? Los moros ganan cinco pesetas al día. Y se les da el pan que quieren a cuenta. Pero ésta es una cuestión de usted. En cuanto a Pepe, pues, es una cosa parecida; él saca la piedra y nosotros se la pagamos. Cada kilómetro de carretera necesita tantos metros de piedra. Pero... si la carretera tiene cinco centímetros menos de piedra..., bueno, calcule usted: cinco centímetros menos son unos doscientos metros cúbicos en kilómetro. En realidad —agregó cínico—, ponemos algo más en la cuenta. Además, sus moros nos ayudan a desmontar la tierra y la pagamos por metro cúbico también. Nada importa si se cuentan algunos de los que ha desmontado nuestra gente... —Se bebió la copa de coñac—. Hay además, claro, una porción de detalles pequeños que irá usted comprendiendo. Así que, ¿entendidos, no?

Y como nada tenía que hacer allí, me marché.

Después de la cena, el señor Pepe sacó una baraja y puso una banca de bacará con cincuenta duros. Me negué a jugar y me eché sobre mi cama.

—Aquí jugamos todos —dijo.

—Bien. Pero yo no puedo jugar la primera paga que aún no he cobrado.

—Por dinero no se apure. ¿Cuánto quiere?

—Yo, nada. Ya le he dicho que no juego.

—Yo le regalo cien pesetas. Siéntese con nosotros.

Me senté. Repartió las cartas y apunté las cien pesetas a las primeras que me sirvió.

—¡Hombre! Eso no es jugar. Si pierde, le voy a tener que regalar otras cien pesetas.

Gané. Aquellas cien pesetas, y más de dos mil. El señor Pepe interrumpió el juego:

—Vamos a dejarlo por hoy. Hay que hablar de negocios.

Pepito, el hijo, el huésped de la otra cama, un mozallón con cara de albañil en traje de domingo, asintió:

—¡Ele, padre!

La ciencia de Pepito era simular el idiota perfecto, siendo un pillo redomado.

El señor Pepe se dirigió a mis compañeros:

—Ya le he enterado a Barea de las costumbres. Y estamos de acuerdo. Además, creo que ha hablado con el capitán. ¿No?

—Sí. Ya me ha enterado de todo. Pero no sé si estamos de acuerdo. El señor Pepe me da la tercera parte de la piedra que yo apunte de más...

Córcoles estalló:

—¡La mitad!

—¿De acuerdo, don José? —pregunté con sorna.

—¡Hombre! La mitad para todos; eso se entiende.

—Bueno. Ahora el capitán me ha explicado todo el mecanismo de los jornales y del señor Pepe, pero no me ha ofrecido nada y parece que todo es para él.

Córcoles volvió a tomar la palabra:

—El capitán, naturalmente, no te va a ofrecer nada. Pero es muy sencillo: los jornales nunca pueden ser cuatrocientos moros y ciento once soldados. La cifra es incompleta siempre para no llamar la atención. Nosotros, por ejemplo, nos reservamos diez jornales de los

moros, que son diez duros diarios para los cinco. Lo mismo pasa con la piedra y la tierra del señor Pepe. Aquí es donde está nuestra ganancia.

—¿Y el teniente y el alférez?

—El teniente es millonario y no sabe de esto ni jota. Figúrate. Es un hombre que deja su paga a beneficio de la comida de los soldados. El alférez tiene parte en lo nuestro y también con el capitán. Es un águila.

—¿Así, que el capitán se guarda para él las economías de la compañía?

—No seas idiota. Las economías de la compañía es lo que se puede ahorrar del presupuesto militar de la compañía. Lo de las obras se lo reparten entre él y los de la comandancia de Tetuán.

—Entonces, ¿el comandante está también en el lío?

—Pues, hombre, si no estuviera, no podríamos hacer nada. No seas idiota.

Nos quedamos todos en silencio. Por lo visto yo era un idiota perfecto. Las cartas estaban desparramadas sobre la mesa. Comencé a recogerlas mecánicamente:

—A mí esto me parece un robo.

—Lo es —afirmó Córcoles—, un robo al Estado.

—Y si no me da la gana robar, ¿qué pasa?

Córcoles me miró y se encogió de hombros. Se echó a reír, pero yo tenía la cara muy seria, y entonces se levantó y vino a mí; me cogió del brazo:

—Hace mucho calor aquí. Vente afuera conmigo.

Nos fuimos juntos y nos recostamos en el parapeto de piedra que rezumaba humedad. El campo estaba en silencio, surcado de trazos de luna.

—¿Has hablado en serio?

—Sí. Esto es una porquería. Yo no he robado en mi vida y esto es robar.

—Mira: robar es quitar el dinero a alguien. Pero esto no es robar. ¿Quién es el Estado? Si robamos a alguien, es al Estado, y bastante nos roba él a nosotros. ¿Tú crees que un sargento, con noventa pesetas al mes, puede vivir? Y aun aquí, en África, con ciento cuarenta por estar en campaña, ¿se puede vivir? Tienes derecho a casarte. Cásate con veintiocho duros al mes y verás... —Se quedó mirando a lo lejos y luego siguió en voz muy baja—: Acércate. Aparte de todo esto, hay otra cosa. Esto es como si una máquina te coge una mano; después va el brazo y luego todo el cuerpo. Y no puedes escapar. Si no te prestas a robar para otros y para ti, te quitarán la plaza, te trasladarán después, te mandarán a donde revientes de hambre y corras el riesgo de un tiro a cada momento. Si se te ocurre hablar o protestar, hay medios más sencillos: te quitarán los galones de sargento por cualquier falta corregida y aumentada y hasta... —bajó mucho más la voz— un accidente puede ocurrirle a cualquiera. Todos los días hay «pacos» en el camino del Zoco. Ahora, piensa todas estas cosas. ¿Tú no has oído decir que cuando entramos en el cuartel hay un clavo en la puerta donde tenemos que colgar lo que llevamos de hombres? Luego —dijo pensativo—, cuando salimos, el que puede, recoge lo que queda.

Volvimos a la tienda. El señor Pepe había reanudado la banca. Jugamos hasta las dos de la madrugada. Perdí todo. Nos acostamos en las camas puestas en radio, el palo de la tienda en medio, los fusiles recostados sobre él. Poco a poco iban roncando todos. El señor Pepe roncaba como un cerdo comiendo en una artesa de patatas cocidas con mucha agua. En mi cabeza daban vueltas los consejos de Córcoles, el viaje desde Ceuta a Hámara, el dinero perdido...

Corrían los primeros días del mes de junio de 1920.

Capítulo 2

La pista

Se tocaba diana a las seis de la mañana. El campamento, donde nada se movía, con excepción de las sombras grises de los centinelas, adquiría de pronto una vida ruidosa. Se gritaban los soldados unos a otros entre el tintineo de los platos y los vasos de estaño. Se iban alineando en una doble fila, a partir del enorme caldero de café y el cesto colmado de trozos de pan, y esperaban pateando, los pies fríos por el frío matinal que venía de las montañas, a que el sargento de semana diera la señal para la distribución del café. A las siete, cuando se había terminado la limpieza general de caballos, hombres y tiendas, se formaban las escuadras de trabajo. Se pasaba lista y los hombres iban descendiendo el cerro armados de pico y pala. Mientras, comenzaban a llegar los moros, unos saliendo adormilados de sus chozas, otros llegando cansinos de sus poblados. Muchos de ellos preferían dormir en el campamento, porque sus casas estaban lejos o simplemente porque no existían, pero también porque podían contar con las sobras abundantes del rancho para alimentarse. Otros vivían en los poblados vecinos y llegaban con sus carteras de cuero cruzadas sobre el pecho y repletas de higos secos. Estos higos y la ración de pan —unas dos libras— que se daba a todo el que la reclamaba, constituía su alimento durante el día. Nunca volvían a sus kábilas hasta la caída de la tarde.

Los moros estaban bajo el mando de un capataz que les transmitía las órdenes, mantenía la disciplina, pasaba lista y ocasionalmente castigaba al que se desmandaba con un par de estacazos en las costillas. Tenían miedo de la mano dura del capataz y no paraban en su trabajo, pero cada uno de sus movimientos era tan lento y medido que el levantar y dejar caer el pico o lanzar una paleta de tierra parecía cosa de minutos y no de segundos.

El señor Pepe se desesperaba con sus moros y a veces usaba el rebenque sobre sus espaldas para hacerles moverse. A nosotros nos

tenía sin cuidado la marcha del trabajo. Nadie tenía interés en que se terminara pronto. Cuanto antes se terminara, antes nos quedábamos sin jornal. Los soldados resentían el que se les empleara como peones de pico y pala. Y así, los seiscientos hombres extendidos a lo largo de los cuatro kilómetros de pista eran una masa perezosa que se movía lentamente bajo el sol de África, y no trabajadores afanados en construir un camino.

El sargento de semana nunca bajaba al trabajo. Uno de los otros sargentos generalmente iba de compras al Zoco del Arbaa. El capitán dormía el coñac de la noche anterior. El teniente dormía, el alférez también. A las siete de la mañana sólo tres sargentos bajaban al tajo a la cabeza de los soldados y los moros. Horas más tarde el capitán o uno de los dos oficiales solía venir a caballo y recorrer la pista. Después se iban a tirar unos tiros a los conejos o a los pájaros. Frecuentemente uno de ellos se marchaba a Tánger o a Tetuán.

Así, automáticamente, la construcción de la pista cayó de lleno en mis manos. Tenía que llevar no sólo la contabilidad, sino también realizar el trabajo topográfico. El comandante Castelo mandó una orden diciendo que yo debía preparar un mapa del terreno desde Xarca—Zeruta al Zoco del Arbaa y proyectar el trazado de la pista en este trozo con arreglo a mi mejor criterio. Hasta ahora, los hombres habían trabajado a lo largo de la llanura, y la tierra a nivel hacía imposibles los errores. Pero desde Hámara en adelante, la pista tenía que sortear los cerros y descender al valle del río Lau. Era necesario planear el trazado cuidadosamente. Esto me llevó unas tres semanas, durante las cuales me adapté, sin darme cuenta, a la rutina diaria. Pero después me encontré de pronto sin tener nada que hacer, más que vigilar a la gente durante las ocho horas de trabajo.

Me sentaba sobre una piedra lisa entre las raíces de una vieja higuera a los pies del cerro de Hámara y desde allí podía abarcar el conjunto de la obra. A veces uno de los dos sargentos o el capataz

venían para alguna consulta, pero la mayor parte del día estaba solo, con la excepción del cornetín de órdenes que se sentaba cerca. Tenía que acompañarme a todas partes y dar el toque de descanso o el de atención y llevar recados a unos u otros. Para no aburrirnos a lo largo de estas horas de soledad vacías, no nos quedaba más remedio que charlar. Podía decir por su edad y por su estatura que era un voluntario, porque en Ingenieros sólo ingresaban elegidos reclutas de una estatura mínima determinada y con un oficio adecuado. El cornetín era un hombrecillo rechoncho de unos treinta y dos años de edad, de presencia quieta y silenciosa, pero de movimientos ágiles. Y era un maestro consumado en todas las picardías de tambores y cornetas. Los cornetas, los tambores y los asistentes son en el ejército lo que los sirvientes son en la aristocracia, y se entienden entre sí por signos y hablando un lenguaje críptico de ellos mismos. Si uno de ellos os dice en un momento determinado que es mejor que no habléis al capitán, lo único que os queda es seguir el consejo.

El cornetín de nuestra compañía, Martín, era casi analfabeto, en el sentido de que era incapaz de sacar algo en limpio de lo que leía, pero estaba saturado de lo que él llamaba «ciencia africana». Ésta comprendía desde el arte de hacer nudos científicamente en los vientos de las tiendas, hasta el arte de mantener encendida una hoguera bajo la lluvia más torrencial: incluía una habilidad extraordinaria para remendar ropa y echar medias suelas a unas botas viejas y un arte en la fabricación de cadenas de reloj, pulseras y sortijas construidas con crines de caballo tejidas en diminutos anillos y entrelazadas en fantásticos dibujos. Pero, sobre todo, comprendía el estar al corriente de la más insignificante noticia, pública o privada, desde la organización de las próximas operaciones contra el Raisuni hasta las enfermedades secretas de cualquier soldado o cualquier general.

De Tetuán había traído yo un gran número de novelas francesas, muchas de ellas con grabados: generalmente tomaba conmigo dos o tres

para pasar el tiempo en las horas de trabajo. Mi primera conversación con el cornetín tuvo su origen en esta costumbre mía. Un día se acercó:

—¿Me deja usted ver los «santos», mi sargento?

Comenzó a pasar hojas ávidamente. Las ilustraciones de estas novelas abundaban en figuras de mujer forzosamente atractivas a los ojos de un español primitivo. Pero, por coincidencia, la novela que estaba leyendo entonces era un ejemplar de Aphrodite, de Pierre Louys, y la edición estaba cuajada de grabados de talla dulce, mostrando escenas griegas en las que imperaba el desnudo. A cada nueva página el cornetín estallaba en exclamaciones:

—¡Mi madre! ¡Qué tía! ¡Vaya muslos y vaya tetas! —Se quedó después un tiempo contemplando las páginas impresas libres de grabados y dijo al fin—: Las cosas que debe decir aquí... ¿Y usted las entiende, mi sargento?

—¿Qué te crees que dice, tonto?

—Bueno, bien claro se ve. Con estas tías así pintadas y el libro en francés, pues, indecencias. Vamos, eso que llaman pornografía, con las cosas que hacen en la cama y cómo las hacen. Una vez compré yo un libro como éste en Tetuán, que me costó diez pesetas; pero me lo robaron después. Allí explicaba todas las posturas. Hay también postales que las venden a peseta cada una. Bueno, me está usted tomando el pelo, yo contándole esto como un idiota y usted sabiendo mucho más de eso que yo.

Abdella, el capataz de los moros, venía hacia nosotros en aquel momento. Era un hombre espléndido, de tipo beréber, con una barbita negra, ojos rasgados, con las facciones correctas desfiguradas por la viruela. Llevaba no un albornoz o chilaba, sino un uniforme con la insignia de Ingenieros —una torre de plata— en el cuello. Antes de que pudiera hablar en su perfecto español, lento, de palabras escogidas, el corneta le llamó la atención:

—Tú, ¡mira! Fíjate qué hembra hay aquí. —Y le puso bajo los ojos una de las ilustraciones del libro. El moro miró la novela y se dirigió a mí en francés:

—Así, ¿habla usted francés, mi sargento?

—¿Dónde has aprendido tú a hablarlo?

—En Tánger, con los franceses. Serví con los Goumiers y después en los Regulares con los españoles. Ahora llevo con Ingenieros los últimos diez años.

Martín nos miraba a uno y a otro sorprendido:

—¡Anda, Dios! ¿También habla usted árabe?

—No seas estúpido. Esto es francés, el mismo idioma en que están escritos esos libros.

Este incidente tuvo varios resultados inesperados: Martín extendió la noticia entre los soldados de que yo hablaba francés, y su resentimiento contra mí —el resentimiento natural contra el sargento nuevo— aumentó. Abdella hizo amistad conmigo y venía a verme a la sombra de la higuera con una u otra excusa. El cornetín veía reducidas sus conversaciones con esta intromisión y mostraba su hostilidad a Abdella, haciendo esfuerzos desesperados para conquistar mi amistad y separarme de todo contacto con el moro. Los otros sargentos se sintieron curiosos y los visitantes a la higuera se hicieron más numerosos. Hasta que al fin constituíamos bajo el árbol un círculo reducido. Desde aquí comencé a hacer contacto con el mundo que me rodeaba y comencé a verle.

Cada cuatro o cinco minutos veía al moro realizar la misma operación: dejaba de lado el pico y se rascaba furiosamente con ambas manos todas las partes accesibles de su cuerpo. Después se sacudía dentro de su chilaba como un perro saliendo del agua. A veces se frotaba la espalda contra el canto del corte recién hecho en la tierra, antes de reanudar el trabajo. Me fui hacia él:

—¿Qué te pasa?

—Estoy muy malo, muy malo. Todo el cuerpo pica. Todo el cuerpo mío muy malo.

Tenía unas manos nudosas, enrojecidas, cubiertas de escamas resecas, sarna, pero una sarna terrible. Le señalé las manos:

—¿Y tienes todo el cuerpo así?

—Sí, sargento. Y peor.

Hacía una figura lastimera, alto, huesudo, negro, peludo, con olor de cabra desprendiéndose de las innumerables capas de sudor resecadas sobre su piel; descalzo, con las piernas desnudas, piernas y pies semejantes a las patas de una gallina vieja, escamosas, plaqueadas de sarna y basura sujetas por una envoltura córnea. La cabeza rapada estaba apuñalada de costurones de la sarna y de las cortaduras que el barbero salvaje había prodigado. Los ojos eran pitarrosos. Aquel hombre no estaba enfermo, estaba simplemente sucio. Llevaba encima una carga horrible de suciedad acumulada sobre la piel en la miseria de toda su vida miserable.

—¿Quieres que te cure? Me miró ansioso:

—Sí.

—Te voy a hacer daño, mucho daño. Pero si eres capaz de aguantarte, te curo.

—Sí.

Sus «síes» sonaban como el ladrido temeroso de un perro asustado.

Teníamos en almacén grandes cantidades de pomada de azufre y de lo que llamábamos «jabón de perros». Era un jabón inglés, rojo, con un olor penetrante de ácido carbónico. Me armé de ungüento y jabón abundantes y aquella tarde, después del trabajo, bajamos al arroyo el moro, dos vecinos suyos y yo.

Le mandé desnudarse. Los otros dos comenzaron a fregarle tan brutalmente que la sangre brotaba de la piel carcomida. Después le untaron de pies a cabeza con el ungüento. Le embutimos en un par de

pantalones de soldado y en una vieja guerrera y quemamos la chilaba. En dos semanas de este tratamiento estaba curado.

Un día me llevó una cesta llena de higos y dos gallinas. Parecía un hombre diferente y hasta había engordado. Cavaba mucho más de prisa y cada vez que le miraba se reía como un chico. Poco a poco fueron viniendo moros a mí, tímidos. Me mostraban las marcas de la sarna entre los dedos y pedían un poco de ungüento. Algunas veces me traían lo mejor que poseían y dejaban unos pocos huevos, una gallina y siempre higos secos entre las raíces de la higuera. Algunas veces uno de ellos dejaba de trabajar y venía a la higuera para hablarme en secreto, receloso. Se quedaba de pie delante de mí, retorciendo el borde de su chilaba entre los dedos. Por último decía:

—Sargento, no trabajar más. Me voy. Tener bastante trabajo.

—¿Y qué vas a hacer?

Volvía a enmarañar sus dedos en los pliegues de la chilaba:

—Yo decir la verdad a ti. Yo tiene treinta duros y compra un fusil. Pero nunca viene a matar sargento. Ninguno de nosotros mata sargento.

—¿Quién te va a vender el fusil?

—Los franceses. ¿Sabes?, un buen fusil con balas gordas como esto. —Y me mostraba todo el largo de su pulgar—. Después tendré un caballo y una mujera.

Se marchaban, sonriendo felices como chicos revoltosos y asegurándome que no me matarían. Pero un fusil era todo su futuro; un fusil para matar soldados españoles. Su técnica era simple: al amanecer se emboscaban en una cuneta con su fusil cargado y esperaban por el primer soldado solitario que pasara. Le mataban, le robaban y desaparecían. Los viejos fusiles Remington que el gobierno francés vendía a comerciantes poco escrupulosos venían a parar aquí. La gruesa bala de plomo producía un sonido peculiar cuando salía de la boca del fusil, un ruido que sonaba en los cerros: «Pa... co». Y por este nombre «Paco» los conocíamos todos. En las primeras horas de la mañana,

parejas de soldados de caballería hacían un recorrido de reconocimiento entre las posiciones: eran la presa que más codiciaban los pacos. Un tiro afortunado les hacía dueños de un fusil y un caballo.

Una mañana, al fin de mi primer mes en la posición de Hámara, vino el comandante Castelo. Venía en un Ford, uno de aquellos Ford legendarios que corrían mejor sobre un campo arado que sobre un camino. Poco después un soldado vino a buscarme:

—A sus órdenes, mi sargento. El comandante, que se presente usted.

El comandante y los tres oficiales de la compañía estaban agrupados al lado del coche. Sobre su techo negro habían extendido mi plano del terreno. El comandante Castelo me miró de alto abajo. Nunca nos habíamos visto. Era un hombre bajo, corpulento, con la atrayente agilidad infantil de algunos hombres gordos que parecen sentarse de culo a cada paso. Sus ojos pequeños eran vivos, las manos muy finas y sus botas increíblemente brillantes en todo este polvo.

Señaló el plano:

—¿Es usted quien ha hecho esto?

—Sí, señor.

—Bien. Véngase con nosotros.

Me senté al lado del chófer, el comandante y don José —nuestro capitán—, en el interior. Cruzamos la llanura y trepamos al Zoco. En la cima dejamos el coche y el comandante mandó a su chófer que pidiera a la Compañía de Ingenieros que había en el Zoco del Arbaa que nos prestaran los instrumentos topográficos necesarios y cuatro soldados con jalones. Nos quedamos esperando y contemplando la llanura. En la distancia emergía el pico de Hámara como un pecho de mujer erecto. Su verdor, alimentado por el arroyo, resaltaba agriamente sobre la tierra amarilla. Don José dijo:

—Abrasa el sol. Debíamos de beber algo primero.

El comandante no replicó. Después se dirigió a mí:

—Ha trazado usted la pista casi en una línea recta, pero me parece que hay una pendiente excesiva. —Se volvió a don José—. Dispense. Ha trazado usted la pista casi en una línea recta... pero, como es Barea quien ha dibujado el plano...

—Oh, sí, sí. No importa. Personalmente, yo lo encuentro mejor así. Ya sabe usted, Castelo, entre dos puntos lo más corto es una línea recta. —Y se echó a reír con una risita chillona que el comandante cortó en seco con una mirada.

—¿No cree usted, Barea, que hubiera sido mejor hacer aquí un descenso en ángulo, bordeando la ladera?

—Posiblemente, mi comandante, pero había un problema de nivelación. La trinchera que yo he marcado tiene aproximadamente unos cien metros de largo y supone desmontar bastante tierra. Pero un descenso en zigzag supone más de cuatrocientos metros para llegar al mismo sitio. En total habría que desmontar mucha más tierra, construir mucho más firme y pagar más jornales. Por mis cálculos, creo que se ahorran unas cinco mil pesetas...

Venía el coche con los instrumentos. El comandante alargó a don José el estuche del teodolito:

—Póngale aquí en estación y corrija los niveles —dijo señalando un punto en el terreno. Un soldado armó el trípode. El comandante explicaba a cada uno el sitio donde tenía que ir con los jalones. Don José había sacado el teodolito de su estuche y estaba allí quieto, sosteniéndole con ambas manos. Uno de los soldados tomó el instrumento y lo atornilló al trípode. El capitán le hizo girar y se inclinó a mirar curioso por el anteojo. El comandante preguntó:

—¿Estamos listos?

—Cuando usted quiera.

El comandante fue al instrumento y lo hizo girar:

—Pero le he dicho que corrigiera los niveles, capitán Blanco.

—Oh, ya está. Se puede ver Hámara perfectamente.

El comandante se dirigió a mí como a un cómplice:

—¿Quiere usted comprobarlo, Barea?

Corregí los niveles, la brújula y las retículas. El comandante me dijo:

—Coja un eclímetro.

Trabajamos juntos toda la mañana el comandante y yo. Don José se paseaba a nuestras espaldas, fumando sin cesar. De tiempo en tiempo se acercaba:

—Qué, ¿cómo van las cosas, bien?

Volvimos a la posición. Después de comer, el comandante me mandó llamar. Entré en la tienda del capitán. Estaban los dos en mangas de camisa, sentados a la mesa con el plano entre medias y una caja de botellas de cerveza a los pies:

—Coja usted una botella de cerveza si quiere —dijo el comandante; y al capitán:

—Deje usted que se siente aquí Barea.

Me senté enfrente del comandante y éste comenzó:

—Aquí hay un error, pero es insignificante...

Nos enzarzamos en una larga discusión sobre el terreno. Don José se sentó en su cama y por un rato nos contempló con sus ojos bizcos. Después dejó caer la cabeza sobre la almohada y te quedó dormido. Comenzó a poco a roncar suavemente, como un puchero que hierve al rescoldo.

El comandante Castelo era un hombre inteligentísimo. Sus explicaciones eran claras y simples. De vez en cuando aclaraba fácilmente mis dudas. Conocía cada palmo del terreno y la lección que me dio fue admirable. Corregimos el plano a lápiz. Al fin lo dobló y cogió su guerrera del respaldo de la silla.

—Le mandaré un ferroprusiato de Tetuán. —Se quedó mirando a don José:

—Me voy. —Cuando estábamos fuera de la tienda volvió la cabeza hacia ella—: Por Dios, no le deje usted meter mano a este hombre. Si tropieza usted con dificultades, llámeme al teléfono. Voy a arreglar esto; ¿dónde está el telefonista?

Dio órdenes de poner el teléfono a mi disposición siempre que le quisiera llamar. Le acompañé hasta el coche y cuando bajábamos la cuesta le pregunté:

—Mi comandante, ¿y qué hacemos con el teniente y el alférez? Porque me parece que me coloca usted en una situación violenta.

—No se apure. El teniente se va a la campaña el mes que viene. El alférez, ¡puf!, le costó veinte años llegar a serlo. ¿Qué diablos entiende él de estas cosas? Cuando don José despertó de su siesta, me preguntó:

—Qué, ¿le agrada el comandante?

—Mucho, mi capitán.

—Bueno. Supongo que se habrá enterado usted bien de todo. Haga lo que quiera. La verdad es que yo no entiendo una palabra de estas cosas. Se me ha olvidado todo. De todas maneras, para lo que sirve... —Hizo una pausa—. Mañana me voy a Tánger.

Martín me contó su historia a trozos: cuando nació le echaron a la Inclusa de Madrid. Unos pocos días más tarde le pusieron en manos de una nodriza que vino a buscar un crío, desde un pueblecito escondido en las montañas de León. Tuvo suerte. La beneficencia generalmente confía los expósitos a nodrizas de los pueblos, que se presentan atraídas porque la paga miserable representa una riqueza en su pueblo. Después hinchan a los chicos con sopas y vuelven a buscar un nuevo crío cuando el primero se ha muerto de disentería. Pero la nodriza de Martín era una mujer montañesa, casada, a quien el chico le había nacido muerto y, además, se había quedado inutilizada para tener más. Crió al expósito a sus pechos y ella y su marido le tomaron cariño como si fuera el hijo propio. Los familiares odiaban al intruso y el pueblo entero le llamaba el Hospiciano. Cuando tenía quince años, sus padres adoptivos

murieron con unos meses de diferencia; los familiares tomaron posesión del trozo de tierra, de las dos mulas y de la casita donde habían vivido y devolvieron al hospiciano al Hospicio. Nadie le quería aquí y él no se podía acostumbrar a vivir encerrado. Solicitó ir de corneta a un regimiento, y allí, un niño entre hombres, se convirtió otra vez en el chico mimado. Cuando llegó a dieciocho años, se vino voluntario a África. Desde entonces nunca había salido de allí. Ahora llevaba en el regimiento casi veinte años. ¡Las cosas que había visto!

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a estar aquí toda la vida?

—¡Oh, no! Tengo derecho a retirarme dentro de tres años. Me darán una pensión de cinco reales diarios y con mis ahorros, pues, yo he pensado poner una taberna en Madrid. Y casarme.

—¿Has ahorrado mucho?

—Figúrese. Todos los premios de voluntario. Cuando me marche de la mili, tendré unas seis mil pesetas. La única cosa es que, si yo hubiera sabido leer bien, me hubieran hecho un cabo de banda y ahora sería un sargento de banda y no me iría.

—¿Por qué no has aprendido a leer?

—No pude. Las letras y los números se me revuelven en la cabeza y no puedo separarles. Es aquí; debo tener una cabeza muy dura. —Se golpea el cráneo para convencerme de que nada podía entrar dentro de él.

Cada tienda contenía veinte hombres. Dormían sobre sacos rellenos de paja, tendidos en el suelo y puestos como los radios de una rueda alrededor del palo de la tienda. Algunas veces encendían una vela y la pegaban al poste. Se quitaban las guerreras y las camisas y se quedaban desnudos de cintura arriba. Buscaban entre los pliegues de la ropa y mataban los piojos uno a uno. El piojo era el amo y señor del campamento. Nada en Marruecos estaba libre de piojos. Se contaba que el día de la toma de Xauen, el general Berenguer se quejó de no tener carne en la comida. El general Castro Girona dijo:

—¿Carne? —Se metió una mano bajo el sobaco y sacó dos o tres piojos de allí—. Ésta es la única carne que hay aquí, si te sirve...

Entre los árabes de la montaña el piojo debía ser un animal sagrado. Escarbaban con los dedos entre sus chilabas y durante horas sacaban piojos de entre sus pliegues, pero los dejaban caer a sus pies sin matarlos. Así, sentarse era correr el riesgo de ser asaltado por un ejército de insectos hambrientos. En el arroyo habíamos cavado un remanso y construido un baño. Se obligaba a todos a bañarse el sábado y, después, a lavarse las ropas que se secaban al sol rápidamente. Los domingos por la mañana,

Hámara estaba habitado por una tribu de salvajes desnudos. A la hora de la comida se ponían sus ropas calientes de sol. Por la tarde estaban infestados de piojos. Era una batalla silenciosa, en la que era imposible vencer.

Una tarde, Manzanares, nuestro ordenanza, comenzó a hablarme:

—Usted es de Madrid, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—Nada. Curiosidad. Vaya juergas que me he corrido en Madrid. —Tomó una actitud interesante que resultaba cómica por su figurilla y agregó—: ¿Usted sabe quién soy yo?

—¿Quién eres tú? —le contesté muy serio, conteniendo la risa.

—Primero me llamaban el Manzanares, pero luego comenzaron a llamarme el Marquesito, porque me casé con tres muchachas contándoles que era el hijo de un marqués. Dos en Barcelona y una en Madrid.

Me le quedé mirando. Nuestro ordenanza, o padecía megalomanía o había bebido más de la cuenta.

—Bien, hombre, anda, márchate y déjame en paz.

Cuando vinieron los otros sargentos, les conté la historia y Córcoles dijo:

—No sé si la historia sobre los casamientos es verdad. Pero lo que sí es verdad es que Manzanares es un carterista famoso; y tiene gracia cómo ha venido a parar aquí. La policía de Madrid no conseguía atraparle nunca ni probarle ningún robo, y uno de los inspectores decidió estropearle la carrera. Un día arrestaron a Manzanares en la calle y le llevaron a la comisaría. Le preguntaron el nombre, la edad, el domicilio, hasta que llegaron a la profesión. Manzanares tenía dinero, pagaba puntualmente a la patrona, se gastaba un pico en mujeres y vino, pero no podía explicar de dónde le venían los cuartos.

—Conque, ¿sin oficio, eh? —dijo el comisario—. Bien, pues con arreglo a la ley de vagos, te pasarás una quincena a la sombra.

No podían imponerle más. Manzanares fue a la cárcel, tomó una celda de pago y vivió quince días como un príncipe. Una noche le abrieron las puertas de la cárcel y le pusieron en la calle. A los diez minutos la policía le detenía y le llevaba ante el mismo comisario. Otros quince días. Y así por meses, hasta que Manzanares se hartó del juego y un día le dijo al inspector:

—Bueno, ¿qué es lo que se propone usted?

—Nada, terminar contigo.

Le mandaron otra vez a la cárcel y Manzanares se puso a cavilar. Le escribió una carta al inspector y le ofreció marcharse voluntario a África si le dejaban en paz. Y aquí le trajeron directamente desde la cárcel Modelo.

—¿Y qué? —pregunté.

—¡Psch!, al parecer ha aprendido la manera de abrir las carteras a los moros en los zocos. Pero como gana dinero es con las cartas en las manos. En esto es simplemente maravilloso.

—No comprendo por qué le habéis hecho machacante.

—Te diré: Manzanares tiene su filosofía. Dice que como es el único ladrón acreditado que existe aquí, le harán responsable de todo lo que

falte. Y no sé cómo se las arregla, pero desde que él está no falta un botón en la compañía.

Julián me contó su historia:

—¿Tú conoces a mi padre?

—No lo sé, si no me dices quién es. Pero seguramente no.

—Sí, hombre, le conoces. Es el capitán Beleño, el maestro de talleres de la comandancia en Ceuta.

Me eché a reír. Claro que le conocía. ¿Quién no le conocía en Ceuta? Julián, amoscado por la risa, dijo:

—Claro que le conoces. Todos le conocen. Bueno, pues yo soy su hijo.

—No lo hubiera creído nunca, porque él es flaco como un espárrago y tú pareces un queso de bola. No te enfades, pero la verdad es que estás gordito.

—Sí. Me llaman el sargento Bolita. He salido a mi madre, que parece el corcho de un barril. Bien, pues si yo estoy aquí, es por culpa de mi padre.

El padre de Julián, el capitán Beleño, era un carpintero de ribera en Málaga cuando tenía sus veinte años. Con una sierra, un hacha y una azuela, construía barcos de pesca con el mismo arte rudimentario y las mismas reglas que los griegos y los fenicios usaban hace dos mil años. Por razón de su oficio, le destinaron al regimiento de Pontoneros. Cuando acabó el servicio, su capitán le sugirió que se quedara en el ejército como un obrero afiliado. en el ejército español, cada regimiento tiene varios obreros agregados, tales como herreros, carpinteros y guarnicioneros, que no sirven como soldados de filas, sino como obreros contratados por el estado y sujetos a la disciplina militar. en esta condición de personal agregado al ejército se les asimila a los diferentes rangos y se les concede promoción por escala de antigüedad. los obreros recién alistados tienen la categoría de sargentos; en el curso de los años van ascendiendo en paga y en rango hasta llegar a capitanes.

tienen derecho a llevar el uniforme de un capitán, pero en la práctica visten como paisanos y se presentan en el cuartel a realizar su trabajo en horas fijas.

Pero el capitán Beleño jamás prescindía del uniforme, a no ser que el trabajo entre manos le obligara a ello, y era famoso por la estricta disciplina que él, el capitán honorario, exigía de los soldados. Llevaba viviendo en Ceuta más de veinte años y su sueño era que su hijo llegara a realizar lo que él nunca podría realizar, mandar una compañía. Julián se crió en la disciplina de un cuartel. Cuando comenzó a balbucear sus primeras palabras, comenzó a aprender los principios básicos del arte militar vistos a través de la mente de su padre. Cuando tuvo diecisiete años, su padre le llevó un día al cuartel, le hizo firmar unos cuantos documentos en la oficina del regimiento y le dijo solemne: —Hijo mío, tu vida comienza hoy. Trabaja duro y en treinta años serás un capitán del ejército español como lo es tu padre. Más que tu padre, porque tú puedes ser un capitán de verdad y no un pobre trabajador como yo.

Los oficiales, que estimaban al viejo, metieron al muchacho en la oficina y le mantuvieron allí hasta que ascendió a sargento.

—Pero ahora que ya soy un sargento, esto se ha acabado. Es—toy preparándome para oposiciones en Correos y en cuanto sean los exámenes y apruebe, me licencio. ¡A la mierda mi padre y sus estrellas de capitán, que ojalá no hubiera visto en mi vida!

Herrero protestó agrio:

—Tu eres un idiota. Si te hubiera costado lo que me ha costado a mí llegar a sargento, mirarías las cosas de otra manera. Pero claro, tú nunca has pasado hambre.

—Hombre, yo creo que está en su derecho de preferir una profesión y dejar el cuartel. Yo mismo, en cuanto cumpla mis tres años, me licencio.

—¿Y entonces, por qué te has hecho sargento?

—¿Por qué te has hecho tú?

—¿Yo? Para poder comer. Cuando yo entré en el cuartel, hace doce años, me moría de hambre y me hinchaban a bofetadas. Porque los sargentos de entonces pegaban de firme y a mí me tocó una buena ración. No sabía leer ni escribir, ni tenía oficio. Pero cuando me dijeron que aprendiendo cosas podía llegar a sargento y no tendría que volver más a cavar y a andar detrás de las mulas y el arado, ni volver a pasar hambre... Bueno, me costó doce años, pero estoy orgulloso de ello. Y si Dios me da salud, me he de ver con mi pensión cuando sea viejo sin tener que ir al asilo.

Pepito, el hijo del señor Pepe, estaba zascandileando a mi alrededor mientras preparaba mi maletín para ir a Tetuán. Tenía que presentar las cuentas del mes y volver con el dinero para los jornales.

—Buena juerga se va usted a correr, ¿eh?

—No creo. No me interesan mucho las putas de Tetuán.

—Porque no las conoce usted. Hay para todos los gustos, con dinero, claro. Hay cada tía... Bueno, ya me lo contará después. Pero hablando de Tetuán, mi padre me ha dicho que le diera a usted esto. —Y me alargó un sobre con quinientas pesetas.

—Y esto, ¿para qué?

—¿Para qué va a ser? Para lo que le pida el cuerpo.

Nos marchamos juntos Córcoles y yo. En el camino del Zoco le conté el incidente. Se indignó:

—El hijo de zorra. Una miseria, quinientas pesetas. ¡A mí podía habérmelas ofrecido!

En el Zoco montamos en un camión que nos llevó hasta Tetuán. El comandante Castelo me recibió cariñosamente y echó una ojeada al montón de papeles con la firma del capitán.

—¿Ha comprobado usted todo?

—Sí, mi comandante.

Firmó rápidamente y me los devolvió sin mirarlos.

—Vete al capitán cajero y vuelve a verme antes de marcharte. —Había cambiado al tratamiento de tú.

Cobré y volví a su despacho. El comandante tenía un plano de la carretera extendido sobre su mesa. Me señaló un puntito negro dibujado al pie del cerro de Hámara entre las dos líneas paralelas de la carretera.

—¿Qué es esto?

—Una vieja higuera, mi comandante. Un árbol magnífico que nos va a costar trabajo arrancar. Yo creo que tiene más de quinientos años.

—Hacerle un barreno y meterle un cartucho de dinamita.

Encendió un cigarrillo y metió la mano en un cajón de la mesa. Sacó un papel y un sobre y me los alargó:

—Bueno, ahora tómate un descanso y diviértete un poco. Aquí tienes un pase libre por cuarenta y ocho horas. Deja el dinero de los jornales con el cajero y vete donde te dé la gana. Te recomiendo la casa de Luisa. Y esto es para que te diviertas.

Capítulo 3

Tetuán

Durante los primeros veinticinco años de este siglo Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos.

Córcoles y yo nos fuimos juntos a la comandancia. Él iba a introducirme en la vida alegre de Tetuán.

—Vamos al Segoviano —dijo—. La primera taberna de Tetuán. Luego iremos a casa de la Luisa. La dueña de la casa de putas más lujosa de Tetuán.

—¿Y dónde vamos a comer?

—De eso no te preocupes; en cualquier parte. La calle de la Luneta está llena de restaurantes.

La taberna del Segoviano se abría directamente a la calle. Entramos en ella. Desde la puerta se extendía el largo mostrador de cinc chorreante de agua desde un extremo a otro, con sus pilas desbordadas para lavar los vasos y su columna central llena de grifos. Tres dependientes mantenían un concierto ininterrumpido de cristal contra cristal, de chapoteo de patos en una charca, de glu—glus de aire entre el cuello y la panza de las botellas, llenando vasos con vino, vaciando los

restos de los bebidos, sumergiéndolos en las pilas para lavarlos de nuevo, volviéndolos a llenar de vino, en movimientos mecánicos, precisos e interminables. Detrás de los dependientes y a lo largo de la pared se extendía un vasar y sobre él desfilaba incesante una cadena de frascos cuadrados llenos de vino en la cabeza de la hilera, allá en el fondo, vacíos en su final. Los dependientes cazaban ágiles los frascos llenos, los vaciaban, llenando hileras de vasos sudosos de agua, y los volvían vacíos con un empujón, para que la cadena siguiera avanzando. En un extremo un muchacho ponía incansable frascos llenos. En el otro, un segundo muchacho retiraba los frascos vacíos.

A lo largo del mostrador se empujaba, apretujándose contra el borde, una mesa de soldados chillando más alto que el estrépito de los vasos, el borboteo del agua y el tintineo de las monedas de cobre. Se hablaba a gritos. Más allá del mostrador, en el fondo, reinaba una mezcolanza caótica: barriles, cajas de botellas de vino y cerveza, damajuanas de aguardientes, banquetas con tres patas pintadas de almazarrón, cajas de embalaje abiertas y a medio abrir volcando sus intestinos de paja, negruzcas jarras de estaño para medir, frascos vacíos y llenos, ristras de chorizos y salchichón colgando de las paredes y del techo. El suelo era escurridizo por el mosto pegajoso, amasado en una pasta espesa con el polvo de las suelas de centenares de personas. Y todo estaba cubierto de moscas, millones de moscas cuyo zumbido se fundía en una nota única, intensa y persistente, que daba la impresión de que cada cosa estaba vibrando. Lo único limpio en este océano de basuras eran los vasos emergiendo incesantes del agua corriente de las pilas. El salón olía exactamente como el aliento de un borracho hiposo.

Córcoles me empujó a través de la mesa de gente:

—Vamos dentro. —Y me guió por una puerta estrecha a un segundo cuarto.

En este cuarto, oscuro, con su puerta a la calle bloqueada por barriles y su piso de losas de piedra, estaban diseminados, entre el

laberinto de cajas, botellas, damajuanas, barriles y pellejos de vino. Cada barril servía como una mesa, cada caja como un asiento. Uno de los barriles servía de soporte a una bandeja enorme cargada de chatos de manzanilla, y el otro, a un frasco grande de vino en el centro de un círculo de vasos gruesos, llenos hasta el borde de vino tinto.

En el cuarto no había un solo soldado. A través de la puertecilla aquella no se permitía pasar a nadie que no fuera al menos un sargento. Así, todos aquellos grupos ruidosos se componían de todas las categorías militares desde sargentos a comandantes. Varios muchachos atendían a los clientes y llevaban sus bandejas de estaño cargadas de vasos y botellas de un rincón al otro en fantásticas peregrinaciones.

El suboficial Carrasco nos llamó desde uno de los barriles convertidos en mesa. Era un andaluz que llevaba veinte años en África, un poco calvo, un poco panzudo, bebedor insaciable, listaba con un teniente de Regulares y un sargento de la compartía de telégrafos y nos invitó a que nos uniéramos a ellos.

—Qué, ¿cómo van las cosas? —me preguntó.

—No mal del todo.

Con la punta de los dedos me golpeó amistoso el estómago:

—No mal del todo, ¿eh? Vas a echar una barriga como un obispo. —Les contó a sus amigos mi carrera a grandes rasgos. El oficial de Regulares se cambió de sitio y vino a sentarse a mi lado.

—Tiene que ser muy interesante ese trabajo suyo. ¿Qué le parece a usted? —Y sin transición, sin esperar mi respuesta, continuó, verboso—. Lo que usted necesita es un reloj como este —y sacó no sé de dónde un reloj de oro de pulsera.

Un poco azorado y creyendo que el teniente estaba borracho, cogí el reloj y lo examiné. Debía valer sus buenas quinientas pesetas.

—Es una pieza magnífica —le dije al devolvérselo.

—¿Le gusta?

—Mucho.

—Bueno. Quédese con él.

—¿Quién, yo?

—Sí, hombre. Quédese con él. Me lo paga cuando quiera y como quiera.

—Pero yo no quiero un reloj de oro —exclamé.

—¡Qué pena! Éste es un reloj para una persona de gusto, no para esos paletos de infantería. Es un reloj para un oficial. Garantizado por cinco años. Pero, bueno, si no lo quiere, no vamos a regañar por eso.

Desapareció el reloj en sus bolsillos y de otra parte sacó una estilográfica: —Pero esto sí le va a gustar. A propósito para usted. Cincuenta pesetas. Una verdadera Watterman. La puede usted pagar ahora o en plazos de cinco pesetas al mes o como quiera.

—Pero bueno, ¿usted es un viajante de comercio, o una bisutería ambulante, o qué?

—Un poquito de todo. —Me dio una tarjeta de negocios: «Pablo Revuelta. Teniente de Regulares. Joyería fina de todas clases. Plazos y contado»—. Uno tiene que vivir de alguna manera. Con esto y con la paga me las voy arreglando.

La estilográfica era buena. Me quedé con ella por cuarenta pesetas al contado y Revuelta continuó dándome explicaciones.

—En casa tengo de todo y todo de primera calidad. Lo que se le antoje: un reloj de oro o unos pendientes de diamantes para la chica. El pago como quiera. Me firma usted un contrato y el regimiento descuenta los plazos de su paga cada mes sin que tenga que preocuparse.

—¿El regimiento? Pero las deudas están prohibidas...

—Esto no es deuda, es una compra. Todos los regimientos en la zona aceptan mis recibos.

Cuando nos marchábamos se volvió, confidencial:

—Si algún día se encuentra usted en un apuro, venga a casa a verme. Se lo ofrezco como amigo.

En la calle le pregunté a Córcoles.

—¿Qué clase de pájaro es éste?

—Verdaderamente, no sé como se las ha arreglado para llegar a lo que es. Un oficial de Regulares, pero nunca en operaciones. Oficialmente tiene un cargo en la oficina de Mayoría, pero nunca aparece por allí. Su casa es un almacén de joyería y vende a plazos a toda la guarnición desde sargentos a generales, desde estilográficas hasta joyas de dos mil duros. Pero éste no es un gran negocio. Tú vas allí y le compras la joya que te guste más o lo que te dé la gana. Pero no te lo llevas y él te paga lo que vale, menos un descuento del veinte por ciento. Es decir, si te hace falta dinero le firmas un contrato según el cual le has comprado una sortija por valor de mil pesetas y él te da ochocientas. Lo pagas a plazos y no te puedes escapar de pagar, porque el regimiento acepta sus recibos y también porque la sortija la tienes en depósito hasta que terminas, y él tiene el derecho de perseguirte por estafa si pretendes evadir el pago.

—Pero no comprendo que estas cosas se toleren en el ejército.

—Ta, ta, ta. Si a ese tío le da la gana de abrir el cajón de los secretos, como él lo llama, ni los generales se escapan del escándalo. Ochenta y cinco por ciento de la guarnición le debe dinero. Aparte de eso, el hombre es una institución necesaria. Sin él, la mitad de nosotros estábamos en la cárcel. Mira: como tú sabes, cada noche armamos la partida de bacará. Un día Herrero tuvo una racha mala y perdió. El señor Pepe le prestó quinientas pesetas; las perdió. Entonces cogió quinientas pesetas del dinero de la cocina y las perdió también. El señor Pepe le dijo que no le daba un céntimo más y Herrero no tenía dinero para dar de comer a los soldados. Pidió permiso al capitán para bajar a Tetuán y volvió por la tarde con mil pesetas. Ahora le descuenta cincuenta pesetas cada mes.

Habíamos llegado al final de la calle de la Luneta y Córcoles dio una vuelta en redondo.

—Oye, tú, ¿dónde vamos?

—A pasear un poco —me contestó.

—Bueno, pues vámonos de aquí. Me gustaría ver un poco de la ciudad.

—Aquí no hay otro paseo que éste. Después de cenar nos iremos a la Alcazaba. Pero ahora no puedes ir a ninguna parte. Aquí ves a todo el mundo y puedes echar un trago cuando te da la gana.

En la calle de la Luneta, indudablemente, todo el mundo estaba haciendo lo mismo que nosotros, pasear la calle arriba y abajo de una punta a otra, de vez en cuando entrando o saliendo de las tabernas y bares. La calle era un hormiguero, pero uno se encontraba las mismas caras la segunda vez que la recorría.

Todo el comercio de propietarios europeos o judíos más o menos europeizados se encontraba en la calle de la Luneta. Fuera de allí todo eran callejas silenciosas y solitarias. La calle en sí comenzaba en la misma estación del ferrocarril y terminaba en la Plaza de España. En un trecho de quinientos metros se concentraba toda la vida de la ciudad. En el lado izquierdo se abrían las puertas del antiguo barrio judío, y por ellas se volcaba una riada de chiquillos astrosos que acosaban infatigables a los transeúntes, en libre competencia con innumerables chiquillos mo—ros y cristianos igualmente haraposos.

La calle era una extraña mezcla de colores: predominaba el caqui de los uniformes, resaltando aquí y allá sobre su fondo la nieve de las capas blancas, los albornoces y los pantalones bombachos de las unidades moras, los fajines rojos y azules del Estado Mayor y unos pocos generales, con los entorchados de oro de los ayudantes de campo, y los trajes azules de los mecánicos de los parques. Se cruzaba uno con los moros de la montaña, escuálidos, piojosos y descalzos, envueltos en sus chilabas haraposas, grises o color café, y con los moros ricos de Tetuán en albornoces blancos y azules, de lana o de seda, calzados con babuchas limpísimas de color amarillo o en cuero taraceado lleno de

policromías. Se encontraban judíos envueltos en hopalandas sucias y grandes, mezclados con judíos cuyos caftanes eran de fina lana o fina seda y cuyas camisas deslumhraban por su blancura. Había gitanos vendiendo cuanto es vendible bajo el sol, mendigos de las tres razas mosconeando dioses, limpiabotas a cientos que se amparaban de vuestros pies mientras andabais. Y muy pocas mujeres.

Tan pocas mujeres había en la calle de la Luneta que el paso de una de ellas, si no era vieja y gorda, producía un murmullo que la acompañaba a lo largo de toda la calle.

Un polvo impalpable flotaba en el aire, el polvo de innumerables e incesantes pisadas. La calle entera se moría de sed y alimentaba incansable las tabernas de ambos lados, siempre llenas, siempre abiertas.

Al caer la noche, Córcoles me llevó al casino de sargentos y me inscribió como socio. El casino consistía en un salón con divanes y sillas, un bar, y otro salón como tertulia con unas pocas mesas de billar, unas cuantas mesitas aisladas forradas de verde para las partidas de cartas y una enorme mesa para bacará, treinta y cuarenta y rouge et noir. Una multitud de sargentos y suboficiales estaban jugando; miramos el juego un rato, arriesgamos unas monedas, perdimos un poco de dinero y nos fuimos a cenar. Córcoles planeaba el ir a casa de la Luisa.

—No te creas que todo el mundo puede entrar allí. Sargentos sólo admiten unos pocos que ya conocen. Pero allí yo soy alguien.

—Si te digo la verdad, preferiría irme a dormir —dije.

—Te llevas una a la cama y te duermes después.

—No me gustan mucho las casas de putas para dormir.

—Y yo te digo que es el mejor sitio donde puedes dormir, en los hoteles te dan ganas de vomitar. Están llenos de mierda y de chinches y no puedes cerrar los ojos. Aquí pagas cinco duros y tienes una mujer y cama limpia.

—Bueno, vamos donde quieras, me es igual.

Cruzamos la Plaza de España, entramos en el barrio moro y nos enfrentamos con una calleja empinada, estrecha y retorcida, con casas bajas, la mayoría de un piso, y empedradas con cantos de río formando ángulo hacia el centro convertido en un albanal de agua sucia y maloliente.

—Esto es la Alcazaba —dijo Córcoles—. Aquí están todas las putas de Tetuán.

No veía nada más que miserables casuchas y largas tapias Manqueadas con cal, taladradas de vez en cuando por recias puertas con gruesos clavos. Córcoles se paró ante una de estas puertas v llamó; se abrió un ventanillo y alguien nos inspeccionó desde dentro y abrió una puertecilla para que entráramos. Nos recibió una vieja que nos condujo a una sala brillantemente alumbrada, sobrecargada de espejos, con una mesa en el centro y un piano en el fondo. Dio unas palmadas y detrás de nosotros entró un grupo de mujeres, la mayoría de ellas en una simple bata y medio desnudas bajo ella.

Cuatro sargentos estaban en la sala bebiendo y bromeando. La repugnancia fría que siempre me han dado los burdeles me condujo a reunirme a ellos y evitar la invitación de las mujeres. Charlamos, bebimos, reímos y al fin cantamos a coro metiendo un poco de escándalo. Uno tras otro fueron desapareciendo, unos discreta, otros ruidosamente. Córcoles y yo nos encontramos solos, él con una muchacha que mantenía ser de Marsella, con una voz estridente y gutural, gruesa y pesada como una vaca. Yo aún era el centro de atracción de tres de las chicas.

Córcoles estaba un poco borracho ya.

—Si tú no te quieres acostar con nadie, a mí no me quitas de acostarme con ésta —dijo, palmeando los hombros desnudos y macizos de la francesa que sonaban a gelatina.

—Te espero aquí si no tardas mucho, y si tardas me voy. No tengo ganas de acostarme con nadie.

Pedí una botella de vino para matar la espera. Las muchachas me miraron despectivas y dos se marcharon; una se quedó conmigo.

—¿No te gusto?

—No.

—¿Te aburro?

—No, quédate y bebe conmigo.

Llenó dos vasos y me alargó uno. Bebimos ambos. Se sentó en el sofá a mi lado: —Déjame estar aquí un rato. Es tan cansado esto, siempre lo mismo, el día entero. Sabes, es una vida miserable... —Y comenzó a contarme una historia sentimental que había oído cientos de veces. No la escuchaba.

Me aburría: bebía mi vino a sorbos y encendía un cigarrillo tras otro. Al fin se calló.

—Te estoy aburriendo. Lo siento.

Cerró la puerta sin ruido y me quedé solo. Me fui al piano y me entretuve en punzar sus teclas con un dedo. En la calleja sonaban los pasos de los transeúntes y algunas veces las herraduras de un burro o un caballo, sonoras sobre los cantos. Una voz detrás de mí me dijo: —¡Pobrecito! Te han dejado solo.

Había entrado otra de ellas, más elegante que las otras. Llevaba un traje de noche crema de seda espesa, que se ceñía estrechamente a su cuerpo. Podría verse que debajo estaba desnuda y el traje la hacía más desnuda aún.

—No me quieren por flaco —repliqué.

—Pobrecito —replicó sentándose en el diván y mirándo—me—. ¿No te gustan nuestras chicas?

—No.

Se enderezó rígida, como si la hubiera insultado:

—Gusto a muchos.

—No lo dudo. Contra gustos no hay nada escrito.

—¿Es que no te gustan las mujeres?

—Sí. —Y agregué como un idiota—. Pero las otras.

—¡Tonterías! En la cama todas somos iguales.

Se levantó del diván, fue al piano y se puso a tocar. Tocaba bien, con un tacto nervioso. Golpeó un grave y cerró la tapa con ruido. En aquel momento Córcoles entró un poco más colorado que antes. Llenó un vaso de vino y lo apuró de un trago.

—Buena compañía tienes —dijo.

—No está mal. ¿Nos vamos?

Intervino ella:

—¿Qué le pasa a tu amigo? No se puede marchar así. —Se volvió burlona a mí—. ¿Con quién quieres acostarte tú, rico?

—¿Yo? ¡Con el ama! Anda, vámonos.

La mujer se volvió a Córcoles:

—¿No sabe éste quién soy yo?

—Chica, acaba de llegar a Tetuán. Es un paleto aún.

La mujer me cogió del brazo y me empujó:

—Ven, te vas a acostar con el ama —dijo riéndose.

Tenía el espíritu tan cansado que no intenté resistir. ¿Qué más daba? Hay que tomar una broma como viene. El ama sería sin duda una vieja gorda hidrópica, sentada en un sillón con un gato en las faldas. Nos reiríamos todos. La seguí a través del laberinto de corredores y puertas, rozándonos con putas y maricas que se volvían a mirarnos. Entramos en una alcoba llena de pieles espléndidas, de cristales tallados como diamantes. Cerró la puerta y yo me quedé en medio del cuarto mirando. Nunca había visto un cuarto semejante en un burdel. Cuando me volví, se había quitado el traje y estaba completamente desnuda: —¿Sabes? El ama aquí soy yo.

Se rebelaron todos mis instintos. ¡El ama era ella! Podía ser el ama de la casa, pero no iba a ser el ama de mí. No era más que una zorra como las otras, sin más privilegio que ser su ama. Pero yo no había ido allí a dormir con nadie, menos a someterme a nadie. Si una mujer me

hubiera gustado, lo habría aceptado y me hubiera ido a la cama con ella. Pero no me daba la gana de aceptar que si yo le gustaba al ama, me tenía que acostar con ella.

Luisa era muy hermosa. Me acosté con ella. Fui actor y espectador a la vez. Como macho me sentía completamente independiente, liberado de la hembra. La miraba con mi cerebro y dominaba las sensaciones de mis sentidos. La miraba, la oía, la sentía, la olía, gustaba su boca, como uno disfruta de un espectáculo. Debió sentirlo, porque intentó arrastrarme a lo más hondo del placer y hacerse el ama de mí. Llegué en aquella ocasión a comprender el poder del chulo, el poder del macho mentalmente frígido sobre una mujer.

En las primeras horas de la madrugada cenamos Luisa y yo, una cena fría en un gabinetito inmediato a la alcoba. Muchas veces me puso su mano sobre un muslo y muchas veces mi mano tocó los suyos. Le quemaba la piel. Cuando terminamos se sentó al piano —¿cuántos pianos había en aquella casa?— y yo me quedé de pie detrás de ella, mirando el revolotear de los dedos perezosos sobre las teclas. Echó hacia atrás la cabeza contra mí y yo miré hacia abajo sobre los planos enérgicos de su barbilla poderosa, sus pestañas largas, los rizos de sus cabellos.

En uno de sus meñiques brillaba una esmeralda. Cuando dejó de tocar, la piedra se apagó, casi muerta, con sólo un reflejo profundo, funeral. Tenía un rubí sangriento colgado entre sus pechos, y cuando respiraba la piedra me lanzaba un destello a los ojos como una señal. Dejó las manos sobre el teclado como dos pájaros muertos, volvió la cabeza y se recostó más pesadamente sobre mí.

—¿Tú sabes que soy judía? Mi nombre verdadero es Miriam. Mi padre es platero. Cincela la plata con un martillo pequeñito. Mi abuelo era platero y el suyo también. Mis dedos son la herencia de generaciones de hombres que han manejado y tocado el oro y la plata. —Se acarició el rubí y la esmeralda con la yema de los dedos, cruzando

sus manos sobre los pechos como en un gesto de súplica o de pudor—. Y piedras. Ahora ya no hay oro. En casa el padre conserva sus monedas de oro, unas monedas muy viejas, envueltas en un viejo paño de seda juntas con una gran llave roñosa. Al abuelo le echaron de España, le echaron de lo que vosotros llamáis la Imperial Toledo y se vino aquí con sus monedas y su llave. Cuando la llave vuelva a su antigua cerradura, las viejas monedas se cambiarán por moneda nueva. Padre sueña con ir a Toledo. Dicen que es una ciudad de calles muy estrechas y allí tenemos nosotros una casa construida en piedra. Porque me han contado que todas las casas que una vez fueron de los judíos existen aún en Toledo. ¿Has visto tú Toledo?

No aguardó por mi respuesta y continuó:

—Mientras tanto nos moríamos de hambre. Padre martilleaba su plata y yo me iba a mendigar a la Luneta, aquí en Tetuán.

Se calló y acarició el teclado. Echó la cabeza atrás otra vez y se rió con la risa estridente y seca de un borracho o de una mujer histérica.

—¡Oro! ¿Sabes que yo soy tal vez la mujer más rica de Tetuán? Tengo miles y miles, tal vez un millón. Todo mío. De Miriam, la judía.

Se levantó y se volvió hacia mí, cara a cara:

—¿Tú quieres dinero? ¿Mucho dinero?

—Yo, no. ¿Para qué? —Estaba cansado y somnoliento. «¿Es que aquí en África nadie piensa más que en dinero?», me pregunté yo mismo aburrido.

—Tienes razón. ¿Para qué?

Dejó caer las manos sobre las teclas y las hizo sonar en un cascabeleo de notas.

—Pide café, ¿quieres? —le dije.

—¿Me quieres? ¿Te gusto? —preguntó acercando su cara a la mía.

—No te quiero. Me gustas. Se le contrajo la cara con rabia.

—¿Por qué dices que no me quieres? Todos dicen que me quieren. Todos están dispuestos a hacer lo que yo diga. Son mis esclavos todos y yo soy el ama. Y tú no. ¿Por qué?

—Pues, porque no. Muy simple.

—¿No dices que te gusto?

—Sí.

—Entonces, bien, ¿te pegarías por mí? ¿Le matarías a uno a puñaladas por mí?

—No. ¿Por qué? No seas ridicula. ¿Por qué tenía yo que matar a alguien por el capricho de esta mujer?

Se rió blandamente y se me quedó mirando. Después de una larga pausa dijo: —Tiene gracia —y se marchó de la habitación.

Poco después, uno de los homosexuales que hacían de sirvientes en la casa trajo café y coñac. Dejé disolver el azúcar en mi taza, con un sentimiento de irrealidad en el fondo de mi pensamiento, como si estuviera leyendo una novela francesa picara y barata.

Cuando Luisa volvió, llevaba puesto de nuevo el traje pesado de seda crema sobre la piel dorada. Sus ojos tenían una mirada ausente. Andaba rítmica y majestuosa, como la Reina de Saba, con un fruncir desdeñoso de su boca. Me la imaginé de repente en una serie de imágenes furtivas, como una niña judía harapienta vagabundeando en las calles de Tetuán, frotándose contra los pantalones inmaculados de los oficiales, pisando los albornoces de seda de los notables moros, escupiendo las hopalandas de seda de los banqueros judíos, agria y vengativa. Podía sentir ahora su odio rencoroso vivo aún. Por un momento tuve miedo y quise marcharme, pero ella dijo: —Dame coñac. Creo que quiero emborracharme hoy.

—¿Te sientes trágica? —le dije, llenando el vaso.

Cogió el vaso y lo miró a contraluz. Lo llevó lentamente a su boca y se detuvo, cuando casi tocaba sus labios.

—¿Trágica, yo? Chiquillo, tú no sabes lo que te dices. La tragedia la hacen otros para que yo me divierta.

Accionaba como una actriz perfecta. Y así, la cara se le cambió de repente en un gesto de locura violenta y llamó al timbre. El homosexual que había traído el café apareció instantáneamente.

—¿Ha venido ése?

—No, Luisa, no es su hora aún. Tienes tiempo de sobra.

—¿Tiempo para qué?

El marica tartamudeó temblón:

—Para nada..., para nada...

Luisa saltó sobre él y le sacudió furiosamente. Temblaba entre sus manos y parecía que de un momento a otro iba a estallar en sollozos como un chiquillo asustado.

—¿Para qué? ¿Tiempo para qué? —le chilló furiosa.

—Yo creía que querías estar sola para..., por un rato..., hasta que él viniera.

Le empujó fuera violenta y echó el cerrojo a la puerta.

—Si se atreviera, ése, como los otros, me matarían. Les falta coraje. Son cobardes, todos. Ésos por maricas y los otros igual. Todos los hombres son cobardes asquerosos.

Se quedó mirando insultante mi cara. Saqué un cigarrillo del bolsillo, deliberadamente, y lo encendí, mientras le miraba los ojos. ¿No los tenía un poco dilatados? ¿Estaba loca aquella mujer?

—¡Tú también eres un cobarde como los demás! Y rápidamente levantó la mano para abofetearme. Se la cogí en el aire y le retorcí los dedos en una torsión de jiu—jitsu. Se mordió los labios para no gritar. Aumenté la torsión, fría, deliberadamente, sintiendo el placer salvaje de hacer daño. Cayó sobre las rodillas y al fin chilló, intentando a la vez morder mi mano con sus dientes agudos. Le golpeé los dientes con su propia mano. Cuando la solté, se quedó en el suelo, en un montón, y se mordió furiosa un brazo. Bebí un poco de café, alerta a su próxima

reacción. Se levantó, llenó otro vaso de coñac, se lo bebió de un golpe y se me quedó mirando con ojos profundos, amansados, de los que la locura se había ido. Así, dijo despacio: —Eres muy bruto. Me has hecho daño.

—Lo sé. No me gusta pegar a las mujeres, pero no dejo que las mujeres me peguen a mí. Tú querías cruzarme la cara y es mejor que no lo hayas hecho. Sufrió un nuevo cambio: —¿Qué hubieras hecho, di? ¿Te hubieras atrevido a pegarme? —Se golpeó el pecho, haciendo saltar asustado el rubí.

—¿Pegarte? No. Lo único que hubiera hecho es escupirte a la cara y marcharme.

—Hubiera sido capaz de matarte —dijo después de un silencio—. Mejor que me pegaras. ¿Sabes que a veces me gusta que me peguen?

—Para eso te buscas un chulo. Yo no sirvo.

Durante los últimos momentos de esta discusión se había producido una conmoción insólita en el burdel. En este momento alguien llamó a la puerta y Luisa abrió. El homosexual volvió a aparecer con los ojos llenos de miedo. Susurró algo casi a la oreja de Luisa, y ésta dijo: —Ahora bajo, en un momento.

Me sentía cansadísimo. Sentía los párpados pesados como plomo después de la cena. Me bebí otro vaso de coñac. Hubiera querido marcharme, pero me invadía una pereza enorme ante la perspectiva de bajar a la ciudad a aquella hora de la noche en busca de un hotel. Me quedaría allí, solo, en una de las alcobas, y dormiría. Volvió Luisa: —Ven. Han venido algunos amigos y quiero presentarte.

Me llevó a la sala reservada para los oficiales. El cuarto estaba lleno de mujeres riendo y alborotando, la mesa cargada de botellas y vasos. Luisa, colgada de mi brazo, me arrastró al borde de la mesa. Oficiales y prostitutas nos dejaron pasar y todo quedó en silencio. Luisa se detuvo delante del general.

—Mi novio —le dijo.

Cogido de sorpresa, tartamudeé ridiculamente, bajo su mirada: —A sus órdenes, mi general.

El general, con la cara roja de repente, se enderezó:

—Nada, nada, muchacho. Aquí no hay generales. En esta casa todos somos iguales tan pronto como se cierra la puerta. Beba usted algo, sargento. —Y volvió a sentarse, casi dejándose caer en la butaca.

En una voz muy baja, como si se lo dijera a sí mismo, exclamó: —¡Esta chica, esta chica!

Un oficial de Regulares se me quedó mirando fijo. Instintivamente me puse firme.

—¿Conque usted es el capricho de Luisa, eh?

Debí reírme con una risa estúpida:

—Es una broma de ella, mi capitán. —¿Era un capitán? Los pliegues del albornoz cubrían la insignia.

Me arrastró gentilmente fuera de la mesa y me dijo en voz baja: —¿Se da usted cuenta que ha insultado al general?

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Caray! ¿No lo sabe? ¿De dónde sale usted?

—He venido hoy del campo y nunca había estado en Tetuán. Fui allí directamente desde Ceuta y aquí no conozco a nadie.

—Pero, hombre de Dios... Luisa es el ojito derecho del viejo esta jugarreta se la paga usted. Ande, desaparezca de aquí antes que nadie le pregunte su nombre.

Pero el general se había levantado:

—Vamonos, señores —dijo.

Al pasar acarició la barbilla de Luisa. Los oficiales se marcharon tras él, escoltándole. Sobre la mesa quedaban aún muchas botellas llenas. Mientras el pataleo del grupo resonaba aún en el corredor, Luisa se volvió a mí y se echó a reír. Hubiera cogido a aquella mujer por la garganta que se hinchaba espasmódica con la risa, y le hubiera estrellado la cabeza contra la pared. Me marché a la calle sin que nadie

me detuviera. Preguntando me fui al casino de sargentos. Eran las cuatro de la mañana. Córcoles estaba jugando bacará. Se levantó al verme.

—Oye, ¿es verdad que te has acostado con la Luisa?

Se interrumpió el juego y todos se me quedaron mirando curiosos: —Sí, ¿y qué pasa? Vamonos a dormir.

—Espera un momento a que acabemos esta baraja.

Me senté en uno de los divanes y me dormí. Desperté allí cuando la mañana estaba ya bien avanzada. Unos soldados estaban barriendo la sala. Me marché a la calle en busca de un café o de algo que me reanimara. Todos los sargentos que me iban encontrando en la calle parecían conocerme de toda la vida: —¿Es verdad que te has acostado con la Luisa? —preguntaban.

Capítulo 4

La higuera

Un barreno no es más que un agujero en la roca, un tubo ahuecado por la punta triangular de una barra de acero que va entrando en la piedra a golpes de martillo. En el fondo de este túnel perforado en la entraña de granito se pone un cartucho de dinamita, un fulminante y una mecha. Rellenáis el resto del tubo con tierra apisonada fuertemente; encendéis la mecha y la dinamita explota: la piedra se abre como un fruto maduro que reventara salpicando con su jugo.

—¿Qué es esta mota, aquí? —había preguntado el comandante.

—Una vieja higuera —le había respondido yo.

—Un barreno y un cartucho de dinamita.

Y ahora, Jiménez, un minero de Asturias, junto con dos soldados, está haciendo un barreno en el corazón de la higuera. Jiménez blasfema porque a cada golpe la barra de acero se clava en la raíz y él tiene que arrancar la barra, retorcerla y aguantar el segundo golpe, para que otra vez el acero muerda la madera.

—¡Leche!, es más fácil hacer un agujero en granito.

Los soldados se ríen:

—Pero si esto es manteca.

Para ellos el trabajo no es duro; golpean suavemente porque un golpe de lleno hundiría la barra como un clavo en la madera jugosa. Pero Jiménez, que tiene que retorcer y arrancar la barra tras cada golpe, suda. Los otros aguardan a que termine, descansando sobre los largos mangos de los machos.

Estaba sentado sobre una de las raíces de la higuera y los golpes vibraban dentro de mí como una queja. Me daba lástima el viejo árbol y hubiera querido salvarlo.

En la lejanía se formó un grupo sobre la pista. Jiménez y los soldados interrumpieron su faena y miraron:

—Tenemos visita —dijeron.

El grupo marchaba lento a lo largo del desmonte, deteniéndose acá y allá.

—¿Cómo van las cosas? —me preguntó el comandante cuando llegó a nosotros.

—Muy despacio, mi comandante. Es muy difícil taladrar la madera. El barreno se agarra.

El comandante golpeó el tronco con su látigo:

—Un buen árbol. Lástima que tengamos que arrancarlo. Bueno, véngase con nosotros. Vamos a ver cómo tendemos el puente sobre el barranco.

Nos fuimos juntos cerro arriba. Nos perseguía el ruido intermitente de los martillazos, sordo y cada vez más lejano, como una queja, como si fueran las propias entrañas de la tierra y no las del árbol las heridas a cada golpe.

Se me ocurrió la idea en la tienda del capitán mientras estudiaba el ferroprusiato de la pista. Estábamos discutiendo qué anchura habíamos de dar a una curva para que pudieran pasar uniones de diez toneladas. La higuera seguía siendo una mota sobre el papel, un diminuto manojo de rayitas blancas sobre el fondo azul.

—Ya está —dije—. Aquí hay agua.

El comandante me miró asombrado:

—Caramba, ¿qué le pasa a usted?

—Perdone, mi comandante. Estaba pensando en la higuera. No hay necesidad de destruirla.

—¿Qué otra cosa va usted a hacer? ¿Quiere usted un puente para pasar por encima?

—No, señor. Algo mejor. Una fuente.

—Bueno, bueno. Bébase algo; bébase una cerveza y sigamos.

—Pero estoy seguro de que aquí hay agua, mi comandante.

—Vino, vino, muchacho; no beba agua, que da las palúdicas.

El comandante encendió un cigarrillo y se me quedó mirando de arriba abajo. Debí ponerme terriblemente colorado.

—Bueno, cuéntenos su historia de la fuente y de la higuera.

El capitán se echó a reír y a guiñar sus ojillos bizcos. Le hubiera dado de bofetadas. Vergonzoso, comencé a explicar:

—Yo creo que aquí, al final de la barrancada, hay agua a flor de tierra. Hay un rincón que siempre está húmedo y cubierto de hierba y palmitos. Si encontramos la vena, podemos hacer una fuente; y así podría construir un pilón para beber los caballos y ensanchar un poco la pista para formar una plaza alrededor de la higuera. Al fin y al cabo, desde Tetuán hasta aquí no se encuentra agua en ninguna parte sin salirse del camino. Si me da usted permiso, hacemos una zanja en busca del agua. Total, no son más que unos golpes de pico.

El comandante se quedó pensando un momento y dijo:

—Bueno, inténtelo. Siempre nos queda tiempo de volar la higuera.

Cuando volví al lado del árbol después de haberse ido el comandante, Jiménez blasfemaba más furioso que nunca. Cuanto más profundo penetraba el barreno, más fuertemente se agarraban las raíces esponjosas a la punta triangular que ahora brillaba como plata.

—Dejad eso, ya no volamos la higuera.

Orgullosamente, les expliqué mi idea a los tres. En seguida formamos una cuadrilla de moros que comenzaron a cavar al pie del cerro. Al poco rato la tierra rezumaba y comenzamos a explorar en busca de la vena de agua. Aquella tarde la encontramos, y al anochecer quedó allí un arroyuelo que serpenteaba a través del tajo yendo a inundar las raíces de la higuera.

«Y ahora, madre —escribía yo en mi carta—, hemos puesto un tubo de hierro y sale un chorro tan grueso como mi brazo. Vamos a hacer un pilón para que beban los caballos y una plaza alrededor de la higuera.»

El tubo de hierro existía sólo en mi imaginación. Pero yo no le podía contar a mi madre que el manantial estaba allí vertiendo agua día

y noche, encharcando la tierra e inundándola, sin que nadie se preocupara.

Porque la historia de la higuera constituía el tema de la carta de mi madre. Le había prometido una carta al menos cada semana, y Dios sólo sabe el trabajo que me costaba escribir y encontrar algo que decir. En aquella carta el sujeto era la higuera, «mi higuera», y naturalmente la historia tenía que tener un final feliz: un caño de hierro fundido y un pilón de piedra y cemento. Una multitud de caballos bebiendo con toda la sed de África. Nosotros tampoco pasaríamos más sed.

Había otra razón también: mi madre era una mujer simple con conocimientos escasos. Leía con trabajo y escribía mucho más trabajosamente aún. Tenía ya sesenta y cuatro años y el trabajo y las penas la habían desgastado. África era para ella una pesadilla horrible, un desierto con unas pocas palmeras solitarias, donde los soldaditos españoles eran asesinados despiadadamente. Mis descripciones nunca la convencían. ¿Cómo podía creer que Ceuta no era ni más ni menos que un pueblo andaluz al otro lado del estrecho? Su mente estaba atiborrada con una mezcolanza de historias y tradiciones: piratas berberiscos, cautivos redimidos por frailes de la Merced, esclavos a bordo de una galera, remando incansables bajo el látigo del cómitre moro que se pasea arriba y abajo entre los blancos de forzados. ¡Oh, sí! Ella nunca decía estas cosas; la gente se reiría de ella. Lo pensaba a solas. Su cerebro estaba lleno de historias de viejos libros que ella había leído de joven, en voz alta, junto al hogar de la casona del pueblo.

Yo mismo, cuando era un muchacho, solía leerle en las tardes La cabaña del tío Tom y ella nunca se cansaba de escuchar. Había conocido aun los esclavos negros. Me contaba historias de la guerra de Cuba, historias terribles llenas de cadáveres de españoles que habían sido macheteados o morían de la peste bubónica y del vómito negro. Todos estos horrores los trasplantaba al África desierta. La travesía de Algeciras a Ceuta suponía para ella atravesar el océano, enfrentándose

con el mar embravecido, arriesgando el ser destrozado contra las rocas de la costa.

Pero aquella carta —lo sentía entonces y lo supe después —por cierto—, la carta con la historia del manantial y de la higuera, mi madre la conservó entre sus viejos papeles. La releyó infinitas veces, sus gafas balanceándose en la punta de su nariz, envolviéndose en la frescura del viejo árbol y el caño de hierro cantarín que vertía su agua en el pilón profundo donde los caballos bebían ansiosos.

Pusimos una tubería de cinc encauzando el manantial. Hicimos un pilón circular con piedras y cemento. Los moros hacían allí sus abluciones de la mañana; me saludaban:

— *Salaam aleicum*.

—*Aleicum salaam*.

Un día, un soldado que estaba picando tierra en la pista gritó: un escorpión había clavado un aguijón en la planta de su pie a través de la suela de cáñamo de sus alpargatas. Había muchos escorpiones negros, de unos doce centímetros de largo, ocultos bajo la superficie de la tierra, que se volvían furiosos cuando se les molestaba. El pie del soldado comenzó a hincharse casi instantáneamente. Le llevamos a la posición y pedí al sanitario de la compañía, un muchacho de Cáceres sordo como una tapia, que me trajera el estuche de cirugía de urgencia. Me alargó una caja llena de instrumentos completamente oxidados.

—¿Qué diablos es esto? —le dije.

—El estuche de cirugía. Aquí nadie usa eso. Pero no me diga usted que falta nada.

Abrí la herida del soldado con una cuchilla de afeitar, la lavé a fondo; después cogí aparte al Sordo, como todos le llamábamos, y le dije:

—¿Quién te ha hecho a ti sanitario?

—Pues, sabe usted, como soy sordo, pues me pusieron aquí y me dijeron que tuviera cuidado de las cosas. No falta nada, mi sargento.

—Pero ¿a ti no te han enseñado que los instrumentos tienen que estar limpios?

—No, señor. Aquí nadie los usa. Si alguno se hace algo, pues se le echa un chorro de yodo y ya está.

—Pero ¿quién te ha hecho a ti sanitario?

—¿Eh?

—¿Que quién te ha hecho sanitario?

—Pues, el capitán. Decía que no servía para nada, como soy sordo.

—Si eres sordo, ¿por qué estás en el cuartel? Los sordos son inútiles.

—Sí, señor. Pero dicen que no soy sordo. El médico de mi pueblo dijo que yo no era sordo. Todo ha sido por las décimas, ¿sabe?

—¿Por las décimas...?

—Bueno, verá usted: cuando un pueblo es muy pequeño y hay en él pocos mozos, que no son bastantes para mandar un soldado, pues juntan este pueblo con otro y entre los dos pueblos, pues, siempre hay bastante para dar un soldado al cuartel. Y esto es lo que pasó en mi pueblo. En el pueblo de al lado, al que le tocaba ser soldado era el hijo del cacique, y en mi pueblo, yo. Debíamos de haber sorteado a ver cuál iba, pero como yo soy sordo, el hijo del cacique tenía que ir de todas maneras. Así que vino el médico y dijo que yo no era sordo y que el hijo del cacique estaba tísico. Y aquí me trajeron. Y aquí, pues, me hicieron sanitario, porque como soy sordo..., pues, usted comprende.

Me hice cargo del botiquín. Cuando era muchacho había aprendido algo de medicina y cirugía por pura afición. Enseñé al Sordo cómo tener limpios los instrumentos. Al cabo de unas semanas habían disminuido notablemente los casos de infección tan frecuentes por arañazos y pequeñas heridas que en aquel clima se infectaban horriblemente en pocas horas; y así, una tarde Manzanares entró en nuestra tienda cuando acababa de regresar de la pista:

—Tenemos visita —dijo—. Un morazo viejo y cuatro fulanos con fusiles. El viejo se ha metido en la tienda del capitán y está discutiendo con él. Es el jefe de la kábila del otro lado del barranco y no me gusta un pelo su cara.

Al poco rato me llamó el capitán. Tenía la inseparable botella de coñac sobre la mesa y la cara mucho más roja de lo que solía ponérsela el alcohol:

—En buen lío nos ha metido usted, Barea. Entiéndaselas usted con el fulano éste.

Me señaló a un moro con una amplia barba blanca, erecto y fuerte como una torre. El moro comenzó a hablar, rítmicamente, como si estuviera rezando:

—Mi hijo mío estar malo. Muy malo. Su tripa estar dura, muy dura. Tener mucho calor y mucho ruido en cabeza. Yo venir por ti, el sargento doctor; tú venir conmigo y nada pasar. Yo deja aquí cuatro moros con fusila. Si algo pasa a ti, capitán puede matar a todos.

—Bueno, señor «Matasanos», apáñeselas como pueda.

Discutí con el moro: yo no era un médico y no podía hacerme responsable de curar a su hijo. Debía ir al Zoco del Arbaa y pedir un médico allí en el hospital. Incansable y monótono, el moro insistía. Negarse suponía que aquella noche íbamos a andar a tiros.

—Bueno —dije al fin—, me voy a ir contigo y voy a ver a tu hijo. Haré lo que pueda y mañana pediré un doctor al Zoco. —«Si quiere venir», dije para mí.

—Tú vienes y tú curas a él. Nada pasa a ti. Yo promesa.

—Sí, ¿verdad? Y si se muere, ¿qué pasa? —le pregunté irritado.

—La voluntad de Alá es única.

—Haga usted lo que le dé la gana —dijo el capitán—. Pero yo me lavo las manos. Si algo pasa, yo no sé nada. Usted va sin yo saberlo.

Le dije a Manzanares que viniera conmigo y tomé varias cosas del botiquín. Por lo que el viejo contaba, el hijo debía haber comido

demasiados higos, o tenía un ataque de malaria, o alguna cosa parecida. Manzanares cargó cuidadosamente una pistola:

—Yo voy, pero al primero que me ponga mala cara le suelto un tiro.

La kábila estaba entre las cadenas de cerros a lo largo de los cuales estábamos construyendo la pista y las montañas de granito que se extienden a lo largo de la costa. En realidad, no era más que uno de los aduares de una gran kábila que se extiende a lo largo de cincuenta kilómetros desde los montes de Tetuán a las montañas de Xauen. En teoría la kábila era una kábila amiga, pero en la práctica, la amistad de sus notables estaba en estrecha relación con la proximidad de las fuerzas españolas. Alrededor de Tetuán eran amigos íntimos y cobraban un subsidio del gobierno español. En la región de Hámara, estaban en guerra, una guerra de emboscadas y tiros sueltos. En la región de Xauen luchaban abiertamente al lado de los montañeses.

La kábila consistía en un grupo de cabañas de paja y unas pocas casas de adobe encaladas, en una de las cuales encontramos al enfermo. Estaba sobre un jergón de paja, envuelto en unas viejas mantas de soldado y rodeado de una muchedumbre de vecinos fumando kiffi y discutiendo a gritos sin hacer caso de la letanía monótona del enfermo: «¡Ay..., maa! ¡Ay..., maa!».

Tenía el vientre duro como un tambor, una fiebre de caballo y se quejaba de dolor de cabeza intolerable, pero yo estaba convencido de que lo único que tenía era una indigestión de cuscús. A pesar de ello, no me atrevía a prescribir el más simple tratamiento que me parecía razonable y le dije al padre que le enviaría un doctor a la mañana siguiente:

—Pero ¿qué medicina le vas a dar ahora? —me preguntó, mirando a la caja de instrumentos quirúrgicos y a las botellas que Manzanares había extendido sobre una mesita baja.

Tenía que hacer algo. La quinina no le iba a hacer daño, ya que tenía fiebre, y un vaso de aceite de ricino le ayudaría. Me decidí en

favor de ambas cosas. El enfermo se dejó poner una inyección de quinina, aunque quejándose lastimero. Después le di el aceite de ricino. Lo probó y comenzó a bebérselo despacio a sorbitos. Me estaba dando náusea verle y le obligué a que se lo bebiera de prisa. Cuando me devolvió la taza vacía pidió más. Me negué.

El padre nos invitó a tomar té con él. Por primera vez bebí un verdadero té marroquí con hojas de hierbabuena flotando en él y todo el ritual de un moro notable. Y por primera vez fumé kiffi. Cuando decidimos marcharnos, Manzanares fue a recoger el botiquín al cuarto del enfermo; volvió inmediatamente con cara de susto:

—Se ha bebido todo el aceite de ricino.

El enfermo había convencido a uno de los innumerables chiquillos que le diera la botella y se la habían bebido juntos, aunque al chico no debía haberle gustado a juzgar por su cara llena de lágrimas y de churretones aceitosos. La botella de litro estaba mediada.

Provoqué una escena y grité al padre que si pasaba algo era de su responsabilidad, pero no le dio mucha importancia; tenía la antigua y primitiva idea de que nunca es mucho si la medicina es buena.

A la mañana siguiente, el viejo llegó a nuestra posición antes de que bajáramos al trabajo. Me eché a temblar cuando le vi. Pero estaba más que contento y se empeñó en darme todos los detalles exactos de la prodigiosa purga que había salvado a su hijo. Después me preguntó qué podía hacer, porque el enfermo se había quedado muy débil. Con la mayor seriedad le dije que no tenían que darle comida alguna y sólo una taza de leche cada dos horas. Dos días más tarde, el viejo nos visitaba de nuevo, seguido por cuatro mujeres cargadas con frutas y huevos y cuatro gallinas atadas por las patas en un manojo. Parece que el viejo moro me consideraba como su mejor amigo y no sólo yo, sino toda la posición era en adelante inviolable para los miembros de la kábila.

El mismo viejo, Sidi Jussef, venía a veces a buscarme al pie de la higuera y charlaba durante horas; frecuentemente me invitaba a tomar té

en su casa. El capitán insistió un día, bastante borracho, en que el moro tenía que beber coñac con él y nos colocó a todos en una situación difícil y ridicula. Sidi Jussef se negó a beber y yo me quedé temiendo que un día el capitán se encontrara una bala perdida, sin saber de dónde, por insulto religioso. Pero nunca se alejaba mucho de la posición sin compañías; no le pasó nada, con la excepción de que perdió completamente el respeto entre los trabajadores moros, la mayoría de los cuales procedían de la kábila de Sidi Jussef.

Por aquellos días estábamos trazando el camino que iba a seguir la pista en su descenso al valle de Charca—Xeruta. Me iba en las mañanas con una docena de soldados y tres o cuatro mulas llevando instrumentos y comida y descendíamos al valle, desarmados, aunque hubiera sido bien fácil matarnos a todos y robarnos las preciadas mulas. Pero Sidi Jussef nos había pedido que no lleváramos armas en estas excursiones.

—A veces los moros de las montañas bajan aquí —me había dicho—. Si os ven llevando armas os van a hacer una emboscada. Nosotros nos encargaremos de que no os pase nada.

Y nada nos pasó, con la excepción de que ocasionalmente veíamos a lo lejos, en la cresta de un cerro, la silueta de un moro y su fusil.

En el calor asfixiante de una tarde, después de la comida, Sidi Jussef se enfrascó en una conversación conmigo, una conversación que no puedo recordar cómo surgió.

—Los españoles son malos conquistadores —dijo—, pero son buenos colonizadores. El español tiene una adaptabilidad peculiar. Puede adoptar todas las características del mundo que le rodea y sin embargo mantener su personalidad intacta. La consecuencia es que a la larga absorbe el pueblo que ha invadido.

Se interrumpió y miró mi cara sorprendida, porque aunque a veces habíamos discutido las divergencias y afinidades entre españoles y árabes, Sidi Jussef nunca había expresado su opinión sobre los españoles en una forma tan dogmática.

—Mira la historia de la conquista de América: los conquistadores fueron igual que los soldados que hay ahora aquí: aventureros, desesperados, ladrones, borrachos y mujeriegos. Conquistan matando y corrompiendo. ¿Qué otra cosa hacen que usar la fuerza bruta, el soborno o la hipocresía política, los mismos medios que usaron Cortés o Pizarro, que soñaban con oro y nobleza, con riqueza y fama? La conquista militar de América es una vergüenza para España, pero su colonización es su gloria. Todas las gentes miserables que fueron allí y echaron raíces mezclándose con los indios, teniendo hijos y repoblando la tierra, fueron los verdaderos conquistadores de América. No fueron las colonias españolas las que se rebelaron contra España, sino los españoles de América los que se rebelaron contra su viejo país. Sí, les ayudaron los mestizos y los indios, pero cada revolución americana ha tenido un español a su cabeza...

Le conté esta conversación a Córcoles, porque me había impresionado que aquel moro conociera la historia de España mucho más profundamente que la mayoría de los españoles. Córcoles se encogió de hombros:

—Dicen que Sidi Jussef es un español que hace muchos años se escapó del penal de Ceuta. No me extrañaría que fuera verdad. Mi padre fue un oficial de prisioneros y ha conocido muchos presidiarios que se escaparon, o a quienes se puso en libertad, que se fueron con los moros. La mayoría de ellos llegaron a jefes de kábila... pero, me parece que tú estás tomando Marruecos muy en serio.

—Hombre, me interesa. Aquí podríamos hacer una obra grande. Si no fuéramos tan bárbaros como somos...

—Mira, no tomes las cosas así. Esto es justamente un negocio.

—Conformes. Es un negocio. Matamos moros y los moros nos matan a nosotros. ¿A ti no te importa?

—No. Si me matan, mala suerte; si no, en unos cuantos años me hago rico.

—Sí, las riquezas que tú hagas...

—¿Por qué no? Justamente ahora se va a licenciar el suboficial Pedrajas. Después de veinte años de servicio tiene el ochenta por ciento de la paga como pensión. Tiene tres o cuatro cruces pensionadas, aunque nunca ha estado en el frente; y tiene 150.000 pesetas en el banco, y una casa, una verdadera casa, en su pueblo. Y no creas que se ha privado de nada en todo este tiempo, ni vino, ni mujeres, ni un billete de mil pesetas en una banca de bacará. En los ocho años que ha sido subayudante del regimiento, rico.

—¿Y cómo se ha hecho rico?

—Robando. Robando grano de los caballos, garbanzos y ropa de los soldados y hasta las lámparas eléctricas del cuartel. Robando hasta escobas para barrer la cuadra.

—Ah, sí; y me puedo imaginar cuántos soldados han caído enfermos por no tener la manta que él había robado. ¿Y eso a ti te da lo mismo?

—No. No me da igual. He sido soldado y he dormido con una manta que tenía más años de servicio que el general Sanjurjo. Pero yo no puedo cambiar las cosas. Aquí, o comes o te comen; no hay otra solución. Naturalmente, ha habido gentes que han querido enderezar las cosas, pero todos han fracasado. Y lo peor es que si no robas, es lo mismo; te lo dan por hecho.

—Un día se rebelarán los soldados, como pasó en Madrid y Barcelona el año nueve. O los moros.

—¿Los soldados? ¡Quia! Se puede insurreccionar uno u otro; los fusilan y en paz. ¿Los moros? Los notables están comprados y nosotros somos los que tenemos los cañones y las ametralladoras. No le des vueltas en la cabeza a estos problemas; no los resuelves. Y en cuanto a los moros, no te hagas muy amigo de ellos. No hay más que una forma de tratar a los moros si quieres que te respeten, y es a palo limpio. Y encima más palos. Tan pronto como ven que te has ablandado, te has

caído. Es a lo que están acostumbrados. El mejor jefe es para ellos el que pega más fuerte. Hay que tratarlos firme. Vente mañana al zoco conmigo; es día de zoco y voy de compras. Vas a ver cómo hay que tratar esa gentuza. Yo nací en Ceuta y he conocido los moros desde que andaba a gatas. Vente mañana.

—Bueno. Le diré a Julián que haga mis veces. Vamos a ver tus talentos como un sargento de este ejército pacificador y colonizador.

—¿Sin chuflas, eh? ¿Te has creído que soy un misionero?

Capítulo 5

El blocao

En cualquier parte en Marruecos —al menos en el Marruecos de los moros— os encontráis siempre cerca de un zoco. Un zoco no es nada más que un mercado al aire libre. Casi siempre se le llama por el día de la semana en que se celebra y el sitio donde está emplazado: el Zoco de Jemis de Beni—Arós, el Zoco de Arbas de Tlazta, etcétera.

Antes de amanecer, comienzan a llegar a través de las veredas de la montaña las mujeres cargadas como bestias y tras ellas sus amos y señores, caballeros en sus burros. A veces, el burro va también cargado con un carnero, o una cabra, atadas las patas y atravesado sobre su lomo o con un atado de gallinas, pendientes de sus patas, las cabezas balanceantes empinándose en espasmos; porque los moros nunca venden carne muerta. Al amanecer, el sitio destinado al mercado está lleno con vendedores que a la vez son compradores potenciales.

Córcoles y yo fuimos al Zoco del Arbaa acompañados de cuatro soldados y tres mulos. Ibamos a comprar carne fresca, huevos y fruta para toda la compañía. Cuando llegamos, a las nueve de la mañana, el zoco estaba en su apogeo.

—La carne la compraremos lo último —dijo Córcoles—. Algunas veces se llena de gusanos en media hora. Además, cuanto más tarde, más barata.

Zascandileamos de un lado a otro curiosos y nos detuvimos en el corro de un encantador de serpientes. Escuchamos su historia, interminable como siempre, y huimos cuando comenzó sus trucos, porque nos daban ganas de vomitar ver al moro meterse un reptil por la nariz y sacarlo por la boca.

Nunca he podido resistir la tentación de los puestos de cosas viejas, y allí había uno que me fascinaba particularmente: papeles de cocina amarillos, pintarrajeados de rameados verdes y rojos chillones, extendidos sobre el suelo. Cajas de velas inglesas y de jabón marsellés.

Dos viejas lámparas de petróleo. Cartuchos de perdigones para todos los calibres imaginables, revueltos en un montón. Una cesta de huevos. Cinco gallinas atadas a un poste. Un revólver roñoso, con el gatillo roto y seis cartuchos dispares colocados alrededor de él, con las vainas cubiertas de verdín y sus balas de plomo dentadas y manchadas hasta perder la forma. Un montón de lana de oveja recién esquilada y pringosa aún de churre, y otro montón de latas de petróleo vacías. En el centro, en el sitio de honor, una montaña indescriptible de piezas de metal: trozos de espuelas, ruedas dentadas de despertadores, agujas roñosas para coser sacos, alicates con las pinzas rotas...

El propietario era un moro envuelto en una chilaba astrosa color café, que fumaba su pipa de kiffi y no hacía nada más. Sentado sobre sus ancas tras su exposición permanecía mudo, mientras todos a su alrededor gritaban a cuello herido sus ofertas. Por un momento levantó la vista y nos miró a Córcoles y a mí, para volver a hundirse indiferente en las delicias de la simiente de cáñamo. Córcoles señaló la cesta de huevos:

—¿Cuánto quieres?

—Cincuenta céntimos la docena.

—Dame dos docenas.

El moro alargó su mano para coger el dinero sin cambiar de postura. Córcoles le dio una moneda de plata. El moro no la cogió y en cambio dijo:

—Cincuenta céntimos españoles.

Córcoles se guardó su dinero, me cogió del brazo y me alejó del puesto.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes? Aquí hay dos clases de moneda, la nuestra y lo que ellos llaman assani, que es la del Sultán. Yo le he dado un duro assani, que vale medio duro de los suyos. Pero estos granujas no quieren tomar su moneda. Bueno, no tardará en llamarnos. No te apures.

No nos llamó. Ibamos despacio, pero el moro seguía allí sin moverse, lanzando bocanadas de humo. Córcoles murmuró:

—Vamos a volver. Los huevos son baratos. Dame seis docenas —dijo al moro.

—Seis docenas son un duro español, cinco pesetas.

—Pero ahora mismo has pedido cincuenta céntimos por docena...

—Oh, sí. Eso era antes... —y siguió fumando su pipa.

Córcoles sacó del bolsillo su cartucho de máuser y se puso a juguetear con él en la mano. El moro apartó la pipa de su boca y se quedó mirando.

—¿Lo vendes? —preguntó al fin.

—No —dijo Córcoles. Y nos marchamos desdeñosos. Pero ahora el moro se levantó y vino tras nosotros, tirando a Córcoles de la manga para llamar su atención:

—Yo compro cartuchos.

—¿Cuántos huevos hay en la cesta?

—Nueve docenas.

—¿Cuánto?

—Cincuenta céntimos la docena.

—¿Assanis?

El moro tragando saliva:

—Assanis.

—¿Cuántos cartuchos quieres?

El moro barboteó jubiloso:

—Todos los que traigas. Cien, mil, yo compra todos.

—Te van a costar caros, ¿sabes?

Volvimos al puesto. Córcoles cogió la cesta de huevos y me la colgó al brazo:

—Toma, dale esto a los muchachos, que lo pongan con cuidado en un mulo. —Me guiñó un ojo y me marché sin replicar.

Cuando volví, Córcoles tenía al lado suyo un soldado de la Mehalla, la policía nativa. Los tres estaban empeñados en una discusión acalorada. Al cabo de un rato, Córcoles dejó a los moros frente a frente y se reunió a mí:

—¿Qué es lo que ha pasado? —le pregunté.

—Nada, que tenemos huevos baratos, a veinte céntimos la docena, y le he dado un susto al moro que no le va a salir del cuerpo en tres meses.

—Pero ¿qué es lo que has hecho?

—Nada. Simplemente le he ofrecido mil cartuchos a un real la pieza. Cuando ha aceptado, he llamado al Mehalla. Y, naturalmente, con la policía al lado, se ha arrepentido de la compra, y no ha pasado más. Toda esta gentuza es peor que los gitanos. Ya verás. Ahora vamos a comprar una cabra.

El puesto del carnicero consistía en una hilera de postes con ganchos, de algunos de los cuales colgaban las pieles de los animales ya vendidos. En la parte de atrás había un corralillo atestado de corderos y cabras. Córcoles escogió una cabra.

—¿Cuánto?

—Siete duros, sargento.

—Cinco.

—Seis y medio.

Después de un regateo interminable se pusieron de acuerdo en los cinco duros y la piel para el carnicero. —Ahora verás —susurró Córcoles.

El carnicero degolló la cabra sobre la tierra y colgó el cuerpo en uno de los ganchos. Hizo un corte triangular en una de las patas, levantó la solapa de piel, puso sus labios en el corte y comenzó a soplar. Lentamente la piel se iba despegando de la carne y la cabra se iba hinchando, adquiriendo una figura monstruosa. Finalmente hizo un largo corte en el vientre y arrancó la piel como si le quitara al animal un

abrigo. Dejó el cuerpo ya pelado sobre una mesa cubierta con hule amarillo, vivero de moscas, y Coreóles puso cinco duros assanis al lado. El vendedor estalló en una protesta violenta:

—¡Assanis, no!

Córcoles recogió el dinero y, dejando la cabra muerta sobre la mesa, me llevó consigo:

—Ahora verás, la cabra es nuestra.

El carnicero salió tras de nosotros. Chilló, insultó e imploró, sin que le hiciéramos caso alguno. Por último, aceptó cuatro duros españoles por la cabra y nos llevamos el animal con todas las maldiciones de Alá encima.

—Es muy sencillo —explicó Córcoles—: la cabra ya no podía venderla. Los moros no compran carne cuando no presencian el matarla. Dentro de una hora, en este sol de julio, la cabra es invendible. Ningún español le daría entonces ni diez pesetas. ¡A no ser tal vez un sargento de Cazadores!

—¿Por qué un sargento de Cazadores?

—Porque es de lo único de donde pueden robar, de la comida. Pagan cinco o diez pesetas por una cabra o un carnero que está medio podrido, lo meten en el rancho de los soldados y lo ponen en la cuenta en treinta pesetas. Es de lo que chupan. No tienen paga extra como nosotros, ni pueden hincharse de comer grava de carretera.

—¡Pero es una bestialidad! ¿Y los soldados?

—Bueno, los soldados; a unos les da disentería y a otros el tifus. Pero los soldados cuestan baratos.

—Verdaderamente, entre nosotros no hay muchas epidemias.

—Nosotros somos príncipes. Aquí se está bien, si tienes dinero. ¿Cuándo has visto tú un general con malaria? Pero mira a los de infantería, sobre todo a los Cazadores, y verás.

El carnicero volvió a aparecer, conduciendo una cabra con las tetas goteando leche.

—He vendido los cabritos. Te la vendo.

—¿Qué te parece? —me preguntó Córcoles.

—No estaría mal tener leche.

—¿Cuánto quieres?

—Diez duros españoles.

—Te doy cinco.

Después de otro regateo interminable compramos la cabra en los cinco duros y nos la llevamos atada a la cola de uno de los mulos. Volví a reanudar la discusión:

—¿Entonces tú crees que tendrían menos enfermos en infantería si les dieran mejor de comer?

—Naturalmente. Bueno, tú no conoces todavía las cosas aquí, pero ya te las iré explicando. Casi todos los oficiales que vienen aquí, vienen a hacerse ricos. La verdad es que, cuando están aquí, se gastan los cuartos y nunca llegan a ricos; pero eso es otra cosa. Pero con los sargentos y los suboficiales es diferente.

No vienen aquí a hacerse ricos, vienen como soldados, a la fuerza; y vienen la mayoría de ellos de sus pueblos, hartos de pasar hambre. Un buen día se encuentran con una paga en la que no podían ni soñar como jornaleros, y con un uniforme y una categoría que les permite manos sucias. Ésos son los hombres que se hacen ricos aquí. Ya va siendo hora que te vayas enterando de las cosas. Mañana te voy a llevar al blocao.

Blocaos, como entonces los conocíamos, eran barracas de madera, de unos seis metros de largo por cuatro de ancho, protegidas hasta la altura de un metro y medio por sacos terreros y muy raramente por plancha de blindaje, y rodeadas por alambre de espino. En este reducido espacio se estacionaba una sección de compañía al mando de un sargento: veintiún hombres, aislados del resto del mundo. En casos excepcionales se destacaba con ellos un soldado telegrafista con un heliógrafo y una lámpara Magin, para mantener día y noche comunicación con el blocao más cercano y, a través de él y de una

cadena de otros, comunicar con la base. Pero la mayoría de ellos no tenía este medio de comunicación.

Sobre un cerro más alto que el nuestro, al otro lado del arroyo de Hámara, había un blocao semejante. De día y de noche oíamos los «pacos» que le disparaban algunas veces. Era un puesto avanzado enfrentado con el valle de Beni—Arós y los moros permanecían constantemente emboscados y disparaban a la silueta de un soldado o a la brasa de un cigarrillo. La guarnición era una sección de Cazadores.

Cuando llegamos Córcoles y yo, nos recibió entusiasta un sargento barbudo y flaco, con la cara amarilla de fiebre. Nuestros caballos llevaban unas pocas botellas de cerveza, una ristra de chorizos y dos botellas de coñac. Un hombrecillo pringoso, embutido en un uniforme harapiento, recibió la orden de guisar un arroz en honor nuestro. Otro hombrecillo se paseaba arriba y abajo, detrás del parapeto de sacos terreros que cubría la puerta de la alambrada. Los campos bajo nosotros tenían una paz infinita.

—Lo mejor es que nos metamos dentro —dijo nuestro anfitrión—. Aquí nunca está uno seguro, y menos un grupo como el que ahora estamos. Esos hijos de puta tienen buena puntería.

Entramos. En el rincón de la derecha, detrás de la puerta, el sargento había puesto un tabique de tablas para hacerse una alcoba. El resto de la barraca era una simple habitación con la tierra desnuda como piso. Las camas de los hombres estaban en dos hileras a lo largo de las paredes laterales, dejando un pasillo estrecho en medio. Encima de cada cama, en una repisa, estaba el macuto y una caja de madera. La mayoría de los hombres estaban tumbados fumando. Alrededor de una de las camas del fondo un pequeño grupo jugaba a las cartas. A la altura de los ojos, las paredes estaban perforadas por troneras. El sol entraba a través de ellas en chorros de luz que dibujaban rectángulos deslumbrantes sobre el piso y sumergían todo lo demás en la oscuridad, hasta que los ojos se acomodaban a la penumbra. Había un olor que no sólo le saltaba a uno a

las narices, sino que parecía agarrarse a la piel y a los vestidos y depositarse allí en capas como pintura. Un olor semejante al olor de ropa sucia dejada por semanas en un rincón húmedo, sólo que cien veces peor.

Charlamos de unas cosas y otras, hasta que yo dije que quería saber cómo vivían allí.

—Éste es novato aquí —dijo Córcoles— y, lo que es peor, tiene ideas socialísticas o algo así. No es de los nuestros en todo caso.

Hizo una mueca, la mueca del hombre que está en el secreto, y el barbudo sargento me consideró compasivamente.

—Ya cambiará —dijo—. Por mí puede usted mirar lo que quiera o hacer lo que le dé la gana. Yo me quedo aquí con esta moza. —Y acarició el cuello de una de las botellas de cerveza.

Salí del cuarto del sargento al cuarto común. Al pasar a lo largo de los camastros, los hombres me miraban con ojos de perro curioso. A mitad de camino, uno de ellos se levantó obsequioso:

—Si quiere usted mear, mi sargento, la lata está allí.

En un rincón había una lata de petróleo. Más tarde me contaron la historia: los hombres la usaban para orinar, porque si no tenían que salir afuera. Cuando los ataques del enemigo eran muy frecuentes, la usaban para todo. Cuando la lata estaba llena, tenía que vaciarla fuera de la alambrada el que le tocaba el turno. Esto, frecuentemente, provocaba un tiro, algunas veces una baja, y entonces se perdía la lata. El primero que tenía necesidad de aliviarse podía elegir entre salir por la lata, que era seguro estaba cubierta por un «paco», o evacuar en alguna parte fuera de la alambrada, a su propio riesgo. En un sitio tal, donde pueden imponerse pocos castigos por faltas de disciplina, los castigos consistían en dobles guardias de noche, en tener que ir por agua al exterior, o en vaciar la lata de petróleo durante un cierto número de días. Así, la lata de petróleo y su contenido se había convertido en un símbolo de vida o muerte y en el tópico principal de comentario y conversación.

Cuando llegué a la cama donde los soldados jugaban a las cartas, éstos interrumpieron el juego y se quedaron en silencio, embarazados. Saqué un paquete de tabaco y liaron parsimoniosos sus cigarrillos.

—Qué, ¿cómo van las cosas aquí? —pregunté.

—Bien —contestó uno de ellos después de un largo silencio—. Si no le dan a uno un tiro y si no le dan las palúdicas.

Me senté en el borde de la cama, un saco relleno de paja, tendido en el suelo y cubierto con dos mantas viejas.

—Ahora contadme qué hacéis aquí todo el día. —Trataba de hacerles hablar—. Allí abajo en Hámara estamos desmontando para hacer una pista y os vemos a veces; también a veces oímos que os sueltan un «paco».

—Pues, bueno, aquí, no hacemos nada del todo —dijo el que había hablado antes—. A mí me quedan tres meses sólo...

—Entonces, ya eres un veterano completo.

—Treinta y tres meses de mili. El más viejo de aquí. Todos estos son quintos al lado mío; vamos, «borregos». ¡La cantidad de piojos que me he quitado! Nunca desde que era un chico, porque, ¿sabe usted, mi sargento?, cuando somos chicos todos tenemos piojos, ¿sabe usted?

—¿Y qué vas a hacer cuando te licencies? —¿Qué va a hacer uno? Trabajar...

—¿Qué oficio tienes?

—¿Oficio? Pues, cavar y arar detrás de unas mulas. ¿Qué profesión va usted a tener en un pueblo como el mío, como no sea usted el cura? Y a veces hasta el cura tiene que cavar. Allí todo el mundo destripa terrones.

—Hombre, supongo que en tu pueblo habrá alguna tienda; y un médico y un boticario; aunque sea un zapatero remendón. No van a ser todos destripaterrones como tú dices.

—Pues sí, señor. Yo vengo de un sitio que llaman Maya, allá en la sierra en la provincia de Salamanca, y allí no hay nada de lo que usted

dice. Una especie de taberna es lo único que hay, que ni es taberna ni es nada y venden pan allí. Y si alguno se pone malo, pues hay que llamar al doctor a Béjar. Pero tenemos un curandero que sabe más que el doctor. Mire usted, cuando el doctor viene, seguro que alguien se muere.

—¿Tienes novia?

—Anda, claro.

—¿Le escribes?

—Yo no, porque no sé. Ése, Matías, que es el único que sabe escribir bien aquí. —Me señaló a un soldado con una cara lastimosa de puro estúpido, que se sonrojó y se echó a reír locamente.

—¡Y le escribo cada cosa! —soltó entusiástico el escriba.

—Cuéntame qué le escribes.

—Anda, ¿qué le escribo? Pues las cosas que éste suelta: «¡Tengo unas ganas de darte un pechugón!» y cosas así. Un día se le ocurrió una buena y la escribí tal como la dijo. Luego la escribí a las novias de todos éstos y hasta a la mía también. Fue y dijo: «Cuando nos casemos y nos metamos en la cama, voy a meter la cabeza entre tus tetas y voy a hozar allí como los cerdos hasta que me ahogue». El inventor de la frase se puso encarnado, más de orgullo que de modestia, y explicó:

—Sabe usted, mi sargento, si no hace usted nada en todo el día, pues se pone uno a pensar y le vienen ideas. Y luego éste, que ha dormido con no sé cuántas mujeres, nos cuenta cosas y... bueno, usted sabe lo que yo quiero decir. —Hizo una pausa—.

No es que a mí me dé vergüenza, porque éstas son cosas de hombres, pero bueno, pues uno no puede dormir después.

—¿Así que tú tienes experiencia, eh? —le dije al que sabía de mujeres, un tipo de golfillo en un uniforme demasiado grande. —Imagine usted, mi sargento, he sido limpiabotas en Salamanca. Y esto ya es algo. La ciudad de la sífilis, la llaman. ¿Ha estado usted allí?

—Sí.

—Bueno, entonces usted conoce cómo es. De día en los cafés y en los soportales de la plaza, y por la noche en las casas de putas. Las putas son buenas chicas y siempre piden que les limpien los zapatos para que paguen los cabritos. Y claro, siempre tiene uno un capricho. Éstos no saben nada de la vida.

—Pues yo me he acostado con mi novia antes de venir aquí —exclamó uno de ellos.

—¡Qué, lo dices tú que te has acostado! Sois unos maricas. Cuando vais a Tetuán os da miedo acostaros con una mujer.

—Porque son unas guarras. Dame una de las putas de los sargentos y verás. Mire usted, mi sargento, en Tetuán hay putas a dos reales, pero tienen más piojos que aquí. Para lo único que son buenas es cuando va a haber operaciones.

—¿Operaciones?

—Sí, señor. Cuando va a haber tiros. Si tiene uno suerte, pues le dan un permiso para ir a Tetuán y se busca uno una tía que esté mala, y se acuesta con ella. Le mandan a uno al hospital por dos o tres meses y no tiene uno que andar corriendo cuando llueven balas. Pero las tías piojosas lo saben y piden doble.

Nos interrumpió el rancho de mediodía, un caldero enorme lleno de judías blancas nadando en un caldo rojo ladrillo, seguido por otro lleno de café, agua tenuemente coloreada, en la que los soldados empapaban trozos de pan. Uno de ellos trajo una lata de leche condensada y dejó caer un chorrito fino en su café.

—Caray, ¡vaya un lujo que te gastas!

—No, señor. Es que tengo las tercianas y me dan una lata de leche cada tres días.

—Pero si tienes tercianas, debías estar en el hospital.

—Bueno, eso es si tiene uno las palúdicas todo el día. Pero con un poco de fiebre un día sí y otro no, le ponen a uno a quinina y a leche y le dejan de servicio. Claro que el día que me da, no lo hago.

Comimos con el sargento, arroz hecho con los chorizos que habíamos llevado, y bebimos café, un café que era indudablemente mejor que el de los soldados, pero que era infernalmente malo. Después nos pusimos a charlar con una botella de coñac entre nosotros.

—Y usted, ¿cómo lo pasa aquí?

—No muy mal. La cocina me da unas diez pesetas al día: y siempre se saca algo de la ropa, aunque haya que dejarle su parte al suboficial. Y la comida me sale gratis; donde comen dieciséis, comen diecisiete.

—Ya hay que hacer números para alimentar a diecisiete y sacar diez pesetas diarias.

—No tanto como parece. Judías, garbanzos, patatas, arroz y bacalao; sal, aceite y vinagre y mucho pimentón. Todo de Intendencia y todo barato. No me gasto más que tres reales por cabeza y a veces hasta les compro un barrilito de vino. No me gusta explotar a los pobres diablos. Saben que les robo, pero otros son peores que yo y también lo saben. En Miscrela hubo un sargento que los alimentó dos meses con sólo judías con pimentón, cocidas en agua. Además, ellos también arramblan con lo que pueden. Si uno de los moros se descuida, le roban alguna gallina o algún cordero y hay fiesta; ponen trampas a los conejos, y cuando se presenta la ocasión, le dan un tiro a un pájaro. —Se calló pensativo—: Pero uno gana mucho más dinero cuando hay una operación o cuando se va de convoy. Entonces se le da a cada hombre una lata de sardinas y un par de galletas, y ya está aviado para todo el día.

—No me choca que revienten y acaben en el hospital.

—Los que acaban en el hospital son los que no sirven para nada. Yo llevo en África veinte años y hoy se vive con lujo. Tenía usted que haber visto la comida que nos daban entonces. Galletas a cada comida. Galletas de la guerra de Cuba. Tan duras que las teníamos que partir con el machete sobre una piedra, o empaparlas en agua para comerlas.

Todavía hay algunas, pero ya no se atreven a darlas, porque están llenas de gusanos.

—¿Cuánto tiempo está usted en el blocao?

—La regla es un mes, pero yo me quedo voluntario. Si va uno a Tetuán, se gasta los cuartos. Aquí gana uno dinero y es lo único que importa. Ya tengo ahorradas más de diez mil pesetas. Aparte de eso, se está mejor en el blocao que en el frente; es más tranquilo. Pero usted, usted tiene suerte. Si a mí me hubiera tocado Ingenieros, a estas horas era rico.

A la caída de la tarde Córcoles y yo nos fuimos cerro abajo. Los campos seguían absurdamente llenos de paz. Un moro pasó por una vereda, trotando sobre un borriquillo, un perro flacucho trotando a compás tras él. De la pista, que aparecía en la distancia como un hormiguero, venían las notas del cornetín tocando alto el trabajo.

—Pero esa gente vive peor que los moros en sus chozas de paja —dije a Córcoles.

—Bah. No te preocupes. Mierda que no ahoga, engorda —me replicó.

Capítulo 6

Víspera de batalla

—Van a empezar en abril.

—Eso dicen. La primavera es el mejor tiempo.

—Hay quien dice que van a empezar desde Ben—Karrick y otros que desde Xauen. Naturalmente, tú lo sabes mejor que yo...

—Claro.

No conocía una palabra de los planes de campaña, pero no pude resistir el deseo de mostrarme bien enterado.

—Cuéntame. Me apuesto a que van a empezar por Xauen.

—Naturalmente. Fíjate, el valle de Beni—Arós está cerrado por Xauen y por Larache en las dos puntas, y por las posiciones francesas y las nuestras por ambos lados. Vamos a mandar una columna desde Larache y otra desde Xauen y vamos a coger al Raisuni en medio, sin que tenga escape.

Pero Luisa quería conocer mucho más. Como un estratego de café, le fui detallando todas las operaciones que se planeaban.

Después, nos acostamos. Aquella noche no esperaba al general.

Al día siguiente le conté a Montillo el curioso interés de la Luisa en el plan de operaciones.

—Has hecho bien en contarle un cuento. La zorra esa está chupando por los dos lados, o mejor, yo creo que por tres, porque me parece que está dando información a los moros por un lado y a los franceses de Tánger por otro. De todas maneras, tenemos que contárselo al comandante.

La consecuencia fue que se me pidió que cultivara la amistad de la Luisa y que le fuera dando informes cada vez más detallados de las operaciones que iban a emprenderse por el camino de Xauen. Yo seguía sin tener más nociones que antes del plan. Mi trabajo era coleccionar los informes de los agentes, hacer notas y trazar mapas más o menos rudimentarios del valle de Beni—Arós v de sus líneas de comunicaciones.

Poco a poco fui conociendo a los jefes de las fuerzas de operaciones. El general Dámaso Berenguer, alto comisario de Marruecos, macizo y pesado, con una voz untuosa. El general Marzo, también de la familia de los generales gordos, con un corsé bajo el uniforme, sanguíneo y apopléjico, con un genio explosivo. El coronel Serrano, rechoncho y valiente hasta la temeridad, un hombre paternal a quien adoraban sus soldados por su buen humor y por su carencia absoluta de miedo. El teniente coronel González Tablas, alto, enérgico, una autoridad entre los moros de Regulares, de quien era el jefe, con mucho del aristócrata entre los demás jefes, que la mayoría parecían campesinos acomodados y quienes le odiaban cordialmente, o al menos a mí me lo parecía. Y, finalmente, el general Castro Girona, amabilísimo, pero extraño, con su piel tostada, su cabeza rapada y su interés genuino por los moros.

Este general, que parecía fundido para ser el «Hombre de Marruecos», disfrutaba de un prestigio tremendo entre los moros, muchos de cuyos dialectos hablaba bien. Político astuto, hizo posible la

ocupación de Xauen sin derramamiento de sangre, a costa sólo de unos cuantos tiros sueltos; semanas antes de la operación entró en la ciudad disfrazado de carbonero moro y negoció el rendimiento con los notables, amenazándolos con un bombardeo del pueblo y ofreciéndoles a la vez beneficios pecuniarios.

Esta hazaña, indudablemente, salvó a cientos de familias españolas de llevar luto, porque Xauen está escondida entre montañas en una posición casi inexpugnable. Pero le ganó la enemistad unánime de los generales que soñaban con una «conquista» de Xauen, la ciudad sagrada, y con escribir «una página gloriosa de historia». En las operaciones siguientes Castro Girona no recibió ningún mando de fuerza. Las condecoraciones y los ascensos se reservaban para los otros.

Lo que yo vi del Estado Mayor del ejército español en aquella época, me mueve a hacerle justicia. He visto allí hombres que representaban la ciencia y la cultura militares, estudiosos y desinteresados, luchando constantemente contra la envidia de sus hermanos oficiales en otros cuerpos y contra el antagonismo de los generales, muchos de los cuales eran incapaces de leer un mapa militar y, siendo por tanto dependientes del Estado Mayor, odiaban o despreciaban a sus miembros. Los oficiales del Estado Mayor, en general, eran impotentes: cuando un general tenía «una idea», su único trabajo era tratar de encontrar la forma menos peligrosa de ponerla en práctica, ya que les era imposible rechazarla. Las ideas de los generales eran, casi sin excepción, basadas en lo que ellos se complacían en llamar «por cojones».

Hacia el fin de marzo de 1921, los preparativos del Estado Mayor para las operaciones próximas estaban terminados. Volví a la compañía en Hámara. Tenía la orden de cesar el trabajo en la pista y unirme a una de las columnas, dejando en la posición un pelotón a las órdenes del alférez Mayorga y al señor Pepe con sus moros.

Por primera vez iba a ir a la guerra.

Cada soldado cogido en el mecanismo de un ejército se pregunta a sí mismo en la víspera de ir al frente: «¿Por qué?». Los soldados españoles en Marruecos se hacían la misma pregunta. No podían evitar el intentar entender por qué se encontraban en África y por qué tenían que arriesgar sus vidas. Los habían hecho soldados a los veinte años, porque tenían veinte años; los habían destinado a un regimiento y los habían mandado a África a matar moros. Hasta aquí, su historia era la misma de todos los soldados que son movilizados por una ley y mandados al frente de batalla. Pero en este punto comenzaba su historia puramente española:

«¿Por qué tenemos nosotros que luchar contra los moros? ¿Por qué tenemos que "civilizarlos" si no quieren ser civilizados? ¿Civilizarlos a ellos, nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas, las casas son de adobe, dormimos con la ropa puesta, en un camastro de tres tablas en la cuadra, al lado de las mulas, para estar calientes. Comemos una cebolla y un mendrugo de pan al amanecer y nos vamos a trabajar en los campos de sol a sol. A mediodía comemos un gazpacho, un revuelto de aceite, vinagre, sal, agua y pan. A la noche nos comemos unos garbanzos o unas patatas cocidas con un trozo de bacalao. Reventamos de hambre y de miseria. El amo nos roba y, si nos quejamos, la Guardia Civil nos muele a palos. Si yo no me hubiera presentado en el cuartel de la Guardia Civil cuando me tocó ser soldado, me hubieran dado una paliza. Me hubieran traído a la fuerza y me hubieran tenido aquí tres años más. Y mañana me van a matar. ¿O voy a ser yo el que mate?»

El soldado español aceptaba Marruecos como aceptaba las cosas inevitables, con el fatalismo racial frente a lo irremediable. «Sea lo que Dios quiera», dice. Y esto no es una resignación cristiana, sino una blasfemia subconsciente. Dicho así, significa que uno se siente

impotente ante la realidad y tiene que resignarse a la voluntad del usurero cuando le quita a uno el trozo de tierra, aunque se haya pagado tres veces su valor, por la simple razón de que nunca tuvo uno junta la suma total de la deuda.

Este español «sea lo que Dios quiera» no significa esperanza en Dios y en su bondad, sino el fin de toda esperanza, la expectación de lo peor.

Los soldados españoles en Marruecos tenían todos los motivos para sentirlo así.

En la víspera de nuestra marcha, tres soldados se presentaron a reconocimiento médico. Uno tenía una alta fiebre y hubo que dejarlo en la tienda. Otro, que se había herido ligeramente en un dedo con el alambre de espino, tenía la mano terriblemente hinchada. El tercero tenía gonorrea. Tuvieron que quedarse en Hámara hasta que se les evacuara al hospital del Zoco del Arbaa o de Tetuán. El resto de la compañía emprendió la marcha a Ben—Karrick.

El cornetín marchaba al lado de mi caballo. No sólo reanudaba así la intimidad de nuestras conversaciones bajo la higuera, sino que también podía descargar parte de su equipo sobre las ancas del caballo y agarrarse a su cola cuando escalábamos un cerro.

—Martínez tenía una mala fiebre —dije, por decir algo.

—Lo que tiene es frescura.

—¿Frescura?

—¡Cómo se ve que no conoce usted a esa gente! No le pasa nada. Ni a los otros dos tampoco.

—No me digas que estoy ciego o tonto. Martínez tiene fiebre. Sotero tiene la mano como mi bota y Mencheta está chorreando pus.

—Sí, sí. Y ninguno de ellos quiere ir adonde voy yo. Martínez se puso una cabeza de ajo bajo el sobaco durante la noche. Sotero se metió ortigas machacadas en el rasguño que tenía y Mencheta se ha puesto un sinapismo.

—¿Un sinapismo?

—Sí, señor. Uno de esos papeles untados de mostaza, que venden en la botica para los catarros. Hace usted un tubito delgado con ellos y se los mete en el caño de la orina y lo deja allí toda la noche; al día siguiente es un chorro. Ahora los tres irán al hospital, y cuando ya no puedan seguir más con sus trucos, las operaciones se han acabado. Yo lo he hecho muchas veces. Hay muchas cosas más que se pueden hacer: come uno tabaco y se vuelve amarillo, como si tuviera ictericia. Se calienta una perra gorda y se hace uno una úlcera en una pierna. Ahora estamos aquí en el campo y no se puede hacer nada, pero en Tetuán, seguro que toda la noche ha habido colas en las casas de zorras donde hay alguna enferma. En una semana, docenas van a ir de cabeza al hospital.

—¿Me supongo que sabes lo que se arriesga con esas cosas?

—Sí. Pero un balazo en la tripa es peor. Si le dan a uno, se acabó. Le da a usted peritonitis y revienta; porque los doctores se quedan en la retaguardia. Ya lo verá usted. Todos éstos vienen, la mayoría porque son tontos y otros porque no han podido ir a Tetuán. A veces, en víspera de operaciones hay docenas más.

—Entonces, tú, ¿por qué vienes? Podías haber usado uno de esos trucos.

—Yo ya no lo puedo hacer más. Tarde o temprano empiezan a fijarse en uno y se corre el riesgo de ir a presidio. Ahora, cuando toca ir de operaciones, me digo: «Sea lo que Dios quiera», y echo para adelante.

A primeras horas de la tarde llegamos a Ben—Karrick. En la época era una de las bases de operaciones. Era un pequeño campamento con un cuartel para los Regulares y la infantería, un depósito de intendencia y almacenes para los contratistas del ejército. Tenía varias cantinas bien abastecidas de vino, licores y comestibles en conserva. De vez en cuando, dos o tres mujeres venían de Tetuán y se pasaban allí unos días.

Armamos las tiendas fuera de la posición. Se estaba formando una columna de ocho mil hombres a las órdenes del general Marzo. Tendríamos que esperar un par de días, hasta que todo estuviera listo, y entre tanto Ben—Karrick se convirtió en una fiesta. No había más que comida y bebida, pero ¡cómo comimos y bebimos!

En el código español de relaciones personales, la borrachera se considera no sólo desagradable y molesta, sino también como una falta de virilidad. Un grupo de amigos acabará por expulsar al que no puede soportar su bebida o restringirse de acuerdo con su resistencia. Le echarán por exhibirse él mismo como «poco hombre». Pero en ciertas ocasiones esta regla no rige, como por ejemplo en Nochebuena o en la noche de Año Nuevo. Y en Ben—Karrick era lo mismo. Se bebía para emborracharse.

La cantina del Malagueño era un sitio favorito de reunión de los sargentos, y el propietario, orgulloso de su clientela, ponía en la puerta a cualquier soldado que se atreviera a entrar. El Malagueño había comenzado como un cantinero que seguía a las columnas en marcha con un borriquillo cargado con cuatro damajuanas llenas de agua. Vendida a vasos, el agua se transformó en vino, las damajuanas en pellejos y el burro en mulo. Después levantó una barraca de tablas en la posición de Regaia. Ahora tenía un gran almacén en Ben—Karrick, lleno de jamones, chorizos, latas de sardinas, cerveza alemana, leche holandesa en lata, licores de todos los orígenes, vinos finos andaluces y una cocina en la que se podía hacer comida a cualquier hora. Junto al almacén había instalado un barracón donde mataba corderos y de vez en cuando una vaca, y de allí surtía las cocinas de todos los oficiales y sargentos de la guarnición con carne fresca.

Julián estaba en la misma situación que yo: iba a entrar en acción por primera vez en su vida. Su alegría natural de hombre gordo estaba nublada por sus pensamientos. Él, que acostumbrada a beber vino

mezclado con agua en las comidas, estaba apurando vasos grandes de manzanilla.

—Te vas a emborrachar —le dije.

—Cuanto más borracho, mejor. Me quiero emborrachar. La culpa es de mi padre: si mañana me dan un tiro y me matan, ¿qué pasa?

—Nada, te enterramos y en paz. No te apures.

—Pobrecito —dijo Herrero—, está tan gordo que hace un blanco precioso. Te van a dar un tiro en la misma tripa.

—No te apures, tú te escondes detrás de mí —remató Córcóles, estirándose en toda su flacura.

Pero Julián no estaba para aguantar bromas. Se iba poniendo más y más moroso y bebiendo más y más. De repente estrelló el vaso contra el suelo y gritó:

—¡Me cago en mi padre!

El Malagueño conocía a Julián y a su padre y la historia de ambos. Levantó la trampilla del mostrador, se vino a nosotros y golpeó amistoso un hombro de Julián.

—Sí, señor. ¡Me cago en mi padre!

—Bien hecho. Si yo fuera tú, haría lo mismo. Y además le jugaría una mala pasada. ¿Sabes lo que yo haría, si fuera tú?

—¿El qué?

—Pues, mañana o al otro, el día que te encuentres ante los moros, si yo fuera tú, iba a echar para adelante y les iba a dejar que me dieran un tiro. Y mi padre se iba a arrancar las barbas de rabia.

Estallamos en carcajadas, pero Julián se puso lívido y le pegó una bofetada al Malagueño. El otro comenzó a soltar blasfemias horrendas y, agarrando el cuchillo de cortar el jamón, comenzó a gritar:

—¡Le mato! ¡Le voy a rajar las tripas! Ni el mismo Dios me ha pegado a mí en la cara. ¡Le voy a degollar como a un cerdo!

—Primero danos unos vasos de manzanilla. Después le rajas las tripas, si quieres. Pero lo mejor que podrías hacer era darle un vaso grande de coñac.

—Eso es una idea, compadre.

El Malagueño llenó nuestros vasos de vino y llenó el de Julián de coñac hasta los bordes.

—¡Bébetelo, hijo, bébetelo, a ver si se te cura la mala leche!

Julián vació el vaso de un golpe. Tres segundos más tarde estaba en el suelo como un talego. El Malagueño le levantó amorosamente en los brazos, le metió en la trastienda y le dejó sobre unos fardos del almacén. Nos mezclamos con un grupo de sargentos de infantería, todos hombres ya maduros, con largos años de servicio en África. Uno de ellos, un tipo flaco y amarillento, pareció cogerme simpatía:

—¡Con las ganas que tenía yo que empezaran las operaciones! —dijo.

—Qué, ¿te gusta el jaleo?

—No me hace mucha gracia, pero es la única probabilidad que tiene uno de un poco de suerte.

—¿De suerte para qué?

—De que caiga un ascenso. Con nosotros no pasa lo que en Ingenieros. Para llegar a suboficial, necesitamos diez o doce años. La única suerte que uno puede tener es que le den un tiro de suerte o que le maten a uno la sección. Es mucho más fácil ascender por méritos de guerra que por antigüedad.

—¿Y qué ibas a sacar? Diez duros más al mes.

—¿Que qué iba a ganar? Algo más que eso. De sargento no sacas nada más que cuando te nombran de cocina o cuando te mandan a un blocao. Pero de suboficial, eres tú quien te encargas del vestuario de la compañía. Imagínate, lo menos mil pesetas al mes y me quedo corto. Y con un poco de suerte en operaciones.

—¿Qué suerte? ¿Otro tiro?

—No, hombre, no seas idiota. Si yo soy el suboficial y me toca una de esas operaciones en que las cosas se ponen serias y me matan la mitad de la compañía, me pongo las botas. Al día siguiente doy parte de la pérdida del equipo de la compañía completo. Figúrate: doscientas mantas, doscientos pares de botas, doscientas camisas, doscientas guerreras...

Capítulo 7

El Tercio

Fuimos de los primeros en llegar. Solamente Artillería e Intendencia habían llegado antes que nosotros. Sobre la cima del cerro se veía la silueta de ocho cañones apuntando al valle. En la falda del cerro, Intendencia había levantado sus tiendas y de allí subía un fuerte olor a cuadra: paja y caballos. El capitán del listado Mayor que organizaba el campamento general nos señaló nuestro sitio en la ladera. Media hora más tarde, nuestras tiendas estaban montadas y las fogatas de la cocina encendidas.

El cerro se elevaba sobre una llanura amarillenta por el rastrojo de la cebada recién segada. En la lejanía se veían las chozas de la kábila que una semana antes se había rendido. A esta distancia, la fealdad repulsiva de sus cabañas se borraba y tenía un aire de aldea alegre en medio de los campos recolectados. Nuestras tiendas cónicas esparcidas por las laderas daban la impresión de que el pueblo se preparaba para celebrar su feria.

Nuestro capitán había sugerido al capitán del Estado Mayor que se nos dejara acampar en el llano. La respuesta había sido:

—Ese sitio está reservado para el Tercio.

Nuestro capitán se había puesto de mal humor. El Tercio llegó por la tarde, una bandera completa que iba a entrar en fuego por primera vez. Levantaron las tiendas rápidamente. En el extremo más lejano del campo se alineaban barriles de vino entre los tiendas cuadradas: la taberna y el burdel. Los soldados del Tercio comenzaron a agruparse alrededor de los barriles y de las tiendas para beber y parodiar el amor.

Los otros sargentos y yo contemplábamos cómo crecía a nuestros pies este campamento.

—Ésos son los nuevos americanos —dijo Julián—. Supongo que la mayoría no saben dónde han caído. A los pobres los han engañado.

—¿Engañado? No digas que aquí alguien viene por equivocación.

Córcoles apuntó:

—¡Bah! Aún quedan idiotas en este mundo. Les han largado unos floridos discursos sobre la Madre Patria y sus hijas de América y los nietos se han venido para acá. Bueno, me parece que no se van a divertir mucho en los cinco años y se van a cagar en su puta madre miles de veces.

Un legionario comenzó a subir la cuesta en nuestra dirección. Córcoles le señaló:

—¿Adonde va ése? Me parece que se ha equivocado de piso.

En aquellos días los legionarios y los soldados de Regulares no fraternizaban.

Cuando el hombre estuvo más próximo le reconocí. Era Sanchiz. Nos saludamos con un ademán el uno al otro. Córcoles dijo:

—¿Le conoces?

—Es un viejo amigo mío.

—Vaya unos amigos que tienes.

Mientras, Sanchiz había llegado a nosotros:

—Qué, ¿cómo van las cosas? He venido a buscarte. Tenemos un vinillo estupendo ahí abajo. Me han dicho que estaba aquí tu compañía, así que si estás libre, vente conmigo.

Nos fuimos juntos cuesta abajo: Sanchiz se había colgado de mi brazo. Los legionarios me miraban con hostilidad. Nos encontramos un sargento con cara de viejo presidiario que le preguntó agrio a Sanchiz:

—¿Adónde vas con ese fulano?

—Es un viejo amigo. Vente con nosotros y bébete un vaso.

—No. Me toca de guardia esta noche y si empiezo a beber me empapo.

El cantinero era un viejo flaco y amarillento con las orejas luminosas de puro transparentes y una nariz de berenjena, tan sordo que había que pedirle las cosas a gritos y señalarle lo que se quería. Como una regla fija, el vino que se vendía a los soldados en África contenía

una cantidad desvergonzante de agua y media docena de productos que evitaran su rápida fermentación. Pero este vino era excelente, seco y fuerte, que obligaba a chasquear la lengua en el paladar.

—¿Qué hacéis para que no ponga agua en el vino?

—El Sordo se guardaría muy bien. Si no, a lo mejor no encontraba un hueso sano en su cuerpo una mañana, por no decir otra cosa.

—Pero ¿cómo es que estás aquí? Yo te hacía en la oficina de Ceuta viviendo como un príncipe.

—La culpa la tiene el vino. Me emborraché y el capitán me mando aquí con estos tipos por un par de meses como castigo. He venido de instructor. Son una manada de piojosos. Hijos de negra y chinarros o pieles rojas. Mal tiro les den a todos. Te están hablando con tanta dulzura y tan pronto vuelves la cabeza te encuentras una navaja metida en las costillas. ¡Hijos de zorra! Míralos a la cara... No sé qué les va a decir mañana Millán Astray.

—¿Ha venido también?

—Sí, y mañana a las diez les va a echar un discurso. Vente a oírle. Es terrorífico cómo habla. Voy a ir a buscarte a tu tienda mañana.

El abstemio sargento se reunió con nosotros:

—Me habéis dado envidia. ¿Me pagas un vaso?

Se lo bebió con sorbos lentos mirándome:

—¿Es verdaderamente un amigo tuyo, Sanchiz?

—Como si fuera mi hermano. Bueno, mejor, como si fuera un hijo, porque puedo ser su padre.

El sargento me alargó una mano callosa, enorme.

—Si es así, tanto gusto en conocerle. —Bebió otro sorbo de vino—. Y si eres su amigo, ¿por qué no te vienes con nosotros? Si yo estuviera en su pellejo —le dijo a Sanchiz—, mañana era teniente.

—No seas idiota. No podría pasar de suboficial y gracias. Pero no sirve para nosotros. Le hemos asustado en la taberna del Licenciado.

La algarabía alrededor de las barricas de vino era ahora infernal. Era imposible oír uno al otro y Sanchiz y yo nos fuimos fuera de los límites del campamento del Tercio. Mientras ascendíamos la cuesta, mi vieja repugnancia al Tercio revivía violentamente, y los recuerdos de la taberna del Licenciado brincaban en mi memoria.

Las tabernas en España se pintan generalmente de rojo. Esta taberna en la Plaza de Nuestra Señora de África también estaba pintada de rojo. Un rojo furioso de bermellón que se había volcado sobre las puertas, las mesas, las banquetas, el mostrador y los anaqueles cargados de botellas. La taberna era como una puñalada sangrienta en la blancura de cal de la pared. Fuera, el sol blanqueó el color rojo y lo convirtió en un rosa sucio. Dentro, el humo lo había oscurecido hasta darle un tinte de sangre seca. El tabernero era un viejo ex presidiario del penal de Ceuta; andaba siempre con una camiseta sin mangas, sucia, a través de cuyas mallas surgían pelos recios. Su mote —el Licenciado—, hacía referencia a su pasado y a su conocimiento de las leyes. Sus parroquianos eran legionarios y putas. El vino tenía irisaciones verdes sobre el rojo y sabía fuertemente a sulfato de cobre. Para beber aquel vino, había que tener una sed como la que el Licenciado producía sirviendo tajadas de bonito seco con cada vaso. Los pescados colgaban de una viga que cruzaba la taberna a lo largo del mostrador. Cortados de arriba abajo y abiertos como murciélagos sobre una armazón de cañas, parecían pequeñas cometas. De la misma viga pendían de sendos ganchos dos enormes lámparas de petróleo montadas sobre alambres retorcidos. Por la noche, el Licenciado encendía las dos lámparas y su humo lamía lentamente los secos pescados hasta cubrirlos de un tinte negro; después, sabían a hollín y a petróleo.

A mediodía la taberna estaba vacía. Una mujer o un legionario entraban un instante y se llevaban una botella de vino. A la caída de la tarde comenzaban a llegar los parroquianos. Algunas tardes yo había ido allí, cuando la taberna aún estaba desierta, a esperar a Sanchiz. El

primero en llegar solía ser un legionario solitario que se sentaba cerca de la luz y escribía, sabe Dios qué. Después, una avalancha de hombres que había terminado su trabajo en la oficina de la Mayoría del Tercio en Ceuta. Se recostaban a lo largo del mostrador y discutían quién iba a pagar a quién. Al cabo de un rato, unos se enredaban en una partida de cartas, otros se sentaban en pequeños grupos con un frasco de vino presidiendo en medio, unos pocos se marchaban. Las mujeres venían sólo con las sombras de la noche, coincidiendo con el encendido de las lámparas. Muchas veces venían con alguno a quien habían obligado a pagar un vaso de vino como final de su accidental relación. Otras venían preguntando por alguien cuyo nombre gritaban desde la puerta entreabierta. Una voz las invitaba y entraban. Unas pocas, clientes habituales, venían simplemente a beber y tratar de encontrar alguno que pagara.

El restallar de las blasfemias, el lenguaje bárbaro, las luces humosas, la pintura roja y el vino metálico llenaban la taberna de una brutalidad desnuda y salvaje que no disminuían, sino acrecentaban, los uniformes. La nota destacada la daban las mujeres: la mayoría eran viejas, roídas por enfermedades, vestidas con harapos de colorines, sus voces roncas de alcohol y sífilis, sus ojos pitañosos. Cuando las mujeres venían, las blasfemias eran chasquidos de látigo en el aire en una batalla sexual entre machos y hembras. A veces un jaque abofeteaba la mejilla pintarrajeada de una mujer, otras veces se levantaba con furia una banqueta sobre la cabeza de un jugador.

Cuando la bronca sobrepasaba los límites del código del Licenciado, éste abandonaba lentamente su sitio tras el mostrador, con movimientos de oso, y ponía a los adversarios en medio de la plazuela, sin decir una palabra. Volvía y cerraba con parsimonia el picaporte de la puerta. La puerta no tenía cerrojo v era simplemente una vidriera con unas cortinillas de muselina roja. Sin embargo, nunca he visto que alguien intentara volver a entrar. El tabernero era tabú por una curiosa mezcla

de miedo físico a su pasado criminal y de miedo instintivo de que se cerrara la taberna, que era una de las pocas donde podía campar libremente el Tercio.

La taberna tenía para mí la misma atracción que un manicomio para una persona normal en su primera visita: repulsión, miedo y la fascinación del terror desconocido de la locura. A través del código peculiar de los sin ley, yo era una persona sagrada allí, porque yo no era uno de los suyos y sin embargo era el amigo de uno de ellos. Pero su contacto me llenó de un miedo, casi diría terror, hacia el Tercio, que ha durado por toda mi vida.

En la víspera de una batalla siempre existe una tensión nerviosa que nace de la expectación del peligro que va a correrse. Aquella noche me costaba trabajo dormirme, pero mi tensión nerviosa, mi miedo, nacía del campo de cebada segado donde acampaba el Tercio y no del otro lado de los cerros, donde las avanzadillas se tiroteaban en la oscuridad.

El teniente coronel Millán Astray salió de la tienda seguido por un par de oficiales. La multitud quedó en silencio. El jefe estiró su armazón huesuda, mientras las manos retorcían un guante volviéndose hasta mostrar su forro de pelo. El peso total de su voz estentórea llenó el campamento y los ruidos de las otras unidades se apagaron en susurros. Ochocientos hombres trataban de oírle y escuchaban:

—¡Caballeros legionarios! Sí. ¡Caballeros! Caballeros del Tercio de España, sucesor de aquellos viejos Tercios de Flandes. ¡Caballeros!... Hay gentes que dicen que antes que vinierais aquí erais... yo no sé qué, pero cualquier cosa menos caballeros; unos erais asesinos y otros ladrones, y todos con vuestras vidas rotas, ¡muertos! Es verdad lo que dicen. Pero aquí, desde que estáis aquí, sois Caballeros. Os habéis levantado, de entre los muertos, porque no olvidéis que vosotros ya estabais muertos, que vuestras vidas estaban terminadas. Habéis venido aquí a vivir una nueva vida por la cual tenéis que pagar con la muerte. Habéis venido aquí a morir. Es a morir a lo que se viene a la Legión.

¿Quiénes sois vosotros? Los novios de la muerte. Los caballeros de la Legión. Os habéis lavado de todas vuestras faltas, porque habéis venido aquí a morir y ya no hay más vida para vosotros que esta Legión. Pero debéis entender que sois caballeros españoles, todos. Como caballeros eran aquellos otros legionarios que, conquistando América, os engendraron a vosotros. En vuestras venas hay gotas de la sangre de aquellos aventureros que conquistaron un mundo y que, como vosotros, fueron caballeros, fueron novios de la muerte. ¡Viva la muerte!

El cuerpo todo de Millán Astray había sufrido una transformación histérica. Su voz tronaba, sollozaba, aullaba. Escupía en las caras de aquellos hombres toda su miseria, toda su vergüenza su suciedad y sus crímenes, y después los arrastraba en una furia fanática a un sentimiento de caballerosidad, a un renunciamiento de toda esperanza fuera de la de morir una muerte que lavara todas las manchas de su cobardía en el esplendor del heroísmo.

Cuando la bandera gritó con entusiasmo salvaje, yo grité como ellos.

—Es un tío grande, ¿no? —me dijo Sanchiz, apretándome el brazo.

Millán Astray iba recorriendo el círculo de legionarios, deteniéndose aquí y allá ante las caras más exóticas o más bestiales. Se detuvo frente a un mulato de labios gruesos, de ojos inmensos amarillentos de bilis, estriados de sangre.

—¿De dónde vienes tú, muchacho? —preguntó.

—¿Y a usted qué diablos le importa? —contestó brutal el hombre.

Millán Astray se quedó rígido, mirándole a los ojos:

—Tú crees que eres muy bravo, ¿no? Mira, aquí el jefe soy yo. Cuando uno como tú me habla, se cuadra y dice: «A sus órdenes, mi teniente coronel.

—No quiero decir de dónde vengo.

—Y está bien. Tú tienes perfecto derecho a no mentar tu país, pero no tienes derecho a hablarme como si yo fuera un igual tuyo.

—¿Y qué tienes tú más que yo? —escupió el hombre, con los labios húmedos de baba y rojos como sexo de perra en celo.

Hay veces que los hombres pueden rugir. A veces pueden saltar como si sus músculos fueran de caucho y sus huesos varillas de acero.

—¿Yo?... —rugió el comandante—. Yo soy más que tú, ¡mucho más hombre que tú! —Saltó sobre el otro y le cogió por el cuello de la camisa. Le levantó del suelo, le lanzó en el centro del círculo y le abofeteó horriblemente con ambas manos. Fue cosa de dos o tres segundos. Se golpearon uno a otro como los hombres de las selvas debieron hacerlo antes de que fuera fabricada la primera hacha. El mulato quedó en el suelo casi sin conocimiento, chorreando sangre.

Millán Astray, más rígido, más horrorífico que nunca, epiléptico, en una locura homicida furiosa, aulló:

—¡Firmes!

Los ochocientos legionarios y yo respondimos como autómatas. El mulato se levantó, arañando la tierra con las manos y las rodillas. La nariz chorreaba la sangre mezclada con polvo como la de un muchacho sucio chorrea mocos. El labio reventado era más grueso que nunca; deforme. Juntó los talones y saludó. Millán Astray le golpeó las espaldas macizas:

—Mañana necesito los valientes a mi lado. Supongo que te veré cerca de mí.

—A sus órdenes, mi teniente coronel. —Los ojos, más sangrientos que nunca, más amarillentos de ictericia, flameaban fanáticos.

Rompía el amanecer. En el fondo del valle, donde corría el río, la luz empujaba contra el azul—negro profundo del cielo. De súbito se incendió una llama de sol y su disco rojo sembró de reflejos sangrientos el agua mansa. Desde la altura en que estábamos, la luz parecía trepar por las vertientes de las montañas y las sombras se alargaban a través del valle, inmensas y deformes. Las crestas se iluminaban por la luz viniendo de abajo y las copas de los árboles se encendían como si sus

troncos se hubieran incendiado. Las columnas de humo de la kábila bombardeada se teñían de rojo, como si las llamas hubieran revivido.

Nuestra artillería protegía el avance. Veíamos los rápidos jinetes moros trepando cerro arriba y la infantería de Regulares corriendo entre las retamas y los palmitos. Pequeños copos algodonosos surgían acá y allá con un fogonazo que evocaba el magnesio de un fotógrafo. Los disparos de fusil se confundían en un ruido continuo lleno de chasquidos, que aumentaba rápidamente. El Tercio, en el centro, conducía el asalto contra la cima, donde en medio de un llano de roca pelada se encontraba la kábila rodeada de un parapeto de piedra. Las granadas volvían a caer en el recinto. Las ametralladoras sonaban como innumerables motocicletas acelerando en caminos lejanos.

A las diez se nos dio a los zapadores la orden de avanzar. íbamos a fortificar el cerro que la Legión acababa de asaltar. Lo íbamos a convertir en una posición bastante grande para contener una compañía de infantería y una batería de 75, protegidos por un círculo de diez mil sacos terreros. Cuando llegamos al borde de la cúspide, se nos ordenó echar cuerpo a tierra, cargar nuestros fusiles y dispersarnos. Un capitán del Estado Mayor iba y venía; mantenía una conversación en voz baja con nuestro comandante y galopaba hacia la cima, para reaparecer al poco rato con otro mensaje. Se nos volvió a ordenar avanzar. Avanzábamos despacio, cautelosos, y así alcanzamos el borde del llano, levantando curiosos nuestras cabezas. Detrás de cada piedra, en cada arruga de la roca desnuda, había un legionario disparando su fusil. De vez en cuando, uno de ellos intentaba incorporarse y caía fulminado. Unos pocos trataban de encontrar un abrigo mejor retrocediendo. Era una retirada individual y lenta, pero los legionarios estaban retrocediendo. Una y otra vez, uno de ellos llegaba más cerca de nosotros, agazapados, inmóviles y fascinados al abrigo del tronco de las encinas. El parapeto de piedra de la kábila parecía arder, en un disparo

continuo. Las balas silbaban sobre nuestras cabezas, mientras nos pegábamos a la tierra, alargando el cuello para ver.

En medio del claro apareció un jinete galopando arriba y abajo; a su lado una figurilla corriendo incansable: Millán Astray y su cornetín. Hubo un alto momentáneo en la fusilada. El caballo se detuvo en seco. El jinete se enderezó sobre los estribos:

—¡A mí la Legión! ¡A la bayoneta!

Levantó un brazo manchado de sangre.

Los hombres saltaron el parapeto de piedra en manojos.

La sección de explosivos de la compañía estaba a mi cargo. Aquella tarde vinieron a buscarme. Un sargento de la Legión vino con uno de sus oficiales y me explicaron el caso. Estaban enterrando los muertos. Un legionario había dado un bayonetazo a un moro y le había atravesado la tabla del pecho, pero con tal furia que el fusil había penetrado en el hueso hasta el cerrojo. Era imposible arrancarle de allí salvo que se serrara el cadáver en dos. Pero el fusil aún estaba útil. Así que habían pensado en meter un explosivo dentro del fusil y destruirlo.

Organicé la explosión como mejor pude. Dejé caer cuidadosamente por el cañón del fusil unos cuantos pistones de fulminato de mercurio, de los que usábamos para explotar los barrenos. El cañón del fusil sobresalía de la espalda haraposa del moro. Era un cuerpo esquelético envuelto en una chilaba gris, empapada de sangre.

El mulato con el labio aún monstruosamente inflamado, las manos colgantes, me miraba curioso, mientras yo dejaba caer los pistones dorados uno a uno. Se echó atrás cuando di la orden. Encendí la mecha en la boca del fusil y salí corriendo. Las entrañas del moro se abrieron de par en par.

El mulato se reía a carcajadas, haciendo muecas a la vez por el dolor del labio roto.

Cuando regresé a la tienda, me bebí un vaso grande lleno de coñac y conseguí evitar el vómito.

Caía la tarde. En el fondo del barranco, al otro lado de la montaña, los moros habían cesado de disparar. Había un gran silencio sobre los campos. Sólo en nuestra posición el fuego aún crepitaba entre la algarabía de los vencedores que elevaban sus tiendas, ataban sus caballos, cantaban, se quejaban de sus heridas y gritaban órdenes.

Se levantó una voz en el fondo del barranco, entonando la plegaria de la tarde. Veía las figuras distantes, color de tierra, de los moros haciendo sus zalemas al sonido del canto bárbaro, ululante, con sus fusiles al lado. De la falda de las montañas en sombra comenzó a subir la neblina del río, envolviendo las figuras en plegaria. Sólo el canto continuaba sobre el manto de la niebla, como si la niebla misma estuviera gimiendo. Fuera del parapeto, sobre el calvero, yacía un moro muerto, boca abajo, los brazos en cruz, las manos engarfiadas en la piedra, aparte las flacas y negras piernas. El gran mechón de pelo sobre su cabeza afeitada flameaba en el viento azul de la noche.

Capítulo 8

Desastre

Son las tres de la tarde y aún estamos esperando la orden de avanzar y empezar la tarea de fortificar.

Al amanecer, las columnas nuestras se volcaron en el valle de Beni—Arós como un ejército de hormigas emigrantes: nosotros, la columna de Ben—Karrick, desde el norte, la columna de Larache desde el oeste. Los dos ejércitos convergen ahora hacia el centro del valle y podemos ver las chozas de Zoco—el—Jemis de Beni—Arós, uno de los mercados más importantes de toda la zona. Las posiciones de la zona francesa cierran el valle al sur, los montes del yébel Alam y una columna de apoyo estacionada en Xauen cierran el este. Las fuerzas del Raisuni están en—trampilladas por los cuatro costados y su única salida es a través de la frontera francesa o la huida a las alturas del yébel Alam.

Los moros se defienden furiosamente detrás de cada piedra y de cada mata. Los ataques de nuestra vanguardia, los Regulares y el Tercio, se estrellan contra un enemigo impalpable que se encuentra en todas partes. Ahora la caballería mora nos desafía. Contemplamos la carga de la caballería nuestra contra los jinetes moros que galopan en retirada a través de la pradera del Zoco, arrastrando a sus perseguidores al sitio donde sus tiradores están emboscados tras las piedras. Vemos a nuestra caballería romper sus filas y retirarse. Alguien debe haber dado la orden de cañonear las guerrillas enemigas, porque las granadas están cayendo exactamente sobre nuestros jinetes. Los heliógrafos están lanzando llamaradas de sol en todas direcciones. Seguro que enfrente de nosotros, a diez kilómetros de distancia, los franceses están contemplando, como nosotros, el espectáculo que se desarolla a sus pies.

El día es tan hermoso, la luz tan violenta en el cielo limpio de nubes, la tierra tan rica de verde de hierba y árbol, y los hombres en el

campo de batalla tan diminutos, que se pierde toda idea de guerra y se cree estar asistiendo a una función de teatro sobre un escenario colosal. El tableteo de las ametralladoras y los estampidos de los cañones; el aeroplano solitario que ha volado tranquilo sobre la cuenca del valle y ha dejado caer tres bombas sobre la casita blanca, diminuta desde aquí, envolviéndola en algodón; las figurillas que surgen de pronto imprevistas, corren y a veces se desploman: todo es artificial y falso contra el fondo de estos campos verdes bajo este sol.

Hace mucho tiempo que hemos comido un rancho frío. Llevamos horas aquí en el refugio de la ladera del cerro, esperando que llegue nuestro turno. Los muchachos cabecean su sueño; muchos se han tendido a lo largo sobre la tierra y dormitan, aburridos del espectáculo de una lucha aún no resuelta, cuyas escenas se repiten monótonas hora tras hora. Al fin, el capitán del Estado Mayor llega a galope y comenzamos la marcha, ahora con gran prisa, subiendo y bajando cerros. Los mulos tropiezan a veces y los conductores blasfeman, más por mantenerse despiertos que por la rabia que les causa la cincha floja colgando a un lado la carga, que golpea las patas del mulo.

Nos tomó una hora llegar a nuestro destino, un cerro asomando la nariz sobre el valle, sobre el cual tenemos que montar un blocao. El Tercio está luchando en la misma cima del cerro,pero esto no hace diferencia alguna. Tenemos que terminar y marcharnos antes de que caiga la noche y el blocao tiene que estar construido para entonces, cueste lo que cueste.

En el lado descubierto del cerro, nuestros muchachos cavan a toda prisa y llenan sacos terreros. Las piezas de madera numeradas que son el blocao yacen sobre la tierra en haces ordenados para que el rompecabezas pueda armarse sin dificultad. Los rollos de alambre de espino se desatan y sus extremos libres restallan como látigos con zarpas.

Lo primero que ha de hacerse es levantar un parapeto frente al enemigo; de otra manera, no se podría trabajar. Los hombres se arrastran a la cima del cerro empujando los sacos terreros llenos enfrente de su cabeza; pero cuando llegan a la cima, quedan al descubierto y ponen los sacos en línea llevándolos como si fueran niños dormidos, corriendo a gatas después, más rápidos que lagartos asustados, mientras las balas silban sobre sus cabezas o se estrellan en la tierra o en los sacos repletos con un golpeteo sordo. El enemigo está concentrando su fuego sobre la cresta del cerro. Y los legionarios dispersos, que tropiezan con los sacos y con nuestros pies, nos insultan furiosos. Pero cuando el parapeto comienza a elevarse, lo usan como protección. El golpeteo de las balas sobre la tierra de los sacos suena ahora como goterones de lluvia de tormenta sobre las losas de un claustro; por encima de nuestras cabezas las balas silban como abejas rabiosas. El esqueleto de madera del blocao se va elevando y el sol le va arrancando la esencia de pino recién aserrado y llenando el aire con su olor.

Hay una pausa. Los moros saben lo que va a ocurrir y están esperando sin prisa. Nosotros lo sabemos también. Sabemos que están apuntando cuidadosamente al tejado no existente aún del blocao, esperando que surjamos allí con la hoja de chapa acanalada a cuestas, una silueta limpia contra la hoja de metal brillante al sol, contra la armadura de madera, contra la línea del cerro y el fondo del cielo.

Estas hojas de chapa están ahora a nuestros pies como libros monstruosos con sus hojas rizadas. Tenemos miedo de abrirlos; miedo de encontrar escrito nuestro destino en una de ellas, en una escritura ondulada como una serpiente extendida a lo largo de los folios.

La historia cuenta millares de hechos heroicos en el calor de la batalla: el guerrero o el soldado corta, raja, pincha, aplasta cráneos con su maza o con la culata de su fusil y entra en las páginas de la historia. Aquí no pasa nada de eso.

Nosotros no luchamos, ni aun casi vemos al enemigo. Cogemos una hoja de chapa medio metro de ancha y dos de larga; trepamos por una escalera conservando el equilibrio; colocamos la chapa en un ángulo de 45°, y mientras el sol se refleja en nuestros ojos clavamos clavos a través de los cuatro bordes de la chapa, uno a uno, con cuidado de no martillarnos un dedo. Mientras tanto, diez, veinte o cien pares de ojos detrás de la mira de sus fusiles apuntan fríamente al muñeco que se destaca en negro sobre el espejo del metal brillante. Las balas abren agujeros de bordes cortantes en el metal, a veces en la carne y en los huesos. El orificio por donde una bala entra en el cuerpo es pequeñito, por donde sale es un boquete de bordes sanguinolentos, fibrosos de piltrafas de carne y pingajos de tela desgarrados por el metal.

Se ha terminado y se alza ya el blocao, pero aún ha de montarse la alambrada. En grupos de cinco, nuestros muchachos saltan el parapeto. Uno lleva los piquetes y los pone verticales sobre la tierra, mientras otro martillea rápido, hundiéndolos; un tercero desenrolla el alambre de púas, que le muerde y le araña las manos, de un carrete que un cuarto sostiene. Y el quinto sujeta el alambre a las estacas clavando de prisa horquillas de acero. Trabajan bajo una lluvia de plomo.

Hacia las siete hemos terminado. Tenemos tres muertos y nueve heridos. Un blocao más se alza sobre el valle de Beni—Arós. Recibimos la orden de retirarnos. Van cayendo las sombras y tenemos aún que recorrer veinte kilómetros antes de llegar a la base. Dos horas más tarde la compañía de Ingenieros marchaba aún a través de los campos oscurecidos. Los ruidos de la batalla habían cesado ya hacía tiempo tras nosotros.

¿Que en qué pensamos? En la guerra los hombres se salvan por el hecho de que son incapaces de pensar. En la lucha, el hombre retrocede a sus orígenes y se convierte en animal de rebaño sin más instinto que el de autopreservación. Músculos que nadie usó por siglos resucitan. Las orejas se enderezan al silbido de un proyectil próximo; el vello se eriza

en el momento exacto; se salta de lado como un mono o se tira uno de bruces en la única arruga de la tierra, justo a tiempo para evitar la bala que no se ha visto ni se ha oído. Pero ¿pensar? No. No se piensa. Durante estas retiradas en las cuales un hombre marcha tras otro como un sonámbulo, los nervios van calmándose poco a poco. Al fin no existe más que el ritmo pesado de los pies —¡y cómo pesan!—, el de las manos colgantes penduleando autómatas a tiempo con vuestros pies, y el del palpitar de un corazón que escucháis dentro de vosotros mismos y que marcha en ritmo con el corazón del hombre que va delante de vosotros, al cual no oías porque vuestro corazón hace demasiado ruido. Beber y dormir. Beber y dormir. El cerebro se os llena de un deseo de beber, de un deseo de dormir. En la oscuridad, sed y sueño cabalgan sobre el cuello de cien soldados en marcha, en cien cerebros vacíos.

A medianoche era claro que habíamos perdido nuestro camino. Nos encontrábamos al pie de las montañas, sombras inmensas bajo un cielo estrellado. ¿Dónde estábamos? Se mandó alto y el capitán consultó con los sargentos. No teníamos ni una lámpara, ni un plano, ni una brújula. Delante de nosotros, la pared de piedra de la montaña; detrás, los campos oscuros con aullidos de perros y hienas en la distancia. Decidimos trepar montaña arriba; desde la cima podríamos ver una luz, un punto que nos guiara. Y comenzamos el ascenso, tropezando en la oscuridad, las cabezas sobre el pecho, como peregrinos, pero mascullando blasfemias.

Desde la cima divisamos una luz, dos, y muy lejos un centelleo blanco guiñándonos rítmico. La montaña se precipitaba vertical ante nosotros. Acordamos acampar y esperar la luz del día que no tardaría más de un par de horas. Improvisamos un parapeto usando las cargas de los mulos y los mismos mulos. En su recinto encendimos fuegos, pusimos centinelas y dormimos todos, hombres y bestias, apretándonos unos contra otros, asustados como niños perdidos.

Al amanecer vimos frente a nosotros el mar. El sol se tendía en arrugas de oro y plata deslumbrantes sobre un campo inmenso de olas verdes empenachadas de lunas. Debajo, a nuestros pies, estaba Rio Martín.

Nunca sabremos cuántos kilómetros recorrimos aquella noche. Teníamos los pies hinchados y todos los músculos entumecidos. Hubo que prolongar el descanso hasta mediodía para poder comenzar nuestro descenso a Rio Martín.

Fue allí, mientras el capitán esperaba que el telefonista le pusiera en comunicación con el cuartel general, donde tuve el primer pensamiento consciente —inconscientemente me había hormigueado toda la noche en el cráneo— de que ¡no teníamos ni una brújula, ni una lámpara, ni un mapa! Las unidades del ejército español en Marruecos iban a la batalla sin medio alguno de orientación. Se mandaba a los hombres al frente, y se dejaba a su instinto el averiguar hacia dónde avanzar y sobre todo como regresar a sus bases; y unidad tras unidad se perdían en la noche. De repente entendí aquellas trágicas retiradas de Marruecos, donde después de una operación victoriosa, los hombres morían a cientos en emboscadas.

Dos días más tarde recibíamos la orden de marchar a Xauen, ochenta kilómetros al este. Íbamos a reunirnos a la columna que cerraba la salida del valle de Beni—Arós y de las laderas del yébel Alam.

Xauen es una ciudad infinitamente vieja en una garganta estrangulada por montañas. Se la ve únicamente cuando se entra en la misma garganta. La ciudad se presenta de golpe como una sorpresa. No es una ciudad árabe, sino un pueblo de las sierras andaluzas con tejados de rojas tejas en ángulo agudo sobre los muros de sus casas enjalbegadas, tejados sobre los cuales la nieve se escurre en invierno. Los moros llaman a Xauen la Ciudad Sagrada, y la Misteriosa. Cuando se ve la ciudad encerrada entre sus paredes de granito se comprende por qué fue inconquistable durante siglos. Un puñado de hombres,

distribuidos en los picos que la rodean, a pedradas pueden cerrar el paso a un invasor.

Las calles de Xauen, estrechas, empinadas y retorcidas, eran un laberinto. En el principio de nuestra ocupación, no era raro que un soldado español fuera atravesado por una gumía sin que se supiera de dónde había surgido el golpe. El barrio hebreo era una fortaleza cerrada por rejas de hierro, que se abrieron de par en par por primera vez en centurias cuando los españoles ocuparon la ciudad. Dentro de un recinto —gruesas paredes, puertas estrechas, troneras por ventanas—, todavía se hablaba español, un español arcaico del siglo XVI. Y unos pocos de los judíos aún escribían este castellano mohoso en letras anticuadas, todas curvas y arabescos, que convertían un pliego de papel recién escrito en un viejo pergamino.

Me enamoré de Xauen. No de la Xauen de los militares, con su plaza de España y su campamento general, con sus cantinas y burdeles en borrachera eterna, con sus presuntuosos oficiales, con sus moros obsequiosos y falsos. Me enamoré de la otra Xauen, de la Misteriosa. Sus calles quietas en sombra, en las que repercute el eco de los borriquillos; su muecín salmodiando su plegaria en lo alto del minarete; sus mujeres tapadas y envueltas en la amplitud de las blancas telas que no dejan nada vivo en sus ropas fantasmales, más que la chispa de sus ojos; sus moros de la montaña, andrajosos en sus pingajos o resplandecientes en chilabas de lana blancas como la leche, pero siempre altivos. Sus judíos silenciosos deslizándose a lo largo de las paredes, tan pegados a ellas como sombras sin cuerpos, corriendo siempre a pasitos cortos, rápidos y furtivos.

En las noches de luna, Xauen evocaba en mí a Toledo con sus callejuelas solitarias y tortuosas. Y para siempre Toledo ha evocado en mí a Xauen. Tienen un mismo fondo de ruido, el ruido del río corriendo rápido y tumultuoso, el viento enredándose en los árboles y en los recovecos de las montañas, aullando en la profundidad de los barrancos.

Xauen era una ciudad industrial. Lavaban sus lanas en los torrentes y las blanqueaban al sol; después las teñían con rojos, azules y amarillos, hechos de jugos de árbol y de piedras pulverizadas con recetas religiosamente transmitidas de padres a hijos. Repujaban el cuero con el arte perdido de Córdoba, la ciudad de los califas. Molían su grano entre las piedras en forma de pera, que el agua había hecho girar durante quinientos años; piedras pulidas cubiertas de poros diminutos, que giraban perezosas como los pechos de una mujer volviéndose en sueños. Martilleaban su hierro y lo templaban sobre carbones hechos de vieja encina; lo sumergían chirriante en el agua del río y surgía azul como pluma de paloma o amarillo como paja tostada al sol. Los judíos repujaban la plata con golpes rápidos de sus martillos, sobre lechos de pez que recibían suaves las figuras que la herramienta iba haciendo surgir en el metal. Tenían hornos de cal y ruedas de alfarero, donde torneaban cacharros de líneas simples y proporciones esbeltas. Y tenían la leyenda de las piedras que arden:

Un santón de una de las grandes tribus que viven al sur, en el desierto, emprendió el peregrinaje a la Tumba del Profeta acompañado de sus discípulos. Marcharon día y noche, por meses y meses, hasta que llegaron a las altas montañas que encierran Xauen. En invierno, las noches son frías y la nieve duerme en las cimas: los hombres del desierto creyeron morir en la nieve. No podían encender un fuego allí, donde sólo había piedras, y la hora de morir había llegado. El hombre santo se retiró en oración. Alá le ordenó recoger las piedras negras que se clavaban en sus rodillas mientras rezaba, y encender un fuego con ellas. El fuego ardió con una llama más brillante que la que madera alguna puede dar. Y los peregrinos se salvaron. Al amanecer, decidieron apagar el fuego y arrojaron en él agua que brotaba de un manantial entre las piedras. Pero el fuego era tan poderoso que el agua ardió en llamas más altas que los hombres.

En un rincón ignorado de la montaña —la leyenda lo dice—, las piedras y el agua están aún ardiendo en honor de Alá. Muchos ojos miran en la noche para ver la llama que arde, nadie sabe dónde.

Los árabes exploran en la noche la llama milagrosa. Rastreadores de todas las partes del mundo han buscado y aún buscan pacientemente en estas montañas, con sus martillos de geólogos, para hallar el carbón y el petróleo que sin duda engendraron la leyenda.

Pero nadie encontrará ya estas visiones en Xauen. Se perdieron hace ya muchos años. La invasión española barrió la magia de la vieja ciudad. Hoy sus lanas se tiñen con las anilinas de la I. G. Farben—Industrie y se mezclan con algodón. Los pocos telares que aún existen ya no funcionan con pies y manos, sino a motor. Los cinceladores cerraron sus talleres hace años y la plata estampada de Marrakech o de Pforzheim se exhibe desvergonzada en tiendas europeizadas. El cuero no se curte ya más con cortezas de árbol ni se le suaviza más con el trabajo laboríoso de las manos hábiles; sus dibujos no se trazan más con martillo y hierros calentados al fuego. Se lo curte por procesos químicos, se lo corta a máquina, se lo estampa en relieve con placas de aceros grabadas en París o Dios sabe dónde. El Fondak, la vieja posada para los viajeros, no existe más, pero existen hoteles con cocina francesa. Xauen ya no es más ni sagrada ni misteriosa. La ha invadido la taberna y el burdel y se ha prostituido. En 1931 era un lugar de turismo, con anuncios pegados en las paredes y una carretera ancha por la cual podían viajar ricos ingleses o americanos. Una ciudad que hacía prosperar el negocio de sedas estampadas de Lyon.

Pero yo he conocido Xauen cuando aún no estaba prostituida, cuando pasear por sus calles era aún aventura. Un moro os miraba los galones plateados de sargento y os saludaba: «Salaam aleicum». Un judío canturreaba en viejo romance un «Dios os guarde». Un montañés os lanzaba una mirada preñada de odio y echaba la mano a la empuñadura de cuerno de su gumía; os miraba y escupía despectivo en

medio de la calle. Los ojos de las mujeres árabes os miraban desde la profundidad de sus velos y nunca podíais adivinar ni la edad ni los pensamientos de su propietaria. Las muchachas judías bajaban los ojos y enrojecían. Los pies os resbalaban sobre los cantos redondos, sobre los que caballos y burros andaban tan seguros.

Cuando nos encontrábamos allí, en medio de tal mezcolanza de razas y de odios, ancestrales y modernos, en tal mezcla de religiones rivales —nuestro altar en el campamento general, el muecín cantando las glorias de Alá y los judíos deslizándose en silencio en su sinagoga, las manos cruzadas y escondidas en las bocamangas de sus caftanes—, era para mí como si la España medieval hubiera resucitado y estuviera ante mis ojos. Si no me causaba asombro alguno el ver a un guerrero árabe jinete en su caballo, con una gualdrapa de seda y espuelas de plata maciza, tampoco me hubiera causado asombro el ver un guerrero forrado de hierro con la noche cruz de los cruzados esmaltada en su escudo.

Estábamos descansando en el campamento general, reorga—nizándonos para las operaciones inmediatas. Como siempre, los comentarios y las conjeturas corrían de boca en boca, de tienda en tienda y de cantina en cantina. Manzanares vino a mí con aire de misterio:

—Pasa algo grande.

—¿Qué pasa?

—¡Yo qué sé! Pero todos los oficiales del Estado Mayor andan corriendo de la tienda del general a la de todos los comandantes y el teléfono está funcionando sin parar con Tetuán y con Ceuta. Uno de los ordenanzas del coronel Serrano ha dicho que los moros han cogido Ceuta y que nos han cortado; y que van a venir a hacernos trizas.

A la caída de la tarde de aquel día —debía ser el 11 o 12 de julio de 1921—, los cornetines tocaron llamada general y todos los jefes de todas las unidades se fueron reuniendo ante la puerta de la tienda del

comandante general. Antes del amanecer emprendíamos la marcha hacia Tetuán, con la excepción de una guarnición reducida que se quedó en Xauen.

Los kilómetros se fueron sucediendo uno a otro. La marcha continua y el sol de julio apagaba nuestra sed de noticias y de comentarios. A mediodía, el alto por el cual todos suspirábamos no llegó; seguimos sin descanso en una marcha forzada. Algunos de los hombres no podían más y comenzaban a quedarse rezagados. Cuando el primero de nuestra compañía cayó, el capitán me dio una orden seca:

—Si no puede seguir, que se quede y se las arregle como pueda.

A las diez de la noche entrábamos en Tetuán. Caíamos dormidos sobre las losas de piedra del cuartel, sin tiempo ni aun para quitarnos el correaje. Al amanecer marchábamos a Ceuta; allí, sin descanso, a bordo de un barco. En Ceuta supimos lo que pasaba: los moros habían matado a toda la guarnición de Melilla y estaban a las puertas de la ciudad.

Los libros de historia lo llaman el Desastre de Melilla o la Derrota española de 1921; dan lo que se llama los hechos históricos. No sé nada de ellos, con excepción de lo que leí después en estos libros. Lo que yo conozco es parte de la historia nunca escrita, que creó una tradición en las masas del pueblo, infinitamente más poderosa que la tradición oficial. Los periódicos que yo leí mucho más tarde describían una columna de socorro que había embarcado en el puerto de Ceuta, llena de fervor patriótico, para liberar Melilla.

Todo lo que yo conozco es que unos pocos miles de hombres exhaustos embarcaron en Ceuta con destino desconocido, agotados hasta el límite de su resistencia después de cien kilómetros de marcha a través de Marruecos, bajo un sol asfixiante, mal vestidos, mal equipados y peor comidos. Tan pronto como el barco dejó el puerto, comenzaron a marearse y a ensuciar la cubierta del buque. Comenzaron a blasfemar y a hacer lo que les vino en gana, jugar o emborracharse, peleándose en su borrachera por las incidencias del juego: cantar y

chillar, burlarse de los que vomitaban, reírse del coronel tripudo con la cara verdosa y el uniforme salpicado de comida a medio digerir. El barco era un infierno. Y Melilla era una ciudad sitiada.

Muchos años después aprendí lo que significa vivir en una ciudad sitiada, bajo la amenaza constante de la entrada del enemigo que se ha prometido a sí mismo botín, vidas y carne fresca de mujer. Las gentes en las calles pasan de prisa, porque nadie sale de su casa sin un motivo urgente. Los servicios públicos no existen; el teléfono no funciona, las cañerías revientan, no hay carbón, la luz se apaga de pronto, los zapatos se agujerean y las zapaterías están cerradas o vacías; los que no cayeron enfermos en diez años se sienten graves de pronto y hay que buscar al doctor cuando caen las granadas; las calles están oscuras en la noche y el peligro escondido tras cada esquina.

En la Melilla sitiada, un barco panzudo volcó estos miles de hombres mareados, borrachos, agotados de cansancio, que iban a ser sus liberadores. Establecimos un campamento, no sé dónde. Oímos cañonazos, tableteos de ametralladora, disparos de fusil en alguna parte fuera de la ciudad. Invadimos los cafés y las tabernas; nos emborrachamos y asaltamos las casas de putas. Putas y taberneros son imprescindibles en la guerra. Provocábamos a los habitantes asustados: «Ahora vais a ver lo que son cojones. ¡Mañana no queda un moro vivo!». Los moros habían desaparecido de las calles de Melilla; cuando el barco había atracado en el muelle, un legionario había cortado las orejas de uno de ellos y las autoridades habían ordenado a todos los moros no salir de sus casas. A la mañana siguiente marchamos hacia las afueras de la ciudad: íbamos a romper el cerco y comenzar la reconquista de la zona.

Durante los primeros pocos días, nosotros, los ingenieros, construimos posiciones nuevas, volviendo cada noche del campamento a la ciudad. Los periódicos estaban llenos de cabeceras gritando horrores que nosotros aún no habíamos encontrado. Así nos fuimos

alejando de la ciudad, adentrándonos en el campo abierto, y vimos el horror.

Una gran casa acribillada de balas. La cal blanca saltada de sus paredes mostrando detrás los ladrillos como salpicaduras de sangre. En el patio un caballo muerto, el vientre rajado como por la cornada de un toro furioso, las entrañas azules vivas de moscas y una de sus patas inexistente, cortada por el anca. En las ventanas del primer piso, uno, dos, tres, cinco muertos, un muerto en cada ventana, alguno con un agujero limpio en la frente, caído como una muñeca de la que se ha escapado el aserrín, otros hundidos en el charco de su propia sangre. Cartuchos vacíos rodando por el suelo, sonando a cada paso como cascabeles, haciéndonos escurrir cómicamente delante de los muertos. En los cuartos del piso bajo, huellas sangrientas, huellas de hombres arrastrados por los hombros con la sangre corriendo a lo largo de sus piernas y trazando con los talones dos paralelas vacilantes como tiza roja sobre las losas de piedra.

Y el cuarto del fondo:

Un niño se ha apoderado del puchero donde mamá hizo el chocolate. Primero se pintó la cara y las manos, después embadurnó sus piernecitas y su traje, la mesa y las sillas. Saltó de la silla al suelo y dejó caer un goterón de chocolate. Paseó sus dedos por las paredes y dejó la estampa de su mano en cada rincón, en cada mueble, en líneas y rayas, en ganchos y jeroglíficos. Saltando de alegría en su júbilo de ver manchurrones en cada cosa limpia, metió el pie en el puchero y salpicó el chocolate sobre las paredes, tratando de llegar muy alto. Era tan delicioso el juego que hundió ambas manos en el pote y salpicó rociadas de gotas grandes y chicas por todas partes, hasta en el techo. En el mismo centro de la habitación, un gran charco está ya seco y pegajoso.

En el cuarto de atrás había cinco hombres muertos. Estaban empapados en su propia sangre, la cara, las manos, los uniformes, el

cabello, las botas. La sangre había hecho charcos en el suelo, manchurrones en las paredes, goterones en el techo, plastrones en cada rincón. Sobre cada sitio limpio, blanqueado, había pintadas manos, manos con cinco, con dos, con un dedo, manos sin dedos, dedos sin manos, aplastados y monstruosos. Una mesa y unas sillas eran un montón de astillas. Millones de moscas zumbando incesantes, que se emborrachaban en el festín, sobre la huella de un pulgar en la pared, sobre los labios del cadáver del rincón de la izquierda.

Pero no puedo describir el olor. Penetramos en él como se entra en las aguas de un río. Nos sumergimos en él y allí no había ni fondo ni superficie; no había escape. Saturaba los vestidos y la piel, se filtraba a través de la nariz en la garganta y en los pulmones, nos hacía toser, estornudar, vomitar. El olor disolvía nuestra sustancia humana. La empapaba instantáneamente y la convertía en una masa viscosa. Frotarse las manos era frotar dos manos que no eran más de uno, dos manos que parecían pertenecer a un cadáver en corrupción, pegajosas e impregnadas de olor.

Amontonamos los muertos en el patio sobre el caballo, los rociamos de petróleo y prendimos fuego a la pila. Apestaba a carne asada y vomitábamos. Aquel día comenzamos a vomitar y seguimos vomitando días y días incontables.

La lucha en sí era lo menos importante. Las marchas a través de los arenales de Melilla, heraldos del desierto, no importaban; ni la sed y el polvo, ni el agua sucia, escasa y salobre, ni los tiros, ni nuestros propios muertos calientes y flexibles, que poníamos en una camilla y cubríamos con una manta; ni los heridos que se quejaban monótonos o aullaban de dolor. Nada de esto era importante, porque todo había perdido su fuerza y sus proporciones. Pero ¡los otros muertos! Aquellos muertos que íbamos encontrando, después de días bajo el sol de África que vuelve la carne fresca en vivero de gusanos en dos horas; aquellos cuerpos mutilados, momias cuyos vientres explotaron. Sin ojos o sin lengua, sin

testículos, violados con estacas de alambrada, las manos atadas con sus propios intestinos, sin cabeza, sin brazos, sin piernas, serrados en dos. ¡Oh, aquellos muertos!

Seguimos quemando cadáveres en montones rociados de petróleo, seguimos luchando en crestas de cerro, en honduras de barranco, seguimos avanzando más y más, durmiendo en el suelo, devorados de piojos, torturados de sed. Construimos nuevos blocaos, llenando miles de sacos terreros, y levantamos en ellos parapetos. No dormíamos: nos moríamos cada día, para resucitar en la mañana siguiente, y en el intervalo vivíamos a través de pesadillas horrendas. Y olíamos. Nos olíamos unos a otros. Olíamos a muerto, a cadáver putrefacto.

Yo no puedo contar la historia de Melilla de julio de 1921. Estuve allí, pero no sé dónde; en alguna parte, en medio de tiros de fusil, cañonazos, rociadas de ametralladora, sudando, gritando, corriendo, durmiendo sobre piedra o sobre arena, pero sobre todo vomitando sin cesar, oliendo a cadáver, encontrando a cada nuevo paso un nuevo muerto, más horrible que todos los vistos hasta el momento antes.

Un día al amanecer regresamos a la ciudad. Estaba llena de soldados y de gentes que ya no estaban sitiadas. Vivían y reían. Se paraban en la calle para hablarse unos a otros, se sentaban en la sombra a beberse su aperitivo. Los limpiabotas se deslizaban entre la multitud de los cafés. Un aeroplano de plaza trazaba curvas graciosas en el aire. La banda de música tocaba un pasodoble alegre en el paseo. Aquella tarde embarcamos.

Volvimos a Tetuán. Después de pasar dos días alocados por la imagen de las cosas vistas, torturados por un estómago fuera de orden, caí en un desmayo de muerte sobre la mesa del sargento de guardia del cuartel de la Alcazaba.

Capítulo 9

El hospital

Alguien me zarandeaba el brazo. Había estado durmiendo y debía ser muy tarde. Enfrente de mí, una ventana estaba llena de sol.

—Sí, sí. Ya voy.

Pero no podía hablar. La lengua dentro de mi boca era una masa de carne deforme. Me dolían las mandíbulas.

—El doctor —dijo alguien a mi lado.

—¿El doctor? —contesté, pero sin hablar. Mi boca se negaba a hablar.

A los pies de mi cama estaban un doctor y un soldado, dos figuras borrosas con la cruz de San Juan blanca sobre el cuello de sus guerreras.

—¿Cómo te sientes, muchacho?

—¿Yo? ¿Cómo? Bien. —Pero sin hablar.

El soldado dijo algo:

—Parece como si entendiera. Creo que le vamos a sacar adelante, mi capitán.

—Bueno. Seguir con lo mismo.

Los dos desaparecieron del pie de la cama. Lentamente comencé a darme cuenta de lo que me rodeaba. Estaba en una cama; frente a mí había una hilera de camas y otras dos a mi derecha y a mi izquierda. Sentía un olor nauseabundo que se desprendía de mis sábanas, es decir de mí. Un olor diferente del de la sala. ¿La sala? Era una enorme barraca de madera con un techo en ángulo sobre vigas cruzadas, una hilera de ventanas a cada lado y el sol entrando a raudales por las de enfrente a mí. Había un olor pegajoso de fiebre y un zumbido incesante sobre el que sobresalían respiraciones trabajosas y quejidos sordos. Moscas y moribundos.

Sobre la mesilla de noche había una jarra de porcelana y una caja de pildoras. La jarra estaba llena de leche en la que nadaban docenas de moscas. Sentía una sed torturante, con aquella piltrafa de carne que era

mi propia lengua entre los dientes. Separé la vista del estanque de moscas y vi una cara lívida, huesos y pellejo, respirando trabajosamente como si a cada momento fuera a detenerse para siempre.

Sabía dónde estaba: en el hospital de Tetuán, en el pabellón de infecciosos. Lo llamaban el Depósito, porque los pacientes salían de él a través de una puerta trasera sobre una camilla con ruedas de goma, cubiertos por una sábana. Y nunca volvían.

En la sala no estaban más que los enfermos; ni sanitarios, ni ordenanzas, ni enfermeras. Nadie. A los pies de la cama colgaba mi ropa. Los galones de plata de las bocamangas brillaban. Pensé que otro «yo» estaba allí, esperando al pie del lecho. Tenía cigarrillos en la guerrera y su recuerdo me provocó un deseo irresistible de fumar. Me arrastré sobre la cama, cogí el uniforme y saqué cigarrillos y cerillas. Se pasó una hora antes de que se me calmara el latir del corazón y que el sudor dejara de inundarme. Sólo entonces encendí el cigarrillo. No tenía sabor y el chupar de él era un esfuerzo doloroso; debía tener los labios terriblemente hinchados.

Un soldado de sanidad entró y comenzó a marchar de cama en cama. Ponía un termómetro en la boca del enfermo, lo dejaba allí un rato, lo sacaba, lo frotaba con un trapo, lo ponía en la boca del inmediato. Escribía algo en la cabecera de cada cama. Otro ordenanza le seguía con un cubo vacío y otro lleno. Vaciaba las jarras de porcelana de cada mesilla de noche en el primero y las llenaba sumergiéndolas en el segundo. El hombre con el termómetro llegó a mí.

—¿Está usted mejor?

—Sí —le dije, moviendo la cabeza.

—Abra la boca.

—No. —Le señalé con la mano derecha mi sobaco izquierdo.

—No. Tiene que ser en la boca.

—No.

Me puso el termómetro en el sobaco y dobló mi brazo para cubrirle.

—Estése quieto ahora. ¿Quiere un poco de leche?

—No. Agua. —Pero no podía hablar y tuve que hacer un esfuerzo para indicarle por gestos lo que quería. Me entendió al fin.

—¿Agua? —Sí.

—No, leche; sólo leche. El agua está prohibida. —Quería darme la jarra que todavía goteaba de haberla sumergido en el cubo.

—No.

Dejó la leche sobre la mesilla de noche y las moscas se precipitaron zumbando sobre ella. El otro ordenanza me puso una píldora en la boca. Se me pegó al paladar hasta que se disolvió la envoltura, y la boca se me llenó de un gusto amargo. Quinina.

¿Tenía malaria?

Cuando se marcharon los dos sanitarios, me volví trabajosamente a leer la hoja clavada en la cabecera de la cama. Decía:

«Tifus ex». Debajo mi nombre y una fecha, y encima una curva de fiebre trazada sobre una cuadrícula. ¿Llevaba allí cuatro días? Y, ¿tifus exantemático?

Pero ¡yo estaba vacunado contra el tifus!

La mente de un enfermo grave es como la mente de un niño. Se agarra desesperadamente a una ilusión o se hunde en el pesimismo absoluto. Yo estaba inoculado contra el tifus, por tanto no podía morirme de tifus. No podía morirme. Todos los tratados de medicina del mundo lo afirmaban; y no me moriría. Naturalmente, si no me hubiera vacunado... Me invadió una calma infinita. Estaría malo una semana o dos o tres, pero no me moriría.

—Dame un pitillo —me dijo una voz débil— y enciéndemelo. —Una mano débil esquelética apareció bajo la sábana.

Encendí un cigarrillo y se lo di.

—¿Qué tienes? —dije. Me asombré de oír una voz bronca y tartamuda saliendo de mí, hablando con la lengua hinchada.

—Tisis.

—¡Caray! No fumes. Tíralo.

—Qué más da. Me voy a morir hoy... —lo dijo tan naturalmente que me convenció de que iba a morirse. Al atardecer movió una mano y dijo algo.

—¿Eh? —le pregunté.

—A—d—i—ó—s. —Pronunció muy claro y muy despacio.

Poco después, los dos sanitarios volvieron, uno con el termómetro, el otro con los cubos. Estiraron la sábana de la cama de mi vecino hasta la cabecera de hierro, cubriéndole completamente. Cuando habían terminado, volvieron empujando una de esas camillas de ruedas de los hospitales. Uno le cogió por los pies y otro por los hombros; sin retirar la sábana, recogieron bajo él los lados colgantes y le pusieron sobre la camilla. Desaparecieron a través de la puerta de atrás.

Aquella noche no pude dormir. Las moscas adormiladas caían sobre la blancura de las sábanas y sobre mi cara y mis manos. El calor era asfixiante. Las lámparas eléctricas colgadas de las vigas lucían con una luz rojiza a través de la capa de polvo que las cubría. Alguien al fondo de la sala comenzó a chillar, no, a aullar. Se tiró de la cama y anduvo a cuatro patas entre las dos hileras de camas. Pero antes de llegar a mi altura, se agarró a los hierros de una cama, se enderezó, vomitó y se desplomó. Ni un sanitario, ni un timbre. Se quedó allí toda la noche sobre el suelo de tierra apisonada. En la mañana le envolvieron en una sábana y se lo llevaron en la camilla de ruedas de goma.

Después vino el doctor. Pasaba rápidamente de una cama a otra.

—¿Cómo estás hoy, muchacho? —me preguntó.

—Mejor, mi capitán.

—¡Caray! ¡Pues es verdad! —Se volvió al lecho vacío—: ¿Y éste?

—Se murió ayer.

—Bueno. Seguid dándole quinina al sargento. Anímate, muchacho, esto no es nada.

Aquel día se murieron dos. Al siguiente, cinco. Uno de ellos murió de viruela negra en las primeras horas de la noche.

Al amanecer estaba en plena descomposición. Náusea, miedo y horror se habían apoderado de mí. Por la mañana le dije al médico:

—Mi capitán, ¿podría evacuarme a Ceuta?

—Cómo, ¿no estás bien aquí?

—Sí, señor. Pero tengo familia en Ceuta.

—Ah, bueno. Eso es otra cosa. Esta tarde te pondré una inyección y te mandaremos en una ambulancia. Comprendo que quieras ir allí.

Me pusieron una inyección en un brazo, me envolvieron en mantas y me pusieron en una camilla en un coche de sanidad, íbamos seis, tres a cada lado. Debieron darme morfina, porque cuando el coche comenzó a moverse, me mareé y perdí el conocimiento.

Me desperté en otra cama al lado de una ventana abierta de par en par. Había árboles cerca de la ventana llenos de pájaros chillones. Estaba en la cresta de un cerro y en la distancia se veía el mar. El barracón contenía sólo seis camas, cinco de ellas vacías. Había tres ventanas más y el sol inundaba la habitación. «Es una buena cosa la morfina», pensé. Pero no eran los efectos de la morfina.

Estaba en Ceuta, en el hospital Docker para enfermedades infecciosas, a dos kilómetros de la ciudad, sobre un cerro que domina el estrecho de Gibraltar. Un viejo, vestido con un blusón blanco, estaba sentado cerca de la puerta leyendo un periódico. Volvió la cabeza, me miró y vino a mí renqueando.

—Qué, muchacho, ¿te encuentras mejor? Voy a darte un poco de leche.

Se metió en un cuartito pequeño al lado de la puerta y vino con un vaso de leche fría. La bebí con ansia.

—Bueno, ahora estáte quieto. El comandante está al llegar.

He olvidado el nombre del comandante, como se olvida siempre el nombre de los que nos ayudaron, mientras recordamos a los enemigos.

Era un hombre alto y delgado con sienes grises, una cara joven y sensitiva y las manos de un prestidigitador. Era un gran cirujano y gran psicólogo.

Se sentó en la cama, sacó el reloj y me tomó el pulso; me auscultó largamente. Quitó la sábana y me reconoció el vientre con dedos inteligentes. Lo sentía como si estuviera cogiendo uno a uno mis intestinos y haciéndoles preguntas. Me tapó y dijo:

—¿De dónde eres, muchacho?

—De Madrid, mi comandante.

—¿Fumas?

—Sí, señor.

Sacó una pitillera, me dio un cigarrillo y encendió otro para él:

—¿Te gustan las chicas?

—Bastante.

—Bien. Supongo que como todos habrás corrido un poquito, ¿no? ¿Has tenido alguna vez algo?

—No, señor.

—Eso es bueno. Y cuando chiquillo, ¿qué te acuerdas tú haber tenido?

En un cuarto de hora sacó de mí una confesión general de todos mis pecados y una historia de mi vida. Al final dijo:

—¿Sabes lo que tienes?

—Tifus, creo. Pero estoy vacunado.

—Sí, tifus. Y estás muy débil. Pero no te preocupes. Te sacaremos adelante.

A mediodía, el viejo puso un cubo de agua a los pies de mi cama. El comandante vino, me tomó el pulso y le dijo al viejo:

—Vamos con ello.

Empapó una sábana en agua y entre los dos me envolvieron en la sábana húmeda y en varias mantas. La humedad fría sobre mi piel húmeda de fiebre dolía; a los pocos minutos estaba seco. Me quitaron la

envoltura humeante y me envolvieron en otra sábana húmeda, dándome un vaso de leche y una pildora. Me dormí profundamente. De esta forma se pasaron los días. Cada día el comandante venía a ayudar al viejo. Mis manos sobre la sábana se habían vuelto transparentes. Perdí toda noción del tiempo.

Un día el viejo me envolvió en una manta y me llevó en brazos como un niño a un sillón cerca de la ventana. Me dejó por una hora mirar al mar y a los árboles y escuchar a los pájaros. Había olvidado cómo andar. El viejo me enseñaba un ratito cada día. Después comencé a andar los pocos pasos que había hasta la sombra del árbol más cercano en la cima del cerro, y me quedaba allí respirando hondo el aire del mar; pero estaba tan débil que los cincuenta pasos desde el barracón hasta el árbol me costaban un río de sudor. Pesaba treinta y siete kilos y medio.

Un día me pusieron en una ambulancia y me llevaron al hospital Central, de Ceuta. Había un tribunal de cinco médicos; leyeron mi nombre y el comandante explicó mi caso; cuchichearon entre sí los cinco y uno de ellos dijo:

—Dos meses.

Vino un sargento y me preguntó: —¿Dónde quieres ir? Te han dado dos meses de permiso.

Una mañana volví a mi cuartel, preparé una maleta y embarqué para España. Antes de marcharme, el comandante mayor Tabasco, el jefe de la oficina del regimiento, me dijo:

—Cuando vuelvas, tengo una sorpresa para ti.

Se habían pasado casi dos años desde que había salido de España, dejando tras mí la vida civil y mi propia vida, para sumergirme en el anonimato de la vida militar en África. Esta vida militar no estaba aún terminada; me quedaba por delante poco más de un año todavía. Pero volver a España, aun en uniforme, era como una resurrección. Y por dos meses hasta el uniforme me iba a quitar; haría lo que me diera la gana: comer, dormir, ir donde y como quisiera. Sería libre y tenía dinero.

A medida que el barco avanzaba en el Estrecho y el anfiteatro de casitas blancas que era Ceuta se iba perdiendo a lo lejos, mientras la roca de Gibraltar crecía más y más, todo aquello —África, Melilla, Tetuán, Ceuta, el ejército— iba haciéndose borroso y escapándose de mi mente.

Tan pronto como el barco atracó en Algeciras tuve mi primer encuentro con una realidad de la cual mi largo aislamiento durante la campaña y la enfermedad me habían tenido ignorante. Sobre el muelle había coches de la ambulancia, muchachas en uniforme de la Cruz Roja, doctores y sanitarios. Examinaron mis documentos:

—¿Enfermo? —preguntó uno de los médicos de sanidad; se volvió a una muchacha que llevaba la cruz roja sobre la toca blanca y dijo—: Para ti, Luisa.

La muchacha vino a mí, me palmeó suavemente un hombro y exclamó:

—¡Pobrecito! Ha estado usted en Melilla, ¿no?

—Sí, al principio.

Me condujo a un rincón de la estación del ferrocarril y me ofreció un vaso de leche hirviendo, una cosa que odio.

—Bébase esto. Le hará bien y le ayudará a sudar.

¿Sudar? Había sudado bastante con mi fiebre y rechacé la bebida. Me miró ofendida.

—¿Usted sabe? —le dije—. He tenido que beber tanta leche cuando estaba en el hospital que ahora la aborrezco. Últimamente ya no me la dan, pero sí en cambio un vasito de jerez con dos galletas a media mañana.

Luisa me trajo un vaso de jerez y galletas. Eran buenos. Se sentó a mi lado y comenzamos a charlar.

—Ahora, cuénteme: ¿cómo era en Melilla? Terrible, ¿no? A mí me hubiera gustado ir a un hospital allí, pero papá no me ha dejado. ¡Hemos tenido unas broncas por eso! Figúrese, la duquesa de la

Victoria, que es de la familia real, ha ido allí, y a mí no me han dejado. Mi papá es así. Bueno, no realmente, es mamá la que es muy rara: «¿Vas a ver esas heridas horrorosas que hacen los moros? Peor aún, yo sé bien que las enfermeras tienen que limpiar el trasero y sus partes a los soldados y ver cada cosa. No, hija, no; una señorita como tú no puede ver eso. ¡Nunca!». Esto fue lo que dijo, pero yo quería tanto ser una enfermera. Todas mis amiguitas lo eran y además el uniforme me sienta muy bien, ¿no? Así que papá, que a Dios gracias tiene buenos amigos, se encargó de ello y aquí estoy en el Comité de Recepción de los Heridos en África. Una tiene que hacer su poquito, ¿no? Naturalmente, no estoy en el hospital, porque no tengo estudios, pero una amiga mía está allí y lo ve todo. —El torrente de palabras se interrumpió un momento—: Sabe usted, un día me tocó un teniente. Como el capitán médico es un amigo de casa, pues, siempre me da lo mejorcito que viene. Si es un capitán, pues el capitán. Hoy le ha tocado a usted, no venían oficíales. Ahora, cuénteme, ¿cómo son los moros?

—Pues..., bueno, muy sucios y feos; muy largos y flacos, en fin, salvajes, completamente salvajes.

—¿Y Abd—el—Krim?

—Pues, a decir verdad, nunca he visto a Abd—el—Krim. Pero las gentes dicen que es un tipo con una barba muy negra y unos ojos feroces, que atormenta a los prisioneros y luego les pega un tiro.

—¡Qué horrible, qué horrible! Nosotros tenemos un primo ¿quién sería nosotros?—, un primo segundo, ¿sabe?, que era teniente de infantería y ahora es piloto y vuela en Melilla. Nos gustaría tanto verle. Dios me perdone, pero casi me alegraría que le hirieran, claro, no grave, para que nos lo mandaran a casa tuviéramos que cuidarle y cambiarle los vendajes cada mañana. Estoy segura que no me desmayaba. No lo parezco, pero realmente soy muy fuerte; tengo buenos nervios. Ahora que ya sé lo que iba a pasar: mi hermana y yo nos íbamos a pelear por él, porque a las dos nos gusta. Ahora tenemos a nuestro hermano en

casa. No ha ido, porque papá compró un sustituto para él, pero como ahora se están llevando a todos... Aunque desde luego a él no le van a llevar allí, aunque llamen a su regimiento. Papá ya lo ha arreglado todo.

La señorita Luisa me estaba dando sobre los nervios y cuando su amiga, Encarnita de no sé cuántos, se juntó a nosotros, temía que iba a estallar:

—¡Qué suerte tienes, hija! —dijo—. A mí me han largado un soldado de Cáceres con la cabeza abierta y lleno de suciedad. Es horrible verle la cara. Y ¡tan sucio! Creo que si se le mira de cerca, se le encuentran piojos... ¿Y usted ha estado en Melilla?

—Sí.

—¿Herido?

—No. Tifus.

—¡Oh, tifus! Pero, eso se pega, ¿no? Yo he oído que todos los que tienen el tifus infestan al que se arrima... —interrumpió—. Bueno, Luisa, guapa te tengo que dejar; mi soldadito me está esperando. Tengo que ponerle en el tren. El pobrecillo es más feo. !Si vieras!

Y la señorita Encarna huyó a toda prisa de los bacilos del tifus. La señorita y yo nos fuimos al tren. Me dio una lata de leche condensada y un paquete de cigarrillos.

En el compartimento, enfrente de mí, estaban sentados tres gitanos. Un matrimonio entre los treinta y cuarenta y un viejo que indudablemente era el padre del marido. Cuando la señorita Luisa se marchó, el viejo se quedó mirándome:

—¿De dónde viene? De África, ¿eh? ¿Herido?

—No, enfermo.

—Pobrecillo. No le han dejado a usted más que los huesos, amigo. Tome un trago —y sacó una botella de debajo del asiento—

—¿No tiene usted un vaso o algo? He tenido unas malas fie bres, ¿sabe?

—Amigo, beba lo que le dé la gana a morro. Nos tenemos que morir de algo.

Bebí un trago de vino. El viejo cogió la botella y frotó la boca del frasco enérgicamente con el dorso de la mano.

—¡Aplastaos! —dijo. Bebió un largo trago, se limpió los labios con el revés de la misma mano y alargó la botella a los otros—: ¡La gloria de Dios! —Chasqueó la lengua y sacó una petaca enorme llena de tabaco y un librillo de papel de fumar que me alargó—: ¿Y tiene usted que volver?

—Aún me queda un año.

—Puash, mal asunto. Bueno, ahora escúcheme, pero primero tengo que decirle que a mí los sargentos me revuelven las tripas. Yo tuve uno, ¡maldita sea su madre!, que nos molía a palos. Porque yo también tuve que servir al Rey en tiempos de la Cristina. Y ahora, cuando veo un sargento, se me agria la bilis. Pero usted tiene una cara simpática; y además, se ve que las ha pasao negras. Parece usted talmente un gato despellejao. ¿Quiere usted otro trago, amigo?

—No, gracias, si bebo más, me voy a emborrachar.

—Como quiera. Y a lo que iba diciendo, pues cuando he visto su cara, me he dicho... Al grano: ¿usted nos quiere hacer un favor?

—¿Yo? No sé qué puedo hacer.

—Es muy fácil. Estos dos son mis chicos y nos ganamos la vida como buenos cristianos, ¿sabe? Compra uno unas poquillas cosas en Gibraltar: un cachillo de tela y una miaja de tabaco, y así, pues, lo vende uno en Cádiz y se gana unos pocos duros para los chavalillos. Todo eso que usted ve —señaló varios bultos en la red del vagón— es tela. Pero la tela no da mucho; en lo que se gana algo es en el tabaco. Ésta, que parece que está avanzada ya, lleva un poco rodeado a la tripa. El tabaco, además, nos cuesta mucho más dinero que los trapos. Por cada pieza de tela, le pagamos un real a cada uno de los carabineros que hacen la requisa de aquí a Cádiz. Y hay cuatro o cinco de esos

arrastraos. Pero por el tabaco, les tenemos que dar un real por cajetilla y luego nosotros no sacamos más que dos pesetas con suerte. Así que, si usted quiere..., aunque supongo que usted lleva tabaco.

—No, no llevo ni un paquete. Quería haberlo comprado en Algeciras que es más barato que en Ceuta, pero con las niñas de la Cruz Roja colgadas al brazo, imposible.

—De perlas. Yo le vendo todo el que quiera a lo mismo que me cuesta a mí y nos va usted a hacer un favor.

—Bueno, ¿qué favor es ése?

—Pues, es muy sencillo. Como ahora están matando tantos soldados en Melilla y aquí viene cada día un cargamento de heridos, pues los carabineros no dicen una palabra si vienen con tabaco, o si se traen un poco de seda. Así, si usted dice que esta maletilla es suya, pues hace usted un favor muy grande a unos pobres. Y Dios permita que encuentre a todos los suyos con salud. Vamos a echar un trago.

Poco después un carabinero se asomó a la ventanilla. Iba recorriendo el tren a lo largo de los estribos. Abrió la puerta y se acaró con los gitanos. —¿Dónde vas, José?

—A Cádiz. A llevar unas cosillas. —Metió la mano en la faja y sacó unas cuantas monedas que el carabinero contó cuidadoso.

—¿Nada más que esto?

—Nada más. Esta vez sólo llevamos un poquillo de tela.

—¡Hum! No te creo.

—Pues, míralo.

El carabinero se dirigió a mí:

—¿Qué lleva usted, sargento?

—Estas dos maletas. —Señalé la mía y la de los gitanos. Mi maleta llevaba la marca en tiza de la Aduana. El carabinero señaló la otra:

—Pero ¿por qué no está marcada esta maleta?

Me hice el loco:

—Anda, ¿y por qué tengo yo que marcar la maleta?

—Marcada por la Aduana, como esta otra. ¿Usted no sabe que las maletas se marcan en la Aduana?

—Yo no sé nada. Es la primera vez que vengo a España desde que hace dos años me llevaron allí. En cuanto a las maletas, la Cruz Roja se ha encargado de ellas; pero si quiere usted saber lo que hay dentro, le diré que las dos están llenas de tabaco. Ahora que, fíjese, después de haber pasado por el infierno de Melilla y haber escapado con la piel por milagro, me parece que vamos a tener una gorda si quiere usted quitarme el tabaco.

—No se apure. Fúmese su tabaco y buen provecho le haga. ¡Así es como me gusta a mí que me hable la gente, con la verdad clarita! Pero es que los hay que creen que el hijo de mi madre es tonto. No le quito yo un paquete de tabaco a uno que está pasando las malas en África. Pero le quito hasta los pitillos del bolsillo al que crea que soy un idiota que se mama el dedo.

El gitano sacó su botella:

—Un traguito, amigos. Bueno, si a usted no le importa, porque el sargento aquí presente ha tenido las fiebres y ha chupado antes de la botella.

—Ya se ve en la cara que está hecho una birria. —El carabinero frotó el cuello de la botella con sus dedos y bebió hondo, más hondo aún que el gitano. Se limpió los labios con el forro del gorro de paño y dijo:

—Para matar los gérmenes, ¡esto! —acariciando la botella.

Antes de ir a Madrid, había decidido pasar un par de semanas en Córdoba. Mi madre había insistido en que debía aceptar una invitación hecha por mi hermano mayor. No lo hacía de buena voluntad. Desde que había estado algunos veranos en mis vacaciones con la familia de Córdoba, me desagradaba su compañía.

El tío Juan, el hermano mayor de mi madre, había emigrado de Méntrida a Córdoba cuando era poco más que un niño. En el curso de

los años, a fuerza de ahorro y privaciones, había establecido un negocio de pañería que se convirtió en uno de los más importantes de la ciudad. Se casó y el matrimonio había sido prolífico: siete hijas y cuatro hijos. Sin embargo, su casa estaba regida por los padres salesianos y los canónigos de la catedral. Las hijas crecieron en una atmósfera de fanatismo rígido y la casa tenía su oratorio privado con una imagen de Jesús en una túnica roja sobre un traje azul celeste, sobre el cual se destacaba un corazón rodeado de llamitas doradas. La imagen tenía dos dedos levantados en el aire y tenía un halo de florecitas de lis doradas sobre su cabeza. La capilla estaba siempre llena de flores y tenía cuatro lámparas de aceite colgando del techo. El olor denso de las flores marchitándose se mezclaba con el olor agrio del aceite de oliva hirviente y humeante en las lámparas.

Uno de los hijos se suicidó. Otro dejó a su mujer después de tres años de matrimonio. El tercero fue muerto en un accidente de caza; y en cuanto al cuarto, nadie sabía a ciencia cierta dónde estaba; por los últimos veinte años, se suponía que estaba en alguna parte en América. Tres de las siete hijas se casaron y las cuatro restantes se convirtieron en solteronas beatas. En esta casa, donde después de la muerte de mi tía las cuatro solteronas habían cogido las riendas, se desarrolló mi hermano. Era claro que estaba destinado a ser el continuador del negocio y el cabeza de familia cuando muriera mi tío. Cuando mi hermano había ido a Córdoba tenía once años, sus primas más de veinte. Se domesticó bajo la férula áspera de mi tío y la piedad empalagosa de mis primas.

Por aquel entonces, mi hermano, tres años después de la muerte de mi tío, estaba administrando los bienes de las cuatro hermanas. El almacén de paños había sido liquidado y las hijas solteronas estaban tratando de restablecer el negocio con mi hermano como gerente. Había dinero bastante.

Mi hermano José y las cuatro hermanas me esperaban en la estación. Me cubrieron de besos y abrazos. Se compadecieron

largamente de mí. Me llevaron en triunfo en medio de todos ellos y me hicieron parar infinidad de veces en el camino, para presentarme a los amigos. Me sentía ridículo al lado de mi hermano —que era bajito y delgado, con una ligera cojera y un bigote indecente, mitad rubio, mitad negro— y aquellas cuatro mujeres, todas ellas de tipo matronil, altas, con anchas caderas, pechos generosos y cabellera abundante como crines de caballos árabes.

Elvira me tomó a un lado en cuanto llegamos a la casa:

—Querrás lavarte —y se quedó a mi lado mientras me quitaba la suciedad del viaje, obligándome así a que la limpieza fuera sumaria.

—Desgraciadamente la casa ya no es nuestra, desde que se murió papá, así que no puedes ir a la capilla y darle gracias a Dios por la protección que te ha dispensado. Pero puedes ir con José a la catedral, que no está más que a un pasito de aquí.

José y yo fuimos a la catedral, después de haber escuchado detalladas instrucciones sobre qué capilla, a qué virgen o qué santo teníamos que visitar, y quiénes eran los «padres» que debíamos saludar.

—Gracias a Dios —dije a mi hermano, tan pronto como nos encontramos en la calle—, mira, vamos a algún sitio donde nos den algo de comer y un buen vaso de manzanilla.

—Vamos primero a la catedral, porque si no, se nos va a hacer tarde. Cierran a la una.

—Oye, pero yo no he pensado en ir a la catedral.

—Pues, vamos a tener que ir, porque Elvira me ha dicho que te presentara al padre Jacinto. Y además, Gonzalo nos estará esperando. ¿Sabes que le han hecho canónigo?

Gonzalo era un nieto, el más viejo, del tío Juan, y por tanto un sobrino mío, aunque yo era más joven que él. Se había hecho cura y gracias a las influencias de la familia, era ahora un canónigo de la catedral de Córdoba con poco más de veinticinco años.

Fuimos a la catedral y encontramos a Gonzalo, un muchachón corpulento enfundado en una sotana ceñida. Me dio una bienvenida cariñosa y me preguntó:

—¿Has venido a rezar?

—Mira, podemos perdonar los rezos, ¿no?

—Está bien, entonces, vámonos.

Me llevó a su casa y nos invitó a unos bollos y a unos vasos de montilla. Su madre, la tía Antonia, me recibió con un aluvión de besos, me pidió que contara en detalle mis aventuras en Marruecos, se echó a llorar como la Magdalena arrepentida antes de que yo pudiera hablar una palabra. A continuación me contó la historia de Mercedes, su hija.

La tía Antonia había sido amiga de rezos de mi difunta tía Ángela, la mujer del tío Juan, y así había conocido a su hijo Gonzalo. Se casaron, y al quedarse viuda a los pocos años, para la tía Antonia se convirtió en obsesión que los dos niños, Gonzalo y Mercedes, serían servidores de la Iglesia. Gonzalo se había convertido en canónigo, pero Merceditas, antes de tomar los votos, se había encontrado con un turista que andaba pintando vistas de la catedral. Como la muchacha sabía que su amistad con el pintor nunca iba a ser tolerada por la madre, un día desapareció con él.

—... y ¿te puedes imaginar? —sollozaba la tía Antonia—, me dejó una carta en la que me decía sin vergüenza alguna, no sólo que se marchaba con un hombre, sino que esperaba tener un hijo suyo y le faltaba el valor de decírmelo en la cara.

La tía Antonia enderezó su armadura huesuda, haciendo crujir las juntas, y con los ojos llorosos, encendidos de ira, prosiguió:

—Me conoce. No ha tenido el coraje de decirlo, ¿eh? ¡Claro que no! Con estos dedos —unos dedos grandes, amarillos, espatulados— ¡le hubiera sacado la cría de las entrañas!

—Bueno, madre, no se excite —dijo Gonzalo, suavemente—. Cualquiera creería que era usted capaz de una cosa semejante. Hay que perdonar para que Dios nos perdone a nosotros.

—Tienes razón, hijo, tienes razón. Pero es porque tú eres un santo. —Se abrazó al hijo llorando. Los diez dedos de sus manos descansando sobre la sotana, con sus uñas fuertes, ribeteadas de negro, sus puntas apretadas contra los hombros poderosos de él, más espatulados que nunca, como esas cucharas de madera que se usan para sacar ungüentos espesos de sus jarras de cristal. Tuve que mirar a otra parte, porque me imaginaba demasiado claramente cómo estos dedos y uñas hubieran arrancado a tiras la vida nueva en el vientre de la muchacha.

Cuando salimos de la casa, Gonzalo dijo:

—No hagas caso a lo que dice mi madre. La pobre está trastornada. Debería ver más gente, charlar y quitarse de encima sus pesadumbres. Arturo, tú deberías venir mañana cuando esté sola y tratar de consolarla un poco.

Aquella noche hubo cena en mi honor, con mis tres primas casadas, sus maridos y Gonzalo en su sotana. Comimos abundantemente a las seis y media, mientras el sol todavía estaba alto. Los tres maridos y mi hermano, entonces un presunto marido de mi prima Elvira, no tenían nada que decir. Las siete mujeres se enredaron en una conversación en la que los argumentos se reforzaban, pidiendo las casadas apoyo a sus maridos y las solteras a José y a Gonzalo, y saltando ciegamente de un argumento a otro en una discusión sobre Marruecos.

—¡Es simplemente horrible lo que los moros han hecho en Melilla! Todavía no se sabe cuántos pobres españoles han sido asesinados a traición. Lo que hace falta es un gobierno fuerte que arrase Marruecos hasta que no quede un moro vivo. Debemos mandar un millón de hombres o dos, si hace falta. ¡Y no dar cuartel! Esas gentes no son cristianos, son salvajes sin civilizar. Y aún se permite que esos socialistas protesten contra el envío de tropas.

—Hacen bien. Casi sería lo mejor... —estallé.

—¿Qué?

—... abandonar Marruecos y no mandar un simple soldado allí. Marruecos es la mayor desgracia de España, un negocio desvergonzado y una estupidez inconmensurable al mismo tiempo. Yo he estado allí dos años, y que me digan a mí qué es lo que civilizamos nosotros. Los soldados, mejor dicho, la clase de soldados que se manda a Marruecos, son la gente más miserable e inculta de España, tan incivilizados como los moros. Ommás. ¿A qué los mandan a Marruecos? A matar y a que los maten. Marruecos es bueno sólo para los oficiales y para los contratistas. —Sabía que me estaba excitando tontamente y sin finalidad, pero no podía remediarlo.

—Pero, hijito —dijo Elvira—, a los oficiales también los matan.

—Claro. La lástima es que no matan más. Tú, ¿piensas que debían matar sólo soldados?

—Sigues tan incorregible como siempre, tú y tus ideas. Tú acabarás mal. ¡Muy mal!

—Es posible que yo acabe mal, muy mal, como dices, pero una cosa es cierta. España va a acabar peor, si Dios no lo remedia.

Gonzalo, untuoso como un canónigo viejo, cortó la discusión antes de que tomara caracteres más agrios:

—Y Dios lo evitará, si se lo pedimos de rodillas.

—Tienes razón, Gonzalito. Mañana voy a ir a escuchar tu misa y yo voy a rezar a Dios por haber salvado la vida de este ateo.

Después de esto, los hombres nos fuimos a beber algo. En aquella época, los cafés en Córdoba eran exclusivamente para uso de los hombres; ninguna mujer arriesgaba entrar en ellos, ni sola ni en compañía. Las mujeres de nuestra reunión consideraban como natural que las dejáramos solas. Pero tan pronto como estuvimos en la calle, Manuel, uno de los maridos, preguntó:

—Ahora, ¿dónde vamos a llevar al primo que vea un poquillo de la vida?

—A casa de Antonio.

—Está bien —dijo Gonzalo—, vosotros os vais allí y me esperáis, mientras voy a casa a mudarme de ropa. —Y se marchó a largos pasos.

—Lo peor es que las mujeres se enterarán —gruñó mi hermano—. En este pueblacho todo el mundo se conoce. Mañana por la mañana están enteradas, podéis estar seguros.

—¿Y qué? Que se enteren. Se les dice que nos hemos traído aquí a Arturo, porque es el único sitio donde se puede beber un montilla decente. ¿Qué saben las mujeres de eso?

Yo no sé si verdaderamente Antonio fue o no un picador famoso en la cuadrilla del Guerra, pero en todo caso las paredes de su taberna eran un museo de trofeos taurinos: cabezas de toro disecadas con una placa grabada en metal contando su historia de quince minutos famosos; banderillas cruzadas con los pegotes de sangre reseca ya de veinticinco años antes; estoques famosos por haber servido para matar famosos toros; capas bordadas protegidas en vitrinas encristaladas; viejos programas impresos en seda; viejas fotografías conservando aún vivo el color de ciruela madura de los daguerrotipos, y otras más modernas, descoloridas ya y enfermizas, blanqueadas por la luz.

La taberna estaba llena de gente, pero Manuel nos guió a la trastienda, donde un camarero agitanado nos recibió y condujo a un reservado minúsculo con paredes de tablas, la puerta cortada a medio metro del suelo, de manera que se pudiera ver lo que pasaba dentro sin entrar.

—Mira, Rafaelillo, somos seis con Gonzalo, que va a venir en un momento. Éste es el primo que estaba en Melilla. Díselo a Antonio, y que vea si hay alguien para armar una juerguecilla.

—El Currillo está ahí con los niños, si quiere usted llamarle.

Nos trajo una bandeja monstruosa cargada de vasos de vino, «De parte del señor Antonio»; y apareció Currillo, un gitano de setenta años con patillas de chuleta, una colilla colgando de la esquina de los labios y una guitarra bajo el brazo.

—A la paz de Dios, señor Manuel y la compañía. —Se descolgó la colilla del labio—. Déme usted lumbre, sargento. —Le alargué uno de los paquetes de tabaco de contrabando. El viejo gitano abrió unos ojos atónitos y cogió el paquete como si fuera una cosa delicada y frágil.

—Usted viene de África, compadre, esto está claro. ¡Las cosas que esto me recuerda! Los buenos tiempos en que yo era un buen mozo, porque uno ha sido un tipo bien plantao, con su permiso; y usted no sabe los miles de fardos de esto que tengo metidos, a veces a tiros con los del resguardo.

El viejo, mientras, se lió un cigarrillo grueso como una estaca.

—Quédese usted con el paquete; tengo de sobra. Después de lo de Melilla no nos miran el equipaje.

—Dios se lo pague, hijo; y aunque ya tenga uno la voz cascada, la primera copla la voy a cantar yo a su salud.

Los «niños» habían entrado silenciosos tras él: un muchacho de piel aceituna y chaquetilla corta, con tufos, sombrero cordobés, pantalones abotinados ceñidos de cintura y faja de seda; y una muchacha alta y cimbreña, color caoba, con el pelo aceitado sostenido hacia arriba por una profusión de peinecillos rojos y azules, una blusa con mangas abullonadas y falda de volantes salpicada de flores. El mozo iba a cantar y la muchacha a bailar.

—Y aquí estamos todos —dijo el viejo Currillo, haciendo las introducciones— para servir a la buena gente. Pero primero va usted a oír mi coplilla, que no se me ha olvidado.

Rasgueó la guitarra templándola durante un largo rato, carraspeó y entonó al fin:

Marinero, sube al palo

Y dile a la madre mía
Si se acuerda de aquel hijo
Que en el África tenía.

Entró Gonzalo, desconocido en su traje de paisano, un sombrero cordobés caído sobre una oreja a lo flamenco, una cadena de oro a través del chaleco, y calzado con zapatos de charol. —¡Hola, Currillo, hola, muchachos! —Tomó la barbilla de la muchacha—. ¡Cada día estás más guapa, Currilla!

—Y tú más sinvergüenza —replicó la gitanilla, riéndose y mirándole de arriba abajo.

La juerga se puso a tono. Hasta la medianoche nos dedicamos concienzudamente a beber, escuchar cante flamenco y mirar a Currilla taconear sobre el círculo de la mesa. A veces aparecían en la puerta cabezas de amigos y conocidos. Entraban, bebían y correspondían a la cortesía enviando una de las enormes bandejas cargadas de chatos de manzanilla. A medianoche, Gonzalo declaró de pronto que no bebía más, porque tenía que decir misa en la mañana; poco después estábamos en la calle, un poquito borrachos.

A la mañana siguiente salimos todos en parada: mis cuatro primas en negro con mantilla, mi hermano en negro con corbata también negra y yo en uniforme y condecorado, porque mis primas querían exhibirme. En el pórtico de la catedral se nos reunió el resto de la familia, la mayoría de ellos también de negro, dando la apariencia de un duelo, muy serios, muy solemnes. Gonzalo dijo su misa con gran solemnidad, como si fuera una misa para nosotros solos. Después entramos en la sacristía, donde Gonzalo se desvestía sin interrumpirse por nuestra presencia.

—Anda, Gonzalito, enséñanos el tesoro.

Gonzalo abrió vitrinas y arcones y nos mostró las riquezas de la catedral: joyas y paños de altar, casullas y capas, cálices y custodias en oro y plata repujado y cincelado, y ofrendas de fieles en las que era

difícil saber qué admirar más, si la ingenuidad o la buena fe. Había pendientes que alguien se había quitado de sus orejas para ofrendarlos a un particular santo; otros habían abandonado allí sus inmensos relojes de plata maciza, grandes como piedras de río atados a cadenas deformes, a las que hubiera podido atarse un perro.

Cuando muchacho, me habían enseñado ya el tesoro de la catedral, igual que se me habían mostrado los grandes festivales de la Iglesia con su suntuoso esplendor. Nunca me habían impresionado. Pero una vez, cuando yo era un chiquillo de diez u once años, alguien me había llevado a ver la columna del esclavo. Entre las ochocientas cincuenta columnas de la Gran Mezquita, que hoy es la catedral, existe una sobre la cual está esculpida una pequeñísima imagen de Cristo en la cruz, que no mide más de un palmo. La escultura es completamente primitiva y sus relieves se han borrado a fuerza de besos de beatas a través de siglos. Quienquiera que fuese el que me lo mostró, me contó la leyenda:

«Los moros —dijo— cogían cautivos a los españoles y los encadenaban a las columnas.» (Algunas de las columnas presentan restos de anillos de hierro embutidos en la piedra, pero yo personalmente no puedo creer que los califas de Córdoba llenaran su mezquita con prisioneros encadenados...) Uno de estos cautivos, encadenado durante años a una columna, había dejado crecer sus uñas y con ellas había emprendido la tarea de esculpir la imagen de Cristo a fuerza de rascar la piedra. Y allí estaba, una muestra palpable de la fe católica.

La cruz y la mezquita hicieron una honda impresión en mí; la mezquita como tal, no como catedral. Me había proporcionado un placer inmenso errar entre los cientos de columnas, perderme en los rincones húmedos y oscuros y surgir del bosque de piedra en un claro lleno de sol, donde la cruda luz venía a caer de lleno sobre las rotundas inscripciones árabes de dibujo perfecto, brotando en relieve del contraste violento de los blancos de luz y los negros de sombra; de allí

se sumergía nuevamente en el laberinto de columnas y en la soledad de sus hileras. Me divertía en remirar sus capiteles y en escudriñar los rincones, donde se descubrían restos de los viejos relieves de geométricas líneas que aún conservaban los restos de los oros, rojos y azules descoloridos por el tiempo, y que dejaban ver a través de sus grietas su fundación de estuco.

Aun cuando era un chiquillo, no podía contener mi indignación porque el centro de la vieja mezquita hubiera sido destruido y profanado por los católicos, para incrustar allí su altar mayor, su coro y sus pulpitos horribles, sobre todo uno que descansaba sobre un toro de mármol, aplastado por el peso, mostrando los intestinos desbordantes de su vientre estallado.

Ahora, mientras me mostraban las riquezas de la catedral, recordaba las luces y sombras, la diminuta imagen del Cristo en la mezquita. Después de dejar a Gonzalo, me despedí de los otros en el pórtico.

—¿Adónde vas? —me preguntaron.

—Voy a echar una mirada a la mezquita.

—Ah, ¿te quieres quedar un ratito en la catedral?

—No. Quiero estar en la mezquita. La catedral no me interesa.

—Bendito sea Dios. ¡Qué raro eres, Arturito! José se quedará para acompañarte.

—No, tú te vas a casa, o haces lo que quieras.

—¿Es que te molesto?

—No, pero no me dejarías en paz o te aburrirías.

Me dejaron solo como una cosa sin remedio. Veía lo que estaban pensando entre ellos: «Pobrecillo, las fiebres de África le han trastornado un poco».

En el Patio de los Naranjos, los árboles eran masas verdes cargadas de bolas casi amarillas. La mezquita en toda su inmensidad parecía vacía. La poca gente que allí había estaba rezando, o bien ante la reja de una de las capillas o entre los bancos y sillas del crucero, ante el altar

mayor. Pero los rincones frescos de humedad, los rincones sin sol escondidos entre el laberinto de pilares, estaban desiertos, y mis pasos resonaban huecos, remotos, como podían haber sonado sobre las losas de un castillo en ruinas.

Tenía una vaga idea de dónde encontraría la columna del Cristo. Recordaba que era de una piedra negra, y la busqué dando vueltas entre los pilares. La encontré al fin. Alrededor de la imagen de Cristo habían puesto una reja y un cepillo para limosnas, cerrado con un candado niquelado. Una placa niquelada pedía limosnas para una cosa u otra, no sé. Sólo sé que habían destruido mi leyenda.

Aquella tarde, mi hermano y yo nos fuimos juntos de paseo. Cruzamos el puente romano, pero José se negó a ir más lejos en los campos. Volvimos a la ciudad y le arrastré a través del barrio que aún se llamaba de la Morería, con sus calles moriscas estrechas y retorcidas, sus casitas bajas con azoteas, sus chiquillos descalzos, tostados de sol, medio desnudos, sus mujeres pequeñas y morunas aún desgreñadas, una flor incrustada en el pelo, dando de mamar a sus chiquillos con un pecho desbordante sobre la blusa abierta.

Al fin, José se quejó agrio:

—Tienes un gusto raro. Vámonos al Gran Capitán, que esta tarde toca allí la banda.

Fuimos a la gran avenida y nos sentamos a una mesa de un puesto de refrescos. Una banda militar tocaba ruidosamente y fuera de tono.

—¿Y qué planes tienes? —me preguntó José.

—¿Cómo que qué planes?

—¿Te vas a hacer oficial?

—¿Oficial yo? Tú estás loco.

—Bueno. A mí me parece que es lo mejor que podrías hacer. Aquí en Córdoba está la Academia para sargentos. Vendrías aquí, vivirías con nosotros y te convertirías en un oficial en tres años. Tendrías asegurado el porvenir.

—¿A qué llamas tú tener el porvenir asegurado?

—¿A qué le voy a llamar? A tener asegurada la vida, una paga decente, una posición social. Tú todavía eres joven y en Marruecos se puede hacer carrera. Tú no eres ningún tonto... Al menos esto es lo que a mí me parece, claro que no es más que una opinión personal.

—Que da la casualidad no es la mía.

—Creo que cometes una tontería.

Quedamos en silencio por largo rato.

—¿Sabes lo que estaba pensando? —dijo al fin.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Estaba pensando que en lugar de haber estado enfermo tan gravemente con tifus, podías haber tenido la suerte de que te dieran un tiro, claro, sin matarte. Te hubiéramos traído al Hospital de Córdoba, porque se lo hubiéramos pedido al tío Antonio, que está de comandante en Sevilla, y lo hubiera arreglado y lo hubieras pasado estupendamente aquí.

—¿Así que tú crees que debían haberme pegado un tiro?

—Hombre..., hubiera sido por tu bien; mejor que esto. Bueno, también nos hubiera sido útil a nosotros. Desde la muerte del tío Juan y la liquidación del negocio, la gente nos ha dado un poquito de lado. Pero si tú, por ejemplo ahora, estuvieras aquí herido grave, puf, no puedes imaginarte... Están dando fiestas cada día en casa del duque de Hornachuelos y de Cruz Conde. Imagínate.

—Me lo imagino. Tú solo con las cuatro primas, que empiezan a ser solteronas viejas y la moneda acabándose. ¡Ya lo creo que me lo imagino! Dime otra cosa, ¿a qué hora pasa por aquí el expreso de la noche para Madrid?

—Hombre, ¿qué te pasa? Tienes tiempo de sobra para estar aquí, ¿por qué te entran de pronto prisas? El expreso pasa a las diez.

—Bueno, mira: esta noche a las diez me voy. Te acordarás que una vez tuvimos un serio disgusto en Madrid. Te dije entonces que no

volvería a dirigirte la palabra en mi vida. He venido aquí porque tú lo has pedido y porque madre también lo quería, pero no creo que nos vayamos a volver a ver, al menos por mi parte.

Aquella noche cogí el expreso para Madrid.

Capítulo 10

Recolecciones

Un día, cuando tenía diecisiete años, sufrí una mala caída en el gimnasio y perdí el conocimiento. Me llevaron a la casa de socorro y de allí a casa. Volví en mí en mi cama envuelto en vendas y con un dolor agudo. Fue un mal trastazo que pudo haberme costado la vida, pero una semana más tarde estaba en la calle. La única reliquia del accidente fue el choque que recibí al despertar en mi casa, sin haber ido a ella conscientemente, y el encontrarme rodeado por las caras ansiosas de los míos. Un choque que se me repitió al encontrar las cosas y las personas tan absolutamente diferentes la primera vez que pisé la calle.

Cuando llegué a Madrid, me acometió el mismo sentimiento. Llevaba conmigo una pintura clara y rotunda de Madrid y de mi gente. Pero cuando en la estación me dieron la bienvenida mi madre, mi hermana y mi hermano, y cuando al salir de la estación me enfrenté con Madrid, mi Madrid, todo era distinto. Existía un vacío de dos años entre mi familia y yo, entre Madrid y yo. Habíamos roto el hilo de la vida diaria. Si queríamos reanudar nuestras vidas juntas otra vez, teníamos que atar con un nudo las puntas rotas; pero un nudo no es una continuidad, es la unión de dos trozos con un roto entremedias.

—¿Cómo estás, hijo, cómo estás?

—Bien, madre. Muy bien.

—Muy delgado..., en los puros huesos.

—Sí, ya lo sé, pero no se preocupe, estoy vivo. Otros se han quedado allí.

—Sí, ya lo sé. Otros se han quedado allí.

—Y usted, ¿cómo está, madre?

—Bien.

—¿Y todas las demás cosas?

—Nos arreglamos. No te preocupes. En un par de semanas te habremos cebado un poquito.

Nos cogimos del brazo y abandonamos la estación. Rafael llevando mis maletas.

—¿Has traído tabaco? —me preguntó.

—Sí.

—Y a mí, ¿qué me has traído? —preguntó mi hermana.

—Un poco de seda. Pero a madre no le he traído nada.

—Has venido tú.

—Ah, pero te he traído algo, abuelilla, vieja; te he traído algo. —Había recuperado el «tú».

Se rió con aquella risa suya, callada y suave.

La plaza de Atocha estaba llena de los ruidos de las primeras horas del día: las gentes asaltaban los tranvías para ir al trabajo. Los taxis que salían de la estación y los camiones que iban al mercado se disputaban a bocinazos el derecho de paso, mientras que los carros cargados de hortalizas trataban de filtrarse entre ellos, a fuerza de blasfemias gritadas a cuello herido por sus conductores. La algarabía de bocinas, campanas y gritos barría la plaza. Por dos años no había oído los ruidos de una ciudad; me sentía débil, más débil que nunca desde que había salido del hospital.

—Vamos a tomar un café o algo; he dormido muy mal en el tren.

Tomamos café y yo me bebí una copa de coñac para reanimarme, pero por último tomamos un taxi. Tan pronto como llegamos a casa, me metí en la cama sin entretenerme más que en sacar de la maleta el tabaco para Rafael, la seda para la Concha y el pañuelo para mi madre. Me habían preparado la cama, mi vieja cama de barras doradas, con sábanas finas, y el cuarto olía a pintura fresca.

Por la tarde me presenté en el gobierno militar y después volví a casa y me vestí de paisano. Mi uniforme se quedó colgado de la percha de mi alcoba y Rafael y yo nos fuimos a dar un paseo. Cuando ya estábamos en la puerta de la casa, mi madre dijo:

—Mira, vete a ver a Fulano y a Mengano, que han estado preguntando por ti todo el tiempo.

—Mira, madre, no quiero ver a nadie. La última visita se me ha indigestado.

—Haz lo que quieras, hijo.

Pero Madrid era aún demasiado para mí. Mis oídos no podían soportar el tumulto de la Puerta del Sol. Nos refugiamos en las callejas silenciosas que rodean la calle de Segovia, dando una vuelta antes de volver a casa. No hablamos mucho; no sabíamos por dónde empezar. Comentábamos los incidentes que urgían en la calle y volvíamos a caer en silencio. En casa, mi madre tenía la mesa puesta para la cena. Había preparado filetes patatas fritas y lo puso alegre y satisfecha sobre la mesa.

Ninguno de nosotros había hablado aún una palabra sobre Marruecos. Yo hubiera querido evitar el disgusto a mi madre; hubiera querido poder comer aquella carne con apetito y con cara risueña. Pero desde aquellos muertos de Melilla, no podía tocar la carne. Su visión y su olor me hacían ver y oler de nuevo los cadáveres, pudriéndose al sol o ardiendo en las piras empapadas de petróleo, y vomitaba. Me producía una reacción y asolación mental contra las cuales era impotente.

Traté de dominarme y comencé a cortar la carne que tenía en el plato. Surgió el jugo rosáceo. Vomité.

Se alarmaron todos y tuve que explicar:

—No es nada; no estoy enfermo. Es sólo una náusea.

Y para escapar a mí mismo, comencé a hablar. Les conté lo que había visto con todos sus detalles; les hablé de los muertos de Melilla, de los moribundos del hospital de Tetuán, del hambre y los piojos, de las judías agusanadas cocidas con pimentón, de la vida miserable de los soldados españoles y de la desvergüenza y de la corrupción de sus jefes. Y me eché a llorar como un niño pequeño, más infeliz y miserable que nunca, por el daño que estaba haciendo, por el dolor que había visto.

—¡Cómo me has engañado! —dijo mi madre.

—Yo?

—Sí. Tú con tus cartas. Yo sé que las cosas no van bien. Nunca van bien para los soldados. Pero últimamente estaba contenta. Eras un sargento. Y creía muchas cosas, muchísimas, de las que me contabas en tus cartas.

—Pero madre, todas eran verdad.

—Oh, sí. Seguro que eran verdad. Pero siempre me escribías sobre las cosas, nunca sobre ti mismo. Ahora ya sé por qué ¡Maldita sea la guerra y quien la inventó!

—Pero madre, no podemos hacer nada.

—No sé... ¡No sé!

A la mañana siguiente me sentía incapaz de salir de la cama. Mi madre llamó al médico, un viejecillo alegre que me examinó de pies a cabeza. No tenía nada, simplemente estaba muy débil y resentía el cambio súbito de clima y de altitud. Debía acostumbrarme a la ciudad poco a poco, ir a uno de los parques y sentarme allí, al aire libre, y respirar. Tan pronto como me fuera sintiendo fuerte, debía comenzar a pasearme.

Me quedaba solo grandes ratos. Mi hermano se marchaba al trabajo. Mi hermana se iba a la frutería que la familia había puesto en la calle Ancha. Mi madre zascandileaba por el cuarto. Me levanté y busqué algo que leer.

En un rincón encontré un montón de periódicos atrasados, un centenar de ellos, una mezcla de fechas y títulos. Había periódicos de la tarde y de la mañana, semanarios y revistas literarias. El tema principal de casi todos ellos era Marruecos. Los leí todos.

Lo que un soldado ve de una guerra puede compararse con lo que un actor ve de un film en el que toma parte. El director le dice que se coloque en un lugar determinado, que haga determinados gestos, que diga determinadas palabras. Le pone en un campo y le hace repetir una

secuencia de frases y de gestos; diez veces le hace abrir la puerta de la sala que no tiene más que tres paredes, y besar la mano de la señora de la casa. Cuando el actor ve la película terminada, difícilmente se reconoce a sí mismo y tiene que forzarse para reconstruir mentalmente las escenas que repitió un sinnúmero de veces. El actor así llega a tener dos distintas impresiones: una es parte de su propia vida y consiste en una serie de posturas, de maquillajes, efectos de luz, de ensayos y repeticiones, de órdenes del director de escena. La otra serie de impresiones se produce cuando ve la película terminada, en la cual ya ha dejado de ser él mismo y es una personalidad distinta, es parte de un argumento, es una persona con una vida artificial que depende de la forma en la cual las escenas que él interpretó se encadenan con las escenas que ejecutaron otros.

Me encontré a mí mismo atravesando una experiencia similar mientras leía el montón de papeles atrasados.

«La vanguardia avanza entre un diluvio de balas. Los soldados cantan canciones patrióticas al atacar. ¡A ellos, hijos míos! —grita el coronel a su cabeza—. Los feroces rifeños se emboscan tras cada piedra y cada mata. El valiente comandante X conduce sus Regulares en un ataque a la bayoneta. Un escuadrón de caballería persigue a los moros huidos con los sables desenvainados. Al mismo tiempo, la columna de Larache se despliega por el flanco izquierdo en un frente de más de dos kilómetros y da comienzo a un movimiento envolvente.» Y así indefinidamente.

Yo he visto a los corresponsales de guerra españoles, agregados al cuartel general de la columna, vestidos mitad de uniforme y mitad en traje de sport, con los prismáticos colgados en banderola, observando el frente a cinco kilómetros de distancia, tomando notas y preguntando detalles y explicaciones a los capitanes del Estado Mayor. Ocasionalmente, uno de ellos arriesgaba su vida uniéndose a las fuerzas de avance en una operación. En ningún caso veían la guerra como un

conjunto, pero estaban obligados a contarla como si lo vieran; para ello creaban para beneficio de sus lectores una guerra tan artificial como el argumento de un film, y describían la guerra como si por arte de magia hubieran flotado en las nubes sobre el campo de batalla y hubieran visto cada detalle, aun el más mínimo, con una simple ojeada.

La guerra —mi guerra— y el desastre de Melilla —mi desastre— no tenían semejanza alguna con la guerra y con el desastre que estos periódicos españoles desarrollaban ante los ojos del lector.

Una fotografía mostraba «El general X arengando a las heroicas fuerzas de la columna de socorro de Ceuta antes de embarcar para Melilla».

Allí estaba yo, en alguna parte entre los «héroes». La información que ilustraba la fotografía contaba que la arenga del general había sido escuchada con emoción y recibida con aclamaciones entusiásticas. ¡Como si hubiéramos estado de humor de escuchar ni de aclamar a cualquiera después de atravesar medio Marruecos! Nos habían alineado en revista para ser inspeccionados por uno de los generales y sus ayudantes. Unos cuantos sol dados en las filas de atrás simplemente se habían dormido instantáneamente. Unos pocos se habían desmayado, mientras estábamos firmes después de aquel día de marcha incesante. Las únicas aclamaciones que yo recuerdo fueron maldiciones y blasfemias. Mientras el viejo barbudo general se paseaba arriba y abajo de las filas, nosotros le llamábamos entre dientes «cabrón», «hijo de puta»; teníamos los pies llagados, las gargantas de esparto, y nos obligaba a estar firmes con cada hueso de nuestros cuerpos un dolor.

«Un mortero del 15 bombardeando al enemigo.»

La fotografía representaba un enorme cañón con la boca humeante. Tal vez era uno de aquellos famosos que nos enviaron de las islas Canarias, que sembraban de *shrapnels* nuestras propias líneas y nos hacían correr en todas direcciones como conejos.

Las descripciones del desastre de Melilla estaban llenas de la visión horrible de las posiciones reconquistadas, que permitían reconstruir las últimas horas de la guarnición aniquilada. A veces, en la narración de la tragedia figuraba el «único sobreviviente». Todas las informaciones coincidían en el valor temerario de los oficiales que habían sostenido la moral de las tropas.

Yo he encontrado supervivientes cuyos oficiales se habían arrancado las insignias o simplemente habían cambiado su uni forme con el de un soldado, porque esto les daba una probabilidad de que los moros no les mataran, y habían huido de sus puestos, perseguidos por las balas de sus propios hombres. Y he conocido al menos un oficial superviviente que ganó sus laureles de bravura pasando la noche del desastre en un burdel de Melilla. En su posición no quedó ninguno que pudiera testificar contra él, y sus superiores se vieron en la alternativa de condecorarle por su valentía o formarle consejo de guerra por abandono de sus fuerzas en la línea de fuego. Le condecoraron, naturalmente. Podía ser uno de éstos citados en los periódicos.

Vertí toda mi amargura sobre Rafael.

—Sabéis tanto de Marruecos aquí como de lo que pasa en la luna —le dije.

—No lo creas —me contestó—. Te has estado tragando los periódicos, pero las cosas son mucho más serias. Yo creo que al Rey le va a costar la corona. Las gentes piden una investigación de lo que ha ocurrido, y desde luego la oposición en pleno ha hecho uso de la oportunidad para airear en las Cortes el problema de Marruecos. Se dice públicamente que el Rey, personalmente, dio la orden de avanzar al general Silvestre a toda costa, aun en contra de las instrucciones de Berenguer. Y dicen que se va a abrir un proceso.

—¿Un proceso? ¿Tú quieres decir un proceso militar contra el Rey y el ejército? ¿Y quién va a hacerlo? Estáis locos de remate. La primera comisión parlamentaria que vaya a África y trate de averiguar lo que

aquellos señores han hecho y lo que están haciendo, sale de allí a patadas o a tiros.

—Te digo que las cosas se están poniendo muy serias. Hay un factor muy importante en la opinión pública, y son las fuerzas expedicionarias. La gente que pagó sus cuotas y sus sustitutos para que otros fueran a Marruecos en lugar suyo, están yendo ahora. Todos los papás que soltaron los cuartos para que los hijos no fueran a África, se encuentran con que ahora se los están llevando y que encima han tenido que pagar el equipo. Naturalmente, se sienten estafados. ¡Ah, sí! Si fuera únicamente la gente pobre la que saliera perdiendo, tendrías seguramente razón. Pero ahora a los otros les duele en el peor sitio. Las cosas marchan.

Poco a poco fui siendo absorbido por la atmósfera que reinaba en Madrid. Mi ignorancia de las cosas pasadas dificultaba mi comprensión. Pocos periódicos españoles, y raramente, llegaban al frente de África. En Ceuta, unos pocos de los diarios madrileños y el periódico local El Defensor de Ceuta eran los únicos en venta. Y en todas partes en Marruecos, tanto en Ceuta como en el último blocao, sólo se admitía la prensa más reaccionaria. Un soldado que leyera El Liberal quedaba marcado instantáneamente como un «revolucionario». En el cuartel, periódicos como El Socialista estaban estrictamente prohibidos; el encontrarse en posesión de un ejemplar era arriesgar el arresto inmediato y la persecución implacable. En teoría, todos eran libres de comprar el periódico que quisieran. En la práctica, los propietarios de los pocos quioscos conocían todas las reglas del juego: cuando alguien les pedía un periódico de izquierdas, contestaban inocentemente que ya se habían vendido todos o que aquel día no había llegado paquete en el barco, y ofrecían el ABC o El Debate. La población civil ayudaba a mantener este boicot. La mayoría dependía del ejército más o menos indirectamente; como no existía industria, tampoco existían obreros especializados fuera de los que pertenecían al ejército; y los pocos

pescadores y marinos que allí existían, eran por regla general gentes sencillas y rudas, iletrados y sumisos.

Al principio de estar en África, intenté mantener la lectura de mis periódicos favoritos de Madrid. Se me indicó amablemente que, si quería quedarme en la oficina (entonces era aún un cabo) y no ir al frente, debería leer el ABC o El Debate. Durante un cierto tiempo no leí más que El Defensor de Ceuta; incluso mandé algunos poemas bajo un seudónimo. Los publicaron, me pagaron cinco pesetas por cada uno, y me sirvieron como una especie de venganza semiconsciente. Más tarde deje totalmente de leer periódicos y me encerré en la lectura de libros, formando poco a poco una pequeña biblioteca. Pero un día, cuando estaba leyendo en la oficina, el comandante mayor me vio enfrascado en la lectura y pidió ver el libro. Era una edición barata de ¡Abajo las armas! de Berta von Suttner.

—¡Caramba, pues sí que te traes tú unos libritos al cuartel!

No había leído más de unas pocas páginas y le dije ingenuamente:

—Me han mandado algunos libros de casa entre los que venía éste. Como usted ve, no he hecho más que empezarlo y no puedo decir aún de qué se trata, aunque no creo que sea muy revolucionario, ya que el autor es una baronesa austríaca. —Me había leído la introducción.

—Bien, bien. ¿De manera que te han mandado más libros? Bueno, vamos a verlos —lo dijo no severamente, paternalmente. Don José Tabasco era un buen hombre, amable y cariñoso, pero completamente el tipo de oficial católico. Estaba convencido de la infalibilidad de las leyes y decretos de la Iglesia católica apostólica romana y de sus sanos efectos en la práctica. Así, perdí un buen número de libros: Victor Hugo, Anatole France, Miomandre, Blasco Ibáñez... y, desde luego, ¡Abajo las armas!

No. No me confiscó los libros. Era un hombre incapaz de faltar a la ley, que me concedía el derecho de leer todos los libros publicados en España. Me dio unas palmaditas en la espalda.

—Muchacho, voy a hablarte como si fuera tu padre. Esto es un cuartel, ¿sabes? Ya sé que tú eres un muchacho inteligente y no tengo nada en contra de que leas éstos u otros libros. Pero yo sé cómo pasan las cosas en un cuartel. Los compañeros te pedirán prestados los libros y tú no puedes decir que no. Bien, en el momento que estos libros caen en las manos de estos pobres diablos que apenas si saben leer o escribir, es lo mismo que si les pusieras dinamita en las manos. Mira, haz lo que yo te digo y quémalos.

El comandante era mi superior inmediato. Me quedaban aún años de servicio. El comandante se puso muy contento cuando me vio quemar los libros en los hogares de la cocina del regimiento. Sin embargo, yo sabía que existía una completa tolerancia por parte de los oficiales, casi diría una libertad absoluta, hacia la compra y venta clandestina de libros pornográficos; lo mismo en el cuartel que en el frente. Cuando alguno de los capitanes recién llegados iniciaba una campaña para limpiar de porquería su compañía, sus compañeros le decían:

—Mira, mira, hay que dejar a los muchachos algo con que divertirse un poco. Después de todo, a nosotros también nos gusta ver una buena mujer, mejor en cueros que con ropa. Además, no vas a cambiar las cosas. No vas a estar volviéndoles el forro de los bolsillos cada día, y al fin y al cabo, mejor es que lean eso que no que lean El Socialista.

Después de mis experiencias en Ceuta, me había limitado a leer libros en francés, mientras construimos la pista en Hámara y allí no había visto ni un periódico. En Tetuán nunca había intentado romper las convenciones de la vida militar. Después vinieron las operaciones de Beni—Arós, de Xauen y de Melilla, rematadas en el hospital. Cuando me encontré en Madrid, tuve que volver a empezar de nuevo, recogiendo cabos sueltos acá y allá, para entender lo que estaba pasando.

La taberna del Portugués todavía existe al lado de la esquina de la calle de la Paz. Los empleados de los bancos y de las compañías de

seguros de la vecindad siguen reuniéndose allí, como hacían cuando yo era un meritorio en el banco. A las siete de la tarde la taberna estaba llena de gente, pero yo sabía que mi viejo amigo Pla estaría sentado en su rincón habitual. Al entrar, le vi inmediatamente en la segunda mesa de la izquierda en la trastienda. Estaba más gordo y más miope. Parecía que sus gafas fueran más gruesas que nunca, y más que nunca su nariz estaba pegada al periódico. Llevaba el pelo cortado en cepillo, muy corto, y como su pelo era grueso y áspero, su cabeza parecía realmente un cepillo desgastado por el uso.

—¡Hola, Pla!

Levantó sus ojillos cerdunos, más pequeños aún a través de los cristales. Una de dos, o no veía o no me reconoció; pero creo que era su miopía, porque mi cara no había cambiado apenas de cuando tenía dieciséis años, excepto por la barba que brotaba aún por distritos.

—¿Eh? ¡Hola! Siéntate, y que te den un vaso.

—¿De modo que ya no recordamos a los amigos?

Sus ojillos parecieron olerme; porque, cuando intentaba mirarle a uno, moviendo su cabeza de lado a lado para encontrar el foco de visión, sus ojos saltones parecían más que olieran que el que os miraran. Cuando su cara estaba a una cuarta de la mía, me reconoció. Se levantó, pataleando con sus piernas cortas, y me abrazó lleno de exclamaciones salivosas.

Primero tuve que contarle todas mis aventuras, después volcó sobre mí su sarta de quejas sobre su trabajo en el banco, y por último comenzamos a hablar sobre la situación política.

—Y tú, ¿qué opinas de todo ello, Luis? —le pregunté.

—A mí me parece que ahora la cosa va de veras. Al Narizotas —el Rey— se le ha acabado el chupen. Dentro de un año tenemos la República.

—¡Caray, Luis, tú eres un optimista!

—Pero no tiene más remedio que venir. —Bajó la voz confidencial—: Toda la porquería del Narizotas está ahora saliendo a relucir: los millones que le pagó Marquet para abrir las casas de juego, el Palacio de Hielo y el Casino de San Sebastián, ¿te acuerdas? También en el Círculo de Bellas Artes dicen que está pringado el Narizotas. Está en las minas del Rif con Romanones y en el suministro de camiones para el ejército con Mateu; y para colmo de todo, el lío de Marruecos.

—¿Y cuál es el lío de Marruecos?

—¡Puff! Una historia sucia, porque resulta que es él el responsable del desastre. Le escribió a Silvestre, a escondidas de Berenguer, y le dijo que siguiera adelante. Dicen hasta que, cuando Annual acababa de ser conquistado, le mandó un telegrama a Silvestre que decía: «¡Vivan tus cojones!». Y cuando se le habló de la catástrofe y de los miles de muertos que había, dijo: «La carne de gallina es barata». Claro es que todos los reaccionarios le están defendiendo en las Cortes, pero los republicanos y los socialistas están pegando duro. Además, hay otra cosa: ahora que están mandando fuerzas expedicionarias y todos los fulanos que se escaparon con su dinero de ir a Marruecos tienen que ir, aunque no quieran, muchos de los liberales quieren que se depure la cosa. Les sienta como un tiro que tengan que perder el dinerito y si a mano viene, los hijos. De todas maneras, una cosa es cierta: va a haber un proceso.

—¡Un proceso! —exclamé.

—Sí. Un proceso para establecer la responsabilidad de lo que ha pasado en África. Los generales están que revientan de rabia. Hasta han amenazado con un pronunciamiento como en los tiempos de Isabel II. Pero ahora las cosas son distintas; ¡que vengan! Los vamos a recibir con fuegos artificiales.

—¿Y qué pasa en Barcelona?

—¡Oh! ¿En Barcelona? Nada. Solamente que la gente en Barcelona sale a la calle a dar un paseo y a lo mejor sale uno que les llena las tripas de balas. Unas veces los pistoleros son anarquistas y otras veces los paga el Gobierno. Pero a mí no me interesan los catalanes; por mi parte, los pueden matar a todos juntos. Desde luego que todas estas cosas ayudan. Cuanto mas grande la bulla, mejor. Tendremos un gobierno cada quince días y así, ¿crees tú que va a haber gobierno que pueda resolver las cosas? —Se interrumpió, se bebió su vaso de vino, llamó al muchacho y pidió otros vasos:

—Pero claro es que todo esto ha venido por la guerra europea. Es una cuestión económica, ¿sabes?

—No lo veo muy claro.

—Pues es muy sencillo. Durante la guerra la gente se ha hinchado de ganar dinero. Tipos que toda su vida habían ido con los pantalones rotos, los has visto de repente abriendo cuentas corrientes fantásticas; los periódicos que antes no se vendían, de pronto los compraba una embajada y se convertían en un rotativo de gran circulación; a los ministros se les daban propinas de un millón de pesetas; las mulas viejas por las que un gitano no hubiera dado diez duros, se han vendido a mil duros; los catalanes han fabricado millones de mantas; la gente de Valencia vendía sus frutos en los árboles a peso de oro; el trigo valía el doble; barquitos de pescadores ganaban mil duros por atravesar de Bilbao a San Juan de Luz, y si los torpedeaban en el camino, cobraban diez mil de seguro. De repente se acabó la guerra y se acabó el chupen. Las fábricas nuevas se cerraron de la noche a la mañana y pusieron los obreros en la calle. Los ferrocarriles se arruinaron o al menos eso dicen. Mientras todo el mundo tenía dinero, Madrid se llenó de taxis y ahora los que tienen un taxi se mueren de hambre. Los bancos que se establecieron durante la guerra están suspendiendo pagos cada día. Del Rey abajo hasta el último español, todos claman ahora por su dinerito, y andan buscando la forma de ganarlo como antes. El Rey vende una

licencia para abrir un casino o le exige más huevos a Silvestre para poder venderle unas minas más a Romanones. Las compañías de ferrocarriles piden que el Estado las mantenga y amenazan con interrumpir el tráfico si no; así, se les da su subsidio y los ministros se ganan sus buenas comisiones. Hoy puedes ir a cualquier ministro con cincuenta pesetas en la mano y te dan lo que pidas. Si vas con un millón, te dan el ministro, el ministerio, los empleados y hasta las máquinas de escribir. Y como alguien tiene que pagar por todo esto, pues se pone en la calle a los obreros para hacer economías o se les regala los jornales. ¿La solución? Una huelga cada diez días. Créeme, esto va a acabar muy mal.

Rafael me trajo una invitación de su jefe para que le hiciera una visita. Don Manuel Guerrero era el gerente de Panaderías Madrileñas, S. A. (en liquidación), pero había sido también un comandante del cuerpo de Ingenieros que, al igual que la mayoría de los más cultos y más independientes de los oficiales e ingenieros, había dejado las armas por la industria, sobre todo porque siempre se encontraban en conflicto con sus hermanos oficiales cuyo único interés era hacer una carrera o negocios fáciles en Marruecos.

Don Manuel era un hombre de unos cincuenta años, pelo entrecano, un cuerpo macizo pero corto, ojos profundos, una frente poderosa y una mandíbula inferior algo agresiva. Hablaba un poco brusco, pero al cabo de unos minutos de conversación perdió toda rigidez y me condujo a través de la fábrica desierta, contándome al mismo tiempo su historia que era lo único que llenaba su mente:

Había fundado una fábrica harinera y panadería en las afueras de Madrid, inmediata a la línea del ferrocarril de circunvalación, con un ramal directo a la fábrica, y en teoría la instalación produciría una revolución en el sistema de abastecimiento de pan a la capital. Por la situación de la fábrica, podía comprar el trigo y transportarlo directamente desde los centros productores o desde los puertos a las

máquinas de moler. Sus instalaciones de hornos automáticos modernos al pie de la molienda le permitirían fabricar pan mejor, en mejores condiciones higiénicas, y más barato que nunca se había comido en Madrid, donde aún en muchas panaderías el pan se amasaba con los pies y la competencia se hacía agregando a la masa del pan toda clase de materias inertes o robando en el peso. No existía en Madrid una panadería grande, más que la que era propiedad del conde de Romanones. Había lanzado el negocio como una sociedad anónima financiada por algunos bancos. Pero bien pronto se había encontrado arrinconado contra los intereses creados de dos poderosos grupos que se beneficiaban con el alto precio del trigo: los terratenientes y los almacenistas de granos, que controlaban el trigo nacional, y los especuladores que manejaban la importación del trigo suplementario que se necesitaba cada año. Teóricamente, él no necesitaba más que pedir el permiso de importación para tener cuanto trigo quisiera. Pero automáticamente, cuando sus embarques estaban próximos a llegar a puerto español, las tarifas de entrada subían misteriosamente y don Manuel se encontraba frente a una pérdida. Al principio trató de luchar, pero entonces se estrelló contra los bancos que preferían como clientes a sus competidores mucho más poderosos. Se arruinó.

—Mi última esperanza —me explicó— fue obtener un contrato de aprovisionamiento de la guarnición militar de Madrid; pero para ponerme de acuerdo con Intendencia, tenía que dejar de ser honrado. Y yo he sido siempre un hombre honrado.

Entre las bandejas enormes de los hornos fríos, las enormes hélices de las amasadoras, las vigas de acero de los techos y las correas de transmisión paralíticas, las telarañas se multiplicaban infinitas.

—¿Se da usted cuenta que ésta es una lección repugnante, un síntoma gravísimo de la catástrofe que amenaza a España? Si Dios no lo evita. Pero no parece como si tuviera mucho interés. Mire usted, somos un país exportador, y si no importamos el trigo y otras cosas que

necesitamos, los demás países no nos compran nuestro aceite, nuestras frutas o nuestros minerales o tejidos. Yo no puedo importar trigo, y los telares de Cataluña están paralizados, porque la Argentina no puede comprar tejídos si no les compramos su trigo. Los obreros protestan y al fin todo termina en matarse unos a otros en la calle. Y ahora, para rematarlo todo, esta cuestión de Marruecos. Cuénteme algo de allá.

Le dije que yo no sabía nada de Marruecos y que sólo podía contarle lo que había visto yo mismo. Le hablé sobre la pista de Hámara y de la expedición de Melilla. Me escuchó, meneando la cabeza de vez en cuando. Después dijo:

—Lo mejor sería abandonar Marruecos. Dejar a las potencias que hicieron el convenio de Algeciras que se las arreglaran como pudieran. Pero lo malo es que el que intente hacer semejante cosa provoca una revolución desde arriba. ¿Dónde y de qué iba a vivir esa gente sin Marruecos? No podrían vivir sin sus beneficios. Y son demasiado poderosos.

Pero yo ya no le escuchaba. El nombre de Romanones, pronunciado en la inmensa nave polvorienta y desierta, había evocado en mí el recuerdo de otra fábrica en la que yo había trabajado unos años antes, como secretario de su director: Motores España S. A., la inmensa fábrica que iba a transformar la aviación española.

En aquella época era yo un muchacho de diecinueve años. Había tomado las cosas como venían, sin preocuparme mucho y sin entenderlas. Tenía un trabajo importante y envidiable: las muchachas más guapas de Guadalajara se interesaban por mí, porque yo era el secretario de don Juan de Zaracondegui y porque miles de pesetas, todas las pesetas de todos los jornales de la fábrica, pasaban por mis manos, y porque yo podía contratar trabajadores. Tuve mis aventurillas y me divertí con una de ellas, en la que pude escapar de un padre y unos hermanos calderonianos. Guadalajara es la capital de una de las provincias españolas; una ciudad mísera, sometida a la férula del

terrateniente mayor, del cacique más grande de España, del diputado y ministro casi permanente, conde de Romanones. Su población eran algunos propietarios, algunos taberneros y unos cuantos comerciantes , modestos, porque Madrid está muy próximo. Su mayor provecho era la Academia de Ingenieros Militares. Las muchachas de la ciudad se convertían en novias de los cadetes y se casaban con los hijos de los labradores. El resultado era que por la noche los estudiantes y los campesinos venían a dar serenata a las muchachas y acababan a golpes. A veces un cadete, cuando ya había llegado a capitán, regresaba a Guadalajara y se casaba con su antigua novia. Esto mantenía vivas las esperanzas de todas las muchachas.

Pero cuando se instaló en Guadalajara la fábrica de Motores España, se produjo una revolución: un ejército de dibujantes, empleados y mecánicos invadieron las tabernas de cadetes y campesinos. Jornaleros locales que hasta entonces habían ganado tres pesetas cuando había trabajo, se convirtieron en obreros de la fábrica ganando el doble. Los padres y las muchachas solteras vieron el cielo abierto. Su vida había cambiado. Todo aquello fue para mí una alegre diversión.

Pero ahora, cuatro años más tarde, veía el otro lado de la historia.

Durante la gran guerra, los Motores Iberia de Barcelona produjeron motores para los aliados en cooperación con grandes fábricas francesas. A la vez, como una cosa secundaria, comenzaron a equipar el ejército español, que entonces atravesaba las primeras etapas de su mecanización. Más tarde, estos elementos mecanizados se convirtieron en un nuevo departamento militar que se llamó el Centro Electrotécnico, a la cabeza del cual figuraba un capitán de Ingenieros, don Ricardo Goytre. Tal vez porque los Motores España tenían que pagar comisiones tan altas para el suministro de material al ejército, este material falló totalmente en Marruecos, desde 1918 en adelante. Los camiones se caían en pedazos.

Hubo que garantizar presupuestos extraordinarios para comprar camiones nuevos y mejores. Y por último, las Cortes decidieron que se hiciera un gran concurso nacional para el suministro de camiones y aeroplanos. Los modelos premiados serían adoptados por el ejército, y los contratos, dados a sus fabricantes. Esto sí, ¡sólo se admitían fábricas nacionales!

La única fábrica nacional de alguna importancia era Motores Iberia, pero los campos de Marruecos estaban llenos de chatarra en los parques militares y no hubiera sido buena política que la misma fábrica surgiera como vencedora del concurso. Se creó así Motores España de Guadalajara, S. A.

El conde de Romanones facilitó un gran espacio de terreno al lado de la línea del ferrocarril, donde se elevaron rápidamente las naves de la fábrica en cuanto se emitieron los cinco millones de acciones de la sociedad. Se dejó amplio espacio para un aeródromo, el cual por su situación estratégica parecía destinado a convertirse en el más importante de España e incluso de Europa. Don Miguel Mateu se convirtió en gerente de la empresa. Daba la casualidad que también era el gerente de la otra sociedad catalana. Don Ricardo Goytre dimitió de su cargo de director del Centro Electrotécnico y se convirtió en director técnico. El capitán Barrón, creador del prototipo de avión que había de ganar el concurso, resignó también y se convirtió en jefe de ingenieros. Don Juan de Zaracondegui, un aristócrata vasco y miembro del consejo de la sociedad catalana, se convirtió en el director administrativo, y por último el representante general de la casa catalana en Madrid, don Francisco Aritio, se convirtió en el director de ventas de la sociedad de Guadalajara.

«Los ricos tienen todo sin pagar nada», dicen las gentes pobres de España.

Don Miguel Mateu poseía en Barcelona el mayor almacén de maquinarias de España; era también el representante de las mayores

fábricas de máquinas, herramientas y aceros de Alemania y de los Estados Unidos de Norteamérica. Hizo la instalación de la nueva fábrica. El conde de Romanones poseía inmensos terrenos en Guadalajara que no le producían un céntimo. Facilitó el sitio para la fábrica.

Ninguno de los dos aceptó dinero por esto. Motores España era una empresa patriótica que iba a liberar a España de su dependencia de otros países y le iba a dar su aviación propia. El conde y el industrial eran grandes patriotas. ¡Se emitieron cinco millones de pesetas en acciones liberadas y yo abrí el libro mayor de la sociedad, encabezando las siguientes cuentas con mi mejor letra gótica:

S. M. Don Alfonso de Borbón.....1.000.000

Don Miguel Mateu.....2.000.000

El conde de Romanones.....1.000.000

Don Francisco Aritio.....500.000

El resto de las acciones se inscribieron a nombre del inventor de los motores, por los derechos de sus patentes que ya cobraba en Barcelona, pero que ahora se iban a fabricar bajo otro nombre. He olvidado el nombre que inscribí.

Se celebró el concurso con todos los requisitos. El contrato se adjudicó a los Motores España, mientras el ingeniero La Cierva, con el primero de sus autogiros volando, era ridiculizado. La nueva fábrica fue inspeccionada por S. M. el Rey con toda solemnidad. Don Miguel Mateu mandó espléndidas máquinas herramientas de la Allied Machinery Company de Chicago. Las acciones subían como espuma en la Bolsa. Camiones pintados de gris horizonte llegaban directos desde Barcelona a Guadalajara y se entregaban en la puerta de la fábrica al ejército. El consejo de directores arregló con una sociedad inglesa que se encargaran ellos de la construcción de los aviones.

Fue entonces cuando tuve que dejar la fábrica a causa de que mi aventura amorosa me había llevado demasiado lejos.

Y nunca más me volví a preocupar.

Ahora, con el escalofrío del tifus africano aún en mis huesos, en la atmósfera cargada de nubes de amenaza de Madrid, en la nave vacía de la fábrica de harinas, veía con toda claridad la ruta que llevaba desde Guadalajara a Marruecos.

Volví a Marruecos, al terminar mis dos meses de permiso, hondamente asustado.

Segunda parte

Capítulo 1

Cambio de juego

Las aguas del Estrecho estaban un poco alborotadas. El viejo cascarón de nuez que hacía la travesía diaria cabeceaba en todas direcciones. Los cerros y las casas de Ceuta se columpiaban sobre las olas, surgiendo sobre ellas, para hundirse después hasta desaparecer de la vista. Cuando entramos en el puerto, los muelles aún parecían balancearse suavemente. Encontré la ciudad completamente cambiada.

Cuando se vive en un sitio, se construye uno una imagen mental del medio que le rodea. Esta imagen se queda dormida en lo más profundo de la mente, mientras se vive allí en carne y hueso; pero en el momento que os marcháis de allí, surge con plena vida y sustituye la antigua visión directa y rutinaria. Así, un día volvéis esperando encontrar los sitios, las cosas y las personas, tal como los habéis conservado en vuestra mente, tal como creéis que son. Vuestra visión mental y la realidad chocan violentas y el choque repercute dentro de vosotros.

La callejuela que imagináis fresca y callada está ahora llena de gentes chillonas y deslumbrante de luz. El café lleno de gentes, donde os sentabais con vuestros amigos para sostener discusiones acaloradas, está casi vacío, y el camarero amigo ya no se acuerda qué es lo que acostumbrabais tomar. Es algo así como si un actor fuera al teatro a las diez de la mañana, convencido de que iba a aparecer en escena donde le estaban esperando, y se encontrara allí con la fregatriz quitando el polvo de las butacas, frente a frente de un escenario vacío cargado de decoraciones revueltas, y todo alumbrado por la luz gris de las claraboyas.

He sufrido a menudo este choque, pero cuando llegué a Ceuta desde Madrid, creo que fue la primera vez que me di plena cuenta. Conocía cada uno de los rincones de Ceuta y cada rincón en un momento determinado, en su momento. Ahora, el sitio y el tiempo no estaban sincronizados y me encontraba de pronto en tierra extraña.

Antes de ir al cuartel, quería desayunar y me fui directo a mi café, es decir, al café donde iba cuando era un cabo. Pero en la misma puerta me sorprendió a mí mismo el hecho de que ahora era un sargento. Éste no era ya más para mí el sitio adecuado; tendría que ir al café de los sargentos. Así, volví atrás y me encaminé a La Perla. Había unos cuantos sargentos desayunando café con bollos o churros: me senté solo y pedí café. El camarero no me conocía, yo no conocía el café, y cada uno me miraba como se mira a un extranjero. Me bebí mi café de prisa y me marché, echando de menos amargamente la calurosa acogida que hubiera tenido en mi café «de soldados», donde el camarero era un amigo y donde el salón era sucio y maloliente, pero sin pretensiones. Mucho más humano.

Porque ser sargento en Ceuta suponía pertenecer a una clase social. En la pequeña ciudad había tres castas claramente separadas entre sí, como compartimentos estancos: los soldados rasos y los cabos, juntamente con los jornaleros, los pescadores, los albañiles, los barrenderos y otros semejantes, eran el proletariado. Los suboficiales y sargentos, con los obreros calificados, los pequeños comerciantes y los oficinistas, eran la clase media. La clase alta, la aristocracia, consistía en los magistrados y el clero. El conjunto de la vida social de la ciudad estaba organizado de tal manera que ninguno de estos tres grupos podía mezclarse con los otros. Había cafés para soldados, para sargentos y para oficiales, y burdeles para cada uno de los tres grupos. Algunas calles, y hasta a veces parte de la misma calle, estaban prácticamente reservadas para uno de los tres grupos. En la calle Real, que atraviesa el pueblo de extremo a extremo, los soldados marchaban siempre por el medio de la calle. En la acera tenían que ceder el sitio a las mujeres y a sus superiores jerárquicos; y como no podían evitar el cruzarse con una mujer o con un superior cada cinco pasos, preferían no tener que estar dando brincos a cada momento de la acera al empedrado. En general, los soldados huían de las calles céntricas, donde estaban condenados a

saludar incesantemente, y los oficiales evitaban las calles extraviadas, donde no podían exhibirse con la gente de categoría.

Como en otros muchos pueblos de España, en Ceuta era costumbre el pasearse a la caída de la tarde, a lo largo de una calle, saludando a los amigos y piropeando a las muchachas; pero allí, cada casta tenía su trozo de acera en la misma calle. En uno, los soldados se paseaban con las criadas. En otro, los oficiales se paseaban con las señoritas acompañadas de la mamá y vigiladas por la cara seria y ceñuda del papá. Los sargentos tenían también su trozo de paseo propio, para ellos y para las niñas aspirantes a señoritas bien, con papás pretenciosos de altos puestos.

No podía ir más al café de los soldados.

No podía entrar más en la taberna familiar; no podría pasearme por el mismo trozo de acera; y así, todo.

En este estado de ánimo llegué al cuartel; me dijeron que me avistara con el comandante, cuando viniera como siempre a las once, y por más de una hora anduve de un lado a otro a través del cuartel de Ingenieros. Un edificio con dos grandes terrazas, una enorme casamata de madera, un gallinero, cuadras, talleres, enfermería, todo alrededor de un patio grande y otro pequeño, todas las paredes enjalbegadas y blancas como leche fresca. Cada día un soldado se dedicaba a poner cal nueva sobre alguna de las paredes, y así continuaba todo el año a través de todo el cuartel.

Me aburrí mientras esperaba; me aburría de la espera y del blanco sin fin de las paredes del cuartel, casi desierto a aquella hora. Bien, al día siguiente estaría en Tetuán y de allí iría a parar a la línea de fuego; al menos sería menos aburrido. Al menos encontraría gentes conocidas. En Ceuta apenas conocía a alguien. Mi contacto con los soldados se había terminado y mi contacto con los pocos sargentos fijos en la plaza aún no se había iniciado. Me sentía aislado de todos.

A las once; el comandante mayor entró en las oficinas de Mayoría. Dejé pasar un ratito y me presenté en su despacho:

—A sus órdenes, mi comandante.

—¡Hola, Barea! ¿Ya has vuelto? Estás flaco de veras. Cuídate. Bueno, mira, el sargento Cárdenas ha ascendido a suboficial y se queda de subayudante. Así que tú dirás, si lo prefieres a volver al frente. Aunque supongo que lo preferirás.

Le di las gracias.

—Bueno, tómalo con calma: descansa unos días y ponte en contacto con Cárdenas para que te vaya explicando las cosas. Pero no me hagas tonterías.

Se entraba en las oficinas del regimiento a través de un pequeño recibimiento, provisto de dos mesas y un banco monacal de madera dura, largo para seis personas. Era el sitio donde los dos ordenanzas de la oficina estaban sentados invariablemente, haciendo todo lo posible porque ningún visitante les quitara el sitio. Detrás de la mesa había dos escribientes encargados de recibir a los visitantes o invariablemente forzándolo a llenar un impreso. Al fondo de la sala había un tabique de madera rematado por una fina red de alambre, y detrás de él dos cubículos separados también por el tejido de alambre y unidos por un ventanillo. El de la izquierda lo ocupaba el cabo Surribas, el de la derecha el sargento Cárdenas. Surribas era el contable y una especie de secretario de Cárdenas, de quien recibía las órdenes a través del ventanillo. Cárdenas era una especie de secretario del comandante mayor y tenía una gran mesa, con una más pequeña al lado que ocasionalmente usaba para dictar a un escribiente.

Al fondo se abría aún un cuarto más grande, en el que había cinco mesas y cuatro escribientes. Las paredes estaban forradas de anaqueles repletos de legajos, todos atados con balduque rojo. Estos legajos contenían la historia de cada uno de los soldados que habían pasado por el regimiento en los últimos veinte años. Uno de los anaqueles estaba

cargado de grandes carpetas, de tamaño folio, conteniendo la historia de cada oficial a través del mismo número de años.

La oficina olía a papel apolillado y a insectos. Porque existe un olor de insectos; es dulzón y se agarra a la nariz y a la garganta, impregnado del polvillo fino siempre flotante. Si sacáis de su sitio un legajo de viejos papeles o un libro ya roído de gusanos, se eleva una nube levísima de polvo, y el olor es tan violento que ni aun el escribiente más viejo puede evitar un estornudo.

Y la oficina estaba llena de ruido de insectos. En mis días de cabo había trabajado allí y había llegado a conocerlo. Mientras los cuatro que éramos escribíamos, o tecleábamos en las máquinas, cuchicheando para no irritar al sargento, no oíamos el ruido. Pero cuando yo me metía allí en las noches calurosas de África, buscando un rincón fresco donde leer tranquilo, escuchaba el trabajo de demolición incesante de estos seres diminutos que trataban de destruir la burocracia. Roían el papel, lo taladraban, hacían nidos en él, se hacían el amor. Había centísedos con mandíbulas como pinzas de cangrejo, que taladraban los más gruesos legajos de lado a lado. Había cucarachas gigantes que roían los bordes, incansables; gusanos que tejían sus capullos tras un legajo, para surgir en mayo convertidos en mariposas. En los anaqueles más altos, donde se acumulaban los más viejos documentos, estaba el reino de las arañas monstruosas, de las avispas y de las moscas de caballo, que acumulaban allí sus nidos y sus dormitorios invernales. En las hileras más próximas al suelo, los ratones roían las cintas rojas para acolchar sus nidos. De vez en cuando, las hormigas invadían la plaza como si quisieran arrancar una a una las letras escritas y llevárselas a sus hormigueros como granos de trigo.

Cuando yo trabajaba allí, le habíamos dado al sargento Cárdenas el mote de el Loro, en parte por la jaula de alambre en que estaba encerrado y en parte por su voz chillona, que cortaba a través del silencio, siempre agria y siempre rasposa. Aparte de esto no conocía

más de él, fuera de lo exterior. Un hombre moreno, bien formado, afeitado de raíz, siempre serio y siempre irritable, dejando ver su origen campesino a través de la rigidez con que llevaba su uniforme, costoso e impecable, pero que parecia pertenecer a otra persona.

Y ahora me encontraba yo mismo en la jaula de el Loro, sentado a la mesita frente a él y esperando. Llevaba un uniforme nuevo de suboficial. Después de su ascenso no se había cosido los nuevos galones en lugar de los viejos, se había hecho un traje nuevo.

—Bien, ahora va usted a ser mi sucesor. Debía haberlo sido Surribas por derecho de antigüedad, pero el pobre está loco como una cabra. No se puede tener confianza en él y éste es un sitio donde hace falta mucho tacto. El trabajo no es difícil, pero hay que saber siempre dónde pone uno los pies y quién es cada uno. Tenga usted los ojos abiertos, porque si pueden, le meten un paquete sin que se dé cuenta. Ya le iré explicando cómo funcionan las cosas en detalle; ahora se lo voy a explicar en general. De todas maneras, vamos a estar en contacto los dos, porque yo me quedo de subayudante del regimiento. —Hizo una pausa, encendimos un cigarrillo y continuó—: La contabilidad la he estado llevando yo mismo y usted tendrá que hacerlo también, si quiere que las cosas marchen. Surribas lleva los libros y le ayudará en todo el trabajo auxiliar, pero las cuentas es trabajo de usted. Surribas puede escribir los números en el diario y sumarlos, pero es usted quien tiene que darle las cifras, y usted el único que tiene que conocer el porqué de cada cantidad. Algunas ve ces ni aun esto: por ejemplo, si el comandante mayor le dice «anotar esto o aquello», usted lo anota y no se mete en más averiguaciones. Se puede usted figurar el porqué, pero se calla la boca y no pregunta. En estos casos usted es para el mayor lo que Surribas es para usted. Pero éstos son casos excepcionales. Normalmente usted no tiene nada que hacer más que llevar las cuentas de la comandancia. —Continuó—: Como usted sabe, el Estado asigna una cantidad por cada hombre en el ejército, desde soldado a coronel.

Sobre la base de esta asignación, cada compañía hace sus liquidaciones y se las presenta a usted, para comprobación, al fin de cada mes. Usted las examina, les da el conforme y la compañía cobra en caja el dinero que se le debe.

—No parece ser muy difícil.

—No. Esto no es difícil. Un estado de cuentas se manda cada mes al Tribunal de Cuentas, donde lo aprueban y lo archivan. Y el punto es que bajo ningún concepto tiene nunca que ser rechazado un estado de cuentas. Para eso, cada anotación debe tener su comprobante correspondiente. Y aquí tiene usted la llave más importante de nuestra contabilidad: EL COMPROBANTE. No hay comprobante, no hay dinero. Ésta es la regla.

—Tampoco eso me parece muy difícil.

—Ah, pero es difícil. La cuestión del comprobante es la más difícil de todas. Voy a darle un ejemplo y verá usted por qué: de acuerdo con el presupuesto, cada soldado tiene derecho a un par de alpargatas cada tres meses. Cuando se le dan sus alpargatas, se le anota en su hoja de vestuario. Esto sirve de prueba de que las ha recibido y ya no puede reclamar otro par. Ahora bien, la compañía tiene cien hombres, y cada tres meses Intendencia da cien pares de alpargatas para la compañía. El suboficial de la compañía firma un recibo por estos cien pares. Esto prueba que la compañía ha recibido sus cien pares de alpargatas, y no puede reclamarlas más. El depósito de Intendencia precisa cada año, digamos, ochenta mil pares de alpargatas. Se da la orden al almacenista o al fabricante, e Intendencia firma el recibo de estos pares, con el cual el fabricante se presenta a cobrar su dinero. Nadie puede hacer una reclamación, porque, como usted ve, cada uno tiene su comprobante.

—Lo encuentro perfectamente claro.

—En teoría sí, pero en la vida real es distinto. Pocas alpargatas duran tres meses. Si un soldado pide otro par, después de uno o dos meses, se le dan las alpargatas, pero el coste se le descuenta de su haber.

El coste total, no la cantidad proporcional al tiempo que le falta hasta que le den nuevas alpargatas. Cuando debía corresponderle un nuevo par de alpargatas, el soldado espera y espera, hasta que al cabo se decide a pedírselas al suboficial.

—Pero, hombre, ¡te han dado alpargatas a primeros de mes!

—No, señor —dice el soldado.

—¿Cómo que no? Mira la hoja del vestuario, tus alpargatas están tachadas. Pero en fin, si no estás conforme, reclámaselas al capitán.

«Claro es que ningún soldado es tan idiota que vaya a quejarse del suboficial, pero como realmente necesita otras alpargatas, se calla y las pide a descuento. Es decir que, a la corta o la larga, cada soldado se paga sus alpargatas. Ahora, recuerde usted que el Estado ha pagado por cuatro pares para dárselos gratis al soldado en el curso del año. Al fin de año, el suboficial coge todas sus hojas de vestuario —es decir, sus comprobantes— y las presenta al almacén del regimiento para que le den un repuesto de alpargatas y para liquidar sus cuentas. Sus comprobantes demuestran que ha dado a sus hombres 1.000 pares de alpargatas; 400 pares gratis y 600 pagados. En su bolsillo tiene el dinero de los 600 pares, pero en su almacén de la compañía tiene 400 pares que no debían existir allí. Ahora, él debe recibir del almacén el equivalente de sus comprobantes, es decir, 1.000 pares, pero entonces tendría en la compañía 400 de más y no podría explicarlo en el caso de una inspección. No necesita 1.000 pares, necesita sólo 600. ¿Cómo se las arregla? Le da los comprobantes al sargento del almacén y retira 600 pares solamente. Por 200 de ellos paga en dinero, y los otros 400 son los que se le deben a la compañía. Y esto le deja a él un importe de 400 pares en el bolsillo y al almacén de la compañía con los 400 pares legales. Naturalmente, reparte el dinero con el sargento del almacén, porque ahora es éste el que tiene que ver cómo se las arregla para que sus existencias no estén en exceso, porque las cuentas de la compañía están ya saldadas y es él el que tiene los 400 pares demás. El almacén

espera hasta que el fabricante tenga que suministrar al regimiento, digamos 8.000 pares de alpargatas según los comprobantes y el presupuesto. Ahora bien, al fabricante se le dice que en lugar de 8.000 pares entregue sólo 4.000, por ejemplo. A él estas cosas no le importan, claro es. Se le da un recibo por 8.000 y quedan las cuentas y los comprobantes claros para la inspección. Nuestro cajero paga al fabricante 8.000 pares contra el recibo del almacén y el fabricante, que es una persona decente y quiere conservar su negocio, simplemente reparte con Intendencia el dinero de los pares que nunca ha entregado. Así, las cuentas de cada uno quedan en orden, porque cada cosa tiene su comprobante. ¿Ha comprendido usted?

—Sí, sobre poco más o menos. Ya no me extraña que esté usted siempre tan nervioso con todas esas complicaciones.

—Sí. Imagínese que con toda pieza del equipo es lo mismo, de hombres y de caballos; y con la comida de ambos también. Hasta con el armamento. Y todas estas cuentas con todos sus comprobantes tienen que pasar por sus manos y las tiene usted que aprobar. Lo único que tiene usted que comprobar es que cada cosa tenga su justificante, y no preocuparse de nada más. Pero es bastante. Ahora, para que se dé una idea de cómo funciona esto, coja la última liquidación y váyase a ver a Romero, el sargento del almacén, y a los suboficiales de las compañías. Ellos le explicarán los trucos. Yo no le doy ningún trabajo hasta el lunes, que hagamos la subasta de ganado. Usted tiene que ser el secretario de la subasta, pero como es la primera vez, yo le ayudaré.

En el patio grande, rodeado de las cuadras, se había puesto una gran mesa, un confortable sillón y, a ambos lados de él, una hilera de sillas. La documentación de los doce animales que iban a subastarse estaba sobre la mesa. Los paisanos a quienes se había dado entrada libre en el cuartel paseaban por el patio y entraban y salían en la cantina. Cegaba la luz del sol, reflejada por las paredes blanqueadas de cal. En esta luz cruda, los gitanos se mantenían quietos como estatuas, sus chaquetillas

blancas resaltando la anchura de los hombros y la estrechez de la cintura ceñida por los pantalones de pana que se ensanchaban sobre las rodillas para cerrarse sobre el tobillo. Golpeaban rítmicos el empedrado del patio con sus varitas y cuchicheaban como conspiradores, contando sus monedas y pidiendo vino. Los caballos y las mulas estaban atados a lo largo del abrevadero, hundiendo de vez en cuando sus belfos en el agua, más para refrescarse que para beber. El patio entero olía a sudor de hombre y de caballo.

La gente estaba esperando desde las diez de la mañana, pero la subasta no empezaba hasta las once. A las once y media, el coronel de sanidad que iba a presidir llegó. Me sentía nervioso. Tenía que ser el rematante y el secretario de la subasta. Tenía que anotar el precio logrado, cobrar el dinero, escribir los recibos, entregar los documentos de cada animal a cada comprador y recoger su firma.

Por último, se estableció la mesa: el coronel veterinario, un viejo de movimientos lentos y reumáticos, con una voz chillona, se sentó en el sillón; y a su derecha e izquierda nuestro coronel, el comandante mayor, el capitán veterinario, el capitán ayudante y dos oficiales que yo no conocía.

Los gitanos se agruparon en un círculo alrededor de la mesa. El capitán veterinario, de pie en el centro, dio la orden de traer el primer caballo: me levanté a mi vez y leí en voz alta:

—Fundador. Tres años. Seis dedos sobre la marca. Bayo con capa blanca sobre el lomo. Tuberculosis pulmonar. Tasa: cincuenta y cinco pesetas.

Cada seis meses los caballos y mulos inútiles para el servicio se vendían en pública subasta. El caballo tuberculoso era una criatura espléndida, de patas finas, a través de cuya piel corrían estremecimientos nerviosos. Un viejo gitano con el sombrero terciado sobre la nuca se adelantó, levantó los labios del caballo para descubrir

los dientes y miró sus encías. Le dio unas palmaditas en las ancas y dijo lento:

—Setenta y cinco pesetas.

Una voz en el corro gritó:

—Cien.

El viejo gitano hundió sus manos en las costillas del caballo y esperó inclinado, escuchando el respirar agitado de la bestia. Después se puso a un lado, hizo una pausa, volvió al centro del círculo y dijo al otro postor:

—Para ti, hijo.

—¿No hay quien dé más? —grité.

Silencio.

—Adjudicado.

Un gitano joven se adelantó, desató cuidadosamente las cintas de su cartera, liadas en diez vueltas, y puso un billete de cien pesetas sobre la mesa. Lo tomé, anoté su nombre y señas y le di un recibo.

—A las tres puedes venir a recoger el caballo.

Siguió la subasta. El gitano viejo compró un caballo y un mulo. Los doce animales se vendieron a un promedio de cincuenta pesetas cada uno. Al final los dos coroneles se fueron con los oficiales a la oficina y se bebieron unas botellas antes de ir a comer. Cárdenas y yo hicimos lo mismo. Después volvimos a la oficina, pesada, dormilona, cargada de vapores del mar. Uno de los ordenanzas nos subió unas botellas de cerveza de la cantina.

Llegó el primer gitano y Cárdenas se volvió al ordenanza.

—Tú, Jiménez, te vas fuera, a la puerta, y le dices al que venga que se espere hasta que este señor salga, y no le dejes entrar antes.

Nos quedamos solos los tres.

El «señor», un gitano grasiento como si le acabaran de sacar de una sartén, se quitó el sombrero con una reverencia, se sentó en la silla

dispuesta para él, plantó su varita recta entre los muslos y nos ofreció dos gruesos cigarros ensortijados:

—Fumen ustedes, señores.

—Los dejaremos para luego —dijo Cárdenas—, estábamos fumando. —Abrió un cajón y metió dentro los puros.

—Bueno, pues, uno viene a pagar la cuenta.

El gitano abrió la cartera rellena de billetes de banco, y comenzó a contar, chupándose los dedos a cada billete y haciéndole crujir:

—Porque un día, ¿sabe usted?, me pasó que dos «sábanas de las grandes» se me pegaron y bueno, me devolvieron la que iba de más gracias a que estaba entre personas decentes. Pero nunca está uno seguro de esto... Bueno, ustedes perdonen. —Puso sobre la mesa mil quinientas pesetas.

—Ahora firme aquí —le dijo Cárdenas.

El gitano garrapateó su firma y Cárdenas le alargó la documentación del caballo.

—Vaya usted a las cuadras y allí le darán el caballo.

Cuando todos los gitanos se habían ido, teníamos más de ocho mil pesetas en el cajón. Cárdenas las recogió y las guardó en la caja fuerte.

—Vámonos a dar un paseo —dijo.

—Bueno, ahora cuénteme, ¿cuál es exactamente el truco?

—El comprobante, mi amigo, el comprobante. Todo está comprobado y todo está en orden. Tuberculosis pulmonar, de acuerdo con el certificado del veterinario y el certificado del inspector veterinario. ¿Valor? No más de cien pesetas. Este clima de África es muy malo para los caballos, se mueren de un día a otro, de un montón de enfermedades.

—Pero nadie paga mil quinientas pesetas por un caballo tuberculoso.

—Claro. El caballo tuberculoso está ahí en la cuadra y se morirá un día u otro, como decía. Hemos vendido un caballo sano. Pero en

nuestros registros tenemos el certificado de que estaba tuberculoso y el recibo de que el gitano ha pagado cien pesetas por él, para llevárselo al único sitio donde se puede usar un caballo tuberculoso, a la plaza de toros...

A la mañana siguiente, cuando el comandante mayor llegó a la oficina, Cárdenas sacó el fajo de billetes de la caja y se encerró en el despacho del comandante. Cuando salió, no me dijo ni una palabra.

Me hice cargo de la oficina de la comandancia. Los que eran escribientes cuando yo era un cabo, estaban aún allí, aún solda—dos y aún escribientes. Pero ya no eran más mis amigos. Me llamaban «mi sargento» y vivían sus vidas a escondidas de mí. Los dos ordenanzas eran los mismos: sólo que ahora yo era para ellos un señor respetable. Cárdenas era el subayudante del regimiento. Me trataba paternalmente y me iba transmitiendo su sabiduría.

Una vez más me encontraba aislado de todos.

Muchas tardes, cuando no tenía trabajo, no sólo por el calor de las tardes sino porque, con excepción del fin de mes, el trabajo era escaso salvo que llegara un licenciamiento o los reclutas de cada año, me iba a la orilla del mar. El mar estaba a unos pasos del cuartel. Me compré aparejos de pesca y me sentaba a pescar sobre las rocas.

Capítulo 2

Frente al mar

La pesca me dio una excusa para escaparme de la vida del cuartel. Las diversiones que Ceuta ofrecía eran la taberna, el burdel o la mesa de juego del casino. Si alternaba con los de mi misma categoría, es decir con los otros sargentos, tenía la seguridad de que cada tarde acabaría al menos en uno, pero posiblemente en dos o en los tres de estos establecimientos. No es que yo fuera un puritano, pero la perspectiva de esta forma diaria de vida bastaba para aburrirme.

Me gustaban el vino, las mujeres y una partida de cartas de vez en cuando, pero no siete días en la semana, en una repetición monótona. Toda mi vida ha sido para mí un placer ir a la taberna en la tarde, al finalizar el trabajo, beber unos vasos de vino con los amigos, charlar y charlar de mil y una cuestiones, personales o no; luego irme a cenar. Pero me aburría sentarme alrededor de una botella con gente a la que he estado viendo hablar todo el día, aburrirnos juntos por no tener nada que decir, vaciar una segunda botella y una tercera, y dejar pasar las horas hasta que todos estábamos un poco más o menos borrachos. Me repugnaba ir todos los días a la misma casa de mujeres y allí oír y repetir las mismas frases y las mismas bromas. Me aburría sentarme cada día a la misma mesa de juego y pasarme los treinta días del mes en una cadena de buenas y malas rachas, prestando dinero a mis compañeros de mesa y pidiéndoles un préstamo.

En una habitación a espaldas de las oficinas vivíamos juntos los cuatro sargentos: el del almacén, el de la oficina de coronela, el de caja y yo. Teníamos allí nuestras camas, una mesa, media docena de sillas y nuestros baúles. Teníamos un ordenanza que se ocupaba de la limpieza, y un cocinero que guisaba para noso tros, y un comedor común para comer sus guisos. En las horas de trabajo estábamos en constante contacto unos con otros, a la hora de comer comíamos juntos en la misma mesa. Dormíamos en camas separadas metro y medio una de

otra. Como el calor nos obligaba a dormir casi todo el año en cueros, nos sabíamos de memoria hasta los más mínimos movimientos de nuestra piel. Nos contábamos las más secretas aventuras y nos sabíamos de memoria las más secretas costumbres. Lo extraordinario fue que, a pesar de esto, nunca tuvimos una bronca que rompiera nuestra comunidad amistosa. Sin embargo, a mí me faltaba un eslabón que me uniera a ellos completamente.

Romero, el sargento del almacén, tenía treinta y ocho años y era un andaluz alegre, expansivo y ágil. Procedía de un pueblecito de la provincia de Córdoba, donde sus padres eran unos modestos labradores llenos de chicos, que defendían trabajosamente su vida. Para escapar de aquella miseria en casa, Romero se había quedado en el cuartel.

Oliver, el sargento de caja, era un castellano alto y robusto, con sus buenos treinta años, el hijo de un escribiente de ministro con poca paga. Cuando se murieron sus padres, un tío le recogió como de limosna. A los dieciocho años, Oliver fue suspendido en unos exámenes para oficial de Correos y el tío le indicó que la única carrera que le quedaba era sentar plaza en el ejército. Se alistó con la intención de tan pronto como fuera sargento, pasar a la Academia Preparatoria de Oficiales en Córdoba. Pero le convirtieron en secretario del cajero. La atmósfera de Ceuta y el dinero fácil, combinados con un temperamento muy sensual, arruinaron sus planes para siempre, dejándolos en un proyecto remoto.

Fernández, el sargento de coronela, tenía sólo veintidós años, pero llevaba viviendo en el cuartel al menos seis. Era el hijo de un coronel en activo. Nacido y criado en Madrid, había comenzado a estudiar leyes en la universidad, pero sus calaveradas eran tan salvajes que al fin el padre le metió un día de cabeza en el cuartel, para que «sentara la cabeza». Al principio se rebeló y desertó por una semana entera, con la consecuencia de que le condenaron a dos años de servicio en África. Allí le metieron en la oficina de escribiente; después le indultaron y al final lo ascendieron a sargento, parte por su inteligencia, parte por el

influjo de su padre. Al fin se había acostumbrado al trabajo, pero seguía siendo el calavera de Madrid, de juerga perpetua. Sus únicas dificultades eran monetarias: cómo salir de trampas cada fin de mes y cómo seguir manteniendo su cartel de don Juan en todas las casas de putas de Ceuta. Tenía una buena figura y era cuidadoso hasta la exageración en el vestir. Tenía sus «amiguitas» en tres o cuatro burdeles y dejaba que le hicieran regalos, aunque nunca admitía dinero. Era el tipo del que las prostitutas se encaprichan, sin que llegara a ser un chulo.

Éstos eran mis compañeros. Vivíamos juntos y nos llevábamos bien, pero nada más. La compañía de los soldados estaba prohibida para mí. En el ejército español se mira con malos ojos la intimidad entre sargentos y soldados y aun cabos. Tampoco se mira bien que los oficiales intimen con los sargentos; les pueden guardar una estimación oficial, pero sin saltar la barrera que divide ambas clases.

Así, me fui de pesca para sentirme libre.

El borde del mar es una ancha franja de rocas bajas, que la marea alta cubre y la baja descubre, dejando charcos entre las piedras. Las rocas están tapizadas de un musgo espeso y duro, verde pálido, como blanqueado por la sal del agua del mar. Los cangrejos anidan allí y los peces escarban con sus bocas en busca de los gusanos escondidos entre las prietas raíces.

Vertéis un chorro de vinagre sobre el musgo, y los gusanos brotan en legiones, retorciendo locamente sus cuerpecillos frágiles y estirando el cuello como si se ahogaran faltos de aire. Pasáis la mano sobre el musgo y los recogéis a cientos; los ponéis dentro de una vieja lata de conservas medio llena de barro, y allí se entierran en seguida, para aliviarse de sus quemaduras. Ya tenéis el cebo. Claváis un gusano en el anzuelo, con cuidado de no aplastarlo y de dejarle libre la cola, para que pueda retorcerse en el agua tranquila, y en unos momentos las bogas, las sardinas y las doradas acuden voraces a la llamada, mientras un

número infinito de otros peces mayores bogan cerca, sembrando el agua de chispas azules y negras, rojas y amarillas, oro y plata.

Los bloques de cemento del muelle estaban siempre llenos de pescadores de caña, pescando entre la pared lisa del muelle y la panza de los barcos anclados. Pero yo no estaba interesado en ir allí a pescar. Exploré las rocas que rodean el monte Hacho y encontré un balcón de piedra colgado sobre el mar.

El balcón era tres piedras, dos sobre el agua formando una V y una mayor, más alta, con la forma de un sillón frailero, el asiento pulido, y el respaldo musgoso y lleno de grietas. Bajo la V, la piedra se hundía vertical hasta una profundidad de seis u ocho metros, formando un estanque tranquilo, hondo como un pozo. Mar adentro, frente a frente, una hilera de rocas, casi invisible sobre el agua, servía de rompiente y mantenía el pozo en calma perpetua. Sólo en un temporal el mar saltaba sobre las tres rocas y las sumergía en un torrente de espumas.

Coleccionaba mis gusanos entre las rocas, cogía algunas sardinas o alguna boga y las usaba como cebo para mis líneas. Estas líneas consistían en cincuenta metros de cordón de seda con un plomo en un extremo. Allí las llaman «cordeles». Cerca del plomo se introduce un sedal con un nudo corredizo y un anzuelo grande, al que se fija la sardina, o la boga por la cola. Y así preparado, se voltea el cordel con el plomo en su extremo y se lanza como piedra de honda al mar libre. La sardina nada y se mueve libremente a lo largo del cordel, en busca de su libertad, y los grandes peces que nunca vendrían al lado de las rocas acuden al cebo. Lo demás es cuestión de suerte.

Cada día cebaba cuatro cordeles, los ataba a la roca y me sentaba en el sillón de piedra a leer, a escribir o simplemente a pensar; a veces ni aun eso. Si un pez mordía, un cascabel atado al cordel repiqueteaba desenfrenadamente.

Era un día de calma absoluta. Las aguas del Estrecho estaban quietas como las de un estanque de jardín. Reflejaban el cielo azul y

ellas mismas eran azules, con un color límpido y profundo, lleno de centelleos. Sobre este espejo las corrientes marcaban riachuelos lechosos. Eran los signos externos de las corrientes profundas producidas por los dos mares que se encuentran allí, y que se reúnen en un ancho río que penetra en el puerto de Ceuta por el oeste y se escapa hacia el este. A veces este río y sus arroyitos cambian de dirección: el Mediterráneo se vacía en el Atlántico o éste trata de desbordar en aquél.

Abandoné el libro y me sumergí en esta oleada de calma perfecta. Veía en la distancia la costa de España y la silueta de Gibraltar; y todo estaba lleno de luz y de paz, como si el cielo fuera una cúpula enorme de vidrio con un reflector en la cima, y el mundo exterior no existiera.

Había llegado a un cruce de caminos con mi vida. Tenía veinticuatro años, no tenía bienes de fortuna, y seguía siendo aún el hijo de la señora Leonor, la lavandera, aunque mi madre hacía ya años que había dejado de romper el hielo del Manzanares con su pala de batir la ropa en las madrugadas de invierno o de tostarse al sol de mediodía en julio. En menos de un año terminaría el tiempo de mi servicio militar. Tenía que hacer un plan para el futuro.

Era un sargento del ejército. Si me reenganchaba en lugar de licenciarme, me quedaría en África, tendría cincuenta duros fijos de sueldo y las manos sucias para siempre. Había llegado al puesto de sargento de la oficina, un puesto envidiable y envidiado; podía vivir en paz y hacer dinero durante ocho o diez años, hasta que ascendiera a suboficial. Podía también entrar en la Academia Preparatoria de Córdoba, estudiar tres años y convertirme en un oficial.

Si me licenciaba al cumplir, tenía que volver a la vida civil y buscarme una colocación inmediatamente. En Madrid había entonces miles de empleados de oficina sin trabajo. Después de mis tres años en el ejército, perdido el contacto con el mundo de los negocios, con certificados de trabajo viejos, lo más seguro era que me convertiría en

uno más de los sin trabajo. Y aunque encontrara trabajo inmediatamente, no ganaría más de treinta duros al mes como máximo.

Sin embargo, éstas eran las dos únicas soluciones prácticas que se me ofrecían, una de ellas segura, el ejército, la otra problemática. ¿Quién iba a mantenerme, si tenía que estar en Madrid seis meses o más sin encontrar trabajo?

Existían aún dos caminos potenciales, mucho más de acuerdo con mis deseos; pero ambos tan difíciles de realizar que eran prácticamente imposibles: yo hubiera querido ser un ingeniero mecánico o un escritor.

Mi ansia de ser un ingeniero era tan vieja como yo mismo. Cuando la muerte de mi tío cortó de raíz toda esperanza y ello me convirtió en un chupatintas para poder vivir, seguí manteniendo mi ilusión. Los jesuitas habían establecido una escuela técnica en Madrid, que era infinitamente mejor que la escuela oficial. Los hijos de las familias más ricas estudiaban allí la carrera; al fin de los cursos, pagaban las matrículas al Estado, pasaban los exámenes oficiales y se convertían en ingenieros con título. Al mismo tiempo, la escuela de los jesuitas ofrecía enseñanza gratuita a los hijos de familias pobres que fueran católicos garantizados. Mis parientes de Córdoba, conociendo mis ambiciones, me enviaron una introducción para el rector del colegio cuando yo tenía diecisiete años. Fui allí. Tuvimos una conversación interminable. Me mostró toda la escuela, que entonces era una maravilla de técnica y de organización, y al final planteó ante mí la cuestión con toda franqueza. Un muchacho inteligente como yo estaba en condiciones inmejorables para hacer la carrera de ingeniero en la escuela. Cuando terminara, la escuela me daría un certificado de estudios que indudablemente era una garantía absoluta de empleo en la industria española. Desde luego, este certificado no era un certificado oficial, un verdadero título de ingeniero, que costaba miles de pesetas. Sería simplemente un certificado de una escuela, acreditando que su titular poseía los mismos conocimientos que un ingeniero con título, o

más. Los industriales españoles aceptaban este certificado, porque sabían hasta qué grado el colegio garantizaba a sus discípulos. No tendría ninguna dificultad en encontrar trabajo; las posibilidades eran ilimitadas.

Había aprendido bastante en mis años de meritorio en el banco para conocer el poder de la Compañía de Jesús en España. Sabía que el Sagrado Corazón estaba entronizado en muchas fábricas del norte, que los grandes navieros tenían por confesores a los padres jesuitas, que los grandes bancos estaban de tal manera liados con la Orden que a algunos de ellos se les consideraba simplemente como sus testaferros. Había visto que una carta de recomendación de un jesuíta abría todas las puertas de la industria española, y también, que una simple indicación del mismo origen tenía el poder de cerrarle a uno estas puertas para siempre.

Podría trabajar en cualquier fábrica de España como un ingeniero mecánico sin título legal, pero se entendería tácitamente que seguiría en contacto con la Orden, confesaría mis pecados a un jesuita y obedecería sus instrucciones, a no ser que quisiera quedarme sin trabajo de la noche a la mañana. ¿Y dónde iba a ir entonces con un certificado que, sin el plácet de la Compañía de Jesús, no era más que un papel mojado?

Bajo tales condiciones, rechacé la invitación de convertirme en un estudiante del colegio de Areneros. Volví al banco a llenar columnas de números y archivé mis ilusiones.

Más tarde, cuando fui secretario de don Ricardo Goytre en los Motores España de Guadalajara, un día encontré que podía ayudarle también en los croquis de sus proyectos. Me mandó que estudiara en unas clases nocturnas qué habían abierto en Guadalajara, creo que los padres agustinos.

La Orden había visto una oportunidad de influir sobre los obreros tan pronto como se estableció la fábrica, y había abierto una escuela técnica con clase para dibujo y matemáticas. Fui allí.

En España, un sacerdote no necesitaba título para dirigir una escuela, ni para enseñar, y los buenos hermanos de Guadalajara se habían embarcado en una enseñanza técnica sin más preparaciones. Al cabo de una semana, había visto claramente que yo allí no era más que un elemento de discordia. Con mi escaso conocimiento técnico, sabía más dibujo mecánico y más matemáticas que todos los maestros juntos. El rector me llamó un día:

—¿Nos quisiera usted ayudar, hijo mío? Aparte de nuestros trabajos en favor de los pobres, hemos abierto este instituto que no es más que una escuela elemental en su clase. Necesitaríamos poder dar una enseñanza un poco más avanzada que lo que hacemos, como ocurre con usted. Y no es que yo quiera decirle que no venga más a nuestras clases, todo lo contrario; pero venga usted a ayudarnos. Su ayuda nos sería muy valiosa.

Me habían sido simpáticos los frailes y por un tiempo di lecciones de francés elemental y de dibujo lineal. Pero las únicas ventajas que obtuve fueron tener que asistir a todos los actos religiosos, cenar tarde e incurrir en la hostilidad de los obreros. Al cabo de unas semanas deserté de los agustinos y comencé a estudiar cálculo integral con un compañero de hospedaje.

Cuando fui llamado para el servicio militar, elegí el Segundo Regimiento de Ferrocarriles. Me aceptaron como dibujante y tuve la esperanza de aprender una especialidad. Pero entonces vino el sorteo para África y me tocó ir allí. Servía en Ingenieros, sí, pero mis conocimientos técnicos sólo me habían servido para convertirme en un escribiente.

Me quedaba aún la posibilidad de comenzar como un simple mecánico después de licenciarme. Tendría que entrar como aprendiz en un taller, pero ¿podía hacerlo? Las organizaciones obreras no toleran aprendices de veinticinco años y, menos aún, aprendices que paguen por aprender. Los aprendices adultos suponían que, en tiempos de crisis

industrial, a los obreros se les tomaría a bajo precio, bajo el disfraz de aprendices; y los aprendices que pagan por aprender el oficio quitan el jornal a un obrero. Yo sabía que podía ser un excelente mecánico, y sin embargo en el orden establecido no había para mí sitio, ni como mecánico ni como ingeniero. El camino estaba cerrado y había que aceptarlo así.

Podía ser un escritor.

Ésta había sido la segunda ambición de mi juventud. En la escuela Pía se publicaba una revista infantil bajo el título Madrileñitos. Cuando yo tenía diez años era un colaborador asiduo. Publicaban mis cuentos y mis versos, todos profundamente religiosos y morales. Había olvidado todos, con excepción de dos contribuciones importantes: una biografía de san José de Calasanz, fundador de la Orden, y una biografía de Pablo de Tarsos, que me valió una edición de las Epístolas a los Corintios. Todavía las tenía en casa.

A los dieciséis años, cuando aún estaba en el banco, traté de entrar en el mundo literario. Un colega mío, Alfredo Cabanillas, y yo, nos animábamos uno al otro para enviar nuestros trabajos, él sus versos y yo mi prosa, a cada concurso literario que organizaban las revistas. Nunca ganamos un premio; a él le publicaron algunos poemas y a mí dos cuentos cortos; naturalmente, sin pagarnos un céntimo. Cuando se publicó el segundo de los cuentos, mi vecino en las buhardillas, Rafael, el hijo de la cigarrera, me llevó un día al Ateneo para presentarme a los grandes maestros de la literatura española. Rafael era el barbero del Ateneo.

—Si tienes talento, haces tu carrera aquí —me dijo.

Me encontré al lado del círculo de los grandes intelectuales del país, intimidado y sacudido en mi confianza en aquella atmósfera de ardiente discusión. De alguna forma me encontré de pronto distinguido por el hombre que llevaba con todo desenfado el apodo que él mismo se había

dado, el Último Bohemio, Emilio Carrére, a quien conocí otro día, en un café.

Tenía cara de luna, una gran melena, un sombrero blanco con alas enormes, una bufanda atada al cuello y el corpachón de un campesino, fumando incesante una pipa que, a veces, rellenaba con colillas. Sentí como un gran honor que se dignara permitir que le invitara a un vaso de cerveza. Una tarde que tenía dinero, le sugerí que fuéramos a casa de Álvarez, una cervecería famosa por su cerveza y sus mariscos en la esquina de la plaza de Santa Ana y la calle del Prado. Comenzó a hablarme: —¿Así que tú quieres ser un escritor? Pues, te daré unos cuantos consejos. En España, ser un escritor es hacer oposiciones a muerto de hambre. La única manera de ganar dinero escribiendo, es escribir teatro o pornografía. Mejor dicho, no hay más que una manera de ser escritor. ¿Qué autor de los vivos te gusta más?

—No sé, realmente. Benavente, Valle—Inclán, muchos otros también.

—Da lo mismo. Escoge el que te sea más simpático. Te arrimas a él, le das coba, te las arreglas para pagarle el vaso de café, y que se entere, y un buen día, cuando esté de buen humor, le lees una de tus cosillas. Pero ten buen cuidado de esperar hasta que sepa quién eres y que se haya fijado en que tú aplaudes siempre lo que dice, aunque sea un disparate. Entonces te dará una tarjeta de introducción a un periódico y te publicarán la cosa, sin pagarte, claro. Después, si realmente sabes escribir y tienes suerte, en diez o doce años tendrás un nombre y te pagarán diez duros por un artículo o un cuento. Es mucho más difícil que le acepten a uno una comedia, pero el procedimiento es el mismo. De todas formas, una vez que hayas elegido tu maestro, perteneces a él incondicionalmente. Si es de derecha, tu perteneces a las derechas; si de izquierda, a las izquierdas. No importa lo que escribas. En este país se es de un lado o del otro, derecho o torcido.

Hablaba bien, pero mi reacción fue en contra, lo mismo que me ocurría con sus escritos. Emilio Carrére había hecho su camino en las letras españolas especializándose en la novela galante. Sus historias de mendigos, prostitutas, borrachos y calaveras estaban siempre construidas alrededor de sí mismo como el héroe que presenta en su narración, que no sólo puede aclimatarse a cualquier ambiente, sino hasta sobrepasarlo. Pensé que sus explicaciones eran malicia y calumnia juntas y decidí adquirir mi pronta experiencia.

En el saloncillo del Ateneo unos señores graves discutían política, ciencias y letras, pero pronto me aburrí del papel de audiencia en interminables discusiones sobre La República de Platón, o la significación esotérica de Don Quijote. Carecía de interés y de conocimientos suficientes. Me atraían mucho más las varias tertulias literarias que se formaban por las tardes en los cafés de Madrid, y comencé a explotarlas.

El círculo más aristocrático era el del Café de Castilla, presidido por don Jacinto Benavente, que estaba entonces en el pináculo de la gloria como dramaturgo. El Café de Castilla era un salón único con columnas de hierro fundido, divanes rojos y paredes cubiertas de espejos y de caricaturas, en el cual nadie escapaba a las miradas de los demás, pero se veía a sí mismo y a los otros multiplicados bajo ángulos innumerables en las interminables reflexiones de los espejos.

Una tarde fui allí, titubeando, y me engarfié a la cortina roja de la puerta, paseando la vista por el pequeño salón que me parecía enorme en la multiplicidad de las lunas. Alguien frente a mí me hizo señas con la mano desde una de las mesas; un muchacho que había encontrado en el Ateneo. Me senté al lado suyo, recobrado ya mi aplomo. Entonces reconocí a don Jacinto en medio de una gran reunión, un par de mesas más lejos. Estaba recostado a medias en el diván y parecía más pequeño que nunca; todo lo que veía de su cara era un cigarrillo entre una barbita canosa y una frente calva y enorme.

Don Jacinto escuchaba los argumentos de uno de la peña, que explicaba los defectos de una comedia de gran éxito que se representaba entonces en Madrid. En apoyo de cada uno de sus puntos, citaba como comparación una escena o un párrafo de la obra de Benavente. Tan pronto como el hombre terminó, entre murmullos de aprobación de toda la mesa, otro comenzó la dilección de una segunda obra de teatro, con una nueva serie de citas de obras de Benavente. Don Jacinto se acariciaba la barbita y escuchaba. Daba la impresión de estar profundamente aburrido. Cuando terminó el otro, se quitó el cigarrillo de la boca y dijo con voz meliflua:

—Bien. Todos estamos de acuerdo, señores, en que yo soy un genio. Pero ¿quién se lleva los cuartos? ¡Todos esos que ustedes han mencionado!

—¡Ah, pero el arte!... —exclamó alguien—. El arte, señor, es la gran cosa. El dinero, por otra parte...

—Usted no tiene razón de quejarse, don Jacinto —interrumpió otro—. Usted llena siempre el teatro.

—Sí, lleno el teatro, pero el teatro no me llena a mí los bolsillos.

Y la conversación volvió a recaer en el tema de la obra superlativa de Benavente. Don Jacinto escuchaba y daba chupaditas a su cigarro.

El joven del Ateneo me dio un codazo y nos fuimos.

—¿Sabes? Siempre es la misma historia aquí. La única cosa que oyes es alabar a don Jacinto. Claro que es necesario venir para que te vayan conociendo, pero si quieres aprender algo, debes ir a otro sitio. Vamos a La Granja, seguramente don Ramón está allí.

La Granja, un café con un techo bajo, paredes y gruesas columnas cubiertas de paneles de madera de un ocre ligero, estaba lleno y su atmósfera era fétida. Don Ramón del Valle—Inclán estaba allí en el centro de una reunión, para hacer sitio a la cual se habían juntado mesas y sillas tan estrechamente que formaban una masa sólida de mármol, madera y gente. Cuando entramos, don Ramón estaba inclinado sobre la

mesa, su barba flameando como un banderín, sus gafas de concha saltando incesantes de una cara a la otra, para ver si alguno se atrevía a contradecirle.

Una tarde me tomé la libertad de disentir de una de sus manifestaciones, que como muchas que hacía, era un patente absurdo que no tenía más fin que humillar a sus oyentes.

Don Ramón se volvió a mí:

—¿Así que el jovencito piensa que me he equivocado?

—Yo no creo que se haya usted equivocado, lo que creo es que lo hace usted a sabiendas y que todos estos señores lo saben también.

Se levantó un murmullo de protesta a mi alrededor. Don Ramón impuso silencio con un gesto altivo.

Comenzó a disputar conmigo y yo a replicarle, herido por el desdén que mostraba hacia todos nosotros. Pero don Ramón cortó de repente la discusión:

—Y ahora, jovencito, ¿cuál es su profesión? ¿Usted escribe?

—Me gustaría escribir.

—Entonces, ¿qué pinta usted aquí? ¿Viene usted a aprender a escribir?

—Podría decir que sí.

—Entonces no lo diga y se evita decir una idiotez. Usted viene aquí a tomar café, mejor si otro lo paga, a hablar mal de todos los demás y a mendigar un día una presentación. Pero si lo que usted quiere es aprender a escribir, quédese en casa y estudie. Después es posible que pueda empezar a escribir... Usted se imagina que le estoy insultando, pero se equivoca. No le conozco, pero me merece una opinión mejor que la mayoría de los que están aquí mirándonos como bobos. Y por eso le digo, no venga a estas tertulias. Siga con su trabajo, y si quiere usted escribir, escriba. De aquí no va usted a sacar más provecho que, si acaso, un puesto de chupatintas en un periódico y la costumbre de tragarse todos los insultos.

Alfredo Cabanillas me llevó al viejo Fornos, un café donde iban maletillas aprendices de torero y la morralla de cómicos y literatos. Allí se sentía uno como en una casa de locos. Discutían a gritos los últimos ensayos en arte y en literatura. Se recitaban unos a otros trozos de verso y de prosa, de los cuales yo era incapaz de entender una palabra.

Cabanillas tenía un gran papel en estas tertulias, porque acababa de publicar un libro de versos y se había pagado él mismo la edición, un acontecimiento insólito entre aquella pandilla de bohemios hambrientos. Todos alababan su libro desmesuradamente, le pedían ejemplares gratis, y le dejaban que pagara el café. Se indignaban a coro cuando Cabanillas contaba y recontaba sus experiencias:

Primero, había mandado el manuscrito de su libro a un editor y luego a otro, quienes se lo iban devolviendo sin leerlo. Tenía la seguridad de esto, porque en el manuscrito había pegado algunas hojas una con otra y siempre volvían pegadas. Cuando agotó la lista de editores, decidió imprimir el libro a su costa, mejor dicho, a expensas de su familia. Se fue a ver a uno de los más famosos editores y el gerente le escuchó muy atento.

—Desde luego, estamos dispuestos a publicar su libro, si usted hace frente a los gastos. Un libro de poemas, ha dicho, ¿no? ¿Qué clase de poesía?

—Poesía moderna, desde luego.

Y Cabanillas se lanzó con todo el entusiasmo de sus dieciocho años.

—Poesía moderna, una revolución en el arte poético, en la ' línea de las nuevas corrientes que se desarrollan en Francia, pero puramente española...

—Bien, bien. Poesía revolucionaria, ¿eh?

—Sí, en el sentido poético, claro. Yo no soy un anarquista... Poesía romántica en una forma moderna...

—Bien, bien. Y usted ¿qué es?

—Pues... un empleado de banco.

—Oh, no. No quiero decir eso... Quiero decir ¿cuáles son sus ideas políticas? A mí me suena como si usted fuera uno de esos jóvenes modernos avanzados, llenos de ideas, ¿no?

—Sí. Naturalmente, hay que llevar la revolución al arte y...

—Sí. Comprendo, comprendo. Pero, mire usted, nuestra casa es una firma seria. Usted es un autor novel. Comprendo que esté usted dispuesto a pagar para que nuestro nombre figure en la cubierta, porque el público sabe que nosotros sólo publicamos cosas serias; y esto, no. Lo siento mucho, pero no po demos publicar su libro.

Cabanillas visitó otros editores. Uno de ellos era de la izquierda. Sobre el respaldo de su silla tenía un grabado impresionante de una matrona con una teta al aire, envuelta en un peplo rojo y tocada con un gorro frigio, que simbolizaba la República. Pero Cabanillas no era republicano. Su poesía no era repúblicana, ni revolucionaria, simplemente lírica con su saborcillo de modernismo. El editor lo sentía mucho. Rechazó el libro sin ni siquiera mirarlo.

Comencé a pensar que, al fin y al cabo, Emilio Carrére tenía razón. Pero para mí era imposible convertirme en un adulador y tampoco tenía ni el tiempo ni el dinero necesarios para convertirme en un miembro regular de las tertulias.

Existía entonces un centro cultural en Madrid, la Institución Libre de Enseñanza, que había fundado Giner de los Ríos. De allí y de su Residencia de Estudiantes estaba saliendo una nueva generación de escritores y de artistas; yo creía que mi manera de pensar estaba de acuerdo con los fines de ambas instituciones. Pero cuando intenté establecer un contacto, me encontré con una nueva aristocracia, que nunca había pensado pudiera existir. Una especie de aristocracia de la izquierda. Era tan caro ingresar en una de estas instituciones como en una de las aristocráticas escuelas de los jesuítas. Sí, había cursos y conferencias gratuitos, pero para seguirlos tenía que abandonar mi trabajo, es decir mi único medio de vida. Me convencí que la obra

magnífica de Giner de los Ríos adolecía del mismo defecto de toda la educación española: que sus puertas estaban cerradas para las clases trabajadoras. No creo que ésta fuera la intención del maestro, quien lo que quería era crear con sus discípulos maestros de las futuras generaciones.

No había camino abierto para mí. Renuncié a escribir.

Pero ahora resurgía el viejo problema. En el cuartel había comenzado de nuevo a escribir. Sentía la necesidad de hacerlo y creía tener el don de expresión necesario.

Pero ¿esto me iba a dar de comer? Tal vez, después de unos cuantos años de sumisión y sometimiento a las reglas. No me servía para resolver el problema que tenía que enfrentar al licenciarme.

La vida no consiste en ganar o no ganar dinero; pero hay que ganar dinero para poder vivir. Yo no podría enfrentarme contra cien peñas literarias y disponer de dinero para pagar convites a derecha e izquierda, ni tampoco de tiempo para ser miembro de una tertulia día y noche. También, una de las cosas que uno no puede comprar o vender es su propia estimación: seguir en el ejército era perder mi propia estimación para siempre. Por otra parte, el licenciarme era enfrentarme con la miseria...

Tenía que pensar sobre todo en mi madre. Había aceptado la responsabilidad de ello mientras viviera. La responsabilidad de que no tuviese que trabajar más, ni lavando ropa sucia en el río ni fregando suelos como una asistenta. Pero yo también quería un hogar y una familia, quería casarme un día... Para tener todo esto, había que ganar dinero, porque si se quiere tener una mujer, hijos, una casa, hay que pagar por ello.

El cuartel me ofrecía la seguridad de que podía tener todo esto mientras viviera, y aun después de muerto. Si moría, mi madre o mi viuda y los chicos tendrían lo bastante para no morirse de hambre. La

viuda de un empleado de banco se enfrenta con la miseria la semana después de haber enterrado a su marido.

Pero ¿era verdad que el cuartel me ofrecía esta seguridad? ¿Era verdad que, pasara lo que pasara, tendría siempre mi puesto seguro y mi paga y el pan de cada día de mi familia?

Cuando se lanza un cordel al mar, nunca se le deja tirante. Hay un sobrante que se recoge en un montoncito de círculos a los pies de uno sobre las rocas.

Uno de estos montoncitos de pronto comenzó a desenrollarse, y el cordel brincó al fin con el movimiento de una víbora que ataca. El cascabel atado a él tintineó loco. El cordel se tenso y se quejó, como la prima de un violoncelo que pellizcáis con los dedos. En el espejo del mar nació un surco furioso de espuma que dibujaba un arco. Algo como si un hierro candente corriera bajo las aguas.

Cogí el cordel y tiré. Me contestó un tirón violento al otro lado, un tirón como el de un caballo que rehusa las riendas. Se me escapó el cordel de las manos y dio un tirón rabioso a la roca donde estaba atado; templándose, vibrando, deseando escapar al mar. Cogí el cordel con las dos manos, me apoyé contra la saliente de la roca y tiré otra vez. El pez dejó de hacer fuerza, el cordel se aflojó y yo di un traspiés. Antes de que recuperara mi equilibrio, el ser vivo enganchado en el anzuelo se disparó de nuevo al mar libre. El cordel me abrasó las manos en su huida y se distendió brusco. En el mar ahora había un remolino furioso. Mejor dejarlo y esperar que el pez se cansara, o el cordel se rompiera, o se quedara un cacho de mandíbula en el anzuelo, o se tambaleara la roca y se cayera al mar. Me quedé mirando el trazo de espuma, el temblor del cordel y el campanilleo del cascabel, tan pequeñín y tan colérico.

Un pez luchando por su libertad es seguramente uno de los seres más espléndidos de la creación, aunque ninguno de nosotros seamos capaces de medir su coraje. Allí está, un simple manojo de músculos que saca su fuerza de la resistencia que le presta el agua, donde el más

violento puñetazo del hombre más fuerte es nada, cargado de la rabia furiosa de un jabalí acorralado o de un gato acosado por perros. Un gancho de acero se ha hundido en su mandíbula. El único alivio de la tortura salvaje del acero en la carne desgarrada y en el hueso astillado es ceder, aflojar el tirón del cordel, abandonar la lucha. Y sin embargo, hasta el más insignificante pececillo de estanque se retuerce y brinca, salta sobre el agua o se hunde en lo profundo, tirando siempre, tirando sin tregua, a costa de un dolor enloquecedor, sólo por ser libre.

Traté una vez más de recoger el cordel, pero el cerebro furioso que animaba el manojo de músculos potente sentía cada movimiento de mis manos a través de la herida abierta, y se rebelaba con ira inagotable. Una vez y otra el cordel se escapaba de mis manos, dejando en las palmas un surco húmedo y doloroso. En uno de los tirones conseguí rodear la roca con el cordel y acortarle así un medio metro; me pareció una victoria. Durante minutos el pez se contrajo en convulsiones de rabia haciendo gemir el cordel que parecía romperse de un momento a otro. El pez sabía que le habían robado unos pocos centímetros de libertad.

Tras una hora de batalla, me convencí de que nunca sería capaz de apoderarme de aquella bestia. Pasaron dos obreros por la carretera, con sus taleguillos de la merienda y con sus blusas blancas al hombro. Tiraron las blusas sobre las rocas y se quedaron mirando guasones, burlándose del sargento señoritingo que quería pescar y no podía coger un pez. Uno de ellos al fin comenzó a tirar del cordel, después los dos, al fin yo con ellos, los tres tirando al unísono, pataleando, sudando y jurando, brazos y piernas apoyados contra las rocas. Poco a poco íbamos enrollando el cordel sobre la piedra.

—¡Qué mala bestia es ésta! —blasfemó uno de ellos.

Descansamos un poco los tres, contemplando el remolino de agua y espuma que ahora estaba a sólo veinte metros de nosotros. Un coletazo violento nos mostró por un instante un lomo negro moteado de plata.

El obrero gritó:

—¡Una murena! Ésta no la cogemos.

La murena es una especie de anguila de mar que no suele tener más de un metro de largo a lo sumo, por diez centímetros de diámetro, con una cabeza achatada y unas mandíbulas poderosas erizadas de dientes triangulares. Ataca y devora peces más grandes que ella, destruye redes y sedales y hasta ataca a las personas, causando heridas profundas como una amputación. La cola de una murena puede romper el brazo de un hombre, horas después de estar muerta. Las gentes de la costa a menudo se niegan a comer su carne porque puede estar cebada con carne humana.

La murena que había en mi anzuelo tenía unos dos metros de largo y era gruesa como un muslo de hombre.

Uno de los obreros se marchó a una taberna de la carretera y volvió con un bichero y un par de curiosos. Entre todos tiramos. del cordel, hasta que la murena estuvo dentro del pozo entre las rocas, y aun entonces, cuando ya la teníamos a nuestros pies sin escape, veíamos que el cordel iba a estallar de un momento a otro y que al fin la bestia iba a escapársenos. El hombre del bichero intentaba engancharla por la cabeza, agarrándose firme a la roca. El pez se revolvía contra la nueva arma con furibundos coletazos; vimos entonces que no podía cerrar la boca. El cordel pasaba a través del orificio sangriento de la garganta, entre las hileras de dientes agudos que trataban en vano de juntarse y cortarlo.

El hombre enganchó al fin el bichero en uno de los ojos del monstruo y una mancha como una vedija de niebla se disolvió en el agua. El pez se movía ahora sólo con estremecimientos espasmódicos. Tiramos todos. Cayó sobre las rocas, contrayéndo se en una rabia loca, untando la piedra con la baba viscosa de su piel, mirándonos con su único ojo lleno de odio, retorciéndose sobre el vientre blanco en busca de una presa. Nos refugiamos tras las piedras y desde allí la apedreamos

con trozos de roca. Tratábamos de aplastarle la cabezota chata y repugnante, matarla y librarnos de la visión de su máscara cargada de odio. Un pedrusco acertó con la cabeza y la convirtió en una pulpa blancuzca llena de grises, sucia de barro. El cuerpo se contrajo violentamente y se estiró.

La llevamos entre los tres. Los dos obreros se ofrecieron a ir conmigo y ayudarme a llevarla al cuartel. Nos beberíamos una botella de vino allí; Antonio, el cantinero, la cortaría en lonchas y la freiría para pasar el vino.

Pesaba sus buenos 50 kilos y teníamos que ir despacio y a compás, seguidos por un grupo de mirones y arrapiezos que se atrevían a hundir un dedo en el cuerpo de la murena para confirmar su valor. Donde había estado la cabeza, no existía más que algo como un trapajo sucio que goteaba.

De pronto, el cuerpo se contrajo en un espasmo y se escapó de nuestras manos, brincando sobre el polvo de la carretera, una masa viva de cieno y mugre. El hombre que había sostenido la cola se dobló sobre sí mismo: la cola le había golpeado en las costillas. Pateó furioso la masa que se retorcía en el polvo, y el cuerpo sin cabeza se retorció una vez más, se estiró y se quedó inmóvil. La cogimos de nuevo y reemprendimos la marcha, puercos de barro pegajoso. Se nos escapó aún dos veces más. Los chiquillos nos seguían con sus risas, chillando y alborotando. Debíamos presentar una vista ridicula, con el barro goteándonos en la cara y en las manos, agarrados a aquella masa de fango vivo que se estremecía en espasmos y nos hacía detener de vez en cuando.

Cuando llegamos al cuartel, la tiramos en el pilón del abrevadero de los caballos; y al contacto del agua, restalló como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. El cuerpo ciego se lanzaba contra las paredes de cemento con toda la violencia de su vitalidad intacta.

Vinieron los soldados corriendo a través del patio. Antonio, el cantinero, vino despacito, echó una ojeada y se volvió a su cantina. Regresó con el cuchillo de cortar el jamón.

—Cogedla unos cuantos y sujetadla contra el borde —dijo.

Veinte manos se apoderaron del cuerpo ahora limpio y metálico manteniéndole contra el reborde de cemento, y Antonio comenzó a cortar lonchas blancas, con una gota de sangre roja en el centro que al caer en el agua se disolvía lenta.

Antonio me pagó treinta pesetas.

Capítulo 3

Ceuta

Una mañana, cuando paseaba por la calle Real, me llamó la atención una mujer que caminaba delante de mí, una figura menuda y graciosa con un taconeo alegre. Apresuré el paso para verle la cara, y la cara era bonita. Le dije unos cuantos piropos, los acogió con risas, e insistí. Las cosas se desarrollaron de la manera corriente en que estas cosas se desarrollan. Cuando llegamos al hotel María Cristina, la muchacha de pronto se metió en una dé las puertas de servicio, se volvió a mí y dijo:

—Bueno, adiós.

—¡Caramba! No podemos decirnos adiós así. Nos tenemos que volver a ver.

Nos encontramos al día siguiente y los que vinieron después. Me contó su historia. Era de Granada y un día se había ido a vivir con su novio. Se fueron juntos a Cádiz, pasaron allí unas semanas, y el novio un día no volvió. Se las arregló para entrar de camarera en un hotel de Cádiz y después de allí se había ido a Ceuta en mejores condiciones. Ahora vivía sola. Al cabo de unas semanas, alquilé una alcoba en una fonda. Lo pasábamos perfectamente y al fin me decidí a proponerle que alquiláramos un pisito pequeño y que dejara el hotel.

La vida se convirtió en una cosa tranquila y pacífica, y a mí me agradaba tener algo como un hogar. Por la tarde nos íbamos juntos a la playa o al cine, todo simplemente, como marido y mujer. Pero Ceuta es un pueblo pequeño, donde todo el mundo se conoce, y al cabo de una semana todo el mundo conocía todo lo que había que conocer de nuestra unión. Sin embargo, ni Chuchín ni yo habíamos hecho por mantenerlo en secreto. ¿Por qué teníamos que hacerlo? Después de todo, la mayoría de los oficiales tenían sus queridas en la plaza, aunque algunos tenían allí la mujer y los hijos, y todo el mundo lo sabía. Todos los sargentos y suboficiales tenían sus amiguitas, muchos de ellos simplemente una de las pupilas de un burdel. Si ninguno de ellos había

puesto un pisito para vivir a gusto con su capricho, ¡peor para ellos! Al menos así pensaba yo. Don José, nuestro comandante mayor, me llamó un día a su despacho:

—Mira, Barea, cuando te puse aquí, te dije que no me hicieras tonterías. Aparentemente, las estás haciendo, y gordas. ¿Quién diablos es la chica esa que va contigo a todas partes?

Hubiera sido una tontería negar lo que indudablemente sabía ya todo el mundo. Así, le dije:

—Creo que he encontrado una solución para mi vida personal, mi comandante. Me repugna ir a las casas de mujeres y acostarme con una mujer que acaba de levantarse de estar con otro. He encontrado una muchacha que me gusta y a la que le gusto yo, y vivimos juntos.

—Pues eso tiene que terminarse.

—No creo, mi comandante, que cometa ninguna ofensa viviendo con una mujer. Aquí todo el mundo hace lo que quiere, y todos los días oímos de un escándalo. Francamente, no veo que haya hecho nada mal hecho, y menos aún que haya dado ningún escándalo.

Don José se echó a reír:

—¡Ningún escándalo! Pero muchacho, tú vives en la luna. Naturalmente que has dado un escándalo, y el peor que podías haber dado.

Se echó atrás en el sillón y encendió un cigarrillo:

—Cierra la puerta y siéntate. Ahí, enfrente de mí, como si fueras un hijo mío. Mira: esto es Ceuta, donde tú, como el sargento de Mayoría de la Comandancia de Ingenieros, eres casi un personaje. Todas las chicas solteras de Ceuta dentro de tu propia clase andan tratando de ver si pueden engancharte y casarse contigo.

—Pero yo no pienso casarme todavía.

—Mira, no interrumpas. Los papás y las mamás están detrás de ti igual que las niñas; detrás de ti y detrás de todos los sargentos. Conocen más sobre antigüedad, ascensos y reenganches que tú y que yo. No sé

cómo se las arreglan, pero en el momento que un sargento pide relaciones a una muchacha, ya tienen una copia de su hoja de servicios, para saber cuál es su porvenir. Ahora bien, los papás y las niñas saben de memoria que Ceuta está infestado de putas y que un hombre tiene derecho a divertirse un poco, emborracharse y a veces hasta irse a la cama con una, si le gusta; incluso saben que la mayoría tiene una amiguita en una de las casas. Pero todo eso no importa. Pero lo que a nadie se le ocurre ni nadie tolera, es coger a la querida del brazo y pasearse con ella a la luz del día o irse a bañar a la playa por la tarde mezclándose con las personas decentes. Lo que hacen los sargentos y los oficiales durante el día es piropear a las chicas honradas y darles una posibilidad de que les enganchen. Y tú vienes tan fresco y te presentas con una muchacha que ha estado de camarera en un hotel, y le restriegas a todo el mundo por las narices que estás viviendo con ella como si fuera tu mujer; y ni te da vergüenza. Esto es anarquismo puro. No es que a mí me asuste que un hombre o una mujer se acuesten juntos, pero este lío tuyo se ha terminado.

Me enfurecí. No podía discutir el asunto con mi comandante, tampoco podía decirle crudamente lo que opinaba de su actitud y de la de los demás. Me tragué las palabras que se me venían a la boca, me levanté y me puse firme:

—Lo siento infinito, mi comandante. ¿Sería usted tan amable como para designar un sustituto para mí y enviarme a una compañía en el campo? Así al menos tendré la libertad de ir con quien quiera, cuando baje con permiso a Ceuta o Tetuán.

—Ta, ta, ta, muchacho, no te sulfures. Nos haces falta en la oficina y no es necesario hacer un dramón de la cosa. Si te digo que esto se ha terminado, no quiero decirte que dejes a la chica. Te puedes seguir acostando con ella cuanto quieras, y hasta irte de juerga. Lo que no puedes hacer es seguir viviendo así con ella, ni llevártela del bracete a

pasear por el pueblo como si fuerais marido y mujer, ni mezclarla en la playa con gente decente...

—¿Gente decente?

—Bueno. Lo que se llama gente decente. Todo esto tiene que terminarse, y el seguir haciendo vida de casado, yendo a casa a comer y a cenar y a dormir como un buen padre de familia. Puedes tener a la chica y acostarte con ella cuando quieras, pero no más escándalos.

—Pero, mi comandante...

—No hay «peros». Si te conviene así, lo tomas; si no, acuérdate que ésta es una plaza militar y puede ocurrir muy fácilmente que las autoridades militares estimen que tu amiguita no es persona grata aquí. Entonces, le van a pagar el billete hasta Algeciras y la van a acompañar hasta allí. Y entonces la cosa se termina. ¿Entiendes?

Si se encuentra uno como un sargento delante de un comandante, no se le puede dar de bofetadas, como de hombre a hombre. Don José debió leer lo que me pasaba por la cabeza.

—No es falta mía, hijito. Personalmente, a mí no me importa lo que haces, ni cómo vives. Hasta tu decisión me parece excelente. Pero no soy yo quien manda. La gente viene a mí y me dice: «Don José, ¿cómo puede usted tolerar semejante escándalo?». Y al fin, se me dice directamente: «Ya va siendo hora de que ese sargento tenga un poco más de respeto. ¿Quién se ha creído que es?».

Chuchín y yo no volvimos a salir más a la calle a la luz del día, sólo por la noche. «Las gentes decentes se quedan en casa por la noche.»

A las diez, casi todos los soldados de la guarnición estaban en el cuartel o precisaban un permiso especial para andar por la calle. La ciudad pertenecía durante la noche a los oficiales y a los sargentos. Se admitía a algunos paisanos, pero eran pocos y la mayoría gentes que dependían del ejército. La vida de noche comenzaba en unos cuantos restaurantes, de los cuales el más famoso era Los Corales, lleno de parejas en las cuales las mujeres eran inconfundibles. El Café Cantante

abría sus puertas. Era un enorme barracón con un salón sucio, repleto de mesas de mármol, frente a un escenario pequeño con un telón de fondo del tipo de fotografía de feria, es decir un jardín frondoso con una escalera de mármol. Allí, bajo el foco de un reflector, desfilaba sin descanso una serie de cantantes y danzarinas, cuyo mérito dependía en general del mayor o menor grado de obscenidad que podían imprimir a su actuación. La concurrencia jaleaba para terminar aullando en el último número, invariablemente una mujer completamente desnuda que se retorcía en una danza lúbrica, mientras la luz cruda del reflector convertida en lanza de luz le perseguía el sexo.

El Café Cantante estaba en una placita diminuta que formaba parte de un callejón retorcido —La Barría—, en el cual todas las casas eran burdeles. Las cuatro casas más elegantes flanqueaban el café y sus pupilas pasaban su vida en el café y su casa, pasando de manos de un cliente a las de otro. Las prostitutas de las casas más miserables del callejón, habiendo perdido los soldados, que eran su clientela habitual, se concentraban en las puertas del Cantante, con la esperanza de encontrar un borracho o un caprichoso que las invitara dentro. Mientras tanto, pequeños grupos de oficiales y sargentos se reunían en los «comedores» de los burdeles distribuidos por toda la ciudad, y bailaban y bebían hasta el amanecer.

Las mesas de juego comenzaban a funcionar temprano en la tarde. Aparte del casino de oficiales y el de sargentos, había una timba prácticamente en cada esquina. Había mesas en las que la banca eran cincuenta pesetas, para que los soldados pudieran jugar apuestas de un real, y había bancas de diez mil pesetas para los de arriba. En los dos casinos militares, el bacará y el «treinta y cuarenta» se jugaban reglamentariamente, pero en las timbas la banca estaba en general en manos de jugadores profesionales, que a la vez controlaban a la mayoría de las prostitutas.

Cárdenas vino a buscarme un día a la oficina:

—Véngase a beber una cerveza conmigo.

Entramos directamente en la sala de juego.

—Vamos a coger una banca juntos.

—Yo no llevo dinero encima para eso —le dije—. Llevaré en el bolsillo treinta o cuarenta pesetas.

—No importa.

Compramos una baraja subastada en quinientas pesetas.

Cárdenas se sentó a dar las cartas y yo como croupier. La primera baraja nos dio dos mil pesetas.

—Pida usted una continuación, Cárdenas.

—¡Ca, hombre! Ahora es cuando empieza a ser esto interesante.

—Pero hemos ganado mil pesetas cada uno.

—¿Las quiere usted? —me preguntó agrio.

—Bueno, vengan.

Contó mil pesetas y me las dio:

—Vamos a no regañar —dijo.

—Le espero abajo, en el salón —le contesté.

Me aislé en un sillón con un libro, que cogí del armario que era la librería del casino. Al cabo de un tiempo dejé de leer. Alguien estaba tocando al piano las danzas de Granados, y tocándolas extremadamente bien. Al piano había un individuo aproximadamente de mi edad, en traje de paisano. Me acerqué a él. Dejó de tocar y se volvió.

—¿Le molesto?

—Absolutamente, no. Puedo estarme toda una tarde escuchando a Granados.

—¡Caramba! Eso sí que es una cosa rara.

—¿El qué es raro?

—No se enfade. Ya veo que le gusta la música. Yo soy Alcalá—Galiano, con un apellido heroico y un estómago vacío. Tercer clarinete del regimiento de Ceuta número 60, pianista del casino de sargentos, oboe en el teatro cuando viene una compañía de zarzuelas y... ¡oh, sí!,

se me olvidaba que toco el jazz—band en los bailes de carnaval. ¡Esta vida! Uno de los pocos pianos buenos que hay en Ceuta es éste, tal vez porque no le toca nadie más que yo. Vengo aquí por las tardes para practicar un poco, cuando no hay nadie. Cuando hay alguien, en general, al cabo de un rato, menea la cabeza y me dice, unas veces con amabilidad, pero la mayoría de mal humor: «¿No puedes callar ya ese ruido? Si tienes que tocar, toca algo agradable». —Hizo una pausa y agregó—: Pero como veo que le gusta Granados, voy a tocar todas las danzas. Antes estaba sólo practicando, pero ahora voy a tocar de verdad.

Era un artista. Raras veces he oído Granados tocado tan bien como aquella tarde, y nunca me ha conmovido más intensamente. Al final charlamos un rato:

—Yo, como le decía antes, vengo de una familia ilustre. Mi apellido es famoso en la historia de España, pero en casa no hay mucho dinero. Muchas pretensiones y poco que comer. Mi hermano está chiflado con ser un escritor y ha conseguido meter la cabeza en el ABC. Yo estoy chalado con la música. Cuando me tocó ser soldado, se me planteó un problema: no tenía dinero, ni para ser de cuota ni para pagarme un sustituto. Y tampoco podía interrumpir mis estudios por tres años. Tenía que ser soldado. Solicité una plaza en la banda del regimiento y me hicieron clarinete. La paga da para mal comer, pero tiene uno casi todo el tiempo libre, y con las cinco pesetas que me dan aquí y un poquillo que me gano como puedo, voy tirando y sigo mis estudios. Lo peor es que tengo que aprender a tocar más instrumentos, si quiero ganar más dinero; ahora ya toco cinco. Al final ya no sabré cómo tocar el piano.

Cárdenas entró de mal humor:

—¿Quiere usted prestarme quinientas pesetas?

Se las di. Después de todo, el dinero que tenía en la cartera se lo debía a él.

—Mañana le pagaré —dijo. Y se marchó escaleras arriba, mientras Alcalá—Galiano y yo seguíamos charlando:

—Su hermano escribe bien, me parece, aunque yo no esté conforme con sus ideas políticas —dije.

—Sí, es un buen periodista. No es que yo esté conforme con sus ideas, pero claro es que con nuestro apellido hay que pertenecer a las derechas. ¿Puede usted imaginarse un periodista llamado Alcalá—Galiano, sangre de héroes, escribiendo en El Socialista?

—Pero ¿usted tampoco será de izquierdas?

—Yo soy apolítico. La política es buena para los granujas, al menos en España. Pero si por izquierda quiere usted decir progresivo, entonces soy izquierdista. Para mí hay una revolución, la revolución en el arte. Ya tenemos bastantes Traviatas y Bohemias. ¿Conoce usted a Debussy? ¿Y a los rusos? —Giró sobre el asiento y comenzó a tocar algo que no había oído en mi vida y que me confundió totalmente. Después se volvió a mí triunfante—. Esto es Debussy. Ya veo que no le ha gustado, pero esto es simplemente porque no lo ha entendido. ¿Lo había oído usted antes?

—Nunca. Pero he oído bastante música rusa moderna y me gusta. He visto muchas veces los bailes rusos de Diaghilev, en Madrid.

Volvió a tocar. Comenzó a oscurecer. Tocó un timbre y dijo al camarero:

—Tráete mi cena, anda.

El camarero le trajo un vaso de leche y dos bollos.

—¿Ésa es la cena?

—Bueno. Es lo que el casino me paga. No puede usted figurarse qué cara es la música. Cuando vivía en Madrid, me pagaban cuatro pesetas en la orquesta del Apolo. En casa copiaba música y así me ganaba diez o doce pesetas cada día.

Volvió Cárdenas radiante. Había ganado y me devolvió las quinientas pesetas.

—Ahora nos vamos a beber una botella de cerveza. No, de vino, con una amiguita mía.

Me llevó a uno de los mejores burdeles. Cárdenas pidió la cena de Los Corales para dos de las muchachas y para nosotros. Estuvimos allí hasta las cuatro de la mañana y al fin tuve que llevar a Cárdenas a su casa. Estaba más borracho que yo.

Al día siguiente Chuchín protestó «porque no había ido a buscarla la noche antes». Le dije que habíamos tenido trabajo urgente y se convenció. Aquella tarde me encontré a la mujer de Cárdenas de paseo con la hija mayor, que llevaba en brazos al chiquitín.

—Buena juerguecita se corrieron ustedes anoche —me dijo.

Me azoré:

—Es que, tuvimos que...

—Sí, sí. No me cuente. Bien, los hombres tienen que divertirse alguna vez, ¿no? ¿Ha visto usted los pendientes que me ha comprado Manuel con las ganancias de anoche? —Volvió la cabeza para que viera el centelleo de los diamantes en sus orejas, y agregó—: Todos los hombres son unos sinvergüenzas.

Aquella noche Chuchín conocía todos los detalles de nuestra juerga.

—Me duele mucho que te vayas por ahí, pero claro, me doy cuenta. Sólo que si te vas con otra mujer a espaldas mías, soy capaz de hacer una barbaridad. —Me miró a la cara—: Sí, ya sé que te acostaste anoche con la fulana; pero si un día te echas una amigui ta y me dejas a mí, soy capaz de matarte. El que te vayas por ahí alguna vez, te lo perdono; todos los días perdiz, cansa.

Chuchín, que era una muchacha primitiva pero inteligente, se dio cuenta de que no comprendía muy bien su actitud, y trató de explicarse:

—¿Sabes? Muchas veces los hombres parecéis tontos. Las mujeres se casan para tener marido. Naturalmente, saben que tienen que estar con él, cuando él quiera. Después, las empiezan a hacer chicos y las aburren; así que, si de vez en cuando se van de juerga, les importa poco,

porque las dejan en paz. Hay otras mujeres que no se casan, pero se enamoran de un hombre. Lo que me pasó a mí con el otro y ahora contigo. Sabemos bien que a los hombres les gustan todas las mujeres, y cuando nuestro hombre hace una escapada, no nos duele mucho. Tal vez, hasta nos gusta un poco que sea un gallito. Pero lo que no podemos aguantar es que, casadas o no, el hombre se vaya a vivir con otra y nos deje plantadas. Las casadas porque es su marido, y nosotras porque es el hombre que queremos. —Y terminó poniendo un hociquillo mimoso—: Pero no te me vuelvas a escapar por ahí, ¡que te saco los ojos!

Nos hicimos amigos, Alcalá—Galiano y yo. Discutíamos de arte y literatura y muchas veces tocaba sólo para mí. Un día dijo:

—Vámonos al Cantante.

—¡Caray! No me imaginaba que te gustaba mucho el sitio. Yo tengo que decir que me da asco y me aburre terriblemente.

—No vamos como clientes. Lo que pasa es que de vez en cuando les escribo a las chicas unos cuplés y me los pagan bastante bien. Vente, es interesante. Y lo que es más, ¿tú dices que escribes? Escríbeme unas cuantas canciones y te puedes ganar unas perras con ello.

Unos cuantos postes de madera sin desbastar mantenían en su sitio las decoraciones de papel del escenario. Nubes de papel colgaban de cuerdas sujetas al viguerío del barracón, y el romántico jardín con su escalinata de mármol, clavado a un bastidor de tablas, descansaba sobre la pared de ladrillo de la casa medianera. Bajamos a través de una trampilla y cuatro escalones empinados al foso del escenario, un espacio cuadrado con piso de tierra dura, a lo largo de cuyas paredes estaban los cuartos de las artistas: cuatro cortinas baratas colgando de cuatro alambres. Algunas de las muchachas gatearon por la escalera carcomida y sus tacones comenzaron a repiquetear sobre nuestras cabezas, mientras sus voces nos llegaban lejanas. Cuando taconeaban, parecía que un enjambre de chicos tocaba el tambor, y el techo, que era el piso

del escenario, escupía sobre nosotros oleadas de polvo a través de las tablas mal unidas.

Allí abajo, en el polvo, estaban sentadas las mamás y los habituales, varios oficiales ya maduros, un par de paisanos mucho más viejos y unos pocos así llamados «hermanos» de las artistas. Olía a polvo y sudor de sobacos femeninos. En un rincón había un montón desordenado de cajas, maletas y baúles. Un camarero agitanado abría botellas de unas cajas y las distribuía entre los grupos de artistas, mamás, chulos y clientes. Detrás de las cortinas rojas salían llamadas urgentes:

—Mamá, ven un momento, que se me ha corrido un punto.

—Sal sin medias, hace mucho calor.

—Pero, mamá, el punto no es en la media.

Se levantó una mujercita fofa y resignada, con un gesto de hombros, y se fue a zurcir las mallas de su retoño.

—Antoñito —gritó otra voz—, tráeme un poco de agua.

Antoñito se levantó de mala gana:

—Te vas a pelar con tanto lavarte.

Un comandante panzudo miró gravemente hacia el techo con una botella en la mano. Arriba una artista estaba taconeando furiosamente.

—Preparar los vasos. —En una interrupción del taconeo los llenó rápido. —Bebéroslos de prisa, si no queréis beber jugo de telarañas en el montilla.

En dos vasos medianos que estaban sobre la mesa de pino, una capa de polvo espesa y gris cubría el vino. Las lámparas eléctricas estaban rodeadas de un halo neblinoso. Un capitán de artillería encendió un cigarrillo:

—Un día habrá aquí una explosión; este polvo es inflamable. —Y paseaba lentamente la cerilla encendida a través de las nubes que descendían del techo. La artista estaba taconeando un galop furioso.

Alcalá—Galiano estaba siendo asaltado por todas las chicas desocupadas y por las mamás.

—¿Qué nos has traído hoy? ¿Sabes?, a Luisa le han subido el sueldo, pero ¡tiene que cambiar el repertorio cada quince días! Danos algo nuevo. ¿Quién es este amigo tuyo?

—Un poeta. Me va a escribir cuplés.

Los oficiales se estaban amoscando. Les estábamos robando la oportunidad de pellizcar los muslos desnudos de las muchachas. Galiano tarareaba una musiquilla a una de ellas, mientras otra me asaltaba a mí:

—Él me escribe la música, ¿sabes? Pero tú me tienes que escribir un cuplé bonito como el...

Cuando salimos del Cantante, Galiano me dijo:

—Desde luego, hay una Asociación de Autores que se encarga de cobrar todos los derechos de autores y compositores en cada representación. Pero eso es sólo para los grandes. Los «pelaos» como yo, no vemos un céntimo. Así que lo que hago es escribirles a estas chicas una musiquilla sobre unos versos malos, muy sentimentales o con muchas puñaladas, y cobrarles diez duros por el derecho exclusivo.

Después de esta visita dediqué mis aficiones literarias a escribir textos para pasodobles. Alcalá—Galiano me daba cinco duros por cada uno que vendía. Las muchachas y hasta las mamás comenzaron a hacerme abiertas invitaciones.

—No te acuestes con una de las chicas, si no quieres que nos arruinemos —me dijo Alcalá—Galiano—. Una vez que comiences a darles música y texto gratis, no paga ni Dios.

Me iba enterando de muchas más cosas acerca de la vida sexual de los demás que las que me había imaginado, y pensaba mucho más acerca de ello.

Estimaba mucho a Antonio Oliver, el sargento de caja. Era joven, sencillo y francote. Tenía un corpachón con huesos tremendos y un

apetito voraz. Cada lunes y cada martes volvía borracho a las cinco de la mañana. En los burdeles se encontraba como en su casa. Le pregunté un día:

—Pero, Antonio, ¿no te cansas de andar siempre entre golfas?

—Sí. La mañana después. Pero te lo voy a explicar, no puedo remediarlo. Salgo de la oficina dispuesto a beberme un vasito de vino, y termino con una mujer sin darme cuenta. Me voy a tener que casar.

La noche después de esta conversación estaba yo de guardia. A las cuatro vino a buscarme nuestro ordenanza:

—El sargento Oliver está arriba con una tía. Han puesto el gramófono y están bailando en medio del cuarto en cueros. Y hay un montón de soldados mirando por las ventanas.

Oliver y la mujer estaban borrachos perdidos. A fuerza de gritos y súplicas los hice al fin entrar un poco en razón. Mandé a la mujer por la puerta de atrás de la cocina con un soldado y metimos a Antonio en la cama. El soldado volvió a las siete de la mañana, completamente borracho. Se había acostado con la mujer en la cuneta de la carretera y luego se había ido a beber con ella.

Capítulo 4

El cuartel

Recibí mi lección sobre las diferentes razas que pueblan España manejando los «cargamentos» de reclutas que nos llegaban cada año.

Era la época más atareada de nuestra oficina. Primero, recibíamos una lista de los reclutas que habían sido destinados a la Comandancia de Ingenieros de Ceuta de cada uno de los centros de reclutamiento de España. Después, comenzaban a llegar los barcos cargados con lo que en el lenguaje de cuartel llamábamos «los borregos». Los reclutas venían en grupos de quinientos a mil, conducidos por un sargento y varios cabos de la región militar de procedencia. En cuanto llegaban al puerto, los sargentos de las diversas unidades en la plaza los separaban y los recogían con arreglo a su destino futuro.

Atracaba el barco, se fijaba la pasarela y comenzaban a desembarcar. La mayoría de ellos, campesinos y jornaleros de toda España. Llegaban los andaluces con sus chaquetillas cortas de dril blanco o caqui, a menudo en mangas de camisa, los pantalones sujetos con un trozo de cuerda o una soga. Solían ser delgados y erectos, morenos, flacos, con tipo agitanado, los ojos negros abiertos en una mezcla de aprensión y curiosidad, charloteando rapidísimos en un chorro de obscenidades.

Llegaban los hombres de las mesetas de Castilla y de las altas sierras, taciturnos, pequeños de estatura, huesudos, requemados de sol, aire, escarchas y nieves, con sus pantalones de pana negra, atados con una cuerda en la boca sobre los calzoncillos de punto largos y espesos, que a su vez estaban atados con cintas colgantes sobre gruesos calcetines azules y rojos de confección casera. De vez en cuando, toda la alineación se deshacía: a uno de los reclutas se le habían desatado las cintas de los calzoncillos.

Vascos, gallegos y asturianos solían llegar mezclados en el mismo barco —un transatlántico ya catarroso de vejez—, y el contraste entre

estos tres grupos era fascinante. Los recios y altos vascos, enfundados en sus blusas azules y con la inevitable boina colgada de sus cabezas diminutas, eran serios y silenciosos; cuando a veces hablaban en su lenguaje ininteligible, lo lucían con palabras reposadas y firmes. Se sentía la fuerza de su individualidad y de su ancestral cultura. Los gallegos solían ser procedentes de las aldeas más miserables de la región; la mayoría estaban increíblemente sucios, pringosos; frecuentemente descalzos. Hacían frente a la nueva catástrofe que había caído sobre ellos, y que consideraban peor que la miseria de sus hogares, con una resignación de bueyes cansinos. Los asturianos de la montaña eran fuertes y ágiles, con un apetito insaciable, ruidosos y alegres, burlones infatigables de la resignación de los gallegos, tanto como de la gravedad de los vascos.

De las provincias del Mediterráneo llegaban también viejos transatlánticos de panza negra, repletos de reclutas de Cataluña, Aragón, Valencia y Alicante. Los reclutas de las montañas de Aragón y Cataluña se diferenciaban en el lenguaje, pero en lo demás eran semejantes: primitivos y rudos, casi salvajes. Los catalanes de la costa, en contacto con la civilización mediterránea, eran completamente distintos de sus propios conciudadanos de la montaña. Las gentes de Levante, con sus blusas negras y sus alpargatas de cintas trenzadas sobre los tobillos, saludables de aspecto, pero linfáticos y un poco fofos, con la promesa ya de una barriga temprana, formaban un grupo aparte.

Contemplándoselos, me parecía a mí que un madrileño era menos extranjero lado a lado de un neoyorquino que lo es un vasco de un gallego, cuyos pueblos no están a cien kilómetros de distancia.

A lo largo de este desfilar de reclutas, los sargentos comenzábamos a gritar nuestros regimientos:

—¡Regimiento de Ceuta! ¡Regimiento de África! ¡Cazadores! ¡Intendencia! ¡Ingenieros...!

Algunos de los recién llegados comprendían inmediatamente la significación de los gritos y se alineaban por sí mismos en una doble fila al lado de su sargento. Pero la mayoría estaba en una confusión terrible, después del largo viaje a través de ciudades desconocidas, después de su primera travesía marítima, revueltos por el mareo, con el miedo del ejército metido en sus huesos. Iban de acá para allá, desconcertados en su desamparo; había que cazarlos uno a uno como borregos asustados, sacudirlos del brazo:

—Tú, muchacho, ¿a qué regimiento te han destinado?

Los ojos estúpidos le miraban a uno llenos de miedo:

—No lo sé.

—Vamos a ver. Tú, ¿vas a caballería o a infantería, o adónde?

—No sé. Me dijeron que iba a ser artillero. Pero yo no sé nada.

Gritábamos al sargento de artillería:

—¡Tú, aquí tienes otro!

De esta manera los íbamos clasificando, hasta que no quedaba uno sobre el muelle, salvo los tres o cuatro más idiotizados, de los cuales teníamos que extraer con paciencia su propio nombre, el de su pueblo, o los datos que podíamos, para identificarlos en nuestras listas. Al final siempre faltaban uno o dos. Los encontrábamos en el rincón más oscuro del barco, dormitando o quejándose monótonos, revolcados en sus propios vómitos.

El comandante general de Ceuta, Álvarez del Manzano, acostumbraba bajar al muelle cada vez que llegaba uno de los grandes barcos de Cataluña o del Norte. Pesado y paterno, le gustaba hablar a los quintos más asustados y palmearles cariñosamente la espalda. Un día se enfrentó con un campesino gallego, a quien habíamos sacado casi a la fuerza de un rincón del barco, aterrorizado como un perro azotado.

—¡Hola, muchacho! ¿Cómo te llamas tú?

—Juan... Juan.

—Bien, bien. No te asustes. ¿De dónde vienes? —Y el general le dio unas palmaditas en el hombro.

El recluta se volvió como una bestia herida:

—No me toque. ¡Me cago en Dios!

—¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? ¡Cálmate!

—¡Que no me toque! Que he jurado por éstas —y se besó furioso los pulgares cruzados— que le machaco la cabeza al primer hijo de puta de sargento que me toque.

—¡Pero muchacho! Esto no es pegarte. Y nadie aquí te va a pegar.

—¿Nadie, eh? ¿Y todas las bofetadas que le dieron a mi padre, y los palos que le dieron a mi abuelo? Ya se lo he dicho a ellos: al que me toque a mí, ¡lo mato!

—Bueno, mira. Yo soy aquí el general, ¿sabes? Si alguien te pega, vienes a mí y me lo dices.

—¡Puah! ¡El general! ¡Vaya una broma! ¿Se ha creído usted que yo soy uno de estos borregos?

Cuando los habíamos conducido al cuartel, los hacíamos pasar uno a uno a la oficina para llenar sus filiaciones:

—Tú, ¿cómo te llamas?

—¿Huh? Que ¿cómo me llamo? Pues, el Conejo.

—Bueno, eso es en tu pueblo, ¿no? Allí te llaman el Conejo, ¿no es verdad?

—Claro. A cada uno le llaman algo. Y como mi abuela tuvo veinte chicos, pues la pusieron la Coneja y ahora, pues, toda la familia somos los Conejos.

—Claro, claro. Pero tú tendrás un nombre cristiano, como todos. Antonio o Juan o Pedro...

—Sí, señor: Antonio.

—Bien. Y un apellido también: Pérez o Fernández.

—Sí, señor: Martínez.

—Bueno, ya está. Mira, aquí nadie te va a llamar el Conejo. Aquí eres Antonio Martínez, y cuando pasen lista y digan: Antonio Martínez, tú contestas «¡Presente!». ¿Entiendes? Te llamas Antonio Martínez. ¿Y tu padre y tu madre?

—Muy bien, muchas gracias, mi sargento. ¿Su familia está bien?

Cuando terminábamos con todos, se les daba su primera comida de cuartel. Los Ingenieros éramos un cuerpo privilegiado: la comida era abundante y sustanciosa. Muchos de los reclutas no habían comido tan bien en toda su vida.

Un día un recluta, que procedía de uno de los pueblecillos más pobres de la provincia de Cáceres, se negó a comer:

—¿Por qué no comes? —le pregunté.

—Yo no como rancho.

—¿Por qué no? —Yo conocía perfectamente esta resistencia arraigada. Tenía su origen en las historias que a los reclutas les cuentan sobre la comida en el cuartel, comida que, en tiempos anteriores a la primera guerra mundial, era efectivamente pura basura.

—Porque eso es una porquería.

—Mira, aquí hay que comer, aunque no le guste a uno. Tú coges un plato de comida y la pruebas. Si no te gusta, la tiras después. Pero tienes que coger tu parte y al menos probarlo. En el cuartel no se puede decir «no me da la gana».

El recluta presentó su plato y se lo llenaron. Había aquel día arroz con cordero. Lo probó y se le transfiguró la cara.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? Nunca he comido nada así.

—Bueno. Pues cómete todo, y si quieres más, te vas adonde está el caldero y te llenarán el plato otra vez. Come cuanto quieras.

Después del rancho los reclutas se dispersaban en el patio, esperando que se les llamara al almacén para darles las ropas y el

equipo. Mi recluta comenzó a dar vueltas a mi alrededor, tímido pero decidido; y era tan obvio que quería hablarme que al fin le llamé:

—¿Querías algo?

Se quitó su gorrilla grasienta de la cabeza y comenzó a retorcerla entre las manos.

—Sí, señor... Quería saber... ¿Es que siempre le dan de comer a uno así?

—Sí, hombre, todos los días y, a veces, mejor que hoy. Algunos domingos tenéis patatas fritas y filetes de carne. Por la tarde te darán judías guisadas con patas de cerdo. Y a mediodía, casi siempre tendrás cocido, con sopa de pasta, carne y chorizo. Ya verás.

—Se está usted burlando de mí, mi sargento.

—No, hombre, no. Ya lo verás.

La gorra daba vueltas más y más aprisa. Se quedó allí con la cabeza baja pensando hondo. De repente se enderezó y dijo:

—Pues... si me dan de comer así, ¡de aquí no me voy, aunque me echen!

—¿Qué comías en tu pueblo?

—Pues, en el verano todo iba bien, porque teníamos lechugas, y tomates y cebollas; pero era mejor en el otoño, que teníamos trabajo en el encinar vareando la bellota para los marranos, porque nos dejaban comer cuanto queríamos. Ahora que en el invierno, pues no teníamos nada, ¿sabe? Un cacho de pan seco untado con ajo y alguna cebolla.

—¿No comíais cocido?

—No, señor. Nunca. Cuando habíamos ganado algo con el vareo de la bellota, pues la madre hacía un guisado de patatas con un cacho de tocino dentro. Pero cuando no había trabajo... Bueno, para decirle a usted la verdad: poníamos trampas para los conejos, lazos, ¿sabe usted?, y a veces caía alguno y... también robábamos bellotas de las de los cerdos. Pero era muy arriesgado. Si la Guardia Civil le cogía a uno, pues paliza segura. A mí me han pegado dos veces, pero no me han

lisiado. Al chico de la tía Curra le dejaron inútil para toda su vida. El médico en Cáceres dijo que le habían roto una costilla y que los cachos del hueso se habían pegado a otra, así que ya nunca se puede volver a poner derecho. En medio de todo ha tenido suerte, porque le han dado por inútil y no ha tenido que venir como yo. Aunque no sé. Tal vez es mala suerte, porque si él supiera lo que yo he comido hoy, se venía aquí de cabeza, torcido y todo.

Una de las cosas que me impresionaban profundamente era el hambre de tantos reclutas; la otra, su ignorancia. Entre los hombres de algunas regiones, el analfabetismo llegaba al ochenta por ciento. Del veinte restante, algunos eran capaces de leer y escribir malamente, pero la mayoría no sabía más que deletrear trabajosamente la letra impresa y garrapatear su nombre. Generalmente destinábamos los completamente analfabetos a Zapadores, y del resto hacíamos una selección cuidadosa para los servicios especiales. Nos dábamos por contentos cuando de un grupo de cuatrocientos reclutas de un reemplazo podíamos separar una veintena que podían pasar inmediatamente a la clase de telegrafistas y aprender Morse, y cincuenta más a quienes se les pudiera enseñar después de un curso intenso de lectura y escritura. Con dificultad encontrábamos tres o cuatro útiles para la oficina, pero en cambio abundaban los que tenían un oficio y se podían distribuir entre las diversas compañías, como barberos, zapateros, albañiles, carpinteros o herreros. La gran dificultad era siempre encontrar personal suficiente para los servicios que requerían algo más que la más elemental enseñanza primaria. Esta situación me puso a mí en un grave aprieto mucho después de mi nombramiento para la oficina de Mayoría.

En 1922 la radiotelegrafía estaba aún en sus principios. En un cuarto reducido del pabellón opuesto al cuartel había un transmisor—receptor Marconi, de los más primitivos, con un oscilador entre puntas, un casco con auriculares para la recepción por oído y una lámpara de carbón para la recepción visual. Cuando se escuchaba, a veces se recibían descargas

eléctricas en las orejas. La estación estaba a cargo de un sargento, dos cabos y un número de soldados capaces de transmitir en Morse y de recibir por vista u oído; pero la única persona que entendía la instalación era el capitán de la compañía de telégrafos.

Durante las cortas visitas del capitán Sancho a nuestra oficina y en nuestras conversaciones accidentales, me di cuenta de que entre nosotros existía una simpatía mutua, y una vez que vino a Ceuta para hacer unas reparaciones en la estación de radio, le insinué que me agradaría verla por dentro. Me invitó a ir con él y ya allí comenzamos a discutir la instalación, pero tan pronto como se dio cuenta de que yo no ignoraba sus dificultades, me abrumó a preguntas. Al cabo de un rato estábamos enfrascados en una discusión técnica. Al final me preguntó:

—¿Usted conoce el Morse?

—No, señor. Todo lo que conozco de radio es teoría.

—Es una lástima, pero eso se aprende en quince días. Tengo que hablar a don José. Quiero que se venga usted aquí conmigo.

—Me temo que no va a ser fácil el que consienta.

—Ya veremos. A mí me hace falta gente que entienda de estas cosas y simplemente no existe, pero empleados para la oficina se encuentran fácilmente.

El capitán Sancho habló con don José y recibió una negativa rotunda. Poco después, el capitán Sancho me llamó un día a la oficina del coronel. El coronel era un viejo cariñoso que había llegado a este grado por antigüedad.

El capitán Sancho entró de lleno en la cuestión:

—Mi coronel, éste es el sargento de que le he hablado. Usted se da cuenta de la importancia de la estación. Tengo unos pocos muchachos que pueden transmitir Morse, pero que no entienden una palabra de la instalación. Usted sabe que cada vez que algo va mal, tengo que venir a Ceuta y dejar la compañía y las estaciones de campaña abandonadas; y

cuando estamos en operaciones, la estación se queda paralizada por semanas en cuanto algo se estropea.

—¡Caramba! No me había usted dicho que se trataba de Barea. ¿Ha hablado usted al comandante Tabasco?

—Sí, señor, pero no está de acuerdo. Si no, no le hubiera molestado a usted.

El viejo se puso lívido:

—Es decir, que si el comandante mayor le hubiera dicho que sí, ¿no hubiera hecho falta decirme nada? Ustedes han caído en la costumbre o en el vicio de hacer aquí lo que les da la gana, sin contar con sus superiores. Esto tiene que terminarse.

—Mi coronel...

—Perdone usted, no he terminado aún y no me agrada que me interrumpan.

Oprimió el botón del timbre y dijo al ordenanza que llamara al comandante.

—Creo que ya sabe usted lo que el capitán quiere. ¿Cuál es su opinión?

El mayor desvió la pregunta:

—¿Mi opinión? Es una cuestión que debe decidir Barea. Si él quiere abandonarnos...

Y así me encontré de pronto entre los tres. El capitán Sancho me miró y dijo sonriendo:

—Usted, ¿qué dice, Barea?

—¿Yo? Pues... que me quedo en la oficina.

El capitán Sancho avanzó hacia mí y me estrechó calurosamente la mano:

—Lo entiendo. Es usted inteligente. Y espero que no sea usted tan estúpido como para quedarse en el cuartel cuando cumpla el tiempo de su servicio. —Se puso firme frente al coronel—: ¿Manda usted algo, mi

coronel? —Dio media vuelta y se cuadró ante el comandante—: ¿Manda usted algo, mi comandante?

El coronel se atiesó en su asiento con la cara apopléjica.

—¿Qué significa esa actitud, capitán?

—Nada, mi coronel. La insignia de nuestro grado la llevamos bordada en la bocamanga, pero el distintivo del talento lo llevamos en otra parte. Lo primero es visible e impone respeto por obligación, lo segundo es invisible y se respeta únicamente por convicción.

—No entiendo todas esas retóricas.

—Claro, mi coronel, y no creo que valga la pena de hacerlo más claro. Usted coloca al sargento en la alternativa de hacer enemigos, o bien de ustedes dos o de mí, pero no le dan ocasión de elegir lo que él cree mejor. Es inteligente, pero no es más que un sargento, y naturalmente prefiere hacer de mí un enemigo. Sólo que yo no lo tomo a mal. Le he dado la mano porque entiendo su posición, y por la misma razón le he dicho que espero continúe siendo inteligente y no se quede aquí pudriéndose.

—Haga usted el favor de retirarse. Eso es una impertinencia.

El capitán[1] dejó el cuarto. Y allí me quedé yo, cara a cara con los dos amos del regimiento. El coronel se rascó su barba blanca:

—Bien, bien. Una bonita escena. Muy bonito. ¿Cómo es que ha pedido usted un traslado?

—Yo no he pedido ningún traslado, mi coronel. —Y le expliqué lo que había pasado. El coronel dijo al comandante:

—Tenemos siempre la misma historia. Este hombre, con el pretexto de que telecomunicaciones es una cosa técnica, nos roba los mejores muchachos.

—Puedo comprender que quiere los hombres con la mejor educación, pero ¡diablos!, en este caso se trata del sargento de la oficina del regimiento.

—Lo mismo digo yo. En fin, el asunto está terminado.

El comandante inició su retirada y yo le seguí. De pronto el coronel me llamó:

—Un momento, Barea.

Cuando nos quedamos solos, el coronel dejó caer su rigidez:

—¿Así que tú conoces algo de radiotelegrafía?

—No mucho, mi coronel, pero entiendo un poco.

—Y claro, ¿te hubiera gustado pasar a hacerte cargo de la estación, eh?

Lo dijo con una sonrisa tan paternal que me forzó a contestar la verdad:

—Bien, sí, señor, francamente me gustaría más que la oficina.

Se cambió instantáneamente en una furia:

—Lo que son todos ustedes, es un hato de desagradecidos. Se le saca a usted del frente, y se le ofrece un cargo que supone seguridad para el futuro, y éste es el pago que nos da. ¡Largo de aquí, pronto!

Tan pronto como los reclutas estaban completamente equipados, se les distribuía entre las compañías adscritas a Ceuta o a Tetuán para el período de instrucción. El choque entre los soldados veteranos y los reclutas era siempre violento, más porque los veteranos eran del mismo origen que los recién llegados. Su vida de cuartel de uno, dos o tres años no les había hecho menos primitivos, sino sólo les había ayudado a construir sus defensas en el ambiente en que estaban, y a menudo había contribuido a desarrollar sus peores cualidades. Las bromas brutales y tradicionales, las novatadas, se sucedían unas a otras.

En nuestro cuartel, una de las primeras noches después de la incorporación, el cabo de servicio se lanzaba a la tarea de despertar a los reclutas uno por uno con una larga lista en la mano,

—¡Tú, arriba!

El recluta, mal despierto en su primer sueño profundo, después de la exhaustación de los primeros días de instrucción bajo el sol africano, abría unos ojos asustados.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Pérez.

El cabo miraba a través de la lista.

—Se te ha olvidado mear antes de acostarte. Hala, ya estás yendo a mear, ¡de prisa!

Obligaba así a cincuenta reclutas a correr en calzoncillos al otro extremo del patio. La broma se le había ocurrido a un cabo de la Primera Compañía de Zapadores y se había convertido en tradicional. Otra broma era colocar un cubo lleno de agua sobre la taquilla con el equipo que había a la cabecera de la cama, en forma tal que el recluta recibía una ducha total al acostarse o al levantarse. Y era inevitable que este mismo recluta, hoy tan iracundo, jugara mañana la misma trastada sobre los reclutas del año siguiente.

Normalmente, el período de instrucción duraba cuatro o cinco meses. Pero aquel año se necesitaban los hombres en el frente. Los reclutas recibieron una instrucción sumaria y se les envió al campo, mezclándolos con los veteranos. Aquella masa de campesinos analfabetos, mandada por oficiales irresponsables, era el espinazo del ejército de España en Marruecos. Sí, se mandaron de la Península los así llamados «regimientos expedicionarios», despedidos con muchos discursos y muchos chin—chin, que llegaron a las tres zonas de Marruecos y fueron recibidos con idénticos discursos patrióticos e idénticas músicas militares. Durante semanas llenaron las primeras páginas y las columnas de ecos de sociedad de los periódicos; los hijos de buenas familias estaban entre los simples soldados de cupo, y los hijos de las familias más aristocráticas entre los «oficiales auxiliares». Pero estas unidades no fueron más que un estorbo. Las historias que corrían acerca de ellas eran incontables.

Un regimiento de artillería enviado desde las islas Canarias se hizo famoso por su puntería: tan pronto como nuestros puestos de vanguardia plantaban sus banderines para guiar a los telemetristas de su

posición, las baterías de Canarias sembraban sus granadas sobre las señales con una maestría infalible. Un regimiento de Madrid se desbandó en el mayor pánico en plena operación, dejando en grave riesgo una compañía del Tercio; aquella noche los hombres del Tercio y los del regimiento madrileño se peleaban a puñaladas en una cantina en la playa de liguisas.

Los soldados de cuota que habían pagado su dinero para no ser soldados, y ahora se les obligaba a serlo, exigían privilegios sobre los soldados de cupo. Esto llevaba a un descontento general, no sólo entre los soldados sino también entre los oficiales, porque muchos de estos expedicionarios llegaban con cartas de recomendación de diputados, de obispos y hasta de cardenales. En los cuartos de banderas se festejaba a los hijos de aristócratas famosos, quienes, en pago de salvarse de ir a las líneas de fuego, pagaban el vino —a veces las mujeres— y mandaban a papá una lista de candidatos a futuro ascenso por méritos de guerra o al menos a una condecoración.

Los veteranos de África tocaban las peores consecuencias de esta situación. Lo sentían y lo resentían. Sabían que desde la llegada de estos «refuerzos» se habían aumentado su trabajo, sus marchas y sus contramarchas, y el peligro en el frente de batalla. Hasta el Tercio presentaba signos de insubordinación.

Un día una compañía del Tercio se negó a comer el rancho. El primer hombre en la fila gritó algo como:

—¡Estos hijos de puta de los expedicionarios tienen gallina y champán con los oficiales y a nosotros nos dan mierda!

Cogió el plato de estaño y lo estampó en el suelo. El oficial de guardia le pegó un tiro en la cabeza. El segundo legionario se negó a coger su comida. El oficial le dejó tendido al lado del caldero. El tercero titubeó, recogió su comida, y después la tiró al suelo. El oficial le mató. El resto se comió sus porciones en silencio. Unos pocos días después,

tres oficiales de aquella compañía fueron muertos en Akarrat en una operación. Los tres habían recibido los tiros por la espalda.

Sin embargo, esta clase de reacción violenta era rara. En general, los hombres adoptaban una actitud de resistencia pasiva, de evasión y de indiferencia, que hacía mucho más difícil el manejo de las fuerzas en el campo. Cuando los oficiales trataban de imponer una disciplina más rígida, las cosas empeoraban. Los reclutas sufrían más que ninguno bajo las violencias de los de arriba y la violencia de sus propios compañeros, que les atemorizaban o los convertían en soldados indisciplinados e inquietos capaces de cualquier rebelión imprevista.

Estos soldados, la quinta de los nacidos en 1900, los ecos de cuya instrucción oía diariamente en Ceuta, estaban condenados más tarde a resistir el choque brutal de la retirada de 1924, un desastre infinitamente mayor que el Desastre de Melilla de 1921.

Los ataques de los moros rebeldes aumentaban. Fue el período de las victorias de Abd—el—Krim; hasta la zona de Ceuta se encontraba bajo la amenaza de su agresión. Todos los hombres útiles, con excepción de los «destinos imprescindibles», estaban en el frente. En Ceuta no quedábamos fijos más que unos treinta en total. Por la noche, el cuartel de Ingenieros estaba totalmente vacío. Durante el día montaban la guardia un cabo y cuatro soldados; por la noche, uno de los cuatro sargentos de oficina se hacía cargo y dormía en el cuerpo de guardia. El comandante mayor vivía en un pabellón a cien metros del cuartel y era fácil llamarle en caso de necesidad. Todos los que no estaban de guardia tenían pase para circular de noche y hasta para dormir fuera del cuartel. En los demás regimientos ocurría lo mismo, así que al cabo de un tiempo formábamos un clan en el que todos nos conocíamos, sabíamos nuestros sitios habituales en cada hora, y nos habíamos agrupado por antipatías y simpatías. De vez en cuando una compañía bajaba del frente por una semana de descanso, pero veíamos poco de ella. La compañía se instalaba en uno de los dormitorios

comunales, los oficiales desaparecían instantáneamente, los sargentos les imitaban, y nosotros hacíamos la vista gorda a las andanzas de los soldados. Por una semana disfrutaban de libertad y se divertían como mejor podían. Nuestro pequeño mundo egoísta se mantenía inconmovible e indiferente, aun cuando la lucha no estaba tan lejos de nosotros.

Por entonces nuestro coronel alcanzó el límite de la edad y pasó a la reserva. Fue una revolución. El nuevo coronel procedía del Tercer Regimiento de Zapadores de Valencia. Tan pronto como puso pie en el muelle, se dirigió al cuartel a la inusitada hora de las nueve y media de la mañana.

En la puerta le recibió el cabo de cocina, un muchacho increíblemente gordo y bajo, con el uniforme lleno de grasa, y acompañado de dos soldados de la cuadra, igualmente sucios.

—¿Dónde está el oficial de guardia? —ladró el coronel.

—No hay oficial de guardia, mi coronel.

—¿Eh? ¿No hay oficial de guardia? Vaya usted a buscarle inmediatamente. ¿Por qué están ustedes tan puercos? ¿Y por qué hay sólo dos hombres aquí? ¿Dónde está el resto de la guardia? En la cantina, supongo, ¿no?

—Mi coronel, estamos solos...

—Cállese. Quedan ustedes arrestados. Esperen, venga conmigo uno, que yo vea esto.

El cabo le acompañó a la oficina. Yo estaba allí solo, arreglando cuentas.

—¡Usted! ¿Qué hace usted aquí?

—Soy el sargento de Mayoría, mi coronel.

—Supongo que será usted alguna cosa, porque si no, no estaría aquí. ¿Cree usted que soy idiota? ¿Dónde está el comandante mayor?

—Creo que en su casa. En general no viene hasta las once.

—¿Y no hay ningún oficial aquí?

—No, señor.

—Cuando venga el mayor, que pase a verme inmediatamente. ¿Por qué tiene usted desabrochada la guerrera?

—Porque estaba solo, mi coronel. Hace tanto calor aquí, que en general trabajamos en mangas de camisa.

—Bien. Esto no puede volver a pasar. Queda arrestado. Esto le enseñará a presentarse ante sus superiores.

Cuando el comandante mayor vino, se encerró con el coronel, pero todos nosotros, hasta los ordenanzas, encontramos un sitio desde donde escuchar. La situación del despacho del coronel lo hacía fácil y también las voces destempladas de éste:

—¡Esto es una vergüenza! Ni un oficial de guardia; sólo un cabo sucio y dos soldados más sucios aún en la puerta. Ni un solo oficial en todo el cuartel, y ¡usted durmiendo sin ningún cuidado en su casa! Todo esto se ha terminado. ¿Ha entendido usted?

Hubo un silencio, en el que era imposible entender la respuesta del comandante. Después, otra explosión:

—Ya veo. Aquí lo que pasa es qué ustedes están acostumbrados a arramblar con todo lo que pueden. Y eso se acabó. Desde hoy, todas las cuentas tienen que pasar por mis manos. Y no quiero ver más soldados sucios.

El comandante salió de allí con las orejas encendidas. A mediodía, casi todo el mundo estaba arrestado en el cuartel. Aquella noche llegó la Primera Compañía de Zapadores, después de estar un año sin interrupción en el frente. Seguramente nadie se enteró de que existía un nuevo coronel, y una hora más tarde todos se habían perdido en las tabernas y en los burdeles de la ciudad. Yo me fui a casa de Chuchín a cenar y volví a las once de la noche para hacerme cargo de la guardia. Pero llegué cinco minutos más tarde. El cabo de guardia me dijo:

—Sin novedad. Lo único que pasa es que el capitán Jiménez, el de la Primera Compañía, está en el cuarto de banderas y ha dicho que se presente usted a él.

No tenía nada de extraño que el capitán estuviera allí. El cuarto de banderas servía a menudo de alojamiento a los oficiales de paso, y se habían previsto allí tres dormitorios, siempre preparados, y un cuarto de baño. También era normal que un oficial llamara al sargento de guardia y le pidiera alguna cosa. Llamé a la puerta y entré.

—A sus órdenes, mi capitán.

—¿Sabe usted la hora que es?

—Las once y cinco...

—Cállese. Cuando un superior le habla usted se calla. ¿Qué hora es ésta de venir al cuartel? Los sargentos tienen que estar aquí a las once en punto. Queda usted arrestado.

—Pero...

—Cállese, le digo. Y márchese inmediatamente.

—Mi capitán...

—¡Cállese! —Saltó de la silla como un poseso, como si fuera a lanzarse sobre mí. Perdí la cabeza y a la vez grité:

—¡Cállese usted! Aquí soy yo el comandante de la guardia. Y mientras lo sea, no permito que usted ni nadie me trate así.

Lo absurdo de la situación debió dejarle paralizado. Se sentó de nuevo:

—Qué, ¿usted es el comandante de guardia? Vamos a aclarar eso. Así que usted está de guardia como yo, sin saberlo. ¿De dónde sale usted ahora?

—De cenar. Tengo pase para dormir fuera del cuartel. Lo que pasa es que todos los sargentos turnamos cada noche para que haya alguien aquí, y nos hacemos cargo de la guardia.

—Todavía lo entiendo menos. Bueno, está bien. Está usted arrestado y mañana ya aclararemos esto. Y se me olvidaba: hoy soy yo el capitán de guardia.

Aquella noche los cuatro sargentos estábamos arrestados. Nos siguieron todos los soldados de la Primera Compañía de Zapadores, que iban al calabozo a medida que llegaban en la noche; y por ultimo todos los destinos. Se tocaba diana a las siete, y cinco minutos antes de las siete apareció el coronel. Afortunadamente estaba despierto, porque el sargento de guardia debe formar para la distribución del desayuno y preparar el parte de novedades de la noche, para que esté a las ocho en la comandancia general. El capitán Jiménez estaba profundamente dormido en su cama, desnudo como le parió su madre, agotado de su cacería nocturna y olvidado de que fuera comandante de guardia. No tenía tiempo de despertarle y tuve que dar yo mismo la novedad al coronel.

—¿Dónde está el capitán de guardia?

—Creo que durmiendo, mi coronel.

El coronel se precipitó en el cuarto de oficiales y cinco minutos más tarde salía con el capitán con la cara roja de sueño, peleándose con los botones del uniforme. Se tocó llamada para el desayuno, y se presentó una docena escasa de soldados. El coronel inició uno más de sus rugidos:

—¿Dónde está esta canalla? Durmiendo, ¿no? Por esto es por lo que yo he venido. Esto es una vergüenza.

Y se dirigió a uno de los dormitorios con el capitán y yo pisándole los talones. El dormitorio estaba vacío. El coronel se quedó en medio de la inmensa nave, contemplando estupefacto los equipos amontonados sobre las camas.

—Pero ¿dónde está esta gente?

El capitán, tragando saliva, contestó:

—Están arrestados, mi coronel. En la Prevención.

Y continuó sus explicaciones. Cuando terminó, el coronel le arrestó a él también. Los sargentos acordamos quedarnos bajo el arresto en el cuerpo de guardia, la Corrección, y no ir a nuestras oficinas, dejando el trabajo empantanado. Nos vinieron a buscar a media mañana y nos levantaron el arresto. Desde aquella mañana se entabló una guerra abierta entre el coronel y el regimiento. El peso más grande de esta batalla cayó sobre el comandante mayor y sobre mí. El rigor de la disciplina militar llevado al extremo puede hacer miserable la vida de un subalterno, pero el mismo rigor aplicado por todo un regimiento puede destruir la vida de su coronel. Ocasionalmente, yo disfruté lo indecible con aquella batalla.

Pero aprendí una lección más: aprendí los límites de seguridad que ofrecía el cuartel. Un sargento no era más que un sargento. Un trastorno en el hígado de un superior le podía convertir de nuevo en un soldado raso de la noche a la mañana, después de tres o de veinte años de servicio.

Capítulo 5

El embrión de dictador

Mi amigo Sanchiz había sido reintegrado a la oficina de la Legión en Ceuta y nuevamente me llevó a la taberna del Licenciado. Fui en contra de mi aversión interna, pero mi pesadilla ya no existía más. La puerta había perdido su color de puñalada y estaba pintada ahora en un rosa claro. En lugar de las lámparas de petróleo goteantes, colgando de ganchos de alambre, resplandecía la luz eléctrica; las paredes rojas eran ahora color crema, y el mostrador, similar al de millares de tabernas en España, un tablero de encina y sobre él la columna de grifos sobre la pila le estaño. El Licenciado se había cambiado en un comerciante próspero y satisfecho, enfundado en su mandilón a rayas verdes y negras.

La mayoría de los clientes eran aún soldados del Tercio y prostitutas de la Barría, pero los viejos presidiarios y las viejas celestinas con sus caras taraceadas de sífilis o de sarna habían desaparecido. Soldados de otros regimientos entraban libremente v se sentaban a beber una botella de vino acompañada de un bonito curado al sol. El pescado seguía

colgado de la viga central sobre el mostrador, pero ahora la viga estaba limpia y el bonito no sabía más a hollín de petróleo.

—Chico, ¡cómo ha cambiado esto! —le dije a Sanchiz.

—Nada cambia a las gentes como el tener dinero. Cuando el Licenciado se instaló aquí con unas cajas de botellas y unos pellejos de vitriolo en lugar de vino, no tenía un céntimo. Lo único que tenía era los ríñones de poner una taberna para dar de beber al Tercio, cuando nadie quería vendernos en todo Ceuta ni un vaso de vino. Ahora ha ganado un montón de dinero y hasta se da el lujo de escoger los parroquianos. Espérate un poco, y le vas a ver en un par de años más montar un bar moderno aquí mismo y presentarse a las elecciones para concejal. Sanchiz hizo una pausa y se quedó pensativo:

—¿Tú sabes que de todos aquellos que formaron la primera bandera del Tercio no queda casi nadie ya? Los novios de la muerte, ¿te acuerdas?, se han casado. Yo soy uno de los pocos que aún no han encontrado la novia, y parece que voy a tener que esperar aún un rato. Es una pena.

—No pienses en ello. Te morirás como nos morimos todos, cuando te llegue la hora. Y no lo vas a cambiar, aunque te empeñes en pegarte un tiro o en que alguien te lo pegue. En lugar de eso, cuéntame qué ha sido de tu vida todo este tiempo.

—He cambiado mucho, muchacho. ¿Tú sabes que hace ya un año que nos encontramos en Beni—Arós? En este año he visto más cosas que en todos los demás treinta y ocho años de mi vida. Me he quedado cano. —Se quitó el gorro y vi que sus cabellos rubios se habían vuelto de plata.

—Bueno, cuéntame qué te ha pasado.

Pero aquel día Sanchiz no estaba de humor para hablar de la guerra ni del Tercio. En cambio comenzó a contar a retazos lo que le había llevado a la Legión, cuando tenía treinta y seis años, a él, un hombre

que nunca había sido soldado y que parecía predestinado a trabajar toda su vida en una oficina.

Sanchiz procedía de una familia de clase media en buena posición. Sus padres le habían dado una educación sólida. Había estudiado la carrera de comercio en una época en que aquellos estudios eran una novedad en España, y hasta una absurdidad. Obtuvo también el título de abogado y antes de los treinta años era director de una sucursal en España de una de las más famosas firmas de Norteamérica. Se casó. Fue un matrimonio perfecto. Al cabo de un año, el matrimonio esperaba el primer hijo, pero éste no llegó a nacer. La mujer tuvo que ser operada y quedó inutilizada para tener más hijos. Sanchiz se resignó a esto y dedicó toda su energía a hacer feliz la vida de su mujer. La amaba ciegamente. Pocos años después, la mujer comenzaba a languidecer y la sensibilidad física que había producido la operación se acentuó. Fue en aquella época cuando yo conocí a Sanchiz. La llevaba entonces de un especialista a otro, en una peregrinación de esperanzas, mientras ella empeoraba más y más. Hasta que al fin los doctores decretaron que no podían seguir viviendo más como marido y mujer; tenía un cáncer en la matriz. Era posible una operación, pero los doctores se mostraban pesimistas sobre el resultado y la inválida se negó a ser operada. Fui testigo de lo que le pasó a Sanchiz entonces: el pensamiento de que el contacto físico, que para él era necesidad y felicidad, había herido a la mujer que quería, se convirtió en su tortura íntima. Cuando sobrepasó este estado, se encontró con que él, que era un macho normal y sano, vivía lado a lado de su mujer a quien deseaba sin cesar y sin esperanza. Intentó escapar de las exigencias del sexo, buscando otras mujeres, y el sexo se negaba a ello. A quien él quería era a ella. Acabó refugiándose en la bebida. La enfermedad de ella se había llevado los ahorros, y las borracheras de él le privaron de su trabajo. Tras un período de pobreza aguda, Sanchiz encontró un puesto de contable en una oficina, con doscientas pesetas al mes. Pero ¿qué eran doscientas pesetas para quien

tenía una mujer enferma que necesitaba diariamente una inyección de morfina?

Cuando murió la mujer de Sanchiz, fui a su casa. La mujer murió envuelta en una vieja manta, sobre un somier, malamente cubiertos sus muebles con sacos rellenos de paja. No quedaban ropas ni muebles. Todo había pasado a las casas de empeño. Cuando se llevaron el cadáver, Sanchiz cerró la puerta del cuarto y dio la llave al portero. No volvió. Los pocos que le conocíamos creíamos que se había suicidado, porque desapareció. Pero nunca tuvo la decisión necesaria para ello: vagabundeó por Madrid, limosneando la comida y durmiendo en los bancos de los paseos. Cuando se formó la Legión, se alistó inmediatamente. La edad límite para ingresar en el Tercio era más baja que la de Sanchiz, pero su apariencia era de ser mucho más joven: era rubio, con piel blanca como leche, y sus mejillas eran frescas. No le pusieron dificultades. El Tercio no insistía en documentos, ni aun en los nombres de sus reclutas.

Se alistó en la Legión para que le mataran. Pero cuando se organizó y se establecieron las oficinas, le escogieron y le enviaron allí. El riesgo del frente de batalla le eludía. Se emborracho y se volvió pendenciero para que le echaran de la oficina. Pero sus superiores se habían encariñado con él y todo lo que hacían era dejarle arrestado en el cuartel por semanas enteras. Trató de provocar y desafiar a los peores asesinos de la Legión. Pero en un sitio donde las disputas se resolvían muchas veces con una puñalada o un tiro, los hombres simplemente se burlaban de Sanchiz y le pagaban una botella de vino para que se le quitara el mal humor.

Consiguió por fin que le enviaran al frente por dos meses de instructor de la bandera de voluntarios americanos, como un castigo, y fue entonces cuando se produjo el desastre de Melilla Sanchiz fue enviado allí. Hubo compañías del Tercio de las que no escapó un solo

hombre ileso. Más de la mitad murieron allí. Sanchiz no recibió siquiera un simple arañazo.

Por último, le reintegraron a la oficina. Nos encontrábamos muy a menudo: cada vez que Sanchiz se ponía a pensar en su propia historia, se emborrachaba hasta perder el conocimiento. Cuando se le pasaban los efectos de la borrachera, tenía un ataque de arrepentimiento e invariablemente o me mandaba un recado o venía a buscarme para dar un paseo juntos. Nos íbamos a lo largo del muelle de la Puntilla, a casi tres kilómetros de la ciudad, y nos sentábamos sobre las rocas de la escollera abierta al Adántico, cara a cara al mar, que a veces nos escupía.

—Hoy han venido cincuenta quintos —me dijo una tarde—. No tienen idea de dónde se han metido. Esa gente no viene por las mismas razones que nosotros los viejos. Vienen sólo por darse postín.

Se puso a tirar piedras planas a ras del agua y a divertirse viéndolas brincar:

—¿Sabes?, la bestialidad es seguramente la cosa más contagiosa que existe. Cuando la primera bandera fue a Melilla inmediatamente nos pusimos a tono con el salvajismo de los moros. Ellos les cortaban los testículos a los soldados y se los atascaban en la boca, para que se murieran asfixiados por un lado y desangrándose por otro, tostándose al sol. Tú mismo lo has visto. Entonces nosotros inventamos un juego: les cortábamos las cabezas a los moros y adornábamos el parapeto de la posición durante la noche con ellas, para que los otros las vieran allí al amanecer. Bueno, también lo has visto; de todas formas, esto es lo que el Tercio fue desde el principio. Y ya no tiene enmienda. Pero no sé si tú te has enterado que ahora hay una nueva forma de engancharse en el Tercio; la gente firma sólo por el tiempo que dure la reconquista de Marruecos. Así, son diferentes a nosotros. Cientos han venido ya, muchos hijos de buenas familias, gentes educadas con un título universitario. Te puedes imaginar que al principio entre ellos y

nosotros, los viejos, estalló la gorda y algunos no pudieron aguantarlo. Pero la mayoría se quedaron; y créeme, son hoy más salvajes que nosotros.

—Yo creo que esto depende sobre todo de los oficiales.

—Sí, naturalmente, depende de los oficiales. Pero tienes que darte cuenta que a los oficiales les ha pasado lo que a nosotros. Me acuerdo muy bien cuando se organizó el Tercio, que nuestros oficiales eran como los demás, con la única diferencia que la mayoría de ellos se habían jugado el dinero de su compañía y no tenían más salida que venirse al Tercio, y algunos eran lo que se llama valientes y querían ascender aunque fuera arriesgando el pellejo. Pero en cuanto tuvieron que entendérselas con la primera bandera, ¿tú te acuerdas que la primera cosa que hicimos en Ceuta fue matar tres o cuatro gentes y que nos tuvieron que mandar a Riffien a toda prisa?, cambiaron inmediatamente.

—Creo que en el fondo no era más que miedo. Nos tenían miedo. Pero ellos eran los jefes y nosotros, la mayoría, no teníamos ni aun un nombre. Impusieron la disciplina bárbara que hay ahora: si un hombre se negaba a obedecer, se le pegaban dos tiros en la cabeza y en paz. Si otro se sobrepasaba un poco, se le llenaba la mochila de arena y se le hacía correr dos horas bajo el sol de mediodía. Lo que yo quiero decir es que nos contagiábamos unos a otros; y ahora los oficiales se han convertido en salvajes no sólo contra nosotros, sino contra todos y contra todo. De la primera bandera no quedó ni uno de ellos sano. Bueno, sí, el comandante Franco, creo que fue el único que escapó sin un agujero en la piel.

—Cuéntame algo sobre él. He oído un montón de historias. Por ejemplo, ¿es verdad que Millán Astray le tiene odio?

—Naturalmente, Millán Astray es un bravucón. Le he visto yo mismo. Cuando comienza a gritar: «¡A mí, mis leones!», seguro que nos vemos en un momento en un fregado serio. Atacamos a la bayoneta

en avalancha, mientras él hace caracolear su caballo y da media vuelta y se va al Estado Mayor: «Eh, ¿qué les parecen mis muchachos?». Como, naturalmente también, ni el Estado Mayor ni los generales están nunca a la cabeza de las tropas, cuando hay un ataque de verdad pues ni ven ni quieren ver el truco. Se ha ganado la fama de héroe y ya no hay quien se la quite. Y precisamente el hombre que podría hacerlo es Franco Sólo que esto es un poco complicado de explicar.

Sanchiz se encerró de nuevo en su juego de tirar piedras al mar y se calló, hasta que insistí:

—Bueno, deja ya eso y continúa con tu historia.

—Mira, Franco... No, mira: el Tercio es algo así como estar en un presidio. Los más chulos son los amos de la cárcel. Y algo de esto le ha pasado a este hombre. Todo el mundo le odia, igual que todos los penados odian al jaque más criminal del presidio, y todos le obedecen y le respetan, porque se impone a todos los demás, exactamente como el matón de presidio se impone al presidio entero. Yo sé cuántos oficiales del Tercio se han ganado un tiro en la nuca en un ataque. Hay muchos que quisieran pegarle un tiro por la espalda a Franco, pero ninguno de ellos tiene el coraje de hacerlo. Les da miedo de que pueda volver la cabeza precisamente cuando están tomándole puntería.

—Pero seguramente pasa lo mismo con Millán Astray.

—Ca, no. A Millán Astray no se le puede dar un tiro por la espalda. Ya tomó él buen cuidado de ello. Pero con Franco no es difícil. Se pone a la cabeza y... bueno, es alguien que tiene riñones, hay que admitirlo. Yo le he visto marchar a la cabeza de todos, completamente derecho, cuando ninguno de nosotros nos atrevíamos a despegar los morros del suelo, de espesas que pasaban las balas. ¿Y quién era el valiente que le pegaba un tiro entonces? Te quedabas allí con la boca abierta, esperando que los moros le llenaran de agujeros a cada momento, y a la vez asustado de que lo hicieran, porque entonces estabas seguro que echabas a correr. Hay además otra cosa, es mucho más inteligente que

Millán Astray. Sabe lo que se hace; y ésta es la otra razón por la que Millán Astray no puede tragarle.

—¿Cómo se portó en Melilla?

—¿Franco? Créeme, es un poco duro ir con Franco. Puedes estar seguro de tener todo a lo que tienes derecho, puedes tener confianza de que sabe dónde te mete, pero en cuanto a la manera de tratar... Se le queda mirando a un fulano con unos ojos muy grandes y muy serios y dice: «Que le peguen cuatro tiros». Y da media vuelta y se va tan tranquilo. Yo he visto a asesinos ponerse lívidos sólo porque Franco los ha mirado una vez de reojo. Además, ¡es un chinche! Dios te libre si falta algo de tu equipo, o si el fusil está sucio o si te haces el remolón. ¿Sabes?, yo creo que ese tío no es humano; no tiene nervios. Además, es un solitario. Yo creo que todos los oficiales le odian, porque los ¡trata igual que a nosotros y no hace amistad con ninguno de ellos. Ellos se van de juerga y se emborrachan —como cada hijo de vecino después de dos meses en el frente—, y éste se queda solo en la tienda o en el cuartel, como uno de esos escribientes viejos que tienen que ir a la oficina hasta los domingos. Nadie le entiende, y menos aún siendo tan joven.

En el año 1922 los acontecimientos se desarrollaron rápidamente en Marruecos y en España. Más de 60.000 hombres se mandaron desde la Península a título de refuerzos, pero el desorden y la desorganización entre estas tropas era tal que algunos de los jefes con experiencia en la campaña de África rechazaron el emplear estas fuerzas fuera de la retaguardia. Se extendió el descontento. En España, la protesta pública contra el desastre de Annual, y la exigencia de una investigación en las responsabilidades de este desastre, se habían enfocado primero sobre la persona del Rey y la del desaparecido general Silvestre; ahora se centraba sobre el alto comisario de España en Marruecos, general Berenguer. En la zona de Melilla, casi todo el territorio perdido en la catástrofe del año anterior se había recuperado en una reconquista

espectacular. Sin embargo, la situación era crítica. Abd—el—Krim había hecho contacto con diferentes grupos políticos en diversos países de Europa, y sus fuerzas, bajo el mando de su hermano, se habían filtrado en la zona de Ceuta, amenazando Xauen. El Raisuni se había aliado con Abd—el—Krim, cuya amenaza a Xauen prometía romper el cerco que aún encerraba a los hombres del Raisuni, el cual también amenazaba con provocar una rebelión en la zona de Ceuta.

El número de bajas aumentaba incesantemente. El general Berenguer comenzó a hablar de dimisión tan pronto como se sometiera al Raisuni. Se contaba públicamente que el general Sanjurjo, comandante general de la zona de Melilla, era en realidad el alto comisario. En Madrid se sucedían uno a otro los gobiernos, sin lograr mantenerse más de unas pocas semanas a lo sumo. Cada uno dejaba a su sucesor el pleito marroquí, como un testamento en litigio.

Las cancillerías europeas consideraban la posibilidad de que España abandonara el protectorado de Marruecos y de que Francia lo recogiera. Nadie ponía en duda el hecho de que Abd—el—Krim estaba recibiendo material y auxilio técnico a través de la frontera francesa.

Todos nos dábamos cuenta de las contracorrientes que nos afectaban, pero no podíamos apreciar su extensión. Lo único que conocíamos con certeza eran los cambios del personal. Así, el teniente coronel Millán Astray había sido ascendido a coronel y había dimitido del mando de la Legión bajo pretexto de incapacidad física, debida a sus varias y terribles heridas.

Le pregunté un día a Sanchiz:

—¿Quién va a suceder a Millán Astray? ¿Franco?

—¡Puah! ¡Franco! A Franco se la han jugado de puño. Van a nombrar al teniente coronel Valenzuela. ¿Sabes?, no hay más que tres sucesores posibles entre los de su categoría: González Tablas, Valenzuela y Franco. Pero Franco es sólo un comandante y los otros son tenientes coroneles. Para hacerle a Franco jefe de la Legión, le

tienen que ascender también a teniente coronel. Aparentemente, Sanjurjo le ha propuesto dos veces para el ascenso, pero todos los abuelos han dicho que sería demasiado ascenderle y, además, darle el mando del Tercio. Así que se lo van a dar a Valenzuela, y a Franco le van a dar una medallita.

En la primavera de 1923 el general Berenguer emprendió las operaciones contra Tazarut, el último refugio del Raisuni. Hacia el fin de mayo, las tropas entraron allí. El teniente coronel González Tablas fue muerto en la operación. Berenguer dimitió; el gobierno de Madrid decretó la suspensión de todas las operaciones y anunció el licenciamiento de gran número de tropas. Por unos pocos días pareció como si la guerra en Marruecos estuviera tocando a su fin. Se habían entablado negociaciones con Abd—el—Krim, en un esfuerzo para hacer la paz con las tribus del Rif. En la zona de Melilla el ejército español había detenido su avance y se había atrincherado frente a Beni—Urriaguel, en espera del resultado de las negociaciones. Pero Abd—el—Krim quería la proclamación y reconocimiento como un Estado autónomo de la República del Rif, y para dar peso a sus exigencias, sus tropas continuaban atacando a las avanzadas españolas día y noche.

Una mañana temprano se corrió el rumor en Ceuta de que en la zona de Melilla había ocurrido un segundo desastre. Los legionarios estacionados en Larache habían sido enviados a Melilla a toda prisa. Pero en la prensa no había referencia alguna, y los oficiales que estaban en el secreto supieron guardarlo.

Al comandante Tabasco le llamaban cada media hora de la comandancia general de Tetuán. Al fin tuvo una conferencia con el coronel, y cuando dejó su despacho, tenía la cara muy seria. Al fin me dijo:

—Las cosas están yendo malamente otra vez, Barea.

—¿Pasa algo en Melilla, no, mi comandante?

—Sí. Parece que los moros han rodeado Tizzi—Azza y si lo toman va a haber un segundo Annual. No te vayas de paseo esta tarde, porque es posible que tengamos que organizar una columna de socorro en Ceuta.

Había oído hablar a menudo de la posición fortificada de Tizzi—Azza. Estaba en la cima de un cerro y había que aprovisionarla periódicamente con agua, comida y municiones. Los convoyes de abastecimientos tenían que pasar por un desfiladero estrecho y cada vez había que abrirse paso a tiros. Esta vez, los moros habían cortado la carretera. El último convoy había entrado, pero no podía salir, y la posición estaba cercada.

Se organizó una enorme columna de socorro, y se rompió el cerco de Tizzi—Azza, pero durante el ataque el nuevo comandante del Tercio, el teniente coronel Valenzuela, fue muerto.

—Ahora Franco es el jefe de la Legión —dijo Sanchiz.

—Pero todavía no le han hecho teniente coronel —le repliqué yo.

—Le harán ahora. Aunque no quiera Millán Astray. ¿A quién otro van a poner aquí? De todos los oficiales que hay, no hay uno que coja el sitio, aunque se lo ofrezcan en una bandeja. Les da miedo.

Tuvo razón Sanchiz. Se pasó en las Cortes el ascenso de Franco y se le nombró jefe del Tercio.

El único comentario del comandante Tabasco fue:

—Bien, le han dado la extremaunción.

Al principio de julio, el general Berenguer cesó como alto comisario de Marruecos; le sucedió el general Burguete, y Ceuta preparó un desfile militar para rendirle honores. El día antes de su llegada el comandante mayor me llamó:

—Mañana hay un desfile en honor del general Burguete. Lo siento, pero no tengo a nadie más que a ti para ser cabo de gastadores.

En el ejército español, al frente de cada regimiento en formación, marcha la así llamada «escuadra de gastadores» —ocho soldados

escogidos por su estatura y su apariencia física, que marchan en dos filas de a cuatro, precedidos de un cabo que actúa como guía del regimiento y ejecuta y marca todos los movimientos que han de ser seguidos por el resto.

No teníamos un cabo que pudiera realizar estos movimientos sin correr el riesgo del ridículo, e Ingenieros tiene una tradición de elegancia, con sus gastadores equipados con herramientas niqueladas. Me tuve que quitar mis galones de sargento y coser en su lugar los de cabo; después, escoger los ocho soldados más decorativos que encontré en el cuartel. A fuerza de combinaciones llegamos a reunir algo que tenía apariencia de dos compañías con nuestro comandante mayor como jefe de la fuerza, jinete en un caballo blanco. Afortunadamente el coronel estaba en Tetuán. Las otras unidades de guarnición en Ceuta estaban tan escasas de hombres como nosotros y se arreglaron en una similar manera echando mano de todos los destinos. Éramos un gran número de sargentos convertidos en cabos y suboficiales convertidos en tenientes. Nos tuvimos que vestir en uniforme de «media gala» con guerrera de paño azul, insoportable en el calor africano de julio. Pero teníamos la seguridad de que la revista no iba a durar más de media hora y nos consolábamos, pensando que el barco estaba anunciado a las nueve y media de la mañana.

Por esa razón de ser cuerpo distinguido, se nos destinó al pie del desembarcadero donde atracaría el barco. Estábamos allí a las ocho de una mañana radiante de luz, con un mar como un espejo. Por una hora aguardamos, fumando cigarrillos y consumiendo bebidas de los vendedores ambulantes que habían acudido como moscas. Pero después de las nueve atracó el barco y las bandas de los regimientos comenzaron a tocar la Marcha real, porque el alto comisario tenía los mismos honores que el Rey, en ausencia de éste. Todos los oficiales tuvieron que presentarse a rendir homenaje. Después, el general comenzó la revista de las fuerzas.

El general Burguete era un hombre alto, un poquito barrigudo, pero encorsetado, con un bigote enorme a lo káiser. Inmediatamente mostró que su inclinación hacia el prusianismo no se limitaba al estilo de sus bigotes. Escrutaba a los soldados uno por uno minuciosamente, mientras nos asábamos bajo el sol.

El uniforme de paño azul se usaba raramente en Marruecos, y la mayoría de los hombres lo habían recibido en el último momento de los almacenes del regimiento. Así que el general encontró ocasión sobrada para descubrir faltas en cada detalle de cada pieza del uniforme. Comenzó a gruñir; al poco rato chillaba indignado; los oficiales de cada unidad chillaban a sus subalternos con idéntica indignación, y así sucesivamente, hasta el último hombre en las filas. Entre ochenta o cien quedaron arrestados. La revista se terminó a las once. Cuando ya parecía que era imposible prolongarla más, y esperábamos que nuestras desdichas y nuestros sudores tocaran a su fin, el general decidió que las fuerzas tenían que rendir el tradicional homenaje a la imagen de Nuestra Señora de África, a quien él iba a ofrecer su bastón de mando.

Permanecimos en formación otra hora frente a la iglesia, ensartando rosarios de maldiciones a la patrona y al general. Para final, éste decidió asomarse al balcón de la comandancia general, y desde allí presenciar nuestro desfile en columna de honor. Volvimos al cuartel a las dos. Tuvimos dos casos de insolación y cinco de desmayo. Lo mismo ocurrió con los demás regimientos. El nuevo alto comisario había emprendido bien su carrera.

Ah, ¡pero el general Burguete había venido «a poner orden en Marruecos»! La misma tarde se paseaba por las calles de Ceuta, arrestando soldados a diestro y siniestro. Se presentaban en grupos en los cuerpos de guardia. Los oficiales comenzaron a llegar después. El ejército de Marruecos tenía su manera peculiar de vestir y de comportarse en la calle, y esta manera era indudablemente diferente de la que se usaba en Madrid. Pero el general Burguete pretendía que los

soldados de Marruecos, con sus uniformes descoloridos por el sol y con todas las huellas de la vida de campamento encima, aparecieran como los soldados de guarnición en Madrid en tarde de domingo.

Uno de ellos le replicó ásperamente:

—No tengo otra cosa, mi general. No tengo más que estos harapos, y piojos en cada costura, porque no me dan otra cosa.

—Todo el que no tenga un uniforme decente, debe quedarse en el cuartel. Preséntese al oficial de guardia de su regimiento.

—Franco puede ser hermano suyo —me dijo Sanchiz, cuando le conté la historia—. Ya verás cuando venga a Ceuta.

Burguete entabló negociaciones inmediatas con el Raisuni. De un día al otro, el Raisuni, que estaba cercado en Tazarut a la merced del Gobierno español, se convirtió en un personaje importante: se le restauraron sus honores principescos, se le pagó una importante indemnización, y las tropas se retiraron del yébel Alam. Más tarde, el cabecilla comenzó a hacer indicaciones acerca de los oficiales españoles o nativos que deberían destituirse porque no le eran simpáticos. Los Ingenieros no estaban afectados por estas intrigas, pero la repercusión en otras unidades fue gravísima.

—Las cosas se están poniendo serias, chico —me dijo Sanchiz un día. A él le llegaban más noticias en la oficina del Tercio que a mí en la mía—. Tú sabes que nuestros oficiales están en muy buenas relaciones con los de Regulares. Al fin y al cabo, la mayoría de ellos habían servido con las unidades moras antes de venirse con nosotros. Como Franco. Y ahora, Burguete está despidiendo gente, según dicen, de acuerdo con una lista que le ha dado el Raisuni. Y algunos de los nuestros quieren rebelarse. Bien, yo creo que es una cochinería el poner al granuja ese del Raisuni en andas, después de los miles de muertos que nos ha costado. Yo no sé lo que Franco va a hacer. Dicen que está verdaderamente furioso y que ha hecho una protesta. Pero lo que sí puedo decirte es una cosa: si quiere levantar la Legión, nos vamos

detrás de él como un solo hombre y te advierto que la cosa sería un poco más seria de lo que puede imaginarse.

Sin embargo, lo que estaba pasando no era una política personal de Burguete, sino del Gobierno de Madrid. Quería atraerse al Raisuni, para tener las manos libres con Abd—el—Krim y terminar el conflicto de una manera o de otra. Al mismo tiempo, seguían negociaciones de paz con Abd—el—Krim y negociaciones para el rescate de los prisioneros que tenía.

Era simplemente una renovación de la tradicional política seguida en Marruecos: la política de soborno de los jefes de kábila que eran bastante fuertes para enfrentarse con el ejército. Se sobornaba al Raisuni, y se tenían esperanzas de sobornar a Abd—el—Krim. Se estaban repatriando las fuerzas expedicionarias. El país estaba en la mayor ignorancia de lo que se tramaba, pero nosotros en Marruecos estábamos tensos y comenzaban a formarse facciones en el ejército.

El ejército contenía dentro de sí tres grandes núcleos. Dejando aparte los pocos que estaban en contra de la aventura marroquí en un sentido general, la parte del Gobierno la tomaban abiertamente todos los que querían estar tranquilos y vivir a gusto en una guarnición provinciana que tenía un sobresueldo de guerra. Pero estaban allí los veteranos de África, interesados sólo en la vuelta de los tiempos felices en que sin mucho riesgo se podía robar a manos llenas. Y por último estaban los «heroicos», que se llenaban la boca del honor de España, del honor de la monarquía y del honor de la nación, que sólo se podían salvar con guerra a toda costa.

Entre los «heroicos» estaba el nuevo jefe del Tercio. Y el Tercio crecía rápidamente como un Estado dentro del Estado, como un cáncer dentro del ejército. Franco no estaba contento con su ascenso y su carrera brillante. Necesitaba guerra. Y ahora tenía en sus manos el Tercio, un instrumento de guerra. Hasta el último de los soldados del Tercio compartía esta creencia y se sentía absolutamente independiente

del resto del ejército español, como si fuera de una raza aparte. Formaban su sociedad aparte, voceaban sus hazañas y mostraban su desprecio hacia los demás.

—Nosotros somos los salvadores de Melilla —decían. Y era verdad.

Pero de ser un héroe de esta clase a ser un rebelde —y un fascista—, no hay más que un paso.

Capítulo 6

Adiós a las armas

Un día, el comandante Tabasco me llamó al Despacho y me dio un paquete de hojas manuscritas.

—Haz el favor de copiarme esto a máquina, con tantas copias como puedas. Es una cosa completamente confidencial lo mejor sería que lo hicieras a solas por las tardes.

Me copié largas listas de «miembros» y de «candidatos a miembro»; de proposiciones y de resoluciones. Me tomó algún tiempo llegar a comprender que don José era algo así como una especie de secretario general de las juntas de Oficiales de Ceuta. Aparentemente se planeaba una asamblea de representantes de todas las juntas militares de España para la segunda mitad del año 1923 en Madrid, «pendiente de acontecimientos imprevistos», y don José iba a ir allí como uno de los delegados. Sería fácil organizar la conferencia durante los permisos de vacaciones veraniegas y reunirse representantes de todas las armas, de todas las unidades y de todas las guarniciones:

«No podemos cerrar los ojos a la marcha que los acontecimientos están tomando en el país. Nosotros, los militares, tenemos el deber de

servir a la Nación, y el país no puede ir más lejos en este camino desastroso. Estamos en las manos de los revolucionarios ¿Cómo, si no, el Parlamento se atrevería a atacar al jefe supremo del Estado, o cómo podría haber partes del país que pretendan declararse independientes? Es nuestra obligación salir al paso de los acontecimientos...»

Había oído hablar de las juntas —¿qué español no había oído hablar de ellas?—, pero nunca había encontrado a uno de sus miembros. Interesado en saber más, le pregunté ingenuamente a don José:

—Entonces, ¿las juntas están dirigidas por el Gobierno, don José?

—¡Hombre! Eso es lo que el Gobierno quisiera. ¡Ca!, las juntas son independientes. Son los cimientos de la nación.

Puse una cara perfectamente idiota y don José se echó a reír:

—Ya veo que no te das cuenta de lo que está pasando a tu al rededor. Mira, muchacho: España estuvo ya una vez al borde del desastre, en 1917, durante la gran guerra. Los franceses y los ingleses no estaban muy contentos con nuestra neutralidad y trataron de arrastrarnos a la guerra, protegiendo a todos los enemigos de la nación, a los socialistas, a los anarquistas y a los republicanos y masones; hasta lo intentaron con los liberales. Se las arreglaron para convencer al conde de Romanones, que entonces era el presidente. Los socialistas y los anarquistas organizaron una huelga general... Pero tú debes acordarte de aquello, porque ya eras un muchacho.

—Claro que me acuerdo, mi comandante. Pero la huelga general estalló por la subida de los precios y porque el pueblo decía que estábamos mandando fuera todo lo que necesitábamos para vivir. Los trabajadores pedían o una baja en el precio del pan o un aumento en los jornales.

—¡Puah! Eso fue únicamente el pretexto. La verdad era que lo que ellos pretendían era hacer una revolución idéntica a la que entonces comenzaba en Rusia.

—Pero los aliados estaban en contra de la Revolución rusa, mi comandante.

—Tú no entiendes una palabra de esto. Los aliados se volvieron contra los revolucionarios rusos después, cuando los rusos se negaron a seguir luchando por ellos. Les estuvo bien empleado, porque la revolución fue fabricada por los mismos ingleses y franceses. La criada les salió respondona. ¿No te acuerdas cómo los aliados fomentaron la revolución en Alemania?

—¿Así que usted cree que los aliados hicieron la revolución alemana?

—Pues claro, muchacho. ¿Quién, si no? Ciertamente no fueron los alemanes. Estaban bastante deshechos ya los pobres para buscarse más complicaciones. La hicieron los aliados, porque querían destruir a Alemania para siempre. Pero eso es otra historia. De todas maneras, en España Romanones nos quiso meter en la guerra; y como él solo era muy poco, él y sus amigos incitaron a los republicanos y a los obreros para poder así justificar que todo el país quería ayudar a los aliados. Pero había que mostrar a la gentuza que no habían contado con la huéspeda: un gran patriota llamó a todos los oficiales que tenían un sentido del honor, y se habló clarito al Gobierno: «¡O se rompe con la gentuza, o ponemos las tropas en la calle!». Afortunadamente no fue necesario. Pero las juntas siguieron funcionando. Después de todo, habíamos tenido un buen ejemplo de lo que son capaces los malos españoles y no queríamos que nos cogieran descuidados otra vez.

—Me parece recordar que en 1917 el ejército no estaba todo él unido. El mismo Millán Astray se puso en contra de las juntas, ¿no, mi comandante?

—¡Oh, sí! Y hasta nos quería fusilar a todos. Pero Millán Astray no es un militar, es un maníaco. ¿Tú no conoces su historia?

—No, señor.

—Bien. Allá, a fines del siglo, en los noventa, su padre era director de la cárcel Modelo de Madrid. Cuando los prisioneros querían irse de juerguecita, le daban una propina al director y se marchaban libremente toda la noche. Pero ocurrió que un preso, que se llamaba Varela, salió una noche, asesinó a su madre, aplastándole la cabeza, y le robó lo que tenía, con la complicidad de la criada. Cuando la policía descubrió cómo habían pasado las cosas, metieron en la cárcel al viejo Millán Astray. El hijo, que entonces era un chiquillo, se volvió loco. Dijo que su padre era inocente y que él mismo iba a restaurar el honor de la familia. Entonces la guerra de Filipinas estaba en su apogeo, y allá se hizo famoso por su bravura. Le ascendieron y pusieron al padre en libertad, pero esto no curó al hijo. En 1917 ametralló a los obreros en huelga, y nos hubiera ametrallado a nosotros también.

—Y ahora las juntas quieren evitar que Millán Astray se subleve.

—No, las juntas no se preocupan de pequeñeces. Lo que nosotros queremos es evitar que las cosas sigan como van. Estamos al borde de una revolución. La plebe se las ha manejado para hacerle al Rey responsable de cada cosa que ha pasado en Marruecos. Intentan proclamar la República y hacernos abandonar Marruecos. Los ingleses estarían encantados. Se establecerían ellos mismos en Ceuta y se saludarían de una a otra orilla. Pero las cosas no les van a salir tan fáciles.

—Entonces, ¿usted cree que el general Picasso[2] está en combinación con toda esa gente?

—El general Picasso es un pobre infeliz que no ve más allá de sus narices. Le han echado arena en los ojos y se traga cada historia que le cuentan. ¡Como si los papeles, que se supone haber encontrado en la mesa de Silvestre, fuera posible, si hubieran existido, que Silvestre los dejara a la vista de cualquiera! No importa, todos esos trucos no conducen a nada, porque para eso estamos nosotros. Y si es necesario un pronunciamiento, lo habrá.

Me era un poco difícil comprender lo que quería decir. ¿Un pronunciamiento? ¿Contra quién? ¿Por qué? ¿Por una vuelta a los tiempos de Fernando VII o de Isabel II, cuando los generales regían el país?

Hablé de ello con Sanchiz y se echó a reír:

—Está bien que toda esa gente charle, pero no han contado con Franco, ni con nosotros. Pasará lo que el Tercio quiera que pase; ya lo verás.

Me encontré más confundido aún y al mismo tiempo inquieto. Unos pocos días más tarde hablé al capitán Barberán, nuestro capitán cajero, quien yo sabía era diferente a los otros.

Había una especie de camaradería entre el capitán y yo, desde que un día me encontró dibujando un mapa de Marruecos, cuando era cabo en la oficina. Él mismo se encerraba cada tarde en su despacho para estudiar y hacer cálculos. Aquel día vino a mi mesa, miró lo que hacía, lo criticó y corrigió y comenzó a enseñarme topografía. De vez en cuando me llevaba a las canteras de Benzú para hacer prácticas de campo, mientras él hacía sus experimentos con algunos aparatos eléctricos extraños, en tanto que yo levantaba los croquis. Al cabo de un tiem—po, me explicó lo que estaba haciendo. Él era un piloto de aviación y estaba haciendo estudios en navegación aérea. Existía un nuevo método de orientación, que no era conocido de media docena de personas en España; era muy complicado de explicar, pero, contado en dos palabras, consistía en guiarse por ondas radioeléctricas. Ahora estaba trabajando en ello, porque «unos pocos amigos y yo tenemos un proyecto: queremos volar a América».

Estaba obsesionado con volar, y supongo que me contó la historia, simplemente porque yo no me cansaba de escuchar sus disertaciones técnicas. El capitán Barberán era un hombre pequeño y vivaracho, con ojos febriles tras las gafas, prematuramente calvo, silencioso y retraído. Sus relaciones con los otros oficiales eran restringidas; nunca tomaba

parte en sus juergas y vivía una vida de recluso. Parecía un fraile ascético vestido de uniforme.

No me hubiera atrevido a hablar al capitán Barberán de problemas políticos. Pero unos pocos días después de haberme tropezado con las juntas en nuestra reducida vida de guarnición, él mismo me dio la ocasión de ello, comenzando como siempre con su obsesión:

—Claro que se arriesga la vida volando. Pero al menos se arriesga por algo grande. —Se rió con una risilla nerviosa—. Realmente, yo soy un ambicioso. Ya se han hecho vuelos transatlánticos, pero nosotros, los españoles, tenemos el deber de volar a Suramérica. Tenemos tantas obligaciones...

Estábamos recostados en el parapeto de la terraza del cuartel, que domina el conjunto del estrecho de Gibraltar. El capitán Barberán se inclinó sobre el telémetro y ajustó los tornillos. Se quedó mirando un largo rato a través de los oculares. Cuando se enderezó, dijo:

—Ésta es otra de las cosas que tenemos que hacer. El Peñón es un trozo de tierra española que tenemos que rescatar... ¿Qué opinas tú de esta guerra?

—Mi capitán, yo no tengo opinión.

—Todo el mundo tiene opiniones. No te acuerdes de que soy un capitán.

—Pues..., en mi opinión..., creo que Marruecos es un mal asunto para España.

—¡Caramba! Un mal asunto. Así en rotundo. ¿Y de quién crees tú que es la culpa?

—De mucha gente. Primero, de los que hicieron el tratado de Algeciras. Por un lado, el Gobierno de España quería algo que permitiera al ejército borrar las derrotas de Cuba y Filipinas, y a la vez diera una manera de vivir a los generales. Por otro lado, estaba Inglaterra interesada en no tener frente a frente en el Estrecho otra potencia, ni aunque fuera Francia. Y Alemania tampoco quería a

Francia en el Estrecho. Entre todos, nos metieron en el lío. Mientras nos estemos peleando con este problema de Marruecos, ni somos ni seremos una potencia en Europa. Tal vez nos ha salvado de la gran guerra, pero nos ha arruinado como nación.

—¡Hum! ¡Vaya unas teorías que te has formado! Aunque hay algo de verdad en ellas. ¿Tú sabes que Inglaterra no nos permite fortificar Ceuta o Sierra Carbonera? Todavía están allí las viejas baterías Ordóñez de 1868, y en algunos sitios hasta cañones de bronce.

—Pero ¿quién ha estado suministrando a los moros municiones, desde que comenzó el ataque en Melilla hace veinte años? Los fusiles son franceses y los cartuchos también. Pero este tráfico sirve a los intereses de nuestra propia gente; ¿por qué negarlo, mi capitán? Una vez, en Kudia Tahar, escuché una conversación por teléfono entre el general Berenguer y el general Marzo. El general Marzo había realizado una operación para establecer unos cuantos blocaos y una posición fortificada. Y pasó que yo estaba con el telegrafista que hizo la conexión con el cuartel general. Preguntó el general Berenguer: «¿Qué, cómo lo habéis pasado?». «Muy mal, viejo», dijo el general Marzo. «¿Pues qué ha pasado? ¿Habéis tenido muchas bajas?» «No. Lo que ha pasado es que esos cabrones no han disparado un solo tiro contra nosotros; y así no se va a ninguna parte.» Y ahora hacemos la paz con el Raisuni, dándole todos los honores, y tratamos de hacer lo mismo con Abd—el—Krim, porque las cosas se han puesto feas. Una guerra de verdad no le conviene a cierta gente, porque puede terminar con una verdadera conquista y con una pacificación final de las kábilas. Y esto sería matar la gallina de los huevos de oro.

—Entonces, ¿tú crees que deberíamos o conquistar la zona de una vez o abandonar Marruecos?

—Sí, señor. Evacuarlo. Yo creo que nos deberíamos dirigir a las potencias que nos hicieron el encarguito, y decirles: «Señores, aquí lo tienen ustedes y compónganselas como quieran». Y creo que tres

cuartas partes del pueblo español cree lo mismo. Menos los militares de carrera, claro.

—Bien, no sé; unos pocos en el ejército estarían de acuerdo contigo. En fin, ya veremos en qué acaba todo esto...

De improviso apareció un nuevo personaje en las cabeceras de los periódicos: Horacio Echevarrieta, uno de los magnates de la minería española. Era un amigo de Abd—el—Krim y se ofrecía a ir a verle en el corazón del Rif y negociar con él el rescate de los prisioneros. Las gentes aclamaban entusiasmadas la idea; Echevarrieta aparecía como un salvador. Los oficiales del ejército en Marruecos protestaron: «Sería una intolerable desgracia. A los prisioneros había que liberarlos a bayonetazos». Pero el Gobierno soportó el proyecto y Echevarrieta logró el rescate de los prisioneros, a cambio de unos cuatro millones de pesetas.

El comandante Tabasco se paseaba furioso en su despacho:

—Esto es una indecencia. ¡Como si nosotros no existiéramos! El ejército ya no cuenta para nada. Naturalmente, Echevarrieta es un buen amigo de los Mannesmann, y lobos a lobos no muerden.

Honradamente, yo estaba un poco desconcertado por la ira del mayor. A mí me parecía magnífico que alguien hubiera rescatado a unos centenares de españoles de una esclavitud tan mala como la de la Edad Media. Sabía, sin embargo, que no podía discutir el problema con mi jefe y que lo mejor era hacerse el sordo y el mudo. Pero Tabasco necesitaba una audiencia que respondiera a su peroración:

—¿Qué estás ahí, haciendo caras? ¿No sabes quién es Echevarrieta?

—No sé más que lo que todo el mundo sabe, que es un millonario de Bilbao y que conoce a Abd—el—Krim de cuando estudiaron juntos en la Escuela de Minas; y eso porque lo han contado los periódicos.

—Ya, ya, muy bonito. Lo que es, es un estafador y un granuja. Un amigo de Prieto, el socialista millonario; un granuja, eso es lo que es. ¿Tú no te has enterado aún que Abd—el—Krim tiene algunas minas

extremadamente ricas en el Rif, y que esas minas son en realidad de Echevarrieta? Aquí tienes cuál es la verdadera amistad de esos dos.

—Es la primera vez que oigo eso, mi comandante.

—Y no me choca. Esas son las cosas que las gentes que quieren que abandonemos Marruecos no van a contarte. ¡Esas gentes que quieren hacerle a Abd—el—Krim sultán de la República del Rif! Escucha: dos hermanos alemanes, los Mannesmann, encontraron que en el Rif había minas de hierro y de algo más, manganeso o no sé qué. Y cuando Abd—el—Krim, el padre del actual, era jefe de Beni—Urriaguel, se fueron a verle y le sacaron una concesión. Esto pasó hace veinte años. Naturalmente, no podíamos conformarnos con este despojo, y entonces los hermanos Mannesmann promovieron la guerra de 1909 contra nosotros. Y Abd—el—Krim padre trató de destruir nuestras minas. Le tuvimos que sentar la mano y hasta metimos en presidio a uno de los hijos de Abd—el—Krim que se había establecido en Melilla y fundado un periódico. Cuando los alemanes vieron que su negocio se convertía en nada, arreglaron las cosas con Echevarrieta. Compró su concesión por una miseria y después hizo un convenio con Abd—el—Krim, el hijo. Juntos pidieron la firma del sultán reconociendo la concesión. Sí, muchacho, las gentes dicen que nosotros tenemos la culpa de todo lo que pasa; pero nadie os cuenta que en 1920 el sultán decidió que la concesión no era válida. Y esto es lo que ahora estamos pagando. Es el colmo de la impudencia, que uno de esos mismos hombres que han provocado el conflicto vaya ahora a visitar a su cómplice y a llevarle cuatro millones de regalo a costa del pueblo español. ¡Me puedo imaginar lo que se habrán reído los dos granujas, repartiéndose el dinero! ¡Vaya una mina que han encontrado! Bueno, no les va a durar mucho.

Cuando le conté a Sanchiz esta explosión, me dijo:

—Se le ha olvidado decirte que el hombre que anda ahora detrás de las minas es el conde de Romanones. Él es el propietario de todas las minas del Rif.

—Eso dicen los periódicos.

—Y lo creo. Los generales y los millonarios siempre se ponen de acuerdo. Los generales, porque no quieren perder sus ingresos, y los millonarios, porque quieren aumentar los suyos. Pero a mí me da igual. Que me peguen un tiro y me dejen seco, y los políticos se pueden ir juntos a la mierda.

—A ti te dará igual, pero a mí, no —le dije—. Yo creo que deberíamos acabar con Marruecos de una manera o de otra. Al menos así no matarían a gente que no quiere que la maten. Si tú quieres, os pueden dejar aquí a ti y a tu Tercio, y regalaros Marruecos.

—No sería mala idea. Pero ¿qué iban a hacer entonces los generales? ¿Y todos los que chupan aquí? ¿Los ibas a meter en el Tercio con nosotros? No seas idiota, hombre. El día que se termine Marruecos, habrá que encontrar otra guerra para los generales o, si no, la inventarán ellos. Y si las cosas se ponen muy mal, acabarán haciéndose la guerra entre ellos mismos, igual que hace cien años.

Entre tanto se iba aproximando la fecha en que expiraba mi tiempo de servicio militar y en la cual tendría el derecho de licenciarme. La situación financiera de mi familia estaba muy mal. Mi hermano Rafael estaba sin trabajo por haberse terminado la liquidación de la Panificadora. Sus cartas explicaban la imposibilidad de encontrar un empleo; no sólo había muy pocas vacantes, sino que los sueldos habían descendido enormemente. Los bien pagados no ganaban más de 150 pesetas al mes. Mi madre y mi hermana estaban viviendo de los ahorros y de las pequeñas ganancias de la frutería. Pero si las cosas seguían igual, tendrían que cerrar la tienda. Indudablemente, yo no tenía el derecho de presentarme allí y ser una carga más.

Sin embargo, sabía que tenía que abandonar el ejército. La decisión era cada vez mayor dentro de mí, o la había tenido siempre. Encontraba intolerable el ambiente del cuartel, mucho más ahora que estaba cargado de tensión. Me daba cuenta de que no podía sostener mucho tiempo mi situación equívoca, ni bailar en la cuerda floja, sin estrellarme un día. Hasta entonces había logrado no mezclarme en negocios sucios, sin chocar con los otros, gracias a que Cárdenas estaba más que dispuesto, bajo pretexto de ayudarme, a encargarse de liquidar las cuentas mensuales. Se resistía a perder los ingresos de la oficina de Mayoría y seguía firmando como antes, primero con la excusa de mi ignorancia y después con la de que el nuevo coronel con sus interferencias había creado dificultades, que sólo podía evitar uno con práctica. Pero ahora ya comenzaba a pensar que era hora de que yo me convirtiera en una pieza del mecanismo, y me repetía más a menudo:

—En lo sucesivo le voy a dejar en las manos todo esto, porque la verdad es que le estoy quitando la oportunidad.

—¡Bah! No se apure —le replicaba yo—. Me queda tiempo de sobra, y vale más que no haga ahora un desaguisado y me meta en un lío por unas pocas pesetas.

Hasta entonces, Cárdenas me daba quinientas pesetas de su bolsillo. Nunca he sabido cuánto se guardaba, ni tampoco llegué a entrar en el secreto de las cuentas entre él y el comandante mayor; pero aunque éste odiaba la idea de perder al hombre que había sido el depositario de sus secretos durante ocho años, era indudable que Cárdenas no podía continuar para siempre. Tarde o temprano, me vería forzado a firmar una cuenta o un recibo con una historia sucia detrás. Ambos, el comandante y Cárdenas, estaban seguros de que yo me iba a reenganchar y quedarme en tan provechoso puesto; de otra forma nunca me hubieran puesto allí; y yo me había cuidado muy bien de no desengañarlos. Pero ahora estaba en un callejón sin salida. No había

más que dos alternativas clarísimas o me licenciaba y corría el riesgo del hambre, o me quedaba y podía decirle adiós a mi vida propia.

Comencé a escribir cartas a casi cada persona que conocía en España, y las respuestas eran descorazonadoras: familiares y amigos me decían que no fuera un loco y que me quedara en el ejército. En él tenía mi carrera asegurada: ¿qué más quería?

Escribí a mí madre, explicándole la situación y pidiéndole consejo. «Haz lo que quieras», me contestó. «Las cosas van malamente aquí, pero donde comen tres, comen cuatro. Yo, por mí, me alegraría verte fuera del cuartel y tengo la seguridad de que saldrás adelante, aunque las cosas sean difíciles al principio.»

Con este consejo me decidí. Después de licenciarme, tendría aún dinero bastante para sostenerme tres o cuatro meses, y en este tiempo pueden pasar muchas cosas. Pero me rompía la cabeza pensando cómo iba a decirle al comandante que me marchaba, sin enfadarle y sin herirle después de lo que había hecho por mí. Y como a veces pasa, esta última dificultad la arregló el destino.

Caí enfermo de la noche a la mañana con una fiebre reumática aguda. Mi experiencia en Tetuán me hacía odioso el hospital y logré convencer al médico del regimiento que me dejara en el cuartel. Era un capitán joven, amistoso y locuaz, pero no muy interesado en su profesión, y me rellenó el cuerpo de salicilato y de morfina. Un día se sentó a la cabecera de mi cama:

—Bueno, ahora ya va usted estando mejor; un poquito débil, ¿no? De todas formas, no es usted muy fuerte. La culpa es de este cochino clima; el calor y la humedad no van con usted, amigo. Debería irse a España y vivir allí en un sitio alto y seco.

Cogí mi oportunidad instantáneamente:

—Para decirle la verdad, mi capitán, me he llevado un susto. Es la segunda vez que las he visto negras en África. Pero hay otra cuestión: en un mes tengo que decidirme si me reengancho o no. Naturalmente,

yo querría quedarme en el cuartel, porque aquí tengo la vida asegurada, pero estoy mucho más interesado en salvar el pellejo. Lo que no sé es lo que el comandante va a decir, si le digo que me voy.

—Decídase usted y deje de mi cuenta al comandante. Mi consejo es que se licencie. Usted no tiene el corazón muy fuerte y estos ataques siempre repercuten allí y producen complicadones; hasta es posible que ya no sea usted útil para el servicio militar. Yo le hablaré al comandante.

Efectivamente le habló, porque el comandante vino a verme.

—¿Qué, cómo vamos?

—Mucho mejor, mi comandante. En dos o tres días creo que me levantaré.

—Bien, pero no te des mucha prisa. El doctor me ha dicho que no eres lo bastante fuerte para aguantar este clima. ¿Qué piensas hacer?

—Para decir la verdad, mi comandante, estaba pensando en licenciarme, porque el pedir el traslado a la Península no me conviene mucho. Usted sabe que yo no tengo mucha vocación militar y la paga de sargento en España es mucho menos que lo que yo puedo ganar... Claro es que estoy dispuesto a quedarme aquí, hasta que encuentre usted otro y esté enterado de las cosas.

—Siento mucho perderte, pero veo que no hay otra solución. No hace falta que te quedes más tiempo que el de tu licenciamiento, porque tenemos a Surribas que conoce todas las teclas que hay que tocar.

Y así se arregló todo, de la manera más fácil y más absurda. Me quedaban sólo dos problemas personales que resolver, el problema de Chuchín y el de mi perro Alí.

Durante nuestro ataque sobre Rockba—el—Gozal cruzamos a través de una kábila que había sido arrasada por nuestra vanguardia. La mayoría de sus chozas no eran más que tizones y cenizas, cadáveres al sol y ruinas humeantes. La kábila había sido además saqueada y los restos del botín estaban esparcidos acá y allá. En el umbral de una

puerta había un trozo de madera tallada que atrajo mi atención, y me incliné a recogerlo. Un perro surgió de un rincón y avanzó, gruñendo y mostrándome sus colmillos; pero cuando le hablé, medio en broma, medio en lástima, dejó de gruñir y se dejó acariciar y rascar las orejas. Estaba tan asombrado de la caricia que creo que fue la primera que había recibido en su vida. Después se vino tras de mí. Era un verdadero chucho: pelo lanoso sucio, de un amarillo rojizo mezclado con blanco, un rabo temblón medio pelado, un hocico narigudo y un cráneo chato y taladrado con dos ojos vivarachos: a través de su pelambrera enmarañada y sucia se le podían contar todos los huesos del esqueleto. Los perros de kábila aprenden a robar y a guardar su botín enterrado para los días de hambre; piedras, palos y puntapiés son para ellos la normalidad de cada día. Aquel chucho asqueroso era uno de éstos. El día que yo le encontré, trotó al lado nuestro veinticinco kilómetros. Cuando regresamos al campamento bebió agua hasta caerse sobre su tripa y después se tumbó atravesado a la puerta de nuestra tienda. La compañía le acogió como un elemento de diversión. En unas pocas semanas tenía el pelo lustroso y los huesos cubiertos de carne. Pero este perro, que toda su vida había vivido con moros, se convirtió de la noche a la mañana en su más encarnizado enemigo y se lanzaba rabiosamente sobre cada moro que se cruzaba en su camino. Nunca pude quitarle este resabio; podía detenerle en seco con un silbido agudo antes de que mordiera, pero el próximo moro que aparecía le ponía igualmente furioso.

Le puse de nombre Alí. Me adoptó como único amo. Mie—tras estuve con el tifus, esperaba días enteros a la puerta de la posición, incapaz de comprender, no haciendo caso a nadie. Cuando me incorporé a la oficina de Ceuta, un soldado me lo trajo un día y al verme se volvió loco de júbilo. Aquel mismo día desapareció y no volví a verle, hasta ya entrada la noche en que surgió de pronto, meneando alegremente el rabo. Se plantó ante mí y dejó caer a mis pies un enorme trozo de carne.

Pero el comandante Tabasco odiaba los perros y la oficina quedó prohibida para Alí. De alguna forma se dio cuenta de que el comandante era el autor de la prohibición, y por sí solo adoptó un sistema que llevaba a cabo cada día: en la mañana me acompañaba a la oficina y se quedaba allí, hasta cinco minutos antes de las once, la hora en que el comandante tenía costumbre de venir. Desaparecía entonces y volvía a la una, cinco minutos escasos después de marcharse el comandante, para acompañarme amcomer.

Chuchín y Alí no se llevaban bien. Y sin embargo eran los dos únicos seres con los cuales tenía verdadera intimidad. Tenía amigos y conocidos, los soldados me estimaban y me respetaban, los sargentos eran buenos compañeros conmigo, bastantes oficiales me trataban amistosamente, pero no tenía intimidad con ellos. Los únicos que eran parte de mi propia vida eran Chuchín y Alí.

Y ahora sabía que tenía que sacrificarlos. Era claro que no podía presentarme en Madrid con una mujer y un perro, aunque yo mismo me decía que el inconveniente no era que fueran una mujer y un perro, sino que ambos fueran de la calle.

Le hablé a Chuchín:

—Mira, me voy a licenciar. El médico dice que el clima no me va.

—Entonces, ¿nos vamos a ir a Madrid? —replicó alegre.

—Bueno..., ése es el problema.

Cuando un hombre no tiene el coraje de enfrentarse con la verdad, una mujer se da cuenta perfecta. Se quedó silenciosa un poco y después dijo:

—Tal vez puedo encontrar trabajo en Madrid...

—Supongo que sí, pero la dificultad es precisamente qué podemos hacer hasta entonces. Ya sabes que mi hermano está sin trabajo; y yo me puedo sostener sólo tres o cuatro meses, pero ¿después?

—Podríamos...

—¿Qué?

—Podríamos vivir juntos. En lugar de irte a vivir con tu familia, podríamos vivir esos tres o cuatro meses, y en ese tiempo seguro que uno de los dos encontramos trabajo.

—Pero yo no puedo hacer eso.

Lo dije espontáneamente, sin pensar, y en aquel momento me di cuenta de que interiormente ya había decidido abandonar a Chuchín. Lo entendió instantáneamente. Y se enfrentó bravamente con ello.

—Está bien —dijo—; no necesitamos discutir más.

—Pero, chiquilla, déjame que te explique...

—No expliques nada. Sería peor.

Durante los siguientes días, Chuchín no cambió absolutamente su actitud externa; seguía tan cariñosa y tan alegre como siempre. Pero de vez en cuando, en momentos de distracción, su cara tomaba una gravedad que nunca la había visto antes. Una tarde la encontré con los ojos enrojecidos.

—¿Qué te pasa?

—Nada, querido. —Me miró con una sonrisa forzada. Me miró con sus ojos infantiles, grandes y claros; con la mirada de un perro perdido en la calle que os mira preguntando: «¿Sabe usted dónde está?».

—Alégrate un poco. He venido para decirte que nos vamos a cenar a Los Corales esta noche. Tienes tiempo bastante para vestirte.

Y me marché huyendo porque veía que, si me quedaba, lo mismo iba a acabar llorando.

Nos fuimos a Los Corales aquella noche. Oliver estaba allí con una muchacha, los dos ya un poquito bebidos. Se acercó a nuestra mesa y se sentó:

—¿Es la cena de despedida?

—No seas idiota.

—¿Qué vas a hacer con esta mujercita guapa? ¿La dejas viuda?

—¡Mira, cállate!

—No te enfades. La cuestión es que si la dejas viuda, yo estoy dispuesto a casarme con ella. Es decir, si ella me quiere.

—¡Te he dicho que te calles!

—Bueno, bueno. Me voy. Pero mantengo lo dicho, muchacha; si este golfo te deja, aquí estoy yo.

No conseguimos animarnos. La intromisión de Oliver había sacado a la superficie lo que queríamos ignorar. Volvimos a casa en silencio y morosos, y nos acostamos. Chuchín se volvió de espaldas y los dos nos quedamos allí, sin palabras, sin dormir. Se pasaron dos horas y yo seguía despierto, y la sentía despierta a ella. A tientas, cogí un cigarrillo de la mesita de noche y lo encendí. Chuchín preguntó:

—¿No te duermes?

—No puedo.

Encendí la luz. La almohada tenía un redondel húmedo al lado suyo.

—¿Sabes? He encontrado trabajo. Me voy a Tetuán.

Abrió los brazos en cruz sobre la cama y se echó a llorar con sollozos que la sacudían toda entera. Cuando se calmó, se quedó dormida sin cambiar de postura. La cara hundida en la al mohada. Estaba amaneciendo. Me levanté sin ruido, me vestí y me fui a la calle.

El amanecer es rápido en el norte de África. Cuando llegué a la playa, el Estrecho estaba inundado de sol y sus rayos sesgados pintaban de cobres las casas blancas. Ceuta estaba vacío aún. El olor pesado del mar, acumulado durante la noche quieta, inundaba la ciudad y todo estaba cubierto de una capa finísima de rocío, que se evaporaba rápidamente bajo el sol, oliendo a sal.

Estaba disgustado y titubeante conmigo mismo. Yo había querido quitarme de encima el problema que representaba Chuchin, y ahora que el problema estaba ya resuelto, me encontraba vejado por la solución. Las bromas de Oliver me habían enfadado agriamente, las lágrimas de Chuchín me habían deprimido, y el anuncio de que se marchaba inmediatamente a Tetuán me irritaba. ¿Tenía tanta prisa que no podía ni

aun aguardar a despedirme? Me caía de sueño y me escocían los ojos bajo la luz.

Detrás de las rocas de la playa del Sarchal me quité las ropas y me metí en el mar, El agua estaba aún fría de la noche. Me calenté desnudo, tumbado al sol, me vestí y me fui a una taberna de pescadores. Se me había despertado un apetito feroz y en lugar de desayuno me di un festín de pescado en salsa, recalentado de la noche antes. Cuando entré en el cuartel a las diez de la mañana, tenía la mente completamente despejada. Alí saltó a mí. Decidí también su futuro.

Se quedaría con Oliver. Entre los dos intentamos enseñarle a conocer quién era su nuevo amo, sin éxito alguno. Alí hasta entonces gustaba de jugar con Oliver y muchas veces se iba con él de paseo, por su propia voluntad, pero ahora no quería separarse de mí y hasta rechazaba desdeñoso los terrones de azúcar que el otro le ofrecía, aunque el azúcar era una de sus mayores debilidades. Hice un chiste estúpido:

—Bueno, Alí, ¿supongo que tú no querrás marcharte a Tetuán también?

Oliver estaba detrás de mí cuando lo dije, aunque yo no me había dado cuenta:

—¿Habéis regañado? No te enfades conmigo por la broma de la otra noche. Estaba un poquito borracho.

—No. No hemos regañado, pero se marcha a Tetuán. Comprende que no puede venir conmigo y es mejor que la cosa se resuelva así.

—Bueno, ahora, sobre el perro. Yo he pensado llevarle a casa de una muchacha amiga mía, hasta que te hayas marchado. Como ahora está es imposible. No hay nadie que le haga estar quieto. La noche última nos despertó a todos y al fin le tuve que atar en el patio.

—Mira, deja en paz al perro hasta que yo me vaya. Una vez que yo no le vea más, ya no me importa. Pero déjalo aquí hasta entonces.

—No te enfades. Yo lo decía porque verdaderamente nos está dando la lata.

—A mí no. Pero si te molesta a ti...

—Bueno, bueno. Tú tienes ganas de bronca. Aquella noche me quedé de guardia por última vez. A medianoche alguien llamó en los cristales de la puerta del cuerpo de guardia: —¡Adelante!

Entró el capitán Blanco. O mejor dicho, lo que quedaba de él: un hombrecillo miserable, más bizco que nunca, vestido con unos pantalones caqui sucios y una camisa pringosa. Estaba yo solo en el cuarto y lo hice sentar en mi propia silla, que no se veía desde fuera. Sabía que había sido juzgado por un tribunal de honor, por cobardía frente al enemigo, y que su expulsión le había librado de comparecer ante un tribunal de guerra. Naturalmente, estaba curioso de conocer sus reacciones. Mandé por una botella de coñac.

Blanco se sirvió un vaso grande, lo mantuvo contra la luz un momento y se lo bebió. Se limpió los labios con el dorso de la mano en un gesto cansado, encendió un cigarrillo y sólo entonces abrió la boca:

—Hola, Barea. Se acabó el capitán Blanco. Lo único que queda es lo que estás viendo: unos pantalones viejos y una camisa sucia. Lo siento, pero me han faltado los riñones para pegarme un tiro.

—¡Bah! Eso fue un accidente, como le puede pasar a cualquiera, «mi capitán».

—No hay accidente que valga. Fue miedo, miedo puro.

Se me venía a la memoria lo que había oído: durante un ataque, había detenido a dos camilleros de la Legión que llevaban un herido, y había intentado, pretextando sentirse enfermo, que los camilleros dejaran al herido en el suelo y le cogieran a él en la camilla. Algunos oficiales del Tercio querían pegarle un tiro.

Entonces preguntó:

—¿Tenéis algo que comer aquí?

—Antonio ya ha cerrado la cantina, pero no creo que se haya acostado. Voy a llamarlo.

Mandé un ordenanza que volvió con el cantinero. Antonio había conocido a Blanco desde los tiempos en que éste vino de teniente a Ceuta. Con ruda franqueza le golpeó los hombros.

—¿Qué te pasa? ¡Te han dado la patada! Bueno, no te preocupes, todos nacemos en cueros. Anímate y no pongas esa cara de leche agria.

Le trajeron huevos y chorizos fritos. Blanco se quedó mirando el plato y la media botella de vino.

—Lo siento, Antonio, pero no puedo pagarte esto.

—Pues no lo pagues. ¿Tan arruinado estás?

—No tengo ni lo que cabe bajo esta uña. —Hizo chasquear con los dientes la uña del pulgar derecho—. Me han echado sin dejarme recoger mi equipaje. Estos decentes señores me dijeron que era un ladrón y un cobarde, y que podía darme por contento que no me metían en la cárcel o me ponían contra la pared. Así, se han quedado con todo lo mío, hasta con la querida. Ahora está de puta en Xauen y los oficiales hacen cola para acostarse con ella. ¿Sabes? A veces creo que yo mismo soy mejor que todos ellos juntos. Dígase lo que se quiera, al fin y al cabo, yo he pagado bastante por todo lo malo que haya hecho; pero a ellos aún no les han pasado la cuenta.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Antonio.

—Y yo qué sé. Me dan pasaje gratis hasta Algeciras, pero no más allá, y esto como un favor, porque no tengo derecho al pasaje. Pero claro es que no me quieren tener aquí. Ya veré lo que hago cuando llegue a Algeciras. —Se quedó pensativo—. Si al menos fuera Madrid, pero en ese pueblacho, ¿qué voy a hacer?

—Vete a Madrid.

—Claro, a pie y en mangas de camisa.

—Espera un momento, hombre, siempre hay una solución. Tú vienes a tener mi estatura, aunque claro, yo estoy más gordo, pero me

parece que una de mis chaquetas te va a venir pintada. ¡Y si no, la mujer es una buena costurera.

Antonio se marchó y volvió acompañado de la mujer. Después de una discusión interminable, bajé una de mis viejas americanas de paisano. Las mangas eran demasiado largas, pero esto era fácil de arreglar. La mujer de Antonio se sentó a coser.

—Bueno, esto ya está arreglado, pero ¿qué piensas hacer?

—No lo sé. Trabajar... ¿dónde? No lo sé. No tengo oficio, no sé nada de nada, ¿qué diablos puedo hacer yo? Estoy podrido por dentro y por fuera. Lo único que debería hacer es pegarme un tiro. Pero no tengo valor.

Fue imposible hablar más con él. Se bebía vaso tras vaso de coñac y repetía testarudo:

—Estoy podrido, podrido... ¡No tengo c...!

Al fin se dejó caer sobre la mesa y se quedó dormido sobre los brazos cruzados. A la mañana siguiente le di sus documentos. El comandante Tabasco me dijo que le diera cincuenta pesetas y se las puse en un sobre con algún dinero mío. Fui con él al muelle y subí a bordo. Antes de marcharme le di el sobre:

—De parte del comandante, para que pueda usted ir a Madrid.

De alguna forma había encontrado una gorrilla grasienta que se había encasquetado achuladamente. Se quitó la gorra de un tirón nervioso y se metió el sobre en el bolsillo de la chaqueta, sin abrirlo.

Capítulo 7

El regreso

Chuchín no vino a despedirme. Fui al muelle acompañado por Oliver y Alí, por un soldado que había cumplido su tiempo de servicio e iba a viajar a mi cargo hasta Aranjuez, y por Manzanares, que había sido licenciado por inútil y vendría hasta Madrid incluido en la misma hoja de ruta. En Tazarut, durante las últimas operaciones contra el Raisuni, había sido herido en un pulmón. Había escapado de milagro a la muerte y ahora parecia un pájaro desplumado metido en un uniforme demasiado largo.

Subimos a bordo los tres, y Oliver se quedó en el muelle con Alí ladrando incesante. El barco comenzó lentamente a soltarse de sus amarras, viró en redondo y enfiló su proa hacia la boca del puerto. Alí se tiró al agua. Los pasajeros en nuestro barco se arremolinaron en la borda para ver al perro nadando tras la es tela de las hélices. Oliver cogió una lancha y comenzó a remar detrás de Alí. Cuando cruzábamos la boca del puerto, el bote quedaba atrás diminuto y Alí no era más que un punto en el agua.

Formamos inmediatamente una pandilla a bordo: Manzanares, el soldado de Aranjuez y yo nos unimos a otro sargento licenciado, que conducía una partida de una docena de soldados licenciados también. Alguien trajo una guitarra y comenzamos a cantar y a beber. Pero en medio del Estrecho, el mar estaba alborotado. Lo que las gentes de allá llaman el levante —un viento que empuja el mar dentro de la bahía de Algeciras—, estaba soplando.

Un comandante de Regulares, resplandeciente en su capa blanca, apareció de la cabina de primera clase, seguido por su esposa, y ambos se sentaron en uno de los bancos de cubierta.

—Al aire libre te sentirás mucho mejor —dijo la mujer. La cara del comandante estaba verdosa y su mujer, una belleza, le miraba con ojos asustados. Manzanares me alargó la botella.

—Eche usted un trago, antes que «Ocho puntas» comience a vomitar (la insignia de un comandante es una estrella de ocho puntas).

El viento de levante en el Estrecho es diferente de una borrasca en alta mar: las olas se estrellan contra los costados del barco, pero simultáneamente el mar se hunde hondo o se hincha desmesuradamente ante la proa, precipitándole de pronto en un abismo o levantándole veloz hacia las nubes. Y así el barco se balancea de babor a estribor y al mismo tiempo cabecea de proa a popa. Pocas personas pueden soportar este cuádruple movimiento, que va de peor en peor cuanto más cerca de Algeciras. A menudo los barcos se encuentran forzados a anclar a dos millas de la costa y esperar allí, azotados por el vendaval, hasta que pueden entrar en puerto.

Cuando entramos en el centro del Estrecho, casi todos los pasajeros estaban mareados y el mar los lanzaba de un lado a otro como peleles, mientras hacían esfuerzos desesperados para agarrarse a alguna parte de la estructura. Nos agarrábamos a la barandilla como los chicos en un tobogán de feria. De pronto, el barco se inclinó violentamente de lado y Manzanares gritó: —¡Agárrese, que hay curva!

Y ambos, él y yo, que estábamos hasta entonces libres de mareo, comenzamos a gritar a compás con cada bandazo: «¡Agarrarse, que hay curva!», y a reír como locos, viendo a ios demás dar traspiés sobre cubierta y aferrarse desesperadamente a los bancos, las piernas bailoteándoles algodonosas. El comandante en su asiento se balanceaba como un arlequín de trapo que ha perdido mucho aserrín; la capa blanca estaba puerca de vómito y sus manos se agarraban a la mujer que luchaba valientemente por sostenerle y evitar que se cayera, y que le limpiaba las babas de vez en cuando.

—Mire el comandante —dijo Manzanares—□. Ahora me gustaría ver un general pasando delante de él. ¿Cómo cree usted que iba a saludar? A Burguete por ejemplo... —Manzanares abombó su pecho de pájaro y se retorció un imaginario bigote imperial—: ¡Hum! ¡Burr!

¿Qué porquería es ésta, eh? Preséntese inmediatamente al oficial de guardia.

—Pero ¡imagínate, Manzanares, que Burguete se mareara también!

Comenzamos a reírnos a carcajadas, pintándonos al general Burguete con su bigote encerado, su panza encorsetada y su mirada feroz, en la lastimosa situación del comandante. Manzanares cogió una bufanda de uno de los soldados y se la ató a la cintura como un fajín de general. Comenzó a sacudir a los soldados despatarrados por cubierta:

—¡A formar! ¡Vivo! Media vuelta a la derecha... —Se agarro a la pasarela y gritó—: ¡Agarrarse, que hay curva!

El vino y el mar se apoderaron de él y se quedó allí, vomitando violentamente. Después, leyendo la carilla contorsionada, la carilla de un golfillo madrileño, se sonrió trabajosamente y gritó a cuello herido:

—Su excelencia, el capitán general de la región, ha echado la primera leche que le dio su excelentísima señora madre. ¡Rompan filas!

Desembarcar en Algeciras fue un problema. Las lanchas que acostaron el barco subían y bajaban, embarcaban agua y golpeaban los costados. Se proporcionaron cuerdas para desembarcar a la mayoría. El comandante, con su capa blanca hinchada por el viento, era más que nunca un pelele. Me traía a la imaginación una escena de los bailes rusos.

Pero el mareo desaparece tan pronto como se pisa tierra firme. Sobre el muelle, los pasajeros trataban bien o mal de limpiar sus trajes. Manzanares estampaba los pies sobre el cemento para convencerse que no se movía. Detrás de mí, una voz ladró:

—¡Oiga, sargento! —Me volví. El comandante me llamaba—. ¿A qué regimiento pertenece usted?

—Supongo que a ninguno, mi comandante.

—¡Eh! ¿Cómo es eso? Preséntese en el depósito de transeúntes de Algeciras. Ya me encargaré yo de lo demás.

—Excuse usted, mi comandante, pero yo ya no pertenezco al ejército. Estoy licenciado. Pero de todas maneras, no creo haberle ofendido.

—¡No, eh! ¡Cada vez que ha gritado su broma estúpida, me ¡ha hecho ridículo a mí, a mí!, delante de toda la tripulación. Si no fuera por ensuciarme las manos, le daba de bofetadas.

Lo mejor era desaparecer. Era capaz de tratarme como, sin duda, había tratado a los moros de su regimiento, y además tenía motivos para estar furioso. Me marché rápidamente hacia la Aduana. Aquí nos aguardaba otro problema. Todos llevábamos llenas de tabaco las maletas pero los buenos tiempos se habían acabado: ya no éramos héroes y se examinaban los equipajes. Se decía que los oficiales de la Aduana abrían las maletas y quitaban el tabaco de los soldados y exigían cantidades exorbitantes por ello. La primera víctima fue un soldado de Cazadores. El carabinero abrió la maleta y dijo:

—Queda confiscado.

El sargento de infantería, a cuyo grupo pertenecía el hombre, se enderezó como un gallo:

—¿Qué es eso? ¿Que nos van a quitar el tabaco? ¡Ca, no señor! —Se volvió a sus hombres—: ¡A formar! ¡De frente, march...!

El sargento tomó su sitio a la cabeza de la diminuta tropa. Un oficial de carabineros le cerró el paso:

—¡Alto! ¿Qué significa esto?

El sargento lo miró de arriba abajo y replicó:

—Excuse usted, mi capitán. Esto es una fuerza a mi mando y va en formación. Usted no tiene ningún derecho a detenerla. Haga el favor de dejarnos el paso libre. ¡De frente, march...!

Marchaban marcando el paso, balanceando rítmicas las maletas, mientras las gentes reían alrededor. El oficial los miraba apabullado y se veía claramente que no sabía qué partido tomar. No tenía más que dos hombres, y éstos en el otro extremo de la gran nave. Entonces, con

la mayor seriedad posible, me volví a mis dos soldados y les di la orden de formar y marchar al paso, yo a la cabeza. El oficial se precipitó sobre nosotros, rojo de ira, pero las gentes comenzaron a aplaudir y a gritar a coro: «¡Que los deje! ¡Que los deje!». El oficial prefirió tomarlo todo a broma y entramos en el tren con nuestro equipaje sin abrir.

Todos los viajeros que quieren ir de Madrid a Algeciras van por la línea principal de Córdoba—Sevilla, pero el Estado mantenía que el transporte militar debía hacerse por la línea de los ferrocarriles andaluces, que se une a la línea Madrid—Sevilla en Espeluy. Ese ferrocarril no va a ninguna parte y sólo sirve, a fuerza de vueltas y revueltas, para unir entre sí innumerables pueblos de las cuatro provincias andaluzas, tardando doce o catorce horas en un recorrido de cien kilómetros en línea recta. Sobre sus bancos de tablas desnudas sujetos a los techos con barras de hierro los campesinos se sientan apretados y erectos y pasan el viaje interminable comiendo, bebiendo y fumando incansables. Entran en el tren en una estación insignificante y se apean en otra de más importancia o viceversa. A veces, el viaje es más largo y a menudo ocurre que un viajero se orina por la ventanilla o que una campesina lo hace en un rincón, protegida por tres o cuatro comadres que la rodean con las faldas esponjadas y hablando atropelladamente, como un grupo de gallinas en querella.

Nos sentamos en uno de esos vagones quebrantahuesos y comenzamos a charlar. Yo le pregunté a Manzanares qué pensaba hacer.

—No lo sé. Supongo que tendré que volver a robar carteras. No tengo oficio y no he nacido para chulo de putas. Puedo conquistar a una mujer, pero al fin me da por hacer las cosas decentemente y acabo casándome con ella. Esto ya me ha ocurrido tres veces. Pero, bueno, mientras esté permitido el juego, no me voy a morir de hambre.

Había visto muchas veces a Manzanares haciendo sus trucos. Cogía un paquete de cartas, sellado, y abierto y barajado por un extraño, y

volvía las cartas una a una anunciándolas de antemano, después de «verlas» con las yemas de sus dedos sensitivos. Era asimismo un parlanchín magnífico y un gran psicólogo, y sabía mantener animada y distraída a su concurrencia. Había aprendido todos los juegos que los moros practican, y en los campamentos se iba a un corro de ellos —son jugadores inveterados— y se hacía pasar por un soldadito estúpido, que estaba pidiendo le limpiaran los cuartos. Pero al final era él el que dejaba todos los bolsillos limpios.

—Pero si empiezas otra vez con tus antiguas mañas, acabarás otra vez en la cárcel.

—Sí, todos los oficios tienen su quiebra. Pero no se está mal en la cárcel cuando se tiene dinero. Claro que para los que no pueden pasarse sin mujer es bastante negro, pero en eso yo tengo suerte. Me puedo pasar un año sin acostarme y sin echarlo de menos, si no tengo ninguna cerca de mí. En todo caso, no puedo remediarlo: si veo a un tío sacando la cartera en un café, enseñando a todo el mundo el fajo de billetes, y luego abotonarse muy cuidadosamente, entonces no me puedo aguantar. Después que le he quitado la cartera, la verdad es que no me interesa mucho, hasta podría devolvérsela. Es sólo por excitación. De todas maneras, pase lo que pase, no vuelvo a Marruecos ni atado.

—No has tenido mucha suerte, pero no puedes quejarte: te han dado un tiro de suerte y una cruz con pensión; te has licenciado antes de tiempo, y ¿qué más quieres?

—¿Un tiro de suerte? Una mierda. En unos pocos años me entierran. Y en cuanto a la pensión, sí, magnífica: treinta reales al mes por el resto de mi vida; bastante para comprarme dos panecillos cada día y dejar cinco céntimos en una hucha para la vejez. Y esto, si me pagan. Aún hay veteranos de la guerra de Cuba que no han visto un céntimo de sus haberes. Algunos cobran, pero el agente que maneja los papeles se queda con la mitad. Esto es lo que le dan a uno: una crucecita de lata y treinta reales.

Ahora me arrepentía de haber iniciado la conversación. Era verdad: a Manzanares le habían dado una cruz de guerra y una pensión de siete pesetas cincuenta céntimos al mes. Para cobrar, tendría primero que pagar tal vez dos pesetas en pólizas y esperar por días sin fin en el Ayuntamiento, para que le dieran una certificación de que estaba vivo. Con este certificado tendría que ir al Ministerio de Hacienda y presentar una instancia para que le pagaran. Le darían un número de orden, y tendría que esperar hasta que este número se publicara en la Gaceta; después le pagarían su pensión por un mes. Estas pensiones ridiculas del ejército tomaban tanto tiempo y presentaban tantas dificultades, que la mayoría de ellas nunca pasaban de ser un derecho sobre el papel que se convertía en una burla.

—Si me hubieran declarado inválido —prosiguió Manzanares—, al menos me hubieran mantenido por el resto de mi vida y no tendría que volver a robar. Yo no entiendo qué diferencia hay entre ser inválido o que le den a uno por inútil. Si a alguien le cortan una pierna por un balazo, le declaran inválido y tiene el pan seguro; pero si a uno le hacen polvo un pulmón como a mí, le dicen que ya no es útil para el servicio y le ponen en la calie con un fuelle de menos... Es muy fácil decir a uno que se busque la vida. ¿Dónde cree usted que puedo ir yo a pedir trabajo con mis referencias y un pulmón solo? Me gustaría ponerme a trabajar, pero no sé cómo. No tengo más salida que robar carteras. Y puede usted creerme, lo que a mí me gustaría más, sería crear una familia y tener una ristra de hijos.

No hablamos mucho más en las largas horas encerrados en el lento y polvoriento tren. Cuando al fin cambiamos al tren de Sevilla—Madrid, todos tratamos de encontrar un rincón cómodo y descabezar un sueño. Manzanares, con su cara de tísico y su cuerpecillo encogido, encontró un sitio fácilmente, pero yo me encontré incrustado entre otros dos viajeros que iban a Madrid y tenía que mantenerme derecho. Nadie podía dormir al principio y hablamos. Cada uno hablaba de sí mismo.

Había un hombre joven y corpulento de un pueblo de la provincia de Granada, que iba a Madrid. Otro de los viajeros le preguntó:

—Y usted, ¿dónde va, muchacho?

—A Madrid, a ver si uno puede vivir allí.

—No es muy buena plaza para encontrar algo.

—Peor que en mi pueblo no puede ser. —El hombre se calló pensativo y después prosiguió—: Aunque uno no sea más que un patán y no sepa mucho, hay cosas que son un contra—Dios. En mi pueblo pasa lo que en todos: hay un tío rico de Madrid, que es el amo de todas las tierras y de todos los olivares. Algunos de nosotros tenemos un cacho de tierra de nuestros abuelos, pero aun así, el que más y el que menos está entrampado y malamente saca para vivir. Todo el pueblo trabaja para el amo. Unos tienen trabajo todo el año, pero la mayoría sólo por temporadas y viven en la miseria. Para mí era mejor que para muchos, porque yo soy un herrero y el amo me llamaba para herrar los caballos y las mulas, arreglar los carros y a veces alguna máquina, y con esto y con la cosecha de la aceituna, pues, iba viviendo, malamente pero mejor que muchos. Pero el año pasado, al principio del verano, las gentes comenzaron a decir que el ferrocarril estaba tomando jornaleros para reparar la vía, y como no tenía nada que hacer y quería ganarme una peseta, pues me fui al capataz y le dije que yo era un herrero. Me tomaron y ¡me daban seis pesetas cada día! Nunca había ganado tanto en mi vida. Trabajé con ellos hasta el fin de año, en que se acabó el trabajo y nos despidieron, y volví al pueblo. Un día fui a la finca del amo y me vio y me dijo: «Tú, ¿qué quieres aquí?». Yo le dije: «Pues, he venido a ver si tenía usted algo para mí». «¿Dónde has estado este tiempo?» «Pues —le dije—, trabajando en la vía.» «¡Ah! ¿Sí? —me contestó—, pues entonces te puedes volver allí.» Y ustedes no lo creerán, pero no me volvió a dar un mal caballo a herrar. Las cosas comenzaron a ponerse negras para mí, porque el administrador de la finca comenzó a ir de un lado a otro y a contar a todo el mundo que no

había más trabajo para mí, aunque me muriera de hambre, y que lo mejor que podía hacer era marcharme del pueblo. A poco de esto, nadie quería darme trabajo, por no enemistarse con el amo, y al fin ni en la tienda me daban un pan al fiado. Un día me fui a él y le dije: «Bueno, don Antonio, ¿qué es lo que usted se ha propuesto?». Me miró un rato con la sonrisita suya y me dijo: «Que te vayas a hacer puñetas de aquí». «Pero ¿qué es lo que yo le he hecho?» «¿A mí? Nada. Eres muy poca cosa para hacerme nada a mí. Pero no quiero revolucionarios en la finca. La gente que trabaja para mí, no trabaja para otros, y al que no le guste, que se marche; y te voy a dar un buen consejo: ten mucho cuidado con lo que haces.» Y así terminó la cosa. Pero al día siguiente, el sargento de la Guardia Civil me llamó al cuartelillo: «Tú, escucha», me dijo, «ya sé que no has guardado el respeto debido a don Antonio. Por esta vez pase, pero ten cuidado con lo que haces, porque la próxima vez te doy una paliza que te rompo el espinazo». ¿Y qué se puede hacer si la han tomado con uno? Lo único que podía hacer era agarrar el cuchillo de la cocina y metérselo en las tripas al amo, que debe tenerlas más negras que las plumas de un cuervo. Vendí los cuatro trapos que tenía y aquí estoy, camino de Madrid. Al fin me dijeron que todo había sido porque me había ido a trabajar en la vía sin pedirle permiso al amo.

Los viajeros dormitaban o francamente roncaban. Aquello era una historia vieja sin interés. El herrero se calló, se recostó contra el respaldo y comenzó a roncar a su vez. Sólo quedó al lado de la ventanilla un viejo que estaba despierto inmóvil y silencioso, fumando sin cesar. Intenté leer, pero la luz del vagón era una miserable candileja de aceite, que no me dejaba seguir la letra impresa más de dos minutos. Abandoné la lectura y dejé correr libremente mis pensamientos.

Pensaba que mi situación era en un sentido muy similar a la del joven campesino. Todos los eslabones que me unían al mundo en el que había vivido durante los últimos cuatro años estaban rotos; y ahora al volver al mundo que había conocido antes, me iba a encontrar un

extraño en él y tendría que forjar nuevos eslabones. Este hombre tenía un par de hombros sólidos y anchos. Ganaría siempre en Madrid el pan que le habían negado en su pueblo, porque, aunque no fuera más, sería capaz de subir maletas de la estación o descargar sacos si no encontraba otra cosa. Contra el hambre —hambre pura—, estaba mejor defendido que yo. Lo único que yo podía hacer era trabajar en una oficina, con el cuello bien planchado y las tripas vacías.

El tren estaba ahora ya en plena meseta castellana y su esqueleto de acero tintineaba monótono. La lamparilla estaba casi ahogada por su propia mecha ya carbonizada; y la brasa del cigarrillo en los labios del viejo, despierto siempre en su rincón, llenaba el compartimento de un silencio tan fino y penetrante como el humo azulado del tabaco dormido en el aire.

Hubiera sido capaz de preguntar al viejo en qué iba pensando.

Yo, ahora, pensaba en la vida y en Dios. Frase por frase iba creando el diálogo que con él tendría un simple campesino de Castilla, muerto a tiros en los campos de África, pidiéndole justicia, justicia seca. Porque yo me sentía, como él, prisionero en esta jaula que es el vivir, una jaula que nosotros no tejemos; y me sentía aterrorizado y a la vez rebelde, como un pájaro:

Estábamos llegando a Aranjuez y comenzaba a amanecer. Un amanecer frío que mordía a través de nuestras ropas de África y helaba los huesos. El humo de los cigarrillos ahora era gris y pesado y llenaba las gargantas de toses. Manzanares y yo le dijimos adiós al soldado, que se quedaba allí esperando el tren para su pueblo; no nos había hablado, no había hecho más que estar sentado, cabeceando su sueño a veces, a veces roncando, las manos posadas siempre sobre las rodillas. Nos bebimos juntos unas tazas de café y unas copas de coñac en la fonda de la estación. El café era espeso como pintura y se pegaba a los labios, pero estaba caliente; el coñac era una mezcla de jarabe y vitriolo, que caía en el estómago como una masa de mercurio, pero después ardía

dentro y nos despertó. Compramos una merienda descomunal: una tortilla fría, grande como un pan, chuletas de cordero y dos botellas de vino, y nos volvimos a nuestro compartimento. En dos horas estaríamos en Madrid.

Manzanares tenía las mejillas enrojecidas cuando acabamos de comer. Rebuscó en los bolsillos y contó todo su dinero. Tenía menos de cien pesetas.

—¡Mierda! ¿Qué puedo yo hacer con esto? Lo primero que me hace falta es un traje de paisano y encontrar un sitio donde dormir, al menos hasta que me oriente un poco. —Se quedó mirando las monedas en su mano—. Usted cree que yo estaba durmiendo. Pero no dormía. La herida me despertó. Cuando estoy quieto, siempre empieza a dolerme dentro, hasta que me ahoga. El doctor dice que es que el pulmón se pega a la pleura. Seguramente usted sabe lo que quiere decir, pero yo no. Lo único que sé es que no me deja dormir en paz. Y estaba pensando en esto, en el dinero que me queda. ¿Cómo quieren que sea uno una persona decente con noventa pesetas y un pulmón seco? Y estaba pensando en lo fácil que sería robar una cartera cuando uno está vestido de uniforme. ¿A quién se le va a ocurrir sospechar de un licenciado de África?

—Mira; no seas idiota. Que hayas escapado de África para caer en la cárcel.

—No. Si no es que sea un idiota, es que esto es un callejón sin salida. Ahora ya no puedo ir en uniforme y si me compro un traje de paisano, me quedo sin comer.

—Pero tendrás algún amigo que te deje un poco de dinero...

—Sí. Amigos tengo, pero tan pronto como me arrime a ellos, estoy perdido. Tengo que volver a robar y lo que es peor aún, en un par de horas la policía sabrá que estoy en Madrid. Bueno, yo sé lo que tengo que hacer.

Su cara de granujilla se cortaba ahora por dos hondas líneas que iban desde las aletas de la nariz a las comisuras de los labios, en un gesto duro y cínico que empujaba su labio inferior hacia adelante, como si fuera a escupir a alguien en la cara.

Llegamos a Madrid en un silencio hostil. Mi madre, mi hermana y mi hermano estaban en la estación. Como yo esperaba, tuvimos nuestra escena de abrazos, besos y unas lágrimas de mi madre (a quien yo había comenzado ya a llamar la Abuelilla). Les presenté a Manzanares y le invité a un café con nosotros en la Puerta de Atocha.

—No, señor. Muchas gracias. Usted ha encontrado a los suyos y aquí nos despedimos. ¡Buena suerte! Creo que nunca nos volveremos a encontrar. Usted tiene su camino y yo el mío, y van aparte.

Nos estrecharnos las manos y desapareció. Subimos la cuesta de la estación y Rafael propuso que tomáramos café en el bar Cascorro. Nos sentamos alrededor de una mesa y mientras ellos desayunaban, me agobiaron a preguntas, me repitieron cien veces lo contentos que estaban que hubiera salido del ejército, y me aseguraron que en cuanto descansara unos días, encontraría trabajo sin dificultad. De pronto hubo un revuelo entre las gentes que llenaban el bar. En cada una de las puertas estaba un guardia que no dejaba salir a nadie, y dentro dos policías que iban de uno a otro, pidiendo los documentos y cacheando o preguntando a veces al camarero del mostrador.

—¿Cuánto tiempo hace que está éste aquí?

—Media hora. ¿Qué pasa, don Luis?

—¿Estás seguro que hace media hora? Entonces no va nada contigo. Acaban de robar una cartera con cuatro mil pesetas en la salida de la estación.

Cuando el policía vino a nuestra mesa, miró a mi maleta y dijo:

—¿Licenciado, sargento?

—Sí. Ha terminado mi tiempo en África.

—Enhorabuena de haber escapado sano y salvo. Andamos buscando un sinvergüenza que acaba de robarle la cartera a un viajero, precisamente del tren en que usted ha llegado. Pero no es uno de los habituales, porque todos están vagueando por aquí.

Rafael sacó su cartera para mostrar su cédula personal. El detective hizo un gesto de rechazo:

—No hace falta, muchacho. Ustedes no pueden negar que son hermanos y su uniforme es bastante para mí. Nadie roba carteras cuando acaba de llegar de Marruecos.

Se marchó la policía al fin y se restablecieron los ruidos del bar, más animados aún con los comentarios de lo ocurrido. Entonces apareció Manzanares en la puerta, se acercó al mostrador y pidió una copa de coñac. Me saludó con la mano afectuosamente y a poco el camarero vino a nosotros:

—De parte del soldado que está en el mostrador, que ¿qué quieren ustedes tomar?

Manzanares volvió hacia mí su carilla infantil y me miró con sus ojillos vivos de ratón. Unos ojillos que ahora eran chispeantes y alumbraban la cara abierta en una sonrisa alegre. Acepté la . invitación y levanté el vaso hacia él.

Después salió y se perdió en la gran plaza. Ha sido la última vez que le he visto en mi vida.

Capítulo 8

Golpe de Estado

Una de las primeras cosas que hice fue visitar a mi antiguo sastre, elegir un paño oscuro y tomarme medidas para un traje. Hasta que no pudiera estrenar este uniforme civil, no podía desprenderme del militar y no podía hacer nada. Me fui a la Puerta del Sol, sin otro pensamiento que el de verla una vez más y al mismo tiempo ver si encontraba algún conocido. Porque, tarde o temprano, todo el mundo en Madrid cruza la Puerta del Sol.

—¡Caramba, Barea! ¿Otra vez en Madrid? Yo pensaba que estabas en Marruecos.

—De allí he llegado hoy, don Agustín.

—Me alegro mucho de verte. ¿Has venido con permiso?

—No, cumplido.

—Mejor que mejor. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Mi oficio, supongo, chupatintas. Es decir, si encuentro trabajo, que parece es una cosa bastante difícil.

—Sí, las cosas están mal... Bueno, te diré, ve a verme a la oficina. No te puedo ofrecer una gran cosa, pero siempre hay un sitio para ti.

Y así me encontré empleado en las oficinas de don Agustín Ungría el mismo día que llegué a Madrid.

Don Agustín tenía una oficina en la plaza de la Encarnación con cincuenta empleados, acomodados en dos inmensos salones sostenidos por columnas de hierro y repletos de mesas de todas las descripciones imaginables. Había viejos pupitres con tapas ruidosas en los que había que trabajar de pie, mesas de ministro que habían perdido el barniz, dos o tres burós con cierre de persiana, cada uno de un color diferente, y una legión incontable de mesas, grandes y chicas, cuadradas, redondas, poligonales u ovaladas. Había sillas con asientos de paja trenzada y patas curvadas, con respaldos y asiento de encina, incómodas y duras, sillones monacales, banquetas redondas y cuadradas y hasta bancos. La

firma había comenzado allí mismo, hacía treinta años, con seis empleados. Para cada nuevo empleado que había ido incorporándose hasta llegar a los cincuenta se había comprado una mesa y una silla en cualquier tienda de viejo.

El personal era como el mobiliario, todo él de segunda mano. Tampoco se exigía a más de cuatro empleados el conocer algo más de lo que se necesitaba para rellenar un impreso o hacer una suma. Los salarios eran miserablemente bajos. Había un núcleo de viejos escribientes que ya no tenían donde ir y que se agarraban allí a su vieja mesa, reumáticos y catarrosos. Y había un grupo de jóvenes alborotadores, llenos de protestas, que desaparecían de la noche a la mañana y eran sustituidos por otros de la misma clase. El trabajo en aquella oficina se tomaba únicamente hasta encontrar un nuevo empleo. Los empleados de Madrid la llamaban El Refugio, haciendo alusión al dormitorio gratuito de los sin hogar.

Las actividades de la firma eran también múltiples y complejas, como el mobiliario y el personal. Don Agustín era un agente de negocios. Suministraba informes comerciales, cobraba deudas de personas privadas y del Estado, registraba patentes, dirigía pleitos, y en general se encargaba de hacer todo lo que tuviera que ver con papeles y documentos en las cien oficinas del Estado.

Don Agustín, cabeza y propietario de la firma, tenía sesenta y seis años y parecía haberse escapado de un cuadro del Greco: el cabello, blanco puro, le caía en largas y rizadas guedejas enmarcando una frente noble; su rostro largo, de piel como cera, se alargaba más aún por una barbita puntiaguda, tan blanca como el cabello y el bigote. Pero el arco de sus cejas sobre los ojos vivísimos era recio y pesado, su boca amplia y sensual y su nariz poderosa y graciosamente curvada. El cuerpo parecía pertenecer a otra persona, a un hombre de esqueleto pesado sin una onza de grasa en él. Era el corpachón de un campesino aragonés. Podía aún trabajar treinta horas sin descanso, comerse una gallina asada

como postre de una comida de tres platos, o vaciar media docena de botellas de vino. Nadie sabía exactamente el número de sus hijos ilegítimos.

Había ido a Valencia desde un oscuro pueblecillo de Aragón, cuando tenía veinte años. Hasta entonces había trabajado la tierra. En la ciudad aprendió a leer y a escribir. Trabajaba como un jornalero y vivía entre los cargadores del puerto. El rumor decía que su primer dinerillo lo ganó contrabandeando seda y tabaco. De todas maneras, él comenzó a emplear sus ahorros en el negocio de la naranja, prestando dinero a huertanos pequeños a quienes los pagos, con el acostumbrado retraso del comercio, causaban grandes dificultades. Estableció una oficina en Valencia. En sus tratos con los comerciantes de naranja notó que los exportadores extranjeros andaban siempre a la caza de informes comerciales; y cambió su oficina en una oficina de información, explotando su conocimiento íntimo de todas las gentes locales. Más tarde hizo el depósito que exige la ley y se convirtió en un agente de negocios legal. Había muy pocos competidores. Don Agustín prosperó y trasladó su negocio a Madrid.

Trataba a su familia y al personal con las maneras de un déspota patriarcal, y con todo su éxito nunca perdió los valores de su juventud en el pueblecillo zaragozano, donde una simple moneda de plata era riqueza. Honores y condecoraciones tenían para él una atracción irresistible. Por algún servicio que hizo al Estado durante el reinado de Alfonso XII se le había concedido la Orden de Isabel la Católica, y uno de sus mayores placeres era asistir a banquetes vestido de la más rigurosa etiqueta con la placa de la Orden prendida en el pecho. La condecoración era en esmalte con una fina orla de diamantes, pero los empleados la llamábamos «el huevo frito».

No era mísero. Si pagaba sueldos miserables era porque sus instintos eran aún los de un pobre campesino para quien cien pesetas representaban una suma fantástica.

—Cuando yo tenía sus años —le gritaba a uno de los empleados—, ganaba tres pesetas al día, mantenía la mujer y los chicos, tenía una querida y ¡ahorraba! —Después le prestaba cien pesetas al pedigüeño, para sacarle de un apuro, y nunca exigía el pago de la deuda. Una vez me enseñó un grueso legajo—: ¿Tú sabes cuánto me deben mis empleados en préstamos que nunca han pagado, desde que monté la oficina hace cuarenta años? Más de cien mil pesetas. Todo lo tengo anotado aquí. Pero ¡aún no están contentos! Cada día veo caras nuevas en la oficina; los únicos que se quedan son los viejos, que ya no sirven para nada. En fin, no los puedo poner en la calle a los pobres.

Unos pocos años antes, yo había ya trabajado unos meses en la oficina y el Abuelo —como le llamábamos— y yo habíamos simpatizado. Ahora me ofrecía un puesto de confianza. Iba a trabajar con su hijo Alfonso, «que tenía ideas en la cabeza» como él decía y quería extender la tramitación de patentes al extranjero. Tenía ya un secretario inglés y quería que yo trabajara con él, porque conocía francés y podía entendérmelas con los clientes en cuestiones técnicas. La verdad es que don Alfonso tenía una inteligencia extrañamente limitada: aprendía con gran facilidad y recordaba cada cosa aprendida, pero era incapaz del más pequeño esfuerzo creativo. Tenía el título de abogado y podía citar de memoria los más intrincados artículos de cualquier código, pero era incapaz de dar un consejo legal basado en estos mismos artículos. Su francés era excelente y sus traducciones del español al francés también, pero era incapaz de dictar una carta de negocio ordinaria, ni mantener una conversación normal en este idioma. Estaba profundamente interesado en organización industrial, conocía el sistema de Taylor y de Ford en todos sus detalles, pero fracasaba en la organización de su propia oficina.

Esta situación me dio una oportunidad: había aceptado el trabajo como una solución intermedia, pero pronto me absorbí en los problemas de las patentes industriales que me hacían volver a mi antiguo cariño

por la mecánica. Las patentes en España no requieren más que ser solicitadas, pero pronto comenzamos a tratar con agentes extranjeros, que nos enviaban patentes y nos sometían consultas que envolvían un estudio minucioso del aspecto técnico y legal. Nadie en la oficina de Ungría estaba calificado para este trabajo. Por pura satisfacción personal, comencé a estudiar el lado técnico y teórico de cada patente que venía a nuestras manos y pronto me convertí en un especialista. Mi salario era muy reducido —130 pesetas al mes— pero las traducciones de patentes se me pagaban aparte, con arreglo al número de palabras; había meses en que doblaba y triplicaba mi salario, aunque eso sí, trabajando quince horas al día y más.

Esto me proporcionó una independencia financiera, así como en mi trabajo, y el respeto de los empleados más antiguos.

El señor Laguna —viejo, o mejor dicho aviejado, flaco, con perneras flotantes sobre los carcañales, el pelo lacio y los pómulos salientes, ganando setenta pesetas al mes por ocho horas de trabajo silencioso y humilde— me acosó un día al abandonar la oficina:

—¿Podría hablar con usted un ratito?

Nos marchamos juntos y por un largo tiempo no dije palabra alguna. De pronto se detuvo y me preguntó:

—¿Cree usted que don Agustín me prestaría cien pesetas?

—No lo sé. Todo depende del humor que tenga. Desde luego le dirá que no, pero si insiste usted mucho, lo más seguro es que se las dé.

Otro largo silencio y otra parada:

—¿Usted cree que tomaría a mi chico en la oficina? Esto sería mi salvación.

—Pues, le digo a usted lo mismo: primero le dirá que no y al fin dirá que sí. Sobre todo, si hace usted un llamamiento a su bondad. ¿Van tan mal las cosas, Laguna?

Dio un suspiro profundo y seguimos andando. Comenzaba ya a fatigarme de estos largos silencios, de su andar lento y de su apariencia miserable.

—Vamos a tomar algo. Venga usted.

Entramos en un bar y nos dieron un bock de cerveza con unas patatas fritas a la inglesa. Cuando Laguna hizo crujir en la boca la primera patata, vi que lo que tenía era hambre. Un segundo vaso de cerveza y un bocadillo de jamón le quitaron de golpe la timidez.

—Usted no sabe —dijo—. Somos cinco en casa, la mujer, dos chicas, el chico y yo; y yo soy el único que gana, así que puede usted imaginarse.

—¿Las chicas son aún pequeñas para trabajar?

—No, pero están muy delicadas las pobres. Nuestro cuarto es muy húmedo. Pero es verdaderamente barato: quince pesetas al mes. Sólo que está dos metros más abajo que el nivel de la calle... y claro, no tienen mucho para comer, ahora que están en el crecimiento...

Me dio tanta lástima que al día siguiente yo mismo hablé con don Agustín. Tomó al chico como escribiente y ascendió al padre a cien pesetas al mes, porque no hubiera sido justo que el chico ganara tanto como el padre. El sueldo más pequeño era cincuenta pesetas y ahora entre los dos ganaban 150. Laguna me compró el cigarro más grande y más grueso que encontró en todo Madrid.

Veinticuatro horas después de comenzar a trabajar Pepito Laguna, le habíamos bautizado con el apodo de Charlot.

Tenía unos ojos inmensos y febriles en una carilla pálida y chupada, cabellos rizados y un cuello flaco y largo —un ridículo pescuezo pelado de gallina—, que surgía de una camisa grande y unos hombros rellenos de borra, como el gancho de una percha para colgar ropa surge de un gabán grueso. Los pantalones demasiado largos y demasiado anchos caían sobre unas botas en las que sus pies debían tener sitio para pasearse.

Márquez, el contable, un día trajo un bastoncillo de junco y se lo alargó muy serio:

—Toma, es lo que te falta, Charlot.

Se llenaron de agua los ojos del chiquillo y se quedó allí en medio del salón, entre las risas de todos, con el bastoncito balanceándose entre sus dedos. Márquez recalcó su triunfo.

—Fijarse bien: ¡Charlie Chaplin en carne y hueso!

Laguna me invitó a comer un domingo. Vivía en la calle de Embajadores en una inmensa casa de piedra tres siglos vieja. Desde el portal enlosado descendimos por una escalerilla oscura, también de piedra, a lo que parecía un calabozo medieval. Allí, entre los cimientos, había una habitación cuadrada con paredes revestidas de cemento; en ella, dos camas de hierro detrás de una cortina de flores descoloridas sobre un fondo amarillo; una mesa con un hule lleno de grietas, rodeada por media docena de sillas dispares, una vieja cómoda y un baúl forrado de piel apolillada; sobre la cómoda, una virgen de escayola y un ramo de flores de papel. El cuarto olía a leche agria.

—Afortunadamente podemos guisar en el patio —explicó Laguna—. Allí tenemos un cuartito con una hornilla, pero lo malo es que no tiene puerta y la mujer se hiela cuando guisa en invierno.

Resonaron unos pasos sobre nuestras cabezas. A través de la reja de la ventana, que era un pie de alta por tres de larga, abierta a ras de la acera, veíamos la sombra de los transeúntes y los extremos de sus piernas.

Estar en aquel cuarto era un tormento físico.

Charlot no duró más que un par de meses. Cogió un catarro y se murió. Laguna se hizo más silencioso y encogido. Algunas veces me murmuraba:

—Precisamente ahora, cuando podíamos comer cada día... —y se callaba. Charlot se había muerto simplemente de hambre.

Odiaba esta hambre horrible, escondida y vergonzante de los empleados de oficina que imperaba en tantos cientos de hogares en Madrid.

Un día me encontré con mi viejo amigo Antonio Calzada; estaba flaco y amarillo, muy bien zurcidos los bordes deshilachados de los puños de la camisa y de la americana. Estaba sin trabajo. Su historia era la vieja historia de la prosperidad y la crisis de la guerra. Durante la gran guerra le habían nombrado pomposamente director de la recién fundada sucursal del Banco Hispano—Americano en el Puente de Vallecas. Su salario no era más de 250 pesetas, pero tenía habitaciones para vivir encima del banco sin pagar renta, luz o calefacción. Se casó y tenía tres hijos. La sucursal prosperó: pronto tuvo un contable, dos empleados, un ordenanza y una caja fuerte; le dieron poderes. Si el negocio seguía prosperando, podía contar con un ascenso y un puesto en alguna otra sucursal más importante. Cuando se acabó la guerra, el banco comenzó a despedir personal. La sucursal se quedó sólo con el ordenanza, hasta que un día éste también desapareció. Calzada continuó como director, escribiente y ordenanza todo en uno, acuciado por el miedo de ser puesto en la calle en cualquier momento.

—Todos los empleados de banco —dijo— parecían sentir los mismos temores e intentaron unirse en forma que pudieran defenderse con una resistencia colectiva. Al principio los bancos despedían a todos los que se sabía pertenecían a un sindicato. Más tarde apareció en escena el Sindicato Libre de Banca y Bolsa. Sus organizadores venían de Barcelona con la fama de resolver todas las cuestiones sociales por la acción directa; iban a resolver el problema de los empleados con sus pistolas y, si era necesario, iban a liquidar a unos cuantos directores. A mí, como a muchos, me pareció que eran diferentes de tus viejos dormilones amigos de la UGT y no creí entonces, aunque me lo dijeron, que Martínez Anido y sus pistoleros y hasta los bancos estaban detrás. Me inscribí. Se inscribieron miles de empleados, y la organización

entonces exigió el cese de los despidos y una escala mínima y fija de salarios. Fuimos a la huelga y la perdimos.

Los organizadores del Sindicato Libre abandonaron a los huelguistas. Los despidos fueron a cientos. Calzada se unió a los huelguistas y perdió su plaza.

—Hasta ahora me he ido manejando, con los ahorrillos primero y empeñando lo que había en casa que valiera algo. Pero ya no sé por dónde vamos a salir. No tengo más que lo puesto, debo dos meses de casa, y comemos de milagro, cuando comemos.

Don Agustín le admitió con 100 pesetas al mes. Fue uno de los privilegiados entre los miles de pobres gentes que buscaban trabajo sin encontrarlo durante el verano de 1923. Por aquella época comenzaron a producirse en Madrid atracos, robos y asesinatos, al igual que en mayor escala venía ocurriendo en Barcelona. Se sucedían los gobiernos y el caos aumentaba de mal a peor.

Una tarde me encontré en la calle al comandante Tabasco. Me saludó muy cariñoso y me forzó a contarle cómo iba viviendo. Sabía por qué había venido a la capital, pero hubiera sido una impertinencia mía hacer una alusión directa.

—¿Ha venido usted de veraneo, don José? —le dije.

—¡De veraneo! Sigues tan inocente como siempre. Je, inocente! Es una lástima que tuvieras que licenciarte, ahora nos hubieras sido muy útil. Tú sabes muy bien a qué he venido. Si hubieras estado en Ceuta te hubiera traído conmigo. Estoy abrumado de trabajo y un secretario me hubiera venido bien.

—Pero las cosas van bien, ¿no?

—Oh, sí. Todo está arreglado. Dentro de dos o tres meses, las cosas van a cambiar de arriba abajo. Hemos decidido acabar con todas estas intrigas. Tenemos que enseñar a toda esta canalla que existe una patria y que España no es una colonia extranjera. Mira lo que ha pasado en Italia —en Italia, Mussolini acababa de asaltar el poder—, y aquí estamos en

idéntica situación. O dejamos que haya una revolución como en Rusia, o los españoles, ios verdaderos españoles, tenemos que coger las riendas en la mano. Y ya es tiempo que esto se haga.

—Francamente no me he formado aún una idea de lo que está pasando en política. En los pocos meses que hace que dejé Marruecos, no he hecho más que trabajar para salir adelante, y nada más. Y la vida es tan distinta de la vida de cuartel, que no puedo decir que he comprendido aún todos los problemas que hay. Nadie está de acuerdo con nadie. Y parece que las cosas de Marruecos no marchan bien, ni mucho menos.

Don José se excitó:

—¿Cómo diablos van a ir bien las cosas, si no nos dejan a nosotros que las arreglemos? Ahí están, mandando paisanos a negociar con Abd—el—Krim; ¿qué saben ellos de Marruecos? Ese granuja quiere una República independiente, y los comunistas de Francia y los socialistas de la Casa del Pueblo de aquí le apoyan. Lo que hay que hacer es fusilar a unos cuantos cientos y arrasar el Rif. Bueno, todo vendrá en su día y ¡antes de lo que la gente cree!

Aquella noche tenía ganas de encontrarme entre gente y charlar un rato. Me fui a la tabernita de la calle de Preciados (una bomba alemana la destruyó totalmente en noviembre de 1936) donde se reunían innumerables empleados de las oficinas próximas a la Puerta del Sol, cuando terminaban su trabajo. Me junté a un grupo de conocidos y les conté la esencia de la conversación que había tenido con el comandante.

—Lo que nos hace falta es una República —explotó Antonio, un jovencito flacucho y enfermizo, cuyos bolsillos siempre atiborrados de folletos anarquistas y comunistas abultaban más que él.

—No. Lo que necesitamos aquí es un tío con cojones que enseñe disciplina a toda esta gentuza —replicó el señor Pradas, un contable miope, haciendo oscilar peligrosamente los gruesos cristales de sus gafas en los límites extremos de su nariz.

—¡Eso es lo que hace falta! —aplaudió Manuel, un jefe de ventas próspero de un gran almacén.

—No tengo nada contra ello —dijo Antonio—, siempre que el hombre tenga cojones y sea un socialista, un verdadero socialista, un Lenin. Sí, señor. Esto es lo que necesitamos: una revolución y un Lenin.

El señor Pradas puso ambos codos sobre la mesa:

—Mire, usted simplemente es un chalao. Bueno, no un chalao, un chiquillo en pañales. La desgracia de este país es que no tenemos otro Espartero, que no tenemos un general tan grande como él, que agarre del pescuezo a todos los políticos y barra las calles con ellos. Necesitamos un tío que se presente en el Congreso, dé dos puñetazos en la mesa y los ponga a todos en la calle. Yo no estoy en favor de matar a nadie, pero créame, unas docenitas de fusilamientos y se quedaba todo como una seda. Y en cuanto a los socialistas, un tiro en la nuca a Prieto, Besteiro y compañía. Eso es lo que hace falta aquí.

Antonio se levantó lívido:

—¡Usted es un cabrón y un hijo de puta!

En la tabernita no existían conversaciones privadas. Medio minuto más tarde, cien personas apretujadas en un cuartucho de veinte metros cuadrados estaban chillando y levantando los puños. Cinco minutos más tarde sonó la primera bofetada, y poco después Antonio y cuatro más eran conducidos a la comisaría entre una pareja de guardias. El suelo estaba lleno de cristales y de charcos de vino; y Miguelito, el más avispado de los chicos de la taberna, le estaba lavando una descalabradura a un antiguo parroquiano, frotándole concienzudamente la calva con un trapo de limpiar mesas empapado en aguardiente. El señor Pradas, con la cara roja y los ojos ciegos tras las cristales, peroraba:

—¡Anarquistas, sí señor, anarquistas! Eso es lo que son. Todo esto porque uno se atreve a decir la verdad como una persona decente. Yo soy una persona decente. Cuarenta años he estado trabajando como un

mulo y ¡ahora este mocoso quiere darme lecciones! Lo que necesitamos aquí es un hombre como el general Espartero, un hombre con cojones que meta en cintura a todo el mundo. ¡Viva España!

La segunda bronca que comenzaba a iniciarse quedó ahogada en vino. El tabernero, un hombre enérgico, con la filosofía de su profesión, la cortó de raíz:

—Bueno, señores, se acabó. No se habla más de política. El que quiera hacerlo, que se marche a la calle. Aquí la gente viene a beber y a pasar un buen rato. Miguelito, pasa una ronda a todos estos señores por cuenta de la casa.

Se me quitaron completamente las ganas de volver a la tertulia.

El general Picasso terminó sus investigaciones del Desastre de Melilla en 1921. Su informe estaba en las manos del Parlamento; de un momento a otro se esperaba el día del debate en la Cámara. La minoría socialista había copiado e impreso el informe y unas pocas copias circulaban ya por Madrid. Entre los papeles encontrados en el despacho del general Silvestre, el general Picasso había descubierto un número de documentos que probaban la interferencia personal de Alfonso XIII en el curso de las operaciones militares. Pero ninguno de los efímeros gobiernos de aquellos días se atrevía a plantear la cuestión ante las Cortes. La oposición formaba un bloque y pedía cada vez con mayor energía que se abriera un debate público para definir las responsabilidades de la catástrofe de Marruecos. Se sentía que iba a pasar algo grave.

Si queréis hipnotizar una gallina, ponedla sobre una mesa cubierta con un tapete negro y forzadla el pico contra el tapete. Poned un trozo de tiza frente a su pico entre los dos ojos y en el momento psicológico en que la gallina se queda quieta, id alejando el trozo de tiza del pico de la gallina, marcando una línea blanca intensa sobre el tapete negro. Podéis dejar libre la gallina. El animal se quedará allí inmóvil, en

ridículo equilibrio sobre sus dos patas y su pico, persiguiendo con ojos bizcos la línea blanca que se aleja.

Ahora me parece a mí que algo similar nos pasó a todos en aquellos días del mes de septiembre de 1923, en que el general Primo de Rivera se proclamó a sí mismo dictador de España por un golpe de Estado.

Todos estábamos esperando que pasara algo, algo muy grave y muy violento. El destronamiento del Rey, una insurrección militar, un levantamiento de los socialistas o de los anarquistas, en una palabra, una revolución. Tenía que pasar algo, porque la vida de la nación se encontraba en un callejón sin salida.

Yo estaba en el café Negresco en la noche del 12 al 13 de septiembre. Mi viejo amigo Cabanillas solía venir allí cuando terminaba su trabajo en la redacción de El Liberal. Me había unido al círculo de periodistas y aspirantes a escritor, porque quería oír de él las últimas noticias. Llegó a las dos de la madrugada, pálido y excitado, con la pelambrera en desorden:

—¿Qué te pasa? ¿Has estado en un estreno?

—A mí no me pasa nada, pero ¿sabes la última noticia?

—¿El qué?

—La guarnición de Barcelona se ha echado a la calle con Miguel Primo de Rivera a la cabeza.

—Alfredito, tú estás malo —dijo alguien—. Que te den una copa de coñac.

—Que es verdad, os digo. Primo ha declarado el estado de sitio en Barcelona y tomado el mando de la ciudad. Y ahora dicen que ha mandado un ultimátum al Gobierno.

La noticia se extendió por el café como debió extenderse a través de todos los cafés de Madrid cuajados de gente a aquella hora. Cuando nos marchamos, la Puerta del Sol era un hormiguero. Las gentes se preguntaban unas a las otras:

—¿Qué va a pasar aquí?

Y no pasó nada. Mi hermano y yo nos quedamos en la Puerta del Sol tomando parte en las discusiones de los innumerables corrillos, hasta que llegó el primer tranvía lleno de obreros de los barrios extremos y los barrenderos comenzaron a regar y barrer la plaza. Cuando los periódicos de la mañana aparecieron, con sus gruesas cabeceras sobre la proclamación del general y sobre el anuncio de que el Rey le había llamado a Madrid, no pasó nada. La mayoría de los periódicos dieron la bienvenida incondicional al dictador; unos pocos se reservaron su juicio. Los dos periódicos más importantes de la izquierda, El Liberal y El Sol, maniobraron hábilmente, sin criticar el asalto al poder y sin apoyarlo. El hombre de la calle se quedó mirando atónito lo que pasaba, como la gallina hipnotizada se queda mirando el trozo de tiza; y cuando trató de recobrar su equilibrio, los acontecimientos le habían sobrepasado: el Gobierno había dimitido, algunos de sus miembros habían huido al extranjero, el Rey había dado su aprobación al hecho consumado y España tenía un nuevo gobierno llamado el Directorio, que suspendió todos los derechos constitucionales.

—Hola, Luis, ¿cómo van las cosas?

Los ojillos de cerdo de Pla trataban de encontrarme en alguna parte siguiendo la dirección de mi voz.

—Siéntate y toma algo.

—¿Estás todavía en el banco? ¿Cómo escapaste durante la huelga?

—He tenido una suerte loca, chico. Dos semanas antes de que estallara la huelga, cogí una pulmonía, y cuando pude volver al trabajo todo se había acabado. De otra forma me hubieran puesto en la calle, seguro. No estaba en favor de esos granujas del Sindicato Libre, pero hubiera ido a la huelga con los otros. En cambio, me han subido el sueldo. Ahora tengo 250 pesetas. Bueno, es verdad que llevo en el banco veinticinco años...

—No exageres, ¿eh?

—Bien, desde 1906, es decir diecisiete años. De todas formas, toda mi vida.

—¿Y qué te parece Primo de Rivera?

—Si digo la verdad, me gusta el tipo. Tiene cojones y buen humor. ¿Has leído su último manifiesto? Es español verdadero decirle a la gente que él está donde está por sus «atributos de masculinidad». Me gusta. Claro que no puedo imaginarme en qué va a acabar todo esto. Parece que quiere colaborar con todo el mundo, incluso con los socialistas, y ya ha invitado a Largo Caballero y a unos pocos más para que le sometan los problemas obreros. Y los pistoleros de Barcelona ya no están tan flamencos. Ha dicho que le pega cuatro tiros al primero que coja, aunque sea uno de los de Martínez Anido.

Una avalancha de vendedores de periódicos pasó corriendo ante la puerta, llenando la calle de una algarabía de gritos; dos de ellos entraron en la taberna:

—¡El asalto al Correo de Andalucía!

Cada parroquiano compró un ejemplar. En letras gigantescas los periódicos anunciaban el último robo y asesinato: el coche correo del tren Madrid—Sevilla había sido asaltado, el oficial de correos en cargo asesinado, y las sacas de correo robadas.

—No se le ponen las cosas muy fáciles a Primo. Aquí tiene otra vez a los pistoleros vivitos y coleando, cuando él creía que había acabado con ellos.

—Ésos son los anarquistas —dijo alguien.

—Ya verás. A esos socios no los cogen —gruñó Pla.

Este crimen fue una prueba seria para Primo de Rivera. La gente en España tiene la inclinación de divertirse con cualquier ataque a los poderes constituidos y contemplarlo como un espectáculo, con una cierta simpatía hacia el rebelde contra la autoridad. El robo a mano armada había casi desaparecido por entonces, y el sentimiento de peligro e inestabilidad de la ola de atentados se había mitigado. Ahora

este nuevo asalto, aunque provocaba la natural repulsión por la brutalidad del asesinato, proporcionaba también la excitación de un desafío al flamante dictador.

La prensa de derecha explotó esta oportunidad para una campaña desatada contra las fuerzas «aún libres de la masonería, el bolcheviquismo, el socialismo, el anarquismo y tal y tal, aún rampantes en el más católico país, regido por un general patriota..., etc.». Ésta era la ocasión para hacer un escarmiento ejemplar, sin piedad alguna para los culpables, y salvar así la ley y el orden en el país.

Se cogió a los asesinos y resultaron ser dos jóvenes de familias acomodadas de la clase media, degenerados y viciosos, con un homosexual feminoide como cómplice. Los dos asesinos fueron ahorcados y su cómplice condenado a cadena perpetua. Hubiera sido imposible salvarlos de la pena capital, después de la campaña intensa que se había realizado de antemano bajo la presunción de que los asesinos pertenecían a un grupo político. Sin embargo, aunque este mito se había destruido, el rigor de la dictadura hirió a todas las agrupaciones de izquierda: unas fueron disueltas, otras sometidas a una vigilancia extrema y restringidas en sus funciones; el derecho de huelga se suspendió y al mismo tiempo se erigieron tribunales para resolver los conflictos sociales. El Directorio emprendió una serie de trabajos públicos en gran escala y el paro disminuyó rápidamente. El nuevo régimen se afirmaba en su posición.

Pero aún quedaba la cuestión de Marruecos.

El duque de Hornachuelos se presentó un día en la oficina y dio la orden de registrar una patente de invención por el hecho de poner anuncios en los paquetes de cigarrillos. Le dije que esto no podía registrarse como un invento y me contestó:

—Usted solicita las patentes, y el ministerio las concederá.

El jefe de la oficina de patentes se negó a conceder el registro porque aquello no era invención alguna, pero una amistosa carta del

nuevo amo de España le hizo cambiar de opinión. Durante el trámite tuve ocasión de hablar frecuentemente con el duque.

Yo estaba interesado en él y él parecía interesarse por mí. Por mi parte, este interés arrancaba de un recuerdo de mis tiempos de infancia. En una de mis vacaciones en Córdoba había oído una historia acerca del entonces joven y presunto heredero del mísero duque de Hornachuelos. En un baile de carnaval había hecho el ridículo, porque su padre no le daba más que cincuenta céntimos a la semana para sus gastos; y había exclamado furiosamente en público: «¡Qué ganas tengo que reviente mi padre, para poderme gastar un duro a gusto!».

Cuando llegué a conocerle, había cumplido su deseo; se había gastado la fortuna de la familia y estaba entrampado hasta los ojos, pero como era uno de los compañeros de juerga de Alfonso XIII, se encontraba en una posición privilegiada. Ahora, bajo la dictadura, contaba con tener en sus manos el monopolio de las envolturas de cigarrillos y cerillas con anuncios, bajo los derechos imaginarios de sus pretendidas invenciones; sería muy fácil para él encontrar quien financiara el fantástico negocio. Y un día hablamos sobre Marruecos:

—Yo he estado allí como teniente y conozco el país. Es donde está el futuro de España. Pero ahora don Miguelito está hablando de abandonar Marruecos. Es una pura cobardía y así se lo he dicho en su cara. Marruecos es español por derecho propio, es nuestra herencia de los Reyes Católicos, es un deber sagrado que no podemos eludir. Lo que menos podemos consentir es que el viejo Miguelito haga el tonto con esta cuestión. Sería tanto como dejar a los ingleses establecerse allí en dos semanas y que los pescadores de Málaga tuvieran que pedir permiso para pescar en las aguas de Cádiz. Cortaría España en dos. No. Si Primo intenta de verdad abandonar Marruecos, le vamos a tener que echar a patadas.

El segundo de nuestros clientes con quien yo hablé acerca de la cuestión de Marruecos, por aquel entonces, fue el comandante Marín,

un hombrecillo cínico, inteligente y despreocupado, que trabajaba para una famosa sociedad de leche condensada y obraba como un intermediario en la negociación de contratos para el suministro a las tropas y los hospitales de Marruecos. Ahora bien, unos cuantos protegidos del dictador habían establecido una nueva fábrica de leche condensada, contando con la seguridad de las órdenes para el ejército como base del negocio. Y habían registrado una serie de marcas de fábrica que imitaban las marcas de la compañía que representaba Marín. Nuestra oficina iba a dirigir el procedimiento legal contra estas imitaciones, y Marín nos visitaba con frecuencia para discutir el asunto. Así, un día me dijo:

—¡Vaya un lío! Este Primo de Rivera nos va a volver locos a todos. Aquí está haciendo favores a sus amiguitos y dando monopolios a derecha e izquierda, y mientras tanto se le ha olvidado que en Marruecos es donde únicamente puede dar de comer al ejército. Hay más de cien mil hombres en África en este momento y es el tiempo de las vacas gordas. Si les dejamos, van a vender más leche condensada en un año que nosotros en diez. ¡Y a este hombre se le ha metido en la cabezota que el país quiere que se termine Marruecos, y que él está para servir al país! Le digo a usted que el viejo puede ser decente, pero idiota, un completo idiota que no tiene la menor idea de lo que es gobernar un país.

Mi hermano y yo estábamos viviendo solos con nuestra madre, desde que mi hermana se había casado y había montado su propia casa. Cada vez que Rafael y yo discutíamos acaloradamente el presente y el futuro del país, mi madre no mostraba ni excitamiento ni aprensión. Tampoco lo había mostrado cuando Primo de Rivera había dado su golpe de Estado:

—Tenía que pasar esto —decía—, era lo mismo cuando yo era una chiquilla y después cuando trabajé de doncella en la casa del duque de Montpensier. Había gentes que querían que el duque fuera rey de

España en lugar de Isabel II. Todo esto pasó antes de la República y el propio general Primo vino desde Inglaterra para tomar el partido del duque. Yo era una chiquilla entonces, pero me acuerdo que todos los días había motines, hasta que destronaron a la Reina y vino la República. Pero entonces los generales se quedaron de brazos cruzados, sin tener nada que hacer, y se echaron a buscar un rey por todas partes. Algunos querían intentar otra vez que lo fuera el duque. Y en aquellos días, un general u otro estaban siempre haciendo una revolución con dos o tres regimientos. O le fusilaban o le hacían jefe de gobierno. El palacio del duque estaba siempre lleno de generales, y uno de ellos era el padre o el tío de este Primo de Rivera, un hombre que unas veces estaba contra los carlistas y otras buscando un rey para echar a los republicanos. Al fin pescaron a Alfonso XII y le casaron con la hija del duque. Una lástima que se muriera aquel verano. Y desde entonces hasta ahora, siempre ha habido un general a mano para protestar contra esto o aquello. Pero ninguno de ellos arregló jamás el país. Éste tampoco lo hará.

—¿Quién cree usted que podría poner España en orden? —le pregunté un día.

—¿Yo qué sé? Yo no entiendo de esas cosas. Si viviera tu padre, él te lo podría explicar mejor que yo. Fue un republicano toda su vida y yo creo que tenía razón.

Yo sabía la debilidad secreta de mi madre por contar un incidente histórico en la vida de mi padre:

—Ande, cuéntenos la historia otra vez —le dije.

—Pues... Todo ello pasó en el 83, cuando querían que volviera la República, un poco después de que coronaran a Alfonso XII. Y tu padre salvó el pellejo gracias a que se dormía como un tronco. En Badajoz los sargentos habían formado una junta y tu padre era el secretario. Iban a sacar las tropas a la calle una madrugada y tu padre se echó a dormir en el cuarto de los sargentos y dijo que le despertaran. No sé si le

olvidaron o si no se despertó. Pero el general Martínez Campos, que mandaba entonces, se enteró del proyecto por algún soplón y cuando abrieron las puertas del cuartel para sacar los soldados a la calle, todos los sargentos fueron arrestados; se les formó consejo sumarísimo y se les fusiló. Y tu padre durmiendo como un bendito. No le pasó nada, porque ninguno de sus compañeros le denunció. Pero al general que estaba a la cabeza del levantamiento le ahorcaron... Creo que tu padre se hacía muchas ilusiones, porque si aquello hubiera salido bien, la República hubiera sido una república de generales y para eso lo mismo daba tener un rey.

Estábamos viviendo bastante bien. Yo ganaba lo suficiente, y Rafael había encontrado una plaza de contable con un contratista catalán que había venido a Madrid a la caza de contratos para las obras públicas que se emprendían. Había obtenido ya algunos contratos pequeños de carreteras, pero su objeto principal eran los grandes contratos de barriadas de casas baratas que se planeaban en los suburbios de Madrid.

Un día Rafael vino a casa con la noticia de que a su jefe le habían dado el contrato para dos de estas barriadas:

—Si todos los negocios con el Directorio son como éstos, vaya un lío que se va a armar. ¿Sabes? Mi jefe tiene amigos en el ministerio que le tienen al corriente de las propuestas que se hacen en los otros pliegos de las subastas. En el último momento, le dijeron que podía tener los contratos si estaba dispuesto a pagar un millón de pesetas en dinero contante y sonante. Naturalmente, no tenía dinero para pagar así, porque estaba trabajando con el crédito que le dio Urquijo. Así que se tuvo que ir a verle otra vez; primero para ver si le daban el millón y segundo para saber si le abrían crédito hasta que el Estado le pagara a él. Y todo está ya arreglado. Le han dado los dos contratos, el banco le ha abierto un crédito por los gastos generales, ha pagado el millón y el banco ha puesto como condición el derecho de transferir los contratos a un

testaferro si no paga el préstamo y los intereses. Todo, una broma de diez millones de pesetas.

—Bien, pero al fin y al cabo no está mal que la gente pobre tenga casa propia, aunque cueste mucho dinero —dijo mi madre.

Rafael la miró compasivo:

—Pero ¿es que usted se cree que las casas son para la gente pobre? Van a construir dos barrios de hotelitos, cada uno con su jardincito y su tapia, y los van alquilar a 150 o 350 pesetas al mes. La más barata es tanto como mi sueldo.

—Lo siento que sea otra granujada. ¿Sabéis que nuestra vieja buhardilla, que yo pagaba nueve pesetas, vale ahora veinticinco? Ya os he dicho que de los generales nunca sale nada bueno.

Se quedó pensativa y agregó:

—Si al menos este hombre terminara la guerra en Marruecos... pero ¿cómo puede un general terminar guerras?

Capítulo 9

Villa Rosa

El año 1924 marca una profunda huella en mi vida. Si la evolución posterior de mi país no hubiera obrado sobre mí como un catalítico —como lo hizo sobre veinte millones de otros españoles—, el curso de mi vida interna y externa hubiera podido quedar determinado entonces.

Me casé y cambié mi categoría social en el curso de aquel año.

Mi familia, y sobre todo mi madre, tenía la convicción de que yo encontraría una mujer con todas las cualidades de lo que se llama «un buen partido». Tenía una amiguita, exactamente como cada uno de mi edad en España, porque hubiera sido humillante no tenerla. Mi familia no esperaba que se convirtiera en mi mujer y yo tampoco; hasta entonces no había pensado seriamente en casarme. Otras relaciones satisfacían mis necesidades sexuales y mi «novia» era simplemente una exhibición de mi hombría. La idea de matrimonio la había dado de lado hasta que mi situación financiera fuera mejor. Pero parece que los demás habían comenzado a pensar que ya estaba en edad de casarme.

Un día, el viejo don Agustín me llamó a su despacho mientras su hija, una atractiva muchacha de veintitrés años, estaba con él. Comenzó a dictarme unas notas y la muchacha nos dejó solos. Cuando terminamos, se quitó las gafas y preguntó:

—¿Qué te parece Conchita?

—Una chica muy guapa y muy simpática. —Le dije lo que pensaba y él era bastante inteligente para darse cuenta de ello.

—Es la clase de muchacha que hará una buena madre de familia y debería encontrar un buen marido, pero hasta ahora no hay asomo de ello.

—¿No tiene novio?

—Tiene bastantes pretendientes; todos señoritingos. Pero lo que yo quiero para ella es un marido que sepa lo que es trabajar, y si puede ser, alguien que entienda este negocio nuestro. Yo ya voy siendo viejo. No

te rías, aún me quedan veinte años más de vida; aunque tal vez no. Bueno, de todas maneras, lo mejor para Conchita sería un marido como tú. ¿Tienes novia?

—Sí.

—Cuéntame quién es. ¿Es de buena familia?

—Si lo que quiere usted decir es si la familia tiene dinero, no lo es, sino muy pobre. Y si lo que usted llama una buena familia es una familia de distinción, tampoco lo es.

—Pero, hombre, entonces estás haciendo el tonto. Lo que tú necesitas es una boda que te ponga definitivamente en un nivel de vida. Tú necesitas una mujer como Conchita. Después de todo, ella tiene su dote y en cuanto a su marido, tendrá un puesto seguro en la firma. Tú comprenderás que no hay dificultad alguna en convertir en socio al hijo político.

—¿Me está usted haciendo una proposición, don Agustín?

—Tómalo como quieras. Nosotros los viejos no tenemos que andar con muchos miramientos, pero tú deberías ir pensando en lo que es más conveniente para ti y no seguir siendo un don nadie.

Y aquí terminó la conversación. Nunca pude saber si la iniciativa había partido del padre, de la hija o de la madre, que me mostraba gran afecto.

Pero yo tenía al lado un ejemplo vivo de las consecuencias del celo matrimonial de don Agustín en la persona de su hijo político Domingo. Éste solía decir que su padre era un maquinista de trenes expresos, pero de los detalles que a veces se le escapaban en la conversación, era claro que su padre no había pasado de ser un fogonero en los muelles de la estación de Albacete. Era una familia numerosa, llena de dificultades para ir viviendo. Domingo resultó tener una buena cabeza para los números y una magnífica caligrafía, y el padre, con estas dos cualidades en consideración, le mandó a Madrid a que se buscara la vida. El muchacho anduvo rodando de una oficina a otra, siempre hambriento y

sin encontrar jamás un porvenir. Cuando andaba ya en los treinta, cayó en casa de Ungría, como otros muchos, aceptando una miserable existencia por escapar de un hambre segura. La hija mayor de don Agustín parecía encontrarle atractivo y le saludaba afectuosamente a menudo desde los balcones que dominaban la entrada de la oficina. Era ya una solterona que no cumpliría más los treinta, pero Domingo había pasado mucha hambre. Se casaron. Don Agustín les montó la casa, le señaló un sueldo de cincuenta duros, que entonces era una gran cantidad, y le hizo apoderado suyo. La pareja resultó prolífera y don Agustín iba pagando cada nieto que Domingo le daba con un aumento de veinticinco pesetas.

Después, le llamaba a su despacho:

—Tú eres un idiota. Si no fueras el marido de mi hija, te ponía en la calle ahora mismo. Da las gracias a tu mujer, que es una santa, y a tus hijos, que son mis nietos, que no te pongo en la calle. Te voy a poner a copiar facturas. ¿Y tú eres mi hijo? Tú eres un idiota.

Todo el personal escuchaba estas broncas. Don Agustín disfrutaba en hacerlas en público y la única defensa del pobre don Domingo era renegar —también en público— de la maldita hora en que se le había ocurrido escapar de la miseria casándose.

La oferta de don Agustín no tenía atracción alguna para mí. Pero se lo conté a mi madre.

—Y tú, ¿qué le has contestado?

—Nada. La chica no me interesa, pero claro es que esto no podía decirle al padre sin ser grosero.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada. Ya le digo que el asunto no me interesa lo más mínimo. Me basta el espejo de don Domingo para saber las consecuencias.

—Pero tú eres más inteligente que don Domingo.

—¿Y qué? Seguramente el viejo no se atrevería a decirme que soy un idiota estúpido como a él, pero un día u otro diría que me había sacado de la miseria.

Se quedó pensando un poco y dijo:

—¿Sabes? Si no te casas por amor, vas a ser un infeliz; y esto es una cosa muy rara en este mundo.

Aunque mi madre no siguió el tema, habló de ello con algunos familiares y conocidos. Como una consecuencia, durante días y días tuve que soportar los consejos desinteresados que todos se encontraban en obligación de darme: no tenía que ser un tonto y perder la ocasión que se me presentaba. Al mismo tiempo se estableció una oposición abierta contra mi novia, incluso por parte de su propia familia. Sus padres y hermana consideraban que, si no decidía casarme o dejarla libre, estaba perdiendo el tiempo conmigo. Ambas actitudes acabaron por enfurecerme y un día dije que me iba a casar con ella. Y me casé.

Casi simultáneamente, uno de los jefes de una de las agencias de patentes más importantes de España falleció inesperadamente. Yo sabía que iba a ser difícil encontrar quien le sustituyera, porque su trabajo necesitaba conocimientos especiales, y me fui a ver al director de la firma. Me conocía, como nos conocíamos todos dentro del círculo estrecho de la profesión, y llegamos a un acuerdo. Me haría cargo de la dirección técnica de la firma, con un salario de quinientas pesetas y una comisión. Mi matrimonio comenzaba con buenos auspicios. Aunque ya había comprobado que había poco en común entre las ideas de mi mujer y las mías, tenía la seguridad de que en unos cuantos meses de vivir juntos se convertiría a mi manera de pensar en lo que yo entendía debían ser las relaciones entre marido y mujer.

Al cabo de unos pocos meses dominaba perfectamente mi nuevo trabajo y había fracasado completamente en mi matrimonio.

Mi suegro vino a verme un día:

—Quiero hablarte seriamente —me dijo—. La chica me ha contado las cuestiones que tenéis. Tú tienes la cabeza llena de modernismos y quieres cambiar el mundo; eso es lo que te pasa. Pero el mundo no es así. Mira, una mujer o es una mujer casada, y en este caso su puesto es tener la casa arreglada y ocuparse de los chicos, o es una puta y entonces su puesto es pasearse en las esquinas. Y no se te meta en la cabeza nada diferente. El hombre tiene que mantener la casa y los chicos, ésta es su obligación. Y si un día le da la gana de divertirse un poco, pues bien, te vas por ahí, te buscas una fulana y haces lo que te pida el cuerpo sin dar escándalo. Y nada más. Hazme caso, que yo tengo ya mis sesenta y voy para viejo y sé lo que me digo. Pero si seguís como vais, vais a acabar mal.

Traté de no exigir de mi mujer más de lo que ella podía dar. Nuestro matrimonio quedó pronto deshecho y reducido tan sólo al contacto físico. Pero naturalmente, si la propia mujer de uno no se diferencia de las demás mujeres, más que por el color del pelo, el perfil de la cara o las líneas del cuerpo, se convierte irremisiblemente en una más de las muchas mujeres que le atraen a cada hombre, con la desventaja de ser la única que se tiene a mano de día y de noche, sus atractivos sometidos a una comparación constante y a un desgaste por su uso sin cariño.

El señor Latre era un hombre de setenta años, tan bien conservado que nadie le hubiera tomado por más de cincuenta. Hablaba tres idiomas fluentemente y conocía el mundo fuera de España. Era el propietario de una de las mejores tiendas de novedades de Madrid y había viajado frecuentemente por Europa, aparte de haber sido educado en una universidad alemana. Se había mantenido soltero y ahora estaba retirado de los negocios. Rumiando mi aislamiento, pensaba que no podía soportar la reacción de mis amigos a mis problemas, que en general no era otra cosa que la misma de mi suegro en diferente forma. Pero un día le hablé a Latre:

—No sé qué hacer. No puedo formular ninguna queja completa contra mi mujer. Físicamente me gusta y creo que yo le gusto a ella; de todas maneras, sexualmente estoy satisfecho y no siento celos de ninguna clase. Pero aparte de esto somos dos completos extranjeros el uno para el otro, como si fuera una mujer de la calle y yo un parroquiano habitual. Mi vida y mi persona no le interesan y en esto me estrello contra una pared que no puedo saltar. Su frase favorita es: «Esto son cosas de mujeres». Tampoco puedo llamarlo incompatibilidad. No somos incompatibles, ni aun antagónicos, me atrevería a decir. Simplemente vivimos en dos mundos distintos, sin que haya comunicación entre ellos.

—Al fin y al cabo, ¿qué puedo decirte yo? Tú eres el enfermo y estás dando tú mismo el diagnóstico. Que yo sepa, no hay remedio para esta enfermedad. El problema no radica ni en ella ni en ti; mejor dicho, si radica en alguien, es en ti precisamente. Pero de todas formas no veo qué puedes hacer.

—No entiendo a dónde va usted a parar.

—El problema es complicado en detalles, pero es muy simple en sus líneas generales. Mira, en España, los chicos y las chicas se crían en dos grupos separados, aislados unos de otros. Al chico se le dice que no debe arrimarse a las chicas o jugar con ellas; y si lo hace, se le llama un mariquita. A las chicas se les enseña que los chicos son brutos y bestias, y que la muchacha a quien le gusta jugar con ellos no es una mujercita, sino una marimacho, lo cual es muy malo. Más tarde los maestros de escuela se dedican a enseñar a los chicos que la mujer es un saco de porquerías y de impurezas, y a las chicas que el hombre es la encarnación del demonio, creado sólo para la perdición de las mujeres. Así, los muchachos forman su sociedad masculina y las muchachas su sociedad femenina. Cuando el sexo se despierta con todas sus exigencias, el muchacho se va a un burdel y aprende allí todo lo que hay que aprender, y la muchacha espera hasta que uno de los muchachos,

harto ya de prostitutas, venga a pedirle que se acueste con él. Unas consienten a través del matrimonio y otras sin matrimonio; las primeras se convierten en mujeres casadas decentes y las segundas en putas. ¿Cómo puedes esperar que nazcan matrimonios de verdad, completos, en este ambiente?

—Todo eso ya me lo sé yo, pero lo que no entiendo es por qué después de casarse no pueden adaptarse los dos, uno al otro.

—Bien, bien. ¿Te adaptas tú a tu mujer, o no intentas que se adapte ella a ti? Pero, en fin, aparte de tu caso, ninguno lo puede hacer, porque el conjunto de la sociedad de su propio sexo está contra ello. Te voy a describir lo que pasa en la vida de cada día, y tú mismo vas a reconocer que lo has visto millares de veces: se casan dos jóvenes, porque están más o menos enamorados uno del otro. Durante los primeros dos meses van juntos, agarraditos del brazo, a todas partes, y hasta se besan delante de la gente y todos dicen: «Da gusto verlos. ¡Cómo se quieren!». Pero después de la luna de miel comienza la gran ofensiva, que aunque es completamente inconsciente es realmente efectiva. Un día, cuando él ha terminado su trabajo, los amigos vienen y le dicen: «Anda, vente con nosotros a casa de la Fulanita, que nos vamos a beber una botella de vino». «No —responde él— «me voy a casa.» «Caramba, ¿todavía te dura la fiebre? No se te va a escapar la mujer... Todos los días perdiz, cansa.» El hombre se escapa, pero ellos renuevan el ataque otro día y esta vez más directo: «Bien, parece que estás cosido a sus faldas. Mira, el hombre es el que tiene los pantalones, no la mujer». Y si todavía resiste el marido, los amigos acaban por abandonarlo, se le deja solo, y el pueblo en pleno dice que en su casa es la mujer la que lleva los pantalones.

»Lo mismo pasa con la recién casada. Si muestra muy abiertamente su cariño al marido, sus amiguitas y hasta su propia madre comienzan a criticarla abiertamente. Le dicen: "Qué, ¿todavía no se ha acabado la luna de miel?". Y al final le dicen: "¡Pero, muchacha, estás igual que

una perra caliente, corriendo siempre detrás de él!". Al fin, ella no se atreve ya a mostrar que está encariñada con él, porque tiene miedo de las burlas de las otras mujeres y acaba por convencerse que él tiene su derecho a mantener sus amistades y hasta sus diversiones; incluso que no es un real hombre si no lo hace. Todo termina, como terminan la mayoría de los matrimonios en nuestro país, en un vacío absoluto. Lo raro sería que, siendo las cosas como son, no fuera así.

No había solución. Traté de incorporarme a la sociedad masculina; no quería convertirme en un solitario aburrido. Por un tiempo estuve yendo a la taberna de la calle de Preciados. Pero rápidamente todos se enteraron de mi nueva colocación, y perdí los antiguos conocidos. Comenzaba una discusión y fuera él que fuera el que tenía la palabra, se interrumpía de pronto y decía:

—Claro, don Arturo —ahora ya era «don Arturo»— no puede estar conforme con lo que yo digo. Lo comprendo. Está en otra situación que nosotros ahora. Se ha convertido en un burgués y hay muchas cosas que ya no puede ver con los mismos ojos que las vemos nosotros...

En otras ocasiones las palabras tomaban un giro más agresivo:

—Lo que necesitamos es una revolución. Hay que hacer una limpieza y ahorcar a todos los generales y a todos los curas. Hay que quemar las iglesias y...

—Al fin, te ibas a quedar tú solo, ¿no? —decía yo.

—Claro, tú eres un burgués. Ya te han comprado y tú ya te has vendido por el plato de lentejas. Sí, amiguito, ahora no te falta más que engordar, comprarte una sortija con un diamante gordo, e ir a misa a los jesuítas. Ya hemos visto muchos como tú.

Una tarde de domingo, después de una corrida de toros en la cual había actuado un torero famoso, entonces muy discutido, nos reunimos en la taberna y comenzamos a discutir sus faenas. Uno de sus entusiastas hizo una afirmación que yo contradije.

—Naturalmente —replicó—, usted lo ha visto mucho más cerca que yo. Como don Arturo ahora pertenece a los de arriba, se puede permitir el lujo de una contrabarrera y ver lo que nosotros no podemos ver desde la andanada de sol.

De esta forma, nuestras discusiones se hundían en el ridículo. Si alguien decía que hacía frío y yo decía que no me lo parecía, se me contestaba que «claro, como yo podía comprarme un buen gabán». Unas veces reaccionaba furioso y otras lo tomaba a broma. Al fin dejé de ir allí.

Me refugié en la taberna del Portugués, en compañía de Pla. Me había conocido como un muchacho y como un hombre, y no era capaz de malentenderme. Al cabo de unas semanas, Pla era el único que me defendía en nuestra peña y a veces por puro compromiso. Mi carnet de miembro de la UGT se había convertido en un arma de dos filos. A los que estaban por encima de mí, les parecía una desgracia que yo, un jefe de una gran firma, me mezclara con la gentuza de la Casa del Pueblo. A los obreros, incluso a los de cuello duro, les parecía un intruso.

Al final me sumergí totalmente en mi trabajo, que tenía grandes atracciones para mí. No había logrado llegar a ser un ingeniero, ni aun un mal mecánico, pero ahora era consejero de inventores. A menudo los ayudaba en sus investigaciones y en sus problemas, solamente por escapar de mí mismo. Escribía artículos técnicos o jurídicos para dos revistas profesionales y mi jefe me dejó editar una revista técnica como propaganda de la firma. Mi trabajo me llevó al corazón de la gran industria, y mis viajes a los dos centros industriales de España —Cataluña y Vizcaya— se hicieron más frecuentes. Más y más, cada vez iba perdiendo mi contacto personal con las gentes. Y sin embargo, me seguía gustando mezclarme con gentes del pueblo. Fue por entonces cuando me convertí en un parroquiano habitual de dos sitios absolutamente dispares: Villa Rosa y la taberna de Serafín.

Villa Rosa era uno de los colmados andaluces más conocidos de Madrid, en una esquina de la plaza de Santa Ana. Acostumbraba a ir allí cuando tenía dieciocho años, abundante dinero en el bolsillo y una debilidad por los vinos andaluces. De aquel período no había quedado nada que me uniera a Villa Rosa, más que mi amistad con un viejo camarero, Manolo. Había sido para mí como un padrazo gruñón, que sabía regañarme y hasta echarme a la calle cuando tenía un poco más de vino que lo que me convenía. Había sido mi consejero infinitas veces, con el humor picaro de un viejo corrido y con una honestidad que raramente se encuentra en España, excepto entre granujas y cínicos que tienen su propio código de decencia entre sí. Un día me lo encontré en la calle y comenzamos a desenterrar recuerdos. Su apariencia era la de un digno mayordomo de casa grande, con sus ribetes de bufón alegre que se ha aviejado y se ha vuelto sabio como el diablo, «más por viejo que por diablo», todo encerrado en una cara infinitamente sagaz encuadrada de cabellos canos.

—Todavía estoy en Villa Rosa —me dijo—. Venga usted a verme un día.

—Mañana por la noche voy. Te lo prometo, Manolo.

Y fui. Manolo me presentó y respondió por mí a toda la concurrencia de calaveras jóvenes y viejos que eran los habituales.

Hacia el mismo tiempo, un día pasé ante la taberna del señor Fernando, en la calle de las Huertas. En aquella tabernita, frecuentada por trabajadores de Lavapiés, por prostitutas de Antón Martín y sus chulos, yo había bebido mi primer vaso de vino. Cuando Rafael y yo éramos aún niños, habíamos ido muchas veces por una botella de vino para comer. El propietario, el señor Fernando, nos daba un vaso de limonada o diez céntimos para caramelos y cuando su hijo, Serafín, gordito como una morcilla, no estaba muy ocupado fregando vasos y botellas, jugábamos con él tras el mostrador. Cuando pasé aquel día estaba en la puerta un muchachote fornido y rollizo en mangas de

camisa y con un delantal a rayas verdes y negras, que se me quedó mirando. Dio un paso hacia mí:

—Perdone usted. Usted es Arturo, ¿no?

—Y tú eres Serafín.

Me metió en la taberna entonces vacía. En la trastienda sonó la carraspera del señor Fernando. Me senté con ellos y les conté mi vida. La suya no había cambiado: seguían con su negocio y con sus parroquianos que se iban haciendo un poquito viejos, y entre los que había algunos jóvenes que iban reemplazando a los que desaparecían:

—Ven a vernos —dijo el señor Fernando—. Bueno, si no te has vuelto orgulloso para rozarte con nosotros.

—Todavía soy el hijo de la señora Leonor, la lavandera —le dije—. Vendré.

Cuando no iba a Villa Rosa a bromear un rato con Manolo, me iba a la taberna del señor Fernando, mejor dicho a la taberna de Serafín, porque el señor Fernando se murió muy poco tiempo después. Allí se me aceptaba como un proletario, porque Serafín había jugado conmigo y el señor Fernando había conocido a mi madre cuando aún bajaba a lavar al río.

Manolo vino a mi mesa, la limpió con el paño y preguntó:

—¿Qué va a ser hoy? ¿Lo de siempre? Y un chato para mí que estoy seco de sed. —Tráete media docena.

—Tenemos una buena juerga dentro. Ya le contaré después.

Trajo una bandeja con los seis vasitos de manzanilla y levantó uno de ellos en alto:

—¡A su salud! —se inclinó confidencial—: ¿Sabe usted quién está en el patio?

Villa Rosa tenía un patio con techo de cristal, imitando un patio andaluz, lleno de tiestos con flores, paredes cubiertas de azulejos e imitadas ventanas moriscas decoradas con escayola.

—Yo qué sé. ¿Quién está dentro?

—Don Miguelito.

—Bueno, y ¿quién es don Miguelito?

—¡La madre de Dios, pues no es usted cerrao, ni náa! ¿Quién va a ser? ¡El Rey de España! El mismísimo Primo de Rivera. Se ha liado de juerga hoy y ahí está La Caoba con él y unos cuantos cantores. En cuanto se pase la hora del vermut, vamos a cerrar para el público.

—Por eso es por lo que he visto unos cuantos tipos raros fuera.

—La secreta. Él no quiere que la policía vaya detrás de él, pero no puede quitárselos de encima.

Manolo se marchó a atender a otros parroquianos, pero volvió en seguida y comenzó a dar vueltas alrededor de mí.

—¿Qué opinas tú de don Miguelito, Manolo?

—Hum, ¿qué quiere usted que diga? Yo no me meto en política. Es un tío con reaños. Esto es lo que me gusta de él. Pero, mire usted, todos esos señoritingos que andan siempre a su alrededor como moscas a la miel, son una colección de mangantes que ni aun saben beber. Entre los dos, le diré que yo creo que va a acabar mal. Todos estos fulanos no vienen más que a chupar del bote: «Don Miguel, bébase un chato...» y otro y otro. Y al final, yo mismo lo he visto, cuando le tienen caliente, le sacan un contrato para una carretera, para un amigo suyo o un puesto en un ministerio o una recomendación para sabe Dios qué. Pero en cuanto acaben de ordeñar la vaca, la mandan al matadero. Ya lo vera.

Manolo salpicaba su charla con gestos de gitano viejo que está contando la buenaventura.

—Me gustaría verle de cerca —dije.

—¿No le ha visto usted nunca?

—En retrato sólo.

—Espérese usted un poco. Le voy a presentar. Es un tío muy campechano. —Desapareció por un rato y cuando volvió, me dijo al oído—: ¡Venga! —Asomó la cabeza a través de la puerta entreabierta del patio—: Si Su Excelencia da permiso...

—¡Entra, Manolo!

—Pues, aquí lo traigo a este señor, que es un viejo amigo y que quería saludar a Vuestra Excelencia.

—Dile que pase.

Entré en el patio, bastante excitado y confuso, enfrentado con las miradas de todos los de la reunión. El general Primo de Rivera estaba repantigado en un sillón de mimbre y tenía a su lado una mujer de tipo agitanado. En el rincón opuesto había un grupo de gitanos con guitarras y dos muchachas con faralaes. Las mesitas del patio se habían agrupado en el centro para formar una mesa única, grande, que estaba llena de vasos y botellas, y alrededor de ella una colección de hombres y mujeres, los hombres de todas las edades, las mujeres todas jóvenes, menos dos con tipo de alcahuetas.

—¿Cómo está usted? Tome usted alguna cosa —dijo el general.

Era una situación embarazosa. ¿Qué diablos podía yo decirle a este hombre y qué era lo que podía decirme él a mí? Brindar por la dictadura era algo que yo no podía hacer. Decirle algo así como «a su salud» me parecía ridículo. El general me salvó de la dificultad:

—Si quieren ustedes beber buena manzanilla, señores, vayan al Montillano, en Ceuta. Ese hombre sabe lo que es vino.

—Tiene usted razón, mi general —dije espontáneo.

—¡Caramba! ¿Usted conoce el Montillano?

—He sido sargento en Ceuta, mi general, y el general Serrano me invitó alguna vez allí.

—¡Ah, aquéllos eran los buenos tiempos! ¿Cuándo dejó usted Marruecos?

—Hace un año, poco más o menos.

—Bien, bien. ¿Y qué opina usted de Marruecos?

—Es muy difícil para mí decir lo que pienso, mi general. He sido allí un soldado y no me quejo; no me fue muy mal. Otros lo han pasado

peor que yo, sin hablar de los que no han vuelto y se han quedado allí bajo tierra.

—No es eso lo que yo le preguntaba. Yo estaba hablando de Marruecos. ¿Debemos abandonarlo o no?

—Ésas son cosas muy altas para mí, mi general.

—Sí, naturalmente, pero yo quiero saber lo que usted piensa. Usted ha estado allí, ¿qué haría usted si estuviera en mi puesto? Dígalo con toda franqueza.

—Pues..., diciendo la verdad —muchas veces he pensado si en aquel momento fui tan atrevido por causa del vino—, yo he servido en filas y he visto mucha miseria y muchas cosas mucho peores que miseria. Creo, mi general, que el hombre que quiera gobernar España debe abandonar Marruecos, que no es más que un matadero.

Manolo, a espaldas mías, puntuó mis frases con una simple exclamación gitana:

—¡Ele!

—El general Primo de Rivera opina lo mismo, muchacho. Y si puede lo hará. Y podrá, aunque el diablo se empeñe.

El general se había medio incorporado de la butaca, pero ahora se dejó caer pesadamente contra el respaldo curvo. La cara paternal se cambió en una de aburrimiento. No dijo nada más.

—Excusen ustedes por haberles interrumpido, señores. ¿Manda usted alguna cosa, mi general?

De pronto la rutina automática del ejército había surgido en mí, ayudándome a salir de la situación. Me daba lástima el viejo que ahora estaba en la silla con la cara de un perro azotado.

—Nada, muchacho. Muchas gracias.

Manolo me acompañó a mi mesa:

—¿Qué opina usted del general? —preguntó—. Es un gran tipo, ¿no?

—Manolo, ¿te das cuenta que me puedo ganar ahora mismo mil pesetas, contando lo que acaba de decir el general? —Me venía a la cabeza una visión de mi interviú en la primera página de los periódicos. Manolo se puso serio:

—¡Por la salud de su madre, don Arturo! No sea usted idiota y vaya a hacer un disparate que nos comprometa a todos, y que le cueste a usted que le metan en la cárcel hasta que le salgan canas. Escuche usted a un viejo que no le ha engañado en su vida. Y me parece que lo mejor que puede usted hacer ahora es marcharse a cenar.

Hasta que yo me uní a la tertulia de la taberna de Serafín, el señor Paco había sido allí la voz cantante. Ahora lo era yo. Podía haberse resentido de que yo le hubiera arrebatado un derecho adquirido en veinte años de discusiones políticas alrededor de la mesa de mármol de la trastienda. Pero con todo su aplomo revolucionario, el señor Paco era un hombre sencillo que se asombraba por todo lo que no conocía.

Lo que él conocía a fondo eran las cuatro paredes de su taller de carpintería, las mil y una clase de maderas que existen bajo el sol, las informaciones de los periódicos de izquierda más rabiosos, sobre todo los satíricos, la topografía de todo el barrio de Lavapiés, y el río Jarama a donde iba a pescar y a bañarse en los veranos.

—El oficio ahora es una vergüenza. A mí deme usted una buena mesa de nogal macizo, y no esas porquerías de pino sin labrar, forradas con una chapita que se llena de bultos con un puchero caliente. O encina. La encina es la mejor madera del mundo. Pero hay que saberla trabajar, si no, la herramienta se escurre como si fuera hierro en vez de madera. Mi maestro, el señor Juan, que Dios tenga en paz, me tuvo serrando encina un año entero, hasta que me harté y un día le tiré la herramienta encima del banco: «¡No sierro más!». Me dio un pescozón, era lo que le daban a un aprendiz entonces y a veces hasta a los oficiales, y me dijo: «Qué, ¿te crees que ya lo sabes todo? Bueno, pues vas a trabajar con la garlopa». Y me dio un cepillo y un tablero de

encina para que lo alisara. Me hubiera gustado veros a uno de vosotros allí. La condenada herramienta se atasca en la madera y no corta aunque eches las tripas por la boca. Me costó dos años aprender a cepillar encina y sacar virutas tan finas como papel de fumar. Pero ahora... Sierras con una máquina, cepillas con una máquina y barnizas a máquina. ¡Todo lo más que hay que hacer es serrar unos cachos de pino y pegarles una tapa de caoba y después darle con el pulverizador!

—Pero, señor Paco, las máquinas significan progreso. A ver si nos ponemos de acuerdo. Está usted siempre hablando de socialismo y de progreso y luego empieza usted a maldecir de las máquinas.

—¡Pero por Dios vivo! Yo no quiero decir nada de eso, lo que quiero decir es que ahora ya no hay obreros de verdad. Yo puedo trabajar la madera, pero me da grima que los otros no son capaces de hacer ni esto —e hizo crujir las uñas—. Todo es mecánico. Y lo que pasa es que ahora hacen las cosas a montón como los buñuelos y luego, cuando los obreros piden más jornal, les grita el amo: «Hala, largo de aquí. Para serrar me basta cualquiera, hasta una mujer, si hace falta».

—Bueno, ¿y qué hay de malo con que las mujeres sierren?

—¡Las mujeres a fregar y a dar de mamar a los chicos!

—¿Y se llama usted un socialista?

El señor Paco no sabía qué decir, cuando yo atacaba su socialismo emocional con burlas a veces bastante crueles.

Una noche los periódicos publicaron la noticia de que Abd—el—Krim había cortado las comunicaciones entre Tetuán y Xauen. No lo decían así; contaban la historia de algunos ataques y la pérdida de ciertas posiciones, cuyos nombres no significaban nada para el lector ordinario, aunque significaban desastre para los que conocían el campo de batalla. No sólo significaban que los rebeldes habían cortado las comunicaciones entre Xauen y Tetuán, sino que también amenazaban cortarlas con Ceuta. Habían capturado varias posiciones del macizo de Gorgues, la montaña que domina Tetuán, y desde allí podían escoger o

atacar la ciudad o cortar la línea del ferrocarril y la carretera de Ceuta. La kábila de Ányera, cuyas ramificaciones cubren la costa entre Tánger y Ceuta, daba muestras de rebelión. Aparentemente, se había dado a los jefes de las kábilas armas como una medida de buena política y ahora se sentían inclinados a usar estas mismas armas para un asalto a Ceuta y a Tetuán, de acuerdo con Abd—el—Krim.

Dejé el periódico sobre el mármol del velador en el rincón de la taberna de Serafín. El señor Paco lo cogió y leyó los titulares.

—¡La misma historia de siempre! Ese viejo calzonazos de Primo de Rivera, siempre prometiendo que va a acabar con Marruecos y lo único que hace es tomarnos el pelo, como nos lo tomaron cuando yo estuve allí.

—Esta vez va en serio, Paco. Abd—el—Krim ha ido demasiado lejos.

—Bah, ¡mierda! Éstos son los viejos trucos de los generales. Me los sé de memoria. Una lástima que no nos echen de allí a patadas para siempre. Nos costaría diez mil hombres o más, pero se acabaría. Como ahora es, no es más que una sangría suelta.

—Voy a contarle algo, Paco. —Me acodé en la mesa, muy confidencial. Serafín cerró la puerta de cristales—. Hace pocas semanas estuve hablando con Primo de Rivera.

—Sí, ¡y un jamón! —exclamó el señor Paco.

—Bueno, lo puede usted creer o no. Pero Primo de Rivera quiere abandonar Marruecos.

El círculo de amigos se quedó silencioso, esperando que aquello iba a acabar en una de mis bromas habituales. El señor Paco se puso serio:

—Ésa no me la trago, don Arturo. Usted se burla de uno como yo, porque uno no tiene estudios ni nada, pero no está bien que haga usted eso. Por menos que una broma así le doy yo dos bofetadas a cualquier hijo de madre. Ya soy muy viejo para que se rían de mí.

—Estaba hablando en serio, Paco.

—Y yo le digo que hemos terminado de tratarnos como amigos.

Me levanté:

—Bien, no quiero armar una bronca. Serafín, danos una ronda por mi cuenta.

Bebimos en un silencio hostil. De pronto el señor Paco estampó el vaso sobre el mármol:

—Primo de Rivera es un hijo de mala madre, como todos los generales habidos y por haber, pero... Bueno, usted me ha estado tomando el pelo y yo se lo perdono. Pero broma o no broma, si el viejo marrullero ese abandona Marruecos, el señor Paco, el ebanista, se planta en medio de la Plaza de Antón Martín y grita a voces que es el tío más grande que ha nacido en España. He dicho. Y ahora, Serafín, danos otra ronda, no tengo ganas de que esto acabe mal.

Unos pocos días más tarde comenzaron las operaciones para liberar la guarnición sitiada en Xauen. En un discurso en Málaga, el general Primo de Rivera anunció que intentaba retirar las tropas a las plazas de soberanía —Ceuta, Melilla y Larache— y abandonar la zona de Protectorado. Inmediatamente la kábila de Ányera se sublevó y las comunicaciones entre Ceuta, Tánger y Tetuán quedaron cortadas. Comenzaron a enviarse millares de soldados a Marruecos. Los periódicos no publicaban más que noticias de la guerra.

El señor Paco devoraba los periódicos y comentaba las noticias a su manera:

—Ahora vais a ver cómo se acaba esto: otro desastre como el de Melilla y otros cincuenta mil muertos. Y al fin se harán las paces con Abd—el—Krim, se le dará un buen puesto y se le forrarán los bolsillos de dinero. Y así se arreglarán las cosas, hasta que se subleve otro y se vuelva a empezar.

—Esta vez las cosas son diferentes, Paco.

—¿Diferentes? Eso quisiera yo. Todos son una banda de granujas. Por eso es por lo que han hecho la dictadura. Primero, para que no se

sepa lo que el Rey ha hecho; ¿dónde han ido a parar los papeles de Picasso? Segundo, para poder hacer otro amaño de los suyos y guardarse unos millones. ¡La carne de cañon está barata! Y tenga usted hijos para que se los maten. ¡Así permita Dios revienten todos ellos! —El señor Paco se enjugó la frente; el verano de 1924 fue tórrido. Después agregó—: Y no me venga usted más con sus cuentos. Marruecos no se ha arreglado ni se arreglará nunca. Es la maldición de España y todas nuestras desdichas vendrán de allí. Ya lo veréis con el tiempo todos vosotros.

Primo de Rivera se marchó a Marruecos a hacerse cargo del mando de las fuerzas. Se llevó a cabo la retirada. Fue una victoria estratégica y una hecatombe. Todas las kábilas de la zona de Ceuta y Tetuán se unieron a los rebeldes. La táctica de Primo de Rivera fue liberar las guarniciones de las posiciones y de los blocaos lo mejor que pudo: unas peleando y otras por rescate en dinero y en municiones. Muchas guarniciones fueron liberadas a cambio de entregar su armamento a los moros, a quienes además se les entregaba una cantidad idéntica de armamento como premio: es decir, pagaban dos fusiles por cada hombre rescatado. Las fuerzas españolas afluían al Zoco del Arbaa, desarmadas y desmoralizadas. Desde allí tenían aún que llegar a Ceuta, atravesando territorio hostil que se levantaba a su paso. Se perdieron veinte mil hombres y una cantidad inmensa de material de guerra.

Yo me conocía el terreno palmo a palmo y podía seguir la catástrofe paso a paso. Tomé la costumbre de comprar los periódicos de la tarde al salir de la oficina y sentarme a leerlos en Villa Rosa hasta la hora de cenar. Me sentía incapaz de discutir más el asunto con el señor Paco. Hacia fines de 1924, la mayor parte de las fuerzas españolas habían sido licenciadas. Se dejaron fuertes guarniciones en Ceuta, Melilla y Larache y se abandonó el resto del territorio. La insurrección se había hecho dueña de toda la zona del Protectorado. Primo de Rivera decretó el

bloqueo de la zona. La prensa y la opinión pública le aclamaban como el salvador de Marruecos.

Capítulo 10

La ruta sin fin

En la noche del 26 de diciembre de 1924, un sargento de Ingenieros entró en Villa Rosa. Yo estaba sentado en mi rincón habitual y no veía más que su espalda, mientras él estaba reclinado sobre el mostrador del bar. Encontraba algo familiar en su figura que me forzaba a seguir mirando. En verdad deseaba que fuera alguien a quien yo conociera. Me encontraba solo, entre gentes ignorantes de este Marruecos que aún era una obsesión para mí.

El sargento se volvió a medias y me presentó su perfil. Era Córcoles. La amistad entre gentes que han estado juntos en una guerra es un sentimiento extraño: el ejército le obliga a uno a compartir la misma tienda o a sentarse lado a lado en el círculo que pela patatas alrededor del caldero. Son gentes absolutamente desconocidas. La vida común los convierte en camaradas. La guerra, al fin, los suelda unos a otros con una solidaridad que no es humana, sino más bien la de animales en un peligro común que se agrupan en manada; y al fin esta solidaridad se convierte en amistad. Cuando el licenciamiento llega, cada uno de estos amigos vuelve a su hogar y la masa anónima del pueblo se lo traga. Cada uno de ellos contando sus experiencias a sus conocidos recuerda a veces al amigo perdido, lo menta, y lo convierte en personaje de una historia. A veces exclama entusiasta: «Ha sido el mejor amigo que he tenido en mi vida». Y sin embargo este amigo se ha disuelto en el aire, ha dejado de existir; no cuenta más en su nueva vida. Pero un día ambos se encuentran de nuevo frente a frente, y de golpe resucita un trozo de vida que es inolvidable, no importa cómo hayamos tratado de enterrarla en el olvido. Se abrazan, se golpean los hombros, balbucean, gritan, hablan... y después vuelven a separarse, posiblemente para siempre. Pero cada uno de estos encuentros revuelve en la mente todos los pasos que allí guarda dormidos todo el que ha sido soldado y trata de no acordarse más.

Corcóles y yo nos abrazamos tan ruidosamente que ahogamos por un momento el ruido del bar, lleno a aquella hora. Hubiéramos reducido al silencio los ruidos del café más lleno de Europa. Córcoles había escapado a la matanza, había vivido a través de la retirada de Xauen y ahora estaba con permiso en Madrid, con cada nervio de su cuerpo felino desatado. Nunca me había dado cuenta de cómo lo quería. Ahora sentía como si fuera a llorar. Grité:

—¡Manolo, manzanilla! ¡Manzanilla, Manolo! Una botella o dos o las que quieras. Ven y bebe con nosotros; yo pago. Tráete vino pronto; tenemos que emborracharnos. Mírale, se ha escapado. ¡Tiene siete vidas como un gato!

Cuando Córcoles se emocionaba, se volvía tartaja y las vocales le salían como un cacareo de una gallina:

—¡Vi—iii—no—oo! ¡Aaa—buu—eloo!

—¿Quién es el abuelo aquí, cascarria? Todavía puedo preñar a tu madre.

—¡Manolo, no seas bestia!

—¡A este niño le rompo yo las narices, don Arturo!

—¡Tú harás muy bien de guardarte de ello, voceras!

—Bueno, bueno, vamos a ver qué pasa. ¿Usted es un amigo de don Arturo o qué?

—Manolo, no seas idiota. Éste es el mejor amigo que he tenido en África. Mírale a la cara.

—Bueno; y entonces, ¿por qué es este escándalo? La botella la pago yo y ustedes se callan. ¡Vino, vino! Usted viene y le dice a Manolo: «Yo soy amigo de don Arturo», ¡y ya está! Aquí está Manolo a su servicio. Pero nada de hablar de las canas, ¿eh? Y ahora dígame una cosa: ¿a usted no le mataron en Marruecos?

—¡Caray! Creo que estoy aquí vivito y coleando. ¿No me ve?

—¡Ca, hombre, ca! Usted es un fantasma, con huesos y esa ropa. Le voy a traer a usted una tapa de salchichón que le va a rellenar en dos minutos.

—¡Ay, su madre! Este viejo se está quedando conmigo.

Manolo y Córcoles simpatizaron uno con otro de tal manera como para ponerme a mí celoso. Manolo puso frente a Corcóles una colección de tapas bastantes para hacer una comida abundante, en lugar de las transparentes rajitas que en general se servían con el vino. Se quedó a su lado con un paño al hombro, mirándole comer.

—Usted coma y beba. Está usted más flaco que el hilo de zurcir. ¡Y no me mire usted a la zorra esa! A usted lo que le hace falta es comer y beber y guardarse el aceite en el pellejo.

Verdaderamente si a Córcoles se le hubieran rapado los rizos revueltos que le hacían la cabeza de doble tamaño, y le hubieran dejado en cueros, no hubiera parecido más que una armazón de huesos cubierta de pellejo negro: la nuez le brincaba sobre el cuello, los ojos estaban hundidos en el cráneo y las manos eran cinco rabillos de perro pelón. Pero su guasa era mordaz y más cínica que nunca. Tenía la insolencia de un hombre que se ha enfrentado con la muerte.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo estás?

—Pues ya lo ves. En los puros huesos. Cuando llegamos a Ceuta me tuvieron que meter en el hospital en piezas, porque me había desarmado. Y el doctor dijo: «Dos meses de permiso. ¿Dónde quiere ir?». «A Madrid», le dije. «Pero ¿no tiene usted aquí familia?» «Sí, señor, le contesté, pero la familia y los trastos viejos, lejos. ¡Qué!, ¿quiere usted que salga del hospital para que la mamaíta y las hermanitas me cuiden y me mimen? Para que se pasen todo el día diciendo: Estate quieto, no te muevas, siéntate al sol. Bébete esta tacita de caldo. Arrópate; no, gracias.» El doctor se echó a reír y me dio un vale para que me bañase en el Manzanares.

Se volvió y se quedó mirando a una muchacha:

—¡Caray! ¡Vaya unas mujeres que tenéis por aquí! Manolo, tráeme más jamón. Te voy a subir la propina. Me estoy gastando la mitad de la grava de la carretera de Tetuán a Xauen.

Durante la semana entre Nochebuena y Año Nuevo, los negocios se paralizan. Pedí unos días de permiso y me dediqué a actuar como cicerone de Córcoles, que no conocía Madrid. Y poco a poco fue contándome sus experiencias:

—¿Tú sabes? En Xauen se estaba estupendamente. Tú no lo has conocido cómo cambió. Hasta la Luisa puso allí una sucursal y una taberna en cada esquina. Está estupendo. Bueno, estaba, porque allí ya no quedan ni las ratas. La misma historia de siempre: los moros atacaban uno u otro de los convoyes, pero en Xauen se estaba más tranquilo que aquí con todos estos tranvías; no me acostumbro al ruido. Y así un día oímos que habían atacado Uad Lau, y al siguiente que habían atacado a Miskrela, y al tercero que... Bueno, así una lista. Pero no nos preocupábamos mucho. Hasta que de pronto un día nos dijeron que las cosas iban mal: estábamos cortados con Tetuán. Y allí nos tienes, dando vueltas como burros de noria, los moros poniéndonos caras feroces y el zoco vacío sin que apareciera nadie a vender, y nos estábamos quedando sin nada que comer. Bien, no nos querían vender comida y nos la tomamos: un día limpiamos hasta los rincones de Xauen. Mientras tanto, nos estaban friendo a tiros. Municiones teníamos de sobra, si no, no salimos de allí uno vivo. Al final comenzaban a tirarnos piedras. Así, un día vino el Tercio y dijo: «Se acabó, ¡nos vamos!». «¿Nos vamos dónde?» «Sí —nos dijeron—, nos vamos a España y la guerra se acabó.»

La guerra podía haberse acabado, pero en Xauen no había un dios que lo dijera; nos estaban asando a balazos de día y de noche. La Legión se quedó allí; habían recibido refuerzos y había venido Franco. Se evacuaron las tropas peninsulares y nos mandaron al Zoco del Arbaa

a la luz del día. Tuvimos un poco de tiroteo en el camino, pero íbamos bien protegidos y la cosa no fue grave.

Tú ya conoces el Zoco. Fue allí donde yo te conocí primero, ¿te acuerdas? Cuando llegamos allí, las cosas estaban bastante mal. Había miles y miles viniendo de todas partes, todos hambrientos, comidos de piojos, muertos de sed, sin armas, medio en cueros. Todos parecíamos mendigos; y todos los peces gordos estaban en el Zoco; Millán Astray, Serrano, Marzo, Castro Girona, bueno, toda la pandilla. Nadie sabía qué hacer. Los cantineros no tenían ni agua. Dos días mas tarde llegó la Legión a medianoche. Habían estado rellenando uniformes con paja todo el día y después se habían escapado de Xauen dejando los peleles entre los parapetos, con palos imitando fusiles. Supongo que los moros se tiraron de los pelos al otro día. Pero los legionarios nos metieron prisa: "¡Hala, fuera de aquí antes que se enteren!".

Córcoles apuró su vaso de vino y se puso a trazar líneas con el dedo sobre la mesa.

—Debes acordarte de la situación del zoco. Está en lo alto de un cerro y si vas de allí a Tetuán, lo primero que tienes que hacer es bajar una cuesta empinada con un bosque a la derecha. ¿Te acuerdas aquel camión que estaba ardiendo el día que tú llegaste? Los moros acababan de hacer una emboscada. Bueno, siguiendo con la cuestecita: cuando llegas abajo, tienes que pasar un barranco lleno de árboles, allí donde comienza el bosque, y tienes que empezar a subir otra cuesta. Después, la carretera va derecha a Ben—Karrick. Cuando empezamos a bajar la cuesta, nos metimos en un infierno de balas. La Legión se tiró al barranco y nosotros de cabeza a la cuneta. Los moros se cargaron a todos los que no anduvieron listos. Nos tomó cuatro horas llegar al barranco y dos horas subir la otra cuesta, antes de que estuviéramos en campo abierto. Ha sido la carnicería más grande que he visto en mi vida. Mataron a casi todos los oficiales del Tercio, mataron al general Serrano, le hirieron otra vez a Millán Astray; y te puedes imaginar lo

que le pasaba al pescado menudo que caía a cientos, si esto le pasaba a los peces gordos. En el fondo del barranco no podías verte los dedos de la mano, con el humo y el polvo, los gritos y las blasfemias, y no había más remedio que pisar a los que habían caído para seguir andando. En Ben—Karrick era peor aún: desde la montaña nos tiraban de día y de noche. Llegamos a Tetuán la mitad o menos. Y en Tetuán los cerdos nos asaban de día y de noche desde Gorsgues. —Córcoles se bebió otro vaso de vino—: Sí. Ahora, escucha: yo no puedo tragar a esos fulanos del Tercio. El que no ha matado a su padre o ha hecho algo peor, está para que le encierren en un manicomio. Pero la verdad es que sin ellos, el resto de nosotros no hubiéramos salido vivos. Y el tal Franco está más loco que todos ellos juntos. Le he visto en el maldito barranco más fresco que una lechuga dando gritos: «¡Agacha la cabeza, idiota...! ¡Dos hombres detrás de aquella piedra de la derecha...!». Levantaba la nariz un soldado y le zumbaron patas arriba; un oficial se acercó a él y le mandaron a hacerle compañía; pues bien, Franco salió sin un rasguño. A mí me asustaba más verle que las balas. —Se bebió otro vaso de vino y volvió a nuestras viejas reminiscencias—: ¿Te acuerdas de la posición que estaba llena de tortugas y tú amaneciste una mañana con dos pequeñitas, verdes aún, entre el pecho y la camisa? Y ¡te acuerdas de la posición de donde nos echaron las pulgas!

Así, llegó una noche en la que nos pusimos a discutir el problema político que entonces estaba centrado en Marruecos.

—Yo no entiendo una palabra de los líos que se traen aquí — dijo Córcoles—, pero en Marruecos las cosas están que arden.

Estábamos en Villa Rosa. Manolo nos trajo una bandeja llena de chatos y se quedó recostado en el respaldo de una silla. Córcoles se calló.

—Sigue —le dije.

—Bueno, seguiré. En Marruecos las gentes dicen que nos vamos de veras.

—Sí, amiguito —dijo Manolo—. Nos vamos y ustedes se pueden ir con sus granujerías a otra parte.

—Ya me parecía a mí que lo mejor era callarme.

—Tú sigue —dije yo—. Y tú, Manolo, deja por una vez hablar a la gente.

—Está bien. Me callo, pero no me voy.

—Por mí, se puede usted quedar —replicó Córcoles—. No le gusta lo que ha oído, pero va usted a oír un poco más. Marruecos es una vergüenza. —Algunos de los clientes volvieron la cabeza y Córcoles, inspirado por el auditorio, levantó la voz—: Sí, señor. Una vergüenza. Los españoles no tenemos derecho a abandonar Marruecos. Lo que se ha hecho con nosotros ha sido una canallada. Han dejado que maten a miles de los nuestros, nada más que porque los políticos creen que sería muy cómodo abandonar Marruecos. Pero nosotros en el ejército tenemos nuestro honor y las cosas no van a seguir como están. No van a seguir, te lo digo yo, aunque se empeñe el mismísimo Primo de Rivera.

Un hombre se acercó a Córcoles:

—¡Usted se calla! El general Primo de Rivera es la cabeza del Estado.

Otro cliente vino detrás del primero y le tiró de la manga:

—El que se calla es usted. El sargento, aquí, tiene razón. ¿Qué es eso de dejar que nos maten los hombres y encima abandonar lo que nos ha costado tanta sangre? Y limpiarnos el culo con los tratados. ¡Usted es un idiota!

Manolo se encrespó:

—Usted se calla, ¡marica! Siga usted, sargento.

Se había formado un gran corro alrededor de nuestra mesa. La mayoría vociferaba que debíamos abandonar Marruecos, pero había una minoría que mantenía lo contrario. De repente, el chico de los periódicos gritó:

—Claro, los señoritos no quieren que nos marchemos de allí. ¡Viva la República!

El grito fue tan absurdamente inesperado que por un instante se hizo un silencio total. Pero un momento más tarde sonaban bofetadas, se levantaban sillas en alto y volaban algunos vasos y botellas. Manolo nos cogió a los dos por el brazo y nos plantó en el corredor. Abrió la puertecilla de atrás que daba a la calle del Gato:

—¡Hala, fuera de aquí, vivos! Ustedes no saben nada de lo que ha pasado. Yo me voy dentro, a ver si llego a tiempo de soltar un cogotazo a uno de esos señoritingos.

La calle del Gato es en realidad una calleja de tres metros de ancho pavimentada con viejas losas. Uno de esos callejones que se han quedado olvidados en el corazón de cada gran ciudad. Cuando se entra en ellos, la vida es distinta: no pasan carruajes y los transeúntes son escasos. El ruido de coches y tranvías se oye muy lejano. Las casas están cerradas y en los balcones las persianas echadas. En aquel callejón no había más que una taberna con la vidriera siempre cerrada, una tienducha que vendía preservativos, un café de camareras con algunas viejas putas hinchadas por la edad y la sífilis sentadas a la puerta, aguardando a unos parroquianos que nunca llegaban. Los gatos se paseaban libremente por la calle, haciéndose el amor y a veces bufando a los transeúntes. Algunas de las bombillas de luz sobre los portales de las casas estaban apagadas, pero hasta las que ardían sólo daban una lucecilla amarillenta que llenaba la oscuridad de sombras.

Córcoles y yo empujamos la puerta de la taberna, que estaba precisamente enfrente de nosotros, y nos hundimos en una atmósfera de olor de pescado frito, vino agrio y humo de tabaco frío. Nos sentamos a una mesa y pedimos un poco de pescado frito y dos vasos de vino:

—Vaya un lío que he armado —dijo Córcoles—. Y no me hubiera hecho gracia dormir en la comisaría, sobre todo estando de uniforme.

—Bueno, ya está hecho. Ahora cuéntame de verdad lo que tú crees, pero sin ataques patrióticos, ¿eh?, ya te conozco.

—El patriotismo fue para la galería. Pero para decirte la verdad, chico, la verdad es que ¿dónde diablos vamos a ir nosotros? Si se acaba Marruecos, yo mismo me veo en la Península con treinta duros al mes, ahora que tengo una chica y quiero casarme con ella. Y si me licencio, ¿qué puedo yo hacer sin oficio ni beneficio? Y lo mismo nos pasa a todos. Coge uno de los coroneles con su paga de 999,99 pesetas, quítales el chupen de Marruecos y ponle en una provincia, con la señora «coronela» acostumbrada a ser una dama de alta sociedad, y ¿qué pasa? Te digo, a Primo se le ha hinchado la cabeza con el puesto. Pero créeme, lo de Marruecos va a traer cola. Nuestra gente está dispuesta a rebelarse por las buenas o por las malas como dé la orden de abandonar aquello y nos embarque para España. Y hay más. Es muy fácil decir que España se va a quedar con Ceuta y Melilla, pero ¿tú sabes lo que está pasando ahora? Ahora no puedes ni ir de noche al muelle de la Puntilla, porque los moros de Ányera te cortan el pescuezo, te limpian los bolsillos y te tiran al mar. Si las cosas siguen así, el día menos pensado se nos meten en Ceuta y nos echan a todos a la bahía. Ir de Ceuta a Tánger es jugarse la vida, porque no tenemos más que estrictamente la carretera y la vía del tren y por ambos lados los moros te sueltan un tiro cuando se les antoja. Primo quiere algo que es imposible: estar allí y no estar; repicar y andar en la procesión.

—Bien —dije yo—, no sé cómo están allí las cosas, pero lo que sí sé es que aquí todo el mundo está convencido de que vamos a abandonar Marruecos. Primo de Rivera se ha comprometido a ello y lo ha dicho públicamente al país.

—Una cosa es predicar y otra dar trigo. Ni los generales ni nosotros los sargentos nos queremos marchar. Si es necesario, Sanjurjo se va a levantar contra Primo, y Franco con él y el Tercio y los Regulares.

Además hay otro factor... —Córcoles tenía la boca llena de pescado frito y me dejó en suspenso.

—¿Qué otro factor? ¿El Rey?

—No, señor. Más grande que eso. Mira: en África la gente habla y se cuenta una cantidad de historias, la mitad de ellas mentiras. Pero esto me parece serio. Con la retirada les hemos dejado a los franceses con el culo al aire. Lo primero, se les ha acabado el negocio de vender fusiles y municiones a los moros; y lo segundo, Abd—el—Krim les está dando un mal rato con sus propagandas en la zona. Pero lo peor para ellos es que si nos vamos de Marruecos, se van a meter allí los ingleses o los italianos o los alemanes, y esto Francia no lo aguanta. Para acabar la historia: lo que se cuenta es que el Gobierno francés le ha dicho a Primo que o respeta los convenios o que se atenga a las consecuencias. Y aparentemente se han puesto a la vez de acuerdo con Sanjurjo y han estado muy a bien con Franco, desde que estuvo en París estudiando con el viejo Pétain, y la cosa parece como si todo estuviera listo para armar una gorda. Así que en unos pocos meses comenzamos la reconquista.

—Todo eso me parece una novela por entregas. Cuando vuelvas a Marruecos, escríbeme y cuéntame el próximo capítulo.

Salimos de la oscuridad de la calle y nos sumergimos en la luz y el ruido cien metros más allá.

Ocurrieron varios acontecimientos entre enero y junio de 1925. Las tropas de Abd—el—Krim y las del Raisuni se habían unido para echar a las tropas españolas de Xauen, pero cuando llegó la hora de repartirse el botín, comenzaron a pelearse. Xauen pertenecía al territorio de Yebala, el dominio del Raisuni, y los rifeños se habían establecido allí como los amos. El Raisuni mismo, inmovilizado por la hidropesía en sus montañas de yébel Alam, llamó a sus partidarios; y los dos cabecillas comenzaron una guerra. Pero el Raisuni no podía hacer cosa alguna contra los cañones y las ametralladoras de Abd—el—Krim. La guerra

no duró más que unos días. Abd—el—Krim hizo prisionero al «señor de la Montaña» en su guarida de Tazarut, le quitó su tesoro que valía millones y se lo llevó prisionero al Rif, donde murió en abril.

Mientras el cabecilla ganaba esta victoria, su hermano Mohammed se fue a Londres, hizo una serie de visitas y publicó unas declaraciones sensacionales en las que prometía la paz tan pronto como las naciones europeas reconocieran la República del Rif. Simultáneamente se volvieron más frecuentes las incursiones y las emboscadas en la zona francesa. En abril, los franceses llevaron tropas de la metrópoli y comenzaron una ofensiva. En mayo, Primo de Rivera dio el paso más arriesgado de toda su carrera: negoció un armisticio de tres meses con Abd—el—Krim.

Las fuerzas francesas sufrieron derrota tras derrota ante las tribus rifeñas y en la Cámara de Diputados se produjeron escándalos que repercutieron en motín en las calles de París. Jacques Doriot, el líder comunista, lanzó un manifiesto en el cual tachaba como agresor al Imperio francés y pedía el reconocimiento de la independencia del Rif y el abandono de Marruecos por los franceses. El envío de fuerzas expedicionarias para una guerra colonial provocaba el descontento de las masas, con los recuerdos de la gran guerra aún frescos. Al fin de mayo, los escándalos en la Cámara eran diarios y el Gobierno francés parecía impotente para dominar la situación.

Por aquella época, yo estaba tratando de entender y seguir el desarrollo de las dos grandes ideas opuestas, fascismo y socialismo —o comunismo— fuera de España. En mi propio país encontraba difícil ajustar los movimientos políticos en la forma ortodoxa: el movimiento obrero, al cual yo pertenecía, tenía grupos pequeños y articulados, pero sin influencia, y a la vez grandes masas inarticuladas e inquietas, arrastradas por fuerzas y sentimientos que desafiaban cualquier expresión organizada. La dictadura de Primo de Rivera había copiado abiertamente el sistema político que Mussolini había creado en su país:

estableció el partido único y las corporaciones. Y sin embargo, pocos de nosotros llamábamos abiertamente un fascista a Primo de Rivera. Yo mismo, con todo mi odio y desconfianza hacia los generales, tenía una esperanza de que el viejo era honrado en sus vociferaciones y liberaría a España del íncubo de Marruecos y de la ola de violencia. Por otra parte, aún entonces me sentía asustado de las fuerzas que estaban tomando desarrollo detrás de la escena; las había visto en su propio traje en Marruecos, pero casi no entendía lo que había visto y sentido. Este miedo vago me hacía leer entre líneas la información escasa de la prensa, como si a través de lo que estaba pasando en el exterior pudiera llegar a encontrar el ángulo exacto, la perspectiva necesaria, para apreciar lo que estaba ocurriendo con nosotros.

La acción de Doriot me perturbaba y me extrañaba. Me parecía obvio que una revuelta de las masas en Francia, conducidas por el Partido Comunista bajo una bandera prestada de Abd—el—Krim, provocaría inmediatamente una contrarreacción de todos los poderes que habían firmado el tratado de Algeciras. Arrastraría a toda la casta militar francesa a una actividad pronta y efectiva. En verdad, el único efecto inmediato del manifiesto de Doriot fue que M. Malvy visitó a Primo de Rivera en Madrid y como consecuencia los dos gobiernos se pusieron de acuerdo para destruir a Abd—el—Krim con una acción común. Pensaba yo que la actuación de Doriot había sido tan absolutamente estúpida que igualaba a la de un agente provocador. Su carrera política ulterior hace posible el preguntarse si era, no un demagogo torpe, sino un sirviente eficaz de sus amos.

A principios del verano de 1925 recibí una carta de Córcoles. Decía: «No sabemos lo que va a pasar, pero Primo no va a durar mucho. Ya habrás oído que Franco presentó la dimisión como jefe del Tercio. Sobre esto corre una historia que te va a divertir: cuando Primo vino a Melilla, Franco y los oficiales del Tercio y los Regulares le invitaron a una comida y le gastaron un bromazo. Todos los platos que sirvieron

eran platos de huevos: fritos, escalfados, cocidos, tortillas, y yo no sé en cuántas formas. El viejo preguntó —al menos así lo cuentan— por qué había tanta abundancia de huevos, y le contestaron que, como se iban a ir de Marruecos, los huevos no hacían falta, porque los que se quedaban eran los únicos que necesitaban tener huevos. Se armó una bronca terrible y hasta se dice que uno de los oficiales le amenazó con la pistola a Primo. Franco mandó su dimisión y todos los oficiales han declarado su solidaridad con él. Los sargentos de Ingenieros le mandamos una declaración de lealtad y casi todos la hemos firmado. Yo también».

Los reyes de España construyeron un famoso camino que se dirige de Madrid al norte. Lo comenzó Felipe II, cuando erigió la mole del Escorial. Los reyes que vinieron después construyeron sus sitios de refugio más cerca del palacio, en la Granja y en el Pardo, pero siempre dentro de esta ruta a los montes del Guadarrama. Se convirtió en la ruta del rey Alfonso XIII cuando iba a visitar sus posesiones o cuando conducía sus coches de carrera a la costa del Cantábrico. Es una ruta de reyes. A ambos lados siguen creciendo aún árboles milenarios, restos de los bosques primeros que una vez rodearon Madrid. Por un trecho el río Manzanares, con sus arenales, sus juncos y sus retamas, corre a lo largo de este camino. A la derecha están las laderas de la Moncloa y del Parque del Oeste, cubiertas de álamos, de olmos, de pinos y de castaños de indias; ya cerca del Pardo comienza un bosque espeso y salvaje de encinas, una vez propiedad del Rey.

Los domingos solía yo coger un libro y marcharme a lo largo de esta carretera hasta los pinares. Algunas veces, antes de meterme en la arboleda, entraba en la capilla de San Antonio de la Florida y me recreaba un rato contemplando el techo pintado por Goya.

En las mañanas temprano solía haber únicamente unas cuantas mujerucas, perdidas en las sombras de la capilla, mientras el cura, un hombrón campechano, estaba sentado al sol a la puerta de la rectoría, o

a la sombra de los árboles pomposos. Sabía que yo no venía a rezar; plegaba su periódico o cerraba su breviario, y me saludaba como un viejo conocido. Después entraba conmigo en el templo y encendía la luz de la cúpula para que pudiera ver los frescos, brillantes aún tras una película de un siglo de humo de velas. Las viejas mujeres volvían la cabeza, se nos quedaban mirando y luego volvían la vista a lo alto. El cura y yo solíamos discutir detalles de las pinturas en un susurro de iglesia. Se divertía en señalar la figura que se llama La maja de Goya y que se supone fue la duquesa de Alba, una figura de mujer joven vestida de rojo lado a lado del santo ermitaño.

—Mi amigo —decía a veces—, aquéllos eran otros tiempos. Los reyes se paraban aquí y la iglesia se llenaba. Ahora, las únicas gentes que aquí vienen son las lavanderas que encienden una vela al santo porque les ha salvado un chico, o jovencitas que quieren un novio y le rezan de rodillas para que haga el milagro.

Un domingo, cuando salía al pórtico soleado, vi un periódico sobre el banco de piedra. Era El Debate; y en él grandes titulares anunciaban un ataque a lo largo de la costa del Rif y un desembarco en la bahía de Alhucemas. La guerra en Marruecos había comenzado de nuevo. El desembarco había sido hecho por el coronel Franco a la cabeza de sus legionarios.

Me fui a los pinares de la Moncloa y me dejé caer sobre la alfombra blanda y escurridiza de agujas de pino. Mientras miraba los grupos de gentes domingueras al pie del cerro, pensaba en Marruecos; y la ruta de los reyes que se extendía allá abajo, entre los árboles, me hizo pensar en aquella otra ruta que yo había ayudado a construir.

Veía el trazado de la pista desde Tetuán a Xauen, desarrollándose sin cesar hacia adelante a través de los cerros; y veía a los hombres cavando lentos la tierra y machacando la piedra.

Y recordaba algo que pasó antes de que la pista llegara hasta la higuera, que aún era un cruce de caminos entre todas las veredas usadas por los moros los jueves en su camino hacia el zoco.

Un moro ciego vino lentamente montaña abajo, golpeando con su palo los montones de tierra cavada y tanteándolos para no perder el leve rastro de la vereda en sus revueltas a través de las zarzas. De pronto, la vereda se interrumpió y el palo del ciego golpeó en el vacío. No había más tierra firme frente a él. Los moros y los soldados habían dejado de trabajar y miraban al ciego, bromeando entre sí. Abandoné mi asiento bajo la higuera y cogí al hombre del brazo para guiarle en el corte del terreno. Gruñó algo entre dientes, algo en árabe que no pude entender.

—¿Va usted al zoco, abuelo? —le dije—. Si va usted allí, venga conmigo, que le pondré en buen camino. Estamos haciendo una carretera y ya no existe más la vereda.

Al sonido de mis palabras levantó la cara roída de arrugas y de sol. Tenía una barba blanca sucia y unas cuencas vacías con ribetes rojos, los párpados legañosos hundidos en las cuencas.

—¿Una carretera?

—Sí, abuelo. Una carretera a Xauen. Será un gran camino, porque podrá usted ir sin tropezar.

El ciego estalló en una carcajada aguda y convulsiva. Golpeó con su palo los montones de tierra cavada y el tronco de la higuera. Después extendió en círculo el brazo, como si quisiera abarcar el horizonte, y gritó:

—¿Un camino llano? Yo siempre he caminado por la vereda. ¡Siempre, siempre! No quiero que mis babuchas se escurran en sangre y este camino está lleno de sangre todo él. Lo veo. Y se volverá a llenar de sangre, ¡otra vez y otra y cien veces más!

El moro ciego y loco volvió a sus montañas por el sendero que le había llevado hasta allí; y por un largo tiempo pudimos ver su silueta

sombría en los cerros, huyendo de aquella maldita ruta que avanzaba hacia la ciudad.

Había olvidado el incidente. Ahora lo recordaba. Dos veces ya aquella ruta se había empapado de sangre española.

Y por aquellos días, miles de hombres estaban trazando nuevas rutas a través de toda España.

Notas [1]Años después de esta escena, el capitán Sancho se convirtió en una de las víctimas del movimiento fascista-reaccionario de España. Su nombre pertenece hoy a la historia de la República española, como el de uno de sus héroes. (N. del A.) [2]Auditor del Consejo Supremo de Guerra y Marina, a quien se confió la investigación de las causas del desastre de Melilla, y quien en 1922-1923 preparaba el así llamado «Expediente Picasso», un documentado proceso en el que aparecía la culpabilidad del Rey. (N. del A.)

La llama

Primera parte

¡... sea dado honor eterno al B RAVO Y NOBLE PUEBLO DE ESPAÑA, merecedor de mejores gobernantes y de mejor fortuna! Y ahora, que los trabajos e intrigas de sus juntas, la mala conducta y la incapacidad de sus generales, se están hundiendo en el merecido olvido y oscuridad, la *Resistencia nacional* se eleva noblemente por encima de detalles ridículos... Tal resistencia fue realmente salvaje, desorganizada, indisciplinada y argelina, pero mostró a Europa un ejemplo que no fue dado por los civilizados italianos o los intelectuales alemanes.

RICHARD FORD, *Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home*
Londres, 1845

Capítulo 1

El pueblo perdido

El calor de agosto disuelve el almidón. El interior del cuello planchado se convierte en un trapo húmedo y pegajoso; la tela exterior conserva su rigidez y sus aristas rozan la piel sudorosa.

Cuando trato de procurarme alivio metiendo el pañuelo entre mi piel y el cuello de la camisa, surge en mi mente la imagen del tío José introduciendo su pañuelo de seda cuidadosamente doblado entre su fuerte garganta y el cuello almidonado, mientras esperábamos la diligencia para ir a Brunete. Hace treinta años.

Odio esperar en el calor.

En treinta años mueren muchos hombres y muchas cosas. Se siente uno como rodeado de fantasmas o como si el fantasma fuera uno mismo. Aquel niño que venía aquí hace treinta años era yo, aquel niño que ya no existe.

La vieja posada de San Andrés es la misma, con su portalón de piedra y su patio en el que picotean las gallinas; con su tabernita adosada al portalón, donde aun se vende el vino sacado del pellejo. Busco en mi memoria, y el dibujo es el mismo. Soy yo quien se siente un poco perdido y gris, o tal vez las cosas parecen más crudas y secas en esta luz que ciega. Entonces las tiendas de la calle eran alegres para mis ojos niños; y hoy la calle es la misma: no han cambiado sus viejas posadas, ni sus viejas tiendas donde se venden los aperos de labranza, los paños burdos y espesos, los dulces empalagosos y los cromos chillones a gusto de los clientes de los pueblos de Castilla y Toledo.

Oh, sí, ya sé que Toledo es también Castilla; pero esto es sólo en los tratados de geografía. Toledo es tierra aparte, Toledo fue siempre un islote en el viejo mapa de Castilla. Dejaron en él sus huellas las legiones de Roma y la flor y nata de los árabes que invadían Europa; los caballeros medievales y los cardenales de sangre real bastarda que dejaban la misa para empuñar la espada; los viejos artífices moros y

judíos que labraban oro, plata y piedras y los artesanos que batían el acero con sus martillos, lo templaban en las aguas del Tajo y lo adornaban con filigranas de oro. El Greco está aún vivo en Toledo. Tendré que escapar un día y perderme una vez más en sus callejuelas.

En fin, aquí está el autobús. Es curiosa la prisa de los viajeros, al asalto del coche, como si fuera a escapar sin ellos. Como en la vieja diligencia. Y como entonces, es fácil separarlos: los hombres magros y cenceños de las tierras de pan de Brunete con sus mujeres flacas, huesudas, sus cuerpos agobiados de partos y sus caras recomidas de sol y hielo; y los hombres de la vega de Toledo, hombres de las tierras de vino de Méntrida, un poquito panzudos, bonachones, la piel curtida pero blanca, con sus mujeres abundantes y alborotadoras.

Me divierte pensar que yo soy un cruce entre los dos; mi padre era castellano, mi madre toledana. Ahora, nadie podría decir qué soy yo porque, mezclado entre estos dos grupos, nadie podría marcarme un sitio entre ellos. Somos diferentes; y estoy fuera de lugar, tan fuera de lugar como mi cuello planchado y mi traje de ciudad entre los trajes de labriego que llenan el coche.

Se agria mi diversión momentánea: los vivos que me rodean me convierten en un extranjero, y el recuerdo de los muertos en un fantasma. Me siento al lado del chófer. No lleva uniforme Antonio, sino un chaquetón de campo, y, cuando chirrían los frenos, blasfema como un carretero. No es su sitio aquí, empuñando el volante, sino empuñando la tralla larga que alcanza con su punta a las orejas de la mula delantera.

Las gentes se acomodan, se chillan sus noticias y sus compras de la ciudad; bajando la cuesta de la calle de Segovia todo es ruido. Pero cuando el coche, cruzando el puente, cambia su marcha para vencer la pendiente que sube a Campamento, el motor, el sol, el polvo, el olor a gasolina van imponiendo silencio a las lenguas. Cuando llegamos a la planicie desierta de Alcorcón, toda terrosa, con sus campos segados,

secos, y sus casas de barro, ¡os ocupantes del coche cabecean adormilados o rumian sus pensamientos.

Hemos pasado así Navalcarnero y la carretera es ahora frontera: Almojado y Santa Cruz del Retamar son los dos jalones entre Toledo y Ávila. En Santa Cruz, el autobús abandona la principal y tuerce hacia el este. Estamos en tierras de Toledo y éste es un viejo camino: Madrid era aún «castillo famoso» y nada más, y entonces este camino, hoy casi desierto, era una arteria de traficantes y viajeros que unía Toledo con Ávila. A lo largo de él se comerciaba y se batallaba. De los montes toledanos bajaban los guerreros moros al valle del Alberche e intentaban trepar por las montañas a las tierras altas de Castilla. De allí —de las tierras de Ávila y Burgos— salían los caballeros en torrente a cruzar la llanada de los valles a intentar arrebatar a la morisma Toledo, la de piedra. Sí, esto es literatura barata, pero ¿por qué no divertir el tedio del viaje con ella?

Hoy esta ruta duerme. No pasan por ella más que lugareños con sus carros y sus burros y algún que otro camión aislado cargado con frutos de la tierra. Hoy este camino es camino que no va a ninguna parte y sólo sirve para unir unos cuantos pueblecitos que han quedado olvidados de todos. Entre Santa Cruz y Torrijos, en esta vieja ruta guerrera, está Novés. Iba camino de Novés e iba pensando el porqué.

Claro que sabía el porqué: en Novés había alquilado una casa. Era la tarde de un sábado e iba a pasar allí mi primer fin de semana en «mi casa del pueblo», como todos la llamábamos ya. Me iba preguntando a mí mismo por qué había montado esta casa en un pueblecito perdido en la provincia de Toledo.

Antes de ir a Novés ya había planeado tener una casa en un pueblo cercano a Madrid. Dos años antes, en 1933, había pasado casi un año en Villalba, pero Villalba es un pueblo de veraneantes donde aún continúa la ciudad y yo quería un sitio de descanso para los fines de semana, un pueblo de verdad. Novés era un pueblo de verdad. Lo que ya no era

verdad eran estas razones que yo daba y me daba a mí mismo para escapar de Madrid. Había razones más complejas:

Mi mujer y yo habíamos vuelto a establecer casa después de un año de separación amistosa. Había intervenido la familia y había pesado la razón de los hijos, pero pronto resurgió la antigua incompatibilidad. Tener una casa en un pueblo algo distante de Madrid era recuperar un poco la libertad, escapar de la vida en común. Era también una razón decente —de las llamadas decentes— a los ojos de los demás, que evitaba una nueva separación que sería un poco ridicula; era además beneficioso para la salud de todos: Aurelia estaba resentida de su último parto, los chiquillos precisaban aire más puro que el de Madrid, y a mí me vendría bien un descanso semanal y un cambio de ambiente. Tenía medios económicos suficientes y así, ¿por qué no?

Cuando se comienza una introspección, no puede detenérsela, hay que seguirla hasta el fin. Estas razones eran razones concretas, pero ya no podía engañarme a mí mismo a fuerza de repetírmelas. Delante de mí se desarrollaba un paisaje gris, monótono, y extraño a todos los demás, no tenía la distracción ni el refugio de una conversación de viaje.

¿No era Novés una derrota más y una huida de mí mismo?

Había la cuestión con María. Llevábamos seis años de relaciones y no habíamos tenido ningún disgusto. Pero yo había tenido la ilusión de formarla a mi medida —como una vez la tuve con Aurelia—. María se había desarrollado a su manera y yo había fracasado en mi intento. Posiblemente el error fue mío: no es posible forzar la camaradería. En todo caso no era falta suya. Tal vez lo peor era que se había enamorado profundamente y yo no. Se había convertido en absorbente y esto hacía más claro aún que yo no estaba enamorado. Ir a Novés era huir de los inevitables sábados por la tarde y domingos con ella. Huir durante la semana de mi mujer y el fin de semana de la amiga: ¡vaya solución! Pero no era sólo el problema de ambas mujeres.

Ir a Novés era crearme un aislamiento para escapar del aislamiento enervante que me rodeaba a diario. Teóricamente me había resignado a ser un buen burgués, soportar la mujer y la casa en apariencia, disfrutar unos ratos agradables con María y costearme los caprichos que quisiera. Pero en realidad las dos mujeres me tenían harto y me forzaban a una comedia constante; y el dinero no era ni había sido nunca de gran importancia para mí. En cambio, mis deseos de haber sido un ingeniero, mis deseos de escribir, tenía que darlos ya por imposibles. Me había asomado a la política y aun había tenido ilusiones en 1921, cuando trataba de formar el Sindicato de Empleados de Madrid. Pero indudablemente yo carecía de la flexibilidad que es necesaria para someterse a un partido y hacer carrera política. Pretender que la buena voluntad es bastante para hacer una labor provechosa era ingenuidad. Sin embargo, no podía renunciar a ninguna de estas cosas y resignarme a ser un burgués satisfecho.

Creía aún que tenía que existir la mujer con la cual pudiera compenetrarme y tener una vida en común completa. Se me escapaban los dedos irremediablemente tras cualquier mecanismo estropeado, o me hundía meses enteros en problemas técnicos profundos que me presentaba mi trabajo, pero que en realidad eran ajenos a él. Me disgustaba la enorme cantidad de literatura barata que abundaba entonces en España, y sentía que podía hacer cosas mejores. Era todavía un socialista. Pero tenía que vivir la vida en que estaba cogido, o que yo mismo habíame creado.

Estaba en una crisis que me tenía sumergido en un marasmo intelectual y hasta físico, con explosiones extemporáneas en las cuales discutía y me enfurecía con los que me rodeaban. Me sentía impotente ante los hechos, los míos personales y los generales del país. Novés era una huida de todo esto; era un fracaso total de mí mismo; era declararse egoísta no por condición sino por cálculo. ¿Egoísta? No, desilusionado y sin esperanzas.

La llanura continuaba alrededor de nosotros; la cinta de la carretera se perdía en el horizonte de montañas. Antonio señaló un punto delante de nosotros y dijo:

—Está Novés.

Lo único que se veía era, en la misma línea de la carretera, una bola dorada con una cruz de hierro encima.

—La cruz esa es la torre de la iglesia.

El automóvil se asomó al barranco y se precipitó bamboleante en las calles del pueblo. Paró poco después en una plaza delante de una taberna. Comenzaban a alargarse las sombras, pero aún el sol pesaba con fuerza. Me esperaban Aurelia y la chica mayor. Todos ellos habían venido por la mañana con el camión que había traído los muebles.

—¿Qué habéis hecho?

—Nada, esperándote. Tú comprenderás que con los chicos no se puede hacer nada.

—Papá, la casa es muy grande, ya verás.

—Oh, ya la he visto, tontita. ¿Te gusta?

—Sí. Sólo que da un poquito de miedo. Como está vacía y... tú no sabes lo grande que es.

Los enseres estaban descargados en el portal y la casa olía a cerrado. Los mozos del camión habían ido arrimando los muebles contra las paredes y el centro estaba lleno de bultos de ropa de cama, maletas y cajones. Me esperaba una tarea para poner en orden todo aquello. Los chicos —tres— se enredaban entre los pies.

—Con chicos o sin chicos, me vas a tener que ayudar.

—Mira, aquí hay una mujer que quiere venir como criada. Ahora hablas tú con ella y decides lo que quieras. Ha dicho que vendría cuando oyera el coche.

Entró en aquel momento. Pero no sola, sino acompañada de una muchacha de unos diecisiete años y de un hombre de unos cuarenta.

Los tres se quedaron en el marco de la puerta, ancha de sobra para enmarcarlos. El hombre se quitó la gorra y la mujer habló:

—Buenas tardes. Yo soy la Dominga, para servirle, y aquí, pues la chica y el marido. Conque usted dirá.

—¿Y qué tengo que decir? Pasen, no se queden en la puerta. ¿Qué querían ustedes?

—Pues la «señorita» ya le habrá explicado. Que como había dicho en casa de don Ramón el de la tienda que ustedes querían una mujer para todo, pues he venido. Así que si a usted le parece bien, pues aquí estamos.

—Bueno, mujer, ¿y en qué condiciones?

Siguiendo la costumbre de los campesinos, la mujer desvió la respuesta:

—Pues la chica vendrá a echar una mano, y entre las dos, ustedes no se preocupen, que la casa estará como una patena.

—Pero bueno, francamente, yo no quiero dos personas.

—No. La chica viene a ayudarme; a ustedes no les cuesta un céntimo. Claro que, si usted tiene la voluntad, comerá aquí, porque es lo que digo: «Donde comen tres, comen cuatro». Pero por lo demás, ustedes sólo tienen que ver conmigo. Yo ya he servido en Madrid antes de casarme y conozco las costumbres de los señores. Y en cuanto a honradez, usted pregunta en el pueblo a cualquiera...

—¿Y qué va usted a ganar?

—Podemos empezar ahora mismo. Por eso ha venido éste, para echar una mano con los muebles. Como está demás.

—Pero contésteme a lo que le pregunto: ¿cuánto quiere usted ganar?

—Pues si a usted le parece, cinco duros al mes y la comida. Por dormir, no se preocupe, que nosotros dormimos en casa, aquí al lado, y si alguna noche hace falta no tiene más que decirlo.

—Bueno, mujer, conformes.

Mariano, taciturno, y yo, nos dedicamos a colocar los muebles y armar las camas. Las mujeres se ocuparon de las ropas, de la cena y de los chicos.

La casa era una vieja casa de labor enorme, de una sola planta, que comprendía en sí diecisiete habitaciones, la mayoría de ellas fuera de proporción. En la habitación elegida para comedor, la mesa era un islote en medio y el aparador una miniatura perdida, se le pusiera en un rincón o en el medio de una pared. Se hizo de noche. Pusimos tres velas, usando botellas vacías como candelabros. Formaban tres círculos de luz encima de la mesa. En el resto de la habitación, trenzaba danzas la sombra.

Dominga tuvo una idea:

—Lo mejor será encender un fuego aquí, aunque es agosto.

Tenía la habitación una chimenea de campana, tan grande como una habitación pequeña de nuestro piso en Madrid. Mariano trajo haces de retama y poco después se elevaba una llama alta como un hombre. La habitación se pintó de rojo, las velas eran tres llamitas pálidas, perdidas.

Cuando terminamos la distribución, la casa seguía vacía y las pisadas resonaban a hueco. Allí se necesitaban los viejos arcones de encina y los aparadores de tres pisos y las camas con dosel y cuatro colchones de nuestros abuelos. Nos acostamos temprano, cansados y en silencio. Mis dos cachorros de perro lobo ladraron en los corrales durante largo rato.

Madrugué a la mañana siguiente. En la puerta esperaban Dominga, la chica y Mariano. Las mujeres entraron y se perdieron en el interior de la casa. Mariano se quedó delante de mí, dándole vueltas a la gorra:

—Me parece que por hoy hemos terminado, Mariano. —Le había dado una propina la noche antes y sin duda volvía al olor de otra.

—El caso es que, verá usted. Como uno no tiene nada que hacer, pues me he dicho, yo voy allá. Y usted manda hacer lo que sea.

Por la cara que debí hacer, se apresuró a agregar:

—Claro que no es que uno venga a por nada. Si usted tiene la voluntad un día, pues da la voluntad, y si no, tan amigos. Al fin y al cabo, a las mujeres siempre las puedo ayudar a cortar leña y sacar agua.

El fondo de la casa era un corral empedrado, capaz de contener media docena de carros con sus mulas, y los pesebres se alineaban a ambos lados. Me llevé a Mariano al corral:

—Bien. Como veo que me tendré que quedar con toda la familia, vamos a ver si arreglamos esto un poco. Me va usted a quitar piedras y vamos a intentar hacer un jardín con unas cuantas flores.

Así, se incorporaron Mariano y su familia a casa. A media mañana fui a ver el pueblo.

Novés se extiende a lo largo de un barranco que atraviesa de norte a sur la llanura. El plano de Novés es como la espina dorsal de un pescado. Una calle muy ancha, por el centro de la cual corre un arroyo de aguas negras que son los residuos del pueblo entero. A ambos lados se abren callejuelas cortas que trepan cuesta arriba, en pendiente áspera. Cuando llueve, el barranco se convierte en torrentera y se lavan las inmundicias del pueblo. Para estas ocasiones el arroyo está cruzado por puentes de trecho en trecho. Uno de estos puentes es un viejo puente romano de piedras ajustadas que se eleva en una joroba aguda. Otro de los puentes es de cemento y sobre él pasa la carretera.

Con excepción de media docena de casas, todas las demás son de una planta, construidas de adobes y jalbegadas. Son todas iguales y reflejan el sol implacablemente. Hay una plaza con unos cuantos árboles pequeños en la que están la iglesia, la botica, el casino y el Ayuntamiento. Esto es todo Novés: en total unas doscientas casas.

Seguí el curso del arroyo sucio, barranca abajo. Pasadas las últimas casas del pueblo, el barranco se abría en un valle abrigado de todos los vientos del llano. Y el valle era un vergel aun en agosto. A ambos lados del arroyo se extendían huertas, con sus cuadrados de vegetales, sus frutales y sus flores. Cada huerta con su pozo y su noria. Había un

murmullo de agua y de hierros en el aire. Kilómetro y medio más allá el valle se estrechaba y el arroyo volvía a correr por un barranco que no era más que una grieta en el llano polvoriento. Aquello era toda la riqueza de Novés.

Al regresar me di cuenta de que las huertas en su mayoría estaban desiertas y las norias calladas. Como domingo, no era extraño. Pero, no. Las huertas estaban abandonadas. Se veían planteles pequeños de melones bien cuidados, pero las huertas grandes no parecían haber sido trabajadas en meses. La tierra estaba seca y aterronada. Me asomé a una noria al lado del camino: la cadena de cangilones estaba mohosa, el agua en el fondo del ancho pozo tenía plantas flotando. Aquella noria no funcionaba hacía tiempo.

Cuando regresé a casa, Mariano me explicó concisamente:

—Un contra—Dios. La gente sin trabajo y las tierras abandonadas. Usted no lo creerá, pero aquí va a haber un día algo muy gordo. Tres años llevamos así, casi tanto como la República.

—¿También aquí tienen ustedes cuestiones? Ya sé que donde hay grandes fincas, los amos no quieren dar trabajo, pero aquí no creo que haya grandes señores.

—Aquí no hay más que cuatro ricos de pueblo. Y aun, si no fuera por Heliodoro, las cosas no irían muy mal, porque los otros no son mala gente. Pero Heliodoro los tiene a todos metidos en un puño, y esto es una guerra continua. —Mariano se excitaba hablando, y ahora sus ojos grises estaban despiertos y sus facciones rígidas se animaban.

—Cuénteme usted lo que pasa.

—Pues muy sencillo. Antes de que viniera la República, pues había unos cuantos, media docena, de muchachos que se habían apuntado, unos a los socialistas y otros a los anarquistas. No sé cómo se atrevían, porque la Guardia Civil no los dejaba en paz y a todos ellos les han molido las costillas más de una vez. Pero claro, cuando vino la República, pues el cabo de la Guardia Civil tuvo que aguantarse y

muchos más se apuntaron también. Ahora casi todo el pueblo son socialistas o anárquicos. Y Heliodoro, que siempre ha sido el cacique del pueblo y el que ha mangoneado las elecciones para el diputado de Torrijos, pues hizo lo que siempre; antes, para no perder, unas veces era liberal y otras conservador, y cuando vino la República pues se hizo de los de Lerroux, y ahora como las derechas ganan, pues desde lo de Asturias es de los de Gil Robles. Y en cuanto la gente aquí pidió que se le pagaran jornales decentes, Heliodoro cogió a los cuatro ricachos del pueblo y les dijo: «A estos granujas hay que enseñarles una lección».

»Y comenzaron a poner gente en la calle y a no dar trabajo más que a los que se sometían a lo de antes, que también los hay. Y como aquí —lo que pasa en los pueblos—, muchos tienen un trocito de tierra y siempre pasa algo, que la mujer se pone mala o que hay un aluvión en el barranco con las lluvias, pues había muchos que le debían dinero a Heliodoro. Como es el mandón del pueblo, cogió al secretario y al alcalde y puso a todos por justicia para quedarse con las tierras. Y ahora la cosa está muy fea. Ya se puso fea hace dos años, que las gentes se metieron en las huertas e hicieron un destrozo, pero ahora está peor, porque ahora son ellos los que mandan.

—Y los mozos, ¿qué hacen?

—¿Qué quiere usted que hagan? Ahora, callarse y apretarse el cinturón. Cuando lo de Asturias, se llevaron a dos o tres y ahora nadie se atreve a decir una palabra. Pero el mejor día pasa algo. Heliodoro no va a morir en su cama.

—Entonces tienen ustedes aquí un sindicato, mejor dicho, dos.

—No hay sindicato ni nada. Los mozos se reúnen en casa de Eliseo, que tiene una taberna que la ha convertido en casino de obreros, y allí hablan. Eliseo fue anarquista allá en la Argentina.

—Pero ¿habrá un presidente o algo?

—Ca, no, señor. Lo único que hacen es reunirse y hablar, porque nadie quiere líos con el cabo.

—Tengo que ver el casino ese.

—Usted no puede ir allí, señorito. Aquello es para los pobres. Usted tiene el casino de la plaza, que es donde van los señores.

—También voy a ir allí.

—Pues de uno de los dos le echan. Seguro.

—¿Y usted está asociado, Mariano?

—No lo tome usted a mal, pero cuando vino la República me pasó lo que a todos, que nos entusiasmamos y me hice de los de la UGT. Pero ya ve usted para lo que ha servido...

—Yo también soy de la UGT.

—¡Atiza! —Mariano se me quedó mirando muy serio—. Vaya un lío. ¡A buena parte ha venido usted a parar!

—Ya lo veremos. Supongo que no va a venir el cabo de la Guardia Civil a darme una paliza.

—No se fíe usted mucho, por si acaso.

Aquella tarde, Mariano y yo nos fuimos al casino de pobres, como él lo llamaba.

El casino era un salón amplio con techo de vigas cruzadas, que seguramente fue en tiempos una cuadra. A lo largo de las paredes, un par de docenas de mesas despintadas; al fondo un mostrador pequeño y detrás unos cuantos anaqueles con algunas botellas; en el centro una mesa de billar. Las paredes desnudas y en un rincón un viejo aparato de radio barato, ojival, como una ventana de catedral gótica. La mesa de billar me fascinaba. No podía imaginar cómo pudo ir a parar a Novés. Era una mesa antigua y el paño estaba lleno de costurones remendados con bramante. Tenía ocho patas elefantíacas, y, seguramente atravesadas, podían tumbarse en ella ocho hombres lado a lado y holgadamente. Al parecer la mesa se utilizaba para todo, incluso para jugar al billar, pues estaban jugando una partida en la que el azar y los costurones disponían el rumbo que las bolas seguían sobre el tablero.

Mariano me llevó hasta el mostrador.

—Danos algo de beber, Elíseo.

El hombre detrás del mostrador llenó dos vasos de vino, sin decir palabra. En el salón había hasta unos cuarenta individuos, y de pronto me di cuenta de que todos se habían quedado en silencio y nos estaban mirando. Eliseo me estaba mirando de frente.

La primera impresión de la cara de Eliseo era un choque: tenía en una de las ventanillas de la nariz una úlcera que le había roído parte de ella. Entre los bordes de la lesión, amontonados, casi verdes, brotaban algunos pelos del interior de la nariz. Parecía una llaga de la Edad Media, una llaga bíblica. Lo curioso era que el individuo estaba tan independiente de su llaga que no inspiraba lástima, ni repulsión física hacia él. Era una cosa aparte que atraía la vista por sí propia. Eliseo era un hombre de unos cuarenta y cinco años, más bien bajo y ancho, moreno y tostado, con unos ojos vivos y una boca sensual. Su inspección mientras yo bebía un sorbo de vino tenía algo de provocativa. Cuando dejé el vaso sobre la mesa, dijo:

—Y usted, ¿a qué ha venido aquí? Éste es el casino de obreros, y si no hubiera usted venido con Mariano no le hubiera despachado.

Mariano intervino:

—Don Arturo es un compañero. Está también en la UGT.

—¿De veras?

Le enseñé el carnet del sindicato. Elíseo lo hojeó y levantó la voz:

—Muchachos, don Arturo es un compañero. —Después agregó dirigiéndose a mí—: Cuando ha venido usted al pueblo, nos hemos dicho todos: otro hijo de puta. ¡Como si aquí no tuviéramos bastantes!

Eliseo salió de detrás del mostrador y todos se agruparon en un corro alrededor. Les tuve que explicar un poco cómo andaban las cosas en Madrid. Un vaso de vino es barato. Invité a todos, y la reunión se animó. Había grandes ilusiones y grandes proyectos; las izquierdas volverían a gobernar el país y entonces no sería como antes. Los ricos tendrían que escoger: o pagar jornales decentes o dejar las tierras para

que las labraran los otros. Novés sería una huerta colectiva, con su camión propio que llevaría las verduras y la fruta a Madrid cada mañana. Se terminaría la escuela...

—¡Los canallas! —dijo Eliseo—. ¿Usted ha visto la escuela? La República dio el dinero para ella y mandaron de Madrid un dibujo muy bonito de una casa con unas ventanas muy grandes y jardín. Heliodoro y los que andan con él convencieron a las gentes de Madrid de hacer la escuela en lo alto, en el llano, y allá empezó. Heliodoro cobró buenos cuartos de la tierra, que era suya, y ahora allí están' las cuatro paredes sin terminar.

—La próxima la vamos a hacer nosotros. En el fondo de las huertas. Que aquello es una bendición de Dios —dijo uno.

Eliseo volvió a la primera reacción:

—¡Caray! No sabe usted el alegrón que me ha dado con ser de los nuestros. Ahora les vamos a enseñar a éstos que no somos unos pobres paletos. Claro que le van a tomar a usted entre ojos.

Y aquella noche fui al casino de los ricos.

Consistía en el obligado salón grande con veladores de mármol llenos de hombres tomando café y aguardiente, una mesa de billar y una atmósfera espesa de tabaco, y dentro un salón pequeño lleno de jugadores: la tertulia. Inmediatamente de entrar, un hombrecito pequeño, rechoncho y afeminado en la piel, los modales y la voz, vino directamente hacia mí.

—Buenas noches, don Arturo. Qué, ¿ha venido usted a hacerse socio? Pase, pase. Usted ya conoce a Heliodoro, ¿no? —Y me encaminaba a su mesa.

Sí, conocía al hombre de labios finos hacía el que me empujaba; era el propietario de mi casa. El feminoide dijo afanoso:

—Yo me retiro, sabe, porque estoy preparando los cafés. Pero vengo en seguidita.

Heliodoro estaba sentado con otros dos, vestidos en traje de ciudad.

—Siéntese y tome algo. Aquí estos amigos; son los médicos del pueblo. Don Anselmo y don Julián.

—Tanto gusto.

—Qué, ¿cómo va la mudanza? ¿Se ha instalado usted ya?

Comenzamos una de esas conversaciones banales en las que se habla de todo y de nada. El feminoide me trajo un café y me hizo las mismas preguntas. Uno de los médicos, el don Julián, le interrumpió:

—José, apúntale al señor.

José sacó una cartera del bolsillo que resultó ser un cuaderno lleno de páginas con nombres y columnas de números debajo.

—Bueno, vamos a ver. ¿Cuántos son ustedes?

—Supongo que no tengo que hacer socios a toda la familia.

—¡Oh! No. Esto no es para el casino. Es para la iguala. Aquí yo lo apunto a usted y tiene derecho a médico cuando le haga falta.

—Yo tengo médico en Madrid.

Don Julián terció:

—Bueno, si no quiere no se apunte. Pero le advierto que después, si pasa algo urgente, éste —y señaló a su colega— le pasará la cuentecita. Si se ha pinchado un dedo y lo saja, pondrá: «Por una operación quirúrgica: 200 pesetas».

—¿Y si lo llamo a usted?

—Es lo mismo. La cuenta se la pasará éste.

—Bueno. Apúnteme. La mujer, los chicos y yo. Seis.

—¿En qué categoría lo ponemos, don Julián?

—Eso no se pregunta. En la nuestra.

—Pagará usted cinco pesetas al mes. ¿Y qué hacemos con la criada?

—Supongo que la criada estará igualada.

—Sí, está, está. Pero no paga. Así que está dada de baja, y si tiene un accidente del trabajo, pues va usted a tener que pagar.

Don Julián soltó una risita:

—Figúrese que se quema con el puchero. Éste, «por una operación quirúrgica y asistencia, 200 pesetas».

—Apunte usted a la criada.

—Dos pesetas. ¿Quiere usted pagar ahora? Yo soy el cobrador. Le hago los recibos en un momento.

José se embolsó sus siete pesetas. Desapareció en su cueva y reapareció a los pocos momentos con un paquete de cartas en la mano.

—Se tallan veinte duros —dijo.

Y se marchó al salón del fondo, instalándose en un asiento alto detrás de la mesa grande:

—Muchachos, hay cien pesetas, si nadie pone más.

Bacará. La clientela se fue agrupando alrededor de la mesa. Las sillas las fueron ocupando al parecer los más distinguidos. José barajaba incansablemente.

Nos sentamos todos. Una voz dijo:

—Copo.

Un hombre magro, vestido de luto, de movimientos nerviosos y algo febril en sus accionamientos, puso un billete de cien pesetas sobre la mesa. José dio cartas y uno recogió el billete. El hombre soltó una blasfemia en voz baja. Comenzó el juego general.

—Mal empieza, Valentín —dijo un viejo huesudo que estaba de pie detrás de él.

—Como siempre, para no variar, tío Juan.

El viejo meneó la cabeza con sentimiento y no dijo nada. Valentín puso veinticinco pesetas. El resto de los jugadores apostaban cantidades pequeñas, a lo más de dos pesetas. Se veía que la atención de todos estaba concentrada en el juego de Valentín y de José. A los pocos pases alguien dijo detrás de mí:

—Como todas las noches.

Efectivamente, las posturas de Valentín iban desapareciendo, unas tras otras, casi sin falla. El resto de los jugadores jugaba ahora en contra

descaradamente. Al cabo de una hora Valentín había agotado su dinero. José pidió una continuación. Valentín protestó:

—Eso no está bien.

—Pero hombre, si se han acabado los cuartos no tengo yo la culpa.

—Heliodoro, dame cien pesetas.

Heliodoro le dio cien pesetas. Valentín las perdió al poco rato.

—Te vendo la mula, Heliodoro.

—Te doy quinientas pesetas por ella.

—Vengan. —Heliodoro sacó quinientas pesetas de la cartera y las puso en la mesa. La mano del tío Juan se interpuso.

—Valentín, no vendas la mula.

—Creo que puedo hacer lo que quiera.

—Bueno. En ese caso yo te doy mil pesetas por ella.

—¿Ahora?

—No. Mañana.

—Mañana no me hacen falta. —Valentín cogió los billetes y Heliodoro comenzó a escribir una hoja de papel. Al final la alargó a Valentín.

—Fírmame el recibo.

Se cambiaron las tornas del juego. Ahora Valentín acumulaba delante de sí billetes, mientras José incansablemente iba reponiendo la banca. Alguien abrió la puerta de la calle:

—¡Buenas noches! —gritó la voz.

José recogió la baraja y su dinero y los demás el suyo. En un momento se distribuyeron por las mesas en grupos, charloteando ruidosamente. Fuera se oían los cascos de unos caballos sobre las piedras; pararon a la puerta del casino y entró una pareja de la Guardia Civil; un cabo y un número.

—Buenas noches a la compañía.

José se deshizo en obsequios y zalemas. Los guardias civiles aceptaron un café. El cabo levantó la cabeza y se quedó mirándome:

—Usted es el forastero, ¿eh? Ya sé que ha estado usted esta tarde en casa de Eliseo. —Se volvió paternal—: Le voy a dar a usted un consejo: aquí nadie se opone a que haga usted lo que quiera, pero nada de mítines, ¿eh? Aquí no quiero señoritos comunistas.

Se limpió los bigotes escrupulosamente con un pañuelo, se levantó y se marcharon los dos. Me había quedado estupefacto. José vino a saltitos:

—Tenga usted cuidado con el cabo, porque tiene malas pulgas.

—Me parece que mientras no cometa ningún delito, no tengo nada que temer.

—No es que yo quiera decir nada, pero no le conviene a usted ir a casa de Eliseo. La verdad es que allí no se reúne más que la canalla del pueblo. Claro que usted todavía no conoce a la gente...

Heliodoro escuchaba atento. Valentín se aproximó a nosotros con la cara radiante y un puñado de billetes en las manos. Heliodoro dijo:

—Qué, ¿te has desquitado?

—De hoy y de ayer, y si no es por los guardias, le pelo a éste. — Y le dio un manotón a José en las espaldas redondas.

—Espérate a mañana —replicó el otro filosóficamente.

Valentín alargó unos billetes a Heliodoro.

—Toma. Tus seiscientas pesetas. Y gracias.

—¿Qué me das ahí?

—Las seiscientas pesetas.

—A mí no me debes nada. Bueno, sí, me debes cien pesetas que te he dado antes, pero las quinientas eran la mula.

—Pero ¿tú crees que te voy a dar por quinientas pesetas una mula que vale 2.000?

—No me la vas a dar. Me la has dado. ¿No me has vendido la mula? ¿Sí o no? Aquí hay testigos y el recibo lo tengo en el bolsillo. Así que me parece que no hay nada que discutir.

Valentín hizo un ademán de avance hacia Heliodoro:

—Eres un hijo de puta.

Heliodoro se llevó una mano atrás del pantalón, sonriéndose frío:

—Mira, mira. Tengamos la fiesta en paz. Si no quieres perder, no juegues. Buenas noches, señores.

Heliodoro salió lento sin volver la cabeza y detrás de él otro de la reunión que se quedó mirando fijamente a Valentín. El tío Juan cogió a Valentín por un brazo:

—¡Hala, déjate de tonterías! La mula la has vendido y no hay nada que hacer. Lo que hacía falta es que te sirviera de lección.

—Pero ese tío es un hijo de puta. —Valentín estaba a punto de llorar de rabia—. Y además se guarda las espaldas con ese...

José repartió unas copas de aguardiente entre todos:

—Bueno, bueno, haya paz. El que más ha perdido soy yo.

Pero no se reanudó el juego. Poco después salíamos todos a la calle blanca de luna. El tío Juan emparejó conmigo:

—Llevamos el mismo camino. ¿Qué le va pareciendo el pueblo?

—¿Qué quiere usted que le diga? Para un día ya es bastante.

—Aquí estábamos comentando todos el que haya ido usted a casa de Elíseo, y yo creo que el cabo ha venido solamente para verle a usted.

—Pero ¿aquí no hay Guardia Civil?

—No. Son de Santa Cruz, pero las noticias corren pronto. A mí personalmente me parece bien lo que ha hecho y así se lo he dicho a todos, pero como no tenga usted buenas agarraderas, le van a hacer difícil la vida en el pueblo.

—Mire usted; no pienso meterme en la vida del pueblo, porque al fin y al cabo yo no voy a venir por aquí más que dos días a la semana. Pero si yo quiero beberme un vaso de vino donde sea, no me lo van a quitar. ¿Qué es lo que pasa aquí?

Sabía que estaba eludiendo el problema y sentía a la vez que no podría eludirlo mucho, mientras escuchaba la voz serena del viejo contándome una historia que me parecía haber oído ya contar cientos de

veces y que cada vez despertaba mis odios. Heliodoro era el amo del pueblo; había heredado su posición de usurero y cacique de su padre y su abuelo, que ya lo habían sido en tiempos de Cánovas. La mitad de las tierras y casas eran de él, y los pocos que aún labraban sus propias tierras de él dependían. Cuando vino la República las gentes habían tenido la esperanza de una vida nueva y mejor; unos pocos de los propietarios independientes se habían atrevido a pagar los salarios más altos, pero Heliodoro había anunciado que la gente que quisiera trabajar para él tendría que hacerlo en las viejas condiciones. Si no, a él no le importaba, porque «él no necesitaba trabajar la tierra para vivir». Hacía dos años, en su desesperación, los hombres se habían amotinado y destruido algunos árboles frutales y plantas en las huertas de Heliodoro; desde entonces no volvió a dar trabajo a nadie. Y desde que su partido —el de Gil Robles— estaba en el poder, ya no dejaba en paz a los pocos que había independientes.

—La dificultad mayor que puso fueron los camiones. Él tiene dos camiones y con ellos llevaba el grano y los frutos a Madrid. La mayoría le vendían a él los frutos. Se negó a comprar más, y claro, la gente trató de alquilarle los camiones; dijo que no. Vinieron unos camiones de Torrijos, pero como el diputado es por Torrijos, al poco tiempo los camiones no vinieron más. La gente tuvo que buscar camiones en Madrid. Claro que esto ya salía muy caro, porque los camiones venían vacíos y había que pagarlos doble, pero aun así, podían vender. Heliodoro comenzó a darle vueltas al magín y un día se marchó a Madrid. Ahora yo no sé si usted conoce cómo funciona el mercado en Madrid.

—No, realmente.

—Usted lleva el fruto que quiere vender y en el mercado hay unos individuos que se llaman asentadores que son como los agentes de venta. Ellos tienen el sitio en el mercado y reciben la fruta y le ponen precio con arreglo a la calidad y los precios del día. Y ellos se encargan

de venderla y de liquidarle a usted la cuenta, menos su comisión. Pues bien, después del viaje de Heliodoro, Paco, uno de los huertanos más ricos que hay aquí —pero claro que no tiene más riqueza que su trozo de tierra—, mandó al mercado un camión grande lleno de pimientos encarnados que era gloria verlos y que bien valían un puñado de pesetas. Entonces se pagaban a dos pesetas la docena y más. A los tres días volvió indignado y nos contó en el casino lo que le había ocurrido: cuando llegó a Madrid, un asentador después de otro le dijeron que no tenían sitio disponible para poner los pimientos y que tenía que esperar a que se desalojara alguno de los sitios. Los pimientos se quedaron en el camión, hasta por la tarde, pero por la tarde los tuvo que descargar alquilando un almacén. Al día siguiente los asentadores volvieron con la misma historia y con que había muchos pimientos en el mercado. Le ofrecieron quinientas pesetas por todos. Dijo que no y se pasó otro día. Los pimientos son muy delicados, y al tercer día, los de debajo estaban hechos caldo. El hombre los tuvo que vender en trescientas pesetas y de ahí pagar el almacén, la posada y el camión. Si se descuida un poco tiene que poner dinero encima.

«Cuando nos acabó de contar esto, con las tripas que puede usted imaginarse, Heliodoro se echó a reír y dijo: "Si es que no entendéis los negocios. De Novés, no vende fruta en Madrid nadie más que yo". Y ahora, ahora la gente tiene que venderle a él, que paga lo que quiere, y además someterse a lo que él quiera, porque si no, no compra. Así que, ahora, mientras el pueblo se muere de hambre, él tiene las tierras sin trabajar y está ganando más dinero que nunca con los pocos que siguen trabajando. Con lo de esta noche de Valentín, ya tiene usted una idea de la clase de tipo que es. Ese que salió detrás de él es uno que era agente electoral cuando su padre, y andaba con la garrota en la mano cuando había elecciones. Una vez le pinchó a uno, pero a los seis meses estaba en casa, más flamenco que nunca. Ahora le guarda las espaldas a Heliodoro, porque créalo usted, a ese hombre un día le dan un golpe.

Habíamos llegado a la puerta de casa.

—Bueno, usted ha llegado. Venga usted un día al molino. Es un paseo que le gustará y además tengo un buen vinillo.

El tío Juan se alejó y yo me quedé con la mano sobre el picaporte. Sonaban las pisadas del tío Juan alejándose, isócronas, con un ritmo de hombre sano y fuerte. Tratando de perseguir con el oído aquel ruido que se alejaba, los otros ruidos de la noche cobraron vigor: en las charcas del sucio arroyo que partía el centro de la calle croaban alegres las ranas; del fondo del barranco venía el chirrido sin fin de las chicharras. Se oían saltitos y chapuzones, zumbidos tenues de insectos nocturnos y chasquidos sabe Dios de qué viejas vigas que se estremecían. Una luna blanca, metálica, dividía la calle en dos bandas. Una profundamente negra en la que yo estaba, otra agresivamente blanca que ponía luces en las lisas paredes de cal y chispas en los cantos agudos. Dormía el pueblo y bajo aquella luz era hermoso. Escuchando en la calma de la noche, parecía sentirse el latido del pueblo dormido, como una fuerza oculta tras las paredes blancas.

Dentro del caserón todos dormían también. En el comedor, el fuego lanzaba sombras gigantes a las paredes y los dos perros eran dos manchas negras con bordes rojos de sangre. Me senté entre ellos, en la hipnosis de ver retorcerse las llamas.

Y era como si la casa estuviera vacía. Y yo.

Capítulo 2

La tela de araña

La Puerta del Sol es el centro de Madrid, y la calle de Alcalá que arranca allí en su lado noreste es la calle más importante de la ciudad, aunque si intentáis recorrerla por primera vez no lo creeréis al principio. Su entrada es estrecha como la de un callejón y allí se embotellan en las horas de tráfico las dos corrientes de transeúntes que van y vienen en el espacio de dos aceras de poco más de un metro de anchura. No podéis echaros al medio de la calle, porque por allí se precipita una masa de automóviles compacta que sólo se interrumpe cuando pasa un tranvía. Cuando dos tranvías coinciden en direcciones opuestas, taponan la calle por completo; tal es su ancho. Os tenéis que resignar o dejaros arrastrar por la masa humana que va en vuestra misma dirección y avanzar lentos con su movimiento. Os envolverá un olor general de gasolina quemada de los coches al paso, y un olor de hierros calientes de los tranvías; y más próximo, el olor humano de los que os rodean; os puede tocar un mozo de cuerda o una *demi—mondaine* al lado vuestro y se os meterá por la nariz el olor a sudor agrio o el olor a heliotropo barato.

Cuando pasáis por la puerta de cada uno de los cafés que allí existen os abofeteará la cara una bocanada espesa de humo de tabaco y multitud, y más arriba os envolverán los humos de la sartén donde fríe sardinas en la puerta de su establecimiento el tabernero del número cinco. Es inútil que vayáis por la acera opuesta, porque allí hay también cafés congestionados y otra taberna con otra sartén.

Pero las dos sartenes son el fin de vuestros trabajos. Cuando rebasáis su altura, la calle y las aceras se ensanchan y podéis respirar ampliamente. También los oídos descansan, porque mientras estáis en este trozo de calle, el ruido es ensordecedor: campanas de tranvía, bocinas y cláxones, vendedores ambulantes, pitidos del guardia que regula la circulación, las conversaciones elevadas en tono para poderse entender y el patalear de la muchedumbre, el trepidar de los tranvías y el chirriar de frenos de los coches.

Después, la calle es señorial: las aceras amplias para una docena de personas en fila, los tranvías perdidos en el centro de la calle y los automóviles con sitio sobrado a ambos lados para pasar tres en fondo. Los edificios son extensos y sólidos: piedra en la acera de la izquierda, en los palacios de la vieja Aduana y de la Academia de San Fernando, cemento y hierro en la acera opuesta. Os encontráis en una calle de bancos y oficinas y de comercios lujosos, salpicada de clubs elegantes, de bares y cabarets, con luces de neón centelleando en la noche. Al final de la calle están el edificio de piedra del Banco de España a un lado, el palacio escondido entre jardines del Ministerio de la Guerra al otro. Y en medio, una amplia plaza en el centro de la cual hay una fuente con la diosa Cibeles en un carro triunfal tirado por dos leones que lanza chorros de agua a lo alto. El pavimento de la plaza es gris plata, los edificios son blancos; el verde de los árboles y la luz del amplio cielo envuelven y borran los detalles presuntuosos de la arquitectura. El paseo no os tomará más de un cuarto de hora y habréis visto la calle de Alcalá.

Si cruzáis la plaza de la Cibeles, podréis seguir la calle de Alcalá durante una hora más, pero ya no es tal calle, tal como los madrileños la entienden. Es una calle nueva que hemos visto nacer a continuación de la otra y que por lo tanto no es para nosotros la misma. Ni aun la llamamos así. Decimos: «calle de Alcalá arriba», para hacer claro que no hablamos de «nuestra» calle de Alcalá.

En el invierno, los vientos de la sierra de Guadarrama barren la calle y los transeúntes van rápidos. Pero en el buen tiempo, las anchas aceras se convierten en paseo y los cafés sacan a ellas sus veladores de mármol. A la puesta del sol se va acumulando allí una muchedumbre inmensa que pasea lenta arriba y abajo entre el Banco de España y la calle de Sevilla por un lado, y entre el Ministerio de la Guerra y la calle de Peligros por otro, sin entrar en el cuello de la botella. En las mesas se forman las peñas de gente conocida, gesticulantes y ruidosas, que a veces reúnen curiosos a su alrededor que contemplan al torero, al político o al escritor de fama y escuchan sus palabras. Los periódicos de la tarde llenan la calle de gritos y las gentes esperan a los que se retrasan en salir. Después, poco a poco, se dispersan en busca de la cena.

Durante el día la calle es calle de negocios y las gentes van afanosas arriba y abajo haciendo girar las puertas de molino de los bancos con un rebrillo de cristales. Y día y noche la calle tiene sus habitantes fijos que parecen vivir allí, en sus aceras: toreros sin contrata, músicos sin orquesta, cómicos sin teatro. Se cuentan sus miserias y sus dificultades y esperan la llegada de un conocido más afortunado que les resuelva el problema de comer un día más; trotacalles que entran y salen en el bar más cercano mirando recelosas por si un policía las detiene en el trayecto; floristas con sus ramitos de violetas o sus varitas de nardos, asaltando a los concurrentes de los bares y restaurantes de lujo; el hombre sin piernas dentro de un carrito de madera que hace andar con las manos y sobre el cual llueven las monedas todo el día; el mendigo

que nunca perdió una corrida de toros, buena o mala, y a quien saludan ministros y hampones.

Muy tarde, en la madrugada, en los escalones de la puerta de la iglesia de las Calatravas hay un bulto que duerme envuelto en un mantón; es una mujer con un niño de pecho. La encontráis allí en invierno y en verano. La he visto durante veinticinco años y es para mí el misterio mayor de la calle de Alcalá. ¿Son una mujer y un niño fantasmas que nunca envejecen? ¿O es un feudo que se transmite entre los mendigos de generación en generación?

En este trozo de la calle de Alcalá estaba mi oficina.

Mi despacho era el remate de una torreta en uno de los edificios más elevados de la calle. Era como una especie de jaula de hierro y cristal con sólo dos paredes de fábrica, una que daba al resto de la oficina y otra que era la pared medianera de la casa inmediata. El techo era de cristal; grandes losetas de cristal translúcido encajadas en una trabazón de vigas de acero; el suelo era de cristal: baldosas más pequeñas encajadas en una red de varillas de acero; y las dos paredes, una a la calle y otra a una terraza amplia, paneles de vidrio enmarcados en viguetas de acero. En invierno, dos radiadores enormes luchaban contra la atmósfera de frigorífico; en verano, la jaula quedaba envuelta en lonas, se abrían los ventanales y la puerta de la terraza y el aire circulaba libremente, contrarrestando el calor tórrido del sol sobre el vidrio y el acero. Desde allí veía un cielo luminoso inmenso que empequeñecía los blancos edificios y convertía en insectos la multitud allá abajo en la calle.

Era una jaula sobre la ciudad; pero yo la llamaba el confesonario. Allí se encerraban conmigo los inventores. Discutíamos tumbados a medias o hundidos en los grandes sillones de cuero o inclinados sobre el tablero de dibujo, y muchas veces era como si yo fuera un confesor.

El inventor humilde, visionario, que venía con sus dibujos en una cartera de cuero que compró especialmente para ellos —él, que nunca

usó una cartera semejante—, no acertaba a abrir su broche, y se dejaba caer en el sillón:

—¿Quiere usted cerrar la puerta?

Me volvía a María y le decía:

—¿Quiere usted dejarnos solos, señorita? Ya le avisaré. —Se marchaba cerrando la puerta tras sí.

—Pues... yo he venido aquí, porque don Fulano —otro cliente— me ha dicho que son ustedes de toda confianza y que uno puede hablar.

El hombre retorcía las frases, rehuyendo tener que mostrar sus dibujos, temiendo que le robaran los millones que iba a ganar.

¡Qué trabajo costaba convencer a estos hombres de que su invento no era invento y que el mundo lo conocía hacía ya muchos años! O que su mecanismo reñía con los principios de la mecánica y no podía funcionar. Unos, muy pocos, se convencían y se iban agobiados, destruidos; los había matado, y me daban pena. Pero la mayoría me miraban con sus ojos febriles, con lástima, con mucha lástima, y exigían que les solicitara la patente. ¡Yo no podía comprender su genio! Pero ellos habían venido a mí, no a convencerme, sino a que les obtuviera una patente. Después, ellos convencerían al mundo de su invento. Y como una patente es un documento que se expide a todo el que la solicita y paga los derechos al Estado, accedía. Se llenaban de júbilo y me invitaban a comer; tenía que escucharles cómo se les ocurrió la idea, el calvario que habían pasado y sus esperanzas fantásticas. Porque el inventor ingenuo cree que su invento va a revolucionar el mundo y tiene una aritmética especial para su uso particular.

¡Oh, son modestos, muy modestos en sus ganancias! Pero no en su invención.

—Imagine usted —me decían— que sólo uno entre mil de los habitantes de España compre mi aparato. A cinco pesetas son cien mil pesetas. Y luego, llévelo usted a América, con los millones de gente que

hay allí. ¡Millones de dólares, mi amigo! —Porque América es La Meca del inventor.

Pero éstos eran los inocentes del confesonario. En aquellos sillones profundos de cuero se hundían más veces grandes figuras de la industria y de los negocios y allí volcaban todo su poder y todo su cinismo. ¡Los negocios son los negocios!

Un catedrático de la Universidad Central de Madrid, profesor de química, descubrió un procedimiento para disolver las sales alcalino—térreas, hasta entonces insolubles. La solución de este problema suponía una revolución en varias industrias, y el inventor era consciente de ello. Para la obtención de azúcar se tritura la caña o la remolacha y se produce una melaza que contiene el azúcar en solución. De esta melaza se obtiene del 14 al 17 por 100 de azúcar contenido, porque la presencia de las sales alcalino—térreas impide separar el resto. Nuestro cliente lograba separar del 85 al 92 por 100. Es decir, se podía obtener cinco veces más azúcar y cinco veces más barato.

Cuando la patente estaba en trámite a través de varios países del mundo, se presentó un día en el confesonario el gerente de una sociedad alcoholera. Una sociedad que figuraba como española, pero que en realidad era alemana y de hecho tenía el monopolio del alcohol industrial en España.

—Barea, quiero una copia de esa patente.

—Está en trámite y no puedo dársela sin orden del inventor.

Me mostró una carta del inventor autorizándome a darle una copia y toda clase de detalles. La leí, y comenzamos a hablar:

—¿Qué opina usted de la patente?

—Creo que es genuina. Inglaterra la ha concedido y Alemania también.

—Pero ¿usted cree que esto funciona?

—A mí me lo ha demostrado prácticamente en su laboratorio. Industrialmente no sé, pero en el laboratorio es un juego de niños.

—Bien. Quiero que plantee usted un pleito de nulidad de esta patente. —La sociedad era un viejo cliente nuestro.

—Lo siento, pero no podemos hacerlo. Somos los agentes del inventor.

—Ya lo sé. Lo que quiero es que se encarguen ustedes del asunto. Es decir, de dirigir el asunto, no de figurar en él. Figurará el abogado de la compañía. Pero el abogado no sabe una palabra de la ley de patentes.

—Pero es un pleito perdido. La patente es sólida y real y no se podrá anular.

—También lo sé. Pero... bueno. Le voy a explicar la situación. Nosotros compramos a la Azucarera todos los residuos de la melaza para hacer alcohol. El inventor ha firmado un contrato con la Azucarera, lo cual quiere decir que las melazas van a tener un cinco por ciento de azúcar en lugar de un ochenta y cinco por ciento. Comprenderá usted que estamos en nuestro derecho de defender nuestro negocio. En el momento que pongamos pleito a la patente, la Azucarera suspende el contrato.

—Pero la patente no la anulan ustedes.

—¡Claro que no! Pero el inventor es un profesor de universidad y nosotros tenemos millones. El pleito va a recorrer todas las instancias, y va a durar años. El abogado lo tenemos a sueldo en la casa. El único gasto son los honorarios de ustedes y los derechos. La patente no la anulamos, pero al inventor lo arruinamos.

No aceptamos el negocio, pero tuvimos que tomar la defensa del cliente. El contrato con la Azucarera se anuló. Su fortuna personal, unas doscientas mil pesetas heredadas de su familia, se consumió en pleitos. La patente se mantuvo firme, pero la gran industria se rió al fin.

Durante cinco años he manejado los asuntos de este cliente y jamás he visto un calvario semejante. Una firma holandesa se interesó por la patente: explotaba el azúcar en las Indias neerlandesas. Cuando comprobó la realidad de la patente, le ofreció cinco mil florines por

todos los derechos. El inventor rechazó indignado la proposición. Le replicaron que su único interés era tener la patente como defensa, porque, ¿quién se iba a preocupar de llevarla a la práctica cuando lo que sobraba en el mundo era azúcar, y el negocio estaba en crisis por exceso de producción? Una entidad norteamericana fue más brutal: «No sabemos qué hacer con el azúcar de Cuba, y ¿quiere usted que le paguemos dinero por el derecho de fabricar cinco veces más barato un producto que no se vende?».

Personalmente, no me interesaba el inventor, pero me interesaba el problema económico que planteaba esta patente. El azúcar en España era uno de los artículos de primera necesidad más caros. Constituía en realidad el monopolio de un trust que controlaba los precios de la remolacha y tenía profundas ramificaciones en la política para mantener unos aranceles prohibitivos al azúcar extranjero. Se pagaban precios de hambre al cultivador aragonés de remolacha y se marcaban precios exorbitantes a un consumidor que carecía de la posibilidad de elección. Las clases pobres consideraban el azúcar un artículo de lujo. Lo habían considerado siempre desde que España perdió la isla de Cuba. Aún recordaba yo la parsimonia con que mi madre prodigaba la cucharadita de azúcar en su café.

No era éste un caso aislado, ¡no! Mi confesonario ha visto desfilar entre sus paredes de acero y cristal a docenas de tiburones de la industria y de las finanzas, cada uno con su idea recóndita para acrecentar sus millones, aun a costa de vidas humanas. A mi confesonario venían los hombres que viajan a través de Europa en avión y firman contratos fantásticos entre vuelo y vuelo. Algunos ganan miles de pesetas por día. Costosos agentes de amos que se ocupan en el incógnito, llegaban, impecablemente vestidos, aunque no siempre les sentaba bien la ropa; se instalaban en los mejores hoteles; eran refinados en sus maneras; exquisitos, suaves y convincentes en sus tratos; y a menudo increíblemente brutales y primitivos en sus diversiones después

del negocio. Los he visto vestidos y desnudos, en negocio y en juerga; porque era mi trabajo ser el agente de estos agentes.

Tengo que hacer una aclaración: yo no creo que todo hombre de negocios es un canalla. He conocido y conozco muchos industriales y comerciantes honrados y sanos, con su defecto humano de querer ganar más y más. No hablo de éstos, sino de los otros. De los comerciantes e industriales que personalmente no existen. De los que no se llaman Muller, Smith o Pérez, sino que se esconden bajo un anónimo y se llaman la Deutsche A.G., la British Ltd. o la Ibérica S.A., y que en la impunidad de este anónimo, sin que nunca se encuentre al responsable, acaparan negocios, imponen precios y destruyen países. Sus directores y sus agentes comerciales no tienen más que una consigna: el dividendo. Los *concerns* y los *trusts* no están interesados en que sus agentes sean personas honradas, sino en que sean personas que sepan aparecer como honradas legalmente. Si es necesario sobornar a un ministro para que firme una ley, la sociedad da el dinero, pero es necesario que el agente sepa hacer de forma tal que nunca pueda probarse que fue la sociedad quien pagó.

Desde mi punto de observación del mecanismo económico, llegué a conocer estas entidades que pueden regalar acciones liberadas a reyes empobrecidos o avariciosos y hacer y deshacer ministros para pasar una ley de la cual muchas veces no ya el país, sino ni aun los diputados de la Cámara se enteran.

Pero son demasiado poderosas para que simples palabras las hieran. Yo sabía quién pagó doscientas mil pesetas por el voto del más alto tribunal de España en el año 1925, para que se resolviera un pleito a su favor en el que se discutía nada más ni nada menos que el que España pudiera o no tener una industria aeronáutica propia. Sabía que los fabricantes de paños catalanes estaban a merced de un *concern* de industrias químicas —las Industrias Químicas Lluch— que figuraba como español pero que de hecho pertenecía nada menos que a la I.G.

Farben—Industrie. Sabía quiénes pagaron y quiénes cobraron miles de duros para que el pueblo español no pudiera tener aparatos de radio baratos, a través de una sentencia injusta. Y quiénes fueron los que a través de la ceguera estúpida de un dictador de cuarto de banderas se apoderaron del control de la leche en España, arruinaron a miles de comerciantes honrados, arruinaron a los granjeros de Asturias y obligaron a pagar al público leche más cara y sin valor nutritivo. Pero ¿qué podía hacer yo?

Por el confesonario, por «mi confesonario», pasaban estos hombres y estas cosas. Yo era una ruedeciila insignificante de la maquinaria, pero la fuerza tenía que pasar a través de mí. No tenía derecho a pensar ni a ver. Se me consideraba como un complemento de ellos, como uno más que estaba haciendo su carrera. ¡Y se confesaban conmigo!

En la escuela me había visto entre el engranaje de un sistema hipócrita de enseñanza que comerciaba con la inteligencia y la miseria para atraer al internado a los hijos de los mineros ricos. En el ejército me había visto entre el engranaje de los obreros de la guerra, maniatado por un código militar y por un sistema que impedía probar nada, pero que permitía destruir fácilmente a un sargento. Ahora me veía en otro engranaje, al parecer menos brutal, pero mucho más sutil y eficaz. Podía rebelarme, pero ¿cómo?

A un juez no podéis ir a contarle que el gerente de una sociedad alcoholera trata de despojar a un inventor de su trabajo y a una nación de azúcar cinco veces más barato. Los jueces no están para eso. Los jueces están para perseguiros a vosotros, porque habéis violado un secreto profesional y esto es delito. Lo otro... lo otro son negocios y en negocios todo es legal. La sociedad puede atacar una patente que cree nula; el inventor tiene el derecho legal de defenderse. Si no puede, si no tiene los millones necesarios para enfrentarse con una sociedad anónima y para resistir cinco años de pleito, esto no es culpa del juez ni de las leyes, es mala suerte del inventor.

Si yo planteo una denuncia semejante, el juez se ríe de mí y mi jefe me pone en la calle. Pierdo mi prestigio de trabajador leal e inteligente y se me cierran todas las puertas. Me muero de hambre bajo el dedo acusador de la familia que me llama idiota. Puedo ir a la cárcel por calumnia. Por calumniar a los que arrebataron la nata de la leche a los niños de Madrid; por calumniar a los que les arrebataron el azúcar; por calumniar a personas decentes, honorables, que hacen negocios lícitos...

Estaba pensando todo esto mientras escuchaba al abogado de la embajada alemana, Rodríguez Rodríguez. Me explicaba todo el proceso que habíamos de seguir para atacar unas patentes sobre la fabricación de rodamientos para ferrocarriles. Lo que se discutía en este caso era obtener la orden de compra de la Compañía de Ferrocarriles del Norte para varios millares de rodamientos especiales, un pedido que andaba por el millón de pesetas. Los rodamientos eran creación de una sociedad francesa, pero el enemigo era la compañía de ferrocarriles del Estado alemán, la Reichsbahngesellschaft.

Rodríguez Rodríguez era el prototipo de señorito de Madrid. Su padre había sido abogado de la embajada y de muchos miembros de la industria pesada alemana por muchos años, y él le había sucedido en el cargo. Su único mérito como abogado era poseer el título de tal. Pero los alemanes utilizaban esta cualidad en dos direcciones: una, para no llamar la atención sobre sus pleitos, porque los pleitos llevados por grandes figuras del foro aparecen en las páginas de los periódicos; otra, para utilizar a Rodríguez como un instrumento en sus maquinarias. Rodríguez se envanecía con su posición. Su último viaje a Berlín le tenía desquiciado. Había tenido un accidente de automóvil y se había roto un brazo. Se deshacía en alabanzas a los hospitales y los médicos alemanes. Además, le habían hecho miembro del Partido Nacionalsocialista. Cuando acabó su consulta sobre el pleito me mostró una fotografía que se había hecho en uniforme.

—¿Qué le parece?

—Está usted magnífico. Pero dígame, Rodríguez, ¿a usted qué le va ni qué le viene en esta cuestión de los nazis?

—Hombre, muchas cosas. En primer lugar, no me negará usted que es una distinción. Pero aparte de eso, yo estoy convencido de las doctrinas de Hitler. Vea usted lo que ha pasado en España con lo de Asturias. Si no se hubiera sentado la mano, a estas horas tendríamos un Lenin y seríamos vasallos de Rusia.

—Puedo admitir que tenga usted sus ideas contra los socialistas y hasta contra los republicanos, pero ¿no le parece a usted que así se convierte en un vasallo de Hitler, lo cual es irse al otro extremo?

—¡Por mí, encantado! ¡Qué más quisiéramos los españoles que los alemanes nos civilizaran!

—Amigo Rodríguez, lo siento, pero no estamos de acuerdo. ¿Qué pasa en Alemania? Mejor lo sabe usted que yo. Hemos trabajado juntos bastantes años para saber lo que puede esperarse de Junkers y Scherings y Farben—Industries; y no me negará usted que son ellos los amos de Alemania.

—Mire usted, Barea. En este mundo no hay más que dos posiciones: o que le coman a uno o comerse a los demás. Yo, naturalmente, miro por mi porvenir, pero también por el de mi patria.

—¡Y claro, se endosa usted un uniforme alemán!

—Pero estoy haciendo patria. Esto no es un disfraz. Es que estamos trabajando para convertir a España en una nación fuerte.

—¿Quiénes están trabajando?

—Los alemanes y... un puñado de españoles, como yo, que nos hacemos cargo de la realidad de los hechos. Crea usted que no soy yo solo el único nazi que hay en España.

—No. Ya sé que desgraciadamente son bastantes. No sé si con uniforme del Partido, pero sí de una manera parecida.

—Desde luego, el uniforme no se lo dan a todos, ni les hacen miembros como a mí. Pero es que al fin y al cabo, ya es como si fuera un súbdito alemán.

—Con la diferencia de que es usted español. Ya sé que le envían a Alemania con pasaporte diplomático y cargado de recaditos de acá para allá. Pero, francamente, Rodríguez, no creo que se haya metido usted en un buen negocio.

—Ya nos lo dirá el tiempo. Y usted ya cambiará. No le quedará otro remedio.

Se marchó Rodríguez y me fui a comer. Era sábado y por la tarde cogí el autobús a Novés.

Un puentecillo en V invertida sobre un barranco húmedo, el fondo tapizado de hierbas y plantas aromáticas, poblado de millares de ranas. El resto del paisaje, la tierra parda de Castilla cortada en líneas paralelas por los surcos del arado. Enfrente del puentecillo, la puerta del molino cubierta por una parra enorme que trepaba por las paredes. El caserón, un manchón de cal más blanco y más duro aún por el sol, por el fondo de tierra gris, por el marco alegre de la parra y por la cinta verde del barranco alargándose como una vena por la que corriera sangre viva a través de los campos secos.

Cuando entrabais en el molino os encontrabais con un portalón fresco en el que flotaba un polvillo blanco; en un rincón giraban interminables dos piedras cónicas que machacaban grano para piensos. Humeaba el grano bajo la presión de la piedra y se levantaba un vaporcillo tenue que respiraban glotones dos burros pacientes en la puerta.

A la izquierda había una división de tablas con una ventana de cristales que era la oficina del tío Juan. El tío Juan se reía de este título, porque el escribir le costaba un trabajo inmenso a sus dedos asarmentados. ¡Era una buena broma! En los tiempos de su abuelo las cuentas se llevaban en largas varillas de madera, cada saco de trigo

molido una muesca tallada con la navaja. Me mostraba riendo un brazado de estas varillas brillantes del sobo de años y manos:

—Todavía para muchos de los de mi tiempo, llevo las cuentas así. Pero ya tengo que hacer estos condenados libros.

De allí, por una puerta estrecha, se pasaba de golpe al molino. Se elevaba a unos quince metros y tenía allá en lo alto unos grandes ventanales de vidrio. Del techo bajo descendía un bosque de vigas y tubos, de ruedas y correas. No se había usado el hierro en la construcción, y todo era madera. El polvo de trigo, a través de los años, se había ido depositando en los más ínfimos rincones y había forrado cada pieza con su terciopelo blanco. El todo era como un bosque nevado. Las arañas habían escarbado las alturas y habían tejido sus telas de rincón a rincón *y* de viga a viga; el polvo blanco las había tapizado y ahora eran como ramas de pino cargadas de nieve. Y el cristal de los altos ventanales, también cubierto de este polvillo impalpable, dejaba pasar una luz de sol de invierno que hacía sombras grises en la maquinaria. Con un poco de imaginación, el ruido isócrono de los *planchisters*, meciendo la harina en su cuna, parecía el ruido de las sierras de los leñadores del bosque.

—Aquí tiene usted nuestra pobreza.

—Ya es viejo esto, tío Juan.

—Mi abuelo hizo el molino. Debía de ser un hombre moderno en sus tiempos, porque puso una máquina de vapor. Aún está.

Viendo la máquina de vapor, podía uno imaginar lo que pensarán los hombres de dentro de mil años de nuestras concepciones mecánicas: una vieja máquina, con un volante disforme, semienterrada en la tierra y roja del orín de medio siglo, roída por viento, arena y gotas de agua; resquebrajada, rugosa, agrietada. Enterrada a medias como el esqueleto de un animal prehistórico que surge a la superficie; con sus bielas como brazos rotos y los restos del enorme pistón como el cuello de un gigante destruido y contrahecho por un cataclismo.

—Hace ya muchos años que tengo un motor eléctrico.

—;Y gana usted dinero?

—Se ganaba. De Torrijos y de Santa Cruz venían a moler aquí el trigo. En tiempos, hasta de Navalcarnero y Valmojado. Esto era una bendición de Dios. Luego Torrijos puso su molino y Navalcarnero el suyo. Navalcarnero es el que me ha hecho más daño, porque está en la vía del tren. Pero lo que en realidad nos ha matado es la política. Desde la dictadura acá, vive uno del pueblo y gracias. En fin, yo no me quejo. Ya voy para los setenta y cinco, los chicos tienen su modo de vivir y aquí moriré en paz. —Se quedó el viejo pensativo—: Si me dejan...

—Hombre, no creo que nadie se vaya a meter con usted. Y como usted dice, cuando se tienen setenta y cinco años, pocos cambios se pueden ya esperar.

—No sé, no sé. Los viejos a veces vemos muchas cosas, o mejor dicho las sentimos. Tal vez es el miedo instintivo a morirse. Cuando el año 1933 los mozos se echaron al campo y destruyeron los árboles y el poco ganado que había y quemaron los pajares y arrasaron las huertas, crea usted que no me asusté mucho, porque aquello tenía que pasar. Luego vino lo de Asturias, y ya parece que todos nos hemos vuelto locos. Esto acabará mal, muy mal. Y muy pronto, don Arturo. La gente está muerta de hambre y ésta es mala consejera... ¿Qué le voy a contar del pueblo? Miseria y miseria. La media docena que pueden dar trabajo, no lo dan. Unos por rabia, otros por miedo a Heliodoro. El campo está abandonado y la gente no tiene qué comer. Don Ramón, que es un bendito...

—Dígame primero quién es don Ramón.

—Don Ramón es el tendero del pueblo. Tiene la tienda que habrá usted visto detrás del casino, y es un buenazo, sólo que le ha dado por la Iglesia y está espiritado. Pues bien, don Ramón es de lo mejor que había en el pueblo, sin quitar que si podía le robaba a uno unos gramos en el peso; pero cada vez que alguien llegaba a su casa: «Don Ramón, deme

usted unas judías, o un poco de bacalao y un pan, que ya se lo pagaré cuando el hombre eche a trabajar», don Ramón alargaba el género y lo apuntaba. Si lo pagaban, bien, pero muchas veces se quedaba sin cobrar. Cuando ocurría una desgracia —alguno a quien se le moría el hijo, la mujer o el marido—, cogía el lápiz y borraba la cuenta: «Fulana, no te apures, que eso está saldado. Así Dios me perdone como al difunto». Pues bien, entre don Lucas por un lado y Heliodoro por otro...

—¿Quién es don Lucas?

—El cura, que es de los de la cáscara amarga. Como iba diciendo, entre los dos le han convencido de no dar ni una miga de pan a los pobres. El uno, que es pecado mortal ayudar a los enemigos de Dios, y el otro, que hay que meter en cintura a estos granujas y si don Ramón los quiere ayudar, él le meterá en cintura a don Ramón. Lo peor —agregó después de una larga pausa— es que la gente se calla a todo. Se sientan por la mañana en la plaza, en la muralla de la carretera, y se callan. Por la tarde se meten en el casino de Elíseo y allí también se callan. Cuando el año 1933, algunos se acercaron al molino; pero a mí me respetan y saben que en mi casa hay un cacho de pan para el que le haga falta, y se marcharon. Pero la próxima vez que vengan, y vendrán, no sé... Vendrán y muy pronto. Ya lo verá usted.

El pesimismo del tío Juan se disolvió en su orgullo de propietario. Cogió una jarra de barro de las viejas de Talavera, con flores azules ingenuamente trazadas sobre un fondo de leche, y me llevó ante una tinaja arrinconada en un cuartito fuera del molino.

—Vamos a echar un trago. Como éste no lo bebe usted en Madrid.

Bebimos despacio un vino áspero y frío que se deshacía en burbujas moradas contra las paredes de la jarra. Nos pasábamos la jarra el uno al otro y bebíamos en el mismo borde, como si fuera un rito ancestral de paz.

Aurelia aquel día estaba de mal humor. Después de comer nos fuimos con los chicos a dar un paseo al fondo de las huertas. Había

preparado una merienda y comeríamos al lado de un manantial que existe allí. Pero seguía con la cara estirada. Al fin dijo:

—Es un aburrimiento este pueblo.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Nada. Que parece que una pertenece a otra raza.

—Pero, bueno, ¿qué te ha ocurrido?

—Ocurrirme, nada. Pero ya lo ves. La ponen a una en cuarentena. Porque aquí las buenas familias del pueblo ya se han enterado de que tú eres un socialista y que no vas a misa y que te metes en el casino de Eliseo y, naturalmente, a una en la calle: «Buenos días», cuando los dan. Y tú comprenderás que no voy a hacer amistad con la gente del campo.

—¿Por qué no? Me parecería mucho mejor.

—Claro, a ti, sí. Yo creo que tú debías mantenerte en tu papel y...

—¿Y qué? Ir a la tertulia del señor cura e invitar a la mujer de Heliodoro, ¿no? Pues lo siento mucho, pero no. Tú puedes hacerlo si quieres, pero yo no he venido aquí para hacer vida de sociedad.

—Claro; tú te vas el lunes temprano y aquí queda una toda la semana...

Nos agriamos con la discusión y el resto del domingo lo pasé pesado y aburrido. Cuando cogí el autobús el lunes por la mañana, dormían aún todos en la casa. Me marché con un sentimiento de liberación.

Capítulo 3

Inquietud

Estaba terminando de firmar el correo del día. Era la hora más agradable en el confesonario. El sol se había ocultado ya tras los edificios de lo alto de la calle de Alcalá y la habitación recibía una brisa fresca que hinchaba y hacía restallar de vez en cuando las cortinas de lona. Abajo, en la calle, comenzaba a espesarse la gente en su paseo diario: a estas horas las oficinas comenzaban a verter sus empleados en la calle.

Subía el ruido de este enjambre con un zumbar sordo, continuo, punteado por los gritos de los vendedores de los primeros periódicos de la tarde, la nota aguda de las campanas de los tranvías y el ladrar de los cláxones de automóviles. Era un ruido que existía allí, constante, pero del cual ya no éramos conscientes a fuerza de oírlo.

De pronto se hizo un *silencio* total, y la fuerza de este silencio inesperado me dejó con la pluma en el aire. María paró su teclear en la máquina y los dos nos quedamos escuchando; dentro de la oficina, las otras máquinas se habían quedado mudas también. Este silencio completo duró sólo un momento: inmediatamente después estalló un disparo y un clamoreo ensordecedor de la multitud. Entre los gritos, se oía el correr de las gentes en todas direcciones y el chasquido de cierres metálicos bajados de golpe. Se oyeron dos o tres disparos más y la nota musical de un cristal roto. Nos precipitamos a la terraza.

Bajo nosotros, ía calle estaba desierta en un ancho espacio y en los bordes de este vacío súbito la multitud *corría* alocada, ensanchándolo. Frente a nuestra terraza, en la esquina del Fénix, un grupo de unas seis personas se inclinaba sobre un bulto caído en la acera. Desde nuestra altura sus movimientos daban una nota absurda a la escena. La calle se ensanchaba allí bruscamente para recibir la Gran Vía y la calle de Caballero de Gracia, y forma a modo de una amplia plaza, que ahora, con la excepción del grupo, se encontraba vacía de vida con sólo unos

coches parados en la postura de asombro que les causó la deserción de sus ocupantes y un tranvía vacío también, preso de los raíles. Los hombres del grupo nos parecían mudos y gesticulantes, como marionetas diminutas; dos de ellos levantaron del suelo una figurilla más diminuta aún doblada por la mitad; en la acera, sobre el gris del asfalto quedó una mancha negra y alrededor de ella un brazado de periódicos que el viento de la esquina abrió en un revoloteo blanco. Llegó una camioneta abierta llena de guardias de asalto que se descolgaron ágiles del vehículo, con sus porras enarboladas como si fueran a atacar al grupo. Un taxi irrumpió en la quietud de la explanada y en él desaparecieron de nuestra vista el herido y los dos que le conducían: después, el coche se alejó calle arriba. Los guardias se establecieron en las bocacalles y en las puertas de los cafés. La gente comenzó a inundar la calle, formando grupos que los guardias disolvían bruscos.

Acabé de firmar y nos fuimos todos juntos escaleras abajo, pero en el rellano del primer piso nos detuvo la policía. El Café de la Granja tiene una puerta, conocida de pocos, que sale a esta escalera, y la policía se había instalado en el descansillo pidiendo la documentación y cacheando a todo ei que entraba o salía. Cuando llegamos al portal, encontramos a nuestra portera sentada en una silla recobrándose de un ataque de nervios, atendida por su marido y por un oficial de los guardias de asalto que tomaba notas en un cuaderno. Había un intenso olor a éter. La mujer explicaba:

—Yo estaba a la puerta, viendo pasar la gente, hasta que llegaron los vendedores de *Mundo Obrero*. «Ya vamos a tener jaleo como todas las noches», me dije para mí, porque los señoritos de *Fe* se estaban paseando a la misma puerta del café con su periódico y sus garrotas. Pero no pasó nada; los chicos del *Mundo Obrero* subieron corriendo y voceando como siempre y los señoritos comenzaron a pregonar a gritos *Fe*, pero nadie les hizo caso. Total, parecía que no iba a pasar nada.

Hasta que allí, en la esquina, se paró uno de los del *Mundo* con otros a su lado y en seguida vino un grupo de cuatro o cinco que tiraron los periódicos y comenzaron a pegarse. La gente echó a correr y uno de los señoritos sacó algo del bolsillo y le pegó un tiro al chico de los periódicos. Todos salieron corriendo y el pobre se quedó allí, solo, que no se podía levantar.

Hasta entonces, casi todas las tardes se habían producido incidentes similares: los falangistas esperaban la salida de *Mundo Obrero* e inmediatamente comenzaban a vocear su revista *Fe*. Ninguno de los dos periódicos era vendido por los profesionales, sino por voluntarios de ambos partidos. A los pocos momentos estallaban los incidentes a lo largo de la calle: bofetadas y alguna que otra descalabradura y la acera llena de periódicos pisoteados y rotos. Las gentes pusilánimes corrían atemorizadas, pero en general para los paseantes era un incitante espectáculo, en el cual muchas veces se sentían arrastrados a tomar parte activa. Pero lo de aquel día era ya más grave.

A la tarde siguiente comenzaron las señales de disturbio desde las cinco y media: los obreros, que en general dejaban el trabajo a las cinco, se habían dado cita allí. Se les veía llegar y pasearse en grupos con sus taleguillos de la comida en la mano y exhibirse provocativos entre las mesas de la terraza del Aquarium, un lujoso café en el que se reunía la plana mayor de Falange. Se había aumentado el número de guardias que obligaban a la gente a circular sin detenerse y se veían grupos de falangistas cruzándose con los de obreros: se cambiaban miradas agresivas e insultos en voz baja, pero el conflicto estaba en suspenso. Se esperaba la salida de los periódicos. Cuando comenzaron los gritos de *Mundo Obrero* comenzaron los de *Fe* y durante unos minutos ambos gritos resonaron a lo largo de la calle como un desafío, las gentes de cada bando comprando ostentosamente su periódico. Al fin uno de los grupos se disolvió a golpes, y fue la señal para que la calle entera se convirtiera en un campo de batalla. Los guardias de asalto descargaban

sus porras sobre todo el que se ponía a su alcance y recibían la respuesta de ambos bandos.

En pocos momentos la superioridad numérica de los obreros fue evidente, y un grupo de falangistas buscó refugio en el Aquarium. Saltaron todos los cristales de la portada y las sillas y las mesas volaron en todas direcciones convertidas en pedazos. Una camioneta de guardias de asalto volcó su carga sobre los asaltantes y se entabló una batalla furiosa.

La calle de Alcalá se quedó otra vez desierta, con excepción de los guardias y de unos cuantos transeúntes que pasaban rápidos.

Después de cenar me fui a la Casa del Pueblo. Había poca gente en el café, pero unos cuantos amigos se agrupaban alrededor de dos mesas juntas. Se comentaba lo ocurrido la noche antes y lo ocurrido aquella misma noche. Uno de los concurrentes, hombre ya maduro, cuando se acabaron las palabras exaltadas, dijo:

—Lo malo es que con todo esto estamos haciendo el caldo gordo a los comunistas.

—Y qué, ¿te da miedo? —preguntó otro, burlón.

—A mí no me da miedo, pero lo que veo es que se nos están metiendo en casa. Para los falangistas todos somos comunistas y claro es que si nos dan de palos nos tenemos que defender; pero en lugar de esto, recomendamos paciencia a la gente y se nos van en masa a los comunistas.

—Tú porque eres de los de Besteiro. Os creéis que con paños calientes se puede arreglar esto y os equivocáis. Lo que estáis haciendo es estúpido. Las derechas están todas unidas y nosotros andamos cada uno por nuestro lado; lo que es peor aún, tirándonos los trastos a la cabeza. ¡Lo que está pasando es una vergüenza! — Puso sobre la mesa un puñado de periódicos—: Lee esto. Todos los periódicos son nuestros, de la izquierda. ¿Y qué? Los comunistas atacando a los anarquistas y éstos a aquéllos, los dos a nosotros y nosotros a ellos; y

entre nosotros, Largo Caballero y Araquistain a Prieto, y éste a los dos. De Besteiro no hablemos, porque no habla de revoluciones en la calle y nadie le hace caso porque todos hablan de revolución, de «su revolución». Yo digo, o nos unimos pronto o vamos a acabar aquí como en Asturias con Gil Robles y Calvo Sotelo como dictadores y el Vaticano dictando.

—Me parece que eso va a ser difícil; se levantaría el pueblo, como cuando lo de Asturias.

—Y nos pasa lo que cuando Asturias o peor, ¿no? No creáis que estoy hablando con la luna. Ese infeliz de Chapaprieta no se sostiene en el Gobierno, y en cuanto le hagan dimitir, que le harán, al Botas no le queda más salida que o dar el Gobierno a Gil Robles o disolver las Cortes. A esto no se atreve porque le cuesta el puesto, ganen ellos las elecciones o las ganemos nosotros.

Chapaprieta, entonces presidente del Consejo, era simplemente una transición para ganar tiempo. Un hombre sin partido político y sin mayoría en las Cortes, con la única tarea enfrente de él de hacer aprobar los presupuestos. Gil Robles no podía desaprovechar aquella ocasión para llevar la situación a una crisis.

Nuestro compañero tenía razón; una ocasión mejor que aquélla no podía presentarse a las derechas españolas, cuando las izquierdas estaban completamente desunidas. No se trataba de una desunión entre republicanos, socialistas y anarquistas, sino de una lucha intestina por la absorción de la masa del país por cada uno de los grupos de izquierda. Así, Azaña arrastraba tras él un núcleo importante de la clase media y no dudaba de convencer a una gran parte de la clase obrera. La UGT controlaba un millón y medio de trabajadores y la CNT unos cuantos millares más. Ambas luchaban por la hegemonía de la clase trabajadora. Pero aún había más: la UGT estaba adherida al Partido Socialista y la CNT al anarquismo de una manera oficial, aunque individualmente

cada uno de sus miembros podía tener opiniones distintas. Y las opiniones estaban divididas.

Los socialistas se dividían en tres grupos importantes: el de Largo Caballero, que representaba la izquierda del partido; el de Indalecio Prieto, que representaba el centro, y el de Besteiro, que representaba la derecha con su teoría de evolución y reformismo. Estos tres grupos producían la escisión constante dentro de la UGT. La CNT estaba igualmente dividida en dos grupos: los partidarios de la acción directa, anarquistas, y los de la acción sindical. En ambos partidos y en ambas asociaciones se encontraban partidarios y enemigos de la fusión de la UGT y la CNT. Y para terminar la complejidad de la situación, el Partido Comunista comenzaba a desarrollarse y a infiltrarse en el ala izquierda de la UGT y del Partido Socialista, creando otro antagonismo doble, ya que comunistas y anarquistas eran enemigos declarados.

Es muy español «quedarse ciego por saltarle un ojo al vecino». Así, se daba la absurdidad de que los anarquistas se regocijaban de los atentados de los falangistas contra los comunistas; y que éstos, a su vez, hicieran todos los esfuerzos posibles para atacar a los anarquistas a través de los medios de represión gubernamentales.

Pero, seguramente, definiendo así la situación de las izquierdas españolas cometo un grave error, el mismo que han cometido otros escritores sobre cosas de España.

Estas divisiones, estas luchas intestinas, existen únicamente entre los dirigentes y una minoría de afiliados aspirantes a dirigentes o simplemente fanáticos de sus ideales. El hombre de izquierda de la calle, en general, pensaba de una manera distinta: la masa de izquierdas del país abogaba por la unión y por el olvido de diferencias y rencillas; por experiencia sabía que era el único camino para sostener la República y transformar el Estado. La República había nacido porque se firmó un convenio entre todas las izquierdas organizadas; en Asturias los obreros habían luchado bajo el grito ¡UHP! (Unión de Hermanos

Proletarios) y ahora, en la segunda mitad de 1935, la masa del país sabía y sentía que, a menos de una unión compacta, las derechas se apoderarían totalmente del poder y no sólo se pudrirían en la cárcel los millares que en ella estaban, sino que entrarían millares más.

Como consecuencia de esto, en medio de la polémica de los partidos y agrupaciones oficiales se iba imponiendo el sentimiento de las multitudes y poco a poco los líderes iban cediendo en sus intransigencias y respondiendo al instinto de conservación, porque las derechas, cada vez más, presentaban un frente unido en sus dirigentes, en sus afiliados y en la masa simpatizante. Una prueba de esto eran mis experiencias de Novés.

Una mañana de domingo regresaba de un largo paseo a través de los campos que rodean Novés. Siempre he encontrado un placer en recorrer los campos solitarios de Castilla. No hay árboles, no hay flores, la tierra está seca, dura y gris, raramente se ve la silueta de una casa, y cuando se cruza uno en su camino con un labriego, el saludo se cambia con miradas recelosas y con gruñidos ásperos del perro del caminante, el cual se abstiene de mordernos bajo el mandato brusco del amo. Pero estos paisajes desolados bajo el sol de la canícula tienen majestad.

Los tres elementos son: sol, cielo y tierra, y los tres son despiadados. El sol es una llama viva sobre vuestra cabeza, el cielo un fanal luminoso de cristal azul que reverbera, y la tierra una planicie agrietada que abrasa al contacto. No hay paredes que den sombra, techos o enramadas que dejen descansar los ojos, fuente o arroyo que refresque vuestra garganta. El efecto es como si estuvierais desnudos y sin defensa en las manos de Dios: o vuestro cerebro se amodorra y se embrutece en una resignación pasiva, o adquiere toda su potencia creadora, porque allí no hay nada que la distraiga y vuestro yo es un «yo» absoluto que se os aparece más claro y más transparente.

El cigarrillo en la llanura desolada toma proporciones gigantes, como una blasfemia en alta voz en la soledad de un templo vacío; la

llama de la cerilla desaparece bajo la luz del sol y es menos llama que nunca; el humo azul del cigarrillo traza espirales lentas, se acumula y engruesa en nubes blanquecinas en la quietud del aire y cae frío a vuestros pies, casi invisible. La tierra le absorbe. El aire le empuja hacia la tierra. La luz disuelve el azul del humo contra el azul del cielo. Cuando tiráis la colilla, la mancha blanca, humeante aún, es más vergonzosa que tirada sobre la alfombra más rica. Queda allí diciendo a todos que habéis pasado. A veces es tan intenso este sentimiento de criminal que teme dejar huellas de su paso, que he recogido la colilla de la tierra, la he apagado contra la suela de mis zapatos y la he guardado en mi bolsillo. Otras veces, cuando en mis paseos he tropezado con una punta de cigarrillo abandonada en el campo, la curiosidad me ha llevado a considerarla: si estaba húmeda aún, era señal que otra persona andaba cerca. ¿Quién sería? Una confección grosera me indicaba que era un campesino; un cigarrillo hecho de fábrica, que era un hombre de ciudad. Unos bordes secos y un papel ya amarillento, que el hombre había pasado por allí hacía días, semanas, tal vez meses. Y cuando era así, respiraba más tranquilo, porque en los paisajes desolados de Castilla renacen miedos instintivos y amáis la soledad como una defensa.

Aquella mañana había paseado solo y volvía ágil de mente, con el cerebro lavado pero con el cuerpo rendido y reseco. Me senté a uno de los veladores que José ponía a la puerta del casino:

—Dame algo que esté fresco, José.

José trajo una botella de cerveza que sudaba bajo el sol. Se apoyó en la mesa:

—¿Qué le parece el pueblo?

—¿Qué le voy a decir? A mí me parece bien. Me gustan los pueblos que aún no tienen nada de ciudad, tal vez porque estoy harto de ciudad.

—Si viviera usted aquí toda la vida, como yo, estaría deseando escapar.

Enfrente del casino la carretera descendía y un barandal de piedra la bordeaba del lado del barranco. A lo largo del barandal estaban recostados hasta una docena de hombres que me miraban silenciosos.

—¿Qué hacen ésos ahí, José?

—Esperando que caiga algo. ¡Como no caiga la luna! Sabe usted, es la costumbre de siempre que los mozos que no tienen trabajo vienen aquí en las mañanas y esperan que alguien les contrate por el día.

—Pero son las doce y es domingo. ¿Quién diablos los va a contratar?

—Psch. Vienen por la costumbre y además porque como es domingo, hoy vienen los señores a tomar vermut y a veces a alguno de ellos se le antoja algo y cae alguna perra; a veces hasta se atreven a pedirla. Alguna cosa tienen que hacer los pobres, aunque bien merecido se lo tienen.

—Bien merecido, ¿el qué? ¿Morirse de hambre?

—Hombre, yo no digo morirse de hambre, porque al fin y al cabo no tiene uno negras las entrañas, pero no está mal que aprendan un poco. Esto les enseñará a meterse en repúblicas y querer arreglar el mundo. Porque usted no sabe lo que era este pueblo cuando vino la República: hasta cohetes tiraron. Y en seguida co—menzaron a pedir cosas, hasta una escuela nueva; allí la tienen a medio hacer todavía. Como no se la paguen ellos, me parece que la República ya se la ha pagado.

Por la carretera apareció un jinete caballero, en un caballo negro de costurones y mataduras. Una figura magra embutida en unos pantalones ceñidos a las pantorrillas como un figurín del siglo XIX, americana redonda y un sombrero redondo que en sus tiempos fue negro, pero que ahora era color de ala de mosca. Quijotesco, viejo en los setenta, con pocos dientes pero con cejas espesas sobre ojos negros vivos, una barbita de chivo y unos tufos blancos bajo el sombrero. Se apeó del caballo, dejó caer las riendas sobre el cuello del animal y llamó con la

mano a uno de los mirones de la muralla. Un hombre se despegó perezoso.

—Toma, llévale a casa.

El hombre cogió las riendas, tiró del caballo, pasó por delante de la puerta de la farmacia y penetró en la puerta siguiente, a diez metros escasos de donde estábamos sentados. El caballero vino hacia mí, golpeándose las piernas con el latiguillo que llevaba en la mano.

—Hombre, ya tenía yo ganas de conocer al madrileño. Con su permiso, me voy a sentar. —No esperó mi conformidad. Simplemente se sentó—. Usted, ¿qué bebe? ¿Cerveza? José, dos cervezas. —Hubo una pausa y se me quedó mirando—. Posiblemente, usted no sabe quién soy yo. Bien: soy el cómplices de éstos —y señaló a los dos médicos que habían llegado entre tanto y se habían sentado a otra mesa—, es decir, el boticario. Alberto de Fonseca y Ontivares, licenciado en farmacia, doctor en química, propietario y muerto de hambre. Aquí la gente no se pone enferma, y cuando se pone no tiene dinero. Y las fincas no producen más que pleitos. Ahora, cuénteme usted quién es.

El hombre tenía gracia. Le di unos cuantos detalles míos y de mis actividades, y cuando le hablé de mi profesión me cogió del brazo:

—Tenemos que hablar. ¿Usted sabe lo que es el aluminio?

—Sí. No sé en qué grado le interesa a usted el aluminio y si mis conocimientos serán bastantes.

—No importa, no importa. Tenemos que hablar. He hecho un descubrimiento interesante y tenemos que hablar. Usted tiene que aconsejarme.

No me agradaba mucho la perspectiva de tener en el pueblo a uno de esos inventores chiflados, pero no era cosa de darle una mala respuesta. Mientras, el hombre que se había llevado el caballo había regresado y estaba respetuosamente con la gorra en la mano a dos metros de nosotros. Don Alberto se le quedó mirando:

—¿Qué esperas? Que te dé algo, ¿no? Bueno, mira, hoy es un gran día. Toma un real, pero no te arregostes, ¿eh? ¿Qué llevas en el bolsillo de la blusa?

El hombre enrojeció y bajó la voz:

—Un poco de pan que me ha dado doña Emilia para los chicos.

—Bueno, bueno. Buen provecho os haga.

Me levanté de la mesa. Don Alberto pretendía hablarme de su descubrimiento, pero yo no había comido aún. La conversación quedó para más tarde.

La tuvimos en la rebotica. Doña Emilia nos escuchaba moviendo las agujas de hacer punto, las manos regordetas ágiles de acá para allá. El resto de su figura eran grasas amorcilladas en reposo. De vez en cuando miraba a su marido por encima de los cristales de las gafas. El gato, dormilón, sobre un viejo sillón de rep, abría de vez en cuando los ojos siguiendo las inflexiones de voz de su amo. Unos ojos verdes con una rayita vertical negra. La sala era oscura, no porque la luz no entrara libremente por una amplia ventana a la calle sino porque todo en el cuarto era oscuro: cortinas y alfombras púrpura, casi negras; los cuatro sillones haciendo juego en un color de pasa oscurecido por los años; la pared empapelada en un azul casi negro con dibujos dorados. Don Alberto explicaba:

—Como le he dicho esta mañana, yo soy un propietario. ¡Buenas tierras nos dé Dios! Un campo, grande como un camposanto, lleno de pedruscos y cuatro miserables casuchas en el lugar. Los inquilinos no pagan y la tierra es erial. Pero la contribución cae cada año como un reloj. Gracias a que le queda a uno algo más, y esta miseria de la botica, para ir viviendo. Como usted ha visto, todas las mañanas, haga el tiempo que Dios quiera mandarnos, ensillo el potro y nos vamos los dos a dar un paseo por esos campos. ¡Usted no sabe las veces que he pasado por mis tierras! Conque un día me veo allí a un tipo de rodillas sobre la tierra, escarbando. «¿Qué hará ese así?», me pregunté. Me fui a él y le

dije: «¿Qué se hace, amigo?», y me contestó en mal cristiano: «Nada, curioseando. ¿Sabe usted de quién son estas tierras?». «Mías», le dije. «No es mala tierra, ¿no?», me contestó. «Sí, para sembrar adoquines», le repliqué yo. Se me quedó mirando y luego cambió de conversación: que era alemán, que le gustaba mucho España, en fin, una porción de cosas, y por último que pensaba hacerse una casita en el campo y que el paisaje le gustaba mucho. Hace falta cara dura para decir esto, porque el paisaje es como la palma de mi mano. Yo le decía «amén» a todo, pensando: «¿Qué se traerá este granuja entre manos?». Cuando le perdí de vista me volví a mi tierra, cogí unos cuantos puñados de terrones y me encerré en la rebotica. Mi amigo —dijo solemne don Alberto—, mis tierras son bauxita, ¡bauxita pura! —No me dejó mostrar mi asombro. Cambió rápidamente del entusiasmo a un gesto de rabia y prosiguió—: Pero el alemán ese es un canalla. Por eso le he llamado a usted.

Doña Emilia paró sus agujas, levantó la cabeza y, moviéndola de un lado a otro, dijo:

—¡Qué razón tienes, Albertito!

—Ten calma, mujer, déjanos hablar. —Las agujas reanudaron su vaivén isócrono y el gato volvió a cerrar sus ojillos verdes. Don Alberto prosiguió—: Hace unas semanas se presentó aquí. Se había decidido a construir una casa en este rincón del país «tan magnífico». Le gustaba mucho mi tierra y como no era tierra de labor, suponía que se la vendería barata, porque él no era muy rico. No me pude contener: «Conque una casita en el campo, ¿eh? Una casita con chimeneas, ¿no?». Se me quedó mirando muy asombrado: «Sí, hombre, sí. No se haga usted el tonto. ¿Usted cree que no sé a lo que viene? Afortunadamente aún no he olvidado la poca química que aprendí». Mi alemán se echó a reír muy campechano: «Bueno, nos podremos entender mejor. Usted comprenderá que estoy a mi negocio y si usted no hubiera sabido lo que hay en sus tierras, hubiera sido más económico para mí. Pero no importa. ¿Cuánto quiere usted por la tierra?». Yo le

contesté: «Cincuenta mil duros». Mi alemán se echó a reír y dijo: «Mire usted, no vamos a perder el tiempo. El yacimiento está denunciado con arreglo a la ley de minas. Tenemos por tanto el derecho de expropiar el terreno suyo y los que le rodean. Le propongo a usted pagarle 5.000 pesetas al contado y 20.000 en acciones liberadas de la sociedad que se forme. Piénselo y verá cómo le conviene». Le dije rotundamente que se fuera al diablo. Pero ahora me han mandado una citación para comparecer en juicio de avenencia para la expropiación de la tierra. ¿Qué me aconseja usted que haga? Estos granujas creen que se van a quedar con mi tierra por un mendrugo de pan.

¿Qué podía yo aconsejarle a este boticario pueblerino? Si había alemanes en el asunto, indudablemente estaba detrás alguna firma importante de Alemania, porque eran éstas las que pagaban estas prospecciones en España, y nadie mejor que yo conocía el poder y los medios de esta gente. Don Alberto podía coger un puñado de pesetas, no muchas, o sostener un pleito, con la consecuencia de que las pesetas que cobrara al fin no serían bastantes para pagar a la curia. Desde luego, le habían entrampillado y no tenía escape. Le expliqué la situación legal del asunto y le aconsejé que tratara de sacar la mayor cantidad posible de dinero, y se dejara de pleitos. El hombre se indignó:

—Pero, ¡esos granujas vienen con sus manos limpias a robarnos lo nuestro! Esto es la historia de España: estas gentes vienen aquí donde nadie les llama y se apoderan de lo mejor. Ahí tiene usted Río Tinto, y la Canadiense, y la Telefónica, y el petróleo y yo qué sé más. Mientras tanto, nosotros muertos de hambre. Lo que hace falta es que el jefe tome esto entre manos.

—¿El jefe? ¿Qué jefe?

—¿Quién va a ser? El hombre que va a salvar a España: don José María Gil Robles. El hombre que tiene detrás de él a todas las personas decentes de este país.

Uno de mis incurables defectos que me ha costado muchas enemistades, es revertir en el curso de una conversación seria a mis reacciones de chico de la calle y de soldado en África y dar libre suelta a mis pensamientos, con la mayor franqueza y peor lenguaje. Contesté a don Alberto, sonriéndome:

—¡Hombre! No creo que ese ratón de sacristía vaya a arreglar el país.

Don Alberto se puso intensamente rojo, más rojo bajo su marco de pelos blancos, se levantó y me fulminó con una mirada iracunda. Las agujas se pararon en seco y el gato se levantó y se arqueó, haciendo crujir sus uñas en el forro del sillón. Las palabras cayeron solemnes y melodramáticas:

—Comprenderá usted, don Arturo, que no podemos seguir cruzando la palabra usted y yo.

Me tuve que marchar, un poco avergonzado y disgustado conmigo mismo por mi incongruencia. Pero aquella conversación trajo su secuela una semana después.

Un día me paré a contemplar en detalle la torre de la iglesia, construida en una esquina del edificio y a todas vistas independiente de él. Las fundaciones de la torre eran indudablemente romanas y los ladrillos colocados sobre los sillares de piedra, muchísimos años después, eran árabes. Sería curioso conocer las vicisitudes por las que había pasado la vieja torre, fortaleza o atalaya, o lo que hubiera sido... Una voz gruesa me habló desde la puerta de la iglesia:

—Qué, ¿curioseando? ¿No se atreve usted a entrar en la iglesia? Aquí no nos comemos a nadie. —En la puerta de la iglesia estaba don Lucas, el cura, mirándome un poco socarrón.

—Estaba viendo la mezcolanza que es esta torre. Pero, sí me gustaría ver la iglesia, si el cancerbero no se opone.

—El cancerbero no se opone. Ésta es la casa de Dios, y está abierta a todos. Claro que si lo que le interesan son cosas viejas, va a encontrar pocas; esto es un caserón.

La iglesia merecía el nombre de tal. Unas paredes lisas de cal y canto, enjalbegadas, y a lo largo de ellas media docena de altares, cada uno con un santo en tamaño natural, todos modelados en cartón piedra y decorados con colores chillones. Una profusión de faldillas de altar, tiesas de almidón, con grandes bordados, y sobre ellas candelabros de latón y floreros llenos de flores de papel polvorientas. Un altar mayor con una Purísima de menor tamaño con un fondo de estrellas prendidas a una tela azul. Dos confesonarios, uno a cada lado del altar mayor, y detrás de la puerta de entrada un Cristo, con la pililla del agua bendita a un lado y la pila bautismal al otro. Dos hileras de bancos en medio de la nave y un par de docenas de sillas con asientos de paja desperdigadas. Lo único bueno del recinto era su frescura.

—La verdad es que esto no vale mucho.

—Ahora le enseñaré el tesoro.

Me condujo a la sacristía: dos grandes cómodas con herrajes plateados —seguramente lo de más valor en la iglesia—, una hornacina con un Niño Jesús en talla antigua, un pupitre, un banco a lo largo de la pared, un sillón frailero y unos cuantos utensilios del culto sobre las cómodas. En el testero, un cuadro al óleo representando un san Sebastián de anatomía feminoide. La pintura era de la segunda mitad del siglo pasado y pertenecía a lo que yo llamo «escuela cromolitográfica».

El buen padre, llenito de carnes, tipo de campesino pulido por el seminario, un poco cerduno por sus ojillos diminutos y la abundancia del pelo, barba y vello, con labios gruesos y rojos y manos anchas, casi manazas, se sentó en el sillón y me invitó a sentarme en el banco al lado del pupitre. Sacó una petaca de cuero y liamos un cigarrillo. Dio unas chupadas y se me quedó mirando:

—Ya he visto que no viene usted a la iglesia los domingos. Yo sé que es usted un socialero y que se mezcla con la gentuza del pueblo. La verdad, cuando se instalaron ustedes aquí y les vi a ustedes, a su señora y los niños, me dije: «Parece buena gente. El Señor lo haga». Pero... parece que me he equivocado.

No lo dijo insultante. La pausa después del «pero» fue para dar énfasis a una sonrisa suave, casi diría evangélica, que presentaba excusas por el atrevimiento. Después se quedó con las dos manos sobre la mesa, mirándome.

—Bien. Sí, es verdad que tengo ideas socialistas; también es verdad que no voy a misa los domingos, ni van los míos; y también es verdad que, si esto es ser «mala gente», pues somos mala gente.

—No se me sulfure usted, don Arturo. No quería molestarle, pero al fin y al cabo uno puede comprender que cualquiera de estos palurdos del campo no crean en Dios ni en el Diablo, pero encontrar una persona que parece inteligente en las mismas circunstancias...

—El que yo no venga a la iglesia no quiere decir que no crea en Dios...

—No me vaya usted a decir que es usted uno de esos herejes protestantes. Lo sentiría infinito, porque no podría tolerarle en esta santa casa ni un momento más.

—En esta santa casa que según usted es la casa de Dios y por tanto la casa de todos, ¿no? No tenga usted miedo, no soy hereje, no me ha dado por cambiar de etiqueta. Lo que me pasa es que me temo haber padecido demasiada religión en mi vida. Puede usted estar tranquilo, me he criado en el seno de la Santa Madre Iglesia.

—Entonces, ¿por qué no viene usted a ella?

—Si le dijera la verdad, seguramente nos disgustaríamos los dos.

—Dígala, dígala. A mí me gustan las cosas claras y saber a qué atenerme.

—Pues bien, yo no vengo a la iglesia porque en la iglesia están ustedes y somos incompatibles. A mí me enseñaron una religión que, en doctrina, era todo amor, perdón y caridad. Francamente, salvo muy contadas excepciones, me he encontrado siempre con que los ministros de esta religión poseen todas las cualidades humanas imaginables, menos precisamente estas tres cualidades divinas.

Don Lucas no lo tomó por lo trágico, sino por la tangente.

—Entonces, según usted, ¿qué deberíamos hacer? Por ejemplo, ¿qué debería yo hacer? Mejor aún, ¿qué haría usted si estuviera en mi puesto?

—Me lleva usted a un terreno que cae en lo personal. Posiblemente, usted es uno de los sacerdotes excepcionales de que hablaba antes y que he conocido y conozco aún. Pero si quiere usted saber lo que yo, sacerdote, haría en su puesto, es sencillo: dejaría de ser presidente de Acción Católica, como creo que es usted, por cumplir la ley del maestro: «Al César lo que es del César», y la otra orden que dice que «Su reino no es de este mundo»; utilizaría el púlpito para enseñar la palabra de Cristo y no para propaganda política, y trataría de convencer a unos y otros para que vivieran en paz, para que los pobres no se murieran en la pared de la carretera esperando el milagro de un mendrugo de pan, mientras que los ricos dejan la tierra yerma y se juegan cada noche en el casino lo suficiente para que no haya hambrientos en Novés.

Ahora sí que mi cura se había sentido herido. Se le quedaron los labios blancuzcos y un poco temblorosos:

—No creo que usted pretenda enseñarme cuál es mi obligación. Aquí, en este pueblo, lo que hay son muchos canallas y lo que hace falta es palo, mucho palo. Ya sé que, para usted, nuestro jefe es un ratón de sacristía. Pero quieran ustedes o no quieran, ustedes los revolucionarios que quieren hundir a España en la miseria, ese hombre hará una España grande. Siento decirle que usted y yo no podemos ser amigos. Usted ha

venido a turbar la tranquilidad de este pueblo. Lucharemos cada uno por nuestro lado y Dios dará la razón al que la merezca.

Salí de la iglesia un poco pensativo. Era una declaración en toda la regla de guerra contra mí, que aún no me había mezclado en la vida del pueblo. Era también una confirmación de la unión de las derechas españolas contra la República.

Don Alberto era viejo monárquico. Heliodoro, un usurero sin entrañas. A los dos médicos les tenía sin cuidado la Iglesia y la política. Valentín se jugaba la hacienda. Los otros, simplemente por poseer tierras, se creían en la obligación de estar contra los obreros. Ninguno de ellos tenía ideales, ni políticos ni religiosos, y sin embargo se unían como un solo hombre, agresivos, para defender una política y un ideal. ¿Era, precisamente, esta falta de convicciones lo que les permitía unirse? ¿Sería precisamente la existencia de ideales lo que nos impedía unirnos a los hombres de izquierda?

La consecuencia lógica era que aquellos hombres se unían para defender sus propiedades y su posición. Pero entonces, ¿por qué no se unían entre sí los líderes de la izquierda que también tenían ya una posición? ¿Por qué los hombres de la calle, los trabajadores y los labriegos o los mineros de Asturias, o los camareros de café, estaban siempre dispuestos a unirse, y sus líderes, no?

No era una pregunta más. En aquellos días era una pregunta que se hacía toda España, hasta nuestros enemigos.

Capítulo 4

Las elecciones

Inquietud e incertidumbre me hacían más echar de menos algo fijo y seguro en las relaciones humanas. Pero hasta mi madre hacía ya tiempo que había muerto.

—Había muerto —como ella decía a veces— «uncida al carro», trabajando sin descanso hasta los setenta y dos años, dando de lado la fatiga que pudiera sentir para ayudar a mi hermana a través de sus numerosos partos; haciéndose cargo de los pequeños y del manejo de la casa; y hasta ayudándola económicamente, gestionando el que le dieran una portería en una casa de vecinos para que todos pudieran tener casa gratis y sacrificando las míseras propinas de los inquilinos para ayudar en los largos períodos en que mi cuñado Agustín, un buen ebanista, se quedaba sin trabajo por las huelgas que se sucedían unas a otras.

Hubo una época mala, antes de que yo mismo llegara a mi relativa prosperidad, en la que mi madre y Concha tuvieron que aceptar la ayuda de instituciones de caridad: la reina María Cristina había fundado un asilo para lavanderas, impelida, sin duda, por la visión de cientos de infelices encorvadas a lo largo del río, que inevitablemente tenía que soportar cada vez que iba o venía a los jardines de la Casa de Campo. Mi madre solicitó la ayuda de las monjas que regían el establecimiento, no para ella, sino para que proporcionaran ropa a los nietos. Existía también una institución oficial llamada La Gota de Leche, donde las madres pobres podían obtener leche gratis y asistencia médica. Concha tramitó su solicitud y le concedieron una ración diaria de este producto, siempre caro y malo en Madrid, a cambio de guardar cola diaria y pacientemente, mientras la abuela se cuidaba de la casa y de los chicos. Recibían éstas y otras caridades después de trámites absurdos, en los que se comprendían certificados de estar casada por la Iglesia, figurar en las listas de los que asistían a misa asiduamente o presentar el certificado del cura de la parroquia de haber comulgado en Cuaresma.

Ninguno de estos requisitos hacía más agradable recibir la caridad, sino sentirse humillados. Pero mi madre nunca se sintió amargada por ello. Su amargura la compensaba el orgullo de su ayuda y se aguantaba con «las cosas de la vida» como ella las llamaba, con una resignación alegre y una esperanza escéptica. A mí me ponía furioso la situación, y a veces, cuando me sentía en condiciones de ayudar algo, injusto con mi hermana. Era natural que mi madre ayudara a su hija. Pero me hería y me dolía el alejamiento de mi madre hacia mi propia casa por su incompatibilidad con Aurelia. Aunque yo comprobara claramente el fracaso y la vacuidad de mi matrimonio, no aguantaba críticas de otros, ni aun de mi madre, y muchísimo menos de mi hermana, mi hermano, o la mujer de éste y el marido de aquélla, pues todos coincidían en detestar a la mujer que, al fin y al cabo, era mi esposa.

Mi madre murió en 1931. Desde entonces había tenido poco contacto íntimo con la familia. Pero ahora, cuando el fracaso de mi matrimonio era un hecho irremediable y cuando sentía en los huesos el escalofrío del cambio que se avecinaba, estreché más aún la vieja amistad con mi hermano y mi cuñado. Cuando éramos muchachos habíamos sido amigos inseparables y, sin necesidad de decírnoslo, nos comprendíamos perfectamente unos a otros. Las mujeres —la mía, la de mi hermano y mi propia hermana— se detestaban cordialmente y hacían todo lo posible para no encontrarse. Agustín, rechoncho y macizo, lento en el hablar y lento, pero a la vez ágil en sus movimientos, con una vena inagotable de sátira maliciosa a la vez que lleno de sentido común, plácido y seguro, me daba un sentimiento de reposo y seguridad; cuando hablaba era tan infalible como un típico Sancho Panza. Pero era muy difícil para él salir con nosotros y dejar a Concha con los siete chicos que la recargaban de trabajo y no la dejaban un momento en paz.

Fue así como Rafael, mi hermano, flaco, descolorido, ácido, mucho más inquieto y escéptico que yo, se convirtió más y más en mi

compañero silencioso: cuando deshice mi casa en Madrid e instalé a la familia en Novés, me cedió una alcoba en su casa. Para escapar de la atmósfera agria y espesa del piso estrecho y de la charla insulsa de su mujer, cada noche después de la cena nos marchábamos a dar un paseo a través de las calles, a pasar un rato en un café o en un bar donde teníamos amigos, siempre para terminar en otro paseo más o menos largo, enfrascados en una discusión acalorada y sin sentido o hundidos en un silencio moroso. Algunas noches salía con María.

Pero mis relaciones con María atravesaban también un estado crítico.

Cuando comencé a trabajar en la oficina, María era la menos atractiva de las cuatro mecanógrafas. Tenía entonces diecisiete años, ojos y cabellos negros y un cuerpo huesudo lleno de ángulos. Su piel aceitunada tenía el aspecto de sucia, el cuello era un pescuezo flaco y largo, el pecho liso. Como compensación era vivaracha y activa, rápida de comprensión. Su educación no era particularmente buena, pero mejor que la de las otras, sus entendederas claras, y como tipista muy buena. La escogí como mi secretaria y trabajábamos muy bien juntos.

La cara de María estaba ligeramente picada por la viruela, lo que la hacía completamente infeliz y consciente de su defecto en todo momento. Cuando yo comencé a contarle las dificultades de mi matrimonio y mis esperanzas de encontrar aún «la mujer», comenzó a encontrar consuelo para sus defectos, porque yo le explicaba que no pensaba tanto en la belleza física como en el mutuo entendimiento, la armonía entre dos, la fusión. En aquel tiempo no me daba cuenta de que lo que estaba haciendo era seducir a la muchacha. La cara de María le negaba el homenaje del piropo y no tenía contacto con hombres más que conmigo. Supongo que yo tenía para ella la clase de fascinación que los hombres maduros y «experimentados» tienen tan frecuentemente para las muchachas jóvenes. Lentamente fue creciendo nuestra intimidad. Y durante estos años, la muchacha huesuda se transformó en

una mujer plena con un cuerpo hermoso. Inevitablemente, terminamos en una relación íntima puesto que yo necesitaba alguien a quien pudiera dar cariño y que entendiera mi lenguaje. La comunidad de trabajo y su deseo ardiente de satisfacerme en todo se convirtieron en un sustituto del amor.

Eramos discretos en nuestras relaciones, pero no tratábamos de escondernos. Eran un secreto a voces. En la verdadera tradición matrimonial española, donde la mujer no se preocupaba mucho de que su marido tenga «un asunto» mientras no le absorba para siempre o mientras no se produzcan hijos ilegítimos, no tuve grandes dificultades con Aurelia. Ella no sentía que su posición estuviera amenazada por la existencia de María y todo quedó reducido a unas discusiones agrias de vez en cuando. Tampoco existían dificultades por parte de la familia de María. Vivía con su madre, un hermano y una hermana, ambos más jóvenes. La madre sabía nuestras relaciones, pero las ignoraba silenciosamente, yo creo, porque consideraba que María era una muchacha que nunca podría casarse y que por ello tenía derecho a sacar de la vida el mejor partido que pudiera.

Al principio habíamos acordado que ambos quedábamos en completa libertad, pero al cabo de seis años de relación se había desarrollado entre nosotros una intimidad estrecha. Por mi parte, aun no pudiendo decir que estaba enamorado, estos seis años me habían dado alegría.

Ahora ya no estaba contento más: y ella tampoco.

Un sábado por la mañana, María me preguntó:

—¿Te vas esta tarde a Novés?

—Claro, como siempre.

—Ya estoy harta de este arreglo. Cada domingo me quedo sola y me aburro. Mi hermana se va con sus amigas y yo no puedo salir con ellas,

—No veo por qué no.

—La mayoría de los domingos se van al baile. Si voy, tengo que bailar, porque todo el mundo sabe que sé y me gusta y no puedo pretender que no sé o no quiero.

—Bueno, y ¿qué más quieres? Si te gusta, vete al baile y baila todo lo que quieras, ya sabes que no me da celos. Pero no me puedo quedar aquí los domingos y al fin y al cabo estamos juntos toda la semana. Por otra parte, al principio ya habíamos discutido esto y estábamos conformes.

María insistió en que me quedara en Madrid. No quería que me quedara todos los domingos, pero sí de vez en cuando y particularmente aquel domingo. Me dio la sensación de que tenía algo en la mente y por último mandé un aviso a Novés que no podía ir.

La noche del sábado nos fuimos juntos al teatro. María mostraba mucho más interés en los detalles de la vida en Novés y en discutir la actitud y comportamiento de mi mujer que en el espectáculo. El domingo acordamos marcharnos de campo y nos fuimos ai Escorial. Cuando estábamos tumbados en la hierba, confrontados con la mole gigante de las montañas que rodean al monasterio, María dijo de repente:

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—¿Sobre qué? —La pregunta me había cogido por sorpresa y no había provocado ninguna asociación mental, aunque habíamos discutido varias veces durante el día mis relaciones matrimoniales.

—Sobre Aurelia.

—Tú querrás decir qué puedo hacer. Lo único que puedo hacer es divorciarme, pero no veo por qué. Para los chicos sería malo, porque estarían peor que estando yo y a mí tampoco me beneficiaría mucho. Tendría que irme a vivir de huésped o quedarme para siempre en casa de mi hermano. Viviría peor y me costaría más caro. Todavía valdría la pena si hubiera encontrado «la mujer».

Lo dije sin pensar y mucho menos sin querer herirla. Había hablado espontáneamente, como habíamos hablado durante años, sobre mis problemas. María me miró y tenía los ojos arrasados en lágrimas:

—Entonces, yo no significo nada para ti...

—Pero, chiquilla, nuestro caso es completamente distinto.

—Claro que es diferente. Para ti un pasatiempo y para mí una puerta cerrada. —Y se echó a llorar amargamente.

—Pero ¿qué es lo que quieres que haga? ¿Divorciarme e irme a vivir contigo? ¿O que nos casemos?

Se limpió las lágrimas y se echó a reír:

—Pues claro, tonto.

—Pero ¿no ves que no puede ser? Ahora todo el mundo nos tolera y cierra los ojos. Si nos fuéramos a vivir juntos te tratarían como una zorra. Si nos casáramos te tratarían como la mujer que ha seducido a un hombre casado y ha destruido una familia. Ni aun los tuyos estarían conformes, creo.

—No te preocupes de todas esas cosas. Yo soy mayor de edad y puedo hacer lo que me dé la gana. Si no es más que eso, deja a la gente que diga lo que quiera. A mí no me importa.

—Pero me importa a mí.

—¡Ves cómo no me quieres!

La conversación degeneró en una discusión hueca y falsa, repetida al infinito. El regreso de la excursión lo hicimos con un humor antagónico. Comprendía perfectamente la actitud de María y sus esperanzas, pero no tenía intenciones de realizarlas. Un divorcio seguido de un nuevo hogar con o sin el requisito previo de un matrimonio, no suponía más que el cambio de una mujer por otra, con el futuro abierto a más chicos y al aburrimiento de la vida de casado sin amor. María era perfecta mientras trabajara conmigo y simpatizara con mis disgustos y problemas personales; era perfecta como un consuelo.

Todo desaparecería con un matrimonio. Perdería la secretaria y el oyente cariñoso.

Indudablemente mi actitud era fría y egoísta. Me daba cuenta de ello y me producía un escalofrío en la boca del estómago. Me daba disgusto mi actitud y a la vez resentía la de ella. Había roto nuestro compromiso. Sí, ella tenía razón a su manera, pero al mismo tiempo yo creía que la plena razón estaba de mi parte. No era, simplemente, como si ella quisiera tener su hombre; no, era que había llegado a la convicción de que su cariño hacia mí me haría feliz aunque yo no estuviera enamorado, porque me sabía lleno de afección para ella y que ya yo no tenía esperanza de encontrar jamás la mujer de quien yo hablaba y con quien yo soñaba. Al fin y al cabo, ella sabía muy bien que yo tenía treinta y ocho años, una edad en la cual un hombre comienza a ser fatalista o escéptico en cuestiones de amor.

Aún no era un escéptico, ni tampoco quería desprenderme de ella o explotarla fríamente. Habíamos pasado un buen tiempo juntos, pero sabía que el cambiarlo por una vida de convivencia destruiría nuestra amistad y nuestro cariño, que habían nacido de la soledad, para convertirse en soledad a su vez.

Terminamos nuestra discusión pero el aire quedó tenso entre los dos. María no repitió su demanda, pero intensificó sus atenciones conmigo hasta los detalles más mínimos. Quería mostrarme que era una mujer perfecta no sólo como amante sino también como ama de su casa. Su táctica era equivocada: yo no tenía ningún interés en vivir con una buena ama de casa; lo único que conseguía era irritarme y aburrirme. Me divertía, y a la vez me enfurecía, el ver cómo María tendía a comportarse como si fuéramos una pareja feliz de burgueses. A menudo íbamos a bailar a un cabaret nocturno, pero ahora María comenzaba a oponerse afirmando que debíamos obrar más discretamente.

—Si alguien nos ve aquí, van a creer que hay algo más detrás de ello.

—Pero chiquita, no se iban a creer más que la verdad.

—Pero yo no quiero que la gente crea que soy una de esas mujeres. Yo te quiero exactamente como si fueras mi marido.

Hacia fines de 1935 estaba en un estado de desesperación e irritabilidad agudas. Evitaba el contacto con ambas mujeres y no podía escapar de ninguna. Por aquella época comenzó la campaña electoral para las elecciones próximas, y durante algunas semanas el excitamiento de las masas y el conocimiento de lo que estaba en juego borraron de mi mente todos mis problemas privados.

Cuando el primer ministro Chapaprieta presentó el presupuesto a las Cortes, las derechas comenzaron una obstrucción sistemática. Chapaprieta tuvo que dimitir. El presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora —alias el Botas—, era un viejo zorro en política, un cacique de Andalucía que durante la monarquía se había mantenido en el poder manejando a su antojo las elecciones en su distrito, y que en las últimas convulsiones del reinado de Alfonso XIII se había pasado al partido republicano con armas y bagajes. La dimisión de Chapaprieta ponía en peligro la posición del presidente. Gil Robles mantenía la mayoría en las Cortes y el presidente tendría que recurrir a él para formar gobierno. Y no era que Alcalá Zamora fuera opuesto a un gobierno católico y de derechas, siendo él mismo un católico militante, sino que prefería convertirse él en el Dollfuss de España a cederle este honor a Gil Robles. Por otra parte, Gil Robles había intentado ejercer presión sobre Alcalá Zamora, un hecho que el viejo cacique no podía perdonar ni olvidar.

El presidente confió el encargo de formar gobierno a Portela Valladares, un republicano independiente, siendo la idea que usaría todos los recursos del poder gubernamental para preparar unas elecciones en favor de un centro moderado —el grupo que Alcalá Zamora quería representar—, y el cual podría así convertirse en una

fuerza política dentro de las Cortes, en cuyas manos estaría decidir la mayoría de votos en una u otra dirección en cada debate parlamentario.

Pero el truco era muy viejo y estaba desacreditado. Se había usado con éxito para mantener la monarquía desde 1860. Pero ya el país había dejado de ser indiferente a la política y estaba en plena efervescencia, profundamente dividido en dos campos opuestos. El juego de Alcalá Zamora no tenía la más pequeña probabilidad de éxito y en realidad nunca se planteó. Tan pronto como Pórtela Vallares presentó su nuevo gabinete se encontró atacado por ambas, derechas e izquierdas, y tuvo que dimitir. En diciembre de 1935 Alcalá Zamora disolvió las Cortes y anunció la fecha del 16 de febrero de 1936 para celebrar las nuevas elecciones. Hubo que restablecer los plenos derechos constitucionales de los ciudadanos y comenzó la batalla de propaganda. Las derechas izaron la bandera del anticomunismo y comenzaron a aterrorizar a los futuros electores con visiones horribles de lo que sería ei país en caso de una victoria de las izquierdas. Predecían el caos y dieron colorido a sus predicciones multiplicando los incidentes callejeros provocativos. Los partidos de la izquierda formaron un bloque electoral. La lista de candidatos comprendía todos los matices, desde los simples republicanos hasta anarquistas; enfocaron su propaganda sobre las atrocidades que se habían cometido con los prisioneros de izquierda después del levantamiento de Asturias y la petición de una amnistía general.

Al mismo tiempo, sin embargo, las disensiones entre los partidos de izquierda se agravaron. Su prensa dedicaba al menos tanto espacio en atacarse mutuamente como en atacar a las derechas. Cada uno de ellos tenía miedo de un golpe de Estado fascista y voceaba este miedo, proclamando a la vez su tipo particular de revolución como la única solución posible. Largo Caballero aceptó el título de «Lenin de España» y el apoyo de los comunistas. Su grupo dijo a las masas que una victoria de las elecciones no sería la victoria de un Estado democrático—

burgués, sino de un Estado revolucionario. Los anarquistas anunciaron también la victoria inminente de un Estado revolucionario, no a imitación de la Rusia soviética, sino basado en los ideales libertarios. Después de los años del bienio negro aquello era como una intoxicación. La válvula de seguridad había saltado y cada simple individuo estaba hundido en discusión y en tomar parte activa en la propaganda de sus ideas.

Yo me mezclé en la batalla en Novés.

Elíseo me recibió con un grito de bienvenida cuando entré en el casino de los pobres.

—Le estábamos esperando. Hemos decidido prepararnos para las elecciones y queremos montar un comité electoral.

—Me parece una buena idea.

—Pero es que queremos que sea usted quien lo organice; nosotros no entendemos de estas cosas y lo queremos hacer bien. Heliodoro y su pandilla ya lo tienen todo organizado. Están prometiendo a la gente todo lo que hay bajo el sol y a la vez amenazándoles, si no se comportan como ellos quieren. Y el hambre es mala consejera. Nosotros no podemos hacer nada, pero como usted tiene amigos en Madrid, si nos ayuda vamos a hacer nuestros mítines y nuestra propaganda. En fin, usted ya sabe lo que quiero decir.

Mis raíces estaban en Madrid y no en Novés, pero al mismo tiempo no podía rehusar el tomar parte activa en lo que yo creía iba a ser un momento decisivo para España y para nuestras esperanzas socialistas. Aquella gente necesitaba alguien que no se dejara intimidar por el cabo de la Guardia Civil o a quien no se pudiera entrampillar en maniobras sucias; alguien que les salvara de cometer tonterías o ilegalidades, dando así una ocasión a los contrarios. Al mismo tiempo se me ocurrió que el sumergirme en las elecciones me proporcionaría una satisfacción y un entretenimiento y me mantendría alejado de las dos mujeres. También vi, instantáneamente, que una victoria de la derecha y hasta

posiblemente una victoria de la izquierda significaba tener que abandonar el pueblo inmediatamente. Pero, de todas formas, Novés estaba terminado para mí. Acepté la tarea.

Mi primer paso fue ponerme en contacto con Carlos y con Antonio.

Carlos Rubiera era un viejo miembro de las juventudes socialistas a quien el Partido había propuesto como candidato en las elecciones. En 1931 habíamos trabajado juntos para crear la Unión de Empleados en Madrid; habíamos logrado un éxito en nuestro empeño y Carlos me había lanzado en plena carrera política. Me había invitado muchas veces a convertirme en un miembro activo del Partido Socialista o al menos a ocupar un cargo en la directiva del sindicato. No había aceptado nunca porque no me atraía una carrera política, pero habíamos mantenido una buena amistad. Carlos tenía buenas condiciones como orador y organizador.

Antonio era un comunista y un viejo amigo mío. Sabía cuan honesto, pobre y estrecho de pensamiento era. Nunca había sido más que un simple empleado con un sueldo insignificante, sin más perspectivas en la vida que continuar siendo, como él decía, un «chupatintas» y mal llegar a no morirse de hambre su madre y él. Pero en 1925 Antonio tuvo que ser recluido en un sanatorio del Estado por tuberculoso, y su madre murió en la miseria. Cuando Antonio reapareció en Madrid, curado y desesperado, la casa donde trabajaba le admitió con menos sueldo «porque ya no tenía tantas obligaciones». Un sueldo que le bastaba escasamente para vivir y del que no hubiera podido sostener el más insignificante vicio; pero fumar y beber lo había suprimido por su enfermedad, y de las mujeres tenía miedo por la misma razón. Se convirtió en un comunista —uno de los primeros en serlo en España—, y se entregó a su fe con el celo de un fanático. En 1936 era una figura menor del Partido.

Rubiera y Antonio me proporcionaron propaganda impresa del Frente Popular para Novés, me explicaron la organización de un comité

electoral y me prometieron enviar al pueblo unos cuantos oradores de izquierda. En la tarde del sábado siguiente inaugurábamos el centro electoral del Frente Popular en Novés. Aquella misma tarde, José me llamó y me invitó a entrar en su casa, la parte trasera del casino de los ricos. Mientras su mujer atendía a los parroquianos, José desempolvó una botella de coñac:

—Me tiene usted que perdonar el que le haya traído aquí, pero tenemos que hablar a solas. Tengo que darle un buen consejo.

—Gracias, José, pero no recuerdo haberle pedido ninguno.

—No se me enfade, don Arturo. Es un consejo de amigo, los amigos tienen que mostrarse en las ocasiones. Yo le considero mucho a usted y a su familia y no puedo callarme la boca. Aunque no es que tenga un interés personal en ello, como digo. Yo a mi negocio y nada más, que es lo que me da de comer. Pero yo conozco el pueblo y usted aquí es un forastero. Y no crea usted que lo va a cambiar.

—Bueno, ¿y cuál es su consejo?

—Que no debería usted mezclarse en las elecciones. Deje usted a la gente que se las arregle como pueda y no se meta a hacer el Quijote. Mire, si se le mete en la cabeza liarse con la banda de Eliseo, lo único que le va a quedar por hacer, en cuanto se terminen las elecciones, es coger el autobús y no volver por aquí en su vida. Bueno, si le dejan ir...

—Eso será si las derechas ganan las elecciones.

—Psch. O las izquierdas. Usted se cree que las cosas van a cambiar aquí si ganan las izquierdas, y en esto está equivocado. Las cosas seguirán como siempre. La tierra no van a dejar que se la quiten, de una manera o de otra. Y donde hay dinero, siempre hay una solución. Nunca se sabe lo que puede pasar. Después de todo, todos somos mortales.

—Bueno. Supongo que eso es todo lo que Heliodoro le ha encargado decirme.

—Si lo quiere usted tomar así... Es verdad que me ha dicho que se le debiera avisar a usted, pero que no estaba bien que él lo hiciera, Pero el hacerlo yo es mi propia idea, porque lo estimo.

—Muchas gracias, José, pero me parece que no voy a cambiar de idea. Puede ocurrir, como usted lo dice, que esto me cueste tener que marcharme del pueblo. Pero no puedo abandonar a los míos.

—Bueno. Usted piénselo bien. Y en todo caso, pero esto es sólo una idea mía, no se pasee usted mucho solo por la noche. La gente de aquí es bastante bruta y en todas las elecciones ha habido golpes.

Cuando referí esta conversación en el casino de Eliseo, se armó un revuelo; y desde aquel momento cada vez que salía de noche, me acompañaban dos mocetones con sendos garrotes.

Me fui a Santa Cruz a ver al cabo de la Guardia Civil sobre los requisitos legales. Me recibió con cara hosca:

—¿Y quién le ha mandado a usted meterse en todo este lío?

—Supongo que tengo un derecho para hacerlo, ¿no? Soy un vecino de Novés y tengo el derecho de mezclarme en las cosas del pueblo.

—Bueno, bueno. Aquí están sus papeles. Yo me estaría quietecito en casa, si estuviera en su pellejo, porque va a haber jaleo. No es que a mí me importe. La cosa para mí es muy simple: mantener el orden, pasé lo que pase y caiga el que sea. Así que ya está usted avisado. Vaya con Dios.

Carlos y Antonio mantuvieron su promesa. Cuatro oradores del Frente Popular vendrían a Novés un domingo: uno de izquierda republicana, un socialista, un comunista y un anarquista. Con la excepción del republicano, que era ya un hombre maduro, todos los otros eran jovencillos, completamente desconocidos en política. La noticia produjo una conmoción en el casino.

—Nos hace falta el salón de baile.

El salón de baile pertenecía a la taberna de la plaza donde paraba el autobús. Me fui a ver al propietario.

—Querríamos alquilar el salón para un mitin el domingo que viene.

—Pues se lo va a tener que pedir a Heliodoro, porque lo tiene alquilado hasta las elecciones para los mítines de las derechas. Yo no puedo hacer nada.

Heliodoro me recibió en su casa con toda la pompa de un gran hombre de negocios, atrincherado detrás de una inmensa mesa de nogal y rodeado de montañas de papeles. Me contestó con una sonrisita helada:

—Lo siento mucho, pero no puedo ayudarle. El salón lo necesito yo.

Descorazonado, volví a casa de Eliseo. Celebrar el mitin en medio de la plaza en pleno mes de enero era una locura. Pero Eliseo encontró la solución:

—Son unos cerdos indecentes esa gentuza. Heliodoro no puede alquilar el salón de baile, porque el salón está alquilado por el Ayuntamiento. El Ayuntamiento le paga a Rufino —el tabernero— un tanto cada año, y el único derecho que tiene es montar allí un bar cuando hay un baile. Así que no sé cómo puede volverlo a alquilar.

Volví a Heliodoro. Se encrespó.

—Yo he alquilado el salón y tengo aquí el recibo. Si quiere usted denunciar a Rufino o al Ayuntamiento, allá usted, pero a mí déjeme en paz...

Me fui a ver al cabo y le expliqué la situación. Se encogió de hombros. Aquello era un pleito que a él le tenía sin cuidado. Se me acabó la paciencia:

—Mire. El otro día me dijo usted que estaba aquí para mantener el orden, cayera el que cayera. El salón de baile es libre para toda la población de Novés, porque paga para eso. El mitin no lo suspendo y el mitin se va a celebrar en el salón de baile. Y usted puede arreglarlo como le dé la gana, es decir, si no quiere usted que las cosas se salgan de madre. Además le voy a decir: mañana me voy a avistar con los partidos que organizan el mitin y les voy a explicar lo que está

ocurriendo aquí. La responsabilidad va a caer sobre usted, porque es suya la obligación de evitar que haya líos y disgustos.

El cabo de la Guardia Civil se achicó. En todas las ciudades y pueblos de la provincia —una de las que más habían sufrido por las venganzas de los propietarios durante el bienio negro, las gentes estaban inquietas y nerviosas, prontas a estallar. El cabo vio claramente que se avecinaba un conflicto del cual, en última instancia, le harían a él el responsable. Aquella misma noche habló con Heliodoro; y Heliodoro me concedió el uso del salón de baile.

—Esto es un favor especial que hago por consideración a usted y al cabo. Yo tampoco quiero que haya jaleos que puedan pasar a mayores. Lo que querernos es orden.

Durante estas semanas, iba casi todas las tardes a Novés y regresaba a Madrid por la mañana temprano. Una de aquellas tardes, cuando llegué a casa, Aurelia me alargó un sobre:

—Toma, esto ha traído José para ti. Y ya me ha contado todo lo que está pasando. No sé quién diablos te manda a ti meterte en estas elecciones.

El sobre contenía una comunicación del Círculo de Labradores de Novés —el nombre oficial del casino de ricos—, informándome que la asamblea general había acordado por unanimidad expulsarme de su seno. Lo celebramos aquella noche en casa de Eliseo. El Círculo de Trabajadores de Novés me hizo, también por unanimidad, socio honorario. Después nos fuimos todos juntos en la noche a pegar los anuncios del mitin en paredes y vallas.

Amaneció un día espléndido, radiante de sol. La llanura en la que se esconde Novés es uno de los sitios más fríos de España en invierno. Los vientos directos de la sierra de Guadarrama y de Toledo la barren y hielan hondo la tierra. Pero el pueblo, abrigado en el fondo del barranco, no sufre estos soplos helados, y en los días de sol las gentes prefieren estar en la calle mejor que en sus casuchas miserables. El

pueblo se anima de vida. Las mujeres se sientan en sus sillas bajas de paja a las puertas de sus casas y cosen y murmuran, mientras que los chiquillos corretean alrededor, los hombres forman grupos en la plaza y la gente joven se va de paseo a las huertas con las manos cogidas.

Pero aquel domingo el pueblo cambió por completo su fisonomía. Desde las primeras horas de la mañana comenzaron a llegar gentes de los pueblos de alrededor «para oír el mitin de los de Madrid». La calle principal se llenó de campesinos y jornaleros, con sus mujeres y sus chiquillos, gritándose saludos unos a otros, gesticulando y chillando excitados. El salón de baile estaba decorado con carteles del Frente Popular y sus puertas abiertas de par en par. Las gentes entraban y salían en un continuo peregrinaje, sin agotar su curiosidad. A mediodía aparecieron unas cuantas mujeres con sillas que alinearon a lo largo de las paredes, determinadas a no perder el espectáculo, ni el asiento, aunque les costara horas de espera.

El salón de baile no era más que una vieja cuadra, convertida en sala de fiestas por el simple procedimiento de construir en una de sus extremidades una tarima de tablas y encuadrarla con una embocadura de percalina roja. Una puertecilla lateral conducía desde el escenario al corral de la taberna. Entre las tiras de percalina, unas sábanas cosidas entre sí y colgadas del techo servían alternativamente como pantalla de cine o como telón de boca cuando actuaba alguna compañía de cómicos de la legua. Cuando había baile, la banda ocupaba la plataforma y las sábanas desaparecían. En el otro extremo del salón se había fijado a la pared y a las vigas del techo una especie de balcón o «palco», al cual se ascendía por una escalera primitiva con una cuerda por pasamanos. Unas veces estaba reservado para los huéspedes distinguidos y otras para el proyector de cine. El suelo era de tierra apisonada, reluciente de puro dura y pulida, y en el techo faltaban algunas tejas por donde tenían paso libre el sol, la lluvia o la nieve.

Sobre la tarima pusimos una mesa para el presidente, con una docena de sillas detrás formadas en semicírculo, y una mesa más pequeña al lado para los oradores, ambas mesas cubiertas con una bandera republicana también de percalina. El mitin comenzaría a las tres y habíamos arreglado que los oradores comerían primero en mi casa. Algunos muchachos del pueblo se fueron barranco arriba y se alinearon en la carretera para correr la voz cuando llegara el coche con los oradores. Llegó el cabo con una pareja de guardias y tomaron posiciones al lado exterior de las puertas del salón; después cargaron sus carabinas con toda ostentación y cuidado.

—¡Caray! ¿Nos van ustedes a matar? —exclamó una vieja, sonriendo.

El cabo no contestó, pero se le quedó mirando fijamente con ojos apagados. Unos cuantos corrieron a casa de Eliseo y contaron el incidente.

—No os podéis imaginar con qué ojos ha mirado a la pobre mujer. ¿Creéis que vamos a tener jaleo?

Eliseo se metió en el interior y reapareció con una pistola que se enfundó entre la faja, bajo los pliegues de la camisa.

El coche llegó a las doce y media, y fue recibido con un clamoreo histérico de cientos de gargantas. Heliodoro debía de estar bramando de ira. Yo tuve que cerrar las puertas de mi casa para evitar una invasión.

El único de los oradores que conocía el pueblo era el socialista, un miembro de la Federación de Trabajadores de la Tierra en Toledo. Los otros tres procedían de Madrid. El republicano era un hombre rechoncho, con tipo de empleado con pretensiones, dentro de la nitidez de su traje de misa de domingo; hablaba despacio y con gran énfasis y era incapaz de decir una sola sentencia sin nombrar y citar a don Manuel Azaña. El anarquista era un camarero, joven, alegre y ágil, que parecía estar ensayándose para el mitin, porque cada vez que abría la boca para hablar soltaba un torrente inagotable. Pero en el comunista —

un joven metalúrgico— tenía un competidor formidable con sus peroraciones interminables salpicadas de citas de Marx y Lenin. Los cuatro estaban un poquito nerviosos.

—Ahora, explícame cómo son las gentes de este pueblo —dijo el comunista.

—Como las de todos los pueblos. Lo que más les interesa es la tierra y la escuela.

—Esa es una de las cosas que el Partido va a resolver lo primero. Vamos a organizar los Konsomols, bueno, quiero decir los Koljoses, en España como se ha hecho en Rusia, con granjas modelos, millares de vacas y lecherías modelo. En Ucrania...

Le corté en seco:

—Mira, me parece que aquí no vas a establecer lechería, ni aun con cabras. En todo el pueblo no hay más que dos vacas y creo que en la vida han visto la hierba.

—Entonces, ¿qué es lo que hay aquí?

—Unas cuantas huertas estupendas, unas tierras de trigo y un cacique que es el amo de la mitad del pueblo.

—Bueno, le liquidamos y en paz. —Lo dijo tan simplemente como si hubiera señalado una gallina en el corral para hacer un arroz.

—Lo que necesitamos aquí es democracia, democracia y tolerancia; sí, señor, democracia a caño libre —dijo el republicano—. Don Manuel —Azaña— tiene razón. Don Manuel me dijo un día: «Estos pueblos españoles, estos burgos podridos, necesitan escuelas, amigo Martínez, escuelas y pan y la eliminación de los parásitos que viven en ellos».

—No se hagan ustedes ilusiones; nosotros los españoles somos todos anarquistas, queramos o no. Esto no se arregla ni con socialismo ni con comunismo, y tú —el anarquista se encaró con el republicano—, a ti no se te ha perdido nada en esto. Lo que necesitamos es una nueva sociedad no con puntales, sino sentada sobre los sólidos cimientos de...

—Bueno, bueno... Lo primero es que yo no tengo ganas de oír vuestros discursos dos veces; lo segundo, que la ropa sucia la debéis dejar para lavarla en casa, y lo tercero que vamos a comer —dije. No las tenía todas conmigo con lo que iba a pasar en el mitin, sobre todo cuando en la mesa la conversación, mejor dicho la discusión, se enzarzó por los mismos derroteros.

Cuando entramos en la plataforma a través de la puertecilla del corral, nos enfrentamos con una alfombra moviente de cabezas a nuestros pies y un manchón de colorines no menos agitado contra la pared del fondo. No sé quién había amontonado a las mujeres en el «palco», como una precaución «por si había golpes», y las blusas y los pañuelos de cabeza llenos de colorines se mezclaban alegremente. Los hombres estaban de pie y apiñados; fuera se habían quedado unos doscientos que no cabían ya. Las puertas del salón a la plaza estaban abiertas de par en par, puertas cocheras inmensas a las que se asomaban los retrasados con los cuellos distendidos para no perder una palabra de los discursos.

Teodomiro, el alcalde, una hechura de Heliodoro, estaba sentado en una de las sillas detrás de la mesa presidencial.

—Bueno, bueno, ¿qué hace usted aquí? —le pregunté.

—Represento la autoridad.

No se podía decir nada en contra. Dije unas palabras de presentación y abrí el mitin. El comunista, como el más joven, tomó la palabra. Comenzó explicando el programa del Frente Popular. Hablaba bien, con algo de nerviosidad y grandes gestos, pero con fluencia y convicción. El público, ya bien dispuesto de antemano, bebía las palabras e interrumpía de vez en cuando con aplausos. Y así, el orador encarriló su discurso sobre el levantamiento de Asturias:

—... una de las grandes finalidades de esta alianza de las izquierdas es liberar a nuestros prisioneros. Todos tenemos un preso a quien

libertar, un asesinato que vengar. En el nombre de los que fueron asesinados en Oviedo...

Una ovación delirante le interrumpió. El alcalde se levantó de su silla, manoteando, y comenzó a dar puñetazos en la mesa.

—¡Silencio! ¡Silencio! —se hizo un silencio de sorpresa. ¿Qué iba a decir aquel fulano? Teodomiro se volvió al comunista—: Si vuelve a mencionar Asturias, suspendo el mitin. Yo soy aquí la autoridad.

Le dije al orador en voz baja que se limitara a la propaganda del programa electoral y que se dejara de Asturias, mejor que perder el mitin. Pero Teodomiro, claramente, tenía sus instrucciones y estaba dispuesto a llevarlas a cabo; desde aquel momento se dedicó a interrumpir al orador en cada sentencia. Al fin logró desconcertar completamente al muchacho. El republicano se inclinó hacia mí:

—Déjeme usted a mí el turno. Yo soy un zorro viejo en estas cosas.

Le dije al comunista que terminara lo mejor que pudiera y el hombrecillo de Azaña se enfrentó con el público ya tenso:

—Yo hubiera querido hablaros y explicaros mi opinión personal que en muchos puntos coincide con la de mi compañero, a quien acabáis de oír. Pero tenemos que respetar a las autoridades como nuestro buen amigo el alcalde, y como yo no quisiera que mis palabras fueran interpretadas por él en mal sentido, voy a hablaros únicamente con las palabras de don Manuel Azaña, con las mismas palabras que él pronunció en el gran mitin de Comillas, reproducidas por la prensa y que hoy son ya históricas. Yo no creo que el señor alcalde me va a negar este derecho.

—No, no. Desde luego —afirmó Teodomiro. —Bien, pues con la venia de V. S., don Manuel Azaña en Comillas, dijo...: —Y el hombrecillo, que debía tener una memoria fabulosa, comenzó a hilvanar pasajes del famoso discurso que había movido toda España; pasajes que denunciaban crudamente la política de la Iglesia, la opresión de Asturias, las torturas a que se había sometido a los presos políticos, los

escándalos y corrupción de Lerroux y los suyos, aliados de las derechas, las violencias cometidas por los pistoleros de Falange. El público rugía en aplausos a cada párrafo que apenas dejaban terminar. Teodomiro estaba púrpura de rabia y consultaba al cabo de la guardia. El cabo movía la cabeza; era imposible hacer nada contra aquello.

Subió a la plataforma el socialista, pero ya se había aprendido la lección. Con fingida vergüenza le preguntó a Teodomiro:

—¿Supongo que no tendrá usted nada en contra de que yo cite las palabras de don Francisco Largo Caballero?

Se había ganado la batalla. Hablaron el socialista y el anarquista, entre el entusiasmo desatado de las gentes, tanto porque los oradores habían destruido una intriga clara del enemigo para impedir el mitin, como por lo que habían dicho. Todos sabían que aquello no era tanto una derrota de la pillería del alcalde, como de su amo Heliodoro y del cabo de la Guardia Civil.

Al fin del mitin, algunos comenzaron a cantar la *Internacional*. Me levanté:

—Antes de concluir este mitin quiero deciros unas palabras. Todos habéis visto lo que ha pasado y no creo que seáis tan tontos que no hayáis visto lo que podía haber pasado. Si queréis que esto no termine de mala manera, y supongo que no lo queréis, salid despacio, no cantéis, no deis gritos, ni aquí ni fuera, no forméis grupos en la calle. Idos a casa o adonde queráis; pero no deis lugar a ningún incidente.

—¿Usted quiere decir que yo he venido aquí para provocar jaleos? —chilló Teodomiro.

—Oh, no. Usted ha venido aquí precisamente para evitarlos. No los ha habido durante el mitin, gracias a su intervención, y ahora yo no quiero que los haya en la calle donde ni usted ni yo podemos intervenir. Y al buen entendedor, amigo Teodomiro...

El mitin de Novés se hizo famoso en la región y en todos los pueblos de alrededor se celebraron mítines similares. El Frente Popular tuvo ancho campo en tierras de Toledo entre Santa Cruz y Torrijos.

Pero lo que había pasado en Novés en pequeña escala, pasó a traves de España y no siempre con los mismos resultados. Durante el período conocido como el Bienio Negro, los partidos de derechas se habían atrincherado en los pueblos y no habían escatimado, al llegar las elecciones, ni las amenazas, ni las promesas, ni el soborno. En las ciudades sus esfuerzos fueron más pomposos, pero mucho menos efectivos y hasta ridículos. En la Puerta del Sol, un cartel gigante, cubriendo completamente la fachada de la casa existente entre la calle del Arenal y la calle Mayor, mostraba a Gil Robles en triple del tamaño natural, dirigiendo la palabra a una inmensa multitud que se extendía hasta el horizonte, con la leyenda: «Éstos son mis poderes». Para sembrar la confusión entre los miembros de la Confederación Nacional del Trabajo, publicaron carteles contra los comunistas firmados y sellados con las iniciales CNDT, fácilmente confundibles con las iniciales CNT del grupo anarquista. El cardenal Gomá, primado de España, publicó una declaración en la que afirmaba que el mismo Papa le había pedido apelar a los católicos españoles para que dieran sus votos a los partidos defensores de la fe. Cuando llegó el día de las elecciones, las derechas se cuidaron de conducir a las urnas a los asilados en institutos de beneficencia, a las monjas de los conventos y a los criados de casa grande. En los barrios más pobres de Madrid se pagaban los votos, a veces hasta por cincuenta pesetas.

Las elecciones del 16 de febrero fueron una victoria del Frente Popular. La cámara se formó con 265 diputados de izquierda, 64 del centro y 144 de derechas. El número mayor de votos recayó sobre Julián Besteiro, que no era un político profesional y cuyas teorías no eran compartidas por la mayoría de los obreros, pero que era el símbolo

de las ansias del pueblo español por cultura, decencia y desarrollo social progresivo.

Cuando se pasó la ola de entusiasmo, la masa de electores se marchó a sus casas y los políticos reanudaron su lucha por el poder. El Frente Popular comenzó a desintegrarse después de la primera sesión de las Cortes. Nadie escuchó ni nadie hizo caso a la voz del pueblo.

Novés sufrió un cambio: los puestos públicos se dieron a los que tenían amistad y contacto con el diputado elegido en Torrijos, centro del distrito electoral. Sí, era un diputado del Frente Popular. Pero los hombres que se reunían en el casino de pobres no eran amigos de él; habían hecho su papel y nada más. Heliodoro dejó caer sobre los nuevos administradores el peso de su poder económico. No hubo más trabajo que el que antes hubo para los que esperaban a lo largo de la muralla el día entero.

—Lo gordo va a venir ahora y no tardando mucho —me dijo el tío Juan.

—No se hacen tortillas sin romper huevos.

Quince días después de las elecciones me trasladaba a Madrid con toda mi familia.

Capítulo 5

El combustible

Había encontrado un piso amplio y barato en la calle del Ave María, una calle que está a medio kilómetro de la Puerta del Sol y que sin embargo pertenece al barrio obrero más viejo de la ciudad. Me gustaba porque estaba cerca del centro y de mi oficina. Pero me atraía además por ser una de las calles que conducen a Lavapiés, el barrio donde había pasado mi niñez. Mi madre había vivido tres calles más abajo. Mi vieja escuela, la escuela Pía, estaba tan cerca que en la noche oía dar las horas al reloj de su torre que durante años me había marcado la hora de entrar en clase. Cada rincón, cada esquina y cada calle alrededor tenían un recuerdo para mí y allí vivían aún, en sus hacinadas casas de vecinos, viejos amigos míos.

A mi mujer no le agradó mucho el sitio. Admitía que el piso tenía la ventaja de su tamaño, muy importante para los cuatro chicos, pero todos los demás vecinos no eran más que obreros y ella consideraba que nosotros pertenecíamos a una categoría social más alta que la de los que nos rodeaban. Tal vez, lo único que yo quería era volver a mis raíces.

En la misma mañana que el camión con nuestros muebles llegó a la nueva casa, nos encontramos Ángel y yo.

Los hombres que habían venido con el camión comenzaron a descargar y a transportar los muebles escaleras arriba. Uno de ellos era distinto de los otros cuatro, todos ellos fuertes y musculosos como verdaderos mozos de carga. Aquél era un hombre en los cuarenta, pequeño y ancho de hombros, con una cara redonda móvil como la de un simio. Trabajaba más intensamente que los otros, sonriéndose todo el tiempo y mostrando unos dientes podridos y negros de tabaco. Guiaba a los otros, colocando cada mueble en su sitio exacto, hacía caras a los chicos y contaba chistes para animar su trabajo, botando incansable de acá para allá como una pelota de caucho.

Cuando terminaron, di al chófer del camión un billete de cinco duros para que se lo repartieran. Cuando el hombrecillo se lanzó a recoger su duro, el chófer se le quedó mirando:

—¿Y por qué tengo yo que darte el duro?

—Anda, ¿por qué va a ser? ¿A ver si no he trabajado tanto como los otros?

—¿Y quién te ha pedido que trabajaras? Si el señor te ha llamado, que te pague él.

—Yo he creído que venía con ustedes —dije.

—¡Ca!, no, señor. Y nosotros hemos creído que era alguien de la familia.

—Bueno. Voy a explicar lo que ha pasado. Pero ¿hay quien me dé un pitillo? —Le di un cigarrillo, lo encendió parsimonioso y dijo—: Pues, yo soy Ángel. Por aquí todos me llaman Angelillo. No tengo para fumar y no tengo trabajo; y no porque no quiera trabajar, sino porque no lo hay. He visto el camión con los muebles y me he dicho: «Vamos a echar una mano, algo caerá, aunque no sea más que un vaso de vino». Ahora, si vosotros no queréis soltar los cuartos, mala suerte. Y no tengo nada que pedirle a este señor porque a quien he quitado un rato de trabajo ha sido a vosotros y sois vosotros los que me deberíais pagar. Pero si no os da la gana, buen provecho os haga. ¡Salud!

Escupió en la acera ruidosamente y echó a andar desdeñoso. Le llamé:

—No se marche así, hombre. La verdad es que podía haber preguntado antes, pero, en fin, ya veremos si ha quedado algo.

Se marchó el camión. Tenía ganas de beber algo e invité a Ángel en el bar que había en el piso bajo de la casa. En la puerta me preguntó:

—¿A usted le gusta el vino?

—Sí, me gusta.

—Pues entonces vamos a la taberna del 11, que tienen un vino que es bueno; esto, si a usted le da lo mismo. En el bar le cobran cuarenta

céntimos por un vaso de cerveza y por la misma cantidad me bebo yo cuatro vasos de vino que caben lo mismo y que me gusta más. Y además le voy a decir una cosa: tengo ganas de beberme un vaso de vino. No lo he catado hace meses.

Fuimos a la taberna, le di un duro a Ángel, y me contó su historia.

Vivía en una calle inmediata, la calle de Jesús y María, como portero de una mísera casa de vecinos. Estaba casado pero, afortunadamente, no tenía chicos. Había comenzado a trabajar como un chico de recados en una farmacia cuando era casi niño; después había ascendido a ayudante en el laboratorio y por último había terminado como empleado en uno de los grandes almacenes de productos químicos.

—Y así, hace dos años tuve unas palabras serias con uno de los jefes porque le dije que yo no tenía intención de ir a misa. Bueno, me dieron la patada. Y desde entonces he estado sin trabajo.

—¡Caray! ¿Por no ir a misa?

—Esto es lo que le iba a contar. La historia es que, después de lo de Asturias, metieron en el almacén el Sagrado Corazón, en medio de la nave grande. Y nos dijeron que el día de la entronización teníamos que ir todos y tener una vela. Nos echaron a ocho a la calle. Después, cada vez que pedía trabajo en alguna parte y pedían informes, estos cerdos escribían diciendo que me habían tenido que despedir porque era uno de los de Asturias. Lo que pasó es que, cuando la huelga de Asturias, el sindicato nos dijo que no fuéramos a trabajar y me quedé en casa dos días. Por quien lo siento más es por la mujer, que las está pasando peor que yo. Ahora la quiero mandar con su familia, que tiene tierras en la provincia de Burgos y están bien. Y yo me voy a coger mi certificado de «los de Asturias» y me van a tener que dar trabajo y pagarme este tiempo.

Era uno de los proyectos del Frente Popular la readmisión de los despedidos durante las represalias de octubre de 1934.

Al día siguiente apareció Ángel en casa:

—He venido porque con la mudanza le va a hacer falta arreglar una porción de cosas en el piso. Le puedo instalar la luz y pintarle las habitaciones, ir a la compra o llevarme los chicos de paseo. Me han sido ustedes simpáticos.

Durante unas pocas semanas Ángel empleó el tiempo arrancando el viejo papel de las paredes, rellenando agujeros con yeso y pintando las habitaciones. Cuando terminó, continuó viniendo: ayudaba a la mujer en la casa y se llevaba los chicos al Retiro. Los niños se habían encariñado con él, a mí me atraía el hombre y él pagaba prodigando sobre mí el afecto de un ayuda de cámara, viejo en la familia. Era un madrileño clásico, criado en la calle, listo, despreocupado y despierto como un pájaro, siempre contento y siempre alerta. En unas semanas se había hecho un sitio en la peña que cada noche se reunía en el bar de Emiliano.

Yo también me había hecho un sitio allí. No podía invitar a amigos a casa en la atmósfera helada de mi «hogar»; tampoco quería quedarme metido allí en un aislamiento irritante o en disputas faltas de sentido; tampoco quería salir cada noche con María. Pero necesitaba estar con gentes que no exigieran cosas de mí cuando había terminado el trabajo de mi oficina, un trabajo complicado y muchas veces repelente.

Cada noche, después de cenar, Rafael venía a buscarme y bajábamos al bar de Emiliano a tomar café. Allí nos reuníamos con Fuñi—Fuñi. Había sido compañero de colegio de Rafael y yo le conocía desde que era un niño. Le habían puesto el mote en la escuela, porque al respirar hacía un ruido con la nariz —fu—fu—, como un perro cuando olfatea excitado, y a cada segunda palabra que decía repetía el ruidillo; como complemento, cada vez que levantaba la cabeza estornudaba irremediablemente. Su nariz era un pegotito, con dos agujeros frontales en medio de una cara de luna, y por aquel embrión de apéndice nasal le era imposible respirar propiamente. Era terriblemente corto de vista y

llevaba unos cristales gruesos en los bordes, llenos de circulitos brillantes; el óptico se había visto forzado a idear un puente en sus gafas, ancho y aplastado, que pudiera sostener estos cristales en aquella nariz no existente. Tenía los labios gruesos y carnosos, abultados, y sin duda para disimular al menos el labio superior, se había dejado crecer un bigote de pelos cortos, gruesos y erizados como púas de erizo. El conjunto de su cara de luna, con aquella nariz, aquellas gafas y la franja de púas enhiestas, le hacía parecer uno de esos pescados grotescos que a veces se mezclan en una caja de pescado y que nadie se atreve a comer, ni aun a dar al gato.

Fuñi—Fuñi vivía cerca de nosotros y venía cada noche al bar, para enredarse en una discusión política con Manolo, el hijo de nuestro portero. Fuñi—Fuñi era un verdadero intelectual, casi un escolar, y un anarquista, imbuido de teoría política y de filosofía abstracta; Manolo era un mecánico con simpatías comunistas, que se tragaba cada libro sobre el marxismo que caía en sus manos y lo digería a su manera. Rafael y yo nos solíamos sentar con ellos y Ángel se arrimaba a nosotros.

Durante muchas noches Ángel había escuchado muy quieto y muy atento la discusión, perdido a veces en el laberinto de nombres y citas que no le decían nada. Algunas veces interrumpía a Fuñi—Fuñi:

—¿Quién es ese tío de quien estás hablando?

Y Fuñi—Fuñi le explicaba paciente quién fue Kant, o Engels, o Marx, o Bakunin, mientras Ángel le escuchaba haciendo gestos y rumiando palabras. Inesperadamente, una noche se levantó, golpeó la mesa con la mano abierta y dijo:

—Bueno, ahora me toca hablar a mí. Todo eso que estáis discutiendo un día y otro y todas esas historias que estáis contando, no son más que cuento. Yo soy un socialista. Sí, señor, un socialista. Y no he leído en mi vida a ese Marx ni a ese Bakunin, ni me interesan un pito. Yo soy un socialista por la misma razón que tú eres un anarquista

y Manolo un comunista: porque estamos hartos hasta la coronilla de esta cochina vida. Un buen día te pare tu madre, sin que tú te enteres de lo que ha pasado. Y cuando te empiezas a enterar de dónde estás, de lo primero que te enteras es de que padre está sin trabajo, madre esperando un hermanito y el puchero vacío. Te mandan a la escuela a que los frailes te den de comer de limosna, y en cuanto te empinas un poco, antes de que sepas mal leer te dicen que eres ya un hombrecito y te ponen a trabajar. El maestro te da cuatro perras gordas y los oficiales no te dan nada, y lo que te enseñan es: «Tú, chaval, tráete un vaso de agua». «Llévate esos cubos.» «Te voy a dar una patada...» A veces te la dan. Cuando llegas a hombre, ganas un duro, cinco cochinas pesetas. ¿Y qué pasa? Se te sube la torería a la cabeza, te encaprichas de una fulana, te casas, tienes chicos y de la noche a la mañana te quedas sin trabajo. ¿Y qué vas a hacer? La mujer a fregar suelos, los chicos al colegio de frailes por la sopa y tú a dar vueltas por la calle y a blasfemar de la madre que te parió. Pues por todo esto es por lo que soy un socialista, por esta leche agria que durante cuarenta años de su vida se ha tenido que tragar Angelito García, un servidor de Dios y ustedes. Y ahora os voy a decir una cosa. Callaros ya con Bakunin y Marx y toda esa gentuza. ¡UHP! ¿Sabéis lo que quiere decir?: Unión de Hermanos Proletarios. Igual, igual que aquellos tíos de Fuenteovejuna: todos a una. Esto es lo que cuenta. Lo que contáis vosotros son pamplinas que sólo sirven para revolverle a uno los sesos y darnos patadas en las espinillas unos a otros. Y mientras, los otros nos sacuden de firme.

El fuego retórico de Ángel y sus manoteos habían atraído a otros parroquianos y teníamos un corro alrededor de la mesa. Cuando acabó, le dieron una ovación cerrada y desde aquella noche se convirtió en el orador más popular de todas las tabernas del barrio. Allí se encaraba con la gente y exponía sus planes:

—Los curas, ¿que qué haría yo con los curas? Muy sencillo. Los curas pueden ir y decir su misa y el que quiera que la oiga o que se

confiese o que le den la extremaunción. A mí no me importa nada eso, porque allá cada uno con sus creencias. Pero ni un céntimo del Estado, y además, pagar contribución como los albañiles. Tantas misas, tantas pesetas... ¿Los ricos? Yo no les iba a hacer nada a los ricos. Si alguno se hincha de ganar dinero porque vale para ello, que lo disfrute. Pero cuando se muera, todo el dinero y todas las propiedades al Estado. Nada de eso de las herencias y de los señoritos vagos. Y el ser rico, limitado. Más allá de una cantidad, ni un céntimo, porque lo que hay que arreglar en esta cuestión de los ricos es el dinero, no los hombres. El que gane dinero con su trabajo que se lo gaste o que lo meta en un cajón, pero nada de eso de vivir cortando el cupón y chupando de los intereses. El Estado a mirar por los negocios y se acabó el chupar del bote. ¿Me entendéis lo que digo? Algo así como lo que tienen en Rusia. Allí le dan a uno de esos stajanovitas, o como se llamen, cien mil rublos de premio, pero tiene que seguir stajanoviando porque allí no hay bonos del Tesoro ni acciones de la Telefónica. Aquí le das a uno cien mil duros, los mete en el banco, vive de la renta y tira el martillo a la lata de la basura. Esto es lo que hay que arreglar.

Ángel me trataba como si fuera mi escudero y mi nodriza al mismo tiempo. Lo que nunca supo es cuánto apoyo moral me daba. Sus absurdidades y sus disparates cuando trataba de barrer de golpe todas las complicaciones intelectuales y políticas eran un estímulo, porque detrás de ello estaba su lealtad sólida y su sentido común junto con la creencia de que tarde o temprano todos los trabajadores del mundo se unirían y arreglarían el mundo sólidamente. Daba la impresión de ser, él y esto, inevitable e indestructible.

Muchas tardes, antes de irme a cenar, salía de la oficina con Navarro, nuestro dibujante, y nos íbamos juntos a tomar un aperitivo a la taberna del Portugués. A veces, veía allí, en un rincón, a mi viejo amigo Pla, ahora ya irremediablemente viejo e irremediablemente chupatintas para lo que le quedara de vida, melancólico y dormilón de

vino. Escuchaba a Navarro sus problemas, pensando a la vez en los míos, y a veces me asustaba el futuro mirando a Pla.

Navarro había soñado con ser un artista y se había convertido en un dibujante del Instituto Topográfico. Su paga de empleado del Estado era una miseria y por las tardes se dedicaba a hacer dibujos de propaganda comercial o dibujos mecánicos para nuestras solicitudes de patente. No sabía nada de topografía, de publicidad o de mecánica, pero había aprendido a dibujar correctamente, igual que un aprendiz de zapatero aprende a clavar hileras de clavos en las suelas. Sus dibujos eran perfectos, pero había que confrontarlos pieza a pieza, porque a él no le decía nada una rueda dentada o un tornillo menos.

Estaba casado y tenía dos hijos de dieciséis y veinte años. Su trabajo le permitía mantener su casa en un nivel desahogado y dar a los hijos una carrera. Su mujer regía la casa y a la vez estaba enteramente bajo la influencia de su padre confesor, un jesuíta, y de su hermano, un capitán de la Guardia Civil. Entre ellos, los tres, manejaban la casa y los hijos, quienes ya desde pequeños se habían dado cuenta de que el padre no pintaba nada y que la familia —su familia— era la madre con un apellido ilustre, el tío con unos bigotes espléndidos y un puesto en el Ministerio de la Gobernación, y la sombra del cura sobre todos. Los dos estudiaban en el colegio jesuíta del Paseo de Areneros y eran el problema más grave del pobre Navarro.

—No sé qué puedo hacer con los chicos, Barea. Su tío los ha metido en Falange y ahora van con sus porras en el bolsillo, armando bronca a los estudiantes de la Universidad. En la escuela los dejan que vayan a la Universidad con el pretexto de que oigan conferencias, pero de verdad para que se metan en jaleo. ¿Usted qué haría, Barea?

—Mira, Juanito —a Navarro podía hablarle con franqueza y hasta brutalmente—, para decirte la verdad, tú no eres capaz de hacer la única cosa que solucionaría tu problema. Y lo peor de todo es que tú eres el que vas a pagar el pato a fin de cuentas.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que yo puedo hacer? Dígame qué puedo hacer.

—Mira, coger una estaca y liarte a palos con el capitán, con el padre confesor y con tu mujer y romperles unas costillas. Y después liarte con los niños.

—Eso es una barbaridad que ni usted mismo haría.

—Sí, seguramente soy un bárbaro y tal vez por eso no tengo yo un lío semejante al tuyo. Pero no tiene remedio; eres muy flojo y eso no hay quien lo solucione.

—¡Pero yo no quiero que los chicos se metan en política! Desde que su tío volvió de Villa Cisneros, adonde le mandaron por meterse en la revuelta de agosto, les ha estado llenando la cabeza de heroicidades. Y un día se van a meter en algo gordo. Pero ¿qué puedo hacer yo, Arturo, dígame?

Su único consuelo era beber un vaso de vino en el Portugués, y ver todas las películas de Walt Disney que se presentaban en Madrid. Como uno de sus pocos amigos íntimos, tal vez el único, iba a menudo a su casa y conocía la atmósfera de insolencia, absoluta y fría, en la cual este hombre tolerante y sencillo estaba condenado a vivir. Su mujer eternamente citaba a su hermano o al padre confesor: «Pepe me ha dicho...» o «el padre Luis me ha dicho...». Navarro sufría el martirio de un ansia sin esperanza de un hogar donde pudiera sentarse en su sillón en medio de su familia y envolverse en cariño y alegría.

Una mañana se presentó inesperadamente en la oficina con una cara descompuesta. Precisaba hablarme.

Unos días antes se había desarrollado en la Universidad una verdadera batalla entre los estudiantes de la derecha y de la izquierda. Había comenzado a puñetazos, como siempre, pero había terminado a tiros y un estudiante había muerto. Aparte de eso, había bastantes heridos. Una de las noches siguientes, Navarro había estado trabajando en su casa hasta muy tarde en la noche y se le terminaron las cerillas;

buscó una caja en los bolsillos del hijo mayor y encontró allí una matraca, hecha de una bola de plomo, atada con una cuerda a un mango de madera. La bola estaba manchada de sangre seca. En la mañana, poco después de irse el muchacho a la escuela, la policía había venido a buscarle. Ahora estaba refugiado en casa de su tío. Navarro estaba desesperado.

—Naturalmente, la policía le va a encontrar, más tarde o más temprano. Y lo que es peor, los otros le tendrán ya señalado y en cuanto puedan lo matan. Porque cada uno tiene una lista de los más destacados del otro bando.

—¡Bah! No te preocupes; ésas son cosas de muchachos —le dije sin convicción.

—¿Cosas de muchachos? ¡Tonterías! Cosas de hombres ya maduros. Gentes como su tío y los sotanas que incitan a los muchachos y los convierten en carne de cañón, para que se maten unos a otros y les hagan el caldo gordo a ellos. Y sabe Dios si hasta meterán al pequeño en jaleo. Si las derechas ganan un día, ya le han prometido a Luis que le van a hacer no sé qué, para que tenga una manera de vivir. Claro, al capitán le harán comandante y al padre Luis, canónigo, supongo. Y el que se traga los disgustos soy yo. Su madre está encantada de las hazañas del niño; el tío dice que es un héroe y su hermanito me ha traído una carta de los Reverendos Padres, diciendo que lamentan mucho lo que ha pasado —yo no sé todavía lo que ha pasado—, pero que debemos tener paciencia, porque todo es en servicio de Dios y de España. ¡Y aquí estoy yo, su padre, hecho un cornudo!

Estaba pensando que Navarro era incapaz de cambiar el curso de su vida porque su propio carácter y las circunstancias le tenían atado de pies y manos, y me daba una lástima casi desdeñosa. De pronto me encontré preguntándome a mí mismo si yo no me hallaba en el mismo caso. ¿Es que se resolvía algo en la vida si se dejaba uno llevar por las

cosas tal como vinieren? ¿No era tal vez mejor rebelarse de una vez y al menos saber que si uno se estrellaba era por su propia falta?

Todo era indicaciones de que cada cosa iba a derrumbarse o a estallar irremediablemente. El país iba de cabeza a una catástrofe. Aunque las derechas habían perdido puestos en el Parlamento, habían ganado en el sentido de que todos sus partidarios estaban ahora dispuestos a batallar contra la República en todos los terrenos posibles. Y estaban en buena posición para hacerlo: las derechas podían contar con la mayor parte del ejército, el clero, el capital interno y extranjero, y el soporte desvergonzado de Alemania. Era una cuestión de tiempo.

Mientras tanto, los partidos republicanos estaban sujetos a la presión del país que exigía se llevaran a la práctica las reformas prometidas en la campaña electoral, y cada partido explotaba esta exigencia para atacar a los otros, acusándolos de obstrucción. Alcalá Zamora había sido destituido como presidente de la República y Azaña había sido nombrado en su sustitución. Esto había privado a la República de uno de sus cerebros más constructivos. El País Vasco y Cataluña dificultaban aún más la situación por sus exigencias particulares. Los trabajadores desconfiaban de un Gobierno en el que no había ni aun socialistas de los más moderados, y que se mantenía contemporizando con unos y con otros. Los debates de las Cortes no eran más que discusiones interminables de la situación, discusiones que las derechas utilizaban hábilmente. Gil Robles, doblemente derrotado, por sus pretensiones disparatadas de la jefatura y por el fracaso de su estrategia electoral, había sido eliminado como jefe de las derechas y cedido el puesto a Calvo Sotelo.

Tan pronto como el Gobierno abrió el debate sobre el Estatuto del País Vasco, Galicia, Valencia, Castilla la Vieja, y hasta León, solicitaron en turno su autonomía. Cuando llegó el momento de reintegrar en sus puestos de trabajo a los obreros y empleados que fueron destituidos durante el movimiento de Asturias, algunas de las

firmas afectadas simplemente cerraron y otras se negaron terminantemente a readmitir a los despedidos. Ángel había pedido su readmisión, pero aún seguía sin trabajo. Las huelgas se producían incesantes en todo el país y circulaban los rumores más fantásticos. Todo el mundo esperaba un levantamiento de las derechas y los obreros se preparaban para una contrarreacción violenta.

Entre las altas esferas de la administración y de la justicia, la obstrucción era abiertamente cínica. Un falangista de veintitrés años que disparó contra el diputado socialista Jiménez de Asúa fue absuelto, aunque había matado al agente de policía que escoltaba al diputado. La absolución se dictó por el tribunal fundándose en que era un deficiente mental que padecía infantilidad, nada más que un chiquillo a quien su padre, un alto oficial del ejército, acostumbraba a dar munición de pistola «para que fundiera las balas e hiciera soldaditos de plomo con ellas, una cosa que le mantenía entretenido y quieto».

Día tras día, en mi contacto con el Ministerio de Trabajo y con nuestros clientes iba tropezando con indicaciones claras de lo que se preparaba.

Cuando yo era niño, la Puerta de Atocha era el límite este de Madrid. Más allá no había más que los muelles del ferrocarril en los cerros bajos que eran el límite del parque del Retiro. Algunas veces, cuando mi madre quería escapar en verano del calor tórrido de la buhardilla, preparaba una cena fría y nos íbamos, calle de Atocha abajo, a aquellos descampados, a sentarnos en la hierba seca de las cuestas y cenar allí, bajo el frescor de los árboles del Retiro. Era un sitio de placer de gente pobre: docenas de familias de trabajadores acampaban como nosotros cada noche.

En aquella época, la basílica de Atocha —nunca terminada— y el Ministerio de Obras Públicas estaban en vías de construcción. Los lecheros de Madrid mandaban allí sus rebaños de cabras a ramonear entre los montones de materiales de construcción. Mi imaginación

infantil estaba hondamente impresionada por las excavaciones inmensas, los cimientos de piedra y cemento y los enormes pilares tirados en el campo que iban a convertirse en el nuevo ministerio. Las esculturas de Querol que rematarían el frontispicio yacían en piezas por las laderas, medio envueltas en arpillera: patas de caballo o cuerpos de mujer gigantes, serrados en trozos como víctimas de un crimen monstruoso.

No puede adjudicarse un gran mérito artístico al edificio. Fueproyectado hacia 1900 y es un amontonamiento enorme de elementos dóricos, romanos y egipcios, todos mezclados tratando de construir un monumento y consiguiendo sólo un caserón desproporcionado. Pero a mis ojos de niño era una obra ciclópea que duraría siglos.

En los sótanos de este edificio he pasado una gran parte de mi vida. Y un día vería las columnas gigantes de la entrada, que habían llenado mis ojos infantiles, saltar en astillas, heridas por una bomba.

Cuando el enorme edificio se convirtió en Ministerio de Trabajo, oficina de patentes se instaló en el sótano. Por quince años, casi diariamente, estuve yendo a aquellos claustros enlosados y oficinas de techo de cristal. Los campos en los que había cenado y corrido a mis anchas, treinta años antes, se habían convertido en calles con pretensiones de ser modernas. Un poco más allá, bloques de piedra blanca reposaban aún en la tierra, ya medio enterrados por su propio peso, al pie de la fea torre blanca y roja de la basílica, todavía en construcción; y alrededor, mujeres fatigadas de trabajo, como mi madre lo fue, se sentaban en las tardes en los bancos del jardín polvoriento.

El cargo de director general de la oficina de patentes era un puesto político que cambiaba con cada gobierno. El trabajo descansaba sobre tres jefes de sección cuyo puesto era fijo y con los cuales tenía que resolver todos los asuntos de nuestra oficina, en las breves horas en que recibían.

Don Alejandro, jefe del departamento, era flaco, reseco, con ojos azules brillantes, nariz y labios flacos. Su dignidad impecable escondía una astucia inteligente y activa que siempre estaba dispuesta a jugar a cualquiera una mala faena, si en ello no había peligro.

Don Fernando, jefe de la sección de patentes, era un hombre gordo y alegre con una panza bamboleante, siempre muy ocupado, siempre con mucha prisa y siempre demasiado tarde; tenía cara de luna y un apetito salvaje que flatulencia y acidez, ahogadas en bicarbonato, amargaban constantemente. Su favor no era cosa que se comprara, pero una caja de botellas de champán le ablandaban, y una carta de un diputado que le llamara «mi querido amigo» le derretía. De joven había sido un empleado temporero, en la época en la que los políticos nombraban y dejaban cesantes a los empleados, cuando cada cambio de gobierno representaba cientos de cesantes y una batalla para los pretendientes a las vacantes dejadas. Desde entonces había vivido en un santo temor y asombro de los políticos, y aún le perduraba.

Don Pedro, jefe de la oficina de marcas de comercio, era un hombrecillo frágil y delgado, con una cabeza pequeñita, cuyo pelo estaba cortado al rape, salvo un tupé, parecido al flequillo revuelto de un chico travieso. Tenía una vocecilla suave y aguda a la vez, completamente femenina. Procedía de una familia rica y era profundamente religioso, sin vicio grande o chico, metódico, meticuloso en los más ínfimos detalles, la única persona en toda la oficina, y posiblemente en todo el ministerio, que llegaba a la oficina a la hora de entrada y no la abandonaba hasta algo después de la hora de salida. Era incorruptible e insensible a la presión política. Únicamente un sacerdote podía hacerle cambiar una decisión, porque un sacerdote era para él un ser infalible.

Entre estos tres hombres tenía que conducir y manejar los intereses de un millar de clientes. Tenía que recordar que don Alejandro admiraba a los alemanes hasta el punto de tener sus hijos educándose en

el colegio alemán, que don Fernando cedía a los halagos de un diputado, y que don Pedro obedecía ciegamente a la Iglesia. Podía obtener resultados asombrosos utilizando hábilmente unos cuantos billetes de banco para los empleados, una carta amable de un personaje alemán, de un político o de un prominente padre. Y sabía por experiencia directa que la oficina de patentes era sólo un ejemplo, y no de los peores, de la administración española.

Había tenido, por ejemplo, el caso del representante de una firma extranjera que había venido especialmente a Madrid por avión desde su país para hacer efectivo el pago de motores suministrados por su firma a la aviación española. La cuenta ascendía a cien mil pesetas y estaba aprobada por el Ministerio de Hacienda. Nuestro cliente creía que sólo tenía que presentarse para recibir el dinero. Le tuve que explicar minuciosamente todos los trámites que había que seguir y fórmulas que llenar para que le marcaran la fecha de pago, y explicarle que aún había veteranos de la guerra de Cuba que no habían cobrado sus haberes porque no les había llegado el turno. Y ante su urgencia y desesperación le tuve que explicar que, seguramente, todo se arreglaría con una buena comisión. Nuestro cliente se marchó en el siguiente avión de pasajeros con su dinero disminuido en cinco mil pesetas, precio de la comisión dada a un director general.

Algunas veces, mientras esperaba en las salas del ministerio, pensaba las razones que existían para este estado de cosas y las consecuencias que resultaban. La mayoría de los empleados del Estado procedían de la clase media modesta y se estacaban en esta clase, tratando de llegar a un ideal de independencia y desahogo que nunca alcanzaban, viviendo para ello una vida de apariencias que no bastaba a cubrir sus escasos ingresos. Habían experimentado el peso de las influencias y habían encontrado que era mucho más fácil y más conveniente ceder a la presión que resistir, aceptar una propina que rechazarla indignado, porque la resistencia y la indignación sólo servían

para arriesgar el traslado a algún rincón olvidado de provincias. Si eran independientes, como en el caso de don Pedro, estaban encadenados tal vez aún más por su educación y su clase, doblemente sumisos a las reglas morales de sus consejeros espirituales en medio de esta corrupción general.

¿Cómo podían estos administradores ser otra cosa que enemigos abiertos de la República que amenazaba a sus bienhechores y consejeros y aun su propia situación precaria en la maquinaria del Estado?

Al otro lado estaban los clientes.

Estaba, por ejemplo, don Federico Martínez Arias. Era el gerente de una fábrica de artículos de goma en Bilbao. Era un viejo cliente nuestro que había hecho conmigo gran amistad. Él mismo de origen humilde, había logrado escalar una posición segura en la sociedad de Bilbao; era el cónsul de dos o tres repúblicas hispanoamericanas. En España se había hecho rico, en Norteamérica se hubiera hecho millonario. Acostumbraba tener conmigo discusiones interminables sobre problemas sociales y económicos. Estaba muy influido por las ideas de Taylor y Ford y mezclaba estas ideas con una buena dosis de feudalismo paternal muy español.

—Yo soy de los que creen y dicen siempre que un obrero debe estar bien pagado. En nuestra factoría pagamos los mejores jornales que se pagan en Bilbao.

Pero detrás de la paga, quería organizar y vigilar a los trabajadores; darles casas decentes, ciudades decentes, comodidades, escuelas, cultura, recreo, pero todo ello bajo las leyes y el control de la fábrica.

—Los obreros son incapaces de regirse por sí mismos; no tienen las cualidades necesarias para ello. Son como niños que hay que llevar de la mano para que no tropiecen... El trabajador no necesita más que una casa decente, buena comida, un poco de diversión y la seguridad de que tiene la vida segura.

—Pero en su opinión, don Federico, debe aceptar esto como se lo den y no empezar a discutir y a pensar.

—Pero si es que tampoco quiere. Mire usted lo que Ford hizo con sus miles de trabajadores. ¿Qué sindicato les ha dado nunca tanto como Ford? No, el trabajo debería estar organizado por el Estado y el obrero ser una parte del mecanismo de la nación.

—¡Por Dios, don Federico!, ¿se ha vuelto usted nazi?

—No. Pero admiro a los alemanes. Es una maravilla lo que ese hombre, Hitler, ha realizado. Un hombre así es lo que nos hace falta en España.

Pero no era ni un fanático político ni un fanático religioso. Creía en la misión divina del líder como cabeza de la familia nacional, un concepto muy católico y muy español. Creía también en la sumisión de los siervos: «Aun si el jefe se equivoca, ¿qué pasaría a un ejército si los soldados comenzaran a discutir?».

—Si los soldados comenzaran a discutir, podría pasar que no tuviéramos guerras, don Federico —le decía yo.

—Admitido. ¿Y a qué conduciría eso? La vida es lucha; hasta las briznas de hierba agujerean la piedra para poder crecer. Lea usted a Nietzsche, amigo Barea.

—Pero usted mismo se llama un cristiano.

— Sí, ya sé. Pacifismo y todas esas zarandajas. «Paz en la tierra»; sí, pero acuérdese de lo que sigue: «a los hombres de buena voluntad». No va usted a decirme, creo, que esos socialistas y comunistas que predican la revolución roja son hombres de buena voluntad...

Un día don Federico vino a la oficina y después de hablar sobre sus registros en trámite, me dijo:

—He vuelto, más que nada, a llevármele conmigo a Bilbao.

—Pues, ¿qué pasa? —No me chocó lo dicho, porque nuestros negocios me obligaban a veces a marcharme sin pérdida de momento al otro extremo del país.

—No pasa nada. Es que quiero que se venga usted a trabajar conmigo. Aquí nunca llegará usted a nada. Le ofrezco un puesto de apoderado en nuestra fábrica; mil pesetas al mes, para empezar, y comisión.

La oferta era tentadora. El salario era alto con relación a como los salarios se pagaban en España, y el porvenir que presentaba el puesto muchísimo mejor que el que ofrecía mi oficina. Significaba, verdaderamente, salvar la última barrera entre mi nivel de vida y la clase alta. Apoderado de la Ibérica de Bilbao, podía significar el ser aceptado en la sociedad bilbaína, uno de los grupos más poderosos de España. Podía significar un futuro próspero. Significaba, también, el renunciar, de una vez para siempre, a todo lo demás, es decir, a todo sobre lo cual aún tenía sueños utópicos, pero ¿no me había prometido a mí mismo convertirme en un buen burgués y dejarme de tonterías?

No conocía entonces, como después iba a saber, que este incidente fue uno de los momentos más críticos de mi vida. En realidad, fue únicamente la voz de mi instinto lo que me impidió aceptar.

—Don Federico, me temo que no puedo aceptar su proposición. ¿Sabe usted que yo soy casi un comunista?

Don Federico abrió la boca asombrado.

—De todas las cosas absurdas que he oído en mi vida, ésta es la más grande. ¿Usted una especie de comunista? No diga tonterías. Haga la maleta y véngase a Bilbao conmigo. Bueno, ya sé que no puede usted venir mañana. Dígale a su jefe que busque otro para su puesto, le dejo tres meses para ello. Y le pago a usted el sueldo desde hoy para que pueda arreglar confortablemente la mudanza. No me conteste nada ahora. Tan pronto como vuelva a Bilbao le voy a escribir una carta oficial y entonces me contesta.

Vino la carta, una carta formal de negocios, y yo la contesté en mi mejor estilo comercial. No acepté.

Unos pocos días más tarde, uno de los amigos íntimos de don Federico, don Rafael Soroza, propietario de un importante depósito de dolomía, vino a la oficina. Me golpeó el hombro:

—Así que ¿se viene usted con nosotros a Bilbao?

—No, señor. Me quedo aquí.

—Pero, hombre, mi querido amigo, usted es un idiota, y no trato de ofenderle. Precisamente en estos días...

—¿Qué pasa con estos días?

—En estos días necesitamos hombres como usted.

Se lanzó en una disertación sobre política y economía. Mientras le escuchaba, estaba recordando a don Alberto de Fonseca y Ontivares, el boticario de Novés. El hombre que tenía delante de mí me parecía un caso paralelo, con un final distinto.

Soroza estaba en el final de los cincuenta, grandote de cuerpo, expansivo y alegre; pero en la última mitad de su vida, los negocios habían venido a poner su nota discordante. Procedía de una familia patriarcal de las montañas de Asturias. Aunque su padre le había obligado a estudiar leyes, y seguir la carrera de abogado, a la muerte de su padre se había encerrado en su aldea y se había dedicado a labrar sus tierras. Un día los prospectores alemanes llegaron a ellas.

Poca gente conoce con qué meticulosidad organizada han investigado el suelo español los agentes de Alemania durante veinte años. Y pocos conocen que existen docenas de sociedades, aparentemente de constitución genuinamente española, que sirven de pantalla para los más poderosos concerns alemanes, algunas veces no tanto para hacer negocios como para impedir que otros los hagan.

Los alemanes encontraron dolomía en una de las propiedades de don Rafael Soroza y trataron de hacer con él el mismo truco que con tanto éxito habían hecho con el boticario de Novés. Pero, por pura casualidad, aquella tierra estaba denunciada como coro minero, porque dentro de ella había una mina de carbón abandonada y los derechos eran

propiedad de la familia Soroza. Los alemanes establecieron una compañía limitada, nombraron a don Rafael director gerente, y don Rafael comenzó a ganar dinero sin saber cómo. Alemania consumía cargamentos enteros de dolomía.

—Usted no puede imaginar la cantidad de magnesia que se consume en el mundo. Hay millones que sufren indigestión. Los alemanes compran toda la magnesia que puedo sacar y ahora me piden aún mayores cantidades. Es, además, un aislante perfecto y lo van a usar para refrigeradores y para proteger las tuberías en las fábricas de hielo. Es mejor que el amianto. Tenemos que sacar una patente

Don Rafael registraba patentes inocuas que protegían, o pretendían proteger, el derecho al uso de la magnesia como un aislante térmico. La Rheinische Stahwelke, la I. G. Farben—Industrie y la Schering—Kahlbaum nos enviaban, desde Alemania, sus patentes para la extracción de magnesio de la dolomía y el uso de este metal para fines mecánicos. Las más importantes firmas alemanas trabajaban intensamente en la aplicación del magnesio y sus aleaciones en los motores de explosión para aeroplanos. La materia prima venía de España y la barrera de patentes impedía su explotación industrial. Sin los alemanes, don Rafael no hubiera tenido comprador para su magnesia.

Cuando don Rafael terminó su discurso sobre economía y política, le dije:

—Total, que se ha vuelto usted falangista.

—¡Ah, no, Barea! Más, mucho más. Soy un miembro del Partido Nacionalsocialista alemán. Sabe usted, mis socios son alemanes y se me ha autorizado a ser un miembro, aun siendo extranjero. ¿Qué le parece, Barea?

—Que se ha metido usted en un buen lío, don Rafael.

—No diga tonterías, hombre. La causa está haciendo progresos a pasos de gigante. En uno o dos años tenemos el fascismo aquí y

entonces seremos una nación como debe ser. Tal como van las cosas, esto no dura un año más, acuérdese de lo que digo... Y ahora, cuénteme, ¿cuándo se marcha usted con don Federico? Porque usted tiene que ser de los nuestros.

—La verdad es que me quedo en Madrid. El clima de Bilbao no es bueno para mí, y al fin y al cabo tengo una buena posición aquí...

—Eso sí que lo siento, pero, en fin, usted sabe mejor que nadie lo que le conviene.

No me atrevía a decirle que yo era un socialista como había hecho con don Federico. Se hubiera desmayado. Pero ¿qué diablos tenía él que hacer con el Partido Nazi alemán? En el caso de Rodríguez, que se había pasado toda su vida en la embajada alemana, podía entenderlo, pero en el suyo, ¡un labrador asturiano!

Él mismo me proporcionó la respuesta cuando me llamó a su oficina en Madrid para resolver algunos asuntos pendientes.

—Me marcho mañana y quería dejar esto resuelto antes. —Y con alegría infantil agregó—: Tengo huéspedes en casa, ¿sabe?

—¿Van ustedes a cazar osos?

En las montañas donde vivía don Rafael se encuentran osos aún.

—¡Nada de eso, hombre! Me han mandado unos cuantos muchachos alemanes que están estudiando geología, minas, topografía, esas cosas, y vienen con ellos también algunos ingenieros que tienen interés en ver si hay un sitio para un aeródromo. Es una lástima que tengamos la República, porque créame, con la ayuda de los alemanes y con lo que nosotros tenemos, éste podía ser un gran país.

—Usted no ha salido muy mal con ellos.

—No, no me quejo. Pero así son las cosas en España. Estamos andando sobre millones y no nos enteramos. España es el país más rico del mundo.

—¡Hum! Sí, y mire usted cómo anda la gente y cómo vive.

—Pero ¿por qué, dígame, Barea? La falta es de un puñado de sinvergüenzas que se han hecho los amos del país. Acuérdese de lo que hicieron con el pobre Primo de Rivera y cómo no le dejaron hacer lo que él quería. Pero esto no va a durar mucho. Vamos a terminar con todos estos masones, comunistas y judíos de un plumazo, don Arturo, de un plumazo. Ya verá.

—Me parece que no va usted a encontrar judíos en España ni para un plumazo como no los invente, don Rafael.

—¡Ah! Ya los encontraremos, Barea.

Capítulo 6

La chispa

Don Manuel Ayala nos había telegrafiado para que fuéramos a buscarle al aeródromo de Barajas. Le estábamos esperando mi jefe y yo.

Un Douglas de los utilizados en las líneas de París y de Barcelona estaba en el campo, destacándose de los viejos Fokker que le rodeaban. Me fui hacia él y me puse a estudiar los detalles de su fuselaje. Pero había algo en el fondo de mi mente que me impedía disfrutar de mi examen y me hacía sentir molesto. No acertaba la causa de aquel nerviosismo, porque la aviación ha sido uno de mis mayores entusiasmos. Para encontrarla tuve que hacer un esfuerzo.

Todo lo que yo conocía de la teoría de aerodinámica lo debía a mi trabajo en el pleito de Junkers contra Ford en el cual había intervenido por nuestro cliente Junkers. Hacía ya tiempo que habían pasado por mis manos las patentes de Junkers y Heinkel. ¿Tras de qué andaría ahora esta gente?

Cuando el capitán don Antonio Barberán me había llevado con él en una vieja «chocolatera», como llamaban a los aviones remendados que había en Marruecos, y cuando me había explicado, entusiasta, sus planes para un vuelo transatlántico, aún la aviación era maravillosa.

Me acordaba del primer aeroplano que había visto volar en mi vida y de mi entusiasmo, como un chiquillo que era entonces. Primero, había sido la larga caminata, hirviendo en excitación, hasta los llanos de Getafe, para esperar la llegada de Vedrines, el primer hombre que voló de París a Madrid. Después, las tres tardes en que me escapé a través de los campos hasta el velódromo de Ciudad Lineal, hasta que en la última el tiempo, quieto y lleno de sol, permitió a Domenjoz demostrarnos lo que era un *looping–the–loop*.

Me hubiera gustado volar en aquel Douglas a Barcelona por encima de la Costa Brava de Cataluña y de sus aguas transparentes, y contemplar desde lo alto la luz del sol temblando y escondiéndose tras

las cimas de las lejanas montañas, encapuchados por una cabalgata de nubes.

Se me paró la fantasía y se enfocaron mis memorias borrosas:

Pasó en los veinte, cuando Junkers construyó un aeroplano cuatrimotor para realizar con él la vuelta al mundo y a la vez obtener contratos de las compañías aéreas que, justamente entonces, se estaban planeando en varios países del mundo. Junkers era nuestro cliente y los alemanes trataban de obtener la concesión de una base aérea comercial en Sevilla, donde se había construido la torre para el anclaje de los zepelines. España podía ser un punto clave en la red de comunicaciones con América. Se habían realizado muchas intrigas y muchas jugadas complicadas por la industria de varios países, y una de ellas había sido el pleito que Junkers había planteado a Ford por las patentes que protegían la colocación de las alas bajo el fuselaje.

Mi antiguo jefe y yo habíamos tenido que ir al aeródromo de Getafe a la llegada del cuatrimotor Junkers a Madrid en su viaje de propaganda. Se había preparado una recepción oficial con asistencia del Rey. Cuando aterrizó el monstruo, un poquito más tarde del tiempo señalado, el Rey y su séquito militar inspeccionaron el aparato detalladamente; el Rey insistió en volar en un vuelo de prueba y hubo que desarrollar un defecto mecánico —y diplomático— para evitarlo. Después, mientras las formalidades oficiales y el vino de honor seguían su curso, un ingeniero alemán tomó en sus manos explicar las características del aparato a los oficiales que formaban la comisión de compras en el caso de llegar a formularse un contrato, y mi jefe y yo los acompañamos, en nuestra calidad de representantes de las patentes.

El hombre tenía el título de *Doktor*, pero su nombre no se quedó en mi memoria. Era pequeño y delgadito, con pelo de arena de puro rubio, y afeitado, con gruesos cristales de miope cabalgando en el puente de una nariz colgante. Sus manos eran enormes. Recordaba haber pensado al verlas que parecían las manos depiladas de un gorila; cuando movía

los dedos huesudos, las articulaciones parecían saltar fuera de su asiento y adquirir formas contorsionadas y extrañas.

Primero, escondió estas manos suyas debajo de los faldones de su levita y así nos llevó a través de la cabina donde estaban alineados los lujosos sillones para los pasajeros. Después nos llevó a través de pasillos como túneles que terminaban en las cabinas de los motores, y por último nos llevó a la cabina de los pilotos, separada de la de los pasajeros por una doble puerta corredera.

La cabina de los pilotos tenía la forma de una semiesfera alargada, formando la parte curva de la proa del avión. La pared exterior estaba construida de una armadura de duraluminio y paneles de cristal. Los asientos de los pilotos se elevaban en el centro de esta cúpula tumbada como suspendidos en el aire, y suministraban una vista completa en todas direcciones. Aquí, el *Doktor* hizo reaparecer sus manos y comenzó a explicar en español:

—Ahora que ya han visto ustedes el aparato —cortó las alabanzas con dos manotones—, les voy a mostrar algo que es mucho más interesante. —Con agilidad sorprendente saltó entre la armadura del suelo encristalado y comenzó a destornillar algunos remaches cilindricos colocados en el cruce de las barras de aluminio. Debajo aparecieron huecos roscados brillantes de aceite—: Como ven ustedes, basta desatornillar los falsos remaches para descubrir estos zócalos roscados, en los cuales se pueden atornillar en unos segundos las patas de una ametralladora: éste y éste, son para el asiento del ametrallador. Se quita este panel de cristal y el cañón de la ametralladora sale por la abertura. Aquí y aquí, en los dos lados, pueden colocarse otras dos ametralladoras de manera que el aeroplano puede atacar y defenderse de otros aviones. Y ahora, señores, vengan conmigo. Hay más. —Echó a correr delante de nosotros, brincando con pasitos cortos, y se detuvo en medio de la cabina de pasajeros. Aquí nos enseñó cómo las patas de los sillones estaban atornilladas al piso—: Se los puede quitar todos en dos

minutos y dejar esto vacío. En su lugar se atornilla todo el equipo para transportar tropas o, si es necesario, para almacenar bombas y los instrumentos para lanzarlas. Aquí, esto son las compuertas para lanzarlas... Ahora les voy a enseñar dónde se colocan las grandes bombas. Aquí, ¿ven ustedes?, aquí. —Debajo de las alas gigantes, volvió a desatornillar los soportes para las bombas. Brincaba en las puntas de los pies y hacía castañetear los dedos huesudos, mientras repetía entusiasmado el procedimiento—: ¡Eh! ¿Qué les parece? En una sola hora podemos transformar los aviones de una línea comercial en cualquier aeropuerto de Alemania, pongamos en Berlín, y venir a bombardear Madrid. Diez horas después de una declaración de guerra podemos bombardear la capital enemiga. Y si somos nosotros los que declaramos la guerra, cinco minutos después de la declaración. Ja, ja! ¡Esto es Versalles!

El viejo y famoso piloto de globos que estaba con nosotros, y que yo conocía muy bien, se volvió a mí y murmuró:

—Este tío es tan repugnante como una araña. Dan ganas de espachurrarlo de un pisotón.

Me alegró mucho entonces que el contrato del ejército español no fuera a parar a manos de Junkers, a pesar de la convincente demostración que el macabro doctor había dado a los oficiales del Estado Mayor.

Había conseguido dar por olvidado el incidente, pero había cambiado mis ideas sobre el futuro de la aviación y había envenenado el placer que sentía cuando volaba. Ahora mismo me molestaba. Después había venido la guerra de Abisinia, y en Alemania hoy estaba Hitler. Era tan fácil lanzar bombas sobre ciudades indefensas: se desatornillan unos falsos remaches y se atornillan las patas de las ametralladoras o las perchas para las bombas...

Yo mismo me tuve que decir que me estaba volviendo mórbido. Aquel Douglas con su sobrio confort inglés no era más que un vehículo de lujo, hecho para convertir el volar en un placer.

El aeroplano de Sevilla trazó un círculo sobre el campo y aterrizó. Fuimos al encuentro de nuestro cliente. No venía solo y en el primer momento no reconocí a su acompañante. Hacían una pareja cómica los dos zanqueando a través del campo.

Don Manuel Ayala era corto y cuadrado, en la mitad de los sesenta, tostado y disecado por el sol, con una nariz de punta afilada en una cara llena de surcos y arrugas, ojos brillantes de ratón tras unos lentes de oro de vieja forma, colgantes de un cordón de seda al ojal de la solapa, y un bigote blanco, teñido de tabaco, pesado y tosco. Me parecía enorme, hasta que comprobé que sólo sus extremidades eran grandes: manos y pies fuera de proporción, que resultaban deformes, y una cabeza pesada bamboleando entre dos hombros anchísimos. La cara era una cara áspera, de campesino, afeitada, pero azuleante de las raíces de la barba. Lo que le hacía irresistiblemente cómico era el traje. Era como si un gigante hubiera estado gravemente enfermo en un hospital, hubiera perdido sus carnes y saliera ahora a la calle por primera vez en sus viejas ropas. Colgaban perdidas alrededor de él, como en la cruz de palos de un espantapájaros. Pero andaba con pasos firmes, seguros y enérgicos.

Le reconocí de pronto. Nunca le había visto en mi vida fuera de sus ropas talares. Era el hermano de nuestro cliente, el jesuita padre Ayala.

Cada vez que don Manuel Ayala venía a Madrid me pedía que fuera su acompañante. Había vivido sesenta años de su vida encerrado en un pequeño pueblo de la provincia de Huelva y nunca había ido más lejos de Sevilla en excursiones cortas y tímidas. Administraba todas las tierras heredadas de su padre y vendía sus productos, pero aparte de eso hacía la vida de un recluso. Criaba vinos exquisitos que cuidaba con sumo cuidado, y a su vejez, de repente, decidió lanzarlos al mercado.

Alguien le dio una introducción para nosotros y nosotros nos encargamos de crearle una serie de marcas, etiquetas y modelos de envases para sus vinos y sus coñacs. Era alegre y locuaz, bonachón y un poco cínico hacia sí mismo. Consideraba su defecto de convertirse en un cosechero famoso como un capricho repentino de la vejez, y estaba resuelto a salirse con la suya, lo mismo que le empujó a tomar el avión de Sevilla la primera vez que vino a Madrid.

—A mi edad, ya no se tiene miedo de nada. ¿Por qué no probar a volar y quedarme con las ganas? Lo único que siento es que me estoy haciendo viejo, ahora que comienzan estas cosas tan interesantes.

Sentía admiración y orgullo por su hermano, el jesuíta, que era tan sagrado y tan importante que nada podía decirse de él. En 1930, el año antes de proclamarse la República, me había llevado con él, por primera vez, a ver a su hermano en la residencia de los padres, en la calle de Cedaceros. Me había sido repulsivo el padre Ayala. Era sucio y grasiento, el hábito pringoso, sus zapatones enormes, con gruesas suelas, sucios de siempre, las uñas de sus dedos planos ribeteadas de negro. No podía ver dentro de su mente, pero conocía la fuerza del hombre: en aquella época, era él quien manejaba los hilos que iban a terminar en el Palacio Real, en las Cortes, en los salones de la aristocracia y en los cuartos de banderas de las guarniciones más importantes. Pero él nunca aparecía en público. Sabía que estaba viviendo, ahora que se había disuelto la Compañía, en una casa de vecinos de Sevilla, en compañía de otros dos padres, todos vistiendo de paisano. ¿Por qué este hombre, inesperadamente, se metía en el avión con su hermano y le acompañaba a Madrid? ¿Qué nueva tela de araña estaba tejiendo?

Cuando llegamos a la puerta de la oficina, el padre Ayala nos abandonó y don Manuel hizo sus excusas:

—El pobre hombre está muy preocupado con lo que va a pasar. —Siguió explicando mientras el ascensor nos elevaba al piso—: Saben

ustedes, cuando la República disolvió la Orden, mi hermano se fue a Sevilla y tomó un cuartito con otros dos hermanos. Todavía viven allí haciendo vida comunal. Hay cientos como ellos en España. Al principio, naturalmente, la mayoría de ellos dejaron el país, pero han ido volviendo poco a poco. Ahora las cosas van a cambiar y su sitio es aquí, ¿no les parece?

Cuando hubimos terminado nuestra charla de negocios, don Manuel me invitó a comer con él, «porque mi hermano me ha abandonado y usted conoce los buenos rincones».

El viejo era profundamente religioso, vivía una vida de celibato, y dudo mucho que jamás hubiera tenido contacto con mujeres; pero tenía debilidad por un buen plato y buen vino. Cuando nos habíamos instalado en uno de esos «rincones» que a él le gustaban, don Manuel me preguntó:

—¿Y qué? ¿Cómo van en Madrid las cosas de la política?

—Por lo que a mí me parece, confieso que soy muy pesimista. Los grupos de la izquierda no hacen más que pelearse unos con otros y las derechas están dispuestas a destruir la República. Ahora, a algún idiota se le ha ocurrido la idea de nombrar a Azaña presidente e inmovilizar así a un hombre, tal vez el único, que podía haber gobernado el país en esta situación.

—Sí, es verdad, sí. Y una gran ventaja para nosotros. Créame, Largo Caballero y Prieto y todos ésos, no tienen importancia. El único hombre peligroso es Azaña. Azaña tiene odio a la Iglesia y es el hombre que más daño nos ha hecho. Ahora le hemos sacado los dientes. De otra manera, hubiera sido preciso eliminarle antes de hacer nada.

—Caramba, don Manuel, ése es un lado suyo que no conocía, que se le pasara por la cabeza que hubiera que matar a alguien.

—No yo, claro, no. Yo soy incapaz de matar una mosca. Pero tengo que admitir que ciertas cosas pueden ser necesarias. Ese hombre es la ruina de España.

—La ruina de *su* España, querrá usted decir.

—¡Hombre de Dios! Y de la suya también. Porque no me irá usted a decir que está del lado de esa canalla comunista.

—Tal vez no, pero tampoco estoy del lado de los falangistas. Mire, don Manuel, yo no creo en la monarquía. Estoy por la República con toda mi alma.

—¡Psch! A mí no me da frío ni calor, república o monarquía. Ahí tiene usted a Portugal, con una república ideal. Un hombre inteligente a la cabeza, y la Iglesia respetada y en el sitio que le corresponde. Eso es lo que yo quiero.

—Habla usted como si fuera su hermano.

—¡Ah, si pudiera usted oír a mi hermano! Y yo estoy de acuerdo con él. ¡Comunismo! ¿Usted no sabe que la Compañía de Jesús resolvió la cuestión social hace ya siglos? Lea usted la historia, amiguito, léala. Allí verá usted lo que las misiones en América hicieron, particularmente en el Paraguay. La Compañía administró el país y no había ni un solo hambriento. Ni uno, entérese. Los indios nunca han sido tan felices como entonces. Cuando uno de ellos necesitaba una manta se le daba, dada, no vendida. Los padres hasta les buscaban mujer si querían casarse. No les hacía falta dinero, no. Aquello era un paraíso y una administración modelo.

—Y una mina de oro para los santos padres, supongo.

—No sea usted un demagogo. Usted sabe que los padres hacen voto de pobreza y la Compañía no tiene nada.

—No va usted a negar que tienen influencia, aún hoy.

—Yo no voy a negar nada. Pero tampoco va usted a negar que la Compañía tiene muchos enemigos y que las pobres gentes tienen que defenderse. —Se calló y se quedó un momento pensativo—. Si sólo le hubieran hecho caso a mi hermano, cuando se lo dijo a tiempo... pero nadie le quería escuchar. Cuando don Alfonso dijo que se marchaba y que dejaba el sitio a la República, mi hermano aconsejó en contra de

ellos. Con unos pocos regimientos todo se hubiera arreglado en un par de días. Bueno, pues, usted vio lo que pasó.

—Ya sé que su hermano tiene buenos contactos.

—¡Oh, no, no! Mi hermano nunca dejó la residencia, más que para dar un paseo. Pero los padres le consultaban, porque, aunque yo, que soy su hermano, no debía decirlo, es un gran talento. Pero siempre un hombre simple. Usted lo conoce. ¿No cree que tengo razón?

Era verdad. El padre Ayala nunca cambió. Otros hombres de la Compañía podían lanzarse en el mundo, él no. Presentaba su fachada basta y su gesto desdeñoso y conservaba su poder oscuro. Le contesté a don Manuel que sí, que estaba de acuerdo con él. Se expansionó en el placer de la digestión.

—Los buenos tiempos están detrás de la esquina, amigo Barea. Más cerca de lo que usted se cree. Ahora tenemos los medios y tenemos el líder. Este Calvo Sotelo es un gran hombre. Es el hombre de la España del futuro, de un futuro muy próximo.

—¿Usted no cree que tendremos otro alzamiento militar como en 1932?

—¿Y por qué no? Es un deber patriótico. Antes de tener el comunismo hay que ir a las barricadas. Pero no será necesario. La nación en pleno está con nosotros y toda la basura se barrerá de un simple escobazo. Tal vez ni aun eso hará falta. Calvo Sotelo será el Salazar de España.

—Sí, mucha gente está convencida de que esto va a explotar de la noche a la mañana. Pero si la derecha se echa a la calle, me parece que van a quedar pocos para contarlo. El país no está con ellos, don Manuel.

—Si usted llama a toda esa canalla el país, no. Pero tenemos el ejército y la clase media, las dos fuerzas vivas del país. Y Azaña no se va a deshacer de ellos con una sonrisa, como hizo en agosto de 1932.

—Entonces, de acuerdo con usted, don Manuel, vamos a tener un gobierno paternal, al estilo paraguayo o portugués, para agosto de 1936.

—Si Dios lo quiere, Barea. Y lo querrá.

Acabamos la comida, bromeando amablemente, porque ninguno de los dos queríamos ir más allá en mostrar nuestros pensamientos al otro. Nunca he vuelto a ver a los dos hermanos.

El lunes mandé a mi hija mayor a pasar unas vacaciones a las montañas en compañía de Lucila, la mujer de Ángel, que iba a pa—sar una temporada con su familia cerca de Burgos, mientras Ángel estaba sin trabajo. Era el 13 de julio de 1936. Cuando los despedí en el autobús, me marché directamente, con mi cartera de papeles, al ministerio.

Los despachos de la oficina de patentes estaban vacíos. Un grupo numeroso se amontonaba a la puerta del despacho de don Pedro. Don Pedro estaba gesticulando y vociferando detrás de su mesa, los ojos llenos de lágrimas. Pregunté a uno de los empleados:

—¿Qué diablos pasa aquí?

—¡Dios! ¿No te has enterado? Han matado a Calvo Sotelo.

Muchos de los empleados pertenecían a la derecha, particularmente cuatro o cinco mecanógrafas, hijas de «buenas familias», y un grupo más numeroso aún de similares hijos de buena familia, algunos de los cuales eran miembros de la Falange. Todos estaban ahora alrededor de don Pedro, haciendo coro a sus lamentaciones por el asesinato del líder político.

—¡Es un crimen contra Dios! Un hombre tan inteligente, tan bueno, un cristiano semejante, un caballero, muerto como un perro rabioso...

—Ya les vamos a arreglar las cuentas. Les va a quedar poco tiempo para alegrarse. Lo único que queda que hacer es echarse a la calle —contestaba el coro.

—¡No, no, por Dios! No más sangre, no es cristiano. Pero Dios castigará a los asesinos.

—Sí, Dios los va a castigar, pero nosotros le vamos a echar una mano —replicó un muchacho muy joven.

Me marché a la calle. Aquel día no había nada que hacer en la oficina de patentes.

Las nuevas me habían cogido de sorpresa, como habían cogido a toda la ciudad. Sin embargo, era obvio que el asesinato de Calvo Sotelo era la respuesta al asesinato del teniente Castillo de los guardias de asalto. La única cuestión era si aquello iba a convertirse en la mecha que incendiaría el barril de pólvora. ¡Y mi hija en el autobús camino de Burgos! Si lo hubiera sabido a tiempo, hubiera impedido el viaje. Aunque tal vez estaría mejor en un pueblecito pequeño y perdido que en Madrid, si las cosas comenzaban a ponerse graves. ¿Un pueblecito pequeño? Ya había visto lo que podía pasar en Novés. Y la única cosa que conocía acerca de la familia de Lucila era que estaban en buena posición y considerados como gente importante en su pueblo, lo cual no era exactamente una garantía si se levantaban las gentes del campo. Me fui hacia la Glorieta de Atocha sin saber qué hacer.

La ancha plaza estaba convertida en un hormiguero. No por el asesinato de Calvo Sotelo, sino por las preparaciones para la verbena de San Juan. Los materiales para las cien y una diversiones de la verbena estaban tirados sobre los adoquines. Había las simples armazones de tabla para los puestos de chucherías o el círculo de raíces de acero para el tiovivo. Una hilera de hombres agarrados a un cable levantaban lentamente un mástil del que colgaba, como la tela de un paraguas sin varillas, una lona circular. Dos mecánicos, chorreando grasa, ajustaban y martilleaban una vieja máquina de vapor. Los hombres estaban en camiseta, con los brazos desnudos, sudando a chorros bajo el sol de julio. Los caballos de madera pintarrajeados de colorines crudos, en piezas, mostrando sus tornillos y sus rotos, se amontonaban revueltos entre tablas y vigas. Los carricoches de los feriantes dejaban escapar un hilito de humo de sus chimeneas raquíticas, y la alambrista zascandileaba en chambra con los pechos caídos, atendiendo la comida y ayudando a los artistas convertidos ahora en carpinteros. De los

carretones y de camionetas surgían, sin descanso, cajas y cajas o piezas de mecanismos misteriosos. Una muchedumbre de chiquillos y mirones contemplaba el montaje de las barracas, estáticos y molestos como moscas.

Madrid se estaba preparando para su diversión. ¿Quién pensaba en Calvo Sotelo?

Me equivocaba. A nadie se le ocultó lo que su muerte significaba. El pueblo de Madrid sentía el miedo que sienten los soldados en vísperas de salir para el frente. Nadie sabía dónde o cuándo comenzaría el ataque, pero todo el mundo sabía que había llegado la hora. Mientras los feriantes montaban los caballitos del tiovivo, el Gobierno había decretado el estado de alerta. Los obreros de la construcción afiliados a la CNT se declararon espontáneamente en huelga, y algunos miembros de la UGT que pretendieron seguir trabajando fueron agredidos. El Gobierno cerró todos los locales de los grupos de derecha, sin distinción, y arrestó a cientos de personas pertenecientes a ellos. Cerró también los ateneos libertarios y arrestó asimismo a cientos de sus miembros. Era claro que trataba de evitar un conflicto.

En la calle de Atocha me encontré a mi amigo comunista, Antonio, con otros cuatro.

—¿Dónde vais?

—Estamos de vigilancia.

—No seáis estúpidos, lo único que vais a hacer es conseguir que os lleven a la comisaría. Ese compañero tuyo no puede ir mostrando más claramente que lleva una pistola, como no se la ponga en la mano.

—Pero tenemos que estar en la calle para ver lo que pasa. Tenemos que proteger el «radio». —El radio era el domicilio social del Partido en el barrio y Antonio era su secretario general—. Y ni aun sabemos si la policía lo va a cerrar o no. Desde luego, no hemos dejado a nadie allí.

—Lo que tenéis que hacer es poner un puesto en la verbena.

Antonio abrió la boca asombrado:

—¡Oye, esto no es una broma! ¿Sabes?

—Lo que yo te digo tampoco, no seas idiota. Es muy sencillo. Comprad unos cuantos juguetes baratos en un almacén, unas cuantas cajas para armar un tenderete, poner una manta encima y los juguetes, e instalaros en la verbena. Yo conozco un tabernero allí que os dejará usar el teléfono toda la noche, porque no cierra mientras dure la verbena. Y así podéis estar en la calle y tener todas las informaciones y todos los contactos que os dé la gana, sin llamar la atención a nadie.

Aceptaron mi plan y yo mismo les ayudé a realizarlo. Aquella misma tarde Antonio instalaba un puesto de juguetes baratos al lado de la verja del jardín Botánico. Los miembros del radio, que constituían los piquetes de vigilancia y los enlaces, iban y venían, se paraban a manosear los juguetes y pasaban las noticias. La primera noticia sensacional llegó a mitad de la tarde: el Partido Socialista, todos los sindicatos pertenecientes a la UGT y el Partido Comunista habían concluido un pacto de asistencia mutua y se habían comprometido a soportar al Gobierno de la República. Antonio estaba lleno de entusiasmo y de impaciencia detrás de sus juguetes:

—¿Por qué no ingresas en el Partido?

—Porque no sirvo para aguantar disciplinas, ya lo sabes.

—Pero ahora necesitamos gente.

—Ya lo pensaré. Primero vamos a ver qué pasa.

Ninguno dudaba que las derechas llevarían a cabo un alzamiento. Mi hermano Rafael y yo nos fuimos a la verbena aquella noche, arrancamos a Antonio del lado de sus juguetes y nos sentamos en los veladores que había puesto en el paseo mi amigo el tabernero. La verbena no estaba aún en pleno apogeo y había poca gente en ella, aunque sí una gran abundancia de grupos de policía, de guardias de asalto y de obreros. El público, el verdadero público de verbena, se veía claramente que tenía miedo de aglomeraciones.

—El problema más grande —dijo Antonio— son los anarquistas de la CNT. Son capaces de hacer causa común con la derecha, o al menos abstenerse.

—No digas estupideces.

—No las digo. Pero dime tú a mí quién puede entender que se declaren en huelga hoy mismo y la emprendan a tiros con la gente de la UGT. Ya hemos tenido que proteger a algunos compañeros para que pudieran volver a casa esta tarde; y en la Ciudad Universitaria es peor. Particularmente desde que el Gobierno ha sido lo bastante idiota para cerrar sus ateneos. No es que a mí me gusten los anarquistas, me agradaría suprimirlos a todos, pero de todas formas, no nos podemos permitir el lujo de que se pasen a los fascistas.

—No tengas miedo. ¿Lo hicieron cuando Asturias? Cuando llegue la hora de los golpes, si es que llega, estarán con nosotros.

—Tú eres un optimista y, además, me temo que tienes una debilidad por los anarquistas.

Yo me mantuve firme en mi esperanza.

Aquella semana se fue pasando en una tensión increíble. El funeral de Calvo Sotelo se convirtió en una demostración de la derecha y terminó en un tiroteo entre ellos y los guardias de asalto. En las Cortes, Gil Robles hizo un discurso a la memoria de Calvo Sotelo que fue descrito oficialmente como una declaración de guerra. Prieto pidió a Casares Quiroga armar a los obreros y el ministro se negó. Las detenciones y las agresiones se multiplicaban en todos los barrios de Madrid. Los obreros de la construcción pertenecientes a la UGT siguieron trabajando en la Ciudad Universitaria con la protección de la policía, porque la CNT seguía sus agresiones contra ellos. Lujosos automóviles, con sus equipajes cubiertos cuidadosamente para no llamar la atención, abandonaban la ciudad en gran número por las carreteras que conducían al norte. La gente rica comenzaba a marcharse de Madrid y de España.

El jueves se desataron los rumores. Circulaban las historias más fantásticas y los periódicos de la noche les daban más fuerza. Oficialmente nada pasaba en España. No era cierto que se hubiera sublevado el ejército en Marruecos, ni que hubiera habido ningún levantamiento militar en el sur de España. La frase que se usaba para calmar a las gentes era tan equívoca como los rumores en sí: «El Gobierno tiene la situación dominada». Para aumentar aún el efecto, la radio comenzó a repetir la misma cantilena. Y el efecto, naturalmente, fue contrario. Si nada pasaba, ¿por qué tanto nerviosismo?

Exteriormente, Madrid parecía estar disfrutando de su veraneo: en el calor asfixiante, las gentes vivían más en la calle, durante la noche, que en sus casas caldeadas como hornos. Las terrazas de los cafés, las puertas de bares y tabernas, los portales de las casas de vecinos, las plazas públicas, todo estaba abarrotado de público que hablaba, comentaba, disputaba y se pasaba de unos a otros los rumores o las noticias. Aún, a pesar de toda la tensión, sobrevivía una subcorriente de optimismo vago.

En la noche del viernes —el 17 de julio—, nuestra peña en el bar de mi casa estaba concurridísima. A las once de la noche, la calle del Ave María parecía estar desbordada. Los balcones de las casas estaban abiertos de par en par y las voces de los aparatos de radio surgían de ellos en tumulto. Cada bar tenía su altavoz al máximo. Las gentes, sentadas en los veladores, sostenían sus conversaciones a gritos. En los portales había grupos de vecinas charlando y los chiquillos jugaban en bandadas en medio de la calle. Pasaban taxímetros llevando obreros de las milicias de vigilancia y sus frenos chirriaban cada vez que se detenían a la puerta de un bar, para cambiar más noticias y refrescarse con un vaso de algo.

Los altavoces comenzaron a vocear las noticias y la calle se sumergió en silencio, escuchando.

—El Gobierno tiene la situación en sus manos.

Era un efecto extraño el oír la frase proclamada en un coro desafinado a lo largo de la calle y a diferentes alturas. No había dos voces que fueran la misma y que hablaran al unísono. Llegaban al oído entrechocándose y repitiéndose unas a otras. Un altavoz en un piso cuarto, allá al fondo de la calle, se quedó solo y último, gritando en silencio la palabra «manos».

—En las nuestras tenía que dejarlo —gruñó Fuñi—Fuñi.

—Para que nos pudierais fusilar a gusto, ¿no? —saltó Manolo.

—Nosotros, los anarquistas, somos tan antifascistas como lo seáis vosotros, o mejores. Nosotros llevamos luchando por la revolución en España cerca de un siglo y vosotros habéis empezado ayer. Y ahora, cuando las cosas están así, seguís mandando a trabajar a los albañiles como un rebaño de corderos y permitís que el Gobierno os niegue armas. ¿Qué es lo que habéis creído? ¿Que los fascistas os van a subir el jornal en la Ciudad Universitaria porque habéis sido unos buenos chicos? ¡Ya estáis frescos! Los albañiles a trabajar y...

—Nosotros lo que tenemos es disciplina. ¿Qué quieres, que les demos a los otros un pretexto para que puedan decir que somos nosotros los que se han echado a la calle? Deja a los fascistas que lo hagan, y ya verás lo que pasa.

—Sí, sí, déjaselo a ellos y ya verás lo que pasa cuando se te hayan metido en casa, mientras tú estás conduciendo el camión cargado de cemento para sus trabajos públicos.

—Claro, mientras, si vosotros seguís pegando tiros a los nuestros, los fascistas no se van a meter en casa, supongo. ¡Vaya una lógica la tuya!

—Lo único lógico sobre todo esto es que vosotros aún no os habéis enterado de que ha llegado la hora de hacer la revolución.

—Naturalmente que no nos hemos enterado. Lo que ha llegado es la hora de defendernos cuando nos ataquen. Después que los hayamos deshecho por habernos atacado, entonces podemos hacer la revolución.

—No estoy de acuerdo.

—Muy bien. Seguid matando albañiles.

Al día siguiente, el sábado 18 de julio, el Gobierno anunció abiertamente que había habido insurrecciones en muchas de las provincias, aunque reafirmando «tener en la mano la situación». Noticias y rumores, en una mezcolanza indescriptible, se sucedían unos a otros: Marruecos estaba en las manos de Franco; los moros y la Legión Extranjera estaban desembarcando en Sevilla; en Barcelona se batallaba en las calles; en provincias se había declarado la huelga general; la marina estaba en manos de los rebeldes —no, estaba en manos de los marinos que habían tirado al mar a los oficiales—. En la Ciudad Lineal unos pocos falangistas habían intentado apoderarse de la estación de radio de la marina, o, según otros rumores, se habían apoderado de los estudios de cinematografía en la Ciudad Lineal y tenían allí su cuartel general.

Bajo esta avalancha de informes contradictorios, el pueblo reaccionó a su manera:

—Dicen que... pero yo no lo creo. ¿Qué pueden hacer cuatro generales? En cuanto saquen las tropas a la calle, los mismos soldados los fusilan.

—Bien, a mí me han contado que... pero, me pasa lo que a ti, no lo creo. Todo son cuentos de viejas. A lo mejor unos cuantos señoritos se han emborrachado y se han sublevado en Villa Cisneros.

Villa Cisneros era donde el Gobierno republicano había deportado a los promotores del levantamiento militar de agosto de 1932; una base militar en la costa oeste de África.

A la caída de la tarde ya no era un rumor, sino un hecho concreto y admitido, que se habían sublevado varias guarniciones en las provincias y que se luchaba en las calles de Barcelona. Pero el Gobierno «tenía la situación en su mano».

Mi hermano y yo bajamos al bar de Emiliano para tomar café rápidamente. Nuestros amigos estaban reunidos.

—Sentaos aquí —gritó Manolo.

—No. Nos vamos a la Casa del Pueblo a ver qué se dice allí.

Estábamos a punto de marcharnos, cuando la radio interrumpió la música y la voz que ya conocíamos bien dijo bruscamente:

—Se ordena a todos los miembros de los sindicatos y grupos políticos que se darán a continuación que se presenten inmediatamente en el domicilio de su asociación. —El *speaker* comenzó a detallar sindicatos y partidos políticos. Enumeró todos los grupos de izquierdas. El bar estaba en tumulto. Unos pocos sacaron pistolas de sus bolsillos.

—¡Ahora sí va de verdad! Y a mí no me pillan descuidado.

Después de dos minutos el bar estaba vacío. Rafael y yo regresamos a casa, a decir a las mujeres que seguramente no apareceríamos en toda la noche, y volvimos a la calle. Fuimos al domicilio de la Unión de Empleados. Allí no hacían más que anotar los nombres de los que se presentaban y decirnos que esperáramos. Decidimos marcharnos a la Casa del Pueblo después de dar nuestro nombre.

Cuando volvimos a encontrarnos en la calle, se me hizo un nudo en la garganta.

Muchos miles de trabajadores se encontraban en aquel momento en camino para presentarse en sus sindicatos, y la mayoría de sus organizaciones tenían el domicilio en la Casa del Pueblo. Desde los distritos más lejanos de la capital las casas vomitaban hombres, todos marchando en la misma dirección. En el tejado de la Casa del Pueblo lucía una bombilla roja que era visible desde todas las buhardillas de Madrid.

Pero la Casa del Pueblo estaba en una calle estrecha y corta, perdida en un laberinto de calles también cortas y estrechas, y a medida que la multitud se espesaba se hacía más y más difícil llegar al edificio. Al principio, muchachos de la juventud socialista exigían el carnet a la

puerta; después, en las dos esquinas de la calle. Hacia las diez de la noche estos centinelas guardaban las entradas de las bocacalles a doscientos metros del edificio y dentro de este radio se apiñaban miles de personas. Todos los balcones abiertos y cientos de aparatos de radio voceaban las noticias:

Las derechas estaban en abierta insurrección.

El Gobierno se tambaleaba.

Rafael y yo nos sumergimos sin parar en la masa viva de la muchedumbre. Queríamos llegar hasta el cuartito donde la ejecutiva del Partido Socialista tenía la oficina. Las escaleras y los pasillos estrechos de la casa estaban bloqueados. Parecía imposible avanzar o retroceder un paso. Pero los obreros, con sus trajes de trabajo, al ver nuestras ropas, preguntaban:

—¿Dónde quieres ir, compañero?

—A la ejecutiva.

Se aplastaban contra la pared y nos deslizábamos trabajosamente entre ellos, cuando nos ensordeció un grito tremendo, un rugido:

—¡Armas! ¡Armas!

El grito era recogido y repetido en oleadas. A veces se oía la palabra completa, la mayoría una cacofonía de aes. De repente la multitud soltó el grito en un solo ritmo y comenzó a repetir acompasadamente:

—¡Armas! ¡Armas! ¡Armas!

Después del tercer grito hacía una pausa y recomenzaba. El triple grito rebotaba a lo largo de corredores y escaleras y se ensanchaba en la calle. Los techos vibrantes dejaban caer una finísima lluvia de polvo. A través de las ventanas abiertas, con un impacto macizo, llegaba el grito de cien mil gargantas:

—¡Armas!

Capítulo 7

La Llama

Después de comer me sentía embotado y dormilón, por la comida y por la noche pasada sin dormir. Era agradable descansar con la cabeza sobre los muslos de María y relajarse como un animal satisfecho, la vista perdida hacia arriba a las copas de los pinos, a los jirones de cielo azul que se veían a través de sus ramas. María comenzó a jugar con mis pelos revueltos y a hacerme cosquillas en el cuello. Del fondo de mi cansancio y somnolencia surgió una ola rápida de deseo. El olor de resina se adhería a la piel.

Después nos quedamos lado a lado, por almohada y colchón las agujas de pino amontonadas allí por el viento.

—Déjame dormir un poquito, ¿quieres? —supliqué.

—No, no quiero. Cuéntame qué pasó anoche.

—No pasó nada. Déjame dormir y luego te lo contaré.

—Pero no quiero que te duermas. Dime qué pasó. ¿Qué quieres que haga yo si te duermes? ¿Aburrirme contemplando la hierba?

—Duérmete un poco también.

—No te dejo dormir. Mira, si quieres nos vamos dando un paseo hasta el pueblo, despacito, cuando sea un poco más tarde, y nos quedamos por la noche en la posada. Pero ahora no te dejo dormir.

Nos enzarzamos en una discusión estúpida y sin sentido. Mis nervios estaban de punta por la excitación de la noche pasada, por la desgana vaga que siempre me invadía después de un contacto sexual, por la visión borrosa, distorsionada y persistente de lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas, por pura hambre de sueño. Me levanté.

—Está bien. Ahora mismo nos vamos a la estación. Yo me vuelvo a Madrid; tú, si quieres, vienes, y si no, te quedas.

Descendimos a través del bosque de pinos, silenciosos y con las caras largas. El escurrirse en la alfombra de agujas de pino es alegre; pero aquella tarde, cada resbalón en la cuesta se convertía en un

reniego. El escurrirnos y encontrarnos sentados de golpe nos ponía furiosos. Y teníamos que descender del monte por más de una hora hasta que llegáramos al pueblecito en la hondonada de los cerros.

—Hasta las cinco no hay tren. Vamos a tomar una cerveza.

En el bar había poca gente: cuatro o cinco parejas de excursionistas como nosotros y cuatro guardias civiles jugando a las cartas, con el correaje suelto y las guerreras desabrochadas. Nos miraron y siguieron con su partida. Al cabo de unos minutos, uno de ellos se volvió y dijo paternal:

—Estamos de morros, ¿eh? Bah, no tomarlo en serio.

Un hombre joven que estaba en un rincón se levantó y vino hacia nosotros. No le había visto, porque su mesa estaba en lo más oscuro del cuarto y yo aún estaba cegado por el sol.

—¿Qué haces aquí, Barea?

—Pues ya lo ves. Pasando el domingo en el campo. ¿Y tú?

—Yo estoy aquí por un mes o dos, para descansar un poco. Hoy casi estaba a punto de haberme ido a Madrid, con las cosas que están pasando, pero la mujer dijo que le parecía una tontería y creo que tiene razón. Unos pocos gritos por lo de Calvo Sotelo y después, nada. La última noche, escuchando la radio, sí creía que iba a ser en serio, pero esta mañana comenzó a venir gente con sus meriendas y sus botas, para pasar el día como todos los domingos. Igual que tú. Sí, desde luego han venido muchos menos.

—Chico, la verdad, no sé qué decirte. Anoche yo también creía que la cosa iba en serio. Hoy no sé qué pensar. Estábamos pensando, la chica y yo, pasar la noche aquí, pero hemos tenido bronca y me voy en el tren de las cinco.

—Quédate.

—¿Para qué? Si estuviera solo me quedaría por charlar un rato contigo. Pero prefiero marcharme a pasar la noche con una cara de mal

humor al lado en la almohada. Y de todas maneras, estoy desazonado, con los nervios tensos...

—Te puedes venir a casa si quieres.

—No, gracias. Me voy a las cinco.

Uno de los guardias civiles nos estaba mirando todo el tiempo. No me llamó la atención, porque Hernández era conocido como un socialista y en un pueblecito de la sierra todo el mundo lo sabía. Cada año iba a echar un remiendo a sus pulmones, que no eran muy fuertes; su trabajo —era impresor—no era muy bueno para su salud y todos los años alquilaba una cabaña de leñadores entre los pinos, para él, la mujer y los chicos.

Cuando María y yo nos levantamos a las cuatro y media para irnos a la estación, el cabo de la Guardia Civil se levantó de su silla y comenzó a abotonarse la guerrera. Mientras se abotonaba, me fui a la mesa de Hernández a decirle adiós.

—¿Te vas de verdad?

—Sí. Anda, vente a Madrid conmigo.

—Me gustaría ir. Pero no voy hasta que no me llamen. Ya saben dónde estoy. Mientras no me llamen, la cosa no es muy seria.

El cabo de la Guardia Civil había salido delante de nosotros, y ya en la carretera, se volvió a mí:

—¡La documentación!

Miró dos veces mi cédula personal, que a la vez que es el documento de identidad muestra también la categoría de los ingresos del propietario. Vi claramente que esto le impresionaba y le sorprendía. Se me quedó mirando dudoso:

—¿Cómo es que conoce usted a Hernández?

—Nos conocemos desde que éramos chiquillos —mentí.

—¿Lleva usted armas?

—No.

—Con su permiso. —Me pasó las manos a lo largo del cuerpo—. Está bien, pueden ustedes marcharse.

Veinticuatro horas más tarde la Guardia Civil se hizo dueña del pueblecito serrano. En la madrugada sacaron a Hernández de su cabaña y le fusilaron en la carretera. Pero esto lo supe —y supe también que seguramente había escapado yo a un destino semejante— algunas semanas más tarde. Aquel día, María y yo trepamos el camino retorcido que lleva a la diminuta estación de ferrocarril, abroquelados en un silencio moroso.

La línea del ferrocarril corre sobre una cornisa de la sierra entre dos túneles, y el pueblecillo descansa en el fondo de un circo de cerros cuajados de pinos. En el fondo del valle, rodeando el pueblo, hay praderas, donde pastaban unas cuantas vacas. Visto desde lo alto de la estación, le invadía a uno una honda sensación de paz. Las vacas sentadas rumiaban perezosas, el aire se movía suave, saturado de esencia de pino, el cielo azul encendido de sol estaba en calma, ausente el viento. Cuando una de las vacas levantaba la cabeza, el aire transmitía hasta nosotros el sonido suave y claro de su esquila.

El cantinero de la estación dijo:

—Temprano se vuelven ustedes.

—Sí, pero más tarde el tren viene atestado de gente.

—¿Y cómo van las cosas en Madrid? —Como si Madrid estuviera a cientos de kilómetros. Los chiquillos del cantinero, agarrados a su pantalón, nos miraban con ojos asombrados. Sonreí:

—Un poquillo revuelto.

El tren, un tren que venía de Segovia, llevaba pocos viajeros. Las gentes que habían ido de Madrid a la Sierra no habían abandonado aún el placer de la alfombra de agujas de pino. En nuestro compartimento, un matrimonio ya viejo, provincianos acomodados, nos miraron interrogadores. Al cabo de un ratito, el hombre me ofreció un cigarrillo:

— ¿Han venido ustedes de Madrid esta mañana?

—Sí, señor.

—¿Estaba la cosa muy revuelta?

—Bueno, más el ruido que las nueces. Como usted ha visto, la gente ha venido a la Sierra como todos los domingos.

Se volvió a la mujer:

—Ves cómo yo tenía razón. Estas mujeres se asustan en seguida. Un cambio de gobierno y nada más.

—Tal vez tienes razón. Pero yo no me voy a quedar tranquila hasta que no esté con Pepe. ¿No le parece a usted? —Se volvió a María en busca de apoyo y comenzó a contarle acerca de su hijo, que estudiaba en la Universidad y que, ¡Dios nos ampare!, se había metido en la política con las izquierdas y hasta estaba en una sociedad que habían fundado.

—Y no hay quien le haga estar quieto.

Las mujeres siguieron charlando y yo me aislé en mi rincón y comencé a revivir en mi mente los hechos de la noche anterior.

Rafael y yo habíamos conseguido abrirnos paso a través de la multitud hasta el cuartito en que, al final de un corredor estrecho, se encontraba la secretaría del Partido Socialista. Estaban allí Carlos Rubiera, Margarita Nelken, Puente y tres o cuatro más que conocía sólo de vista, peleándose con el torrente de gente, con las llamadas telefónicas, con los gritos y con las notas escritas que llegaban hasta ellos, revoloteando de mano en mano a través de los pasillos. Carlos Rubiera me vio:

—Hola. ¿Qué te trae por aquí?

—He venido a ver si sirvo para algo.

—Mira, has venido a tiempo. Vete ahí con Valencia y ayúdale. —Me señaló un oficial con uniforme de Ingenieros, que estaba sentado a una mesita—. Tú, Valencia, aquí hay alguien que te puede ser útil.

Nos estrechamos las manos y Valencia preguntó:

—¿Has estado en el ejército?

—Cuatro años en Marruecos, sargento de Ingenieros. Somos del mismo cuerpo.

—Bien. Al presente, yo me he hecho cargo del mando aquí. Tenemos a Puente con sus muchachos de las milicias y un diluvio de voluntarios. Lo malo es que no tenemos armas ni municiones y que la mayoría de los muchachos no han tenido un fusil en las manos en toda su vida. A todos los hemos metido en el salón de la terraza. Vamos a ver qué dice Puente. —Puente era el jefe de las milicias socialistas.

Me divertía ver el contraste entre los dos: Valencia era un tipo perfecto de oficial, delgado y erguido, el uniforme ajustado como un guante. Una cara larga y ovalada, ojos grises, una nariz recta y fina y una boca generosa. Debía estar en el principio de los cuarenta. La masa gris de sus cabellos, hebras negras y blancas mezcladas y peinadas hacia atrás en suaves ondas, daba una seriedad a su cabeza que los ojos alegres y la boca desmentían. Era imposible no sentir su energía profunda.

Puente, un panadero de profesión, debía ser unos diez años más joven, aunque su cara, fresca y redonda, hacía difícil afirmar su edad. Pero las líneas de esta cara eran borrosas y duras. Llevaba un traje dominguero que no se acoplaba al cuerpo fuerte y sólido. Daba la impresión de que estaría muchísimo mejor en una camiseta sin mangas, exhibiendo los músculos desnudos y el pecho velludo.

Puente nos condujo a Rafael y a mí, a través de los abarrotados pasillos y escaleras, hasta el salón—terraza. Allí se podía respirar. Era una sala de reuniones con ventanas francesas abiertas a una terraza sobre el edificio. No se había permitido llegar allí a nadie que no perteneciera a las milicias y no había más que unas cincuenta personas formando grupos. En cada grupo había uno que tenía un fusil, mientras que todos los otros le metían prisa para que lo soltara, porque cada uno de ellos lo quería tener en sus manos un instante, encarárselo y apretar

el gatillo, antes de dárselo a otro. Puente se subió a la tarima, dio unas palmadas y esperó a que todos se agruparan alrededor:

—Los que no sepan manejar un fusil, ¡a la izquierda! —gritó.

—¿Nos van a dar armas? —gritaron unos cuantos.

—Más tarde. Ahora escuchad. El amigo Barea ha sido sargento en África. Os va a explicar cómo funciona un fusil. Y vosotros —se volvió al grupo de la derecha que conocía el manejo del arma—, veniros conmigo. Vamos a relevar a los compañeros que están en la calle.

Se marchó con ellos y nos quedamos allí, en la plataforma, Rafael y yo, enfrentados con treinta y dos caras curiosas. Pensé si se me habría olvidado el mecanismo de un Máuser después de doce años. Cogí uno de los fusiles y comencé a desmontarle en piezas sin decir una palabra. Era un viejo Máuser de 1886. Mis dedos encontraron instintivamente la vieja práctica. El tapete rojo de la mesa quedó cubierto en unos momentos de piezas aceitadas.

—Si hay entre vosotros alguno que sea mecánico, que se arrime a la mesa. —Salieron cinco—. Os voy a explicar cómo ajustan las piezas unas con otras. A vosotros os va a ser más fácil entenderlo que a los demás; y después, vosotros lo vais a explicar en grupos de dos o tres, no más. Mientras tanto, mi hermano y yo vamos a explicar a los demás la teoría de tiro.

Rafael se marchó con ellos a la terraza y yo me quedé con los mecánicos. Al cabo de medía hora ios mecánicos estaban en condiciones de explicar a los otros. Al final, Rafael se quedó con sólo dos que parecían incapaces de sostener un fusil derecho:

—Te ha tocado el pelotón de los torpes —le dije al oído.

Me asomé a la barandilla de la terraza.

El piso al otro lado de la calle, a unos diez metros de mí, tenía los balcones abiertos de par en par y todas las luces encendidas, y podía ver la escena como si estuviera dentro de las habitaciones: una era el comedor, con una lámpara de cristal con flecos, colgando en medio,

sobre la mesa; la otra, que debía de ser la sala, era similar, con la única diferencia de que la mesa estaba cubierta con un tapete verde oscuro, con flores bordadas, y en lugar de simples sillas, las sillas estaban tapizadas y había una butaca, todo cubierto de fundas grises. Una mujer recogía los restos de la cena de la primera habitación; en la segunda, el propietario del piso, en mangas de camisa, estaba apoyado de codos en la barandilla del balcón. En el piso bajo, igualmente iluminado, la familia estaba alrededor de la mesa terminando la cena. Al fondo se adivinaban las alcobas. Todo igual, y todo distinto, cada cuarto con su propia personalidad. Cada uno con la voz de un aparato de radio, diciendo las mismas frases y la misma música, con un tono distinto. Después, todos los cuartos de la casa, iluminados, abiertos, gritando sus voces y su música, todos idénticos, sobre la ola de cabezas de la multitud en la calle. De esta masa oscura subía una oleada caliente que olía a sudor. Algunas veces, un soplo de brisa suave dispersaba esta bocanada y por unos momentos la terraza olía a árboles y flores. El ruido era tan intenso que el edificio vibraba bajo los pies. Como si estuviera temblando. Cuando la radio interrumpía su música y los cientos de altavoces gritaban: «¡Atención! ¡Atención!», se oía caer el silencio sobre la multitud con un murmullo sordo que rodaba sobre las cabezas y que iba a morir a lo lejos a través de las calles del barrio. Después no se oían más que toses y carraspeos, hasta que alguien comentaba una de las noticias con una broma o una blasfemia. Una voz enérgica gritaba: «¡Silencio!», y cien voces repetían la orden, ahogando los demás ruidos por unos segundos. Cuando se terminaba la información, el ruido renacía más ensordecedor que nunca.

A medianoche, el Gobierno había dimitido. Se estaba formando un nuevo gobierno. Sobre mi cabeza una voz dijo:

—Son todos unos hijos de perra.

Miré hacia arriba. En la cima del tejado ondeaba una bandera roja, casi invisible contra la oscuridad del cielo. Encima de ella, la luz roja.

De vez en cuando, el ondear de la bandera hundía un pliegue en la luz roja y el paño se iluminaba como una llama. En un rincón de la terraza, una escalera de hierro de las llamadas de caracol se elevaba hacia el tejado. En algún sitio de la cima se iluminaba a veces la brasa de un cigarrillo. Subí por la escalerilla. En el punto más alto, en una plataforma abierta que dominaba los tejados, encontré a un muchacho de las milicias.

—¿Qué haces tú aquí?

—Estoy de guardia.

—¿Van a venir por los tejados?

—Puede.

—¿Quién crees tú que va a venir por los tejados?

—Los fascistas, ¿quiénes van a ser?

—Pero desde aquí no se ve nada.

—Sí, ya lo sé. Pero tenemos que tener cuidado. Imagínate lo que pasaría si nos pillaran por sorpresa.

La plataforma de hierro se elevaba en la oscuridad. Debajo estaba la masa del edificio crudamente iluminada. El cielo estaba claro espolvoreado de estrellas chispeantes, pero no había luna. Alrededor de nosotros centelleaban los reflejos de las luces de Madrid que iban disolviendo a lo lejos en la oscuridad. Las lámparas de las casas de los barrios extremos se cortaban a través de la noche en hiléras paralelas de luces que chispeaban como las estrellas. El ruido de la calle llegaba a nosotros amortiguado por la masa del edificio.

Sólo veinte escalones, y parecía un nuevo mundo. Dejé los codos sobre la barandilla y me quedé allí un largo rato, inmóvil.

Después nos llamaron para una cena de madrugada. De alguna parte habían obtenido cordero asado, pan caliente y unas botellas de vino para la guardia. Comimos y charlamos. La multitud estaba de nuevo pidiendo armas. Puente me dijo:

—Tenemos veinte fusiles y seis cartuchos para cada fusil. Es todo lo que hay en casa.

—Pues estamos lucidos.

—Bueno. Ahora se va a arreglar todo definitivamente. Supongo que darán el Gobierno a los socialistas. De todas maneras, tiene que arreglarse hoy. Los fascistas están en Valladolid y vienen a Madrid. Pero no digas nada a los muchachos.

Volví a la terraza mientras Puente inspeccionaba a sus hombres. La larga espera comenzaba a fatigar a la muchedumbre. Algunos, sentados en los pasillos y en las escaleras, dormían; muchos, recostados contra la pared, cabeceaban. Trepé a la plataforma y vi llegar el amanecer con un reflujo claro en el horizonte.

Los altavoces comenzaron de nuevo:

—¡Atención! ¡Atención! Se ha formado un nuevo Gobierno.

El *speaker* hizo una pausa y comenzó a leer la lista de nombres. Las gentes hurgaban en sus bolsillos en busca de un trozo de papel y una punta de lápiz. Todos los dormidos se habían despertado y preguntaban:

—¿Qué ha dicho, qué ha dicho?

El *speaker* seguía con su letanía de nombres. Era un Gobierno nacional, dijo; y entonces, el nombre de Sánchez Román rebotó sobre las cabezas como el de un ministro sin cartera. Fue imposible oír más. La multitud estalló en un rugido:

—¡Traidores! ¡Traidores! —Y sobre las oleadas de insultos y maldiciones estalló el grito de «¡Armas!» nuevamente. El rugido crecía y se extendía infinito. En las escaleras y en los corredores, la multitud quería moverse, levantarse, subir, bajar, hacer algo. El edificio oscilaba como si fuera a partirse en mil pedazos y hundirse en una nube de polvo.

Estalló un nuevo grito:

—¡A la Puerta del Sol! —La sílaba «sol» restallaba en el aire. La masa espesa de la calle se movía, se aclaraba. La Casa del Pueblo derramaba en la calle un chorro sin fin de gritos.

—¡Sol! ¡Sol! —Todavía restallaba el grito en el aire, pero ya más lejano. La muchedumbre se había dispersado debajo de mí. La luz del día llenaba despacio la calle con un resplandor pálido, casi azul. La Casa del Pueblo estaba vacía. Los primeros rayos del sol nos sorprendieron con Puente y sus milicianos, solos en la terraza. Sobre los tejados, en su balcón de hierro, el centinela lanzaba una sombra larga y contorsionada que se tendía en las tejas.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté a Puente.

—Esperar órdenes.

Abajo, en la calle, unos pocos grupos discutían acaloradamente y hasta nosotros llegaban frases sueltas.

—¿No crees que debíamos ir a la Puerta del Sol? —pregunté.

—No. Nuestras órdenes son esperar. Tenemos que mantener la disciplina.

—Pero no bajo este Gobierno.

Los milicianos se hicieron eco de mis palabras. Uno de ellos se echó a llorar abiertamente. Le dije a Puente:

—Lo siento, pero no puedo remediarlo. Yo he venido aquí esta noche por mi propia voluntad para ayudar en lo que pudiera. Estaba dispuesto a ir a cualquier parte, contigo o con otro, a hacer lo que fuera necesario. Pero no estoy dispuesto a servir a las órdenes de un Sánchez Román. Tú sabes, tan bien como yo, lo que quiere decir que él sea un ministro. Quiere decir que este Gobierno va a tratar de hacer un arreglo con los generales. Me voy. Lo siento.

Nos estrechamos la mano. No fue una cosa fácil. Los milicianos se volvieron, y algunos de ellos dejaron sus fusiles contra la baranda de la terraza:

—Nosotros nos vamos también.

Puente comenzó a gritarles y al fin recogieron los fusiles, menos dos de ellos que marcharon escaleras abajo tras Rafael y yo. Ibamos a través de la casa vacía. De vez en cuando alguna persona se cruzaba en los pasillos o en las escaleras, como un fantasma. Nos bebimos una taza de café hirviendo en el bar y nos marchamos a la calle. Un barrendero estaba regando las losas y en el aire colgaba un olor de amanecer lluvioso.

Del centro de Madrid, de la Puerta del Sol, llegaba un clamor inmenso, un mugido sordo que hacía vibrar el aire y que aumentaba a medida que nos acercábamos. En la esquina de una calle una taberna estaba abierta, a la puerta una mesa con una cafetera sobre un hornillo de carbón de encina, un barreño lleno de agua, tazas, vasos y platos y una hilera de botellas. Nos detuvimos para tomar otra taza de café y una copa de coñac. La radio en la taberna interrumpió su musiquilla:

—¡Atención! ¡Atención! —El tabernero aumentó el volumen del aparato—. Se ha formado un nuevo Gobierno. El nuevo Gobierno ha aceptado la declaración de guerra del fascismo al pueblo español.

Uno de los milicianos que había venido con nosotros desde la Casa del Pueblo, dijo:

—Ahora está todo bien. ¡Salud! —y se volvió sobre sus pasos, agregando—: ¡Pero con esos republicanos en el Gobierno nunca sabe uno!

Cuando llegamos a la Puerta del Sol, la muchedumbre se había dispersado y se comenzaban a abrir los bares. Los grupos, que seguían sus discusiones en las aceras, fueron entrando en ellos, en busca de un desayuno. Un sol espléndido brillaba sobre las casas; el día iba a ser caliente. Pasaban taxis abarrotados de milicianos, muchos de ellos llevando banderas con la inscripción UHP. Los autobuses de los domingos comenzaban a alinearse para llevar las gentes al campo. Al lado de uno, el cobrador voceaba:

—¡Puerta de Hierro! ¡Puerta de Hierro!

Comenzaban a hacer su aparición grupos de muchachos y muchachas y familias completas que trepaban a los autobuses con sus mochilas a la espalda.

—¡Vaya una nochecita! ¡En cuanto lleguemos al campo, me tumbo y no quiero saber más! —exclamó uno, dejándose caer en el asiento.

—Mira —le dije a Rafael—, dile a Aurelia que no voy a ir a casa hasta esta noche, ya tarde. Cuéntale lo que quieras, dile que tengo que hacer en el sindicato, lo que te dé la gana. Voy a esperar a María aquí y me voy a la Sierra. Ya tengo bastante con lo que ha pasado.

Esto fue lo que pasó en la noche del 18. La noche pasada, aunque ahora parecía infinitamente lejos. La conversación de los otros seguía su zumbido. Yo estaba cansado, disgustado con lo ocurrido durante el día, disgustado con María, disgustado conmigo, sin ganas de ir a casa y encerrarme allí, con mi mujer como remate.

Así llegamos a Madrid. Las gentes tomaban los tranvías por asalto y elegimos ir andando. Volvían los primeros autobuses repletos de excursionistas al Manzanares. Fuera de la estación se había producido un atasco en el tráfico y un guardia con casco blanco trataba de resolverlo con grandes gritos, pitadas de su silbato y remolino de manos enguantadas. Había camiones llenos de gentes gritando a pleno pulmón. Un automóvil lujosísimo cargado de maletas trataba de deslizarse silenciosamente en sentido contrario.

—¡Se marchan! ¡Se marchan! ¡Adiós, señoritos! ¡Buen viaje! —gritaban los camiones convertidos en tribuna. El enorme coche los cruzó en silencio; la carretera fuera de Madrid estaba libre. Pero los gritos no habían sido amenazadores, sino burlones; las gentes encontraban divertido el que alguien escapara de Madrid, lleno de miedo.

La alegría no duró más que hasta lo alto de la cuesta de San Vicente. Allí, piquetes de milicianos pedían la documentación en cada esquina. La policía había cerrado cada bocacalle que conducía al Palacio Real.

Se veía poca gente y marchando de prisa todos. Pasaban más coches con emblemas de los partidos pintados en las carrocerías y con la inscripción UHP, que desfilaban a gran velocidad. Los transeúntes los saludaban con el puño en alto. Una columna de humo espesa se elevaba lentamente al fondo de la calle de Bailen. Un aparato de radio, a través de una ventana abierta, nos dijo, al pasar, que Franco había pedido a Azaña la rendición sin condiciones. El Gobierno republicano había contestado con una declaración de guerra formal.

Unas cuantas iglesias ardían.

Acompañé a María a su casa y me apresuré a marcharme a la mía.

Las calles alrededor de Antón Martín estaban abarrotadas de gente y llenas de un humo denso y agrio. Olía por todas partes a madera quemada y a metal caliente. La iglesia de San Nicolás estaba ardiendo. Vi los ventanales de la cúpula saltar explosivos, y chorros de plomo incandescente deslizarse por el tejado. La media naranja era una bola gigantesca de fuego furioso, crujiendo y retorciéndose bajo las llamas. Por un instante, el incendio pareció extinguirse y la enorme cúpula se abrió con una grieta roja.

Las gentes se dispersaron gritando:

—¡Se hunde!

Se hundió la cúpula con un chasquido y un golpazo sordo, tragada por las paredes exteriores de la iglesia. De dentro brincó a lo alto una masa silbante de polvo, cenizas, humo y chispas. De pronto, entre esta nube de cataclismo, surgió la figura de un bombero en lo alto de una escala que se balanceaba en el aire, perdido el apoyo de la cúpula; el hombre, en lo alto, seguía dirigiendo el chorro de agua de su manga sobre los puestos del mercado de la calle de Santa Isabel y las paredes del cinema a espaldas de la iglesia. Era como si Arlequín se hubiera quedado de repente solo en la escena, ridículo y desnudo. Las gentes aplaudían, no sé si al derrumbamiento de la cúpula o a la figurilla

grotesca allá en lo alto. El fuego seguía rugiendo sordamente dentro de las paredes de piedra.

Entré en la taberna de Serafín. Toda la familia estaba agrupada en la trastienda, la madre y una de las hermanas completamente histéricas, y la taberna estaba llena de gente. Serafín corría de los clientes a su madre y hermana y de éstas a aquéllos, tratando de atender a todos, su cara redonda empapada de sudor, dando, atontado, tropezones a cada paso.

—¡Arturo, Arturo! ¡Esto es terrible! ¿Qué va a pasar aquí? Han quemado San Nicolás y todas las otras iglesias de Madrid: San Cayetano, San Lorenzo, San Andrés, la escuela Pía...

—¡Bah! No te apures —interrumpió un parroquiano con pistola a la cintura y un pañuelo rojo y negro liado al cuello—. Sobran tantas cucarachas.

El nombre de la escuela Pía me había impresionado: mi vieja escuela estaba ardiendo. Me fui rápidamente, calle del Ave María abajo, y me encontré a Aurelia y los chicos en la calle, mezclados con los vecinos. Me recibieron a gritos:

—¿Dónde has estado?

—Trabajando todo el día. ¿Qué es lo que pasa aquí?

Veinte vecinos comenzaron a la vez a darme explicaciones: los fascistas habían disparado sobre las gentes desde las torres de las iglesias y las gentes las habían asaltado. Todo estaba ardiendo...

El barrio entero olía a quemado y caía una lluvia finísima de cenizas. Quería verlo yo mismo.

La iglesia de San Cayetano era una masa de llamas. Cientos de personas vecinas de las casas adyacentes habían sacado a la calle sus muebles y los habían amontonado lejos del incendio que amenazaba sus hogares. Guardaban sus propiedades y contemplaban silenciosas el incendio. Una de las torres gemelas comenzó a oscilar. La multitud gritó: si la torre caía sobre sus casas, sería el fin. El bloque de piedra y ladrillo se estrelló en mitad de la calle.

Enfrente de la iglesia de San Lorenzo, una multitud frenética aullaba y danzaba casi en las mismas llamas.

La escuela Pía estaba ardiendo por dentro. Parecía como si hubiera sido sacudida por un terremoto. La larga fachada de la calle del Sombrerete, con sus cien ventanas correspondientes a las clases y a las celdas de los padres, estaba lamida por las lenguas de fuego que surgían a través de las rejas. La fachada principal estaba derruida, una de las torres caída, el atrio de la iglesia demolido. Por una puertecilla lateral —la entrada de los chicos pobres— bomberos y milicianos entraban y salían sin cesar. El resplandor del fuego interno en el enorme edificio brillaba a través de cada orificio.

Un grupo de milicianos y de guardias de asalto surgió sosteniendo una camilla improvisada —unas tablas sobre una escalera de mano— y sobre las tablas, envuelta en mantas, una figurilla de la que sólo era visible la cara de cera y el mechón de pelo blanco. Un viejecillo miserable, temblón, los ojos llenos de terror: mi antiguo maestro, el padre Fulgencio. La multitud abrió paso en silencio y los hombres le metieron en una ambulancia. Debía tener entonces más de ochenta años. Una mujeruca gorda dijo detrás de mí:

—Lo siento por el pobre padre Fulgencio. Le he conocido desde que era una chiquilla. ¡Y pensar que ahora el pobre tiene que pasar por todo esto! Valía más que se hubiera muerto. El pobre hombre hace ya muchos años que estaba paralítico. Algunas veces le subían al coro en una silla para que pudiera tocar el órgano, porque las manos las tenía bien, pero de la cintura para abajo estaba ya muerto. No sentía ni aunque le pincharan con alfileres. Y, ¿sabe usted?, todo esto ha pasado porque los jesuítas se hicieron amos de la escuela. Porque antes, y créame a mí que las sotanas me hacen vomitar, todos aquí en el barrio queríamos a los padres.

—El padre Fulgencio fue mi maestro de química —le dije.

—Entonces usted sabe lo que quiero decir, porque de eso debe de hacer ya mucho tiempo. Bueno, no quiero decir que es usted un viejo. Pero debe hacer sus buenos veinte años.

—Veintiséis.

—Ve usted, no estaba tan equivocada. Bueno, como le iba diciendo, hace algunos años, no me acuerdo bien si fue antes o después de la República, la escuela cambió que no la conocía nadie. — El fuego seguía crepitando dentro de la iglesia. El edificio no era más que una cáscara agrietada. La mujer seguía entusiasmada y verbosa—: Los escolapios, ¿sabe usted?, eran buena gente, y ya le digo que no me gustan las sotanas, pero fueron y se juntaron a una de esas asociaciones de las escuelas católicas, algo que lo llamaban así, que todo estaba manejado por los jesuitas. Usted se acordará cómo era cuando el padre prefecto venía a la plaza de Lavapiés y nos daba perras y hasta mi madre iba y le besaba la mano. Pero todo esto se acabó cuando vinieron los jesuitas. ¡Empezaron eso que llaman la adoración de Dios! Se ponían a hacer la instrucción en el patio con fusiles, que todos los veíamos desde los balcones. Y luego, aunque no lo crea, esta mañana empezaron con una ametralladora en la torre esa que han tirado, y se oía en todo el barrio.

—¿Y han herido a alguien? —pregunté.

—A cuatro o cinco aquí en Mesón de Paredes y en la calle de Embajadores. Uno se quedó muerto en la acera y a los otros se los llevaron en seguida.

Me fui a casa profundamente emocionado. Sentía un peso en la boca del estómago como si quisiera llorar sin poder. Surgían visiones de mi infancia y tenía la sensación de sentir y de oler cosas que había querido y cosas que había odiado. Me senté en el balcón de casa sin ver la gente que pasaba por la calle o que se enracimaba en grupos, hablando a gritos. Traté de aclarar el conflicto dentro de mí. Me era imposible aplaudir la violencia. Estaba convencido de que la Iglesia en España era

un daño que había que corregir, pero a la vez me rebelaba contra esta destrucción estúpida. ¿Qué habría ocurrido a la biblioteca del colegio con sus viejos libros iluminados, con sus manuscritos únicos? ¿Qué habría ocurrido a las salas de física y de historia natural, tan espléndidas, tan escasas en España? ¡Y toda la riqueza destruida en material de enseñanza! ¿Era posible que estos curas y estos señoritos de la Falange hubieran sido realmente tan estúpidos como para creer que el colegio iba a ser una fortaleza contra un pueblo enfurecido?

Había visto demasiado de sus preparaciones para no creer que habían usado las iglesias y los conventos como almacenes de guerra. Pero a pesar de ello, odiaba la destrucción, tanto como odiaba a los que habían llevado al pueblo a ella. Por un momento pensé dónde estaría el padre Ayala y si le satisfacía el resultado de su silencioso trabajo.

¿Qué hubiera ocurrido si nuestro antiguo padre prefecto hubiera abierto de par en par las puertas de la iglesia y del colegio y se hubiera quedado él allí, bajo el dintel, frente a frente al populacho, erguido, con su cabeza alta, con sus cabellos de plata azotados al viento? ¡Oh!, no le hubieran atacado, estaba seguro.

Más tarde aprendí que esta ilusión mía no era vana: el cura párroco de la iglesia de la Paloma —la más popular de todo Madrid— había puesto las llaves de la iglesia en manos de las milicias, y su iglesia y las obras de arte que encerraba fueron salvadas y respetadas, aunque demolieron los santos de cartón piedra y se llevaron los candeleros de latón para hacer cartuchos. Y lo mismo pasó con San Sebastián, con San Ginés y con docenas de otras iglesias que se habían mantenido intactas, algunas de ellas en espera de las bombas que iban a caer.

Pero aquella tarde me sentía agobiado. La lucha estaba entablada, era mi propia lucha, y sin embargo me sentía repelido y frío hasta el tuétano.

Rafael me llevó al puesto de Antonio en la verbena. Aún seguía viniendo gente y muchos de los recreos funcionaban. Antonio estaba

excitadísimo y a punto de retirar el tenderete. La guarnición del Cuartel de la Montaña había hecho fuego de ametralladora sobre un camión cargado de muchachos de la juventud socialista que volvían de Puerta de Hierro cantando. La policía había tendido un cordón alrededor del cuartel que, al parecer, era el cuartel general de la insurrección en Madrid.

—Tenemos que ir allí —dijo Antonio.

Me negué. Allí no había nada que yo pudiera hacer. Había visto bastante y estaba muerto de cansancio. Rafael se marchó con Antonio y yo me volví a casa. Dormí cuatro horas y me desperté exactamente a las cuatro de la mañana, cuando ya era completamente de día. En la calle las gentes hablaban y disputaban. Me vestí y bajé a la calle. En la plaza de Antón Martín estaba parado un taxi, mientras los hombres bebían leche en la lechería del cuñado de Serafín. Entré y me bebí dos vasos de leche fría, casi helada.

—¿Adonde vais?

—Al Cuartel de la Montaña. La cosa se está poniendo seria allí.

—Me voy con vosotros.

En la plaza de España, los guardias de asalto detuvieron el coche. Me fui andando hacia la calle de Ferraz.

El cuartel, en realidad tres diferentes cuarteles, forma un edificio inmenso en la cima de un cerro bajo. En su frente hay un ancho glacis en el cual tiene cabida para ejercicios conjuntos un regimiento. Esta terraza se une a la calle de Ferraz por una pendiente rápida en uno de sus extremos, y en el opuesto se corta bruscamente sobre la estación del ferrocarril del Norte. Un grueso parapeto de piedra corre a todo lo largo de una pared vertical de cinco o seis metros, sobre una explanada inferior que separa el cuartel de los jardines de la calle de Ferraz. Por la parte posterior, el edificio domina la ancha avenida del Paseo de Rosales y los campos que rodean la ciudad al suroeste y al norte. El Cuartel de la Montaña es una fortaleza.

De la dirección del cuartel llegaba un crepitar de disparos de fusil. En la esquina de la plaza de España y la calle de Ferraz un grupo de guardias de asalto estaba cargando sus carabinas al abrigo de una pared. Entre los árboles y los bancos del jardín había una multitud de gente tumbada o en cuclillas. Surgía de ellos una oleada furiosa de tiros y gritos que se extendían a lo lejos, hacia el cuartel, por otros a quienes yo no podía ver. Debía haber un círculo de millares alrededor del edificio. La acera opuesta a los jardines, batida por las ventanas del cuartel, estaba desierta.

Un aeroplano, volando a gran altura, venía hacia el cuartel. La gente gritaba:

—¡Es uno de los nuestros!

El día antes, el domingo —aquel domingo en que muchos nos hemos ido al campo, pensando disipada la tormenta—, grupos de oficiales en los dos aeródromos cercanos a Madrid habían intentado sublevarse, pero habían sido sometidos por fuerzas leales.

La máquina voló en una curva amplia y comenzó a descender, hasta que me fue imposible verla más. Unos momentos después temblaba la tierra y el aire. Después de dejar caer sus bombas, el avión se alejó. La multitud se volvió loca de júbilo, muchos de los que estaban en los jardines se enderezaron manoteando y tirando al aire las gorras. Un hombre estaba haciendo una pirueta cuando se desplomó. El cuartel disparaba, y el tableteo de las ametralladoras se impuso sobre todos los ruidos.

Un grupo compacto, chillando y gritando, apareció en el otro extremo de la plaza de España. Cuando el grupo llegó a nuestra es— quina, vi que en medio de él llegaba un camión con un cañón de se— tenta y cinco milímetros. Un oficial de asalto comenzó a dar órdenes para descargar el cañón. La gente no escuchó. Cientos de personas se lanzaron sobre el camión como si fueran a devorarlo y lo hicieron desaparecer bajo su masa, como desaparece un trozo de carne podrida

bajo un enjambre de moscas. Y en un momento el cañón estaba en tierra, sostenido a pulso, por brazos y hombros.

Se enderezó el oficial en lo alto y gritó pidiendo silencio:

—Ahora, tan pronto como yo haya disparado, tenéis que arrastrar el cañón tan de prisa como podáis, y ponerle allí. —Señalaba el otro extremo de los jardines—. Pero no os vayáis a matar vosotros mismos... Tenemos que hacerles creer que tenemos muchos cañones. Y los que no vayan a ayudar que se quiten de en medio.

Disparó el cañón, y antes de que hubiera terminado su retroceso la masa de gente lo hacía rodar con estrépito doscientos metros más allá. Volvió a estallar el cañón y a recomenzar su rodar loco sobre el empedrado, dejando tras él un reguero de hombres brincando sobre un pie y gritando de doior; las ruedas pasaban sobre los pies de los hombres. Una rociada de ametralladora se estrelló inmediata a nosotros. Me refugié en los jardines y me dejé caer dentro de un grueso tronco de árbol, justamente al iado de dos obreros tumbados en el césped.

¿Por qué diablos estaba yo allí y qué pintaba sin una mala arma en mis manos?

Uno de los dos hombres delante de mí se enderezó sobre sus hombros. Tenía empuñado con ambas manos un revólver y apoyaba el cañón contra el tronco del árbol. Era un revólver antiguo y enorme, con cañón niquelado y un punto de mira como una espuela. El tambor con los cartuchos era un bulto deforme sobre las dos manos agarrotadas en la culata. El hombre arrimó peligrosamente la cara al arma y tiró trabajosamente del gatillo. Le sacudió una explosión violenta y una oleada de humo espeso y agrio hizo un halo sobre su cabeza. Su compañero le sacudió un hombro:

—Ahora déjame tirar un tiro.

La explosión casi me hizo saltar sobre mis pies. Estábamos a doscientos metros del cuartel y el frente del edificio estaba oculto por la

masa de árboles del jardín. ¿A quién creían estar tirando aquellos dos locos?

El que había disparado se volvió:

—No me da la gana. El revólver es mío.

El otro blasfemó:

—¡Déjame tirar un tiro, por tu madre!

—No me da la gana. Ya te lo he dicho. Si me matan, el revólver es tuyo. Si no, te conformas con mirar.

Se volvió el otro. Tenía una navaja en la mano, la hoja casi tan grande como un machete, y la levantó sobre el trasero de su amigo:

—¡Déjame el revólver o te pincho! —Y comenzó a clavar la punta del arma en las carnes del otro. El hombre saltó y chilló:

—¡Tú, que me has pinchado de verdad!

—¡Para que veas! O me dejas el revólver o te hago un agujero.

—Toma, aquí lo tienes. Pero sujétalo bien, porque da coces,

—¿Te crees que soy un idiota?

Como si estuviera siguiendo un rito, el hombre se levantó sobre sus codos y engarfió la culata con ambas manos, tan ceremoniosa y deliberadamente que casi parecía una plegaria. El cañón niquelado se elevaba lentamente.

—Bueno, ¡acaba ya! —gritó el propietario del revólver.

El otro volvió la cabeza:

—Ahora te esperas, es mi turno. Les tengo que enseñar yo a es—tos hijos de mala madre.

Otra vez nos sacudió la explosión y otra vez nos hizo carraspear el humo acre que se pegaba a la tierra a nuestro alrededor.

Las explosiones de los morteros y el tableteo de las ametralladoras seguían en el cuartel. De cuando en cuando, el cañón rugía a espaldas nuestras, una bala hacía zumbar el aire y la explosión resonaba en la distancia. Miré al reloj: las diez. ¡Era imposible!

Se hizo un silencio seguido por una explosión de alaridos. A través de la confusa batahola se iban formando las palabras:

—¡Se rinden! ¡Bandera blanca!

Los hombres se iban incorporando. Por vez primera me fijé que había muchas mujeres también. Todos echaron a correr en dirección al cuartel. Me arrastraban y corrí con ellos.

Podía ver ahora la doble escalera de piedras en el centro del parapeto. Era una doble masa negra de gentes vociferando que se empujaban unos a otros hacia lo alto. En la explanada superior, otra masa densa de seres humanos bloqueaba la escalera.

Un furioso tableteo de ametralladora cortó el aire. Con un grito sobrehumano, la multitud trató de dispersarse. El cuartel vomitaba metralla por todas sus ventanas. Volvieron a sonar los morteros, ahora más cercanos, con trallazos secos. Duró unos breves minutos, entre la ola de gritos más horrible que nunca.

¿Quién dio la orden de ataque?

Una masa sólida y viva de cuerpos se movió hacia adelante como una catapulta, hacia el cuartel, hacia la cuesta de entrada de la calle Ferraz, hacia la escalera de piedra en la pared, hacia la pared misma. La multitud era ahora un solo grito. Las ametralladoras funcionaban sin cesar.

Y así, en un instante, todos supimos, sin verlo, sin que nadie nos lo dijera, que el cuartel había sido asaltado. La ola de gritos y de disparos sonaba ahora dentro del edificio. Las figuras de las ventanas desaparecían en un instante y otras se veían repasar como relámpagos. En una de las ventanas apareció un miliciano, que levantó un fusil en alto y lo lanzó sobre la multitud que respondió con un rugido de alegría salvaje. Me encontraba sumergido en una parte de la masa que me llevaba hacia el cuartel. La explanada estaba sembrada de cuerpos, muchos de ellos retorciéndose y arrastrándose en su propia sangre. Me encontré de pronto en el patio del cuartel.

Las tres hileras de galerías que se abren sobre el patio cuadrado estaban llenas de figuras que corrían, gritaban y gesticulaban, agitando fusiles en lo alto y llamando con voces inaudibles a sus amigos abajo. Un grupo perseguía a un soldado que corría alocado de terror, pero sacudiendo de su lado a todo el que se cruzaba en su camino. Tropezó y cayó. El grupo se cerró sobre él. Cuando se disolvió, no se veía nada desde donde yo estaba.

En la galería más alta apareció un hombre gigantesco, llevando en las manos, sostenido en alto, un soldado que agitaba el aire con las piernas. El gigante gritó:

—¡Allá va eso!

Y lanzó el soldado al espacio. Cayó dando vueltas en el aire como una muñeca de trapo y se estrelló en las piedras con un golpe sordo. El gigante levantó los brazos:

—¡Voy por otro! —aulló.

A la puerta del almacén se había formado el grupo mayor. Los fusiles estaban allí. Uno tras otro surgían milicianos, con su fusil en alto, casi danzando de entusiasmo. De pronto hubo un nuevo empujón hacia la puerta del almacén:

—¡Pistolas! ¡Pistolas!

El almacén comenzó a vomitar cajas negras que pasaban de mano en mano por encima de las cabezas. Cada caja contenía una pistola Máuser reglamentaria —Astra calibre 9—, un cargador de repuesto, una baqueta y un destornillador. En unos momentos las piedras del patio estaban salpicadas de manchones blanco y negro —porque el interior de las cajas era blanco— y de papeles pringosos de grasa. La puerta del almacén seguía escupiendo pistolas.

Se dijo que en el Cuartel de la Montaña había cinco mil pistolas Astra. No lo sé. Lo que sí sé es que aquel día las cajas vacías, blanco y negro, salpicaban todas las calles de Madrid. Lo que no se encontró, sin

embargo, fueron municiones para las pistolas. Los guardias de asalto habían logrado apoderarse de ellas.

Salí del cuartel. Cuando había sido soldado —un recluta destinado a Marruecos— había estado algunas semanas en aquel mismo cuartel. Hacía dieciséis años.

Eché una ojeada al salir al cuarto de banderas, abierto de par en par. Estaba lleno de oficiales, todos muertos, yaciendo en una confusión bárbara, unos con los brazos caídos sobre la mesa, otros sobre el suelo, algunos sobre el cerco de las ventanas. Algunos de ellos eran muchachos, casi niños.

Fuera, en la explanada, bajo un sol deslumbrante, yacían cientos de cadáveres. En los jardines todo estaba quieto.

Capítulo 8

La calle

El martes por la mañana —el día después del asalto del cuartel— me fui a la oficina y tuve una conferencia con mi jefe, para acordar lo que íbamos a hacer en aquella situación. Decidimos que la oficina seguiría funcionando y el personal seguiría viniendo por las mañanas, como hasta entonces. Incluso tratamos de reorganizar el trabajo para el día, pero tuvimos que dejarlo porque las comunicaciones postales estaban totalmente dislocadas. Había unos documentos que presentar en el ministerio y decidí ir. Los metí en una cartera y me marché.

Dos pisos más abajo de nosotros estaba la oficina central de Petróleos Porto—Pí, S.A., una compañía montada por Juan March después de la organización del monopolio de petróleo, sin otro fin que reclamar del Estado compensaciones fantásticas por supuestas propiedades petrolíferas. La puerta estaba abierta y dentro vi dos milicianos con fusil colgado al hombro y pistolas al cinto, revolviendo en los cajones. Uno de ellos se volvió y me vio.

—Pasa —dijo.

Entré. El miliciano se fue a la puerta y la cerró. Después se dirigió a mí:

—¡Hala, pájaro! ¿Qué te trae aquí? —Empuñó la pistola y se quedó con ella apuntando al suelo—. Bueno, deja la carterita esa tan mona que llevas y levanta las manos.

Ni miró si llevaba armas, sino simplemente fue vaciando uno por uno mis bolsillos sobre una de las mesas. Después, lo primero que le llamó la atención fue mi cartera personal. Comenzó a mirar uno a uno los papeles que había dentro. Mientras tanto, el otro miliciano se apoderó de la cartera de documentos:

—Me parece que os habéis tirado una plancha —dije.

—Tú te callas y hablas cuando te pregunten.

—Bueno. Supongo que se podrá fumar. Ya me diréis cuándo habéis terminado.

No había encendido el cigarrillo cuando el hombre me puso bajo la nariz el carnet de la UGT.

—¿De quién es esto?

—Supongo que es mío.

—No me vas a decir, con esa cara, que tú eres uno de los nuestros.

—Sí, lo voy a decir. Ahora lo que no sé es si lo vais a creer o no.

—Yo no me trago cuentos de vieja. ¿Y de quién es esta cédula personal?

—Supongo que también es mía.

Se volvió a su compañero:

—¿No te decía yo que ésta era una buena ratonera? Ya hemos cogido un pájaro. Fíjate, cédula de cien pesetas, como los marqueses, y un carnet de la UGT. ¿Qué te parece a ti?

—Puede ser, aunque me parece un poco difícil. Pero deja eso un momento y fíjate en lo que he encontrado aquí.

Cuando acabaron de manosear documentos oficiales y tratar de descifrar los complicados dibujos de una instalación para la producción de aire líquido, reanudaron su interrogatorio:

—Ahora nos vas a explicar quién eres tú y qué son todos estos dibujos.

Les di una explicación somera. Me bajaron al portero que estaba lívido de miedo, pero que les confirmó todo lo que les había dicho.

—Me parece que tenemos que subir a echar una ojeada a esa oficina.

Subimos en el ascensor y los metí en el confesonario.

—Y ahora, ¿qué es lo que queréis saber?

—Bueno, queremos saber qué clase de oficina es y qué gente hay aquí.

—Os los voy a presentar, será lo mejor. —Le dije a María—: Anda, diles a todos que vengan.

—Tú no te mueves —le dijo uno de ellos y apretó el timbre de mi mesa. Carlitos, nuestro ordenanza, se presentó.

—¡Hola, chaval! Tú eres el botones, ¿no? Escucha, les vas a decir a todos los que haya aquí, como si te lo hubiera mandado éste, que vengan. ¿Tú sabes quién es éste?

—Claro que lo sé. A vosotros os han dado el número cambiado.

Vinieron todos los empleados y formaron en círculo alrededor de nosotros.

—Ahora puedes hacer las presentaciones —dijo el que había asumido el mando.

—Lo mejor que pueden hacer, para acabar antes, es enseñar su carnet del sindicato. La única persona aquí que no lo tiene es este señor, que es uno de los socios de la firma.

Los dos milicianos aceptaron al fin los hechos, aunque claramente se les veían las ganas de registrar la oficina. Antes de marcharse, nos soltaron su última flecha:

—Está bien, pero volveremos. Este negocio hay que incautarlo. Se han acabado los patronos, así que tú —dirigiéndose a nuestro jefe— te puedes ir buscando el coscurro por otra parte.

Se estaba haciendo tarde para llegar al ministerio. La oficina de patentes se cerraba a la una y no existían taxis. Bajé las escaleras con los milicianos. Ahora se volvían amistosos.

—Sabes, chico, con ese traje que llevas como esnob y con la cédula que te traes, pues nos habíamos creído que eras un falangista. No te creas, que llevan también carnets de los sindicatos en el bolsillo. Y luego, vienes y te cuelas en esa cueva de ladrones...

—Estaba mirando porque me chocaba que hubiera alguien dentro. Lo peor es que se me ha hecho tarde para ir al ministerio con estos papelotes.

—No te apures; te llevamos nosotros en un vuelo.

Fuera había un automóvil y dos milicianos con pistolas del Cuartel de la Montaña en el cinto. Cuando nos vieron aparecer, se echaron a reír:

—¿Habéis hecho pesca?

—No, es uno de los nuestros, que le vamos a llevar a su ministerio.

Aquélla fue mi primera experiencia en un auto incautado, con un conductor nombrado por su propia y sola autoridad. Arrancamos con un salto brusco y nos disparamos calle de Alcalá abajo en desafío abierto a todas las regulaciones del tránsito. Los transeúntes levantaban el puño cerrado y nosotros todos, incluso el chófer, lo devolvíamos de manera idéntica. El coche respondía con una curva violenta que el chófer rectificaba con un tirón a la rueda del volante que producía una curva opuesta que nos lanzaba unos contra otros. No había nada que hacer, más que esperar el momento en que el coche desbocado se estrellara contra otro coche o camión, igualmente loco, de los que nos cruzaban, desbordantes de milicianos que nos saludaban a gritos, con sus puños también en alto; o el momento en que nos meteríamos en la acera, aplastaríamos a dos o tres transeúntes y terminaríamos contra una farola. Pero no nos pasó nada. Cruzamos el paseo del Prado a través de un laberinto de armazones y tablas de las barracas de la verbena, unas abandonadas y otras a medio desmontar.

Cuando llegamos al ministerio, mis compañeros decidieron que echarían una mirada, para ver qué era aquello. Ellos no habían vis9to un ministerio en su vida.

La guardia de asalto no dejaba entrar en el edificio más que a las personas con pase, y cuando los milicianos comenzaron a subir la amplia escalera de mármol pegados a mí, un cabo les gritó:

—¿Dónde vais vosotros?

—Vamos con éste.

—¿Van con usted?

—Parece.

—¿Llevan pase?

—No.

—Entonces no pueden entrar. Que llenen una hoja aquí y que esperen a que les den autorización.

—Bueno, chicos, si os dejan, ya sabéis dónde me encontraréis. —Me despedí con un sentimiento de triunfo infantil.

En el Registro todo estaba revuelto. Una docena de empleados de las diferentes agencias de patentes estaban en el salón, pero detrás de las ventanillas no había nadie. Unos pocos de los empleados se habían unido a los demás en el *hall* y discutían los últimos sucesos. Uno de los del Registro me vio y me dijo:

—Si traes algo para nosotros, dámelo y le daré entrada. No es mi trabajo, pero no ha venido nadie. El único que está ahí es don Pedro.

—Yo creía que hubiera preferido quedarse en casa.

—No le conoces. Anda, ve a verle.

Don Pedro estaba enterrado entre montañas de papeles, trabajando febril.

—¡Hola, Barea! ¿Quería usted algo de mí?

—Nada, don Pedro. Saludarle. Me han dicho que estaba usted aquí y he entrado a darle los buenos días. La verdad es que no esperaba verle hoy aquí.

—¿Qué quería usted que hiciera? ¿Esconderme? Nunca he hecho daño a nadie y nunca me he mezclado en política. Naturalmente, tengo mis opiniones, como usted sabe bien, Barea.

—Sí. Sé qué opiniones tiene usted y precisamente ahora me parecen un poco peligrosas.

—Conformes, lo son. Pero si uno tiene la conciencia limpia, no se tiene miedo. Lo que yo creo que estoy es asombrado y horrorizado. Estas gentes no respetan nada. Uno de los sacerdotes de San Ginés vino a casa y allí está aún, aterrorizado y temblando, haciendo morir de

miedo a mi hermana. Y todas esas iglesias ardiendo... No creo, Barea, que apruebe usted esto, aunque pertenece a las izquierdas.

—No lo apruebo, pero tampoco apruebo que las iglesias se hayan convertido en depósitos de armas, ni que los Caballeros Cristianos se hayan reunido para conspirar con pretexto de la adoración nocturna.

—Estaban forzados a defenderse.

—También nosotros, don Pedro.

Una vez más nos enzarzamos en discusión, cuidadosos de no herir uno a otro en sus sentimientos, sin esperanza de llegar a un acuerdo y, sin embargo, tratando de obrar como si aún las discusiones sirvieran para algo. La verdad es que no ponía mucho interés en la discusión. Conocía de memoria todos sus argumentos, lo mismo que él conocía los míos. En realidad, estaba pensando del hombre en sí.

Su fe religiosa era fuerte, y su integridad tan completa que no cabía en su cabeza, ni podía admitir ni aun la posibilidad de que alguien, profesando la misma fe, tuviera una moral más baja que la suya. Era un hombre sencillo como un niño, que después de la muerte de sus padres se había refugiado en una vida casi monacal con sus hermanas. Incluso tenía una capilla privada en su casa que le mantenía alejado del contacto con las sacristías donde se hacía política.

Había algo más que yo conocía sobre él: en 1930, un empleado de una de las oficinas de agentes de patentes había contraído tuberculosis. Ganaba doscientas pesetas al mes, estaba casado y tenía dos niños. La enfermedad le confrontó con un problema insoluble: dejar de trabajar o solicitar una cama en uno de los sanatorios del Estado significaba el hambre para su familia. Siguió trabajando, mientras la enfermedad se desarrollaba rápidamente, y llegó un momento en que le fue imposible ir más a la oficina. Durante tres meses, la firma en la que estaba empleado le pasó el sueldo íntegro; después le despidió. Los empleados del ministerio y los de otras agencias hicimos entonces una colecta para ayudarle, y a mí me tocó pedir a los tres jefes de negociado su

contribución. Unos días más tarde, me llamó don Pedro a su despacho y me mandó cerrar la puerta. Me preguntó cuánto dinero habíamos recogido, y cuando le dije que cuatrocientas pesetas, exclamó: «Eso es pan para hoy y hambre para mañana». Le expliqué que no podíamos hacer lo que hubiera sido necesario, meterle en un sanatorio y mantener a la familia mientras se curaba. Don Pedro me dijo que todo estaba arreglado, incluyendo la recomendación para el sanatorio, que evitaría todo el trámite legal; él se encargaría de pagar por ello; y yo iba a decirle a la mujer que entre todos nosotros habíamos hecho un acuerdo para pagarle doscientas pesetas al mes, mientras estuviera en el sanatorio curándose. «Por eso le he llamado a usted, para que lo arreglemos entre los dos sin que nadie se entere.»

Se arregló como don Pedro quería. El muchacho se curó y ahora vivía con su familia en el norte de España. Ni él ni su mujer supieron nunca lo que había pasado. Cuando al muchacho le dieron de alta en el sanatorio, don Pedro lloró de alegría.

Y ahora, ¿cómo podía yo discutir con este hombre a quien respetaba inmensamente, aunque no estuviera conforme con sus ideas políticas? La discusión languidecía miserablemente. Por fin don Pedro se levantó de la silla y me alargó la mano:

—Yo no sé lo que va a pasar aquí, Barea, pero pase lo que pase...

—Si algo le pasa a usted, llámeme.

Me marché a la calle.

Las milicias de trabajadores habían ocupado todos los cuarteles de Madrid y los soldados habían sido licenciados. La policía había arrestado a cientos de personas. Las noticias de provincias eran aún contradictorias. Después de una batalla encarnizada, Barcelona había quedado en manos de la República, así como Valencia. Pero la lista de las provincias en las cuales los insurrectos habían ganado por sorpresa era larga.

Cruzando la plaza de Atocha iba pensando qué resolución adoptaría el ministro de la Guerra. ¿Una movilización general? El general Castello estaba considerado como un republicano leal, pero ¿se atrevería a armar al pueblo? ¿Se atrevería el mismo presidente Azaña a firmar el decreto?

Los milicianos habían tendido un cordón a través de la calle de Atocha, frente al hospital de San Carlos:

—No se puede pasar, compañero. Están tirando desde la buhardilla. Métete detrás de la esquina. —Se oyó un disparo de fusil. Dos milicianos en la acera de enfrente contestaron, uno con un Máuser, otro con una pistola. En el portal de la casa donde yo estaba había un puñado de personas y dos milicianos más.

—Creo que puedo pasar, arrimado a la pared.

—Como quieras. ¡Allá tú! ¿Llevas documentos?

Le enseñé el carnet de la UGT y me dejó pasar. En el tejado se entabló un tiroteo. Me mantuve pegado a la pared y me quedé allí cuando cesó. Del portal de la casa donde se habían oído los disparos salió un grupo de hombres. Dos de ellos llevaban el cuerpo inerte de un muchacho de unos dieciséis años. Llevaba la cabeza sangrando, pero iba vivo aún. Se quejaba:

—¡Madre! ¡Madre!...

En las cercanías de la plaza de Antón Martín todo el barrio de Lavapiés estaba revuelto. En muchos tejados sonaban disparos. Los milicianos estaban cazando tiradores —«pacos», los llamaban— sobre los tejados y a través de las buhardillas. Alguien contaba que en la calle de la Magdalena habían matado a tres falangistas, pero la gente no mostraba mucha alarma. Hombres, mujeres y chicos de las casas de vecindad, todos estaban en la calle, todos mirando a lo alto, todos gritando y chillando.

Una voz fuerte gritó una orden que oí por primera vez:

—¡Cerrad los balcones!

La calle resonó con el golpeteo de las vidrieras de balcones y ventanas. Algunos se quedaron abiertos y la gente comenzó a señalarlos con el dedo:

—¡Señora Maña! —gritó alguien, una y otra vez. Al cabo de un poco se asomó una mujer gorda al balcón—. ¡Cierre usted el balcón en seguida! —La mujer cerró sin decir una palabra.

Las gentes se fueron calmando. Las casas presentaban sus fachadas herméticas. Un chiquillo comenzó a chillar:

—¡Ahí hay una ventana abierta!

A la altura de un piso tercero había una ventana abierta de par en par, en la que se agitaba lentamente una cortina. Un miliciano gruñó:

—¡Cualquier hijo de mala madre nos puede soltar un tiro tras la cortina!

La cortina seguía flameando indiferente y provocativa. El miliciano se situó en la acera de enfrente, cargó el Máuser y apuntó. Las madres agarraban chicos y se retiraban del hombre, que se quedó solo en medio del claro y disparó. Sonó una cascada de cristales rotos. Uno de los milicianos entró en la casa y salió con una mujeruca, reseca y jorobada por los años, que ahuecaba una mano sobre una oreja. Los hombres le gritaban:

—¿Quién vive en aquel cuarto, señora Encarna?

Cuando al fin entendió lo que le decían contestó muy seria:

—¡Anda! ¿Y para eso me habéis llamado con tanta prisa? Ésa es la ventana de la escalera. Los fascistas viven en el primero y malos bichos que son.

Después de unos segundos, los balcones del primero estaban abiertos, y un miliciano aparecía en uno de ellos:

—¡Aquí no hay nadie, se han escapado!

Comenzaron a caer del piso muebles y vajilla a través de los balcones. Abajo las gentes amontonaban los muebles en una pira.

Los altavoces interrumpieron su música —en aquellos días los aparatos de radio funcionaban día y noche sin parar— y los grupos gritaron pidiendo silencio. Cesó la lluvia de muebles. El Gobierno estaba hablando:

«El Gobierno, a punto de terminar con la sedición criminal provocada por los militares traidores a su país, pide que el orden, ahora a punto de ser restablecido, se mantenga enteramente en las manos de la fuerza pública y de esos elementos de las asociaciones obreras que, sujetas a la disciplina del Frente Popular, han dado tantas pruebas heroicas de acendrado patriotismo.

»El Gobierno se da perfecta cuenta de que elementos fascistas, a despecho de su derrota, tratan de solidarizarse con otros elementos turbios en un esfuerzo para desacreditar y deshonrar a las fuerzas leales del Gobierno y al pueblo, mostrando un fervor revolucionario que se traduce en incendios, vandalismo y saqueo. El Gobierno ordena a todas sus fuerzas, militares o civiles, que contengan estos disturbios donde quiera que se produzcan y que se dispongan a aplicar la máxima severidad de la ley contra los que cometan tales ofensas.»

Se quedaron allí los muebles, desparramados sobre el empedrado, y los milicianos montaron guardia alrededor. Las gentes discutiendo acaloradamente en corros mostraban su optimismo: la insurrección estaba vencida y ahora sabrían las derechas lo que era gobernar en socialista. La calle sombría, con sus balcones cerrados, se iluminaba ahora y se llenaba de alegría.

A la entrada de la calle de la Magdalena aparecieron tres camiones abarrotados de milicianos en pie que gritaban rítmicamente:

«¡UHP! ¡UHP! ¡UHP!».

La calle recogió el grito con los puños en alto. Cuando uno de los camiones se detuvo y los milicianos se apearon, la muchedumbre los rodeó. Muchos de ellos llevaban fusil y cartucheras del ejército; había

también algunas mujeres en traje de hombre, con simples «monos» de mecánico.

—¿De dónde venís?

—Hemos tenido un día espléndido, les hemos dado un palizón a los fascistas que no se les va a olvidar en su vida; venimos de la Sierra, los fascistas están en Villalba, pero me parece que no les van a quedar ríñones para venir a Madrid. Cuando volvíamos, nos hemos cruzado con muchos soldados que iban para allá.

—Pero ¿cómo es que os han dejado venir? —preguntó una mujer hombruna a uno de los milicianos que parecía ser su marido, un albañil por las huellas en su traje, mediados los cuarenta y un poquito más que alegre.

—¡Anda ésta! Mirad lo que dice. ¿Y quién nos lo iba a impedir? Cuando hemos visto que pronto se iba a hacer de noche, pues todos hemos dicho que era hora de venirse a casita a dormir, para que no les diera miedo a las señoras de estar solas. Algunos se han quedado allí, pero ésos lo han sabido entender, se han llevado la mujer con ellos.

Después de la cena las calles estaban llenas de gente, huyendo del calor de sus casas y discutiendo, optimistas aún, la declaración del Gobierno y el inmediato fin de la revuelta. Rafael y yo nos fuimos a recorrer los puntos de reunión más populares del barrio. Quería ver a la gente.

Fuimos primero al Café Cantante de la calle de la Magdalena. Es un viejo café, famoso en el siglo pasado, cuando por él desfilaban generaciones de cantaores y bailarines gitanos; sus sucesores eran ahora «artistas nacionales y extranjeros» que después del furor del *cake—walk*, la rumba y la machicha, practicaban más y más abiertamente la exhibición pornográfica. Sus precios eran muy baratos y siempre estaba lleno de una masa de clientes más o menos ingenuos, obreros y empleadillos en su mayor parte, que se tomaban un café y se

entusiasmaban con el primitivo espectáculo, rodeados de una corte de prostitutas con sus chulos en acecho y la policía nunca muy lejos.

Aquella noche unas doscientas personas bloqueaban la puerta tratando de entrar. Dos milicianos con el fusil al hombro guardaban la puerta y pedían la documentación. Rafael y yo nos empeñamos en entrar y lo conseguimos sin esfuerzo: el matón que oficiaba de portero y coleccionaba los billetes de entrada nos saludó con un untuoso:

—¡Salud, camaradas, pasen! —que forzó a la vez a los dos milicianos de guardia a no pedirnos documentos.

Rafael murmuró:

—¡Éste nos ha tomado por dos de la secreta!

El destartalado salón estaba abarrotado de parejas de hombres y mujeres sudorosos, que se balanceaban y empujaban en un intento fútil de seguir la música estridente de una banda toda metal y saxofones. Sobre las cabezas se espesaba una nube azulada que el polvo convertía casi en gris. Olía como un vagón de ovejas a quienes se hubiera rociado con agua de colonia barata. Hombres y mujeres estaban en su mayoría vestidos con «monos», como si fuera un uniforme, y de casi todos los cinturones pendía una pistola. Las grandes pistolas Astra del Cuartel de la Montaña lanzaban reflejos azules de su pavonado y chispas lívidas de la boca niquelada de los cañones.

Cuando se calló la banda, la multitud aulló por más. La banda comenzó a tocar el *Himno de Riego*, el himno nacional de la República. La masa comenzó a cantar la popular parodia:

Don Simeón tenía tres gatos, les daba de comer en un plato, por la noche les daba turrón. Vivan los gatos de don Simeón...

Cuando terminó el himno recrudeció el escándalo. La banda se lanzó a ejecutar una *Internacional* fantástica, con tambores y platillos y cencerros de jazz–hand. Se callaron todos, levantaron el puño cerrado y comenzaron a cantar religiosamente:

Arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan...

Un hombretón sudoroso, con pelo negro rizado y cayéndole sobre las orejas y el cuello, un pañuelo negro y rojo anudado a la garganta, se empinó sobre los otros y vociferó:

—¡Viva la FAI!

Al grito de guerra de los anarquistas, pareció por un instante que aquello se iba a convertir en una batalla campal. El aire se espesó de insultos. Los pañuelos negros y rojos se agrupaban al fondo de la sala y dedos nerviosos comenzaron a alargarse hacia los cinturones y los bolsillos de atrás. Las mujeres chillaban como ratas acorraladas y se agarraban a sus parejas. La *Internacional* se ahogó como si la estrangulara un puño gigante.

Un hombrecillo ridículo, con un absurdo frac de camarero, había saltado sobre el tablado de la música y chillaba desesperadamente, mientras el bombo del jazz detrás de él servía de marco para sus contorsiones de simio y punteaba sus palabras con golpes sordos y retumbantes. Se calló el escándalo un momento y el hombrecillo se hizo oír con una voz aguda y rasposa:

—¡Camaradas! —debió de pensar que era mejor no hacer uso únicamente de esta apelación comunista, porque paró y siguió—: ¡Compañeros! Aquí hemos venido todos a pasar un buen rato y no olvidemos que todos somos hermanos en la batalla contra el fascismo, todos somos hermanos trabajadores. ¡UHP!

Se estremeció el salón cuando la multitud repitió las tres mágicas letras en un ritmo seco. La banda la emprendió con un fox—trot furioso y las parejas se lanzaron en un remolino desenfrenado. Había más sitio para bailar ahora, muchos se habían marchado.

íbamos abriéndonos paso hacia la puerta Rafael y yo cuando una masa de carnes, desbordante de un mono, se enganchó a mi brazo, con unos pechos opulentos casi a la altura de mis hombros y una ola de esencia barata asfixiante.

—Anda, salao, págame algo de beber. Estoy seca.

La había visto muchas noches haciendo la carrera en la plaza de Antón Martín. Me solté el brazo:

—Chica, has llegado tarde. Estábamos mirando por un amigo que no está aquí y nos tenemos que marchar.

—Me voy con vosotros.

No me atreví a rechazar a la mujer violentamente. Una frase malintencionada podía desatar fácilmente un ataque de esos milicianos tan temperamentales, sobre todo con la ropa que vestíamos Rafael y yo. La mujer no se separó de nosotros hasta que llegamos a la plaza de Antón Martín. La metimos en el bar Zaragoza, le pagamos una cerveza y desapareció absorbida por un grupo delirante de hombres y mujeres medio borrachos, salpicado de pistolas y pañuelos rojos y negros.

Cruzamos la calle y entramos en la taberna de Serafín. La tabernita estaba llena, pero pasamos a la trastienda. Allí las caras eran familiares.

El viejo señor Paco, el carpintero, estaba allí enjaezado en un correaje militar completamente nuevo y un fusil entre las rodillas, enfrentado con un auditorio pendiente de sus palabras:

—Como os digo, hemos tenido un día espléndido en la Sierra. Un verdadero día de campo, como si hubiéramos ido a matar conejos. Cerca de Villalba, un plantón de los de asalto nos paró en mitad de la carretera y nos mandó a lo alto de un cerro entre piedras y matas, con un cabo y dos guardias. La mujer me había hecho una tortilla y Serafín me había llenado la bota por la mañana, así que todo estaba de primera. Lo peor ha sido que nos hemos tostado todos, allí entre las piedras y el sol cayendo de plano. Pero ni un fascista ha asomado las narices y hemos pasado un día estupendo. Sonaron algunos tiros hacia la carretera y una vez me pareció oír una ametralladora muy lejos. El cabo nos dijo que nos había dejado allí de puesto para que no se nos escabulleran por los barrancos sin verlos, pero a él le habían dicho que la cosa estaba seria por el lado de Buitrago. Y eso ha sido todo. Hemos comido espléndidamente, se me ha pelado la nariz con el sol y nos

hemos dado el gran día. La mayoría nos hemos venido por la tarde. El teniente de los guardias quería que nos quedáramos, pero yo le he dicho que no éramos soldados. Que se quedaran ellos, que para eso les pagaban.

—¿Vas a volver mañana, Paco?

—A las seis si Dios quiere. Bueno, es un decir, porque este señor ya no pinta nada.

Había un individuo en el corro a quien yo no había visto nunca. Olía a gasolina y tenía ojos grises, fríos, y labios delgados. Dijo:

—Mejor lo hemos pasado nosotros. Hemos hecho una limpieza.

—¿Has estado cazando fascistas por los tejados?

—Eso es para los chicos. Nosotros hemos estado despachando billetes para el otro barrio en la Casa de Campo. Billetes de ida sólo. ¡Como corderitos! Un tiro en la nuca y en paz. No tenemos muchas municiones para gastarlas. —Mientras hablaba, su mano derecha subrayaba con amplios gestos cada frase. Me corrió un escalofrío a lo largo del espinazo.

—Pero eso ahora es cosa del Gobierno, ¿no?

Se me quedó mirando con sus ojos sucios:

—Compañero, el Gobierno somos nosotros.

Mientras íbamos hacia casa, hablamos de él, Rafael y yo. Si esta clase de gentes se hacían los amos, iba a haber una matanza horrorosa. Había que esperar que el Gobierno interviniera... Nos miramos uno a otro y nos callamos.

Cuando llegamos a la esquina y dos milicianos nos pararon para pedir los documentos, sonó un disparo en el fondo de la calle del Ave María, el ruido de gritos, carreras, otro tiro y un grito final. Resonaron otra vez las carreras, alejándose, y la calle se quedó en silencio. Los dos milicianos no sabían qué hacer. Uno de ellos se volvió a nosotros:

—¿Vamos a ver?

La calle estaba desierta pero se sentía a las gentes cuchichear detrás de las puertas de los portales. Uno de los milicianos cargó el fusil y el otro le imitó. Los cerrojos resonaron estrepitosamente. En el fondo de la calle alguien gritó:

—¡Alto! —y los milicianos respondieron al grito.

Dos sombras arrimadas a la pared se fueron acercando a nosotros y avanzamos hacia ellos. Antes de que nos llegáramos a encontrar, vimos al muerto.

Estaba caído a través del arroyo, un agujerito negro en la frente, un almohadón de sangre bajo la cabeza. Los dedos crispados de las manos se contraían convulsivos. El cuerpo dio una sacudida espasmódica y quedó rígido. Nos inclinamos sobre él, y uno de los milicianos encendió una cerilla y la aproximó a su boca. La llamita ardió serena iluminando la cara contraída y los ojos vidriados. El pañolón negro y rojo, liado al cuello, parecía una herida más. Era el mismo que había gritado «¡Viva la FAI!» en el café de la Magdalena.

Uno de los milicianos dijo filósofo:

—Uno menos. —Otro fue a telefonear. Tres montaron guardia alrededor del cadáver. Los portales comenzaron a abrirse y se fueron aproximando caras curiosas, discos grises en la penumbra.

No podía dormir. El calor me sofocaba y a través del balcón abierto entraban los ruidos de la calle y la música de la radio. Me levanté y me senté en pijama al balcón.

No podía seguir evadiéndome.

Cuando fui el sábado a la Casa del Pueblo, lo hice porque quería servir en las filas de las formaciones antifascistas en lo que fuera más útil. Sabía que lo que faltaba y necesitábamos ante todo eran oficiales y grupos básicos de hombres entrenados, que pudieran dirigir y organizar las milicias. Estaba dispuesto a presentarme voluntario para un trabajo semejante, explotando mis odiadas experiencias de Marruecos. Pero cuando Azaña había nombrado aquel Gobierno de Martínez Barrio con

Sánchez Román como un negociador discreto, un Gobierno tan claramente marcado para llegar a un acuerdo con los rebeldes, y cuando el comandante de las milicias socialistas había dicho a sus hombres que aceptaran aquello con disciplina, mientras las masas rugían con furia y forzaban al presidente a rectificar dentro de una hora, me había sentido incapaz de someterme a esta clase de ciega disciplina política.

Durante tres días con sus noches me había rozado con la masa de milicianos, de los que se llamaban a sí mismo milicianos y se aceptaban como tales. Esto era una parodia trágica de una organización militar en la cual yo no quería tomar parte.

Pero no podía continuar al margen de los acontecimientos. Sentía el deber y tenía la necesidad de hacer algo. El Gobierno había declarado que el levantamiento estaba sofocado, pero era evidente que lo contrario era la verdad. La batalla no había comenzado aún. Aquello era guerra, guerra civil, y una revolución. No podía ya terminar hasta que el país se hubiera convertido en un Estado fascista o en un Estado socialista. No tenía que elegir entre ellos. La elección estaba para mí hecha durante toda mi vida. O vencía una revolución socialista, o yo estaría entre los vencidos.

Era obvio que los vencidos, fueran los que fueran, serían fusilados o encerrados en una celda de cárcel. La vida burguesa a la cual había intentado resignarme y contra la cual había estado luchando entre mí, se había terminado el 18 de julio de 1936. Me encontrara entre los vencedores o los vencidos, había emprendido una nueva vida.

Estaba de acuerdo con la declaración de Prieto en *Informaciones*: «Aquello era guerra, y una guerra larga».

Una nueva vida significaba esperanza. La revolución, que era la esperanza de España, era también mi propia esperanza de una vida más llena, más clara y más lúcida.

Me liberaría de las dos mujeres. En alguna parte sería útil. Me encerraría a solas con el trabajo que fuera, como tras las murallas de

una fortaleza. Porque el Gobierno tendría que tomar las cosas en su mano.

Pero suponiendo que no fuera así, suponiendo que revolución significaba el derecho de matar impunemente, ¿dónde íbamos a parar? ¿Nos íbamos a matar unos a otros por una palabra, por un grito, por un ademán? Entonces la revolución, la esperanza de España, se iba a convertir en la orgía sangrienta de una minoría brutal. Si el Gobierno era demasiado débil, tenían que ser las organizaciones políticas las que tomaran el mando y organizaran la lucha.

Indudablemente estaba bajo la impresión de lo que había visto aquella misma noche en el barrio de Lavapiés. Había visto la masa de prostitutas, ladrones, chulos y pistoleros en un frenesí desatado. No era aquélla la masa que había asaltado el Cuartel de la Montaña, simples cuerpos humanos con un espíritu de lucha, desnudos contra las ametralladoras. Esto era la espuma de la ciudad. No lucharían, ni llevarían a cabo ninguna revolución. Lo único que harían sería robar, destruir y matar por puro placer.

Tenía que encontrar a mi pueblo. Esta carroña había que barrerla antes de que infestara todo. Necesitábamos un ejército. Mañana, hoy, me iría a ver a Rubiera. Volveríamos a trabajar juntos otra vez, como habíamos hecho años antes, y haríamos algo útil.

Durante un rato me adormilé en el balcón. Uno de los chicos, en la alcoba, detrás de mí, comenzó a llorar. Me puse a pensar qué pasaría a mis hijos. La oficina tendría que interrumpir el trabajo. ¿De qué iba a vivir la gente sin trabajo? Tenía medios para sostenerme unos meses, pero ¿qué pasaría a los que el día 18 habían cobrado la última semana de jornal?

Un claxon ladraba impaciente, abajo en la calle. Estaba amaneciendo. El chiquillo lloraba más fuerte. La puerta de nuestra casa se abrió y salió Manolo, el hijo de nuestra portera, con correaje y fusil. Le llamé:

—¿Dónde vais?

—A la Sierra con éstos. Vamos a tirar unos cuantos tiros. ¿Quieres venir?

El camino estaba lleno de milicianos en mono azul que ahora era ya uniforme. Muchos de ellos llevaban la estrella de cinco puntas de los comunistas. Había tres muchachas.

El camión se marchó calle abajo con sus ocupantes cantando a voz en cuello. En un piso de abajo se abrió una puerta y llegó hasta mi balcón el olor de café recién hecho. Me vestí y bajé al bar de Emiliano. El encargado, que era un hermano de Emiliano, tenía los ojos enrojecidos, hinchados de sueño.

—Esto es una vida de perros. Aquí tenía que estar Emiliano y hacerse él las cosas. Mañana me voy al frente.

Comenzaron a entrar los primeros clientes, el sereno, los milicianos de guardia en la calle, los mozos de la panadería, un chófer:

—¡Salud!

—¡Salud!

Una banda de gorriones picoteaba entre las junturas de los adoquines y se encaramaba en las buhardillas de los balcones. De uno de los balcones más altos surgía la clara llamada de una codorniz: ¡Pal—pa—lá!

La calle estaba desierta, inundada de luz y de paz.

Capítulo 9

La caza del hombre

El trabajo en nuestra oficina estaba prácticamente paralizado. La firma estaba enfrentada con el problema de continuar trabajando en el vacío, o cerrar y correr el riesgo de incautación por uno de los comités obreros. Porque, por aquel entonces, estos comités habían comenzado a apoderarse de los negocios privados, fábricas y casas de vecinos en todos los casos en que se sabía que los propietarios simpatizaban con las derechas, o cuando los propietarios habían abandonado sus oficinas o sus edificios, bien por ser realmente culpables de conspiración con los rebeldes o simplemente por miedo. En estas emergencias, los empleados y los obreros formaron comités de casa que continuaron el trabajo; pero otros comités se formaron también por los sindicatos e impusieron su control sobre firmas cuyos propietarios eran sospechosos.

Este movimiento era un acto de autodefensa contra un colapso económico. Pero se produjeron muchos casos de mala fe y de puro robo, porque el sistema se desarrolló sin orden ni concierto. Sin

embargo, con todas sus faltas y todos sus errores, evitó que el hambre estallara en Madrid en una semana y que surgiera un mercado negro.

Nuestro jefe decidió que mantener el negocio, aun sin producir, era un mal menor. Al mismo tiempo, parecía que la situación se iba a resolver por sí sola, por razones ajenas a él: el mismo día 18, un empleado de la oficina desapareció, sin que ni aun su propia familia supiera dónde estaba. Otros dos de los empleados, que eran oficiales de la reserva, se presentaron en el Ministerio de la Guerra y los destinaron fuera de Madrid. Nuestros dos empleados alemanes habían desaparecido. Habíamos quedado tres hombres y cuatro mujeres, sin contar a Carlitos, el botones, y a mí mismo. Acordamos que la oficina estaría abierta de diez a doce. No había más dificultades, ya que el negocio de patentes nada tenía que hacer con la guerra y su única mercancía eran papeles, una cosa que no tenía interés para ninguno de los grupos obreros que se habían lanzado a incautarse de negocios cuyos productos tenían un valor inmediato.

Mi hermano Rafael estaba al frente del almacén de una gran casa de perfumería al por mayor. Su jefe era un autócrata inteligente odiado por la totalidad del personal, y dentro de las veinticuatro horas siguientes al asesinato de Calvo Sotelo cruzó la frontera con toda su familia. El personal se hizo cargo del almacén, con el apoyo del Partido Comunista al cual pertenecían la mayoría de los empleados, y trató de continuar el negocio del que dependía su vida. Como me sobraba tiempo, iba a menudo allí y observaba cómo se desarrollaba la nueva organización; pero lo mismo ocurría en centenares de almacenes y tiendas de Madrid.

Simultáneamente, cada sindicato y cada partido comenzó a organizar su propia milicia. Fue la época en que surgían batallones de milicianos con nombres rimbombantes tomados de los cuadernos de novelas de indios y cow—boys, tales como Los Leones Rojos o Las Águilas Negras.

Fue aquélla también la época de los vales. Cada grupo, cada batallón, cada sindicato, hacía vales, les estampaba un sello de caucho y los presentaba a canjear por artículos de comer o beber, de uso personal o material de guerra.

Una mañana, dos milicianos, con el fusil en bandolera y el pañuelo negro y rojo de los anarquistas atado al cuello, se presentaron en el almacén de mi hermano y le alargaron, como encargado, un vale que decía:

Vale por:

máquinas de afeitar.

5.000

barras de jabón de afeitar.

5.000

hojas de afeitar (de buenas marcas).

100.000

botellas de agua colonia de marca.

5.000

10 damajuanas de cincuenta litros de agua colonia para barberías.

kilos de jabón de tocador.

1.000

Mi hermano se negó a aceptar el vale:

—Lo siento, pero no os puedo dar lo que pedís. Y a propósito, ¿para quién es todo esto?

—Puedes mirar el sello: para las Milicias Anarquistas del Círculo de Bellas Artes... ¿Qué quieres tú decir, que no nos vas a dar lo que pedimos? Bueno, eso es una broma.

—No hay bromas, compañeros. Un vale así yo no lo acepto, como no lo autorice el Ministerio de la Guerra.

—Está bien. Entonces, vente con nosotros.

El que en aquellos días le llevaran a uno al Círculo de Bellas Artes suponía correr el riesgo de amanecer a la mañana siguiente en la Casa de Campo con un tiro en la nuca. Los dos milicianos estaban solos, mientras que en el almacén había hombres de sobra con una pistola en el bolsillo. Mi hermano dijo a los dos milicianos que esperaran y llamó por teléfono al Círculo de Bellas Artes. Allí no sabían nada del vale y le pidieron a mi hermano que llevara a los dos milicianos al Círculo y el vale con ellos. Los llevaron a la fuerza y resultó que los dos individuos habían intentado un robo en gran escala. Los anarquistas los fusilaron aquella noche.

Pero los vales corrientes había que aceptarlos, y comenzaron a amontonarse sobre la mesa de mi hermano papeles mojados que nadie se hacía responsable de ellos. El único dinero que llegaba a manos del cajero era el procedente de las órdenes escasas de los comerciantes al por menor que seguían con su negocio y que, como ya no podían comprar a crédito, mandaban un muchacho con el dinero en mano a comprar algún artículo que no tenían en existencia y que alguien había pedido; alguien que también hubiera entrado en la tienda con el dinero en la mano.

La comida comenzó a escasear de una manera alarmante.

Y entonces ocurrió que los mismos sindicatos y grupos que habían hecho obligatorio el aceptar sus vales, se encontraron con que no podían rehusar el dar de comer a sus propios miembros. Se habían hecho cargo de la mayoría de los hoteles, cafés y restaurantes de Madrid y la única solución era, cuando un miembro del grupo quería una comida, darle un

vale en turno y mandarle a uno de los restaurantes. Pero a medida que sueldos y jornales comenzaron a desaparecer, el vale de comida se convirtió en algo más valioso aún que el dinero.

Al principio las gentes se apretaban en las mesas lo mejor que podían, después las mesas se alinearon unas a otras en largas hileras y se convirtieron en mesas comunales. Las gentes se iban sentando a medida que llegaban, tratando de encontrar un sitio lo más cerca posible de la puerta de la cocina para que la comida llegara aún caliente y no deshecha de hundir el cazo en los grandes calderos. La comida se distribuía a la una en punto. No se daba pan y algunos traían en su bolsillo panecillos o trozos de pan que a veces cambiaban por cigarrillos, también escasos. Mientras duraba la comida, pasaba una larga fila de mujeres y chiquillos con pucheros que recogían la comida para las casas. El menú era, invariablemente, arroz, patatas y carne, cocidos juntos, pero la ración era limitada.

Albacete estaba en las manos del Gobierno, y como consecuencia las comunicaciones con Valencia estaban aseguradas; Valencia volcaba sobre Madrid arroz y patatas, y los sindicatos se hacían cargo de estos envíos, cada organización apoderándose de cuanto podía y distribuyéndolo entre los restaurantes comunales que estaban bajo su control. Como almacenes comenzaron a utilizarse las iglesias desiertas, y el olor a cera e incienso se cambió pronto por el olor de tienda de comestibles sucia que cada atrio echaba en bocanadas a la calle.

En la oficina de mi hermano el personal se distribuía el dinero a partes iguales al fin de cada mes y los vales de comida diariamente. Pero sus existencias de género desaparecían rápidamente y comenzaron a desesperarse.

El Gobierno era impotente ante este caos, porque no había un solo grupo que aceptara sus órdenes.

Los partidos políticos estaban divididos en grupos locales y los sindicatos en grupos profesionales, así como en grupos locales. Todos

estos grupos centrales y derivados habían montado su centro de alimentación comunal, con sus propios comedores, aprovisionamiento y almacenes; y habían montado también su propio batallón de milicianos, su propia policía, su propia prisión con sus ejecutores y su lugar especial para las ejecuciones. Todos, con excepción de la UGT, hacían propaganda para atraer nuevos miembros. Las paredes de Madrid estaban cubiertas de carteles: «¡Afíliate a la CNT!». «¡Ingresa en el Partido Comunista!» «¡Incorpórate al POUM!» Los republicanos, simplemente, no figuraban para nadie. La gente acudía en masa a los centros de organización, se hacían introducir por uno o dos miembros y obtenían un carnet.

Los verdaderos fascistas encontraron útil este sistema. Eligieron los grupos que eran menos rigurosos en sus exigencias e ingresaron en gran número. Algunos pagaron grandes sumas por carnets con fecha de dos o tres años antes. Con todo este soporte, los fascistas conducían sus propios coches y los usaban para salvar a sus amigos y para matar a sus enemigos. Los criminales se acogieron al mismo procedimiento: formaron su propia «policía» y se dedicaron con toda impunidad a robar y matar. No había nadie seguro. Las embajadas y los consulados, después de amparar a sus conciudadanos, comenzaron a recibir refugiados; algunos de estos representantes diplomáticos lo convirtieron en una especie de negocio de hostelería en gran escala y hasta llegaron a comprar casas para este fin.

Simultáneamente con todo este caos, miseria y cobardía, la otra cosa que estaba viva detrás de los retumbantes nombres de Los Leones Rojos y Las Águilas Negras comenzó a tomar forma. Se suprimieron las excursiones de milicianos a la Sierra y se comenzaron a establecer posiciones en las montañas. Oficiales leales se lanzaron a la tarea de construir un ejército. Cada grupo podía crear los batallones que quisiera, pero las armas, las pocas armas que existían, estaban ahora en las manos del Ministerio de la Guerra; se distribuían a las milicias

voluntarias, pero, en cambio, éstas tenían que aceptar el mando del Ministerio de la Guerra si querían existir. Y al mismo tiempo, los partidos y los sindicatos entablaron una competencia para mostrarse unos a otros como modelos de disciplina y de valor.

El ejército rebelde, a las órdenes del general Mola, fue rechazado más allá de Villalba; se reconquistó Toledo; se atacó Zaragoza a través de la provincia de Huesca; se hizo un desembarco en Baleares y se llevó a cabo un ataque por sorpresa sobre la misma Ceuta.

Pero aunque había entusiasmo de sobra, aún no existía cohesión. El orgullo de cada partido parecía mucho más fuerte que el sentimiento de defensa común. La victoria de un batallón anarquista se restregaba en la cara de los comunistas, y la victoria de una unidad comunista se lamentaba y desvirtuaba por los otros. La derrota de un batallón se volvía en ridículo para el grupo político a que pertenecía. Hasta cierto punto esto fortalecía el espíritu de lucha de las unidades aisladas, pero también creaba un semillero de resentimiento mutuo que perjudicaba las operaciones militares en su conjunto y anulaba un mando unificado.

Me había ido a ver a Antonio, el comunista, y a Rubiera, el socialista. Le dije a Antonio que quería trabajar pero que no quería ingresar en la milicia del Partido; y los líderes de la Unión de Empleados me dijeron que les podía ayudar en la organización del batallón de empleados. En desesperación, acepté la tarea. Dudaba mucho de la respuesta de los trabajadores de cuello planchado.

Nos dieron una casa del barrio de Salamanca que había sido requisada y que tenía un campo de tenis donde se podía instruir a cincuenta voluntarios a la vez. La instrucción teórica la dábamos en el inmenso *hall* todo en mármol, sostenido por pretenciosas columnas dóricas, en el cual habíamos alineado bancos de una escuela cercana, junto con la tarima del profesor, un encerado y un mapa de España enormes... El Ministerio de la Guerra nos dio dos docenas de fusiles y un cargador para cada fusil.

Formé los primeros en un pelotón en el campo de tenis y comencé a explicarles el manejo del fusil. Ante mí tenía una doble fila de caras anémicas surgiendo de cuellos planchados, aquí y allá una cabeza burda en lo alto de un blusón de dril o de la guerrera de una librea. La mayoría de los voluntarios eran empleados, pero había algunos ordenanzas y mozos. Unos eran demasiado jóvenes y otros demasiado viejos. Muchos tenían gafas que les hacían brillar los ojos y sus caras aparecían nerviosas.

Después de los dos primeros minutos de instrucción, uno de los reclutas salió de la fila y dijo:

—Bueno, mira, todo eso que estás contando son historias. Lo único que necesitamos saber es cómo se tira con un fusil y, luego, que nos den el fusil y nos digan dónde hay que ir. Aquí no hemos venido a jugar a los soldados como en el cuartel.

Suspendí la instrucción y los llevé a todos al *hall*. Me subí a la plataforma:

—Bueno, mirad. Todos queréis un fusil y todos queréis ir al frente para empezar a dispararlo cuanto antes y matar fascistas. Pero ninguno queréis aprender un poco de instrucción militar. Muy bien, vamos a suponer que ahora mismo os doy un fusil a cada uno, os meto en un par de camiones y os planto en un pico de la Sierra, enfrente del ejército de Mola, con sus oficiales y sargentos que están acostumbrados a mandar y con sus soldados que están acostumbrados a obedecer órdenes y que saben lo que cada orden significa. ¿Qué haríais? Supongo que cada uno comenzaría a pegar tiros y manejárselas como mejor le pareciera. ¿Es que creéis que los hombres con quienes os vais a enfrentar son conejos? Y aun suponiendo que fuerais a cazar conejos, no me vais a negar que para ir una partida de diez o doce, es necesario saber lo que se hace para no acabar matándose unos a otros.

Volvimos al campo de tenis y continuamos la instrucción. Pero las interrupciones eran constantes:

—Estamos perdiendo el tiempo —exclamaba uno—, todos sabemos cómo tirarse al suelo cuando hace falta.

Ocurría lo mismo con cada nueva tanda de voluntarios. A pesar de todo, poco a poco comenzó a formarse una unidad, aunque aún no teníamos más que las dos docenas de rifles que pasaban de pelotón a pelotón. Fue el principio del batallón La Pluma.

Durante aquellos días, Ángel, prácticamente, vivía en mi piso. Desde que se marchó su mujer, ayudaba a Aurelia en la casa, con los chicos o con la compra, igual que lo había hecho en las primeras semanas. Conocía tanta gente en el barrio, en el que había nacido y vivido, que siempre encontraba algo para comer. Un día apareció empujando un carrito de mano con dos sacos de patatas y seguido por una cola de mujeres. Se paró a la puerta de casa y comenzó a gritar:

—Ponerse en cola, ¡todas!

Las mujeres se alinearon obedientes y Ángel sacó, como por arte de magia, un peso:

—Ahora, un kilo para cada una y ¡tener cuidado vosotras de que nadie se meta dos veces en la cola!

Cuando desaparecieron las patatas del primer saco, Ángel abrió el segundo y miró a lo largo de la interminable cola:

—Bueno, muchachas, a mí también me hacen falta patatas. Éstas son para mí. —Pesó diez kilos y los puso en el primer saco. —Y ahora, vamos a terminar las que quedan, hasta donde lleguen.

Ángel se iba por las patatas al mercado de los Mataderos, donde se descargaban los trenes de aprovisionamiento. Con su charla viva, se hizo amigo de los encargados de distribuir las patatas a los verduleros establecidos.

—Yo también soy un verdulero, aunque venda en la calle —decía.

Era con lo que se ganaba la vida, y la gente de Lavapiés tenía también derecho a comer patatas.

—Mira, compañero. Ahora mismo le estás dando patatas a un frutero del barrio de Salamanca para que pueda dar de comer a los señoritos y a los fascistas; y a mí, ¿no me vas a dar dos sacos?

Un día, los anarquistas en la calle de la Encomienda intentaron apoderarse de los dos sacos de patatas, pero las mujeres se amotinaron contra ellos y el final fue que Ángel obtuvo la protección de los anarquistas.

Después llegaron los días en que ni aun Ángel encontraba patatas, por la sencilla razón de que no llegaban más patatas a Madrid. Aurelia se llevó un día los niños a casa de sus padres para quedarse allí. Cuando iba a salir de casa, sin saber qué hacer, Ángel me dijo:

—Si quiere usted, véngase conmigo a casa.

Le acompañé a la calle de Jesús y María. La calle empieza en la plaza del Progreso, con una serie de casas para gente algo acomodada y en los primeros cincuenta metros sus habitantes son pequeños comerciantes, altos empleados y obreros especializados. En toda esta extensión la calle está pavimentada con adoquines de pórfido perfectamente colocados; pero allí termina y cambia su fisonomía: el empedrado se convierte en canto redondo, las casas son escuálidas y raquíticas y la gente que vive allí son simples jornaleros y prostitutas de lo más bajo. Las mujeres se pasan el día en el umbral de las puertas llamando a los transeúntes y llenando la calle con sus querellas frecuentes.

Ángel vivía en el piso bajo en una pequeña casa de vecinos, incrustada entre los prostíbulos. Su piso era una simple habitación grande y destartalada, convertida en comedor, alcoba y cocina por unos simples tabiques de panderete. En la alcoba no había más que una cama de matrimonio y una mesilla de noche; el comedor estaba idénticamente desnudo; la cocina tenía el tamaño de la alcoba. La luz y el aire entraban allí a través de la puerta y de una ventana enrejada, ambas abiertas a un patio de cuatro metros cuadrados, en el que había un

retrete para los dos inquilinos del piso y bajo una fuente para todos los inquilinos de la casa. El cuarto, abandonado ahora, olía a moho y orines. Esperé, mientras Ángel se cambiaba de ropa en la alcoba.

De pronto, una explosión bamboleó la casa. Ángel salió peleándose con la americana. Fuera, en la calle, sonaban alaridos y carreras de gentes que huían despavoridas. A unos cuantos metros de la casa, varias mujeres yacían en el suelo gritando. Una de ellas se arrastraba sobre un vientre del que desbordaban las entrañas. Las paredes de las casas y los adoquines de la calle estaban salpicados de sangre. Ahora, todos corríamos hacia los caídos.

En el último edificio de la parte ancha de la calle había una clínica de la Gota de Leche, para asistir a las embarazadas. A aquella hora había una larga cola de mujeres, muchas de ellas llevando un niño, que esperaban la distribución diaria de leche. Unos metros más abajo, las prostitutas ejercitaban el comercio. Una bomba había caído en medio de la calle y sus cascos habían rociado por igual a las embarazadas y a las prostitutas. Una mujer se enderezó sobre un muñón sangriento que había sido un brazo, dio un grito y se dejó caer pesadamente. Inmediato a mí había un montón revuelto de faldas y enaguas, entre las que sobresalía una pierna doblada en un ángulo absurdo sobre el vientre hinchado. Se me fue la cabeza y me puse a vomitar en medio de la calle. Un miliciano al lado mío blasfemó y comenzó a vomitar; comenzó a temblar y estalló de pronto en carcajadas. Alguien me dio un vaso lleno de coñac que bebí automáticamente. Ángel había desaparecido. Ahora algunos hombres se afanaban en recoger a los heridos y los muertos y meterlos a toda prisa en la clínica. Un hombre asomó la cabeza en la puerta de la clínica, una cabeza de pelo blanco y gafas sobre una blusa blanca roja de sangre, pateó y gritó:

—¡No hay sitio para más! ¡Llevarlos a la calle de la Encomienda!

De la plaza del Progreso llegaban también gritos. Ángel estaba a mi lado sin que yo supiera de dónde había surgido, con el traje y las manos manchados de sangre.

—¡En la plaza del Progreso ha caído otra bomba!

Llegaban grupos de gente corriendo calle abajo en franca huida, y pares de hombres llevando entre ellos un cuerpo, y mujeres con un chico en brazos gritando y llorando. No veía más que brazos y piernas y manchas de sangre en remolinos y la calle giraba ante mis ojos.

—¡A Encomienda, a Encomienda! ¡Allí han tirado otra!

El remolino de brazos y piernas, envuelto en gritos, desapareció por la calle de la Esgrima.

Volvimos a la casa de Ángel y nos lavamos. Ángel se mudó otra vez. Cuando salimos de la casa, los vecinos nos contaron que un aeroplano había volado bajo sobre Madrid desde el sur al norte, regando de bombas el camino. Había dejado un rastro de sangre desde la Puerta de Toledo a Cuatro Caminos. Por accidente o porque el piloto se guiara él mismo por los espacios abiertos entre las calles, la mayoría de las bombas habían caído en las plazas públicas y muchos chiquillos habían sido las víctimas.

Esto fue el 7 de agosto de 1936. Aquella tarde y aquella noche, los fascistas recomenzaron a disparar desde balcones y buhardillas. Se hicieron centenares de detenciones y aquella noche se ejecutó en masa a los sospechosos.

Cuando fui a casa por la tarde me encontré una llamada de Antonio. El radio estaba organizando piquetes para pintar aquella misma noche todos los faroles con color azul y organizar la supresión de luces que pudieran servir de guía a los aviones. Fuimos los tres, Rafael, Ángel y yo. Trabajábamos en pequeños grupos, cada grupo protegido por dos milicianos armados; pero era casi imposible organizar la supresión de luces en Madrid en el mes de agosto. Las casas cerradas eran asfixiantes y en los lugares públicos era iposible estar con los cierres echados.

Hubo que llegar a un compromiso. Las habitaciones con balcón o ventana se quedarían a oscuras y las únicas habitaciones alumbradas serían las interiores, y esto sólo con velas. Las gentes se echaron a la calle como todas las noches, pero eran casi invisibles en la oscuridad, masas negras sin forma, de las que salían voces y a intervalos las chispas cegadoras de un encendedor, o la brasa roja de un cigarrillo que delineaba un grupo de cabezas.

Llegaron algunos camiones llevando milicianos procedentes de la Sierra y del frente de Toledo y lanzaron sus faros sobre la multitud; las gentes aparecían lívidas y como desnudas. Se alzó un grito unánime:

—¡Apagad los faros! —Chirriaron los frenos y los camiones descendieron despacio entre el ruido de sillas arrastradas y algunos botijos rotos. La luz roja de la trasera de los camiones brillaba como ojos malignos inyectados de sangre. En la oscuridad parecía como si monstruos de pesadilla se deslizaran, prontos a saltar.

A medianoche todo el barrio estaba sumergido en completa oscuridad. En la calle de la Primavera nos detuvimos bajo un farol que había sido olvidado. Uno de nosotros gateó, mientras otro le alargaba una brocha empapada en azul. Sonó un disparo y una bala se estrelló contra la pared detrás del farol. Alguien había disparado contra nosotros desde una de las casas de enfrente. Los que tomaban el fresco en la calle se retiraron a toda prisa al abrigo de los portales. Hicimos salir a todos los inquilinos de las cuatro casas de donde el disparo podía haber salido. El portero y los vecinos los iban identificando. Separamos de los otros los que habían estado en la calle y comenzaron a registrar cada piso. Todos los inquilinos querían venir y acompañarnos a sus casas; todos querían aparecer inocentes y al mismo tiempo tenían miedo de que cualquier extraño se hubiera refugiado en su domicilio. Buscamos a través de buhardillas y de desvanes llenos de telarañas y muebles viejos, subimos y bajamos escaleras, nos llenamos de polvo y suciedad, nos golpeamos contra vigas o nos hicimos rotos con viejos clavos. A las

cuatro habíamos terminado; estábamos sucios y dormidos, era de día y no habíamos encontrado el «paco». Alguien trajo una jarra llena de café hirviendo y una botella de aguardiente. Bebimos con ansia.

Uno de ellos dijo:

—Este pájaro ha salvado el pellejo.

Como si fuera una respuesta, Ángel exclamó:

—Vamonos a Mataderos a ver los que han liquidado esta noche.

Al principio me negué a ir, pero de pronto accedí. Era más fácil. Le di a Ángel un puñetazo en el costado y le dije:

—Eres un animal, sobre todo después de las escenas de ayer.

—Precisamente. Vamos, y se le va a quitar el amargor de boca de los chiquillos despanzurrados ayer. ¿Se acuerda usted de la mujer preñada con la pierna doblada sobre el ombligo? Pues aún estaba viva y parió en la clínica. Después se murió. Parió un chico. Y ahora nadie la conoce en el barrio, ni saben quién es...

Las ejecuciones habían atraído mucho más público del que yo hubiera imaginado. Había familias enteras con sus chicos, excitados y aún llenos de sueño. Milicianos cogidos del brazo de muchachas, novias o mujeres, y bandadas de chiquillos. Todos yendo Paseo de las Delicias abajo, todos en la misma dirección. A la entrada del mercado y de los Mataderos, en la Glorieta, se agolpaba un verdadero gentío. Mientras carros y camiones cargados de legumbres iban y venían, piquetes de milicianos se mezclaban con los curiosos y pedían la documentación a quien se les antojaba.

Detrás de los Mataderos había una larga pared de ladrillo y una avenida con arbolillos resecos, no agarrados aún en la tierra arenosa, bajo el sol despiadado. La avenida corría a lo largo del río y el paisaje era árido y frío con la desnudez del canal de cemento, de la arena y de los parches de hierba seca, amarilla.

Los cadáveres yacían entre los arbolillos. Los curiosos iban de uno a otro y hacían observaciones humorísticas; un comentario piadoso hubiera provocado sospechas.

Había esperado los cadáveres y su vista no me impresionó. Había unos veinte, ninguno profanado. Había visto cosas peores en Marruecos y el día antes. Pero me impresionó terriblemente la brutalidad colectiva y la cobardía de los espectadores.

Llegaron los camiones de la limpieza del Ayuntamiento de Madrid que venían a recoger los cuerpos. Uno de los chóferes dijo:

—Ahora vamos a regar esto y lo vamos a dejar como la patena para el baile de esta noche. —Se echó a reír, pero sonaba a miedo.

Alguien nos dejó montar en un coche hasta Antón Martín y nos fuimos a desayunar al bar de Emiliano. Sebastián, el portero del número siete, estaba allí con un fusil arrimado a la pared.

Cuando nos vio, dejó el vaso de café sobre el platillo y comenzó a explicar con gestos extravagantes:

—¡Vaya una noche! Estoy reventado. ¡Once me he cargado hoy!

Ángel le preguntó:

—¿Qué has estado haciendo? ¿De dónde vienes?

—De la Pradera de San Isidro. He estado allí con los compañeros del sindicato y nos hemos llevado unos cuantos fascistas con nosotros. Luego han venido otros amigos de otros grupos y les hemos echado una mano para acabar antes. Creo que hemos suprimido más de ciento esta vez.

Se me contrajo la boca del estómago. Aquí había alguien a quien yo conocía casi desde que era niño. Le conocía como un hombre alegre y trabajador, enamorado de sus chiquillos y de los chiquillos de los demás; seguramente un poco rudo, con pocas luces, pero honrado y decente. Y aquí estaba convertido en un asesino.

—Pero, Sebastián, ¿quién le ha metido a usted en semejante cosa? —Empleé intencionalmente el «usted» en lugar del «tú» que todos usábamos.

Me miró con los ojos llenos de vergüenza:

—Pues, mire usted, don Arturo... —no se atrevió a hablarme como me había hablado durante veinte años—, no va usted a empezar con sentimentalidades. Al menos así lo espero. Tenemos que acabar con todos esos cerdos fascistas.

—No es eso lo que le pregunto, Sebastián. Lo que le pregunto es ¿quién lo ha metido a hacer esas cosas?

—Nadie.

—Entonces, ¿por qué las está usted haciendo?

—Bueno, alguien tiene que hacerlas, ¿no?

No dije nada, y comenzó a tartamudear:

—La verdad es... la verdad es, para decirle la verdad en confianza, es así: ¿usted sabe? Hace un año o cosa así, eché a trabajar con una recomendación de la CEDA que me había dado el casero. Y como después de las elecciones de febrero ya no me hacía falta la recomendación, pues volví al sindicato, claro. Los compañeros todos me tomaban el pelo porque había pertenecido a la CEDA, y decían que me había vuelto un reaccionario y otras cosas. Y así, un día, pues se llevaban a unos fascistas para darles el paseo y fue uno y dijo: «Tú, Sebastián, tú que siempre andas hablando de matar fascistas, vente con nosotros, ahora tienes la ocasión». Y se puede usted imaginar el resto, estaba entre la espada y la pared, porque era lo uno o lo otro, o yo me cargaba a uno de esos pobres diablos o los compañeros se me echaban encima y a lo mejor me daban el paseo a mí. Desde entonces he seguido yendo y cuando hay algo que hacer, pues me avisan... —Se interrumpió, se quedó pensativo y movió la cabeza lentamente—: Lo peor de todo, sabe usted, es que acaba uno tomándole gusto.

Se quedó callado, con la cabeza gacha. Era repugnante y lastimoso. El hermano de Emiliano se bebió de un golpe un vaso de coñac y blasfemó. Yo solté otra palabrota. Después dije:

—Sebastián, le he conocido toda mi vida y siempre me ha merecido usted respeto. Pero ahora le digo, y puede denunciarme si quiere, que en mi vida volveré a cruzar la palabra con usted.

Sebastián levantó los ojos de un perro azotado, llenos de agua. El hermano de Emiliano blasfemó de nuevo y estrelló el vaso de coñac contra el mostrador:

—¡A la calle! ¡Fuera de aquí!

Se marchó trompicando, los hombros hundidos. Ninguno volvió a verle más. Días más tarde supimos que se había ido al frente. Le mataron de un balazo, en una buhardilla, frente al Alcázar de Toledo.

Aquella misma mañana, hacia las once, vino a verme a la oficina una mujer de media edad, enlutada. Venía llorosa y agitada:

—Soy la hermana de don Pedro. Le han arrestado esta mañana. He venido a verle a usted, porque me ha dicho que tratara de verle si le pasaba algo... No sé dónde le han llevado. Lo único que sé es que los hombres que vinieron por él eran comunistas y se lo llevaron en un coche.

Me fui a ver a Antonio y le expliqué el caso. Me dijo:

—Si yo estuviera en tu pellejo, no me metería en ese asunto. Por lo que tú me cuentas es un derechista, y todo el mundo lo sabe. Así que ni Dios le puede ayudar.

—Mira, si no se le puede salvar, mala suerte, pero hay que intentarlo, y me tienes que ayudar tú.

—Te ayudaré a encontrarlo si es verdad que le han detenido los nuestros, pero yo no me meto en nada más. Tengo ya bastantes quebraderos con esa cuestión.

Encontramos en qué tribunal estaba don Pedro y nos fuimos allí juntos. Nos dejaron ver la denuncia. Quien la hubiera escrito, conocía el

ministerio bien; describía en gran detalle cómo don Pedro había obrado el día del asesinato de Calvo Sotelo, explicaba su religiosidad y que tenía una capilla en su casa y terminaba afirmando que allí había un cura escondido. Después agregaba, como una posdata, que era un hombre rico y que poseía una colección de monedas que valía mucho dinero.

—Como ves, camarada, no hay nada que hacer. Todo esto es verdad —me dijo el que me había enseñado los papeles—. Mañana le damos el paseo.

Tomé una bocanada honda de aire y dije:

—Le acusáis de pertenecer a las derechas. Es verdad. Es verdad también que es un católico ferviente y un hombre rico, si es que esto es delito, y que tiene una colección de monedas de oro. Pero nada de esto creo que es un crimen.

—No lo es. Sabemos que el fulano que le ha denunciado es un hijo de mala madre y que ha puesto eso de la colección para hacernos ir por él. Pero no te apures. Le podremos dar un paseo, pero no somos ladrones.

—Lo sé, y si no, no estaría trabajando con vosotros. Pero entonces, como ves, lo único que queda en la denuncia es la historia de que tiene un cura oculto en su casa. No me extraña. Le creo capaz de esconderme a mí si los fascistas anduvieran buscándome. Pero dime, ¿es que el cura ese está mezclado en la rebelión?

—¡Puah! No lo creo. Es un cura de San Ginés que le ha dado pánico y se ha metido en un agujero como un conejo, pero no creo que el hombre vale ya para nada, tiene más de setenta años y no puede con la sotana.

—Entonces tienes que admitir que no era ningún crimen esconderle. Y ahora voy a contarte yo otra cosa que ese hombre, a quien vais a dar el paseo, ha hecho. —Y le conté la historia de don Pedro y el muchacho

tísico—. Como ves, sería un crimen fusilar a un hombre semejante —terminé.

A don Pedro le pusieron en libertad aquella tarde. Me fui a ver a Antonio para decírselo.

—Lo sabía ya. Y tú no puedes figurarte las cosas que me han preguntado sobre ti. Tampoco parece que han podido encontrar nada contra el viejo y le han soltado. Es una lástima que no podamos investigar cada caso así, pero es imposible, ¡créeme!

Se calló y después de un largo silencio dijo:

—¿Tú sabes que yo actúo como defensor en uno de esos tribunales? Vente conmigo esta tarde como si fueras un testigo. Tenemos media docena de casos para resolver hoy. Personalmente, yo creo que el Gobierno debía tener la mano en todo esto. El día de las bombas no hubo ni tribunales, se fusiló a todos los que se detuvo. No había quien escuchara razones. Lo mismo que pasó en Badajoz cuando cogieron los fascistas y fusilaron en la plaza de toros a todo el que cogieron. Antes todavía se podían arreglar algunos casos, pero se va haciendo más difícil cada día. Lo peor de este trabajo que yo he cogido es que a la larga empiezan a sospechar de ti por defender a los otros y tratar de que las cosas se hagan decentemente. Al final, creo que no voy a ir, y allá hagan ellos lo que les dé la gana.

Me llevó a una de las iglesias más populares de Madrid, que se había convertido en una prisión y un tribunal. El tribunal se había instalado en la rectoría y la prisión en la cripta. La iglesia se abría a una calle estrecha y sucia, pero la rectoría, a espaldas de la iglesia, estaba embebida entre dos edificios modernos en una de las grandes calles de la ciudad. Entramos por una puertecilla estrecha y seguimos a lo largo de un pasillo interminable con techo, piso y paredes de piedra, oscuro, negro, húmedo y opresivo. El pasillo torcía en ángulo recto y de pronto nos encontramos frente a un amplio patio, embaldosado, con dos alfombras de césped bien cuidado en el centro e hileras de tiestos de

flores a lo largo de las paredes. Frente a nosotros estaba el ventanal policromado de la pared posterior de la iglesia. El sol se estrellaba sobre el mosaico de cristales montados en la armadura de plomo y la vidriera estaba llena de destellos de luz. Chispas de azul, verde, rojo y púrpura caían sobre las losas, la hierba y las paredes del patio, y la piedra se moteaba de verde y la hierba de rojos. A medida que andábamos, cada cristal nos lanzaba a los ojos en turno su propio color en toda su pureza. Había una vieja parra que cubría la pared de la rectoría cuajada de hojas verdes y de uvas verde dorado; y había una bandada de gorriones que brincaba desvergonzadamente ante nuestros pies.

El miliciano de guardia estaba sentado en una silla de lona a la sombra, fumando y mirando los pájaros.

Subimos Antonio y yo una escalera estrecha y nos encontramos en una habitación que debió haber sido el despacho del párroco. Cerca del balcón había un misal abierto sobre un alto atril. La mitad de su página estaba cubierta por una inmensa Q rodeada de arabescos dorados. El libro estaba impreso en una vieja letra, pero las iniciales de cada capítulo y de cada versículo estaban pintadas a mano, las de los capítulos con oro, las de los versículos solamente en rojo. A mi espalda una voz dijo:

—Se prohibe llevarse el misal.

Un miliciano estaba sentado en un sillón tapizado, tras una mesa vieja y sólida cubierta con un paño verde. Era un muchacho de unos veintitrés años con hombros anchos, una sonrisa amplia y dientes grandes, blancos como leche.

—Tú no sabes cuántos golosos tiene el misal ese. Pero ahí hace bonito, ¿no? Uno de nuestros camaradas sabe cantar misa y a veces lo hace para nosotros.

Mientras charlábamos entró otro, un hombre de unos cuarenta años con un fiero bigote, dientes negros y roídos y unos ojos grises chispeantes. Su «¡salud!» sonó más como el gruñido de un perro que

como un saludo, e inmediatamente comenzó a jurar, mostrando una riqueza inagotable de blasfemias. Cuando hubo desahogado su mal humor, se dejó caer en una silla y se nos quedó mirando.

—Bueno —dijo al cabo—, hoy nos cargamos a todos los fascistas que tenemos aquí. Es una lástima que no sean más que media docena; hoy me gustaría tener seis docenas.

—¿Qué mosca te ha picado hoy, Manitas? —preguntó el miliciano joven.

Miré las manos del hombre. Eran enormes, con dedos nudosos y uñas anchas, largas como palas, ribeteadas de negro.

—Me puedes llamar Manitas y lo que te dé la gana, pero si cojo yo hoy a uno de esos perros sarnosos y le pego una bofetada, le descuajo la cabeza. ¿Tú sabes a quién hemos encontrado hoy en la pradera cuando nos estábamos contando? A Lucio, el lechero, tan frío como su abuelo. Le habían pegado un tiro en la nuca que le había salido por la nuez. Os podéis imaginar la que se ha armado. Uno de los camaradas más antiguos convertido en fiambre bajo nuestras narices; le habían metido en la boca una de esas pelotas de goma de los chicos para que no pudiera hacer chistes. Y por todo lo que sabemos, seguramente nosotros mismos nos lo hemos cargado, porque habíamos estado ayudando a otros camaradas a despachar su lote. Alguien nos está tomando el pelo. Con que nos fuimos a ver a la madre de Lucio y nos dijo que ayer por la tarde le habían venido a buscar unos camaradas en un coche del Partido y que no había vuelto. Nos debió de ver algo en la cara, porque se empeñó en que le teníamos que contar lo que había pasado. Hubo que decírselo y... bueno, de esto no quiero hablar más. Ahora tenemos que avisar a todos los camaradas para que estén sobreaviso y no se dejen coger en la trampa y tenemos que ver si los cogemos nosotros a ellos. Y aquí, ¿qué ha habido?

—Tres nuevos.

—No es mucho. Bueno, cuando queráis, nos metemos con los de hoy.

El miliciano joven, Manitas y un tercero, serio y taciturno, se constituyeron ellos mismos en Tribunal del Pueblo, con Antonio como defensor. Dos milicianos trajeron el primer prisionero, un muchacho de veintidós años, la ropa de buen corte llena de polvo y telarañas y los párpados enrojecidos.

—¡Acércate, pajarito, que no te vamos a comer! —bromeó Manitas.

El miliciano en el sillón sacó una lista del cajón de la mesa y leyó en voz alta el nombre y las circunstancias del acusado; pertenecía a la Falange, varios camaradas le habían visto vendiendo periódicos falangistas y en dos ocasiones había tomado parte en riñas callejeras. Cuando le habían arrestado encontraron sobre él una matraca de plomo, una pistola y un carnet de la Falange.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? —preguntó el que hacía de juez.

—Nada. Me habéis cogido, mala suerte. —Y el prisionero se volvió a encerrar en su silencio desdeñoso, la cabeza caída, frotándose las manos una contra otra. El Manitas se echó adelante en su silla:

—Está bien. Llevárosle y traeros otro.

El que trajeron después era un hombre con el cabello gris, en el borde de los cincuenta, con la cara contraída por el miedo. Antes de que el juez comenzara a hablar, dijo.

—A mí me vais a matar, pero yo soy un hombre honrado. He trabajado toda mi vida y todo lo que tengo me lo he ganado con mi propio trabajo. Yo no me he mezclado nunca en política.

El Manitas se levantó de la silla con un movimiento amenazador y por un momento creí que iba a pegar al hombre:

—Tú te callas, ¡perro sarnoso!

El juez buscó entre los papeles. Junto con ellos había una cartera de la que se apoderó Antonio, vaciándola de su contenido. El juez dijo:

—Estáte quieto, Manitas... Mira, tú. Aquí no matamos a nadie si no es necesario. Pero tienes que explicar unas cuantas cosas, porque aquí tenemos una denuncia concreta. Lo primero que dice es que tú eres un carca.

—Soy un católico, pero eso no es un crimen. También hay curas que son republicanos.

—Sí, es verdad, hay algunos, aunque yo no me fiaría de ellos ni la uña del dedo. Pero la denuncia dice también que tú has dado dinero a la CEDA.

—Eso es una mentira.

—Tercero: uno de tus sobrinos viene a menudo a tu casa y es un falangista y uno de los peores.

—No lo voy a negar. Pero ¿qué tengo yo que ver con ello? ¿No tenéis ninguno de vosotros un pariente que sea de derechas?

Antonio, mientras, había estado mirando y comparando papeles de la cartera. Me hizo una seña para que me pusiera a su lado, mientras el acusado explicaba que tenía una tienda en la Concepción Jerónima, que él nunca había salido de su tienda, que nunca se había metido en política...

Antonio me alargó silenciosamente dos papeles, uno la denuncia, el otro un pagaré por diez mil pesetas, vencido hacía ya meses.

—La misma letra —susurré, y Antonio afirmó con la cabeza.

—Por esto es por lo que quería que miraras. —Se volvió e interrumpió el chorro de palabras del prisionero—: Vamos a ver. Explícame qué es esto. —Y le alargó el pagaré.

—Pero esto no tiene nada que explicar, ni tiene nada que ver con política. Le he prestado el dinero a un viejo amigo mío que estaba en un apuro. Esperaba que se hubiera arreglado, pero no ha servido de nada, es un tarambana y simplemente se gastó el dinero. Y ya ni me acordaba de ello. Así, se ha quedado olvidado en la cartera con otros papeles viejos.

—Tenemos que comprobar esto. ¿Dónde vive tu amigo? — Cuando dio las señas, Antonio dijo a los dos milicianos que se lo llevaran. Después puso los dos papeles encima de la mesa, lado al lado—: Tenemos que aclarar esta historia. Hay que traer en seguida a este fulano. Ya sabéis que yo estoy en contra de las denuncias anónimas. Si alguien tiene algo que denunciar, que se presente y que lo diga cara a cara. Y no que lo que estamos haciendo es matando gente que no ha hecho nada o que son simplemente unos beatos o unos idiotas.

El juez aprobó, mientras Manitas murmuraba algo. Para dar tiempo a que trajeran al denunciante, siguieron con los demás prisioneros. Después llegaron dos milicianos conduciendo entre ellos al hombre cuya dirección había dado el detenido. Era joven aún, delgado, con cara cansada, los pies y las manos temblonas. Antonio le puso debajo de los ojos la denuncia:

—Tú has escrito esto, ¿no?

El hombre tartamudeó:

—Sí... sí... Porque yo soy un buen republicano, uno de vosotros... —Se le afirmó un poco la voz——. Y ese hombre es un fascista peligroso, camaradas.

—Oye, tú, aquí no somos camaradas, ni cosa que se lo parezca. A mí me han dado a mamar mejor leche que a ti —gruñó Manitas.

Antonio desdobló el pagaré y preguntó:

—Y este papel aquí, «camarada», ¿nos quieres explicar qué es?

El hombre no pudo responder. Temblaba y le castañeteaban los dientes. Antonio mandó por el prisionero y esperó hasta que los dos estuvieron frente a frente. Entonces dijo:

—Bueno, aquí tienes al que te ha denunciado.

—¿Tú, Juan? ¿Por qué? ¿Qué tienes tú contra mí? Tú tampoco te mezclas en política. Y yo he sido para ti como un padre. Aquí tiene que haber un error, señores... Pero, a ver, déjame ver... pero es tu letra... —De repente gritó, sacudiendo al otro por un brazo—: ¡Contesta!

El denunciante levantó la cara lívida con labios morados que temblaban sin dejarle articular palabra. El otro soltó su brazo y se nos quedó mirando. Nadie dijo una palabra. Entonces se levantó Manitas y dejó caer su mano sobre el hombro del denunciante, que brincó, y dijo:

—Te la has liado, amigo.

—¿Qué van ustedes a hacer con él? ——preguntó el prisionero.

—¿Con éste? Nada, meterle una bala en los sesos, nada más — dijo Manitas—. El cerdo este debe de tener la sangre más negra que la sotana del cura. —Y señaló con un pulgar sucio hacia la sotana de seda colgada detrás de la puerta.

El juez se levantó:

—Bueno, ahora que esto está claro, usted está libre. Éste se queda aquí...

—Pero ustedes no le pueden matar por esto. Después de todo es a mí a quien ha denunciado, y yo le perdono, para que Dios me perdone.

—Esto es cuenta nuestra; no se preocupe.

—No, no. Es cuenta mía. Yo no me puedo marchar de aquí hasta que no me prometan ustedes que no le va a pasar nada.

—Bueno, mira —interrumpió Manitas—, no seas imbécil y lárgate de aquí más que a prisa. Nos has pillado en la hora tonta y no hagas que nos arrepintamos y os demos el paseo a los dos. ¡Eh, vosotros! ¡Llevaros a éste y encerrarle abajo!

Los dos milicianos se llevaron al denunciante, pero el hombre a quien había denunciado se negaba a marcharse. Imploró y suplicó ante el tribunal y al final se dejó caer de rodillas sobre la alfombra:

—Lo pido, caballeros, por sus propias madres, por sus hijos, ¡por lo que más quieran en el mundo! Me remordería la conciencia toda mi vida.

—Este fulano debe ir al teatro más a menudo de lo que conviene —chilló Manitas y le cogió de un codo, levantándole sin ningún

esfuerzo—: ¡Hala!, arrea y vete a casa y si quieres te vas a rezar paternosters pero déjanos en paz. ¡Se acabó!

Me asomé al balcón y vi al hombre tomar la calle arriba tambaleándose. Varias personas de las casas vecinas se quedaron mirándole; después miraban la puerta de la rectoría y cuchicheaban entre ellas. Una mujer ya vieja le gritó:

—Te has salvado por un pelo, ¿eh?

El hombre la miró vacilante, en verdad, como un borracho.

El sexto prisionero era un comerciante de carbones domiciliado en la misma calle. Un hombre primitivo con una fuerza física tremenda y con una cara brutal, congestionada. El juez le gritó:

—Con que tú has estado pagando dinero a Gil Robles, a la CEDA, ¿eh?

—¿Quién, yo? —El carbonero abrió sus ojos enlegañados—. ¡Anda!, ¿para eso me habéis traído aquí? Yo no tengo nada que ver con ese granuja. A mí me han metido aquí porque alguno me quiere mal, pero yo no tengo nada que ver con esos piojosos. Yo soy un republicano viejo, por estas cruces —y estampó un beso sonoro sobre los dos pulgares cruzados. El juez puso un recibo sobre la mesa:

—Entonces esto, ¿qué es?

El carbonero cogió el papel entre sus dedazos y comenzó a deletrear trabajosamente:

—«Confederación Española de Derechas Autónomas. CEDA.» ¿Qué diablos es esto? «Diez pesetas.» —Se nos quedó mirando idiotamente con la boca abierta—. Pues no sé qué decir. Resulta que los he gastado. Pero para decir verdad, pues, un pobre fulano como yo, no sabe mucho de libros y esas cosas y, pues, cuando he visto esos sellos y lo de «Confederación», pues me he dicho: «El seguro». Y ahora resulta que estos ladrones me han sacado dos duros del bolsillo, y encima me han metido en todo este lío.

—Tú te das cuenta de que te podemos dar el paseo por dar dinero a la CEDA.

—¡Anda, Dios! Pero ¿cuántas veces os voy a decir la misma cosa? ¡Vosotros estáis peor de la cabeza!

El Manitas le dio un medio en un costado que le hizo volverse y encararse furioso con él:

—Tú, mírame a los ojos y contesta: ¿sabías o no sabías que ese dinero era para la CEDA?

—Otra vez. Pero ¿cómo lo voy a repetir? Si os lo digo yo, es como el Evangelio. Me han robado esos dos duros, tan seguro como mi nombre es Pedro. ¡Y así permita Dios se lo gasten en médico y botica!

—Tú hablas mucho de Dios —gruñó el Manitas.

—Según se tercia, muchacho. Es bueno tenerle a mano, unas veces para decirle algo feo y otras veces por si ayuda un poco.

Cuando le dijeron al carbonero que estaba libre, replicó:

—Bueno, eso ya lo sabía yo. La parienta se quedó llorando como una Magdalena cuando me echasteis mano, pero yo le dije que no se apurara, que a mí no me ibais a dar el paseo. Todo el barrio me conoce hace veinte años y ninguno os va a decir que me ha visto rozarme con los curas. Y fui el primero que votó por la República. Bueno, chicos, no os apuréis, todos metemos la pata de vez en cuando. ¡Hala, veniros conmigo y bebemos un vaso abajo!

Le oímos bajar, haciendo crujir la escalera bajo sus zapatones.

—Esto es todo por hoy —dijo el juez.

—Hoy me la habéis jugado de puño. De seis, se han escapado dos. Pero al menos nos ha quedado el soplón ese. Esta noche le voy a arreglar yo las cuentas —dijo el Manitas.

Antonio y yo bajamos a la nave de la iglesia, una gran nave de piedra que nos envolvió en frescura. La luz formaba charcos de sombra oscura y destellos de colores sobre las baldosas. Alguien estaba cantando flamenco en lo alto, hundido en la oscuridad; se oía el

tintinear del metal. Un miliciano encaramado en el altar mayor iba recogiendo candelabros y echándolos a otro miliciano situado al pie del altar; éste los dejaba caer en un montón informe de ornamentos de metal.

—Esto es para hacer cartuchos —me dijo Antonio.

La madera de los altares estaba desnuda y los altares aparecían descarnados. Las imágenes mutiladas, tiradas por tierra, habían perdido su respetabilidad. Viejas estatuas de madera, apolilladas, mostraban caras desnarigadas. De algunos trajes de colorines surgía la estopa impregnada de escayola. De la barandilla dorada frente al altar mayor pendía un cepillo de limosnas, la tapa cerrada por un grueso candado, la caja deshecha a martillazos. Un Niño Jesús se erguía sobre uno de los últimos escalones del altar, pero el Niño no era más de una bola azul celeste con un par de pies diminutos encima que se prolongaban en dos palos desnudos, para sostener una cabeza de chiquillo rubio, hecha en cartón piedra, los ojos de cristal azules. De otro palo, unido al primero, surgía una manita regordeta y rosada, el pulgar doblado sobre la palma, los otros cuatro dedos elevados en signo de bendición. La túnica había desaparecido, pero alguien había colgado en el armazón de palo una vieja gabardina y había convertido la imagen en un espantapájaros, con la rubia cabeza infantil caída a un lado, sonriendo bobamente.

—Ponle un cigarrillo en la boca, para que parezca un buen proletario —dijo el miliciano que estaba al pie del altar—. ¡Imagínate las perras que les han sacado a las beatas, con la ayuda del angelito! Pero si una de ellas le hubiera levantado las faldas y se hubiera encontrado los palos de escoba se hubiera desmayado. ¿No te parece?

Pensé en toda la escenografía de la iglesia de San Martín, como yo la había visto cuando niño: la imagen del santo sacada de su nicho en la víspera de su festividad; el paisaje rural del fondo con su cerco de bombillas, sostenido contra tablas y cajas de pescado vacías prestadas por el pescadero de la calle de la Luna; el cura renegando del olor de

pescado, mientras las beatas de turno cubrían estas cajas con trapos y sábanas en la sacristía; la gran cortina carmesí, ribeteada de cordones dorados, elevada de una cuerda sobre el altar mayor y disimulando cuidadosamente en sus pliegues dos agujeros que los ratones habían roído en el curso de los años. Y el desmontar de todo el escenario al final de la novena, en una lluvia de polvo y telarañas, mientras el santo reposaba en el suelo como un maniquí desnudo en un escaparate vacío.

Poco a poco iba reconociendo las piezas del escenario en la iglesia saqueada. Allí estaban las escalerillas de pino, apolillado ya, que habían sostenido las velas de los votos. El sagrario abierto con la pintura desconchada como cuarto desalquilado de una casa diminuta. Olía a cera rancia y a madera podrida. El espacio vacío tras la hornacina dorada donde había estado el Niño Jesús, estaba festoneado de telarañas.

Pero por encima de toda aquella chatarra surgían inaccesibles las columnas de piedra sosteniendo las bóvedas inmensas, oscuro todo por el humo y los años. El órgano se elevaba como un castillo a través de la nave y el crucero. Y la última luz de la tarde se filtraba por la cristalería de la linterna allá en lo alto de la cúpula.

Capítulo 10

La amenaza

El batallón La Pluma, el batallón de los chupatintas, estaba organizado; tenía sus oficiales y sus cuadros que absorbían los nuevos reclutas; no tenía aún ni armas ni equipo. Gregorio, uno de mis compañeros de oficina, fue convertido en capitán, principalmente por su experiencia en entendérselas con empleados del ministerio, lo cual le hacía especialmente apto para entendérselas con los oficiales del Ministerio de la Guerra. Allí arriba iba día tras día, para volver siempre con las manos vacías y quejarse de que sólo los anarquistas conseguían sacar armas de los depósitos del ministerio, porque llamaban a los oficiales «fascistas y traidores» y los amenazaban con darles el paseo si no les daban armas.

Mi propio trabajo como organizador e instructor estaba terminado. El par de horas en la oficina se había convertido en una visita de rutina. Odiaba el estar dando vueltas por Madrid sin hacer nada, como otros muchos millares, levantando un puño cerrado cuando pasaba un camión cargado de milicianos gritando «¡Viva tal!» o «¡Muera cual!» con la multitud que saludaba el paso del cadáver de un miliciano caído, envuelto en un paño rojo; y teniendo miedo constante de un error, de una denuncia o de un «paco».

En la taberna de Serafín estábamos un día hablando de un amigo que había caído en el frente de Toledo. Serafín me preguntó si le conocía.

—Desde que yo era así de alto —dije, y levanté la mano estirada para indicar la altura de un muchacho. Dos minutos más tarde entraron dos milicianos armados, seguidos de un hombrecillo que me señaló a ellos. Los milicianos me agarraron de los brazos y dijeron:

—¡Echa p'alante!

Tuve suerte de que estaba rodeado de gentes que me conocían de toda la vida. En el curso de las explicaciones resultó que el hombrecillo me había denunciado por haber hecho el saludo falangista.

Una mañana, Navarro, nuestro dibujante, vino a buscarme con la cara descompuesta. Habían arrestado a sus dos hijos y los habían llevado al Círculo de Bellas Artes; el más joven había vuelto a casa a medianoche, puesto en libertad porque aún no tenía dieciséis años. No sabía nada de lo que hubiera pasado a su hermano mayor. ¿Podía yo hacer algo? Me fui a ver a Fuñi–Fuñi y discutí el caso con él, pero sin ocultarle mi pesimismo, pues el muchacho se había mezclado en las refriegas de la Universidad y probablemente había herido a alguien. Pero al menos podíamos tratar de averiguar qué había sido de él.

Fuñi—Fuñi averiguó lo ocurrido: el estudiante había sido fusilado la noche antes en la Casa de Campo; la familia podía tratar de encontrar y recoger el cadáver, pero lo más fácil era que ya estuviera enterrado en un cementerio cualquiera. Se lo dije al padre. Después no volví a verle en muchos días. Se me ocurrió entrar en la taberna del Portugués y allí estaba Navarro, borracho. Me senté a su mesa y por un largo rato no hablamos. Al fin me miró y dijo:

—¿Qué puedo hacer yo, Barea? Yo no pertenezco a las derechas, como tú sabes. Yo pertenezco a los tuyos. Pero los tuyos me han matado un hijo. ¿Qué puedo hacer yo? —Enterró la cara entre los brazos cruzados y se echó a llorar. Los hombros se le sacudían convulsos, como si alguien le estuviera golpeando en las mandíbulas por debajo del velador. Me levanté despacito y me marché sin que me viera.

Ángel se convirtió en mi guardián:

—Usted es demasiado confiado y le dice a cualquiera lo que le viene a la boca —declaró rotundo—. Mire lo que pasó con Sebastián. Si se le hubiera ocurrido denunciarle a su pandilla, le habrían mandado al otro barrio.

Me acompañaba a la oficina por las mañanas y me esperaba en el portal pacientemente. Cuando encontraba a alguien y entablaba una conversación, desaparecía de mi vista, pero no del alcance de mi voz. Cada vez que trataba de quitármelo de encima replicaba:

—No quiero marcharme. Usted parece mucho un señorito y un día se lo cargan; pero no si está Angelito.

En desesperación me llevé a Ángel conmigo un día que fui a visitar a Antonio para preguntarle si había algo que yo pudiera hacer. En uno de los cuartos del radio había miles de libros tirados por el suelo.

—Los muchachos en la Sierra nos han pedido libros y hemos hecho limpieza en las bibliotecas de algunos fascistas —dijo Antonio.

—Déjame hacerte una selección. No creo que todos estos libros sean buenos para mandarlos a los milicianos del frente.

A nadie parecía preocuparle aquello y me enterré con Ángel en aquella ola de libros. Había algunas raras ediciones y libros de texto que pusimos aparte y que, más tarde, unos fueron salvados y otros útiles. Pero al cabo de una semana los libros estaban clasificados y otra vez estaba sin nada que hacer.

Me acordé entonces de una patente por una granada de mano de mecanismo muy simple que había pasado por mis manos y cuyo inventor, un buen mecánico, llamado Fausto, era un viejo amigo mío. Cuando estalló la insurrección, la Fábrica de Armas de Toledo había comenzado su fabricación en serie. Ésta era la clase de arma que necesitábamos ahora. Me fui a buscar a Fausto y le pregunté qué había sido de su invento.

—En realidad no lo sé. Los oficiales de la fábrica que estaban con ello han desaparecido: ahora hay allí un comité de trabajadores y nadie sabe nada de nada. He estado allí un día y salí asqueado.

—¿Quieres que trate de ponerlo en marcha?

Estaba encantado, pero escéptico. Hablé con Antonio, que se había mostrado mucho más accesible a mí, y me presentó al comandante Carlos, del 5.° Regimiento.

El Partido Comunista había dado el primer gran paso hacia la formación de un ejército, organizando el 5.° Regimiento no como una milicia suelta, sino como un cuerpo articulado y disciplinado. Los voluntarios acudían a él en masa. La idea prendió entre las gentes fuera de los grupos políticos, porque parecía algo alejado de la ambición y propaganda de los partidos. En aquellos últimos días de agosto, el 5.° Regimiento era ya, simultáneamente, un mito y una realidad.

Su comandante, Carlos, procedía de algún sitio de Europa central, a lo que me pareció, pero había vivido muchos años en América y hablaba un español perfecto. Le mostré un modelo de la granada, le expliqué sus posibilidades, y cuando me marché lo hice con una autorización para coleccionar los cientos de granadas que debía de haber fabricadas en Toledo y estudiar las posibilidades de reanudar su producción. Me acompañó a través del vasto edificio que servía de cuartel. Vi reclutas haciendo la instrucción que se movían y actuaban como soldados regulares, y así lo dije, profundamente impresionado. El comandante Carlos movió la cabeza descontento. Me quería enseñar un taller para hacer granadas de mano que habían montado unos cuantos mineros asturianos; no pertenecía al 5.° Regimiento, pero abastecía a todos los frentes.

En el taller todos los hombres estaban dedicados a cortar tubos de hierro y rellenar las piezas con dinamita y mechas cortas. Por todas partes íbamos tropezando con cartuchos de dinamita, bombas ya llenas y colillas aún encendidas, todo en una mezcolanza infernal. Me sentí completamente inconfortable.

—Pero, Carlos, esto va a volar de un momento a otro.

—Pues no puedo hacer nada. Hacen lo que les da la gana y no admiten razones. Son voluntarios, no están bajo la disciplina de nadie y

nadie puede convencerlos de que están locos, porque dicen que llevan manejando dinamita en las minas toda su vida y que nadie les va a dar lecciones ahora.

Dejamos el taller a las once de la mañana. Aquella misma mañana, poco después de las once y media, una explosión enorme sacudió el barrio de Salamanca. El taller de granadas de mano desapareció.

Unos días más tarde, Fausto y yo nos íbamos a la Fábrica de Armas de Toledo en un coche que nos prestó el Partido Comunista. La ciudad de Toledo estaba en manos del Gobierno, pero el Alcázar estaba mantenido por una fuerza importante de cadetes, falangistas y guardias civiles con sus familias, bajo el mando del coronel Moscardó. Tenía municiones y víveres en abundancia, y la vieja fortaleza, con defensas construidas en la roca viva, desafiaba el armamento de las milicias. La batalla se mantenía desde el principio de la rebelión. Las milicias habían ocupado todos los edificios que dominaban el Alcázar y habían emplazado una batería fuera de la ciudad en la otra orilla del río Tajo. Todos los asaltos habían fracasado. Por aquellos días el Gobierno había ofrecido el perdón a los rebeldes si se rendían, y éstos habían rechazado la oferta. Se hablaba de un nuevo asalto final. Se hablaba también del avance hacia Toledo de una columna enemiga que había tomado Oropesa.

Cuando llegamos a la Fábrica de Armas, en el fondo del valle, lo único que sabíamos era que un comité de obreros se había hecho cargo de los talleres; pero, en el momento que estuvimos allí, se nos hizo perfectamente claro a los dos que lo único que allí existía era una atmósfera de sospecha mutua. Nadie sabía «nada de nada», nadie estaba dispuesto a tomar una resolución. Fausto sabía en qué parte de la fábrica estaban almacenadas las granadas. Efectivamente, las encontramos, pero el hombre que tenía a su cargo el almacén dijo:

—No os las podéis llevar sin una orden del Ministerio de la Guerra, aprobada por el Comité de Obreros.

—Bueno, no te apures, ya vamos a arreglar eso —dijo Fausto—. Lo importante es que sigáis produciéndolas.

—Bueno... la cuestión es que estamos produciendo ya algo.

Este «algo» era algo que consumía material y justificaba el pago de jornales: estaban produciendo miles de tornillos para la granada y seguían produciéndolos sin parar; y miles de metros de alambre se estaban convirtiendo en muelles y agujas de percusión por millares; pero ninguna otra pieza de la granada, ni aun el explosivo.

—Tuvimos que matar al técnico que hacía el explosivo —dijo el «responsable»—. Por sabotaje. Primero, se negó rotundamente a darnos el explosivo para cargar cartuchos de fusil y tuvimos que confiscarle todas las existencias que tenía en almacén. Cargamos los cartuchos y explotaban los fusiles. Al final, le fusilamos.

—Pero, hombre, claro. Si metéis en un cartucho de fusil mitramita que es con lo que se cargan las granadas, salta en pedazos el fusil —dijo Fausto.

El hombre se encogió de hombros:

—Compañero, ya te he dicho que los fusiles reventaban y ¡esto es sabotaje!

Antes de marcharnos, deprimidos y desesperanzados, el hombre nos hizo un gesto misterioso y nos invitó a ir con él a un rincón del edificio central. Nos mostró un interruptor eléctrico:

—¿Eh? ¿Qué os parece esto? Si los fascistas vienen, no se van a llevar una mala sorpresa. Bajas la palanca y ya está: ni uno de los talleres se queda en pie. Los tenemos todos minados, con una carga de dinamita. Pero, claro, esto es un secreto.

En el coche, dijo Fausto:

—No sabe uno si reír o llorar. Tendremos que fabricar la granada en Madrid. Carlos puede ayudar. Vamos a dar una vuelta por Toledo.

Estábamos en el fondo del valle abrasado de sol. El Tajo ronroneaba en la presa de la fábrica de electricidad. Los álamos bordeaban la

carretera con sus hojas verde claro y sus sombras frescas, y en la orilla del río había gentes merendando, bebiendo y riendo. La roca ingente que soporta sobre sí la ciudad presentaba sus flancos leonados, salpicados aquí y allá por el verdor de jaras y matorrales, y su cima bordeada por la corona de las viejas murallas. A lo lejos, en el otro lado del río, un enjambre de hombrecillos se dispersaron y dejaron ver la silueta de un cañón de juguete, la boca cubierta por una vedija de humo algodonoso. Algo cruzó el aire con un maullido largo. Después nos llegó una explosión, apagada por otra detrás de las murallas. El eco de las dos explosiones retumbó entre la roca desnuda de la garganta estrecha que cruza el puente de Alcántara.

Ahora comenzábamos a oír el chasquido de los disparos de fusil en lo alto de la ciudad, pero sonaban sólo como cohetes de verbena.

Fuimos hasta la esquina de Zocodover, la plaza del mercado en Toledo. Sillas rotas, árboles con las ramas desgajadas, barras de hierro retorcidas, el quiosco de la banda en ruinas, harapos y papeles viejos dispersos acá y allá, las fachadas de las casas llenas de costurones, agujas agudas de cristal colgando del marco de las ventanas, el balcón de un hotel colgando en el aire sujeto por un hierro roñoso. En medio de la plaza, nadie, como si allí no existiera más que un vacío silencioso. En los quicios de las puertas y detrás de las esquinas, milicianos y guardias de asalto en uniformes azules se agazapaban en posiciones ridiculas, vociferando y gesticulando, disparando, gritando órdenes, soplando furiosos en silbatos estridentes; todos a cubierto del fuego del Alcázar. Algunas veces, una bocanada de humo, como si detrás de la ventana estuviera sentado un fumador, surgía de la fachada rosada del Alcázar; pero era imposible oír el disparo entre los cientos de disparos ininterrumpidos de la muchedumbre al pie de la fortaleza. Era como la visión de una película sonora en la que fotografía y sonido no sincronizan: el actor abre la boca para hablar y, mientras, oís la voz de la mujer que le escucha con los labios cerrados.

—Vamonos de aquí —gruñó Fausto. Más tarde dijo—: Si esto es un símbolo, la guerra está perdida.

Pasábamos coches y camiones requisados. Los milicianos y milicianas iban en plena juerga: reían, cantaban, se achuchaban, los hombres bebiendo de las botas empinadas, las muchachas haciéndoles cosquillas en los sobacos para que se atragantaran. Otra vez volvían a sonar los disparos como cohetes de verbena y el cañón al otro lado volvía a decorarse con su copo de algodón. Al día siguiente veríamos en los periódicos una miliciana guapa montada a caballo sobre el cañón.

Cerca de Getafe, una avioneta estaba haciendo acrobacias en el aire, una mosca dorada por el sol, brillantes el cuerpo y las alas. La gente se detenía a contemplarla y el tráfico de la carretera estaba interrumpido; un rosario de coches cargados con milicianos cerraba el camino. Fausto hizo sonar el claxon de nuestro coche.

—¡Vete al diablo! ¿Tienes prisa? —gritó un miliciano y continuó después apoyado contra su camión, contemplando el aeroplano.

Cuando llegamos al puente de Toledo tuvimos que ceder el paso a uno de los camiones de la limpieza que venía de la Pradera de San Isidro. Fausto me miró:

—¿Tú crees que llevan algo? Me parece muy tarde.

Era uno de los camiones que recogían los cuerpos de los fusilados y los llevaban a los cementerios.

Fausto aceleró el coche y sobrepasamos el camión. Sus puertas de hierro estaban cerradas. Botó en un bache y dentro de sus entrañas vacías resonaron las barras de hierro sueltas. Iba vacío. Me limpié algunas gotas de sudor de la frente.

Antonio me había dejado un recado en casa: quería verme tan pronto como fuese posible. Me lo encontré en el radio, muy ocupado, rodeado de milicianos que acababan de llegar de la Sierra. Me preguntó rápido:

—¿Tú sabes inglés?

Se volvieron los milicianos y me miraron curiosos:

—Bueno, no lo hablo, pero lo leo y lo traduzco fluentemente, si esto os sirve para algo.

—Vete al cuarto de al lado y habla con Nicasio.

Cuando entré, el otro me dijo:

—Antonio me ha dicho que tú querías hacer algún trabajo. El Ministerio de Estado necesita gente que entienda el inglés. Así que si quieres... —Escribió una nota y llamó a alguien—: Toma. Vete allá y pregunta por Velilla: es un cantarada del Partido y te dirá lo que tienes que hacer.

El Ministerio de Estado estaba custodiado por guardias de asalto. Tuve que esperar en el portalón enorme, donde el sargento de guardia había instalado una mesa. Las puertas macizas de hierro estaban cerradas con la excepción de la mitad de una de ellas. Parecía la oficina de registro de una cárcel. Al cabo de un rato llegó un hombre joven con gafas ribeteadas de concha tan anchas como un antifaz, encima un remolino furioso de pelo. Vino derecho a mí con la mano extendida:

—Tú eres Barea, ¿no? —Me quitó la nota de los dedos y la rompió sin mirarla—: Necesitan gente que conozca idiomas en el departamento de prensa.

—Conozco francés bien, pero no hablo ni una palabra de inglés. Desde luego, sí lo puedo traducir.

—No te hace falta más. Vamos a ver al jefe de la sección.

Una simple lámpara de despacho lanzaba un círculo de luz sobre un montón de papeles y un par de manos blancas y fofas. Detrás del cono luminoso de la lámpara aparecían dos discos pálidamente brillantes adheridos a un manchón blanco ahuevado que se movía en la sombra. De pronto vi la figura completa de la cabeza, un cráneo lívido y calvo provisto de gafas ahumadas con armadura de concha. Las manos blanduchas se restregaban una contra otra silenciosamente. De entre los

labios surgió una lengua de punta triangular que se curvó hacia arriba en busca de las ventanillas de la nariz. En aquella luz parecía negra.

Velilla me introdujo a don Luis Rubio Hidalgo, quien me invitó a sentarme, cambió la posición de la pantalla cónica en forma tal que el cuarto, él mismo y sus ojos, de párpados pesados sin pestañas, se hicieron visibles, y comenzó a explicar.

Era el jefe de la Sección de Prensa y Propaganda del Ministerio de Estado. Su departamento incluía la censura de los despachos de prensa extranjera y quería que me incorporara a ellos como censor de los telegramas y conferencias telefónicas que los corresponsales mandaban a sus periódicos. El trabajo se hacía durante el día en el ministerio y durante la noche en el edificio de la compañía Telefónica, desde medianoche hasta las ocho de la mañana. Para este trabajo nocturno me necesitaba. Podía empezar al día siguiente. El salario era cuatrocientas pesetas al mes. Me llevarían a trabajar cada noche en uno de los coches del ministerio. Le bastaba con que yo supiera traducir inglés.

Acepté el trabajo, que me parecía interesante. Pero me desagradaba mi nuevo jefe y así se lo dije a Velilla:

—Nadie le quiere —me contestó—, pero es el hombre de confianza de Alvarez del Vayo, el ministro. Nosotros no tenemos ninguna confianza en él. En la sección tenemos dos camaradas y debemos procurar que todo esto pase a nuestras manos. Ven a verme tanto como puedas. Tendrás que unirte a nuestra célula. Ahora ya somos once. —Se marchó a toda prisa envuelto en una mezcla atrayente de simple buena fe y enrevesados argumentos. Para él la guerra estaría terminada en unas semanas y España se convertiría en una República soviética. Me parecía la idea completamente absurda, pero el hombre era simpático y me atraía la idea de trabajar con él.

Cuando le conté toda la historia a Ángel, que me estaba esperando a la puerta del ministerio, comenzó a murmurar. Todo eso significaba que tendría que salir a medianoche, y a esa hora los milicianos disparaban a

todo bicho viviente, porque les daba miedo; además, era la hora en que se paseaban los automóviles fantasmas de Falange disparando a diestra y siniestra. Pero él se encargaría de cuidar de mí. Cuando le expliqué que todas las noches me recogerían en un coche oficial y lo que él tenía que hacer era cuidar de mi mujer y los chicos, volvió a murmurar, para, al final, sentirse orgulloso. Todos los amigos en el bar de Emiliano se sintieron intrigados y contentos por mi nuevo trabajo. Se convirtió en el tópico de todas las conversaciones, hasta que el tema se agotó, sin perder la importancia de que uno de nuestro grupo estaba trabajando nada menos que con el ministro de Estado. Después siguieron las discusiones políticas, ahora con más autoridad que nunca.

Unos pocos días antes, Largo Caballero se había hecho cargo del Gobierno. Manolo resumió la situación, afirmando:

—Ahora es cuando se va a hacer algo. Es un Gobierno de guerra y se acabó el pasear los fusiles por Madrid; los fusiles al frente y nada de postinear calle arriba y calle abajo con el fusil al hombro. ¡Prieto les va a enseñar algo a esos fantoches! —Prieto había sido nombrado ministro de la Guerra.

—Sí, sí —dijo Fuñi—Fuñi—, ten cuidado tú. Se te han acabado los viajecitos a Toledo.

—Pero yo estoy incorporado a un batallón, sólo que aún no nos han dado armas. Tan pronto como las den, yo soy el primero en ir.

—Bueno, bueno. Pero se acabó Toledo, ¿eh? —insistió el otro, y como todas las noches, comenzaron a pincharse mutuamente con indirectas. La diversión se interrumpió de pronto por un ruido lejano que se aproximaba rápidamente: motocicletas, cláxones y sirenas. Nos levantamos todos. Una motocicleta de asalto se lanzó calle abajo, el escape de la moto abierto y la sirena sonando incesante. En aquellos días, cuando Madrid no tenía aún un sistema de alarma para las incursiones aéreas, la alarma se daba por estos motoristas con sirenas montadas en las máquinas.

Las mujeres y los chicos que había en la casa bajaron para refugiarse en la cueva del bar de Emiliano. Los hombres nos quedamos en el salón. Se bajaron los cierres metálicos y unas cuantas mujeres chillaron, asustadas por el estrépito. Después todos nos calmamos y comenzamos a hablar en voz baja, sin dejar de escuchar todos los ruidos de fuera. El ronroneo de los aviones se oía muy alto, yendo y viniendo, para volver sobre nuestras cabezas y quedarse allí suspendidos. En la cueva un chiquillo comenzó a llorar, otros le imitaron, algunas mujeres gritaban con rabia histérica. Arriba en el salón, alumbrados con sólo una vela, los hombres nos mirábamos.

Dejó de oírse el zumbido de los aviones por un largo rato. Alguien levantó el cierre metálico y nos volcamos en la calle. Todo estaba muy quieto, la noche oscura, tachonada de estrellas. Las gentes se marcharon a sus casas, a convencerse de que nada había pasado, pero pronto comenzaron a volver los hombres. Nadie tenía ganas de dormir. Después las mujeres comenzaron a bajar detrás de los maridos, los chicos con ellas; los chicos —decían— tienen miedo de que vuelvan los aviones. Al amanecer la calle estaba llena de gentes y las casas vacías. Algunos recién venidos trajeron noticias de otros barrios de la ciudad: en Cuatro Caminos y Tetuán habían caído unas bombas y había muchas víctimas. Nosotros no habíamos oído las bombas. Poco después del amanecer, llegaron los milicianos amigos de Manolo. ¿No había dormido? Tampoco ellos.

—¡Hala!, vente. ¡Allí te echas una siesta! —Se marcharon calle abajo cantando la *Internacional*.

Por la tarde trajeron a Manolo muerto. Mientras dormían su siesta en el borde de la carretera, un avión había volado sobre ellos y había dejado caer una bomba cerca del camión. Manolo tenía un agujero diminuto en medio de la frente. No se había despertado; dormía plácidamente, un poco pálido de la noche en vela.

Los fascistas habían entrado en Talavera de la Reina.

Aquella tarde, a las seis, me fui al Ministerio de Estado y don Luis me presentó a mis futuros compañeros de trabajo. Me leí todos los despachos que los periodistas habían mandado el día antes y él me explicó los principios de la censura. Me dio un pase oficial autorizándome a circular libremente por Madrid de día y de noche, y una tarjeta de identidad. A las doce menos cuarto un coche vino a buscarme a casa. Todos los vecinos asistieron a mi marcha.

Me sentía entusiasmado y libre. Durante el día había estado explicando la nueva situación a Aurelia y a María. Me había explicado a mí mismo y a las dos mujeres, una después de otra, que tenía que trabajar de noche y dormir de día. Me sería imposible salir más por las tardes con María. Y no tendría que pelearme más con la oficiosidad pesada de la otra, como me había ocurrido desde que habían empezado los ataques aéreos. Al amanecer había discutido mi futuro trabajo con Aurelia, quien había visto inmediatamente la desventaja en que la colocaba la nueva situación y había tratado de convencerme de «no mezclarme en estos líos». Por la tarde había ido a ver a María; estaba enfadada porque no había ido a la oficina durante la mañana y tenía sus dudas sobre el nuevo arreglo, pero lo aceptó con buen espíritu: me separaba más de mi casa, coincidía con su opinión de que una victoria inevitable del Gobierno, y la revolución social que sería su consecuencia inmediata, producirían mi separación final de Aurelia y mi conformidad a vivir juntos. Encontraba natural que yo quisiera tomar una parte activa en la lucha. Su propio hermano menor acababa de incorporarse voluntario a un batallón. Así que mi nuevo puesto le traía nuevas esperanzas. Yo me encerraría en la fortaleza que me iba a proporcionar mi trabajo.

El coche me llevaba a través de calles desiertas, en una oscuridad rayada por líneas de luz filtrándose a través de junturas de vidrieras y cierres de tabernas. Era un Madrid nuevo, escalofriante. En el curso de nuestro corto viaje, cinco veces nos dieron el «¡Alto!» los milicianos,

nos cegaron con sus linternas y revisaron nuestros papeles. El pase oficial del Ministerio de Estado no impresionaba a nadie; cuando al fin les mostré el carnet de la UGT, uno de los milicianos dijo:

—¿Por qué no has empezado por enseñar esto, compañero? ¡Ministros! ¿A mí qué... me importan los ministros?

El último control fue a la puerta de la Telefónica. En la calle de Valverde era muy oscuro para ver más que las paredes de cemento prolongándose hacia el cielo. Un guardia de asalto me condujo desde la puerta al cuarto de guardia, donde un teniente examinó los documentos del ministerio; después me pasó al Comité Obrero de la Telefónica.

El comité había establecido un control inmediato a la puerta en el *hall* de entrada: era un pequeño mostrador como un púlpito y, entronizado detrás de él, un hombre rudo, muy moreno, sin afeitar, con el cuello envuelto en un tremendo pañuelo blanco y rojo, atado con un nudo flojo.

—Y tú, ¿qué quieres, compañero? —Echó a un lado, sin mirarlos, los documentos oficiales—. Está bien. Ya los han visto esos que entienden de papelotes. Lo que yo pregunto es, ¿a qué vienes tú aquí?

—Como puedes ver, vengo a censurar los despachos de los periodistas extranjeros.

—Y tú, ¿a qué organización perteneces?

—A la UGT.

—Bueno. Dentro encontrarás uno de los tuyos. Es medio tonto, así que no cuenta. Es entre nosotros como tenemos que arreglar esta cuestión de los extranjeros. Todos ellos son fascistas. Así que ya sabes: el primero que se desmande me lo traes a mí, o simplemente me llamas. Y ándate con pies de plomo cuando se ponen a chapurrear en su lengua. No sé por qué los dejan hablar en su lengua. Si quieren mandar información, que la manden, pero que lo hagan en español, y si quieren, que paguen un traductor nuestro. Y no que lo único que hacen es subir y bajar, metiendo bulla con su inglés o lo que sea y sin que nadie sepa si

te están llamando hijo de zorra. Bueno, tu oficina está en el piso quinto y estos dos te van a acompañar.

En el ascensor, una muchacha bonita y alegre nos condujo a los milicianos y a mí hasta el piso quinto. Fuimos a lo largo de un interminable pasillo, lleno de revueltas, con puertas a cada lado, y penetramos en la última de todas. El cuartito estrecho olía a cera como una iglesia, y la oscuridad en que estaba sumergido se atenuaba sólo por un resplandor violeta. Sobre la mesa se destacaba un círculo de luz blanca, cruda. El reflejo violeta y el olor a cera procedían de que la bombilla estaba envuelta en un papel carbón en lugar de la pantalla. El censor de turno, un hombre alto y huesudo, se levantó y me saludó. En el otro extremo del cuarto se movieron dos sombras: el ordenanza y el ciclista; uno, la cara de luna, lisa, de un viejo ayuda de cámara; el otro, la cara flaca y oscura, con ojos vivos, de un limpiabotas.

Me sumergí de lleno en el trabajo y por muchas noches me absorbí completamente en él. La organización era sencilla: los periodistas tenían su propia sala de trabajo en el piso cuarto, escribían sus informaciones en duplicado y las sometían al censor. Una copia se devolvía al corresponsal, sellada y visada, y la otra se mandaba a la sala de conferencias, con el ordenanza. Cuando se establecía la comunicación telefónica con París o Londres, el corresponsal leía en alta voz su despacho, mientras otro censor sentado a su lado escuchaba y, a la vez, a través de micrófonos, oía la conversación accidental que pudiera cruzarse. Un conmutador le permitía cortar instantáneamente la conferencia. Si el periodista quería transmitir su información por telégrafo o radio, nuestro ciclista llevaba la copia censurada a las oficinas de la Transradio.

Las grandes agencias americanas y Havas tenían grupos de corresponsales que trabajaban por relevos y producían despachos cortos, lo que ellos llamaban *snaps*, en un chorro continuo. Los periódicos más importantes de Inglaterra y América tenían

corresponsales especiales. La mayoría de los periodistas hablaban inglés, pero había un número de ellos franceses y latinoamericanos.

El trabajo de mi compañero y el mío era entendérnoslas con todos ellos. Él conocía el inglés coloquial, en cambio yo conocía mucho más inglés técnico y literario que él. Su francés era muy escaso,el mío mejor. Pero ni él ni yo habíamos trabajado nunca con periodistas. Nuestras órdenes eran más que simples: ¡teníamos que suprimir todo lo que no indicara una victoria del Gobierno republicano!

Los corresponsales se peleaban contra esta ley con toda su energía, su inteligencia y su técnica. Perea y yo acumulábamos nuestros conocimientos, llamábamos a menudo a uno de los censores de conferencias que había vivido muchos años en los Estados Unidos, consultábamos los diccionarios buscando doble sentido a algunas frases, y al final cortábamos todo lo que nos resultaba dudoso. Al principio pensé que pronto tendría una visión clara del trabajo y podría convertirlo en algo positivo. Pero ocurrió todo lo contrario. Conforme transcurría el otoño, las fuerzas republicanas sufrían derrotas tras derrotas y los periodistas realizaban los máximos esfuerzos para pasar sus informaciones: los franceses usaban libremente argot; americanos e ingleses, *slang*, trataban de sorprender al censor de conferencias y mezclar insinuaciones repentinas en sus conversaciones y saludos con los editores, al otro lado del hilo, o trataban de intercalar rápidamente palabras sueltas en sus textos.

En septiembre, la batalla más importante se libró por la conquista del Alcázar de Toledo. La columna del coronel Yagüe avanzaba por el valle del Tajo y se acercaba a Toledo. Las fuerzas del Gobierno trataban de tomar la fortaleza antes de que la columna de socorro llegara. Parte del Alcázar había sido volado, pero los defensores se mantenían en las ruinas y las defensas construidas en las rocas. El 20 de septiembre —y recuerdo la fecha por ser la de mi nacimiento— se mandaron a Toledo tanques de la distribución de gasolina a los garajes y se inundaron las

cuevas del Alcázar con petróleo, prendiéndole fuego después. El intento fracasó. El mismo día una columna de voluntarios, bien equipada, llegó de Barcelona y desfiló por las calles de Madrid aclamada por la multitud: los hombres venían a enfrentarse con la columna de Yagüe.

Al mismo tiempo, el Gobierno trataba de suprimir los tribunales terroristas, creando una nueva forma, legalizada, de tribunales populares, en los cuales un miembro del cuerpo jurídico actuaría como juez, y delegados de las milicias como asesores: se autorizaba a las milicias de vigilancia a investigar y detener fascistas, pero únicamente a las debidamente autorizadas, para eliminar así el terror de la caza del hombre. Pero la ola de miedo y odio estaba aún creciendo y el remedio era peor que la enfermedad.

La orden oficial para la censura fue: dejar pasar únicamente las informaciones en las que apareciera que el Alcázar estaba a punto de rendirse, la columna de Yagüe detenida en su avance, y los tribunales populares un dechado de justicia. Me sentí convencido de que la política que se seguía con la censura y las noticias oficiales era estúpida. Pero cuando me enfrenté con los periodistas, me encorajinó la seguridad cínica con que daban nuestra derrota por cierta y trataban de infiltrar sensaciones en sus despachos; como consecuencia, me dediqué a cumplir las órdenes oficiales con una furia salvaje, como si, suprimiendo frases aquí o allá, estuviera suprimiendo un hecho real cuya idea me era odiosa.

Cuando iba por las tardes al Ministerio de Estado para recibir mis órdenes para la noche, tenía generalmente un rato de charla con don Luis, que parecía haberme tomado afecto. Me solía contar historias de cómo los «extremistas» le habían amenazado en diversas ocasiones por haber dejado pasar una noticia desfavorable, o cómo se le había mezclado en conflictos porque un corresponsal había mandado información a través de la valija diplomática de su embajada. Todos tenían sospechas de él, y tenía miedo de que un día le cogieran y le

dieran el paseo. Estaba en buenas relaciones con los comunistas —al fin y al cabo, yo estaba allí porque ellos me habían recomendado— y don Julio, el ministro, que era quien le apoyaba, estaba también protegido por ellos. Pero los anarquistas...

Solía terminar cada una de sus peroraciones abriendo el cajón de su mesa y mostrándome una pistola:

—Pero antes de que me cojan, me cargo a uno de ellos ¡por lo menos! Bueno, de todas maneras, usted tenga mucho cuidado y no deje pasar nada, y sobre todo, tenga usted mucho cuidado con su compañero que es flojo, ¡muy flojo!

En la última semana de septiembre, Fausto, el inventor de la granada de mano, vino un día a sacarme de mi sueño diurno. Tenía una orden del Ministerio de la Guerra para recoger las granadas almacenadas en la Fábrica de Armas de Toledo, pero no tenía medios de transporte. Los cientos de coches y camiones que circulaban por Madrid, sin finalidad alguna, estaban en las manos de los milicianos, y el ministerio no podía hacer nada sobre ellos. Cada grupo de milicias estaba dispuesto a recoger granadas para su propia unidad, pero no para el Ministerio de la Guerra.

—Si Prieto se entera de ello, las bombas se recogen —dije yo.

—Sí. Pero la cuestión es cómo llegar a Prieto antes de que los fascistas lleguen a Toledo. De todas maneras, yo me voy ahora allí a ver qué puedo hacer y, si quieres, vente conmigo.

Me fui con él. La carretera estaba atestada de coches y milicianos en ambas direcciones. Algunos gritaban que el Alcázar se había rendido, otros que lo haría de un momento a otro. Cerca de Toledo, se espesaba la multitud. La roca estaba coronada de explosiones. Las ambulancias pasaban lentas por el puente y el pueblo las saludaba con los puños en alto. Nos dirigimos a la fábrica, pero inmediatamente dimos de lado toda esperanza. Los camiones de la fábrica estaban preparados para transportar a Madrid todas las existencias de tubo de latón y las

estampadoras para fabricar cartuchos. Fausto se desesperó. Ninguno de los dos estábamos de humor para volver a Toledo. Le propuse que volviéramos a Madrid por el camino de Torrijos, para que pudiéramos detenernos en Novés.

En Torrijos, las calles estaban atascadas por carros y coches. Los habitantes estaban cargando en ellos ropas, colchones y muebles, dándose prisa unos a otros y gritando:

—¡Que vienen los fascistas!

Un viejo a quien le pregunté, me replicó:

—Vienen los fascistas y nos van a coger. Ayer nos tiraron bombas desde los aviones y mataron a mucha gente, y esta mañana les oíamos los cañonazos. ¡Usted no sabe la gente que ha pasado ya por aquí! De todos los pueblos, hasta de Escalonilla, que no está más que a media hora.

Novés estaba casi vacío. Unas mujeres corrían aún por las calles. Los dos casinos estaban cerrados. Le dije a Fausto que guiara al molino del tío Juan. Allí nos encontramos al viejo atando unos bultos con la ayuda de dos de sus mozos. Se asombró al verme:

—¿Qué hace usted por aquí? Ya puede usted darse prisa, porque los fascistas se echan encima. Esta noche nos vamos nosotros a Madrid.

—Bueno, entonces no vendrán tan de prisa —dije yo.

—Mire, don Arturo, esos fulanos están ya en la carretera. Aquí tiraron unas bombas hace dos días. Mataron las dos vacas del pueblo, a la Demetria, al chico y al marido. La gente dice que esta mañana ya han visto moros de descubierta en la carretera de Extremadura. Créame lo que le digo: si no se dan prisa, no pasan. Ya nos encontraremos en Madrid y le contaré lo que ha ocurrido aquí. Ha sido algo horrible.

Dejamos Novés en dirección de la Puebla de Montalbán y cuando llegamos a la carretera de Extremadura, desierta, Fausto miró arriba y abajo, paró el coche y dijo:

—Bien, aquí estamos. ¿Qué hacemos? ¿Nos volvemos a Toledo?

—Yo creo que el camino a Madrid aún está libre. Vamos para adelante, pero pisa el acelerador. No me gusta esta calma.

La carretera estaba desierta, pero también estaba regada de montones de trapos, ropas y correajes, gorros, mantas, vasos y platos de estaño y fusiles; las cunetas aparecían más y más llenas de estos despojos. En la distancia sonaron disparos de fusil y ametralladora y en la dirección de Toledo oímos la explosión de cinco bombas. Fausto guiaba a toda velocidad. Comenzamos a pasar milicianos sentados en la cuneta, descalzos, las botas o las alpargatas al lado de los pies desnudos. Después comenzamos a sobrepasar a otros, marchando aún, trabajosamente, la mayoría de ellos sin fusil, en mangas de camisa o camiseta, las caras y los pechos desnudos rojos de sol y de sofoco. Nos gritaban que les dejáramos montar y nos cubrían de insultos al no detenernos. Ibamos esperando un tiro por la espalda de un momento a otro. Por último, la carretera se convirtió en una masa humana. Milicianos cojeando, mezclados con campesinos que marchaban llevando del ronzal la mula o el burro en el que iban la mujer y los chicos, o conduciendo un carro de labranza cargado de bultos y de utensilios, la familia encaramada en lo alto sobre los colchones. Así llegamos a Navalcarnero.

Un oficial y unos pocos guardias de asalto habían formado un cordón a través de la carretera. Paraban a los milicianos huidos, les hacían entregar las armas y los mandaban alinearse en la plaza. El pequeño destacamento tenía una única ametralladora, montada en la plaza, y que contenía el pánico. Los vecinos de Navalcarnero estaban cargando sus carros y cerrando sus casas.

Detuvieron también nuestro coche. Fausto y yo nos apeamos y explicamos al oficial el objeto de nuestro viaje. La cara del oficial era una máscara estriada de polvo y sudor. Teníamos simplemente que ir al Ministerio de la Guerra —explicaba Fausto— para que los camiones del

ejército se encargaran de recoger el material antes de que se apoderaran de ello los fascistas.

En aquel momento, un grupo de milicianos con fusiles rompió a través de la multitud y por un instante estuvo a punto de romper también el cordón de guardias. El oficial nos dejó con la palabra en la boca y se subió al techo de nuestro coche:

—¡Alto! ¡Atrás, o disparo la máquina! Escuchad...

—Cállate tú ya, con tantos mandos, ¡voceras! O nos dejas pasar o pasamos por reaños —gritó uno de los milicianos.

El oficial replicó:

—Bueno, vais a pasar, pero escuchadme primero.

Los milicianos desarmados comenzaron a agruparse alrededor del coche. Fausto murmuró:

—¡Si escapamos con bien de ésta, hemos nacido hoy!

Pero el oficial hablaba bien. Llamó a los milicianos cobardes, en su propia cara, y les hizo ver qué vergüenza sería llegar a Madrid en el estado que estaban; les lanzó los peores insultos por haber tirado los fusiles en la cuneta y terminó explicándoles que podían reorganizarse en Navalcarnero y esperar allí hasta que llegaran las fuerzas de relevo que habían salido de Madrid. Al final gritó:

—Y nada más. Los que tengan algo de hombre que se queden, los otros se pueden marchar. Pero al menos nos tienen que dejar sus fusiles, para que podamos defendernos.

Un clamor delirante ahogó sus últimas palabras. Había vencido.

El oficial saltó a tierra e inmediatamente organizó piquetes que fueran a recoger de la carretera todos los fusiles que fuera posible. Después se volvió a nosotros:

—Ahora podéis marcharos, camaradas.

Era casi de noche cuando llegamos a Madrid. Habíamos dejado atrás la vanguardia de carros con los fugitivos a la altura de Alcorcón.

Me fui directamente al Ministerio de Estado y hablé con Rubio Hidalgo:

—No se apure —dijo—, el avance de los fascistas se ha contenido y el Alcázar no pasa de esta noche. Unos pocos milicianos se han asustado y nada más. Lo más importante es que esta noche no deje usted pasar ninguna noticia de esta clase. Mañana por la mañana habrá buenas noticias; ya verá usted.

Aquella noche tuve que sostener una verdadera batalla con los periodistas. Uno de ellos, un presuntuoso jovencillo francés que trabajaba para *Le Petit Parisién*, intentó tantos trucos y escandalizó tanto que tuve que amenazarle con arresto. De aquella noche no recuerdo más que esto: que enronquecí a fuerza de gritar y que en alguna ocasión eché mano a la pistola en señal de amenaza. En la mañana ya no fue posible ocultar por más tiempo que los fascistas habían avanzado hasta Maqueda en la carretera de Extremadura, un pueblecito más cercano a Madrid que La Puebla, por donde habíamos pasado unas horas antes, y hasta Torrijos en la carretera de Toledo. La columna en la carretera de Extremadura amenazaba Madrid y la otra amenazaba Toledo. El Gobierno disimuló estas noticias coronándolas con el anuncio oficial del rendimiento del Alcázar. Esto hubo que desmentirlo oficialmente horas después.

Algunos días después, el 27 de septiembre, los rebeldes entraron en Toledo. La Fábrica de Armas no fue volada y los rebeldes la ocuparon intacta.

El trabajo de la censura se convirtió en una pesadilla sin fin. Mi Colega en el turno de noche tuvo un ataque de pánico tan grande que dimitió. Me quedé solo, trabajando desde las nueve de la noche a las nueve de la mañana y apenas sabiendo lo que hacía. Cuanto más se aproximaban a la capital las fuerzas de Franco, más crípticos eran los despachos de los periodistas, y más exigentes sus manera. Con la amenaza y el miedo cada día mayores, una nueva ola de asesinatos

sacudió la ciudad. La situación alimenticia se agravó y llegó un momento en que únicamente los restaurantes comunales suministraban comida. A las once de la noche la circulación por las calle quedaba estrictamente prohibida y era peligroso, aun con pase, andar por ellas. El 30 de septiembre el Gobierno decretó la incorporación de todas las milicias al ejército regular, pero este ejército no existía aún. Comía en la cantina de la Telefónica o en un café cercano y Ángel recogía la comida para mi familia. Por la noche, bajo mis ventanas resonaban los disparos de los «pacos». Aquellas noches vivía sobre todo a fuerza de coñac y café puro.

Cuando cruzaba la calle en las mañanas temprano, veía aún la procesión de huidos que llegaban de los pueblos de alrededor, con sus mulas, sus carros y sus perros huesudos y amarillentos. Viajaban de noche por miedo a ser bombardeados de día. A los primeros que llegaban se les acomodó en casas grandes que habían sido incautadas, los últimos tuvieron que acampar al aire libre en los paseos de la ciudad. Se amontonaron los colchones bajo los árboles de la Castellana y Recoletos, y las mujeres guisaban en fogatas encendidas sobre las losas de las aceras. Cambió el tiempo y la lluvia torrencial comprimió a los refugiados en las casas ya llenas.

El tío Juan, el molinero de Novés, vino a verme una mañana. Me lo llevé a un café y comenzó a contarme su historia, en su modo lento y ecuánime:

—Yo tenía razón, don Arturo. Los viejos nos equivocamos pocas veces. ¡Las cosas que han pasado! Cuando estalló la revuelta, nuestra gente se volvió loca. Arrestaron a todos los ricos del pueblo y a todos los que habían trabajado con ellos; a mí también. Me dejaron fuera después de un par de horas. Los muchachos sabían que yo no me había mezclado jamás en política y que en mi casa siempre había un pedazo de pan para el que lo necesitara. Además, a mi chico le dio la ventolera de hacerse guardia de asalto, y por eso yo era también un republicano

para ellos. Bueno, montaron un tribunal en el Ayuntamiento y los fusilaron a todos, hasta al cura. A Heliodoro le fusilaron el primero. Pero los enterraron a todos en tierra sagrada. El único que se escapó con el pellejo fue José, el del casino, porque muchas veces les daba una pesetilla a los pobres que no tenían nada que comer. ¡Siempre es bueno encender una vela a Dios y otra al Diablo! Y así, las familias de los fusilados se marcharon del pueblo y al principio la gente quería repartirse las tierras; después quería trabajarlas en común. Total, que no se ponían de acuerdo y no había dinero. Se incautaron de mi molino, pero naturalmente, no había grano que moler y lo mismo pasaba en los otros pueblos. Unos cuantos de los jóvenes se marcharon a Madrid con las milicias, pero la mayoría de nosotros nos quedamos y fuimos viviendo con lo poco de las huertas y lo que se había encontrado en las casas de los ricos. Cuando los rebeldes comenzaron a venir cerca, todos los otros pensaron que ellos no tenían nada que temer y se quedaron la mayoría. Unos pocos más se marcharon cuando cayeron las bombas que le conté, pero usted sabe qué apegado está uno a su casa y a la tierra de uno, y muchos se quedaron. Hasta que la gente de otros pueblos que venían huyendo pasaron por allí, y comenzaron a contar que los fascistas, cuando entraban en un pueblo, fusilaban a los hombres y cortaban el pelo al rape a las mujeres... Con una cosa y otra, al final, todos decidimos marcharnos, pero esto fue en el último momento, el día que usted pasó por allí. Cuando salimos, los fascistas estaban ya en Torrijos y en Maqueda y habían cortado la carretera a Madrid; así que nos tuvimos que meter a través de los campos. Nos cazaban como a conejos, y al que cogían le volaban los sesos; a las mujeres las hacían volver a culatazos al pueblo. Después, los moros vigilaban por los campos y cuando cogían una mujer que no fuera muy vieja la tumbaban en los surcos y ya puede usted imaginarse el resto. Eso le hicieron a una muchacha que servía en casa de don Ramón. La tumbaron en un campo labrado y llamaron a los otros, porque la chica era guapa. ¡Once de

ellos, don Arturo! Marcial, uno de los mozos del molino, y yo, estábamos escondidos en unas matas viéndolo. A Marcial le entró tanto miedo que se ensució en los pantalones. Pero después se atrevió a venir conmigo y la recogimos. Ahora está en el hospital General, pero aún no saben si saldrá bien o no. Porque, ¿sabe usted?, no podíamos llevarla a cuestas todo el camino y tuvo que andar a través de los campos con nosotros por dos días, hasta que llegamos a Illescas y desde allí la trajeron a Madrid en un carro... Yo estoy bien aquí, con algunos de la familia, y a otros les pasa lo mismo. Pero hay algo que yo quisiera que viera usted con sus propios ojos, porque es horrible. Es el sitio donde han metido a los más pobres del pueblo que no te—nían a nadie aquí, ni dónde ir.

Después de comer en la cantina de la Telefónica, el tío Juan me obligó a acompañarle, aunque estaba rendido de cansancio. Me condujo a través de un inmenso portal de mármol, con columnas dóricas, y entramos en un enorme *hall*. Cuando abrió la mampara, el olor de excremento y orines nos abofeteó.

—Pero esto ¿qué es, tío Juan?

—No me lo pregunte. Pura miseria. Todos los retretes están rotos o atascados. Las gentes nunca habían visto un sitio como éste en su vida y no sabían qué hacer con ello, así que lo han roto todo... Ya , le dije que era horrible.

En una de las salas del palacio, una verdadera horda de mujeres, chiquillos y viejos, sucios, haraposos y malolientes, vivían en medio de un revoltijo de colchones tirados por el suelo, orinales, cacharros de cocina y piezas absurdas de mobiliario. Una mujer lavaba unos pañales en una palangana; el agua sucia rebosaba el recipiente y empapaba uno de los colchones, en el que un viejo, indiferente, con el pantalón desabrochado, fumaba mirando al techo. Tres mujeres regañaban alrededor de una mesa. La tapicería verde—azulado colgaba en tiras de las paredes, la chimenea de mármol tenía rotas las esquinas y los

altorrelieves, el hogar de la chimenea estaba convertido en basurero. Dos chiquillos pequeños berreaban sin que nadie hiciera caso, y un tercero estaba sentado en un rincón, cogido frenéticamente a un perrucho escuálido que ladraba y aullaba sin cesar. En el rincón más lejano sobresalía una cama de hierro, pintada de negro, una cabra atada a una de sus patas.

Mientras contemplaba aquello, el tío Juan dijo:

—Todo esto es el pueblo de Novés. ¿No lo reconoce usted? Bueno, ya le he dicho que eran los más pobres y no creo que usted los tratase nunca: eran demasiado pobres para atreverse a hablarle a usted. En otros cuartos hay gentes de otros pueblos vecinos, tres o cuatro. Como siempre pasa, se odian unos a otros y siempre andan de peleas, por si unos tienen mejor sitio que los otros, o un lavabo o un retrete. Acaban destruyendo todo para que los otros no lo disfruten y de eso están rotos los espejos, las tazas de los retretes y las cañerías de agua. Ahora ya no tienen más agua que la del estanque del jardín que, afortunadamente, tiene un surtidor en medio.

—Pero ¿es que nadie puede poner esto en orden? Al fin y al cabo, alguien tiene que haberlos traído aquí.

—¡Ca!, no. Nadie. Cuando llegaron con los burros y los carros, unos milicianos los cogieron en medio de la calle y los metieron aquí. Lo único que hacen es darles vales para la comida, pero nadie se preocupa más de ellos.

Recuerdo que fue precisamente aquel día que Franco se proclamó a sí mismo el Caudillo, el dictador de España.

Durante los días siguientes, las caravanas de bestias y carros, con hombres, mujeres y chiquillos encaramados en lo alto de sus ajuares y agotados de cansancio, no cesaron. Se organizaron a toda prisa batallones de milicianos que se mandaban a todos los frentes. Cada día llegaban noticias de cómo los rebeldes, extendiéndose como una invasión de langosta, avanzaban sobre Madrid por todos lados, desde la

sierra de Gredos y el valle del Alberche pasando por Aranjuez a través de Sigüenza, hasta la sierra de Guadarrama. Muchos pensaban que la guerra terminaría rápidamente. Si ¡os rebeldes cerraban el anillo, si cortaban la comunicación con Albacete y Barcelona, Madrid estaba perdido.

El 13 de octubre, Madrid escuchó por primera vez el ruido del cañón.

Yo había perdido ya toda esperanza de llegar a una mejor comprensión de la manera de trabajar de los periodistas extranjeros y ganar así alguna influencia sobre ellos. Los periodistas, sus informaciones, la vida de noche en la Telefónica, la vida de día en la ciudad, se convertían en una rápida sucesión de visiones, unas claras, otras borrosas, pero todas tan fugaces que era imposible fijar la atención en ninguna de ellas. Ya se me hacía imposible descifrar las hojas escritas a mano que algunos periodistas sometían a la censura; parecían ser hechas ilegibles de propio intento. Al final di la orden de que cada información tenía que estar escrita a máquina, lo cual ayudó un poco. Uno de los franceses hizo de ello su excusa para marcharse, pero cuando protestaba ruidosamente contra mi «despotismo», vi claramente que lo que tenía era miedo. Era una excepción.

Mientras mutilaba sus informaciones, siguiendo las órdenes que se me daban, no podía por menos de admirar el valor personal de los corresponsales, aunque me enfureciera su indiferencia. Se marchaban a las primeras líneas, arriesgando hasta las balas de un miliciano xenófobo o la captura por los moros en las fluctuaciones de un combate, para conseguir unas pocas líneas de información militar, mientras no les dejábamos pasar los artículos sensacionales que hubieran querido escribir, y que a veces escribían y pasaban dentro de una inviolable valija diplomática.

Me veía a mí mismo, sentado allí, en la oscuridad, detrás del cono de luz lívida, trabajando a ciegas, cuando todo el mundo creía que yo

sabía lo que estaba pasando. No sabía nada más que el anillo alrededor de Madrid se cerraba más y más y que no estábamos equipados para hacer frente a la amenaza. Era difícil sentarse quieto. Algunas veces, cuando pasaba al lado de un grupo de periodistas, ligeramente borrachos, que habían estado la noche entera tratando amablemente de engañarme —y posiblemente lo habían conseguido—, me entraban ganas de provocar una bronca con ellos. Lo que para nosotros era vida o muerte, para ellos no era más que una historia. Algunas veces, cuando los anarquistas del Control de Obreros, abajo en el *hall*, me repetían que todos estos periodistas eran fascistas y traidores, simpatizaba con sus creencias. La noche que uno de ellos, extendido a lo largo sobre un jergón en la sala de conferencias, roncaba su borrachera mientras esperaba que su llamada llegara, sentí un verdadero odio, recordando cómo a cada momento nos aguijoneaba con su seguridad de que Franco entraría en breve en la ciudad.

Me era imposible ser amistoso con María cuando llamaba al teléfono y me preguntaba cuándo y dónde nos podíamos reunir. Nuestras vidas habían llegado a un punto muerto.

Los ataques aéreos eran un hecho casi diario. El 30 de octubre, un solo avión mató cincuenta niños en una escuela en Getafe. El Sindicato de la Construcción comenzó a mandar a sus hombres a cavar trincheras alrededor de Madrid y a construir nidos de ametralladoras y barricadas de cemento en las calles. Las calles ya no se llenaban más con refugiados de los pueblos, sino de los suburbios de la ciudad, y las noches estaban punteadas de cañonazos. Se mandaron unidades de choque elegidas para mantener las trincheras en los bordes de la capital y los milicianos huyeron ante los tanques. La Pasionaria los reunió en las afueras e hizo un esfuerzo supremo para inculcarles un coraje nuevo. La CNT —los anarquistas— enviaron dos ministros al Gabinete de Guerra. Los periodistas escribían, sin cesar, informaciones diciendo que

estábamos perdidos, y nosotros tratábamos, sin cesar, de evitar que lo hicieran.

En la noche del 6 de noviembre, cuando fui al ministerio a recibir órdenes, Rubio Hidalgo me dijo:

—Barea, cierre la puerta y siéntese ahí. ¿Sabe usted? Todo está perdido.

Estaba ya tan acostumbrado a sus declaraciones dramáticas que no me causó impresión y le repliqué:

—¿De verdad? ¿Qué es lo que pasa ahora? —Me fijé entonces en que la chimenea estaba llena de papeles quemados y que sobre la mesa había otros empaquetados limpiamente y agregué—: ¿Es que nos vamos?

Se limpió la calva brillante con un pañuelo de seda, paseó su lengua púrpura y puntiagudapor sus labios y dijo lentamente:

—Esta noche, el Gobierno se traslada a Valencia. Mañana Franco entrará en Madrid. —Hizo una pausa—. Lo siento, amiguito, no se puede hacer nada. ¡Madrid se rendirá mañana!

Pero Madrid no se rindió el 7 de noviembre de 1936.

Segunda parte

When the senses
Are shaken, and the soul is driven to madness, Who can stand? When the souls of the oppressed Fight in the troubled air that rages, who can stand?
[... Cuando a los sentidos
Se sacude y el alma se hunde en la locura, ¿Quién aguanta? Cuando las almas de los oprimidos Luchan en el turbio aire furioso, ¿quién aguanta?]

William Blake

Capítulo 1

Madrid

El sitio de Madrid comenzó en la noche del 7 de noviembre de 1936; terminó dos años, cuatro meses y tres semanas después, simultáneamente con el fin de la guerra.

Cuando Luis Rubio Hidalgo me dijo que el Gobierno se marchaba y que Madrid caería al día siguiente, no supe qué decir. ¿Qué podía haber dicho? Sabía, tan bien como otro cualquiera, que los fascistas estaban en las afueras. Las calles estaban abarrotadas de gentes que, en desesperación, marchaban a enfrentarse con su enemigo en las puertas de su ciudad. Se luchaba en el barrio de Usera y en las orillas del Manzanares. Nuestros oídos estaban llenos constantemente con las explosiones de bombas y morteros, y algunas veces nos llegaban los estallidos del fusil o el tableteo de las ametralladoras. Pero ahora, ¡el así llamado Gobierno de Guerra se marchaba —huía— y el jefe de la Sección de Prensa extranjera del Ministerio de Estado estaba convencido de que las fuerzas de Franco entrarían!... Estaba desconcertado, mientras trataba de mantener toda mi corrección. El cajón en el que tenía una melodramática pistola estaba abierto a medias.

—Nosotros nos vamos mañana también —continuó—; naturalmente, el personal de plantilla. Me gustaría mucho podérmelo llevar a Valencia conmigo, pero comprenderá usted que no puedo hacerlo. Espero, mejor dicho, el Gobierno espera que se mantenga usted en su puesto hasta el último momento.

Se interrumpió, movió de lado su cara lisa y le rebrillaron sus gafas ahumadas. Tenía que decir algo, porque él había hecho esta pausa.

—Oh, sí, naturalmente.

—Bien. Ahora voy a explicarle la situación: como ya le he dicho, el Gobierno sale esta noche para Valencia, pero nadie lo sabe. Se han dejado instrucciones escritas en pliego cerrado al general Miaja para que él pueda negociar la rendición con la menor efusión de sangre

posible. Pero, como le digo, es en pliego cerrado que no debe abrir hasta que el Gobierno ya no esté aquí, y él mismo no sabe nada de esto. Ahora se dará usted cuenta de la responsabilidad que le confiamos. Es absolutamente necesario mantener secreto el traslado del Gobierno, para que no estalle el pánico. Lo que tiene usted que hacer es ir a la Telefónica, tomar el servicio como todos los días y no dejar pasar ni la alusión más pequeña. Yo me voy por la mañana temprano con el personal de la oficina y con los periodistas extranjeros que no pueden arriesgar el que Franco los pille aquí, cuando entre. Dormiré en el hotel Gran Vía, frente a la Telefónica, y si es necesario, puede usted llamarme allí en la noche.

—Pero, si se lleva usted a los periodistas, tienen que saber lo que pasa.

—No que se marcha el Gobierno. Desde luego, se pueden figurar algo. Ya les hemos dicho que la situación es muy grave y que de un momento a otro el Gobierno les puede pedir que se marchen, para no correr riesgos, y darles coches para que lleguen a Valencia. Algunos se quedarán, pero esto no importa. Ya les he dicho, además, que no tendrán las facilidades de nuestra censura, porque son los militares los que se van a hacer cargo de ello, y que el servicio en la Telefónica se va a suprimir. Los que se quedan son los corresponsales que están seguros en sus embajadas aquí, que no arriesgan nada, y que estarán muy contentos de asistir a la entrada de las tropas.

—Así, ¿usted está seguro de que entran?

—Pero, querido, ¿qué cree usted que puede hacer media docena de milicianos? Dígame: ¿qué pueden hacer contra el Tercio, los moros, la artillería, los tanques, la aviación, los técnicos alemanes? ¿Qué pueden hacer? Claro que no puedo decirle que van a entrar mañana mismo en Madrid, pero no hace más diferencia que, cuanto más tarde entren, más víctimas habrá. Bueno, y ahora lo que quiero decirle: puede usted dejar pasar la noticia de que, como una medida de precaución, el Gobierno ha

evacuado a los corresponsales extranjeros; esto ya lo sabe todo el mundo. Mañana se proclamará que el Gobierno ha decidido trasladarse a Valencia para continuar la guerra desde un punto estratégico, libre de todas las dificultades que se presentan a la organización de una guerra cuando la administración está en la línea de fuego.

—Y mañana, ¿qué tengo yo que hacer?

—No tiene usted que hacer nada. A las nueve, cuando se acabe su turno, cierra usted la oficina, se va a casa, y haga usted lo que le parezca mejor para salvar el pellejo, porque nadie sabe lo que puede pasar. Le voy a dejar el sueldo del ordenanza y de los dos ciclistas, y mañana por la mañana les paga usted y les dice que se marchen donde quieran. Le voy a dejar algún dinero para usted, para que si las cosas vienen mal se pueda bandear un poco.

Me dio ochocientas pesetas —dos meses de salario— y después se levantó muy solemne y me alargó la mano como si estuviéramos en un funeral. No podía decirle nada de lo que sentía y bajé la vista para no enfrentarme con la suya. Encima de la mesa, una hilera de fotografías con brillo de seda me mostraban una sucesión de niños muertos.

Pregunté estúpidamente:

—¿Qué va usted a hacer con esas fotografías?

—Quemarlas, y los negativos también. Queríamos haberlas usado para propaganda, pero conforme están las cosas, al que le cojan ahora con estas fotos le vuelan los sesos en el sitio.

—Entonces, ¿no se las lleva usted?

—No estoy loco, y además, ya tengo bastantes papelotes... —y comenzó a explicarme algo que yo no escuchaba. Conocía aquellas fotografías. Se habían tomado en el depósito de cadáveres al cual se habían llevado los cadáveres de los niños de la escuela de Getafe que un Junkers, volando bajito, había bombardeado una semana antes. Se les había puesto en fila y se les había prendido un número en las ropitas para identificarlos. Había un chiquitín con la boca abierta de par en par

en un grito que nunca acabó. Me pareció como si Rubio Hidalgo, en su miedo, estuviera asesinando de nuevo a estos niños muertos:

—¡Déjeme usted llevármelas!

Se encogió de hombros. Recogió las fotografías como las cartas de una baraja y me alargó una caja con los negativos:

—Si quiere usted arriesgar el pellejo, es cuenta suya.

Camino de casa me concentré en resolver cómo iba a salvar aquellas fotografías. Habría lucha. Sabía, sin pensarlo mucho, que el pueblo de Madrid se defendería, a navajazos si era necesario. No entrarían los otros tan sencillamente como aquella cara fría de huevo cocido creía y afirmaba con una sonrisa miedosa. Pero podían entrar, probablemente entrarían y entonces comenzarían las denuncias, las detenciones, los registros y los fusilamientos. Verdaderamente, tener aquellas fotografías en casa era firmar la propia sentencia de muerte. Pero no podía dejar que se perdieran; las caras de aquellos niños asesinados tenía que verlas el mundo.

En casa encontré, esperándome, a mi hermano, a mi cuñado y a sus siete chicos. Agustín, imperturbable y tranquilo como siempre, contó su historia. Aquella mañana, su barrio —el barrio obrero al otro lado del puente de Segovia— había sido atacado por los fascistas. Habían huido, como todos los vecinos, y habían cruzado el puente bajo las balas. Las tropas fascistas estaban ahora establecidas en la orilla opuesta del Manzanares y se fortificaban en la Casa de Campo. Su casa era un montón de ruinas. Habían salvado unas cuantas ropas y la cabeza de la máquina de coser. Por el momento se meterían todos en casa de mi hermano Rafael, porque Concha lo prefería a estar con Aurelia, mi mujer.

No discutimos; era absurdo hacer ningún plan definitivo, cuando dentro de veinticuatro horas podíamos estar todos en la misma situación. Les encargué, sin decir lo que pasaba, que prepararan unas

cuantas cosas ligeras y estuvieran dispuestos a escapar en cualquier momento. Me fui a la Telefónica.

Me encontré a los corresponsales en una excitación salvaje, esperando sus conferencias, pasando las últimas noticias de la lucha en los barrios extremos, ayudándose unos a otros si una llamada venía cuando el que la había pedido estaba ausente. Las mesas del cuarto de los periodistas estaban llenas de papeles, tazas sucias, jarras de café, bebidas de todas clases; todos los teléfonos parecían sonar al mismo tiempo y todas las máquinas de escribir pataleaban furiosas. Nadie hizo referencia a la marcha del Gobierno.

Desde la ventana de mi oficina oía, en la oscuridad de la calle, al pueblo marchando en busca del enemigo, chillando y cantando, automóviles disparados con las bocinas incansables; y en el fondo, detrás de los ruidos de la calle, los ruidos del ataque, disparos de fusil, de ametralladoras, de cañón, explosiones de morteros y de bombas. Me senté a censurar los despachos.

Hacia las dos de la mañana alguien trajo la noticia de que los fascistas habían cruzado tres de los puentes sobre el Manzanares, el de Segovia, el de Toledo y el del Rey, y que se peleaba cuerpo a cuerpo dentro de las tapias de la cárcel Modelo. Esto significaba que estaban dentro de la ciudad. Me negué a pasar la noticia mientras no tuviera una confirmación oficial, y me marché a la sala de conferencias para advertir a los censores en los micrófonos. El americano, enorme —dos metros de altura y más de cien kilos de peso—, que había estado bebiendo sin cesar toda la noche, se enfureció conmigo: Franco había entrado en Madrid y él se lo iba a comunicar a su periódico, por buenas o por malas. El censor de la República se había terminado. Me cogió de las solapas y me sacudió como un pelele. Saqué la pistola, y se lo llevaron dos milicianos. Se dejó caer en una de las camas de campaña y comenzó a roncar instantáneamente. Cuando el último corresponsal hubo mandado su último despacho, el censor del teléfono y yo nos

quedamos solos en la inmensa sala con aquel bulto informe roncando ruidosamente.

Todos los nervios los teníamos concentrados en el oído. Escuchábamos el ruido creciente de la batalla; el americano dormía su whisky estrepitosamente. Alguien le había echado encima una manta gris y sus dos pies, enormes, calzados con zapatos de gruesas suelas, sobresalían quietos y erectos como los pies de un cadáver.

No hablábamos. Teníamos los dos los mismos pensamientos y lo sabíamos.

La Gran Vía, la ancha calle en la que está la Telefónica, conducía al frente en línea recta; y el frente se aproximaba. Lo oíamos. Estábamos esperando oírlo de un momento a otro bajo nuestras ventanas, con sus tiros secos, su tableteo de máquinas, su rasgar de granadas de mano, las cadenas de las orugas de sus tanques tintineando en las piedras. Asaltarían la Telefónica. Para nosotros no había escape. Era una ratonera inmensa y nos cazarían como a ratas. Teníamos una pistola y unos cuantos cartuchos cada uno. Trataríamos de abrirnos camino a tiros a través de los corredores y las escaleras que conocíamos tan bien. Si perdíamos, mala suerte. Pero no esperaríamos a que nos mataran ellos fríamente. Nos defenderíamos hasta lo que pudiéramos.

Un muchacho joven, diminuto, el repórter en Madrid de la agencia Fabra, entró en el cuarto, con una cara lívida que se contraía en muecas. Me llevó en silencio a un rincón y balbuceó:

—Barea, ¡el Gobierno ha huido a Valencia!

—Ya lo sé. No te asustes y cállate. Lo sé desde las seis de la tarde, y no podemos hacer nada.

Se echó a temblar y a hipar, a punto de estallar en lágrimas. Le rellené con coñac, como se rellena una botella vacía, mientras lloriqueaba sobre la suerte de sus hijos. Vomitó y se quedó dormido al lado del americano.

El ruido de la batalla había disminuido. Abrimos las ventanas que daban a la Gran Vía. Era un amanecer gris. Mientras la niebla fría penetraba en la habitación, una nube densa, azulada, de humo de tabaco y de calor humano se escapaba en oleadas por la parte alta de las ventanas.

Me fui a dar una vuelta a través de los diferentes despachos. La mayoría de los periodistas se habían ido, unos pocos dormían en camas de campaña. Su cuarto estaba saturado de humo frío y vapores alcohólicos: abrí una de las ventanas, silenciosamente. Los cuatro censores de los aparatos estaban ahora todos despiertos, esperando su relevo. Las muchachas de los cuadros eran ya las del turno matinal y tenían los labios recién pintados y los cabellos aún húmedos. Los ordenanzas nos trajeron café negro, espeso, de la cantina y echamos un chorro de coñac en cada taza.

Uno de los censores del teléfono, un hombre canoso y quieto, deshizo un pequeño cucurucho de papel y sacó dos terrones de azúcar:

—Los últimos —dijo.

Al otro lado de la calle, a la puerta del hotel Gran Vía, había una hilera de automóviles. Decidí ir a despedir a Rubio Hidalgo. Los vendedores de periódicos comenzaban a vocear las primeras ediciones de la mañana. Ya no era un secreto que el Gobierno se había ido a Valencia. Madrid quedaba bajo el mando militar y se encargaría de su defensa una entidad de nueva creación: la junta de Defensa de Madrid.

—Y ahora, ¿qué, don Luis? —pregunté a mi jefe—. Madrid no ha caído.

—No importa. Usted haga lo que yo le he dicho ayer. El trabajo se ha terminado, ahora ocúpese de usted mismo. Deje usted a la junta de Defensa que monte su censura con unos cuantos oficiales, mientras dure. Madrid caerá mañana o pasado. Espero que no habrán cortado el camino de Valencia, pero no estoy muy seguro. La cosa se ha

terminado. —Estaba muy pálido y los músculos bajo la gruesa piel blancuzca se contraían a veces.

Volví a la Telefónica, pagué a Luis el ordenanza y a Pablo el ciclista, y les dije lo que me había dicho Rubio Hidalgo. Luis, un viejo ordenanza del ministerio, ceremonioso y un poco untuoso en sus maneras, pero por dentro un hombre inteligente, resignado y simple, empalideció:

—Pero, ¡a mí no me pueden echar así! Yo pertenezco al personal del ministerio, soy un empleado de la plantilla del Estado y tengo mis derechos.

—Bueno. ¿Qué te voy a decir, Luis? Vete al ministerio y trata de resolver las cosas, pero no creo que nadie te haga caso. Se han marchado simplemente, Luis, y te han dejado en tierra. —Yo mismo me sentía desesperado—. Yo por lo menos me voy a casa. El trabajo aquí se acabó.

Mientras aún zascandileaba por allí, vino un censor de teléfonos y me dijo que *monsieur* Delume había pedido su llamada de todas las mañanas a París e insistía en mandar su despacho.

—Nosotros —me dijo el hombre— no tenemos ninguna orden de suprimir las conferencias de prensa, pero ¿cómo les voy a dejar a los periodistas hablar con el extranjero y sus despachos sin censurar? ¡Y ahora tú dices que has cerrado la oficina! ¿No crees que debíamos de suprimir las conferencias?

Traté de explicarle el caso de Rubio Hidalgo, pero a medida que hablaba iba tomando una determinación: yo había entrado en la censura no como empleado del Estado, sino como un voluntario de la guerra contra los fascistas. La prensa extranjera, nuestro contacto con el mundo exterior, no podía seguir recibiendo noticias sin control alguno, pero tampoco se la podía silenciar. La censura militar, de la que Rubio Hidalgo había hablado vagamente, no existía. Los militares tenían cosas más urgentes que atender. A lo mejor, lo único que podían hacer los

militares era forzar a los periodistas a usar otros medios, como sus embajadas, y esto era aún peor. A pesar de lo que Rubio Hidalgo hubiera dicho, sólo los que estaban defendiendo Madrid, fueran quienes fueran, tenían el derecho de ordenarme abandonar mi puesto.

Me interrumpí en medio de una frase y dije al hombre:

—Vamos a hablar con los demás, las cosas no se pueden dejar así.

Formé consejo con los cuatro censores de teléfonos que eran empleados de la compañía Telefónica, pero a quienes se había dado órdenes de ponerse a disposición del Ministerio de Estado, y decidimos que yo me iría al ministerio y, si era necesario, a las nuevas autoridades que se encargaban de la defensa de Madrid, y obtendría instrucciones oficiales. Mientras tanto, ellos censurarían los despachos de prensa lo mejor que pudieran. Recogí los sellos de la censura y me fui con Luis y Pablo al Ministerio de Estado.

Los patios encristalados del ministerio estaban llenos de grupos, gritando y gesticulando. En medio del grupo más numeroso, Faustino, el majestuoso portero mayor, llevaba la voz cantante, mientras el sargento de guardias de asalto encargado de la custodia del edificio, escuchaba aburrido:

—Las órdenes que yo tengo son éstas, y las he recibido del señor subsecretario —gritaba Faustino—. Tengo que cerrar y ustedes se marchan ahora mismo a la calle. —Hizo sonar un manojo de llaves enorme, como un sacristán al anochecer para echar a las beatas rezagadas.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —pregunté.

El torrente de explicaciones fue tal que no entendía una palabra y me tuve que volver a Faustino. Titubeó en contestarme. Era claro lo que pasaba por su mente: yo allí era un don nadie, ni aun tan siquiera un empleado de la «casa», mientras que él era el portero mayor del ministerio más importante de España, el poder detrás del trono de cada ministro y mejor afirmado que ellos; el dictador de escaleras abajo en el

viejo palacio. Pero también era verdad que su mundo se había hundido, que se fusilaba a la gente, que... y decidió contestarme.

—Pues bien, mire usted, señor. La cosa es que esta mañana me llamó por teléfono el señor subsecretario de Estado y me dijo que el Gobierno se había ido a Valencia, y que él se marchaba en aquel momento; y que lo que yo tenía que hacer era cerrar el ministerio y decir al personal que se volviera a sus casas a medida que fueran llegando.

—¿Le ha mandado a usted una orden escrita para que cerrara el ministerio? —pregunté.

Era claro que esto no se le había ocurrido a ninguno.

—No, señor. Es orden personal del subsecretario.

—Perdone. Hace un momento ha dicho usted mismo que había sido una orden por teléfono.

—¡No me va usted a decir que yo no conozco su voz!

—Tampoco me va usted a decir que no puede imitarse una voz en el teléfono. —Me volví al sargento en tono de mando—: Bajo mi responsabilidad, usted queda encargado de que no se cierre el ministerio hasta que no haya una orden escrita de una autoridad superior.

Se cuadró:

—De todas formas yo no me hubiera ido, aunque se hubiera cerrado el edificio, porque yo no he recibido órdenes de mis superiores. Pero lo que usted me dice me parece bien. No se apure, esto no se cierra mientras yo esté aquí.

Me volví para ver lo que los otros decían.

Eramos unos veinte, todos de pie en medio del patio embaldosado y frío: diez de ellos, empleados del ministerio con sus cuellos planchados, duros, completamente absurdos en el Madrid de los milicianos; cinco o seis ordenanzas en uniformes azules galoneados con oro; y media docena de obreros de la imprenta del ministerio. Menos en cinco de estas caras, en todas las otras vi claramente una incrédula confianza

mezclada con miedo; no era difícil de entender el porqué. El ministerio, esta pieza de la maquinaria del Estado en la cual alguno de ellos había gastado su vida entera, había desaparecido de la noche a la mañana. Podían creer en las realidades de la guerra, la revolución, el peligro en que estaba Madrid, la amenaza de Franco y sus tropas, pero no podían creer que el edificio del Estado se derrumbara de golpe y en su derrumbamiento enterrara sus sueldos, su posición social, la base misma de su existencia. Estos empleados modestos, clase media sin más lustre que su título de empleado del Estado, la mayoría de ellos sin creencias políticas, habían visto la tierra bajo sus pies. No pertenecían a ningún sindicato... ¿Dónde iban a ir, qué podían hacer? Se encontraban de golpe en medio de la calle, sin un grupo que los soportara, incapacitados de pedir protección contra el riesgo de que los fusilaran. Se quedaban sin hogar y sin esperanzas si se cerraba el ministerio.

Por su parte, el ejército rebelde podía entrar en la ciudad aquel mismo día y se les encontraría como empleados de la República hasta el último momento. Era muy tarde para decidirse por uno de los dos bandos.

Mi intervención les daba una esperanza nueva y les salvaba de responsabilidad futura. Si Franco tomaba Madrid, sería yo, el revolucionario, quien se había apoderado del ministerio por la fuerza bruta y les había obligado a seguir trabajando. Si Madrid resistía, se encontrarían entre los valientes que se habían quedado, que habían resistido sin abandonar su puesto, y nadie les discutiría sus derechos como fieles sirvientes de la República.

Gritaron todos su aprobación. Estaban dispuestos a soportar mi proposición. Faustino se marchó lentamente, regruñendo entre sí, sacudiendo airado su manojo de llaves.

Torres, un joven impresor, se ofreció a acompañarme a la junta de Defensa, pero ni él ni yo, ni nadie, sabía dónde estaba. Al fin nos decidimos a recurrir a Wenceslao Carrillo, un viejo líder socialista que

los dos conocíamos y que era el subsecretario del Ministerio de la Gobernación. Como nos figurábamos, aún estaba en Madrid y en su oficina del ministerio, un cubículo de piedra, húmedo y frío, apestando a papeles apolillados y a moho. Había en la ridiculamente pequeña habitación unas dos docenas de personas y el aire era irrespirable. Carrillo se paseaba furioso entre el enjambre de empleados y oficiales de asalto. El viejo socialista, que rebosaba siempre un optimismo sanguíneo y saludable alrededor suyo, era indudable que aquella mañana estaba de mal humor, sus ojos ribeteados de rojo de una noche en vela y su cara congestionada. Como siempre, hablaba brusco, pero sin sus guiños picaros:

—Bueno, y vosotros dos, ¿qué queréis?

Le explicamos la situación en el Ministerio de Estado: no se podía cerrar el ministerio y la censura mientras estuvieran en Madrid las embajadas y los periodistas extranjeros. Por el momento yo había evitado que se cerrara, pero me hacía falta una orden oficial, algo, en fin, que regularizara la situación:

—¿Y qué queréis que yo le haga? Todos estamos en el mismo lío. Se han marchado y aquí se queda Wenceslao para dar la cara a lo que venga. ¡Así se los lleve el diablo a todos ellos juntos! Claro que a mí no me han dicho una palabra de que se marchaban, porque si me lo hubieran dicho... Bueno, mirad, arregladlo entre vosotros mismos como podáis. Id a la junta de Defensa.

—Pero ¿dónde está la junta de Defensa?

—¿Y yo qué demonios sé dónde está? El amo es Miaja y Miaja anda por ahí pegando tiros. Y si no, lo mejor que podéis hacer es ir al Partido y que os den allí instrucciones.

No fuimos al Partido Socialista, que era lo que Carrillo pretendía. Yo había perdido toda mi confianza en su capacidad de asumir la autoridad y responsabilidad en una situación difícil, y mi compañero Torres, un viejo miembro de las juventudes socialistas, hacía poco que

se había unido a los comunistas. Nos fuimos al comité provincial del Partido Comunista. Allí nos dijeron que la junta de Defensa no estaba aún constituida, pero que Frades, uno de los destacados en el Partido, sería secretario del Comité Ejecutivo de la junta. Frades nos explicó que nuestro caso no podía resolverse hasta que la junta existiera de hecho; debíamos volver a verle al día siguiente, y mientras tanto lo mejor era que no abandonáramos el ministerio. No discutió lo que yo había hecho, ni yo tampoco le pedí su opinión. Era obvio que ningún puesto de importancia en Madrid debía abandonarse.

Regresamos Torres y yo tan absortos en nuestro problema inmediato y el peligro probable de que hubiera elementos fascistas entre el personal del ministerio, que olvidamos la batalla que seguía furiosa a menos de cuatro kilómetros de nosotros. Luis, mi ordenanza en la Telefónica, me preparó una cama provisional en la sala de prensa del ministerio con uno de los enormes divanes color Corinto que allí había. Se había enfundado en su uniforme de ordenanza e iba y venía con la suavidad y tacto de un perfecto sirviente, aunque debajo de su apariencia suave estaba terriblemente excitado: don Luis le había querido echar a la calle como se echa un perro viejo con sarna, y yo le había salvado de la miseria; «le había salvado la vida» era lo que decía él. Estaba convencido de que se aprobaría oficialmente lo que había hecho y de que se me nombraría. Yo pensaba que también era posible que me dieran cuatro tiros, pero estaba demasiado exhausto para preocuparme. Telefoneé al control de la Telefónica y les pedí que se encargaran de censurar las conferencias aquella noche. Después me dormí como un leño.

Al día siguiente Torres y yo fuimos al palacio del banquero Juan March, en el cual la Junta de Defensa estaba instalando sus oficinas. Frades me alargó un papel con la cabecera impresa: «Junta de Defensa de Madrid. Ministerio de la Guerra. Este Consejo de Defensa decreta que, hasta nueva orden de este mismo Consejo de Defensa, la totalidad

del personal del Ministerio de Estado se mantendrá en sus puestos. El Secretario: Frades Arondo. Madrid, 8 de noviembre de 1936. Sellado por el Comité Ejecutivo de la Junta». Aún conservo el documento.

Cuando volvimos al ministerio, el orondo Faustino vino a mí con gran secreto:

—El señor subsecretario está en su despacho.

—Bueno, déjele allí. ¿No se había ido a Valencia?

—¡Oh, sí! Pero se le ha estropeado el coche.

—Ya le veré más tarde. Ahora, hágame el favor de pasar aviso a todo el personal de reunirse en el despacho de prensa.

Cuando todos los empleados estaban reunidos, les mostré la orden de la junta y les dije:

—Creo que lo que se debería hacer ahora es formar inmediatamente un comité del Frente Popular que tome sobre sí la responsabilidad de lo que se hace. Y aparte de esto, cada uno debe quedarse en su puesto hasta que haya órdenes concretas de Valencia.

Torres, que era joven e ingenuo, quiso hacer las cosas en gran estilo. Le mandó a Faustino que abriera el salón de embajadores, y dispuso:

—Como la mayoría de vosotros no pertenece a ninguna organización, nos vamos a reunir en el salón de embajadores únicamente los que estamos afiliados a alguna.

Eramos nueve, los seis impresores, dos empleados y yo. Torres asumió la presidencia. Era chiquitín y flaco y su cuerpecillo insignificante se hundió demasiado hondo en el muelle sillón del ministerio.

El salón de embajadores es una larga habitación, casi completamente llena por la enorme mesa central. Las paredes están tapizadas de brocado rojo y gualda, las sillas tienen respaldos curvados y dorados, asientos tapizados de rojo, y las garras en que rematan sus patas se hunden profundamente en la gruesa alfombra floreada. Sobre la mesa, frente a cada sillón, hay una carpeta de cuero con el escudo de

España estampado en oro. Torres, en mangas de camisa, se encaró con nosotros, los tres chupatintas venidos a menos y los cinco impresores en blusa azul:

—¡Camaradas!...

La enorme sala nos empequeñecía y nos hacía borrosos; para contrarrestar este sentimiento, manteníamos la discusión a puros gritos. Cuando salimos, la alfombra estaba salpicada de ceniza de cigarrillos y los brocados impregnados de humo frío de tabaco malo. Mientras desfilábamos, Faustino entró y comenzó a abrir los balcones para purificar el santuario; pero nosotros estábamos contentos. Habíamos formado un Comité del Frente Popular, del cual era presidente Torres y yo secretario. Y habíamos fundado también la Unión de Empleados del Ministerio de Estado. Una hora más tarde se había adherido todo el personal.

El sargento de los guardias de asalto me llamó a su cuarto, y, cuando entré, cerró la puerta con gran cuidado:

—Ahora, ¿qué vamos a hacer con el tío ese?

—¿Con qué tío?

—Con el subsecretario. Yo creo que debería suprimírsele.

—Hombre, no sea usted bruto.

—Yo puedo ser un bruto, pero ese fulano es un fascista. ¿Sabe usted lo que le ha pasado? Tenía miedo de pasar a través de Tarancón, porque allí están los anarquistas, y por eso se ha vuelto a Madrid. ¿Usted no conoce la historia? Pues todo Madrid la conoce ya. En Tarancón, los anarquistas estaban esperando al Gobierno y a todos los peces gordos que se escaparon la otra noche, y querían fusilarlos a todos. El único que tuvo reaños para enfrentarse con ellos fue nuestro propio ministro, don Julio, pero los hubo que se escaparon sin ponerse más que el pijama y yo creo que alguno hasta se ensució en él.

Me fui a ver al subsecretario de Estado. Los ojos del señor Ureña estaban dilatados detrás de sus gafas, la cara tenía un ligero tinte verdoso como el de los cirios de las iglesias. Me ofreció una silla.

—No, muchas gracias.

—Como usted quiera.

—Quería únicamente decirle que tengo esta orden de la junta de Defensa, de acuerdo con la cual el ministerio no puede cerrarse.

—Bueno, lo que usted diga. —No había duda de que el hombre estaba temblando de miedo y su mente llena de visiones de piquetes de ejecución.

—Esto es todo lo que quería comunicarle.

—Bien, bien. Pero yo tengo que salir esta tarde para Valencia.

—Yo no tengo nada en contra. Usted es el subsecretario de Estado y yo no soy más que un temporero en la censura. Supongo que usted tiene sus órdenes directas del Gobierno. La única cosa que yo tengo que decirle es que este ministerio no se cierra. Lo demás no me importa.

—Oh, bien, entonces todo está bien. Muchas gracias.

El señor Ureña se marchó aquella tarde y Madrid no volvió a verle. Torres me dio una orden firmada del Comité del Frente Popular ordenándome hacerme cargo del departamento de prensa. En la oficina de censura estaba sentado un hombre ya maduro con un mechón de pelo blanco, el periodista Llizo, un hombre bien educado y de una honradez absoluta, que me recibió con una exclamación de alivio:

—Gracias a Dios que esto comienza a arreglarse. ¿Usted sabe lo que los periodistas han mandado ayer sin nadie que lo censurara?

—¡Pero los censores de teléfonos se habían encargado de ello!

—Sí, puede ser, y parece que lo han hecho durante la noche. Pero durante el día, la mayoría de los periodistas hacían sus llamadas desde aquí y telefoneaban sus despachos en la sala de prensa, porque les era mucho más cómodo. Y como antes nosotros censurábamos en el aparato, naturalmente, la Telefónica ha conectado las llamadas y no se

ha preocupado de nada más, en la seguridad de que nosotros estábamos todavía haciendo la censura. O tal vez todo el mundo se ha hecho un lío. De todas maneras, ¡mire usted lo que se ha mandado al mundo ayer!

Miré el montón de papeles y se me revolvió el estómago. Los sentimientos contenidos de muchos periodistas se habían volcado allí. Había textos que no disimulaban, entre malicias, la alegría de que Franco estuviera, como ellos decían, dentro de la ciudad. Las gentes que leyeran aquellos despachos en otros países estarían convencidos de que los rebeldes habían ya conquistado Madrid y que la última resistencia, floja y desorganizada, terminaría inmediatamente. Había también informaciones justas y sobrias, pero la visión general que surgía de aquella odiosa mezcolanza era la de una confusión terrible —algo de esto había en verdad—, sin que apareciera la llamarada de valor y determinación de luchar que existía también y que era, en la jerga del periodismo, la «historia real». Nunca me he convencido tan completamente como entonces de la necesidad absoluta de una censura de guerra, leyendo aquellas informaciones llenas de malicia y de embustes, y dándome cuenta del daño que nos hacían en el extranjero. Era una derrota que se la debíamos al hombre a quien el miedo había llevado a desertar.

El mismo día, un hombre vestido de luto, escuálido, con cara de enfermo del estómago, vino a verme:

—Mire usted, yo soy el delegado del Estado en la compañía Transradio. He oído que usted había arreglado las cosas aquí y he venido a ver qué me aconseja. Sabe usted, yo tengo que censurar todos los radios que se mandan al extranjero, menos los que mandan ustedes ya censurados, claro, y la mayoría de estos radios proceden de las embajadas. Como usted pertenece al Ministerio de Estado y todo el mundo se ha marchado, he pensado que usted me podría ayudar. Francamente, yo no sé qué hacer, yo no soy un hombre muy enérgico. —Se estiró la corbata y me alargó un paquete de telegramas. Le

expliqué que yo no tenía autoridad para intervenir en sus asuntos y traté de convencerle de que fuera a la junta de Defensa.

—He estado allí. Me dijeron que siga haciendo la censura como siempre. Pero, ahora pasan cosas... ¿qué voy a hacer yo con esto? —Escogió uno de los telegramas dirigido a «S. E. el Generalísimo Franco. Ministerio de la Guerra. Madrid». Era un pomposo mensaje de felicitación al conquistador de Madrid, firmado por el presidente de una de las más pequeñas repúblicas latinoamericanas.

—Bueno, eso es fácil —le dije—. Devuélvalo con la nota corriente en el servicio: «Desconocido en las señas indicadas».

Pero si este telegrama no era importante desde el punto de vista de la censura, había otros, en clave, de embajadores y legisladores cuyo partidismo por Franco era indudable. Había radios para y de españoles con la dirección de embajadas extranjeras, donde estaban refugiados, cuyo texto dejaba ver claramente las más ingenuas combinaciones bajo simples mensajes familiares. El remitente más prolífico era Félix Schleyer, el comerciante alemán que yo sabía era uno de los agentes nazis más activos, pero que gozaba de una extraterritorialidad espuria como administrador de la legación de Noruega en ausencia del ministro, que residía en San Juan de Luz.

Para ayudar al pobre interventor del Estado en la radio y para evitar algo de aquel desastre, tomé a mi cargo decidir extraoficialmente qué despachos debía mandar y cuáles retener. Pero no me hacía ilusiones: no estábamos en condiciones de enfrentarnos con las cosas que habían abandonado los que así se marcharon sin mirar atrás. Pero tampoco podía yo hacer lo que ellos y rehuir la responsabilidad, aunque me consumiera la furia de mi impotencia y la ira contra los burócratas que habían huido con pánico, sin dejar nada previsto para la continuidad de su trabajo, seguros de la rendición de Madrid. El caso de los radiotelegramas, aunque no me concerniera directamente, me ponía claramente de relieve que esto mismo había ocurrido en cada oficina del

Estado, y que los que se habían quedado en Madrid tenían que montar, como yo, servicios de emergencia que seguirían forzosamente las leyes de una defensa revolucionaria, pero no las leyes de precedencia.

Reorganicé la censura de prensa extranjera con los cinco empleados que Rubio Hidalgo había dejado abandonados. Algunos de los periodistas nos mostraron inmediatamente un resentimiento hosco; el restablecido control les irritaba abiertamente.

—Ahora mandarán por las valijas diplomáticas todo el veneno que tienen dentro —dijo uno de los censores.

Lo que había montado era una estructura raquítica. Estábamos aislados, sin instrucciones y sin información oficial, y sin ninguna autoridad consultiva con excepción de la junta de Defensa, y la junta de Defensa tenía otras preocupaciones que el ocuparse de la censura de prensa extranjera. Nadie sabía por cierto a qué departamento pertenecíamos y yo no conseguía obtener comunicación telefónica con Valencia. Sin embargo, me sentía orgulloso de mantener el servicio.

A nuestro alrededor, Madrid estaba sacudido por una exaltación febril: los rebeldes no habían entrado. Los milicianos se felicitaban unos a otros y a sí mismos en las tabernas, borrachos de vino y de fatiga, dando un escape a sus miedos y a sus excitaciones con unos cuantos vasos, antes de volver a la esquina o a la barricada improvisada que aún persistía. Aquel domingo, el interminable 8 de noviembre, desfiló por el centro de la ciudad una formación militar compuesta de extranjeros en uniforme, equipados con armas modernas: la legendaria Brigada Internacional, que había sido entrenada en Albacete, venía en ayuda de Madrid. Después de las noches del 6 y del 7, cuando Madrid se había quedado sola en su resistencia desesperada, la llegada de estos antifascistas de países lejanos era una ayuda increíble. Antes de que terminara el domingo, circulaban ya por Madrid historias de la bravura de los batallones internacionales en la Casa de Campo; de cómo «nuestros» alemanes habían resistido la metralla de las máquinas de los

«otros» alemanes que iban en vanguardia de las tropas de Franco; de cómo nuestros camaradas alemanes se habían dejado aplastar por estos mismos tanques alemanes antes que retirarse. Estaban llegando tanques rusos, cañones antiaéreos, aeroplanos y camiones llenos de munición. Se corría el rumor de que los Estados Unidos estaban dispuestos a vender armas al Gobierno. Queríamos creerlo. Esperábamos todos que, ahora, a través de la defensa de Madrid —¿qué mejor voto?—, el mundo se enteraría al fin de por qué luchábamos. La censura de prensa extranjera en Madrid era una parte de esta defensa; o al menos entonces yo lo creía así.

Una de aquellas mañanas, los cañones de sitio que los rebeldes habían emplazado comenzaron su bombardeo diario del amanecer. Lo llamábamos «el lechero». Estaba dormido en un sillón en el ministerio cuando me despertó una serie de explosiones en la vecindad. Las granadas estaban cayendo en la Puerta del Sol, en la plaza Mayor, en la calle Mayor, a trescientos metros escasos del edificio donde yo estaba. De pronto, las gruesas paredes temblaron, pero la explosión y destrucción por la que esperaban mis nervios no llegó, como debía, segundos después. En algún sitio, en los pisos altos, se oían gritos y carreras, y gente medio vestida se volcaba escaleras abajo. Faustino envuelto en una vieja bata, su mujer en enaguas y chambra, con sus pechos blanduchos restallando, un grupo de guardias de asalto en mangas de camisa, los pantalones desabrochados. En el patio, más al sur, se amansaba una nube de polvo nacida en el techo.

Un obús había tocado el edificio, pero no había estallado. Había pasado a través de las viejas gruesas paredes y se había tumbado a descansar a través del umbral del dormitorio de los guardias. La madera del piso estaba humeante aún y en la pared de enfrente había un roto. Una hilera de volúmenes del diccionario Espasa—Calpe había brincado en un remolino de hojas sueltas. Era una granada de 24 centímetros, tan grande como un recién nacido. Después de conferencias sin fin aquí y

allá, vino un artillero del parque de artillería y desmontó la espoleta; el obús vendrían a recogerlo después.

Los guardias transportaron el enorme proyectil, ahora inofensivo, al patio. Alguien tradujo la tira de papel que se había encontrado en el hueco entre la espoleta y el corazón de la bomba. Decía en alemán: «Camaradas: no temáis. Los obuses que yo cargo no explotan. —Un trabajador alemán». Se abrieron de par en par las grandes puertas de hierro y sobre una mesa colocamos el obús, para que todos lo vieran. Vinieron miles a contemplar el obús y la tira de papel escrita en caracteres góticos. Ahora que los obreros alemanes nos ayudaban íbamos a ganar la guerra. «¡No pasarán, no pasarán!» Un avión, deslumbrante en la luz del sol como un pájaro de plata, volaba muy alto sobre nuestras cabezas. Las gentes se lo señalaban unos a otros: «¡Uno de los nuestros! Un ruso. ¡Viva Rusia!». El avión trazó una curva airosa, descendió sobre los tejados y dejó caer un rosario de bombas en el centro de la ciudad. La multitud se dispersó por un momento y volvió a conglomerarse para restaurar su fe, contemplando sobre la mesa el obús muerto, los guardias de asalto haciendo centinela.

Me fui a casa y recogí las fotografías de los niños asesinados en Getafe. Me las llevé al Partido Comunista para que se usaran en carteles de propaganda.

En la mañana del 11 de noviembre, Luis vino a decirme que dos extranjeros me estaban aguardando en la oficina de Rubio Hidalgo.

Cuando entré en el cuarto oscuro y mustio, con las señales todavía vivas de la huida reciente, me encontré con un hombre aún joven, de facciones enérgicas, móviles y bien coloreadas, gafas de concha y un tupé de pelos castaños rizados sobre la frente, paseándose de arriba abajo, y una mujer pálida y frágil, con labios desdeñosos y un moño de pelo ratonil, recostada contra la mesa. No tenía la más mínima idea de quiénes podían ser. Periodistas, no, desde luego. El hombre golpeó un

manojo de papeles sobre la mesa y dijo en mal español, con un acento gutural:

—¿Quién es el responsable de todo esto? Tú, supongo, ¿no? —Hizo la pregunta en un tono agresivo que me revolvió. Contesté agrio:

—¿Y quién eres tú?

—Mira, camarada. Éste es el camarada Kolzov de *Pravda* e *Izvestia*. Venimos del Comisariado de Guerra y queremos saber algunas cosas sobre ti. —Ella hablaba con un marcado acento francés. Miré el montón de papeles. Eran los despachos de prensa mandados sin el sello de la censura el 7 de noviembre.

El ruso se volvió a mí y gritó:

—Esto es una vergüenza. Quien quiera que sea el responsable de esta clase de sabotaje, merece que le fusilen. Los hemos visto en el comisariado cuando alguien del ministerio los llevó para que se enviaran a Valencia. ¿Eres tú quien ha dejado a los periodistas decir estas cosas? ¿Tú sabes lo que has hecho?

—Lo único que sé es que soy yo quien ha evitado que esto siguiera pasando —repliqué—. Nadie se ha preocupado de ello, y tú me parece que también te has enterado un poco tarde. —Y comencé a explicar toda la historia, menos molesto por la manera imperativa de Kolzov que satisfecho de que al fin alguien se ocupara de nuestro trabajo. Terminé diciéndole que hasta entonces estaba encargado de la censura sin autoridad alguna, con excepción de la mía y la del improvisado Comité del Frente Popular, consistente en nueve personas.

—La autoridad de quien tú dependes es el Comisariado de Guerra. Vente con nosotros y Susana te dará una orden del comisariado.

Me llevaron en un coche al Ministerio de la Guerra donde encontré que la mujer, a quien llamaban Susana, estaba actuando como secretaria responsable del Comisariado de Guerra de Madrid; aparentemente sin más razón que el haber mantenido su cabeza firme, porque hasta entonces no había sido más que una mecanógrafa. Grupos de oficiales

de las milicias entraban y salían, gentes entraban violentamente gritando que no les había llegado el armamento que les estaba destinado; y tal hombre, Kolzov, se mezclaba en cada discusión y gritaba con toda la autoridad de su vitalidad y de su arrogancia.

Me alegraba caer bajo el Comisariado de Guerra. Álvarez del Vayo, que era mi jefe supremo en su calidad de ministro de Estado, había sido nombrado comisario general. Aún no le conocía personalmente, pero estaba bien predispuesto por el sentimiento popular hacia él; había sido el primero de los ministros que había vuelto a Madrid y había hecho contacto con el frente de batalla de la ciudad sitiada. Todo el mundo narraba cómo él solo se había enfrentado con el grupo de anarquistas de Tarancón como un hombre. Las gentes recordaban que era él quien había dicho la verdad acerca de nuestra guerra a los diplomáticos, reunidos en Ginebra. Esperaba que, en las condiciones del estado de sitio, la censura de prensa extranjera se mantendría libre de interferencias de la burocracia del Ministerio de Estado emboscada en la retaguardia de Valencia.

La orden escrita que recibí del Comisariado de Guerra el 12 noviembre decía así:

Teniendo en cuenta el traslado a Valencia del Ministerio de Estado y de la necesidad indispensable de que el departamento de prensa de dicho ministerio continúe funcionando en Madrid, el comisario general de Guerra ha decidido que el dicho departamento de prensa dependerá de ahora en adelante del comisario general de Guerra y, por otra parte, que Arturo Barea Ogazón será responsable del mismo, con la obligación de rendir un informe de sus actividades al comisario general de Guerra.

En la tarde de aquel mismo día, Rubio Hidalgo llamó desde Valencia. Venía a Madrid para arreglar las cosas. Informé al comisariado. Me dijeron que no le dejara tocar un solo papel y que le llevara al Ministerio de la Guerra; ya se encargarían ellos de él.

—¿Y suponiendo que no quiera ir?

—Te lo traes entre dos guardias de asalto.

Hasta entonces había rehusado utilizar el despacho de Rubio. Era una habitación dispuesta para el jefe de sección que podía sentarse allí con todos los honores de su cargo, sin que le molestara el trabajo de otros. Por otra parte, odiaba el olor de la habitación. Pero cuando Rubio Hidalgo llegó de Valencia, le recibí en su propio despacho, sentado a su mesa, e inmediatamente le transmití la orden del Comisariado de Guerra. Palideció más de lo que era y guiñó sus ojos ganchudos:

—Bueno, vamos.

En el comisariado escuchó en silencio la reprimenda agria y cruda; después puso sus cartas sobre la mesa. Él era el jefe de prensa del Ministerio de Estado; el Comisariado de Guerra tenía que oponerse a cualquier acción desorganizada y brutal, puesto que reconocía la autoridad del Gobierno y su propio jefe era un miembro de él. La posición legal de Rubio era inatacable. Se acordó que la Oficina de Prensa y Censura en Madrid seguiría dependiendo de él en su calidad de jefe de prensa. Estaría bajo el Comisariado de Guerra en Madrid para las instrucciones inmediatas, y, a través del comisariado, bajo la junta de Defensa. El Departamento de Prensa del Ministerio de Estado seguiría pagando los gastos de la oficina de Madrid, los despachos censurados se seguirían enviando a Rubio Hidalgo. Estuvo suave y convincente.

Cuando volvimos al ministerio discutió conmigo los detalles del servicio: las reglas generales para la censura sobre cuestiones militares me serían dadas por las autoridades de Madrid. Acordamos que el servicio debía trasladarse en bloque a la Telefónica. Los periodistas pedían el cambio; la mayoría de ellos vivían en hoteles cercanos a la Telefónica y encontraban muy inconveniente el ir y venir todos los días al ministerio a través de un Madrid salpicado de cañonazos. Teníamos también el interés de liberar a los censores de la Telefónica de su

trabajo eventual como censores de prensa y en organizar los turnos de trabajo con nuestro escaso personal. Rubio prometió mandarme desde Valencia otro censor. Se marchó con apreciaciones entusiastas para el trabajo arduo que habíamos hecho y con acendradas protestas de amistad. Me quedé convencido de que me odiaba, aún mucho más que yo a él.

Cuando nos hubimos instalado en la Telefónica, me fui por unas horas. Era mi primer descanso desde el 7 de noviembre. Tenía el cerebro acorchado y quería respirar un poco de aire. Ir a casa no había ni que pensarlo. Me marché Gran Vía abajo, hacia el barrio de Arguelles y el paseo de Rosales, el barrio que había sido casi demolido por el bombardeo concentrado en los primeros días de sitio, cuando los tanques alemanes de los rebeldes se preparaban trepar hasta la plaza de España. Habían comenzado a subir la cuesta de San Vicente, pero habían sido rechazados cuando casi llegaban a ver la estatua de bronce de don Quijote. Toda la parte de Argüelles alrededor del paseo de Rosales y de la calle de Ferraz, que debía haber sido la brecha abierta en la muralla de defensa, estaba entonces evacuada y declarada zona de guerra, como parte frente.

Se había disipado la niebla de la noche anterior y el cielo era despiadadamente azul. Contemplé cada brecha y cada agujero en el Cuartel de la Montaña. Los jardines al pie estaban pelados y sucios. Algunos de los agujeros servían de marco al sol en los patios. El edificio era ahora una cáscara vacía y silenciosa que recibía los ruidos del frente y los devolvía amplificados y terribles. El tableteo de las ametralladoras allá abajo repercutía en las galerías del cuartel.

Hasta aquí llegaban los signos de vida humana, el ruido de gentes en algún rincón abandonado del cuartel, compañías de milicianos marchando por las avenidas hacia el frente, centinelas de guardia en puertas rotas. Quise seguir en dirección al paseo de Rosales, pero un soldado me hizo retroceder.

—No se puede pasar, compañero, está barrido por las ametralladoras.

Seguí por la calle paralela, la calle de Ferraz. Estaba desierta. Conforme avanzaba, la calle muerta se iba apoderando de mí. Había casas absurdamente intactas, lado a lado de montones inmensos de basura y escombro. Había casas cortadas limpiamente por un hachazo gigante que mostraban sus entrañas como una casa de muñecas abierta. En los pocos días que habían transcurrido, las nieblas habían estado trabajando en silencio: habían pelado el papel de las paredes y lo habían convertido en largas tiras pálidas que flameaban al viento. Un piano caído sobre su cojera mostraba sus dientes blancos y negros. Se balanceaban las lámparas del comedor con las pantallas pretenciosas de faldillas bordadas, ahogadas de vigas desnudas. Detrás de una ventana flanqueada de erizados cuchillos de roto cristal, un espejo intacto, desvergonzado, reflejaba un diván que dejaba escapar sus intestinos.

Pasaba bares y tabernas: uno cuyo piso había sido tragado por la boca oscura y aún hambrienta de la cueva, otro con las paredes intactas, pero el mostrador de cinc arrugado, el reloj en la pared, una retorcida masa de ruedas y muelles y una cortinilla roja agitándose delante de nada. Entré en una taberna que no estaba herida, sólo abandonada. Sillas y banquetas continuaban alrededor de las mesas pintadas de rojo, las botellas y los vasos estaban aún como los dejaron los parroquianos. En la pila del mostrador, el agua era espesa y llena de lodo en el fondo. Por la boca de un frasco de vino, cuadrado, renegrido de posos secos de vino, apareció lentamente una araña, se afirmó sobre el borde con sus dedos peludos y se me quedó mirando.

Me marché de prisa, casi corriendo, perseguido por el grito y por la mirada de las cosas muertas. Los carriles del tranvía, arrancados del pavimento de piedra, retorcidos en rizos convulsos, me cerraban el paso, como serpientes llenas de furia. La calle no tenía fin.

Capítulo 2

En la Telefónica

Cuando se corre peligro de muerte se tiene miedo: antes, en el momento o después. También, en el momento crítico de peligro, se sufre el fenómeno que yo llamaré de «visibilidad». La percepción de todos los sentidos y de todos los instintos se aguza hasta un límite que permite «ver» —es decir, profundizar— en lo más hondo de la propia vida. Pero cuando el peligro de muerte adquiere caracteres permanentes por un largo período de tiempo y no es personalmente aislado, sino colectivo, o se cae en la bravura insensata o en el embrutecimiento pasivo; o la visibilidad subsiste y se aguza más y más aún, como si fuera a romper las fronteras entre la vida y la muerte.

Aquellos días del mes de noviembre de 1936, todos y cada uno de los habitantes de Madrid estaban en constante peligro de muerte.

El enemigo estaba en las puertas y podía irrumpir de un momento a otro; los proyectiles caían en las calles de la ciudad. Sobre sus tejados se paseaban los aviones impunes y dejaban caer su carga mortífera. Estábamos en guerra y en una plaza sitiada. Pero la guerra era una guerra civil, y la plaza sitiada, una plaza que tenía enemigos dentro.

Nadie sabía quién era un amigo leal; nadie estaba libre de la denuncia o del terror, del tiro de un miliciano nervioso o del asesino disfrazado que cruzaba veloz en un coche y barría una acera con su ametralladora. Los víveres no se sabía qué mañana habrían dejado de existir. La atmósfera entera de la ciudad estaba cargada de tensión, de desasosiego, de desconfianza, de miedo físico, tanto como de desafío y de voluntad irrazonada y amarga de seguir luchando. Se caminaba con la muerte al lado.

Noviembre era frío y húmedo, lleno de nieblas, y la muerte era sucia.

La granada que mató a la vendedora de periódicos de la esquina de la Telefónica lanzó una de sus piernas al centro de la calle, lejos del cuerpo. Noviembre recogió aquella pierna, la refregó con sus barros y la convirtió de pierna de mujer en un pingajo sucio de mendigo.

Los incendios chorreaban hollín diluido en humedad: un líquido negro, seboso, que se adhería a las suelas, trepaba a las manos, a la cara, al cuello de la camisa y se instalaba allí persistente.

Los edificios destripados por las bombas exhibían las habitaciones rotas, mojadas por la niebla, sus muebles y sus ropas hinchados, deformes, desfilando los colores en una mezcla sucia, como si la catástrofe hubiera ocurrido años hacía y las ruinas hubieran quedado allí abandonadas. Por los cristales rotos de las casas en pie de los vivos entraba la niebla algodonosa y fría.

Tal vez os habéis asomado en la noche al brocal de uno de esos viejos pozos en el fondo de los cuales dormita el agua. Dentro está todo negro y en silencio y es imposible ver el fondo. Tienen un silencio opaco que sube de la tierra, de lo profundo, oliendo a moho. Si habláis, os responde un eco bronco que surge de lo hondo. Si persistís en mirar y en escuchar, acabaréis por oír el andar aterciopelado de las alimañas por sus paredes. Una cae de súbito al agua, y entonces el agua recoge una chispa de luz de alguna parte y os ciega con un destello fugaz,

lívido, metálico; un destello de cuchillo desnudo. Os retiráis del brocal con un escalofrío.

Era esta misma la impresión que se recibía al mirar a la calle desde las ventanas altas de la Telefónica. A veces se desgarraba el silencio de ciudad muerta lleno de estos ruidos pavorosos: el pozo estallaba en alaridos, ráfagas de luz cruzaban las calles acompañando el aullido de las sirenas montadas sobre las motocicletas, y el bordoneo de los aviones llenaba el cielo.

Comenzaba la hecatombe de cada noche; temblaba el edificio en sus raíces, tintineaban sus cristales, parpadeaban sus luces. Se sumergía y ahogaba en una cacofonía de silbidos y explosiones, de reflejos verdes, rojos y blanco—azul, de sombras gigantes retorcidas, de paredes rotas, de edificios desplomados. Los cristales caían en cascadas y daban una nota musical casi alegre al estrellarse en los adoquines.

Estaba en el límite de la fatiga. Había establecido una cama de campaña en el cuarto de censura de la Telefónica y dormía a trozos en el día o en la noche, despertado constantemente por consultas o por alarmas y bombardeos. Me sostenía a fuerza de café negro, espeso, y coñac. Estaba borracho de fatiga, café, coñac y preocupación.

Había caído de lleno sobre mí la responsabilidad de la censura para todos los periódicos del mundo y el cuidado de los corresponsales de guerra en Madrid. Me encontraba en un conflicto constante con órdenes dispares del ministerio en Valencia, de la junta de Defensa o del Comisariado de Guerra; corto de personal, incapaz de hablar inglés, ante una avalancha de periodistas excitados por una labor de frente de batalla y trabajando en un edificio que era el punto de mira de todos los cañones que se disparaban sobre Madrid y la guía de todos los aviones que volaban sobre ía ciudad.

Miraba los despachos de los periodistas tratando de descubrir lo que querían decir, cazando palabras a través de diccionarios pedantes para descifrar el significado de sus frases de doble sentido, sintiendo y

resintiendo la impaciencia y la hostilidad de sus autores. No los veía como seres humanos, sino como muñecos gesticulantes y chillones, manchones borrosos que surgían de la penumbra, vociferaban y desaparecían.

Hacia la medianoche sonó el alerta y salimos al pasillo que en un rincón, al lado de la puerta, ofrecía un resguardo contra los vidrios proyectados por las explosiones. Continuamos allí terminando de censurar unos despachos a la luz de nuestras lámparas de bolsillo.

Por el extremo opuesto del pasillo vino hacia nosotros un grupo de personas.

—¿Es que no pueden parar estos periodistas ni en los alertas? —regruñó alguien.

Era una partida de periodistas que acababa de llegar de Valencia. Alguno de ellos ya había estado en Madrid hasta la mañana del siete. Nos saludamos en la penumbra. Entre ellos venía una mujer.

El alerta pasó pronto y entramos en el despacho. La lámpara, envuelta en papel morado, me impedía ver bien las caras y entre esto y la llegada de otros periodistas con despachos urgentes sobre el bombardeo, tenía una impresión confusa de quiénes habían venido. La mujer se sentó frente a mí al otro lado de la mesa: una cara redonda, con ojos grandes, una nariz roma, una frente ancha, una masa de cabellos oscuros, casi negros, alrededor de la cara, y unos hombros anchos, tal vez demasiado anchos, embutidos en un gabán de lana verde, o gris, o de algún color que la luz violada hacía indefinido. Ya había pasado de los treinta y no era ninguna belleza. ¿Para qué demonios me mandaban a mí una mujer de Valencia? Ya era bastante complicado con los hombres. Mis sentimientos, todos, se rebelaban contra ella.

Tenía que consultar frecuentemente el diccionario, no sólo por mi escaso inglés, sino también por el *slang* o jerga periodística y las palabras nuevas que creaba la guerra a cada momento con su

armamento jamás usado. La mujer me miraba curiosa. De pronto cogió uno de los despachos del montón y dijo en francés:

—¿Quieres que te ayude, camarada?

Le alargué silenciosamente una página llena de una cantidad de «camelos». Me malhumoró y me hizo sospechar ligeramente el ver la rapidez y facilidad con la que recorría las líneas con sus ojos, pero tenía que quitarme de encima un montón enorme de despachos y la consulté varias veces. Cuando nos quedamos solos le pregunté:

—¿Por qué me has llamado «camarada»?

Me miró con gran asombro:

—¿Por qué me ha llamado «camarada»?

—No creo que lo diga por los periodistas. Algunos de ellos son fascistas declarados.

—Yo he venido aquí como una socialista y no como corresponsal de un periódico.

—Bueno —dije displicente—, entonces, camaradas. —Lo dije de mala gana; aquella mujer iba a crear complicaciones.

Comprobé y respaldé sus documentos; la mandé alojada al Gran Vía, el hotel exactamente enfrente de la Telefónica, y pedí a Luis el ordenanza que la acompañara a cruzar la oscura calle. Se marchó a lo largo del pasillo, tiesa y terriblemente seria, embutida en su severo gabán. Pero andaba bien. Una voz detrás de mí dijo: «¡Ahí va un guardia de asalto!».

Cuando volvió Luis, exclamó:

—¡Eso es una mujer para usted!

—¡Caray! ¿Le ha gustado, Luis? —pregunté asombrado.

—Es una gran mujer, don Arturo. Tal vez demasiado buena para un hombre. Y vaya una idea. ¡Venir a Madrid precisamente ahora! No sabe ni cinco palabras de español, pero si la dejan sola por la calle no se pierde, no. Ya tiene reaños esa mujer.

Al día siguiente vino a la censura a que le diera un salvoconducto y tuvimos una larga conversación en nuestro francés convencional. Habló francamente de ella misma, ignorando o tal vez no enterándose de mi antagonismo: era una socialista austríaca con dieciocho años de lucha política detrás de ella; había tomado parte en la revolución de los trabajadores de Viena en febrero de 1934 y en el movimiento ilegal que siguió; después había escapado a Checoslovaquia y vivido allí con su marido como una escritora política. Había decidido venir a España cuando estalló la guerra. ¿Por qué? Bueno, a ella le parecía que era la cosa más importante para los socialistas que ocurría en el mundo y quería ayudar. Había seguido los acontecimientos en España a través de los periódicos socialistas españoles, los cuales descifraba con la ayuda de sus conocimientos del francés, del latín y del italiano. Tenía un grado universitario como economista y socióloga, pero por muchos años se había dedicado sólo a trabajo de educación y propaganda en el movimiento obrero.

«¡Buena pieza me había caído en suerte! ¡Revolucionaria, intelectual y sabihonda!», pensé para mis adentros.

Y desde el momento que había decidido venir a España, pues, aquí estaba. Dios sabía cómo: con dinero prestado, con la excusa de que algunos periódicos de la izquierda, en Checoslovaquia y en Noruega, le habían prometido tomarle los artículos para informaciones telefónicas, nada más que unas cuantas cartas que mandara, pero sin darle un sueldo, ni menos aún dinero de presentación. La embajada en París la había mandado al departamento de prensa y éste había decidido pagarle los gastos de estancia. Rubio Hidalgo se la había llevado a Valencia con su convoy, pero, puesto que Madrid no había caído, ella se había empeñado en que al menos tenía que haber un periodista de izquierda en Madrid, y exigió volver. Escribiría sus artículos y serviría como una especie de secretaria—mecanógrafa a unos periodistas franceses e ingleses que estaban dispuestos a pagarle bien. Así que todo lo tenía

arreglado. Se había puesto a la disposición del Departamento de Prensa y Propaganda y se consideraba ella misma como bajo nuestra disciplina.

Un discurso bonito. No sabía qué hacer con ella: o sabía demasiado o estaba loca como una cabra. Su historia, a pesar de todas sus cartas de presentación, me parecía un poco fantástica.

Entró en el cuarto un periodista danés, regordete y alegre, que había venido con ella desde Valencia. Quería que le censurara un largo artículo para *Politiken*. Lo sentía mucho, yo no podía censurar nada en danés, tendría que someterme un texto en francés o en inglés. Se puso a hablar con la mujer y ésta recorrió con la mirada las cuartillas escritas a máquina y se volvió a mí:

—Es un artículo sobre los bombardeos de Madrid. Déjeme que lo lea por usted. Ya he censurado otros artículos de él en danés cuando estaba en Valencia. Sería muy difícil para él y para su periódico si tuviera que traducirlo al inglés o al francés y después retraducirlo allí.

—Pero yo no puedo pasar un idioma que no entiendo.

—Llame a Valencia a Rubio Hidalgo y ya verá cómo me deja hacerlo. Al fin y al cabo es en nuestro propio interés. Luego volveré y ya me dirá lo que Rubio le ha dicho.

No me hizo mucha gracia su insistencia, pero le di cuenta a Rubio Hidalgo en el curso de la conferencia que teníamos siempre a mediodía. Me encontré con que no sabía pronunciar el nombre de la mujer, pero no había otra mujer periodista en Madrid. Y con la mayor sorpresa por mi parte, Rubio Hidalgo dio inmediatamente su conformidad y preguntó:

—¿Y qué está haciendo Ilsa?

—No lo sé exactamente. Va a escribir unos artículos, dice, y parece que va a escribir los despachos de Delmer y Delaprée, para sacar algún dinero.

—Ofrézcale un puesto en la censura. La paga corriente, trescientas pesetas al mes, más el hotel. Puede sernos muy útil. Conoce muchos

idiomas, y es muy inteligente. Sólo que es un poco impulsiva, y confiada. Propóngaselo hoy mismo.

Cuando la invité a que se convirtiera en un censor, dudó por unos momentos. Después dijo:

—Sí. No es bueno para nuestra propaganda que ninguno de vosotros no pueda hablar con los periodistas en su lenguaje profesional. Acepto.

Comenzó aquella misma noche. Trabajamos juntos, uno enfrente del otro, sentados a cada lado de la amplia mesa. La sombra de la pantalla caía sobre nuestros perfiles y sólo cuando nos inclinábamos sobre los papeles nos veíamos uno al otro la punta de la nariz y la barbilla, distorsionadas y planas, por el contraste del cono de luz contra las sombras. Trabajaba rapidísimamente. Podía ver que los periodistas estaban encantados y se enzarzaban en rápidas conversaciones con ella como si fuera uno de los suyos. La situación me molestaba. Una vez, dejé el lápiz y me quedé mirándola, absorta en lo que leía. Debía de ser una cosa divertida porque la boca se curvaba en una sonrisa suave.

«Pero... tiene una boca deliciosa», me dije a mí mismo. Y me asaltó de pronto una curiosidad irresistible por verla en detalle.

Aquella noche charlamos por largo rato sobre los métodos de propaganda del Gobierno republicano, tal como los veíamos a través de las reglas de la censura, que le había explicado, y tal como ella había visto el resultado en el extranjero. Las dificultades terribles que atravesábamos, sus causas y sus efectos tenían que suprimirse en las informaciones de prensa. Su punto de vista era que aquello era una equivocación catastrófica, porque así se convertían nuestras derrotas y nuestras querellas internas en algo inexplicable; nuestros éxitos perdían su importancia y nuestros comunicados sonaban a ridículo, dando así a los fascistas una victoria fácil en su propaganda.

Me fascinaba el sujeto. Por mi experiencia personal con propaganda escrita, aunque esta experiencia nunca había sido más que desde un ángulo puramente comercial, creía también que nuestro método era

completamente ineficaz. Tratábamos de conservar un prestigio que no poseíamos y estábamos perdiendo la posibilidad y la ocasión de una propaganda efectiva.

Los dos, ella y yo, veíamos con asombro que ambos queríamos la misma cosa, aunque nuestras fórmulas fueran diferentes y sus raíces de origen absolutamente distintas. Acordamos que trataríamos de convencer a nuestros superiores de que cambiaran sus tácticas, ya que para ello estábamos en una posición clave en la censura de prensa del Madrid sitiado.

Ilsa no se marchó a dormir al hotel. Confesó que la noche antes, cuando los Junkers habían sembrado sus bombas incendiarias, la había disgustado encontrarse sola en el cuarto del hotel, aislada e inútil. Le ofrecí la tercera cama de campaña que teníamos en la habitación y me alegré que aceptara. Desde aquel momento comenzó adormir a ratos y censurar a ratos, lo mismo que hacía yo, mientras Luis roncaba suavemente en su rincón.

Al día siguiente trabajamos sin cesar, charlando en cada rato que teníamos libre. Rafael me preguntó qué era lo que podía hablar con ella sin cansarme. Manolo le dijo que su conversación debía de ser fascinante porque me tenía atontado. Luis movía la cabeza afirmativamente con el aspecto de quien posee un secreto. Cuando se marchó, para escribir sus propios artículos en compañía de algunos periodistas ingleses, me quedé inquieto e impaciente. Las noticias del frente eran malas. El ruido de las trincheras había golpeado los cristales de nuestras ventanas todo el día.

A medianoche me eché en la cama de campaña bajo la ventana e Ilsa se hizo cargo de la censura de los despachos de madrugada.

No podía dormir. No sólo porque no dejara de entrar y salir gente, sino porque estaba en ese estado de agotamiento nervioso que le hace a uno girar en un círculo vicioso, sin descanso posible, mental y físicamente. Durante las noches pasadas no había dormido por los

bombardeos y hasta me había tocado hacer de bombero cuando comenzaron a caer bombas incendiarias en uno de los patios de la Telefónica. Ahora estaba repleto de café puro y coñac. El no dormir me provocaba una irritación sorda que iba en aumento.

Ilsa se levantó de la mesa y se dejó caer en la otra cama puesta a lo largo de la pared de enfrente y se durmió casi inmediatamente. Era la hora más quieta, entre las tres y las cinco. A las cinco vendría uno de los corresponsales de las agencias con su crónica interminable de cada mañana. Me sumergí en un estupor semilúcido.

A través de mis sueños comencé a oír un ronroneo tenue y muy lejano, que se acercaba rápidamente. Así que, ¿tampoco iba a dormir aquella noche porque venían los aviones? A través de la penumbra púrpura del cuarto vi que Ilsa abría los ojos. Los dos nos incorporamos, la cabeza descansando sobre una mano, medio tumbados, medio sentados, frente a frente:

—Al principio me creía que era el ascensor —dijo. Los grandes ascensores habían estado zumbando sin cesar al otro lado del pasillo.

Los aeroplanos estaban trazando círculos sobre nosotros y el sonido se aproximaba más y más. Descendían, bajo y deliberadamente, trazando una espiral alrededor del rascacielos que era el edificio. Escuchaba estúpidamente el doble zumbido de sus hélices, una nota alta y una baja: «Dor—mir—dor—mir—dor—mir...».

Ilsa preguntó:

—¿Qué hacemos?

«¿Qué hacemos?» Así, con la voz fría. ¿Es que esta mujer se cree que esto es una broma? La cabeza me seguía martilleando con la estúpida frase, acompasada a los motores: «... dor—mir—dor—mir...». Y ahora la pregunta idiota: «¿Qué hacemos?». ¿Se iría a arreglar la cara esta mujer? Había abierto su bolsillo y había abierto una polvera. Contesté bruscamente:

—¡Nada!

Seguimos escuchando el ruido de los motores girando sobre nosotros, inexorable. Aparte de esto había un silencio profundo. Los ordenanzas debían de haberse ido al refugio de los sótanos; todo el mundo debía de haberse ido al refugio. ¿Qué hacíamos allí nosotros, escuchando y esperando?

La explosión me levantó al menos dos centímetros sobre el colchón. Por un momento quedé suspendido en el aire. Las cortinas negras de las ventanas ondearon furiosas hacia el interior de la habitación y dejaron caer de entre sus pliegues una cascada de vidrios rotos sobre la cama. El edificio, que yo no había sentido vibrar, parecía ahora enderezarse lentamente. De la calle subía una algarabía de gritos y cristales rotos. Se oyó caer blandamente una pared, y se adivinaba en su ¡plof! sordo la oleada de polvo invadiendo la calle. Ilsa se levantó y se sentó en el borde de mi cama. Comenzamos a hablar, no recuerdo de qué. De algo. Necesitábamos hablar, sentir la sensación de refugio de animales amedrentados. Por las ventanas entraba en bocanadas la niebla húmeda oliendo a yeso. Sentía el deseo furioso de poseer allí mismo a aquella mujer. Nos envolvimos en los gabanes. El ruido de los aviones había cesado y se oían algunas explosiones muy lejos. Luis asomó a la puerta su cara asustada:

—Pero ¿se han quedado ustedes aquí, los dos solos? ¡Qué locura, don Arturo! Yo me marché a los sótanos y después me sacaron de allí con un grupo para recoger gente cuando aún estaban cayendo las bombas. Así que tal vez han estado ustedes acertados en quedarse aquí. Pero yo no creía que les dejaba solos, creía que, como todos, también ustedes venían abajo, naturalmente que...

Seguía y seguía con su charla nerviosa y espasmódica. Entró uno de los corresponsales de las agencias con el primer despacho sobre el bombardeo. Comunicaba en él que una casa de la calle de Hortaleza, a veinte metros de la Telefónica, había quedado totalmente destruida. Ilsa se sentó inmediatamente a la mesa para censurar la noticia y su cara

quedó iluminada por el débil fulgor que pasaba a través del papel carbón gris—púrpura que envolvía la bombilla. El papel se requemaba lentamente y olía a cera, con el olor de una iglesia donde acabaran de apagarse las velas del altar mayor. Me fui con el periodista al piso doce, para ver los fuegos verdosos que rodeaban la Telefónica.

Amanecía una mañana de sol y nos asomamos a las ventanas. La calle de Hortaleza estaba cerrada por milicianos en el trozo bajo nuestras ventanas. Los bomberos estaban removiendo los escombros. Los balcones se llenaban de gentes que enrollaban las persianas y corrían las cortinas. Los balcones y el cerco de las ventanas estaban llenos de vidrios rotos. Alguien comenzó a barrer un montón brillante hacia la calle y los cristales cayeron en una cascada de campanitas. De pronto, en cada balcón y en cada ventana aparecieron las figuras de un hombre o de una mujer, adormilados y armados de una escoba, y los cristales rotos comenzaron a llover sobre ambas aceras. El espectáculo era irresistiblemente cómico. Me recordaba la famosa escena de *Sous les toits de París*, cuando en cada ventana aparece una figura humana y se incorpora al coro. Los cristales tintineaban alegres sobre las baldosas y las gentes que barrían cambiaban bromas con los milicianos en la calle que se refugiaban en los portales.

Contemplaba aquello como algo lejano a mí. Mi mal humor seguía aumentando. Tendría ahora que encontrar otra habitación para oficina, porque no había ni que pensar en tener nuevos cristales para las ventanas.

A las diez de la mañana llegó Aurelia, determinada a convencerme de que me fuera un rato con ella a casa; no había ido por allí al menos en una semana. Ella lo había arreglado ya para que los chicos se quedaran con los abuelos y nosotros estuviéramos solos en la casa. Por dos meses, o más, no habíamos estado solos. Me repelió la proposición y nuestras palabras se volvieron agrias. Sacudió la cabeza en dirección a Ilsa y dijo:

—Claro, ¡como estás en buena compañía!...

Le dije que lo que tenía que hacer era marcharse con los niños fuera de Madrid. Me contestó que lo que yo quería era deshacerme de ella. Y en verdad, a pesar de la preocupación seria que me causaban los niños dentro de los múltiples peligros de la ciudad, sabía que no se engañaba mucho. Traté de prometerle que iría a verla al día siguiente.

A mediodía nos habíamos instalado en el piso cuarto en una enorme sala del consejo. Disponía de una mesa inmensa en medio del cuarto y de cuatro mesas de oficina, una al lado de cada ventana. Alineamos nuestras camas de campaña a lo largo de la pared del fondo y una cuarta en un rincón. Las ventanas se abrían a la calle de Valverde, frente a frente al campo de batalla. La mesa de consejo tenía la cicatriz de un *shrapnel*; la casa enfrente de nosotros había perdido una esquina de un cañonazo; el tejado de la siguiente estaba roído por el incendio; estábamos en el ala de la Telefónica más expuesta al fuego de artillería, desde los cerros azules de la Casa de Campo. Reemplazamos con cartones algunos cristales rotos y colgamos colchones en las ventanas delante de las mesas en las que íbamos a hacer la censura. Los colchones podrían absorber la metralla, pero nada de aquello detendría una bala de cañón.

Estábamos alegres mientras hacíamos nuestros preparativos. La gran sala era amplia y clara comparada con el cuarto que habíamos abandonado. Decidimos que iba a ser nuestra oficina permanente.

Ilsa y yo nos fuimos juntos a almorzar en uno de los restaurantes que aún funcionaban en la Carrera de San Jerónimo; estaba cansado de la comida de la cantina y no tenía ganas de sentarme con periodistas en el comedor del Gran Vía para escuchar una conversación en inglés que no entendía. Mientras pasábamos el cráter profundo que había dejado una bomba que voló la cañería central del gas y la estación del metro, Ilsa se colgó de mi brazo. Cruzábamos la anchura de la Puerta del Sol, cuando alguien me tiró del brazo libre:

—¿Puedes hacer el favor, un momento?

A mi lado estaba María, con la cara descompuesta. Rogué a Ilsa que me aguardara y me separé unos pasos con María, que inmediatamente estalló:

—¿Quién es esa mujer?

—Una extranjera que está trabajando con nosotros en la censura.

—No me cuentes historias. Ésa es tu querida. Y si no lo es, ¿por qué se cuelga del brazo? Y mientras, a mí me dejas sola, ¡como un trapo viejo que se tira a la basura!

Mientras trataba de explicarle que para un extranjero el cogerse del brazo no significaba nada, se desató en un torrente de insultos y se echó a llorar; y así, llorando, se marchó calle de Carretas arriba.

Cuando volví a reunirme con Ilsa tuve que explicarle la situación: le conté brevemente mi fracaso en mi matrimonio, mi estado mental entre las dos mujeres y mi huida de ambas. No hizo comentario alguno, pero vi en sus ojos el mismo asombro y disgusto que había sorprendido en ellos aquella mañana durante mi bronca con mi mujer. Durante la comida me sentí dispuesto a provocarla y enfadarla, queriendo romper la corteza de su calma; después tuve que cerciorarme de que no había destruido la franqueza con que nos hablábamos, y hablé sobre todo de la tortura de ser un español y no poder hacer nada para ayudar a su propio pueblo.

A medianoche, después de una tarde en la que habíamos tenido que soportar el peso mayor de la censura, con muy poca ayuda de los otros poscensores, nuestra fatiga se hizo intolerable. Decidí que desde el día siguiente la censura se cerraría entre la una de la madrugada y las ocho de la mañana, salvo para casos urgentes e imprevistos. Era una liberación el pensar que no tendríamos más que leer a través de largas y fútiles informaciones estratégicas a las cinco de la mañana. Era imposible seguir trabajando dieciocho horas al día.

Mientras uno de los otros censores cabeceaba sobre su mesa, Ilsa y yo tratamos de dormir en nuestras camas de campaña. A través de las ventanas llegaban en oleadas los trallazos de los disparos de fusil y el tableteo de las ametralladoras del frente. Era frío y húmedo y era muy difícil escapar del pensamiento de que estábamos en la línea de tiro de los cañones. Charlamos y charlamos bajito, como si nos quisiéramos sostener el uno al otro. Así me quedé dormido por unas pocas horas.

No recuerdo mucho del día siguiente: estaba atontado por falta de sueño, por exceso de café y coñac, y por desesperación. Me movía en una semilucidez de los sentidos y del cerebro. No hubo bombardeo y las noticias del frente eran malas; Ilsa y yo trabajamos juntos, charlamos juntos e hicimos juntos grandes silencios. Es lo único que recuerdo.

A medianoche Luis hizo las tres camas y zascandileó alrededor del cuarto. Había escogido para él la cama del rincón: colgó en una silla al lado su chaqueta galoneada, se quitó las botas y se envolvió en las mantas. Ilsa y yo nos tumbamos en nuestras camas, a medio metro una de otra, y comenzamos a charlar bajito. De vez en cuando miraba al censor de turno, un perfil pálido bajo el cono de luz. Hablábamos de lo que había pasado en nuestras mentes, a ella durante los largos años de lucha revolucionaria y derrota, a mí en los cortos pero interminables meses de nuestra guerra.

Cuando el censor se marchó a la una, eché el cerrojo a la puerta y apagué las luces, con excepción de la de la mesa del censor con su pantalla de papel carbón. Luis roncaba pacíficamente. Me metí en la cama. Fuera del círculo de luz gris—púrpura sobre la mesa y de la diminuta isla roja que marcaba frente a ella nuestra única estufa eléctrica, el cuarto estaba en la oscuridad. La niebla se filtraba por las ventanas, mezclada con los ruidos del frente, y formaba un halo malva alrededor de la lámpara. Me levanté y arrimé mi cama a la de ella. Después, era la cosa más natural del mundo que se entrelazaran nuestras manos.

Me desperté al amanecer. El frente estaba silencioso y la habitación quieta. La niebla se había espesado y el halo de la lámpara sobre la mesa se había convertido en un globo gris—púrpura translúcido y encendido. Podía ver las siluetas de los muebles. Cuidadosamente retiré el brazo y envolví a Ilsa en sus mantas. Después retiré la cama a su sitio. Una de sus patas de hierro rechinó sobre el entarimado, dado de cera, y me quedé en suspenso. Luis continuaba respirando rítmicamente, apenas sin un ronquido. Rehaciéndome de mi susto, me enrollé bien ceñido en mis mantas y me volví a dormir.

En la mañana, la parte más extraordinaria de mi experiencia fue su naturalidad. No tenía el sentimiento de haber conocido por primera vez a una mujer, sino de haberla conocido de siempre. «De siempre» no en el curso de mi vida, sino en el sentido absoluto, antes y fuera de esta vida mía. Era una sensación semejante a la que sentimos algunas veces cuando paseamos las calles de una vieja ciudad: llegamos a una placita silenciosa y de golpe sabemos; sabemos que hemos vivido allí, que lo hemos conocido siempre, que lo único que ha pasado es que ha vuelto a nuestra vida real, y nos sentimos tan familiarizados con las baldosas llenas de musgo como ellas lo están con nosotros. Sabía lo que ella iba a hacer y cómo sería su cara, igual que conocemos algo que es parte de nuestra propia vida, algo que hemos visto sin necesidad de mirarlo.

Volvió del lavabo de las muchachas telefonistas con la cara fresca, un poco de polvo adherido a la piel húmeda, y cuando Luis se marchó en busca de nuestro desayuno, nos besamos alegremente, como un matrimonio feliz.

Tenía una sensación inmensa de liberación y me parecía ver las gentes y las cosas con ojos distintos, en una luz diferente, iluminados por dentro. Habían desaparecido mi cansancio y mi disgusto. Era una sensación etérea, como si estuviera bebiendo champán y riendo con la boca llena de burbujas que estallaran con cosquilieos y se escaparan traviesas a través de mis labios.

Vi que ella había perdido su seriedad y severidad defensivas. Sus ojos verde—gris tenían una luz alegre luciendo en lo más hondo. Cuando Luis puso el desayuno sobre una de las mesas, se detuvo y la miró. En la seguridad de que no entendía español, me dijo:

—Hoy está más bonita.

Se dio cuenta de que hablaba de ella:

—¿Qué dice Luis de mí?

—Que hoy estás más bonita. —Se ruborizó y se echó a reír. Luis nos miró al uno y al otro y cuando nos quedamos solos me dijo:

—¡Que sea enhorabuena, don Arturo!

Lo dijo sin ironía y sin malicia. En su mente simple, Luis había visto claramente lo que yo aún no conocía con mi cerebro: que ella y yo nos pertenecíamos el uno al otro. Con toda su devoción profunda hacia mí, a quien consideraba el salvador de su vida, se decidió simple y claramente a convertirse en el ángel guardián de nuestros amores. Pero no dijo una palabra más como comentario.

Era verdad que en aquel momento yo no sabía lo que él había visto instantáneamente. Mientras todos mis sentidos e instintos habían visto y sentido que aquélla era «mi mujer», toda mi razón se rebelaba contra ello. A medida que el día avanzaba, me enredaba más y más en uno de esos diálogos mentales, cuidadosamente formulados, que se originan en una batalla razonada contra los propios instintos: «Bueno, ya te has metido de lleno... Ya te has liado con otra mujer... Tanto querer escaparte de tu propia mujer y de una querida de años que sabes que te quiere, para meterte de cabeza con la primera mujer que se te cruza, a quien hace cinco días que conoces y que no sabes quién es. Ni aun tan siquiera habla tu idioma. Ahora te vas a encontrar con ella todo el día sin escape posible. ¿Qué vas a hacer? Eh, ¿qué vas a hacer? Porque desde luego no vas a decir que estás enamorado de ella. En tu vida te has enamorado de nadie».

Me quedé frente a frente de Ilsa, la miré a la cara y exclamé con la voz de duda con la que uno se plantea los problemas que no puede resolver:

—*Mais je ne t'aime pas!*

Se sonrió y dijo con la voz con que se apacigua a los niños:

—Claro que no, querido.

Aquello me enfadó.

Por aquellos días comenzaron a visitar a Ilsa, y a tener largas conversaciones con ella, miembros de la Brigada Internacional que la habían conocido en su vida anterior o que habían oído hablar de ella. Un día vino Gustav Regler, un alemán con una cara llena de arrugas y pastosa como la de un cómico, con altas botas, una pelliza pesada forrada por dentro con piel de carnero, y un cuerpo vibrante de puros nervios. Ilsa se había echado encima de su cama para descansar un rato y yo estaba censurando en mi mesa. Regler se sentó al pie de la cama y comenzó a hablar. Yo los miraba. La cara de ella se animaba llena de amistad hacia el hombre. Mientras hablaba, él puso una mano sobre el hombro de ella, después la dejó descansar sobre una de sus rodillas. Me estaban entrando unas ganas locas de liarme a patadas con él.

Cuando se marchó con una inclinación de cabeza completamente casual en mi dirección, me levanté y me fui a ella:

—Ése quiere acostarse contigo —dije.

—No exactamente. Mira, la Columna Internacional está metida de lleno en ello y él no es un soldado. Trata de escaparse de sus nervios pretendiendo que lo que él necesita es una mujer, y, claro, yo estoy aquí.

—Eres libre de hacer lo que te dé la gana —dije rudamente, y me senté en el borde de la cama. Por un momento puse mi frente sobre su hombro, después me enderecé y dije furiosamente—: Pero yo no estoy enamorado de ti.

—No. Ya lo sé. Deja que me levante. Yo me haré cargo del turno, ahora me siento descansada. Tú, échate un rato y duerme.

Durante la noche escuchábamos el anillo de explosiones de los morteros. En los amaneceres grises y sucios nos asomábamos a la ventana y escuchábamos cómo el horizonte de ruidos se apagaba. Uno de los hombres del Control Obrero vino y me mostró un fusil mexicano: México había mandado miles de fusiles. Los aviones de caza que volaban sobre nuestras cabezas procedían de Rusia. En la Casa de Campo estaban luchando camaradas franceses y alemanes y se dejaban matar por nosotros. En el Parque del Oeste se estaba atrincherando el batallón vasco. Hacía mucho frío y los cristales de nuestras ventanas estaban salpicados de agujeros diminutos. Los periodistas extranjeros comunicaban los avances lentos, pequeños y costosísimos de las fuerzas de Madrid, y los avances de los sitiadores, también pequeños y comprados a alto precio. Pero dentro de nosotros había una esperanza alegre, por debajo y por encima del miedo, de la amenaza, de la suciedad y de la cobardía mísera que nos acompañaban inevitablemente. Estábamos juntos en el miedo, en la amenaza y en la lucha. Y las gentes eran mucho más sencillas y mucho más llenas de cariño los unos para los otros. No valía la pena presumir, porque había muy pocas cosas que realmente importaran. Estas noches de batalla, estos días de trabajo machacón y aburrido nos estaban enseñando —por un tiempo muy corto, desgraciadamente— a marchar alegremente, lado a lado con la muerte, y a creer que a través de ello resucitaríamos a una vida nueva.

Habían transcurrido veinte días del sitio y defensa de Madrid.

Capítulo 3

El sitio

Se había terminado el ataque y había comenzado el sitio.

Una escalera estrecha llevaba desde el último piso de la Telefónica a la azotea de su torre cuadrada. Desde allí la ciudad se alejaba, el aire se hacía más transparente, los sonidos se percibían más claros. En los días de calma soplaba una brisa suave, y en los días de viento, estar allí semejaba estar en el puente de un barco barrido por una galerna. La torre tenía una galería cuyos cuatro lados hacían frente a los cuatro puntos del compás y desde allí se podía mirar, apoyado sobre la balaustrada de cemento.

Al norte aparecían las crestas agudas del Guadarrama, una muralla que cambiaba sus colores con la marcha del sol, de un azul profundo hasta un negro opaco. Cuando sus rocas reflejaban los rayos del sol, se llenaba de luz; a la caída de la tarde se inundaba de cobres e índigos; y cuando la ciudad, ya en tinieblas, encendía su luz eléctrica, los picos más altos brillaban aún incandescentes.

El frente comenzaba allí y seguía en curvas, invisibles, rodeando simas y barrancos perdidos en la lejanía. Después se torcía hacia el oeste, siguiendo los valles y doblándose hacía la ciudad. Se veía primero desde el ángulo de la galería entre su lado norte y su lado oeste; no era más que unas pequeñas vedijas de humo y unas chispas de las granadas que explotaban, que no parecían más que chupadas de un cigarrillo. Después, el frente se iba acercando a lo largo del arco brillante del Manzanares que lo conducía más hacia el sur, hasta los pies de la ciudad misma. Desde la altura de la torre el río aparecía sólido y quieto, mientras la tierra a ambos lados se sacudía en convulsiones. Se la veía y se la oía moverse. Nacían en ella vibraciones que llegaban subterráneas hasta el rascacielos, y allí trepaban las vigas de acero y subían, amplificadas, hasta vuestros pies con el tremor de trenes que pasaran lejanos. Los sonidos os llegaban a través del aire, desnudos y

directos, zumbidos y explosiones, tableteos de ametralladora, restallar seco de fusiles. Se veían las llamaradas en la boca de los cañones y se veían oscilar los árboles de la Casa de Campo, como si hubiera monstruos que se rascaran contra sus ramas. Se veían figurillas diminutas como hormigas que moteaban las arenas del río. Después surgían ráfagas de silencio que os obligaban a mirar el paisaje, tratando de adivinar el secreto de aquella quietud súbita, hasta que la tierra y el aire temblaban en espasmos y la quietud brillante del río se rompía en arrugas de luz temblona.

Desde la torreta, el frente parecía mucho más cercano que la calle al pie del edificio. Cuando os inclinabais sobre el parapeto para mirar a la Gran Vía, la calle era un cañón profundo y estrecho y desde su fondo profundo el vértigo tiraba de vosotros. Pero cuando mirabais recto, frente a vosotros, todo era paisaje y la guerra dentro de él se extendía delante de vuestros ojos como sobre el tablero de una mesa, como si pudierais alcanzarla y tocarla. Era desconcertante ver el frente tan cerca, dentro de la ciudad, mientras la ciudad en sí permanecía intangible y sola bajo su caparazón de tejados y torres, gris, roja y blanca, cuarteada por el laberinto de grietas que eran sus calles. A veces los cerros al otro lado del río escupían nubecillas blancas y el mosaico de tejados se abría en cascadas de humo, de polvo y de tejas, cuando aún resonaba en vuestros oídos el ulular de las balas cruzando sobre vuestra cabeza. Porque todas parecían pasar por encima de la torre de la Telefónica. Entonces, el paisaje con sus bosques oscuros, con sus campos verdes, con su río brillante y los manchones amarillos de sus arenas, se fundía con las tejas rojas, con las torres grises, con el blancor de las azoteas, con la calle a vuestros pies, y os encontrabais sumergidos en el corazón de la batalla.

Los pisos encima del piso octavo estaban abandonados. El ascensor, cuando subía al piso trece, lo hacía generalmente vacío; allí no había nadie más que unos pocos artilleros que mantenían un puesto de

observación. Las botas de los hombres resonaban en el entarimado de los grandes salones con un ruido hueco. Un obús había atravesado dos pisos y el agujero era el brocal de un pozo hondo, de paredes erizadas de varillas y vigas retorcidas y rotas, que colgaban paralíticas.

La muchacha que manejaba el ascensor, sentada en una banqueta como un pájaro, era guapa y alegre:

—No me gusta subir hasta aquí —me decía—. Está tan solo que siempre creo que el ascensor va a seguir subiendo y se va a disparar al aire en lo alto.

Desde allí se dejaba uno caer en Madrid como una piedra entre las paredes del hueco del ascensor, que se estrechaban rápidas sobre uno, envuelto en el encierro de las puertas metálicas, en el olor de grasa, de metal caliente y de pintura al duco.

La ciudad estaba tensa y viva, palpitando como una herida profunda de navaja de la que surge la sangre a borbotones y en cuyos labios los músculos se retuercen con dolor y con todo el vigor de la vida.

Bombardeaban el centro de Madrid y este centro desbordaba de gentes que hablaban, chillaban, se empujaban y se mostraban uno a otro que estaban aún vivos. Grupos de milicianos —ya comenzábamos a llamarlos soldados— venían del frente o marchaban al frente, vitoreados y vitoreando. Algunas veces la multitud rompía en un himno o una canción que inundaba las calles. A veces chirriaba y campaneaba el acero sobre las piedras cuando pasaba un tanque con su torreta abierta y una figura pequeña surgiendo de la abertura, las manos puestas sobre la tapa, como un muñeco de caja de sorpresa, escapando de un puchero gigante. A veces pasaba uno de los grandes cañones y se paraba en la esquina de la calle para que las gentes pudieran tocar con sus dedos su pintura gris y se convencieran de que era real. A veces era una ambulancia, un gran camión, pródigo de cruces rojas sobre círculos de leche, que pasaba y dejaba detrás de sí un surco lleno de silencios; hasta que la motocicleta que tejía su camino entre coches y gente y

explosiones desgarraba el silencio. Alguien gritaba: «¡Vas a llegar tarde!» y el tumulto de la multitud estallaba de nuevo.

Todo era centelleante como una película sobre la pantalla, centelleante y espasmódico. La gente hablaba a gritos y reía a carcajadas. Bebían a tragos sonoros con gran estrépito de vasos. Los pasos en la calle resonaban fuertes, firmes y rápidos. A la luz del día todo el mundo era un amigo, por la noche cada uno podía ser un enemigo. Toda amistad tenía un tinte de borrachera. La ciudad había intentado lo imposible y había surgido del intento triunfante y en un trance.

¡Oh, sí! El enemigo estaba allí, a las puertas, a dos kilómetros de este rincón de la Gran Vía. A veces una bala perdida de fusil hacía un orificio estrellado en el cristal de un escaparate. Bueno, ¿qué? Si no habían entrado el 7 de noviembre, ¿cómo iban a poder entrar ahora? Cuando las granadas caían en la Gran Vía y en la calle de Alcalá, comenzando en el extremo más cercano al frente y trazando la «Avenida de los Obuses», hasta la estatua de la diosa Cibeles, las gentes se refugiaban en los portales de la acera que consideraban más segura y contemplaban las explosiones a veinte metros de distancia. Había quienes venían de los barrios lejanos a ver de cerca cómo era un bombardeo y se marchaban contentos y orgullosos con trozos de metralla, todavía calientes, que conservaban como un recuerdo.

La miseria de todo ello no se exhibía. La miseria estaba escondida en cuevas y sótanos, en los refugios improvisados del metro, en los hospitales sin instrumentos y sin medicinas para enfrentarse con un flujo constante e interminable de heridos. Las casas frágiles de los distritos obreros se derrumbaban como casas de naipes al soplo furioso de las explosiones; como las destruidas, donde se amontonaban las gentes. Miles de refugiados de los pueblos y de los suburbios eran empaquetados cada día en edificios vacíos, cada día miles de mujeres y niños salían en camiones, evacuados en convoy a la costa levantina. La

tenaza del sitio se cerraba más y más; y más batallones de las Brigadas Internacionales, que ya eran dos, se volcaban en las brechas. A pesar de todo, el entusiasmo que nos había arrastrado, por encima de nuestros miedos y de nuestras dudas, no falló nunca. Éramos Madrid.

En nuestro nuevo cuarto de la censura, la vida se iba normalizando poco a poco. Nos mirábamos y nos veíamos ojerosos, flacos, sucios, pero sólidos y humanos. Los periodistas recién llegados trataban a los que estaban allí como veteranos, e Ilsa, la única mujer, se había convertido en una heroína. Los guardas de la Telefónica habían cambiado su nota: algunos de los extranjeros se habían cambiado en camaradas de la noche a la mañana. Otros estaban aún bajo sospecha, como el americano enorme, que un día desapareció del cuadro silenciosamente y fue sustituido por un hombre de un calibre diferente que inspiraba confianza y respeto.

A Ilsa se le concedía el derecho de ciudadana de la Telefónica por la mayoría de los hombres y se la rodeaba de un murmullo hostil por la mayoría de las mujeres. Yo la había dejado definitivamente entendérselas con los periodistas de habla inglesa, no sólo porque sus energías estaban frescas y yo estaba agotado, sino también porque tenía que admitir que ella estaba haciendo lo que yo nunca podría hacer: manejando la censura con mucha imaginación y criterio; mejoró las relaciones con los corresponsales extranjeros e influyó en su manera de informar. Algunos de los empleados de la censura resintieron esto y tuve que apoyarla con toda mi autoridad, hasta que a través de Luxana, en el Comisariado de Guerra, vino una aprobación oficial del Estado Mayor por el que pasaban las copias de los despachos antes de ser enviadas a Valencia. Pronto el método de Ilsa tuvo que sufrir una dura prueba:

La Alemania nacionalsocialista había reconocido oficialmente al general Franco y había enviado al general Von Paupel como enviado especial a Burgos. La mayoría de los ciudadanos alemanes habían sido

evacuados por su embajada, y la embajada se había cerrado en Madrid. Pero no había declaración de guerra, sólo una intervención alemana a guisa de apoyo técnico y estratégico de los rebeldes.

En un día gris de noviembre, nuestra policía registró la embajada alemana en Madrid y confiscó armas y papeles allí existentes. Técnicamente, era una violación del derecho de extraterritorialidad, pero los corresponsales extranjeros que habían sido testigos del registro sometieron despachos detallando con extrema veracidad y detalle los vínculos entre la embajada y el cuartel general de la quinta columna. Sólo que, de acuerdo con las órdenes estrictas, teníamos que suprimir estos despachos y toda referencia a la investigación policíaca, a no ser que Valencia publicara un comunicado oficial. Los corresponsales estaban furiosos y nos acribillaban con preguntas y consultas. Se iba haciendo tarde y tenían miedo de no alcanzar el cierre de sus periódicos. Llamé al Comisariado de Guerra, pero allí estaba sólo Michael Kolzov y me dijo que me esperara a que se diera una declaración oficial.

Ilsa estaba furiosa y mucho más disgustada que los periodistas. Cuando se pasó otra hora de espera, me cogió aparte y me pidió que le dejara pasar los despachos en el orden que habían sido presentados. Los firmaría con sus iniciales para que la responsabilidad cayera sobre ella y estaba preparada a enfrentarse con la situación que se presentara por haber desobedecido una orden concreta, y que no podía por menos de ser una grave responsabilidad. Pero de ninguna manera estaba dispuesta a consentir que la buena voluntad de los corresponsales se trocara en antagonismo, ni a dejar que los alemanes monopolizaran la prensa del mundo con su versión. Un poco melodramática exclamó:

—Yo no soy responsable ante los burócratas de vuestra oficina de Valencia, sino ante la causa de los trabajadores; y no estoy dispuesta a permitir, si de mí depende, que se cometan errores como éste.

Me negué a que tomara sola la responsabilidad y entre los dos dimos curso a los despachos sobre el registro de la embajada.

Ya tarde en la noche me llamó Kolzov al teléfono y se desató furiosamente, amenazándonos a Ilsa y a mí con un consejo de guerra. Pero en la mañana siguiente volvió a llamar y retiró todo lo dicho: sus propios superiores —que no sé quiénes eran— estaban encantados con los resultados de nuestra insubordinación. Rubio, hablando desde Valencia, tomó la misma actitud, aunque haciendo hincapié en la seriedad de la decisión de Ilsa tomada en «su manera impulsiva», como él lo llamaba. Por lo tanto, ella se había salido con la suya, y consciente del hecho estaba dispuesta a sacar ventaja de ello en el futuro.

Después de la primera semana de bombardeo de Madrid, cuando sus incidentes eran aún nuevos, los corresponsales comenzaron a irritarse por las restricciones impuestas a sus informaciones del frente. Ilsa mantenía que debíamos proporcionarles nuevo material, siguiendo el principio de que hay que alimentar a los animales que se tiene en la jaula; pero con excepción de nuestra oficina nadie tenía contacto con ellos. De los militares no podía esperarse que dejaran pasar más que lo que hacían. Los periodistas, por otra parte, buscaban la noticia sensacional y no les interesaba el aspecto social de nuestra lucha; o si les interesaba, lo convertían en propaganda cruda de izquierdas para lectores ya convencidos o en propaganda de derechas, en fantasmas amenazadores que asustaran a sus burgueses lectores. No podíamos sugerirles temas determinados, pero deberíamos facilitarles el poder escribir algo de la historia de Madrid. Era nuestra oportunidad, ya que éramos nosotros los que estábamos en el sitio más indicado para ello.

Un día que Gustav Regler vino del frente con botas altas de cuero, muy flamante en su nuevo cargo de comisario político en la XII Brigada —la primera de las Brigadas Internacionales—, se lanzó en un apasionado discurso en alemán con Ilsa como auditorio. Ilsa le escuchó atentamente y después se volvió hacia mí:

—Tiene razón. La Brigada Internacional es la cosa más importante que ha pasado durante años en el movimiento obrero y sería una

inspiración tremenda para los trabajadores de todas partes, si supieran bastante sobre ello. Piensa en esto: mientras sus gobiernos están organizando la no intervención... Gustavo está dispuesto a llevar a los periodistas a su cuartel general y a hacer que el general Kleber los reciba. Pero no sirve de nada, si después nosotros no dejamos pasar sus historias. Yo estoy dispuesta a hacerlo.

Era otro paso audaz y tuvo también un éxito inmediato. Los corresponsales, comenzando por Delmer, del *Daily Express* de Londres, y Louis Delaprée, de *Paris—Soir*, regresaron con impresiones de lo mejor que existía en las Brigadas Internacionales genuinamente impresionados y llenos de historias y de noticias que llenarían las primeras planas. Habíamos echado a rodar la bola.

Sin embargo, después de una semana o cosa así resultó que sólo las Brigadas aparecían en los despachos de prensa, como si ellos solos fueran los salvadores de Madrid. Ilsa comenzaba a tener sus dudas; el éxito de su idea amenazaba destruir su finalidad. Yo estaba furioso, porque me parecía injusto que se olvidara al pueblo de Madrid, a los soldados improvisados de los frentes de Carabanchel, del Parque del Oeste y de Guadarrama, simplemente porque no existía una propaganda organizada que los mostrara al mundo. Aun antes de recibir instrucciones del Estado Mayor en Madrid y del Departamento de Prensa de Valencia, comenzamos Ilsa y yo a restringir los despachos sobre las Brigadas. A mí me produjo el incidente un sentimiento amargo de aislamiento entre nosotros, los españoles, y el resto del mundo.

En estos días Regler me pidió, como el único español con quien tenía contacto, que escribiera algo para publicarlo en el periódico del frente de su Brigada. Escribí una mezcolanza de alabanzas convencionales e impresiones personales. Di rienda suelta al miedo instintivo que había tenido al principio, de que las unidades internacionales fueran algo semejante al Tercio, desesperados

dispuestos a jugarse la vida, sí, pero al mismo tiempo bárbaros y brutales, y a mi alegría al comprobar que en ellas existían hombres a los que sólo movía una fe política limpia y el afán de un mundo sin matanzas como la nuestra.

Aunque aún conversábamos en francés, Ilsa comenzaba a leer español con facilidad y se encargó de traducir al alemán lo que había escrito. Se metió de lleno a dar una versión de ello y de pronto exclamó:

—¿Sabes que tú podrías escribir? Bueno, es decir, si suprimes todas las frases pomposas, que me recuerdan el barroco de las iglesias de los jesuítas, y escribes en tu propio estilo. Hay aquí cosas muy malas y cosas muy buenas.

Yo le dije:

—Pero ¡yo siempre había querido ser un escritor! —tartamudeando como un colegial, encantado con ella y con su juicio.

Nunca se publicó el artículo, porque no era lo que el comisario político quería, pero el incidente tuvo para mí una importancia doble: desenterrar mi vieja ambición y, admitiendo mi resentimiento suprimido contra los extranjeros, sentirme liberado de él.

Aquel día se me puso esto mismo claramente de relieve a través de una caricatura: el líder socialista austríaco, Julio Deutsch, a quien se había hecho general por el Ejército Republicano español, en honor de las milicias de trabajadores de Viena que él había ayudado a organizar y que habían sostenido la primera batalla en Europa contra el fascismo, vino a visitar a Ilsa. Estaba recorriendo la zona con su intérprete Rolff y le había dado no sólo un coche, sino también la escolta de un capitán de las milicias como comisario político y guía. Mientras los dos primeros hablaban con Ilsa, tratando —como estaba viendo con furia— de convencerla de que abandonara Madrid y sus peligros, el guía español comenzó a charlar conmigo y lo primero que el hombre me dijo fue que «aquellos dos eran espías, porque siempre estaban hablando en su

galimatías en lugar de hablar como cristianos». El hombre estaba realmente preocupado y excitado:

—Ahora dime tú, compañero, ¿qué se les ha perdido a éstos en España? No puede ser nada bueno. Te digo que son espías. Y la mujer esa seguro que lo es también.

El hombre me hizo estallar de risa, y traté de explicarle un poco las cosas, pero mientras le estaba hablando me encontré yo mismo contemplándome en un espejo: yo también era uno de esos españoles como él.

Delante de mí estaba Ángel con el uniforme típico de los milicianos, un mono azul encima de varias capas de jerséis llenos de rotos, un gorro con orejeras en cuyo frente estaba clavada una estrella roja de cinco puntas, un fusil en la mano y un enorme cuchillo envainado en la cintura; todo ello, y él también, lleno de barro seco, menos la cara alegre, partida en dos por una sonrisa de oreja a oreja:

—¡La madre de Dios! Ya creía yo que no iba a encontrarle nunca en este laberinto. Sí, señor, aquí estoy yo y no me he muerto, ni me han matado, ni nada. Y más fuerte que un roble.

—Angelillo, ¿de dónde sales tú?

—De por ahí, de alguna parte de un agujero. —Señaló por encima del hombro con el pulgar en una dirección indefinida—. Me estaba aburriendo en la clínica y como las cosas se estaban poniendo serias, pues me marché. Ahora soy un miliciano, pero de los de verdad, ¿eh?

A mediados de octubre, Ángel había sido destinado como ayudante a la farmacia de uno de los primeros hospitales de guerra. El 6 de noviembre desapareció de allí y nunca había vuelto a oír de él. La verdad es que creía que lo habían matado aquella noche.

—Sí, señor. En la tarde del 6 de noviembre me marché al Puente de Segovia y, ¿para qué contarle?, la paliza que les dimos, ellos a nosotros, los moros, los legionarios, los tanques y la repanocha. El fin del mundo.

Por poco nos matan a todos y yo me creí varias veces que ya me habían matado.

—Bueno, pero te han dejado.

—Sí. Bueno..., no lo sé, porque la verdad es que no estoy muy seguro. Sólo ahora comienzo a darme cuenta. Alguien vino ayer y me dijo: «Angelillo, te van a hacer cabo». Y le dije: «Arrea, ¿por qué?», y el otro dice: «Yo qué sé; te han hecho cabo y nada más». Yo estaba pensando que se había colado o que era una broma, porque que yo supiera no estábamos en el cuartel, sino en un agujero en la tierra, cavando como locos para convertirlo en trinchera. Y entonces empecé a darme cuenta de las cosas. El Tercio y la Guardia Civil estaban dos casas más allá, mirándonos por las troneras y asándonos a tiros y allí estaba yo. No me había muerto. Y le digo a un camarada, bueno, un vecino de la misma calle que se llama Juanillo: «Oye, tú, ¿qué día es hoy?». Se me pone a contar con los dedos y a rascarse la cabeza y me dice: «Pues, chico, no lo sé. ¿Y para qué te hace falta saberlo?».

—Angelillo, me parece que estás un poco curda.

—¡Ca, no lo creas, no estoy borracho! Lo que pasa es que tengo miedo. No he bebido más que tres o cuatro vasos con los amigos y luego me he dicho: «Me voy a ver a don Arturo; bueno, si no lo han matado». Su señora me dijo que no salía usted de aquí, y aquí me he venido. Pero esto no quiere decir que no me gustaría beberme un vaso con usted o los que se tercien... Bueno, más tarde. Y como decía antes, no tengo nada que contar. Nada. Explosiones y explosiones desde el 6, hasta hoy que hemos terminado la trinchera; y no es que se hayan callado, ca, siguen tirando, pero ahora es diferente. Antes nos cazaban a la espera, como a conejos en medio de la calle, detrás de la esquina y hasta dentro de las casas. Pero ahora tenemos un hotel, palabra.

—Pero ¿dónde estás ahora?

—Al otro lado del Puente de Segovia, y en un par de días en Navalcarnero; ya lo verá. Y a usted, ¿cómo le va?

Tan difícil era para mí como para él el contar lo que había pasado. El tiempo había perdido su significado. El 7 de noviembre me parecía una fecha muy remota y al mismo tiempo me parecía que había sido el día antes. Cosas vistas y hechas se me aparecían en destellos, pero sin guardar relación alguna con el orden cronológico de los acontecimientos. No podíamos contar las cosas que habíamos vivido, ni Ángel ni yo, sólo podíamos recordar incidentes. Ángel había pasado todos esos días matando, sumergido en un mundo de explosiones y blasfemias, de hombres muertos y abandonados, de casas derrumbándose. No recordaba nada más que el caos y unos pocos momentos lúcidos en los cuales algo impresionaba su memoria.

—La guerra es una cosa estúpida —dijo—, en la que no sabe uno lo que está pasando. Claro que algunas cosas se saben. Por ejemplo, una mañana un guardia civil asomó la cabeza detrás de una tapia y traté de cargármelo. No me estaba mirando a mí, sino a algo o alguien que había a mi derecha. Se arrodilló fuera de la pared y se echó el fusil a la cara; yo disparé y el hombre cayó como un saco con los brazos abiertos, y yo dije: «Toma, por cerdo». En este momento alguien al lado mío dijo: «Vaya un ojo que tengo... ¿eh?». Y yo le contesté: «Me parece que te has colado esta vez». Bueno, pues, por si lo había matado él o yo, terminamos a bofetadas allí mismo. Desde entonces vamos siempre juntos y tiramos por turno; le llevo tres de ventaja. Pero hablando de otras cosas, doña Aurelia me ha contado un montón de historias, que ella no puede seguir así, que usted se ha liado aquí con una extranjera, que va a hacer una barbaridad un día... ¡Ya sabe usted cómo son las mujeres!

Presenté Ángel a Ilsa. Se entusiasmó de golpe, me guiñó los ojos dos o tres veces y se lanzó a contarle historias sin fin en su más rápido y castizo madrileño. No entendía ella mucho, unas palabras aquí y allí, pero le escuchaba con la mayor apariencia de interés, hasta que me harté de la comedia y me lo llevé al bar de la Gran Vía, al otro lado de

la calle. Estábamos bebiendo Tío Pepe cuando comenzaron a caer obuses.

—¿Les da esto muy a menudo?

—Todos los días y a cualquier hora.

—¡Caray, me vuelvo a mi trinchera! Allí tenemos mejores modales. No me hace maldita la gracia venir con permiso y que me hagan piltrafas aquí... Y hablando de la guerra, ¿qué dicen las gentes aquí sobre ello? Aunque de todas maneras esto se acaba en unos días. Con la ayuda de Rusia, no dura ni dos meses. Se están portando. ¿Ha visto usted los cazas? En cuanto tengamos unos pocos más de ellos, se les acabó el cuento a los alemanes amigos de Franco. Ésta es una de las cosas que yo no puedo entender. ¿Por qué tienen que mezclarse estos italianos y alemanes en nuestras cuestiones, si a ellos no les hemos hecho nada?

—Yo creo que están defendiendo su propio lado. ¿O no te has enterado aún de que esto es una guerra contra el fascismo?

—Anda, ¿que no me he enterado? Y por si se me olvida, me lo están recordando a morterazos a cada minuto. No crea usted que soy tan estúpido como todo eso. Naturalmente que entiendo que todos los generalotes del otro lado se dan la lengua con los generalotes alemanes e italianos, porque son lobos de la misma carnada. Pero lo que no entiendo es por qué los otros países se quedan tan quietos, mirando los toros desde la barrera. Bueno, sí, lo puedo entender en los de arriba que son los mismos en todas partes, alemanes o italianos, ingleses o franceses. Pero hay millones de trabajadores en el mundo, y en Francia tienen un gobierno de Frente Popular, y... bueno, ¿qué es lo que están haciendo?

—Mira, Angelillo, confieso que yo tampoco lo entiendo.

No me hizo caso y siguió:

—Yo no digo que nos tienen que mandar el ejército francés, somos bastantes para terminar con todos estos hijos de mala madre. Pero al

menos nos debían dejar comprar armas. De esto usted no sabe nada, porque está aquí, pero donde nosotros estamos, nos estamos peleando a puros puñetazos y esto es la pura verdad. A lo primero, no teníamos apenas un fusil y teníamos que guardar cola para coger el fusil del primero que mataran. Después, los mexicanos, y Dios los bendiga, nos mandaron unos fusiles, pero luego resultó que nuestros cartuchos eran un poco grandes para ellos y se atascaron. Después se nos dieron granadas de mano, o al menos las llamaban así. Eran unos canecos como cantimploras para llevar agua en una excursión y las llamaban bombas Lafitte; había que sacarles un alambre como una horquilla de mujer, tirarlas y salir corriendo, porque le explotaban a uno en las narices. Después nos dieron cachos de cañería llenos de dinamita que había que encenderlos con la colilla del cigarro; y así todo. Y mientras, en el otro lado, nos asan a morterazos que ni Dios se entera cuándo le caen a uno encima. ¿Ha visto usted un mortero de los suyos? Es como un tubo de chimenea con un punzón en el fondo. Ponen el tubo en un ángulo y dejan caer dentro una bomba pequeñita que tiene alas para que vuele bien. El punzón les agujerea el trasero y salen tubo arriba como un cohete y te caen encima de la cabeza. Y no se puede hacer nada como no se pase uno el día mirando a lo alto, porque le caen a uno encima sin hacer ningún ruido. Lo único que se puede hacer es cavar la trinchera en ángulos y meterse en los rincones. Matan a uno, pero no la hilera de todos, como hacían al principio.

—Bueno, calla un poco y descansa. Parece que te han dado cuerda como a un reloj.

—Es que cuando se lía uno a hablar de estas cosas, se le enciende la sangre. Yo no digo que los franceses no hayan hecho nada, porque nos han mandado algunas ametralladoras y la gente dice que unos cuantos aeroplanos viejos también, pero la cuestión es que no tienen riñones para hacer las cosas cara a cara, como Dios manda. Si Hitler le manda aviones a Franco, ¿por qué no nos los pueden mandar ellos a nosotros y

con más derecho? Después de todo, les estamos defendiendo a ellos tanto como nos defendemos nosotros mismos.

Verdaderamente yo resentía las mismas cosas y podía decir lo mismo, aún mejor, pero le recordé que teníamos a Rusia y a la Brigada Internacional.

—Bueno, sí. No los echo en saco roto, pero la Rusia soviética tiene la obligación de ayudarnos más que nadie. Estaría bueno que Rusia se encogiera de hombros y dijera: «Allá cuidados, a mí no me importa nada»

—Los rusos podían haberlo dicho. Al fin y al cabo están muy lejos de nosotros y no creo que tengan malditas las ganas de meterse en una guerra con Alemania.

—A mí no me cuente historias que usted mismo no cree, don Arturo. Rusia es un país socialista y tiene la obligación de ayudarnos, porque para eso somos socialistas; comunistas, si usted quiere, da igual. Y en cuanto a que Alemania le declara la guerra, Hitler es un perro ladrador que se le pega un cascotazo en las narices y sale corriendo con el rabo entre las piernas... Y ahora me tengo que marchar. Ya me he acostumbrado a los morterazos, pero esto de los cañonazos aquí no me gusta. Sobre todo en mitad de la calle, que le matan a uno como a un cochino. ¡Salud!

Se había formado un convoy de coches para llevarse a Valencia a las familias de los empleados del Ministerio de Estado. Aurelia y los chicos se iban con ellos y fui a despedirlos.

Aquello era mejor. Los chicos estarían seguros. Aurelia quería que me fuera con ellos a toda costa y los últimos días habían sido una batalla constante llena de discusiones tontas. Desde el principio ella estaba convencida de que la «mujer de los ojos verdes» —como ella llamaba a Ilsa— era la causa de mi actitud; pero aún tenía mucho menos miedo de la extranjera, que a su manera de ver no era más que una aventura pasajera, que de María, que en cuanto se quedara sola conmigo

en Madrid se haría el ama de la situación. Se empeñó en que debería llevar a ella y a los chicos a los sótanos de la Telefónica que se habían convertido en refugio de cientos sin domicilio. La había llevado a que viera aquella miseria, ruidosa y maloliente, y le había explicado por qué no quería meter los chicos allí; pero aunque desistió de la idea, siguió con su empeño de que yo tenía que irme a Valencia con ellos como habían hecho los demás empleados del ministerio. Para ella yo quería quedarme solo en Madrid para estar más libre en mis juergas. Cuando me estaba despidiendo de los niños, me lo repitió una vez más.

Me volví a la Telefónica. En la estrecha calle de Valverde había una cola interminable de mujeres y chiquillos, empapados por la llovizna fría de la madrugada, pataleando para entrar en calor, abrazados a paquetes deformes. Cuatro camiones de evacuación, con unas tablas atravesadas de lado a lado por asiento, esperaban para llevárselos. Pero no, éstos esperaban entrar en la Telefónica. Precisamente cuando yo entraba en el edificio, surgía de él la fila de evacuados, mujeres, niños, viejos con las caras verdosas, con las ropas arrugadas oliendo a churre de ovejas, con los mismos bultos y paquetes que las gentes que esperaban fuera, con los mismos chiquillos asombrados, con los mismos chillidos y gritos y blasfemias y bromas. Gatearon a los camiones y se acomodaron como pudieron en una masa compacta de cuerpos miserables, mientras los chóferes ponían en marcha los motores fríos y catarrosos.

Ahora comenzaban a entrar las mujeres de la cola entre los centinelas de la puerta, una a una, vergonzosas y chillonas. La fuerza de la corriente me arrastró, pasado el Control Obrero, escaleras abajo hacia los sótanos, a través del laberinto de pasillos llenos de cables. Delante y detrás de mí se empujaban las madres, peleándose por apoderarse de un sitio libre. Voces chillonas gritaban: «¡Madre, aquí, aquí!». Se abrían los paquetes de ropa y vomitaban ropas de cama sucia en un rincón milagrosamente libre, y mientras los ocupantes de los jergones a uno y

otro lado blasfemaban furiosos de la invasión. Inmediatamente, las ropas mojadas de la llovizna, con la calefacción del sótano, comenzaban a humear y el aire agrio y denso se hacía más agrio, más denso, más sofocante.

«¿Cuándo comemos, madre?», gritaban docenas de chiquillos alrededor de mí. Porque los refugiados tenían hambre.

A codazos me abrí camino escaleras arriba y volví al cuarto frío, gris, enorme, donde Ilsa estaba sentada en su cama de campaña, oyendo las quejas de tres personas a la vez, discutiendo y respondiendo con una paciencia que no podía comprender. Me volví hacia los ordenanzas y estaban renegando como yo.

Rubio me llamó desde Valencia y me dijo que tenía que incorporarme a la oficina allí. Le dije que no. Estaba a las órdenes de la junta de Madrid. Se conformó y me dio una larga lista de instrucciones. Media hora más tarde llamaba Kolzov y me daba otra larga lista de instrucciones. Comencé a gritar furioso en el teléfono: ¿qué órdenes eran las que tenía que obedecer? Ellos decían una cosa. Valencia otra. Ninguno de ellos, ni Valencia ni Madrid, dieron una solución. Era yo el que tenía que resolver en contra de uno de ellos.

En la desesperación cogí a Delmer, el único corresponsal inglés con quien me había encariñado, y me lo llevé a ver a dos amigos míos, dos clowns, Pompoff yTeddy, que actuaban en el teatro Calderón. Él sacó un artículo de la visita, yo un alivio de mis desesperaciones. Después hablé durante horas con Delaprée sobre literatura francesa y sobre la estupidez de la violencia como argumento. No me ayudó mucho. Seguía irritándome el ver a Ilsa aconsejando y ayudando a un recién llegado después de quince horas de trabajo, gastando su última onza de energía en una conversación idiota, volviéndose después a mí con la cara caída de cansancio y desesperación y sumiéndose en un silencio interminable.

No dormí. A las cuatro de la mañana, sin saber qué hacer, fascinado por las visiones de la mañana, bajé al segundo sótano, dormido bajo la

luz de unas pocas bombillas y bajo la vigilancia de unos guardias. El silencio estaba lleno de ronquidos, gruñidos, toses y palabras de pesadilla. Los hombres de la guardia jugaban a las cartas.'! Me dieron un vaso de coñac; estaba caliente y olía a sueño. Los pasillos estaban llenos del olor de carne humana cociéndose en sus propios sudores, del olor de una gallina clueca; y el coñac olía a eso, y tenía el mismo calor.

Me quedé después un largo rato asomado a la ventana, lavando mis pulmones con aire frío. No podía dormir, estaba embrujado. Quería gritar a los generales que se llamaban ellos mismos «salvadores del país» y a los diplomáticos que se llamaban a sí mismos «salvadores del mundo» que vinieran. Yo los cogería y los encerraría en los sótanos de la Telefónica. Los pondría allí en los jergones de esparto, húmedos de nieblas de noviembre, los arroparía en mantas de soldados, pocas, y los haría vivir y dormir en dos metros cuadrados de pasillo, sobre un piso de cemento, entre mujeres hambrientas y trastornadas de histeria que habían perdido su hogar y que aún escuchaban explotar las bombas y retemblar la tierra profunda que rodeaba el cemento, pugnando por romperle. Los dejaría allí un día, dos días, muchos, que se empaparan en miseria, que se impregnaran de sudor y de piojos de pueblo, y que aprendieran historia, historia viva, la historia de esta guerra miserable y puerca, la guerra de cobardías, de los sombreros de copa brillantes bajo los candelabros de Ginebra, la guerra de generales traidores asesinando a su propio pueblo fríamente y cobardemente. ¡Ah! Arrancarles a tirones sus bandas militares, las levitas y los sombreros de copa de las recepciones, arrancarles a tirones sus cascos de pluma, sus espadas, sus bastones con puño de oro. Vestirlos de pana tiesa, de dril azul o blanco, como los campesinos, o los mineros o los albañiles, y luego, bien churretosos de miseria, tirarlos en medio de las calles del mundo con barba de tres días, con ojos pitarrosos de sueño...

No podía pensar en matarlos o en destruirlos. Matar es monstruoso y estúpido. Aplastar un insecto bajo la suela del zapato es repugnante:

tiene un casquido y un churretón de vida que hace vomitar. Un insecto vivo es una maravilla que se puede contemplar horas y horas.

Todo a mi alrededor era destrucción, repugnante y asquerosa como una araña pisada; y era la destrucción de un pueblo; la destrucción bárbara de un rebaño de gentes, azotadas por el hambre, por la ignorancia y por el miedo de ser, sin saber por qué, espachurradas, destruidas.

Me ahogaba el sentimiento de impotencia personal frente a la tragedia. Era amargo pensar que yo era un entusiasta de la paz, amargo pronunciar la palabra pacifismo. Me había convertido en un beligerante. No podía cerrar los ojos y cruzarme de brazos mientras se asesinaba impunemente a mi propio país, sin más finalidad que el de que unos pocos se hicieran los amos y esclavizaran a los supervivientes. Sabía que había fascistas de buena fe, admiradores del pasado glorioso, soñadores de imperios que desaparecieron para siempre, conquistadores que se creían en una cruzada; pero no eran más que la carne de cañón del fascismo. Los otros, los otros, los herederos de la casta que había regido España durante siglos, los que yo había conocido manejando la guerra en Marruecos, con su corrupción estupenda, con sus glorias retiradas, cebándose en latas de sardinas podridas, en sacos de judías llenos de gusanos: esto era lo que había que combatir. No era una cuestión de teorías políticas, sino de vida o muerte. Había que luchar contra los enterradores; los Franco, los Sanjurjo, los Mola, los Millán Astray, que ahora coronaban su hoja de servicios cañoneando su propio país para hacerse amos de esclavos y a la vez convertirse para ello en esclavos de otros amos. Oh, ¿cómo un general puede tener tan poca vergüenza de sí mismo?

Teníamos que combatirlos. Para ello tendríamos que bombardear Burgos y sus torres, Córdoba y sus jardines, Sevilla y sus patios llenos de flores. Teníamos que matar para ganar el derecho de vivir.

Quería llorar a gritos.

Un obús había matado a la vendedora de periódicos en la puerta de la Telefónica. Ahora estaba allí su chiquita, una niña aún pequeñita y morena que zascandileaba saltando como un gorrión entre las mesas del bar Miami y del Café Gran Vía, vendiendo cigarrillos y cerillas. Apareció en el bar con un trajecillo negro de satén:

—¿Qué haces?

—Nada. Desde que mataron a mamá, pues vengo aquí... Ya estaba acostumbrada desde chiquitita.

—¿Te has quedado sola?

—No. Estoy con la abuelita. Nos dan vales de comida en el comité y ahora nos van a llevar a Valencia. —Se empinó hacia un soldado altote de las Brigadas—: ¡Viva Rusia! —La voz era aguda y clara.

No. No podía pensar en términos políticos, en términos de partido o de revolución. No podía escapar al pensamiento de que era un crimen el lanzar granadas contra carne humana y de la necesidad mía, mía, del pacifista, del enamorado de san Francisco, de ayudar a la tarea de terminar con esta cría de Caín. Luchar es como sembrar; sembrar para crear una España en la cual el artículo de la Constitución de la República que decía: «España renuncia a la guerra», fuera verdad real. Lo otro —perdonar—, lo pudo decir Cristo. San Pedro sacó la espada.

Más allá, el frente estaba vivo y nos mandaba el eco de sus explosiones. Había allí miles de hombres que pensaban vagamente como yo, que luchaban y que confiaban de buena fe en la victoria; ingenuos, bárbaros, rascándose piojos en las trincheras, matando y muriendo, soñando: soñando en un futuro sin hambre, con escuelas y limpieza, sin señores y sin casas de préstamos, un mundo lleno de sol. Yo estaba con ellos. Pero no podía dormir. ¡Qué difícil es dormir!

Cuando en el propio cerebro se amontonan todas las visiones y emociones, pensamientos y contrapensamientos; cuando día y noche las bombas sacuden las paredes, y el frente se acerca más y más; cuando el sueño es escaso y el trabajo largo, difícil y lleno de contradicciones, la

mente se refugia en la fatiga del cuerpo. Yo no trabajaba bien. Sólo era claro y seguro cuando estaba con Ilsa, pero en cuanto me quedaba solo me sentía inseguro hasta de ella. Ella no sufría la guerra civil en su propia sangre como yo; ella pertenecía a los otros, a los que van a lo largo del camino fácil de la acción política. En las tardes bebía vino y coñac para azotar mi cansancio. Contaba historias a gritos hasta que desahogaba mi propia excitación. Regañaba con los periodistas que me parecía trataban a los españoles mucho más como «nativos» que los demás lo hacían. Cada día pedía instrucciones concretas para nuestro trabajo a Valencia y al Comisariado de Guerra; cada vez me contestaban, Rubio Hidalgo que estaba en Madrid en contra de sus órdenes, Kolzov y sus amigos que no hiciera caso y que eran ellos los que mandaban. Cuando llamó María, le contesté furioso; después me la llevé de paseo, porque había tanto dolor por todas partes que yo no quería causar un dolor más.

Ilsa me miraba con sus ojos quietos llenos de reproche, pero no me preguntaba nada sobre mi vida privada. Yo hubiera querido que me preguntara, hubiera querido estallar. Mantenía el trabajo de la oficina con manos firmes, y yo estaba lleno de dudas.

Así llegó el día en que Rubio Hidalgo me dijo por teléfono que tenía que comprender que estaba bajo la autoridad del ministerio y no de la Junta de Defensa. En el Comisariado de Guerra me dijeron lo contrario. Llamé a Rubio Hidalgo otra vez. Me dio órdenes estrictas de incorporarme a Valencia. Yo sabía que me odiaba y que no quería más que una oportunidad para destituirme del trabajo que yo le había usurpado, pero estaba cansado. Terriblemente cansado. Iría a Valencia y se terminaría aquello, cara a cara. En el fondo de mi mente estaba también el deseo de terminar con esta situación ambigua.

La junta se negó a darme el salvoconducto para ir a Valencia, porque mi trabajo era en Madrid y Valencia no tenía nada que ver con

ello. Rubio Hidalgo no tenía poderes para darme un salvoconducto. Estaba en un callejón sin salida.

Y así, una tarde me encontré con mi amigo Fuñi—Fuñi, el anarquista, entonces uno de los responsables del Sindicato de Transportes me ofreció un salvoconducto y un sitio en un coche para ir a Valencia al día siguiente. Lo acepté. Ilsa apenas comentó. Aquel mismo día ella había rechazado una nueva invitación de Rubio Hidalgo para ir a Valencia.

El 6 de diciembre abandoné Madrid, sintiéndome como un desertor dispuesto a lanzarme en una batalla peor aún.

Capítulo 4

Retaguardia

El coche que me llevó a Valencia pertenecía a la FAI y conducía a tres líderes de las milicias anarquistas. Uno de ellos, García, era el comandante del frente de Andalucía. Aunque sabían que yo no era un anarquista y aunque les había dicho que había colaborado con los comunistas, me aceptaron como un amigo, puesto que sus compañeros en Madrid me habían proporcionado el uso de su coche. Y yo los acepté desde el principio porque no se mordían la lengua para censurar a los hombres que abandonaron Madrid vergonzosamente a su destino. Estaba convencido de que los que se habían escapado a Valencia el 7 de noviembre, ahora hacían todo lo posible para volver a apoderarse del mando de la capital, pero sin tener que volver a ella. Yo era uno de los testigos principales de su cobardía y de su falta de sentido de responsabilidad y era obvio que tratarían de deshacerse de mí de una manera impecable. Era por lo que se me llamaba a Valencia; y era también por lo que yo iba.

Comencé a hablar de los problemas que me atormentaban. García escuchó cuidadosamente y sus preguntas sutiles me empujaron a hablar más y más. Era un consuelo. Les conté la historia tal como yo la había visto, la censura antes del 7 de noviembre, el funcionamiento de la oficina en la Telefónica, el papel de la junta de Defensa, las órdenes de Valencia, la confusión, la negligencia, la fatiga de esta batalla estúpida. El camino a Valencia es largo, y yo hablé y hablé, para aclarar mi mente, para desahogarme, mientras García escuchaba y hacía preguntas. Cuando llegamos a la ciudad, fuimos directamente a un bar para comer algo y para beber un vaso juntos antes de separarnos. Y fue únicamente entonces cuando García dijo:

—Bueno, compañero, ahora dame las señas del fulano ese. Esta noche le vamos a hacer una visita.

—Caray, ¿para qué?

—Ah, no te preocupes, aquí en Valencia a veces la gente desaparece de la noche a la mañana. Se los llevan a Malvarrosa, al Grao o a la Albufera, se ganan un tiro en la nuca y el mar se los lleva. Bueno, algunas veces los devuelve porque le dan asco.

Lo dijo con la cara tan seria como la había tenido durante todo el viaje. Me asusté:

—No creo que merezca ni aun eso. Primero, no creo que Rubio sea un traidor a la República. Ha trabajado muchos años con Álvarez del Vayo, ¿sabes? Además, es uno de los pocos que conocen algo sobre la prensa extranjera. Perderíamos una ayuda y provocaríamos un escándalo fuera. Y por último, esto es una cuestión mía, personal.

García se encogió de hombros:

—Bueno, como quieras. Tú te lo guisas y tú te lo comes, pero yo te digo que un día te va a pesar. Conozco el tipo y por causa de ellos vamos a perder la guerra. ¿O tú crees que nosotros no sabemos las cosas que la censura deja pasar? Ese hombre es un fascista y ya le tenemos marcado hace mucho tiempo. Además, le hemos avisado más de una vez. Tú podrás decir lo que quieras, pero a ése le damos el paseo más tarde o más temprano.

Aquello me liberó de mi resentimiento apasionado contra el ministerio. Yo sabía demasiado bien que la censura de prensa extranjera cometía muchos más disparates por suprimir que por dejar pasar, noticias o comentarios. Veía ahora qué lejos estaba también de estos anarquistas y de sus sentimientos, a pesar del resentimiento y de la indignación que nos unía.

Fui solo a la oficina de prensa.

Era temprano en la mañana. Brillaba el sol en un cielo sin nubes. Después de las nieblas y de los vientos de Madrid, el aire de Valencia era como un vino fuerte. Marchaba despacio a través de un mundo extraño en el que la guerra no existía más que en unos carteles antifascistas, enormes, y en los uniformes de milicianos paseantes. Las

calles estaban abarrotadas de gentes y de automóviles, las gentes bien vestidas, orgullosas y chillonas, con tiempo y dinero a su disposición. Las terrazas de los cafés estaban llenas. Una banda de música tocaba una marcha en una plaza. Los vendedores de flores llevaban manojos de claveles blancos, rojo y rosa. Los puestos del mercado estaban llenos de comida, pavos y gallinas, bloques de turrón, uvas, naranjas, granadas, dátiles, piñas. Me asaltó un limpiabotas y le dejé que puliera mis zapatos con polvo de Madrid. Las granadas no zumbaban en el aire, no. Pasó un camión lleno de evacuados de Madrid, y brinqué. Quería hablar a los chiquillos asombrados, tan asombrados como yo.

La oficina de prensa se había instalado en un viejo palacio. Sorbí la suntuosa y sucia escalera de mármol y me encontré en un *hall* con las paredes tapizadas de brocado, descolorido por los años; desde allí, un ordenanza me mandó a través de un laberinto de pasillos en el que se encadenaban habitaciones llenas de máquinas de escribir, de multicopistas, de sellos de caucho, de montañas de papel. Las gentes no me reconocían, ni yo conocía a la mayoría de ellas. Como un paleto di vueltas de un lado a otro hasta que Peñalver me encontró y me saludó como si fuera un resucitado de entre los muertos. Peñalver había sido ordenanza en Madrid.

—Tiene usted que vivir en casa mientras esté en Valencia —me dijo—. No se encuentra una habitación, y además su hermano duerme con nosotros. Voy a decirle a don Luis que está usted aquí.

Me recibió con toda solemnidad, como la verdadera cabeza del departamento a pesar de que la pompa era escuálida y llena de desorden. Afable, pulido, ni frío ni caluroso, los ojillos de lagarto escondidos a medias detrás de las gafas ahumadas, la punta oscura de su lengua paseándose veloz por sus labios. Y yo no dije nada de lo que pensaba decir cuando abandoné la Telefónica. En Madrid había planeado perfectamente cómo enfrentarme con sus palabritas suaves; aquí, en Valencia, él estaba en su propio campo, y yo no era más que un

Quijote loco, incapaz de someterme, de conformarme o de tomar la decisión salvaje que me había ofrecido el anarquista García.

Rubio Hidalgo me dijo blandamente que lo sentía mucho, pero que no tenía tiempo aquella mañana para discutir conmigo la situación; que me marchara a ver la ciudad y que volviese al día siguiente. Me marché. En la valla de un solar estaban mirándome los ojos abiertos de los niños asesinados en Getafe, las caritas trágicas cuyas fotografías yo había salvado. Un cartel de propaganda. Un llamamiento eficaz a todos. Me lo había imaginado diferente, tal vez porque era yo el que pudo haberlos asesinado por segunda vez y había escogido darles vida nueva.

No sabía qué hacer conmigo.

Por la tarde me fui a ver a mis hijos y a Aurelia en el pueblecillo donde estaban alojados. El ferrocarril de vía estrecha que me llevó allí era tan lento como un carro de mulas. El pueblo estaba bajo la administración de un comité de anarquistas que había requisado las casas más grandes para alojar a los refugiados de Madrid. Encontré a Aurelia en una vieja casa solariega de vigas gruesas y paredes de piedra y yeso desconchadas, grandes salas enladrilladas, un número fantástico de escaleras, un jardín húmedo y sombrío y una huerta llena de ortigas con un puñado de manzanos y naranjos. No había allí más que madres con sus hijos, veintidós familias, componiendo un ciento de personas. El comité había requisado camas y ropas de cama y había convertido en dormitorios las habitaciones mayores. Parecía un hospital o una de esas viejas posadas que tienen dormitorios comunales.

En la sala donde estaba Aurelia se alineaban diez camas a lo la go de las dos paredes principales. Ella y los tres niños compartía dos camas de matrimonio a cada lado de un balcón por el que entraba un sol cegador. La habitación estaba encalada y muy limpia, las cuatro madres que allí estaban parecían llevarse muy bien. En el próximo cuarto de hora descubrí que entre los distintos dormitorios existía un antagonismo de grupo feroz. Las mujeres no tenían nada que hacer, más que limpiar

la habitación, preocuparse de sus chicos y cotillear entre ellas. El comité proporcionaba leche para los chicos y la comida para todos. Una de las mujeres que estaba en el dormitorio de Aurelia, cuyo marido había sido muerto en los primeros días de la lucha, estaba atendida totalmente por el comité y recibía cada día una lluvia de regalos de la gente del pueblo ropas para los niños, flores, dulces.

Los chiquillos se habían adaptado felices al medio extraño que los rodeaba y jugaban todos en la huerta. Aurelia exhibió su marido a través de los dormitorios, «un marido que era algo en el Ministerio de Estado». Ya tarde me preguntó:

—¿Qué planes tienes para esta noche?

—Me vuelvo a Valencia en el último tren. Peñalver me deja un cama en su casa. En cuanto pueda vendré otra vez a veros.

—No. Esta noche te quedas aquí. Ya lo he arreglado todo.

—Pero aquí no tengo sitio.

—Te digo que sí. Ya lo he arreglado yo. Las mujeres se van dormir a otro dormitorio esta noche, en cuanto sus chicos se queden dormidos, y nosotros nos quedamos solos.

—Quédate, papá...

Me subía a la garganta una repugnancia infinita y al mismo tiempo una ola de cariño y de piedad. Habíamos perdido la casa en Madrid, habíamos perdido todo lo que hace agradable la vida; me rodeaban los chicos, me tiraban del pantalón, no me dejaban ir. Los ojos de Aurelia suplicaban. Me quedé.

Pero aquella noche no dormí. Mentir es muy difícil.

El cuarto inmenso estaba alumbrado por dos lámparas de petróleo cuyo resplandor llenaba el cuarto de sombras. Al alcance de mi mano los niños dormían plácidamente en la otra cama. Aurelia lado a lado de mí. Estaba mintiendo cada momento que estaba allí. Había mentido a los niños pretendiendo una armonía con su madre que no existía. Había mentido a la madre, mintiendo una ternura que estaba muerta y que ya

no era más que repulsión física. Había mentido a Ilsa, allá en Madrid. Me mentía a mí mismo construyéndome, una a una, justificaciones falsas de por qué estaba en una cama donde no quería estar, donde no debía estar, donde no podría estar más.

En la mañana tomé el primer tren a Valencia y dormí en el compartimiento cerrado y asfixiante, hasta que los otros viajeros me despertaron. Me fui a la casa de Peñalver y me acosté hasta la hora de comer. Por la tarde Rubio Hidalgo me repitió que no tenía tiempo y que dejaríamos el hablar para el día siguiente. Al día siguiente se había ido a Madrid. Cuando volvió, me enteré por otros que había nombrado a Ilsa la cabeza oficial de la oficina de Madrid. No me dijo nada, sólo que hablaríamos y arreglaríamos mi situación un día u otro. Esperé sin forzar las cosas; esperé un día y otro. Otra vez Rubio Hidalgo se marchó a Madrid en un viaje urgente. Cuando volvió era abiertamente hostil hacia mí, con un tono insolente en su voz. Tuvimos una bronca agria, pero al fin me callé y esperé. Mi batalla, tan clara en Madrid, en Valencia era sin esperanza y sin finalidad; en Valencia estaba solo y desesperado.

Se pasó una semana, lenta y tensa. El cielo estaba uniformemente claro, las noches uniformemente pacíficas, la vida de la ciudad inalterablemente divertida y alegre. Cada noche, mi anfitrión Peñalver, con su cara tallada a escoplo, sacaba después de cenar una baraja y una botella de aguardiente. Mi hermano Rafael, que había ido a Valencia después de la evacuación de su familia, se sentaba, silencioso y serio. A medianoche, Peñalver se iba a la cama un poquitín borracho. Yo seguía sin poder dormir.

Iba coleccionando historias de unos y otros: con el peso de Madrid en mi mente, trataba de entender el proceso de organización de la guerra. Pero mientras estaba esperando, desocupado y excedente, no podía encontrarme con las gentes que sin duda estaban entonces trabajando febriles. No veía más que los emboscados, los peces chicos

de la burocracia tratando de justificar su existencia para sentirse seguros en su refugio, los empleados insignificantes del Ministerio de Estado que habían salido de Madrid, porque se lo habían mandado o porque tenían miedo. No tenían nada que hacer y criticaban y contaban historias llenas de malicia. A veces esta malicia se volvía contra nosotros, los que nos habíamos quedado en Madrid, los «locos» que habían echado las cosas a perder. Me hablaban así porque estaban convencidos de que yo había venido a Valencia para quedarme, después de intrigas sin fin para escapar de aquel infierno. Según ellos, los altos empleados del Estado estaban muy disgustados de que los que habían organizado la defensa de Madrid se portaran como si ellos fueran héroes y los evacuados oficialmente a Valencia cobardes. «Tiene usted que admitir que esas gentes se han arrogado poderes que no tenían», me dijo alguien muy redicho. «Sí, porque ustedes habían dado a Madrid por perdido», contesté. Pero era claro que, dijera lo que dijera, caería en el vacío, porque sonaba hueco y declamatorio. Me acordaba del anarquista García con un sentimiento inquieto, mezcla de camaradería y de odio; caía en largos silencios, escuchaba y miraba.

Me contaron que Rubio Hidalgo había afirmado que me iba a mandar a la censura de correos de Valencia «para que me pudriera allí» y que no se me permitiría volver a Madrid. Me contaron que había contado indignado cómo yo había usurpado su sillón en el ministerio. Decían que a Ilsa la dejarían en Madrid hasta que las cosas se arreglaran, si antes «no metía la pata hasta el corvejón». Rubio la manejaría perfectamente, porque no era más que una extranjera sin nadie que la garantizara y sin ningún conocimiento de España, y tendría que depender de él. Otros me contaron que políticamente era sospechosa y que se la expulsaría de España en seguida, si continuaba siendo tan amistosa con los periodistas extranjeros. De todas formas, Ilsa se había convertido en una leyenda.

Visitaba a mis chicos regularmente pero no volví a quedarme otra noche en el pueblo. Después de un altercado serio no hablé más con Aurelia y ella sabía que todo había terminado definitivamente.

Me sentaba con mi hermano en la terraza de un bar, atontado por el ruido. Me iba a la playa a contemplar las gentes revolotear alrededor de los restaurantes de moda o me quedaba contemplando las enormes sartenes en la cocina al aire libre de La Marcelina, donde se cocían las paellas bajo guirnaldas de mariscos rojo—cromo y trozos de pollos dorados a la sartén. El arroz que yo había comido días y días en Madrid había sido una masa rojiza como vomitona de borracho. Sobre las plataformas de tabla elevadas en la arena de la plaza, frente al mar, donde las mesas se pedían con anticipación, las mujeres evacuadas de Madrid mantenían una batalla furiosa de lujo exhibicionista con sus colegas valencianas. Se derrochaban fortunas en mantener una alegría ficticia, una seguridad que nadie tenía. Infinidad de gentes se habían hecho ricas de la noche a la mañana, contra el fondo de los cartelones gigantes que pedían sacrificios para ganar la guerra y para salvar Madrid.

Las oficinas estaban invadidas por una legión de nuevos organizadores: Peñalver, un ordenanza del Ministerio de Estado toda su vida, se despertó una mañana con una idea: crear un batallón ciclista. Los reclutas serían los ordenanzas ciclistas de los innumerables ministerios. No irían al frente, claro. Se entrenarían y organizarían para cuando hicieran falta. Él tenía bicicleta y sabía montar en ella; sus dos hijos eran ciclistas del Departamento de Prensa. Comenzó a divulgar la idea en otras oficinas, y al cabo de unos pocos días apareció en casa vestido con un flamante uniforme de capitán, una orden escrita autorizándole a organizar el batallón ciclista y otra orden autorizándole los gastos necesarios. Desde aquel momento comenzó a pensar en abandonar el ministerio en cuanto tuviera reclutas bastantes. ¡Y las

bicicletas que iba a comprar! Bueno, por el momento tenía su sueldo de capitán.

Me enteré de que había muerto Louis Delaprée. Durante los últimos días de mi estancia en Madrid había tenido una cuestión seria con su periódico, *Paris—Soir*, porque éste se había negado a publicar una información sobre los bombardeos de Madrid y la matanza de mujeres y niños, con el título, prestado de Zola, *J'accuse*. Cuando yo me había despedido de él, estaba sentado en mi cama de campaña, la cara más pálida que nunca, un tapaboca color ladrillo alrededor del cuello. Me dijo que iba a tener unas palabras serias con sus amigos del Quai d'Orsay sobre la conducta abiertamente fascista del consulado francés: «Odio la política, como usted sabe, pero yo soy un hombre liberal y un humanista».

Se marchó a Francia por avión. Iban con él un corresponsal de la agencia Havas y un delegado de la Cruz Roja Internacional que había estado investigando el asesinato de prisioneros en la cárcel Modelo al principio de los bombardeos de Madrid. No lejos de la ciudad, el aeroplano francés fue atacado y ametrallado por un avión desconocido. Hizo un aterrizaje forzoso. El hombre de Havas perdió una pierna, el delegado de la Cruz Roja resultó ileso, el piloto lleno de cardenales, y Louis Delaprée murió en un hospital de Madrid con una muerte lenta y dolorosa. Se corrían rumores de que el avión atacante era un avión republicano, pero el mismo Delaprée lo negó en sus horas interminables de agonía lúcida. Yo tampoco podía creerlo.

Para atender al entierro, fue por lo que Rubio Hidalgo se había ido a Madrid sin avisar a nadie, con una corona de flores frescas en el coche. Cuando volvió me contaron esto y todas las historias acerca de la situación de Ilsa y de mi destierro inmediato en la censura de correos.

Venían a Valencia los periodistas para un descanso, y sus alabanzas efusivas de Ilsa me asustaron mucho más que los rumores. La veía

expuesta a la envidia, enredándose ella misma en una telaraña de reglas burocráticas que no conocía ni podía conocer, lejos de mí, sola.

Comencé a escribirle una carta en francés, en forma de un diario; una cosa rígida y artificial que era más una justificación de mí mismo estúpida. Como había entrado en la censura con la recomendación del Partido Comunista y había tomado las riendas de este servicio el 7 de noviembre con su aprobación, me fui un día a la secretaría general que se había instalado en Valencia y pedí una entrevista con una de las primeras figuras. Me dijo que toda la confusión que existía en la censura tenía que aclararse por el Gobierno, que todos teníamos que soportar y que apoyar la reorganización de la maquinaria del Estado que estaba en marcha, que yo indudablemente tenía razón, pero que debía esperar una decisión oficial. Me resigné a esperar. Todo aquello era muy razonable y yo no era más que un intruso.

Llegó entonces una carta de Ilsa contestando una nota que yo le había enviado pidiéndole que viniera a Valencia. Iba a venir en unos días, después de Navidad, con un permiso corto que le había ofrecido Rubio Hidalgo. Tenía la esperanza de que yo volvería a Madrid con ella. Luis, nuestro ordenanza, me daría más detalles sobre ello, pues le mandaba al día siguiente a Valencia para que pasara unos días con su mujer y su hijita. Fui al ministerio a preguntar si esperaban algún coche de Madrid, pero no había llegado ninguno ni tenían noticias. Volví al atardecer y alguien dijo que había oído de un coche que había sufrido un accidente cerca de Valencia, y que dos periodistas y un ordenanza del ministerio estaban heridos, pero no sabían quiénes eran. Los habían llevado al hospital.

El hospital de Valencia era un edificio enorme de aspecto conventual, con salas abovedadas, paredes de piedra fría, rincones oscuros donde se ocultaba a los moribundos, y una baldosa con el nombre de un santo encima de la puerta de cada sala. El piso, de losas de piedra o de viejas baldosas de barro cocido, resonaba con el pataleo

de una multitud habladora y gesticulante; había en el aire un tintineo constante de cristal y loza y el olor del ácido fénico lo impregnaba todo. La guerra había invadido el hospital destruyendo el viejo orden. No había nadie que pudiera oponerse a la voluntad de los visitantes y éstos habían invadido el hospital, se habían instalado en sillas y a los pies de las camas, a veces la familia entera, y hablaban y discutían incansables con enfermos y heridos. Bajo las bóvedas, el zumbido era como el de una colmena gigante.

Las enfermeras y los ordenanzas se habían vuelto groseros y estaban exasperados. Se abrían paso a empujones sin hacer caso a preguntas. Por fin pude encontrar un periodista inglés; no tenía más que unas contusiones y aquella noche iba a dormir al hotel. Me pidió que me ocupara de Susana, que era con quien había venido; ella tenía una brecha en la frente y la habían tenido que coser. Susana me dijo que Luis estaba gravemente herido, pero no podía decirme dónde le habían llevado. Nadie sabía dónde estaba, ni aun si estaba en el hospital. Alguien me guió a uno de los lechos escondidos en los rincones de las bóvedas; el lecho estaba vacío, deshecho y sucio de haber sido recién ocupado. Luis o había muerto o aquello era un error. Me lancé a través de un laberinto de pasillos, en los que estaban las dependencias del hospital, y le encontré, al fin, tendido sobre una camilla a la puerta de la sala de rayos X.

La ternura de su cara fue tan intensa cuando me vio que la emoción se me subió a la garganta. Vi instantáneamente que no tenía salvación. De la comisura de los labios le caía un hilito fino de baba mezclada con sangre, sus encías eran verdosas y parecían haberse contraído dejando los dientes desnudos, la piel era cenicienta y las piernas estaban insensibles y paralizadas. Lo único que vivía eran los ojos, los labios y los dedos. El doctor me dejó entrar con él y en silencio, en lo oscuro, me señaló las sombras que se dibujaban en la pantalla fluorescente: la

columna vertebral, rota en su mitad, dos de las vértebras separadas una de otra tres o cuatro centímetros.

Después me senté a la cabecera de su cama. Luis hacía esfuerzos por hablar y por último consiguió decir:

—La carta. En mi chaqueta. —En la guerrera del uniforme que colgaba a los pies de la cama encontré un sobre abultado—. Ahora todo está bien. ¿Sabe usted que me voy a morir? —Se sonrió y la sonrisa se transformó en mueca—. Tiene gracia, yo que tenía tanto miedo de las bombas. ¿Se acuerda usted aquella noche del bombardeo? Quiere uno escaparse de la muerte y se cae de boca en sus brazos. Así es la vida. Lo siento por mi chica, no por mi mujer. — Acentuó el «no»—. Ella se quedará muy contenta y yo también. Deme usted un pitillo, ¿quiere?

Le encendí un cigarrillo y se lo puse entre los labios. De vez en cuando sus dedos se cerraban lentos y torpes alrededor del cigarrillo, lo retiraban de la boca y hablaba:

—Don Arturo, no deje perder esa mujer. Yo tenía razón. Es una gran mujer. ¿Se acuerda usted la noche que llegó a Madrid? Y está enamorada de usted. Hemos hablado, ya sabe hablar español. Bueno, por lo menos, nos hemos entendido los dos muy bien. Ella está enamorada de usted y usted lo está de ella. Lo sé. Hay muchas cosas que ahora las veo claramente: dicen que hasta que uno no está a punto de morirse no se ven. No la pierda, sería un crimen, por ella y por usted. Llegará el 26. Van ustedes a ser muy felices los dos y un día se acordarán del pobre Luis. Tiene usted la carta, ¿no? Es lo que me preocupaba todo el tiempo, que me la quitaran.

La agonía de la peritonitis es horrible. El vientre levanta la sábana hinchándose lenta e inexorablemente. Las entrañas se trituran bajo la tremenda presión y al final surgen expulsadas por la boca, en una masa repugnante de sangre y excremento, llena de burbujas que estallan soltando gas fétido. La mujer de Luis no pudo soportarlo y se marchó. Me quedé solo con él largas horas limpiándole incesantemente los

labios. Hasta el último momento, sus ojos estuvieron vivos, llenos de resignación y de cariño. Me dijo adiós, muy bajito, atragantado de espumas.

Ilsa llegó a Valencia el 26 de diciembre. La sección de prensa llenó de flores su cuarto en el hotel, porque era una «heroína». Estaba rendida de fatiga, pero fuerte y llena de alegría. Cuando me reuní con ella, todas las cosas en el mundo volvieron a su sitio.

La mañana siguiente, cerca de mediodía, su amigo Rolf vino a buscarme en el *smoking room* del hotel: un agente de la policía política había venido a buscarla y se la había llevado detenida. Había encontrado a Rolf y le había encargado que me avisara y que avisara a Rubio Hidalgo.

Veía el Paseo de los Mataderos con sus arbolillos raquíticos y polvorientos, con los cuerpos desplomados en la luz gris del alba; me resonaban en los oídos las risitas nerviosas de los curiosos, las blasfemias horrendas de los cínicos. Recordaba a la vieja a quien había visto, tirando de la mano de un chiquillo adormilado y metiendo un trozo de churro en la boca entreabierta del hombre muerto. Veía al Manitas reclamando más víctimas a quienes dar el paseo. Veía a Ilsa ante un tribunal de hombres capaces de creer cualquier cosa de un extranjero y me la figuraba extendida en la playa, el mar mojándole los pies. El reloj del salón batía los segundos lentamente. Tenía una pistola. Todos teníamos pistolas.

Llamé a la oficina de prensa y pregunté por Rubio Hidalgo. No me dejó hablar. Le habían informado; haría todo lo que estuviera en su poder y averiguaría qué había pasado. Sí, le contesté, era mejor que lo averiguara pronto. Me dijo que vendría inmediatamente al hotel. Había otros extranjeros a mi alrededor: Rolf había traído a Julio Deutsch, el austríaco, que la conocía bien. Creo que él llamó al secretario de Largo Caballero. Llegó Rubio y se apoderó del teléfono. Puse la pistola sobre

la mesa, ante mí. Todos me miraron como pensando si me habría vuelto loco y me dijeron que me calmara.

Yo les contesté que no se preocuparan; aparecería o no aquella noche, pero si no, había otros que iban a morir también en Valencia, y puse dos cargadores llenos lado a lado de la pistola. Rubio llamó al ministerio.

De pronto me dijeron que todo se había aclarado: no había sido más que una denuncia estúpida y dentro de un rato estaría allí. No les quería creer. El reloj seguía marchando lentamente. Llegó dos horas más tarde, sonriendo y muy dueña de sí. Yo no podía hablarle. Los otros se agruparon a su alrededor y ella les contó su historia con gusto e ironías. El agente que la había detenido le había hecho algunas preguntas en el camino que hacían; claro que se la había denunciado como una espía trotskista. No le habían hecho ninguna acusación concreta pero su amistad con el líder socialista Otto Bauer había pesado mucho. Mientras dos personas la estaban interrogando —en una forma muy insegura y torpe, dijo, lo cual la hacía sentirse el ama de la situación, y ésta más ridicula que peligrosa—, el teléfono había comenzado a sonar. Después de la primera llamada le habían preguntado si quería comer algo; después de la tercera o cuarta le habían presentado una comida verdaderamente suntuosa; después de la sexta o séptima le habían preguntado su opinión sobre un tal Leipen que, aparentemente, era quien la había denunciado, un periodista insignificante de Centroeuropa que por un tiempo había trabajado con Rubio Hidalgo y a quien yo no había llegado a conocer. Ella les había dicho la verdad, que le consideraba un tipo escurridizo, pero nada más. Al final la habían tratado muy cariñosamente, como una amiga de la familia.

No importaba que no se hubiera dado cuenta del peligro que había corrido. Había vuelto salva. Me quedé con ella.

Aquella noche, la luna sobre Valencia brillaba como plata fundida. Hay en Valencia jardines y fuentes, anchos paseos flanqueados de

palmeras, viejos palacios e iglesias. Por miedo a los aviones, todo estaba sumido en la oscuridad y la luna era aquella noche la reina de la ciudad. El disco pequeño y brillante rodaba en un cielo de terciopelo azul—negro salpicado de llamitas blancas, temblonas, y la tierra era un campo de negro y plata.

Después de cenar nos fuimos a pasear a través de los trozos de luz y de sombra. El aire estaba lleno del olor de la tierra húmeda y fría, de las raíces sedientas chupando ansiosas el jugo fresco, de aliento de árboles, de flores abriéndose en lo oscuro o bajo la caricia de la luna. Paseamos entre las columnatas de palmeras cuyas hojas anchas crujían como pergaminos; y la arena crujiente bajo nuestros pies arrancaba chispas a la luna como si el mundo se hubiera vuelto de vidrio. Hablábamos bajito para que la luna no se asustara y cerrara los ojos y dejara ciego al mundo.

No sé lo que decíamos. Cosas hondas como las que se murmuraban en noches nupciales. No sé cuánto duró nuestro paseo. El tiempo había perdido su compás y se había quedado quieto, mirándonos marchar fuera de su órbita. No sé por dónde fuimos: jardines, luna, arena, fuentes saltarinas, crujidos de hojas secas en estanques de sombra; y seguíamos, las manos entrelazadas, sin cuerpos, persiguiendo el murmullo de una canción de cuna.

Por la mañana nos fuimos hacia el mar, hablando seriamente de la lucha que nos esperaba hasta que volviéramos a nuestros puestos en Madrid y volviéramos a trabajar juntos. Pasamos el Cabañal, blanco, con sus casitas de obreros y pescadores, y donde la playa se curva, lejos de hombres y casas, nos sentamos en la arena. Era amarilla y fina, caliente como una piel humana. El mar y el cielo eran dos tonos distintos de un mismo azul suave que se fundían en un resplandor lejano, sin líneas que los dividiera. El mar quieto lanzaba a la playa ondas dormidas que llevaban granos de arena en sus crestas de cristal. La arena cabalgaba sobre las crestas alegremente como legión de

enanitos traviesos, hasta que la onda se rompía sobre ellos con un chasquido leve y los dejaba alineados en hileras inmóviles, en rizos que eran la huella de los labios del mar.

Tenía mi cuello sobre su brazo desnudo, piel sobre piel, y sentía las corrientes que corrían bajo ambas pieles, fuertes o imperiosas como las fuerzas bajo la azul superficie del agua.

—No sé más dónde acabo yo y dónde empiezas tú, como si fuéramos uno.

Era una paz profunda. No necesitábamos hablar de nosotros mismos. No habíamos dicho más que unas pocas frases: ella tenía que escribir a su marido y decirle que su matrimonio se había terminado. Yo tenía que arreglar mis cuestiones privadas con el menor daño posible para los que estaban envueltos en ellas.

—Tú, ¿sabes que vamos a producir daño a los otros y a nosotros mismos, para poder ser felices? Y esto siempre se paga.

—Lo sé.

Pero todo parecía fuera de nuestra vida juntos, la única vida que podíamos sentir. Todas las cuestiones complicadas, revueltas, inescapables, que vislumbraba y conocía tan bien dentro de mi cerebro no pertenecían a mí, se referían a otro. Le conté cosas de mi infancia y de mi madre: la delicia con que enterraba mi cabeza entre sus muslos y sentía sus dedos ligeros acariciar mis cabellos. Aquello sí era yo. Pertenecía a mi mundo junto con la sonrisa de Ilsa, con las conchas pequeñitas que estaba ella desenterrando de la arena blancas como leche, tostadas como pan de campesinos, rosa agudo como pezones de mujer, suaves y pulidas como escudos, rizadas y abiertas en abanicos perfectos.

Teníamos hambre y nos fuimos a una tabernita en el borde de la playa, zanqueando lentos por la arena. Nos sentamos en el balconcillo de madera, una baranda frente al mar, y hablamos de Madrid. El

camarero nos trajo una cazuela de barro colmada de arroz, amarillo de azafrán, y nos señaló dos langostinos extendidos encima:

—De parte de aquellos camaradas.

Se levantó un hombre con tipo de pescador de una mesa en el rincón opuesto; se quitó la gorra y dijo:

—Pensábamos que la camarada extranjera debería probar la real cosa. Hace un ratito que hemos cogido esos langostinos, así que no pueden estar más frescos.

El arroz olía a mar. Bebimos con él un vino rojo, áspero, también vivo.

—¿No ha empezado hoy el año?

—Faltan aún tres días.

—¿Sabes? Es extraño, pero es sólo hoy cuando he visto que podemos compartir una vida limpia, a la luz del día, alegres; una vida normal.

—¿Es que siempre me vas a decir lo mismo que estoy pensando?

Era hermoso sentirse infantil. Me sentía fuerte como nunca. Nos volvimos a la playa cogidos de la mano como niños, y como niños cogimos más conchas oro y rosa. Cuando volvíamos a la ciudad, en el tranvía abarrotado y ruidoso, las conchas en los bolsillos de Ilsa sonaban como castañuelas.

Capítulo 5

El frente

Le oí decir a un corresponsal extranjero: «Con esta pandilla de la no intervención las cosas se han movido de Madrid a Valencia. Claro que todo depende de si Madrid resistirá o no —he oído decir que los nacionalistas van a reanudar su ofensiva contra la carretera de La Coruña—, pero nosotros tenemos que estar en contacto con el gobierno de Valencia».

Era verdad: Madrid estaba en guerra, pero Valencia estaba en el mundo. El trabajo laborioso de reorganización administrativa y el tráfico diplomático se habían impuesto; era necesario, aunque alimentara a parásitos. Sin embargo, yo no podía convertirme en una parte de ello sin perder los últimos restos de mi fe. Tenía que volver a Madrid. Quería tener una parte en el manejo de la propaganda extranjera, pero desde allí. Significaba que tendría que aprender cómo ejercer influencia sobre el mundo exterior, convirtiendo lo que para nosotros era vida y muerte desnudas en materia prima para la prensa. Significaba también que tenía que volver a Madrid, no en oposición a los «conductos oficiales» del Departamento de Prensa, sino en armonía con ellos.

Esto último era lo más difícil de resolver dentro de mí mismo. Me revolvía contra ello, aun creyendo en el diagnóstico de Ilsa: se sentía completamente desamparada al pensamiento de tener que volver a enfrentarse con las autoridades españolas, ella, sola, a la cabeza de una oficina clave, sin el conocimiento más mínimo de las regulaciones oficiales. Y quería que fuera yo esta figura y que la ayudara a coleccionar los hechos que ella misma iba a suministrar a los periodistas en busca de material. Me parecía que valía la pena hacerlo. En Valencia me había sumergido en la lectura de periódicos extranjeros y me había forzado a observar sus métodos de información. Ilsa confiaba en que Julio Álvarez del Vayo, con su experiencia periodística,

vería claramente su punto, pero a la vez estaba muy en dudas si la amistad del ministro hacia ella sería bastante para contrarrestar el odio venenoso que me tenía el jefe de prensa. Yo era escéptico, pero estaba dispuesto a dejarla intentar su acción.

De repente todos los obstáculos desaparecieron de la noche a la mañana. Estaba esperando en una antesala del ministerio cuando Ilsa salió de tener una entrevista con don Julio, con una expresión vacante que le sentaba extrañamente, y me dijo que Rubio Hidalgo nos esperaba a los dos. Nos recibió con mucho cariño y me dijo que me mandaba a Madrid como jefe de la censura de prensa extranjera, con Ilsa como mi segundo. Ignorando mi asombro, continuó suavemente con los detalles; se nos aumentaba ligeramente el sueldo; se nos pagarían los gastos de estancia; y no había mucho más que decirme; yo ya conocía los trucos mejor que nadie e Ilsa parecía haber embrujado a los periodistas extranjeros en una actitud constructiva, sólo que tendría que protegerla de un exceso de afectuosidad e indulgencia a las que era muy inclinada.

Estaba bien que hubiera entrado en el despacho con mi cara oficial porque no podía comprender el cambio. Ilsa parecía conocer algo de lo que había pasado detrás de las cortinas, porque charloteó con una animación estudiada, mencionó de pasada que estaba contenta de que Rubio hubiera realizado lo impracticable de su plan de mandar sus censores de Valencia a Madrid por turnos mensuales, y al final expresó su preocupación por el nombramiento del comandante Hartung. ¿Es que iba a ser nuestro jefe o un oficial de enlace con el Estado Mayor?

¿Quién diablos era aquel comandante Hartung?

—Ese hombre no tiene nada que hacer con ustedes —dijo Rubio—. Usted, Barea, tiene la responsabilidad del servicio en Madrid junto con Ilsa y los dos van a trabajar bajo mí directamente. Estoy seguro de que lo haremos aún mejor que antes. Yo le voy a mandar paquetes de comida y las cosas que necesiten. Y ahora lo siento, pero tienen ustedes que salir para Madrid mañana mismo.

Todo estaba arreglado: el coche, las raciones de petróleo, los salvoconductos, los papeles del ministerio, hasta cuarto reservado en el Gran Vía. No podía ser que siguiéramos durmiendo en camas de campaña en la oficina. Necesitábamos descansar. Esta vez el trabajo se haría funcionar «sobre ruedas». Le di todas las contestaciones que esperaba de mí. Me dio unos golpecitos en el hombro y nos acompañó a la puerta deseándonos buena suerte.

Ni aun Ilsa sabía exactamente lo que había pasado, pero al menos había cogido un hilo en aquel enredo: un austríaco, llamándose a sí mismo «el comandante Hartung», había aparecido en la Telefónica el día de Nochebuena, mandado a Madrid con coche oficial para alguna misión indefinida. Había hablado profusamente de la necesidad de una oficina de prensa militar, colocándose él mismo en el papel de oficial jefe de publicidad con el Estado Mayor de Madrid, haciendo hincapié en sus inmensos conocimientos periodísticos y presumiendo de su amistad con el ministro. Ilsa le había considerado un presuntuoso divertido y no le había tomado en serio. Ahora estaba en Valencia, al parecer a punto de ir a Madrid con un nombramiento en su bolsillo de algo relacionado con la prensa. Rubio Hidalgo había visto en él una amenaza para su propia oficina y había echado mano de nosotros para enfrentarnos con él y resolverle el problema. Así, aunque sin ningún mérito por parte nuestra, el camino para nuestro trabajo juntos se había abierto de golpe.

El camino de Madrid a Valencia había sufrido cambios profundos en las cuatro semanas escasas que habían transcurrido desde que yo había pasado por él: había menos puestos de control en la carretera, muchos de los centinelas que ahora existían tenían un aire mucho más firme y revisaban nuestros papeles escrupulosamente. Los cruces de carreteras más importantes estaban en las manos de los guardias de asalto. Sobrepasamos bastantes vehículos militares y una unidad de tanques ligeros que iban camino de Madrid. El aire de los cerros era

fresco y vigorizante pero al anochecer, cuando llegábamos a las llanuras altas, el viento mordía en la piel. Desde los altos de Vallecas los blancos rascacielos de la ciudad surgían de la oscura neblina que la envolvía y el frente retumbaba a lo lejos. Nuestro coche se lanzó cuesta abajo cruzando los pilares de cemento de las calles con barricadas y de pronto nos encontramos en casa: en la Telefónica.

Dos días más tarde los rebeldes lanzaron dos ataques, uno en Las Rozas contra la carretera de La Coruña, que era el contacto con El Escorial, y el otro en el sector de Vallecas contra la carretera de Valencia. Capturaron Las Rozas y penetraron profundamente en el borde noroeste de la ciudad. Una nueva avalancha de gentes en huida invadieron las calles y los túneles de las estaciones del metro. Las Brigadas Internacionales contuvieron la brecha abierta en Las Rozas. El Gobierno intentaba organizar una evacuación en gran escala de los combatientes a la costa del Mediterráneo. Oíamos el rugido creciente de la batalla a través de las ventanas de la Telefónica durante nuestras horas de trabajo, y a través de las ventanas de nuestro cuarto en el hotel, durante las escasas horas de sueño. Aquellos días eran días de hambre y de frío. Los camiones que llegaban a la ciudad traían material de guerra, no comestibles. Apenas quedaba carbón y los cartones que sustituían a los cristales rotos de las ventanas no defendían contra las heladas crueles. Un día, una manta espesa de niebla helada se tendió sobre la ciudad y apagó los ruidos. El bombardeo se suspendió. La ofensiva estaba rota. Fue únicamente entonces cuando miré a mi alrededor y comencé a darme cuenta de las cosas.

Mientras había estado ausente, los periodistas extranjeros habían tomado como garantizado que la oficina de censura no era sólo para censura, sino para ayudarlos a ellos personalmente. Gente de las Brigadas Internacionales iban y venían, nos mostraban sus cartas y charlaban un rato con gentes que hablaran su idioma. Corresponsales que no tenían ayudantes que se encargaran de recogerles material

venían y cambiaban impresiones e información con nosotros. Nuestra oficina proveía a los recién venidos con cuarto en el hotel y con vales para gasolina. Ilsa había establecido relaciones oficiales con Servicios Especiales, un departamento de la policía militar que a petición nuestra daba salvoconductos a los periodistas extranjeros para que visitaran algunos sectores del frente. Los comisarios políticos de las Brigadas Internacionales nos visitaban como cosa natural y nos suministraban información que podíamos pasar a los periodistas.

El general ruso Goliev, o Goriev, que estaba agregado al Estado Mayor del general Miaja como consejero, y a la vez como jefe de los destacamentos de tanquistas y técnicos rusos enviados al frente de Madrid, mandaba regularmente por Ilsa en las madrugadas y discutía con ella los problemas corrientes de prensa. Su apreciación por el trabajo de ella había fortalecido su posición precaria, y a la vez había neutralizado la enemistad de algunos comunistas extranjeros que la consideraban indeseable por su actitud crítica y por su independencia de ellos. Algunas noches, cuando el oficial ruso, infantimente orgulloso de su puesto de ayudante del Gobierno, venía a buscar a Ilsa, me marchaba con ella.

El general ruso me perturbaba y me impresionaba. Era rubio, alto y fuerte, con pómulos salientes, los ojos azules frígidos, la cara una superficie de calma con una alta tensión debajo de la piel. No se interesaba por las gentes a no ser que se le forzara a considerarlos como individuos. Y entonces era seco en sus comentarios. Su español era bueno, su inglés excelente; su capacidad de trabajo ilimitada, al parecer. Era muy mirado y correcto en su trato con los oficiales españoles, pero rudo y frío en su discusión de los problemas españoles en las cosas que le atañían, las únicas que tocaba, es decir, militarmente. Vivía, comía y dormía en un cuarto que no era más que un sótano sombrío y húmedo. Allí fue donde vi al comandante de los tanquistas, un mongol con la cabeza prolongada como una bala de fusil, siempre con un mapa

cubierto por celofán bajo el brazo, y a los oficiales de la embajada soviética; y Goliev se entendía con ellos rápida y —a juzgar por el tono— bruscamente. Después se enfrentaba con nosotros y concentraba toda su atención en los problemas de prensa y propaganda. Nunca intentó darnos órdenes, pero se veía claramente que esperaba que sus consejos se siguieran; al mismo tiempo aceptaba una tremenda cantidad de discusión y contradicción de Ilsa, porque, según dijo un día, conocía su trabajo y no era un miembro del Partido.

Todas las mañanas escrutaba los despachos de prensa censurados el día anterior, antes de que fueran enviados a Valencia por un correo del Ministerio de la Guerra. Algunas veces no estaba de acuerdo con nuestro criterio, y al decírnoslo, explicaba puntos de información militar valuables de los que deberíamos tener cuidado, pero en general su atención se centraba mucho más en las corrientes de opinión extranjeras que revelaban los corresponsales y mucho más particularmente los de los periódicos conservadores y moderados. El cambio de tono que se hacía notar en ellos, de una abierta animosidad hacia la República a una honesta información, le había impresionado. Mostraba una predilección por los sobrios artículos del *New York Times* escritos por el corresponsal Herbert Matthews y por los del *Daily Express* que escribía Sefton Delmer. Los despachos de este último le divertían tanto por su espíritu burlón bajo el que se disimulaba una finura de intención cuidadosamente dosificada, como por lo errático de su mecanografía. Pero hacia los informes mandados por corresponsales del Partido no podía evitar un absoluto desdén.

De vez en cuando Goliev tanteaba las ideas políticas de Ilsa, las cuales encontraba inexplicablemente tan próximas y tan lejanas a las suyas propias, y le llevaban a quedarse mirando a Ilsa como se contempla un bicho raro. Una vez, después de una de estas miradas, dijo:

—No puedo acabar de entenderte. Yo no podría vivir sin mi carnet del Partido.

A mí no me hacía mucho caso; me había clasificado como un revolucionario romántico y emocional, bastante útil en un sentido, pero completamente irrazonable e intratable. No dudo que desde este punto de vista tenía razón. Era tan honesto y decente sobre ello que acabé aceptando sus maneras y correspondiéndole de una forma idéntica, con mi silencioso escrutinio de este nuevo ser, el oficial del Ejército Rojo, de ideas simples, fuerte, rudo, lejos de mi alcance. Me parecía un hombre caído de Marte. Era, poco más o menos, de mi misma edad y muchas veces trataba de imaginarme cuáles habían sido sus experiencias en 1917.

Unas puertas más allá en el mismo pasillo del subterráneo, y en un mundo absolutamente distinto, estaba el general Miaja. Las operaciones eran dirigidas por el Estado Mayor y él, nominalmente el comandante en jefe, tenía poco que decir en su planeamiento. Y, sin embargo, era mucho más que una figura decorativa. En aquel período, cuando el papel de la Junta de Defensa se había reducido y la nueva administración aún no funcionaba, actuaba como gobernador de Madrid y tenía en sus manos una gran parte del poder administrativo, aunque no hiciera gran uso de él. Tenía la cazurrería lenta de un campesino gallego que no quiere mezclarse en cosas más allá de su entendimiento, y sabía absolutamente su propio valor como un símbolo de la resistencia de Madrid. Sabía que estaba en su mejor cuando podía expresar los sentimientos de los hombres en las trincheras y en la calle, en las palabras crudas y rudas que eran su mutuo lenguaje; y estaba en su peor cuando se mezclaba en el juego de la política o de los problemas estratégicos.

Miaja era bajo, panzudo, la cara roja, la nariz larga y carnosa con unas gafas inverosímiles que convertían sus ojos en ojos de rana. Le gustaba beber cerveza tanto o más que beber vino. Cuando la censura de

prensa extranjera, que ni entendía ni quería entender, cayó bajo su autoridad por la ley marcial y el estado de sitio, lo consideraba «como una pejiguera que le había caído encima». Con Ilsa, que escapó a su antipatía hacia todos los intelectuales por sus curvas y sus buenos ojos, nunca sabía cómo comportarse. A mí me trataba como un buen muchacho. Muchas veces disfrutábamos bebiendo juntos, maldiciendo juntos de intelectuales y políticos y compitiendo en el peor lenguaje cuartelero, en cuyo uso encontraba escape del florido lenguaje a que le obligaba su dignidad oficial. En tanto que «no le metiera en líos con esos fulanos de Valencia», estaba dispuesto a sostener las razones mías contra viento y marea dentro de su reino de Madrid.

El patio del Ministerio de Hacienda, en el cual estaba la entrada a los sótanos, estaba ahora limpio de los legajos que se amontonaban allí en los días de noviembre. Entonces, cuando se instalaron a toda prisa allí los servicios del Estado Mayor, se marchaba literalmente sobre un empedrado de documentos empapados de lluvia y hollín: proyectos económicos, borradores de presupuestos, planes de reformas de la contribución, certificados del Tesoro ya amarillentos y cruzados con sellos de NULO que habían perdido el color, miles de pliegos con estadísticas agrarias, recibos, instancias, minutas..., todo fechado cien y más años hacía. Era el contenido, con millones de insectos y ratas, de las bóvedas que ahora se habían convertido en habitaciones confortables, a veces hasta lujosas, protegidas de los bombardeos. En lugar de toda esta basura el patio ahora hormigueaba con autos, camiones, motocicletas y a veces un tanque ligero ruso que acababa de llegar de un puerto mediterráneo. El olor de moho y de nidos de ratas que aún se pegaba a las baldosas, a las que el sol nunca llegaba, se mezclaba ahora con un olor pestífero de grasa quemada, de petróleo y bencina, de pintura y metal calientes.

En el primer piso del feo edificio se habían instalado las oficinas del Gobierno Militar de Madrid, la Auditoría de Guerra y los Servicios

Especiales. Estos últimos estaban en manos de un grupo de anarquistas que se habían apoderado de la abandonada oficina cuando la maquinaria gubernamental se había ido a Valencia. Nunca en mi vida he tropezado con una autoridad policíaca que tratara de una manera tan meticulosa ser justa y no abusar de su poder; y sin embargo, algunos de sus agentes eran primitivos y mal educados, con mucho del tipo de agente provocador, utilizando viejos y románticos métodos de espionaje con una brutalidad truculenta, extraña en absoluto a las ideas de sus jefes temporales. Pero éstos sabían imponerse.

El hombre que se entendía con las cuestiones relativas a extranjeros era Pedro Orobón, cuyo hermano había sido famoso entre los colaboradores del gran anarquista Durruti. Pedro era pequeño, moreno y delgado, con unos ojos inteligentes, tristes y amables en una fea cara de simio, con una sonrisa infantil y manos nerviosas. Carecía absolutamente de egoísmo, siendo un creyente ascético con un sentido de justicia incorruptible y ardiente que le clasificaba en el mismo tipo que ha dado a España un cardenal Cisneros y un Ignacio de Loyola. Franco, generoso y abierto a la amistad en tanto que fuerais de su confianza, estaba dispuesto a fusilar a su más íntimo amigo si le encontraba culpable. Era un sentimiento que se tenía constantemente a su lado; pero también se sabía que estaba dispuesto a pelearse con todas sus energías contra cualquier castigo que creyera injusto, que era incapaz de acusar a alguien antes de estar convencido de su culpabilidad, y aun así, antes de haber agotado todos los medios que pudieran servir para justificarle. Para él, un aristócrata tenía un derecho moral de ser fascista, porque su medio ambiente le había moldeado en un sentido determinado al que le era muy difícil escapar. ¿Fusilarlos? No. Pedro les hubiera dado un pico y una pala y les hubiera hecho ganarse el pan con las manos y los músculos pensando que era posible que la lección que les diera esta forma de vivir podía abrir sus mentes a los ideales del anarquismo. Pero un trabajador convertido en fascista, o

un traidor pretendiendo pasar por revolucionario, no tenían redención posible y se sentenciaban ellos mismos. Tenía respeto por las convicciones de otros y estaba dispuesto a colaborar con todos los militantes antifascistas, Ilsa y él se tenían mutua confianza, yo era un amigo. Aunque él mismo trabajaba como una parte de la máquina de guerra sin atenuar sus ideas, le preocupaba mucho la participación en el Gobierno de anarquistas como ministros, porque temía las tentaciones del poder y el efecto que tendrían sobre sus ideales.

Muy pronto iba a tener ocasión de estar agradecido a la escrupulosa rectitud de Orobón.

Hartung, el austríaco cuya vaga promoción había obligado a Rubio Hidalgo a mandarnos a Madrid a toda prisa, se había presentado con documentos que le acreditaban como un jefe de prensa del ejército en operaciones en el frente central. Se presentó desbordante de palabras y de entusiasmo y nos explicó sus planes: desde luego, él se las entendería con el Estado Mayor, nuestra oficina tendría a su disposición una caravana de automóviles y todo lo que se necesitara, se reorganizarían todos los servicios, y yo no sé cuántas cosas más. Cuando se le acabó el chorro, desapareció. Inmediatamente comenzamos a oír que andaba exhibiéndose en todas partes con un uniforme de comandante de artillería recién salido de la sastrería, haciendo discursos grandilocuentes e insinuaciones nebulosas, dejando a todo el mundo perplejo y desconfiado. Cuando enfrenté el asunto con Rubio Hidalgo en nuestra conferencia telefónica, me dijo que no me preocupara de él, que no era más que un loco y un granuja y que los papeles que exhibía carecían de valor. Al mismo tiempo, los periodistas comenzaron a hacer preguntas embarazosas sobre el tipo.

Algunos días más tarde se presentaron en la oficina dos agentes de la policía militar y preguntaron a Ilsa cuáles eran sus relaciones con un compatriota suyo que se hacía llamar el comandante Hartung; cuando yo intervine y les expliqué lo que había pasado nos di—jeron que les

acompañáramos los dos. En Servicios Especiales nos encontramos con nuestros amigos anarquistas desconcertados y preocupados, pero ridiculizando la idea de que estábamos detenidos, aunque, eso sí, no podíamos abandonar el edificio. Nos pasaron a un salón destartalado donde se estaba formando una colección de gentes a quienes se había visto hablando o alternando con Hartung: un agregado de la embajada soviética, el corresponsal de un periódico suizo, una periodista noruega y el profesor Haldane. El ruso se paseaba en silencio de arriba abajo, la noruega estaba asustada, y el profesor Haldane se sentó a una mesa de despacho y comenzó a revolver en los cajones. Encontró en ellos diplomas en blanco, firmados por Su Graciosa Majestad Alfonso XIII, y Haldane comenzó a llenar los blancos y a concederse títulos y nombramientos. Ilsa explicó a Hilda, una chica alemana que trabajaba como secretaria de Orobón, que aquel gigante panzudo, vestido con un chaquetón de cuero, era un hombre de ciencia famoso, un premio Nobel y un gran amigo de la República. Hilda le invitó azorada a pasar a su despacho. Salió Haldane al cabo de un rato, gruñón y malhumorado, y nos endilgó una larga arenga en inglés, el resumen de la cual era que no se habían dignado amenazarle con fusilarle en la mañana, sino que se les había ocurrido ofrecerle, de todas las cosas imaginables, ¡una taza de té!

De los comentarios reservados de nuestros amigos, saqué en claro que Orobón y sus colegas estaban resistiendo la presión del juez militar especial que nos quería meter a todos en prisión como sospechosos de complicidad con un espía extranjero. El juez, un oficial del ejército, masón, y con fuerte prejuicio contra socialistas y extranjeros, encontraba, como justificación de esta orden draconiana, que todos los que habían tenido trato con Hartung eran extranjeros con la única excepción mía. El jefe de Servicios Especiales se oponía a esta justicia sumaria contra gentes que habían probado su lealtad más claramente que el propio juez y contra periodistas cuyo único delito era haber

encontrado a Hartung en el hotel. Al fin Orobón llamó por teléfono al general Goliev y dejó a Ilsa hablar con él. Después yo hablé brevemente con el general Miaja, quien me dijo que el juez era amigo suyo y que él no podía intervenir en materias judiciales, pero que de todas maneras iba a intervenir para que se aclarara la cuestión y no nos detuvieran más tiempo.

Cuando me hicieron pasar a presencia del juez tuve la sensación de haber caído en una trampa. En la habitación, un salón tapizado con brocado ya descolorido por los años, reinaba un coronel impecable entronizado en un viejo sillón forrado de rojo y cargado de dorados, detrás de una mesa enorme abarrotada de papeles, y al lado suyo, como secretaria, una muchacha muy guapa, perfectamente maquillada y peinada por manos profesionales, vestida con pantalones de montar. En tonos secos el juez me hizo una serie de preguntas, mientras la muchacha tomaba nota, con risitas guasonas intercaladas.

¿Cuáles eran mis relaciones con Hartung? Le conté que no lo había visto más que una vez en mi capacidad de oficial. El coronel estalló como si estuviera en el patio de un cuartel de caballería:

—¡A mí no me venga con cuentos! ¡Usted está aliado con una manada de cochinos fascistas extranjeros! ¡Pero yo sé cómo entendérmelas con todos ustedes...!

Bien, el hombre agotó mi paciencia. Cuando le estaba gritando a pleno pulmón que él era un fascista enmascarado tras un unifor—me, sonó el teléfono y el coronel comenzó a repetir como un muñeco de guiñol:

—Sí, mi general... Naturalmente, mi general... A sus órdenes, mi general.

Me miraba mientras y veía claramente que a cada momento estaba más asustado del teléfono y de mí, que no aguardaba más que el teléfono callara para reanudar mi explosión. Cuando dejó el auricular, y antes de que yo hablara, comenzó a presentarme sus excusas, con las

frases más escogidas: tal vez todo aquello no era más que un error, tal vez Hartung no era más que un lunático peligroso, un hombre que no ha dormido en toda la noche y que devora todo lo que le dan. «Hasta esa porquería de arroz que los milicianos comen», remató con una mueca de asco.

Después, el interrogatorio de Ilsa duró unos pocos minutos en los cuales el juez, ya repuesto de su susto, trató de hacerla declarar que Hartung había sido promovido a una posición clave por Alvarez del Vayo y Rubio Hidalgo, que tenían razones no muy claras para hacerlo. Para Ilsa fue fácil rechazar estas insinuaciones torpes. Haldane salió chasqueando la lengua, enfundándose en su chaquetón de cuero y encasquetándose el casco de acero, procedente de la última guerra, como si fuera el yelmo de Mambrino. La noruega estaba a punto de estallar en lágrimas. El ruso desapareció silenciosamente. Volvimos todos a la Telefónica. Se había terminado el incidente. Rubio Hidalgo estaba muy afectuoso durante días en nuestras conversaciones diarias: no había habido escándalo y todo se había arreglado bien. Sin embargo, yo sabía que sin la negativa de Servicios Especiales de meternos a todos en prisión sin más averiguaciones, y sin la intervención de arriba, hubiéramos podido ser entrampillados en un lío sin fundamento, pero peligroso, y triturados entre los engranajes de una maquinaria hostil a todo aquello por que luchábamos.

Me llamaron del hospital de sangre en que se había convertido el hotel Palace. Un miliciano herido quería verme. Se llamaba Ángel García.

Me quedé convencido de que Ángel estaba en peligro de muerte. En mis pensamientos le veía condenado, como todos los hombres sencillos de buena fe parecen condenados cuando la lucha es desigual. El día era sucio y nublado. El ruido de la batalla en el sector sur de la ciudad llegaba en ráfagas de viento frío. Me llevé a Ilsa conmigo, un poco temeroso de enfrentarme a solas con un Ángel moribundo.

Nos lo encontramos tendido boca abajo sobre una cama, salpicado de barro y de sangre seca, mal cubierto con una camisa hecha jirones. Pensé que era el fin. Volvió la cabeza y se echó a reír, los ojillos chispeantes de granujería. Un vendaje ancho y sucio le envolvía de la cintura hasta los muslos, y otro, el pecho a la altura de los omóplatos.

—Bueno, ahora que han venido ustedes, esto está mejor. Aquí está Angelillo recién nacido, porque ha nacido hoy. Estos hijos de zorra de moros me han querido violar.

Había visto casos de éstos en Marruecos y me dio una náusea. Pero Ángel estalló en risas. Sus dientes, que debían brillar en su cara color caoba, estaban más negros que nunca de tabaco.

—¡Ca!, se cuela usted, don Arturo; no es por ahí. ¿Qué se ha creído usted de Angelillo? Es que esos tíos me han fusilado por el trasero, con perdón de Ilsa. ¡Y vaya un tiro de zumbas! Verá usted, la cosa ha pasado así: hicimos anoche un ataque contra un nido de ametralladora que nos estaba dando la lata y, claro, se liaron a rociarnos de balas que no nos podíamos despegar del suelo como si fuéramos lapas, con la cabeza metida en el barro, que todavía lo tengo pegado a los morros, ¿no? Pues así, y a pesar de que estaba apretado contra el suelo cuanto podía, una bala me pegó en el hombro, me rozó el espinazo y me atravesó un carrillo del trasero sin tocar más que carne. Ni un hueso roto. Bueno, si no me hubiera aplastado tanto contra el suelo, valiente que soy, me habrían hecho un túnel desde el hombro a los talones. Pero por esta vez se han quedado con las ganas.

Yo estaba atragantándome de risa un poco histérica. Claro, ¿qué otra herida podían haberle hecho a Ángel? La herida era como él. Ángel era indestructible. ¿Condenado? Tontería, estaba más vivo que yo. Apestaba a barro, a sudor, a sangre, a ácido fénico, pero estaba allí, guiñándome los ojos, pataleando sobre su tripa, contando el refugio que se había construido contra los morteros en su trinchera de Carabanchel, y qué borrachera iba a coger el primer día que saliera a la calle, porque

el trasero no tiene nada que ver con emborracharse, ¿no es verdad? Ni con otras cosas tampoco.

Un muchacho muy joven, tendido en una cama opuesta a la de Ángel, comenzaba a irritarse con la verborrea de éste. Se lanzó en una tirada amarga y violenta. Le habían herido cerca del Jarama y su herida no era una broma. Su unidad, la brigada número 70, había sido mandada al frente sin apoyo alguno de los tanques y sin armas automáticas, nada más que porque ellos eran de la CNT, mientras que la brigada vecina, que era comunista, tenía de todo.

—Hemos atacado tres veces, compañero, y los fascistas nos han sacudido de firme. La tercera vez hemos cogido la posición, pero no nos hubiéramos quedado en ella si no hubiera sido por demostrar a esos granujas quiénes somos nosotros. Nos han jugado una mala pasada, pero ya vamos a saldarla un día a tiros con ellos.

Ángel se enfadó y torció la cabeza para enfrentarse con el muchacho:

—Tú, ¡idiota! Yo soy un comunista y no dejo que se nos insulte. Si hay que andar a tiros, nosotros también sabemos zumbar.

—Yo no me refería a ti, sino a los mandones vuestros. Los que pagamos siempre somos los pobres como tú y como yo y como muchos que se han quedado criando hierba.

—Qué mandones ni qué ocho cuartos —replicó Ángel—. A mí no me toma el pelo ningún mandón. Ahí tienes lo que me ha pasado con mi capitán. Ha sido mi vecino por más de diez años y es más joven que yo; lo han hecho capitán y ahora empieza a hablar de la disciplina del Partido y de la disciplina del ejército, porque somos un ejército, dice, y de qué sé yo cuántas cosas más. Bueno, tiene razón, todos somos soldados ahora, pero a mí no me da la gana de dársela. Con que, empiezan a asarnos a morterazos y nos dice que dejemos las chozas que habíamos hecho y que nos metiéramos en la trinchera. ¿Y sabes lo que le dije? Que a mí no me enterraban vivo y que la trinchera es mala para

el reuma. Y le dije: «Mira, tú, cuando te daba miedo el padre confesor ya era yo un socialista y un comunista, o lo que sea, y a mí no me mandas». Se me puso muy serio: «¡Cabo García!» y me dijo que me metiera en un refugio contra los morteros, aunque fuera en el mismo infierno. «Un refugio, ¿eh? Pues me voy a hacer uno.» Me cogí un montón de puertas de las casas en escombro y un montón de somieres. Dentro de mi choza puse las puertas de pie, derechas como si fueran vigas, quité el techo de la choza, y encima de las puertas de canto hice un techo de puertas tumbadas. Luego até los somieres para que no se escaparan y ya está. Bueno, mi capitán decía que me había vuelto loco.

—¿Y no lo estabas, Angelillo?

—¡Vamos! Parece mentira que usted no lo entienda. Es una cuestión de balística. Mire: ahora cuando un mortero me cae encima del tejado, mientras estoy durmiendo, pues cae sobre los muebles y bota. Y pasa una de las dos cosas; o explota en medio del aire, y a mí eso no me importa, o vuelve a caer y sigue botando como una pelota de goma hasta que se le acaba la cuerda y se queda durmiendo en un somier. Y ya está. Por la mañana lo único que hay que hacer es recoger el mortero y mandárselo a ellos otra vez. Como ves, para que aprendas, he obedecido a mi capitán, disciplina y todo el cuento, pero he conservado mi libertad y no me entierran vivo en la trinchera. Los otros han empezado a buscar colchones y puertas. Y ahora, ¿qué me cuentas de los mandones? Nosotros somos un ejército revolucionario. —Se retorció sobre su tripa—: ¡Eso para que hables de la carne de cañón!

Ilsa y yo no podíamos contener la risa cuando volvíamos a nuestra oficina:

—A Ángel se le podría convertir en un símbolo como el Buen Soldado Schwejk —dijo Ilsa. Y me fue contando sobre el famoso libro del rebelde soldado checo que aún no conocía. Pero teníamos que seguir censurando despachos vacíos de sentido acerca de escaramuzas y

bombardeos, escritos por gentes que no conocían a Ángel ni a los suyos. ¡Y cómo lo hacían!

Un famoso periodista inglés que acababa de llegar escribió una «historia humana» para el departamento de Londres de la agencia España. Contaba la historia de Gloria, una de las muchachas de los ascensores, que había mostrado un valor excepcional manejando el ascensor y evacuando gentes de los últimos pisos mientras los cascos de metralla caían sobre el techo del vehículo. Era una de las historias clásicas de la Telefónica, pero tuvo que describir a Gloria, que era rubia, como una morena de pelo endrino, con una rosa tras del la oreja «porque los lectores de Londres piden un poco de color local y no quieren que se les robe su idea de Carmen».

Mientras, el periodista estaba tiritando embutido en su gabán de lana... Herbert Matthews me alargó al mismo tiempo que una crónica la cuenta que quería pasar a su editor y que incluía los gastos por el tratamiento de sabañones; y para demostrarme que aquello no era una clave, me mostraba sus dedos amorcillados, llenos de úlceras, y con uno de ellos, un sabañón púrpura descaradamente instalado en la punta de su nariz melancólica.

Fue aquel mismo día cuando el doctor Normal Bethune, el jefe dictatorial de la Unidad Canadiense de Transfusión de Sangre, entró dando grandes zancadas, seguido de sus ayudantes, todos jóvenes y todos tímidos. Ilsa tenía que ir con él en seguida. En el piso donde estaban alojados habían encontrado un montón de documentos escondidos. Pero la mayoría estaban en alemán e Ilsa tenía que verlos. Se marchó con ellos y volvió horas después con un paquete de cartas y de fichas. El fichero era el de los miembros del Frente de Trabajo Alemán en Madrid: empleados de la Siemens Halske, la Siemens Schuckert, la AEG y otras grandes firmas alemanas. Las cartas eran la correspondencia entre mi antiguo conocido el abogado Rodríguez Rodríguez y sus amigos en Alemania; entre ellas estaba la fotografía

que me había enseñado un día tan orgulloso, presumiendo de su sitio de honor entre los nazis. Ilsa tradujo la carta de un alto oficial nazi, en la que defendía a Rodríguez Rodríguez contra la crítica de que un católico no debía pertenecer al Partido. Aquello era una cosa natural, ya que Falange correspondía en España al movimiento nazi en las condiciones de la vida española. Una porción de viejos incidentes de mi vida anterior en la oficina aparecían ahora claros; aquello era parte del material que probaba la red que los nazis tenían tendida sobre España. Pero Bethune consideraba los documentos como su presa. En un uniforme de campaña inmaculado, sus cabellos grises rizados tendidos hacia atrás sobre su cabeza larga y estrecha, balanceándose ligeramente sobre la punta de los pies, estaba allí, reclamándolos como su tesoro. Él, en persona, se los llevaría a Álvarez del Vayo en su ambulancia del servicio de transfusión. Él no sabía nada del inquilino del piso. Cuando se instaló allí estaba vacío.

Regresé a la oficina perturbado por una hora de conversación con María. Me había pedido, con una ternura impresionante, que al menos saliera con ella un ratito todos los días, ya que tenía miedo de perder lo único que tenía valor en su vida. Se negaba a aceptar mi unión con Ilsa; volvería a ella; al final yo mismo vería quién valía más; no podía ser que yo estuviera enamorado de una extranjera o que ella lo estuviera de mí.

Pero, aunque yo sabía que estaba desesperadamente sola, no era para mí ya más que una extraña que me llenaba de lástima. ¿Cómo terminar aquello?

En la Telefónica, Ilsa estaba tensa y excitada. Su marido había llamado desde París. Por una coincidencia desafortunada, nunca había recibido su carta desde Valencia en la cual le había explicado el fin de su matrimonio. En el teléfono lleno de atmosféricos, y en un francés exacto, Ilsa le había contado lo que le pasaba, porque no quería hablar con él ni un momento con pretensiones falsas; pero la crueldad de ello

la había conmovido profundamente. Apenas si me habló. El muchacho que estaba de turno como censor se quedó mirándola a través de sus gafas y moviendo su cabeza caballuna a un lado y a otro:

—No podía evitar el oírlo —me dijo—, y en la forma que lo ha hecho es una de esas cosas que se leen en las novelas. Nunca he creído que pudiera pasar en la vida real. Debe de ser una gran cosa, pero yo no podría hacerlo.

Aquella noche volvió a telefonear a París y decidió ir allí en avión. La embajada española arregló el que tuviera un asiento reservado: iría a discutir asuntos de propaganda, y a la vez a entrevistarse con su marido y dejar la situación definitivamente resuelta.

Me entró un pánico tremendo, pero no tenía derecho a pedirle nada. Me parecía que en el momento en que saliera de España la arrastraría la otra vida. Sus muchos amigos y su trabajo político serían fuerzas suficientes para ello. Tenía además una afección profunda por Kulcsar, su marido, que estaba entonces trabajando como consejero en la embajada española en Praga. Tampoco podía imaginar, en mi cerebro español, que una mujer fuera capaz de ir a encontrarse con su marido para decirle en su cara que todo estaba terminado y que se había unido a otro hombre. ¿O es que mi vida llena de líos y mi humor triste habían llegado a cansarla? ¿Es que mi experiencia del amor era exclusivamente mía y no de los dos? ¡Por qué es tan difícil enamorarse, aunque sea tan fácil! No es una cosa que parezca verdad en la vida. ¿Se marchaba dejándome? No tenía derecho a preguntarle nada.

Se marchó al día siguiente, sola en un pequeño coche. Tenía miedo por ella y miedo de París. La Telefónica se convirtió en un cascarón vacío y el trabajo en una cosa sin sentido. No dormía, si antes no me rellenaba de coñac. Mi cabeza no hacía más que girar alrededor de las mil y una posibilidades de que ella no volviera, en contra de la única sola de que lo hiciera. Los ataques del enemig! en el suroeste de Madrid eran anuncio de un nuevo ataque para cortar la comunicación con

Valencia. Podía volver y el chófer, conociendo el cambio en el frente, tomar una de las transversales cerca del Jarama y caer de boca en las líneas fascistas. Podía volver y matarla uno de los obuses que entonces llovían sobre la ciudad. Lo más fácil era que no volviera nunca y me quedara solo.

Volvió, al cabo de seis interminables días. Mi bienvenida fue pobre porque la emoción me había dejado exhausto. Su chófer me contó una larga historia, de cómo había obligado al gobernador militar de Alicante a darle un coche oficial y cómo habían obtenido gasolina contando a los guardias de los depósitos que era la hija de un embajador ruso; ¿no estaba chalada aquella mujer haciéndose conducir toda la noche a través de ventiscas de nieve en La Mancha y con todos los garajes cerrados? La última gasolina la había obtenido en El Toboso, como si fuera el símbolo final de la quijotada.

Ilsa había obtenido una promesa de su marido de que se conformaría con un divorcio tan pronto como ella lo pidiera después de terminarse la guerra en España. Había comprobado que estaba segura de sí misma, pero aún tenía la esperanza de que aquello no sería más que un enamoramiento pasajero. Las reacciones del mundo exterior la habían deprimido profundamente: en lugar de tratar de entender el espíritu de Madrid, que la prensa de izquierda ensalzaba en grandes titulares, muchísima gente se preocupaba tan sólo de saber si era verdad que los comunistas se habían apoderado de todos los puestos de mando. Sin embargo, más y más escritores políticos querían venir a Madrid y nosotros tendríamos que servirles de guía; hasta yo mismo tendría que hacer algo de trabajo periodístico para la agencia España de París hasta que mandaran un corresponsal nuevo.

No tenía mucho tiempo para arreglar mis asuntos personales, porque la ola de peligro y de trabajo aumentaba una vez más. Pero estaba decidido a obtener mi divorcio de Aurelia y a plantear claramente la situación con María; la tortura y la alegría que me había proporcionado

el viaje de Ilsa me hacían imposible el continuar un lío de relaciones forzadas, falsas y sin sentido. No era bastante el que Aurelia no fuera mi mujer más que de nombre, ni que mi contacto con María se hubiera quedado reducido a una hora de charla en un café o a un paseo en la calle. Hasta ahora la gente aceptaba y respetaba mi vida con Ilsa, porque lo habíamos elevado por encima del nivel de un *affaire* vulgar con nuestra completa franqueza y naturalidad; pero sabía que esta indulgencia romántica no iba a durar indefinidamente y que iba a llegar un día en el que surgirían las dificultades o las situaciones equívocas. No hablé de esto con Ilsa; era mi propio problema aunque para ella no existiera y sólo resintiera mi debilidad. Pero precisamente cuando había hecho acopio de coraje para romper con María definitivamente, María vino llorosa a contarme la muerte de su hermano más joven en el frente y me faltó el valor de producir un nuevo dolor. Seguí saliendo con ella un día sí y otro no, para dar un paseo y tomar un café juntos, odiándome a mí mismo, lleno de resentimiento contra ella, tratando de ser tan cariñoso como era posible dentro de la crueldad de todo aquello.

Un día, en mi desesperación, llevé conmigo a María para investigar el daño que había hecho un solo avión Junkers volando bajito sobre las casuchas de Vallecas en la tarde del 20 de enero y dejando caer un rosario de bombas en una placita donde las mujeres estaban cosiendo al sol y los chicos jugando a su alrededor. Había encontrado al padre de tres niños asesinados allí y pensaba que podía hacer lo que los periodistas nunca hacían, porque estas incursiones ya no tenían importancia para ellos. La casita del hombre —que era un vendedor ambulante de pescado— había sido destruida por siete bombas pequeñas. La mujer había caído muerta en la puerta con el niño de pecho agarrado al seno. Las dos chicas mayores habían sido muertas en el acto. Un chiquillo, a quien habían amputado el pie en el hospital General, de cuatro años, tenía su cuerpecito cubierto con más de cien heridas de metralla pulverizada. El chico mayor con los oídos

sangrando, reventados por la explosión, lo había llevado a cuestas a la casa de socorro. Fuimos a visitar al chiquillo, a quien habían amputado el pie en el hospital General, y a escuchar la historia de labios del padre, Raimundo Mallanda Ruiz, mientras el niño nos escuchaba con los ojos muy abiertos y la mirada opaca.

Me había imaginado que ésta sería una buena historia para ilustrar las consecuencias de la no intervención, pero indudablemente yo no entendía una palabra de lo que se vendía en el mercado extranjero, ni lo que la opinión pública extranjera quería saber.

María no vio lo que yo vi; su solo interés estaba en retenerme. Y su indiferencia acabó de destruir mi intento de encontrar una base de amistad en una comunión de ambos en la experiencia que todos sufríamos. La persuadí de que tratara de encontrar trabajo fuera de Madrid, aun dándome cuenta de que lo tomaba como una injuria final.

Febrero fue un mes duro y amargo. Mientras se desarrollaba la batalla del Jarama, y mientras los periodistas más escépticos discutían las posibilidades de la rendición de Madrid en cuanto se cortara su comunicación con Valencia, los rebeldes y sus auxiliares italianos tomaron Málaga. Madrid estaba sufriendo hambre y los túneles del metro, al igual que los sótanos de la Telefónica, estaban abarrotados por miles de refugiados. Todos sabíamos que en la retirada de Málaga, la masa de huidos hacia el norte no tenía más defensa contra las bombas y las ametralladoras de los aviones que los perseguían que la cuneta de la carretera, o lanzarse a través de los campos. No había entonces grandes bombardeos aéreos sobre Madrid, sólo como un recuerdo constante unas cuantas bombas lanzadas en los barrios obreros de las afueras. El bombardeo de cañón seguía sin descanso. La mayoría de nosotros cruzábamos la Gran Vía corriendo inmediatamente después de estallar una granada; y nunca he olvidado mis furias con Ilsa por su tranquilidad en cruzar a paso normal mientras yo esperaba por ella a la puerta del bar, contando los segundos antes de que estallara el obús siguiente.

El horizonte de Madrid estaba lleno de explosiones y llamaradas de tres puntos del compás: sur, este y oeste. En el sector del sureste, las Brigadas Internacionales habían detenido el avance del enemigo sobre el Jarama a un precio terrible. Uno de los voluntarios ingleses, con brazos de simio y frente estrecha, un cargador de los muelles, vino a ver a Ilsa y a contarle la muerte de los amigos que le habían llevado alguna vez a la Telefónica: el arqueólogo de Cambridge y el joven escritor. Le dejó una fotografía de sí mismo, una fotografía de quinto campesino, muy estirado, la mano en el respaldo de un sillón de terciopelo.

De pronto el aire se llenó con los primeros olores de la primavera. El viento barría rápido las nubes blancas a través de un cielo brillante y los chaparrones arrancaban todos los perfumes de una tierra nueva.

Los ruidos de batalla que llegaban hasta nosotros del oeste, explosiones sordas de mortero y tableteo de ametralladoras, se habían hecho gratos a nuestros oídos. Sabíamos que allí, en la cuesta detrás de la cárcel Modelo, donde cuatro meses antes Miaja había levantado un puñado de voluntarios desesperados contra la invasión de los moros, estaba el batallón vasco del comandante Ortega, que había reconquistado palmo a palmo el Parque del Oeste y seguía empujando al enemigo.

El comandante Ortega, un hombre huesudo con una cara como tallada en encina pero movible como hecha de caucho, había organizado su sector tan bien y estaba tan orgulloso de ello, que nos gustaba mandarle periodistas y visitantes extranjeros que querían echar una ojeada al frente. Claro es que estábamos obligados a conocer lo que queríamos que otros vieran.

Un día, después de una comida estilo vasco, interminable, suntuosa, y rematada por media hora de canciones con sus oficiales más jóvenes, nos condujo a través de un túnel estrecho. Surgimos en lo que habían sido los jardines del parque, en el laberinto de trincheras bien cuidadas que atravesaba los viejos paseos enarenados. Los árboles estaban

desgajados y rotos, pero las nuevas hojas comenzaban a surgir de sus muñones. En las trincheras en zigzag los soldados se ocupaban pacíficamente en aceitar y pulir piezas metálicas. Unos pocos se habían metido en refugios y allí dormían, leían o escribían. De vez en cuando se oía un silbido agudo y un ¡plof! blando, y otra flor estrellada con pétalos de astillas blancas surgía en uno de los troncos oscuros.

De pronto nos encontramos en la primera línea de trincheras. La trinchera estaba sorprendentemente seca y limpia, como nos mostró Ortega lleno de orgullo profesional. En los sitios donde el agua del cerro había hecho reguera, la tierra estaba cubierta con tablas y puertas de las casas bombardeadas en el paseo de Rosales. A través de las troneras del parapeto me asomé al frente y eché una ojeada al borde terroso de la trinchera opuesta en el que de vez en cuando explotaban nubecillas de polvo.

Allí estaba el enemigo escasamente a cien metros de nosotros: moros, falangistas, legionarios, italianos, un puñado de alemanes, y reclutas forzosos de los campos de la vieja Castilla. Al fondo se elevaban los edificios de la Ciudad Universitaria, inmensos, llenos de cicatrices de cañón. Detrás del agujero roto de una ventana alta, bajo el tejado del edificio de ladrillo de la facultad de medicina, pasó una figurilla como un muñeco; tableteó una ametralladora en nuestra trinchera, pero no pude ver dónde iban los proyectiles. El sol rebrillaba en una revuelta del río.

Con la ciudad a espaldas nuestras y los robustos vascos y gallegos y asturianos envolviéndonos en sus chistes, el enemigo perdía importancia. Había que reírse. Estábamos seguros allí, la ciudad estaba segura, la victoria era segura también.

Ortega nos enseñó un mortero primitivo. La bomba se disparaba por un muelle de ballesta, al igual que una catapulta. El vasco a cargo del mortero se dispuso a disparar:

—Ya que han venido los camaradas, vamos a tener cohetes —dijo—. Vamos a hacerles cosquillas, veréis cómo se enfadan.

Al segundo intento el proyectil salió volando sin ruido y un segundo más tarde nos sacudía una explosión seca. El frente se desató en una furia violenta, El chasquido de los disparos de fusil se corría a lo largo de los parapetos, una ametralladora comenzó a funcionar a nuestra derecha, los edificios de la Ciudad Universitaria se unieron al concierto. Dentro de mi cabeza zumbaban en un pitido agudo mis oídos. Habíamos desatado el poder oculto de los explosivos y ya no estábamos más seguros.

Diez días más tarde, las divisiones blindadas italianas desencadenaron una gran ofensiva en la llanura terrosa de la Alcarria, al noreste de Madrid. Sus tanques arrollaron nuestras posiciones; tomaron Brihuega y Trijueque, se situaron ante Torija, cerca de Guadalajara. Era un intento de cortar nuestro saliente norte y cerrar la carretera a través de Alcalá de Henares, que se había convertido en esencial para Madrid, ya que la carretera de Valencia sólo era accesible por caminos laterales.

El general Goliev tomó la retirada fríamente. Hablaba como si detrás de él estuvieran para maniobrar los espacios inmensos de Rusia. Yo no creo que mucha gente en Madrid percibió la gravedad de la situación. Los periodistas extranjeros sabían que ésta era la primera acción en campo abierto de las fuerzas italianas en España. ¡Esto sí que eran grandes noticias! Pero cuando comunicaron que las fuerzas italianas blindadas y de infantería constituían la vanguardia de las fuerzas rebeldes, se estrellaron contra la censura de sus propios editores: había que conservar la comedia de la no intervención. De repente, nuestro servicio de censura y los corresponsales extranjeros se encontraban siendo colaboradores de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

Herbert Matthews tuvo una conferencia y después una conversación con sus editores, en la cual el hombre al otro lado del hilo telefónico, alguien sentado en una oficina en París, le dijo:

—No hable usted siempre de italianos. Usted y los periódicos comunistas son los únicos que usan esa historia de propaganda.

Matthews, atado por nuestras regulaciones de censura, se calló; después vino a mi mesa con los labios contraídos y me sometió un cable que quería mandar a Nueva York:

—Si no tenían confianza en su información objetiva, dimitía de su cargo.

La respuesta del *New York Times* fue que nadie creía que él quisiera hacer propaganda, pero que podía haberse dejado llevar de los amaños de la propaganda oficial de la República.

Herbert Matthews triunfó en su batalla. Pero cuando semanas más tarde leía yo en qué forma varios periódicos ingleses, americanos y franceses habían publicado las informaciones que nosotros habíamos censurado en Madrid, me encontré con que la mayoría de ellos habían cambiado las frases «tanques italianos», «infantería italiana», etc., por fuerzas, tanques e infantería «nacionalistas», de manera que desaparecía la evidencia vergonzosa de una guerra internacional.

De la noche a la mañana se cambiaron las tornas: los cazas republicanos suministrados por Rusia —aquellos «ratas» y «moscas» que nos parecían tan maravillosos— cayeron sobre las fuerzas de avance. Una unidad anarquista entrampilló una gran formación italiana y la aniquiló. Las Brigadas Internacionales se incorporaron al frente. Los altavoces del batallón Garibaldi llamaban a los italianos del otro lado. Después avanzaron en un bloque los antifascistas italianos y alemanes, lado a lado con las unidades españolas. Recuperaron Trijueque y Brihuega, capturaron más de mil prisioneros, todos italianos, y capturaron el correo y los documentos del Estado Mayor.

Gallo, el comisario comunista de las Brigadas Internacionales, y Pietro Nenni, el socialista italiano que estaba en todas partes con su camaradería efusiva, nos trajeron los giros postales que los soldados mandaban a sus familiares en Italia, diarios manchados de sangre, cartas aún sin censurar, sellos de correo italiano, documentos y registros sin fin. Todo esto lo repartimos entre los corresponsales que querían una prueba irrefutable de la veracidad de sus informaciones. El Comisariado de Guerra llevó a los periodistas a través de los pueblos reconquistados. Y sus informaciones después de la victoria de Guadalajara eran tales que no podían ya ser desmentidas o distorsionadas. Se había vuelto en una victoria de propaganda para nosotros.

La línea del frente se estabilizó al noreste, mucho más lejos de lo que había estado antes de la derrota italiana, aunque las esperanzas de un avance hasta Aragón no cristalizaron. Después de Guadalajara, Madrid no estaba ya aislado; el semicírculo de los sitiadores no amenazaba ya en convertirse en un anillo cerrado. Comenzó una corriente constante de visitantes. Ya nadie hablaba de la caída de Madrid. La reorganización de las autoridades civiles adquirió impulso. Rubio en el teléfono era más estricto. Llegaron delegaciones extranjeras a quienes llevábamos a visitar Argüelles, o los Cuatro Caminos, o las ruinas del Palacio de Liria y, si se atrevían, a través de las trincheras de Ortega. Presentaban sus credenciales a Miaja, visitaban una u otra de las fábricas modelo bajo el control de los trabajadores, una u otra de las escuelas para adultos y los hogares para huérfanos, y se marchaban.

Una de las delegaciones que tuvimos que conducir estaba presidida por el socialdemócrata Friedrich Adler, entonces secretario de la Internacional Socialista. Le era odiosa la existencia de un Frente Popular y la colaboración con los comunistas. No nos hizo ni una pregunta. Su silencio era, sin duda, la manera suya de desaprobar a los defensores de Madrid. Los muchachos socialistas, todos del ala derecha del Partido, que la Junta de Madrid había designado con gran tacto

como su compañía, me preguntaron quién era aquel viejo antipático y por qué parecía un muerto andando. Se marchó dejando tras él un sentimiento de hostilidad, el único resultado efectivo de su visita.

Vinieron más periodistas y más escritores. Llegó Ernest Hemingway; Hans Kahle, de las Brigadas Internacionales, le llevó a los campos de batalla de Guadalajara; con Joris Ivens se lanzó a producir la película *Spanish Earh*, su secretario, el ex torero Sidney Franklin, aparecía en todas las oficinas pidiendo permisos, salvoconductos, gasolina y charlando incansable. Llegó Martha Gellhorn y Hemingway la presentó en laTelefónica: «That's Marty». «... Ésta es Martita, tratarla bien, que escribe para *Collier's*. ¿Sabe? Una circulación de un millón...» O de medio millón, o de dos millones, no recuerdo, ni me importaba; todos nos habíamos quedado absortos mirando la figura elegante rematada por un halo de cabellos rubios, que se movía en la oficina oscura y revuelta con el movimiento de caderas que sólo conocíamos del cine.

Convites en el bar del Gran Vía, convites en el bar Miami, convites en el bar del hotel Florida. Aparte de algunos «veteranos» de Madrid, embebidos en el trabajo, tales como George Seldes y Josephine Herbst, los periodistas y los escritores extranjeros se movían en un círculo de ellos, con una atmósfera suya, rodeados de un coro de hombres de las Brigadas Internacionales, de españoles ansiosos de noticias y de prostitutas atraídas por el dinero abundante y fácil.

Marzo se había convertido en abril. Hacía calor en las calles cuando no soplaba el viento duro de la Sierra. En las tardes las calles se llenaban de paseantes y los cafés rebosaban con gentes que cantaban y reían, mientras a lo lejos las ametralladoras soltaban escupitinajos, como si el frente estuviera lleno de rabia. La amenaza de los bombardeos aéreos parecía no existir.

Había comenzado los trámites de mi divorcio después de obtener un consentimiento de mala gana de Aurelia. Estaba inquieto. El trabajo no

pesaba mucho. Habíamos hecho nuestra parte, pero ahora todo parecía vacío y falto de sentido. La propaganda se había apoderado del cliché del «Madrid heroico» y todo se había convertido en fácil y monótono, como si la guerra —nuestra guerra— se hubiera detenido de pronto y no siguiera creciendo en amplitud y alcance infernales.

Cada vez que Ángel venía a verme en uno de sus permisos, medio borracho, narrador de nuevos trucos inventados en las trincheras, o de aventuras amorosas siempre fracasadas, o de sus hambres por tener su mujercita al lado, me servía de consuelo. Agustín, mi cuñado, me consolaba también cuando me contaba la vida en la casa de vecindad y en los talleres. Llevé a Ilsa a la taberna de Serafín, donde me había sentido como en casa desde muchacho, y me alegró el que congeniara con el panadero y el carnicero y el prestamista, que eran mis amigos; o que el cliente desconocido, un obrero, le alargara espontáneamente un puñado de bellotas «porque le gustaba su cara». Todo aquello era real, las otras cosas no. Así, mi propia vida comenzaba a aclararse.

Una tarde de abril, cuando Ilsa por primera vez había sustituido su cazadora de cuero, tan militar, por una falda y una chaqueta grises, me la llevé de paseo a través de las calles más viejas, más estrechas y más retorcidas y le mostré la Cava Baja, donde esperaba la diligencia para ir a Brunete cuando niño, o el autobús a Noves cuando hombre. Le enseñé rincones típicos y fuentes centenarias escondidas en callejas solitarias y antiguas, cuyas baldosas conocía una a una. Cuando pasábamos por las plazuelas quietas llenas de sol o por los callejones hundidos en sombra, las mujeres se asomaban a las puertas para mirarnos y cuchichearse unas a otras su comentario, que podía adivinar palabra por palabra.

En lo alto de las Vistillas, al lado de un cañón emplazado hacia el frente, nos quedamos contemplando el panorama inmenso, desde el Viaducto, medio destruido a través de la calle de Segovia, hasta las márgenes del río y más allá, hasta los cerros de la Casa de Campo, donde estaba el enemigo. Me veía yo mismo, chiquitín, trotando lado a

lado de mi madre, ella subiendo lentamente la cuesta, cargada de la fatiga de un día entero lavando en el río.

Comencé a contarle historias de mi niñez.

Capítulo 6

La lesión

Valencia nos había enviado para que tuviéramos cuidado de ella, y la sirviéramos de guía, una delegación de políticos ingleses, todos ellos mujeres. Venían acompañadas de un guía, Simón, de la agencia España, con su cara de actor viejo y sus maneras de galán de comedia de fin de siglo; pero Valencia se preocupaba mucho de ellas. Había entre ellas tres diputadas de la Cámara de los Comunes, la duquesa de Atholl, Eleanor Rathbone y Ellen Wilkinson; y con ellas Dame Rachel Crowdy, una dama de la alta sociedad interesada en obras de beneficencia. A Ilsa le tomó bastante tiempo y trabajo el meter en mi cabeza sus nombres, sus títulos, sus filiaciones políticas, y sobre todo qué interés tenían en venir a Madrid. La verdad es que no me sentía muy atraído por el flujo incesante de turistas que no cesaban de llegar a Madrid desde que la victoria de Guadalajara había debilitado el cerco, con muy buenas intenciones indudablemente, pero casi siempre egocéntricos. Y al mismo tiempo, día a día aumentaba la presión de la burocracia, que recobraba crecientes sus fueros. Presentía un cambio inminente, y esta moda de las visitas formaban parte de ello.

Dejé al cuidado de Ilsa el contacto personal con las visitantes y planeé una excursión a través de Madrid, en las líneas más obvias: una introducción al general Miaja en las bóvedas de su cueva mohosa; una excursión a través del barrio de obreros de Cuatro Caminos y Tetuán con sus casitas destrozadas, y del barrio de Argüelles con sus ruinas vacías; el domingo por la mañana, asistencia al servicio religioso de la iglesia protestante de Calatrava, con su párroco, un hombre ingenuo y modesto, y su grupo de jóvenes milicianos entonando himnos; una ojeada al frente desde algún sitio relativamente seguro; una recepción oficial dada por Miaja; una visita por la duquesa —sin ninguno de nosotros acompañándola— al bombardeado palacio del duque de Alba, donde podía comprobar y desaprobar las declaraciones hostiles que el Grande de España había hecho a la prensa. El bombardeo de cañón, que en los últimos días se había hecho muy intenso, daría carácter y ruido a la cosa.

Lo primero fue la visita de introducción a Miaja. Las cuatro mujeres esperaron en la antesala muy excitadas, mientras nosotros convencimos al general para que las recibiera. Le gustaba tener una oportunidad de gruñir a las exigencias de la mucha gente que venía a saludarle. Dos veces preguntó a Ilsa quiénes diablos eran aquellas mujeres y dos veces me dijo a mí por qué diablos no le llevaba chicas guapas o al menos gentes sensatas que nos mandaran armas y municiones.

—Si se empeñan en convertirme en una estrella de varíeté, lo menos que podían hacer era traerme regalos, una ametralladora o un avión. Yo les daría mi foto firmada y todo.

Se sometió al fin a regañadientes y escuchó sus discursos cortitos —en los que lo único inteligible para él era lo de «Defensor de Madrid»—, mirándose la punta de la nariz por debajo de las gafas y replicando con gruñidos bruscamente amables. Ilsa traducía con un desparpajo que me hacía sospechar estaba poniendo abundantemente de su propia cosecha.

Al final Miaja gruñó:

—Bueno, dígales que vengan para un té mañana por la tarde, ya que os empeñáis en que son tan importantes. Y que se vayan al diablo. Ah, y dilas que no esperen Bollerías, que estamos en guerra. ¡Salud!

Me sentía casi tan agrio como él. No podía tomar parte en la conversación entre ellas pero me daban tentaciones de preguntarles descaradamente si no podían haber hecho algo sobre la no intervención sin venirse de juerga a Madrid. Por otra parte, me molestaban constantemente las zalemas y gazmoñerías de Simón. Cuando paseábamos por una callejuela de Cuatro Caminos, donde lo único que quedaba de una hilera de casas era el esqueleto roto de sus paredes, una vieja se abalanzó sobre nosotros, dramática de gesto y sobria de palabras, empeñada en mostrarnos dónde había estado su cocina. Simón estaba tan encantado como un guía gitano que ha logrado que un turista inglés crea que se ha enamorado de él una «bailaora». Indudablemente, yo no era justo con todos ellos y lo mejor que podía hacer era proporcionar como contrapunto mi figura de español silencioso y serio.

El cañoneo estaba aumentando en intensidad y las granadas regaban la «Avenida de los Obuses». Cuando regresábamos en los coches, flotaban en el aire vedijas de humo gris en toda la longitud de la calle de Alcalá y las gentes se refugiaban en los portales del así llamado «lado seguro». Metimos a nuestros huéspedes a toda prisa en el hotel Gran Vía.

Quería que las señoras tuvieran el almuerzo con nosotros en nuestro cuarto, en el que se había convertido la antesala en comedor, porque quería evitarlas el recibir una imagen del Madrid que existía en la atmósfera cosmopolita y chillona del comedor general. Pero ellas preferían ver la vida tal como era en el comedor subterráneo y tuve que cambiar los preparativos. Los corresponsales extranjeros se levantaron de la larga mesa en la que se sentaban cada día con sus amigos de las Brigadas y escogieron sus víctimas entre los visitantes: una multitud de soldados, prostitutas y madres ansiosas, que se habían refugiado allí con

sus chicos, zascandileaban de un lado a otro, chillando, bromeando, comiendo y bebiendo mientras esperaban que amainara el bombardeo. A través de las claraboyas del sótano llegaban las explosiones y a veces bocanadas de humo acre que eran impotentes para imponerse al ruido y al olor que reinaba en el comedor. Sí, la comida fue un éxito.

Después del café puro llevé el grupo al *hall* de entrada; estábamos citados con el comandante Ortega para ver el frente desde su puesto de observación artillero y nuestros dos coches estaban esperando fuera. En el *hall* había una nube ligera de humo y una multitud aún más apiñada. El gerente del hotel luchaba por llegar hasta mí:

—Don Arturo, venga usted un momento. En su cuarto ha estallado fuego y los bomberos están arriba apagándolo. Debe de haber sido un obús.

Mientras comíamos, había oído la campana de los bomberos, pero no me había preocupado.

Nos abrimos paso a empujones entre los curiosos que obstruían las escaleras y el pasillo. Nuestro cuarto estaba lleno de tizones. En el armario y en una de las paredes, las huellas de las llamas; las sillas tiradas por el suelo. Dos bomberos estaban recogiendo una manga y un tercero arrancaba a tirones una cortina aún humeante.

A simple vista se veía que ninguna granada había caído en el cuarto, pero sobre la mesa reposaba un casco de metralla, grande, cortado en triángulo, que aún estaba caliente, bastante para no poder sostenerlo en la mano. Debía de haber entrado al rojo y, antes de caer, prendido fuego a la cortina. No había pasado más. En una mesita había un plato con dos huevos que estaban intactos. Mis cigarrillos habían desaparecido. El mantel estaba hecho jirones y unos cuantos platos rotos. La mesa debía estar puesta para Ilsa y para mí como todos los días. Los zapatos de Ilsa que estaban bajo la ventana, ocultos por la larga cortina, eran un montón miserable de trozos de cuero retorcidos y chamuscados en

postura torturante. En ropas y cojines había manchurrones de hollín y agua sucia. No había sido nada de importancia.

Ilsa se quedó mirando lastimosamente al montón de cadáveres de sus zapatos quejándose de que era un par azul, nuevecito, que le gustaban tanto, y no servía para nada ya. Las inglesas comenzaron a besarla con mucho entusiasmo, porque eran ellas las que le habían salvado la vida con su presencia. ¿No había dicho ella misma que si no hubiera sido por su visita habría estado comiendo en aquella misma mesa cuando el casco de metralla había entrado en la habitación?

Oí a Ilsa replicar que no parecía hubiera sido tan serio, aunque hubiéramos estado allí. Pero las mujeres seguían mostrando su gran preocupación por ella, mientras yo permanecía en silencio. No había sido nada. Los conduje a todos de nuevo al portal del hotel. El portero me dijo que nuestros chóferes estaban esperando con los autos a la vuelta de la esquina en la calle de la Montera, donde era más seguro. Habían hecho bien, desde luego, en no correr un riesgo inútil durante el bombardeo de mediodía.

El sol deslumbraba en la calle y en el aire quieto se elevaban lentamente nubecillas rizadas de humo tenue. Sonaban algunas explosiones sordas a lo lejos en la misma Gran Vía. Me adelanté un poco a las mujeres para buscar los coches. Llegando a la misma esquina me abofeteó una bocanada de humo ácido, ya familiar. Con el rabillo del ojo vi algo extraño y viscoso pegado en el cristal del escaparate de la compañía del Gramófono. Se estaba moviendo. Me acerqué a ver lo que era.

Contra la luna estaba aplastado y aún contrayéndose convulsivo un trozo de materia gris, del tamaño del puño de un niño. A su alrededor, pequeñas gotas temblonas de la misma sustancia habían salpicado el cristal. Un hilillo de sangre acuosa se deslizaba por el cristal abajo, surgiendo de la pella de sesos, con sus venillas rojas y azules, en la que los nervios rotos seguían agitándose como finos látigos.

No sentí más que estupor. Miraba la piltrafa pegada al cristal y contemplaba absorto sus movimientos de autómata. Todavía viva. Una piltrafa de hombre. Una piltrafa de un cerebro humano.

Como un autómata también, cogí el brazo de la vieja dama que iba a mi lado y cuya cara rosada y simple estaba palideciendo, y la forcé a dar unos pasos para ayudarla a escapar de allí. En el empedrado de la esquina había una cicatriz nueva, blanca y gris, donde el obús había roto las piedras. El puesto de la vieja de los periódicos. Me paré. ¿Qué estaba haciendo? Estaba hueco por dentro, vacío, sin sensaciones. No parecía haber ruido alguno de la calle en el vacío que me rodeaba. Me forcé a escuchar. Alguien me estaba llamando. Ilsa se había cogido a mi brazo y estaba diciendo con una voz áspera y urgente:

—Arturo, ven. Sal de ahí. ¡Arturo!

Allí estaban aquellas extranjeras. Sí, teníamos que llevarlas a algún sitio. Ilsa estaba sosteniendo a la más pesada, llena de cabellos grises. El coche estaba justamente delante de mí. Pero mis pies estaban pegados a la tierra y cuando traté de levantarlos me escurrí. Miré hacia abajo, a aquellos pies míos, tan lejanos. Estaban estancados en un charco de sangre medio coagulada que se agarraba desesperadamente a ellos.

Dejé a Ilsa empujarme dentro del coche, pero nunca he sabido quién más iba en él. Creo que una vez froté las suelas de mis zapatos en la alfombra del coche y sé que no dije nada. Tenía el cerebro paralizado. Estúpidamente, miraba a través de la ventanilla del coche y veía edificios y gentes que pasaban. Nos paramos y estábamos a la puerta de un edificio alto de muchos pisos, en uno de los cuales Ortega había montado su observatorio con el telémetro del que estaba tan orgulloso. Él mismo estaba allí para hacer los honores. Sus muchachos me estaban gastando bromas, porque me había convertido en el guía de una duquesa. Todo era normal y era fácil contestar las bromas.

Nos condujeron al último piso. Las anchas ventanas dominaban un gran sector del frente y de la ciudad. Uno después de otro, nuestros huéspedes miraron a través del telémetro y dejaron a Ortega que les mostrara el emplazamiento de los cañones enemigos, las trincheras camufladas, los edificios blancos y rojos de la Ciudad Universitaria, las llamaradas y el humo de una batería disparando, y el sitio donde caían sus granadas. Mientras los llevaban al balcón para explicarles las líneas del frente, me dediqué a mirar por el telémetro.

Estaba enfocado sobre un edificio bajo envuelto en bocanadas de humo blanco. Lo estaban bombardeando y me quedé pensando y tratando de averiguar cuál era el objetivo. Ajusté el telémetro, y en el campo de visión del aparato apareció claramente la capilla del cementerio de San Martín. El mismo sitio donde yo había jugado cientos de veces mientras el tío José estaba allí en sus visitas oficiales. Veía el viejo edificio de ladrillo, los patios, las galerías blancas con sus hileras de nichos. Una de las vedijas de humo se disolvió y vi el orificio que la bala había hecho en la gruesa pared.

Como si hubiera estado mirando en uno de esos globos de cristal mágicos, las imágenes de mi niñez se me aparecían en el marco de los objetivos del telémetro:

El viejo cementerio con sus patios llenos de sol. Las hileras de rosales cuajados de flores. El viejo capellán y el sepulturero con su enjambre de chiquillos, poco más o menos de mi misma edad. El traslado de viejos cuerpos porque el cementerio estaba clausurado. Mi tío José inspeccionando la decoración de la capilla antes del funeral. Los huesos de color gris extendidos cuidadosamente en una sábana tan blanca que parecía azul. Los huesos apolillados e incógnitos echados en las fogaratas de hojas secas de los jardineros, junto con las tablas roídas de los ataúdes destripados. Yo mismo cazando mariposas y lagartijas entre las trepadoras y los cipreses.

—Nos tenemos que marchar —murmuró Ilsa en mi oído.

A través del balcón veía las calles llenas de sol y de gentes, y en los campos abiertos de Amaniel, verdes con el verdor de la hierba de primavera, una mancha oscura, las copas de los cipreses envueltos en otra nube blanca, todo muy lejos, infinitamente pequeño.

Teníamos que ir al té que Miaja daba a las damas inglesas.

El general había invitado a algunas personas del Ministerio de Propaganda para que le ayudaran con las extranjeras. En uno de los grandes sótanos habían preparado una merienda suntuosa. Las paredes estaban húmedas y desconchadas, pero los ordenanzas aparecieron con ramos de flores y sirvieron el exótico té con sonrisas burlonas. Mientras yo mantenía un tiroteo de bromas con los oficiales, Ilsa actuaba como intérprete en la conversación entre el general y la duquesa, suavizando preguntas y respuestas.

—¿Qué le importa a ella de los instructores rusos para nuestros pilotos? Dile que no nos hacen falta los rusos, que nos sobran muchachos con reaños para volar. ¿Por qué no le interesan?

—Oh, Ilsa, me figuro lo que dice. Ya sé cómo hablan los generales, por mi propio marido —decía la duquesa alegremente.

Cuando trajeron bebidas, Miaja levantó su vaso y dijo en su mejor francés:

—¡Por la paz!

La duquesa replicó:

—Y por la libertad, porque la paz puede costar muy cara.

—¡Salud! —gritó Ellen Wilkinson desde el otro extremo de la mesa.

Cuando nuestros huéspedes se fueron al hotel Florida, trabajamos unas cuantas horas en la Telefónica y después cruzamos al hotel Gran Vía para dormir. Nos habían dado un par de nuevas habitaciones en la misma ala del edificio que las anteriores. Estábamos muy cansados, pero mientras Ilsa deseaba escapar de más ruido, yo tenía que alternar aún. Simón había invitado a unos cuantos americanos y alemanes de las

Brigadas en otro piso del hotel y me tuve que ir con él. No había allí nadie que me agradara. El comandante Hans era todo lo que yo imaginaba como la encarnación del oficial prusiano en toda su crudeza; Simón estaba sobando a una rubia platinada con piel de bebé y una boca dura. Estaban bebiendo una mezcla absurda de licores, blasonando su rudeza y sin pensar ninguno de ellos de la guerra como nuestra guerra, como el dolor y la tortura de España, sino como soldadesca. Bebí y estallé en una tirada que sólo una persona, un crítico americano de cine cuyo nombre nunca he sabido, escuchó con simpatía. Les grité que habían venido a España para sus propios fines, no animados por una fe, y que no nos estaban ayudando; que ellos podrían ser muy cultos y muy pulidos y nosotros bárbaros, pero que al menos sabíamos y sentíamos lo que estábamos haciendo. De pronto se apagó mi indignación. Era un completo extranjero entre gentes que tenían todo el derecho a rechazarme, como yo los rechazaba a ellos. Me marché y al lado de ella encontré reposo.

Me desperté a las ocho de la mañana. Ilsa dormía profundamente y no quería despertarla. Quería bañarme y me encontré con que el jabón, las toallas, los cepillos de dientes y las cosas de afeitar se habían quedado en nuestro antiguo cuarto de baño. Me fui allí a recogerlas.

Nuestro viejo cuarto estaba inundado de sol. Olía aún a humo y a cuero quemado y en el suelo había charcos de agua sucia con hollín. Era una mañana espléndida. Al otro lado de la calle, la fachada lisa de la Telefónica, bajo el sol, tenía una blancura cegadora. Me asomé a la ventana y miré a la calle para ver si no estaban regando el empedrado y liberando el olor de tierra mojada en la mañana que tanto me gustaba. Sonó una explosión en el extremo más lejano de la calle. El bombardeo de la mañana —«el lechero», como lo llamábamos con doble sentido— había acudido puntual como todos los días. Había poca gente en la «Avenida de los Obuses». Me quedé mirando, perezosamente, a una mujer que cruzaba la calle un poco más arriba. ¿Era Ilsa? Sabía que no.

Ilsa estaba durmiendo en el cuarto de al lado, pero esta mujer era tan semejante a ella, la misma estatura, el mismo cuerpo, el mismo traje verde oscuro, que vista así, de espaldas, daba la impresión de ser ella. Estaba mirando a la mujer, tratando de adivinar su cara, cuando el silbido agudo de una granada desgarró el aire. Se estrelló contra la fachada del teatro Fontalba, encima de la taquilla de venta de localidades, y explotó. La mujer se tambaleó, y cayó lentamente sobre sus piernas blandas; una mancha oscura comenzó a agrandarse a su alrededor. Uno de los guardias de asalto, de centinela en la puerta de la Telefónica, corrió hacia ella, dos hombres surgieron de debajo de mi ventana y cruzaron la calle corriendo; entre los tres la recogieron. Se doblaba el cuerpo y se escurría bajo sus manos. Le colgaban sueltos los cuatro remos, como si le hubieran roto las articulaciones con un martillo.

Volví a nuestro cuarto y me encontré a Ilsa mirando a través de la ventana, envuelta en su bata. La miré y mi cara debía de ser muy extraña, porque vino hacia mí y me dijo:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Sonó otro silbido y mis ojos siguieron instintivamente la dirección del sonido. Había en el frente de nosotros, en el chaflán de la Telefónica, una ventana en el quinto piso que tenía echadas las persianas. Sus tablillas se curvaron hacia dentro y saltaron en astillas; una sombra oscura, fantasmal, penetró por el orificio y casi instantáneamente las tablillas astilladas se abombaron hacia fuera. Me tiré al suelo y arrastré a Ilsa conmigo; estábamos en la línea de la metralla y de los cascotes proyectados por la explosión.

Sentado en el suelo tuve un ataque de náusea, una contracción violenta del estómago, como cuando comencé a vomitar ante los cadáveres del Desastre de Melilla, aunque en aquel momento no me acordaba de ello. Me acurruqué en un rincón, temblando, incapaz de

controlar mis músculos, que habían adquirido vida propia. Ilsa me bajó del brazo a lo más hondo del vestíbulo del hotel, en un rincón oscuro detrás de las cabinas del teléfono. Me dieron a beber un par de copas de coñac y se me quitó el temblor. Desde el rincón oscuro donde estaba sentado veía, a través de la oscuridad del vestíbulo, la puerta de entrada al hotel. El sol brillaba en los cristales y lamía las maderas de las puertas giratorias. Era como encontrarse en el fondo de una cueva abierta a los campos, como despertar de una pesadilla vivida dentro de las paredes de una alcoba extraña. En tal momento mi conjunta vida sufrió una distorsión.

Los otros no se enteraron. Hasta Ilsa creyó que únicamente estaba sufriendo un efecto pasajero del choque del día antes. El grupo de visitantes ingleses se había marchado y reanudamos la fatigosa rutina de cada día; lo único fue que me negué a comer más en nuestra habitación, como era el deseo de Ilsa, e insistí en que nos incorporáramos a la mesa ruidosa de los periodistas, donde yo nunca hablaba mucho y donde las gentes estaban acostumbradas a mi cara seria.

Cuando subimos a nuestra habitación antes de reanudar el trabajo, vi un orificio chiquitín en el cartón que reemplazaba uno de los cristales de la ventana y encontré, incrustado en la pared opuesta, un trozo de metralla, agudo como una aguja.

Estábamos arreglando nuestros libros en una estantería al lado de la ventana, las gentes paseaban y discutían en la calle; todo estaba lleno de luz, el color y el olor de la primavera. El cielo era azul profundo y la piedra de las fachadas estaba caliente de sol.

El guardia de asalto a la puerta de la Telefónica piropeaba a cada muchacha que pasaba a su lado, y desde mi ventana era fácil ver que había alguna que cruzaba la calle nada más que por pasar cerca de él y oír lo que el mocetón murmuraba en los oídos femeninos. La puerta giratoria de la Telefónica giraba incansable detrás de él y el reflejo de sus vidrieras lanzaba puñados de luz a través de la sombra del edificio.

Tres personas estaban cruzando la Gran Vía, un soldado y dos muchachas. Una de las muchachas vestía de negro y llevaba un paquete envuelto en papel color de rosa, luminoso y alegre contra el fondo de luto. Ilsa dijo que la muchacha andaba como un animalito joven y yo le expliqué:

—Si una mujer anda así, nosotros decimos que es «una buena jaca», porque se mueve con la soltura y la gracia de un caballito.

Silbó entonces el proyectil, y tuve la sensación de que había pasado a pocos metros de nosotros, a la altura de nuestras caras. El soldado se tiró él mismo al suelo, estirado a lo largo, las manos cruzadas sobre la cabeza. La granada estalló enfrente de él con una llamarada y una nube de humo negro. El guardia de asalto desapareció como si se lo hubiera tragado la pared. Las dos muchachas cayeron como dos sacos vacíos.

Estaba agarrado al alféizar de la ventana, la boca llena de vómito, y veía a través de una nube cómo las gentes corrían con los dos cuerpos. La calle se quedó desierta y el paquete de color rosa yacía allí en medio de manchas oscuras. Nadie lo recogió. La calle estaba alegre, llena de primavera, inhumanamente indiferente.

Era la hora en que comenzaba nuestro turno de la tarde. Cruzamos la calle a la otra esquina de la Telefónica.

Me senté a mi mesa y me quedé mirando los raquíticos despachos de los periodistas que no tenían nada que contar, salvo que el cañoneo de Madrid seguía con la misma intensidad y monotonía, Ilsa se paseaba nerviosa a través de la sala, perdida por una vez su serenidad. De pronto se sentó a una de las máquinas de escribir y comenzó a teclear con gran velocidad. Cuando terminó, llamó a Ilsa Wolf —la periodista alemana que regía la emisora de radio de la UGT y que radiaba diariamente en varios idiomas—. Para distinguirla de ella, a Ilsa se la llamaba entonces: «Ilsa la de la Telefónica».

Hablaban en alemán y no me interesaba, pero cuando terminó, se levantó Ilsa, cogió su abrigo y dijo:

—Tengo que hacer algo, si no, no voy a olvidar el paquete rosa. Tengo que hablar a mis propios trabajadores, en mi país aún muchos recuerdan mi voz; y he dicho a Ilsa que hoy me tiene que dejar hablar a mí en lugar de ella.

Me di cuenta inmediata de lo que se proponía. Había muchos proyectiles que no explotaban y todos estábamos convencidos firmemente de que existía sabotaje en las fábricas alemanas que surtían a Franco. Ilsa iba a gritar a los trabajadores austríacos. Bien pocos de ellos la escucharían. Cuando se marchó a la calle me quedé allí, escuchando el ruido de las explosiones.

Había muy poco que hacer y me obsesionaba trazar el curso de las granadas. El trozo de metralla que había incendiado la cortina de nuestra ventana había seguido una curva tal que indudablemente la hubiera herido en la cabeza si hubiéramos comido, como era usual, en nuestro cuarto. El trozo diminuto de metralla que unas pocas horas antes había taladrado el cartón de la ventana y se había hundido profundamente en la pared opuesta, había seguido una trayectoria en medio de la cual se hubiera encontrado la cabeza de Ilsa si hubiéramos comido allí como ella quería. Se multiplicaban en mi cabeza las imágenes de ella como la mujer que había sido herida en la mañana, sentada a nuestra mesa con la cabeza agujereada...

Entraban y salían los periodistas y yo hablaba tanto, o mejor, tan poco, como siempre; al final dije al viejo Llizo que se hiciera cargo de ellos y me puse a escribir un cuento.

No recuerdo bien la historia; para un psiquiatra hubiera sido de interés. Como en un sueño, mezclaba cosas vistas y visiones: el escaparate de la compañía del Gramófono, la exhibición de los discos negros con su perro blanco, las orejas alertas, resaltando en sus etiquetas alegres; la luna del escaparate reflejando el paso de los transeúntes, una multitud de fantasmas vivos sin vida; los discos negros encerrando en sus surcos una multitud de voces fantasmas; todo sin

realidad. La única cosa real sobre ellos, en la superficie transparente del cristal, era una piltrafa de cerebro palpitante, vivo aún, las antenas de sus nervios rotos agitándose furiosos, en un grito sin voz a una multitud sorda. Después, detrás del cristal del escaparate, colocaba a la mujer, yacente, un orificio en su sien, la comisura de los labios modelando una sonrisa suave, como una interrogación, muy serena y quieta en su muerte. No, no era ninguna historia.

Cuando volvió Ilsa, fatigada, pero ya tranquila, aún estaba tecleando. Le alargué las páginas que había escrito. Cuando llegó a la descripción de la mujer, me miró asustada y dijo sin pensarlo:

—Pero ¡aquí me has matado a mí!

Le quité las páginas escritas y las rompí en infinitos pedazos.

Seguía el trabajo rutinario pero ahora teníamos un huésped a quien yo quería y respetaba, John Dos Passos, que hablaba de nuestros campesinos con una comprensión gentil y profunda, mirándonos a uno y a otro con sus ojos castaños, inquisitivos. Aquella tarde nos ayudó mucho a escapar de nosotros mismos. Veía a Ilsa seguir mis gestos con una ansiedad reprimida y conducir la conversación de tal manera que yo pudiera recaer en el contacto normal con personas.

Mucho después me enteré de que John había mencionado este encuentro en una de sus descripciones en *Journeys between wars*. Dice así:

«En la gran oficina quieta encontráis a los censores de prensa, un español cadavérico y una mujer austríaca, regordeta, de voz agradable... Ayer mismo la mujer austríaca encontró que un casco de metralla había provocado un incendio en su habitación y que todos sus zapatos se habían quemado, y el censor había visto convertirse, bajo sus ojos, una mujer en pulpa sangrienta... No es sorprendente que el censor sea un hombre nervioso; parece mal nutrido y falto de sueño. Habla como si entendiera, pero sin sacar ningún placer personal de ello, la importancia de su posición como guardián de estos teléfonos que son el lazo de

unión con países técnicamente en paz, en los cuales la guerra se desarrolla aún con créditos en oro en cuentas corrientes, en contratos de municiones, en conversaciones sobre sofás de terciopelo en antecámaras diplomáticas, en lugar de con granadas de seis pulgadas y pelotones de ejecución. No da la impresión de ser muy complaciente sobre ello. Pero es duro para uno, que es más o menos un agente libre de un país en paz, hablar de muchas cosas con hombres que están encadenados a los bancos de galera de la guerra.

»Es un descanso huir de los cuadros de mando del poder y pasear de nuevo en las calles soleadas.»

Pero yo estaba encadenado a mí mismo y dividido dentro de mí mismo.

Cuando yo tenía siete años, iba a la escuela una mañana; de pronto vi un hombre que daba la vuelta a una esquina de la calle y corría velozmente en mi dirección. Detrás de él sonaban gritos y carreras de una multitud para mí aún invisible. El trozo de calle donde yo estaba se encontraba vacío, con la excepción del hombre y yo. Sonó una explosión. Vi la gorra del hombre saltar en el aire y volar con ella trozos negros de algo envuelto en una llamarada. No vi más; después me encontré en la Casa de Socorro, rodeado de gentes que me echaban por la garganta agua con un olor penetrante. Cuando tenía nueve años, estaba un día sentado en el balcón de la casa de mis tíos leyendo un libro. De pronto oí un golpazo sordo en la calle. En la acera de enfrente yacía el cuerpo de una mujer, estrellado contra las losas. Tenía los ojos cubiertos con un pañuelo blanco que se iba volviendo rojo y que después se convertía en negro. Sus faldas estaban recogidas por encima de los tobillos y atadas con un cordón verde de cortina. Una de las borlas del cordón colgaba en el borde de la acera. El balcón comenzó a oscilar y la calle a girar bajo mis ojos.

Cuando tenía veinticuatro años y vi aquel cuarto en el cuartel de la Guardia Civil de Melilla, en el que parecía que los hombres muertos,

colgantes sobre el borde de las ventanas o sentados en los rincones, se hubieran salpicado unos a otros con su propia sangre, como los muchachos se salpican de agua en una piscina de verano, vomité. Con el olor de los cadáveres profanados, tirados en los campos, metido eternamente en mi nariz, me quedé sin poder volver a soportar la vista de la carne cruda por tres años. Y ahora todo volvía de golpe.

Escuchaba con el conjunto de mi cuerpo por el silbido de un obús o el zumbido de un avión entre los mil ruidos de la calle; mi cerebro trabajaba febrilmente tratando de eliminar todos los sonidos que no eran hostiles y de analizar todos los que contenían una amenaza. Tenía que luchar incesantemente dentro de mí mismo contra esta obsesión, porque amenazaba cortar el hilo de lo que estuviera haciendo, escuchando o diciendo. Las gentes y las cosas alrededor de mí se borraban y contorsionaban en formas fantasmales, tan pronto como perdían el contacto directo conmigo. Me aterrorizaba estar en una habitación solo y me aterrorizaba estar en la calle entre las gentes. Cuando estaba solo, me sentía como un niño abandonado. Era incapaz de subir solo a nuestro cuarto en el hotel, porque esto suponía tener que cruzar solo la Gran Vía y porque después era incapaz de enfrentarme a solas con el cuarto. Cuando estaba en la habitación, me quedaba mirando la fachada blanca de la Telefónica, con los orificios de sus ventanas cubiertos de ladrillos o enmascarados con cortinas negras y sus docenas de cicatrices de granadas. Lo odiaba y me fascinaba. Pero no podía soportar más el mirar hacia abajo, hacia la calle.

Aquella noche me dio una fiebre alta y, aunque no había comido, vomité jugos amargos en convulsiones espasmódicas. Al día siguiente mi boca se llenaba del líquido agrio al sonido de una motocicleta, de un tranvía, del chillido de un freno, de las sirenas de alarma, del zumbido de los aviones, de la explosión de granadas. Y la ciudad estaba llena de estos ruidos.

Me daba perfecta cuenta de lo que me estaba pasando, y luchaba desesperadamente contra ello: tenía que trabajar y no tenía derecho a mostrar nerviosismo o miedo. Estaban los otros, ante los que yo tenía que mostrarme sereno si quería que ellos estuvieran serenos. Me acogí al pensamiento de que tenía el deber de no mostrar miedo, y de esta manera me encontré obsesionado con otra clase de miedo: el miedo de tener miedo.

Aparte de Ilsa y de mi cuñado Agustín, al cual había incorporado a la oficina como ordenanza en el puesto de Luis, todos sabían tan sólo que no me encontraba bien y que parecía tener un humor especialmente sombrío. El bombardeo era cada vez más continuo.

Los mismos periodistas pedían un traslado de la oficina de censura a un sitio más seguro; a petición suya habíamos instalado teléfonos para las conferencias en el piso bajo del edificio, pero aun así tenían que andar y cruzar constantemente la Gran Vía y esto se había convertido en un peligro innecesario e irrazonable. Ilsa era casi la única persona que defendía nuestra estancia allí: había tomado cariño a los muros de la Telefónica y se sentía una parte integrante de ella. Pero la situación se había hecho imposible de mantener hasta por ella misma.

En el hotel cambiamos nuestro cuarto a la espalda del edificio, donde nuestras ventanas daban a un patio interior, estrecho como una chimenea, que recogía y amplificaba todos los ruidos. Sufría ataques de fiebre y ataques de vómito y ni dormía ni comía. Por un día entero hice la censura en el rincón oscuro del *hall* del hotel, mientras Ilsa la hacía sola en la Telefónica. Fue ella quien obtuvo de Rubio Hidalgo la autorización para cambiar la censura al edificio del Ministerio de Estado. Algunos de los periodistas pedían que el traslado se hiciera a uno de los barrios más quietos y casi totalmente seguros contra el bombardeo, pero esto hubiera tomado mucho tiempo y una complicada instalación de cables. En el Ministerio, el cuarto de prensa y el de censura tenían aún las instalaciones y sus muros eran de gruesa piedra,

aunque el edificio estaba dentro del alcance de los cañones y en el borde de su habitual campo de tiro.

La Telefónica había sido tocada por más de ciento veinte granadas, y aunque dentro de sus paredes no había caído ni una sola víctima en todo este tiempo, los periodistas y los censores teníamos el presentimiento de un desastre inevitable.

El primero de mayo, la Oficina de Prensa Extranjera y la censura volvieron al Ministerio de Estado en la plaza de Santa Cruz. Durante algunos días aguardé, sin moverme de mi rincón en el *hall* del hotel, que la mudanza quedara terminada, luchando contra mí mismo y perdido dentro de mí. Por entonces ignoraba que Ilsa cruzaba la calle bombardeada y trabajaba durante ocho días en el piso cuarto de la Telefónica, con la convicción absoluta de que estaba condenada a ser matada allí. Y en mi ignorancia y mi egoísmo, la dejé incluso que fuera ella quien coleccionara todos los documentos importantes y los llevara al ministerio, ayudada por Agustín.

El día después de haber dejado definitivamente la Telefónica, un obús penetró por una de las ventanas de la desierta oficina y explotó sobre la mesa central. Unos pocos minutos después de las cinco. Todas las tardes, a las cinco en punto, Ilsa se había hecho cargo del servicio y se había sentado a esa misma mesa a trabajar.

El Ministerio de Estado está construido alrededor de dos grandes patios enlosados y techados con cristales, y separados uno de otro por la monumental escalera de piedra que conduce a los pisos superiores, arrancando de la triple entrada del edificio.

Dos amplias galerías abovedadas, una sobre otra, flanquean ambos patios. La galería superior tiene el piso de madera encerada y su barandilla es dorada; la galería al nivel de la calle es de pura piedra, y su piso, de grandes losas que resuenan sobre el hueco de los sótanos inmensos. Nuestras oficinas se abrían a esta galería. El edificio en su conjunto es de piedra y ladrillo con paredes enormes. Dos torres, con

tejados de pizarra cerrándose en agudos prismas, lo coronan. Es una isla entre calles viejas y silenciosas, cerca de la plaza Mayor, la de los autos de fe y de las viejas corridas de toros, y cerca también de la ruidosa Puerta del Sol. Debajo del edificio se abre un laberinto de sótanos y pasillos abovedados que datan de viejos tiempos.

El ministerio está lleno de dignidad, como un viejo diplomático, frío e indiferente, con sus piedras que parecen sudar en los días de lluvia y sus pesadas rejas de hierro cerrando sus ventanas. Sus sótanos fueron en un tiempo las prisiones de la cárcel de la Corte. El centro de los patios y los huecos de sus pilares están llenos de esculturas ramplonas, justificación de las pensiones que el Estado pagaba a artistas bien recomendados para que fueran a estudiar a Roma. El efecto es incongruente y estúpido.

Ilsa y yo nos instalamos en uno de los cuartos pequeños. La censura se estableció en su antiguo sitio y la oficina de Rubio Hidalgo se abría solamente en ocasiones solemnes. Olía a moho. Para evitar a los periodistas el riesgo de los bombardeos a mediodía, organizamos una especie de cantina y comedor; los ordenanzas traían la comida —una pobre comida— del hotel Gran Vía en uno de los coches oficiales. Cuando el bombardeo se corría hacia nosotros y las explosiones resonaban en la plaza Mayor, utilizábamos la bóveda de la escalera a los sótanos, un refugio perfecto con quince pies de piedra y mortero sobre nuestras cabezas.

El ruido y el jaleo de la mudanza me habían arrancado de mi atontamiento. Lejos de la fachada deslumbrante de la Telefónica, uno de los elementos de mi obsesión había desaparecido, pero no habían desaparecido los otros como yo esperaba secretamente que ocurriera. Me encerraba a veces en la librería del ministerio establecida en los sótanos, y escuchaba desde allí el sonido de los tacones de Ilsa en las losas de la galería. Podía obligarla a estar en el edificio, pero no a que estuviera conmigo, porque tenía que realizar el trabajo de dos, ahora

que yo no trabajaba. Se divertía zascandileando por el ministerio, contenta porque los periodistas estaban a su gusto y porque la alegraba hacer nuestro cuartito habitable; ella, y el espíritu de Agustín, lleno de un sentido común alegre y constante, me impidieron caer en una melancolía peligrosamente cercana a algo muchísimo peor.

Al cabo de unos pocos días, cuando vi que tampoco podía dormir allí, pedí al médico del ministerio que me reconociera y me diera alguna droga que me ayudara. Me dio una medicina a base de opio. Ilsa pensaba que la mejor cura era batallar mentalmente contra la obsesión y vencerla, pero no entendía que simplemente no pudiese dormir. Aquella noche me metí en la cama temprano, tambaleándome de exhaustación y de falta de sueño, y me tomé la dosis ordenada por el médico.

Me hundía en un pozo profundo. Se disolvían las líneas del cuarto. Agustín no era más que una sombra que se movía entre paredes amarillas sin fin que se perdían a su vez en abismos oscuros. La luz era un resplandor débil que se iba apagando lentamente. Mi cuerpo perdió el sentido de peso y comenzó a flotar. Me hundía en el sueño.

Me invadió un terror infinito. Ahora, en aquel mismo momento, iba a comenzar el bombardeo. Y yo estaría allí atado en la cama, incapaz de moverme, de protegerme. Los otros se irían a los sótanos y me dejarían solo allí. Comencé a luchar desesperadamente. La droga había obrado sobre los nervios motores y no podía moverme. Mi voluntad no quería someterse, no quería dormir ni dejarme que yo durmiera. Dormir era correr peligro de muerte. El cerebro me gritaba órdenes urgentes: «¡Muévete, sal de la cama, chilla!». La droga continuaba su ataque. Me sacudían olas de náuseas profundas dentro de mí, como si las entrañas se hubieran desintegrado de mi cuerpo y se agitaran furiosamente, buscando su liberación con manos, no, con garras y dientes propios.

Alguien estaba hablando encima de mi cabeza, pegado a mí, tratando de explicarme algo, pero yo estaba muy lejos, aunque veía las sombras de sus cabezas enormes inclinadas sobre mí. Me sentía lanzado

en abismos sin fin, cayendo en el vacío sin llegar nunca, con una presión horrible en el estómago; y al mismo tiempo tratando de empujar hacia arriba con todo mi cuerpo y resistir la caída y el choque final en el invisible fondo del abismo. Me estaba despedazando; mis miembros se convertían en masas algodonosas y deformes y desaparecían de mi vista, aunque aún seguían estando allí; y yo estaba tratando de recuperar estos brazos y estas piernas, estos pulmones y estas entrañas mías que se estaban disolviendo. Caras fantasmales y manos monstruosas y sombras flotantes se apoderaban de mí, me levantaban y me dejaban caer, me llevaban más y más lejos. Y yo sabía que en aquel mismo momento iban a comenzar las explosiones. Me sentía muriéndome de desintegración de mi cuerpo, con sólo un cerebro inmenso dejado a solas que acumulara todas sus energías contra esta muerte, contra esta disolución del cuerpo a que estaba unido.

Nunca he sabido si aquella noche estuve en el umbral de la muerte o de la locura. Tampoco Ilsa ha sabido nunca si ella me vio marchar inevitablemente hacia uno de los dos fines.

Lentamente mi voluntad iba siendo más fuerte que la droga. Al amanecer estaba completamente despierto, envuelto en sudor frío, mortalmente agotado, pero triunfante y capaz de pensar y moverme. A la caída de la tarde sufrí un nuevo ataque, en el que me revolqué sobre la cama, luchando por retener mis sentidos, mientras Ilsa, que no se atrevía a dejarme solo, contestaba las preguntas de dos visitantes polacos, antipáticos, sentados a la mesa que había en el cuarto. Veía sus caras distorsionadas haciendo muecas y trataba de no llorar. Parece, sin embargo, que lo hice.

La parte peor de mi experiencia, y de todas las fases de la experiencia a que me llevó el choque, fue que todo el tiempo me daba perfecta cuenta del proceso y de su mecanismo. Sabía que estaba enfermo y lo que tengo que llamar anormal: mi «yo» estaba luchando contra un segundo yo, rechazando el rendirse a él, dudando a cada

momento de tener la energía necesaria para vencer; y prolongando así la batalla, dudaba si el otro yo que producía este miedo abyecto de destrucción no tenía realmente razón. Para poder vivir entre los otros, tenía que suprimir esta duda.

Cuando me levanté y reanudé el trabajo, me sentí completamente aparte de los demás, que a mí me parecían anormales por su incapacidad de compartir mis propias angustias. No podía librarme de la introspección, porque estaba obligado a mantener un control consciente sobre mí mismo, y esta autoobservación constante me hacía observar a los demás desde un nuevo ángulo.

Perdí mi interés en el trabajo de la oficina que los otros seguían en las líneas marcadas, manteniendo una resistencia pasiva y creciente contra los dictados de la oficina de Valencia. Lo que ocupaba toda mi imaginación era el entender los impulsos que movían en nuestra guerra a otras gentes y entender el curso de la guerra en sí.

Me parecía a mí que a cada individuo le impulsaban a la lucha cosas pequeñas impensadas e irrazonables, cosas que respondían sólo a emociones hondas e indefinidas. Una partícula de materia gris palpitante había puesto en movimiento dentro de mí una cadena de pensamientos y emociones ocultos. ¿Qué era lo que animaba a los otros? No lo que decían en palabras ordenadas y escogidas, sino lo otro.

Unos pocos días después de haberme recobrado de mi pesadilla, escribí mi primer cuento sobre un miliciano en una trinchera que estaba allí porque los fascistas habían destruido la máquina de coser de su mujer, porque aquél era su puesto y, finalmente, porque una bala perdida había aplastado una mosca que a él le gustaba observar en un trocito de parapeto alumbrado de sol. Se lo di a Ilsa y vi que la emocionaba. Si hubiera dicho que no era bueno, creo que nunca hubiera intentado volver a escribir, porque hubiera significado que no era capaz de tocar las fuentes escondidas de las cosas. Pero esto fue sólo un ligero consuelo. No podía desprenderme de la visión de la guerra que había

surgido de mi estupor. Nuestra guerra había sido provocada por un grupo de generales que, a su vez, estaban manejados por los sectores de las derechas españolas más fanáticamente determinados a luchar contra cualquier desarrollo del país que fuera una amenaza para su casta. Pero los rebeldes habían cometido el error de recurrir a ayudas exteriores y convertir una guerra civil en una escaramuza internacional. España, su pueblo y su Gobierno, no existían más en una forma definida; eran el objeto de un experimento en el cual los países partidarios de un fascismo internacional y los países partidarios de socialismo o comunismo tomaban parte activa, mientras los demás países nos contemplaban como espectadores vitalmente interesados. Lo que estaba ocurriendo era un claro preludio del rumbo futuro de Europa y posiblemente del mundo.

Los espectadores favorecían a uno u otro de los dos combatientes; sus clases directoras se inclinaban del lado del fascismo internacional; parte de sus trabajadores y de sus intelectuales se inclinaban más o menos claramente hacia un socialismo internacional. Una guerrilla ideológica de ambos bandos combatía en Europa y América. Reclutas para las Brigadas Internacionales venían de todos los países, y todos los países se negaban a vender a la República española las armas que necesitaba. La razón que se daba era que se quería evitar una guerra internacional. Sin embargo, algunos grupos tenían la esperanza de que España provocaría la guerra entre Alemania y Rusia y muchos tenían curiosidad por ver enfrentarse la fuerza de las dos ideologías políticas, no en el campo de la teoría, sino en el de batalla.

Me parecía, sin duda alguna, que las clases directoras de Europa esperaban mantenerse como dueñas de la situación después de una derrota del comunismo y una debilitación del fascismo, que podía entonces ser explotado y usado ventajosamente por ellas. Así, su papel era proteger al fascismo contra el peligro de perder su guerra definitivamente en España, porque el fascismo era para ellos un mal

menor o, mejor aún, un beneficio en potencia. Esto se traducía en la no intervención, en la capitulación del Gobierno de la República en manos de la Rusia soviética, y en la de los rebeldes en las manos de Alemania e Italia.

No podíamos ganar la guerra. Los hombres de Estado de la Rusia soviética no iban a ser tan estúpidos como para llevar su intervención a un punto en que constituyera peligro de guerra contra Alemania, en una situación en la que Rusia se encontraría abandonada por todos y Alemania disfrutaría del apoyo de las clases directoras y la ayuda de las industrias pesadas de todos los demás países. Muy pronto los rusos nos dirían: «Lo sentimos mucho, no podemos hacer más por vosotros, arreglároslas como podáis».

Estábamos condenados de antemano. Y sin embargo continuábamos una lucha feroz. ¿Por qué?. No teníamos otra solución. Ante España no había más que dos caminos: la terrible esperanza, peor aún que desesperación, de que estallara una guerra europea y obligara a alguno de los otros países a intervenir contra la Alemania de Hitler; y la desesperada solución de sacrificarnos nosotros mismos para que otros pudieran ganar tiempo y hacer sus preparativos, y así, cuando un día llegara el fin del fascismo, tener el derecho de pedir nuestra compensación. En cualquiera de los dos casos teníamos que pagar con la moneda de nuestra sangre y la destrucción bárbara de nuestro propio suelo. Era por esto que muchos miles, que se enfrentaban en el frente con la muerte, luchaban con un credo y una convicción política, con fe y con esperanza de victoria.

Cuando llegué a alcanzar estas conclusiones, se convirtieron en tortura intelectual para mí. No tenía nada con que suavizarlas. Veía, con el pensamiento, irse amontonando sin fin los cadáveres, extenderse la destrucción sin descanso, y tenía que aceptarlo como inevitable, como necesario, como algo en lo que yo tenía que tomar parte, aunque me faltara el consuelo de una fe ciega en un credo o la esperanza en el

destino. En aquel punto, se me hacía muchísimo más intolerable que nunca el ver que existía tan poca unidad en nuestro lado. Entre los líderes de la lucha, la idea de salvar la República como base de un gobierno democrático había desaparecido; cada grupo se había vuelto monopolista e intolerable. Por un corto tiempo había olvidado la atmósfera que existía fuera del frente de Madrid. Ahora nos llegaban noticias de batallas en las calles de Barcelona entre los antifascistas. Los empleados del Estado que nos llegaban de Valencia eran estrictamente minuciosos en sus etiquetas políticas. Nosotros, los que habíamos tratado de mantener Madrid en los días de noviembre, estábamos fuera de lugar, y se estaba convirtiendo en peligroso para nosotros el expresar nuestros sentimientos.

Pero aún había muchísimos hombres como Ángel, como los milicianos vergonzosos y torpes que nos traía al ministerio a que conocieran a Ilsa y a mí; muchachos que llegaban con un ramo de rosas, lastimosamente estranguladas entre sus dedazos; muchachos que habían llegado de los olivares de Andalucía y surgido de chozas de adobes para luchar por la República y que me pedían les leyera los versos de García Lorca, a ellos que no sabían leer. Había aún los hombres que encontrábamos cuando llevaba a Ilsa a la tabernita de Serafín en las tardes de calma: trabajadores quietos, fatalistas, gruñones e inalterables. Había gentes como la muchacha que se asomaba a la portería de piedra e invitaba a las gentes a refugiarse allí, porque su abuelito había hecho lo mismo hasta que una granada le había matado en la puerta del portal, y era su deber seguir en el puesto del caído.

Yo quería gritar. Gritarles a ellos y al mundo entero sobre ellos. Si quería seguir luchando contra mis nervios y mi cabeza consciente sin descanso de mí y de los otros, tenía que hacer algo más en esta guerra que simplemente vigilar la censura de las noticias para unos periódicos que cada día eran más indiferentes.

Seguí escribiendo y comencé a hablar por radio.

Capítulo 7

La Voz de Madrid

Al estallar la guerra civil, las estaciones españolas de radio, las semioficiales así como las numerosas particulares que existían, cayeron en las manos de grupos políticos y fueron usadas para su propaganda exclusiva, es decir, no para una propaganda general de la República, sino para la política de cada grupo y a veces de cada sección. El resultado fue una confusión tremenda, afortunadamente poco difundida, porque muy pocas de las transmisiones se oían en el extranjero y ninguna de ellas, sin excepción, en toda España. Cuando el Gobierno consiguió al fin imponer su autoridad al menos en parte, comenzó aceptando este estado de cosas como un mal menor, para después, poco a poco, ir imponiendo su autoridad y terminar por decretar el cierre de todas las estaciones de partido y el funcionamiento único de transmisiones bajo el control oficial.

Una mañana, el interventor del Estado en la Transradio, el mismo burócrata tímido y vergonzante que me había hecho resolverle sus problemas sobre los radiotelegramas en los primeros días del sitio, se presentó en el ministerio para confrontarme con un nuevo rompecabezas.

El Estado español tenía adquirido un derecho contractual para usar, durante ciertas horas del día, el transmisor de la compañía Transradio, la estación de onda corta EAQ. Este servicio estaba bajo la administración y autoridad de un delegado del Gobierno, pero el interventor no sabía a qué ministerio pertenecía. Hasta ahora, un reducido grupo de locutores había estado radiando los comunicados oficiales en español, portugués, francés, inglés y alemán y coleccionando recortes de la prensa diaria para rellenar sus boletines. Pero desde el decreto de organización de la radio, el delegado del Gobierno había dejado de pagar sus salarios a los locutores y ahora sólo existían el locutor español y el portugués que seguían actuando.

El interventor no tenía nada que hacer con las emisoras de radio; pero le preocupaba este abandono de una de las mejores armas de que la República disponía, y había discutido el asunto con los miembros del Comité Obrero que coincidían con su punto de vista. Había que hacer algo. Si no, la única estación de onda corta que había en Madrid, capaz de llegar a todos los rincones del mundo, tendría que cesar, al menos en lo que se refería a la propaganda. Los locutores no podían sostenerse. El portugués estaba medio muerto de hambre y con enormes agujeros en las suelas de sus zapatos. Él, el interventor, había intentado discutir el caso con uno de los secretarios de la junta de Madrid en el Ministerio de la Gobernación y con sus propios superiores, las autoridades del servicio de correos, pero en el momento en que se habían enterado que las emisiones de la EAQ estaban destinadas a países extranjeros, habían dejado de interesarse. En el fondo, decían, la propaganda extranjera era un lujo inútil. No sabían nada de ello ni les interesaba, y de todas formas, con cuestiones extranjeras quien se entendía era el Ministerio de Estado. A ellos, que los dejaran en paz. El Ministerio de Estado estaba en Valencia, y «yo sé —decía el interventor— lo imposible que es ir a Valencia y conseguir nada para Madrid». Pero ahora

que yo estaba establecido oficialmente en el Ministerio de Estado, ¿no podía intentar algo?

No conocía yo la situación mucho mejor que el interventor. Miaja, como gobernador general de Madrid, era el llamado a intervenir, pero me parecía completamente inútil el acercarse al general con este intrincado problema, aunque compartía la opinión del interventor de que había que hacer algo. Lo único que se me ocurrió en el apuro del momento fue que el locutor portugués viniera a comer a nuestra cantina y si no tenía dónde ir, que durmiera en un diván en uno de los despachos vacíos del ministerio, bien cubiertos de fundas polvorientas. Le dije al interventor que me mandara al portugués y le prometí tratar de encontrar solución al problema.

Estaba contento de tener algo concreto de que ocuparme. La censura funcionaba ahora con leyes fijas. Tenía la ayuda de un nuevo censor, una muchacha canadiense rubia platino, que no me merecía ninguna confianza. En la oficina de Valencia, Rubio Hidalgo iba dejando cada día más las riendas en manos de un nuevo asistente, la comunista Constancia de la Mora, que trataba todas nuestras peticiones a favor de los periodistas con un desdén consistente y aburrido. Había más «turistas» cada día, y cada día llegaban más «enviados especiales» que hacían visitas relámpagos al frente de Madrid. Al general Goliev le habían enviado al frente de Vizcaya. El cañoneo seguía día y noche; y mis pesadillas también.

Vino a verme el portugués Armando, altivo, sin afeitar, un armazón esquelético cubierto de nervios vibrantes, el traje arrugado lastimosamente. Su nariz huesuda y ganchuda y los dientes solitarios en su boca abierta no contaban. Tenía unos ojos vivos e inteligentes bajo una frente abombada, y sus manos, largas y flacas, subrayaban la palabra con gestos enérgicos y rotundos. Me habló sin interrupción de los crímenes políticos que se estaban cometiendo por indiferencia y corrupción mental y se apoderó de mi imaginación con su descripción de lo que podía hacerse si la estación de radio se usaba para una propaganda intensiva sobre América. Cuando le enfrenté con su situación personal, rechazó todas mis proposiciones con un orgullo salvaje; él no pedía limosna, se le debía el sueldo de tres meses y no tenía por qué aceptar mi caridad ni la de nadie. Si se moría de hambre, mejor, sería una prueba clara de sabotaje oficial. Al final Ilsa le cogió por su cuenta, y acabó sentándose a mi lado en nuestro comedor improvisado, donde los periodistas y los visitantes ocasionales comían juntamente con los censores, los ciclistas y los ordenanzas.

Puede ser que la coincidencia de indignación encendida, incansable y voceada a gritos, de las cosas tal como eran, con mis propios pensamientos, nos convirtiera en amigos.

Aprendí de Armando no sólo todas las posibilidades, sin explotar aún, de la estación EAQ, sino también la necesidad de una dirección y de una censura de las emisiones. Había ya ocurrido —y ahora me daba cuenta de cómo— que periodistas a quienes se había impedido enviar una noticia, porque estaba prohibido por las autoridades militares, habían protestado violentamente y habían probado que la misma información se había radiado al mundo entero.

Entre los visitantes regulares a la oficina había un periodista español, a quien llamaré Ramón; estaba agregado al cuartel general de Miaja, que le utilizaba como una especie de secretario privado y agente de publicidad. Expliqué a Ramón todo este desbarajuste de la radio y él comprendió inmediatamente que yo entendía debía intervenir el general, pero que no sabía cómo enfrentarme con él. Dos días más tarde me llamó Miaja:

—Bueno, tú, ¿qué historia es ésa de la radio que me cuenta éste? Vosotros estáis siempre tratando de que os saque de vuestros líos y un día os voy a meter a todos en un calabozo.

Ramón me guiñó un ojo. Después de mi explicación simple y directa, el general limpió sus gafas cuidadosamente y llamó a su ayudante:

—Tú, hazle a Barea uno de esos papeluchos. Desde hoy se hace cargo de la censura de la radio. Y sabes, muchacho, ¡te la has cargado por tonto!

Comencé a hablarle de la propaganda extranjera, de la estación EAQ y de las posibilidades que había en ello. Miaja me cortó en seco y Ramón sacó dos botellas de cerveza de la alcoba. La cuestión se había terminado. Sin embargo, unos pocos días más tarde me llamó de nuevo. Miaja me alargó un «papel» con su firma, nombrándome su delegado en la estación EAQ con plenos poderes.

Mi tarea más inmediata era encontrar qué departamento oficial debía pagar a los locutores. Llamé al delegado del Gobierno —sobre

quien me encontraba ahora más elevado—, y le pedí que me rindiera cuentas de su administración. Nunca volvió a aparecer por mi despacho. El Comité Obrero me había llevado un paquete de cartas de simpatizantes de ultramar en las que se incluían pequeñas donaciones y cuyo dinero había desaparecido. Esto era una cuestión policíaca, y puse en sus manos los documentos y las noticias que tenía del delegado. Pero la policía no estaba ya en manos de mis amigos anarquistas: Pedro Orobón había sido matado por un casco de *shrapnel*, y la jefatura tolerante, humana y justa de su amigo Manuel había sido reemplazada por un nuevo sistema, mucho más impersonal y mucho más político, bajo un joven comunista.

Seguía sin saber qué ministerio tenía que pagar a los locutores y el reemplazo de algunas lámparas especiales que la estación necesitaba urgentemente. Rubio Hidalgo, a quien planteé la cuestión en una de nuestras esporádicas conferencias telefónicas, me hizo ver perfectamente claro que no le parecía bien que me hubiera mezclado en algo fuera de la órbita de la oficina. Las emisiones de radio eran una cuestión del Ministerio de Propaganda que tenía un delegado en Madrid, don José Carreño España. Le mandé una comunicación a don José y no recibí contestación alguna.

En vista de esto, convoqué una especie de consejo de guerra entre el interventor del Estado, el Comité Obrero y los dos locutores. Les dije que no había resuelto aún la cuestión financiera. Yo creía en la importancia de su trabajo. Si ellos no querían seguir radiando, en vista de las dificultades y del desamparo oficial, nada tenía que decir. Pero si estaban dispuestos a seguir hasta que yo encontrara una fórmula —y estaba seguro de encontrarla—, yo haría todo lo que pudiera. Los locutores podían comer en nuestra cantina —ya que el problema de la comida, sin ello, les sería insoluble—, y les ayudaría en los programas. Ilsa encontraría amigos en las Brigadas Internacionales para hablar en idiomas extranjeros.

Aunque absolutamente escépticos, acordaron seguir trabajando. Estaban demasiado enamorados de su estación para abandonarla.

Y entonces, por pura casualidad, resolví el problema del pago de los locutores: Carreño España y yo nos encontramos un día, inesperadamente, en el despacho del general Miaja, y el general nos presentó el uno al otro. Cogí la ocasión por los pelos:

—Me alegro mucho de saber que al fin y al cabo es usted una persona real.

—¿Qué quieres decir con eso? —gruñó Miaja. Don José preguntó lo mismo en muy repulidas palabras.

—Porque cuando se le escriben a usted comunicaciones oficiales, no se digna ni contestar.

Salió a relucir toda la historia y los tres acordamos que todo había sido un error de la oficina. El delegado en Madrid del Ministerio de Propaganda declaró pomposamente que serían honrados todos los compromisos contraídos, y yo me encontré satisfecho y con un nuevo «amigo» en los círculos oficiales.

Durante aquellas semanas el frente de Madrid carecía de interés militar. Hemingway tenía que encontrar material para sus artículos recurriendo a investigar las reacciones de sus amigos en el mundo de los toreros y manteniéndose en contacto con la colonia rusa del hotel Gaylord. Cuando charlábamos en el patio del ministerio rodeados de las académicas esculturas, que le proporcionaban material inagotable para sus chistes, podía apreciar qué cerca estaba de entender las bromas de doble sentido en el idioma castellano, y qué lejos —a pesar de su innegable deseo de lograrlo— de conseguir hablar con nosotros de hombre a hombre. Delmer (que estaba profundamente disgustado con nosotros porque no habíamos conseguido, ni de Valencia ni de Carreño España, que se le autorizara a usar su cámara fotográfica) y Herbert Matthews se marcharon de visita al frente de Aragón y volvieron asqueados del sector que cubrían las unidades del POUM. Muchos de

los corresponsales continuaban en Madrid, porque en su opinión más tarde o más temprano iba a pasar algo. Pero lo que pasó fue que se hundió el frente del norte.

Nos habíamos vuelto egocéntricos en Madrid: pensábamos que la retaguardia —«la retaguardia podrida»— de Valencia y Barcelona pertenecía a otro mundo que ni aun nos molestábamos en tratar de entender. Pero Bilbao estaba luchando, Asturias estaba luchando, y éstos sí nos parecía que eran como iguales a nosotros. Y Bilbao cayó.

La primera noticia la tuve a través de los periodistas, cuyos editores en París y Londres les pedían información sobre las reacciones de Madrid a las noticias que se acababan de radiar por el otro lado. No sabíamos nada oficialmente. Había rumores, sí, pero teníamos orden estricta de no publicar nada con excepción de los comunicados oficiales; hasta ahora ninguno de ellos hablaba de la caída de Bilbao, sino al contrario, de su victoriosa defensa. Éste era el último comunicado que teníamos aquel mismo día, aunque esto fuera humillante y estúpido. Me fui a ver a Miaja y le expuse mi opinión de que aquel comunicado no podía darse y que en la emisión de la noche a América teníamos que enfrentarnos con el hecho de la caída de Bilbao y no contar una victoria que nos ponía en ridículo; y si no decíamos nada, el silencio sería aún peor, y dañaría muchísimo más la categoría moral en que se nos tenía que la caída de Bilbao en sí misma. Miaja estaba de acuerdo conmigo, pero se negaba a tomar una decisión. Las órdenes tenían que venir de Valencia, él no podía asumir la responsabilidad; y además él no sabía cómo dar la noticia porque él no podía dar un parte oficial. Le propuse que me dejara escribir una charla sobre el tema y someterla a su aprobación antes de radiarla.

—No sé cómo diablos te las vas a arreglar para que no nos perjudique —dijo Miaja—, pero escribe lo que quieras. Siempre tengo tiempo de romperlo y dejar a Valencia que se las arregle como pueda.

Escribí una charla. Como vehículo de la noticia, la hice como dirigida a un famoso capitán de barco inglés que había roto el bloqueo de Bilbao para llevar socorros a la ciudad y que todo el mundo conocía como Potato Jones. Le contaba que Bilbao había caído, le explicaba lo que esto significaba para España, nuestra España, y lo que significaría cuando la reconquistáramos; le contaba que nosotros estábamos luchando y que no nos quedaba tiempo para llorar por Bilbao. Miaja leyó aquello, dio un puñetazo en la mesa y me ordenó que radiara la charla. Llamó al editor del único periódico que se publicaba en Madrid al día siguiente, por ser lunes, y le ordenó que imprimiera el texto. Y así, de esta forma, fue como Madrid se enteró de la caída de Bilbao.

Fue la primera vez que hablé por un micrófono. En el cuartito estrecho que se había convertido en estudio se apiñaba el personal de la estación y la guardia del edificio, y pude ver que los había emocionado. Yo mismo tenía un nudo en mi garganta y el sentimiento de que se había confiado en mis manos una fuerza inmensa. Dije al Comité Obrero que cada día daría una charla después de las noticias para América Latina a las dos y cuarto de la noche. El locutor me había anunciado como introducción a la charla como Una Voz Incógnita de Madrid y esto es lo que quería seguir siendo; aquél sería mi nombre en la radio.

Tenía ahora el día lleno con doble trabajo, ya que tenía que consultar todo lo que se daba en Madrid por la radio. Hacía el trabajo mecánicamente, escuchando siempre las explosiones de las granadas. Cuando arreciaba y se aproximaba el bombardeo, bajaba a las bóvedas de la biblioteca y escribía allí. Los nuevos periodistas que iban y venían constantemente, apenas se convertían para mí en personas reales. Sin embargo, recuerdo al joven danés Vindin.

Llegó a Madrid lleno de proyectos, haciendo chistes sobre su propio padre, un periodista también, que había huido de Madrid durante los bombardeos aéreos de noviembre; él no tenía miedo a las bombas. Se

me presentó una mañana temprano, tembloroso y mentalmente destruido, después de haber visto a un muchachito ser destrozado por un obús en la Gran Vía. Quería un refugio seguro, quería volver a Valencia inmediatamente... Le conté mi experiencia, para darle ánimo con un sentido de camaradería en nuestra desgracia y conseguí calmarle. Pero el hombre no estaba de suerte. Aquella tarde se lo llevaron algunos periodistas a recorrer Madrid, con el único resultado de verse metido en el centro de una disputa a tiros, en un famoso bar de Madrid; y al huir de ello, poner los pies en la calle en el preciso momento en que uno de los coches fantasmas de la quinta columna pasaba con un tableteo de ametralladoras. Tuve que devolverle a toda prisa a Valencia.

Recuerdo también al comunista alemán George Gordon, martirizado e inutilizado en cuerpo y espíritu por los nazis; trabajaba en la agencia España y pronto comenzó a exigir gente con una disciplina política más estricta que nos sustituyeran a Ilsa y a mí; la razón era que nos negábamos a concederle privilegios de prioridad en las noticias y no escuchábamos sus consejos de cómo debíamos tratar a los periodistas de «la prensa burguesa». Yo le encontraba un tipo pegajoso, con una lengua viperina, una mirada huidiza, movimientos amanerados y carencia de interés o calor humano. No le concedí mucha importancia, pero en esto me equivoqué. De todas formas, cada día me apartaba más de él y del círculo de obreros extranjeros pertenecientes al Partido que se agrupaban a su alrededor, y me inclinaba más y más a la compañía de gentes que sabía eran genuinas.

Torres, el muchacho impresor que había fundado conmigo el Comité del Frente Popular en el ministerio, recurrió a nosotros con sus dificultades. Le habían hecho secretario de la célula comunista, pero él sabía su ignorancia y su incapacidad y por ello venía a Ilsa a que le resolviera sus problemas. Ilsa, después de recordarle que ella no pertenecía al Partido y que además no era persona grata para él, comenzaba a explicarle lo que en su opinión debería hacer y cuál debía

ser la línea del Partido. A Torres nunca le pareció extraño ser guiado por ella, en tanto que esta ayuda facilitaba su trabajo, y nunca admitió que estaba obrando en contra de la disciplina del Partido. Pero a mí me vino con otros problemas:

Estaba casado. Él no tenía el coraje de romper su matrimonio como yo lo había hecho, aunque era infeliz y estaba enamorado de otra mujer. Yo le daba envidia. Quería hablar conmigo de estos grandes problemas de la relación entre hombres y mujeres. Venía a contarme también sus miedos de los miembros de la quinta columna que él creía existían entre los empleados del ministerio. Tuve que llevarle la contraria. En el edificio no había quedado nada que fuera de interés para el enemigo, y las gentes de quien él sospechaba eran un puñado de viejos empleados llenos de miedo, sirvientes fieles de la vieja casta, tales como el portero mayor Faustino, que me honraba con su reverencia mejor y con una mirada llena de bilis pero era incapaz de tomar parte activa, y menos tan peligrosa, en la contienda. Un día Torres llegó muy excitado y estalló:

—Eh, para que te fíes y hables tanto de los viejos chupatintas llenos de miedo... En San Francisco el Grande, los guardias de asalto han cogido a uno que estaba mandando mensajes por heliógrafo a los rebeldes en la Casa de Campo, dando tironcitos a la cuerda de una persiana y diciéndoles los movimientos de nuestras fuerzas. ¡Y si vieras al tipo! Un murciélago asustado lleno de verrugas. Y, ¿sabes?, lo peor de todo es que el tesoro de arte de San Francisco está bajo nuestra custodia —yo soy uno de los del Comité de Control—, y habíamos creído que podíamos confiar, como tú dices, en estos viejos beatos que toda su vida se la han pasado mirando y cuidando de ello. No, no podemos confiarnos en nadie que no sea de los nuestros.

Me dio la lata para que fuera con él y viera los tesoros de artesanía del viejo monasterio que desde hacía medio siglo era un monumento nacional. Era su responsabilidad ante el pueblo, y esta responsabilidad y el sentimiento de que era algo suyo pesaba sobre él. Pero su problema

inmediato era saber qué pensaba yo de ello. ¿Era verdad que aquello era arte?

Había comenzado a salir de nuevo a la calle, amaestrándome en el arte de comportarme como los demás. Por la noche tenía que hablar al mundo exterior como La Voz de Madrid, y para ello tenía que ser uno de tantos en Madrid. Con Ilsa, me quedaba grandes ratos en la taberna de Serafín escuchando sus historias del barrio. Me llevó a la cueva del prestamista, donde él y sus amigos y familia dormían en los anaqueles enormes y vacíos donde en tiempos se acumulaban los colchones empeñados, para dormir sin miedo a las granadas. Había hecho un agujero a la cueva de la tienda vecina que estaba vacía y aquello era el dormitorio de las mujeres, que dormían en catres de tijera. Serafín tenía un chichón en la frente que nunca disminuía de tamaño ni de color y que era la fuente de bromas inagotables: cada vez que en sueños brincaba por una explosión en la calle, se golpeaba con la cabeza contra el anaquel, y cada vez que saltaba de su cama para ir a la calle a ayudar en las ruinas dejadas por una bomba, se daba un segundo trastazo. Su miedo y su valentía, juntos, le mantenían el chichón floreciente.

Conté esta historia en la radio, igual que conté la historia de los barrenderos que al salir el sol lavaban las manchas de sangre; la de los conductores de tranvías que hacían sonar sus campanas nerviosamente pero seguían entre las bombas; la de la muchacha del cuadro de la Telefónica llorando de miedo hasta que sus narices y sus ojos eran morcillas, pero manteniéndose en su sitio mientras los cristales de las ventanas saltaban a su alrededor en pedazos por las explosiones; la de las viejas mujerucas, sentadas, cosiendo a la puerta de sus casas en un pueblo del frente donde me había llevado Pietro Nenni en su coche; la de los chiquillos peleándose por recoger las espoletas aún ardiendo en la calleja detrás del ministerio y jugándoselas después con una baraja diminuta. Creía y creo que todas aquellas historias que yo conté al final de cada día, eran historias de un pueblo viviendo en aquella mezcla de

miedo y valor que llenaba las calles y las trincheras de Madrid. Compartía todos sus miedos, y su valor me servía de alivio. Tenía que vocearlo.

Para que pudiera ir cada noche a la estación de radio, Miaja había puesto a la disposición mía y de Ilsa un coche —uno de los pequeños Balillas incautados en Guadalajara— y un chófer. Después de la una, cuando la censura estaba ya cerrada, nos recogía y nos llevaba a través de calles estrechas donde los centinelas nos pedían santo y seña. La estación estaba en la calle de Alcalá, en el edificio del Fénix, en el que los pisos más altos tenían estudios modernos y bien equipados. Pero los bombardeos habían hecho estas habitaciones inhabitables, y las oficinas y el estudio se habían instalado en los sótanos como Dios había dado a entender:

Se bajaba una escalera estrecha de cemento y se encontraba uno en un pasillo sucio y estrecho, húmedo y empapado de olor de un retrete sin puerta que allí había, con sus cañerías goteando y su cisterna siempre estropeada, los baldosines blancos rotos, y los sanos, llenos de dibujos obscenos. A lo largo del corredor se abrían celdas que en tiempos eran cuartos trasteros de los pisos o depósitos de carbón; cada uno de ellos tenía una reja que se abría al nivel de la acera en la calle de Alcalá. Uno de estos cuartos trasteros se había limpiado y convertido en oficina y el siguiente en estudio, por el simple medio de colgar en las paredes mantas del ejército para aislarlo de los ruidos. Contenía una mesa doble para discos de gramófono, un cuadro de interruptores y un micrófono colgado de cuerdas.

El cuarto convertido en oficina tenía media docena de sillas y dos grandes pupitres de escritorio, viejos y llenos de manchones de tinta e inscripciones a punta de raspador. En medio de la habitación, una estufa redonda de hierro ardía constantemente, aun en pleno verano, porque los sótanos chorreaban humedad. En el resto de los sótanos dormían el portero y su familia, los electricistas, unos cuantos empleados de la

compañía Transradio, los milicianos, dos guardias de asalto que constituían la guardia del edificio y una caterva de chiquillos que nadie sabía de dónde habían salido. Los sótanos estaban llenos de vapor de agua, coloreado y espeso con el humo de los cigarrillos. El pasillo, los cuartuchos vacíos y los llenos, todo estaba atiborrado de jergones rellenos de paja de esparto. A veces todo se llenaba de huéspedes desconocidos. Y todos hablaban, chillaban, ahogando los lloros de los chicos y los gritos de sus juegos. Las paredes de cemento estaban en una vibración constante. A veces era necesario cortar la transmisión un momento y mandar a alguien dando gritos a través del corredor, para que, a fuerza de gritar, impusiera silencio.

En el fondo del pasillo se abría un agujero semejante a la boca de un pozo, con una escalera de caracol que llevaba a una caverna más honda, de diez pies cuadrados, construida en cemento macizo; allí era donde mi amigo, el interventor, tenía su oficina. Bajo la pantalla de cristal verde que cubría su lámpara, aparecía como un fantasma cadavérico, con su armazón esquelética y sus ropas grandes y colgantes; y el silencio repentino y que existía detrás de las gruesas paredes y de la tierra honda en la que estaban embebidas, le hacían a uno sentirse como si hubiera penetrado en una tumba. Allí me sentaba con el secretario del Comité Obrero, un hombre flaco de La Mancha con los huesos de los pómulos puntiagudos y ojillos diminutos, y planeábamos nuestros programas. Primero leíamos las cartas dirigidas a La Voz de Madrid. Llegó una de un viejo minero español, emigrante en los Estados Unidos. Decía —y creo que recuerdo exactamente las palabras de esta carta tan simple y tan cruda—: «Cuando tenía trece años bajé a la mina a picar carbón en Peñarroya. Ahora soy sesenta y tres años viejo, y aquí estoy, picando carbón en Pensilvania. Lo siento que no puedo escribir como los señores, pero en mi pueblo, al marqués y al cura no les gustaba mucho que fuéramos a la escuela. Decía: ¡A trabajar, vagos! Dios os bendiga a

vosotros que estáis luchando por una vida mejor y Él maldiga a todos los que no quieren dejar vivir al pueblo».

Mientras leía mi charla nocturna, la población entera del sótano se amontonaba en el estudio de las mantas. Los hombres parecían sentir que ellos tenían una parte en lo que yo decía, porque hablaba su mismo lenguaje, y cuando acababa se volvían críticos rigurosos de mi charla. El ingeniero que estaba en la estación emisora, controlando el volumen, se sentía obligado a llamar al teléfono y decirme en crudas palabras si le había revuelto las tripas de emoción o de rabia, porque no me había atrevido a decir la verdad. Los más simples entre todos tenían una predilección por denuncias bíblicas de los poderes satánicos del enemigo; muchos sufrían la fascinación de los trozos más crudos de realismo que me atrevía a lanzar por el micrófono, y que ellos nunca creían se podían decir en alta voz. Los escribientes encontraban mi estilo crudo y desprovisto de florilegios del lenguaje, asombrándoles que pudiera hilvanar cada oración, fácilmente, sin titubeos intelectuales. Y la verdad es que yo no tenía método ni teoría: trataba simplemente de expresar lo que sentía y lo que otros sentían, en el lenguaje que a mí me parecía más claro, y, a través de ello, obligar a las gentes de nuestros países hermanos a ver bajo la superficie de nuestra lucha.

El hombre cuyas reacciones eran la mejor guía para mí era el sargento al mando de la guardia del ministerio. Se había entregado a mí completamente, con la lealtad ciega de un viejo mayordomo, siguiendo las órdenes de su antecesor, el sargento que se había solidarizado conmigo el 7 de noviembre. Convencido de que yo era un hombre condenado por la quinta columna, se negaba a perderme de vista en cuanto oscurecía y me acompañaba cada noche a la estación de radio, con su pistola montada, lleno de orgullo silencioso e infantil. En el estudio se sentaba en el rincón más próximo al micrófono, mirando amenazador a los demás y muy sensible a las miradas de ellos. Tenía una cara plana y llena de arrugas, como esculpida en una losa

carcomida de vientos, y sus ojos eran color de agua. Después de unas semanas de escucharme, un día entró en mi cuarto, se atragantó, se le llenaron los ojos de agua y me alargó un puñado de papeles: allí había escrito él todas las cosas malas que había hecho en su larga vida de guardia civil. Quería que yo lo leyera y que lo convirtiera en una charla y que se lo contara al mundo, como una penitencia para que él pudiera quedarse en paz. Su carácter de letra era idéntico al del viejo minero que me había escrito desde Pensilvania.

El nuevo Gobierno de la República, bajo la presidencia del doctor Negrín, llevaba ya algún tiempo en el poder. El propio Negrín había hecho un discurso por radio, sobrio y serio, como todos los que había de pronunciar después. Se corrían rumores de que Indalecio Prieto había hecho una limpieza a fondo y había reorganizado el Estado Mayor. Se había estrechado la disciplina en el ejército, se había reducido el carácter político de sus unidades y se había restringido el papel de los comisarios políticos. Había movimientos de tropas en los sectores al oeste de Madrid, por las carreteras de la costa llegaba un chorro constante de material de guerra, se veían muchos más aviones volando sobre la ciudad y los corresponsales de guerra comenzaban a llegar de Valencia. Me llamaron del cuartel general y me dieron órdenes estrictas:

Prieto estaba en Madrid, pero había que mantenerlo en secreto. Tan pronto como comenzaran las operaciones, la censura no dejaría pasar más informaciones sobre la guerra que el comunicado oficial. Todos los telegramas o radios privados o diplomáticos se retendrían varios días sin cursar. A los corresponsales no se les permitiría ir al frente.

Las operaciones comenzaron en el calor tórrido de julio. Entraron en acción las brigadas de Líster, el Campesino e Internacionales. Se había entablado la batalla por Brunete. El ataque republicano, soportado, por primera vez, por fuerzas aéreas, avanzó en el oeste de Madrid en un intento de cortar las líneas enemigas, flanquearlas y forzar la

evacuación de sus posiciones en la Ciudad Universitaria. Todo parecía iniciarse bien, pero de pronto la ofensiva se paralizó. A pesar del notable mejoramiento técnico, nuestras fuerzas eran demasiado débiles para poder seguir aumentando su presión sobre el enemigo antes de que éste recibiera refuerzos. Después de un avance victorioso, vino una derrota: Brunete y Quijorna, tomados con grandes sacrificios, se perdieron de nuevo, y en el proceso quedaron completamente arrasados.

Torres y yo gateamos la escalera retorcida y llena de telarañas que llevaba a la cima de la torre oeste del ministerio. Desde los tragaluces nos asomamos al panorama de tejados y al campo de batalla. Allá, a lo lejos en la llanura, muy lejos para ver con nuestros ojos detalle alguno, todo era una masa de humo y polvo, desgarrada por relámpagos; y de esa base oscura se elevaba al cielo una enorme columna de humo. La nube de guerra se bamboleaba y estremecía, y mis pulmones vibraban a compás de la vibración ininterrumpida del cielo y de la tierra. Un polvillo fino se desprendía de las viejas vigas de la torre y se quedaba bailoteando en el rayo de sol que entraba por el tragaluz. A nuestros pies, en la plaza de Santa Cruz, las gentes pasaban marchando a sus asuntos, y en el tejado de enfrente un gato blanco y negro surgió de detrás de una chimenea, se quedó mirándonos, se sentó y comenzó a lamerse sus patas y lavarse sus orejas.

Estaba tratando de contener el ansia de vómito que me subía del estómago a la boca. Allí, bajo aquella nube apocalíptica, estaba Brunete. En mi imaginación reveía el pueblo pardo, con sus casas de adobe enjalbegadas, su laguna sucia y fangosa, sus campos desolados de terrones secos, blanqueados de sol, duros como piedras, el sol implacable cayendo sobre las eras, el polvillo de la paja triturada agarrándose a mi garganta con sus finas agujas. Me reveía como un muchacho andando a lo largo de su calle única, la calle de Madrid, entre el tío José y sus hermanos, él en su traje de alpaca y ellos en sus pantalones de pana crujientes, todos ellos llevando consigo su olor de

tierra seca y de sudor secado por el sol y el polvo. A pesar de sus muchos años en la ciudad, el tío José tenía la piel y el olor de un campesino de Castilla la seca.

Allí, detrás de aquella nube negra, llena de relámpagos, Brunete estaba siendo asesinado por los tanques llenos de ruidos de hierros, por las bombas llenas de gritos delirantes. Sus casitas de adobe se convertían en polvo, el cieno de su laguna salpicaba todo, sus tierras secas sufrían el arado de las bombas y la simiente de la sangre. Todo esto me parecía un símbolo de nuestra guerra: el pueblo perdido haciendo historia con su destrucción, bajo el choque de los que mantienen todos los Brunetes de mi patria áridos, secos, polvorientos y miserables como siempre han sido, y de los otros que sueñan con transformar los pueblos grises de Castilla, de España toda, en hogares de hombres libres, limpios y alegres. Para mí era también un punto personal: la tierra de Brunete contiene algunas de las raíces de mi sangre y de mi rebelión. Su herencia seca y dura ha batallado siempre dentro de mí contra el calor alegre que he recibido como herencia en la otra rama de mi sangre, del otro pueblo de mi niñez, Méntrida, con sus viñas, sus cerros verdes, sus arroyos lentos y cristalinos en la sombra de las alamedas; Méntrida, una mota más allá de la llanura, lejos de la nube siniestra, pero prisionera ya de los hombres que estaban convirtiendo los campos de España en ruinas yermas.

En las noches, un día tras otro, gritaba en el micrófono lo que sentía en aquella torre que daba al frente.

Los periodistas, tan cercanos al foco de la guerra e imposibilitados sin embargo de informar sobre la batalla, estaban furiosos y persistentes. Mandaban los comunicados del ejército y la aviación, pero se enfadaban conmigo y yo me enfadaba con ellos, porque cumplía las órdenes que me daban y no les dejaba decir más. Al principio de la ofensiva, las preocupaciones eran claramente necesarias. Los radiotelegramas que el interventor puso sobre mi mesa, y los cuales se

retrasaron cuatro días, contenían muchos mensajes que eran altamente sospechosos. El agente alemán Félix Schleyer, administrador aún de la embajada noruega, había enviado una oleada de telegramas privados: una cantidad increíble de gentes con dirección diplomática impecable sufrían desgracias de familia. Pero una vez que las operaciones estaban en pleno desarrollo, yo veía que era en nuestro propio interés el dejar a los periodistas en libertad de mandar sus propias informaciones y visitar el frente. Fui a ver a Indalecio Prieto al Ministerio de la Guerra y después de una acalorada discusión obtuve una mayor amplitud de las reglas.

Sin embargo, mis relaciones con los periodistas habían sufrido por nuestra irritación mutua y seguían sufriendo. Notaban que los permisos, que antes se despachaban rápidamente, ahora se concedían con una lentitud exasperante, sin que ellos tuvieran idea, ni yo pudiera contarles, de la batalla constante entre nuestra oficina y la vieja burocracia que renacía. Para ellos, la causa de sus dificultades radicaba en mí y yo no trataba ni de explicarles la situación ni de calmarlos, aunque sabía que se habían quejado directamente a Prieto y a la oficina de Valencia, y que las gentes de Valencia estaban muy contentas de ello, George Gordon regresó de su viaje a Valencia hinchado de importancia política, y me obligó a pararle los pies de una manera más que ruda. Rubio Hidalgo apareció por medio día; insistió en que el contrato temporal con la muchacha canadiense no debía prolongarse, porque había dejado cursar un despacho donde se le llamaba a Prieto, el ministro, *roly—poly*, «gordin—flón», lo cual en su opinión era contrario a la dignidad nacional; expuso un plan para establecer a un periodista español —conocido sobre todo por su feudo con el corresponsal del Times— como director de la propaganda en Madrid por prensa y radio. Me encontró más refractario que nunca a estas combinaciones y acabó nuestra conferencia peor aún, cuando se permitió hacer observaciones

sobre la mala impresión que causaban mi divorcio y mis relaciones con Ilsa.

Era evidente que más de una campaña, de tipo político y personal, se había puesto en marcha. Estaba demasiado agotado para preocuparme de ello, o, tal vez, secretamente me alegraba.

Cuando se terminó la ofensiva, mi divorcio llegó a su fase final y, terminado el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, con sus intelectuales exhibiéndose presuntuosos en el escenario de Madrid en lucha y dedicándose a discutir allí el comportamiento político de André Gide, me sumergí en una especie de estupor.

María venía aún una vez por semana con súplicas y con amenazas, hasta lograr llevarme a un estado de rabia y disgusto en que rompía brutalmente con ella. No volvió, pero durante un tiempo escribió cartas anónimas a Ilsa y a mí. La madre de Aurelia, que reconocía la parte que había tenido su hija en la destrucción de nuestro matrimonio, tomó la costumbre de visitarnos a los dos regularmente. Cuando vino la primera vez, los empleados del ministerio observaban tras las puertas entreabiertas para no perder el escándalo que sin duda iba a armar, y cuando se encontraron con que la buena mujer formaba una amistad con su ex hijo político y su futura esposa, tuvieron un choque más intenso, porque aquello era aún más revolucionario y emocionante. El censor de la cara caballuna no cesaba de repetirme: «Esto sigue siendo más que nunca como una novela extranjera. Nunca hubiera pensado que gentes españolas podían obrar así». Los escuchaba a todos y, con excepción de preparar mis charlas de radio, ni les contestaba ni hacía nada.

Por aquel tiempo, gentes que no tenían conmigo más que un contacto superficial comenzaron a darme consejos sobre mi error en tratar de casarme con una extranjera en lugar de seguirla teniendo como mi querida. En tanto que habían creído que un español había «conquistado» a una mujer extranjera, sus sentimientos masculinos se habían sentido halagados, pero ahora se alarmaban porque se escapaba

de su código y creían que iba a cometer una inmoralidad. Coincidían con las insinuaciones de Rubio y me llenaban de repugnancia, una excusa adicional para desdeñar los rumores que llegaban a mí sobre mi debilidad creciente, mis ataques de furia y mi salud insegura. Aquellos rumores casi me halagaban, y los favorecía. Sólo cuando veía el disgusto de Ilsa y su preocupación, y cuando Torres, o el viejo sargento, o Agustín, o Ángel, o los viejos amigos de la taberna de Serafín me mostraban su fe en mí, conseguía el impulso necesario para obrar en contra espasmódicamente.

Mientras estaba aún en las angustias de esta crisis, Constancia de la Mora vino en su primera visita a Madrid. Yo sabía que, virtualmente, se había apoderado del control del Departamento de Censura de Valencia y que Rubio no era de su agrado; que era una organizadora eficiente, muy la aristócrata que se había unido a la izquierda por su propia voluntad y que había mejorado muchísimo las relaciones entre la oficina de Valencia y la prensa. Sabía que estaba respaldada por el Partido Comunista y que tenía que haber encontrado irritante que nosotros, en Madrid, obráramos invariablemente como si fuéramos independientes de la autoridad de ellos, o de ella. Buena moza, llena de carnes, con grandes ojos negros; con los modales imperiosos de una matriarca, con la simplicidad de pensamientos de una pensionista de convento y la arrogancia de una nieta de Antonio Maura, inevitablemente tenía que chocar conmigo, como yo con ella. Sin embargo, cuando nos aconsejó, a Ilsa y a mí, que nos tomáramos unas largas vacaciones que bien nos habíamos merecido, estaba dispuesto a creer en sus buenas intenciones. Verdaderamente tenía que descansar y dormir; y por otra parte quería saber qué era lo que las gentes de Valencia querían hacer con nosotros.

Ilsa era pesimista. Había desarrollado la teoría de que nosotros nos habíamos convertido en meros supervivientes de los días iniciales de la revolución, ya que habíamos fracasado en adaptarnos nosotros mismos

a los cambios sufridos por la administración. No estaba dispuesta —menos que yo aún— a entregar su independencia de juicio y sus maneras antiburocráticas, pero había comenzado a creer que para nosotros ya no había sitio y que habíamos ido más allá de nuestra posición. Ella sabía que yo había hecho llegar a conocimiento de los poderes que fueran mi insubordinación, mi impaciencia y mi desesperación, mientras ella había sobrepasado la acogida y el uso que de ella habían hecho como una extranjera, sin partido que la respaldara. Rechacé sus aprensiones, no porque las creyera infundadas, sino porque me tenía sin cuidado que fueran ciertas.

El general Miaja me pidió que nombrara un censor de la radio que se hiciera responsable durante nuestra ausencia; me dio una autorización para usar el coche y el chófer durante nuestras vacaciones como «la única ventaja que vas a sacar por meterte en líos» y nos dio salvoconductos de libre circulación.

El camino a Valencia no era ya más la carretera directa a través del puente de Arganda que habíamos recorrido en enero. Teníamos que ir dando un amplio rodeo a través de Alcalá de Henares, escalar rojos cerros pelados y alcanzar la carretera blanca y abrasadora después de horas sin fin. La mayor parte del tiempo fui dormido sobre un hombro de Ilsa. Una vez, nuestro coche se paró para dejar pasar una larga reata de mulas, burros y caballos, miserables, sarnosos, llenos de esparavanes. El polvo y las moscas se amontonaban en sus rozaduras abiertas y en sus úlceras; las agotadas bestias parecían llevar sobre sus lomos toda la maldad y todas las desgracias del mundo. Le pregunté al gitano que se arrimó a nuestro guardabarros, para apalearlas y no dejar que chocaran con el coche en su ceguera de fatiga:

—¿A dónde lleváis esta colección?

—¿Esto? Esto es carne para Madrid. Danos un pitillo, camarada.

En los cerros, el espliego estaba en flor —una neblina azul— y, cuando descendimos al valle, el arroyo estaba bordeado por macizos de

adelfas rosa y rojo. La hondonada de Valencia nos envolvió en un calor húmedo y pegajoso, en ruido y en olor de multitud.

Nos presentamos en la oficina de Rubio. Estuvo extremadamente cortés:

—Si nos hubieran dicho que llegaban esta tarde, hubiéramos preparado unas flores para recibirla, Ilsa... No, no vamos a discutir nada sobre el trabajo. Ustedes se marchan y se toman sus vacaciones... ¿Cuáles son sus señas? ¿Altea? Un sitio precioso, y no se preocupen de la oficina de Madrid. Ya nos cuidaremos de todo, ustedes ya han hecho lo suyo.

Después de dormir malamente en el cuarto asfixiante e infestado de mosquitos del hotel, nos escapamos a la calle en la mañana luminosa y caliente. La ciudad estaba alegre y abarrotada de gente. Dejé a Ilsa, mientras iba a ver a mis chicos y a acelerar los últimos trámites de mi divorcio con el juez local, lo cual significaba gastar un puñado de pesetas en engrasar las ruedas de la justicia y, también, que tenía que endurecerme ante el sentido de injusticia que sentía hacia los niños. Yo mismo me asombraba de encontrarme tan indiferente. Aurelia se había ido a la peluquería y me quedé a solas con ellos durante horas. Hubiera querido llevarme a la niña pequeña, pero sabía que no podíamos llegar a un acuerdo su madre y yo.

Cuando regresé a Valencia me encontré a Ilsa en el café donde habíamos quedado citados, hablando muy seria con el mismo agente de policía que la había detenido en enero. Era un hombre fuertote con una cara vivaz de arrugas profundas, que se encaró conmigo antes de que yo pudiera decir nada:

—Lo siento que te liaras con Ilsa, me hubiera gustado llegar el primero y probar mi suerte. Pero no importa; es precisamente porque me gusta que quiero contaros algo como un amigo.

Y nos contó con todo lujo de detalles, y de acuerdo con sus informaciones más o menos oficiales, que Rubio y Constancia no tenían

intenciones de dejarnos volver a nuestro puesto en Madrid. Constancia había ya nombrado a nuestro sucesor, una secretaria de la Liga de Intelectuales Antifascistas que había recomendado María Teresa León. «Sabéis, estas mujeres españolas detestan que una mujer extranjera adquiera influencia. Y por otra parte, las dos son miembros nuevos del Partido y llenas de entusiasmo.» Había contra nosotros muchas quejas y muchas denuncias. Ilsa, por ejemplo, había dejado pasar un artículo para un periódico socialista de Estocolmo en el cual se criticaba la eliminación del Gobierno de los miembros de los sindicatos socialistas y anarquistas, y esto se presentaba como una prueba de sus simpatías políticas contra el comunismo. Algunos de los comunistas alemanes que estaban trabajando en Madrid (y en seguida yo pensé en George Gordon) mantenían que era una trotskista, pero esta campaña había sido desmentida por los mismos rusos. El viejo enemigo de Ilsa, Leipen, estaba bombardeando a las autoridades con denuncias de ella, en las cuales aconsejaba que no se la dejara salir de España, porque conocía demasiada gente entre el socialismo internacional. Aurelia aprovechaba el ir cada mes a la oficina a cobrar mi paga, que yo había dejado íntegra para ella, para desatarse en incriminaciones y abusos. En total, lo mejor que podíamos hacer era poner en movimiento a todos nuestros amigos y marcharnos de Valencia cuanto antes, porque el estar en Valencia no era sano para nosotros.

Poco podíamos hacer en contra de esta información confidencial. ¿Qué podíamos probar en contra? ¿Cómo podíamos luchar contra esta acumulación de antipatías y odios personales, intrigas políticas, y las leyes inflexibles de la maquinaria del Estado durante una guerra civil? Nuestro amigo, Del Vayo, había dejado de ser ministro de Estado; su sucesor, un político de la izquierda republicana, poseído de su «importante papel», no sabía nada de nosotros; pedirle explicaciones a Rubio era infantil, y yo no estaba muy seguro de no explotar de mala manera. Sólo informamos a unos amigos que estaban en una posición

suficientemente alta para obrar en el caso de que desapareciéramos de la noche a la mañana. Lo único que podíamos hacer era tener calma por el momento y volver a Madrid a nuestro puesto, tan pronto como nos hubiéramos recuperado un poco.

Nos fuimos a Altea.

La carretera a lo largo de la costa roqueña de Levante —la Costa Brava— nos condujo a través de cerros llenos de terrazas labradas al pie de montañas yermas y azules; a través de pueblos con nombres sonoros —Gandía y Oliva, Denia y Calpe—; a través de gargantas y barrancos tapizados de hierbas aromáticas, en una sucesión de casas de labor blanqueadas con cal y rematadas por el rojo de sus tejas rizadas. En la primera viña paré el coche. El viejo guarda del campo vino a nosotros, miró la matrícula del coche y carraspeó:

—¿De Madrid, eh? ¿Cómo van las cosas por allí?

Le dio a Ilsa un racimo enorme de uvas verde—oro, unos tomates y unos pepinos. Pasamos a través de pueblecitos, rebotando sobre sus cantos de río, mirando las mujerucas en su luto eterno sentadas en sillas bajas de paja delante de las cortinas ondulantes que cerraban las puertas de las casas; figuras inmóviles, a su lado una caja de madera llena de barras de jabón verdoso que las gentes de allá fabricaban con los posos del prensado de la aceituna y sosa cáustica. En Madrid no había jabón.

A la caída de la tarde llegamos a la pequeña posada de Altea, puesta al lado de la carretera, con un portal amplio oliendo a limpio, grandes aparadores y armarios lustrosos de cera, sillas de paja trenzada y brisa fresca del mar libre a su espalda. Nuestra alcoba, chiquitita, estaba abierta a él y llena de su olor, mezclado con el olor del jardín y el de la tierra recién regada; pero fuera no se veía más que una neblina oscura, agua y aire juntos, un cielo negro espolvoreado de estrellas puesto encima, y una hilera de luces balanceándose suavemente en la oscuridad azul. Los hombres de Altea estaban pescando. Aquella noche dormí.

Altea es casi tan viejo como el cerro en que se asienta; ha sido fenicio, griego, romano, árabe y español. Sus casas con azoteas blancas, y paredes lisas traspasadas de agujeros que son ventanas, trepan cerro arriba en una espiral que sigue las huellas de las mulas y caballos con sus escalones de piedra ya roída y pulida por los siglos. La iglesia tiene una torre esbelta, que fue minarete de mezquita, y una media naranja de tejas azules. Las mujeres marchan desde sus casas silenciosas y oscuras, cuesta abajo, a la orilla del mar donde los hombres están remendando sus redes, y llevan en equilibrio sobre sus cabezas los cántaros de agua, unos cántaros de vientre pomposo, base estrecha y cuello grácil, viejas ánforas en forma, que los alfareros siguen reproduciendo sólo para Altea con la misma línea creada hace dos milenios. El viejo puerto mediterráneo no tiene hoy comercio, pero las velas latinas de los pescadores de Altea llegan aún a las costas de África en viajes de pesca y de contrabando. Alrededor del cerro crecen los olivos y los granados y en sus laderas de roca sobresalen las terrazas de tierra, subida allí a lomo de burro, en las que crecen vegetales. La carretera de la costa es nueva y a sus dos lados ha nacido un nuevo pueblo, más rico y menos apegado a la tierra que el viejo pueblo del cerro, orgulloso de su comisaría, sus tabernas y sus hoteles y los chalets de gente rica de otras ciudades. El pueblo en el cerro se ha quedado aislado y más solo, más solo que nunca. Después de todos los cambios sufridos a través de las edades, hoy se ha convertido en inmutable.

Sentía el choque de esta paz y esta inmutabilidad en la médula de mis huesos. Me hacía dormir por las noches y pensar reposadamente durante el día. Allí se ignoraba la guerra. Para lo único que la guerra servía allí era para aumentar el valor de las redadas de peces. ¿Política? Unos pocos jóvenes, completamente locos, se habían marchado voluntarios al principio, y si un día hubiera una movilización, sería una injusticia. Política y políticos eran siempre lo mismo, unos cuantos caciques y unos cuantos generales peleándose por ser los amos y cada

uno de ellos a chupar lo que pueda. Había en Altea partidarios de la derecha y de la izquierda, y al principio había habido unas cuantas peleas, pero ahora todos estaban en paz. Si los otros, los fascistas, venían, Altea seguiría viviendo exactamente como ahora que estaban los republicanos. Algunas veces, el viento llevaba al pueblo el ruido de los cañones navales o la sorda explosión de las bombas. Así, era mejor no salirse de las aguas del puerto cuando se iba de pesca o dejar el pescar para la noche de mañana. De todas maneras, el precio del pescado subía cada día.

A pocos kilómetros de Altea la guerra golpeaba la costa. En la cima del Peñón de Ifach —el «Pequeño Gibraltar»— había un puesto de observación naval en las mismas ruinas del viejo faro fenicio. Los hombres de las Brigadas Internacionales, mandados al hospital de Benisa para recuperarse de sus heridas y de su agotamiento, venían allí cada día en autobuses, para bañarse en una de las tres pequeñas ensenadas que había al pie de la roca, donde el agua no llegaba al cuello. Cuando no íbamos a la playa africana de Benidorm, con su fondo de montañas azules, sus palmeras y sus escarabajos peloteros que dejaban la huella de sus patitas en la arena, nos íbamos al Peñón de Ifach, a casa de Miguel, a quien yo llamaba el Pirata, porque era como uno de aquellos piratas libres y cínicos, héroes de cuentos.

Vendía vino y guisaba comidas en una choza, abierta a los cuatro vientos, que no consistía más que en grandes mesas de maderas de pino, bancos de lo mismo a lo largo de ellas y esteras de esparto colgadas de una armazón de palos, para proteger las mesas contra el sol. Decía que la idea de aquello la tenía de los bohíos de Cuba. Tenía los ojos azulgris, la mirada lejana y la piel dorada. Ya había dejado de ser joven, pero era fuerte, lleno de movimientos de gato. La primera vez que entramos en la sombra fresca del merendero, nos miró de arriba abajo. Después, como confiriéndonos un honor, sacó una jarra llena de vino, sudosa de frescor, y bebió con nosotros. Miró a Ilsa y de pronto le

ofreció un paquete de cigarrillos noruegos. Entonces los cigarrillos eran muy escasos.

—Tú eres extranjera —dijo—. Bueno. Ya veo que eres de los nuestros.

Lo afirmó así, simplemente. Después nos llevó a la cocina humosa y nos presentó a su mujer, joven, con ojos oscuros, y nos mostró al hijo en la cuna. Una chiquilla de cinco años, fuertota, nos seguía en silencio. La mujer continuó sentada al lado de la chimenea de campana, sin decir nada, mientras él explicaba:

—Mira, esta camarada ha venido de muy lejos para luchar con nosotros. Sabe muchas cosas. Más que yo. Ya te he dicho que las mujeres pueden saber también cosas y que nos hacen falta mujeres. Aquí tienes la prueba.

No le gustaba; miraba a Ilsa con una hostilidad quieta, y con asombro a la vez, como si fuera un monstruo extraño.

Salimos de la cocina, trajo otra jarra de vino y se sentó:

—Mira —dijo a Ilsa—, yo sé por qué has venido aquí. No lo puedo explicar. Tal vez tú puedes. Pero hay muchos como nosotros en el mundo. Cuando nos encontramos por primera vez, nos entendemos. Camaradas o hermanos. Creemos las mismas cosas. Yo hubiera sabido en qué crees tú aunque no hubieras hablado una palabra de español. —Bebió su vino con ceremonia—: ¡Salud!

—Miguel, ¿qué eres?

—Un socialista. Pero ¿importa eso algo?

—¿Crees que vamos a ganar esta guerra?

—Sí. Pero no ahora, seguramente. ¿Qué es la guerra? Habrá otras guerras, y al final ganaremos. Habrá un tiempo en que todos serán socialistas, pero muchos tendrán que morir antes.

Íbamos a verle cada vez que me sentía ahogado por la paz dormilona de Altea. Nunca me contó mucho de él mismo. Con su padre había sido pescador nocturno a lo largo de aquellas costas, en una

lancha con una linterna en la proa. Después se había ido a Nueva York. Había estado veinte años en el mar. Ahora se había casado, porque el hombre debe clavar sus raíces en la tierra alguna vez. Tenía lo que quería y sabía lo que estaba mal en el mundo. Yo era muy nervioso, debía sentarme al sol y pescar con una caña. Me prestó una él mismo. Aquel día cogí un pez, uno solo, de escamas plata y azul, y sin reírse le echó en un cubo lleno de peces vivos aún del mar, resplandecientes con todos los colores del arco iris. Él mismo nos iba a hacer la comida. Coció los peces hasta que el agua «les sacó su jugo». Y con aquel agua nos hizo un arroz, sin nada más que esto, el jugo del mar. Nada más. Nos lo comimos llenos de alegría, bebiendo juntos vino rojo.

—¿Aprendiste a guisarlo cuando eras pirata, Miguel?

—Ya no hay piratas —replicó.

Llegó el autobús cargado de hombres de las Brigadas Internacionales. Algunos tenían sus brazos o sus piernas en escayola, otros tenían cicatrices aún a medio cerrar que exponían al sol y al aire del mar, sentándose en la arena húmeda, bordeada de flores con blancura y sal y olor dulzón. A mediodía, cuando el aire temblaba bajo el sol, entraban en tropel bajo el entoldado y gritaban pidiendo vino y comida. Miguel los servía silencioso. Si tenía que poner orden, tenía siempre a mano un juramento en su propio idioma. A última hora de la tarde muchos estaban medio borrachos y discutían. Había un francés más ruidoso y provocativo que los demás, y Miguel le dijo que se marchara fuera, él y sus amigos. Los otros se marcharon, pero el francés se revolvió y echó mano al bolsillo de atrás del pantalón. Miguel se agachó, le cogió por la cintura y le tiró a través de una abertura de la cortina de esparto, como si hubiera sido un muñeco. Volvió a entrar una hora más tarde. Miguel le miró de través y le dijo en voz bajita:

—Márchate...

El hombre no volvió a aparecer. Pero sentados a una mesa había unos cuantos viajeros de paso que habían sido testigos de la escena.

Uno de ellos, una mujer con la cara de un loro, dijo tan pronto como se marchó el autobús:

—Ahora decidme a mí, ¿qué pintan estos extranjeros aquí? Se podían haber quedado en su casa y no venir aquí a chupar a cuenta nuestra.

Otra mujer que estaba sentada con ella replicó:

—¡Pero mujer! Nos ayudaron a salvar Madrid. Yo lo sé muy bien, porque estaba allí.

—Bueno, ¿y qué? —replicó la mujer hostil.

Miguel se volvió:

—Esos hombres han luchado. Están con nosotros. Usted no.

El marido de la mujer—loro preguntó precipitadamente:

—¿Cuánto le debo?

—Nada.

—Pero hemos tenido...

—Nada. ¡Fuera de aquí!

Se marcharon acoquinados. Comenzaron a llegar unos cuantos viejos de las casitas blancas de la playa de Calpe, como hacían todas las tardes. Se sentaron en taburetes a lo largo de las esteras colgadas, frente al mar, ahora que se había ido el sol. La punta encendida de sus cigarrillos trazaba signos cabalísticos en el aire oscuro.

—Esta guerra... y van a venir aquí también —murmuró uno.

Miguel, con la cara encendida por el resplandor de su cerilla y convertida en bronce pulido, preguntó:

—¿Y qué harías, abuelo?

—¿Qué puede hacer un hombre viejo como yo? Nada. Me haría tan pequeño que no me verían.

—Si realmente vienen, ¿qué puede uno hacer? —dijo otro—. Ellos vienen y se van, nosotros tenemos que quedarnos aquí... ¿Sabes? Miguel, hay gentes en Calpe que están esperando que lleguen los fascistas y tú estás en la lista negra.

—Ya lo sé.

—¿Qué vas a hacer si vienen? —pregunté yo.

Me cogió del brazo y me arrastró a un barracón detrás del entoldado. Había dos grandes barriles de petróleo:

—Si vienen —dijo Miguel—, nadie más será libre aquí. Yo meteré a la mujer y a los chicos en mi lancha y quemaré todo esto. Subiré a la roca y encenderé fuego donde dicen que hace siglos ardía, para decirles que huyan a todos mis hermanos de la costa. Pero un día volveré.

Enfrente de la cortina, ahora negra y llena de crujidos, la brasa de los cigarrillos era una cadena de chispas rojas. Fuera, en el mar, las linternas de los pescadores eran otra cadena de chispas blancas, ondulante. Estaba todo quieto. Saltó un pez al pie de la playa y la llenó de plata.

La próxima vez que fui a visitar a Rafael, recibí una carta certificada: Rubio Hidalgo me informaba oficialmente de que su departamento nos había concedido, a Ilsa y a mí, permiso ilimitado «para que nos recobráramos física y mentalmente», después de lo cual se nos confiaría trabajo útil en Valencia. Al mismo tiempo, como yo había cogido sin permiso del departamento de Madrid un coche para mis vacaciones, me serviría devolverlo inmediatamente a Valencia.

Le contesté mandando nuestra dimisión de todo trabajo con el Ministerio de Estado y participándole que volvíamos a Madrid al puesto que el general Miaja nos había confiado y del cual nos había dado el permiso de vacación. En cuanto al coche, era propiedad del Ministerio de la Guerra y nos había sido ofrecido, con su chófer, por el propio general Miaja, a quien se lo devolveríamos, porque el Departamento de Prensa no tenía ningún derecho sobre él. Y en cuanto a su ofrecimiento de permiso ilimitado con sueldo, no podíamos aceptarlo, porque no podíamos aceptar limosna de la República por un trabajo que no hacíamos.

Sentía un dolor hondo en el fondo de las entrañas.

Capítulo 8

La caída

Volvíamos a Madrid. El dolor sordo que se había apoderado de mí no me abandonaba.

Delante de nosotros, como una especie de burla de la guerra y de los que luchaban, se desarrollaba el conjunto del paisaje español: la llanura de las salinas, deslumbrantes en su blancura, al borde del Mediterráneo azul; el bosque de palmeras de Elche sumergido en la calima de mediodía; las casas morunas, ciegas de ventanas y cegadoras en sus blancos de cal, tendidas en las dunas desnudas y amarillas, con ondulaciones de olas petrificadas; pinos y encinas nudosas agarrados desesperadamente entre rocas, increíblemente solitarios bajo la cúpula infinita del cielo; la alfombra espléndida de los campos y huertas, bien regados, teñidos de verdes, extendiéndose alrededor de las casas viejas, escuálidas y destartaladadas, salpicadas de torres chatas, de Orihuela; un río lento, con mujeres alineadas a lo largo de sus orillas, golpeando enérgicas las ropas sobre piedras planas; más cerros desnudos y blanqueados, con sombras azules en sus barrancos como heridas; la profundidad inmensa del cielo encendido convirtiéndose lentamente en

una incandescencia de azul suave. La huerta, verde esmeralda, de la llanura murciana, con la roca de basalto de Monteagudo penetrando fantástica en el aire ámbar de la tarde y manteniendo en lo alto un castillo de cuento de hadas, lleno de troneras, erizado de torres; y al fin, la ciudad de Murcia en sí, palacios barrocos y agitaciones de zoco moruno, envuelta en el crepúsculo íntimo y cálido.

Las únicas camas que pudimos lograr en el hotel, rebosante de gentes, fueron dos catres en un cuartucho sin ventilación. Las tres galerías abiertas que rodeaban la enorme escalera estaban llenas de las voces estridentes de hombres y mujeres borrachos. El restaurante estaba invadido por una multitud apiñada de soldados, granjeros ricos y negociantes de víveres; la comida y el vino eran excelentes, pero los precios terriblemente caros. Era fácil distinguir a los verdaderos murcianos, que miraban con odio a estos pájaros de paso. Estaban en pequeños grupos; los huertanos de la vieja casta de propietarios rurales, inquietos, malhumorados y silenciosos; los grupos más numerosos de los huertanos nuevos, hombres que habían sido explotados miserablemente toda su vida y habían llegado, a fuerza de sacrificios crueles, a convertirse a su vez en explotadores implacables y que ahora realizaban ganancias fabulosas en la escasez; y por último los grupos de los trabajadores, torpes, ruidosos, alardeando descaradamente de la libertad que habían ganado, exhibiéndose con sus pañuelos negros y rojos de anarquistas como para asustar con ellos a los amos odiados. Era una atmósfera de alegría forzada y falsa, con una subcorriente de desconfianza mutua, de tensión eléctrica, de disfrute desesperado. Pero la guerra no existía más que en los uniformes, y la revolución consistía únicamente en la exhibición deliberada del dinero y el poder, recientemente adquiridos, por los que hasta entonces no habían sido más que el proletariado de Murcia.

Odiaba el sitio y creo que Ilsa llegó a asustarse del ambiente. No dormimos más de un par de horas en la atmósfera asfixiante de nuestra

alcoba improvisada y nos marchamos de madrugada. Nuestro chófer, Hilario, movió la cabeza cuando salimos de la ciudad:

—Esto es muchísimo peor que Valencia. ¡Y la comida que están desperdiciando! Pero ¿qué se puede esperar de estos murcianos traicioneros?

Porque para el resto de España, el murciano tiene fama de ser traicionero e hipócrita.

A través de cerros y laderas cubiertas de hierbas secas donde pastaban ovejas, llegamos a las tierras altas ya en Castilla. Grandes nubes en vedijas blancas, marchando lentamente hacia el oeste, vertían sombras errantes sobre los cerros cónicos pelados que surgían del llano. No había árboles, sólo unos pocos pájaros: maricas paseándose en la carretera, cornejas planeando perezosas sobre la tierra. Ningún ser humano. La llanura se teñía a trozos de amarillos y ocres, de grises de pies de elefante, de rojos de ladrillo viejo, de blancos polvorientos, muy raramente de verde. En estos campos inmensos de soledad yo no quería gritar ni llorar: se sentía uno demasiado pequeño.

Pasamos la ciudad de Albacete convertida en cuartel feo, centro de suministros de guerra y de las Brigadas Internacionales: cuarteles, casas estucadas, avenidas de árboles blanquecinos de polvo, tráfico militar, montones de chatarra, basura de guerra. Entramos en las tierras de don Quijote, en La Mancha. La carretera blanca, bordeada por los postes del telégrafo, se extendía en una línea recta sin fin a través de viñedos ondulantes, con sus negras uvas cubiertas de polvo espeso. Un horno de cal mostraba en el corte de la cantera la capa delgada de tierra fértil color ceniza oscuro, no más gruesa de un palmo, sobre la cal blanca y sin vida. El sol quemaba fieramente y la boca se llenaba y sabía a polvo y ceniza. Pero por largas horas no encontramos ni un pueblo, ni un mal ventorro al borde del camino, hasta llegar a La Roda.

Era día de mercado. Mujeres tiesas y rígidas, vestidas en trajes negros polvorientos, estaban sentadas inmóviles tras cajones y

tenderetes conteniendo cintas y botones baratos, o detrás de cestas de fruta. Todas parecían viejas antes de tiempo y, sin embargo, sin edad definida, quemadas por el sol despiadado, los hielos y los vientos, en una semejanza desconcertante, menos las más roídas por su trabajo desesperado, con la tierra seca. Contra el fondo de sus casas de adobes descoloridos formaban como un friso de negros, castaños y amarillos de pergamino. Ninguna de ellas parecía interesada en vender sus mercancías. No se dignaban ni hablar. Sus ojos oscuros, semicerrados contra la luz, perseguían a Ilsa con un interés lleno de rabia. Cuando conseguimos comprar un kilo de las uvas moradas que una de ellas vendía, nos pareció haber ganado una victoria sobre su silencio hostil.

Decidí tomar una carretera secundaria y transversal que nos llevara de La Roda a la carretera de Valencia, donde podíamos encontrar un sitio en el cual nos dieran de comer. En La Mancha no había esperanza de encontrar comida. Pero después de haber recorrido un kilómetro, el coche comenzó a hundirse en el polvo blanco y profundo donde las ruedas no agarraban; tuvimos que seguir a no más de diez kilómetros por hora. Al menos había algo de concreto a qué culpar por nuestras desventuras: mi testarudez insistiendo en seguir un camino transversal contra el consejo del chófer. Nuestra reacción fue estallar en bromas infantiles que mostraban qué honda había sido nuestra depresión. Nos parecía cómico ir más lentos que un ciclista que corría haciendo equilibrios sobre el polvo.

Llegamos a un sitio donde había árboles, bosquecillos de pinos y, entre ellos, escondido, un aeródromo con «moscas», los pequeños aeroplanos de caza que nos habían suministrado los rusos. Después, un molino diminuto en el centro de un río y tierras labradas. Allí había vida, y poco importaba que lo primero que Hilario tuvo que hacer al llegar a Motilla del Palancar fuera ir a casa del herrero y remendar una ballesta del coche. Me llevé a Ilsa a las eras, donde el viento dibujaba remolinos con la paja que allí quedara, y después a una posada donde

nos dieron huevos fritos y jamón en una cocina enlosada, con una chimenea de campana abierta al cielo. El sol caía a través de su embudo sobre el hogar de ladrillos escrupulosamente barridos y el vasar de la chimenea tenía la alegría de los botijos de barro rojo y las jarras de loza con flores azules. En la cuadra picoteaban grano las gallinas. Nos quedamos mirándolas: Madrid, hambriento, estaba muy cerca de allí.

Después nos alcanzó un convoy de tanques que iba al frente y otro que venía de allí en una mezcolanza de tropas, cañones y bagajes. La carretera de Valencia quedó bloqueada con las dos corrientes y tuvimos que parar largo rato. Aquella noche dormimos en Saelces en viejas camas, con montones de colchones de lana y sábanas sucias de meses. Cenamos un guiso de carnero que apestaba a sebo. Pero en compensación, el ventero regaló a Ilsa un tomate enorme que pesaba más de un kilo, el orgullo de su huerta y, según su frase, «mejor que jamón». Llevando en la mano, como un trofeo, aquella bola roja y deslumbrante, entramos en el ministerio a la mañana siguiente.

Rosario, la muchacha pálida e inhibida que había sido nombrada jefe de la censura y del Departamento de Prensa en mi lugar, se quedó completamente desconcertada al vernos, pero nos recibió con cortesía y procuró ayudarnos lo mejor posible. Una vez más, las gentes nos espiaban detrás de las puertas entreabiertas. El viejo Lli—zo vino bravamente a decirme cuánto sentía que nuestro trabajo común, que había comenzado en aquel inolvidable 7 de noviembre, se hubiera terminado; él no cambiaría su opinión sobre mí o sobre Ilsa, «que ha hecho de la censura una oficina de importancia diplomática». Mi viejo sargento me estrujó la mano y masculló algo sobre lo que él haría con estos hijos de mala madre. Pero él se quedaba a mis órdenes. A pesar de esto, no me hacía ilusiones ni disminuía las dificultades con que nos íbamos a enfrentar. Agustín abrió nuestro cuarto:

—He tenido que tenerlo cerrado con llave estos últimos días, Rubio quería simplemente tirar todas vuestras cosas Se había corrido una

historia, que la policía os había detenido porque os habíais apoderado del coche; y desde luego, ninguno de ellos creía que ibais a volver a Madrid. Ahora Rosario está llamando a Valencia para contarles que estáis de vuelta y ya veréis: no van a dejar a los periodistas que te hablen, y mucho menos a Ilsa.

Me presenté a Miaja. Reanudaríamos nuestro trabajo con la radio, pero ya habíamos dejado de ser empleados del Ministerio de Estado. Le conté la historia del coche, del que habían querido hacer una trampa para cazarnos. Miaja gruñó enérgicamente; le asqueaba todo aquel lío. Tenía que tener mucho cuidado, porque esos fulanos de Valencia son capaces de todo:

—Nosotros, los de Madrid, no somos para ellos más que mierda, muchacho.

Había hecho bien con el coche y el coche se quedaba con nosotros mientras trabajáramos en la radio; con la radio no habría dificultades, al menos por ahora. El hablaría a Carreño España. Pero debía ganarme al nuevo gobernador de Madrid:

—Sí, muchacho, ya me han destituido de ser gobernador y me han dejado tan a gusto. La gente se estaba volviendo demasiado formal: esa chiquilla, Rosario, no vale gran cosa como mujer, ¿eh?, ha sido acreditada oficialmente ante mí, ante el gobernador civil, ante Carreño España, y ante yo no sé quién más, con toda la pompa y todos los honores. Va a tener todas las facilidades que tú no has tenido, pero para eso posee una colección preciosa de nombramientos oficiales, todos en orden. Los periodistas encontrarán que pueden recurrir a ella para todo.

Tendría que mirar las cosas despacio y obrar cautelosamente; si podía. Lo malo era que no iba a poder.

Después de su sermón, Miaja me invitó a beber con él. Lo dejé con el mismo peso, frío y nauseabundo, en la boca del estómago. Sí, nuestra posición era extremadamente precaria. Aún era el censor de la radio de Madrid y responsable de la estación EAQ por orden del general Miaja,

pero ni el mismo Miaja creía que sus órdenes se iban a mantener mucho tiempo más. El hecho de que no tenía sueldo, ni gastos, posiblemente me daría algún tiempo más en que pudiera trabajar, pero era indudable que nadie iba a respaldarme. Ilsa no era más que mi ayudante voluntario en lenguajes que yo no comprendía, con conocimiento y aprobación de Miaja, pero sin nombramiento alguno. Seguiría haciendo el trabajo que había comenzado, es decir, la reorganización de las emisiones en idiomas extranjeros, hasta el momento en que uno de los ministerios decidiera convertirlo en un trabajo pagado. Podía ir a ver al nuevo gobernador civil de Madrid. Pero me faltaba el estómago para ir mendigando un favor, cuando yo había creado aigo en lo que creía y que estaba dando frutos espléndidos. Cientos de cartas de ultramar llegaban para La Voz Incógnita de Madrid, algunas abusivas, otras simples, la mayoría de ellas emocionantes; y todas mostraban que aquellas gentes escuchaban ávidamente algo personal y humano, que se salía de la rutina. Estaba convencido de haber escogido la manera adecuada de hablarles. Pero estaba determinado a no mover un solo dedo por mí. Si «ellos» —toda esa gente que estaba recreando una burocracia rígida— tenían tan poco interés en la esencia del trabajo, lo mejor que podían hacer era echarme abiertamente, como nos habían echado a Ilsa y a mí de la censura.

No hablaba a nadie sin que me fuera absolutamente necesario y, naturalmente, no hice las cosas más fáciles para quienes querían ayudarme. El día después de nuestra llegada, nos fuimos al hotel Victoria en la plaza del Ángel, donde el Ministerio de Propaganda tenía unas cuantas habitaciones reservadas; mientras trabajáramos para ellos (y el trabajo se amontonó inmediatamente después de nuestra llegada), nos tendrían que pagar la comida y el alojamiento. Como no existía oficina para la censura de la radio, me quedé en un cuarto vacío del Ministerio de Estado, esperando que me desalojaran de allí de un día a otro, aunque nunca lo hicieron. De mala gana, Rosario nos confirmó

que tendríamos que seguir haciendo la censura de la radio. Lo hizo de mala gana, porque nuestra presencia en el ministerio creaba una gran dificultad para ella. Los corresponsales veteranos, muchos de los cuales estaban ausentes al tiempo de nuestro despido, tenían bastante experiencia en su trabajo para mantenerse en los mejores términos con las nuevas autoridades, pero seguían buscando a Ilsa como una colega, para discutir con ella las noticias; los censores venían a escondidas a pedirnos consejo; y nos hacíamos cargo de los huéspedes extranjeros para arreglar el que hablaran por radio. Era una división entre la autoridad oficial y la intelectual, dificilísima de sostener por ambas partes.

Rosario hizo cuanto pudo para asegurarme en la plaza: me llevó a un banquete dado por el gobernador civil de Madrid, esperando que yo arreglara con él la cuestión de la radio y pudiera tener una oficina propia, lejos de la censura de prensa. El día antes había estado yo en el frente de Carabanchel, y aquel día había estado luchando contra el sentimiento de náuseas cada vez que una granada había sacudido el ministerio. Me ardía la mente y me ahogaba la rabia contra aquella multitud llena de reverencias que se movía con remilgos de aristócrata, del buffet a las mesitas puestas a lo largo de la pared: todos muy afanosos en desprenderse del último olor de la «canalla» ruda, piojosa y desesperada que había cometido tantas atrocidades y que, incidentalmente, había defendido Madrid, cuando los otros lo abandonaron.

El gobernador civil era un socialista, bien alimentado y bien dispuesto, que estaba preparado a facilitarme el camino cuando Rosario me presentó a él. Pero yo no quería facilidades. Me bebí unas copas de vino, que ni me calentaron ni me enfriaron mi mente excitada, y en lugar de explicar el caso sobre la radio, me desaté en una arenga desesperada e incoherente, en la cual mezclé las ratas que había visto en la trinchera de Carabanchel, las gentes sencillas y estúpidas que creían

que la guerra se estaba haciendo para asegurarles su felicidad y su paz futura, y me lancé en acusaciones contra los burócratas insensibles y reaccionarios. Quería ser «imposible», y fui imposible. Yo pertenecía a las gentes imposibles e intratables, no a los administradores untuosos. Cada vez que me encontraba con los ojos angustiados de Ilsa, gritaba más. Sentía que si cesaba de gritar, me echaría a llorar como un niño azotado. Era un consuelo saber que era yo quien me estaba rompiendo el cuello y no dejar que otros me lo rompieran.

Después, a las dos y cuarto de la madrugada me enfrenté con el micrófono en la cueva forrada de mantas y describí la trinchera de Carabanchel en la que nuestros hombres se habían instalado desalojando a la Guardia Civil de ella. Describí los refugios apestados a través de los cuales me había llevado Ángel, la carroña podrida del burro encajada por fuerza entre los sacos terreros destripados, las ratas, los piojos, y las gentes que allí vivían y luchaban. El secretario del Comité de Obreros, aquel hombre agrio de La Mancha que hacía pensar en las mujeres enlutadas y trágicas de la plaza del mercado de La Roda, se sonrió levemente y me dijo:

—Hoy, casi has hecho nueva literatura.

Mi viejo sargento carraspeaba y parpadeaba sin cesar, y el ingeniero de Vallecas, a cargo del control, llamó al teléfono para decirme que por una vez había hablado como si tuviera reaños.

Me sentía triunfante y alegre. Cuando salimos en la noche llena de estrellas, con su quietud puntuada por las explosiones de las granadas, nuestro coche no quería arrancar y los cuatro de nosotros, el sargento, Hilario, Ilsa y yo, le empujamos cuesta abajo en la desierta calle de Alcalá, cantando a voz en cuello el refrán de *La cucaracha*: La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar porque le faltan, porque no tiene, las dos patitas de atrás...

Hubo noches en las cuales el éxito rotundo de una emisión ambiciosa, o de una nueva serie de charlas en inglés o italiano, me

hicieron creer por un corto tiempo que se nos dejaría seguir con un trabajo que era claramente útil. Carreño España se había avenido a cubrir nuestros gastos básicos y a dejar al portugués Armando que comiera en el hotel Victoria, ya que no tenía casa ni quien pudiera guisar para él. El pan era muy escaso en Madrid entonces y lo mejor que el hotel podía proporcionar era sopa y lonchas delgadas de *corned—beef*. En las raras ocasiones en que había carne, no podía evitar el recuerdo de la procesión de mulas y burros enfermos a lo largo de la carretera de Valencia: «Carne para Madrid».

Pero en el ministerio, en las escasas horas en que trabajábamos allí para hacer la censura de la radio, el aire estaba cargado de tensión.

Torres, fiel y preocupado, me reprochaba que hubiera perdido la ocasión de convertirnos en empleados del Estado regulares, con todos los derechos de nuestro sindicato. Al mismo tiempo comenzó a hacer alusiones a los peligros que nos amenazaban. El sargento, como un perro grande y torpe, no sabía cómo demostrar su fidelidad; un día nos trajo solemnemente una invitación del cuartel de los guardias de asalto, nos llevó religiosamente a través de cada habitación y taller, y llenó los brazos de Ilsa de las flores llamadas «dragones», amarillos, salmón y escarlata. Nos avisó también de conspiraciones vagas y siniestras contra nosotros. Llizo trató de enseñar a Ilsa la manera andaluza de tocar la guitarra y se excusaba a cada momento de no estar más con nosotros, por no enfrentarse con la oposición de su jefe.

Un día, George Gordon vino, muy dulzón, y me dijo —su español era muy bueno— que se me podía permitir mantener la radio si estaba dispuesto a acercarme al Partido en la forma debida, aunque él pensaba que ya era un poco tarde. Por mucho tiempo habíamos estado haciendo lo que nos daba la gana y esto era una cosa peligrosa que se prestaba a muchas interpretaciones, o, ¡tal vez, a ser interpretado correctamente! La joven canadiense por la cual Ilsa había peleado con uñas y dientes, cuando la muchacha estaba sin trabajo y en situación difícil, recurría a

toda clase de expedientes para no tener que saludarnos. La mujer australiana de nuestro locutor inglés, una joven comunista que Constancia había mandado de Valencia a petición nuestra, fue al menos decente: nos hizo ver perfectamente claro que para ella nosotros éramos herejes, peligrosos, como si tuviéramos lepra. Los de más experiencia entre los corresponsales estaban perturbados con lo que pudiera pasar, pero no extrañados de vernos en desgracia, porque cosas semejantes estaban pasando todos los días. Algunos de ellos pidieron a Ilsa que les ayudara en su trabajo, lo cual nos ayudaba financieramente y muchos de ellos se hicieron personalmente más amigos que nunca lo habían sido. Ernest Hemingway, a su regreso de Valencia, dijo con un ceño de preocupación:

—No entiendo una palabra de lo que pasa, es un lío indecente.

Y nunca cambió su actitud para con nosotros, en contraste con gentes muchísimo menos importantes, españoles y no españoles. Se estaba cerrando una tupida red sobre nosotros, lo sabíamos y nos teníamos que estar quietos.

Al final, después de semanas de una lucha sorda e intangible, un corresponsal inglés se sintió en la obligación de avisar a Ilsa, quien en los primeros tiempos había arriesgado su posición por defenderle a él de acusaciones políticas que hubieran tenido serias consecuencias. Le explicó lo que se estaba planeando: George Gordon estaba pidiendo a los periodistas que no tuvieran tratos con nosotros, porque éramos sospechosos y estábamos bajo vigilancia de la policía. La historia que había contado a los visitantes extranjeros, ignorantes de la situación, para mantenerlos efectivamente aparte de nuestro contacto, contenía detalles fantásticos: Ilsa era, o bien una trotskista y por lo tanto una espía, o había cometido actos imprudentes, pero de todas maneras se la arrestaría de un momento a otro, y lo menos que le podría pasar era que la expulsaran de España mientras que yo estaba de tal manera complicado con ella que durante mis charlas por la radio se cortaba la

transmisión y yo seguía hablando delante de un micrófono desconectado sin darme cuenta de ello.

Lo absurdo e imaginario de estos detalles no podía disminuir la realidad de nuestro peligro. Yo sabía de sobra que si algunas gentes pertenecientes a los grupos comunistas extranjeros querían deshacerse de Ilsa por razones políticas o personales, se unirían con los españoles que, con razón o sin ella, me odiaban, y a través de ellos encontrarían los medios de utilizar la policía política.

Durante aquellos días, el bombardeo de Madrid aumentó en intensidad después de un período flojo. Hubo una noche en la que los servicios de bomberos y socorro dieron el parte de haber caído más de ochocientos obuses en diez minutos. El jugo de la náusea no abandonaba mi boca, pero no sabía si estaba producido por una recaída de mi choque nervioso o por la rabia desesperada e impotente de lo que nos estaba pasando. Me sentía otra vez enfermo, temeroso de estar solo y temeroso de estar entre la multitud, obligando a Ilsa a bajar al refugio de los sótanos del hotel y odiándolo a la vez, porque allí no podía oír las explosiones y sí sólo sentir la vibración de la tierra.

Y no sabía cómo protegerla. Estaba muy quieta, con una cara finamente dibujada y unos ojos grandes, serenos, que me herían más que un reproche. Con su realismo y con todo su poder de frío análisis, ella misma se veía perdida, pero no lo decía; y esto era lo peor.

Todos sus amigos trataban de demostrarle que no estaba sola. Torres trajo unos amigos suyos, una pareja, para que le hicieran compañía por las tardes; él, un capitán en un regimiento de Madrid, y su mujer, Luisa, la organizadora de un grupo de las mujeres antifascistas. La muchacha, llena de vitalidad y deseosa de aprender, se sentía feliz de poder hablar con otra mujer sin las subcorrientes de envidia y celos que envenenaban su amistad con las mujeres españolas de su misma edad, e Ilsa estaba contenta de ayudarla, escuchándola y dándole su opinión. Luisa había organizado un taller de costura y de arreglos de ropa para

los soldados en el mismo edificio que las oficinas del regimiento, y se torturaba cuando veía que su marido gastaba bromas a una de sus oficialas que era muy guapa. Se encontraba cogida entre las viejas leyes de conducta y las nuevas, mitad pensando que, como un macho, su hombre tenía que seguir el juego con las otras mujeres, y mitad esperando que él y ella pudieran ser amigos completos y amantes. Las mujeres viejas de la casa de vecindad donde vivían le decían que no la quería él mucho cuando la dejaba ir sola por las tardes a sus mítines de Partido; y Luisa nunca estaba cierta de si no tenían un fondo de razón.

—A ti te lo puedo contar —decía—, porque eres una extranjera. Si fueras española, tratarías de quitármelo. Estoy segura de que me quiere y que quiere que trabaje con él. Tú sabes que a veces pasa así. Arturo te quiere mucho, ¿no? —Y miraba a Ilsa llena de esperanza de aprender el secreto.

En las tardes vacías, Ilsa se sentaba al enorme piano del hotel y cantaba canciones para los camareros y para mí. Tenía una voz grave, sin educar, amplia y suave cuando no la forzaba, y a mí me gustaba oírla cantar Schubert. Pero los anarquistas entre los camareros se sintieron felices de que sabía cantar su himno, después de no oír más que la *Intenacional* y el *Himno de Riego*, y era obligado que accediera a sus peticiones. Después, cuando nos sentábamos en el comedor, los camareros nos contaban historias de todos los recién llegados. Recuerdo una delegación americana que produjo un revuelo porque una de las mujeres, la humorista Dorothy Parker, se sentó a la mesa con un sombrero color ciclamen que tenía la forma de un pilón de azúcar, seguramente el único sombrero existente aquel día en Madrid. El camarero se inclinó hacia mí y me dijo bajito:

—¿Qué crees tú que le pasa que no se puede quitar el sombrero? A lo mejor tiene la cabeza como un pepino puesto de punta.

Pero los días eran largos. El trabajo que Ilsa tenía que hacer para la radio no bastaba a llenarlos, ni a agotar sus energías. Comenzó a

traducir al alemán y al inglés algunas de mis charlas y a coleccionar material de propaganda, y todavía proporcionaba a muchos periodistas, que venían a verla, comentarios sobre los acontecimientos o su visión de la situación política. Parecía ser imposible para ella el no ejercer su influencia intelectual en una forma u otra, pero todo aquello tenía que volverse en su contra. Cortada de la censura, rechazada por todos los que temían contagiarse de la infecciosa enfermedad de caer en desgracia, aún tenía una gran influencia sobre la propaganda extranjera de Madrid, lo que no era ningún secreto.

Torres me trajo recado de un amigo suyo que era capitán de guardias de asalto en la sección política de la policía. Me ofrecía uno de sus jóvenes agentes como protección para que vigilara a Ilsa, que corría el riesgo de ser detenida bajo un pretexto u otro y «que le dieran el paseo». El capitán, a quien conocí entonces por primera vez, era un comunista; el muchacho policía, que desde entonces acompañó a Ilsa cada vez que salía a la calle y que hacía guardia a la puerta del hotel cuando estaba dentro, había ingresado también en el Partido Comunista; y ¡era de los comunistas de donde amenazaba a Ilsa el peligro! Los dos policías estaban furiosos por la idea de que con intrigas complicadas de «unos cuantos extranjeros y unos cuantos burócratas semifascistas» —como ellos decían—, se tratara de hacer daño a alguien que había pasado por la gran prueba de noviembre en 1936, fuera miembro del Partido o no. Era curioso el ver cómo la creciente antipatía contra los «extranjeros metijones» desaparecía en el caso de Ilsa, a quien consideraban como uno de ellos y atada a ellos a través de la terrible experiencia de la primera defensa de Madrid.

Era tan amargo tener que aceptar esta protección, que no podía discutirse sobre ello; y era aún peor el pensar en la posibilidad que tratábamos de evitar. Luchaba por no pensar en ello y no podía hablar de ello abiertamente con Ilsa, para no descubrirle mis miedos. Ella seguía quieta, más quieta que nunca, y a mí me ahogaban la rabia y la

desesperación. Cuando se marchaba con Pablo —el policía— hablando del libro que John Strachey había publicado sobre el fascismo y el cual ella le había prestado en la reciente traducción española, me sentía de alguna manera más aliviado. El muchacho estaba dispuesto a luchar por ella. Cuando regresaban, regresaba con ellos todo lo absurdo y falto de sentido de la situación.

¿Qué podía hacer? Traté de hacer algo. Fui a ver a Miaja y le expliqué la situación. Y Miaja me contestó que nadie tenía nada personalmente en contra mía, pero que había gente que estaba dispuesta a inutilizar a Ilsa y que yo era un estorbo para lograrlo; si no me mezclaba más con ella no había duda de que se me protegería y ascendería. No se atrevió a ir más lejos con su consejo. Me fui a ver a Antonio, mi viejo amigo, que por entonces había llegado a un puesto importante en la secretaría provincial del Partido Comunista. Se azoró profundamente al verme y comenzó a murmurar recuerdos sobre los tiempos de Asturias en que yo le había protegido escondiéndole en mi propia casa. Él seguía siendo mi amigo y lo sería siempre... y, hablando como tal, francamente, ¿por qué se me había ocurrido divorciarme? ¿Era necesario? Yo siempre había tenido mis líos antes, sin dar escándalo. Lo que había hecho con el divorcio no era una buena cosa en alguien recomendado por el Partido para un puesto tan importante como la censura. Y en cuanto a aquella mujer extranjera —él no sabía nada oficialmente, pero había oído que algunos camaradas alemanes o austríacos, de todas maneras gentes que la conocían—, la consideraban una especie de trotskista, aunque esto no se había podido probar porque ella era demasiado inteligente para dar ningún paso en falso dentro de España. Era la dificultad: era demasiado inteligente para poder tener confianza en ella. Y yo me había dejado coger por ella. Debía dejarla; al fin y al cabo no era más que mi querida.

Le pregunté si ésta era la opinión y el consejo oficial del Partido. Lo negó ansiosamente: no, no era más que su opinión y un consejo de buen

amigo. Le contesté de mala manera y después me alegré de no haberme dejado llevar del impulso de abofetearle; me di cuenta de que, en su manera estúpida, en realidad estaba asustado e infeliz y trataba honestamente de ayudarme. Pero en aquel momento no lo creía así.

Hasta entonces había encontrado mi consuelo en las charlas que radiaba noche tras noche. En ellas olvidaba el lado personal de las cosas que bullían en mi cabeza y hablaba del pueblo que encontraba en casa de Serafín, en las calles, en las tiendas, en el frente o en el jardincito de la plaza de Santa Ana, donde los obuses no conseguían echar a las parejas de enamorados, ni a las viejas haciendo calceta, ni a los gorriones. Pero cuando las noches se volvieron frías, en uno de los primeros días del mes de octubre, se presentó en la oficina, preguntando por mí, un hombre que traía instrucciones escritas de Valencia: era el nuevo censor y responsable de la radio.

Era un comunista alemán llamado Albin, a mis ojos muy prusiano, algo como un puritano inquisidor a juzgar por su cara huesuda. Con Ilsa escasamente se dignó ser cortés: escuchó su información sobre las emisiones extranjeras que estaban anunciadas, hizo sus notas y se marchó. Hablaba un español bueno, pero recortado y seco. «Haría el favor de someterle mi próxima charla, ¿no?» Lo hice y la aprobó. Di dos charlas más antes de preguntarle si iba a seguir dándolas o no, para aclarar la situación. Si hubiera dicho que sí, seguramente hubiera seguido, porque estaba enamorado de mi trabajo. Pero me replicó fríamente que se había acordado suprimir las charlas de La Voz Incógnita de Madrid.

Algunos días más tarde se presentaron dos agentes de policía a registrar nuestra habitación, mientras Ilsa aún estaba en el lecho. Pablo, su guardián, subió inmediatamente y les dijo claramente que estaba allí porque su sección estaba dispuesta a que se nos tratara con toda legalidad, ya que ellos nos garantizaban. Los agentes habían llevado con ellos a un muchacho alemán flacucho y azorado que debía traducir

cada papel que encontraran escrito en alemán o francés. Mientras lo hacía, nos dirigía a Ilsa y a mí miradas agonizantes, contorsionando brazos y piernas en gestos lastimosos. Los documentos, que ilustraban la clase de trabajo que Ilsa y yo habíamos hecho durante el sitio, impresionaron y desconcertaron a los agentes. Se llevaron algunos de mis manuscritos, la mayoría de nuestra correspondencia, todas las fotografías y mi copia de una fábula mexicana *Rin—rin, renacuajo*, un poema que me había entusiasmado oyéndolo recitar durante la visita de los mexicanos intelectuales a Madrid, pocas semanas antes. Pero el presidente Azaña había hecho famosa la frase de «los sapos que croaban en sus charcas» y ¡seguramente la fábula contenía un doble sentido político! Se llevaron también un ejemplar de *Paralelo 42* de John Dos Passos, porque estaba dedicado a nosotros por el autor y Dos Passos se había declarado en favor de los anarquistas y del POUM catalanes. Y esto era sospechoso. Me confiscaron la pistola y el permiso de uso de armas. Pero después ya no sabían qué hacer. No se atrevían a arrestarnos. La denuncia que estaban investigando apuntaba a graves conspiraciones organizadas por Ilsa, pero encontraban nuestros antecedentes impecables, todos los documentos hablando en nuestro favor, y a mí, un viejo y ejemplar republicano. Además, no querían tener disgustos con otro grupo de policía. Miraron a Pablo, nos miraron a nosotros, y decidieron que lo mejor era que bajáramos a comer juntos y después ya verían lo que hacían. Al final de la comida nos estrecharon las manos y se marcharon.

Se había aclarado la nube amenazadora y el anticlímax nos hacía reír. No era fácil que en adelante usaran ya la policía para deshacerse de Ilsa. Yo presenté una queja airada contra los denunciantes y no escatimé mis opiniones sobre las personas que sospechaba estaban detrás de todo. En aquella comida, mientras charlábamos amistosamente con los agentes, había visto a George Gordon enrojecer y rehuir el mirarnos de

frente. Un par de días más tarde hizo un movimiento como si fuera a saludarnos y le volvimos la espalda.

Quería alegrarme un poco. Me llevé a Ilsa a la vuelta de la esquina del hotel, al colmado Villa Rosa, donde el viejo camarero Manolo me recibió como un hijo perdido que vuelve, examinó escrupulosamente a Ilsa, le dijo que yo era un calavera, pero no de los genuinos, y que ella era la mujer exacta para meterme en cintura. Se bebió con nosotros un chato de manzanilla, temblándole el pulso, porque la guerra le había hecho viejo de golpe. No tenía comida bastante, tenía hambre. Cuando le di unas cuantas latas de conservas que nos había dado un amigo de las Brigadas, se mostró tan humildemente agradecido que me daban ganas de llorar. Por la tarde fuimos a casa de Serafín y nos sumergimos en la atmósfera cálida de los viejos amigos. Vinieron con nosotros, «para celebrarlo», Torres, Luisa y su marido. Pensaban todos que nuestras dificultades se habían terminado y en breve tendríamos otra vez trabajo en Madrid.

Pero Agustín, que cada día venía a visitarnos, le gustara a Rosario o no, me dijo brutalmente que tenía que marcharme de Madrid. En tanto que nos quedáramos allí, habría gente que lo resentiría. Las intrigas no siempre iban por caminos oficiales y a lo mejor se encontraba uno un tiro detrás de una esquina; por otra parte, no íbamos a tener un guardia de vigilancia para siempre. Además, en su opinión, yo me estaba volviendo loco allí.

Sentía en los huesos que tenía razón. Pero aún no quería dejar Madrid. Me sentía atado a él con todas mis fibras, aunque dolorosamente. Estaba escribiendo una historia sobre Ángel. Si no me dejaban hablar más por la radio, hablaría a través de la letra impresa. Creía que podía hacerlo. Mi primer cuento —la historia del miliciano y su mosca— había sido publicado en el *Daily Express* de Londres y lo que habían pagado por ello me había desconcertado, conociendo cómo se pagaba a los escritores españoles. Me daba cuenta de que la historia

se había publicado sobre todo porque Delmer se había entusiasmado con ella y le había dado la ocasión de hacer una crónica suya, presentándola: «Esta Historia Se Escribió Bajo Los Obuses Por El Censor De Madrid», en grandes tipos y con un irónico comentario sobre el censor que había perdido sus inhibiciones de escritor censurando sus despachos. Pero de todas maneras, mi cuento había llegado a gentes que tal vez, a través de él, tendrían una visión de la mente de «tal pobre bruto», el miliciano. Quería seguir, pero lo que quería decir tenía sus raíces en Madrid. No iba a dejarlos que me echaran, y no podía marcharme antes de que se disipara de mi cabeza la niebla roja de ira que me invadía cada vez que miraba a Ilsa, aunque tuviera el consuelo de que estaba viva, libre y conmigo. Toda mi violencia interna surgía a la superficie cuando la veía aún amarrada a su galera y aún azotada por la actitud repugnante de gentes de su mismo credo. Y aún tan serena.

El hombre que me ayudó más entonces, como me había ayudado a través de todas las semanas infernales que habían pasado antes, fue un sacerdote católico, y de todos a quienes he encontrado a través de nuestra guerra, es el hombre para quien guardo mi mayor amor y respeto: don Leocadio Lobo.

No recuerdo cómo fue que llegáramos a hablar por primera vez. El padre Lobo vivía también en el hotel Victoria, y poco después de instalarnos nosotros allí, se convirtió en un concurrente habitual a nuestra mesa, juntamente con Armando. La confianza mutua entre él e Ilsa fue instantánea y profunda; yo sentí inmediatamente la gran atracción de un hombre que había sufrido y aún seguía creyendo en los seres humanos con una fe simple y grande. Sabía, porque yo mismo se lo había contado, que yo no era un católico practicante, sabía que me había divorciado y que vivía con Ilsa «en pecado mortal» y que intentaba casarme con ella en cuanto el divorcio fuera firme. No le ahorré mis discursos violentos sobre la clerecía política en complicidad con los poderes ocultos, ni mis discursos sobre la ortodoxia estúpida

que me habían inculcado en mi edad escolar y me habían obligado a rechazar violentamente. Nada de esto pareció afectarle, ni impresionarle, ni menos aún cambiar su actitud hacia nosotros, que era la de un amigo cariñoso y cálido.

No llevaba sotana, sino un traje de alpaca negra que acentuaba su aspecto sacerdotal. Sus facciones regulares y bien modeladas habían sido surcadas por sus pensamientos y luchas; su cara tenía un sello de profundidad íntima que le colocaba aparte, aun en sus momentos de mayor expansión. Era una de esas gentes que os dan la impresión de que sólo dicen lo que es su verdad interior y no están dispuestos a hacerse cómplices de lo que creen una mentira. Me parecía una reencarnación del padre Joaquín, el sacerdote vasco que había sido mi mejor amigo durante mi niñez. Curiosamente, el origen de ambos era similar: el padre Lobo, al igual que el padre Joaquín, era el hijo de simples campesinos, de una madre que había parido muchos hijos y que había trabajado sin descanso toda su vida. A él también le habían mandado al seminario, niño aún, bajo la protección de los señores, porque en la escuela era un chiquillo que descollaba y porque sus padres se alegraban de verle escapar de la miseria de ellos. El también había dejado el seminario con la ambición, no de vestir la púrpura, sino de ser un sacerdote cristiano al lado de los que tienen hambre y sed de pan y de justicia.

Su historia era bien conocida en Madrid. En lugar de quedarse en una parroquia elegante, eligió una parroquia de obreros pobres, rica en rebelión y blasfemias. No dejaron de blasfemar por él, pero le querían porque pertenecía a su pueblo. Al principio de la rebelión había tomado su lado, el lado del Gobierno republicano y había continuado su ministerio. Durante los más salvajes días de agosto y septiembre había ido, de día o de noche, a oír la confesión o a dar la comunión a quien se lo pidiera. La única concesión que hizo fue suprimir la sotana para no provocar incidentes. Había una historia famosa de que una noche dos

anarquistas llamaron a la casa donde estaba viviendo, con sus fusiles montados y un coche a la puerta. Preguntaron por el cura que vivía allí. El amo de la casa negó que allí hubiera cura alguno. Insistieron amenazadores y el padre Lobo salió de su habitación.

—Sí, aquí hay un cura y soy yo. ¿Qué pasa?

—Pues, hala, echa a andar con nosotros. Pero antes métete en el bolsillo una de tus hostias.

Sus amigos le imploraron que no saliera. Dijeron a los anarquistas que Lobo estaba garantizado por el Gobierno, que no permitirían que saliera, que iban a llamar a la policía. Al final, uno de los anarquistas dio dos patadas en el suelo, blasfemó furiosamente y dijo:

—¡Re... tales! ¡No le va a pasar nada! Lo que pasa es que la vieja, mi madre, se está muriendo y no quiere marcharse al otro barrio sin confesarse con uno de éstos. Es una desgracia para mí, pero ¿qué puedo hacer más que llevarme a éste?

Y el padre Lobo se marchó en el coche con los anarquistas, en una de aquellas madrugadas grises en las que se fusilaba a la gente contra la pared.

Mucho más tarde se fue durante un mes a vivir en las trincheras, entre los milicianos. Volvió agotado y profundamente conmovido. Muy pocas veces le oí hablar de sus experiencias en las trincheras. Una noche exclamó: «¡Qué brutos, Dios mío, pero qué hombres!».

Tenía su propia batalla mental. Lo que le hería más hondo no era la furia desatada contra las iglesias y los curas por gentes bruta

les, enloquecidas y llenas de rencores, sino el conocimiento de la culpabilidad de su propia casta, la clerecía, en la existencia de esta brutalidad y en la ignorancia y la miseria abyectas que existían en el fondo de ellos. Debía ser infinitamente duro para él el saber que los príncipes de su Iglesia estaban haciendo lo mejor para mantener a su pueblo oprimido, que estaban bendiciendo las armas de los generales y los señores, y los cañones que bombardeaban Madrid.

El Gobierno le había dado una tarea que no era precisamente una canonjía: la de investigar los casos de miseria entre clérigos escondidos. Pronto se vio confrontado con que algunos sacerdotes, cuyo «asesinato» por los rojos se había voceado en todas las propagandas, venían a ampararse en él, sanos y salvos, pidiendo ayuda.

A mí me hacía falta un hombre a quien pudiera hablar de lo más profundo de mi mente. Don Leocadio era el más humano y el más comprensivo. Sabía que no iba a contestar mis quejas con admoniciones o consuelos ñoños. Y así, volqué sobre él todos los pensamientos túrgidos que atascaban mi mente. Le hablé de la ley terrible que nos hacía herir a otros cuando no queríamos hacer daño. Aquí estaba el caso de mi matrimonio y su terminación: yo había herido a la mujer con quien no podía compartir mi vida, y había herido a los chicos porque odiaba el tener que vivir con aquella mujer que era su madre. Al encontrar a mi verdadera mujer, Ilsa, no había podido evitar hacer el daño final. Le conté que yo e Ilsa nos pertenecíamos uno al otro, nos complementábamos, sin superioridad de uno sobre otro, sin saber el porqué, sin quererlo saber tampoco, simplemente porque para los dos aquello era la única verdad de nuestra vida. Pero esta nueva vida que no podíamos rechazar, ni escapar a ella, significaba dolor, porque no podíamos ser felices sin causar daño a otros.

Le hablé de la guerra, repugnante porque enfrentaba a hombres de la misma sangre unos contra otros, en una guerra de dos Caínes. Una guerra en la cual sacerdotes eran fusilados en las afueras de Madrid y sacerdotes daban su bendición al fusilamiento de pobres labradores, hermanos del propio padre de don Leocadio. Millones como yo, que amaban sus gentes y su pueblo, estaban destruyendo, o ayudando a destruir, aquel pueblo y aquellas gentes tan suyas. Y lo peor era que ninguno de nosotros tenía el derecho de permanecer neutral.

Yo había creído, y aún creía, en una España libre con un pueblo libre. Había querido que esto llegara sin derramamientos de sangre, a

fuerza de trabajo y de buena voluntad. ¿Qué podía hacer si esta esperanza, este futuro se estaba destruyendo? Tenía que luchar por ello. Y así, ¿tenía que matar a otros? Sabía que la mayoría de los que estaban luchando con las armas en la mano, matando o muriendo, no pensaban en ello, sino estaban animados por las fuerzas desatadas de su propia fe. Pero yo estaba obligado a pensar, para mí esta matanza era un dolor agudo que no podía olvidar ni calmar. Cuando oía el ruido de la batalla, no veía más que españoles muertos en ambos lados. ¿A quién tenía que odiar? ¡Ah, sí!, a Franco, a Juan March, a sus generales y monigotes partidarios y a los que cimentaban negocios sobre la sangre, a las gentes privilegiadas del otro lado. Pero entonces tenía que odiar también a ese Dios que les había dado a ellos callos en el corazón que les permitía organizar la matanza, y que me torturaba a mí con la tortura de odiar el matar, y que dejaba mujeres y niños sufrir su raquitismo y sus jornales de hambre, para acabar despedazándolos con obuses y bombas. Estábamos cogidos todos en un mecanismo monstruoso que nos trituraba entre sus ruedas dentadas; y si nos rebelábamos, toda la violencia y todo el odio se volvía en contra nuestra, arrastrándonos a la violencia.

Me sonaba en los oídos como si hubiera pensado y dicho las mismas cosas cuando era niño. Me excitaba yo mismo hasta llegar a una fiebre, hablando sin parar, con rabia, dolor y protesta. El padre Lobo me escuchaba pacientemente, diciendo sólo de vez en cuando:

—¡Despacio, despacio!

Es posible que en mi memoria estén mezcladas respuestas que yo me daba a mí mismo en las horas quietas en que me sentaba al balcón y me quedaba mirando las ruinas de la iglesia de San Sebastián, partida en dos por una bomba, con palabras que el padre Lobo me dijo. Puede ser que insensiblemente le haya convertido en el otro «yo» de mis diálogos internos sin fin. Pero así es como yo recuerdo lo que él me dijo:

—Y tú, ¿quién eres? ¿Quién te da a ti el derecho de erigirte en juez universal? Lo único que tú quieres es justificar tu miedo y tu cobardía. Tú eres bueno, pero quieres que todos sean buenos también, para que el ser bueno no te cueste ningún trabajo y sea un placer. Tú no tienes el coraje de predicar en lo que crees en medio de la calle, porque te fusilarían. Y como una justificación de este miedo, echas la culpa a los otros. Tú crees que eres decente y que piensas limpiamente, e intentas contármelo a mí y a ti mismo, afirmando que lo que pasa a los otros es culpa tuya y los dolores que tú sufres también. Todo eso es una mentira. La falta es tuya. Te has unido a esta mujer, a Ilsa, contra todo y contra todos. Vas con ella del brazo por las calles y la llamas «mi mujer». Y todos pueden ver que es verdad, que estáis enamorados uno de otro y que juntos sois completos. Ninguno de nosotros nos atrevemos a llamar a Ilsa tu querida, porque vemos que es tu mujer. Es verdad que habéis hecho daño a otros, a tus gentes, y es justo que sufras por ello. Pero ¿te das cuenta de que también has sembrado una buena semilla? ¿Te das cuenta de que cientos de gentes que desesperan de encontrar jamás lo que se llama amor os miran y aprenden a creer que existe y es verdad, y que pueden tener esperanza? Y esta guerra. Tú dices que es repugnante y sin sentido. Yo no. Es una guerra bárbara y terrible con infinitas víctimas inocentes. Pero tú no has vivido en las trincheras como yo. Esta guerra es una lección. Ha arrancado a España de su parálisis, ha sacado a las gentes de sus casas donde se estaban convirtiendo en momias. En nuestras trincheras, los analfabetos están aprendiendo a leer y hasta a hablar y están aprendiendo lo que significa hermandad entre hombres. Están viendo que existe un mundo y una vida mejores que deben conquistar y están aprendiendo también que no es con el fusil con lo que lo tienen que conquistar, sino con la voluntad. Matan fascistas, pero aprenden la lección de que no se ganan guerras matando, sino convenciendo. Podemos perder esta guerra, pero la habremos ganado. Ellos aprenderán también que pueden someternos, pero no

convencernos. Aunque nos derroten, seremos los más fuertes, mucho más fuertes que nunca, porque se nos habrá despertado la voluntad. Todos tenemos nuestro trabajo que hacer, así que haz el tuyo en lugar de hablar de un mundo que no te sigue. Sufre y aguántate, pero no te encierres en ti mismo y comiences a dar vueltas dentro. Habla y escribe lo que tú creas que sabes, lo que has visto y pensado, cuéntalo honradamente con toda tu verdad. No hagas programas en los que no crees, y no mientas. Di lo que has pensado y lo que has visto y deja a los demás que, oyéndote o leyéndote, se sientan arrastrados a decir su verdad también. Y entonces dejarás de sufrir ese dolor de que te quejas.

En las noches claras y frías de octubre me parecía a veces como si estuviera conquistando mi cobardía y mis miedos, pero encontraba muy difícil escribir lo que pensaba. Me es difícil aún. Encontré, sin embargo, que podía escribir la verdad de lo que había visto y que había visto mucho. Cuando el padre Lobo vio una de mis historias exclamó:

—¡Qué bárbaro eres! Pero sigue, es bueno para ti y para nosotros.

Una tarde llamó a nuestra puerta y nos invitó a que fuéramos a su cuarto para mostrarnos una sorpresa. En el cuarto estaba uno de sus hermanos, un obrero quieto, y un labrador de su pueblo. Yo sabía que cada vez que alguno de su pueblo venía a Madrid le traían vino para consagrar y vino para beber, y pensé que iba a invitarnos a un vaso de vino añejo. Pero nos condujo a su cuarto de baño. Un pavo enorme estaba allí, sosteniéndose torpemente sobre los baldosines, hipnotizado por la luz eléctrica. Cuando se marchó el campesino, hablamos de estas gentes sencillas que venían a ofrecerle lo mejor que tenían, sin pensar si era absurdo o no sepultar un pavo vivo en el cuarto de baño de un hotel de lujo.

—No es fácil para nosotros el entenderlos —dijo el padre Lobo—. Cuando se logra, se tiene la base de arte como el de Bruegel o Lorca. Sí, como Lorca. Escuchad. —Cogió un ejemplar de la edición de guerra del *Romancero gitano* y comenzó a recitar:

Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozuela,
pero tenía marido...

Leía con una voz llena de macho, sin titubear sobre las frases del amor físico crudo, sólo comentando:

—Esto es bárbaro, pero es tremendo.

A mí me pareció entonces mucho más un hombre, y mucho más un sacerdote de hombres y de Dios que nunca.

En las semanas peores, cuando hacía falta algún coraje para mostrarse con nosotros en público, prolongaba su estancia durante horas en nuestra mesa, consciente del soporte moral que nos proporcionaba. Sabía mucho más de lo que pasaba entre bastidores con referencia a nosotros que nosotros mismos, pero nunca descubrió lo que había oído a otros. Sin embargo, yo no dudé de sus palabras cuando, después de haber llegado a la crisis máxima la campaña contra nosotros, nos dijo un día:

—Ahora escucha la verdad, Ilsa. A ti no te quieren aquí. Sabes demasiado, conoces mucha gente y haces sombra a los otros. Eres demasiado inteligente y aquí no estamos aún acostumbrados a mujeres inteligentes. Tú no puedes evitar el ser como eres, así que te tienes que marchar; y te tienes que llevar contigo a Arturo, porque te necesita y porque os pertenecéis uno al otro. En Madrid ya no podéis hacer nada bueno, como no sea el estaros quietos sin hacer nada como ahora, y ¡aun así! Pero esto no es bueno para ti, porque tú quieres trabajar. Así que marcharos.

—Lo sé —replicó ella—. La única cosa que ahora puedo hacer por España es no dejar a la gente de fuera convertir mi caso en un arma contra el Partido Comunista, no porque yo quiera a los comunistas, que no los quiero aunque haya trabajado con ellos, sino porque esto sería un arma contra España y contra Madrid. Es por lo que me estoy quieta y no muevo ni un dedo por mí y por lo que digo a mis amigos que no hagan

escándalo. ¡Tiene gracia! La única cosa que puedo hacer es no hacer nada.

Lo dijo secamente. El padre Lobo la miró lentamente y respondió:

—Perdónanos, Ilsa. Somos tus deudores.

Así, el padre Lobo fue quien nos convenció de que debíamos abandonar Madrid. Cuando lo acepté, quise que lo hiciéramos en seguida, para sentirlo menos. Otra vez era un día de noviembre, gris y lleno de niebla. Agustín y Torres fueron a despedirnos. El camión de guardias de asalto, con tablas desnudas por asientos, rebrincaba en el empedrado de las afueras. Aquella mañana los obuses eran escasos.

El padre Lobo nos había mandado a casa de su madre, en un pueblecito cerca de Alicante. En su carta le pedía ayudarme a mí, su amigo, y a «mi mujer, Ilsa». No quería chocar a su madre y había puesto —dijo— la verdad esencial. Cuando me enfrenté con su madre, la vieja mujer pesada ya, con los cabellos grises, que no podía leer —su marido descifró la carta del hijo—, y miré su cara sencilla y curtida, comprobé con gratitud la fe que don Leocadio había puesto en nosotros. Su madre era una mujer muy buena.

Capítulo 9

Frente a frente

La guerra allí no existía. Existían tan sólo los cerros azules al fondo, la media luna de la playa ancha y profunda a nuestros pies y el agua azul al frente. La carretera estrecha que corría a lo largo de la costa estaba alfombrada de arena fina. Al lado de la carretera, donde la tierra comienza a ser firme y las caracolas raras, habían surgido casitas de madera, mitad fonda y mitad taberna. Porque en tiempos de paz, San Juan de la Playa era un sitio de veraneo. Un kilómetro más allá estaba el pueblecito donde vivían los padres del padre Lobo con su hija inválida, envueltos en una quietud a la que prestaban calor los hijos y hermanos, todos trabajando en la guerra. Para la madre, toda la vida se encontraba alrededor de su hijo el sacerdote.

Fueron ellos quienes nos mandaron a su amigo Juan, el propietario de una de estas fondas y uno de los más famosos cocineros de arroz entre Alicante y Valencia. Nos alquiló un cuartito abierto al mar y nos dio la libertad de su casa y su cocina. De él aprendí a hacer una paella. Ilsa arregló con Juan que daría lecciones a sus dos hijas, lo cual nos permitiría vivir muy económicamente. Nos quedaba poco dinero. Secretamente, siempre he sospechado que Juan tenía la esperanza de que yo era un aristócrata disfrazado y huido, pues a pesar de sus protestas de republicano, no muy calurosas, uno de sus temas favoritos era explicarme con nostalgia los tiempos de los «señores» en que podía desplegar la cualidad de sus guisos con el mayor esplendor del servicio de mesa que daba a sus paellas el último toque.

Los días de noviembre en la costa de Alicante eran calientes, llenos de calma y de sol. En las tardes, cuando el agua comenzaba a estar fría, nos dejábamos secar en la arena cálida y contemplábamos los suaves rizos del agua sobre la playa. Algunas veces tendía cordeles, pero nunca llegué a pescar nada. Cuando comenzaba a surgir del horizonte del mar la sombra de la noche en los lentos crepúsculos, nos íbamos a lo largo

del borde del mar —y los chiquillos del pueblecito también—, pescando los diminutos cangrejos de playa que denuncian su presencia por los bultos que forman en la arena recién mojada.

Comencé a dormir en las noches. Durante el día, Juan me dejaba trabajar en el comedor o en el emparrado frente al mar. Pasaban pocas gentes y el único otro huésped en la casa trabajaba en una factoría para el montaje de aviones en Alicante, Comencé a pensar en un libro que quería escribir —mi primer libro— coleccionando historias primitivas de gente primitiva en la guerra, tales como las que había urdido para mis charlas de radio. Pero primero tenía que reparar la máquina de escribir portátil que Sefton Delme había desechado, inutilizada después de su esfuerzo de aprender a escribir a máquina. Cuando la quiso tirar, le pedí que me la diera y se rió a carcajadas con la idea de que alguien pudiera volver a utilizarla después de haberla martirizado con sus dedos enormes.

Ahora era nuestra mayor riqueza, pero no escribía aún y yo odiaba escribir a mano; era demasiado lento para seguir el curso de mis ideas.

Sobre la mesa más grande de pino fregado que había bajo el emparrado, desmonté la máquina, extendí sus mil y una piezas, las limpié y remendé y fui sin prisa reconstruyendo el mecanismo. Era un buen trabajo. Me parecía estar oyendo a mi tío José:

«Cuando yo tenía veinte años comencé a escribir. En aquel tiempo, sólo la gente rica usaba plumillas de acero. Los demás teníamos aún plumas de ave, y antes de aprender a escribir, tuve que aprender cómo cortarlas con un cortaplumas. Pero eran demasiado finas para mis dedos, y me hice una pluma gruesa de un trozo de caña.»

Yo también tenía que cortar mi pluma antes de escribir mi primer libro, aunque la mía era mucho más complicada que la del tío José. Pero yo también estaba a punto de comenzar a aprender a escribir.

En aquellos primeros días era completamente feliz, sentado al sol, envuelto en la luz, el olor y el sonido del mar, reconstruyendo y

remendando un mecanismo complicado —¡cómo me fascinaba la maquinaria!—, mi cerebro embebido en el laberinto de piezas frágiles, y en la visión de un libro, el primer libro, que iba tomando forma en el fondo de mi mente.

En una noche plateada, llena de cantos de grillos y croar de ranas, oí el zumbido pesado de aviones acercándose y alejándose, para volver a acercarse. No hubo más que tres explosiones sordas, la última de las cuales sacudió la casita. A la mañana siguiente supimos que una de las bombas arrojadas por los Capronis —había visto uno de ellos brillar como una gigante mariposa de plata en la luz de la luna— había caído en Alicante en un cruce de calles, derrumbando una docena de casas de adobe, y matando a unos cuantos trabajadores pobres que vivían en ellas. La segunda bomba había caído en un campo desierto. La tercera había caído en la huerta de un viejo. Había destruido sus plantas de tomate y no había matado más que una rana que quedó despatarrada en el borde del cráter. La risa estúpida del mecánico de aviación ante la idea de una bomba matando una rana, me puso furioso. El jardín herido se había apoderado de mí. No podía concebir que fuera materia de indiferencia, y menos de burla, el herir cosa viva alguna. El total de la guerra estaba simbolizado allí en los árboles y las plantas arrancados por una bomba, en la rana muerta por la contusión. Ésta fue la primera historia que escribí con la máquina ya curada.

En la cuarta semana de nuestra estancia en San Juan de la Playa nos despertó una llamada pesada a nuestra puerta. Abrí, vi la cara asustada de Juan, y dos hombres le empujaron a un lado y llenaron el marco de la puerta:

—Policía. Aquí están nuestros carnets. ¿Es esta señora una austríaca llamada Ilsa Kulcsar? ¿Sí? Pues haga el favor de vestirse y salir.

Aún no había salido el sol y el mar estaba plomizo. Nos miramos unos a otros sin decir nada y nos vestimos de prisa. Una vez fuera, uno de los agentes preguntó a Ilsa:

—¿Tiene usted un marido en Barcelona?

—No —dijo asombrada.

—¿No? Bueno, pues aquí tenemos una orden de Barcelona para que la llevemos a su marido, Leopoldo Kulcsar, que la reclama.

—Si el nombre es Leopoldo Kulcsar, efectivamente es mi marido legal, de quien estoy separada. Ustedes no tienen derecho a obligarme a que vaya con él, si es que realmente está en Barcelona.

—Bueno, nosotros no sabemos nada más que tenemos la orden de que se venga con nosotros; y si no quiere venir, pues no tenemos más remedio que llevarla detenida. Ahora usted verá si quiere venir o no.

Antes de que Ilsa contestara, dije:

—Si la arrestan, me tienen que arrestar a mí también.

—¿Y usted quién es?

Se lo expliqué y les mostré mi documentación. Se marcharon a discutir a solas el nuevo problema. Cuando volvieron a entrar, uno dijo:

—El caso es que no tenemos órdenes...

Ilsa interrumpió:

—Me voy con ustedes, pero únicamente si él me acompaña.

El segundo agente gruñó:

—Que se venga. Si tenemos que arrestarla a ella, tendríamos que arrestarle a él también.

Nos dieron el tiempo justo para liquidar cuentas con Juan, dejarle encargado de nuestro equipaje y preparar una maleta pequeña. Después nos metieron en el coche que esperaba fuera.

—No te apures —dijo Ilsa—, como es Poldi quien ha empezado la caza, es indudable que debe haber un error estúpido.

Lo que sí era indudable era que ella no entendía lo que estaba pasando. Había leído el sello y mirado los carnets de los policías, y sabía que estábamos en manos del famoso y temible SIM (Servicio de Inteligencia Militar). Aquella historia sobre el marido de Ilsa no era más que una pantalla. El intento que había fracasado en Madrid se intentaba

ahora a través de una agencia mucho más poderosa, en un sitio donde la ayuda de otros era completamente imposible. Lo único que me asombraba era que no nos hubieran registrado. Yo tenía en el bolsillo una pistola pequeña que Agustín me había dado al salir de Madrid.

Nos llevaron a lo largo de la carretera de la costa hacia Valencia. Después de la primera media hora, los dos agentes comenzaron a preguntarnos sobre nuestros asuntos, con una simpatía reservada. Discutimos la marcha de la guerra. Uno de ellos dijo que era socialista. Nos preguntaron dónde podíamos tener una comida decente y les propuse ir a casa de Miguel en el Peñón de Ifach. Con asombro mío nos llevaron allí. Miguel los miró agrio, escudriñó la cara serena de Ilsa, arrugó el entrecejo y me preguntó qué queríamos comer. Nos preparó una gallina frita con arroz a la marinera y se sentó a nuestra mesa. Fue una comida increíblemente normal. Cuando bebíamos despacio el último vaso de vino, uno de los agentes dijo:

—¿No escucháis nunca la radio? Durante días se ha dado un mensaje a la camarada para que se pusiera en contacto con su marido.

Me quedé pensando lo que hubiéramos hecho si lo hubiéramos oído, pero ¿quién escucha los mensajes de la policía al final de las noticias?

Mucho más humanizados por la comida y el sol, volvimos todos al coche. Miguel nos estrechó la mano y dijo:

—¡Salud y suerte!

Me adormilé, agotado por mis propios pensamientos y por la imposibilidad de hablar libremente con Ilsa. Ella estaba disfrutando con el viaje, y cuando llegamos a un naranjal, los agentes pararon el coche para que pudiera cortar una rama cargada de frutos en los tres colores, verde, amarillo y oro. La llevó a Barcelona. No podía entender su alegría. ¿Es que no se daba cuenta del peligro? O, si era verdad que el marido legal de ella estaba detrás de todo aquello, ¿no se daba cuenta de que podía querer sacarla a la fuerza de España y, posiblemente, deshacerse de mí también?

De pronto, cuando ya estábamos cerca de Valencia y la tarde estaba cayendo, el más rudo de los agentes dijo:

—Si entramos en Valencia antes que sea de noche, seguro que nos van a largar otro servicio. Vamos a dar la vuelta alrededor de la Albufera; a la camarada extranjera le va a gustar.

Me quedé rígido en mi asiento y no dije nada. La Albufera de Valencia es la laguna en la cual se habían arrojado los cadáveres de los asesinados en los días caóticos y violentos de 1936. Su nombre me hacía estremecer. Cautelosamente metí la mano en el bolsillo y quité el seguro de la pistola. En el momento que pararan y nos ordenaran bajar, comenzaría a disparar a través del bolsillo y no íbamos a ser los únicos muertos. Miraba los movimientos más insignificantes de los guardianes. Pero el uno iba adormilado y el otro charlaba sin parar con Ilsa, señalándole los patos, los campos de arroz, las redes de los pescadores, explicándole la vida de los pueblos y el tamaño de la laguna ancha y poco profunda, con su barro rojizo tiñendo las aguas. Y el coche seguía a un paso igual.

Habíamos pasado ya varios sitios que hubieran sido un lugar ideal para una ejecución rápida sin testigos. Si querían hacerlo, tenían que darse prisa. Estábamos ya al final de la Albufera.

Volví a echar el seguro de la pistola y la dejé caer en el fondo del bolsillo. Cuando saqué la mano la tenía agarrotada, y me estremecí.

—¿Estás cansado? —dijo Ilsa.

Cuando llegamos a Valencia era ya de noche y nos llevaron al domicilio del SIM. Nos dejaron esperando en una sala sucia, con agentes cuchicheando detrás de nosotros. Telefonearon a Barcelona, donde se había trasladado recientemente con el Gobierno la oficina central; regresaron después y comenzaron a hacernos preguntas abruptas, y volvieron a desaparecer. Al fin uno de ellos dijo, dudoso:

—Dicen que tú tienes que ir a Barcelona con ella. Pero no entiendo una palabra de qué se trata. Vamos a ver, explícamelo tú.

Traté de hacerlo, de una manera breve y simple. Se me quedaron mirando con desconfianza. Me daba cuenta de que hubieran querido retenernos en Valencia para investigar; pero cuando le pregunté si estábamos detenidos o no, me contestó:

—Libres. Sólo que tendréis que ir bajo observación, como os quieren allí tan urgentemente.

Abandonamos Valencia poco después de medianoche en un coche distinto. El agente que nos había llevado a través de la Albufera vino a despedirse y a decirnos que sentía mucho no le enviaran a él, pues hubiera sido como unas vacaciones. Pero cuando me senté en el coche me di cuenta de que nuestra cartera de mano con los documentos había desaparecido, a pesar de que nos habían afirmado que todas nuestras cosas estaban en el nuevo coche. Volví a la oficina, pregunté a los chóferes, pero todos negaron haberla visto. La cartera contenía mis manuscritos y la mayoría de los documentos que comprobaban nuestro trabajo en Madrid. Su pérdida significaba que habíamos perdido nuestra mejor arma de defensa, que podíamos necesitar urgentemente en Barcelona, el asiento ahora de las oficinas del Estado, con la nueva burocracia para la que éramos desconocidos, y con los viejos enemigos.

Cuando el coche se detuvo a la puerta del SIM en Barcelona, era tan temprano que ninguno de los jefes había llegado aún. Nadie sabía qué hacer con nosotros. Por razones de seguridad nos llevaron a otra sala y pusieron en la puerta un guardia aburrido. Ilsa estaba segura de que las cosas se iban a aclarar rápidamente. Yo no sabía qué pensar. ¿Estábamos o no estábamos detenidos? Tratamos de pasar el tiempo hablando sobre el edificio, muy pequeño para ser un palacio, demasiado grande para ser la casa de gente rica simplemente, con su patio de azulejos, sus gruesas alfombras en los pasillos, sus viejos braseros de copa y sus vitrales en colores mostrando un escudo de armas, pero modernos.

Entró un hombre bruscamente. Ilsa se levantó y gritó: «¡Poldi!». El hombre se quitó el sombrero, me lanzó una mirada sombría y besó la mano a Ilsa con un gesto exageradamente ceremonioso y cortés. Ella dijo unas cuantas palabras agrias en alemán y él se echó para atrás asombrado, casi tropezando. Más tarde ella me explicó que le había preguntado a él: «¿Por qué tienes que mandarme detener?», y que esta acusación le había desconcertado.

Únicamente entonces, Ilsa nos presentó el uno al otro, en francés, sin decir más que los nombres. Yo incliné la cabeza y él se dobló por la cintura en una reverencia teatral. No hablamos ni nos estrechamos la mano.

Su marido legal. Unos ojos febriles e intensos, hundidos en las órbitas y rodeados de ojeras profundas, me estaban mirando fijamente. La frente era amplia y alta, poderosamente abombada, más grande aún por su calva incipiente; la cabeza sentaba bien sobre unos hombros anchos; era delgado, poco más joven que yo y ligeramente más bajo de estatura. En su tipo, con buena presencia. Tenía las mandíbulas rígidamente cerradas formando una boca amargada cuyo labio superior quedaba reducido a un dibujo borroso. Sus cabellos escasos parecían muertos. Le contemplé en detalle, como él me estaba contemplando a mí.

Después se volvió a ella y se sentó a su lado en un sofá largo, forrado de terciopelo. El guardia le había saludado y se había ido. Estábamos solos los tres. Mientras ellos dos se enzarzaban en una conversación animada en alemán, me fui a la ventana y me puse a contemplar el patio, a través de los cristales del vitral, primero, a través de uno amarillo, luego de otro azul, por fin de uno rojo. Las tapias llenas de sol y las sombras bajo las arcadas adquirían, con cada color, profundidades y perspectivas inesperadas. Durante unos cuantos minutos no pensé en cosa alguna.

Era difícil para mi mentalidad española el abarcar y asimilar la situación. Para mí, aquel hombre nunca había sido real. Ilsa era mi mujer. Pero ahora, él, el marido legal, estaba en el mismo cuarto hablando con ella, y yo tenía que aquietar mis nervios. ¿Qué iba a hacer, por qué había venido a España, por qué nos había buscado a través del SIM, por qué el guardia le había saludado tan respetuosamente?

Los dos estaban hablando agriamente, aunque sus voces se mantenían en un tono bajo. Una pregunta brusca, una respuesta brusca; no estaban de acuerdo.

La pared opuesta me estaba lanzando a la cara el calor del sol. El frío que se había apoderado de mí en la madrugada se estaba disipando sin dejar detrás más que un gran cansancio, la fatiga de toda una noche sin dormir y de un viaje de veinticuatro horas, ¡vaya un viaje! La habitación se volvía ahora pesada e invitaba al sueño con sus cortinas, sus tapices y sus gruesas alfombras. No tenía parte en su conversación ininteligible. Lo que me hacía falta era un café, un coñac y una cama. ¿Había venido este hombre a reclamar a su mujer y llevársela consigo? La cuestión es si ella quiere ir con él; y no quiere. Sí, pero él es el marido legal, es un extranjero que puede reclamar la ayuda de las autoridades españolas para llevarse a su mujer; basta simplemente con que le nieguen la estancia en España y entonces, ¿qué? Protestaríamos. ¿A quién? ¿Con qué fundamentos legales? No había podido protegerla de persecuciones ni aun en Madrid.

Trataba todos los argumentos en un diálogo articulado conmigo mismo. Pero sus voces ya no eran agrias. Dominaba ella, le estaba convenciendo con su voz cálida que era tan cariñosa, perdido el acento frío que tenía antes. A esta hora el sol habría calentado ya el mar en la playa de San Juan. ¡Meterse en el agua y después dormirse en la arena!

Se levantó Ilsa y vino hacia mí:

—¡Nos vamos!

—¿Adonde?

—Al hotel de Poldi. Ya te explicaré después.

Cuando salimos del edificio, los guardias a la puerta saludaron. Ilsa se colocó entre él y yo. De nuevo comenzó a hablar en alemán, pero Ilsa le interrumpió:

—Ahora vamos a hablar en francés, ¿no?

El resto del camino lo hicimos en silencio. El hotel estaba lleno de gentes conversando entre las que había media docena de periodistas que conocíamos. Estaba muy consciente de mi estado impresentable. Poldi nos condujo a su habitación y explicó a Ilsa dónde estaban sus cosas de lavarse y afeitarse, sin hablarme a mí. En medio de la habitación había un tremendo cofre y Poldi comenzó a explicar a Ilsa sus ventajas abriendo cajones y compartimentos, tirando de la barra con los ganchos de colgar ropas, todo muy complicado y funcionando malamente. Cuando nos dejó solos, Ilsa dijo en un tono maternal que me molestó:

—El pobre chico, es siempre el mismo. Cualquier tontería de lujo barato, como ésta, le hace completamente feliz, como a un niño con un juguete nuevo.

Le dije malhumorado que no me interesaban cofres de imitación, y la agobié a preguntas. Mientras nos lavábamos y cepillábamos, me fue explicando la situación: había venido a Barcelona con una misión oficial que aún no había comprendido bien; pero había venido también por ella, dispuesto a llevársela a la fuerza si no estaba dispuesta a marcharse con él. La razón era que no sólo había oído rumores de la campaña política contra ella, sino también historias sobre mí que le habían creado inquietudes por ella: que yo era un borracho confirmado, con un montón de hijos ilegítimos, y que la estaba arrastrando al arroyo conmigo. Había intentado usar su título de marido legal para llevársela contra su voluntad —tal como yo había pensado—, no con la ilusión de que reanudara la vida conyugal con él, sino para salvarla y para que pudiera recuperarse en otro ambiente más sano y más pacífico. La

forma en que se nos había detenido en San Juan de la Playa obedecía al hecho de que no había podido lograr nuestra dirección en Madrid (una cosa extraña, puesto que la conocían bastantes personas oficiales y privadas), y así se había visto forzado a utilizar la ayuda de la radio y de la policía; y los policías del SIM, naturalmente, habían interpretado la cosa a su manera. Aparentemente había abandonado su proyecto original, después de verla llena de calma, segura de sí misma, más alegre y feliz que nunca la había conocido, a pesar de todas las dificultades. Ahora quería discutir la situación conmigo y quería ayudarnos a los dos. Terminó triunfalmente:

—¡Y aquí tienes la situación, a pesar de todos tus miedos! Ya te había dicho que era incapaz de jugarme una mala partida.

No estaba muy convencido; conozco demasiado bien la fuerza de los instintos posesivos. Pero cuando nos sentamos los tres para almorzar y vi más del hombre, comencé a modificar mis ideas. Ilsa era tan perfectamente natural en su actitud hacia él, tan amistosa y desprendida, que él dejó caer su arrogancia demostrativa hacia mí, contra la cual yo no tenía defensa posible, ya que él tenía su derecho de proteger su propio orgullo lo mejor que pudiera. Le encontraba a la vez abierto y receloso. Un pequeño incidente rompió el hielo entre los dos: no teníamos cigarrillos y era casi imposible obtenerlos en Barcelona. Poldi pidió un paquete de cigarrillos al camarero, con un tono imperativo que no produjo más efecto que una sonrisa desdeñosa y un encogimiento de hombros. Había hablado con el mismo acento presuntuoso de un muchacho que aún no ha aprendido a dar órdenes ni propinas y que tiene miedo de que el camarero vea su ignorancia a través de su barniz de hombre de mundo. Intervine, charlé un rato con el hombre, rematamos con unas bromas y al final tuvimos cigarrillos, una buena comida y buen vino. Esto impresionó enormemente a Poldi, tanto que me era fácil adivinar sus sueños de adolescente y su juventud difícil. Dijo pensativo:

—Parece que tienes un don que nunca he podido tener.

Me di cuenta de que sus maneras señoriales no eran más que una frágil armadura para cubrir su inseguridad interna.

Sin embargo, ahora que ya me había aceptado como un hombre, era sencillo y digno hablando de Ilsa conmigo. Para él era el ser humano más importante en el mundo, pero sabía, definitivamente, que la había perdido, al menos por este período de su vida. No quería perderla totalmente. Tendría su vida conmigo, ya que yo parecía ser capaz de hacerla feliz, y tendría a la vez la devoción y la amistad de él. Y si yo le faltaba, tendría que entendérmelas con él.

Más tarde —continuó Poldi—, trataría de arreglar un divorcio, aunque sería una cosa dificilísima. Estaban casados según las leyes de Austria y los dos eran fugitivos del fascismo austríaco. Mientras tanto, él se daba cuenta de que no estábamos haciendo trabajo alguno práctico para la guerra, principalmente porque habíamos manejado de mala manera nuestras relaciones oficiales. Habíamos estado locos en hacer en Madrid trabajo de propaganda importante sin asegurar antes todos los nombramientos necesarios y los emolumentos correspondientes. Él sabía que Ilsa era una romántica, pero sentía mucho encontrar que yo fuera un romántico también. Ella tendría que marcharse de España hasta que se extinguiera la campaña contra ella; aunque eran sólo unas pocas personas las que estaban detrás de ello, nuestras querellas con la burocracia nos habían aislado y dado mala fama. Él nos ayudaría a conseguir todos los documentos necesarios a los dos, ya que ella no quería irse sin mí, y fuera de España encontraríamos trabajo abundante. Ilsa era muy necesaria para ello, y en cuanto a mí, él estaba dispuesto a aceptar la evaluación que ella hacía de mi trabajo. Se daba cuenta ahora de que nos había hecho daño haciendo intervenir al SIM, una organización para la que todo el mundo era sospechoso, pero él se encargaría de disipar todo recelo y dudas sobre nuestra situación y rescataría los documentos que nos habían quitado.

Aquella misma tarde trató de hacerlo. De regreso a los cuarteles del SIM, Poldi volvió a adquirir la actitud ostentosa que yo había notado con tanto disgusto la primera vez. Pidió a uno de los jefes del SIM que nos dieran documentos que demostraran que la organización no tenía nada en contra nuestra, aunque nos hubiera traído forzosamente a Barcelona; pero el hombre, un muchacho flaco y pálido, no hizo más que prometerle que se ocuparía de ello. Por otra parte, telefoneó urgentemente a Valencia pidiendo que mandaran nuestra cartera con su contenido intacto, pero sin hacer hincapié en su confiscación silenciosa. Sin un documento que mostrara por qué estábamos en Barcelona, nos sería imposible encontrar alojamiento; en consecuencia, el jefe del SIM dijo que nos mandaría con un agente al hotel Ritz, donde nos darían una habitación. Preferia que nos quedáramos allí, porque así sabría dónde encontrarnos si nos necesitaba. Con esta observación final, el ofrecimiento se convertía en una orden que demostraba, a pesar de las explicaciones de Poldi, que el hombre intentaba que el departamento investigara a fondo sobre nosotros, ya que incidentalmente se había enterado de nuestra existencia. En consecuencia nos condujeron al Ritz, que acababa de abrirse de nuevo al público, con sus suntuosas alfombras rojas y todas las ceremonias meticulosas de tiempo de paz, pero con comida escasa y luz más escasa aún; allí nos dieron una habitación sobre el jardín de verano. No teníamos con nosotros ni un cepillo de dientes.

El resto del día fue una serie de conversaciones y silencios, de esperas y de paseos al lado de ellos, de un ir y venir, como el de un perrillo atado a una cuerda. Cuando aquella noche cerramos la puerta de nuestra habitación, estábamos demasiado agotados para hablar o para pensar, aunque sabíamos que se nos acababa de empujar a través del dintel de una nueva etapa en nuestra vida. Este hombre ¿había dicho que yo iba a dejar España, a desertar de nuestra guerra, para poder

trabajar de nuevo? Me parecía una equivocación y una locura. Tendría que pensar sobre ello cuando las cosas se normalizaran un poco.

Estaba demasiado cansado para poder dormir. Las vidrieras del balcón estaban abiertas de par en par y una luz pálida llenaba el cuarto extraño. Mis oídos se esforzaban en identificar un tenue zumbido lejano; al fin decidieron que era el ruido del mar. Un gallo cantó en alguna parte en la noche y otros le respondieron, cercanos y estridentes, lejanos y fantasmales. La cadena de desafíos y réplicas parecía interminable a través de las terrazas de Barcelona.

Siguieron diez días de vida irreal en los cuales Poldi estuvo en Barcelona y su presencia regía todas nuestras acciones. Tenía conversaciones conmigo, se marchaba a dar largos paseos con Ilsa mientras yo me quedaba pensando con asombro en mi falta de celos o resentimiento, arreglaba entrevistas con oficiales, diplomáticos o políticos, nos llevaba al SIM para exigir una vez más nuestros salvoconductos, ya que la maleta había desaparecido pero seguíamos sin documentos que justificaran nuestra estancia en Barcelona. Todos aquellos días trataba de entender su manera de pensar y organizar la mía; trataba de encontrar tierra firme bajo mis pies para poder quedarme y trabajar con mi propio pueblo; y tenía otra vez que pelearme con mi cuerpo y mis nervios cada vez que sonaban las sirenas o pasaba una motocicleta petardeando la calle.

Cuando Poldi discutía asuntos internacionales, me fascinaba por sus conocimientos y visión. Estaba convencido de que las organizaciones socialistas revolucionarias, estrechamente unidas, eran las únicas fuerzas capaces de enfrentarse con el fascismo internacional donde quiera que brotara, y que el campo de batalla más importante de esta lucha era aún la clase obrera de Alemania, aunque fuera en el frente de España donde se batallaba más intensamente. Estaba poniendo todas sus energías en su trabajo como secretario de Jiménez de Asúa, el embajador de España en Praga, y sus amigos arriesgaban sus vidas para

cruzar la frontera y dar información de las bombas y granadas nuevas que se estaban fabricando en Alemania para su ensayo en España. Pero servir a la República española era sólo una parte de la gran guerra que se echaba encima, de la batalla gigante, en la que Francia e Inglaterra tendrían que aliarse con la Rusia soviética a pesar del juego asesino y suicida de la no intervención que sostenían ahora. Le dijo a Ilsa rotundamente que, en su opinión, había desertado del frente de lucha principal para sumergirse completamente en la guerra en España y dejar caer todo su trabajo por el socialismo alemán y austríaco. Estaba conforme en que ella había hecho bien en no movilizar a ninguno de sus amigos socialistas —Julio Deutsch, Pietro Nenni u otros— cuando la campaña contra nosotros era peligrosa, porque la sucia intriga podía haberse aumentado y convertido en una lucha entre socialistas y comunistas por gentes siempre opuestas a la colaboración entre los dos grupos, una condición en la cual Ilsa y él creían entonces.

Lo escuchaba y me asombraba: me acordaba de que me había mostrado la pistola que estaba dispuesto a usar contra mí si lo hubiera creído necesario para salvar a Ilsa; y ahora estaba conforme en que hacía bien en arriesgar la vida antes que hacer un daño imaginario a un principio político. Los dos hablaban fácilmente, usaban el mismo lenguaje, las mismas abreviaciones de pensamiento, las mismas asociaciones y citas; los veía tan completamente acordes en cada cosa que se refería a sus ideales sociales y políticos, que me sentía dejado fuera, casi hostil a su lógica analítica.

Pero una tarde, cuando Ilsa y Poldi discutían la finalidad de su socialismo, Ilsa declaró su creencia en el individuo humano como el valor final. Poldi, a esto, exclamó:

—Siempre me ha parecido que nuestras filosofías chocan. Lo que acabas de decir significa que estamos divorciados espiritualmente.

Sonó la frase tan pomposa que no pude evitar el hacer un chiste tonto; pero me di cuenta en el acto de que aquello le había herido

profundamente. A pesar de nuestras diferencias de lógica y lenguaje mentales, yo me encontraba unido a Ilsa, precisamente en el punto en que existía un abismo entre ella y Poldi. Había ocurrido lo mismo que cuando él me había dicho: «Ilsa es bastante difícil de manejar, ¿no?», y yo había negado asombrado, hiriéndole y haciéndole celoso como ningún hecho físico podía hacerle. Porque lo que él quería era dominarla y poseerla y precisamente este hambre de poder y dominación era lo que había destruido su matrimonio.

Mirándome a mí mismo encontraba que mi vida me había hecho odiar todo lo que fuera poder y posesión, tanto, que mi única ambición era libertad y unión espontánea. Y era precisamente en esto en lo que chocábamos con él Ilsa y yo. Poldi había tenido una niñez proletaria como la mía, odiaba el mundo tal como estaba organizado y se había convertido como yo en un rebelde. Pero su odio de poder y posesión le había convertido en un obsesionado de ello; no se había desarrollado por encima de las heridas infligidas a su confianza en sí mismo. Lo vi con piedad y repugnancia el día en que, al fin, nos dieron los salvoconductos del SIM. Había pasado un mal rato: Ordóñez, el intelectual socialista que se había convertido en jefe de la organización, estuvo jugando con nosotros a través de un largo interrogatorio, con sus sonrisas equívocas y la crueldad de un anormal. Pero al fin ordenó a su secretario que preparara los papeles inmediatamente, y nos los entregó. Poldi estaba en el mismo despacho, hojeando un montón de papeles relacionados con su misión oficial, material acerca de los líderes extranjeros del POUM catalán que habían sido arrestados bajo la sospecha de un complot internacional. Habló Ordóñez, grandilocuente, como cada vez que hablaba dentro de aquel edificio, dio una orden a un agente, y se enterró de nuevo y teatralmente en los papeles. El agente regresó con una mujer grande y maciza, y Poldi comenzó a interrogarla en alemán con un tono que hizo a Ilsa moverse inquieta en su silla. Yo también reconocí el tono: Poldi se estaba escuchando a sí mismo, como

un juez, frío y grande; una ambición verdaderamente peligrosa. Me alegré de poder contestar negativamente a Poldi cuando me preguntó si había visto a la mujer en Madrid.

Se cortó entonces la luz eléctrica. Alguien encendió una vela que lanzaba contra las paredes del cuarto manchones amarillos y sombras inmensas. La casa se tambaleó sobre sus cimientos: había caído un rosario de bombas. Sentí temblarme las manos, y luché por retener el vómito que me llenó la boca. Otro agente trajo otra mujer prisionera, una mujer menuda, con facciones tensas y amargadas y los ojos oscuros, dilatados, de un animal perseguido. Se dirigió a Ilsa:

—Tú eres Ilsa. ¿No te acuerdas de mí, hace doce años en Viena?

Se estrecharon las manos e Ilsa se quedó rígida en su silla. Poldi comenzó a interrogar, un fiscal perfecto en un tribunal revolucionario, en el que nuestra presencia parecía desvergonzada. Estaba pensando en cómo le debía sonar su voz en sus propios oídos. Indudablemente aquello era la realización de un sueño o tal vez lo que había imaginado en prisión, cuando le habían arrestado por su participación en la huelga general de Austria contra la otra guerra, y no era más que un muchacho incierto, ambicioso e imaginativo. Ahora estaba ejerciendo lo que concebía su deber, y lo terrible era que su poder sobre los otros le proporcionaba un placer. En la luz amarillenta sus ojos estaban hundidos como las órbitas de una calavera.

Cuando salimos del edificio —que yo pensaba no quería volver a ver en mi vida—, empleó un largo rato en explicar a Ilsa por qué él ya no consideraba a aquella mujer una socialista. Se me escapaban los detalles de ello; no sentía simpatía ni por el POUM ni por su persecución, y Poldi tenía indudablemente sus razones, pero por muy cuidadosos o convincentes que pudieran ser sus argumentos, era evidente que había en él un trazo de locura. Seguramente lo había también en mí. El mío nacía en el odio y el miedo a la violencia, el suyo parecía empujarle a sueños fantásticos de poder. Pesaba tanto esta

impresión sobre mí que no presté mucha atención a sus planes para el trabajo de Ilsa y mío en el extranjero. No tenía simpatía alguna con mi manera de mirar los problemas de la guerra; para él, yo no era más que un sentimental. Si quería encontrarme trabajo, era tanto porque esto le daba un sentido de poder como por su creencia de que yo era un buen propagandista. Era yo quien tenía que encontrar mi propio camino.

Como consecuencia de estas reflexiones, cada vez que Poldi nos llevaba a presentarnos a los nuevos jefes de los diversos ministerios, me dedicaba al juego de clasificarlos. Lo que más me chocaba en la mayoría de ellos era que pertenecían a un mismo patrón: jóvenes ambiciosos (o miedosos, tal vez) pertenecientes a la clase media alta que se habían declarado comunistas, no como lo habíamos hecho en Madrid, porque nos parecía el partido de los trabajadores revolucionarios, sino porque unirse a ellos era unirse al grupo más fuerte y tener parte en su poder disciplinado. Habían saltado por encima del socialismo humanista y habían adquirido una máscara de eficiencia y rudeza. Admiraban a Rusia por su poder, no como una promesa de una nueva sociedad, y su actitud me daba escalofríos. Trataba de ver dónde podía yo encajar en aquella maquinaria y no conseguía más que torturarme al ver que nada de lo que yo podía dar se utilizaba en la guerra. Lo único que encontraba que podía hacer era escribir el libro de Madrid que había planeado. Yo no era más que un recipiente que debía vaciarse de lo que tenía dentro.

Cuando se marchó Poldi hacía un frío terrible. Parecía muy enfermo y se quejaba de dolores; decía que padecía de antiguo del estómago y se había empeorado con la manera de vivir en Barcelona, acostándose tarde, comiendo irregularmente, manteniéndose a coñac y café —como yo había hecho— para fustigar sus energías. Antes de irse me habló una vez más de Ilsa: la encontraba ahora como había sido antes de que él destruyera su alegría y su simplicidad, y estaba contento de ello. En el futuro, estaríamos muchas veces juntos los tres, «porque si no fuera por

Ilsa, él y yo hubiéramos sido muy buenos amigos». No creía yo así las cosas, pero estaba bien que él lo creyera. Entre nosotros no quedó el odio.

Me quedé solo, cara a cara conmigo mismo.

En aquellos días sombríos de diciembre se multiplicaron los bombardeos aéreos de Barcelona, y en enero de 1938 se hicieron aún peores. Las tropas del Gobierno habían iniciado un ataque en el frente de Aragón, y Barcelona era el centro de abastecimientos. Los aviones italianos tenían poco camino que recorrer desde las islas Baleares. Se remontaban alto, paraban sus motores a gran distancia sobre el mar, planeaban sobre la ciudad, soltaban sus bombas y huían. El primer aviso era la concusión de una bomba más o menos distante; después, la ciudad se quedaba a oscuras; mucho más tarde sonaban las sirenas. Volví a caer en las garras de mi obsesión; en el momento en que me despertaba no podía continuar en nuestra habitación. En la calle, cada ruido inesperado o confuso me sacudía y me producía la humillación del vómito. Al principio me quedaba durante horas en el *hall* del hotel, escuchando los ruidos de la calle, mirando a las gentes, en una ansiedad perpetua. Después descubrí que en el bar instalado en el sótano podía charlar con los camareros y refugiarme bajo gruesas paredes; y por último descubrí allí un cuartito diminuto, fuera de uso, que el director del hotel se avino a dejarme libre para que pudiera trabajar allí. Me instalé con mi máquina de escribir y trabajé días y noches con una excitación febril, rayando en histeria. En todo caso, cuando había un bombardeo aéreo estaba en un refugio y podía a la vez ocultarme de las gentes. En el techo del cuarto se abría una pequeña reja que salía a la altura de la acera en la calle y únicamente por allí me llegaban los ruidos del mundo exterior. Hubiera querido dormir allí por la noche; durante el día me dormía a ratos en un diván forrado de terciopelo que existía allí, en sueños cortos llenos de pesadillas de las cuales me

recobraba después de beber un vaso de vino. Bebía y fumaba mucho. Tenía miedo de volverme loco.

Cuando no podía trabajar más porque las palabras se volvían borrosas, salía de mi cubículo y me mezclaba con las gentes en el bar. Se juntaban allí una colección abigarrada de oficiales del ejército y altos empleados, junto con periodistas extranjeros y españoles, huéspedes extranjeros del Gobierno, traficantes internacionales, esposas distinguidas y prostitutas de lujo. El ruido, las bebidas, las discusiones y la vista de la gente me salvaba de la melancolía mortal en que me sumergía tan pronto como me detenía en el trabajo.

Algunas veces, pero raramente, salía e iba a hablar con gentes que conocía en alguno de los departamentos de la organización de guerra. Tenía aún la esperanza de que podía ser útil y de que podía curarme dentro de España; sin embargo, un hombre como Frades, que había trabajado conmigo en Madrid en los días de noviembre —¡qué lejos estaban aquellos días en esta ciudad de negocios y burócratas, donde el ansia de lucha se había enfriado!—, me dijo que todo aquello era muy triste y que lo mejor que podía hacer era publicar mi libro y ver qué pasaba después. Rubio Hidalgo se había ido a París como jefe de la agencia España, y en Barcelona le había sustituido Constancia de la Mora, a quien yo no podía ni soñar el hablar de mis problemas. La mayor autoridad ahora en el Ministerio de Estado era el señor Ureña, que indudablemente no había olvidado mi actuación el 7 de noviembre; Álvarez del Vayo —cuya esposa había mostrado una gran amistad a Ilsa— no había vuelto aún a hacerse cargo del ministerio, y en todo caso estaba más obligado a asistir a otros que a mí. No encontraba una sola persona a la que pudiera hablar honradamente, como lo había hecho al padre Lobo.

El Gobierno y la maquinaria de guerra trabajaban como nunca habían trabajado: ahora había un ejército y una administración eficientes, dos cosas necesarias para mantener una guerra moderna

aunque sea en pequeña escala. Pero el ansia de libertad, los esfuerzos desesperados por construir una vida social nueva y mejor, se habían destruido totalmente. Mi cerebro se conformaba, mis instintos se rebelaban furiosos.

Fui a una tienda a comprarme una boina. El propietario me contó, muy contento, que el negocio comenzaba a mejorar; se había dicho a las esposas de los empleados oficiales que debían volver a llevar sombrero, como una buena propaganda de que se habían terminado para siempre los tiempos turbulentos de la chusma proletaria.

Y todo aquello era verdad. Tal vez los hombres que no querían darme trabajo tenían razón. La única esperanza para España, la nueva España, era sostenerse hasta que las potencias no fascistas se avinieran a vendernos armas por ser su vanguardia; o hasta que se encontraran forzadas a luchar en la gran guerra que se aproximaba a grandes zancadas. En estos planes no había sitio para soñadores, ni tampoco sitio o tiempo para revivir la prematura fraternidad de Madrid. Aquí, en la Barcelona de 1938, yo no podía hablar a nadie en la calle como a un amigo o un hermano. Organizaron una expo—sición de Madrid, con enormes bombas vacías, con retorcidos cascos de metralla, con cientos de espoletas, con fotografías de ruinas, de hogares infantiles y de trincheras. Las caritas dormidas de los niños asesinados en Getafe volvieron a mirarme. Pero Madrid estaba muy lejos.

Nuestras tropas habían conquistado Teruel. Los corresponsales volvían del frente con historias de muerte en el fuego y en la nieve. Nuestra amiga noruega Niní Haslund, organizadora de la ayuda internacional, nos contó historias de niñas temblorosas en un convento bombardeado y de viejas mujeres que lloraban cuando se les daba pan. Me comenzaba a abrumar un sentido de inferioridad: nuestros soldados estaban muriendo en las calles de Teruel. Estábamos destruyendo nuestras propias ciudades y matando a nuestros propios hombres porque no había otra solución contra el horror de vivir en la esclavitud fascista.

Yo debería estar en el frente, y no era ni aun capaz de trabajar en Barcelona cuando había un bombardeo. Era un inútil físico y mental, acurrucado en una cueva en lugar de estar ayudando a los niños o a los hombres.

Sabía que no podía remediar mis defectos físicos, ni mi mano estropeada, ni mi corazón lesionado, ni las cicatrices del tejido de mis pulmones. Sabía también que no tenía el deseo de matar. Pero era un buen organizador y propagandista y no trabajaba en ninguna de las dos cosas. Podía haber sido menos rígido, más elástico en mis relaciones con la burocracia; al fin y al cabo había sabido manejarla bien en el servicio de patentes, con beneficio para la industria pesada que yo odiaba. Y ahora, en el gran conflicto, había puesto por delante del trabajo mis odios y mis aversiones. Yo mismo me habia expulsado del puesto que había escogido en la guerra. Sin mi intransigencia y mi individualismo, Ilsa y yo podríamos estar aún haciendo un trabajo que honestamente creíamos hacer mejor y menos egoístamente que otros. ¿O habían sido mis nervios los que me habían traicionado? ¿Me hubiera impedido al fin seguir hablando como La Voz de Madrid la hiel amarga que me inundaba la boca? Me había refugiado en una enfermedad mental para no tener que enfrentarme cara a cara con las cosas que mis ojos veían y que a los otros parecían pasar inadvertidas?.

Lentamente, en espasmos, estaba terminando el libro que incluía algo del Madrid que yo había visto. En las noches escuchaba los gallos desafiándose unos a otros de azotea en azotea. Cuando Ilsa me dejaba solo en nuestra alcoba, me sentía atacado por todos los terrores, un paria, y cuando volvía buscaba refugio en su calor. Dormía muy poco. Mi cerebro giraba, como una mula ciega encadenada a una noria.

Después de un período de enfrentarme con la guerra y con la futura guerra, mis pensamientos volvían invariablemente a mí mismo. Ya no controlaba las emociones que me regían; su trama se había deshilachado. Tenía miedo de la tortura que precede a la muerte, del

dolor, de la mutilación de la putrefacción en vivo y del terror que me producían en las entrañas. Tenía miedo de la destrucción y le la mutilación de otros, porque era una prolongación de mi propio terror y de mi propio dolor. Un bombardeo aéreo era todo esto, aumentado por el derrumbamiento de las paredes, el huracán de la onda explosiva, la imagen de los propios miembros arrancados del ,cuerpo vivo de uno. Maldecía mi memoria, fiel y gráfica, y mi imaginación entrenada técnicamente, que me presentaba los explosivos, los edificios y los cuerpos humanos en acción y en reacción como en una película lenta. Sucumbir a este terror de la mente sería caer en la locura, y este pensamiento me aterrorizaba.

El que las sirenas comenzaran a sonar y el peligro imaginario se convirtiera en real, era un profundo alivio. Obligaba a Ilsa a que se levantara y bajáramos al bar en el sótano. Nos sentábamos allí con otros huéspedes, todos en pijama o bata, mientras los antiaéreos ladraban y las explosiones sacudían el edificio. Algunas veces se me llenaba la boca de vómito, pero aun esto era un consuelo, porque todo era real, no imaginario. Después de un bombardeo me quedaba siempre profundamente dormido.

Después, en la mañana, bajaba al cuartucho que olía a moho y me sentaba a la máquina. Por un tiempo corto se me clarificaba el cerebro y pensaba. ¿Era verdad que tenía que abandonar España para no volverme loco y poder volver a trabajar? No creía en los planes de Poldi ni en sus negociaciones. Las cosas se desarrollarían por sí mismas, y a medida que cada situación concreta se produjera nos enfrentaríamos con ella. Mientras tanto, las fundaciones del edificio futuro estaban allí, firmes, reales e indestructibles: mi unión con Ilsa. Poldi lo había visto igual que lo habían visto María y Aurelia, igual que el padre Lobo lo había aceptado. Al menos en aquello no había problema, y me agarraba desesperadamente a esta simple realidad.

En la tarde del 29 de enero —un sábado—, el gerente del hotel bajó al bar a buscar a Ilsa: alguien la esperaba en el *hall*. Después de un rato, un camarero me dijo: «Creo que era la policía» y subí corriendo. Estaba sentada en el *hall* con uno de los agentes del SIM y su cara estaba color ceniza. Me alargó un telegrama: «Poldi murió de repente el viernes. Sigue carta». Firmaba un nombre que no conocía. El agente había venido para estar seguro de que no se trataba de una clave. Ilsa explicó cuidadosamente la situación y contestó llanamente a los comentarios locuaces del agente sobre los traficantes internacionales que había en el hotel. Después bajamos al bar, ella rígida delante de mí, y nos reunimos con el padre Lobo, que estaba con nosotros. Había conocido a Poldi, le había considerado un hombre fundamentalmente bueno y grande, y sin embargo había visto que Ilsa no le pertenecía. Ahora la consolaba gentilmente.

Se pasó una noche entera sentada en la cama peleándose consigo misma. Yo no podía hacer más que acompañarla. Se creía responsable de la muerte de él, porque pensaba que su manera de vivir desde que ella le había dejado había minado su salud. Pensaba que no se había preocupado de sí mismo, precisamente porque ella se había ido de su lado y porque había intentado encontrar una finalidad en la vida distinta de sus sentimientos hacia ella. Esto fue al menos lo que me dijo, aunque no habló mucho. No era más fácil para ella el que no sintiera remordimientos, sino sólo pena de haberle herido mortalmente y de haber perdido una amistad profunda y vieja. Habían tenido buenos ratos en su vida en común. Pero ella conocía el fracaso de él, porque ella no había podido amarle, y esto le angustiaba. Era el precio que tenía que pagar.

A las tres de la mañana hubo un bombardeo. No bajamos al bar. Las bombas cayeron muy cerca. Unas pocas horas más tarde Ilsa cayó en un sueño inquieto; me levanté, me vestí y bajé al *hall*. Las mujeres de la limpieza no habían terminado aún y tendría que esperar para poder

trabajar. Me quedé en el *hall*. Un inglés joven —el segundo oficial de un barco inglés que había sido hundido por bombas italianas, según me contó el gerente del hotel— se paseaba de arriba abajo y de abajo arriba como un oso en una jaula. Tenía los ojos de un animal amedrentado y la mandíbula le colgaba floja. Se paseaba en el *hall* en dirección opuesta a la mía y cada vez que nos cruzábamos nos mirábamos uno a otro.

Aquella mañana de domingo era maravillosamente azul. Ilsa había prometido actuar como intérprete para uno de sus ingleses amigos, Henry Brinton, durante una interviú con el presidente Aguirre, del país vasco. Bajó, muy rígida y pálida, se bebió el desayuno —una infusión de manzanilla sin pan, porque la situación alimenticia de Barcelona se agravaba por días— y me dejó solo. Tenía bastante ya de mirar los paseos del inglés y bajé a mi refugio. Mi colección de cuentos estaba terminada, pero quería revisarla y corregirla. Iba a titular el libro *Valor y miedo*.

Media hora más tarde sonaban las sirenas, simultáneamente con la primera explosión. Me fui corriendo al mostrador del bar; se me contraía el estómago y el camarero me llenó un vaso de coñac. El joven inglés bajaba las escaleras temblándole las piernas; en el último descansillo —un triángulo estrecho— se paró y se recostó contra la pared. Me fui a él. Le castañeteaban los dientes. Le obligué a sentarse en uno de los escalones y le traje un vaso de coñac. Comenzó a contarme en una laboriosa mezcla de francés e inglés: las bombas habían caído en la cubierta del buque y había visto a sus hombres hechos pedazos ante sus ojos dos días antes. Aquello le había dado un choque... e hipó convulso.

Un tremendo desgarro y aullido sacudió el edificio, seguido del derrumbe de paredes contra las paredes que nos encerraban. De la cocina llegaban chillidos agudos. Una segunda explosión nos tambaleó a nosotros y a la casa. El oficial inglés y yo nos bebimos el resto del

coñac. Veía temblar mi mano y bailotear la suya. El camarero, que había corrido escaleras arriba, volvió y dijo:

—La casa de al lado y la de detrás de nosotros están hundidas. Vamos a hacer un agujero en el tabique de la cocina con el sótano de al lado, porque se oye gritar a gente en el otro lado de la pared.

E Ilsa estaba en la calle.

Apareció una horda de cocineros en mandiles blancos corriendo por el pasillo. El blanco estaba salpicado del pimentón de los ladrillos. El alto gorro blanco del *chef* estaba apabullado. Conducía un grupo de mujeres y chiquillos con los trajes desgarrados y llenos de polvo. Lloraban y gritaban todos; los acababan de recoger a través de un agujero en el tabique. La casa entera había caído sobre ellos. Había dos más que estaban aún aprisionados en los escombros. Una mujerona ya madura y gorda se cogió el vientre con las dos manos y comenzó a reír en tremendas carcajadas. El oficial inglés se quedó mirándola con los ojos azules dilatados. Yo sentí que mi control, también, se me escapaba. Separé al oficial bruscamente de un codazo y abofeteé a la mujer. Se le cortó la risa y se me quedó mirando asombrada.

Poco a poco fueron desapareciendo las mujeres y los chiquillos. El inglés, mientras, se había bebido una botella entera de vino y ahora estaba caído a través de una mesa, roncando, con la cara contraída dolorosamente. El camarero me preguntó:

—¿Dónde está tu compañera?

No lo sabía. Tenía los oídos llenos de explosiones. Estaría allí, en la calle, o muerta. Estaba en un estupor. A través de las claraboyas del techo llegaban las campanadas del servicio de incendios y penetraba una lluvia finísima de yeso. Olía igual que el derribo de una casa vieja. ¿Dónde estaba Ilsa? La pregunta me golpeaba el cráneo, pero no intentaba contestarla. Era un murmullo semejante al del latir de mi sangre en las sienes. ¿Dónde estaba Ilsa?

Bajaba las escaleras acompañada de Brinton y parecía años más vieja que el día antes. En nuestro cuarto encontramos roto sólo un cristal del balcón, pero la casa al otro lado del jardín del hotel había desaparecido. El jardín estaba lleno de persianas retorcidas como serpientes, muebles rotos, tiras de papel pintado y una gran lengua de escombros desbordados. Ilsa se quedó mirando aquello y después se desplomó. Había estado en la calle durante el bombardeo y no se había asustado mucho; después había piloteado a Brinton durante su interviú con Aguirre; había una mimosa en flor en el jardín del presidente, y una bala de un antiaéreo clavada en la acera. Después, el chófer le había dicho que las bombas habían caído en el Ritz y, volviendo, se había hecho fuerte contra lo peor que podía encontrar. Había ayudado a matar a Poldi. Ahora pensaba que me había dejado solo para que me mataran o me volviera loco. Me di cuenta entonces de que yo también la había dado por muerta a causa de la muerte de Poldi, pero sin admitirlo.

Aquella noche el ruido de pico y pala, los gritos de los trabajadores desescombrando, entraban en nuestro cuarto mezclados con el canto de los gallos. Recuerdo que aquella tarde llegó una delegación inglesa —lord Listowel y John Strachey, entre ellos— y fue conducida al montón de escombros que rodeaba el hotel, donde los hombres trabajaban bajo la luz de las lámparas de acetileno para recoger a los enterrados. Creo recordar que los periodistas hablaban mucho de una misa pública que el padre Lobo había dicho aquella mañana y que Nordahl Grieg —el escritor noruego que fue derribado en un avión inglés durante un raid sobre Alemania seis años más tarde— me contó cómo las escuadras de salvamento habían entrado en un cabaret donde estaba él bebiendo, y habían obligado a todos los juerguistas a ayudar a desescombrar. Pero no me acuerdo de nada sobre mí mismo. Los días siguientes se pasaron en una niebla. Mi libro estaba terminado, Ilsa estaba viva, yo estaba vivo. Era claro que tendría que abandonar mi país si no quería volverme

loco. Tal vez lo estaba ya; pensé sobre esta posibilidad lleno de indiferencia.

Todo lo que hicimos en aquellas semanas de febrero fue hecho por Ilsa y sus amigos. Acabó la traducción alemana de mis historias y las vendió a un traficante holandés en tabaco y otras cosas, por dinero contante; con él pagamos la cuenta del hotel. El manuscrito español de *Valor y miedo* fue aceptado, con gran asombro mío, por Publicaciones Antifascistas de Cataluña. Una refugiada alemana —una muchacha que había sido secretaria de escritores de izquierda, había huido del régimen nazi, había pasado hambre en España y estaba sufriendo de un choque nervioso que la convertía en un peligro en los refugios públicos— había obtenido una visa de entrada en Inglaterra porque Ilsa había convencido a Brinton de que la ayudara, y al ministro de Gran Bretaña en Barcelona de que se ocupara de ello; y en su gratitud, la muchacha había cogido mi manuscrito y se lo había llevado a los editores a quienes ella conocía. No me quedaba más que firmar el contrato. Era bueno saber que algo de mí sobreviviría.

Como no era útil para el servicio activo, se me concedió un permiso para abandonar el país, pero tenía que pasar a través de complicados trámites oficiales. Nos ayudó Julius Deutsch, nos ayudó Del Vayo, nos ayudaron yo no sé cuántos a llenar los requisitos innumerables, necesarios para obtener nuestros pasaportes y el visado de salida. En las contadas ocasiones en que no tenía más remedio que salir a la calle, mi única preocupación era cómo no vomitar. Cuando volvía al hotel, caía en un adormilamiento sordo o me enzarzaba en cualquier discusión interminable con alguien que hubiera en el bar. Pero no creo que la gente en general se diera cuenta de que estaba batallando contra una destrucción mental. Docenas de veces le decía a Ilsa que era inútil empeñarnos en batallar contra las circunstancias, y cada vez me repetía que si queríamos, sobreviviríamos, y debíamos quererlo porque teníamos muchas cosas que hacer en el mundo. Cuando me sentía

derrotado y me sumergía en mi modorra, se enfurecía desesperadamente conmigo y convertía en posible lo imposible. Mi debilidad la obligaba a sacarse ella misma de su propio infierno; le daba tanto trabajo que llegaba a olvidar sus miedos por mí. Porque ella, también, creía que me estaba volviendo loco y era incapaz de ocultar su miedo a mis ojos agudizados.

Había sabido por varias cartas que Poldi había muerto de una enfermedad incurable de los riñones, que ya había afectado su cerebro y que le habría destruido lenta y dolorosamente, si hubiera vivido, en lugar de morir rápidamente; supo por su madre que había regresado de Barcelona muy tranquilizado, casi feliz, orgulloso de ella, amistoso hacia mí y determinado a rehacer su propia vida. Esto la liberó de su sentido de responsabilidad por su muerte y la dejó con el conocimiento de la herida que le había infligido. Decía que su muerte había terminado su juventud, porque la había enseñado que no era más fuerte que las circunstancias de la vida, como ella creía secretamente. Pero mi propia enfermedad estaba extrayendo de ella sus reservas más profundas de energía. Como ella decía, estaba realizando el milagro del barón de Münchhausen; sacarse del pozo tirándose de la propia coleta. Pero todo esto yo lo contemplaba entonces a través de una niebla de apatía.

Hubo sin embargo una cosa, una simple cosa, que hice solo: arreglé los documentos y di los pasos necesarios para nuestro matrimonio. Una semana antes de abandonar Barcelona y España, nos casamos legalmente ante un cáustico juez catalán que, en lugar de una plática, nos dijo:

—Uno de ustedes es una viuda, el otro un divorciado. ¿Qué les puedo decir yo que no sepan ustedes mejor? Ustedes saben a fondo lo que hacen. ¡Buena suerte!

Cuando bajábamos las escaleras retorcidas del juzgado, pensaba que una simple formalidad me aliviaba el corazón, sin que nada se hubiera

alterado. Pero estaba bien que no tuviéramos que luchar más para que se nos reconociera el derecho de vivir juntos.

Fuera, en la calle llena de sol y vacía, un viento de primavera temprana me azotó la cara.

Capítulo 10

No hay cuartel

El reloj de la iglesia española dio las doce campanadas de medianoche justamente cuando el oficial de aduanas levantaba su sello de caucho de la almohadilla pegajosa de tinta. Lo apretó contra la página abierta de mi pasaporte y al mismo tiempo el reloj francés, al otro lado de la frontera, lanzó su respuesta. Si hubiéramos llegado a La Junquera cinco minutos más tarde, podían habernos hecho volver, porque mi permiso de salida de España expiraba el 22 de febrero y aquellas campanadas eran el fin de aquel día. Hubiera tenido que regresar a Barcelona y solicitar una prolongación del permiso. No hubiera tenido fuerzas para ello. Mejor reventar en Barcelona. Nuestros soldados habían perdido otra vez Teruel, estaban siendo rechazados a través de los campos helados. ¿Por qué tenía yo que huir de una imaginada locura?

El oficial estaba estampando el pasaporte de Ilsa.

Ella era quien había encontrado el coche que nos condujera, uno de los coches de la embajada británica. Por días sin fin había sido imposible encontrar otro vehículo, La última semana había estado sacudida por los bombardeos y el hambre. No había pan en Barcelona, ni tampoco tabaco para calmar el vacío consciente en el propio estómago. La mañana antes de partir habíamos pasado los puestos de pescado de la Rambla de las Flores, yendo al puerto en una busca desesperada de cigarrillos para mí; había en uno de ellos un montón raquítico de bogas, esos pececillos que pueden pescarse a millares al lado de los muelles, y sobre ellos un trozo de cartón sostenido por un alambre: «1/4 de kilo, 30 Pts». La paga de un miliciano eran 300 pesetas al mes, y para muchos era el único ingreso de sus familias. Durante las horas de camino en que había visto flamear delante de mis ojos la bandera británica, enhiesta sobre el radiador del enorme coche,

había pensado varias veces en el miserable montoncito de pescado con su banderita de cartón.

El oficial de aduanas estaba ahora cerrando las correas de nuestras tres maletas.

El hombre había manejado mis manuscritos, hechos paquetes precintados por el sello de la censura del Ministerio de Estado, con un cuidado y un respeto exquisitos; indudablemente creía que iba a Francia en alguna misión misteriosa, por el prestigio de aquellos sellos y por haber llegado en un automóvil de la policía. Porque a cincuenta kilómetros de la frontera, nuestro hermoso coche británico nos había dejado en el borde de la carretera con una biela fundida, las gentes del garaje más cercano eran impotentes para arreglar aquello. Me había vuelto a sentir derrotado por el destino, me había visto a mí mismo como uno de aquellos soldados huyendo de Teruel, condenado por el fuego y la nieve; pero el propietario del garaje había llamado por teléfono a la policía del pueblo más cercano, la magia de la bandera inglesa, del acento extranjero de Ilsa y del paquete lleno de sellos les había impulsado a ofrecerse a llevarnos a la frontera en su destartalado coche. El azar ciego nos recogía de lo que él mismo había provocado.

Así llegamos a La Junquera cinco minutos antes de medianoche, después de un viaje entre dos hileras apretadas de árboles surgiendo de la oscuridad bajo el cono de luz de los faros, y a través de pueblos dormidos, donde a veces los escombros de las casas demolidas por las bombas llenaban la carretera. Era verdad que estaba abandonando mi país.

Después, estábamos entre las dos barreras, en la tierra de nadie, un carabinero a un lado, un gendarme al otro. La carretera francesa estaba bloqueada por camiones pesados, sin luces, inmóviles, vueltos de espalda a la frontera española: no armas para España, pensé. Cruzamos la frontera. El gendarme miró por encima nuestros pasaportes y nos dirigió a la Aduana. Tuve que llevar en dos veces nuestras maletas y la

máquina de escribir; Ilsa esperó por mí en el lado de España. Era una cuesta pina y ella no podía ayudarme. De uno de los camiones brincó a la carretera helada un puñado de naranjas, alegres en su liberación; dos de ellas pasaron a mi lado, rodando ráudas, de vuelta a España.

Cuando entré en la oficina de aduanas, estrecha y desnuda, me vi envuelto en humo de tabaco y en el tufo de una estufa de hierro encendida al rojo. Dos hombres dormitaban detrás del mostrador, envueltos en capotes. Uno de ellos se movió, estiró los brazos, bostezó y de pronto me dirigió una mirada aguda:

—Acaba de entrar de España, ¿eh? —y me alargó una petaca rebosante de tabaco negro cortado en hebras finas. Di unas chupadas hambrientas al cigarrillo antes de volver a la claridad helada de la noche. No había lámparas encendidas en la calle, al igual que en España; La Junquera había sido bombardeada un par de noches antes y Le Perthus estaba al lado peligrosamente cerca.

Ilsa estaba hablando al centinela español, pero yo no me sentí con ganas de prolongar la conversación. Cogí la pesada maleta, ella cogió la máquina de escribir y volvimos la espalda a España. El centinela nos gritó:

—¡Salud!

—¡Salud!

Subimos la empinada cuesta sin hablar.

No había posibilidad de dormir aquella noche en Le Perthus, porque los chóferes de los camiones que traían naranjas de España habían ocupado hasta el último rincón posible. Ahora sentía no haber cogido una de aquellas naranjas; estábamos sedientos y hambrientos. El oficial de aduanas, un francés ya viejo con unos bigotes espesos y lacios, negros y blancos, amarillos de nicotina, sugirió que un vecino suyo podría llevarnos en su coche a Perpiñán. Nos hubiera dejado pasar la noche en la oficina, pero a la una la cerraban. Pensé del dinero escaso que teníamos, de la noche helada, y decidí hablar con el vecino.

Después de unos minutos de llamar a una puerta y helarnos en su umbral, nos abrió un hombre gordo, adormilado, vestido con unos pantalones desabrochados y una camiseta sin mangas. Sí, nos llevaría a Perpiñán, pero primero echaríamos un trago. Sacó una botella de vino tinto y tres vasos:

—¡Por la República española! —brindó.

Mientras se vestía, él y el oficial me agobiaron a preguntas sobre la guerra. Después, el oficial de aduanas dijo:

—Yo estuve en la otra guerra, ¡mierda, miseria y piojos! Y ahora nos están empujando a otra. Mi chico tiene justamente la edad. —De una cartera panzuda y grasienta sacó la fotografía de un muchacho espigado embutido en un uniforme mayor que él—. Aquí está. Ese Hitler está revolviendo las cosas y la segunda guerra va a ser peor que la primera. Me da lástima de ustedes, en lo que les han metido. Nosotros no queremos guerras, lo que queremos es vivir en paz, todos, aunque no se viva muy bien. Pero estos políticos, todos debían estar ahorcados. ¿Usted qué es?

—Un socialista.

—Bueno, yo también, si me entiende usted lo que digo. Pero la política en general es una basura. Si me matan al chico... No nos hemos peleado para tener otra guerra, pero si se empeñan les vamos a tener que romper los huesos otra vez. Sólo que, es lo que yo digo, ¿por qué no pueden dejar a la gente vivir en paz?

Cuando llegamos a Perpiñán eran cerca de las tres. Las calles estaban desiertas, pero el alumbrado encendido. Mirábamos con asombro las farolas que exhibían sus focos tan desvergonzadamente. La luz de una de ellas penetraba en el cuarto de nuestro hotel. Correr la cortina era como dejar la luz fuera, desamparada en el frío de la noche.

Ilsa se había quedado dormida instantáneamente con el sueño del agotamiento. Ya me había advertido que una vez que estuviéramos en Francia, era su turno el dejarse caer. Toda la noche, a través de mi

sueño, escuchaba los ruidos de la calle. A las siete estaba completamente despierto y no podía soportar más el estar encerrado en una habitación. Las paredes se me caían encima. Me vestí sin ruido y me marché a la calle, llena ya de gentes que iban a su trabajo y de un sol pálido de helada. Una muchacha con un delantalito blanco, una faldita negra corta y medias de seda, tan bonita como la doncella de una comedia, estaba ordenando los anaqueles del escaparate de una panadería: bollitos y barras, cruasanes y bizcochos, panes grandes de pan blanco sobre bandejas de madera color oro tostado, como si también las hubieran dorado al horno. El aire llevaba hacia mí la fragancia del pan fresco y caliente, como el olor de una mujer empapada de sol. La vista y el olor del pan me hicieron sentirme furiosamente hambriento, voluptuosamente hambriento. —¿Puede usted darme algunos cruasanes? —pregunté a la muchacha.

—¿Cuántos quiere, monsieur?

—Todos los que quiera, media docena...

Me miró con unos ojos claros, amistosos, llenos de compasión.

—¿Ha llegado usted de España? Le daré una docena, se los va a comer todos.

Me comí algunos en la calle y volví a nuestro cuarto con el resto. Ilsa estaba aún profundamente dormida. Puse uno de los cruasanes en la almohada al lado de su nariz. El olor la despertó.

Íbamos por la calle perezosamente, disfrutando el placer de ver las gentes y las tiendas, aunque nuestro paseo tenía una finalidad urgente. Íbamos al banco donde Poldi había depositado dinero a nombre de Ilsa, como parte de un dinero nuestro que él había necesitado al marcharse de España. La cantidad sería lo suficiente para permitirnos ir a París y tener dos o tres semanas de descanso, sin preocupaciones financieras inmediatas. El futuro nos parecía simple y claro. Lejos de los bombardeos me recuperaría inmediatamente. Mientras tanto, trabajaríamos en París para nuestro pueblo. A ella la aguardaba escribir

innumerables artículos; a mí, historias humanas. Después volveríamos a España, a Madrid, y todo acabaría bien. Teníamos que estar en Madrid a la hora de la victoria, y estaríamos. Lo único que aún le dolía a Ilsa era que no habíamos podido quedarnos en Madrid, como era nuestro deber y nuestro derecho.

Pero en ninguno de los bancos de Perpiñán había un depósito a nombre de Ilsa. Poldi debía de haberlo olvidado; en sus últimos días, parece que su cerebro no funcionaba bien.

Contamos y recontamos nuestro dinero. Al cambio oficial habíamos salido de España con cuatrocientos francos. No era bastante ni para dos billetes de tercera a París, ni para estar una semana en el hotel de Perpiñán. Nos sentíamos estupefactos, sin saber qué hacer. ¿Qué podíamos vender? No teníamos más que unas cuantas prendas de vestir bastante usadas, papeles y un viejo mantón filipino. ¿La máquina de escribir? Pero entonces nos quedábamos sin nuestra herramienta de trabajo.

Dejé a Ilsa en el hotel, buscando refugio en el sueño, y bajé a beber algo al patio del hotel. Cuando vi a Sefton Delmer sentado allí en el centro de un ruidoso grupo, me sentí molesto. No quería que se enterara de nuestra situación. Pero él tomó nuestra estancia en Perpiñán como una cosa natural y comenzó a hablar únicamente del nuevo coche que había venido a buscar para sustituir el viejo Ford de dos asientos, desgastado por la guerra, que había pasado por última vez a través de la frontera antes de licenciarlo. Miré con él el nuevo coche y escuché sus viejas hazañas y pensé si el viejo veterano estaría destinado como la máquina de escribir, que ahora era mía, a morir en la basura. Sentía una amargura y envidia secretas y pregunté a Delmer qué le iba a pasar al coche. Bueno, su colega Chadwick, que era quien había traído el nuevo coche desde París, se iba a quedar con él: ese tipo que está ahí, el de la cabeza apepinada. En un par de horas volvía a París en él.

Temblando de excitación, le pregunté, tan casualmente como pude, si creía que Mr. Chadwick tendría por casualidad sitio para nosotros en el coche. Teníamos poco equipaje y queríamos ir a París. Sí, había el sitio justo si no nos importaba ir incómodos. Le dije que no nos importaba y corrí a despertar a Ilsa, orgulloso como si le hubiera jugado una mala partida al destino. A las cinco de la tarde estábamos en camino de París, donde nuestro conductor tenía que estar al día siguiente a mediodía.

El viaje fue nuestra salvación y mi pesadilla. En la luz del crepúsculo, cada curva del camino sobre el llano era una amenaza de destrucción súbita. Me sentía aterrorizado de la posibilidad de un accidente estúpido y malicioso, de cada torsión de los engranajes del mecanismo triturador de la vida. Cuando comenzamos a trepar al Plateau Central (en el mapa parecía el camino más corto a París), la carretera estaba helada y el coche patinaba en cada curva cerrada. Chadwick era un chófer experto y decidido y yo tenía bastante disciplina de viajero de automóvil para decirle nada, pero tenía a veces que apretarme contra Ilsa para calmar mi temblor. Con la misma gráfica claridad con la que había imaginado muchas veces el curso y efecto de un obús, imaginaba ahora el patinazo, el choque y la mutilación cruel. Paramos una vez en una taberna aislada para confortarnos un poco y cenar rápidamente. Perdimos el camino y volvimos a encontrarlo. El hielo se convirtió en nieve crujiente. Seguíamos sin detenernos, a toda velocidad, mientras yo apretaba el brazo de Ilsa con mis dedos.

Poco antes del amanecer, cuando nos encontrábamos cerca de Clermont—Ferrand, Chadwick detuvo el coche. Estaba agotado y necesitaba descansar algo como una hora. Ilsa se incrustó en el hueco detrás del asiento, bajo la curva baja del techo del coche. Chad—wick se quedó dormido sobre la rueda del volante. Yo traté de hacer lo mismo en un rincón, ahora que tenía más sitio. El frío me agarrotaba,

me tenía que mover, no podía dormir. Abrí la portezuela cuidadosamente y me fui a pasear por la carretera.

Era un amanecer gris, frío y húmedo. La tierra estaba profundamente helada. Unos cuantos árboles a lo largo de la carretera no eran más que esqueletos retorcidos. En la cima de un cerro cercano, una alta chimenea de ladrillo se enseñoreaba sobre los edificios negros de una fábrica y vomitaba oleadas de humo espeso. Pasaban a mi lado los obreros en sus bicicletas, primero sueltos, después en enjambres; sus luces rojas punteaban un camino lateral que iba a la fábrica. De pronto, el alarido de una sirena rasgó el aire; de la base de la chimenea surgió un pulmón espeso de vapor blanco que se enroscaba en la neblina. Me estranguló la náusea cuando no estaba preparado para ello. Vomité en medio de la carretera y me quedé allí helado, temblando, empapado en sudor, castañeteándome los lientes.

¿Es que no había cura para mí? Había estado allí, mirando la chimenea, viendo surgir el chorro de vapor blanco antes de que llegara a mí el sonido; debía saber que el silbido de la sirena iba a llegar a mí; sabía que lo único que significaba era la hora de entrada al trabajo y no el aviso de un bombardeo. Sabía que estaba en Francia, en la paz. Y sin embargo era el muñeco de mi cuerpo y de mis nervios. Hasta que no pasó media hora, no desperté a los otros. Chadwick gruñó un poco porque le había dejado dormir más allá de las seis; le dije que me daba lástima despertarle, tan agotado como estaba. No podía decirle que me hubiera dado vergüenza el que me hubiera visto pálido y temblón.

Hacía una mañana fría y soleada cuando entramos en París. Chadwick, todo prisas, nos dio la dirección de un hotel barato en Montparnasse y nos fuimos allí en un taxi. El ruido de la ciudad me desconcertaba. En broma, dije a Ilsa:

—Hotel Delambre, rue Delambre. Si lo pronuncias como en español, es hotel del hambre y la calle del hambre.

Lo fueron: hotel del Hambre, calle del Hambre, era nuestro destino.

La pequeña alcoba en el tercer piso olía a guiso pobre y a calle sucia. Sus paredes estaban cubiertas con un papel pintado con rosas rojas y malva descoloridas que parecían repollos sobre el fondo gris azulado; un lecho, desvergonzado de puro grande, llenaba la mitad de la habitación; un armario amarillo que crujía pero no cerraba, una mesa vieja de oficina, un lavabo de esmalte blanco con grifos niquelados, ambos surtiendo agua fría a pesar de sus leyendas, era el resto. Madame, la mujer del propietario, debía de haber sido una gran moza. Ahora era formidable, con unos ojos negros taladrantes y una boca de labios finos apretados. Su marido tenía un bigote flojo de foca y un corpachón blanducho; en cuanto tenía la ocasión, se escapaba de la portería y dejaba a la mujer que hiciera guardia detrás de la mampara de cristal. Era más barato alquilar el cuarto por mes; pero después de pagar un mes adelantado nos quedó dinero bastante para comer tres días. Los pequeños restaurantes del barrio ofrecían comida a siete francos y medio, con pan a discreción incluido en el menú. Después de España, y una vez que nuestra primera hambre se había apaciguado, una comida al día nos parecía bastante. Calculábamos que podíamos vivir con veinte francos al día. Para irnos sacando adelante teníamos algunas pocas cosas —nuestros relojes, mi estilográfica, el mantón filipino— que podíamos empeñar en el Monte de Piedad, por cantidades lo suficientemente pequeñas para darnos la seguridad de recuperarlas. Y yo iba a comenzar a ganar dinero inmediatamente.

Me fui a la embajada de España. El canciller, Jaime Carner, me recibió con mucha simpatía y no menos escepticismo, me dio una carta de presentación para dos periódicos de izquierda, pero me avisó que encontraría dificilísimo el romper el círculo encantado de las peñas literarias sin estar apoyado fuertemente, bien por un partido político o por alguno de los escritores consagrados. Sabía que no podía contar con ello.

Vincéns, al principio el agregado de prensa, después la cabeza de la Oficina de Turismo Española —una de las principales agencias de propaganda—, nos invitó a comer, lo cual era bienvenido, y me dio otra carta de presentación para otro periódico de izquierda.

El profesor Dominois, que había sido un amigo de Poldi —un socialista francés, un partidario ciego de la República española y un experto en la política de Centroeuropa—, nos citó en el Café de Flore, se dejó caer de un taxi, su chaleco manchado y tripudo a medio abrochar, sus lentes de oro colgando de un cordón de seda negra, su cartera de ministro vomitando papelotes, y, con un entusiasmo y una buena voluntad tremendos, comenzó a desarrollar ante nosotros fantásticos planes de nuestro futuro trabajo de propaganda, ¡en la embajada de España!

Con un paquete de traducciones defectuosas de mis historias sobre Madrid me fui a visitar a los editores. Algunas de estas historias fueron aceptadas, para perecer *sur le marbre*, la mesa de componer, que es el cementerio de todas las contribuciones sin importancia. Algunas fueron publicadas; y dos ¡me las pagaron! Las pruebas de una historia, con todos los sellos de *La Nouvelle Revue Française* que la había aceptado, impresionó tan profundamente a nuestra patrona que pudimos obtener de ella crédito por una quincena... Ilsa tenía más suerte: colocó algunos artículos de ella y algunas traducciones de mis cuentos en periódicos suizos socialistas que pagaban puntualmente, aunque poco. Más tarde encontramos una muchacha sueca que, llena de entusiasmo (porque reconoció en Ilsa a la heroína de una charla por radio que había dado una periodista sueca a su retorno de Madrid), tradujo dos historietas de *Valor y miedo*, y las historias, milagrosamente, fueron publicadas y pagadas. La suma total de nuestros esfuerzos en las primeras semanas comenzaba a parecer importante. Nos decíamos a nosotros mismos y uno al otro que solos, sin ayuda de nadie, habíamos obligado a leer a gentes de fuera sobre nuestra guerra, precisamente cuando ya

comenzaban a sentirse cansados de ella y que para los mismos periódicos no tenía importancia. Pero aunque había consumido todas nuestras energías combinadas el hacer tanto, era sin embargo muy poco, poquísimo, para lo que había que hacer, y no satisfacía nuestra ansia de trabajar, ni nos proporcionaba más que un poquito de dinero ocasionalmente. Muy pronto nos vimos entrampados con el hotel, encadenados a un sitio en el que odiábamos hasta el mismo aire, sin contar las minúsculas hormigas rubias que invadían nuestro cuarto a millares. A menudo pasábamos hambre.

Ilsa no estaba en mejores condiciones que yo de hacer trabajo sistemático. Por las tardes estaba febril y casi inmovilizada por dolores reumáticos; media hora de paseo la agotaba hasta casi hacerla llorar. Cuando llegamos a Francia, me había pedido que le diera tiempo para recuperar sus fuerzas. Ahora me ponía furioso y deprimido el ver que tenía que ir ella en busca de trabajo o de un amigo que nos prestara una pequeña suma para poder ir sosteniéndonos. Encontró algunas lecciones, pero ninguno de sus discípulos podía pagar más que sumas modestas; uno de ellos no podía pagar más que un café con leche y un bollo cada vez que recibía una lección de inglés. Yo encontré un centro de traducciones que pagaba un franco por cada cien palabras, con un mínimum garantizado de tres francos. Tenía centenares de traductores esperando en sus listas, sobre todo para traducciones del y al alemán, pero ocasionalmente le mandaban a Ilsa textos cortos para traducir al francés de uno de los idiomas escandinavos y a mí me daban trabajo en español. La mayoría de ellos eran anuncios o instrucciones para usar productos; no valían más de cinco francos, lo bastante para comprar pan y queso. Pero una vez me dieron el texto de una patente para traducir al español. Cuando comencé a escribir, una de las palancas de los tipos se rompió. Era casi un desastre, porque la patente era lo suficientemente larga para asegurarnos la comida caliente de lo menos cinco días. Me senté a pensar una solución, mientras Ilsa trataba de dormir. En un

sentido me llenaba de excitación el tener que entendérmelas con una adversidad puramente mecánica. Cuando al fin encontré mi gran invento y arreglé la palanca sustituyéndola con cuerda de piano, me sentí feliz durante días. Aún siento orgullo de ello; y la palanca aún sigue funcionando.

Sin embargo, por muchos días en semanas interminables, vivíamos exclusivamente de pan y café negro. Hasta que pudimos comprar una estufilla de alcohol, una cacerola y una sartén, sin detenernos a pedir permiso a Madame para guisar en nuestro cuarto. La doncella, una semiprostituta que limpiaba la habitación, nos había dicho que Madame no permitía que se lavaran platos en el lavabo y éramos demasiado conscientes de nuestra deuda para atrevernos a pedir favores. Pero unos pocos días consecutivos de dieta de pan y café en el mostrador del bar —donde era más barato, y más claro, que en el salón—, nos debilitaba demasiado. Ninguno de nosotros dos nos habíamos recuperado de los efectos de los tiempos de privación en España, y cuando mi estómago estaba vacío, mi cerebro funcionaba más febrilmente aún, a la vez que me sentía apático. A menudo me parecía más razonable quedarme en la cama dormitando que salir a la calle y empeñar el reloj una vez más o tratar de obtener cinco francos de gentes que tenían poco más que nosotros mismos, pero a quienes era aún preferible pedir que a gente que vivía una vida normal y confortable. Había sido mucho más fácil pasar hambre en España, al igual que todo el mundo y por una razón que valía la pena, que tener hambre en París por no encontrar trabajo y no tener dinero, mientras las tiendas desbordaban de comida.

Algunas veces Ilsa tenía un arranque de valor desesperado y se iba a pedir ayuda a alguno de sus amigos en buena posición, temerosa de que la avergonzaran. Pero tenía tanto miedo de encontrarse con la mirada hostil de Madame y de que le preguntara cuando pensábamos pagar la renta del cuarto, que generalmente era yo quien espiaba y se escurría a escondidas a través de la maldita vidriera con su timbre destemplado, en

busca de dinero al menos para pan y cigarrillos. Si esperaba bastante en la esquina de nuestra calle fuera del Café du Dome, era seguro que viera a alguien a quien conocía de España o uno de los refugiados amigos de Ilsa, gentes pobres como nosotros, pero siempre dispuestas a dar parte de lo que tuvieran, tan fácil y naturalmente como en Madrid los camareros y yo hacíamos un fondo común de cigarrillos en los días de escasez, seguros de que a cada uno le llegaba su turno de dar y de tomar.

Si la única persona a quien encontraba tenía suficiente dinero para pagarme un café en el recién abierto y deslumbrante bar del du Dome, me quedaba allí agradecido, aceptaba un cigarrillo del camarero y escuchaba sus historias; cruzaba bromas con la muchachita alemana que pretendía ser la única modelo «con un trasero a lo Renoir», miraba descaradamente a los turistas ingleses y americanos que venían a echar una ojeada a la vida bohemia, y me volvía al hotel, derrotado, para no volver a salir hasta ya entrada la noche. Cuando tenía suerte, me llevaba a Ilsa, protegiéndola con mi cuerpo al cruzar la vidriera del portal, y nos íbamos a comer salchichas cocidas al bar, con un humor alegre y travieso porque Madame no nos había dicho nada y porque estábamos aún vivos, no enterrados en nuestra alcoba maloliente.

A Ilsa no le agradaba estar en el bar. El ruido la ponía inquieta. En general se enzarzaba en conversación con la florista de la puerta, una mujer imperiosa, gruesa y frescachona con la que discutía sus flores y los artículos de *L'Humanité*, o se iba a la vuelta de la otra esquina, a una tiendecilla de libros usados a la que se entraba por una puertecilla estrecha pintada de azul chillón; allí, la mujer del lánguido y bonito propietario, una muchacha diminuta con ojos negros siempre rodando en guiños picaros y el pelo teñido de un rubio amarillo, le dejaba husmear entre los libros y llevarse uno alquilado por un franco, o en días de riqueza comprar uno, en la seguridad de que pagaría la mitad de precio cuando lo devolviera. En la tienda de libros se cultivaba el

surrealismo, en la guisa primitiva de la absurdidad, con juguetes de cartón metidos en la caja de un loro o colgando del techo enfrente de un daguerrotipo de la época del terciopelo, los pantalones ceñidos, levita y sombrero de copa. Pero había buenos libros. Lo único realmente surrealista para mí eran los dos gatos: una gata enana siamesa y un enorme gato negro persa que estaba castrado y que se sentaba inmóvil, mientras la gata, en celo, se revolcaba por el suelo en su frenesí, exhibiéndose frente a él y acabando por atacarle furiosa.

Mientras las mujeres hablaban, me aburría en la trastienda; no lo remediaba ni aun la lectura de André Gide, que me parecía hermosa, pero con una austeridad irreal, remota y fría. Prefería moverme en la calle o en el bar entre las gentes. Era una escena inagotable.

Cada día, exactamente al oscurecer, llegaba al bar del Dome un hombre chiquitín y ocupaba uno de los taburetes al extremo del mostrador en herradura. Llevaba siempre el mismo traje oscuro brillante sobre su cuerpecito redondo y el mismo sombrero hongo, descolorido, en su cabecilla redonda, como remate de una cara también redonda, sin más rasgos que un bigote verdaderamente francés. Parecía un viejo empleado de confianza de uno de esos notarios a la antigua de provincias, que viven en casas centenarias, ya un poco ruinosas, y tienen un despacho sombrío y polvoriento, donde los legajos se amontonan en cada rincón atados con balduque rojo descolorido y donde una tribu de ratas crece y se multiplica feliz y respetable, sometida a una dieta de papeles amarillentos y de migajas de pan y queso.

El hombrecillo levantaba el índice, lenta y deliberadamente, lo doblaba en gancho y llamaba con él al camarero dentro de la herradura del bar. El camarero acudía y ponía un vaso lleno de un líquido incoloro enfrente del hombrecillo, dejaba caer dentro unas pocas gotas de una botella, y una nube verde amarillenta se elevaba del fondo en el fluido transparente hasta que todo ello quedaba teñido. Era pernod. El

hombrecillo colocaba un codo sobre el mostrador, doblaba su mano hacia fuera en ángulo recto, descansaba la barbilla en la mano y se sumergía en la contemplación del líquido verdoso. De repente se arrancaba de su meditación; su cabeza se liberaba con una sacudida, su brazo se extendía rígido, su índice señalaba acusador en el vacío, sus ojos surgían hacia fuera y rodaban en sus órbitas en una revisión rápida de los clientes acodados al mostrador del bar. Hasta que sus ojos y su dedo se detenían y apuntaban directamente a la cara de alguien. La víctima solía hacer gestos y sonreír, y entonces el índice acusador trazaba signos en el aire, afirmativos y negativos, preguntando y persuadiendo, mientras las facciones vacías del hombrecillo se contraían en una serie de muecas rápidas ilustrando la retórica del dedo. Pero su cuerpo se mantenía inmóvil y las palabras y exclamaciones que formaban sus labios nunca se convertían en sonidos. La gesticulante cabeza parecía uno de esos juguetes de goma que consisten en una cabeza que se deforma y gesticula cuando se le aprieta el cuello. De pronto se interrumpía la actuación, el hombrecillo bebía un traguito de su pernod y volvía a sumergirse en meditación por unos cuantos minutos, para reanudar su soliloquio en una clave distinta, con el mismo vigor mudo.

Se pasaba así horas, sin moverse jamás de su asiento, agitando de tiempo en tiempo su dedo para pedir otro pernod. Las gentes le embromaban y trataban de hacerle hablar, pero nunca he oído salir una palabra de sus labios. Cuando sus ojos miraban directamente a los vuestros, os dabais cuenta de que no os veían. Eran las ventanas de una casa vacía; dentro de la piel de su cuerpo no había nadie.

Pero yo había perdido ya mi miedo de volverme loco. Mi enfermedad había sido miedo de destrucción y miedo de la lucha dentro de mí mismo. Era una enfermedad que atacaba igualmente a todos los demás, a no ser que estuvieran vacíos de pensamiento y de voluntad, muñecos gesticulantes como el hombrecillo del bar. Cierto, los otros se

habían construido más defensas que yo, o poseían mayores poderes de resistencia, o habían vencido en la lucha abriéndose un camino a una claridad mayor. Pero yo podría también abrirme mi propio camino a una claridad, y al fin podría ayudar a otros en su batalla si lograba trazar mi enfermedad mental —esta enfermedad que no era únicamente mía— hasta sus raíces más profundas.

En aquellas ruidosas tardes de verano, cuando estaba solo entre extranjeros, me daba cuenta de que no podía escribir más artículos ni más historias de propaganda, sino dar forma y expresar mi visión de la vida de mi propio pueblo, y que para aclarar esta visión tenía primero que entender mi propia vida y mi propia mente.

En la guerra conmigo mismo no existía liberación, ni excusa, ni cuartel. Esto sí lo sabía. ¿Cómo podía haberlo, cuando la guerra que galopaba sobre mi país quedaba empequeñecida por las fuerzas que se alineaban para otra guerra, amenazando mortalmente toda libertad del espíritu?

El tronar de los aviones de pasajeros llevaba siempre consigo la amenaza; me recordaban sin cesar el Junkers gigante, cuyos sillones tapizados era tan fácil sustituir por los aparatos lanzabombas. Esperaba que las bombas alemanas cayesen sobre París. Entonces, las asociaciones de todos serían las mismas que las mías.

Cada jueves, las sirenas de París bramaban durante un cuarto de hora, comenzando a mediodía. Mucho antes de que comenzara este ensayo de alarma, me preparaba para su choque, aunque nunca llegara a evitar que el jugo amargo de la náusea me llenara la boca. Una vez esperaba un tren en la plataforma del metro, hablando tranquilamente con Ilsa, cuando vomité inesperadamente; y sólo en plena arcada me di cuenta del ruido del tren que pasaba sobre nuestras cabezas. En las bóvedas brillantes, cubiertas de azulejos blancos, de la estación de Châtelet, me obsesionó la visión de la multitud entrampillada allí

durante un bombardeo aéreo combinado con un ataque con gas. Miraba los grandes edificios calculando su potencial resistencia a las bombas.

Estaba sentenciado a una realización constante del choque que se avecinaba, en su forma física, y estaba sentenciado a sentir la impotencia y la violencia turbia de sus víctimas y de sus luchadores dentro de mi propia mente. Pero de estas cosas no podía hablar a nadie más que a Ilsa.

Los franceses que conocía apenas si disimulaban su impaciencia, llena de miedos, hacia la lucha en España; resentían el escrito en la pared, porque aún se agarraban a su esperanza de paz para ellos mismos. Los refugiados políticos de Austria, a quienes encontraba a través de Ilsa, estaban desconcertados por los acontecimientos de su país, recientemente ocupado por Hitler, y de la amenaza que se cernía sobre Checoslovaquia; pero aun así encontraban refugio en sus doctrinas de grupo, en sus ambiciones y en sus querellas. Uno solo entre ellos, el joven Karl Czernetz, se daba cuenta de que el socialismo internacional tenía mucho que aprender del caso histórico que ofrecía el cuerpo sangrante de España y nos agobiaba con preguntas acerca de los movimientos de masas, los partidos políticos, los factores sociales y psicológicos de nuestra lucha; los demás parecían tener sus opiniones hechas. En cuanto a los españoles con quienes me encontraba en lugares oficiales o semioficiales, deberían estar sacudidos por nuestra guerra como yo lo estaba, pero de lo único que tenían miedo era de desviarse de la línea oficial o del Partido que les proporcionaba tan buen refugio. Yo era mucho más extranjero, o al menos tanto para ellos como para los otros, aunque estaba muy lejos de gloriarme de este aislamiento que limitaba mi radio de acción. La alternativa, sin embargo, era peor, porque significaba tener que chalanear con mi independencia de pensamiento y de expresión a cambio de una ayuda condicional y de una etiqueta de partido que hubiera sido una mentira.

Aun en mis propios oídos mis intenciones sonaban locamente audaces: obligar a gentes extrañas a ver y entender bastante de la sustancia humana y social de nuestra guerra, para que se dieran cuenta de la medida en que estaba encadenada a su propia guerra, latente aún, pero que se acercaba irremisible. Mientras trataba de controlar y definir mis reacciones mentales, fue naciendo en mí la convicción de que los conflictos internos detrás de estas reacciones torturaban no sólo a mí, el individuo, sino también las mentes de innumerables españoles como yo; y que también torturarían las mentes de innumerables hombres a través del mundo en el momento en que el conflicto los absorbiera.

Si otros no sentían la urgencia de buscar la causa y el encadenamiento de causas, yo la sentía. Si ellos se contentaban con hablar de la culpabilidad del fascismo y del capital y de la victoria final del pueblo, yo no. No era bastante; estábamos todos remachados a la misma cadena y teníamos que luchar todos para liberarnos de ella. Me parecía que podía entender mejor lo que estaba pasando a mi pueblo y a nuestro mundo si descubría las fuerzas que me habían forzado a mí, el hombre solo, a sentir, actuar, errar y luchar como lo había hecho.

Comencé a escribir un libro sobre el mundo de mi niñez y juventud. Al principio lo quería titular *Las raíces*, y describía en él las condiciones sociales entre los trabajadores de Castilla al comienzo del siglo, en los pueblos y en los barrios pobres que yo había conocido. Pero me encontré escribiendo demasiadas declaraciones y reflexiones, que creía necesario suprimir porque no brotaban de mi propia experiencia ni de mi propio ser.

Traté de limpiar la pizarra de mi mente, dejándola vacía de todo razonamiento, y tratar de retroceder a mis orígenes, a las cosas que había olido, visto, palpado y sentido, y cuáles de estas cosas me habían forjado con su impacto.

Al principio de mi vida consciente me encontré con mi madre. Con sus manos roídas por el trabajo, hundiéndose en el agua helada del río.

Con sus dedos suaves enredándose en mis cabellos revueltos. El viejo puchero, tapizado de negro, en el que ella cocía y recocía su café de posos. En el fondo de mi memoria encontré la pintura del arco, para mí inmenso, visto desde el río, del puente del Rey, con el coche real, escoltado por los jinetes vestidos de blanco y rojo, pasando sobre nuestras cabezas; las lavanderas golpeando la ropa con sus palas; los chiquillos pescando pelotas de goma en el agua negra y maloliente de la alcantarilla de Madrid; y la voz de la mujer asturiana que cantaba:

Por debajo del puente no pasa nadie,

tan sólo el polvo que lleva el aire...

Así empecé. Titulé el libro *La forja*, y lo escribí en el idioma, las palabras y las imágenes de mi niñez. Pero tomó mucho tiempo escribirlo porque tenía que ahondar profundamente en mí mismo.

Por aquella época tuvimos un golpe de buena fortuna: Ilsa ganó una libra esterlina, que valía 180 francos al cambio de aquella semana. Compramos la estufilla de alcohol y la sartén de que tanto habíamos hablado, y dos platos, dos tenedores, dos cucharas y un cuchillo. Yo me acordaba del olor y del crepitar de la sartén de mi madre en la buhardilla y me puse a tratar de hacer guisos españoles para nosotros. Eran guisos de pobre, pero a mí me sabían a mi país: sardinas fritas, patatas, albondiguillas, todo frito en un aceite cantarín, aunque no fuera aceite de oliva. No había guisado en mi vida, pero me acordaba de los movimientos de las manos de mi madre: «Ahora, ella cogía esto y hacía así...».

Era algo de alquimia y de magia blanca. Mientras freía sardinas frescas y hermosas delante de la chimenea negra y fuera de uso, hablaba a Ilsa sobre la buhardilla, el pasillo, la escalera, la calle, los ruidos y los olores de Lavapiés. Se imponían y apagaban los ruidos y olores de la rue Delambre. Después, antes de volver a sentarme a la máquina, me tiraba a lo largo de la alfombra, la cabeza en el regazo de Ilsa y sus dedos entre mis cabellos, y escuchaba su voz cálida.

Al final de nuestra calle se abría una plaza en la que se instalaba el mercado del barrio. Nos íbamos allí juntos a buscar vegetales para una ensalada y el pescado más barato que hubiera en el mármol de los pescadores. Muchas veces nos salvábamos de otro día de hambre gracias a los calamares, que muy poca gente compraba y que el pescadero estaba siempre dispuesto a vender por unos céntimos. Su aspecto era repugnante: feos, sucios y escurridizos. Pero les arrancaba paciente sus varias capas de piel hasta que no quedaba más que la carne fresca llena de reflejos de nácar; preparaba una salsa deliciosa con su propia tinta, aceite, laurel, ajo y vinagre, y cocinaba en ella lentamente las tiras de carne blanca. El cuarto entero olía como la cocina de Miguel al pie del Peñón de Ifach. Otros días Ilsa tenía un ataque nostálgico e insistía en preparar por una vez un plato vienés, bajo mis ojos críticos. Tarde en la noche, cuando ya no me atrevía a teclear en la máquina, temeroso de las quejas de otros huéspedes, nos íbamos a dar un paseo hasta Saint—Germain—des—Prés, a mirar la luminosidad azul del cielo y mantener intacta la frágil burbuja de nuestra alegría.

Cuando teníamos un poco más de dinero del que necesitábamos para el día, perdíamos la cabeza. En lugar de gastarlo cuidadosamente, celebrábamos cada pequeña victoria con un nuevo desafío a nuestra existencia, pagándonos una comida completa en un verdadero restaurante —doce francos—, con una botella de vino barato incluida en el precio. Usualmente nos sentábamos bajo el toldo a tiras del restaurante Boudet en el bulevar Raspail, porque me gustaba la mezcla de sus clientes, estudiantes americanos ruidosos, disecados chupatintas parisienses y familias provincianas apaletadas, a la busca de París; y porque me gustaba mirar el espacioso bulevar con su aire de aristócrata en decadencia y la hilera de cuadros —puestas de sol, lilas en floreros azules, doncellas vergonzosas con mejillas rosadas— que se exponían en la acera opuesta. También, porque Boudet daba un buen cubierto por ocho francos o platos sustanciosos a la carta, y eran generosos con su

pan blanco que circulaba libremente en cestos llenos y vueltos a llenar inmediatamente por las camareras.

En las tardes bochornosas, cuando me ahogaban las cuatro paredes de nuestro cuarto y quería ver gentes y luces, oír voces anónimas y sentir el ligero fresco del crepúsculo, íbamos a Boudet aunque todo nuestro capital no fuera más que cinco francos. Pedíamos un solo plato, rechazábamos dolorosamente la garrafa de vino que la camarera ponía automáticamente sobre la mesa, y nos adueñábamos de uno de los cestos de pan que estuviera bien lleno. Pero al principio del verano nos ocurrió un día que cuando pedíamos un plato de macarrones para el uno y otro plato para el otro —una combinación que nos permitía hacer comida de dos platos, dividiendo nuestra ración respectiva—, la camarera, una mujer ya madura de abundantes carnes, se inclinó sobre nosotros y dijo:

—Deben ustedes comer más, esto no es bastante.

Ilsa se quedó mirando la cara amistosa de la mujer y dijo:

—No importa mucho. Hoy no podemos gastarnos más dinero. Otro día tal vez.

Pero la próxima vez que volvimos a pedir un solo plato, la camarera se plantó, sólida y firme, y dijo:

—Les voy a traer dos cubiertos; hoy hay un buen menú. Madame me ha dicho que tienen ustedes crédito y que pueden comer lo que quieran.

Me fui a dar las gracias a Madame, balbuceando como un colegial. Estaba sentada detrás de su registradora, en un traje negro, con un gato blanco y negro al lado; pero al contrario de la mayoría de las propietarias de restaurantes francesas atrincheradas en la caja, no era llamativa ni su escote pródigo, ni tampoco llevaba su traje de satén negro ceñido como un guante a un cuerpo encorsetado. Era pequeña, delgada y vivaracha, rápida de frase, como una madre con muchos chicos. ¡Oh, sí, todo estaba arreglado! ¡Que no sabía cuándo y si podría

pagar! No importa, ya pagaríamos. Interrumpió mis francas explicaciones de nuestra situación financiera: nosotros cenaríamos a crédito todo lo que nos hiciera falta y pagaríamos cuando tuviéramos dinero. Quien arriesgaba su dinero era ella, y era muy dueña de hacerlo.

Comenzamos a racionar nuestras visitas a Boudet; pero aun así, íbamos bastante a menudo cuando no teníamos dinero para guisar en nuestro cuarto o cuando queríamos animarnos un poco. Hacia el fin de septiembre habíamos acumulado una deuda de casi seiscientos francos. El cariño cálido de las dos mujeres no cambió nunca, ni nunca asumieron un aire protector. Algunas veces íbamos a comer allí para confortarnos en su acogida tan llena de calor humano. Cuánto me ayudó a mí a seguir trabajando sin la preocupación del momento próximo en que tendría que salir a escondidas a la caza de unas monedas, no puedo decirlo. Pero era, ciertamente, mi ambición secreta pagar un día mi deuda moral —la deuda en dinero la pagué, absurdamente, con dos mil francos ganados en la lotería, con el único vigésimo que compré en Francia y que compré con una desesperación cínica, con mis últimos diez francos, un día gris y lluvioso— y pagarla públicamente, ante el mundo, en letras impresas, como ahora lo hago.

Aquel septiembre, azul y oro, fue el septiembre de Munich.

Durante semanas, los franceses alrededor nuestro habían estado discutiendo la posibilidad de una paz pagada a cualquier precio, pagada por otros que no fueran ellos. Comenzaron a mirar de mala manera a los extranjeros que personificaban un aviso desagradable del futuro y la amenaza de complicaciones políticas. Comenzaba a extenderse el despectivo insulto, *sale métèque*. Fuera cual fuera su origen, su alcance era claro y hería por la espalda a todos los extranjeros que no fueran ingleses o americanos. Oí una vez a un borracho escupir un «¡puerco negro!» en la cara amarillagris de un mulato que llevaba en su solapa dos cintas, condecoraciones preciadas de la última guerra. Los trabajadores, cuyas conversaciones escuchaba en los *bistrots*, estaban

inseguros y confundidos; ¿por qué tenían ellos que pelear por una burocracia que se volvía fascista o por un gobierno de grandes negocios? Mirad a España. España mostraba claramente lo que ocurría al pueblo que arriesgaba sus vidas por defender su libertad: «¿No es verdad, español?». Era para mí muy difícil contestar aquello; su odio a la guerra no era mayor que el mío; desconfiaba de su Gobierno tanto como ellos. Lo que dijera acerca de la necesidad de luchas por un orden social mejor, se había dicho tantas veces que sonaba a hueco; la palabra libertad sonaba irónica.

Un número cada vez mayor de refugiados solicitando en la Prefectura de Policía la prolongación mensual o bimensual de su permiso de estancia recibían la respuesta de que tenían que abandonar el país en ocho días. En la esquina del Café du Dome oía las historias de muchos que abandonaban París y se iban a pie por las carreteras, huyendo al sur, antes de que los arrestaran y los obligaran a cruzar la carretera belga o la alemana, abandonados al destino.

Los republicanos españoles también tropezábamos con el antagonismo oficial. Los ejércitos de Franco habían cortado la España leal en dos partes que disminuían rápidamente, y el grueso de sus fuerzas amenazaba Cataluña. Cuando, a nuestra vez, tuvimos que ir a la prefectura (a pie, porque teníamos el dinero justo para pagar los derechos de prolongación), discutimos sobriamente lo que haríamos si nos negaban el permiso de estar más tiempo en el país. ¿Volver a España —mi libro casi terminado, mi salud casi restablecida— con la seguridad de que no nos darían trabajo? Teníamos una invitación para ir a Inglaterra e Ilsa hablaba de marcharnos como si fuera nuestro propio país. Pero ¿cómo podíamos encontrar en ocho días el dinero necesario para el viaje? Era un callejón sin salida. Después, cuando el empleado aburrido nos prolongó el permiso sin el más ligero comentario, bajamos las escaleras cogidos de la mano como chiquillos que salen de la escuela; pero me flaqueaban las piernas.

En las tardes, las gentes se agrupaban en los bulevares, esperando, después leyendo y comentando, las últimas noticias de la última edición de *Paris—Soir*. Hitler había hablado. Chamberlain había hablado. ¿Y qué con Checoslovaquia? Era guerra o no guerra. En nuestro barrio, una de las tiendas de comestibles apareció cerrada: el propietario se había ido a provincias con toda su familia. Al día siguiente, dos tiendas más de la rue Delambre estaban cerradas porque sus propietarios se habían ido con su familia. Era una pesadilla el pensar lo que iba a ocurrir en este París si estallaba la guerra; lo primero, sería el caos en el suministro de víveres, porque las gentes no tenían más pensamiento que escapar de las bombas. Era amargo, a la vez que confortante, pensar de nuestra gente en Madrid que aún seguía resistiendo, cuando se acercaba al fin su segundo año de sitio.

El 14 de julio, cuando la ciudad crepitaba con las explosiones de los fuegos artificiales de la fiesta y el cielo estaba lleno de luces de color, me había ido a una estación del metro porque no podía soportar el ruido y la trepidación de la tierra; en la calle las gentes habían cantado y bailado, en un esfuerzo cansino y pobre de recuperar la alegría de una victoria por la libertad que ya estaba medio olvidada. Ahora, cuando sabía que el peligro era real y no una fantasía de mi cerebro, podía soportarlo, porque la guerra era inevitable y una guerra contra el agresor en aquel momento salvaría a España, la vanguardia medio destruida del mundo. Y si había guerra, lo mejor era estar en el centro de ella y tomar parte. Los franceses comenzarían metiendo a todos los extranjeros en campos de concentración, pero después nos admitirían a nosotros, que éramos los veteranos de su propia guerra. Me parecía a mí, entonces, que estaba recuperando el control de mí mismo. Había aprendido muchas lecciones.

El día en que aparecieron los grandes anuncios movilizando varias quintas francesas y ensuciando fachadas y paredes con su fealdad, el propietario del hotel Delambre me invitó a entrar en su sala de recibir:

—Como usted ve, esto significa guerra. Si el resto de su deuda no está pagado el domingo, me voy a la policía. No podemos mantener extranjeros que no tienen dinero. En todo caso, ya he hablado sobre usted a la policía. El lunes cierro el hotel y nos vamos a mi tierra. A París lo van a bombardear inmediatamente; es la ciudad que primero van a bombardear.

Ilsa estaba en cama con un ataque de gripe. Me fui a pasear por las calles de París sin idea alguna de dónde ir. En la Puerta de Orléans, una masa compacta de automóviles particulares, cargados al máximo con maletas y bultos, avanzaba lentamente, estorbándose unos a otros en su afán de escapar cuanto antes de la ciudad. Las estaciones del ferrocarril estaban sitiadas por multitudes silenciosas, malhumoradas y tensas. Hileras completas de tiendas estaban cerradas a piedra y lodo. Aquello era pánico en el borde de desatarse incontrolable.

Volví a nuestro cuarto para ver a Ilsa y tratar de preparar algo de comida. Lo único que teníamos eran unas pocas patatas y medio pan infestado en todos sus poros por las pequeñas hormigas rojas que resistían cualquier intento de echarlas de su mesa de banquete. Volví a la calle y le pedí al camarero del Dome que me diera un vaso de vino que me bebí de un trago. Volví a llenarlo sin decir palabra mirando por encima de mi hombro, distraído, la avalancha de coches en el bulevar, grandes automóviles con enormes maletas amontonadas en sus traseras.

—¡Los cerdos! Para nosotros, el cuartel y ellos... Bien, tendremos que cortarles el cuello a muchos, como hicieron ustedes en España.

Alguien me golpeó el hombro:

—Caramba, caramba, Barea, ¿qué haces aquí? ¿Dónde está Ilsa? Ven a ver mi coche nuevo. Pero ¿dónde está Ilsa? ¿Y cómo va la vida?

Era Miguel, el cubano rico que se había ido al Madrid sitiado por curiosidad, por simpatía y por la necesidad de escapar de su propia vida vacía. En España solía decir que quería a Ilsa como si fuera una hermana suya; ahora insistía en verla inmediatamente. Se asustó de la

miseria de nuestra habitación y de nuestras caras consumidas, y me llenó de reproches por no haber pensado en él en París durante los pasados meses en que había derrochado el dinero. Como si fuera un castigo por mi constante miedo de un destino ciego, cruel y sin sentido, este encuentro casual nos salvó de una policía hostil. Miguel nos dio el dinero necesario para liquidar totalmente nuestro hotel. Teníamos dónde ir. Una periodista noruega había dejado su piso al cuidado de unos íntimos amigos nuestros, refugiados de Hitler, y les había dado el derecho de alquilar habitaciones para ayudarse a vivir; y hacía tiempo que nos habían ofrecido una habitación increíblemente clara, limpia y alegre, que no habíamos podido aceptar por estar atados por nuestra deuda en el hotel. Nos mudamos al día siguiente, aunque el dueño nos pidió de pronto que nos quedáramos. Se había firmado el pacto de Munich y ya no creía necesario abandonar el hotel que, sin nosotros, se quedaba casi vacío.

Munich destruyó la última esperanza de España. Era claro, sin duda posible, que ningún país de Europa movería un solo dedo para ayudarnos contra Hitler y sus amigos españoles. Rusia tendría que retirar completamente su ayuda, que ya era mísera; una intervención descarada de su parte significaría que el conjunto de Europa se levantaría contra Rusia y la destruiría. El sacrificio de Checoslovaquia y la vergonzosa sumisión de las grandes potencias al ultimátum de Hitler no había provocado una ola de ira y desprecio para el dictador, sino una ola monstruosa de miedo, miedo crudo de guerra y destrucción que atizaba el deseo de desviar la guerra y la destrucción sobre las cabezas de otros.

Los franceses con quienes hablaba eran brutalmente francos. Eran gente ordinaria, con pequeños sueldos y pocas ambiciones, tratando de acumular ahorros para su vejez, odiando hasta el recuerdo de la última guerra. Estarían encantados si, después de Checoslovaquia, fuera posible lanzar a la furia del dictador contra otro país que le hiciera

frente y a quien pudiera aplastar, dejando así tranquila a Francia. Porque Francia era inocente. Francia quería vivir en paz con el mundo entero. La Francia verdadera repudiaba a los políticos culpables, los buitres de guerra, los socialistas activos, los comunistas, los rojos españoles que intentaban arrastrar a Europa en su guerra. La Francia verdadera, la que había firmado el pacto de Munich.

También yo, por unas pocas semanas, me sentía culpable del alivio de que la guerra hubiera sido propagada y me forcé a mí mismo a olvidar el olor a putrefacción en el país que aún —¿por cuánto tiempo?— nos daba hospitalidad. Era también una alegría tan grande encontrarse en la nueva habitación; aprender cómo tres francos podían producir una comida para Truddy, nuestra generosa y trabajadora patrona; escribir a placer, poder pensar sin que los miedos le golpearan a uno el cerebro. Era la primera vez desde que habíamos llegado a París que podía dejar a Ilsa descansar tanto como quisiera. Muy pronto comenzó a trabajar de nuevo con su antigua energía, forzándome a evocar los más brillantes colores y los dolores más agudos de mi niñez, sacándolos del fondo de lo más secreto de mi mente y dándoles forma en mi libro.

El otoño sumergió a París en un reflejo de oro. Después de comer, solíamos irnos al jardín del Luxemburgo, lentamente, como dos convalecientes, para sentarnos allí en un banco donde diera el sol. Teníamos que ir pronto, porque los bancos se llenaban rápidamente con niñeras, chiquillos y ancianos. No hablábamos mucho, porque el hablar de lo que llenaba nuestros pensamientos era provocar pesadillas. Era mejor sentarse quietos y mirar la danza de las hojas muertas de los castaños en la avenida moteada de sol.

En el banco opuesto al nuestro vino a sentarse una pareja ya vieja, ella chiquitita y vivaracha, golpeando la arena del paseo con la contera de su bastón; él, tieso y huesudo, con una perilla blanca y bigotes también blancos, puntiagudos y cuidadosamente encerados. Antes de

permitirla sentarse, limpió el banco meticulosamente con su pañuelo de seda. Llevaba ella un traje de seda bordada y él llevaba un bastón con puño de plata bajo el brazo, como el bastón de mando de un oficial. Hablaban uno a otro con un murmullo suave, con inclinaciones corteses de cabeza. Cuando ella movía sus dedos, que surgían libres de los mitones de encaje, parecían las alas de un pájaro sacudiéndose de las gotas de lluvia.

Ilsa dijo:

—Cuando seamos tan viejos como ellos, podríamos ser lo mismo. Sería bonito. Tú de todas maneras te convertirías en un viejo flaco y yo voy a hacer todo lo posible por convertirme en una viejecilla pequeña y arrugadita. Nos iremos de paseo por las tardes a un jardín, y nos calentaremos al sol, contándonos historias de los viejos tiempos y las cosas horribles que pasaron cuando éramos jóvenes.

—Pero ¿cómo te vas a convertir tú en una vieja pequeñita?

—Igual que otras lo hacen. Mi madre, por ejemplo, era de joven tan redondita como yo...

—No te creo.

—Bueno, para su estatura. Es verdad, era regordeta y ahora se está haciendo una cosa frágil y arrugada muy agradable, aunque la verdad es que lo sé más que nada por sus fotografías...

El hombre se levantó, se quitó el sombrero y alargó su mano derecha:

—Mira, ¡ahora van a bailar un minué!

Pero el viejo se inclinó, besó la punta de los dedos de la dama y se marchó lentamente, paseo abajo, su bastón de plata bajo el brazo. Los dedos de ella, escapándose de los mitones negros, se movieron como las alas de un pájaro que no puede volar.

—¡Oh, pero eso no me lo harás a mí! —exclamó Ilsa; y los ojos se le humedecieron.

—Claro que lo haré. Me iré al café y me sentaré con los amigos y tú te puedes quedar con todo el jardín para ti. —Pero entonces vi que una gota se había estrellado en su falda y se extendía en un círculo: parpadeé como si los ojos se me hubieran llenado de polvo. Sin ninguna razón. Le tuve que contar historias de hadas como a los niños, hasta que las comisuras de sus labios se arrugaron en sonrisas y se ahondaron en las dos interrogaciones que me hacen feliz.

Recibí un paquete de libros de España; *Valor y miedo* se había publicado. Pero pensé que los editores no podrían mandar ejemplares a Madrid, que era la cuna del libro: Madrid estaba cortado de Barcelona. Leí lo que había escrito con el sonido de las bombas en mis oídos; todavía me gustaba algo de ello, aunque ahora la mayoría me parecía ingenuo. De todas formas me alegraba y me enorgullecía pensar que había sacado algo simple y claro del torbellino de la guerra.

Uno de los primeros ejemplares que regalé —el primero de todos fue para Ilsa— fue para Vicente, el dependiente de uno de los fruteros españoles. Su patrón, como la mayoría de los fruteros españoles de París, no tenía ninguna inclinación hacia los republicanos que querían intervenir el negocio de exportación, favorecer las cooperativas, aumentar los jornales de los trabajadores españoles y reducir así los beneficios suyos. Y por idénticas, pero opuestas razones, todos sus dependientes eran pro—republicanos. Vicente me había invitado a la buhardilla donde vivía con su esposa, una francesa, tipo clásico de la buena ama de casa; me había llevado después a los grandes almacenes del mercado —Les Halles—, donde cargadores y dependientes españoles manejaban la fruta y los vegetales que venían de Valencia y de las Canarias; y me contó su miedo secreto de que Francia llevara la misma marcha que España, camino de un fascismo o de una guerra civil. Cuando le di mi libro, se sintió tan orgulloso como si le hubiera hecho partícipe de nuestra guerra. Me arrastró a un pequeño café cerca del mercado donde se reunían todos los españoles. Solían recoger

dinero para ayuda de la España republicana; la mayoría de ellos eran comunistas.

Los hombres estaban chillando y jurando, fumando y bebiendo, discutiendo a gritos la marcha del mundo, con tanto entusiasmo como las gentes en la taberna de Serafín durante los meses antes de la guerra. Ninguno de ellos admitía que las cosas pudieran ir mal en España; en Francia, sí; Francia iba al desastre, porque los franceses no tenían reaños, pero los españoles iban a enseñar al mundo... Repasaron las páginas de mi libro, miraron en él en busca de palabras que les confirmaran sus opiniones, me dieron cachetes en la espalda. Sí, aún hablaba el mismo lenguaje que ellos, pero mientras me encontraba entre ellos a mis anchas, pensaba en el otro libro, el que estaba escribiendo para tratar de explicarme a mí mismo por qué estábamos condenados a ir de actividades locas a pasividades suicidas, de fe a violencia, de entusiasmo a pesimismo. Y la escena me desconcertaba.

Otro de los ejemplares fue una especie de soborno de nuestro portero. El administrador de la casa donde vivíamos —un edificio enorme, moderno, con calefacción central y alquileres exorbitantes— estaba irritado contra nosotros, los habitantes de nuestro piso, porque todos éramos extranjeros. Una vez vino a visitarnos y trató de provocar una bronca. Estaba entonces viviendo allí un matrimonio noruego y el administrador dijo que aquello no le gustaba. «Las autoridades harían muy bien en tener a los extranjeros bajo la vigilancia más estricta en estos tiempos turbulentos en los que se dedicaban a provocar conflictos.» Tuvimos la suerte de que el portero se puso de nuestra parte y le dio los mejores informes de nosotros, afirmándole que ya tenía él mucho cuidado de qué gentes vivían en la casa. Naturalmente, a primero de mes, su propina era sagrada, porque era para nosotros más importante el mantenerle a nuestro lado que el comer. Y sobre mí recaía, además, el hacer lo que para él era tanto o más esencial que la propina: escucharle. Solía hacerse el encontradizo conmigo en el patio y

comenzaba a contarme la historia de su mala suerte. Había perdido una pierna en la otra guerra, los pulmones no estaban fuertes, su mujer no tenía simpatía para sus ambiciones fracasadas, tenía que beberse un vasito de vino para consolarse.

—Los tiempos son malos... ¡Los políticos, monsieur! Si yo hubiera querido ensuciarme... —Me empujaba en la portería y me confrontaba con un diploma colgado en la pared—. ¿Ve usted? Yo estaba destinado para la judicatura. Sí, señor. Aunque ahora no sea más que un simple portero, soy un hombre con educación, con un título. Pero ¡la maldita guerra! —Ésta era la señal para remangarse la pernera del pantalón y enseñarme su pierna artificial, rosada como la de una muñeca—: Aquí me tiene usted, pudriéndome. Esta maldita pierna se llevó mis últimos mil francos. Me duele cuando pienso lo que yo podría ser. —Éste era el momento en que esperaba ser invitado a un vaso de vino en el *bistrot* de al lado. Si me desentendía, comprendía que andaba mal de dinero y me invitaba él a mí, para no perder la ocasión de exhibir su desdicha y solicitar la admiración y la compasión del oyente. Hacia el fin de mes, cuando se había ya bebido todas las propinas de todos los inquilinos del inmenso edificio, saltaba sobre mí cuando entraba o salía y comenzaba a hablar con los ojos suplicantes de un perro sediento. Solía exhibir un libro lleno de recortes de periódicos, describiendo las batallas en las que había estado como un soldado forzoso; al final abría el estuche donde tenía su *Croix de Guerre*. La cruz había desgastado ya el terciopelo del estuche. Ante ella, invariablemente, exclamaba—: Y ahora, ¿qué me dice usted?

Cuando le di mi libro, lo sopesó ceremoniosamente en sus manos y dijo:

—¡Ah, la libertad del pueblo! Pero, perdóneme que lo diga, somos nosotros los franceses los que hemos traído la libertad a este mundo. Fue con nuestra sangre que se firmó la liberación de... —Se calló, se retorció el bigote que inmediatamente volvió a caerse blandamente en

su sitio, y agregó—: Bueno, usted sabe lo que quiero decir. —Su mujer le estaba mirando con el asombro y los ojos castaño oscuro de una vaca.

A medida que pasaba el tiempo, nuestro portero comenzó a hablar de ciertas dificultades, no muy claras, con el administrador. El caso era que, en realidad, había muchos extranjeros en París. Esto no quería decir nada contra nosotros como individuos, pero él no creía que nos prolongarían el alquiler del piso después del primero de marzo. El verdadero inquilino no estaba nunca allí en persona y muchos de los vecinos no creían que era justo que en la casa hubiera un centro de gentes extranjeras. Al fin y al cabo teníamos muchos amigos que nos visitaban, ¿no? ¿No sería mejor si volviéramos a España?

En vísperas de Navidad comenzó el colapso del frente en las orillas del Ebro. El camino de Barcelona estaba abierto. Madrid aún se sostenía. El enemigo no lanzó ningún ataque sobre la ciudad sitiada; la dejó en las garras del hambre y del aislamiento. Niní Haslund vino de su trabajo de ayuda a los niños en España y nos habló de la desesperación de las madres, de su desesperación sorda, furiosa, sin esperanza. Pero nadie estaba dispuesto a rendirse.

París estaba ahora oscuro, lleno de nieblas y frío. Estábamos solos en el piso, porque nuestros patrones se habían ido a provincias, luchando su propia batalla con la miseria. Había terminado mi nuevo libro, trabajando a ratos cuando la máquina no estaba esclava de mis traducciones o de las copias que Ilsa hacía de manuscritos incorrectos de otras gentes, que era lo que nos ayudaba a vivir. Pero cuando estuvo terminada la primera versión cruda de *La forja*, me descorazoné. Me parecía insolente esperar que aquello llegaría y emocionaría a un público que lo único que quería era escapar de sus miedos y de las luchas sociales de su propio mundo. Seguramente, nunca se imprimiría. ¡Había oído tan a menudo que nadie quería oír hablar de lo que pasaba en España! Así, mi contribución a la batalla iba a ser estéril; porque

escribir era para mí parte de la lucha, parte de nuestra guerra contra la vida y la muerte, y no sólo una expresión de mí mismo.

Había luchado para fundir forma y visión, pero mis frases eran crudas porque había tenido que salirme de los ritmos convencionales de nuestra literatura, para poder evocar los sonidos y las imágenes que me habían formado a mí y a tantos de mi generación. ¿Lo había conseguido? No estaba seguro. Era otra vez más un aprendiz, tenía que aprender a contar mi propia verdad. Las concepciones de arte de los escritores profesionales no me ayudaban; apenas me interesaban. Un escritor francés me había llevado dos veces a una peña literaria, pero las manifestaciones de los reunidos, girando exclusivamente alrededor de un *maître* aquí y otro allá, me llenaban de un aburrimiento asombrado y un disgusto vergonzoso. Ahora me deprimía pensar que no pertenecía a grupo alguno y que esto podía otra vez condenarme a una solitaria inactividad; y sin embargo, era imposible obrar sobre las creencias de otros y no sobre las mías propias, a no ser que quisiera perder la virtud que existiera en mí.

Cuando estaba más deprimido, un español a quien no conocía me visitó. Había leído el manuscrito de *La forja*, como lector de la editorial francesa a quien lo había sometido, y quería discutirlo conmigo. El hombre era un hombre débil, dividido dentro de sí mismo, con sus raíces en la vieja España y su mente atraída por la nueva, asustado del dolor que el choque final de las dos ideologías había producido en él y en los demás. No le gustaba mucho mi manera de escribir, porque, como él decía, le asustaba mi brutalidad; pero había recomendado la publicación del libro porque encontraba que contenía fuerza de liberar cosas que él, y otros como él, mantenían cuidadosamente enterradas dentro de ellos. Vi su excitación, el alivio que mi libertad de lenguaje le había proporcionado, y vi con asombro que me envidiaba. El editor retuvo el libro y nunca dio una respuesta. Pero no importaba mucho. Otro hombre había dicho que el libro era una cosa viva.

En los últimos días del año 1938, cayó sobre París una tremenda helada. Las cañerías se helaron en muchas casas. Tuvimos suerte, porque la calefacción central de nuestra casa siguió funcionando. Y cuando un joven polaco, con quien había hecho amistad —estaba en camino de convertirse en un talentoso escritor realista de buena prosa francesa, restringida por la influencia de André Gide—, me llamó para preguntarme si no podíamos recogerle a él y a su esposa de la prisión en que se había convertido su casa inundada, helada y sin agua corriente, me alegré de poder invitarle a pasar las Navidades con nosotros. A la mañana siguiente, dos agentes de policía se presentaron en el piso preguntando por nuestros huéspedes. No habían informado a la comisaría de su distrito de que iban a pasar la noche fuera del domicilio en que estaban registrados; y no se los llevaron detenidos gracias a que el joven polaco poseía documentos de haber servido en el ejército y estar sujeto a movilización. Todo esto, en un pomposo lenguaje oficial y en las peores maneras posibles. Y a nosotros se nos avisó severamente que no dejáramos dormir en nuestra casa a extranjeros sin conocimiento de la policía, siendo extranjeros nosotros mismos. Nuestros huéspedes tendrían que presentarse ante la prefectura y esto se tendría en cuenta contra ellos. No, no podían quedarse hasta que se deshelaran las cañerías sin un permiso especial de la comisaría de su distrito.

Cuando salí a la calle aquel día, mi portero me invitó a entrar en la portería.

—Lo siento mucho, pero tenía que comunicar a la policía que había gentes extranjeras en su cuarto toda la noche sin que se me hubieran dado sus documentos. ¿Sabe usted?, si yo no lo hubiera hecho, alguien hubiera ido con el cuento. Hasta el administrador está en contra mía con todas estas historias. Ya le he dicho que las cosas se estaban poniendo difíciles y ¡cada uno tiene que mirar por sí mismo!

Unos pocos días más tarde me encontré con un muchacho vasco a quien conocía ligeramente del bar del Dome. Me contó que la policía le

había pedido sus documentos tres veces en una sola noche, la última cuando estaba con una amiguita en un hotel *meublé*. Tenía un salvoconducto del Gobierno de Franco que su padre —un famoso fabricante de San Sebastián— había obtenido para él a fin de que escapara de la guerra.

El documento no tenía validez más que para la policía de frontera en Irún, pero viéndolo, uno de los agentes de la policía francesa le había dicho: «Usted perdone, contra usted no va nada, pero ¿sabe?, es hora que limpiemos Francia de todos los rojos».

Cuando fuimos a la prefectura para pedir la prolongación de nuestros *récépissés*, el oficial nos sometió a un largo interrogatorio. ¿No éramos refugiados? No, teníamos pasaportes legales del Gobierno de la República y podíamos volver a España. Pero ¿no sería mejor que nos registráramos como refugiados? Porque volver a España no íbamos a volver, ¿no? No, no queríamos registrarnos como refugiados; insistíamos en nuestro derecho como ciudadanos españoles. Al fin, malhumorado, nos dijo que, quisiéramos o no, tendríamos que registrarnos muy pronto como refugiados y entonces se revisaría nuestro caso. Pero por aquella vez, nos prolongaría el permiso de estancia.

En el pasillo escuálido y maloliente me encontré con varios españoles que esperaban su turno. Me contaron que a la mayoría se les había expulsado de París y se les había ordenado fueran a las provincias del norte de Francia. Entonces vi una cara familiar:

—Parece que el pobre está desesperado —dije.

—Anda, ¿no sabes que le arrestaron y le han tenido encerrado unos cuantos días, precisamente por haber sido un ministro de la Generalitat de Cataluña?

Era Ventura i Gassols, el poeta catalán a quien el París intelectual había festejado unos pocos años antes. Se escurrió escaleras abajo, como un animal perseguido.

Todo el edificio gris olía a podre.

¿Cómo había sido tan estúpido para creer que esta gente, estos agentes y sus amos, nos iban a admitir para cooperar en la guerra que se echaba encima de Francia? No. Estaban preparando la Línea Maginot de su casta, y nosotros éramos sus enemigos. Intentarían usar la guerra como su instrumento. Al final, la guerra los devoraría a ellos, y a su país, pero primero seríamos nosotros los que pagaríamos el precio. Pero yo no quería ser carne de cañón de un fascismo francés. No quería que nos cogieran en una trampa, derrotados dos veces.

Si queríamos vivir y luchar, y no pudrirnos y ser cazados como alimañas, teníamos que abandonar Francia, huir de la ratonera. Huir a Inglaterra —un esfuerzo desesperado podría proporcionarnos el dinero, aunque hubiera que pedirlo a amigos otra vez—, y quedarnos allí. No a la América latina, porque nuestra guerra iba a resolverse en Europa, pero sí fuera de esta podredumbre.

Allí mismo, dentro de las desconocidas paredes, olientes a moho, de la prefectura, me asaltó la urgencia de escapar donde hubiera libertad.

Los ruidos de la gran ciudad, amortiguados por los gruesos muros, me golpeaban en el fondo del cerebro, y los horrores de la destrucción estúpida volvían a volcarse sobre mí.

El agente de la policía se inclinó y dijo:

—Pasaportes, hagan el favor.

Mientras buscaba en mi bolsillo, sentía que la frente y las palmas de las manos se me cubrían de sudor. El miedo de las últimas semanas, cuando la jauría cazaba en plena furia, lo sentía en los tuétanos. Y aquél era nuestro último encuentro con la policía francesa.

El hombre miró por encima de los documentos y puso su sello de caucho en ambos pasaportes. Después nos los devolvió, nos dio las gracias muy atento, y cerró la puerta del compartimento con exquisito cuidado. Las ruedas del expreso sonaban isócronas. Ilsa y yo nos mirábamos uno a otro en silencio. Esta vez pertenecíamos al grupo de

los afortunados; las leyes y los tratados internacionales estaban aún del lado nuestro. La visión de miles y miles de los otros, de los desgraciados, llenaba el compartimento hasta nublar mi vista.

Desde el fin de enero la frontera española era un dique roto a través del cual una ola de refugiados y soldados en derrota inundaba Francia. El 26 de enero Barcelona había caído en manos de Franco. En la misma fecha comenzó el éxodo en todas las ciudades y pueblos de la costa. Mujeres, chiquillos, hombres y bestias, marcharon a lo largo de los caminos, a través de campos helados, sobre la nieve mortal de las montañas. Sobre las cabezas de los huidos, los aviones sin piedad; un ejército borracho de sangre empujando detrás; una pequeña banda de soldados luchando aún para contenerlo, retirándose sin cesar y luchando cara al enemigo, para que pudieran salvarse algunos más. Pobres gentes con petates míseros, gentes más afortunadas en coches sobrecargados abriéndose camino en las carreteras congestionadas, y a las puertas de Francia una cola sin fin de fugitivos agotados, esperando que les dejaran entrar y estar seguros. Seguros en los campos de concentración que esta Francia había preparado para hombres libres: alambradas de espino, centinelas senegaleses, abusos, robo, miseria y las primeras oleadas de refugiados admitidos, encerrados entre el alambre en rebaños como borregos, peor aún, sin techo sobre sus cabezas, sin abrigo contra los vientos helados de un febrero cruel.

¿Es que Francia estaba ciega? ¿Es que los franceses no veían que un día —muy pronto— iban a llamar a estos mismos españoles a luchar por la libertad de su Francia? ¿O es que Francia había renunciado de antemano a su libertad?

La cubierta del pequeño barco estaba casi desierta. El mar estaba revuelto y la mayoría de los pasajeros había desaparecido; Ilsa se había tumbado en una cabina. Un inglés flaco y despreocupado se había sentado sobre una de las escotillas, los pies colgando, y parecía disfrutar con la espuma que el viento le lanzaba a la cara. Yo, y dos marineros,

nos habíamos refugiado de la furia del viento contra uno de los mamparos. Nos ofrecíamos unos a otros cigarrillos y charlábamos. Comencé a hablar, a hablar, tenía que hablar. Hablé de la lucha en España, y me llenaron de preguntas. Al final me dejé llevar de la ira que me abrasaba y volqué sobre ellos todas mis quejas contra Francia.

—¿Es que vosotros, los franceses, estáis ciegos o es que ya habéis renunciado a ser libres?

Los dos hombres me miraron gravemente. Uno de ellos tenía ojos claros, azules y una cara fresca de muchacho rubio; el otro tenía ojos negros, profundos, facciones talladas rudamente por el mar y un pecho desnudo lleno de vello fuerte. Los dos hablaron a la vez, de un tirón, casi con idénticas palabras:

—Oh, no. Nosotros lucharemos. Los otros son los que no lucharán. —Y en su énfasis sobre las palabras «los otros» marcaban el abismo profundo entre las dos Francias. El viejo agregó:

—Mire, amigo, no se vaya amargado de Francia. Aún lucharemos juntos.

Detrás de nosotros, la costa de Dieppe se fundía en la bruma del mar.

Otoño 1944. Rose Farm House, Mapheclusham, Oxfordshire.